Obras Completas Ilustradas

Federico García Lorca



INDICE

¡LIBROS, LIBROS! (Medio pan y un libro)

PRÓLOGO

Si nos preguntaran quién era Federico García Lorca probablemente contestaríamos que era poeta, uno de los componentes más destacados de la denominada generación del 27, que nació en Granada en 1898 y murió fusilado en 1936 al comienzo de la guerra civil, entre Víznar y Alfacar, (Granada). Pero a pesar de su corta vida ésta fue muy intensa tanto a nivel personal como profesional, y las Letras no fueron su única pasión artística. "*Soy mucho mejor pintor que poeta; sólo que me ha dado por hacer versos*", comentaba el poeta cubano Juan Marinello (1898-1977) que Lorca le había mencionado en una ocasión.

Por ello, para entender mejor a Federico García Lorca también es necesario conocer su obra plástica.

Lorca estudió filosofía y letras, y se licenció en Derecho. El hecho que marcó su destino por completo fue su estancia en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, donde conoció, entre otros, a Juan Ramón Jiménez, Machado, Dalí y Buñuel.

En este escenario, Federico se entregó al arte, y su actividad creativa era inmensa; abarcaba la poesía, la música, el dibujo y el teatro.

La obra pictórica de Lorca engloba una multitud de temas y formas a través de los cuales expresa lo real y lo irreal, y se convierte en la forma más íntima de expresión que tiene el artista.

Sus dibujos le acompañan a lo largo de su vida y aparecen en la confección de decorados de sus montajes teatrales, en las cartas, tarjetas postales que escribía a familiares y amigos, en las dedicatorias de sus libros así como también como ilustración de sus poemas. Sin embargo, Lorca tomó conciencia profesional como artista pictórico en las exposiciones que realizó con carácter individual, la primera de ellas en las galerías Dalmau de Barcelona, con motivo del estreno de Mariana Pineda , entre el 25 de junio y el 2 de julio de 1927, a la que acudieron intelectuales y miembros de la vanguardia catalana y posteriormente en 1932, con carácter colectivo en la exposición celebrada en Huelva.

A finales de julio de 1927, posiblemente desde Cadaqués, escribía García Lorca a Manuel de Falla diciéndole: “Hice una exposición de dibujos, obligado por

todos. ¡Y he vendido cuatro! Le envío catálogos de recuerdo. Mil gracias por todo...”.

Josep Dalmau organizó exposiciones importantes de arte vanguardista de entre las que destacan la de Francis Picabia (que refleja en su obra varias fases: cubista, abstraccionista, dadaísta y surrealista), que expuso justo después de Lorca y que es perfecto reflejo de las influencias pictóricas que tuvo nuestro autor.

En la creación plástica de Lorca se distinguen dos etapas:

1. La primera etapa se iniciaría hacia 1923 con una serie de caricaturas, posteriormente realizará dibujos acordes a la obra poética del *Romancero gitano*, (Interpretación lírica de inspiración tradicional y audacia metafórica, que llega al fondo misterioso y trágico del mundo andaluz) y al *Poema del Cante Jondo*, (recoge el dramatismo de la canción andaluza), y una gran variedad temática entre los que encontramos los dibujos de payasos y dibujos con imágenes duplicadas.

2. La segunda etapa corresponde a los dibujos afines a *El público*, *Así que pasen cinco años*, *Drama sin título* o *Poeta en Nueva York* (el autor adopta la forma surrealista para expresar su desprecio por la civilización moderna).

Rafael Alberti, poeta de la generación del 27, relataba con fascinación: “Lorca, cuando cogía unos lapicillos de colores o la misma pluma con la que escribía sus poemas, seguía teniendo una frescura de fontana, una gracia como de juego en la calle, de sonrisa de patio, de gallo de veleta, de todo aquello que había visto u oído, no sabía cuándo con los ojos de su niñez granadina: jarrones con peces y flores, vírgenes atravesadas por puñales, niñas en las ventanas y azoteas, ángeles de las torres, manolas, arlequines, bandoleros y marinerillos ebrios y enamorados, todos los temas y figuras de su poesía lírica y dramática, hasta el momento del romancero gitano, un año antes de marchar a Nueva York, época en que cambia su estilo, contagiado sin duda por la atmósfera surrealista que ya se extendía por casi toda Europa”.

Al igual que en la poesía, en sus dibujos destaca el uso de las metáforas, su visión dramática, los mitos de la colectividad, el amor, el sexo, la muerte, el destino.

La utilización de símbolos es abundante en Lorca, sobre todo los que relaciona con la muerte como pueden ser la luna, el agua estancada, la sangre derramada, las hierbas, los metales. En ocasiones, determinados símbolos tienen diferente significado dependiendo del contexto: La luna además de simbolizar la muerte puede simbolizar el erotismo, la fecundidad, la esterilidad o la belleza. El caballo con el jinete además de la muerte puede representar el erotismo masculino. El agua si fluye representa la vida y la sangre puede representar lo sexual.

Los dibujos sirven como medio de expresión mediante el cual el poeta exterioriza sus sentimientos más reprimidos en el inconsciente, sus estados anímicos, además de su necesidad de comunicación. Pone de manifiesto la emotividad y el estado de ánimo, son una manera de contactar con el exterior y una manifestación del interior.

En este libro los dibujos se han tratado de situar en el contexto más adecuado, siempre que ello era posible. Por ejemplo, los figurines con los vestidos de los personajes de *Mariana Pineda* se diseminan en el texto de esa obra; el retrato de Dalí acompañan al poema a él dedicado; dibujos de arlequines ilustran poemas sobre arlequines, aunque Lorca no los pintase ex profeso para ellos. Pero también hay algunos dibujos no relacionados con las obras literarias (autorretratos, por ejemplo), así como manuscritos. Sin duda, estas más de noventa ilustraciones ofrecerán al lector una mejor y más completa visión de García Lorca.

En esta recopilación se incluyen todas las obras conocidas y editadas en vida del autor, así como otras publicadas después de su muerte, algunos títulos de teatro inconclusos y los poemas inéditos publicados en 1995 por la editorial Áltera en *Sonetos del amor oscuro. Poemas de amor y erotismo. Inéditos de madurez*.

Los textos correspondientes han sido cotejados literalmente con las magníficas publicaciones en papel de la obra de Lorca: *Federico García Lorca, Poesía completa y Federico García Lorca, Teatro completo (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2011).*

Aire para tu boca

tierra, tierra, tierra,

cuerpo, cuerpo, cuerpo...

y Nunca

y madera y madera

Nunca, Nunca, Nunca...

y siempre y siempre y siempre

MERTEMEU

MUERTEE

y siempre y siempre y siempre

Muerte y Muerte

Agua para tu amor

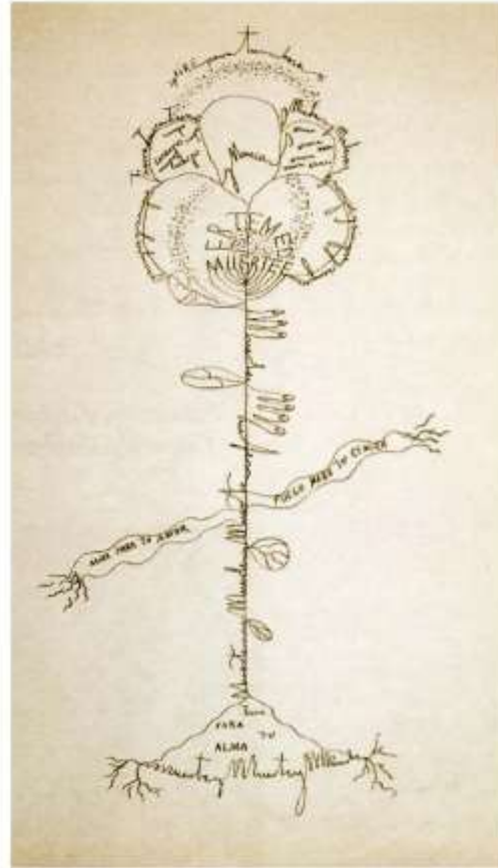
Fuego para tu ceniza

Muerte y Muerte y Muerte

Tierra

Para tu alma

Muerte y Muerte y Muerte



ROSA DE LA MUERTE, caligrama,
1934. 306 x 244 mm
Tinta azul sobre papel.
Colección Ricardo Molinari,
Buenos Aires.

POESÍA

Segunda Carta



Querido Jorge: Los muchachos de Granada van a hacer un suplemento literario del periódico Defensor de Granada con el título "El gallo del Defensor". Va ilustrado por Dalí. Falla publica un artículo magnífico. Manda algo lo que quieras. Para el primer número. Tú ya ves las cosas que te envío.

Ahora estoy aterrado y bajo el peso de una cosa superior a mis fuerzas. Porque ya sabes que la Xirgu va a estrenar Mariana Pineda (drama romántico). El hacer un drama romántico me gustó extraordinariamente hace tres años. Ahora lo veo como al margen de mi obra. No sé.



Ahora estamos muy preocupados con este gallo

SUITES

Suite de los espejos

SÍMBOLO

Cristo
tenía un espejo
en cada mano.
Multiplicaba
su propio espectro.
Proyectaba su corazón
en las miradas
negras.
¡Creo!

EL GRAN ESPEJO

Vivimos
bajo el gran espejo.
¡El hombre es azul!
¡Hosanna!

REFLEJO

Doña Luna.
(¿Se ha roto el azogue?)
No.
¿Qué muchacho ha encendido
su linterna?
Sólo una mariposa
basta para apagarte.
Calla... ¡pero es posible!
¡Aquella luciérnaga
es la luna!

RAYOS

Todo es abanico.

Hermano, abre los brazos.
Dios es el punto.

RÉPLICA

Un pájaro tan sólo
canta.
El aire multiplica.
Oímos por espejos.

TIERRA

Andamos
sobre un espejo
sin azogue,
sobre un cristal
sin nubes.
Si los lirios nacieran
al revés,
si las rosas nacieran
al revés,
si todas las raíces
miraran las estrellas,
y el muerto no cerrara
sus ojos,
seríamos como cisnes.

CAPRICHO

Detrás de cada espejo
hay una estrella muerta
y un arco iris niño
que duerme.

Detrás de cada espejo
hay una calma eterna
y un nido de silencios
que no han volado.

El espejo es la momia
del manantial, se cierra,
como concha de luz,
por la noche.

El espejo
es la madre-rocío,
el libro que diseca

los crepúsculos, el eco hecho carne

SINTO

Campanillas de oro.
Pagoda dragón.
Tilín, tilín,
sobre los arrozales.
Fuente primitiva.
Fuente de la verdad.
A lo lejos,
garzas de color rosa
y el volcán marchito.



El ojo

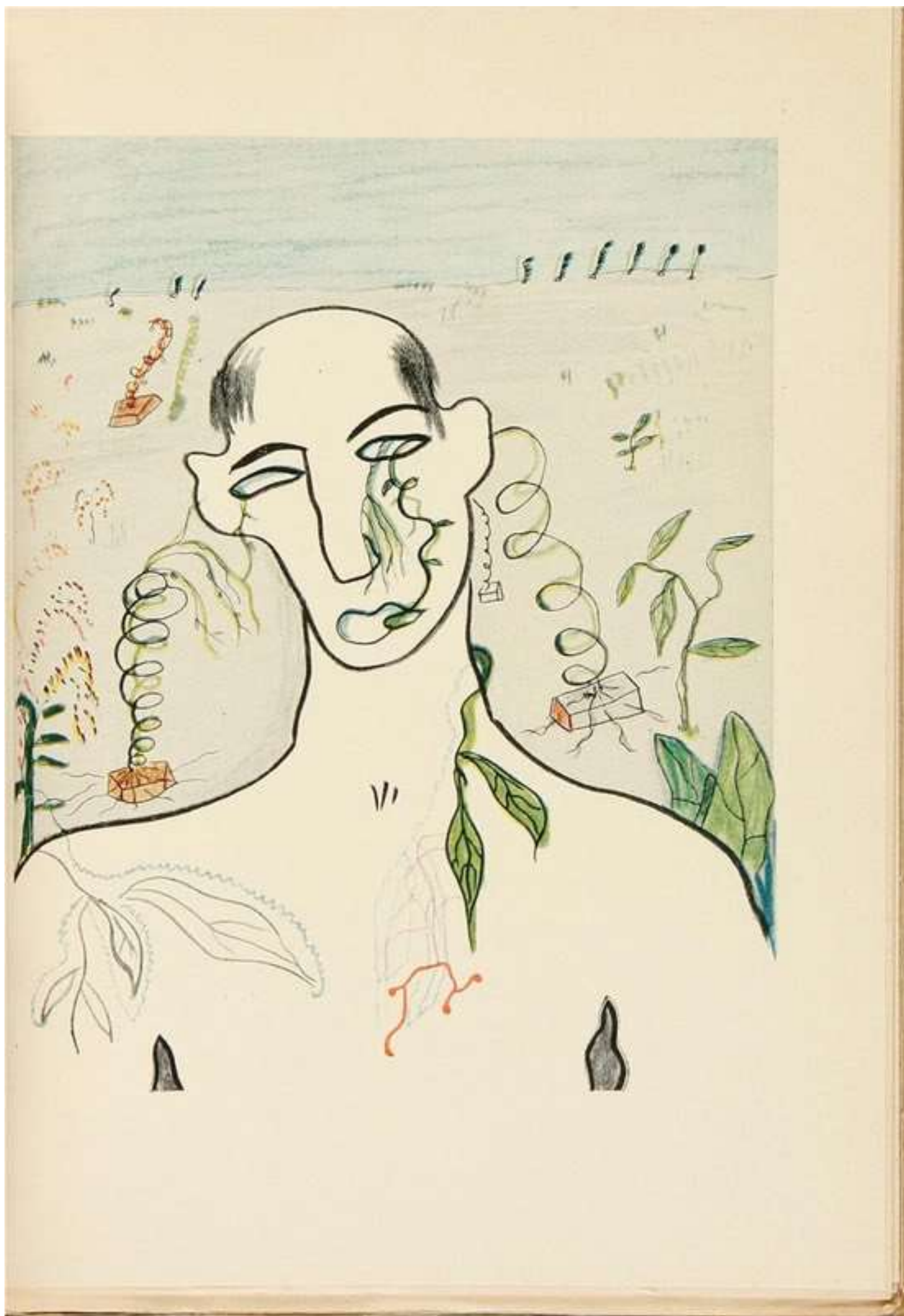
LOS OJOS

En los ojos se abren
infinitos senderos.
Son dos encrucijadas
de la sombra.
La muerte llega siempre
de esos campos ocultos.

(Jardinera que troncha
las flores de las lágrimas.)
Las pupilas no tienen
horizontes.
Nos perdemos en ellas
como en la selva virgen.
Al castillo de irás
y no volverás
se vapor el camino
que comienza en el iris.
¡Muchacho sin amor,
Dios te libre de la yedra roja!
¡Guárdate del viajero,
Elenita que bordas
corbatas!

«INITIUM»

Adán y Eva.
La serpiente
partió el espejo
en mil pedazos,
y la manzana
fue la piedra.



«BERCEUSE» AL ESPEJO DORMIDO

Duerme.
No temas la mirada
errante.
Duerme.

Ni la mariposa,
ni la palabra,
ni el rayo furtivo
de la cerradura
te herirán.
Duerme.

Como mi corazón,
así tú,
espejo mío.
Jardín donde el amor
me espera.

Duérmete sin cuidado,
pero despierta,
cuando se muera el último
beso de mis labios.

AIRE

El aire,
preñado de arcos iris,
rompe sus espejos
sobre la fronda.

CONFUSIÓN

Mi corazón
¿es tu corazón?
¿Quién me refleja pensamientos?
¿Quién me presta
esta pasión
sin raíces?
¿Por qué cambia mi traje
de colores?
¡Todo es encrucijada!
¿Por qué ves en el cielo
tanta estrella?
¿Hermano, eres tú
o soy yo?
¿Y estas manos tan frías
sonde aquél?

Me veo por los ocasos,
y un hormiguero de gente
anda por mi corazón.

REMANSO

El búho
deja su meditación,
limpia sus gafas
y suspira.
Una luciérnaga
rueda monte abajo,
y una estrella
se corre.
El búho bate sus alas
y sigue meditando.

El jardín de las morenas

Fragmentos

PÓRTICO

El agua
toca su tambor
de plata.

Los árboles
tejen el viento
y las rosas lo tiñen
de perfume.
Una araña
inmensa
hace a la luna
estrella.

ACACIA

¿Quién segó el tallo

de la luna?
(Nos dejó raíces
de agua.)
¡Qué fácil nos sería cortar las flores
de la eterna acacia!

ENCUENTRO

María del Reposo,
te vuelvo a encontrar
junto a la fuentefría
del limonar.
¡Viva la rosa en su rosal!

María del Reposo,
te vuelvo a encontrar,
los cabellos de niebla
y ojos de cristal.
¡Viva la rosa en su rosal!

María del Reposo,
te vuelvo a encontrar.
Aquel guante de luna que olvidé,
¿dónde está?
¡Viva la rosa en su rosal!

LIMONAR

Limonar.
Momento
de mi sueño.

Limonar.
Nido
de senos
amarillos.

Limonar.
Senos donde maman
las brisas del mar.

Limonar.
Naranjal desfallecido,
naranjal moribundo,
naranjal sin sangre.

Limonar.
Tú viste mi amor roto
por el hacha de un gesto.

Limonar,
mi amor niño, mi amor
sin báculo y sin rosa.

Limonar

Noche

Suite para piano y voz emocionada

RASGOS

Aquel camino
sin gente.
Aquel camino.

Aquel grillo
sin hogar.
Aquel grillo.

Y esta esquila
que se duerme.
Esta esquila...

PRELUDIO

El buey
cierra sus ojos

lentamente...
(Calor de establo.)

Éste es el preludio
de la noche.

RINCÓN DEL CIELO

La estrella
vieja
cierra sus ojos turbios.
La estrella
nueva
quiere azular
la sombra.

(En los pinos del monte
hay luciérnagas.)

TOTAL

La mano de la brisa
acaricia la cara del espacio
una vez
y otra vez.
Las estrellas entornan
sus párpados azules
una vez
y otra vez.

UN LUCERO

Hay un lucero quieto,
un lucero sin párpados.
-¿Dónde?
-Un lucero...
En el agua dormida
del estanque.

FRANJA

El camino de Santiago.
(Oh noche de mi amor,
cuando estaba la pájara pinta
pinta
pinta
en la flor del limón.)

UNA

Aquella estrella romántica
(para las magnolias,
para las rosas).

Aquella estrella romántica
se ha vuelto loca.

Balalín,
balalán.

(Canta, ranita,
en tu choza
de sombra.)

MADRE

La osa mayor
da teta a sus estrellas
panza arriba.
Gruñe
y gruñe.
¡Estrellas niñas, huid;
estrellitas tiernas!

RECUERDO

Doña Luna no ha salido.
Está jugando a la rueda
y ella misma se hace burla.
Luna lunera.

HOSPICIO

Y las estrellas pobres,
las que no tienen luz,

¡qué dolor,
qué dolor,
qué pena!,

están abandonadas
sobre un azul borroso.

¡Qué dolor,
qué dolor,
qué pena!

COMETA

En Sirio
hay niños.

VENUS

Ábrete, sésamo
del día.
Ciérrate, sésamo
de la noche.

ABAJO

El espacio estrellado
se refleja en sonidos.
Lianas espectrales.
Arpa laberíntica.

LA GRAN TRISTEZA

No puedes contemplarte
en el mar.

Tus miradas se tronchan
como tallos de luz.
Noche de la tierra.

Remansos

Ciprés.
(Agua estancada)

Chopo.
(Agua cristalina)

Mimbre.
(Agua profunda)

Corazón.
(Agua de pupila)

REMANSILLO

Me miré en tus ojos
pensando en tu alma.

Adelfa blanca.

Me miré en tus ojos
pensando en tu boca.

Adelfa roja.

Me miré en tus ojos.
¡Pero estabas muerta!

Adelfa negra.

VARIACIÓN

El remanso del aire

bajo la rama del eco.

El remanso del agua
bajo fronda de luceros.

El remanso de tu boca
bajo espesura de besos.

REMANSO, CANCIÓN FINAL

Ya viene la noche.

Golpean rayos de luna
sobre el yunque de la tarde.

Ya viene la noche.

Un árbol grande se abriga
con palabras de cantares.

Ya viene la noche.

Si tú vinieras a verme
por los senderos del aire.

Ya viene la noche.

Me encontrarías llorando
bajo los álamos grandes.
¡Ay morena!
Bajo los álamos grandes.

MEDIA LUNA

La luna va por el agua.
¡Cómo está el cielo tranquilo!
Va segando lentamente
el temblor viejo del río
mientras que una rama joven
la toma por espejito.

Momentos de canción

CANCIÓN CON REFLEJO

En la pradera bailaba
mi corazón.

(Era la sombra
de un ciprés
sobre el viento.)

Y un árbol destrenzaba
la brisa del rocío,
¡la brisa!
Plata del tacto.

Yo decía, ¿recuerdas?

(No me importa
la estrella
ni la rosa.)

¿Recuerdas?

¡Oh palabra perdida!
¡Palabra
sin horizonte!

¿Recuerdas?...

En la pradera bailaba
mi corazón.

(Era la sombra
de un ciprés
en el viento.)

CANCIÓN SIN ABRIR

Sobre el río
los cínifes.

Sobre el viento
los pájaros.

(Tarde descarriada.)

¡Oh temblor
de mi corazón!

No temas,
me iré lejos
como un eco.

Me iré lejos
en un barco
sin vela
y sin remos.

¡Oh temblor
de mi corazón!

SÉSAMO

El reflejo
es lo real.
El río
y el cielo
son puertas que nos llevan
a lo Eterno.
Por el cauce de las ranas
o el cauce de los luceros
se irá nuestro amor cantando
la mañana del gran vuelo.
Lo real
es el reflejo.

No hay más que un corazón
y un solo viento.
¡No llorar! Da lo mismo
estar cerca
que lejos.
Naturaleza es
el Narciso eterno.

CANCIÓN BAJO LÁGRIMAS

En aquel sitio,
muchachita de la fuente,
que hay junto al río,
te quitaré la rosa
que te dio mi amigo,
y en aquel sitio,
muchachita de la fuente,
yo te daré mi lirio.
¿Por qué he llorado tanto?
¡Es todo tan sencillo!...
Esto lo haré, ¿no sabes?,
cuando vuelva a ser niño.
¡Ay! ¡ay!
Cuando vuelva a ser niño.

PUESTA DE CANCIÓN

Adolfo en 1921

Después de todo

(la luna
abre su cola
de oro)

... Nada ...

(la luna
cierra su cola
de plata.)

Lejos
una estrella
hiere al pavo real
del cielo.

PAISAJE SIN CANCIÓN

Cielo azul.
Campo amarillo.

Monte azul.
Campo amarillo.

Por la llanura tostada
va caminando un olivo.
Un solo
olivo.

Cuatro baladas amarillas

A Claudio Guillén

I

En lo alto de aquel monte
hay un arbolito verde.

Pastor que vas,
pastor que vienes.

Olivares soñolientos
bajan al llano caliente.

Pastor que vas,
pastor que vienes.

Ni ovejas blancas ni perro
ni cayado ni amor tienes.

Pastor que vas.

Como una sombra de oro
en el trigal te disuelves.

Pastor que vienes.

II

La tierra estaba
amarilla.

Orillo, orillo,
pastorcillo.

Ni luna blanca
ni estrellas lucían.

Orillo, orillo,
pastorcillo.

Vendimiadora morena
corta el llanto de la viña.

Orillo, orillo,
pastorcillo.

III

Dos bueyes rojos
en el campo de oro.

Los bueyes tienen ritmo
de campanas antiguas
y ojos de pájaro.
Son para las mañanas
de niebla, y sin embargo

horadan la naranja
del aire, en el verano.
Viejos desde que nacen
no tienen amo
y recuerdan las alas
de sus costados.
Los bueyes
siempre van suspirando
por los campos de Ruth
en busca del vado,
del eterno vado,
borrachos de luceros
a rumiarse sus llantos.

Dos bueyes rojos
en el campo de oro.

IV

Sobre el cielo
de las margaritas ando.

Yo imagino esta tarde
que soy santo.
Me pusieron la luna
en las manos.
Yo la puse otra vez
en los espacios
y el Señor me premió
con la rosa y el halo.

Sobre el cielo
de las margaritas ando.

Y ahora voy
por este campo
a librar a las niñas
de galanes malos
y dar monedas de oro
a todos los muchachos.

Sobre el cielo
de las margaritas ando.

Tres estampas del cielo

Dedicadas a la señorita
Argimira López,
que no me quiso

I

Las estrellas
no tienen novio.

¡Tan bonitas
como son las estrellas!

Aguardan un galán
que las remonte
a su ideal Venecia.

Todas las noches salen a las rejas
- ¡oh cielo de mil pisos!
y hacen líricas señas
a los mares de sombra
que las rodean.

Pero aguardar, muchachas,
que cuando yo me muera
os raptaré una a una
en mi jaca de niebla.

II
GALÁN

En todo el cielo

hay un estrello.

Romántico y loco.
Con frac
de polvo
de oro.

¡Pero busca un espejo
para mirar su cuerpo!

¡Oh Narciso de plata
en lo alto del agua!

En todo el cielo
hay un estrello.

III
VENUS

Efectivamente
tienes dos grandes senos
y un collar de perlas
en el cuello.
Un infante de bruma
te sostiene el espejo.

Aunque estás muy lejana,
yo te veo
llevar la mano de iris
a tu sexo,
y arreglar indolente
el almohadón del cielo.

¡Te miramos con lupa,
yo y el Renacimiento!

Estampas del mar

A Emilio y Manolo

El mar
quiere levantar
su tapa.

Gigantes de coral
empujan
con sus espaldas.

Y en las cuevas de oro
las sirenas ensayan
una canción que duerma
al agua.

¿Veis las fauces
y las escamas?

Ante el mar
tomad vuestras lanzas.

CONTEMPLACIÓN

Yo evoco
el capitel corintio,
la columna caída
y los pinos.
El mar clásico
canta siempre en Estío
y tiembla como el
capitel corintio.

NOCTURNO

Miro las estrellas
sobre el mar.
¡Las estrellas son de agua,

gotas de agua!

Miro las estrellas
sobre mi corazón.
¡Las estrellas son de aroma,
núcleos de aroma!

Miro la tierra
llena de sombra.

GUARDIAS

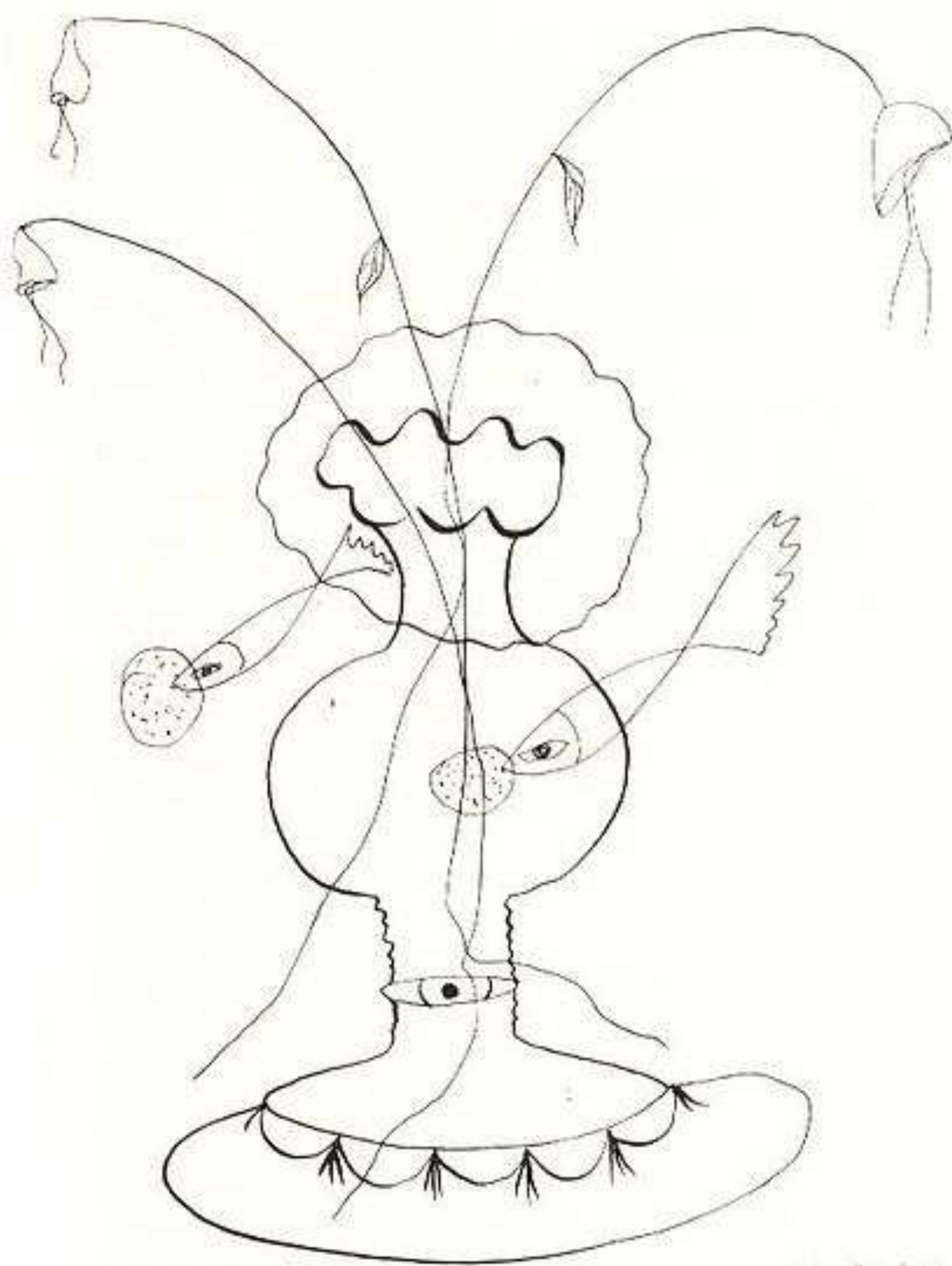
En el reino del mar
hay dos guardas,
San Cristóbal
y Polifemo.

¡Tres ojos
sobre el viajero errante!

DOS ESTRELLAS DEL MAR

En la torre
de la madrugada
María enseña a Venus
a tejer lana.
Venus le muestra todas
sus miradas
y María se asombra.

En la torre
de la madrugada.



Historietas del viento

I

El viento venía rojo
por el collado encendido
y se ha puesto verde, verde
por el río.
Luego se pondrá violeta,
amarillo y...
será sobre los sembrados
un arco iris tendido.

II

Viento estancado.
Arriba el sol.
Abajo
las algas temblorosas
de los álamos.
Y mi corazón
temblando.
Viento estancado
A las cinco de la tarde
sin pájaros.

III

La brisa
es ondulada
como los cabellos
de algunas muchachas.
Como los marecitos
de algunas viejas tablas.
La brisa
brota como el agua,
y se derrama
-tenue bálsamo blanco-
por las cañadas,

y se desmaya
al chocar con lo duro
de la montaña.

IV

ESCUELA

Maestro
¿Qué doncella se casa
con el viento?

Niño
La doncella de todos
los deseos.

Maestro
¿Qué le regala
el viento?

Niño
Remolinos de oro
y mapas superpuestos.

Maestro
¿Ella le ofrece algo?

Niño
Su corazón abierto.

Maestro
Decid cómo se llama.

Niño
Su nombre es un secreto.

(*La ventana*
del colegio
tiene una cortina
de luceros.)

Canciones bajo la luna



PIERROT LUNAR, 1928.
Tinta y lápices de color. Medidas desconocidas.
Colección Casa de los Tiros. Granada.

LUNA LLENA
Al salir

Cuando sale la luna
se pierden las campanas
y aparecen las sendas
de lo impenetrable.

Cuando sale la luna
el mar cubre la tierra,
y el corazón se siente
isla del infinito.

La luna está más lejos
que el sol y las estrellas.
Es perfume y recuerdo,
pompa de azul marchito.

COLORES

Sobre París la luna
tiene color violeta
y se pone amarilla
en las ciudades muertas.

Hay una luna verde
en todas las leyendas,
luna de telaraña
y de rota vidriera.
Y sobre los desiertos
es profunda y sangrienta.

Pero la luna blanca,
la luna verdadera,
sólo luce en los quietos
cementerios de aldea.

CAPRICHO

En la red de la luna,
araña del cielo,
se enredan las estrellas
revoladoras.

SALOMÉ Y LA LUNA

La luna es una hermana
de Salomé. (Señora
que en una historia antigua
muerde una muerta boca.)

Salomé era el ocaso.
Un ocaso
de ojos
y de labios.

La luna es el perpetuo

ocaso.
Tarde
continuada
y delirante.

El amor sin orillas
de Salomé al oso
no fue por su palabra;
fue porque su cabeza,
medusa del desierto,
era una luna negra,
una luna imposible,
ahumada y soñolienta.

Salomé es la crisálida
y la luna el capullo,
crisálida de sombra
bajo un palacio oscuro.

La luna tiembla sobre el agua,
Salomé tiembla sobre el alma.
¡Oh sublime belleza,
querer hacer de un beso
una estrella!

En el mediodía
o en la noche oscura,
si habláis de Salomé,
saldrá la luna.

Sombra

PUEBLO

Entre tejado y tejado
va el alto río del cielo.

Sobre las acacias viejas

duermen pájaros errantes.

Y la torre sin campanas
(Santa Lucía de piedra)
se afirma en la tierra dura.

MEMENTO

Cuando muramos
nos llevaremos
una serie de vistas
del cielo.

(Cielos de amanecer
y cielos nocturnos.)

Aunque me han dicho
que muertos
no se tiene
más recuerdo
que el de un cielo de Estío,

un cielo negro
estremecido
por el viento.

MURCIÉLAGO

El murciélago,
elixir de la sombra,
verdadero amante de la estrella,
muerde el talón del día.

FIN

Ya pasó
el fin del mundo
y ha sido
el juicio tremendo.
Ya ocurrió catástrofe

de los luceros.

El cielo de la noche
es un desierto,
un desierto de lámparas
sin dueño.

Muchedumbres de plata
se fueron
a la densa levadura
del misterio.

Y en el barco de la Muerte
vamos los hombres, sintiendo
que jugamos a la vida,
¡que somos espectros!

Mirando a los cuatro puntos
todo está muerto.
El cielo de la noche
es una ruina,
un eco.

OSA MAYOR
Juguete

Éramos siete.
¿Dónde estamos?

Da tristeza
ver el carro
sin auriga
ni caballos.

Sobre el cielo
da una pena
suave verte soñando
con un camino de oro
y boreales caballos.

Sobre el negro cristalino
¡qué harás cuando tengas, carro,
con la lluvia de los tiempos
tus luceros oxidados!
¿No piensas nunca meterte
bajo techado?
Yo te unciría una noche
a dos grandes bueyes blancos.

PONIENTE

Sobre el cielo exquisito,
más allá del violado,
hay nubes desgarradas
como camelias grises,
y un deseo de alas
sobre las crestas frías.

Un ocaso teñido
de sombra como éste
dará una noche inmensa
sin brisa ni caminos.


30 *San Sebastián*

CUMBRE

Cuando llegue a la cumbre...

(Oh corazón desolado,
San Sebastián de Cupido.)

Cuando llegue a la cumbre...

¡Dejadme cantar!
Porque cantando
no veré los oteros sombríos
ni los rebaños
que en lo profundo van
sin pastores.
Cantando,
veré la única estrella
que no existe.

Cuando llegue a la cumbre...
cantando.

SAUCE

¡Jeremías
exquisito!

Las lágrimas asoman
por tus ojos fríos,
mas tu llanto no rueda
sobre el camino.

Abres bajo tus ramas
un abismo
y matizas con gestos
el color vespertino.

¡Oh Jeremías
exquisito!

El regreso

Yo vuelvo
por mis alas.

¡Dejadme volver!

¡Quiero morirme siendo
amanecer!

¡Quiero morirme siendo
ayer!

Yo vuelvo
por mis alas.

¡Dejadme retornar!

Quiero morirme siendo
manantial.

Quiero morirme fuera
de la mar.

CORRIENTE

El que camina
se enturbia.

El agua corriente
no ve las estrellas.

El que camina
se olvida.

Y el que se para
sueña.

HACIA...

Vuelve,
¡corazón!,
vuelve.

Por las selvas del amor
no verás gentes.
Tendrás claros manantiales.
En lo verde,
hallarás la rosa inmensa
del siempre.

Y dirás: ¡Amor!, ¡amor!,
sin que tu herida
se cierre.

Vuelve,
¡corazón mío!,
vuelve.

RECODO

Quiero volver a la infancia
y de la infancia a la sombra.

¿Te vas, ruiseñor?
Vete.

Quiero volver a la sombra
y de la sombra a la flor.

¿Te vas, aroma?
¡Vete!

Quiero volver a la flor
y de la flor
a mi corazón.

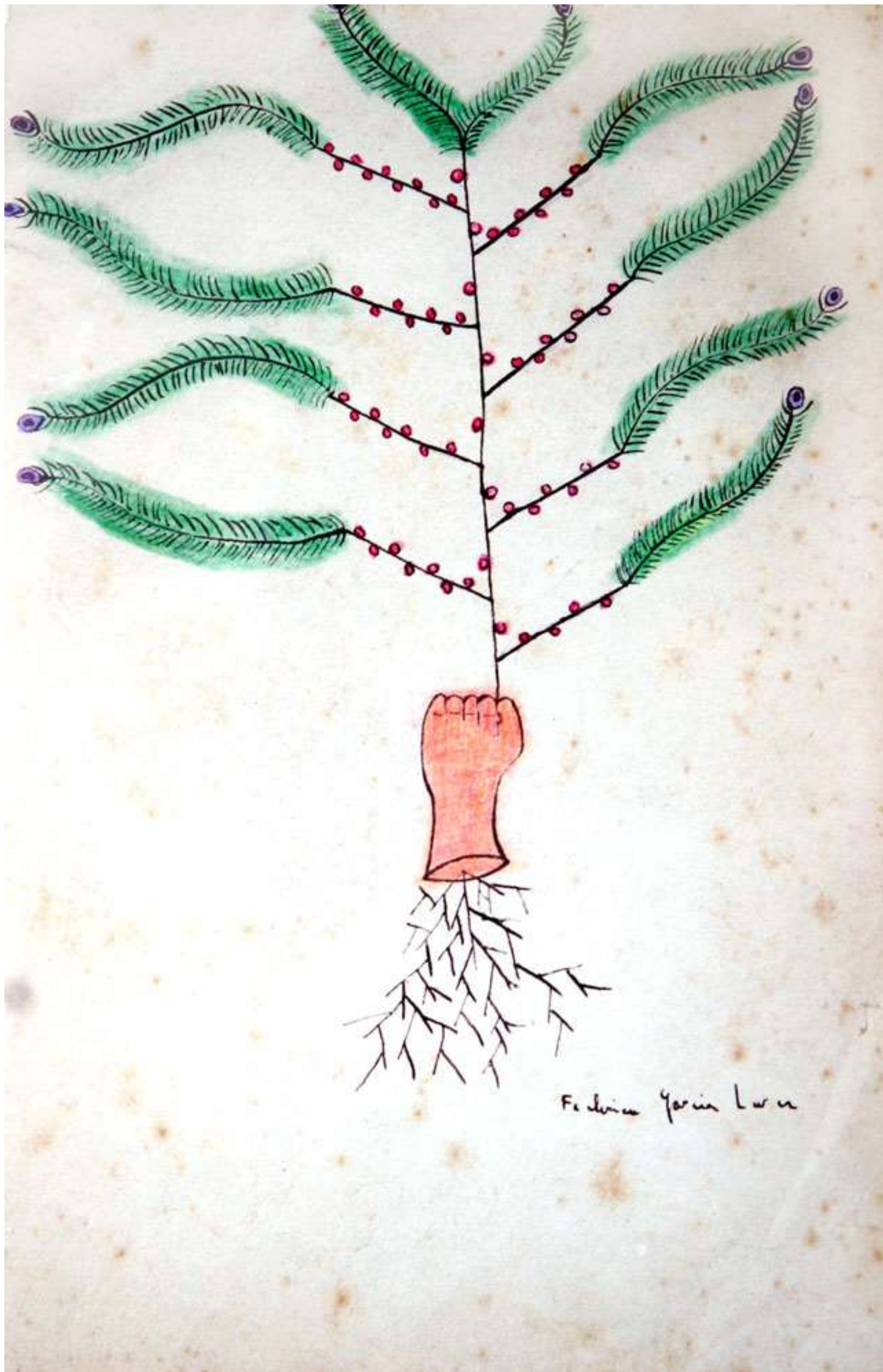
¿Te vas, amor?
¡Adiós!

(¡A mi desierto corazón!)

DESPEDIDA

Me despediré
en la encrucijada
para entrar en el camino
de mi alma.

Despertando recuerdos
y horas malas
llegaré al huertecillo
de mi canción blanca
y me echaré a temblar como
la estrella de la mañana.


Federico Garcia Lorca

RÁFAGA

Pasaba mi niña,
¡qué bonita iba!,
con su vestidito
de muselina
y una mariposa
prendida.

¡Síguela, muchacho,
la vereda arriba!
Y si ves que llora
o medita,
píntale el corazón
con purpurina
y dile que no llore
si queda solita.

Horas de verano

Afilador.
(Las tres.)
El alma de Pan
en los labios
del afilador.

¡Qué tristeza
tan polvorienta!

Evoca
un verde remanso
y una cadera
entre las ramas.

El hombre lleva
la rueda

de Santa Catalina.

¡Qué tristeza!

LAS CINCO
Potro

Por la calle sin gente
pasa un caballo negro,
el caballo errabundo
de los malos sueños.

El aire del poniente
viene a lo lejos,
una ventana gime
con el viento.

LAS SEIS

Los pájaros empujan
a la tarde
y llevan con sus picos
la cola azul del día.

El ocaso tatuado
de veletas
sostiene la barca
de la media luna.

Y en la fuente fría
canta la culebra.

LAS SIETE

La primera estrella.
Todo mira hacia Venus
y ella como una niña
que se cae en el aljibe
tiembla y tiembla
como diciendo:

¿Volveré mañana?

LAS OCHO

El cielo se arrancó
la venda
y el dragón de los mil ojos
nos lame con sus lenguas
de viento.

Venus se extravía
por las muchedumbres
y yo me acuerdo de una novia
que no he tenido nunca.

LAS NUEVE

Azul sin sangre.
Aire de terciopelo.

¡Oh amiga mía!
Podemos
bajar a la cisterna del corazón,
podemos
por el río de las palabras
llegar a la isla
del beso.

Podemos
hundirnos en el olivar
sediento.

VILANO DE NOCHE

Sobre el agua
que late entre las zarzas
las estrellas
se alargan.

La selva de los relojes

Entré en la selva
de los relojes.

Frondas de tic-tac,
racimos de campanas
y bajo la hora múltiple,
constelaciones de péndulos.

Los lirios negros
de las horas muertas,
los lirios negros
de las horas niñas.
¡Todo igual!
¿Y el oro del amor?

Hay una hora tan sólo.
¡Una hora tan sólo!
¡La hora fría!

MALEZA

Me interné
por la hora mortal.
Hora de agonizante
y de últimos besos.
Grave hora en que sueñan
las campanas cautivas.

Relojes de cuco,
sin cuco.
Estrella mohosa
y enormes mariposas
pálidas.

Entre el boscaje
de suspiros
el aristón

sonaba
que tenía cuando niño.

¡Por aquí has de pasar,
corazón!
¡Por aquí,
corazón!

VISTA GENERAL

Toda la selva turbia
es una inmensa araña
que teje una red sonora
a la esperanza.
¡A la pobre virgen blanca
que se cría con suspiros y miradas!

ÉL

La verdadera esfinge
es el reloj.
Edipo nacerá de una pupila.
Limita al Norte
con el espejo
y al Sur
con el gato.
Doña Luna es una Venus.
(Esfera sin sabor.)
Los relojes nos traen
los inviernos.
(Golondrinas hieráticas
emigran el verano.)
La madrugada tiene
un pleamar de relojes
donde se ahoga el sueño.
Los murciélagos nacen
de las esferas
y el becerro los estudia
preocupado.
¿Cuándo será el crepúsculo

de todos los relojes?
¿Cuándo esas lunas blancas
se hundirán por los montes?

ECO DEL RELOJ

Me senté
en un claro del tiempo.
Era un remanso de silencio,
de un blanco
silencio.

Anillo formidable
donde los luceros
chocaban con los doce flotantes
números negros.

MEDITACIÓN PRIMERA Y ÚLTIMA

El Tiempo
tiene color de noche.
De una noche quieta.
Sobre lunas enormes,
la Eternidad
está fija en las doce.
Y el Tiempo se ha dormido
para siempre en su torre.
Nos engañan
todos los relojes.
El Tiempo tiene ya
horizontes.

LA HORA ESFINGE

En tu jardín se abren
las estrellas malditas.
Nacemos bajo tus cuernos
y morimos.
¡Hora fría!
Pones un techo de piedra

a las mariposas líricas
y, sentada en el azul,
cortas alas
y límites.

[UNA... DOS... Y TRES]

Una... dos... y tres.
Sonó la hora en la selva.
El silencio
se llenó de burbujas
y un péndulo de oro
llevaba y traía
mi cara por el aire.
¡Sonó la hora en la selva!
Los relojes de bolsillo,
como bandadas de moscas,
iban y venían.

En mi corazón sonaba
el reloj sobredorado
de mi abuelita.

Álbum blanco

A Claudio de la Torre

Eloisa López tenía un álbum sin escribir. Y se ha muerto. ¡Pobrecita! Pero yo se lo escribo con tinta blanca. Ruego a los lectores una oración por su alma. El arzobispo de Constantinopla se ha dignado conceder 100 días de indulgencia. ¡Ah! Si ustedes la hubiesen conocido...

PRIMERA PÁGINA

Cerezo en flor

En Marzo
te marchas a la luna.
Dejas aquí tu sombra.
Las praderas se tornan
irreales.

Llueven pájaros blancos.
Y yo me pierdo en tu bosque
gritando:
¡Ábrete, sésamo!
¿Seré niño?
Gritando:
¡Ábrete, sésamo!

SEGUNDA PÁGINA

Cisne

Ni Pan
ni Leda.

(Sobre tus alas
se duerme la luna llena.)

Ni bosque
ni siringa.

(Por tu plumaje
resbala la noche fría.)

Ni carne rubia
ni besos.

(De escarcha y sueño remolcas
a la barca de los muertos.)

TERCERA PÁGINA

Inventos

(*Estrellas de la nieve*)

Hay montañas
que quieren ser
de agua,
y se inventan estrellas
sobre la espalda.

(*Nubes*)

Y hay montañas
que quieren tener
alas,
y se inventan las nubes
blancas.

CUARTA PÁGINA

Nieve

Las estrellas
se están desnudando.
Camisas de estrellas
caen sobre el campo.

QUINTA PÁGINA

Amanece

La cresta del día
asoma.
Cresta blanca
de un gallo de oro.

La cresta de mi risa
asoma.
Cresta de oro
de un gallo de sombra.

ÚLTIMA PÁGINA

Baladilla de Eloisa muerta
(*Palabras de un estudiante*)

Estabas muerta,
como al final
de todas las novelas.
Yo no te amaba, Eloísa.
¡Y eras tan tierna!
Con música de Bécquer

o de Espronceda,
tú me soñabas guapo
con melena,
y yo te daba besos
sin darme cuenta
de que no te decía:
¡oh labios de cereza!
Qué gran romántica
eras.
Bebías vinagre a escondidas
de tu abuela.
Te pusiste como una
celinda de primavera.
Y yo estaba enamorado
de otra. ¿No ves qué pena?
De otra que estaba escribiendo
un nombre sobre la arena.

Cuando yo llegué a tu casa
estabas muerta
entre cirios y entre albahacas,
igual que en las novelas.

Rodeaban tu barquita
las niñas de tu escuela.
Habías bebido el vinagre
de la botella eterna.

Tilín talán
te lloraban
las campanas tiernas.

Talán tilín
en la tarde
con dolor de cabeza.
Quizá soñabas durmiendo
que eras Ofelia
sobre un lago azul de agua
calenturienta.

Tilín talán
¡que te lloren
las campanas tiernas!

¡Talán tilín
en la tarde
con dolor de cabeza!

Secretos

FUENTE

Ante la fuente fría
Cristo medita
con una semilla
entre las manos.

(Está sediento el cauce
de la brisa.)

Ante la fuente clara
Cristo y su alma
luchan por la palabra
que duerme todavía.
¡Pero la fuente mana!

PAN

¡Ved qué locura!
Los cuernos de Pan
se han vuelto alas
y como una mariposa
enorme
vuela por su selva de fuego.
¡Ved qué locura!

LEÑADOR

En el crepúsculo
yo caminaba.
«¿Dónde vas?», me decían.
«A cazar estrellas claras.»
Y cuando las colinas
dormían, regresaba
con todas las estrellas
en la espalda.
¡Todo el haz
de la noche blanca!

ESPEJO

Mi cintillo de oro
se perdió en el espejo.
(Quiero decir
que nunca existió.)

En los espejos se pierden
las cosas que no existen.

Mi cintillo era de oro:
¿de sol o de margaritas?

¿Qué mujer me lo dio?
Preguntárselo a mi espejo.

Por... más... que...
¡yo no tengo espejo!

PUERTA ABIERTA

Las puertas abiertas
dan siempre a una sima
mucho más profunda
si la casa es vieja.

La puerta
no es puerta
hasta que un muerto
sale por ella
y mira doliente, crucificada,
a la madrugada sanguinolenta.

¡Qué trabajo nos cuesta
traspasar los umbrales
de todas las puertas!
Vemos dentro una lámpara
ciega
o una niña que teme
las tormentas.

La puerta es siempre la clave
de la leyenda.
Rosa de dos pétalos
que el viento abre
y cierra.

He visto las colas del viento,
las flores de la brisa.
He visto el pájaro Grifón
y la torre de Delgadina.

¿De dónde vienes,
de dónde?

He visto un camino azul
y unas niñas
que iban cantando el romance
de la verde oliva.

¿No sabes de dónde vengo,
niña mía?
Pues... de tu última
sonrisa.

BOTICA

¿Esos venenos
son de la India?

¿Y esos perfumes
son de la Arabia?

(El boticario solloza
junto a su niño muerto.)

¿Aquel bálsamo cura
heridas de amor?

¿Y el agua sonrosada
de la juventud?

(El boticario se inclina
sobre su niño muerto.)

Dígame: ¿Alguna rosa
da un veneno violento?

¿Qué tiene esa redoma?
¿No ve usted cómo tiembla?
......
(Entre los sollozos
se oye un batir de alas
dentro de todos los frascos.)

DONCELLITA

¿Por qué te recuerdo
bajo una lluvia de Marzo
al salir del colegio?

Pajarita de las nieves
te llamaban. Un interno

te dio su rosa. Luego
se te cayó la pluma
con que escribo los versos.
Tan pequeñita, y tú
¡sin saberlo!

Seis canciones de anochecer

HORIZONTE

Sobre la verde bruma
se cae un sol sin rayos.

La ribera sombría
sueña al par que la barca
y la esquila inevitable
traba la melancolía.

En mi alma de ayer
suena un tamborcillo
de plata.



PESCADORES

El árbol gigantesco
pesca con sus lianas
topos raros
de la tierra.

El sauce sobre el remanso
se pesca sus ruiseñores
... pero en el anzuelo verde
del ciprés la blanca luna
no morderá... ni
tu corazón al mío,
morenita de Granada.

SOLITARIO
Zujaira

Sobre el pianísimo
del oro...
mi chopo
solo.

Sin un pájaro
armónico.
....
Sobre el pianísimo
del oro...

El río a sus pies
corre grave y hondo
bajo el pianísimo
del oro...

Y yo con la tarde
sobre mis hombros
como un corderito
muerto por el lobo
bajo el pianísimo
del oro.

DELIRIO

Disuelta la tarde
y en silencio el campo.

Los abejarucos
vuelan suspirando.

Los fondos deliran
azules y blancos.

El paisaje tiene
abiertos sus brazos.

¡Ay, Señor, Señor,
esto es demasiado!

MEMENTO

Aire de llano

La luna ya se ha muerto
do-re-mi
la vamos a enterrar
do-re-fa
en una rosa blanca
do-re-mi
con tallo de cristal
do-re-fa.
Bajó hasta la chopera
do-re-mi

se enredó en el zarzal
do-re-fa.
¡Me alegro porque era
do-re-mi
presumida de más!
do-re-fa.
No hubo para ella nunca
do-re-mi
marido ni galán
do-re-fa.
¡Cómo se pondrá el cielo!
do-re-mi.
¡Ay cómo se pondrá!
do-re-fa
cuando llegue la noche
do-re-mi
y no la vea en el mar
do-re-fa.
¡Acudid al entierro!
do-re-mi
cantando el pío pa
do-re-fa.
Se ha muerto la Mambruna
do-re-mi
de la cara estelar
do-re-fa.
¡Campanas de las torres
do-re-mi
doblar que te doblar!

do-re-fa.
Culebras de las fuentes
do-re-mi
¡cantar que te cantar!
do-re-fa.

ÚLTIMA LUZ

En la confusión
azul
una hoguera lejana
(lanzada en el corazón
del monte).
Los pájaros juegan
al viento entre los chopos
y se ahondan
los cauces.

Suite del agua

PAÍS

En el agua negra,
árboles yacentes,
margaritas
y amapolas.

Por el camino muerto
van tres bueyes.

Por el aire,
el ruiseñor,
corazón del árbol.

TEMBLOR

En mi memoria turbia

con un recuerdo de plata,
piedra de rocío.

En el campo sin monte,
una laguna clara,
manantial apagado.

ACACIA

¿Quién segó el tallo
de la luna?

(Nos dejó raíces
de agua.)

¡Qué fácil nos sería cortar las flores
de la eterna acacia!

CURVA

Con un lirio en la mano
te dejo.
¡Amor de mi noche!
Y viudita de mi astro
te encuentro.

Domador de sombrías
mariposas,
sigo por mi camino.
Al cabo de mil años
me verás.
¡Amor de mi noche!
Por la vereda azul,
domador de sombrías
estrellas,
seguiré mi camino.
Hasta que el Universo
quepa en mi corazón.

COLMENA

¡Vivimos en celdas
de cristal,
en colmena de aire!
Nos besamos a través
de cristal.
¡Maravillosa cárcel,
cuya puerta
es la luna!

Cruz

NORTE

Las estrellas frías
sobre los caminos.
Hay quien va y quien viene
por selvas de humo.
Las cabañas suspiran
bajo la aurora perpetua.
¡En el golpe
del hacha
valles y bosques tienen
un temblor de cisterna!
¡En el golpe
del hacha!

SUR

Sur,
espejismo,
reflejo.
Da lo mismo decir
estrella que naranja,
cauce que cielo.

¡Oh la flecha,
la flecha!

El Sur
es eso:
una flecha de oro,
¡sin blanco! sobre el viento.

ESTE

Escala de aroma
que baja
al Sur
(por grados conjuntos).

OESTE

Escala de luna
que asciende
al Norte
(cromática).

Tres crepúsculos

A Conchita, mi hermana

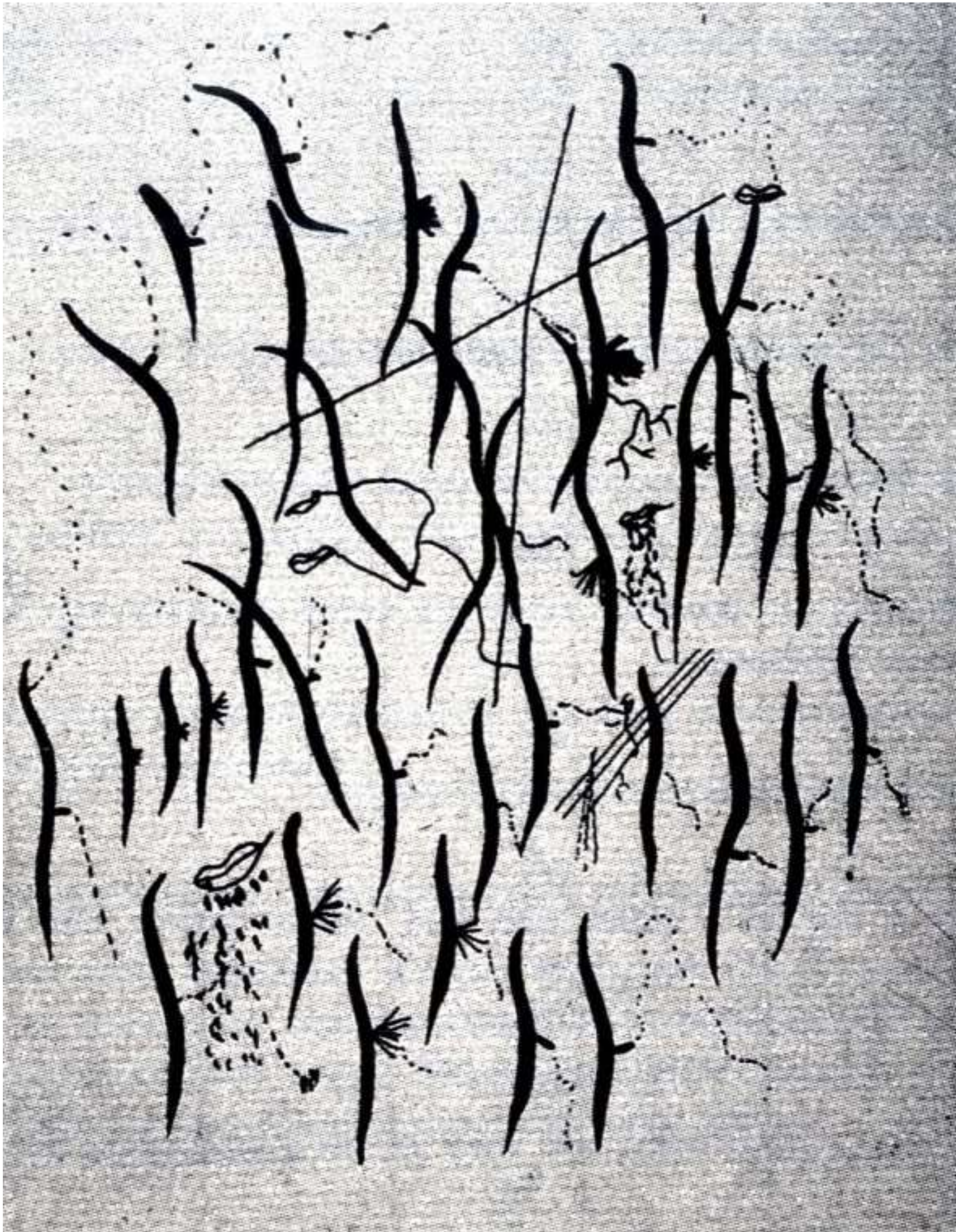
I

La tarde está
arrepentida
porque sueña
con el mediodía.
(Árboles rojos y nubes
sobre las colinas.)
La tarde soltó su verde
cabellera lírica
y tiembla dulcemente
... le fastidia
ser tarde habiendo sido
mediodía.

II
¡Ahora empieza la tarde!
¿Por qué? ¿Por qué?
... Ahora mismo
he visto al día inclinarse
como un lirio.
La flor de la mañana
dobla el tallo
... ahora mismo...
La raíz de la tarde
surge de lo sombrío.

III
¡Adiós, sol!

Bien sé que eres la luna,
pero yo
no lo diré a nadie,
sol.
Te ocultas
detrás del telón
y disfrazas tu rostro
con polvos de arroz.
De día, la guitarra
del labrador;
de noche, la mandolina
de Pierrot.
¡Qué más da!
Tu ilusión
es crear el jardín
multicolor.
¡Adiós, sol!
No olvides lo que te ama
el caracol,
la viejecilla
del balcón,
y yo...
que juego al trompo con mi...
corazón.



Bosque sexual

Palimpsestos

A José Moreno Villa

I

CIUDAD

El bosque centenario
penetra en la ciudad
pero el bosque está dentro
del mar.

Hay flechas en el aire
y guerreros que van
perdidos entre ramas
de coral.

Sobre las casas nuevas
se mueve un encinar
y tiene el cielo enormes
curvas de cristal.

II

CORREDOR

Por los altos corredores
se pasean dos señores

(Cielo
nuevo.
¡Cielo
azul!)

... se pasean dos señores
que antes fueron blancos monjes,

(Cielo
medio.
¡Cielo

morado!)

... se pasean dos señores
que antes fueron cazadores.

(Cielo
viejo.
¡Cielo
de oro!)

... se pasean dos señores
que antes fueron...

(Noche.)

III

PRIMERA PÁGINA

A Isabel Clara, mi ahijada

Fuente clara.
Cielo claro.

¡Oh, cómo se agrandan
los pájaros!

Cielo claro.
Fuente clara.

¡Oh, cómo relumbran
las naranjas!

Fuente.
Cielo.

¡Oh, cómo el trigo
es tierno!

Cielo.

Fuente.

¡Oh, cómo el trigo
es verde!

La palmera

Poema tropical

LÍMITES

En el cielo la estrella
y el pulpo abajo.
(La palmera de Satán
y la palmera de Zoroastro.)
La estrella flota
en el espacio.
El pulpo flota
en el Mediterráneo.
La palmera de Satán
y la palmera de Zoroastro
se mueven cuando agitan
los brazos.

LA PALMERA

Entre el cielo y el agua
abres tu inmensa flor.

Rosa viva del viento
mediterráneo.

Te dan aire de negra
tus adornos de dátiles
y evocas la Gorgona
pensativa.

Eres junto a las olas

una araña-cigüeña
que teje sal y yodo
de los ritmos

y que sueña en la arena
bajo su pie escamado
un país de remansos
azules.

MEDITERRÁNEO

¡Mar latino!
¡Palmeras
y olivos!
El grito de la palma
o el silencio del pino.
Siento como una inmensa
columna subir tu ruido
por encima de todos
los mares.
¡Mar latino!
Entre las torres blancas
y el capitel corintio
te cruzó patinando
la voz de Jesucristo.
¡Mar latino!
El gran falo del cielo
te dio su calor. Tu ritmo
fluye en ondas concéntricas
de Venus, que es tu ombligo.
¡Mar latino!
Guardas gestos inmortales
y eres humilde. Yo he visto
salir marineros ciegos
y volver a su destino.
¡Oh Pedro de los mares!
¡Oh magnífico
desierto coronado
de palmeras y olivos!

LA PALMA

La palma es el aire.
Ni el río ni Eva
logran plasmar curvas
tan perfectas.

La palma es el oro.
Ni el limón ni el trigo
logran ir más allá
del amarillo.

La palma es la Gracia.
En nuestras manos
llega a la cumbre azul
del desmayo.

Newton

En la nariz de Newton
cae la gran manzana,
bólido de verdades.

La última que colgaba
del árbol de la Ciencia.
El gran Newton se rasca
sus narices sajonas.
Había una luna blanca
sobre el encaje bárbaro
de las hayas.

EN EL BOSQUE

Los gnomos
de los secretos
se mesan

los cabellos.
Amarran a la Muerte
y ordenan a los ecos
que despisten al hombre
con sus espejos.
En un rincón
está el secreto
revelado,
muerto.
Lo lloran
sus compañeros.
Es un joven azul
con los pies de hierro
que tiene entre las cejas
un lucero.
Lo lloran
sus compañeros.
El lago verde tiembla.
Hace viento.

ARMONÍA

Las olas
riman con el suspiro
y la estrella
con el grillo.
Se estremece en la córnea
todo el cielo frío,
y el punto es una síntesis
del infinito.
¿Pero quién une olas
con suspiros
y estrellas
con grillos?
Esperar que los Genios
tengan un descuido.
Las claves van flotando
entre nosotros mismos.

EL ÚLTIMO PASEO DEL FILÓSOFO

Newton
paseaba.
La muerte lo iba siguiendo
rasgueando su guitarra.
Newton
paseaba.
Los gusanos roían
su manzana.
Sonaba el viento en los árboles
y el río bajo las ramas.
Wordsworth hubiera llorado.
El filósofo tomaba
posturas inverosímiles
esperando otra manzana.
Corría por el camino
y tendíase junto al agua
para hundir su rostro en
la gran luna reflejada.

Newton
lloraba.

En un alto cedro dos
viejos búhos platicaban
y en la noche lentamente
el sabio volvía a su casa
soñando inmensas pirámides
de manzanas.

RÉPLICA

Adán comió la manzana
de la virgen Eva.
Newton fue un segundo Adán
de la Ciencia.
El primero conoció
la belleza.
El segundo un Pegaso

cargado de cadenas.
Y no fueron culpables.
Las dos manzanas eran
sonrosadas
y nuevas
pero de amarga
leyenda.
¡Los dos senos cortados
de la niña inocencia!

PREGUNTA

¿Por qué fue la manzana
y no
la naranja
o la poliédrica
granada?
¿Por qué fue reveladora
esta fruta casta,
esta poma suave
y plácida?
¿Qué símbolo admirable
duerme en sus entrañas?
Adán, Paris y Newton
la llevan en el alma
y la acarician sin
adivinarla.

Cúco. Cuco. Cucó

A Enrique Díez-Canedo y a Teresa

El cuco divide la noche
con sus bolitas de cobre.

El cuco no tiene pico,
tiene dos labios de niño

que silban desde los siglos.

¡Gato,
esconde tu rabo!

El cuco va sobre el Tiempo
flotando como un velero
y múltiple como un eco.

¡Urraca,
esconde tu pata!

Frente al cuco está la esfinge,
el símbolo de los cisnes
y la niña que no ríe.

¡Zorra,
esconde tu cola!

Un día se irá en el viento
el último pensamiento
y el penúltimo deseo.

¡Grillo,
vete bajo el pino!

Sólo el cuco quedará
partiendo la eternidad
con bolitas de cristal.

LA CANCIÓN DEL CUCO VIEJO

En el arca de Noé
canté.
Y en la fronda
de Matusalén.

Noé era un hombre bueno.
A Matusalén
le llegaba la barba

a los pies.

Lanzo mis silbidos
al cielo. Logré
que cayeran vacíos
otra vez.

Sobre la noche canto.
Cantaré
aunque estéis dormidos.
Cantaré
por todos los siglos
de los siglos. Amén.

PRIMER NOCTURNO DEL CUCO

A pesar de sus ojos
la noche va perdida.

(Sólo el cuco
permanece.)

En la cañavera lloran
vientos indecisos.

(Sólo el cuco
permanece.)

¿Por aquí? ¿Por allí? El alma
ha perdido su olfato.

(Sólo el cuco
permanece.)

SEGUNDO NOCTURNO DEL CUCO

El cuco dice que «Sí».
¡Alégrate, colorín!
El ángel abre las puertas

de su jardín.

El cuco dice que «No».
¡Canta, tierno ruiseñor!
Tendremos en cada ojo
una flor.
¡Oh, qué maravillosa
resurrección!

¡Que No!
¡Que Sí!

(La noche
se iba por su confín.)

¡Que Sí!
¡Que No!

(Apurando sus gotas
va el reloj.)

ÚLTIMO NOCTURNO

¡Oh, qué estremecimiento!
El cuco ha llegado,
¡huyamos!

Si tú vieras a la amarga
adelfa sollozar,
¿qué harías, amor mío?

Pensaría en el mar.

Si tú vieses que la luna
te llama cuando se va,
¿qué harías, amor mío?

Suspirar.

Si yo te dijese un día:

«Te amo» desde mi olivar,
¿qué harías, amor mío?

¡Clavarme un puñal!

¡Oh, qué estremecimiento!
El cuco ha llegado,
¡huyamos!

Madrigales

[I]

Como las ondas concéntricas
sobre el agua,
así en mi corazón
tus palabras.

Como un pájaro que choca
con el viento,
así sobre mis labios
tus besos.

Como fuentes abiertas
frente a la tarde,
así mis ojos negros
sobre tu carne.

II

Estoy preso
en tus círculos
concéntricos.
¡Como Saturno
llevo
los anillos
de mi sueño!

Y no acabo de hundirme
ni me elevo.
¡Amor mío!
Mi cuerpo
flota sobre el remanso
de los besos.

Castillo de fuegos artificiales quemado con motivo del cumpleaños del poeta

PRIMERA COHETERÍA

Tú tú tú tú
yo yo yo yo.
¿Quién?...
¡ni tú
ni yo!

RUEDA CATALINA

Doña Catalina
tenía un pelo de oro
entre su cabellera
de sombra.

(¿A quién espero,
Dios mío,
a quién espero?)

Doña Catalina
camina despacio
poniendo estrellitas
verdes en la noche.

(Ni aquí
ni allí
sino aquí.)

Doña Catalina
se muere y le nace
una granadeta de luz
en la frente.

¡Chissssssssssssssssss!

COHETES

Seis lanzas de fuego
suben.

(La noche es una guitarra.)

Seis sierpes enfurecidas.

(Por el cielo vendrá San Jorge.)

Seis sopletes de oro y viento.

(¿Se agrandará la ampolla
de la noche?)

JARDÍN CHINO

En bosquecillos
de grana y magnesio
saltan las princesitas.
Chispas.

Hay una lluvia de naranjas
sobre el zig-zag de los cerezos
y entre comas vuelan azules
dragoncillos amaestrados.

Niña mía, este jardincillo
es para verlo en los espejitos

de tus uñas.
Para verlo en el biombo
de tus dientes.
Y ser como un ratoncito.

GIRASOL

Si yo amara a un cíclope
suspiraría
bajo esta mirada
sin párpados.
¡Oh girasol de fuego!
El gentío lo mira
sin estremecimiento.
¡Ojo de la providencia
ante una muchedumbre
de Abeles!

¡Girasol girasol!
¡Ojo salvaje y puro
sin la ironía del guiño!

¡Girasol girasol!
¡Estigma ardiente sobre
los gentíos de feria!

DISCO DE RUBÍES

Gira y se estremece
como loco.
No sabe nada
¿y lo sabe todo?
¡Todas las flechas
a este corazón
redondo!

Todas las pupilas

a este corazón
redondo.
¡Lupa sangrienta entre
el misterio
y nosotros!

CAPRICHO

¡Tris!...
¿Has cerrado
los ojos?
¡Triis!...
¿Más aún? Será una
muchacha de brisa.
Yo soy un hombre.
¡Tras!...
Ya te vas, amor mío,
¿y tus ojos?
¡Traaas!...
Si los cierras, yo tengo dos plumas.
¿Lo oyes? Dos plumas que miran
de mi pavo real.
¡Tris!...
¿Me has oído?
¡Traaas!...

JUEGO DE LUNAS

La luna está redonda.
Alrededor, una noria
de espejos.
Alrededor, una rueda
de agua.
La luna se ha hecho láminas
como un pan de oro blanco.
La luna
se ha deshojado
lunas.
Bandadas de fuentes

vuelan por el aire.
En cada fuente yace
una luna difunta.
La luna
se hace un bastón de luz
en el torrente claro.
La luna,
como una gran vidriera
rota, cae sobre el mar.
La luna
se va por un biombo
infinito.
¿Y la Luna? ¿Y la Luna?

(Arriba,
no queda más que un aro
de cristalillos.)

Caracol

Caracol,
estáte quieto.

Donde tú estés
estará el centro.

La piedra sobre el agua
y el grito en el viento
forman las imágenes
puras de tu ensueño.
Las circunferencias
imposibles en tu cuerpo.

Caracol, col, col, col
estáte quieto.

Donde tú estés

estará el centro.

ESPIRAL

Mi tiempo
avanza en espiral.

La espiral
limita mi paisaje,
deja en tinieblas lo pasado
y me hace caminar
lleno de incertidumbre.

¡Oh línea recta! Pura
lanza sin caballero.

¡Cómo sueña tu luz
mi senda salomónica!

BALADA DEL CARACOL BLANCO

Caracoles blancos.
Los niños juegan
bajo los álamos.
El río viejecito
va muy despacio
sentándose en las sillas
verdes de los remansos.
Mi niño, ¿dónde está?
Quiere ser un caballo
¡tilín! ¡tilín! ¡tilín! Mi niño
¡qué loquillo! cantando
quiere salirse
de mi corazón cerrado.

Caracolitos chicos.
Caracoles blancos.

BALADA DEL CARACOL NEGRO

Caracoles negros.
Los niños sentados
escuchan un cuento.
El río traía
coronas de viento
y una gran serpiente
desde un tronco viejo
miraba las nubes
redondas del cielo.
Niño mío chico
¿dónde estás?
Te siento
en el corazón
y no es verdad. Lejos
esperas que yo saque
tu alma del silencio.

Caracoles grandes.
Caracoles negros.

Surtidores

INTERIOR

Desde mi cuarto
oigo el surtidor.
Un dedo de la parra
y un rayo de sol
señalan hacia el sitio
de mi corazón.
Por el aire de Agosto
se van las nubes; yo
sueño que no sueño
dentro del surtidor.

PAÍS

¡Surtidores de los sueños
sin aguas
y sin fuentes!

Se ven con el rabillo
del ojo, nunca frente
a frente.

Como todas las cosas
ideales, se mecen
en las márgenes puras
de la Muerte.

APARTE

La sangre de la noche
va por las arterias
de los surtidores.
¡Oh qué maravilla
de temblor!
Yo pienso
en ventanas abiertas,
sin pianos
y sin doncellas.

[¡HACE UN INSTANTE!]

[...]
¡Hace un instante!
Todavía la polvareda
se mece en el azul.
¡Hace un momento!
¡Dos mil siglos!
si mal no recuerdo.

JARDÍN

Hay cuatro caballeros
con espadas de agua
y está la noche oscura.

Las cuatro espadas hieren
el mundo de las rosas
y os herirán el corazón.
¡No bajéis al jardín!

Herbarios

LIBRO

I

El viajante de jardines
lleva un herbario.
Con su tomo de olor, gira.

Por las noches vienen a sus ramas
las almas de los viejos pájaros.

Cantan en ese bosque comprimido
que requiere las fuentes del llanto.

Como las naricillas de los niños
aplastadas en el cristal opaco,
así las flores de este libro
sobre el cristal invisible de los años.

El viajante de jardines,
abre el libro llorando
y los olores errabundos
se desmayan sobre el herbario.

II

El viajante del tiempo
trae el herbario de los sueños.

Yo

¿Dónde está el herbario?

El viajante
Lo tienes en tus manos.

Yo
Tengo libres los diez dedos.

El viajante
Los sueños bailan en tus cabellos.

Yo
¿Cuántos siglos han pasado?

El viajante
Una sola hoja
tiene mi herbario.

Yo
¿Voy al alba
o a la tarde?

El viajante
El pasado
está inhabitable.

Yo
¡Oh jardín dula amarga fruta!

El viajante
¡Peor es el herbario de la luna!

III

En mucho secreto, un amigo
me enseña el herbario de los ruidos.

(¡Chisss... silencio!
La noche cuelga del cielo.)

A la luz de un puerto perdido
vienen los ecos de todos los siglos.

(¡Chisss... silencio!
¡La noche oscila con el viento!)
(¡Chisss... silencio!
Viejas iras se enroscan en mis dedos.)

En el jardín de las toronjas de luna

PRÓLOGO

Asy como la sombra nuestra vida se va,
que nunca más torna nyn de nos tornará.
Pero López de Ayala, *Consejos morales*

Me he despedido de los amigos que más quiero para emprender un corto pero dramático viaje. Sobre un espejo de plata encuentro, mucho antes de que amanezca, el maletín con la ropa que debo usar en la extraña tierra a que me dirijo.

El perfume tenso y frío de la madrugada bate misteriosamente el inmenso acantilado de la noche.

En la página tersa del cielo temblaba la inicial de una nube, y debajo de mi balcón un ruiseñor y una rana levantan en el aire un aspa soñolienta de sonido.

Yo, tranquilo pero melancólico, hago los últimos preparativos, embargado por sutilísimas emociones de alas y círculos concéntricos. Sobre la blanca pared del cuarto, yerta y rígida como una serpiente de museo, cuelga la espada gloriosa que llevó mi abuelo en la guerra contra el rey don Carlos de Borbón.

Piadosamente descuelgo esa espada, vestida de herrumbre amarillenta como un álamo blanco, y me la ciño recordando que tengo que sostener una gran lucha invisible antes de entrar en el jardín. Lucha extática y violentísima con mi enemigo secular, el gigantesco dragón del Sentido Común.

Una emoción aguda y elegíaca por las cosas que no han sido, buenas y malas, grandes y pequeñas, invade los paisajes de mis ojos casi ocultos por unas gafas de luz violeta. Una emoción amarga que me hace caminar hacia este jardín que se estremece en las altísimas llanuras del aire.

Los ojos de todas las criaturas golpean como puntos fosfóricos sobre la pared del porvenir... lo de atrás se queda lleno de maleza amarilla, huertos sin frutos y ríos sin agua. Jamás ningún hombre cayó de espaldas sobre la muerte.

Pero yo, por un momento, contemplando ese paisaje abandonado e infinito, he visto planos de vida inédita, múltiples y superpuestos como los cangilones de una noria sin fin.

Antes de marchar siento un dolor agudo en el corazón. Mi familia duerme y toda la casa está en un reposo absoluto. El alba, revelando torres y contando una a una las hojas de los árboles, me pone un crujiente vestido de encaje lumínico.

Algo se me olvida... no me cabe la menor duda... ¡tanto tiempo preparándome! y... Señor, ¿qué se me olvida? ¡Ah! Un pedazo de madera... uno bueno de cerezo sonrosado y compacto.

Creo que hay que ir bien presentado... De una jarra con flores puesta sobre mi mesilla me prendo en el ojal siniestro una gran rosa pálida que tiene un rostro enfurecido pero hierático.

Ya es la hora.

(En las bandejas irregulares de las campanadas, vienen los kikirikis de los gallos.)

PÓRTICO

NIÑO: *Yo voy por las plumas del pájaro Grifón.*
ENANO: *Hijo mío, me es imposible ayudarte en esta empresa.*
Cuento popular

Tan-tan

El aire se había muerto.
Estaba inmóvil y arrugado.

Los pinos yacían en tierra.
Sus sombras de pie, ¡temblando!

Yo-Tú-Él
(en un solo plano)

Tan-tan

[...]

PERSPECTIVA

Dentro de mis ojos
se abre el canto hermético
de las simientes que

no florecieron.

Todas sueñan un fin
irreal y distinto.
(El trigo sueña enormes
flores amarillentas.)

Todas sueñan extrañas
aventuras de sombra.
Frutos inaccesibles
y vientos amaestrados.

Ninguna se conoce.
Ciegas y desconocidas,
les duelen sus perfumes
enclaustrados por siempre.

Cada semilla piensa
un árbol genealógico
que cubre todo el cielo
de tallos y racimos.

Por el aire se extienden
vegetaciones increíbles.
Ramas negras y grandes,
rosas color ceniza.

La luna, casi ahogada
de flores y ramajes,
se defiende con sus rayos
como un pulpo de plata.

Dentro de mis ojos
se abre el canto hermético
de las simientes que
no florecieron.

EL JARDÍN

Jamás nació, ¡jamás!

Pero pudo brotar.

Cada segundo se
profundiza y renueva.

Cada segundo abre
nuevas sendas distintas.

¡Por aquí! ¡Por allí!
Va mi cuerpo multiplicado.

Atravesando pueblos
o dormido en el mar.

¡Todo está abierto! Existen
llaves para las claves.
Pero el sol y la luna
nos pierden y despistan,
y bajo nuestros pies
se enmarañan los caminos.

Aquí contemplo todo
lo que pude haber sido.
Dios o mendigo,
agua o vieja margarita.

Mis múltiples senderos
teñidos levemente
hacen una gran rosa
alrededor de mi cuerpo.

Como un mapa imposible,
el jardín de lo posible.
Cada segundo se
profundiza y renueva.

Jamás nació, ¡jamás!
¡Pero pudo brotar!

GLORIETA

Sobre el surtidor inmóvil
duerme un gran pájaro muerto.

Los dos amantes se besan
entre fríos cristales de sueño.

«La sortija, ¡dame la sortija!»
«No sé dónde están mis dedos.»
«¿No me abrazas?» «Me dejé los brazos
cruzados y fríos en el lecho.»

Entre las hojas se arrastraba
un rayo de luna viejo.

AVENIDA

Las blancas Teorías
con los ojos vendados
danzaban por el bosque.

Lentas como cisnes
y amargas como adelfas.

Pasaron sin ser vistas
por los ojos del hombre,
como de noche pasan
inéditos los ríos,
como por el silencio
un rumor nuevo y único.

Alguna entre su túnica
lleva una gris mirada
pero de moribundo.
Otras
agitan largos ramos
de palabras confusas.
No viven y están vivas.
Van por el bosque extático.
¡Enjambre de sonámbulas!

(Lentas como cisnes
y amargas como adelfas.)

PARÉNTESIS

Las doncellas dejan un olor
mental ausente de miradas.
El aire se queda indiferente,
camelia blanca de cien hojas.

CANCIÓN DEL JARDINERO INMÓVIL

Lo que no sospechaste
vive y tiembla en el aire.

Al tesoro del día
apenas si tocáis.

Van y vienen cargados
sin que los mire nadie.

Vienen rotos, pero vírgenes
y hechos semilla salen.

Os hablan las cosas y
vosotros no escucháis.

El mundo es un surtidor
fresco, distinto y constante.

Al tesoro del día
apenas si tocáis.

Os veda el puro silencio
el torrente de la sangre.

Pero dos ojos tenéis
para remontar los cauces.

Al tesoro del día

apenas si tocáis.

Lo que no sospechaste
vive y tiembla en el aire.

El jardín se enlazaba
por sus perfumes estancados.

Cada hoja soñaba
un sueño diferente.

LOS PUENTES COLGANTES

¡Oh qué gran muchedumbre,
invisible y renovada,
la que viene a este jardín
a descansar para siempre!

Cada paso en la Tierra
nos lleva a un mundo nuevo.
Cada pie lo apoyarnos
sobre un puente colgante.

Comprendo que no existe
el camino derecho.
Sólo un gran laberinto
de encrucijadas múltiples.

Constantemente crean
nuestros pies al andar
inmensos abanicos
de senderos en germen.

¡Oh jardín de las blancas
teorías! ¡Oh jardín
de lo que no soy pero
pude y debí haber sido!

EL SÁTIRO BLANCO

Sobre narcisos inmortales
dormía el sátiro blanco.

Enormes cuernos de cristal
virginizaban su ancha frente.

El sol como un dragón vencido
lamía sus largas manos de doncella.

Flotando sobre el río del amor
todas las ninfas muertas desfilaban.

El corazón del sátiro en el viento
se oreaba de viejas tempestades.

La siringa en el suelo era una fuente
con siete azules caños cristalinos.

ESTAMPAS DEL JARDÍN

[I]

Las antiguas doncellas
que no fueron amadas
vienen con sus galanes
entre las quietas ramas.

Los galanes sin ojos
y ellas sin palabras
se adornan con sonrisas
como plumas rizadas.

Desfilan bajo grises
tulipanes de escarcha
en un blanco delirio
de luces enclaustradas.

La ciega muchedumbre
de los perfumes vaga
con los pies apoyados

sobre flores intactas.

¡Oh luz honda y oblicua
de las yertas naranjas!
Los galanes tropiezan
con sus rotas espadas.

II

La viuda de la luna
¿quién la olvidará?
Soñaba que la tierra
fuese de cristal.

Enfurecida y pálida,
quería dormir al mar,
peinando sus melenas
con gritos de coral.

Sus cabellos de vidrio
¿quién los olvidará?
En su pecho los cien
labios de un manantial.

Alabardas de largos
surtidores la van
guardando por las ondas
quietas del arenal.

Pero la luna luna
¿cuándo volverá?
La cortina del viento
tiembla sin cesar.

La viuda de la luna
¿quién la olvidará?
Soñaba que la tierra
fuese de cristal.

Como el buen conde Arnaldo

¿quién te olvidará?
También soñaba toda
la tierra de cristal.

[YO]

[...]

Yo
¿Qué quieres de mí
que no me dejas, Sueño?

Sueño
Doce cisnes de oro
y doce lunas negras.

Yo
Quiero días y noches
claros y sin secretos.

Sueño
[...]

ARCO DE LUNAS

Un arco de lunas negras
sobre el mar sin movimiento.

Mis hijos que no han nacido
me persiguen.

«¡Padre, no corras, espera!
El más chico viene muerto.»
Se cuelgan de mis pupilas.
Canta el gallo.

El mar hecho piedra ríe
su última risa de olas.
«¡Padre, no corras!»

Mis gritos

se hacen nardos.

[ALTAS TORRES]

Altas torres.
Largos ríos.

Hada
Toma el anillo de bodas
de tus abuelos.
Cien manos bajo la tierra
lo echarán de menos.

Yo
Voy a sentir en mis manos
una inmensa flor de dedos,
y el símbolo del anillo
¡no lo quiero!

Altas torres.
Largos ríos.

CANCIONCILLA DEL NIÑO QUE NO NACIÓ

¡Me habéis dejado sobre una flor
de oscuros sollozos de agua!

El llanto que aprendí
se pondrá viejecito
arrastrando su cola
de suspiros y lágrimas.

Sin brazos, ¿cómo empujo
la puerta de la Luz?
Sirvieron a otro niño
de remos en su barca.

Yo dormía tranquilo.

¿Quién taladró mi sueño?
Mi madre tiene ya
la cabellera blanca.

¡Me habéis dejado sobre una flor
de oscuros sollozos de agua!

CANCIÓN DEL MUCHACHO DE SIETE CORAZONES

Siete corazones
tengo.
Pero el mío no lo encuentro.

En el alto monte, madre,
tropezábamos yo y el viento.
Siete niñas de largas manos
me llevaron en sus espejos.

He cantado por el mundo
con mi boca de siete pétalos.
Mis galeras de amaranto
iban sin jarcias y sin remos.

He vivido los paisajes
de otras gentes. Mis secretos
alrededor de la garganta
¡sin darme cuenta! iban abiertos.

En el alto monte, madre,
(mi corazón sobre los ecos
dentro del álbum de una estrella)
tropezábamos yo y el viento.

Siete corazones
tengo.
Pero el mío no lo encuentro.

OLOR BLANCO

¡Oh qué frío perfume

de jacintos!

Por los cipreses blancos
viene una doncella.
Trae sus senos cortados
en un plato de oro.

(Dos caminos.
Su larguísima cola
y la Vía Láctea.)

Madre
de los niños muertos,
tiembla con el delirio
de los gusanos de luz.

¡Oh qué frío perfume
de jacintos!

ENCUENTRO

Flor de sol.
Flor de río.

Yo
¿Eras tú? Tienes el pecho
iluminado y no te he visto.

Ella
¡Cuántas veces te han rozado
las cintas de mi vestido!

Yo
Sin abrir, oigo en tu garganta
las blancas voces de mis hijos.

Ella
Tus hijos flotan en mis ojos
como diamantes amarillos.

Yo
¿Eras tú? ¿Por dónde arrastrabas
esas trenzas sin fin, amor mío?

Ella
En la luna. ¿Te ríes? Entonces,
alrededor de la flor del narciso.

Yo
En mi pecho se agita sonámbula
una sierpe de besos antiguos.

Ella
Los instantes abiertos clavaban
sus raíces sobre mis suspiros.

Yo
Enlazados por la misma brisa
frente a frente ¡no nos conocimos!

Ella
El ramaje se espesa, vete pronto.
¡Ninguno de los dos hemos nacido!

Flor de sol.
Flor de río.

DUNA
Sobre la extensa duna
de la luz antiquísima
me encuentro despistado
sin cielo ni camino.

El Norte moribundo
apagó sus estrellas.
Los cielos naufragados
se ondulaban sin prisa.

Por el mar de la luz
¿dónde voy? ¿A quién busco?

Aquí gime el reflejo
de las lunas veladas.

¡Ay, mi fresco pedazo
de madera compacta,
vuélveme a mi balcón
y a mis pájaros vivos!

El jardín seguirá
moviendo sus arriates
sobre la ruda espalda
del silencio encallado.

¡AMANECER Y REPIQUE!
Fuera del jardín

El sol con sus cien cuernos
levanta el cielo bajo.

El mismo gesto repiten
los toros en la llanura.

La pedrea estremecida
de los viejos campanarios

despierta y pone en camino
al gran rebaño del viento.

En el río ahora comienzan
las batallas de los peces.
Alma mía, niño y niña,

¡¡silencio!!

OTROS POEMAS DEL LIBRO DE «Suites»

Ferias

POEMA DE LA FERIA

Bajo el sol de la tuba
pasa la Feria
suspirando a los viejos
pegasos cautivos.

La Feria
es una rueda.
Una rueda de luces
sobre la noche.

Los círculos concéntricos
del tiovivo llegan,
ondulando la atmósfera
hasta la luna.

Y hay un niño que pierden
todos los poetas.
Y una caja de música
sobre la brisa.

CANCIÓN MORENA

Me perdería
por tu país moreno,
María del Carmen.

Me perdería
por tus ojos sin nadie
pulsando los teclados
de tu boca inefable.

En tu abrazo perpetuo
sería moreno el aire
y tendría la brisa
el vello de tu carne.

Me perdería
por tus senos temblantes,
por las hondas negruras
de tu cuerpo suave.

Me perdería
por tu país moreno,
María del Carmen.

Momentos de la tarde

LAS TRES

¡Ya se está levantando
el aire del Poniente!

La tierra está cubierta
por un mar amarillo.
Hay un hombre de oro
bañándose en el río

y ha naufragado el sol
en azul derretido.

-Ya se está levantando
el aire del Poniente.

Momentos del jardín

MARINA

Cien negros navegantes
van en balsas de oro.

Sobre el mar en acecho
los corales emergen.

Yo, visir de una rara
Golconda de luceros,

calmo la sed de perlas
que tiene el agua y doy

pájaros y serpientes
a las ramas flotantes.

Países

NIEVE

Campo sin caminos
y ciudad sin tejados.
El mundo está silencioso
y cándido.

Paloma gigantesca

de los astros,
¿cómo no baja del azul
el eterno milano?

MUNDO

Ángulo eterno,
la tierra y el cielo.
Con bisectriz de viento.

Ángulo inmenso,
el camino derecho.
Con bisectriz de deseo.

Las paralelas se encuentran
en el beso.
¡Oh corazón
sin eco!
En ti empieza y acaba
el universo.

Ensueños del río

Río Genil

Las alamedas se van,
pero dejan su reflejo.

(¡Oh qué bello
momento!)

Las alamedas se van,
pero nos dejan el viento.

El viento está amortajado
a lo largo, bajo el cielo.

(¡Oh qué triste
momento!)

Pero ha dejado flotando,
sobre los ríos, sus ecos.

El mundo de las luciérnagas
ha invadido mis recuerdos.

(¡Oh qué bello
momento!)

Y un corazón diminuto
me va brotando en los dedos.

[EL REMANSO TIENE LOTOS]

El remanso tiene lotos
de círculos concéntricos.
Sobre mis sienes soporto
la majestad del silencio.

Maravillosos biseles
estremecen a los álamos.
Por las hierbas de la orilla
van los caracoles blancos.

CORRIENTE LENTA
En el Cubillas

Por el río se van mis ojos,
por el río...

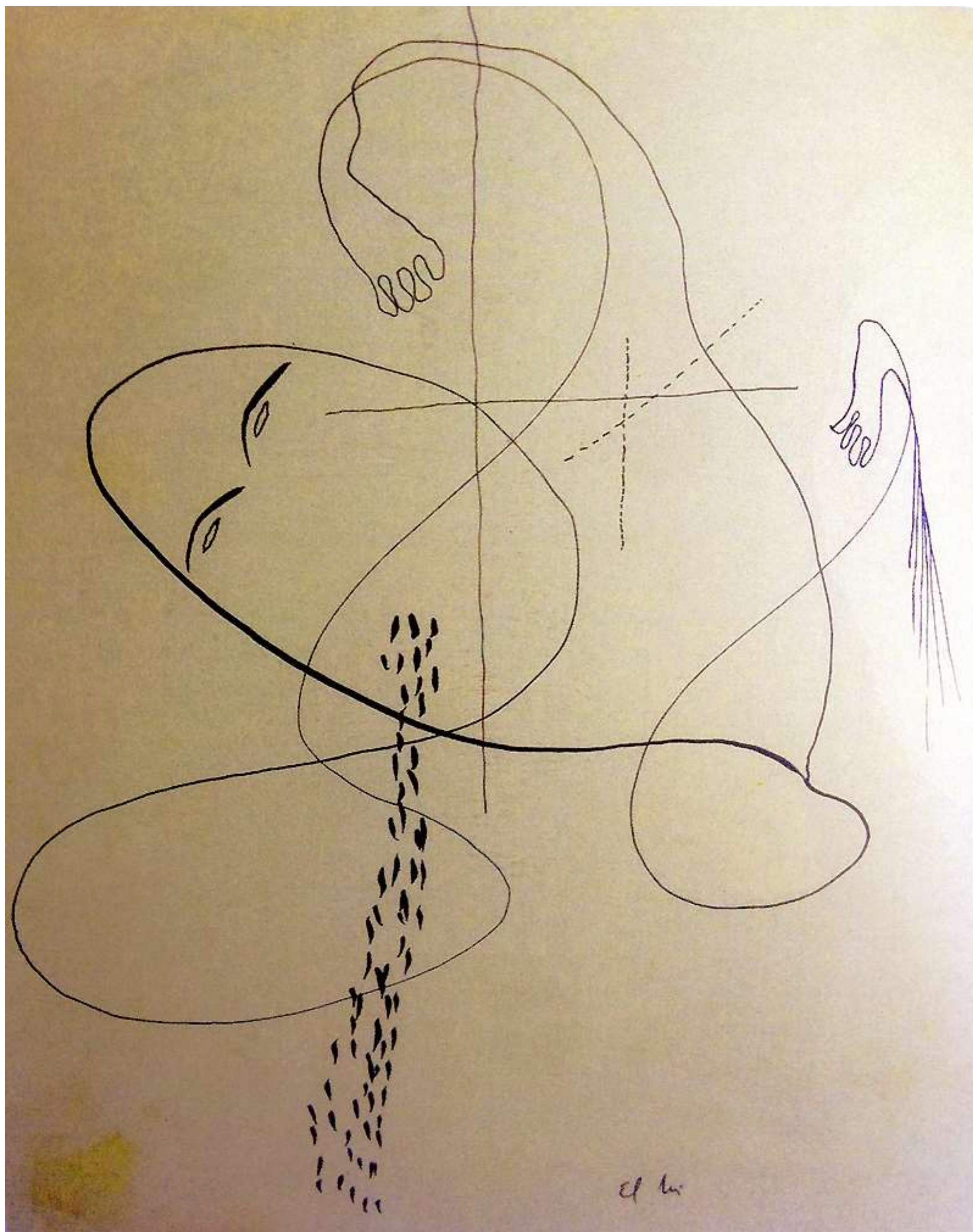
Por el río se va mi amor,
por el río...

(Mi corazón va contando
las horas que está dormido.)

El río trae hojas secas,
el río...

El río es claro y profundo,
el río...

(Mi corazón me pregunta
si puede cambiar de sitio.)



Meditaciones y alegorías del agua

Hace muchos años yo, soñador modesto y muchacho alegre, paso todos los

veranos en la fresca orilla de un río. Por las tardes, cuando los admirables abejarucos cantan presintiendo el viento y la cigarra frota con rabia sus dos laminillas de oro, me siento junto a la viva hondura del remanso y echo a volar mis propios ojos que se posan asustados sobre el agua, o en las redondas copas de los álamos.

Bajo las mimbres picadas, y junto a la lengua del agua, yo siento cómo toda la tarde abierta hunde mansamente con su peso la verde lámina del remanso [y] cómo las ráfagas de silencio ponen frío el asombrado cristal de mis ojos.

Los primeros días me turbó el espléndido espectáculo de los reflejos, las alamedas caídas que se ponen salomónicas al menor suspiro del agua, los zarzales y los juncos que se rizan como una tela de monja.

Pero yo no observé que mi alma se iba convirtiendo en prisma, que mi alma se llenaba de inmensas perspectivas y de fantasmas temblorosos. Una tarde miraba fijamente la verdura movible de las ondas y pude contemplar cómo un extraño pájaro de oro se curvaba sobre las ondas de un chopo reflejado; miré a la copa real que estaba inundada de sol poniente y sólo los invisibles pajarillos del viento jugaban entre las hojas; el pájaro de oro había desaparecido.

Una frescura maravillosa invadió todo mi cuerpo, envuelto en las últimas hebras de la cabellera crepuscular y una inmensa avenida luminosa atravesaba mi corazón. ¿Es posible? ¿Mi alma hace excursiones a las ondas en vez de visitar las estrellas?

La esquila de un rebaño ponía sus ecos oscuros en mi garganta y yo sentí la piel maravillosa de mi alma salpicada de gotitas cristalinas. ¿Cómo no has guardado, alma mía, el temblor de Venus o el violín de los vientos y has guardado en cambio el alga sonora de las cascadas y la inmensa flor del círculo concéntrico?... ¡Y vi todos mis recuerdos reflejados!

BARRA

Yo volvía del secano. En lo hondo estaba la vega envuelta en su temblor azul. Por el aire yacente de la noche estival flotaban las temblorosas cintas de los grillos.

La música del secano tiene un marcado sabor amarillento. Ahora comprendo cómo las cigarras son de oro auténtico y cómo un cantar puede hacerse ceniza entre los olivares.

Los muertos que viven en estos cementerios, tan lejos de todo el mundo, deben ponerse amarillos como los árboles en Noviembre.

Ya cerca de la vega parece que penetramos en una pecera verde, el aire es un mar de ondas azules, un mar hecho para la luna, y las ranas tocan sus múltiples flautas de caña seca.

Bajando del secano a la vega se tiene que cruzar un misterioso vado que

pocas personas perciben, el Vado de los Sonidos. Es una frontera natural donde un silencio extraño quiere apagar dos músicas contrarias. Si tuviéramos la retina espiritual bien constituida podríamos apreciar cómo un hombre que baja teñido por el oro del secano se ponía verde al entrar en la vega, después de haber desaparecido en la turbia corriente musical de la divisoria.

Yo he querido seguir un momento el camino emocionante (de un lado las ranas, del otro los grillos) y he bebido fríos hilillos de silencio reciente entre los imperceptibles choques sonoros.

¿Qué hombre puede recorrer este camino largo sin que su alma se llene de un arabesco confuso? ¿Quién se atreve a decir «he andado un camino con la cabeza: un camino que no es de pájaro ni de pez ni de hombre, sino el camino de las orejas»?

¿Es éste el camino que va a *ninguna parte*, donde están los que han muerto esperando? Desde la cola del olivar hasta las avanzadas de los chopos, ¡qué admirables algas y lucecillas invisibles deben flotar!

Me he detenido ante la corriente y las largas antenas de mis oídos han explorado su profundidad. Por aquí es ancho y lleno [sic] de remolinos, pero en el monte se enterrará bajo las arenas azules del silencio. Ahora tiene la sublime confusión de los sueños olvidados.

La luna menguante como un ajo de oro pone un bozo adolescente a la comba del cielo.

Ruedas de fortuna



La mujer del abanico

ABANICO

El zodíaco
de la suerte
se abre en el abanico
rojo, amarillo y verde.

En la selva de los números
la niña se pierde
con los ojos cerrados.
¿El cuatro? ¿El cinco? ¿El siete?

Cada número guarda
pájaro o serpiente.
«Sí», dice el cuatro.
«No», dice el veinte.

El dedo de la niña
sobre el cielo de la suerte
pone la estrella de
más rico presente.

RULETA

Rosa
de corola profunda.

¿Se te atraganta
la bolita?

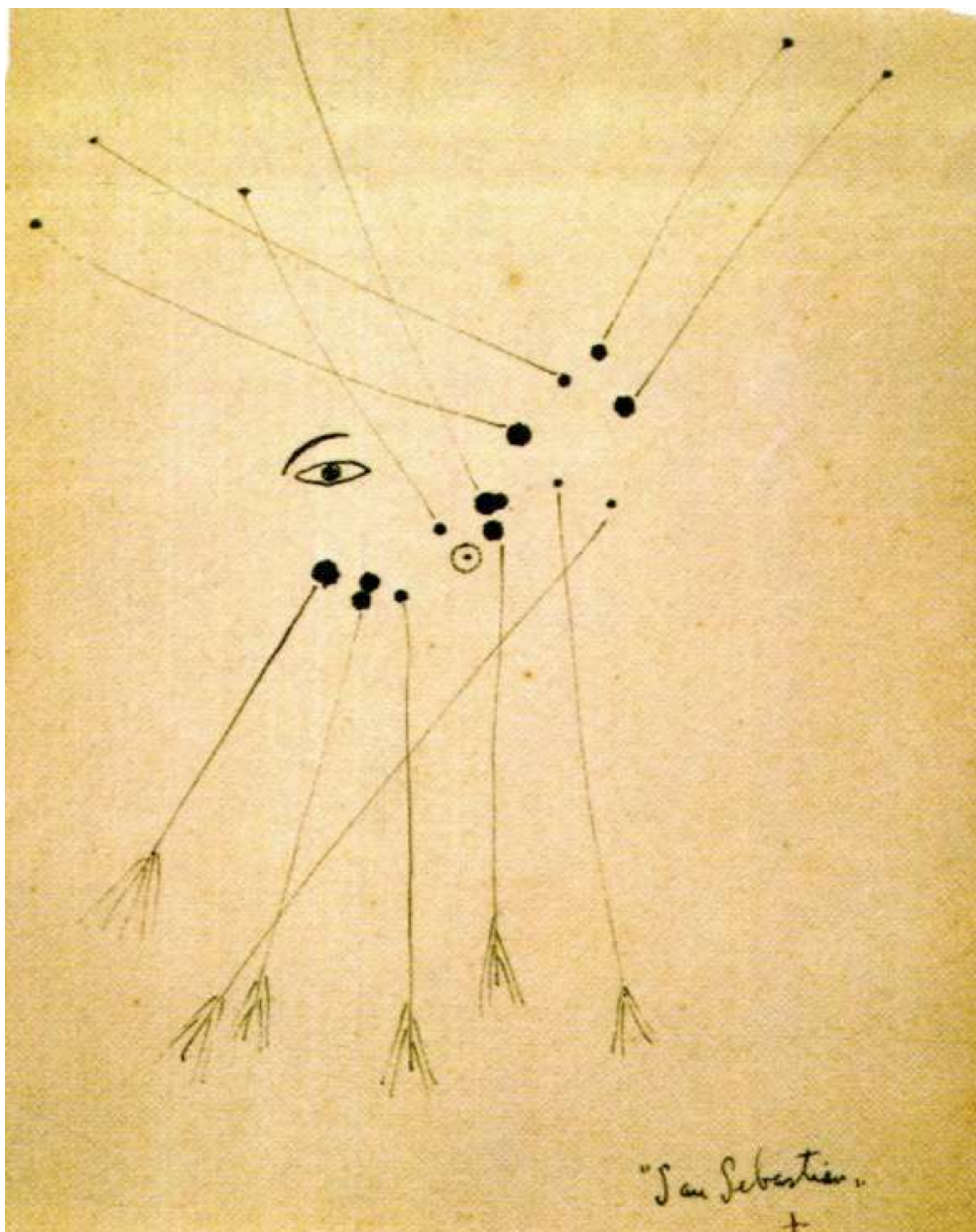
Tienes un cielo
de joyas falsas
y te deshojan manos
descarnadas.

Giras
sobre turbias pupilas
en el acre jardín
de las interrogaciones.
Giras
sonámbula y fría,
abriendo tu gran cola
de pavo real de números.

[Epitafio a un pájaro]

[...]
y sus ojos tuvieron
profundidad de siglos
mientras se le irisaba
la gran perla del pico.
Adiós, pájaro verde.
Ya estarás en el Limbo.
Visita de mi parte

a mi hermano Luisillo
en la pradera
con los mamoncillos.
¡Adiós, pájaro verde,
tan grande y tan chico!
¡Admirable quimera
del limón y el narciso!



San Sebastían, 1927

ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias, Señor lejano,
Señor y Padre mío,
que me das una inmensa
lección de lirismo.
¡Oh Santo, Santo, Santo
que muestras el divino
momento de la muerte
sin velos, a mi espíritu!
Dame la dignidad
del pájaro y el ritmo
de sus alas abiertas
ante lo sombrío.

¡Oh Santo, Santo, Santo!
Esta noche te pido
agua para mis ojos,
sombra para mis gritos.

MEMENTO

He acostado al cantor
sobre un gran crisantemo
y escribo su epitafio.

Memento.

La Tierra duerme bajo
su mantilla de viento
con mares encrespados
y con mares serenos.

Memento.

Ahora mismo se hacen
preguntas los luceros.

Tú sabes la respuesta
que no conocen ellos.

Memento.

Yacerás esta noche
sobre un lírico lecho.
¿Qué niño durmió nunca
en una flor su sueño?

Memento.

Y esta noche enviaré
para velar tu cuerpo
la mariposa enorme
de mi único beso.

¡Memento!

Espera

El universo
está en espera de algo
que aún no se ha abierto.
La floresta infinita
de los luceros
y las faunas del alma
contienen el aliento
y miran hacia un punto
que está lejos
esperando la clave
del misterio,
punto que ataca la muerte
con un martillo feérico.
Mas si el punto lejano
se borrara del cielo
habría una catástrofe
de luceros,
un enorme montón
de luceros
coronados por feéricos

esqueletos.



El campo segado

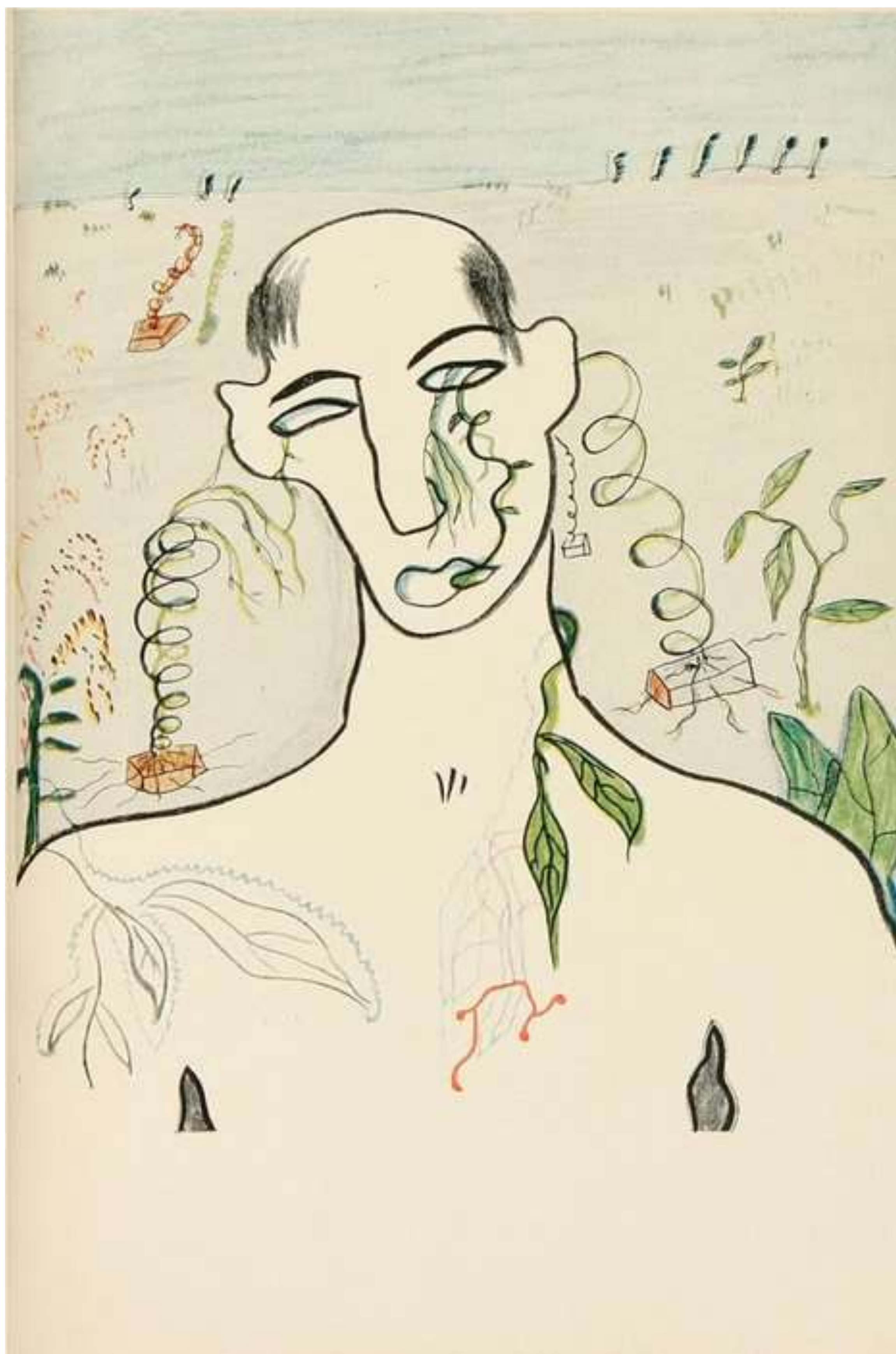
El campo segado
y la luna disuelta.

Por el aire van los sueños
de las semillas.

Espiga azul
y amapola blanca.

Mi alma,
una sola flor
delirante.

El campo segado
y la luna disuelta.



LIBRO DE POEMAS

Poética. De viva voz a Gerardo Diego

Pero ¿qué voy a decir yo de la Poesía? ¿Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle, y nada más. Comprenderás que un poeta no puede decir nada de la Poesía. Eso déjaselo a los críticos y profesores. Pero ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía.

Aquí está; mira. Yo tengo el fuego en mis manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura. Yo comprendo todas las poéticas; podría hablar de ellas si no cambiara de opinión cada cinco minutos. No sé. Puede que algún día me guste la poesía mala muchísimo, como me gusta (nos gusta) hoy la música mala con locura. Quemaré el Partenón por la noche, para empezar a levantarlo por la mañana y no terminarlo nunca.

En mis conferencias he hablado a veces de la Poesía, pero de lo único que no puedo hablar es de mi poesía. Y no porque sea un inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios, o del demonio, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema.

Palabras de justificación

Ofrezco en este libro, todo ardor juvenil y tortura, y ambición sin medida, la imagen exacta de mis días de adolescencia y juventud, esos días que enlazan el instante de hoy con mi misma infancia reciente.

En estas páginas desordenadas va el reflejo fiel de mi corazón y de mi espíritu, teñido del matiz que le prestara, al poseerlo, la vida palpitante en torno recién nacida para mi mirada.

Se hermana el nacimiento de cada una de estas poesías que tienes en tus manos, lector, al propio nacer de un brote nuevo del árbol músico de mi vida en flor. Ruindad fuera el menospreciar esta obra que tan enlazada está a mi propia vida.

Sobre su incorrección, sobre su limitación segura, tendrá este libro la virtud, entre otras muchas que yo advierto, de recordarme en todo instante mi infancia apasionada correteando desnuda por las praderas de una vega sobre un fondo de serranía.

Veleta

Julio de 1920
(**Fuente Vaqueros, Granada**)

Viento del Sur,
moreno, ardiente,
llegas sobre mi carne,
trayéndome semilla
de brillantes
miradas, empapado
de azahares.

Pones roja la luna
y sollozantes
los álamos cautivos, pero vienes
¡demasiado tarde!
¡Ya he enrollado la noche de mi cuento
en el estante!

Sin ningún viento,
¡hazme caso!,
gira, corazón;
gira, corazón.

Aire del Norte,
¡oso blanco del viento!
Llegas sobre mi carne
tembloroso de auroras
boreales,
con tu capa de espectros
capitanes,
y riyéndote a gritos
del Dante.
¡Oh pulidor de estrellas!
Pero vienes
demasiado tarde.
Mi almario está musgoso
y he perdido la llave.

Sin ningún viento,
¡hazme caso!,

gira, corazón;
gira, corazón.

Brisas, gnomos y vientos
de ninguna parte.
Mosquitos de la rosa
de pétalos pirámides.
Alisios destetados
entre los rudos árboles,
flautas en la tormenta,
¡dejadme!
Tiene recias cadenas
mi recuerdo,
y está cautiva el ave
que dibuja con trinos
la tarde.

Las cosas que se van no vuelven nunca,
todo el mundo lo sabe,
y entre el claro gentío de los vientos
es inútil quejarse.
¿Verdad, chopo, maestro de la brisa?
¡Es inútil quejarse!

Sin ningún viento.
¡hazme caso!
gira, corazón;
gira, corazón.

Los encuentros de un caracol aventurero

Diciembre de 1918
(**Granada**)

A Ramón P. Roda.

Hay dulzura infantil

en la mañana quieta.
Los árboles extienden
sus brazos a la tierra.
Un vaho tembloroso
cubre las sementeras,
y las arañas tienden
sus caminos de seda
-rayas al cristal limpio
del aire-.

En la alameda
un manantial recita
su canto entre las hierbas.
Y el caracol, pacífico
burgués de la vereda,
ignorado y humilde,
el paisaje contempla.
La divina quietud
de la Naturaleza
le dio valor y fe,
y olvidando las penas
de su hogar, deseó
ver el fin de la senda.

Echó a andar e internose
en un bosque de yedras
y de ortigas. En medio
había dos ranas viejas
que tomaban el sol,
aburridas y enfermas.

"Esos cantos modernos
-murmuraba una de ellas-
son inútiles". "Todos,
amiga -le contesta
la otra rana, que estaba
herida y casi ciega-.
Cuando joven creía
que si al fin Dios oyera
nuestro canto, tendría

compasión. Y mi ciencia,
pues ya he vivido mucho,
hace que no lo crea.
Yo ya no canto más..."

Las dos ranas se quejan
pidiendo una limosna
a una ranita nueva
que pasa presumida
apartando las hierbas.

Ante el bosque sombrío
el caracol se aterra.
Quiere gritar. No puede.
Las ranas se le acercan.

¿Es una mariposa?,
dice la casi ciega.
Tiene dos cuernecitos
-la otra rana contesta-.
Es el caracol. ¿Vienes,
caracol, de otras tierras?

Vengo de mi casa y quiero
volverme muy pronto a ella.
Es un bicho muy cobarde
-exclama la rana ciega-.
¿No cantas nunca? No canto,
dice el caracol. ¿Ni rezas?
Tampoco: nunca aprendí.
¿Ni crees en la vida eterna?
¿Qué es eso?
Pues vivir siempre
en el agua más serena,
junto a una tierra florida
que a un rico manjar sustenta.

Cuando niño a mí me dijo
un día mi pobre abuela
que al morirme yo me iría

sobre las hojas más tiernas
de los árboles más altos.

Una hereje era tu abuela.
La verdad te la decimos
nosotras. Creerás en ella,
dicen las ranas furiosas.

¿Por qué quise ver la senda?
-gime el caracol-. Sí creo
por siempre en la vida eterna
que predicáis...
Las ranas,
muy pensativas, se alejan.
y el caracol, asustado,
se va perdiendo en la selva.

Las dos ranas mendigas
como esfinges se quedan.
Una de ellas pregunta:
¿Crees tú en la vida eterna?
Yo no, dice muy triste
la rana herida y ciega.
¿Por qué hemos dicho, entonces,
al caracol que crea?
Por qué... No sé por qué
-dice la rana ciega-.
Me lleno de emoción
al sentir la firmeza
con que llaman mis hijos
a Dios desde la acequia...

El pobre caracol
vuelve atrás. Ya en la senda
un silencio ondulado
mana de la alameda.
Con un grupo de hormigas
encarnadas se encuentra.
Van muy alborotadas,
arrastrando tras ellas

a otra hormiga que tiene
tronchadas las antenas.
El caracol exclama:
Hormiguitas, paciencia.
¿Por qué así maltratáis
a vuestra compañera?
Contadme lo que ha hecho.
Yo juzgaré en conciencia.
Cuéntalo tú, hormiguita.

La hormiga, medio muerta,
dice muy tristemente:
Yo he visto las estrellas.
¿Qué son las estrellas?, dicen
las hormigas inquietas.
Y el caracol pregunta
pensativo: ¿Estrellas?
Sí -repite la hormiga-,
he visto las estrellas,
subí al árbol más alto
que tiene la alameda
y vi miles de ojos
dentro de mis tinieblas.
El caracol pregunta:
¿Pero qué son las estrellas?
Son luces que llevamos
sobre nuestra cabeza.
Nosotras no las vemos,
las hormigas comentan.
Y el caracol: Mi vista
sólo alcanza a las hierbas.

Las hormigas exclaman
moviendo sus antenas:
Te mataremos; eres
perezosa y perversa.
El trabajo es tu ley.

Yo he visto a las estrellas,
dice la hormiga herida.

Y el caracol sentencia:
Dejadla que se vaya.
seguid vuestras faenas.
Es fácil que muy pronto
ya rendida se muera.

Por el aire dulzón
ha cruzado una abeja.
La hormiga, agonizando,
huele la tarde inmensa,
y dice: Es la que viene
a llevarme a una estrella.

Las demás hormiguitas
huyen al verla muerta.

El caracol suspira
y aturdido se aleja
lleno de confusión
por lo eterno. La senda
no tiene fin -exclama-.
Acaso a las estrellas
se llegue por aquí.
Pero mi gran torpeza
me impedirá llegar.
No hay que pensar en ellas.

Todo estaba brumoso
de sol débil y niebla.
Campanarios lejanos
llaman gente a la iglesia,
y el caracol, pacífico
burgués de la vereda,
aturdido e inquieto,
el paisaje contempla.

Canción otoñal

Noviembre de 1918
(**Granada**)

Hoy siento en el corazón
un vago temblor de estrellas,
pero mi senda se pierde
en el alma de la niebla.
La luz me troncha las alas
y el dolor de mi tristeza
va mojando los recuerdos
en la fuente de la idea.

Todas las rosas son blancas,
tan blancas como mi pena,
y no son las rosas blancas,
que ha nevado sobre ellas.
Antes tuvieron el iris.
También sobre el alma nieva.
La nieve del alma tiene
copos de besos y escenas
que se hundieron en la sombra
o en la luz del que las piensa.
La nieve cae de las rosas,
pero la del alma queda,
y la garra de los años
hace un sudario con ella.

¿Se deshelará la nieve
cuando la muerte nos lleva?
¿O después habrá otra nieve
y otras rosas más perfectas?

¿Será la paz con nosotros
como Cristo nos enseña?
¿O nunca será posible
la solución del problema?

¿Y si el amor nos engaña?
¿Quién la vida nos alienta
si el crepúsculo nos hunde
en la verdadera ciencia
del Bien que quizá no exista,
y del Mal que late cerca?

¿Si la esperanza se apaga
y la Babel se comienza,
qué antorcha iluminará
los caminos en la Tierra?

¿Si el azul es un ensueño,
qué será de la inocencia?
¿Qué será del corazón
si el Amor no tiene flechas?

¿Si la muerte es la muerte,
qué será de los poetas
y de las cosas dormidas
que ya nadie las recuerda?
¡Oh sol de las esperanzas!
¡Agua clara! ¡Luna nueva!
¡Corazones de los niños!
¡Almas rudas de las piedras!
Hoy siento en el corazón
un vago temblor de estrellas
y todas las rosas son
tan blancas como mi pena.

Canción primaveral

28 de Marzo de 1919
(**Granada**)

I

Salen los niños alegres
de la escuela,
poniendo en el aire tibio
del abril canciones tiernas.
¡Qué alegría tiene el hondo
silencio de la calleja!
Un silencio hecho pedazos
por risas de plata nueva.

II

Voy camino de la tarde,
entre flores de la huerta,
dejando sobre el camino
el agua de mi tristeza.
En el monte solitario,
un cementerio de aldea
parece un campo sembrado
con granos de calaveras.
Y han florecido cipreses
como gigantes cabezas
que con órbitas vacías
y verdosas cabelleras
pensativos y dolientes
el horizonte contemplan.

¡Abril divino, que vienes
cargado de sol y esencias,
llena con nidos de oro
las floridas calaveras!

Canción menor

Diciembre de 1918
(**Granada**)

Tienen gotas de rocío
las alas del ruiseñor,
gotas claras de la luna
cuajadas por su ilusión.

Tiene el mármol de la fuente
el beso del surtidor,
sueño de estrellas humildes.
Las niñas de los jardines
me dicen todas adiós
cuando paso. Las campanas
también me dicen adiós.
Y los árboles se besan
en el crepúsculo. Yo
voy llorando por la calle,
grotesco y sin solución,
con tristeza de Cyrano
y de Quijote,
redentor
de imposibles infinitos
con el ritmo del reloj.
Y veo secarse los lirios
al contacto de mi voz
manchada de luz sangrienta,
y en mi lírica canción
llevo galas de payaso
empolvado. El amor
bello y lindo se ha escondido
bajo una araña. El sol
como otra araña me oculta
con sus patas de oro. No
conseguiré mi ventura,
pues soy como el mismo Amor,
cuyas flechas son de llanto,
y el carcaj el corazón.

Daré todo a los demás
y lloraré mi pasión
como niño abandonado
en cuento que se borró.

Elegía a Doña Juana la Loca

Diciembre de 1918
(**Granada**)

A Melchor Fernández Almagro

Princesa enamorada sin ser correspondida.
Clavel rojo en un valle profundo y desolado.
La tumba que te guarda rezuma tu tristeza
a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol.

Eras una paloma con alma gigantesca
cuyo nido fue sangre del suelo castellano,
derramaste tu fuego sobre un cáliz de nieve
y al querer alentarlo tus alas se troncharon.

Soñabas que tu amor fuera como el infante
que te sigue sumiso recogiendo tu manto.
Y en vez de flores, versos y collares de perlas,
te dio la Muerte rosas marchitas en un ramo.

Tenías en el pecho la formidable aurora
de Isabel de Segura. Melibea. Tu canto,
como alondra que mira quebrarse el horizonte,
se torna de repente monótono y amargo.

Y tu grito estremece los cimientos de Burgos.
Y oprime la salmodia del coro cartujano.
Y choca con los ecos de las lentas campanas
perdiéndose en la sombra tembloroso y rasgado.

Tenías la pasión que da el cielo de España.
La pasión del puñal, de la ojera y el llanto.
¡Oh princesa divina de crepúsculo rojo,
con la rueca de hierro y de acero lo hilado!

Nunca tuviste el nido, ni el madrigal doliente,
ni el laúd juglaresco que solloza lejano.
Tu juglar fue un mancebo con escamas de plata
y un eco de trompeta su acento enamorado.

Y, sin embargo, estabas para el amor formada,
hecha para el suspiro, el mimo y el desmayo,
para llorar tristeza sobre el pecho querido
deshojando una rosa de olor entre los labios.

Para mirar la luna bordada sobre el río
y sentir la nostalgia que en sí lleva el rebaño
y mirar los eternos jardines de la sombra,
¡oh princesa morena que duermes bajo el mármol!

¿Tienes los ojos negros abiertos a la luz?
O se enredan serpientes a tus senos exhaustos...
¿Dónde fueron tus besos lanzados a los vientos?
¿Dónde fue la tristeza de tu amor desgraciado?
En el cofre de plomo, dentro de tu esqueleto,
tendrás el corazón partido en mil pedazos.

Y Granada te guarda como santa reliquia,
¡oh princesa morena que duermes bajo el mármol!
Eloisa y Julieta fueron dos margaritas,
pero tú fuiste un rojo clavel ensangrentado
que vino de la tierra dorada de Castilla
a dormir entre nieve y ciprerales castos.

Granada era tu lecho de muerte, Doña Juana,
los cipreses, tus cirios;
la sierra, tu retablo.
Un retablo de nieve que mitigue tus ansias,
¡con el agua que pasa junto a ti! ¡La del Dauro!

Granada era tu lecho de muerte, Doña Juana,
la de las torres viejas y del jardín callado,
la de la yedra muerta sobre los muros rojos,
la de la niebla azul y el arrayán romántico.

Princesa enamorada y mal correspondida.
Clavel rojo en un valle profundo y desolado.
La tumba que te guarda rezuma tu tristeza
a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol.

¡Cigarra!

3 de agosto de 1918
(**Fuente Vaqueros, Granada**)

A María Luisa

¡Cigarra!
¡Dichosa tú!,
que sobre el lecho de tierra
mueres borracha de luz.

Tú sabes de las campiñas
el secreto de la vida,
y el cuento del hada vieja
que nacer hierba sentía
en ti quedóse guardado.

¡Cigarra!
¡Dichosa tú!,
pues mueres bajo la sangre
de un corazón todo azul.

La luz es Dios que desciende,
y el sol
brecha por donde se filtra.

¡Cigarra!
¡Dichosa tú!,
pues sientes en la agonía
todo el peso del azul.

Todo lo vivo que pasa
por las puertas de la muerte
va con la cabeza baja
y un aire blanco durmiente.
Con habla de pensamiento.
Sin sonidos...
Tristemente,
cubierto con el silencio
que es el manto de la muerte.

Mas tú, cigarra encantada,
derramando son, te mueres
y quedas transfigurada
en sonido y luz celeste.

¡Cigarra!
¡Dichosa tú!,
pues te envuelve con su manto
el propio Espíritu Santo,
que es la luz.

¡Cigarra!
Estrella sonora
sobre los campos dormidos,
vieja amiga de las ranas
y de los oscuros grillos,
tienes sepulcros de oro
en los rayos tremolinos
del sol que dulce te hiere
en la fuerza del Estío,
y el sol se lleva tu alma
para hacerla luz.

Sea mi corazón cigarra
sobre los campos divinos.
Que muera cantando lento
por el cielo azul herido
y cuando esté ya expirando
una mujer que adivino

lo derrame con sus manos
por el polvo.

Y mi sangre sobre el campo
sea rosado y dulce limo
donde claven sus azadas
los cansados campesinos.

¡Cigarra!
¡Dichosa tú!,
pues te hieren las espadas invisibles
del azul.

Balada triste

Pequeño poema.
Abril de 1918
(**Granada**)

¡Mi corazón es una mariposa,
niños buenos del prado!,
que presa por la araña gris del tiempo
tiene el polen fatal del desengaño.

De niño yo canté como vosotros,
niños buenos del prado,
solté mi gavilán con las temibles
cuatro uñas de gato.
Pasé por el jardín de Cartagena
la verbena invocando
y perdí la sortija de mi dicha
al pasar el arroyo imaginario.

Fui también caballero
una tarde fresquita de mayo.
Ella era entonces para mí el enigma,
estrella azul sobre mi pecho intacto.

Cabalgué lentamente hacia los cielos.
Era un domingo de pipirigallo.
Y vi que en vez de rosas y claveles
ella tronchaba lirios con sus manos.

Yo siempre fui intranquilo,
niños buenos del prado.
el ella del romance me sumía
en ensoñares claros:
¿quién será la que coge los claveles
y las rosas de mayo?
¿Y por qué la verán sólo los niños
a lomos de Pegaso?
¿Será esa misma la que en los rondones
con tristeza llamamos
estrella, suplicándole que salga
a danzar por el campo...?

En abril de mi infancia yo cantaba,
niños buenos del prado,
la ella impenetrable del romance
donde sale Pegaso.
Yo decía en las noches la tristeza
de mi amor ignorado,
y la luna lunera, ¡qué sonrisa
ponía entre sus labios!
¿Quién será la que corta los claveles
y las rosas de mayo?
Y de aquella chiquilla, tan bonita,
que su madre ha casado,
¿en qué oculto rincón de cementerio
dormirá su fracaso?

Yo solo con mi amor desconocido,
sin corazón, sin llantos,
hacia el techo imposible de los cielos
con un gran sol por báculo.

¡Qué tristeza tan seria me da sombra!
Niños buenos del prado,

cómo recuerda dulce el corazón
los días ya lejanos...
¿Quién será la que corta los claveles
y las rosas de mayo?

Mañana

7 de Agosto de 1918
(**Fuente Vaqueros, Granada**)
A Fernando Marchesi

Y la canción del agua
es una cosa eterna.

Es la savia entrañable
que madura los campos.
Es sangre de poetas
que dejaron sus almas
perderse en los senderos
de la Naturaleza.

¡Qué armonías derrama
al brotar de la peña!
Se abandona a los hombres
con sus dulces cadencias.

La mañana está clara.
Los hogares humean,
y son los humos brazos
que levantan la niebla.

Escuchad los romances
del agua en las choperas.
¡Son pájaros sin alas
perdidos entre hierbas!

Los árboles que cantan

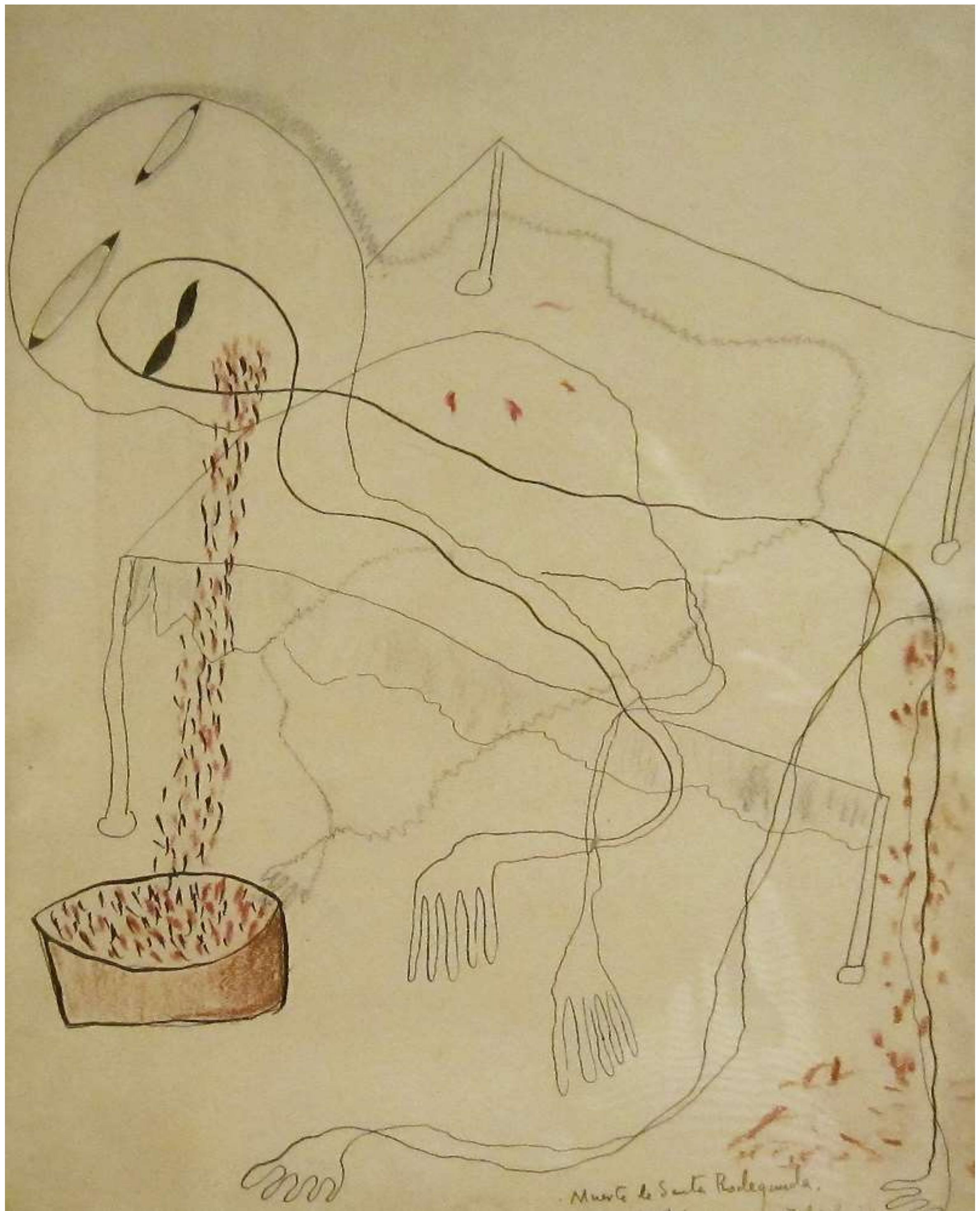
se tronchan y se secan.
Y se tornan llanuras
las montañas serenas.
Mas la canción del agua
es una cosa eterna.

Ella es luz hecha canto
de ilusiones románticas.
Ella es firme y suave,
llena de cielo y mansa.
Ella es niebla y es rosa
de la eterna mañana.
Miel de luna que fluye
de estrellas enterradas.
¿Qué es el santo bautismo,
sino Dios hecho agua
que nos unge las frentes
con su sangre de gracia?
Por algo Jesucristo
en ella confirmose.
Por algo las estrellas
en sus ondas descansan.
Por algo madre Venus
en su seno engendrose,
que amor de amor tomamos
cuando bebemos agua.
Es el amor que corre
todo manso y divino,
es la vida del mundo,
la historia de su alma.

Ella lleva secretos
de las bocas humanas,
pues todos la besamos
y la sed nos apaga.
Es un arca de besos
de bocas ya cerradas,
es eterna cautiva,
del corazón hermana.

Cristo debió decirnos:
"Confesaos con el agua,
de todos los dolores,
de todas las infamias.
¿A quién mejor, hermanos,
entregar nuestras ansias
que a ella que sube al cielo
en envolturas blancas?"

No hay estado perfecto
como al tomar el agua,
nos volvemos más niños
y más buenos: y pasan
nuestras penas vestidas
con rosadas guirnaldas.
Y los ojos se pierden
en regiones doradas.
¡Oh fortuna divina
por ninguno ignorada!
Agua dulce en que tantos
sus espíritus lavan,
no hay nada comparable
con tus orillas santas
si una tristeza honda
nos ha dado sus alas.



Vómito

La sombra de mi alma

Diciembre de 1919
(**Madrid**)

La sombra de mi alma
huye por un ocaso de alfabetos,
niebla de libros
y palabras.

¡La sombra de mi alma!

He llegado a la línea donde cesa
la nostalgia,
y la gota de llanto se transforma
alabastro de espíritu.

(¡La sombra de mi alma!)

El copo del dolor
se acaba,
pero queda la razón y la sustancia
de mi viejo mediodía de labios,
de mi viejo mediodía
de miradas.

Un turbio laberinto
de estrellas ahumadas
enreda mi ilusión
casi marchita.

¡La sombra de mi alma!

Y una alucinación
me ordeña las miradas.
Veo la palabra amor
desmoronada.

¡Ruiseñor mío!
¡Ruiseñor!
¿Aún cantas?

Lluvia

Enero de 1919
(**Granada**)

La lluvia tiene un vago secreto de ternura,
algo de soñolencia resignada y amable,
una música humilde se despierta con ella
que hace vibrar el alma dormida del paisaje.

Es un besar azul que recibe la Tierra,
el mito primitivo que vuelve a realizarse.
El contacto ya frío de cielo y tierra viejos
con una mansedumbre de atardecer constante.

Es la aurora del fruto. La que nos trae las flores
y nos unge de espíritu santo de los mares.
La que derrama vida sobre las sementeras
y en el alma tristeza de lo que no se sabe.

La nostalgia terrible de una vida perdida,
el fatal sentimiento de haber nacido tarde,
o la ilusión inquieta de un mañana imposible
con la inquietud cercana del color de la carne.

El amor se despierta en el gris de su ritmo,
nuestro cielo interior tiene un triunfo de sangre,
pero nuestro optimismo se convierte en tristeza
al contemplar las gotas muertas en los cristales.

Y son las gotas: ojos de infinito que miran
al infinito blanco que les sirvió de madre.

Cada gota de lluvia tiembla en el cristal turbio
y le dejan divinas heridas de diamante.
Son poetas del agua que han visto y que meditan
lo que la muchedumbre de los ríos no sabe.

¡Oh lluvia silenciosa, sin tormentas ni vientos,
lluvia mansa y serena de esquila y luz suave,
lluvia buena y pacifica que eres la verdadera,
la que llorosa y triste sobre las cosas caes!

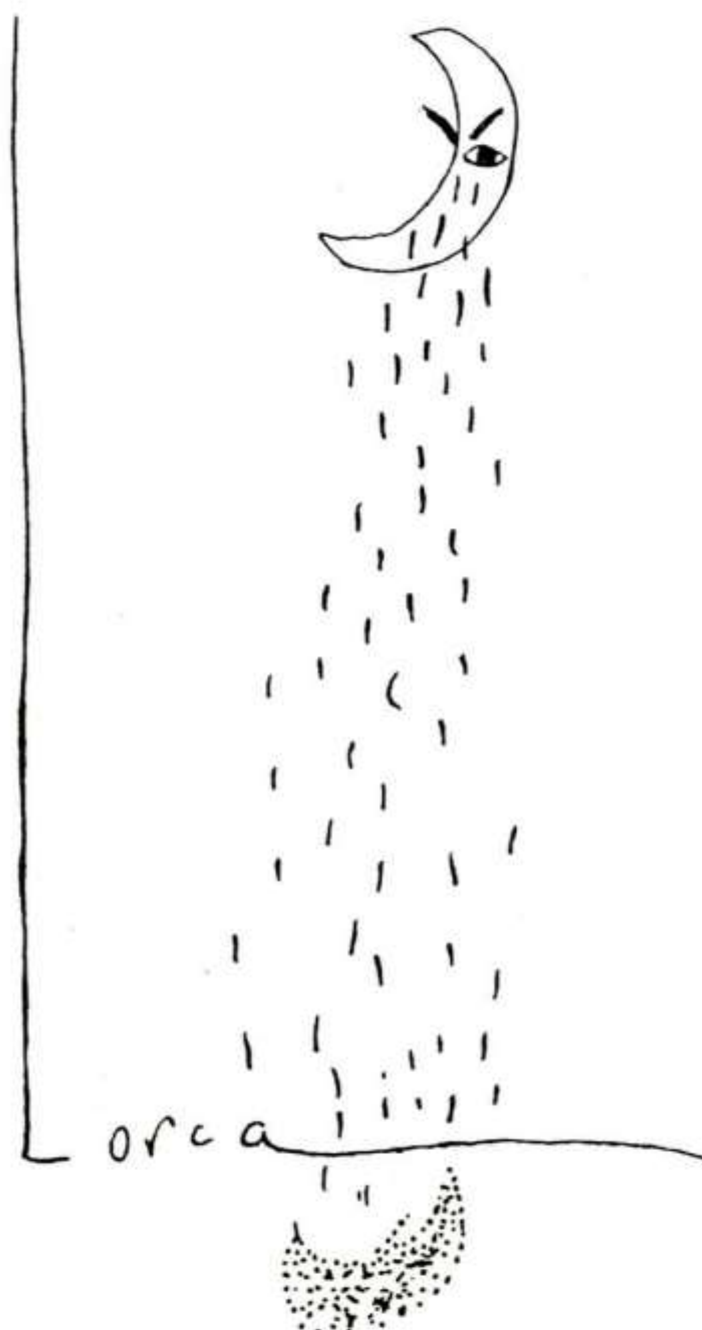
¡Oh lluvia franciscana que llevas a tus gotas
almas de fuentes claras y humildes manantiales!
Cuando sobre los campos desciendes lentamente
las rosas de mi pecho con tus sonidos abres.

El canto primitivo que dices al silencio
y la historia sonora que cuentas al ramaje
los comenta llorando mi corazón desierto
en un negro y profundo pentágrama sin clave.

Mi alma tiene tristeza de la lluvia serena,
tristeza resignada de cosa irrealizable,
tengo en el horizonte un lucero encendido
y el corazón me impide que corra a contemplarte.

¡Oh lluvia silenciosa que los árboles aman
y eres sobre el piano dulzura emocionante;
das al alma las mismas nieblas y resonancias
que pones en el alma dormida del paisaje!




Lorca

Si mis manos pudieran deshojar

10 de Noviembre de 1919
(**Granada**)

Yo pronuncio tu nombre
en las noches oscuras,
cuando vienen los astros
a beber en la luna
y duermen los ramajes
de las frondas ocultas.
Y yo me siento hueco
de pasión y de música.
Loco reloj que canta
muertas horas antiguas.

Yo pronuncio tu nombre,
en esta noche oscura,
y tu nombre me suena
más lejano que nunca.
Más lejano que todas las estrellas
y más doliente que la mansa lluvia.

¿Te querré como entonces
alguna vez? ¿Qué culpa
tiene mi corazón?
Si la niebla se esfuma,
¿qué otra pasión me espera?
¿Será tranquila y pura?
¡Si mis dedos pudieran
deshojar a la luna!

El canto de la miel

Noviembre de 1918
(**Granada**)

La miel es la palabra de Cristo,
el oro derretido de su amor.
El más allá del néctar,
la momia de la luz del paraíso.

La colmena es una estrella casta,
pozo de ámbar que alimenta el ritmo
de las abejas. Seno de los campos
tembloroso de aromas y zumbidos.

La miel es la epopeya del amor,
la materialidad de lo infinito.
Alma y sangre doliente de las flores
condensada a través de otro espíritu.

(Así la miel del hombre es la poesía
que mana de su pecho dolorido,
de un panal con la cera del recuerdo
formado por la abeja de lo íntimo)

La miel es la bucólica lejana
del pastor, la dulzaina y el olivo,
hermana de la leche y las bellotas,
reinas supremas del dorado siglo.

La miel es como el sol de la mañana,
tiene toda la gracia del estío
y la frescura vieja del otoño.
Es la hoja marchita y es el trigo.

¡Oh divino licor de la humildad,
sereno como un verso primitivo!

La armonía hecha carne tú eres,
el resumen genial de lo lírico.
En ti duerme la melancolía,
el secreto del beso y del grito.

Dulcísima. Dulce. Este es tu adjetivo.
Dulce como los vientres de las hembras.

Dulce como los ojos de los niños.
Dulce como las sombras de la noche.
Dulce como una voz. O como un lirio.

Para el que lleva la pena y la lira,
eres sol que ilumina el camino.
Equivales a todas las bellezas,
al color, a la luz, a los sonidos.

¡Oh! Divino licor de la esperanza,
donde a la perfección del equilibrio
llegan alma y materia en unidad
como en la hostia cuerpo y luz de Cristo.

Y el alma superior es de las flores,
¡Oh licor que esas almas has unido!
El que te gusta no sabe que traga
un resumen dorado del lirismo.

Elegía

Diciembre de 1918
(**Granada**)

Como un incensario lleno de deseos,
pasas en la tarde luminosa y clara
con la carne oscura de nardo marchito
y el sexo potente sobre tu mirada.

Llevas en la boca tu melancolía
de pureza muerta, y en la dionisíaca
copa de tu vientre la araña que teje
el velo infecundo que cubre la entraña
nunca florecida con las vivas rosas

fruto de los besos.
En tus manos blancas

llevas la madeja de tus ilusiones,
muertas para siempre, y sobre tu alma
la pasión hambrienta de besos de fuego
y tu amor de madre que sueña lejanas
visiones de cunas en ambientes quietos,
hilando en los labios lo azul de la nana.

Como Ceres dieras tus espigas de oro
si el amor dormido tu cuerpo tocara,
y como la virgen María pudieras brotar
de tus senos otra Vía Láctea.

Te marchitarás como la magnolia.
Nadie besará tus muslos de brasa.
Ni a tu cabellera llegarán los dedos
que la pulsen como
las cuerdas de un arpa.

¡Oh mujer potente de ébano y de nardo!
cuyo aliento tiene blancor de biznagas.
Venus del mantón de Manila que sabe
del vino de Málaga y de la guitarra.

¡Oh cisne moreno! cuyo lago tiene
lotos de saetas, olas de naranjas
y espumas de rojos claveles que aroman
los *niños* ***(*)*** marchitos que hay bajo sus alas.

Nadie te fecunda. Mártir andaluza,
tus besos debieron ser bajo una parra
plenos del silencio que tiene la noche
y del ritmo turbio del agua estancada.

Pero tus ojeras se van agrandando
y tu pelo negro va siendo de plata;
tus senos resbalan escanciando aromas
y empieza a curvarse tu espléndida espalda.

¡Oh mujer esbelta, maternal y ardiente!
Virgen dolorosa que tiene clavadas

todas las estrellas del cielo profundo
en su corazón ya sin esperanza.

Eres el espejo de una Andalucía
que sufre pasiones gigantes y calla,
pasiones mecidas por los abanicos
y por las mantillas sobre las gargantas
que tienen temblores de sangre, de nieve,
y arañazos rojos hechos por miradas.

Te vas por la niebla del otoño, virgen
como Inés, Cecilia, y la dulce Clara,
siendo una bacante que hubiera danzado
de pámpanos verdes y vid coronada.

La tristeza inmensa que flota en tus ojos
nos dice tu vida rota y fracasada,
la monotonía de tu ambiente pobre
viendo pasar gente desde tu ventana,
oyendo la lluvia sobre la amargura
que tiene la vieja calle provinciana,
mientras que a lo lejos suenan los clamores
turbios y confusos de unas campanadas.

Mas en vano escuchaste los acentos del aire.
Nunca llegó a tus oídos la dulce serenata.
Detrás de tus cristales aún miras anhelante.
¡Qué tristeza tan honda tendrás dentro del alma
al sentir en el pecho ya cansado y exhausto
la pasión de una niña recién enamorada!

Tu cuerpo irá a la tumba
intacto de emociones.
Sobre la oscura tierra
brotará una alborada.
De tus ojos saldrán dos claveles sangrientos
y de tus senos, rosas como la nieve blancas.
Pero tu gran tristeza se irá con las estrellas,
como otra estrella digna de herirlas y eclipsarlas.

(*)* Nota*: *En otras ediciones figura:* **niños**. *En Galaxia-Gutemberg:* **nidos.**

Santiago

(**Balada ingenua**)
25 de Julio de 1918
(**Fuente Vaqueros, Granada**)

I

Esta noche ha pasado Santiago
su camino de luz en el cielo.
Lo comentan los niños jugando
con el agua de un cauce sereno.

¿Dónde va el peregrino celeste
por el claro infinito sendero?
Va a la aurora que brilla en el fondo
en caballo blanco como el hielo.

¡Niños chicos, cantad en el prado
horadando con risas al viento!

Dice un hombre que ha visto a Santiago
en tropel con doscientos guerreros;
iban todos cubiertos de luces,
con guirnaldas de verdes luceros,
y el caballo que monta Santiago
era un astro de brillos intensos.

Dice el hombre que cuenta la historia
que en la noche dormida se oyeron
tremolar plateado de alas
que en sus ondas llevóse el silencio.

¿Qué sería que el río paróse?
Eran ángeles los caballeros.

¡Niños chicos, cantad en el prado.
horadando con risas al viento!

Es la noche de luna menguante.
¡Escuchad! ¿Qué se siente en el cielo,
que los grillos refuerzan sus cuerdas
y dan voces los perros vegueros?

-Madre abuela, ¿cuál es el camino,
madre abuela, que yo no lo veo?

-Mira bien y verás una cinta
de polvillo harinoso y espeso,
un borrón que parece de plata
o de nácar. ¿Lo ves?
-Ya lo veo.

-Madre abuela. ¿Dónde está Santiago?
-Por allí marcha con su cortejo,
la cabeza llena de plumajes
y de perlas muy finas el cuerpo,
con la luna rendida a sus plantas,
con el sol escondido en el pecho.

Esta noche en la vega se escuchan
los relatos brumosos del cuento.

¡Niños chicos, cantad en el prado,
horadando con risas al viento!

II

Una vieja que vive muy pobre
en la parte más alta del pueblo,
que posee una rueca inservible,
una virgen y dos gatos negros,
mientras hace la ruda calceta
con sus secos y temblones dedos,
rodeada de buenas comadres

y de sucios chiquillos traviesos,
en la paz de la noche tranquila,
con las sierras perdidas en negro,
va contando con ritmos tardíos
la visión que ella tuvo en sus tiempos.

Ella vio en una noche lejana
como ésta, sin ruidos ni vientos,
el apóstol Santiago en persona,
peregrino en la tierra del cielo.

-Y comadre, ¿cómo iba vestido?
-le preguntan dos voces a un tiempo.

-Con bordón de esmeraldas y perlas
y una túnica de terciopelo.

Cuando hubo pasado la puerta,
mis palomas sus alas tendieron,
y mi perro, que estaba dormido,
fue tras él sus pisadas lamiendo.
Era dulce el Apóstol divino,
más aún que la luna de enero.
A su paso dejó por la senda
un olor de azucena y de incienso.

-Y comadre, ¿no le dijo nada?
-le preguntan dos voces a un tiempo.

-Al pasar me miró sonriente
y una estrella dejóme aquí dentro.

-¿Dónde tienes guardada esa estrella?
-le pregunta un chiquillo travieso.

-¿Se ha apagado, dijéronle otros,
como cosa de un encantamiento?

-No, hijos míos, la estrella relumbra,
que en el alma clavada la llevo.

-¿Cómo son las estrellas aquí?

-Hijo mío, igual que en el cielo.

-Siga, siga la vieja comadre.
¿Dónde iba el glorioso viajero?

-Se perdió por aquellas montañas
con mis blancas palomas y el perro.
Pero llena dejóme la casa
de rosales y de jazmineros,
y las uvas verdes en la parra
maduraron, y mi troje lleno
encontré la siguiente mañana.
Todo obra del Apóstol bueno.

-¡Grande suerte que tuvo, comadre!
-sermonean dos voces a un tiempo.

Los chiquillos están ya dormidos
y los campos en hondo silencio.

¡Niños chicos, pensad en Santiago
por los turbios caminos del sueño!

¡Noche clara, finales de julio!
¡Ha pasado Santiago en el cielo!
La tristeza que tiene mi alma,
por el blanco camino la dejo,
para ver si la encuentran los niños
y en el agua la vayan hundiendo,
para ver si en la noche estrellada
a muy lejos la llevan los vientos.

El diamante

Noviembre de 1920
(**Granada**)

El diamante de una estrella
ha rayado el hondo cielo,
pájaro de luz que quiere
escapar del universo
y huye del enorme nido
donde estaba prisionero
sin saber que lleva atada
una cadena en el cuello.

Cazadores extrahumanos
están cazando luceros,
cisnes de plata maciza
en el agua del silencio.

Los chopos niños recitan
su cartilla; es el maestro
un chopo antiguo que mueve
tranquilo sus brazos muertos.

Ahora en el monte lejano
jugarán todos los muertos
a la baraja. ¡Es tan triste
la vida en el cementerio!

¡Rana, empieza tu cantar!
¡Grillo, sal de tu agujero!
Haced un bosque sonoro
con vuestras flautas. Yo vuelvo
hacia mi casa intranquilo.

Se agitan en mi cerebro
dos palomas campesinas
y en el horizonte, ¡lejos!,
se hunde el arcaduz del día.
¡Terrible noria del tiempo!

Madrigal de verano

Agosto de 1920
(**Vega de Zujaira**)

Junta tu roja boca con la mía,
¡oh Estrella la gitana!
Bajo el oro solar del mediodía
morderé la manzana.

En el verde olivar de la colina
hay una torre mora,
del color de tu carne campesina
que sabe a miel y aurora.

Me ofreces en tu cuerpo requemado
el divino alimento
que da flores al cauce sosegado
y luceros al viento.

¿Cómo a mí te entregaste, luz morena?
¿Por qué me diste llenos
de amor tu sexo de azucena
y el rumor de tus senos?

¿No fue por mi figura entristecida?
(¡Oh mis torpes andares!)
¿Te dio lástima acaso de mi vida,
marchita de cantares?

¿Cómo no has preferido a mis lamentos
los muslos sudorosos
de un San Cristóbal campesino, lentos
en el amor y hermosos?

Danaide del placer eres conmigo.
Femenino Silvano.
Huelen tus besos como huele el trigo
reseco del verano.

Entúrbiame los ojos con tu canto.
Deja tu cabellera
extendida y solemne como un manto
de sombra en la pradera.

Píntame con tu boca ensangrentada
un cielo del amor,
en un fondo de carne la morada
estrella de dolor.

Mi pegaso andaluz está cautivo
de tus ojos abiertos;
volará desolado y pensativo
cuando los vea muertos.

Y aunque no me quisieras te querría
por tu mirar sombrío,
como quiere la alondra al nuevo día,
sólo por el rocío.

Junta tu roja boca con la mía,
¡oh Estrella la gitana!
Déjame bajo el claro mediodía
consumir la manzana.

Cantos nuevos

Agosto de 1920
(**Vega de Zujaira**)

Dice la tarde: "¡Tengo sed de sombra!"
Dice la luna: "¡Yo, sed de luceros!"
La fuente cristalina pide labios
y suspira el viento.

Yo tengo sed de aromas y de risas,

sed de cantares nuevos
sin lunas y sin lirios,
y sin amores muertos.

Un cantar de mañana que estremezca
a los remansos quietos
del porvenir. Y llene de esperanza
sus ondas y sus cienos.

Un cantar luminoso y reposado
pleno de pensamiento,
virginal de tristeza y de angustias
y virginal de ensueños.

Cantar sin carne lírica que llene
de risas el silencio
(una bandada de palomas ciegas
lanzadas al misterio).

Cantar que vaya al alma de las cosas
y al alma de los vientos
y que descanse al fin en la alegría
del corazón eterno.

Alba

Abril de 1919
(**Granada**)

Mi corazón oprimido
siente junto a la alborada
el dolor de sus amores
y el sueño de las distancias.
La luz de la aurora lleva
semillero de nostalgias
y la tristeza sin ojos
de la médula del alma.

La gran tumba de la noche
su negro velo levanta
para ocultar con el día
la inmensa cumbre estrellada.

¡Qué haré yo sobre estos campos
cogiendo nidos y ramas,
rodeado de la aurora
y llena de noche el alma!
¡Qué haré si tienes tus ojos
muertos a las luces claras
y no ha de sentir mi carne
el calor de tus miradas!
¿Por qué te perdí por siempre
en aquella tarde clara?
Hoy mi pecho está reseco
como una estrella apagada.

El presentimiento

Agosto de 1920
(**Vega de Zujaira**)

El presentimiento
es la sonda del alma
en el misterio.
Nariz del corazón,
palo de ciego
que explora en la tiniebla
del tiempo.

Ayer es lo marchito.
El sentimiento
y el campo funeral
del recuerdo.

Anteayer

es lo muerto.
Madriguera de ideas moribundas
de pegasos sin freno.
Malezas de memorias
y desiertos
perdidos en la niebla
de los sueños.

Nada turba los siglos
pasados.
No podemos
arrancar un suspiro
de lo viejo.
El pasado se pone
su coraza de hierro
y tapa sus oídos
con algodón del viento.
Nunca podrá arrancársele
un secreto.

Sus músculos de siglos
y su cerebro
de marchitas ideas
en feto
no darán el licor que necesita
el corazón sediento.

Pero el niño futuro
nos dirá algún secreto
cuando juegue en su cama
de luceros.
Y es fácil engañarle;
por eso,
démosle con dulzura
nuestro seno.

Que el topo silencioso
del presentimiento
nos traerá sus sonajas
cuando se esté durmiendo.

Canción para la luna

Agosto de 1920

Blanca tortuga,
luna dormida,
¡qué lentamente
caminas!
Cerrando un párpado
de sombras, miras
cual arqueológica
pupila.
Que quizá sea...
(Satán es tuerto)
una reliquia.
Viva lección
para anarquistas.
Jehová acostumbra
sembrar su finca
con ojos muertos
y cabecitas
de sus contrarias
milicias.
Gobierna rígido
la faz divina
con su turbante
de niebla fría,
poniendo dulces
astros sin vida
al rubio cuervo
del día.
Por eso, luna,
¡luna dormida!,
vas protestando
seca de brisas,
del gran abuso

la tiranía
de ese Jehová
que os encamina
por una senda,
¡siempre la misma!,
mientras él goza
en compañía
de Doña Muerte,
que es su querida...

Blanca tortuga,
luna dormida,
casta Verónica
del sol que limpias
en el ocaso
su faz rojiza.
Ten esperanza,
muerta pulida,
que el Gran Lenín
de tu campiña
será la Osa
Mayor, la arisca
fiera del cielo
que irá tranquila
a dar su abrazo
de despedida
al viejo enorme
de los seis días.

Y entonces, luna
blanca, vendría
el puro reino
de la ceniza.

(Ya habréis notado
que soy nihilista.)

Elegía del silencio

Julio de 1920

Silencio, ¿dónde llevas
tu cristal empañado
de risas, de palabras
y sollozos del árbol?
¿Cómo limpias, silencio,
el rocío del canto
y las manchas sonoras
que los mares lejanos
dejan sobre la albura
serena de tu manto?
¿Quién cierra tus heridas
cuando sobre los campos
alguna vieja noria
clava su lento dardo
en tu cristal inmenso?
¿Dónde vas si al ocaso
te hieren las campanas
y quiebran tu remanso
las bandadas de coplas
y el gran rumor dorado
que cae sobre los montes
azules sollozando?

El aire del invierno
hace tu azul pedazos,
y troncha tus florestas
el lamentar callado
de alguna fuente fría.
Donde posas tus manos,
la espina de la risa
o el caluroso hachazo
de la pasión encuentras.
Si te vas a los astros,
el zumbido solemne
de los azules pájaros

quiebra el gran equilibrio
de tu escondido cráneo.

Huyendo del sonido
eres sonido mismo,
espectro de armonía,
humo de grito y canto.
Vienes para decirnos
en las noches oscuras
la palabra infinita
sin aliento y sin labios.

Taladrado de estrellas
y maduro de música,
¿dónde llevas, silencio,
tu dolor extrahumano,
dolor de estar cautivo
en la araña melódica,
ciego ya para siempre
tu manantial sagrado?

Hoy arrastran tus ondas
turbias de pensamiento
la ceniza sonora
y el dolor del antaño.
Los ecos de los gritos
que por siempre se fueron.
El estruendo remoto
del mar, momificado.

Si Jehová se ha dormido
sube al trono brillante,
quiébrale en su cabeza
un lucero apagado,
y acaba seriamente
con la música eterna,
la armonía sonora
de luz, y mientras tanto,
vuelve a tu manantial,
donde en la noche eterna,

antes que Dios y el tiempo,
manabas sosegado.

Balada de un día de Julio

Julio de 1919

Esquilones de plata
llevan los bueyes.

-¿Dónde vas, niña mía,
de sol y nieve?

-Voy a las margaritas
del prado verde.

-El prado está muy lejos
y miedo tienes.

-Al airón y a la sombra
mi amor no teme.

-Teme al sol, niña mía,
de sol y nieve.

-Se fue de mis cabellos
ya para siempre.

-¿Quién eres, blanca niña?
¿De dónde vienes?

-Vengo de los amores
y de las fuentes.

Esquilones de plata
llevan los bueyes.

-¿Qué llevas en la boca
que se te enciende?

-La estrella de mi amante
que vive y muere.

-¿Qué llevas en el pecho,
tan fino y leve?

-La espada de mi amante
que vive y muere.

-¿Qué llevas en los ojos,
negro y solemne?

-Mi pensamiento triste
que siempre hiere.

-¿Por qué llevas un manto
negro de muerte?

-¡Ay, yo soy la viudita,
triste y sin bienes,

del conde del Laurel
de los Laureles!

-¿A quién buscas aquí,
si a nadie quieres?

-Busco el cuerpo del conde
de los Laureles.

-¿Tú buscas el amor,
viudita aleve?
Tú buscas un amor
que ojalá encuentres.

-Estrellitas del cielo
son mis quereres,

¿dónde hallaré a mi amante
que vive y muere?

-Está muerto en el agua,
niña de nieve,
cubierto de nostalgias
y de claveles.

-¡Ay!, caballero errante
de los cipreses,
una noche de luna
mi alma te ofrece.

-¡Ah Isis soñadora.
Niña sin mieles,
la que en boca de niños
su cuento vierte.
Mi corazón te ofrezco.
Corazón tenue,
herido por los ojos
de las mujeres.

-Caballero galante,
con Dios te quedes.
Voy a buscar al conde
de los Laureles.

Adiós, mi doncellita,
rosa durmiente,
tú vas para el amor
y yo a la muerte.

Esquilones de plata
llevan los bueyes.

Mi corazón desangra
como una fuente.

"In memoriam"

Agosto de 1920

Dulce chopo,
dulce chopo,
te has puesto
de oro.
Ayer estabas verde,
un verde loco
de pájaros
gloriosos.
Hoy estás abatido
bajo el cielo de agosto
como yo bajo el cielo
de mi espíritu rojo.
La fragancia cautiva
de tu tronco
vendrá a mi corazón
piadoso.
¡Rudo abuelo del prado!
Nosotros
nos hemos puesto
de oro.

Sueño

Mayo de 1919

Mi corazón reposa junto a la fuente fría.

(Llénala con tus hilos,
araña del olvido.)

El agua de la fuente su canción le decía.

(Llénala con tus hilos,

araña del olvido.)

Mi corazón despierto sus amores decía.

(Araña del silencio,
téjele tu misterio)

El agua de la fuente lo escuchaba sombría.

Araña del silencio,
téjele tu misterio.)

Mi corazón se vuelca sobre la fuente fría.

(Manos blancas, lejanas,
detened a las aguas.)

Y el agua se lo lleva cantando de alegría.

(¡Manos blancas, lejanas,
nada queda en las aguas!)

Paisaje

Junio de 1920

Las estrellas apagadas
llenan de ceniza el río
verdoso y frío.

La fuente no tiene trenzas.
Ya se han quemado los nidos
escondidos.

Las ranas hacen del cauce
una siringa encantada,
desafinada.

Sale del monte la luna,
con su cara bonachona
de jamona.

Una estrella le hace burla
desde su casa de añil
infantil.

El débil color rosado
hace cursi el horizonte
del monte.

Y observo que el laurel tiene
cansancio de ser poético
y profético.

Como la hemos visto siempre
el agua se va durmiendo,
sonriyendo.

Todo llora por costumbre,
todo el campo se lamenta
sin darse cuenta.

Yo, por no desafinar,
digo por educación:
"¡Mi corazón!"

Pero una grave tristeza
tiñe mis labios manchados
de pecados.

Yo voy lejos del paisaje.
Hay en mi pecho una hondura
de sepultura.

Un murciélago me avisa
que el sol se esconde doliente
en el poniente.

¡Pater noster por mi amor!
(Llanto de las alamedas
y arboledas.)

En el carbón de la tarde
miro mis ojos lejanos,
cual milanos.

Y despeino mi alma muerta
con arañas de miradas
olvidadas.

Ya es de noche y las estrellas
clavan puñales al río
verdoso y frío.

Noviembre

Noviembre de 1920

Todos los ojos
estaban abiertos
frente a la soledad
despintada por el llanto.
Tin
tan,
tin
tan.

Los verdes cipreses
guardaban su alma
arrugada por el viento,
y las palabras como guadañas
segaban almas de flores.
Tin
tan,

tin
tan.

El cielo estaba marchito.
¡Oh tarde cautiva por las nubes,
esfinge sin ojos!
Obeliscos y chimeneas
hacían pompas de jabón.
Tin
tan,
tin
tan.

Los ritmos se curvaban
y se curvaba el aire,
guerreros de niebla
hacían de los árboles
catapultas.
Tin
tan,
tin
tan.

¡Oh tarde,
tarde de mi otro beso!
Tema lejano de mi sombra,
¡sin rayo de oro!
Cascabel vacío.
Tarde desmoronada
sobre piras de silencio.
Tin
tan,
tin
tan.

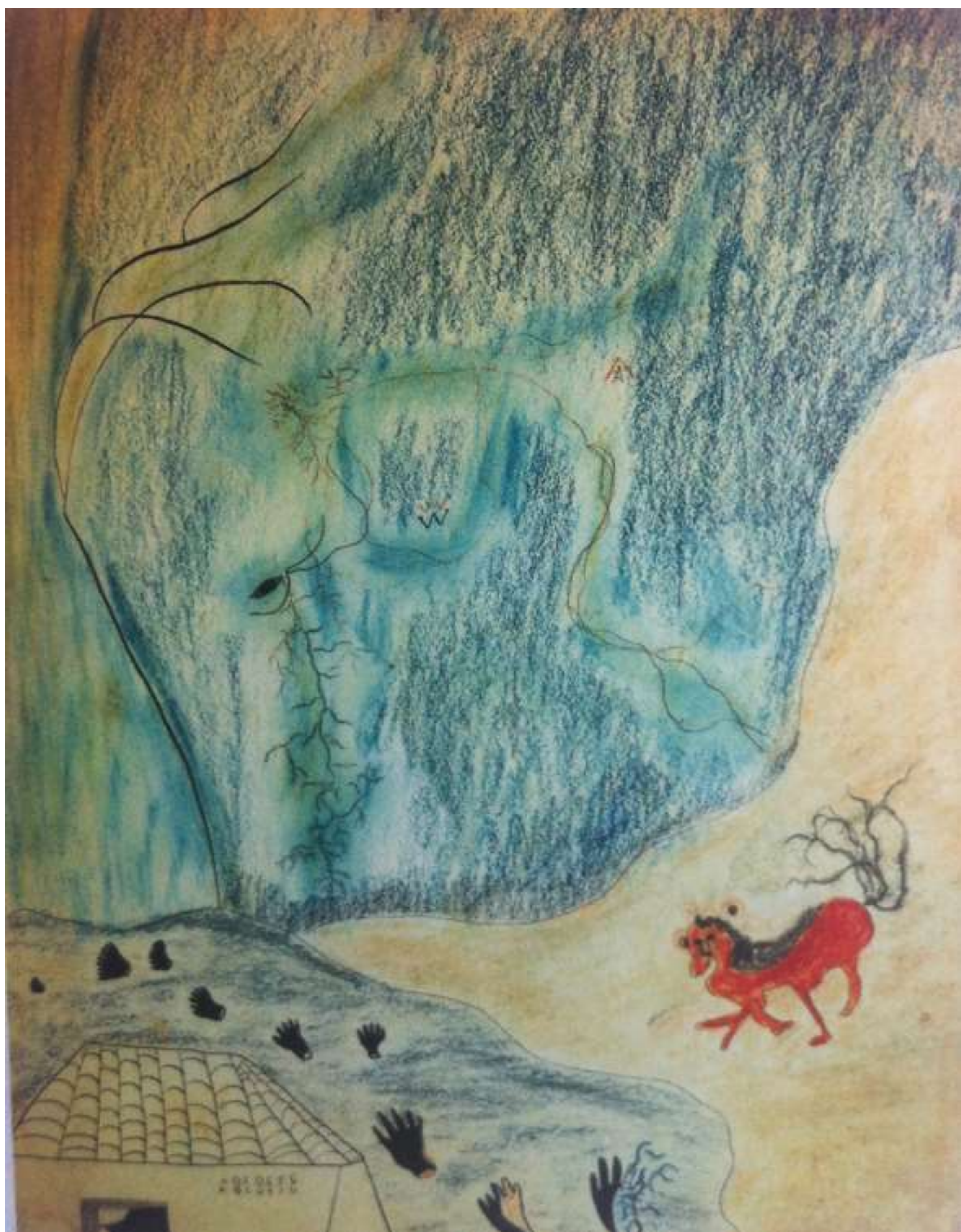
Preguntas

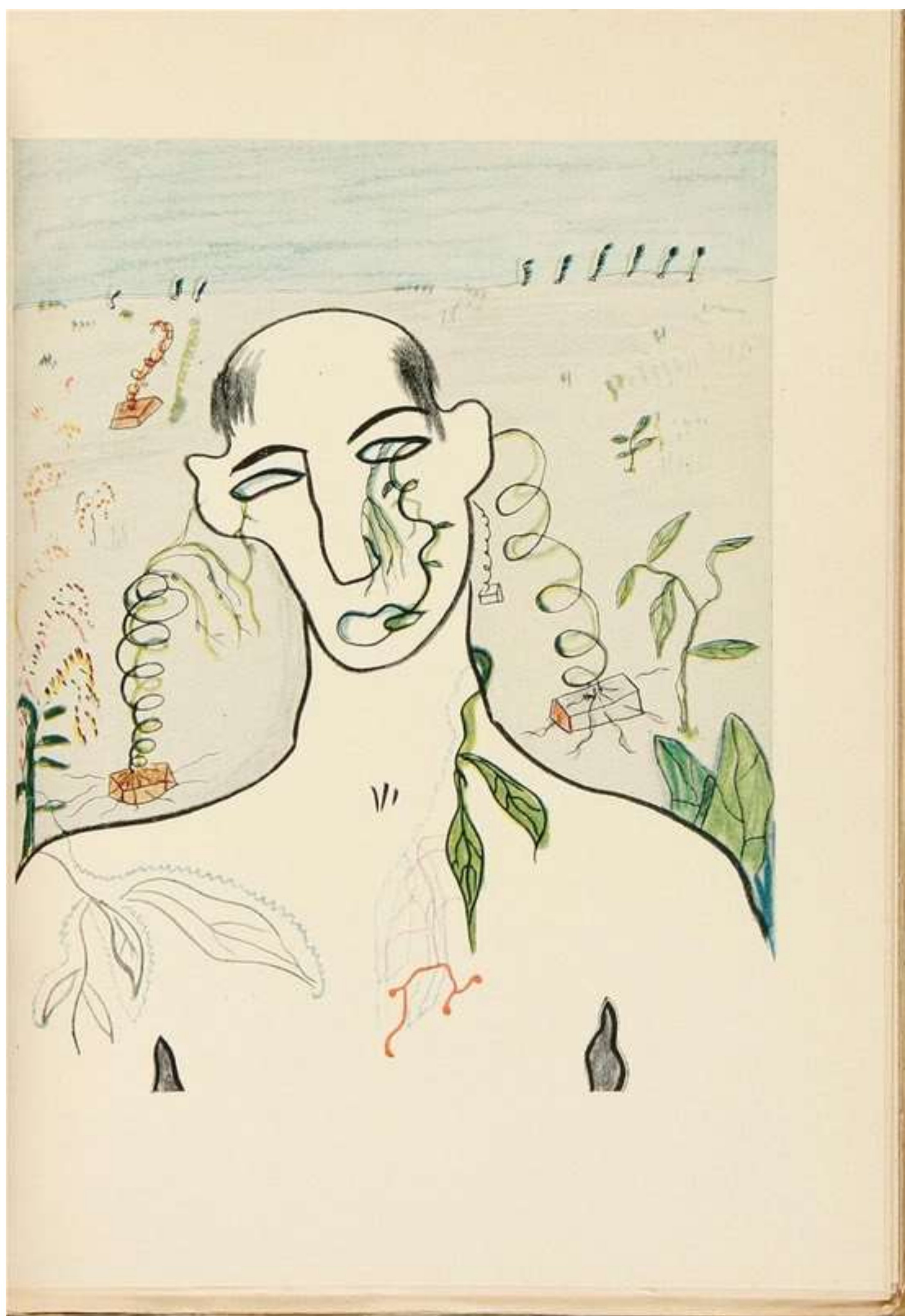
Mayo de 1918

Un pleno de cigarras tiene el campo.
-¿Qué dices, Marco Aurelio,
de estas viejas filósofas del llano?
-¡Pobre es tu pensamiento!

Corre el agua del río mansamente.
-¡Oh Sócrates! ¿Qué ves
en el agua que va a la amarga muerte?
-¡Pobre y triste es tu fe!

Se deshojan las rosas en el lodo.
-¡Oh dulce Juan de Dios!
¿Qué ves en estos pétalos gloriosos?
-¡Chico es tu corazón!





La veleta yacente

Diciembre de 1920
(**Madrid**)

El duro corazón de la veleta
entre el libro del tiempo.
(Una hoja la tierra
y otra hoja el cielo.)
Aplastóse doliente sobre letras
de tejados viejos.
Lírica flor de torre
y luna de los vientos,
abandona el estambre de la cruz
y dispersa sus pétalos,
para caer sobre las losas frías
comida por la oruga
de los ecos.

Yaces bajo una acacia.
¡Memento!
No podías latir
porque eras de hierro...
Mas poseíste la forma:
¡conténtate con eso!
Y húndete bajo el verde
légamo,
en busca de tu gloria
de fuego,
aunque te llamen tristes
las torres desde lejos
y oigas en las veletas
chirriar tus compañeros.
Húndete bajo el paño
verdoso de tu lecho.
Que ni la blanca monja,
ni el perro,
ni la luna menguante,
ni el lucero,
ni el turbio sacristán
del convento,

recordarán tus gritos
del invierno.
Húndete lentamente,
que si no, luego,
te llevarán los hombres
de los trapos viejos.
Y ojalá pudiera darte
por compañero
este corazón mío
¡tan incierto!

Corazón nuevo

Junio de 1918
(**Granada**)

Mi corazón, como una sierpe,
se ha desprendido de su piel,
y aquí la miro entre mis dedos
llena de heridas y de miel.

Los pensamiento que anidaron
en tus arrugas, ¿dónde están?
¿Dónde las rosas que aromaron
a Jesucristo y a Satán?

¡Pobre envoltura que ha oprimido
a mi fantástico lucero!
Gris pergamino dolorido
de lo que quise y ya no quiero.

Yo veo en ti fetos de ciencias,
momias de versos y esqueletos
de mis antiguas inocencias
y mis románticos secretos.

¿Te colgaré sobre los muros

de mi museo sentimental,
junto a los gélidos y oscuros
lirios durmientes de mi mal?

¿O te pondré sobre los pinos,
libro doliente de mi amor,
para que sepas de los trinos
que da a la aurora el ruiseñor?

Se ha puesto el sol

Agosto de 1920

Se ha puesto el sol.
Los árboles
meditan como estatuas.
Ya está el trigo segado.
¡Qué tristeza
de las norias paradas!

Un perro campesino
quiere comerse a Venus y le ladra.
Brilla sobre su campo de pre-beso,
como una gran manzana.

Los mosquitos, Pegasos del rocío,
vuelan, el aire en calma.
La Penélope inmensa de la luz
teje una noche clara.

"¡Hijas mías, dormid, que viene el lobo",
las ovejitas balan.
"¿Ha llegado el otoño, compañeras?"
dice una flor ajada.

¡Ya vendrán los pastores con sus nidos
por la sierra lejana!

Ya jugarán los niños en la puerta
de la vieja posada,
y habrá coplas de amor
que ya se saben
de memoria las casas.

Pajarita de papel

Julio de 1920

¡Oh pajarita de papel!
Águila de los niños.
Con las plumas de letras,
sin palomo
y sin nido.

Las manos aún mojadas de misterio
te crean en un frío
anochecer de otoño, cuando mueren
los pájaros y el ruido
de la lluvia nos hace amar la lámpara,
el corazón y el libro.

Naces para vivir unos minutos
en el frágil castillo
de naipes que se eleva tembloroso
como el tallo de un lirio.
y meditas allí ciega y sin alas
que pudiste haber sido
el atleta grotesco que sonríe
ahorcado por un hilo,
el barco silencioso sin remeros ni velamen,
el lírico
buque fantasma del miedoso insecto,
o el triste borriquito
que escarnecen, haciéndolo Pegaso,
los soplos de los niños.

Pero en medio de tu meditación
van gotas de humorismo.
Hecha con la corteza de la ciencia
te ríes del destino,
y gritas: Blancaflor no muere nunca,
ni se muere Luisito.
La mañana es eterna, es eterna
la fuente del rocío

Y aunque no crees en nada dices esto,
no se enteren los niños
de que hay sombra detrás de las estrellas
y sombra en tu castillo.

En medio de la mesa, al derrumbarse
tu azul mansión, has visto
que el milano te mira ansiosamente:
Es un recién nacido.
una pompa de espuma sobre el agua
del sufrimiento vivo

Y tú vas a sus labios luminosos
mientras ríen los niños,
y callan los papás, no se despierten
los dolores vecinos.

Así pájaro clown desapareces
para nacer en otro sitio.
Así pájaro esfinge das tu alma
de ave fénix al limbo.

Madrigal

Octubre de 1920
(**Madrid**)

Mi beso era una granada,
profunda y abierta;
tu boca era rosa
de papel.

El fondo un campo de nieve.

Mis manos eran hierros
para los yunques;
tu cuerpo era el ocaso
de una campanada.

El fondo un campo de nieve.

En la agujereada
calavera azul
hicieron estalactitas
mis te quiero.

El fondo un campo de nieve.

Llenáronse de moho
mis sueños infantiles,
y taladró a la luna
mi dolor salomónico.

El fondo un campo de nieve.

Ahora maestro grave
a la alta escuela,
a mi amor y a mis sueños
(caballitos sin ojos).

Y el fondo es un campo de nieve.

Una campana

Octubre de 1920

Una campana serena
crucificada en su ritmo
define a la mañana
con peluca de niebla
y arroyos de lágrimas.
Mi viejo chopo
turbio de ruiseñores
esperaba
poner entre las hierbas
sus ramas
mucho antes que el otoño
lo dorara.
Pero los puntales
de mis miradas
lo sostenían.
¡Viejo chopo, aguarda!
¿No sientes la madera
de mi amor desgarrada?
Tiéndete en la pradera
cuando cruja mi alma,
que un vendaval de besos
y palabras
ha dejado rendida,
lacerada.

Consulta

Agosto de 1920

¡Pasionaria azul!
Yunque de mariposas.
¿Vives bien en el limo
de las horas?

(¡Oh poeta infantil,

quiebra tu reloj!)

Clara estrella azul,
ombligo de la aurora.
¿Vives bien en la espuma
de la sombra?

(¡Oh poeta infantil,
quiebra tu reloj!)

Corazón azulado,
lámpara de mi alcoba.
¿Lates bien sin mi sangre
filarmónica?

(¡Oh poeta infantil,
quiebra tu reloj!)

Os comprendo y me dejo
arrumbado en la cómoda
al insecto del tiempo.
Sus metálicas gotas
no se oirán en la calma
de mi alcoba.
Me dormiré tranquilo
como dormís vosotras,
pasionarias y estrellas,
que al fin la mariposa
volará en la corriente
de las horas
mientras nace en mi tronco
la rosa.

Tarde

Noviembre de 1919

Tarde lluviosa en gris cansado,
y sigue el caminar.
Los árboles marchitos.
Mi cuarto, solitario.
Y los retratos viejos
y el libro sin cortar...

Chorrea la tristeza por los muebles
y por el alma.
Quizá
no tenga para mí Naturaleza
el pecho de cristal.

Y me duele la carne del corazón
y la carne del alma.
Y al hablar,
se quedan mis palabras en el aire
como corchos sobre agua.

Sólo por tus ojos
sufro yo este mal,
tristezas de antaño
y las que vendrán.

Tarde lluviosa en gris cansado,
y sigue el caminar.

Hay almas que tienen...

8 de Febrero de 1920

Hay almas que tienen
azules luceros,
mañanas marchitas
entre hojas del tiempo,
y castos rincones
que guardan un viejo

rumor de nostalgias
y sueños.

Otras almas tienen
dolientes espectros
de pasiones. Frutas
con gusanos. Ecos
de una voz quemada
que viene de lejos
como una corriente
de sombra. Recuerdos
vacíos de llanto
y migajas de besos.
Mi alma está madura
hace mucho tiempo,
y se desmorona
turbia de misterio.
Piedras juveniles
roídas de ensueño
caen sobre las aguas
de mis pensamientos.
Cada piedra dice:
¡Dios está muy lejos!

Prólogo

24 de julio de 1920
(**Vega de Zujaira**)

Mi corazón está aquí,
Dios mío,
hunde tu cetro en él, Señor.
Es un membrillo
demasiado otoñal
y está podrido.
Arranca los esqueletos
de los gavilanes líricos

que tanto, tanto lo hirieron,
y si acaso tienes pico
móndale su corteza
de hastío.

Mas si no quieres hacerlo,
me da lo mismo,
guárdate tu cielo azul,
que es tan aburrido,
el rigodón de los astros.
Y tu infinito,
que yo pediré prestado
el corazón a un amigo.
Un corazón con arroyos
y pinos,
y un ruiseñor de hierro
que resista
el martillo
de los siglos.

Además, Satanás me quiere mucho,
fue compañero mío
en un examen de
lujuria, y el pícaro
buscará a Margarita,
me lo tiene ofrecido.
Margarita morena,
sobre un fondo de viejos olivos,
con dos trenzas de noche
de estío,
para que yo desgarre
sus muslos limpios.
Y entonces, ¡oh Señor!,
seré tan rico
o más que tú,
porque el vacío
no puede compararse
al vino
con que Satán obsequia
a sus buenos amigos.

Licor hecho con llanto.
¡Qué más da!
Es lo mismo
que tu licor compuesto
de trinos.

Dime, Señor,
¡Dios mío!
¿Nos hundes en la sombra
del abismo?
¿Somos pájaros ciegos
sin nidos?

La luz se va apagando.
¿Y el aceite divino?
Las olas agonizan.
¿Has querido
jugar como si fuéramos
soldaditos?
Dime, Señor,
¡Dios mío!
¿No llega el dolor nuestro
a tus oídos?
¿No han hecho las blasfemias
Babeles sin ladrillos
para herirte, o te gustan
los gritos?
¿Estas sordo? ¿Estás ciego?
¿O eres bizco
de espíritu
y ves el alma humana
con tonos invertidos?

¡Oh Señor soñoliento!
¡Mira mi corazón
frío
como un membrillo
demasiado otoñal
que está podrido!

Si tu luz va a llegar,
abre los ojos vivos;
pero si continúas
dormido,
ven, Satanás errante,
sangriento peregrino,
ponme la Margarita
morena en los olivos
con las trenzas de noche
de estío,
que yo sabré encenderle
sus ojos pensativos
con mis besos manchados
de lirios.
Y oiré una tarde ciega
mi ¡Enrique! ¡Enrique!,
lírico,
mientras todos mis sueños
se llenan de rocío.

Aquí, Señor, te dejo
mi corazón antiguo,
voy a pedir prestado
otro nuevo a un amigo.
Corazón con arroyos
y pinos,
corazón sin culebras
ni lirios.
Robusto, con la gracia
de un joven campesino
que atraviesa de un salto
el río.

Balada interior

16 de Julio de 1920
(**Vega de Zujaira**)

A Gabriel.

El corazón
que tenía en la escuela
donde estuvo pintada
la cartilla primera,
¿está en ti,
noche negra?

(Frío, frío,
como el agua
del río)

El primer beso
que supo a beso y fue
para mis labios niños
como la lluvia fresca,
¿está en ti,
noche negra?

(Frío, frío,
como el agua
del río)

Mi primer verso.
La niña de las trenzas
que miraba de frente,
¿está en ti,
noche negra?

(Frío, frío,
como el agua
del río.)

Pero mi corazón
roído de culebras,
el que estuvo colgado
del árbol de la ciencia,
¿está en ti,
noche negra?

(Caliente, caliente,
como el agua
de la fuente.)

Mi amor errante,
castillo sin firmeza,
de sombras enmohecidas,
¿está en ti.,
noche negra?

(Caliente, caliente,
como el agua
de la fuente.)

¡Oh gran dolor!
Admites en tu cueva
nada más que la sombra.
¿Es cierto,
noche negra?

(Caliente, caliente,
como el agua
de la fuente.)

¡Oh corazón perdido!
¡Requiem aeternam!

El lagarto viejo

26 de Julio de 1920
(**Vega de Zujaira**)

En la agostada senda
he visto al buen lagarto
(gota de cocodrilo)
meditando.

Con su verde levita
de abate del diablo,
su talante correcto
y su cuello planchado,
tiene un aire muy triste
de viejo catedrático.
¡Esos ojos marchitos
de artista fracasado,
cómo miran la tarde
desmayada!

¿Es éste su paseo
crepuscular, amigo?
Usad bastón, ya estáis
muy viejo. Don Lagarto,
y los niños del pueblo
pueden daros un susto.
¿Qué buscáis en la senda,
filósofo cegato,
si el fantasma indeciso
de la tarde agosteña
ha roto el horizonte?

¿Buscáis el azul limosna
del cielo moribundo?
¿Un céntimo de estrella?
¿O acaso
estudiasteis un libro
de Lamartine, y os gustan
los trinos platerescos
de los pájaros?

(Miras al sol poniente,
y tus ojos relucen,
¡oh dragón de las ranas!
con un fulgor humano.
Las góndolas sin remos
de las ideas, cruzan
el agua tenebrosa
de tus iris quemados.)

¿Venís quizá en la busca
de la bella lagarta,
verde como los trigos
de mayo,
como las cabelleras
de las fuentes dormidas,
que os despreciaba, y luego
se fue de vuestro campo?
¡Oh dulce idilio roto
sobre la fresca juncia!
¡Pero vivir!, ¡qué diantre!
me habéis sido simpático.
El lema de "me opongo
a la serpiente" triunfa
en esa gran papada
de arzobispo cristiano.

Ya se ha disuelto el sol
en la copa del monte,
y enturbian el camino
los rebaños.
Es hora de marcharse,
dejad la angosta senda
y no continuéis
meditando.
Que lugar tendréis luego
de mirar las estrellas
cuando os coman sin prisa
los gusanos.

¡Volved a vuestra casa
bajo el pueblo de grillos!
¡Buenas noches, amigo
Don Lagarto!

Ya está el campo sin gente,
los montes apagados
y el camino desierto;
sólo de cuando en cuando

canta un cuco en la umbría
de los álamos.

Patio húmedo

1920

Las arañas
iban por los laureles.

La casualidad
se va tornando en nieve,
y los años dormidos
ya se atreven
a clavar los telares
del siempre.

La quietud hecha esfinge
se ríe de la Muerte
que canta melancólica
en un grupo
de lejanos cipreses.

La yedra de las gotas
tapiza las paredes
empapadas de arcaicos
misereres.

¡Oh torre vieja!
Llora
tus lágrimas mudéjares
sobre este grave patio
que no tiene fuente.

Las arañas
iban por los laureles.

Balada de la placeta

1919

Cantan los niños
en la noche quieta;
¡arroyo claro,
fuente serena!

Los niños
¿Qué tiene tu divino
corazón en fiesta?

Yo
Un doblar de campanas
perdidas en la niebla.

Los niños
Ya nos dejas cantando
en la plazuela.
¡Arroyo claro,
fuente serena!

¿Qué tienes en tus manos
de primavera?

Yo
Una rosa de sangre
y una azucena.

Los niños
Mójalas en el agua
de la canción añeja.
¡Arroyo claro,
fuente serena!

¿Qué sientes en tu boca

roja y sedienta?

Yo
El sabor de los huesos
de mi gran calavera.

Los niños
Bebe el agua tranquila
de la canción añeja.
¡Arroyo claro,
fuente serena!

¿Por qué te vas tan lejos
de la plazuela?

Yo
¡Voy en busca de magos
y de princesas!

Los niños
¿Quién te enseñó el camino
de los poetas?

Yo
La fuente y el arroyo
de la canción añeja.

Los niños
¿Te vas lejos, muy lejos
del mar y de la tierra?

Yo
Se ha llenado de luces
mi corazón de seda,
de campanas perdidas,
de lirios y de abejas,
y yo me iré muy lejos,
más allá de esas sierras,
más allá de los mares,
cerca de las estrellas,

para pedirle a Cristo
Señor que me devuelva
mi alma antigua de niño,
madura de leyendas,
con el gorro de plumas
y el sable de madera.

Los niños
Ya nos dejas cantando
en la plazuela,
¡arroyo claro,
fuente serena!

Las pupilas enormes
de las frondas resecas
heridas por el viento,
lloran las hojas muertas.

Encrucijada

Julio de 1920

¡Oh, qué dolor el tener
versos en la lejanía
de la pasión, y el cerebro
todo manchado de tinta!

¡Oh, qué dolor no tener
la fantástica camisa
del hombre feliz: la piel,
alfombra de sol, curtida!

(Alrededor de mis ojos
bandadas de letras giran.)

¡Oh, qué dolor el dolor
antiguo de la poesía,

este dolor pegajoso
tan lejos del agua limpia!

¡Oh dolor de lamentarse
por sorber la vena lírica!
¡Oh dolor de fuente
ciega y molino sin harina!

¡Oh, qué dolor no tener
dolor y pasar la vida
sobre la hierba incolora
de la vereda indecisa!

¡Oh el más profundo dolor,
el dolor de la alegría,
reja que nos abre surcos
donde el llanto fructifica!

(Por un monte de papel
asoma la luna fría.)
¡Oh dolor de la verdad!
¡Oh dolor de la mentira!

Hora de estrellas

1920

El silencio redondo de la noche
sobre el pentagrama
del infinito.

Yo me salgo desnudo a la calle,
maduro de versos
perdidos.
Lo negro, acribillado
por el canto del grillo,
tiene ese fuego fatuo,

muerto,
del sonido.
Esa luz musical
que percibe
el espíritu.

Los esqueletos de mil mariposas
duermen en mi recinto.

Hay una juventud de brisas locas
sobre el río.

El camino

No conseguirá nunca
tu lanza
herir el horizonte.
La montaña
es un escudo
que lo guarda.

No sueñes con la sangre de la luna
y descansa.
Pero deja, camino,
que mis plantas
exploren la caricia
de la rociada.

¡Quiromántico enorme!
¿Conocerás las almas
por el débil tatuaje
que olvidan en tu espalda?
Si eres Flammarión
de las pisadas,
¡cómo debes amar
a los asnos que pasan
acariciando con ternura humilde

tu carne desgarrada!
Ellos solos meditan dónde puede
llegar tu enorme lanza.
Ellos solos, que son
los Budas de la Fauna,
cuando viejos y heridos deletrean
tu libro sin palabras.

¡Cuánta melancolía
tienes entre las casas
del poblado!
¡Qué clara
es tu virtud! Aguantas
cuatro carros dormidos,
dos acacias,
y un pozo del antaño
que no tiene agua.

Dando vueltas al mundo,
no encontrarás posada.
No tendrás camposanto
ni mortaja,
ni el aire del amor renovará
tu sustancia.

Pero sal de los campos
y en la negra distancia
de lo eterno, si tallas
la sombra con tu lima
blanca, ¡oh camino!
¡pasarás por el puente
de Santa Clara!

El concierto interrumpido

1920
A Adolfo Salazar

Ha roto la armonía
de la noche profunda
el calderón helado y soñoliento
de la media luna.

Las acequias protestan sordamente
arropadas con juncias,
y las ranas, muecines de la sombra,
se han quedado mudas.

En la vieja taberna del poblado
cesó la triste música,
y ha puesto la sordina a su aristón
la estrella más antigua.

El viento se ha sentado en los torcales
de la montaña oscura,
y un chopo solitario, el Pitágoras
de la casta llanura,
quiere dar con su mano centenaria
un cachete a la luna.

Canción oriental

1920

Es la granada olorosa
un cielo cristalizado.
(Cada grano es una estrella,
cada velo es un ocaso.)
Cielo seco y comprimido
por la garra de los años.

La granada es como un seno
viejo y apergaminado,
cuyo pezón se hizo estrella

para iluminar el campo.

Es colmena diminuta
con panal ensangrentado,
pues con bocas de mujeres
sus abejas la formaron.
Por eso al estallar, ríe
con púrpuras de mil labios...

La granada es corazón
que late sobre el sembrado,
un corazón desdeñoso
donde no pican los pájaros,
un corazón que por fuera
es duro como el humano,
pero da al que lo traspasa
olor y sangre de mayo.
La granada es el tesoro
del viejo gnomo del prado,
el que habló con niña Rosa
en el bosque solitario.
Aquel de la blanca barba
y del traje colorado.
Es el tesoro que aun guardan
las verdes hojas del árbol.
Arca de piedras preciosas
en entraña de oro vago.

La espiga es el pan. Es Cristo
en vida y muerte cuajado.

El olivo es la firmeza
de la fuerza y el trabajo.

La manzana es lo carnal,
fruta esfinge del pecado,
gota de siglos que guarda
de Satanás el contacto.

La naranja es la tristeza

del azahar profanado,
pues se torna fuego y oro
lo que antes fue puro y blanco.

Las vides son la lujuria
que se cuaja en el verano,
de las que la iglesia saca,
con bendición, licor santo.

Las castañas son la paz
del hogar. Cosas de antaño.
Crepitar de leños viejos,
peregrinos descarriados.

La bellota es la serena
poesía de lo rancio,
y el membrillo de oro débil
la limpieza de lo sano.

Mas la granada es la sangre,
sangre del cielo sagrado,
sangre de la tierra herida
por la aguja del regato.
Sangre del viento que viene
del rudo monte arañado.
Sangre de la mar tranquila,
sangre del dormido lago.
La granada es la prehistoria
de la sangre que llevamos,
la idea de sangre, encerrada
en glóbulo duro y agrio,
que tiene una vaga forma
de corazón y de cráneo.

¡Oh granada abierta!, que eres
una llama sobre el árbol,
hermana en carne de Venus,
risa del huerto oreado.
Te cercan las mariposas
creyéndote sol parado,

y por miedo de quemarse
huyen de ti los gusanos.

Porque eres luz de la vida,
hembra de las frutas. Claro
lucero de la floresta
del arroyo enamorado.

¡Quién fuera como tú, fruta,
todo pasión sobre el campo!

Chopo muerto

1920

¡Chopo viejo!
Has caído
en el espejo
del remanso dormido,
abatiendo tu frente
ante el Poniente.
No fue el vendaval ronco
el que rompió tu tronco,
ni fue el hachazo grave
del leñador, que sabe
has de volver
a nacer.

Fue tu espíritu fuerte
el que llamó a la muerte,
al hallarse sin nidos, olvidado
de los chopos infantes del prado.
Fue que estabas sediento
de pensamiento,
y tu enorme cabeza centenaria,
solitaria,
escuchaba los lejanos

cantos de tus hermanos.

En tu cuerpo guardabas
las lavas
de tu pasión,
y en tu corazón,
el semen sin futuro de Pegaso.
La terrible simiente
de un amor inocente
por el sol de ocaso.

¡Qué amargura tan honda
para el paisaje,
el héroe de la fronda
sin ramaje!

Ya no serás la cuna
de la luna,
ni la mágica risa
de la brisa,
ni el bastón de un lucero
caballero.
No tornará la primavera
de tu vida,
ni verás la sementera
florecida.
Serás nidal de ranas
y de hormigas.
Tendrás por verdes canas
las ortigas,
y un día la corriente
llevará tu corteza
con tristeza.

¡Chopo viejo!
Has caído
en el espejo
del remanso dormido.
Yo te vi descender
en el atardecer

y escribo tu elegía,
que es la mía.

Campo

1920

El cielo es de ceniza.
Los árboles son blancos,
y son negros carbones
los rastrojos quemados.
Tiene sangre reseca
la herida del Ocaso,
y el papel incoloro
del monte está arrugado.
El polvo del camino
se esconde en los barrancos,
están las fuentes turbias
y quietos los remansos.
Suena en un gris rojizo
la esquila del rebaño,
y la noria materna
acabó su rosario.

El cielo es de ceniza,
los árboles son blancos.



Marinero

La balada del agua del mar

1919

(**A Emilio Prados, cazador de nubes**)

El mar
sonríe a lo lejos.
Dientes de espuma,
labios de cielo.

-¿Qué vendes, oh joven turbia
con los senos al aire?

-Vendo, señor, el agua
de los mares.

-¿Qué llevas, oh negro joven,
mezclado con tu sangre?

-Llevo, señor, el agua
de los mares.

-Esas lágrimas salobres
¿de dónde vienen, madre?

-Lloro, señor, el agua
de los mares.

-Corazón, y esta amargura
seria, ¿de dónde nace?

-¡Amarga mucho el agua
de los mares!

El mar
sonríe a lo lejos.
Dientes de espuma,
labios de cielo.

Árboles

1919

¡Árboles!
¿Habéis sido flechas
caídas del azul?
¿Qué terribles guerreros os lanzaron?
¿Han sido las estrellas?

Vuestras músicas vienen del alma de los pájaros,
de los ojos de Dios,
de la pasión perfecta.
¡Arboles!
¿Conocerán vuestras raíces toscas
mi corazón en tierra?

La luna y la muerte

1919

La luna tiene dientes de marfil.
¡Qué vieja y triste asoma!
Están los cauces secos,
los campos sin verdores
y los árboles mustios
sin nidos y sin hojas.
Doña Muerte, arrugada,
pasea por sauzales
con su absurdo cortejo
de ilusiones remotas.
Va vendiendo colores
de cera y de tormenta
como un hada de cuento
mala y enredadora.

La luna le ha comprado
pinturas a la Muerte.
En esta noche turbia
¡está la luna loca!

Yo mientras tanto pongo
en mi pecho sombrío
una feria sin músicas
con las tiendas de sombra.

Madrigal

1919

Yo te miré a los ojos
cuando era niño y bueno.
Tus manos me rozaron
y me diste un beso.

(Los relojes llevan la misma cadencia,
y las noches tienen las mismas estrellas.)

Y se abrió mi corazón
como una flor bajo el cielo,
los pétalos de lujuria
y los estambres de sueño.

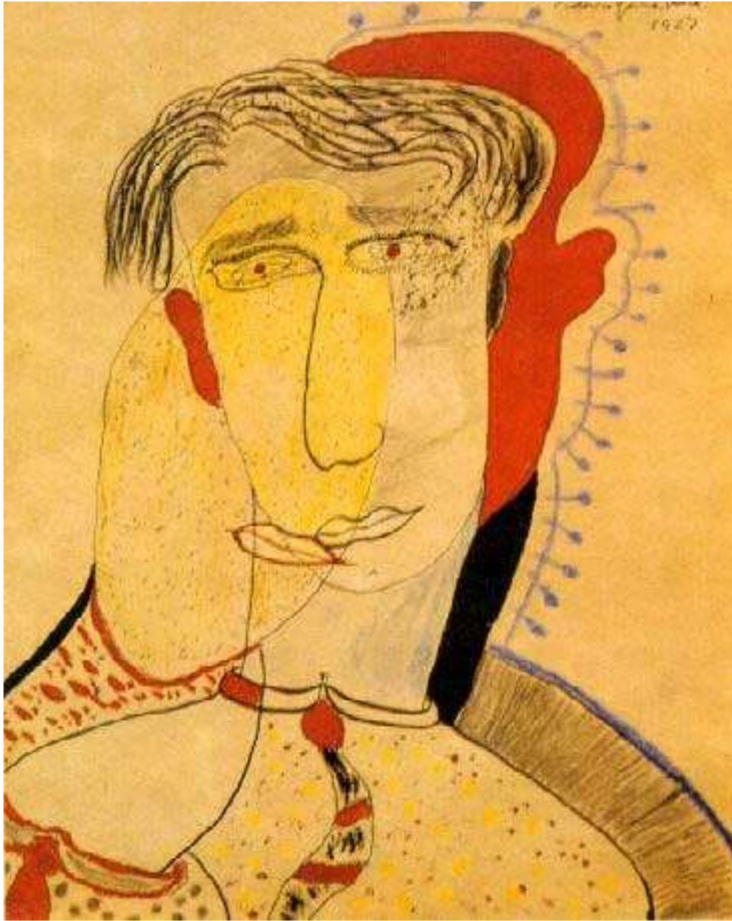
(Los relojes llevan la misma cadencia,
y las noches tienen las mismas estrellas.)

En mi cuarto sollozaba
como el príncipe del cuento
por Estrellita de oro
que se fue de los torneos.

(Los relojes llevan la misma cadencia,
y las noches tienen las mismas estrellas.)

Yo me alejé de tu lado
queriéndote sin saberlo.
No sé cómo son tus ojos,
tus manos ni tus cabellos.
Sólo me queda en la frente
la mariposa del beso.

(Los relojes llevan la misma cadencia,
y las noches tienen las mismas estrellas.)



Deseo

1920

Sólo tu corazón caliente,
y nada más.

Mi paraíso un campo
sin ruiseñor
ni liras,
con un río discreto
y una fuentecilla.

Sin la espuela del viento
sobre la fronda,
ni la estrella que quiere
ser hoja.

Una enorme luz
que fuera
luciérnaga
de otra,
en un campo
de miradas rotas.

Un reposo claro
y allí nuestros besos,
lunares sonoros
del eco,
se abrirían muy lejos.

Y tu corazón caliente,
nada más.

Los álamos de plata

Mayo de 1919

Los álamos de plata
se inclinan sobre el agua,
ellos todo lo saben, pero nunca hablarán.
El lirio de la fuente
no grita su tristeza.
¡Todo es más digno que la Humanidad!

La ciencia del silencio frente al cielo estrellado,
la posee la flor y el insecto no más.
La ciencia de los cantos por los cantos la tienen
los bosques rumorosos
y las aguas del mar.

El silencio profundo de la vida en la tierra,
nos lo enseña la rosa
abierta en el rosal.

¡Hay que dar el perfume

que encierran nuestras almas!
Hay que ser todo cantos,
todo luz y bondad.
¡Hay que abrirse del todo
frente a la noche negra,
para que nos llenemos de rocío inmortal!

¡Hay que acostar al cuerpo
dentro del alma inquieta!
Hay que cegar los ojos con luz de más allá,
Tenemos que asomarnos
a la sombra del pecho,
y arrancar las estrellas que nos puso Satán.

¡Hay que ser como el árbol
que siempre está rezando,
como el agua del cauce
fija en la eternidad!

¡Hay que arañarse el alma con garras de tristeza
para que entren las llamas
del horizonte astral!

Brotaría en la sombra del amor carcomido
una fuente de aurora
tranquila y maternal.
Desaparecerían ciudades en el viento.
Y a Dios en una nube
veríamos pasar.

Espigas

Junio de 1919

El trigal se ha entregado a la muerte.
Ya las hoces cortan las espigas.
abecean los chopos hablando
con el alma sutil de la brisa.

El trigal sólo quiere silencio.
Se cuajó con el sol, y suspira
por el amplio elemento en que moran
los ensueños despiertos.
El día.
ya maduro de luz y sonido,
por los montes azules declina.

¿Qué misterioso pensamiento
conmueve a las espigas?
¿Qué ritmo de tristeza soñadora
los trigales agita...?

¡Parecen las espigas viejos pájaros
que no pueden volar!
Son cabecitas,
que tienen el cerebro de oro puro
y expresiones tranquilas.

Todas piensan lo mismo,
todas llevan
un secreto profundo que meditan.
Arrancan a la tierra su oro vivo
y cual dulces abejas del sol, liban
el rayo abrasador con que se visten
para formar el alma de la harina.

¡Oh, qué alegre tristeza me causáis,
dulcísimas espigas!
Venís de las edades más profundas,
cantasteis en la Biblia,
y tocáis cuando os rozan los silencios
un concierto de liras.

Brotáis para alimento de los hombres.
¡Pero mirad las blancas margaritas
y los lirios que nacen *porque sí*!
¡Momias de oro sobre las campiñas!
La flor silvestre nace para el sueño

y vosotras nacéis para la vida.

Meditación bajo la lluvia

Fragmento
3 de Enero de 1919
A José Mora

Ha besado la lluvia al jardín provinciano
dejando emocionantes cadencias en las hojas.
El aroma sereno de la tierra mojada
inunda el corazón de tristeza remota.

Se rasgan nubes grises en el mudo horizonte.
Sobre el agua dormida de la fuente, las gotas
se clavan, levantando claras perlas de espuma.
Fuegos fatuos que apaga el temblor de las ondas.

La pena de 1a tarde estremece a mi pena.
Se ha llenado el jardín de ternura monótona.
¿Todo mi sufrimiento se ha de perder, Dios mío,
como se pierde el dulce sonido de las frondas?

¿Todo el eco de estrellas que guardo sobre el alma
será luz que me ayude a luchar con mi forma?
¿Y el alma verdadera se despierta en la muerte?
¿Y esto que ahora pensamos se lo traga la sombra?

¡Oh, qué tranquilidad del jardín con la lluvia!
Todo el paisaje casto mi corazón transforma,
en un ruido de ideas humildes y apenadas
que pone en mis entrañas un batir de palomas.

Sale el sol.
El jardín desangra en amarillo.
Late sobre el ambiente una pena que ahoga,
yo siento la nostalgia de mi infancia intranquila,

mi ilusión de ser grande en el amor, las horas
pasadas como ésta contemplando la lluvia
con tristeza nativa.
Caperucita roja
iba por el sendero...
Se fueron mis historias, hoy medito, confuso,
ante la fuente turbia que del amor me brota.

¿Todo mi sufrimiento se ha de perder, Dios mío,
como se pierde el dulce sonido de las frondas?

Vuelve a llover.
El viento va trayendo a las sombras.

Manantial

Fragmento
1919

La sombra se ha dormido en la pradera.
Los manantiales cantan.

Frente al ancho crepúsculo de invierno
mi corazón soñaba.
¿Quién pudiera entender los manantiales,
el secreto del agua
recién nacida, ese cantar oculto
a todas las miradas
del espíritu, dulce melodía
más allá de las almas...?

Luchando bajo el peso de la sombra,
un manantial cantaba.
Yo me acerqué para escuchar su canto,
pero mi corazón no entiende nada.

Era un brotar de estrellas invisibles

sobre la hierba casta,
nacimiento del Verbo de la tierra
por un sexo sin mancha.

Mi chopo centenario de la vega
sus hojas meneaba,
y eran hojas trémulas de ocaso
como estrellas de plata.

El resumen de un cielo de verano
era el gran chopo.
Mansas
y turbias de penumbra yo sentía
las canciones del agua.

¿Qué alfabeto de auroras ha compuesto
sus oscuras palabras?
¿Qué labios las pronuncian? ¿Y qué dicen
a la estrella lejana?
¡Mi corazón es malo, Señor! Siento en mi carne
la implacable brasa
del pecado. Mis mares interiores
se quedaron sin playas.
Tu faro se apagó. ¡Ya los alumbra
mi corazón de llamas!
Pero el negro secreto de la noche
y el secreto del agua
¿son misterios tan sólo para el ojo
de la conciencia humana?
¿La niebla del misterio no estremece
e1 árbol, el insecto y la montaña?
¿El terror de las sombras no lo sienten
las piedras y las plantas?
¿Es sonido tan sólo esta voz mía?
¿Y el casto manantial no dice nada?

Mas yo siento en el agua
algo que me estremece..., como un aire
que agita los ramajes de mi alma.

¡Sé árbol!
(Dijo una voz en la distancia.)
Y hubo un torrente de luceros
sobre el cielo sin mancha.

Yo me incrusté en el chopo centenario
con tristeza y con ansia.
Cual Dafne varonil que huye miedosa
de un Apolo de sombra y de nostalgia.
Mi espíritu fundiose con las hojas
y fue mi sangre savia.
En untuosa resina convirtiose
la fuente de mis lágrimas
El corazón se fue con las raíces,
y mi pasión humana,
haciendo heridas en la ruda carne,
fugaz me abandonaba.

Frente al ancho crepúsculo de invierno
yo torcía las ramas
gozando de los ritmos ignorados
entre la brisa helada.
Sentí sobre mis brazos dulces nidos,
acariciar de alas,
y sentí mil abejas campesinas
que en mis dedos zumbaban.
¡Tenía una colmena de oro vivo
en las viejas entrañas!
El paisaje y la tierra se perdieron,
sólo el cielo quedaba,
y escuché el débil ruido de los astros
y el respirar de las montañas.

¿No podrán comprender mis dulces hojas
el secreto del agua?
¿Llegarán mis raíces a los reinos
donde nace y se cuaja?
Incliné mis ramajes hacia el cielo
que las ondas copiaban,
mojé las hojas en el cristalino

diamante azul que canta,
y sentí borbotar los manantiales
como de humano yo los escuchara
Era el mismo fluir lleno de música
y de ciencia ignorada.

Al levantar mis brazos gigantescos
frente al azul, estaba
lleno de niebla espesa, de rocío
y de luz marchitada.

Tuve la gran tristeza vegetal,
el amor a las alas.
Para poder lanzarse con los vientos
a las estrellas blancas.
Pero mi corazón en las raíces
triste me murmuraba:
Si no comprendes a los manantiales,
¡muere y troncha tus ramas!

¡Señor, arráncame del suelo! ¡Dame oídos
que entiendan a las aguas!
Dame una voz que por amor arranque
su secreto a las ondas encantadas,
para encender su faro sólo pido
aceite de palabras.

Sé ruiseñor!, dice una voz perdida
en la muerta distancia,
y un torrente de cálidos luceros
brotó del seno que la noche guarda.
....,
....,

Mar

Abril de 1919

El mar es
el Lucifer del azul.
El cielo caído
por querer ser la luz.

¡Pobre mar condenado
a eterno movimiento,
habiendo antes estado
quieto en el firmamento!

Pero de tu amargura
te redimió el amor.
Pariste a Venus pura,
y quedose tu hondura
virgen y sin dolor.

Tus tristezas son bellas,
mar de espasmos gloriosos.
Mas hoy en vez de estrellas
tienes pulpos verdosos.

Aguanta tu sufrir,
formidable Satán.
Cristo anduvo por ti,
mas también lo hizo Pan.

La estrella Venus es
la armonía del mundo.
¡Calle el Eclesiastés!
Venus es lo profundo
del alma...

...Y el hombre miserable
es un ángel caído.
La tierra es el probable
Paraíso perdido.

Sueño

Mayo de 1919

Iba yo montado sobre
un macho cabrío.
El abuelo me habló
y me dijo:
Ese es tu camino.
¡Es ése!, gritó mi sombra,
disfrazada de mendigo.
¡Es aquel de oro!, dijeron
mis vestidos.
Un gran cisne me guiñó,
diciendo: ¡Vente conmigo!
Y una serpiente mordía
mi sayal de peregrino.

Mirando al cielo, pensaba:
Yo no tengo camino.
Las rosas del fin serán
como las del principio.
En la niebla se convierte
la carne y el rocío.

Mi caballo fantástico me lleva
por un campo rojizo.
¡Déjame! , clamó, llorando,
mi corazón pensativo,
Yo lo abandoné en la tierra,
lleno de tristeza.
Vino
la noche llena de arrugas
y de sombras.
Alumbran el camino,
los ojos luminosos y azulados
de mi macho cabrío.

Otro sueño

1919

¡Una golondrina vuela
hacia muy lejos!...

Hay floraciones de rocío
sobre mi sueño,
y mi corazón da vueltas
lleno de tedio,
como un tiovivo en que la Muerte
pasea a sus hijuelos.
¡Quisiera en estos árboles
atar al tiempo
con un cable de noche negra,
y pintar luego
con mi sangre las riberas
pálidas de mis recuerdos!
¿Cuántos hijos tiene la Muerte?
¡Todos están en mi pecho!

¡Una golondrina viene
de muy lejos!

Encina

1919

Bajo tu casta sombra, encina vieja,
quiero sondar la fuente de mi vida
y sacar de los fangos de mi sombra
las esmeraldas líricas.

Echo mis redes sobre el agua turbia
y las saco vacías.
¡Más abajo del cieno tenebroso
están mis pedrerías!

¡Hunde en mi pecho tus ramajes santos!
¡oh solitaria encina,
y deja en mi sub-alma
tus secretos y tu pasión tranquila!

Esta tristeza juvenil se pasa,
¡ya lo sé! La alegría
otra vez dejará sus guirnaldas
sobre mi frente herida,
aunque nunca mis redes pescarán
la oculta pedrería
de tristeza inconsciente que reluce
al fondo de mi vida.

Pero mi gran dolor trascendental
es tu dolor, encina.
Es el mismo dolor de las estrellas
y de la flor marchita.

Mis lágrimas resbalan a la tierra
y, como tus resinas,
corren sobre las aguas del gran cauce
que va a la noche fría.
Y nosotros también resbalaremos,
yo con mis pedrerías,
y tú plenas las ramas de invisibles
bellotas metafísicas.

No me abandones nunca en mis pesares,
esquelética amiga.
Cántame con tu boca vieja y casta
una canción antigua,
con palabras de tierra entrelazadas
en la azul melodía.

Vuelvo otra vez a echar las redes sobre
la fuente de mi vida,
redes hechas con hilos de esperanza,
nudos de poesía,
y saco piedras falsas entre un cieno

de pasiones dormidas.

Con el sol del otoño toda el agua
de mi fontana vibra,
y noto que sacando sus raíces
huye de mí la encina.

Invocación al laurel

1919
A Pepe Cienfuegos

Por el horizonte confuso y doliente
venía la noche preñada de estrellas.
Yo, como el barbudo mago de los cuentos,
sabía el lenguaje de flores y piedras.

Aprendí secretos de melancolía,
dichos por cipreses, ortigas y yedras;
supe del ensueño por boca del nardo,
canté con los lirios canciones serenas.

En el bosque antiguo, lleno de negrura,
todos me mostraban sus almas cual eran:
el pinar, borracho de aroma y sonido;
los olivos viejos, cargados de ciencia;
los álamos muertos, nidales de hormigas;
el musgo, nevado de blancas violetas.

Todo hablaba dulce a mi corazón
temblando en los hilos de sonora seda
con que el agua envuelve las cosas paradas
como telaraña de armonía eterna.

Las rosas estaban soñando en la lira,
tejen las encinas oros de leyendas,
y entre la tristeza viril de los robles

dicen los enebros temores de aldea.

Yo comprendo toda la pasión del bosque:
ritmo de la hoja, ritmo de la estrella.
Mas decidme, ¡oh cedros!, si mi corazón
dormirá en los brazos de la luz perfecta.

Conozco la lira que presientes, rosa:
formé su cordaje con mi vida muerta.
¡Dime en qué remanso podré abandonarla
como se abandonan las pasiones viejas!

¡Conozco el misterio que cantas, ciprés;
soy hermano tuyo en noche y en pena;
tenemos la entraña cuajada de nidos,
tú de ruiseñores y yo de tristezas!

¡Conozco tu encanto sin fin, padre olivo,
al darnos la sangre que extraes de la Tierra,
como tú, yo extraigo con mi sentimiento
el óleo bendito
que tiene la idea!

Todos me abrumáis con vuestras canciones;
yo sólo os pregunto por la mía incierta;
ninguno queréis sofocar las ansias
de este fuego casto
que el pecho me quema.

¡Oh laurel divino, de alma inaccesible,
siempre silencioso,
lleno de nobleza!
¡Vierte en mis oídos tu historia divina,
tu sabiduría profunda y sincera!

¡Árbol que produces frutos de silencio,
maestro de besos y mago de orquestas,
formado del cuerpo rosado de Dafne
con savia potente de Apolo en tus venas!

¡Oh gran sacerdote del saber antiguo!
¡Oh mudo solemne cerrado a las quejas!
Todos tus hermanos del bosque me hablan;
¡sólo tú, severo, mi canción desprecias!

Acaso, ¡oh maestro del ritmo!, medites
lo inútil del triste llorar del poeta.
Acaso tus hojas, manchadas de luna,
pierdan la ilusión de la primavera.

La dulzura tenue del anochecer,
cual negro rocío, tapizó la senda,
teniendo de inmenso dosel a la noche,
que venía grave, preñada de estrellas.

Ritmo de otoño

1920
A Manuel Ángeles

Amargura dorada en el paisaje.
El corazón escucha.

En la tristeza húmeda el viento dijo:
-Yo soy todo de estrellas derretidas,
sangre del infinito.
Con mi roce descubro los colores
de los fondos dormidos.
Voy herido de místicas miradas,
yo llevo los suspiros
en burbujas de sangre invisibles
hacia el sereno triunfo
del amor inmortal lleno de Noche.
Me conocen los niños,
y me cuajo en tristezas.
Sobre cuentos de reinas y castillos,
soy copa de luz. Soy incensario

de cantos desprendidos
que cayeron envueltos en azules
transparencias de ritmo.
En mi alma perdiéronse solemnes
carne y alma de Cristo,
y finjo la tristeza de la tarde
melancólico y frío.
Soy la eterna harmonía de la Tierra.
El bosque innumerable.

Llevo las carabelas de los sueños
a lo desconocido.
Y tengo la amargura solitaria
de no saber mi fin ni mi destino.

Las palabras del viento eran suaves
con hondura de lirios.
Mi corazón durmiose en la tristeza
del crepúsculo.

Sobre la parda tierra de la estepa
los gusanos dijeron sus delirios.
-Soportamos tristezas
al borde del camino.
Sabemos de las flores de los bosques,
del canto monocorde de los grillos,
de la lira sin cuerdas que pulsamos,
del oculto sendero que seguimos.
Nuestro ideal no llega a las estrellas,
es sereno, sencillo:
quisiéramos hacer miel, como abejas,
o tener dulce voz o fuerte grito,
o fácil caminar sobre las hierbas,
o senos donde mamen nuestros hijos.

Dichosos los que nacen mariposas
o tienen luz de luna en su vestido.
¡Dichosos los que cortan la rosa
y recogen el trigo!
¡Dichosos los que dudan de la muerte

teniendo Paraíso,
y el aire que recorre lo que quiere
seguro de infinito!
Dichosos los gloriosos y los fuertes,
los que jamás fueron compadecidos,
los que bendijo y sonrió triunfante
el hermano Francisco.
Pasamos mucha pena
cruzando los caminos.
Quisiéramos saber lo que nos hablan
los álamos del río.

Y en la muda tristeza de la tarde
respondioles el polvo del camino:
-Dichosos, ¡oh gusanos!, que tenéis
justa conciencia de vosotros mismos,
y formas y pasiones,
y hogares encendidos.
Yo en el sol me disuelvo
siguiendo al peregrino,
y cuando pienso ya en la luz quedarme,
caigo al suelo dormido.

Los gusanos lloraron, y los árboles,
moviendo sus cabezas pensativos,
dijeron: El azul es imposible.
Creíamos alcanzarlo cuando niños,
y quisiéramos ser como las águilas
ahora que estamos por el rayo heridos.
De las águilas es todo el azul.
Y el águila a lo lejos:
-¡No, no es mío!
Porque el azul lo tienen las estrellas
entre sus claros brillos.
Las estrellas: Tampoco lo tenemos:
está entre nosotras escondido.
Y la negra distancia: El azul
lo tiene la esperanza en su recinto.
Y la esperanza dice quedamente
desde el reino sombrío:

-Vosotros me inventasteis corazones,
Y el corazón:
-¡Dios mío!

El otoño ha dejado ya sin hojas
los álamos del río.
El agua ha adormecido en plata vieja
al polvo del camino.
Los gusanos se hunden soñolientos
en sus hogares fríos.
El águila se pierde en la montaña;
el viento dice: -Soy eterno ritmo.
Se oyen las nanas a las cunas pobres,
y el llanto del rebaño en el aprisco.

La mojada tristeza del paisaje
enseña como un lirio
las arrugas severas que dejaron
los ojos pensadores de los siglos.

Y mientras que descansan las estrellas
sobre el azul dormido,
mi corazón ve su ideal lejano
y pregunta:
-¡Dios mío!
Pero, Dios mío, ¿a quién?
¿Quién es Dios mío?
¿Por qué nuestra esperanza se adormece
y sentimos el fracaso lírico
y los ojos se cierran comprendiendo
todo el azul?

Sobre el paisaje viejo y el hogar humeante
quiero lanzar mi grito,
sollozando de mí como el gusano
deplora su destino.
Pidiendo lo del hombre, Amor inmenso
y azul como los álamos del río.
Azul de corazones y de fuerza,
el azul de mí mismo,

que me ponga en las manos la gran llave
que fuerce al infinito.
Sin terror y sin miedo ante la muerte,
escarchado de amor y de lirismo,
aunque me hiera el rayo como al árbol
y me quede sin hojas y sin grito.

Ahora tengo en la frente rosas blancas
y la copa rebosando vino.

Aire nocturno

1919

Tengo mucho miedo
de las hojas muertas,
miedo de los prados
llenos de rocío.
Yo voy a dormirme;
si no me despiertas,
dejaré a tu lado mi corazón frió.

¿Qué es eso que suena
muy lejos?
Amor. El viento en las vidrieras,
¡amor mío!

Te puse collares
con gemas de aurora.
¿Por qué me abandonas
en este camino?
Si te vas muy lejos,
mi pájaro llora
y la verde viña
no dará su vino.

¿Qué es eso que suena
muy lejos?

Amor. El viento en las vidrieras,
¡amor mío!

Tú no sabrás nunca,
esfinge de nieve,
lo mucho que yo
te hubiera querido
esas madrugadas
cuando tanto llueve
y en la rama seca
se deshace el nido.

¿Qué es eso que suena
muy lejos?
Amor.
El viento en las vidrieras,
¡amor mío!

Nido

1919

¿Qué es lo que guardo en estos
momentos de tristeza?
¡Ay, quién tala mis bosques
dorados y floridos!
¿Qué leo en el espejo
de plata conmovida
que la aurora me ofrece
sobre el agua del río?
¿Qué gran olmo de idea
se ha tronchado en mi bosque?
¿Qué lluvia de silencio
me deja estremecido?
Si a mi amor dejé muerto
en la ribera triste,
¿qué zarzales me ocultan
algo recién nacido?

Otra canción

1919
(**Otoño**)

¡El sueño se deshizo para siempre!

En la tarde lluviosa
mi corazón aprende
la tragedia otoñal
que los árboles llueven.

Y en la dulce tristeza
del paisaje que muere
mis voces se quebraron.
El sueño se deshizo para siempre.
¡Para siempre! ¡Dios mío!
Va cayendo la nieve
en el campo desierto
de mi vida,
y teme
la ilusión, que va lejos,
de helarse o de perderse.

¡Cómo me dice el agua
que el sueño se deshizo para siempre!
¡El sueño es infinito!
La niebla lo sostiene,
y la niebla es tan sólo
cansancio de la nieve.

Mi ritmo va contando
que el sueño se deshizo para siempre.
Y en la tarde brumosa
mi corazón aprende
la tragedia otoñal

que los árboles llueven.



"Autorretrato con animal fabuloso en negro".
1929–30. Fundación Federico García Lorca

El macho cabrío

1919

El rebaño de cabras ha pasado
junto al agua del río.
En la tarde de rosa y de zafiro,
llena de paz romántica,

yo miro
el gran macho cabrío.

¡Salve, demonio mudo!
Eres el más
intenso animal.
Místico eterno
del infierno
carnal...

¡Cuántos encantos
tiene tu barba,
tu frente ancha,
rudo Don Juan!
¡Qué gran acento el de tu mirada
mefistofélica
y pasional!

Vas por los campos
con tu manada,
hecho un eunuco
¡siendo un sultán!
Tu sed de sexo
nunca se apaga;
¡bien aprendiste
del padre Pan!

La cabra
lenta te va siguiendo,
enamorada con humildad;
mas tus pasiones son insaciables;
Grecia vieja
te comprenderá.

¡Oh ser de hondas leyendas santas
de ascetas flacos y Satanás,
con piedras negras y cruces toscas,
con fieras mansas y cuevas hondas,
donde te vieron entre la sombra
soplar la llama

de lo sexual!

¡Machos cornudos
de bravas barbas!
¡Resumen negro a lo medieval!

Nacisteis junto con Filomnedes
entre la espuma casta del mar,
y vuestras bocas
la acariciaron
bajo el asombro del mundo astral.

Sois de los bosques llenos de rosas
donde la luz es huracán;
sois de los prados de Anacreonte,
llenos con sangre de lo inmortal.

¡Machos cabríos!
Sois metamorfosis
de viejos sátiros
perdidos ya.
Vais derramando lujuria virgen
como no tuvo otro animal.

¡Iluminados del Mediodía!
Pararse en firme
para escuchar
que desde el fondo de las campiñas
el gallo os dice:
¡Salud!, al pasar.



ANIMAL FABULOSO DIRIGIÉNDOSE A
UNA CASA, hacia 1929-1930. 367 x 296 mm.
Tinta china y lápices de color sobre papel.
Col. Gloria García-Lorca de los Ríos, Madrid.

POEMA DEL CANTE JONDO

Baladilla de los tres ríos

A Salvador Quintero

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

¡Ay, amor,
que se fue y no vino!

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre.

¡Ay, amor,
que se fue por el aire!

Para los barcos de vela,
Sevilla tiene un camino;

por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

¡Ay, amor,
que se fue y no vino!

Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.
Dauro y Genil, torrecillas
muertas sobre los estanques.

¡Ay, amor,
que se fue por el aire!

¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!

¡Ay, amor,
que se fue y no vino!

Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.

¡Ay, amor,
que se fue por el aire!

Poema de la seguiriya gitana.

A Carlos Morla Vicuña

Paisaje.

El campo
de olivos
se abre y se cierra
como un abanico.
Sobre el olivar

hay un cielo hundido
y una lluvia oscura
de luceros fríos.
Tiembla junco y penumbra
a la orilla del río.
Se riza el aire gris.
Los olivos
están cargados
de gritos.
Una bandada
de pájaros cautivos,
que mueven sus larguísimas
colas en lo sombrío.



GUITARRA, 1927.
Tinta y lápices de color sobre papel. 146 x 110 mm
Colección Fundación Gregorio Prieto,
Valdepeñas.

LA GUITARRA.

Empieza el llanto
de la guitarra.
Se rompen las copas
de la madrugada.
Empieza el llanto
de la guitarra.
Es inútil callarla.
Es imposible
callarla.
Llora monótona
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada
Es imposible
callarla,
Llora por cosas
lejanas.
Arena del Sur caliente
que pide camelias blancas.
Llora flecha sin blanco,
la tarde sin mañana,
y el primer pájaro muerto
sobre la rama
¡Oh guitarra!
Corazón malherido
por cinco espadas

EL GRITO.

La elipse de un grito,
va de monte
a monte.

Desde los olivos,
será un arco iris negro
sobre la noche azul.

¡Ay!

Como un arco de viola,
el grito ha hecho vibrar
largas cuerdas del viento.

¡Ay!

(Las gentes de las cuevas
asoman sus velones)

¡Ay!

EL SILENCIO.

Oye, hijo mío, el silencio.
Es un silencio ondulado,
un silencio,
donde resbalan valles y ecos
y que inclinan las frentes
hacia el suelo.

EL PASO DE LA SEGUIRIYA.

Entre mariposas negras,
va una muchacha morena
junto a una blanca serpiente
de niebla.

Tierra de luz,
cielo de tierra.

Va encadenada al temblor
de un ritmo que nunca llega;
tiene el corazón de plata
y un puñal en la diestra.

¿Adónde vas, siguiriya
con un ritmo sin cabeza?
¿Qué luna recogerá
tu dolor de cal y adelfa?

Tierra de luz,
cielo de tierra.

DESPUÉS DE PASAR.

Los niños miran
un punto lejano.

Los candiles se apagan.
Unas muchachas ciegas
preguntan a la luna,
y por el aire ascienden
espirales de llanto.

Las montañas miran
un punto lejano

Y DESPUÉS.

Los laberintos
que crea el tiempo
se desvanecen.

(Sólo queda
el desierto)

El corazón
fuente del deseo,
se desvanece.

(Sólo queda
el desierto)

La ilusión de la aurora
y los besos
se desvanecen.

Sólo queda
el desierto.

Un ondulado
desierto.

Poema de la soleá

A Jorge Zalamea

TIERRA SECA

Tierra seca,
tierra quieta
de noches
inmensas.

(Viento en el olivar,
viento en la sierra.)

Tierra
vieja
del candil
y la pena.
Tierra
de las hondas cisternas.
Tierra
de la muerte sin ojos
y las flechas.

(Viento por los caminos.
Brisa en las alamedas.)

PUEBLO

Sobre el monte pelado,
un calvario.
Agua clara
y olivos centenarios.
Por las callejas

hombres embozados,
y en las torres
veletas girando.
Eternamente
girando.
¡Oh, pueblo perdido,
en la Andalucía del llanto!

PUÑAL

El puñal
entra en el corazón,
como la reja del arado
en el yermo.

No.
No me lo claves.
No.

El puñal,
como un rayo de sol,
incendia las terribles
hondonadas.

No.
No me lo claves.
No.

ENCRUCIJADA

Viento del Este;
un farol
y el puñal
en el corazón.
La calle
tiene un temblor
de cuerda
en tensión,
un temblor
de enorme moscardón.

Por todas partes
yo
veo el puñal
en el corazón.

¡AY!

El grito deja en el viento
una sombra de ciprés.

(Dejadme en este campo,
llorando.)

Todo se ha roto en el mundo.
No queda más que el silencio.

(Dejadme en este campo,
llorando.)

El horizonte sin luz
está mordido de hogueras.

(Ya os he dicho que me dejéis
en este campo,
llorando.)

SORPRESA

Muerto se quedó en la calle
con un puñal en el pecho.
No lo conocía nadie.
¡Cómo temblaba el farol!
Madre.
¡Cómo temblaba el farolito
de la calle!
Era madrugada. Nadie
pudo asomarse a sus ojos
abierto al duro aire.
Que muerto se quedó en la calle
que con un puñal en el pecho

y que no lo conocía nadie.

LA SOLEÁ

Vestidas con mantos negros
piensa que el mundo es chiquito
y el corazón es inmenso.

Vestida con mantos negros.

Piensa que el suspiro tierno
y el grito, desaparecen
en la corriente del viento.

Vestida con mantos negros.

Se dejó el balcón abierto
y el alba por el balcón
desembocó todo el cielo.

¡Ay yayayayay,
que vestida con mantos negros!

CUEVA

De la cueva salen
largos sollozos.

(Lo cárdeno
sobre el rojo).

El gitano evoca
países remotos.

(Torres altas y hombres
misteriosos)

En la voz entrecortada
van sus ojos.

(Lo negro
sobre el rojo).

Y la cueva encalada
tiembla en el oro.

(Lo blanco
sobre el rojo).

ENCUENTRO

Ni tú ni yo estamos
en disposición
de encontrarnos.
Tú... por lo que ya sabes.
¡Yo la he querido tanto!
Sigue esa veredita.
En las manos
tengo los agujeros
de los clavos.
¿No ves cómo me estoy
desangrando?
No mires nunca atrás,
vete despacio
y reza como yo
a San Cayetano,
que ni tú ni yo estamos
en disposición
de encontrarnos.

ALBA

Campanas de Córdoba
en la madrugada.
Campanas de amanecer
en Granada.
Os sienten todas las muchachas
que lloran a la tierna
soleá enlutada.
Las muchachas

de Andalucía la alta
y la baja.
Las niñas de España
de pie menudo
y temblorosas faldas,
que han llenado de luces
las encrucijadas.
¡Oh, campanas de Córdoba
en la madrugada.
y oh, campanas de amanecer
en Granada!

Poema de la saeta

A Francisco Iglesias

ARQUEROS

Los arqueros oscuros
a Sevilla se acercan.

Guadalquivir abierto.

Anchos sombrero grises,
largas capas lentas.

¡Ay, Guadalquivir!

Vienen de los remotos
países de la pena.

Guadalquivir abierto.

Y van a un laberinto.
Amor, cristal y piedra.

¡Ay, Guadalquivir!

NOCHE

Cirio, candil,
farol y luciérnaga.

La constelación
de la saeta.

Ventanitas de oro
tiemblan,
y en la aurora se mecen
cruces superpuestas.

Cirio, candil,
farol y luciérnaga.

SEVILLA

Sevilla es una torre
llena de arqueros finos.

Sevilla para herir.
Córdoba para morir.

Una ciudad que acecha
largos ritmos,
y los enrosca
como laberintos.
Como tallos de parra
encendidos.

Sevilla para herir.

Bajo el arco del cielo,
sobre su llano limpio,
dispara la constante
saeta de su río.

Córdoba para morir.

Y loca de horizonte
mezcla en su vino,
lo amargo de don Juan
y lo perfecto de Dionisio.

Sevilla para herir.
¡Siempre Sevilla para herir!

PROCESIÓN

Por la calleja vienen
extraños unicornios.
¿De qué campo,
de qué bosque mitológico?
Más cerca,
ya parecen astrónomos.
Fantásticos Merlines
y el Ecce Homo,
Durandarte encantado.
Orlando furioso.

PASO

Virgen con miriñaque,
virgen de la Soledad,
abierta como un inmenso
tulipán.
En tu barco de luces
vas
por la alta marea
de la ciudad,
entre saetas turbias
y estrellas de cristal.
Virgen con miriñaque
tú vas
por el río de la calle,
!hasta el mar!

SAETA

Cristo moreno
pasa
de lirio de Judea
a clavel de España.

¡Miradlo, por dónde viene!

De España.
Cielo limpio y oscuro,
tierra tostada,
y cauces donde corre
muy lenta el agua.
Cristo moreno,
con las guedejas quemadas,
los pómulos salientes
y las pupilas blancas.

¡Miradlo, por dónde va!

BALCÓN

La Lola
canta saetas.
Los toreritos
la rodean,
y el barberillo
desde su puerta,
sigue los ritmos
con la cabeza.
Entre la albahaca
y la hierbabuena,
la Lola canta
saetas.
La Lola aquella,
que se miraba
tanto en la alberca.

MADRUGADA

Pero como el amor
los saeteros
están ciegos.

Sobre la noche verde,
las saetas,
dejan rastros de lirio
caliente.

La quilla de la luna
rompe nubes moradas
y las aljabas
se llenan de rocío.

¡Ay, pero como el amor
los saeteros
están ciegos!

Gráfico de la Petenera

A Eugenio Montes

Campana
Bordón

En la torre
amarilla,
dobla una campana.

Sobre el viento
amarillo,
se abren las campanadas.

En la torre
amarilla,
cesa la campana.

El viento con el polvo,
hace proras de plata.

CAMINO

Cien jinetes enlutados,
¿dónde irán,
por el cielo yacente
del naranjal?
Ni a Córdoba ni a Sevilla
llegarán.
Ni a Granada la que suspira
por el mar.
Esos caballos soñolientos
los llevarán,
al laberinto de las cruces
donde tiembla el cantar.
Con siete ayes clavados,
¿dónde irán,
los cien jinetes andaluces
del naranjal?

LAS SEIS CUERDAS

La guitarra,
hace llorar a los sueños.
El sollozo de las almas
perdidas,
se escapa por su boca
redonda.
Y como la tarántula
teje una gran estrella
para cazar suspiros,
que flotan en su negro
aljibe de madera.

DANZA
En el huerto de la Petenera

En la noche del huerto

seis gitanas
vestidas de blanco
bailan.

En la noche del huerto,
coronadas
con rosas de papel
y biznagas.

En la noche del huerto
sus dientes de nácar,
escriben la sombra
quemada.

Y en la noche del huerto
sus sombras se alargan,
y llegan hasta el cielo
moradas.

MUERTE DE LA PETENERA

En la casa blanca muere
la perdición de los hombres.

Cien jacas caracolean.
Sus jinetes están muertos.

Bajo las estremecidas
estrellas de los velones,
su falda de moaré tiembla
entre sus muslos de cobre.

Cien jacas caracolean.
Sus jinetes están muertos.

Largas sombras afiladas
vienen del turbio horizonte,
y el bordón de una guitarra
se rompe.

Cien jacas caracolean.
Sus jinetes están muertos.

FALSETA

¡Ay, petenera gitana!
¡Yayay petenera!
Tu entierro no tuvo niñas
buenas.
Niñas que le dan a Cristo muerto
sus guedejas,
y llevan blancas mantillas
en las ferias.
Tu entierro fue de gente
siniestra.
Gente con el corazón
en la cabeza,
que te siguió llorando
por las callejas.
¡Ay, petenera gitana!
¡Yayay petenera!

DE "PROFUNDIS"

Los cien enamorados
duermen para siempre
bajo la tierra seca.
Andalucía tiene
largos caminos rojos.
Córdoba, olivos verdes
donde poner cien cruces,
que los recuerden.
Los cien enamorados
duermen para siempre.

CLAMOR

En las torres
amarillas,
doblan las campanas.

Sobre los vientos
amarillos,
se abren las campanadas.

Por un camino va
la muerte, coronada,
de azahares marchitos.
Canta y canta
una canción
en su vihuela blanca,
y canta y canta y canta.

En las torres amarillas,
cesan las campanas.

El viento con el polvo,
hace proras de plata.

Dos muchachas

A Máximo Quijano

LA LOLA

Bajo el naranjo lava
pañales de algodón.
Tiene verdes los ojos
y violeta la voz.

¡Ay, amor,
bajo el naranjo en flor!

El agua de la acequia
iba llena de sol,
en el olivarito
cantaba un gorrión.

¡Ay, amor,
bajo el naranjo en flor!

Luego, cuando la Lola
gaste todo el jabón,
vendrán los torerillos.

¡Ay, amor,
bajo el naranjo en flor!

AMPARO

Amparo,
¡qué sola estás en tu casa
vestida de blanco!

(Ecuador entre el jazmín
y el nardo.)

Oyes los maravillosos
surtidores de tu patio,
y el débil trino amarillo
del canario.

Por la tarde ves temblar
los cipreses con los pájaros,
mientras bordas lentamente
letras sobre el cañamazo.

Amparo,
¡qué sola estás en tu casa
vestida de blanco!

Amparo,
¡y qué difícil decirte:
yo te amo!

Viñetas flamencas

A Manuel Torres
"**Niño de Jerez**"
que tiene tronco de faraón

RETRATO DE SILVERIO FRANCONETI

Entre italiano
y flamenco,
¿cómo cantaría
aquel Silverio?
La densa miel de Italia
con el limón nuestro,
iba en el hondo llanto
del siguiriyero.
Su grito fue terrible.
Los viejos
dicen que se erizaban
los cabellos,
y se abría el azogue
de los espejos.
Pasaba por los tonos
sin romperlos.
Y fue un creador
y un jardinero.
Un creador de glorietas
para el silencio.
Ahora su melodía
duerme con los ecos.
Definitiva y pura
¡Con los últimos ecos!

JUAN BREVA

Juan Breva tenía
cuerpo de gigante
y voz de niña.
Nada como su trino.

Era la misma
pena cantando
detrás de una sonrisa.
Evoca los limonares
de Málaga la dormida,
y hay en su llanto dejos
de sal marina.
Como Homero cantó
ciego. Su voz tenía,
algo de mar sin luz
y naranja exprimida.

CAFÉ CANTANTE

Lámparas de cristal
y espejos verdes.

Sobre el tablado oscuro,
la Parrala sostiene
una conversación
con la muerte.
La llama
no viene,
y la vuelve a llamar.
Las gentes
aspiran los sollozos.
Y en los espejos verdes,
largas colas de seda
se mueven.

LAMENTACIÓN DE LA MUERTE
A Miguel Benítez

Sobre el cielo negro,
culebrinas amarillas.

Vine a este mundo con ojos
y me voy sin ellos.
¡Señor del mayor dolor!
Y luego,

un velón y una manta
en el suelo.

Quise llegar a donde
llegaron los buenos.
¡Y he llegado, Dios mío!...
Pero luego,
un velón y una manta
en el suelo.

Limoncito amarillo,
limonero.
Echad los limoncitos
al viento.
¡Ya lo sabéis!... Porque luego,
luego,
un velón y una manta
en el suelo.

Sobre el cielo negro,
culebrinas amarillas.

CONJURO

La mano crispada
como una Medusa
ciega el ojo doliente
del candil.

As de bastos.
Tijeras en cruz.

Sobre el humo blanco
del incienso, tiene
algo de topo y
mariposa indecisa.

As de bastos.
Tijeras en cruz.

Aprieta un corazón
invisible, ¿la veis?
Un corazón
reflejado en el viento.

As de bastos.
Tijeras en cruz.

MEMENTO

Cuando yo me muera
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

Cuando yo me muera,
entre los naranjos
y la hierbabuena.

Cuando yo me muera,
enterradme, si queréis,
en una veleta.

¡Cuando yo me muera!

Tres ciudades

A Pilar Zubiaurre

MALAGUEÑA

La muerte
entra y sale
de la taberna.

Pasan caballos negros
y gente siniestra
por los hondos caminos

de la guitarra.

Y hay un olor a sal
y a sangre de hembra,
en los nardos febriles
de la marina.

La muerte
entra y sale
y sale y entra
la muerte
de la taberna.

BARRIO DE CÓRDOBA
Tópico nocturno

En la casa se defienden
de las estrellas.
La noche se derrumba.
Dentro hay una niña muerta
con una rosa encarnada
oculta en la cabellera.
Seis ruiseñores la lloran
en la reja.

Las gentes van suspirando
con las guitarras abiertas.

BAILE

La Carmen está bailando
por las calles de Sevilla.
Tiene blancos los cabellos
y brillantes las pupilas.

¡Niñas,
corred las cortinas!

En su cabeza se enrosca
una serpiente amarilla,

y va soñando en el baile
con galanes de otros días.

¡Niñas,
corred las cortinas!

Las calles están desiertas
y en los fondos se adivinan,
corazones andaluces
buscando viejas espinas.

¡Niñas,
corred las cortinas!

Seis caprichos

A Regino Sainz de la Maza

Adivinanza de la guitarra

En la redonda
encrucijada,
seis doncellas
bailan.
Tres de carne
y tres de plata.
Los sueños de ayer las buscan
pero las tiene abrazadas,
un Polifemo de oro.
¡La guitarra!

CANDIL

¡Oh, qué grave medita
la llama del candil!

Como un faquir indio

mira su entraña de oro
y se eclipsa soñando
atmósferas sin viento.

Cigüeña incandescente
pica desde su nido
a las sombras macizas,
y se asoma temblando
a los ojos redondos
del gitanillo muerto.

CRÓTALO

Crótalo.
Crótalo.
Crótalo.
Escarabajo sonoro.

En la araña
de la mano
rizas el aire
cálido,
y te ahogas en tu trino
de palo.

Crótalo.
Crótalo.
Crótalo.
Escarabajo sonoro.

CHUMBERA

Laoconte salvaje.

¡Qué bien estás
bajo la media luna!

Múltiple pelotari.

¡Qué bien estás

amenazando al viento!

Dafne y Atis,
saben de tu dolor.
Inexplicable.

PITA

Pulpo petrificado.

Pones cinchas cenicientas
al vientre de los montes,
y muelas formidables
a los desfiladeros.

Pulpo petrificado.

CRUZ

La cruz.
(Punto final
del camino)
Se mira en la acequia.
(Puntos suspensivos.)

Escena del teniente coronel de la Guardia Civil

CUARTO DE BANDERAS

Teniente coronel. Yo soy el teniente coronel de la Guardia Civil.

Sargento. Sí

Teniente coronel. Y no hay quien me desmienta.

Sargento. No

Teniente coronel. Tengo tres estrellas y veinte cruces.

Sargento. Sí.

Teniente coronel. Me ha saludado el cardenal arzobispo de Toledo con sus veinticuatro borlas moradas.

Sargento. Sí.

Teniente coronel. Yo soy el teniente. Yo soy el teniente. Yo soy el teniente coronel de la Guardia Civil.

(*Romeo y Julieta, celeste, blanco y oro, se abrazan sobre el jardín de tabaco de la caja de puros. El militar acaricia el cañón de un fusil lleno de sombra submarina*.

Una voz (*fuera*)

Luna, luna, luna, luna,
del tiempo de la aceituna.
Cazorla enseña su torre
y Benamejí la oculta.

Luna, luna, luna, luna.
Un gallo canta en la luna.
Señor alcalde, sus niñas
están mirando a la luna.

Teniente coronel.¿Qué pasa?

Sargento. Un gitano.

(*La mirada de mulo joven del gitanillo ensombrece y agiganta los ojirris del teniente coronel de la Guardia Civil*)

Teniente coronel. Yo soy el teniente coronel de la Guardia Civil.

Sargento. Sí.

Teniente coronel. ¿Tú, quién eres?

Gitano Un gitano.

Teniente coronel. ¿Y qué es un gitano?

Gitano Cualquier cosa.

Teniente coronel. ¿Cómo te llamas?

Gitano Eso.

Teniente coronel.¿Qué dices?

Gitano Gitano.

Sargento. Me lo encontré y lo he traido.

Teniente coronel. ¿Dónde estabas?

Gitano En la puente de los ríos.

Teniente coronel. Pero, ¿de qué ríos?

Gitano De todos los ríos.

Teniente coronel. ¿Y qué hacías allí?

Gitano Una torre de canela

Teniente coronel.¡Sargento!

Sargento. A la orden, mi teniente coronel de la Guardia Civil.

Gitano He inventado unas alas para volar, y vuelo. Azufre y rosas en mis

labios.

Teniente coronel.¡Ay!

Gitano Aunque no necesito alas, porque vuelo sin ellas. Nubes y anillos en mi sangre.

Teniente coronel.¡Ayy!

Gitano En enero tengo azahar.

Teniente coronel. ¡Ayyyyy!(Retorciéndose)

Gitano Y naranjas en la nieve.

Teniente coronel. ¡Ayyyy, pun, pin, pam!!! (Cae muerto).

(*El alma de tabaco y café con leche del teniente coronel de la Guardia Civil sale por la ventana*)

Sargento. ¡Socorro!

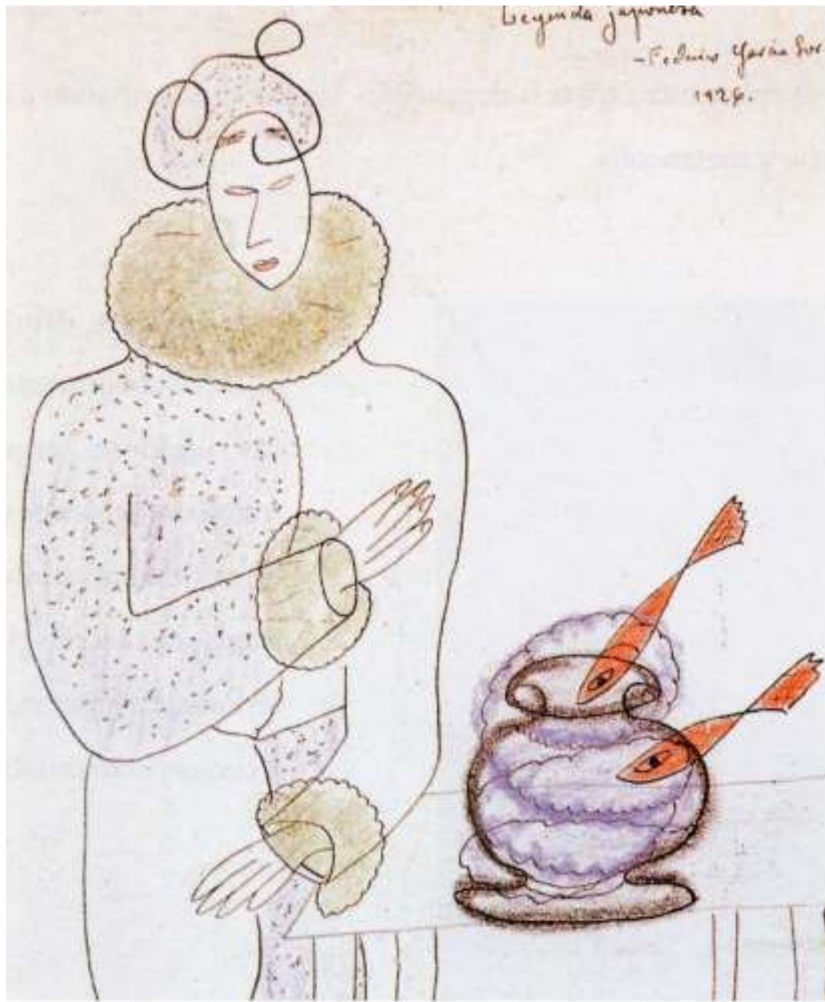
(*En el patio del cuartel, cuatro guardias civiles apalean al gitanillo*)

CANCIÓN DEL GITANO APALEADO

Veinticuatro bofetadas.
Veinticinco bofetadas;
después, mi madre, a la noche,
me pondrá en papel de plata.

Guardia civil caminera,
dadme unos sorbitos de agua.
Agua con peces y barcos.
Agua, agua, agua, agua.

¡Ay, mandor de los civiles
que estás arriba en tu sala!
¡No habrá pañuelos de seda
para limpiarme la cara!



LEYENDA JAPONESA, 1926.
Tinta y lápices de color. 163 x 155 mm.
Colección Manuel de la Higuera. Granada.

Diálogo del Amargo

CAMPO
Una voz. Amargo.
Las adelfas de mi patio.
Corazón de almendra amarga.
Amargo.
(*Llegan tres jóvenes con anchos sombreros*)

Joven 1. Vamos a llegar tarde.

Joven 2. La noche se nos echa encima

Joven 1. ¿Y ése?

Joven 2. Viene detrás.

Joven 1. (*En alta voz.*) ¡Amargo!

Amargo. (*Lejos.*) Ya voy.

Joven 2. *(A voces.)* ¡Amargo!

Amargo. (*Con calma.*) ¡Ya voy!

(*Pausa.*)

Joven 1. ¡Qué hermosos olivares!

Joven 2. Sí.

(*Largo silencio.*)

Joven 1. No me gusta andar de noche.

Joven 2. Ni a mí tampoco.

Joven 1. La noche se hizo para dormir.

Joven 2. Es verdad.

(*Ranas y grillos hacen la glorieta del estío andaluz. El Amargo camina con las manos en la cintura.*)

Amargo. Ay yayayay.

Yo le pregunté a la muerte.

Ay yayayay.

(*El grito de su canto pone un acento circunflejo sobre el corazón de los que le han oído.*)

Joven 1. (*Desde muy lejos.*) ¡Amargo!

Joven 2. *(Casi perdido.)* ¡Amargooo!

(*Silencio.*)

(*El Amargo está solo en medio de la carretera. Entorna sus grandes ojos verdes y se ciñe la chaqueta de pana alrededor del talle. Altas montañas le rodean. Su gran reloj de plata le suena oscuramente en el bolsillo a cada paso.*)

(*Un Jinete viene galopando por la carretera.*)

Jinete. (*Parando el caballo*) ¡Buenas noches!

Amargo. A la paz de Dios.

Jinete. ¿Va usted a Granada?

Amargo. A Granada voy.

Jinete. Pues vamos juntos.

Amargo. Eso parece.

Jinete. ¿Por qué no monta en la grupa?

Amargo. Porque no me duelen los pies.

Jinete. Yo vengo de Málaga.

Amargo. Bueno.

Jinete. Allí están mis hermanos.
Amargo. *(Displicente.)* ¿Cuántos?
Jinete. Son tres. Venden cuchillos. Ese es el negocio.
Amargo. De salud les sirva.
Jinete. De plata y de oro.
Amargo. Un cuchillo no tiene que ser más que cuchillo.
Jinete. Se equivoca.
Amargo. Gracias.
Jinete. Los cuchillos de oro se van solos al corazón. Los de plata cortan el cuello como una brizna de hierba.
Amargo. ¿No sirven para partir el pan?
Jinete. Los hombres parten el pan con las manos.
Amargo. ¡Es verdad!
(*El caballo se inquieta.*)
Jinete. ¡Caballo!
Amargo. Es la noche.
(*El camino ondulante salomoniza la sombra del animal*)
Jinete. ¿Quieres un cuchillo?
Amargo.No
Jinete. Mira que te lo regalo.
Amargo. Pero yo no lo acepto.
Jinete. No tendrás otra ocasión.
Amargo. ¿Quién sabe?
Jinete. Los otros cuchillos no sirven. Los otros cuchillos son blandos y se asustan de la sangre. Los que nosotros vendemos son fríos. ¿Entiendes? Entran buscando el sitio de más calor, y allí se paran.
(*El Amargo se calla. Su mano derecha se le enfría como si agarrase un pedazo de oro.*)
Jinete. ¡Qué hermoso cuchillo!
Amargo. ¿Vale mucho?
Jinete. Pero ¿no quieres éste?
(*Saca un cuchillo de oro. La punta brilla como una llama de candil.*)
Amargo. He dicho que no.
Jinete. ¡Muchacho, súbete conmigo!
Amargo. Todavía no estoy cansado.
(*El caballo se vuelve a espantar.*)
Jinete. (*Tirando de las bridas.*) Pero ¡qué caballo este!
Amargo. Es lo oscuro.
(*Pausa.*)
Jinete. Como te iba diciendo, en Málaga están mis tres hermanos. ¡Qué

manera de vender cuchillos! En la catedral compraron dos mil para adornar todos los altares y poner una corona a la torre. Muchos barcos escribieron en ellos sus nombres; los pescadores más humildes de la orilla del mar se alumbran de noche con el brillo que despiden sus hojas afiladas.

Amargo. ¡Es una hermosura!

Jinete. ¿Quién lo puede negar?

(*La noche se espesa como un vino de cien años. La serpiente gorda del Sur abre sus ojos en la madrugada, y hay en los durmientes un deseo infinito de arrojarse por el balcón a la magia perversa del perfume y la lejanía.*)

Amargo. Me parece que hemos perdido el camino.

Jinete. (*Parando el caballo.*) ¿Sí?

Amargo. Con la conversación.

Jinete. ¿No son aquellas las luces de Granada?

Amargo.No sé. El mundo es muy grande.

Jinete. Y muy solo.

Amargo. Como que está deshabitado.

Jinete. Tú lo estás diciendo.

Amargo. ¡Me da una desesperanza! ¡Ay yayayay!

Jinete. Porque llegas allí. ¿Qué haces?

Amargo.¿Qué hago?

Jinete. Y si te estás en tu sitio, ¿para qué quieres estar?

Amargo. ¿Para qué?

Jinete. Yo monto este caballo y vendo cuchillos, pero si no lo hiciera, ¿qué pasaría?

Amargo. ¿Qué pasaría?

(*Pausa.*)

Jinete. Estamos llegando a Granada.

Amargo. ¿Es posible?

Jinete. Mira cómo relumbran los miradores.

Amargo. La encuentro cambiada.

Jinete. Es que estás cansado.

Amargo. Si, ciertamente.

Jinete. Ahora no te negarás a montar conmigo.

Amargo. Espera un poco.

Jinete. ¡Vamos, sube! Sube de prisa. Es necesario llegar antes de que amanezca... Y toma este cuchillo. ¡Te lo regalo!

Amargo. ¡Ay yayayay!

(*El jinete ayuda al Amargo. Los emprenden el camino de Granada. La sierra del fondo se cubre de cicutas y de ortigas*)

CANCIÓN DE LA MADRE DEL AMARGO

Lo llevan puesto en mi sábana
mis adelfas y mi palma.

Día veintisiete de agosto
con un cuchillito de oro.

La cruz. ¡Y vamos andando!
Era moreno y amargo.

Vecinas, dadme una jarra
de azófar con limonada.

La cruz. No llorad ninguna.
El Amargo está en la luna.

PRIMERAS CANCIONES

Remansos (*también incluido en Suites*)
Cuatro baladas amarillas (*también incluido en Suites*)
Palimpsestos (*también incluido en Suites*)
Adan (*también incluido en Otros Sonetos*)
Claro del reloj
Cautiva
Canción (*es texto de Casida IX*)

Remansos

Ciprés.
(Agua estancada)

Chopo.
(Agua cristalina)

Mimbre.
(Agua profunda)

Corazón.
(Agua de pupila)

REMANSILLO

Me miré en tus ojos
pensando en tu alma.

Adelfa blanca.

Me miré en tus ojos
pensando en tu boca.

Adelfa roja.

Me miré en tus ojos.
¡Pero estabas muerta!

Adelfa negra.

VARIACIÓN

El remanso del aire
bajo la rama del eco.

El remanso del agua
bajo fronda de luceros.

El remanso de tu boca
bajo espesura de besos.

REMANSO, CANCIÓN FINAL

Ya viene la noche.

Golpean rayos de luna
sobre el yunque de la tarde.

Ya viene la noche.

Un árbol grande se abriga
con palabras de cantares.

Ya viene la noche.

Si tú vinieras a verme
por los senderos del aire.

Ya viene la noche.

Me encontrarías llorando
bajo los álamos grandes.
¡Ay morena!
Bajo los álamos grandes.

MEDIA LUNA

La luna va por el agua.
¡Cómo está el cielo tranquilo!
Va segando lentamente
el temblor viejo del río
mientras que una rama joven
la toma por espejito.

Cuatro baladas amarillas

I

En lo alto de aquel monte
un arbolito verde.

Pastor que vas,
pastor que vienes.

Olivares soñolientos
bajan al llano caliente.

Pastor que vas,
pastor que vienes.

Ni ovejas blancas ni perro
ni cayado ni amor tienes.

Pastor que vas.

Como una sombra de oro,
en el trigal te disuelves.

Pastor que vienes.

II

La tierra estaba
amarilla.

Orillo, orillo,
pastorcillo.

Ni luna blanca
ni estrella lucían.

Orillo, orillo,
pastorcillo.

Vendimiadora morena
corta el llanto de la viña.

Orillo, orillo,
pastorcillo.

III

Dos bueyes rojos
en el campo de oro.

Los bueyes tienen ritmo
de campanas antiguas
y ojos de pájaro.
Son para las mañanas
de niebla, y sin embargo
horadan la naranja
del aire, en el verano.
Viejos desde que nacen
no tienen amo
y recuerdan las alas
de sus costados.
Los bueyes
siempre van suspirando
por los campos de Ruth
en busca del vado,
del eterno vado,
borrachos de luceros

a rumiarse sus llantos.

Dos bueyes rojos
en el campo de oro.

IV

Sobre el cielo
de las margaritas ando.

Yo la imagino esta tarde
que soy santo.
Me pusieron la luna
en las manos.
Yo la puse otra vez
en los espacios
y el Señor me premió
con la rosa y el halo.

Sobre el cielo
de las margaritas ando.

Y ahora voy
por este campo
a librar a las niñas
de galanes malos
y dar monedas de oro
a todos los muchachos.

Sobre el cielo
de las margaritas ando.

Palimpsestos

A José Moren Villa

I

CIUDAD

El bosque centenario
penetra en la ciudad,
pero el bosque está dentro
del mar.

Hay flechas en el aire
y guerreros que van
perdidos entre ramas
de coral.

Sobre las casas nuevas
se mueve un encinar
y tiene el cielo enormes
curvas de cristal.

II
CORREDOR

Por los altos corredores
se pasean dos señores.

(Cielo
nuevo.
¡Cielo
azul!)

...se pasean dos señores
que antes fueron blancos monjes.

(Cielo
medio.
¡Cielo
morado!)

...se pasean dos señores
que antes fueron cazadores.

(Cielo

viejo.
¡Cielo
de oro!)

...se pasean dos señores
que antes fueron..,
(Noche.)

III
PRIMERA PÁGINA

A Isabel Clara, mi ahijada.

Fuente clara.
Cielo claro.

¡Oh, cómo se agrandan
los pájaros!

Cielo claro.
Fuente clara.

¡Oh, cómo relumbran
las naranjas!

Fuente,
Cielo.

¡Oh, cómo el trigo
es tierno!

Cielo.
Fuente.

¡Oh, cómo el trigo
es verde!

Adan

Árbol de sangre moja la mañana
por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
y un gráfico de hueso en la ventana.

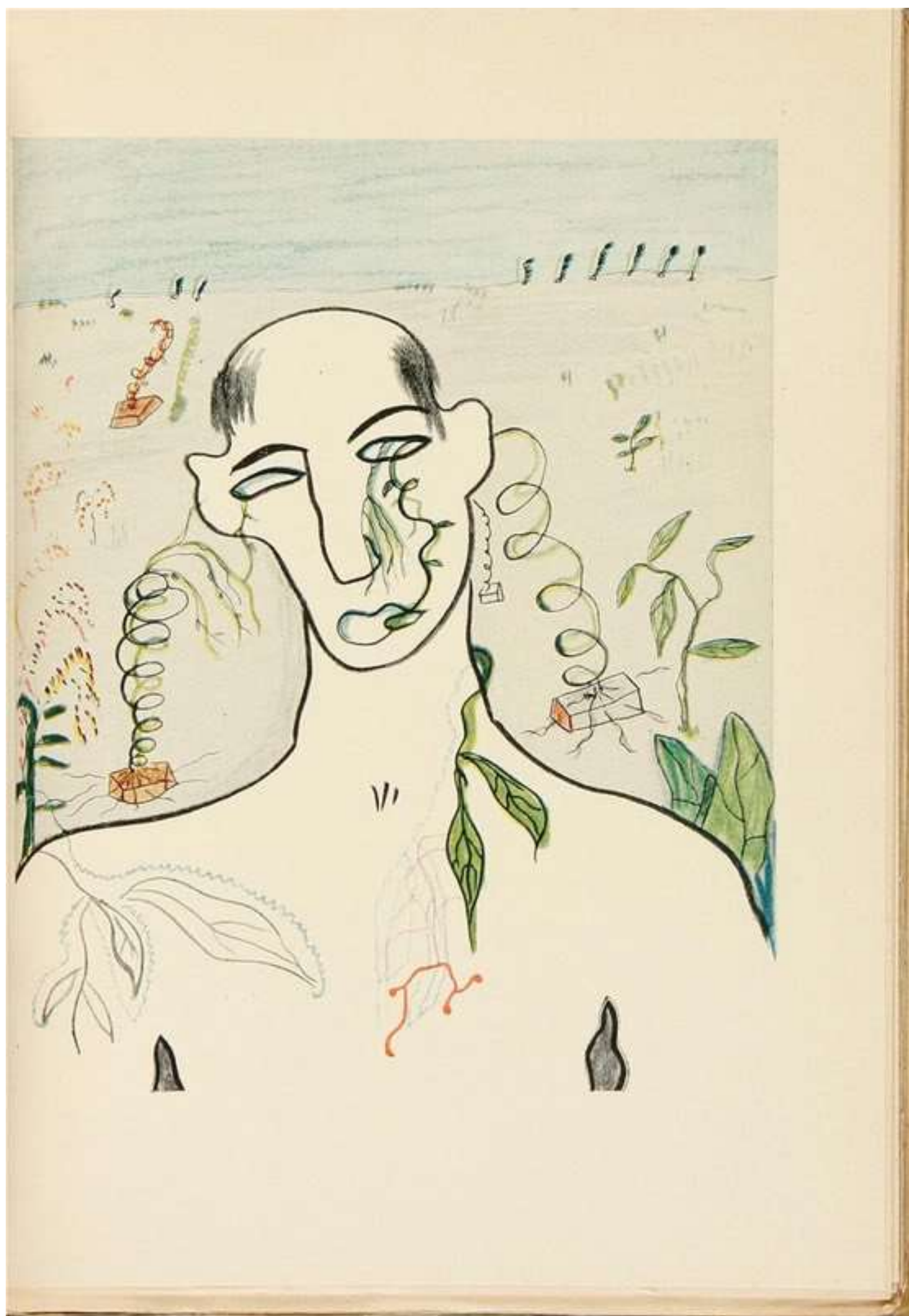
Mientras la luz que viene fija y gana
blancas metas de fábula que olvida
el tumulto de venas en la huida
hacia el turbio frescor de la manzana.

Adán sueña en la fiebre de la arcilla
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.

Pero otro Adan oscuro esta soñando
neutra luna de piedra sin semilla
donde el niño de luz se irá quemando.

Claro del reloj

Me senté
en un claro del tiempo.
Era un remanso
de silencio,
de un blanco
silencio,
anillo formidable
donde los luceros
chocaban con los doce flotantes
números negros.



Cautiva

Por las ramas
indecisas
iba una doncella
que era la vida.
Por las ramas
indecisas.
Con un espejito
reflejaba el día
que era un resplandor
de su frente limpia.
Por las ramas
indecisas.
Sobre las tinieblas
andaba perdida,
llorando rocío,
del tiempo cautiva.
Por las ramas
indecisas.

Canción (Casida de las palomas oscuras)

Por las ramas del laurel
van dos palomas oscuras.
La una era el sol,
la otra la luna.
"Vecinitas", les dije,
"¿dónde está mi sepultura?"
"En mi cola", dijo el sol.
"En mi garganta", dijo la luna.
Y yo que estaba caminando
con la tierra por la cintura
vi dos águilas de *mármol* **(*)**
y una muchacha desnuda.

La una era la otra
y la muchacha era ninguna.
"Aguilitas", les dije,
"¿dónde está mi sepultura?"
"En mi cola", dijo el sol.
"En mi garganta", dijo la luna.
Por las ramas del laurel
vi dos palomas desnudas.
La una era la otra
y las dos eran ninguna.

***(*)* Nota*:* *En el texto de Casida IX figura:* **nieve**.

Canciones

A Pedro Salinas, Jorge Guillen y Melchorito Fernández Almagro

Teorías

Tíovivo
Balanza
Canción con movimiento
Refrán
Friso
Cazador
Fábula
(Agosto)
Arlequín
Cortaron tres árboles

Canción de las siete doncellas.

(**Teoría del arco iris**)

Cantan las siete
doncellas.

(Sobre el cielo un arco
de ejemplos de ocaso.)

Alma con siete voces
las siete doncellas.

(En el aire blanco
siete largos pájaros.)

Mueren las siete
doncellas.

(¿Por qué no han sido nueve?
¿Por qué no han sido veinte?)

El río las trae,
nadie puede verlas.

Nocturno esquemático.

Hinojo, serpiente y junco.
Aroma, rastro y penumbra.
Aire, tierra y soledad.
(La escala llega a la luna.)

Canción del colegial.

Sábado.
Puerta de jardín.

Domingo.
Día gris.
Gris.

Sábado.
Arcos azules.
Brisa.

Domingo.
Mar con orillas,
Metas.

Sábado.
Semilla
estremecida.

Domingo.
(Nuestro amor se pone
amarillo.)

(El canto quiere ser luz)

El canto quiere ser luz.
En lo oscuro el canto tiene

hilos de fósforo y luna.
La luz no sabe qué quiere.
En sus límites de ópalo,
se encuentra ella misma,
y vuelve.

Tíovivo.

A José Bergamín

Los días de fiesta
van sobre ruedas.
El tío-vivo los trae,
y los lleva.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

Los días abandonan
su piel, como las culebras,
con la sola excepción
de los días de fiesta.

Estos son los mismos
de nuestras madres viejas.
Sus tardes son largas colas
de moaré y lentejuelas.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

El tío-vivo gira
colgado de una estrella.
Tulipán de las cinco
partes de la tierra.

Sobre caballitos

disfrazados de panteras
los niños se comen la luna
como si fuera una cereza.

¡Rabia, rabia, Marco Polo!
Sobre una fantástica rueda,
los niños ven lontananzas
desconocidas de la tierra.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

Balanza

La noche quieta siempre.
El día va y viene.

La noche muerta y alta.
El día con un ala.

La noche sobre espejos
y el día bajo el viento.

Canción con movimiento.

Ayer.

(Estrellas
azules.)

Mañana.

(Estrellitas
blancas.)

Hoy.

(Sueño flor adormecida
en el valle de la enagua.)

Ayer.

(Estrellas
de fuego.)

Mañana.

(Estrellas
moradas.)

Hoy

Este corazón, ¡Dios mío!
¡Este corazón que salta!

Ayer.

(Memoria
de estrellas.)

Mañana.

(Estrellas cerradas.)

Hoy...

(¡Mañana!)

¿Me marearé quizá
sobre la barca?

¡Oh los puentes del Hoy
en el camino de agua!

Refrán

Marzo
pasa volando.

Y Enero sigue tan alto.

Enero,
sigue en la noche del cielo.

Y abajo Marzo es un momento.

Enero.
Para mis ojos viejos.

Marzo.
Para mis frescas manos.

Friso

A Gustavo Durán.

Tierra

Las niñas de la brisa
van con sus largas colas.

Cielo

Los mancebos del aire
saltan sobre la luna.

Cazador

¡Alto pinar!

Cuatro palomas por el aire van.

Cuatro palomas
vuelan y tornan.
Llevan heridas
sus cuatro sombras.

¡Bajo pinar!
Cuatro palomas en la tierra están.

Fábula

Unicornios y cíclopes.

Cuernos de oro
y ojos verdes.

Sobre el acantilado,
en tropel gigantesco,
ilustran el azogue
sin cristal, del mar.

Unicornios y cíclopes.

Una pupila
y una potencia.

¿Quién duda la eficacia
terrible de esos cuernos?

¡Oculta tus blancos,
Naturaleza!

(Agosto)

Agosto.
Contraponientes
de melocotón y azúcar,
y el sol dentro de la tarde,
como el hueso en una fruta.

La panocha guarda intacta
su risa amarilla y dura.

Agosto.
Los niños comen
pan moreno y rica luna.



Arlequín

Teta roja del sol.

Teta azul de la luna.

Torso mitad coral,
mitad plata y penumbra.

Cortaron tres árboles

A Ernesto Halffter.

Eran tres.

(Vino el día con sus hachas.)

Eran dos.

(Alas rastreras de plata.)

Era uno.

Era ninguno.

(Se quedó desnuda el agua.)

Nocturnos de la ventana

A la memoria de José Ciria y Escalante, poeta

I

Alta va la luna.
Bajo corre el viento.

(Mis largas miradas,
exploran el cielo.)

Luna sobre el agua.
Luna bajo el viento.

(Mis cortas miradas,
exploran el suelo.)

Las voces de dos niñas
venían. Sin esfuerzo,
de la luna del agua,
me fui a la del cielo.

II

Un brazo de la noche
entra por mi ventana.

Un gran brazo moreno
con pulseras de agua.

Sobre un cristal azul
jugaba al río mi alma.

Los instantes heridos
por el reloj... pasaban.

III

Asomo la cabeza
por mi ventana, y veo
cómo quiere cortarla
la cuchilla del viento.

En esta guillotina
invisible, yo he puesto

las cabezas sin ojos
de todos mis deseos.

Y un olor de limón
llenó el instante inmenso,
mientras se convertía
en flor de gasa el viento.

IV

Al estanque se le ha muerto
hoy una niña de agua.
Está fuera del estanque.
sobre el suelo amortajada.

De la cabeza a sus muslos
un pez la cruza, llamándola.
El viento le dice "niña",
mas no puede despertarla.

El estanque tiene suelta
su cabellera de algas
y al aire sus grises tetas
estremecidas de ranas.

Dios te salve, Rezaremos
a Nuestra Señora de Agua
por la niña del estanque
muerta bajo las manzanas.

Yo luego pondré a su lado
dos pequeñas calabazas
para que se tenga a flote,
¡ay!, sobre la mar salada.

Residencia de estudiantes. 1923.

Canciones para niños

A la maravillosa niña Colomba Morla Vicuña, dormida piadosamente el día 8 de agosto de 1928

Canción china en Europa
Cancioncilla sevillana
Caracola
(El lagarto está llorando)
Canción cantada
Paisaje
Canción tonta (*es parte de Canciones tontas del niño y su mamá. Poemas descartados de "Canciones"*)

Canción china en Europa

A mi ahijada Isabel Clara

La señorita
del abanico,
va por el puente
del fresco río.

Los caballeros
con sus levitas,
miran el puente
sin barandillas.

La señorita
del abanico
y los volantes,
busca marido.

Los caballeros
están casados,
con altas rubias
de idioma blanco.

Los grillos cantan

por el Oeste.

(La señorita.
va por lo verde.)

Los grillos cantan
bajo las flores.

(Los caballeros,
van por el Norte.)

Cancioncilla sevillana

A Solita Salinas

Amanecía
en el naranjel.
Abejitas de oro
buscaban la miel.

¿Dónde estará
la miel?

Está en la flor azul,
Isabel.
En la flor,
del romero aquel.

(Sillita de oro
para el moro.
Silla de oropel
para su mujer.)

Amanecía
en el naranjel.

Caracola

A Natalia Jiménez

Me han traído una caracola.

Dentro le canta
un mar de mapa.
Mi corazón
se llena de agua
con pececillos
de sombra y plata.

Me han traído una caracola.

(El lagarto está llorando)

A mademoiselle Teresita Guillén tocando un piano de siete notas.

El lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.

El lagarto y la lagarta
con delantaritos blancos.

Han perdido sin querer
su anillo de desposados.

¡Ay, su anillito de plomo.,
ay, su anillito plomado!

Un cielo grande y sin gente
monta en su globo a los pájaros.

El sol, capitán redondo,
lleva un chaleco de raso.

¡Miradlos qué viejos son!
¡Qué viejos son los lagartos!

¡Ay cómo lloran y lloran.
¡ay! ¡ay!, cómo están llorando!

Canción cantada

En el gris,
el pájaro Griffón
se vestía de gris.
Y la niña Kikirikí
perdía su blancor
y forma allí.

Para entrar en el gris
me pinté de gris.
¡Y cómo relumbraba
en el gris!

Paisaje

A Rita, Concha, Pepe y Carmencica.

La tarde equivocada
se vistió de frío.

Detrás de los cristales,
turbios, todos los niños,
ven convertirse en pájaros
un árbol amarillo.

La tarde está tendida
a lo largo del río.
Y un rubor de manzana

tiembla en los tejadillos.

Canción tonta

Mamá,
yo quiero ser de plata.

Hijo,
tendrás mucho frío.

Mamá.
Yo quiero ser de agua.

Hijo,
tendrás mucho frío.

Mamá.
Bórdarme en tu almohada.

¡Eso sí!
¡Ahora mismo!

Andaluzas

A Miguel Pizarro
(**en la irregularidad simétrica del Japón**)
Canción del jinete (1860)
Adelina de paseo
(Zarzamora con el tronco gris)
(Mi niña se fue a la mar)
Tarde
Canción del jinete
Es verdad
(Arbolé, arbolé)
(Galán)

Canción del jinete (1860)

En la luna negra
de los bandoleros,
cantan las espuelas.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

...Las duras espuelas
del bandido inmóvil
que perdió las riendas.

Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra
sangraba el costado
de Sierra Morena.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

La noche espolea
sus negros ijares
clavándose estrellas.

Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra,
¡un grito! y el cuerno
largo de la hoguera.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

Adelina de paseo

La mar no tiene naranjas.
ni Sevilla tiene amor.
Morena, qué luz de fuego.
Préstame tu quitasol.

Me pondrá la cara verde,
-zumo de lima y limón-,
tus palabras,- pececillos-,
nadarán alrededor.

La mar no tiene naranjas.
Ay, amor.
Ni Sevilla tiene amor!

(Zarzamora con el tronco gris)

Zarzamora con el tronco gris,
dame un racimo para mí.

Sangre y espinas. Acércate.
Si tú me quieres, yo te querré.

Deja tu fruto de verde y sombra
sobre mi lengua, zarzamora.

Qué largo abrazo te daría
en la penumbra de mis espinas.

Zarzamora ¿dónde vas?
A buscar amores que tú no me das.

(Mi niña se fue a la mar)

Mi niña se fue a la mar,
a contar olas y chinas,
pero se encontró, de pronto,
con el río de Sevilla.

Entre adelfas y campanas
cinco barcos se mecían,
con los remos en el agua
y las velas en la brisa.

¿Quién mira dentro la torre
enjaezada, de Sevilla?
Cinco voces contestaban
redondas como sortijas.

El cielo monta gallardo
al río, de orilla a orilla.
En el aire sonrosado,
cinco anillos se mecían.

Tarde

¿Estaba mi Lucía con los pies en el arroyo?

Tres álamos inmensos
y una estrella.

El silencio mordido
por las ranas, semeja
una gasa pintada
con lunaritos verdes.

En el río,
un árbol seco,
ha florecido en círculos
concéntricos.

Y he soñado sobre las aguas
a la morenita de Granada.

Canción del jinete

Córdoba.
Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.

La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay, que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.
Lejana y sola.

Es verdad

¡Ay, qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!

Por tu amor me duele el aire,
el corazón
y el sombrero.

¿Quién me compraría a mí
este cintillo que tengo
y esta tristeza de hilo
blanco, para hacer pañuelos?

¡Ay, qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!

(Arbolé, arbolé)

Arbolé, arbolé
seco y verde.

La niña de bello rostro
está cogiendo aceituna.
El viento, galán de torres,
la prende por la cintura.

Pasaron cuatro jinetes,
sobre jacas andaluzas.
con trajes de azul y verde,
con largas capas oscuras.

"Vente a Córdoba, muchacha."
La niña no los escucha.

Pasaron tres torerillos
delgaditos de cintura,
con trajes color naranja
y espada de plata antigua.

"Vente a Sevilla, muchacha."
La niña no los escucha.

Cuando la tarde se puso
morada, con luz difusa,
pasó un joven que llevaba
rosas y mirtos de luna.

"Vente a Granada, muchacha."
Y la niña no lo escucha.

La niña del bello rostro
sigue cogiendo aceituna,
con el brazo gris del viento
ceñido por la cintura.

Arbolé arbolé
seco y verde.

(Galán)

Galán
galancillo.
En tu casa queman tomillo.

Ni que vayas, ni que vengas,
con llave cierro la puerta.

Con llave de plata fina.
Atada con una cinta.

En la cinta hay un letrero:
"Mi corazón está lejos."

No des vueltas en mi calle.
¡Déjasela toda al aire!

Galán,
galancillo.
En tu casa queman tomillo.

Tres retratos con sombras

Verlaine
Juan Ramón Jiménez
Debussy

Verlaine

La canción,
que nunca diré,
se ha dormido en mis labios.
La canción,
que nunca diré.

Sobre las madreselvas
había una luciérnaga,
y la luna picaba
con un rayo en el agua.

Entonces yo soñé,
la canción,
que nunca diré.

Canción llena de labios
y de cauces lejanos.

Canción llena de horas
perdidas en la sombra.

Canción de estrella viva
sobre un perpetuo día.

Baco
Verde rumor intacto.
La higuera me tiende sus brazos.

Como una pantera, su sombra,
acecha mi lírica sombra.

La luna cuenta los perros.
Se equivoca y empieza de nuevo.

Ayer, mañana. negro y verde,
rondas mi cerco de laureles.

¿Quién te querría como yo,
si me cambiaras el corazón?

... Y la higuera me grita y avanza
terrible y multiplicada.

Juan Ramón Jiménez

En el blanco infinito,
nieve, nardo y salina,
perdió su fantasía.

El color blanco, anda,
sobre una muda alfombra
de plumas de paloma.

Sin ojos ni ademán
inmóvil sufre un sueño.
Pero tiembla por dentro.

En el blanco infinito,
¡que pura y larga herida
dejó su fantasía!

En el blanco infinito.
Nieve. Nardo. Salina.

Venus
Así te vi

La joven muerta
en la concha de la cama,
desnuda de flor y brisa
surgía en la luz perenne.

Quedaba el mundo,

lirio de algodón y sombra,
asomado a los cristales,
viendo el tránsito infinito.

La joven muerta,
surcaba el amor por dentro.
Entre la espuma de las sábanas
se perdía su cabellera.

Debussy

Mi sombra va silenciosa
por el agua de la acequia.

Por mi sombra están las ranas
privadas de las estrellas.

La sombra manda a mi cuerpo
reflejos de cosas quietas.

Mi sombra va como inmenso
cínife color violeta.

Cien grillos quieren dorar
la luz de la cañavera.

Una luz nace en mi pecho,
reflejado, de la acequia.

Narciso

Niño.
¡Que te vas a caer al río!

En lo hondo hay una rosa
y en la rosa hay otro río.

¡Mira aquel pájaro! ¡Mira
aquel pájaro amarillo!

Se me han caído los ojos
dentro del agua.

¡Dios mío!
¡Que se resbala! ¡Muchacho!

... y en la rosa estoy yo mismo.

Cuando se perdió en el agua,
comprendí. Pero no explico.

Juegos

Dedicados a la cabeza de Luis Buñuel
En grand Plain

Ribereñas

(**Con acompañamiento de campanas**)

Dicen que tienes cara

(balalín)

de luna llena.

(balalán.)

Cuántas campanas ¿oyes?

(balalín.)

No me dejan.

(¡balalán!)

Pero tus ojos..., ¡Ah!

(balalín)

... perdona, tus ojeras ...

(balalán)

y esa *rosa* **(*)** de oro

(balalín)

y esa... no puedo, esa...

(balalán.)

Su duro miriñaque
las campanas golpean.
¡Oh tu encanto secreto!..., tu...

(balalín
lín
lín
lín...)

Dispensa.

(*)* Nota*: *En otras ediciones figura:* **rosa**. *En Galaxia-Gutemberg:* **risa.**

A Irene García (criada)

En el soto,
los alamillos bailan
uno con otro.
Y el arbolé,
con sus cuatro hojitas,
baila también.

¡Irene!
Luego vendrán las lluvias
y las nieves.
Baila sobre lo verde.

Sobre lo verde, verde,
que te acompaño yo.

¡Ay cómo corre el agua!
¡Ay mi corazón!

En el soto,
los alamillos bailan
uno con otro.
Y el arbolé,
con sus cuatro hojitas,
baila también.

Al oído de una muchacha

No quise.
No quise decirte nada.

Vi en tus ojos
dos arbolitos locos.
De brisa, de brisa y de oro.

Se meneaban.

No quise.

No quise decirte nada.

(Las gentes iban)

Las gentes iban
y el otoño venía.

Las gentes
iban a lo verde.
Llevaban gallos
y guitarras alegres.
Por el reino
de las simientes.
El río soñaba,
corría la fuente.
¡Salta.
corazón caliente!

Las gentes
iban a lo verde.

El otoño venía
amarillo de estrellas,
pájaros macilentos
y ondas concéntricas.
Sobre el pecho almidonado,
la cabeza.
¡Párate,
corazón de cera!

Las gentes iban
y el otoño venía.

Canción del mariquita

El mariquita se peina
en su peinador de seda.

Los vecinos se sonríen
en sus ventanas postreras.

El mariquita organiza
los bucles de su cabeza.

Por los patios gritan loros,
surtidores de planetas.

El mariquita se adorna
con un jazmín sinvergüenza.

La tarde se pone extraña
de peines y enredaderas.

El escándalo temblaba
rayado como una cebra.

¡Los mariquitas del Sur
cantan en las azoteas!

Árbol de canción

Para Ana María Dalí

Caña de voz y gesto.
una vez y otra vez
tiembla sin esperanza
en el aire de ayer.

La niña suspirando
lo quería coger;
pero llegaba siempre
un minuto después.

¡Ay sol! ¡Ay luna, luna!
un minuto después.
Sesenta flores grises
enredaban sus pies.

Mira cómo se mece
una y otra vez,
virgen de flor y rama,
en el aire de ayer.

(Naranja y limón)

Naranja y limón.

¡Ay de la niña
del mal amor!

Limón y naranja.

¡Ay de la niña,
de la niña blanca!

Limón.

(Cómo brillaba
el sol.)

Naranja.

(En las chinas
del agua.)

La calle de los mudos

Detrás de las inmóviles vidrieras
las muchachas juegan con sus risas.

(En los pianos vacíos,
arañas titiriteras.)

Las muchachas hablan de sus novios
agitando sus trenzas apretadas.

(Mundo del abanico,
el pañuelo y la mano.)

Los galanes replican haciendo
alas y flores con sus capas negras.

Canciones de luna

A José F Montesinos

La luna asoma

Cuando sale la luna
se pierden las campanas
y aparecen las senda
impenetrables.

Cuando sale la luna,
el mar cubre la tierra
y el corazón se siente
isla en el infinito.

Nadie come naranjas
bajo la luna llena.
Es preciso comer
fruta verde y helada.

Cuando sale la luna
de cien rostros iguales,
la moneda de plata
solloza en el bolsillo.

Dos lunas de tarde

I
(**A Laurita, amiga de mi hermana**)

La luna está muerta, muerta;
pero resucita en la primavera.

Cuando en la frente de los chopos
se rice el viento del Sur.

Cuando den nuestros corazones
su cosecha de suspiros.

Cuando se pongan los tejados
sus sombreritos de yerba.

La luna está muerta, muerta;
pero resucita en la primavera.

II
(**A Isabelita, mi hermana**)

La tarde canta
una berceuse a las naranjas.

Mi hermanita canta:
La tierra es una naranja.

La luna llorando dice:
Yo quiero ser una naranja.

No puede ser, hija mía,
aunque te pongas rosada.
Ni siquiera limoncito.
¡Qué lástima!

Lunes, miércoles y viernes

Yo era.

Yo fui,

pero no soy.

Yo era...

(¡Oh fauce maravillosa
la del ciprés y su sombra!
Ángulo de luna llena.
Ángulo de luna sola.)

Yo fui...

La luna estaba de broma
diciendo que era una rosa.
(Con una capa de viento
mi amor se arrojó a las olas.)

Pero no soy...

(Ante una vidriera rota
coso mi lírica ropa.)



Murió al amanecer

Noche de cuatro lunas
y un solo árbol,
con una sola sombra
y un solo pájaro.

Busco en mi carne las
huellas de tus labios.
El manantial besa al viento
sin tocarlo.

Llevo el No que me diste,
en la palma de la mano,
como un limón de cera

casi blanco.

Noche de cuatro lunas
y un solo árbol.
En la punta de una aguja
está mi amor ¡girando!

Primer aniversario

La niña va por mi frente.
¡Oh, qué antiguo sentimiento!

¿De qué me sirve, pregunto,
la tinta, el papel y el verso?

Carne tuya me parece,
rojo lirio, junco fresco.

Morena de luna llena.
¿Qué quieres de mi deseo?

Segundo aniversario

La luna clava en el mar
un largo cuerno de luz.

Unicornio gris y verde,
estremecido, pero extático.

El cielo flota sobre el aire
como una inmensa flor de loto.

(¡Oh, tú sola paseando
la última estancia de la noche!)

Flor

A Colín Hackforth

El magnífico sauce
de la lluvia, caía.

¡Oh la luna redonda
sobre las ramas blancas!

Eros con bastón (1925)

Susto en el comedor

A Pepín Bello

Eras rosa.
Te pusiste alimonada.

¿Qué intención viste en mi mano
que casi te amenazaba?

Quise las manzanas verdes.
No las manzanas rosadas...

alimonada...

(Grulla dormida la tarde,
puso en tierra la otra pata.)

Lucía Martínez

Lucía Martínez.
Umbría de seda roja.

Tus muslos como la tarde
van de la luz a la sombra.
Los azabaches recónditos
oscurecen tus magnolias.

Aquí estoy, Lucía Martínez.
Vengo a consumir tu boca
y a arrastrarte del cabello
en madrugada de conchas.

Porque quiero, y porque puedo.
Umbría de seda roja.

La soltera en misa

Bajo el Moisés del incienso,
adormecida.

Ojos de toro te miraban.
Tu rosario llovía.

Con ese traje de profunda seda,
no te muevas, Virginia.

Da los negros melones de tus pechos
al rumor de la misa.

Interior

Ni quiero ser poeta,
ni galante.
¡Sábanas blancas donde te desmayes!

No conoces el sueño
ni el resplandor del día.
Como los calamares,
ciegas desnuda en tinta de perfume.
Carmen.

Nu

Bajo la adelfa sin luna
estabas fea desnuda.

Tu carne buscó en mi mapa
el amarillo de España.

Qué fea estabas, francesa,
en lo amargo de la adelfa.

Roja y verde, eché a tu cuerpo
la capa de mi talento.

Verde y roja, roja y verde.
¡Aquí somos otra gente!

Serenata.

Homenaje a Lope de Vega

Por las orillas del río
se está la noche mojando
y en los pechos de Lolita
se mueren de amor los ramos.

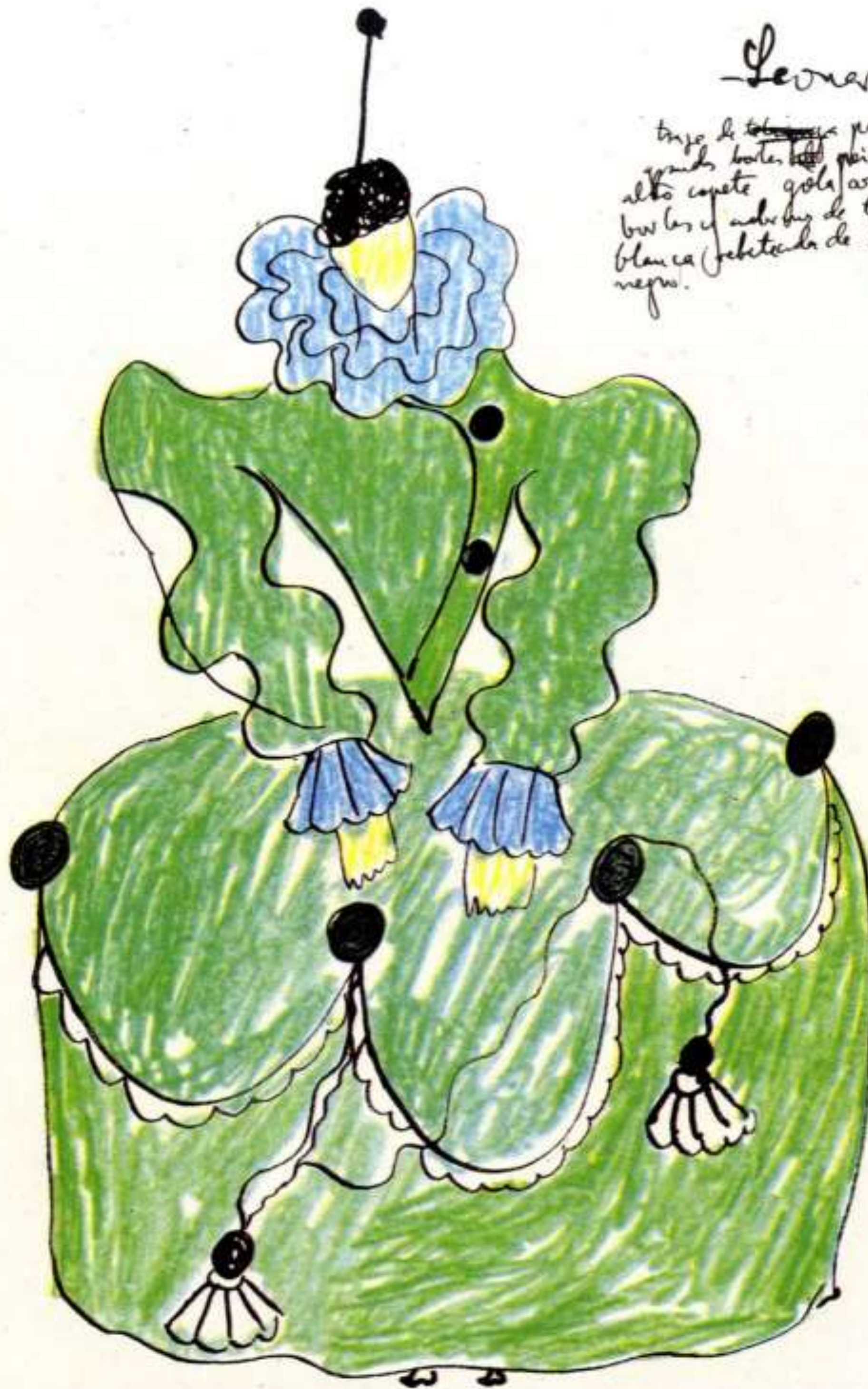
Se mueren de amor los ramos.

La noche canta desnuda
sobre los puentes de marzo.
Lolita lava su cuerpo
con agua salobre y nardos.

Se mueren de amor los ramos.

La noche de anís y plata
relumbra por los tejados.
Plata de arroyos y espejos.
Anís de tus muslos blancos.

Se mueren de amor los ramos.



Traje para Leonarda.

En Málaga

Suntuosa Leonarda.
Carne pontifical y traje blanco,
en las barandas de "Villa Leonarda".
Expuesta a los tranvías y a los barcos.
Negros torsos bañistas oscurecen
la ribera del mar. Oscilando,
-concha y loto a la vez,-
viene tu culo
de Ceres en retórica de mármol.

Trasmundo

A Manuel Ángeles Ortiz

Escena

Altas torres.
Largos ríos.

Hada
Toma el anillo de bodas
que llevaron tus abuelos.
Cien manos, bajo la tierra,
lo están echando de menos.

Yo
Voy a sentir en mis manos
una inmensa flor de dedos
y el símbolo del anillo.
No lo quiero.

Altas torres.
Largos ríos.

Malestar y noche

Abejaruco.
En tus árboles oscuros.
Noche de cielo balbuciente
y aire tartamudo.

Tres borrachos eternizan
sus gestos de vino y luto.
Los astros de plomo giran
sobre un pie.
Abejaruco.
En tus árboles oscuros.

Dolor de sien oprimida
con guirnaldas de minutos.
¿Y tu silencio? Los tres
borrachos cantan desnudos.
Pespunte de seda virgen
tu canción.
Abejaruco.
Uco uco uco uco.
Abejaruco.

El niño mudo

El niño busca su voz.
(La tenía el rey de los grillos.)
En una gota de agua
buscaba su voz el niño.

No la quiero para hablar;
me haré con ella un anillo
que llevará mi silencio

en su dedo pequeñito.

En una gota de agua
buscaba su voz el niño.

(La voz cautiva, a lo lejos,
se ponía un traje de grillo.)

El niño loco

Yo decía: "Tarde"
Pero no era así.
La tarde era otra cosa
que ya se había marchado.

(Y la luz encogía
sus hombros como una niña.)

"Tarde" ¡Pero es inútil!
Ésta es falsa, ésta tiene
media luna de plomo.
La otra no vendrá nunca.

(Y la luz como la ven todos,
jugaba a la estatua con el niño loco.)

Aquélla era pequeña
y comía granadas.
Esta es grandota y verde, yo no puedo
tomarla en brazos ni vestirla.
¿No vendrá? ¿Cómo era?

(Y la luz que se iba dió una broma.
Separó al niño loco de su sombra.)

Desposorio

Tirad ese anillo

al agua.

(La sombra apoya sus dedos
sobre mi espalda.)

Tirad ese anillo. Tengo
más de cien años. ¡Silencio!

¡No preguntadme nada!

Tirad ese anillo
al agua.

Despedida

Si muero.
dejad el balcón abierto.

El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo.)

El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento.)

¡Si muero,
dejad el balcón abierto!

Suicidio

(**Quizá fue por no saberte la Geometría**)

El jovencito se olvidaba.
Eran las diez de la mañana.

Su corazón se iba llenando
de alas rotas y flores de trapo.

Notó que ya no le quedaba
en la boca más que una palabra.

Y al quitarse los guantes, caía,
de sus manos, suave ceniza.

Por el balcón se veía una torre.
El se sintió balcón y torre.

Vio, sin duda, cómo le miraba
el reloj detenido en su caja.

Vio su sombra tendida y quieta
en el blanco diván de seda.

Y el joven rígido, geométrico,
con un hacha rompió el espejo.

Al romperlo, un gran chorro de sombra
inundó la quimérica alcoba.



Rostro con flechas

Amor

(Con alas y flechas)

Cancioncilla del primer deseo

En la mañana verde,
quería ser corazón.
Corazón.

Y en la tarde madura
quería ser ruiseñor.
Ruiseñor.

(Alma,
ponte color de naranja.
Alma,
ponte color de amor)

En la mañana viva,
yo quería ser yo.
Corazón.

Y en la tarde caída
quería ser mi voz.
Ruiseñor.

¡Alma,
ponte color naranja!
¡Alma,
ponte color de amor!

En el Instituto y en la Universidad

La primera vez
no te conocí.
La segunda, sí.

Dime
si el aire te lo dice.

Mañanita fría
yo me puse triste,
y luego me entraron
ganas de reírme.

No te conocí.
Sí me conociste.
Sí te conocí.
No me conociste.

Ahora entre los dos
se alarga impasible,
un mes, como un
biombo de días grises.

La primera vez
no te conocí.
La segunda, sí.

Madrigalillo

Cuatro granados
tiene tu huerto.

(Toma mi corazón
nuevo.)

Cuatro cipreses
tendrá tu huerto.

(Toma mi corazón
viejo.)

Sol y luna.
Luego...
¡ni corazón
ni huerto!

Eco

Ya se ha abierto
la flor de la aurora.

(¿Recuerdas
el fondo de la tarde?)

El nardo de la luna
derrama su olor frío.

(¿Recuerdas
la mirada de agosto?)

Idilio

(**A Enrique Durán**)

Tú querías que yo te dijera
el secreto de la primavera.

Y yo soy para el secreto
lo mismo que es el abeto.

Árbol cuyos mil deditos
señalan mil caminitos.

Nunca te diré, amor mío,
por qué corre lento el río.

Pero pondré en mi voz estancada
el cielo ceniza de tu mirada.

¡Dame vueltas, morenita!
Ten cuidado con mis hojitas.

Dame más vueltas alrededor,
jugando a la noria del amor.

¡Ay! No puedo decirte, aunque quisiera,
el secreto de la primavera.

(Narciso)

Narciso.
Tu olor.
Y el fondo del río.

Quiero quedarme a tu vera.
Flor del amor.
Narciso.

Por tus blancos ojos cruzan
ondas y peces dormidos.
Pájaros y mariposas
japonizan en los míos.

Tú diminuto y yo grande.

Flor del amor.
Narciso.

Las ranas, ¡qué listas son!
Pero no dejan tranquilo
el espejo en que se miran
tu delirio y mi delirio.

Narciso.
Mi dolor.
Y mi dolor mismo.

Granada y 1850

Desde mi cuarto
oigo el surtidor.

Un dedo de la parra
y un rayo de sol.
Señalan hacia el sitio
de mi corazón.

Por el aire de agosto
se van las nubes. Yo,
sueño que no sueño
dentro del surtidor.

Preludio

Las alamedas se van,
pero dejan su reflejo.

Las alamedas se van.
pero nos dejan el viento.

El viento está amortajado
a lo largo bajo el cielo.

Pero ha dejado flotando
sobre los ríos sus ecos.

El mundo de las luciérnagas
ha invadido mis recuerdos.

Y un corazón diminuto
me va brotando en los dedos.

(Preludio)

Sobre el cielo verde,
un lucero verde,
¿qué ha de hacer, amor,
¡ay!... sino perderse?

Las torres fundidas
con la niebla fría,
¿cómo han de mirarnos
con sus ventanitas?

Cien luceros verdes
sobre un cielo verde,
no ven a cien torres
blancas, en la nieve.

Y esta angustia mía
para hacerla viva,
he de decorarla
con rojas sonrisas.

Soneto

Largo espectro de plata conmovida
el viento de la noche suspirando
abrió con mano gris mi vieja herida
y se alejó; yo estaba deseando.

Llaga de amor que me dará la vida
perpetua sangre y pura luz brotando.
Grieta en que Filomena enmudecida
tendrá bosque, dolor y nido blando.

¡Ay qué dulce rumor en mi cabeza!
Me tenderé junto a la flor sencilla
donde flota sin alma tu belleza.

Y el agua errante se pondrá amarilla,
mientras corre mi sangre en la maleza
olorosa y mojada de la orilla.

Canciones para terminar

A Rafael Alberti

De otro modo
Canción de Noviembre y Abril
(Agua, ¿dónde vas?)
El espejo engañoso
Canción inútil
Huerto de marzo
Dos marinos en la orilla (*es parte de Los cuatro viejos marineros. Poemas descartados de "Canciones"*)
Ansia de estatua
Canción del naranjo seco
Canción del día que se va

De otro modo

La hoguera pone al campo de la tarde
unas astas de ciervo enfurecido.
Todo el valle se tiende. Por sus lomos,

caracolea el vientecillo.

El aire cristaliza bajo el humo.
-Ojo de gato triste y amarillo-.
Yo, en mis ojos, paseo por las ramas.
Las ramas se pasean por el río.

Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja tarde,
¡qué raro que me llame Federico!

Canción de Noviembre y Abril

El cielo nublado
pone mis ojos blancos.

Yo, para darles vida,
les acerco una flor
amarilla.

No consigo turbarlos.
Siguen yertos y blancos.

(Entre mis hombros vuela
mi alma dorada y plena.)

El cielo de abril
pone mis ojos de añil.

Yo, para darles alma,
les acerco una rosa
blanca.

No consigo infundir
lo blanco en el añil.

(Entre mis hombros vuela
mi alma impasible y ciega.)

(Agua, ¿dónde vas?)

Agua, ¿dónde vas?

Riyendo voy por el río
a las orillas del mar.

Mar, ¿adónde vas?

Río arriba voy buscando
fuente donde descansar.

Chopo, y tú ¿qué harás?

No quiero decirte nada.
Yo..., ¡temblar!

¿Qué deseo, qué no deseo,
por el río y por la mar?

(Cuatro pájaros sin rumbo
en el alto chopo están.

El espejo engañoso

Verde rama exenta
de ritmo y de pájaro.

Eco de sollozo
sin dolor ni labio.
Hombre y Bosque.

Lloro
frente al mar amargo.
¡Hay en mis pupilas
dos mares cantando!

Canción inútil

Rosa futura y vena contenida,
amatista de ayer y brisa de ahora mismo,
¡quiero olvidarlas!

Hombre y pez en sus medios, bajo cosas flotantes,
esperando en el alga o en la silla su noche,
¡quiero olvidarlas!

Yo.
¡Solo yo!
Labrando la bandeja
donde no irá mi cabeza.
¡Solo yo!

Huerto de marzo

Mi manzano
tiene ya sombra y pájaros.

¡Qué brinco da mi sueño
de la luna al viento!

Mi manzano
da a lo verde sus brazos.

Desde marzo, cómo veo
la frente blanca de enero!

Mi manzano...
(viento bajo).

Mi manzano...
(cielo alto).

Dos marinos en la orilla

(**A Joaquín Amigo**)

I

Se trajo en el corazón
un pez del Mar de la China.

A veces se ve cruzar
diminuto por sus ojos.

Olvida siendo marino
los bares y las naranjas.

Mira al agua.

II

Tenía la lengua de jabón.
Lavó sus palabras y se calló.

Mundo plano, mar rizado,
cien estrellas y su barco.

Vio los balcones del Papa
y los pechos dorados de las cubanas.

Mira al agua.

Ansia de estatua

Rumor.
Aunque no quede más que el rumor

Aroma.
Aunque no quede más que el aroma.

Pero arranca de mí el recuerdo
y el color de las viejas horas.

Dolor.
Frente al mágico y vivo dolor.

Batalla.
En la auténtica y sucia batalla.

¡Pero quita la gente invisible
que rodea perenne mi casa.

Canción del naranjo seco

(A Carmen Morales)

Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
de verme sin toronjas.

¿Por qué nací entre espejos?
El día me da vueltas.
Y la noche me copia
en todas sus estrellas.

Quiero vivir sin verme.
Y hormigas y vilanos,
soñaré que son mis
hojas y mis pájaros.

Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
de verme sin toronjas.

Canción del día que se va

¡Qué trabajo me cuesta
dejarte marchar, día!
Te vas lleno de mí,
vuelves sin conocerme.
¡Qué trabajo me cuesta
dejar sobre tu pecho
posibles realidades
de imposibles minutos!

En la tarde, un Perseo
te lima las cadenas,
y huyes sobre los montes
hiriéndote los pies.
No pueden seducirte
mi carne ni mi llanto,
ni los ríos en donde
duermes tu siesta de oro.

Desde Oriente a Occidente
llevo tu luz redonda.
Tu gran luz que sostiene
mi alma, en tensión aguda.
Desde Oriente a Occidente,
¡qué trabajo me cuesta
llevarte con tus pájaros
y tus brazos de viento!



ROMANCERO GITANO

Romance de la Luna, luna
Preciosa y el aire
Reyerta
Romance sonámbulo
La monja gitana
La casada infiel
Romance de la pena negra
San Miguel (Granada)
San Rafael (Córdoba)
San Gabriel (Sevilla)
Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla
Muerte de Antoñito el Camborio
Muerto de amor

Romance de la luna, luna

A Conchita García Lorca

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.

Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
Cómo canta la zumaya,
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

Preciosa y el aire.

A Dámaso Alonso

Su luna de pergamino
Preciosa tocando viene,
por un anfibio sendero
de cristales y laureles.
El silencio sin estrellas,
huyendo del sonsonete,
cae donde el mar bate y canta
su noche llena de peces.
En los picos de la sierra
los carabineros duermen
guardando las blancas torres
donde viven los ingleses.
Y los gitanos del agua
levantan por distraerse,
glorietas de caracolas
y ramas de pino verde.
***

Su luna de pergamino
Preciosa tocando viene.
Al verla se ha levantado

el viento que nunca duerme.
San Cristobalón desnudo,
lleno de lenguas celestes,
mira la niña tocando
una dulce gaita ausente.

Niña, deja que levante
tu vestido para verte.
Abre en mis dedos antiguos
la rosa azul de tu vientre.

Preciosa tira el pandero
y corre sin detenerse.
El viento-hombrón la persigue
con una espada caliente.

Frunce su rumor el mar.
Los olivos palidecen.
Cantan las flautas de umbría
y el liso gong de la nieve.

¡Preciosa, corre, Preciosa,
que te coge el viento verde!
¡Preciosa, corre, Preciosa!
¡Míralo por dónde viene!
Sátiro de estrellas bajas
con sus lenguas relucientes.
***

Preciosa, llena de miedo,
entra en la casa que tiene,
más arriba de los pinos,
el cónsul de los ingleses.

Asustados por los gritos
tres carabineros vienen,
sus negras capas ceñidas
y los gorros en las sienes.

El inglés da a la gitana

un vaso de tibia leche,
y una copa de ginebra
que Preciosa no se bebe.

Y mientras cuenta, llorando,
su aventura a aquella gente,
en las tejas de pizarra
el viento, furioso, muerde.

Reyerta.

A Rafael Méndez

En la mitad del barranco
las navajas de Albacete,
bellas de sangre contraria,
relucen como los peces.
Una dura luz de naipe
recorta en el agrio verde
caballos enfurecidos
y perfiles de jinetes.
En la copa de un olivo
lloran dos viejas mujeres.
El toro de la reyerta
se sube por la paredes.
Angeles negros traían
pañuelos y agua de nieve.
Angeles con grandes alas
de navajas de Albacete.
Juan Antonio el de Montilla
rueda muerto la pendiente
su cuerpo lleno de lirios
y una granada en las sienes.
Ahora monta cruz de fuego,
carretera de la muerte.
***

El juez con guardia civil,
por los olivares viene.
Sangre resbalada gime
muda canción de serpiente.
Señores guardias civiles:
aquí pasó lo de siempre.
Han muerto cuatro romanos
y cinco cartagineses
***

La tarde loca de higueras
y de rumores calientes
cae desmayada en los muslos
heridos de los jinetes.
Y ángeles negros volaban
por el aire del poniente.
Angeles de largas trenzas
y corazones de aceite.

Romance sonámbulo.



VERDE QUE TE QUIERO VERDE, 1929.
260 x 140 mm
Tinta verde y azul y lápices de color.
Museo de Bellas Artes de Cuba, La Habana.

A Gloria Giner y Fernando de los Ríos

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,

las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.
***

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.
***

Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿No veis la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.
Pero yo ya no soy yo.
Ni mi casa es ya mi casa.

Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡Dejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.
***

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada.
***

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!
***

Sobre el rostro del aljibe,
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.

Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.
Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.



PLAZA CON IGLESIA Y FUENTE DE SURTIDOR, 1923.
Gouache sobre papel. 146 x 110 mm.
Colección Huerta de San Vicente. Ayuntamiento de Granada.

La monja gitana.

A José Moreno Villa

Silencio de cal y mirto.
Malvas en las hierbas finas.
La monja borda alhelíes
sobre una tela pajiza.
Vuelan en la araña gris
siete pájaros del prisma.

La iglesia gruñe a lo lejos
como un oso panza arriba.
¡Que bien borda! ¡Con qué gracia!
Sobre la tela pajiza
ella quisiera bordar
flores de su fantasía.
¡Qué girasol! ¡Qué magnolia
de lentejuelas y cintas!
¡Qué azafranes y qué lunas,
en el mantel de la misa!
Cinco toronjas se endulzan
en la cercana cocina.
Las cinco llagas de Cristo
cortadas en Almería.
Por los ojos de la monja
galopan dos caballistas.
Un rumor último y sordo
le despega la camisa,
y al mirar nubes y montes
en las yertas lejanías,
se quiebra su corazón
de azúcar y yerbaluisa.
¡Oh, qué llanura empinada
con veinte soles arriba!
¡Qué ríos puestos de pie
vislumbra su fantasía!
Pero sigue con sus flores,
mientras que de pie, en la brisa,
la luz juega el ajedrez
alto de la celosía.

La casada infiel

A Lydia Cabrera y a su negrita

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,

pero tenía marido.

Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,

las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quién soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande, de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Retrato de Soledad Montoya.



Retrato de Soledad Montoya.

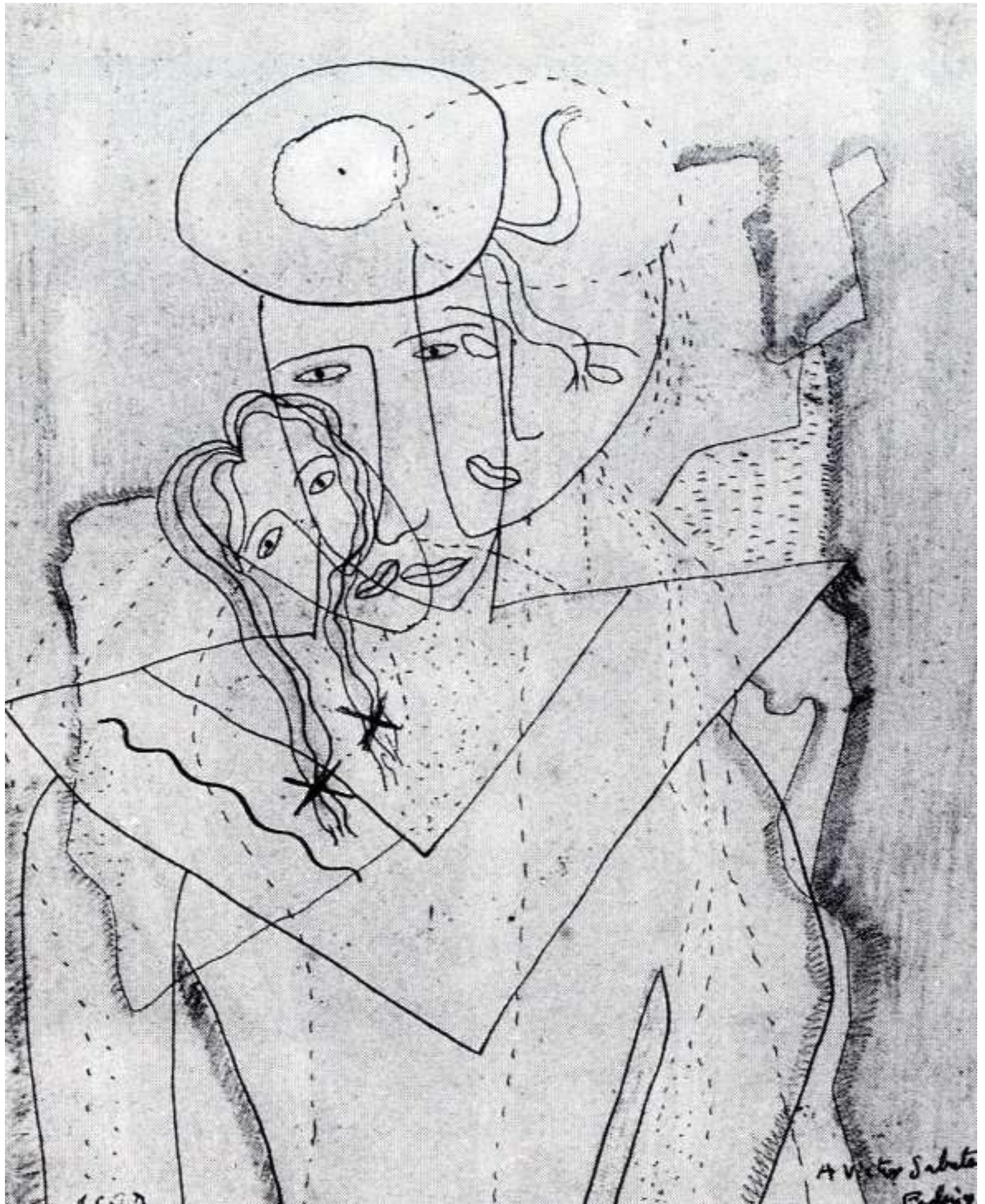
Romance de la pena negra

A José Navarro Pardo

Las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora,
cuando por el monte oscuro
baja Soledad Montoya.
Cobre amarillo, su carne,
huele a caballo y a sombra.
Yunques ahumados sus pechos,
gimen canciones redondas.
Soledad, ¿por quién preguntas
sin compaña y a estas horas?
Pregunte por quien pregunte,
dime: ¿a ti qué se te importa?
Vengo a buscar lo que busco,
mi alegría y mi persona.
Soledad de mis pesares,
caballo que se desboca,
al fin encuentra la mar
y se lo tragan las olas.
No me recuerdes el mar,
que la pena negra, brota
en las tierras de aceituna
bajo el rumor de las hojas.
¡Soledad, qué pena tienes!
¡Qué pena tan lastimosa!
Lloras zumo de limón
agrio de espera y de boca.
¡Qué pena tan grande! Corro
mi casa como una loca,
mis dos trenzas por el suelo,
de la cocina a la alcoba.
¡Qué pena! Me estoy poniendo
de azabache carne y ropa.

¡Ay, mis camisas de hilo!
¡Ay, mis muslos de amapola!
Soledad: lava tu cuerpo
con agua de las alondras,
y deja tu corazón
en paz, Soledad Montoya.
***

Por abajo canta el río:
volante de cielo y hojas.
Con flores de calabaza,
la nueva luz se corona.
¡Oh pena de los gitanos!
Pena limpia y siempre sola.
¡Oh pena de cauce oculto
y madrugada remota!





San Miguel (Granada)

A Diego Buhigas de Dalmáu

Se ven desde las barandas,
por el monte, monte, monte,

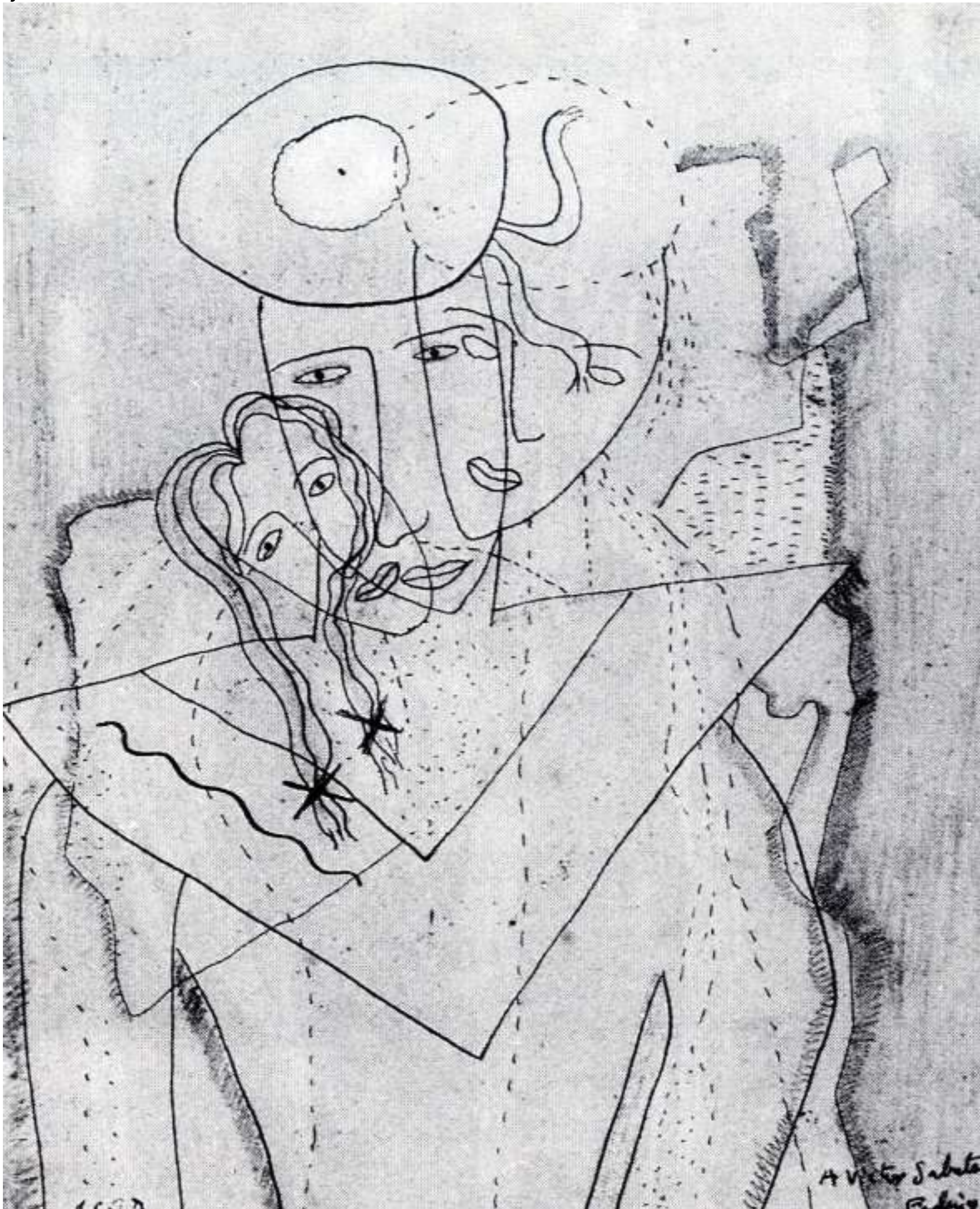
mulos y sombras de mulos
cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbrías
se empañan de inmensa noche.
En los recodos del aire,
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos
cierra sus ojos de azogue
dando a la quieta penumbra
un final de corazones.
Y el agua se pone fría
para que nadie la toque.
Agua loca y descubierta
por el monte, monte, monte.
***
San Miguel lleno de encajes
en la alcoba de su torre,
enseña sus bellos muslos,
ceñidos por los faroles.

Arcángel domesticado
en el gesto de las doce,
finge una cólera dulce
de plumas y ruiseñores.
San Miguel canta en los vidrios;
Efebo de tres mil noches,
fragante de agua colonia
y lejano de las flores.
***
El mar baila por la playa,
un poema de balcones.
Las orillas de la luna
pierden juncos, ganan voces.
Vienen manolas comiendo
semillas de girasoles,
los culos grandes y ocultos
como planetas de cobre.
Vienen altos caballeros

y dam



as de triste porte,
morenas por la nostalgia
de un ayer de ruiseñores.
Y el obispo de Manila,
ciego de azafrán y pobre,

dice misa con dos filos
para mujeres y hombres.
***

San Miguel se estaba quieto
en la alcoba de su torre,
con las enaguas cuajadas
de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos
y de los números nones,
en el primor berberisco
de gritos y miradores.

San Rafael (Córdoba)

A Juan Izquierdo Croselles.

I

Coches cerrados llegaban
a las orillas de juncos
donde las ondas alisan
romano torso desnudo.
Coches, que el Guadalquivir
tiende en su cristal maduro,
entre láminas de flores
y resonancias de nublos.
Los niños tejen y cantan
el desengaño del mundo,
cerca de los viejos coches
perdidos en el nocturno.
Pero Córdoba no tiembla
bajo el misterio confuso,
pues si la sombra levanta
la arquitectura del humo,
un pie de mármol afirma
su casto fulgor enjuto.

Pétalos de lata débil
recaman los grises puros
de la brisa, desplegada
sobre los arcos de triunfo.
Y mientras el puente sopla
diez rumores de Neptuno,
vendedores de tabaco
huyen por el roto muro.

II

Un solo pez en el agua
que a las dos Córdobas junta:
Blanda Córdoba de juncos.
Córdoba de arquitectura.
Niños de cara impasible
en la orilla se desnudan,
aprendices de Tobías
y Merlines de cintura,
para fastidiar al pez
en irónica pregunta
si quiere flores de vino
o saltos de media luna.
Pero el pez, que dora el agua
y los mármoles enluta,
les da lección y equilibrio
de solitaria columna.
El Arcángel aljamiado
de lentejuelas oscuras,
en el mitin de las ondas
buscaba rumor y cuna.
***

Un solo pez en el agua.
Dos Córdobas de hermosura.
Córdoba quebrada en chorros.
Celeste Córdoba enjuta.

San Gabriel (Sevilla)

A D. Agustín Viñuales

I

Un bello niño de junco,
anchos hombros, fino talle,
piel de nocturna manzana,
boca triste y ojos grandes,
nervio de plata caliente,
ronda la desierta calle.
Sus zapatos de charol
rompen las dalias del aire,
con los dos ritmos que cantan
breves lutos celestiales.
En la ribera del mar
no hay palma que se le iguale,
ni emperador coronado,
ni lucero caminante.
Cuando la cabeza inclina
sobre su pecho de jaspe,
la noche busca llanuras
porque quiere arrodillarse.
Las guitarras suenan solas
para San Gabriel Arcángel,
domador de palomillas
y enemigo de los sauces.
San Gabriel: El niño llora
en el vientre de su madre.
No olvides que los gitanos
te regalaron el traje.

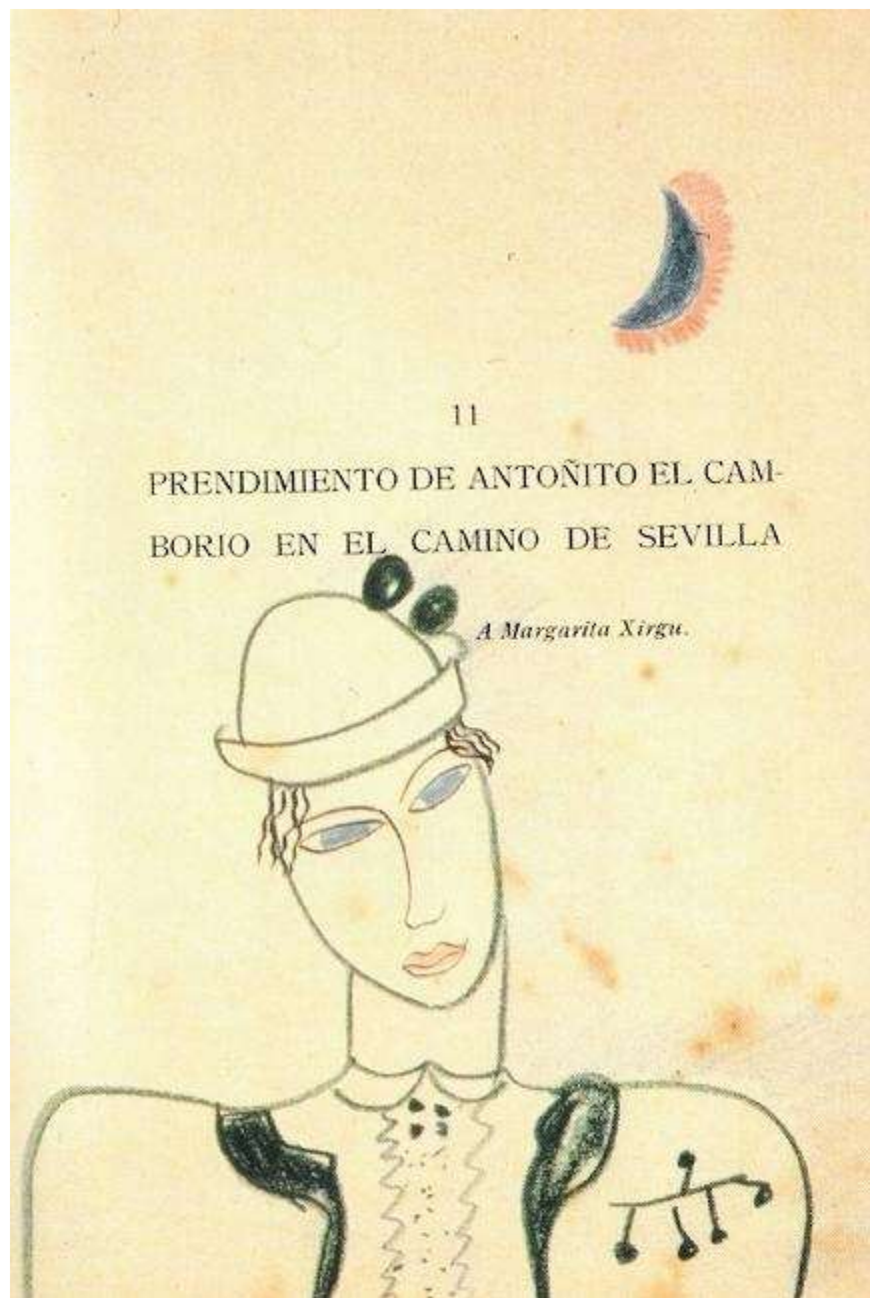
II

Anunciación de los Reyes,
bien lunada y mal vestida,
abre la puerta al lucero
que por la calle venía.
El Arcángel San Gabriel,

entre azucena y sonrisa,
biznieto de la Giralda,
se acercaba de visita.
En su chaleco bordado
grillos ocultos palpitan.
Las estrellas de la noche
se volvieron campanillas.
San Gabriel: Aquí me tienes
con tres clavos de alegría.
Tu fulgor abre jazmines
sobre mi cara encendida.
Dios te salve, Anunciación.
Morena de maravilla.
Tendrás un niño más bello
que los tallos de la brisa.
¡Ay, San Gabriel de mis ojos!
!Gabrielillo de mi vida!,
Para sentarte yo sueño
un sillón de clavellinas.
Dios te salve, Anunciación,
bien lunada y mal vestida.
Tu niño tendrá en el pecho
un lunar y tres heridas.
¡Ay, San Gabriel que reluces!
¡Gabrielillo de mi vida!
En el fondo de mis pechos
ya nace la leche tibia.
Dios te salve, Anunciación.
Madre de cien dinastías.
Áridos lucen tus ojos,
paisajes de caballista.
***

El niño canta en el seno
de Anunciación sorprendida.
Tres balas de almendra verde
tiemblan en su vocecita.
Ya San Gabriel en el aire
por una escala subía.
Las estrellas de la noche

se volvieron siemprevivas.



Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla

A Margarita Xirgu

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos,
y los fue tirando al agua
hasta que la puso de oro.
Y a la mitad del camino,
bajo las ramas de un olmo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.
***

El día se va despacio,
la tarde colgada a un hombro,
dando una larga torera
sobre el mar y los arroyos.
Las aceitunas aguardan
la noche de Capricornio,
y una corta brisa, ecuestre,
salta los montes de plomo.
Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
viene sin vara de mimbre
entre los cinco tricornios.

Antonio, ¿quién eres tú?
Si te llamaras Camborio,
hubieras hecho una fuente
de sangre con cinco chorros.
Ni tú eres hijo de nadie,
ni legítimo Camborio.
¡Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos!
Están los viejos cuchillos

tiritando bajo el polvo.
***

A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.
Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo,
mientras el cielo reluce
como la grupa de un potro.

Muerte de Antoñito el Camborio

A José Antonio Rubio Sacristán

Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan
voz de clavel varonil.
Les clavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.
Cuando las estrella clavan
rejones al agua gris,
cuando los erales sueñan
verónicas de alhelí,
voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
***

Antonio Torres Heredia.

Camborio de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clavel varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?
Mis cuatro primos Heredias
Hijos de Benamejí.
Lo que en otros no envidiaban,
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.
¡Ay, Antoñito el Camborio,
digno de una Emperatriz!
Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir.
¡Ay Federico García,
llama a la guardia civil!
Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz.

Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.
Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de rubor cansado
encendieron un candil.
Y cuando los cuatro primos
llegan a Benamejí,
voces de muerte cesaron
cerca del Guadalquivir.



“Manos cortadas” 1935-1936.Tinta china sobre papel tela, 23,1 x 16,5 cm. Legado Jean Gebser. Colección Fundación Federico García Lorca, Madrid

Muerto de amor

A Margarita Manso

¿Qué es aquello que reluce
por los altos corredores?
Cierra la puerta, hijo mío;
acaban de dar las once.
En mis ojos, sin querer,
relumbran cuatro faroles.

Será que la gente aquella
estará fraguando el cobre.
***

Ajo de agónica plata
la luna menguante, pone
cabelleras amarillas
a las amarillas torres.
La noche llama temblando
al cristal de los balcones,
perseguida por los mil
perros que no la conocen,
y un olor de vino y ámbar
viene de los corredores.
***

Brisas de caña mojada
y rumor de viejas voces
resonaban por el arco
roto de la medianoche.
Bueyes y rosas dormían.
Sólo por los corredores
las cuatro luces clamaban
con el furor de San Jorge.
Tristes mujeres del valle
bajaban su sangre de hombre,
tranquila de flor cortada
y amarga de muslo joven.
Viejas mujeres del río
lloraban al pie del monte
un minuto intransitable
de cabelleras y nombres.
Fachadas de cal ponían
cuadrada y blanca la noche.
Serafines y gitanos
tocaban acordeones.
Madre, cuando yo me muera,
que se enteren los señores.
Pon telegramas azules
que vayan del Sur al Norte.

Siete gritos, siete sangres,
siete adormideras dobles
quebraron opacas lunas
en los oscuros salones.
Lleno de manos cortadas
y coronitas de flores,
el mar de los juramentos
resonaba no sé dónde.
Y el cielo daba portazos
al brusco rumor del bosque,
mientras clamaban las luces
en los altos corredores.

Romance del emplazado

Para Emilio Aladrén

¡Mi soledad sin descanso!
Ojos chicos de mi cuerpo
y grandes de mi caballo,
no se cierran por la noche
ni miran al otro lado,
donde se aleja tranquilo
un sueño de trece barcos.
Sino que, limpios y duros
escuderos desvelados,
mis ojos miran un norte
de metales y peñascos,
donde mi cuerpo sin venas
consulta naipes helados.
***

Los densos bueyes del agua
embisten a los muchachos
que se bañan en las lunas
de sus cuernos ondulados.
Y los martillos cantaban
sobre los yunques sonámbulos,

el insomnio del jinete
y el insomnio del caballo.
***

El veinticinco de junio
le dijeron a el Amargo:
Ya puedes cortar si gustas
las adelfas de tu patio.
Pinta una cruz en la puerta
y pon tu nombre debajo,
porque cicutas y ortigas
nacerán en tu costado,
y agujas de cal mojada
te morderán los zapatos.
Será de noche, en lo oscuro,
por los montes imantados,
donde los bueyes del agua
beben los juncos soñando.
Pide luces y campanas.
Aprende a cruzar las manos,
y gusta los aires fríos
de metales y peñascos.
Porque dentro de dos meses
yacerás amortajado.
***

Espadón de nebulosa
mueve en el aire Santiago.
Grave silencio, de espalda,
manaba el cielo combado.
***

El veinticinco de junio
abrió sus ojos Amargo,
y el veinticinco de agosto
se tendió para cerrarlos.
Hombres bajaban la calle
para ver al emplazado,
que fijaba sobre el muro
su soledad con descanso.

Y la sábana impecable,
de duro acento romano,
daba equilibrio a la muerte
con las rectas de sus paños.

Romance de la Guardia Civil española

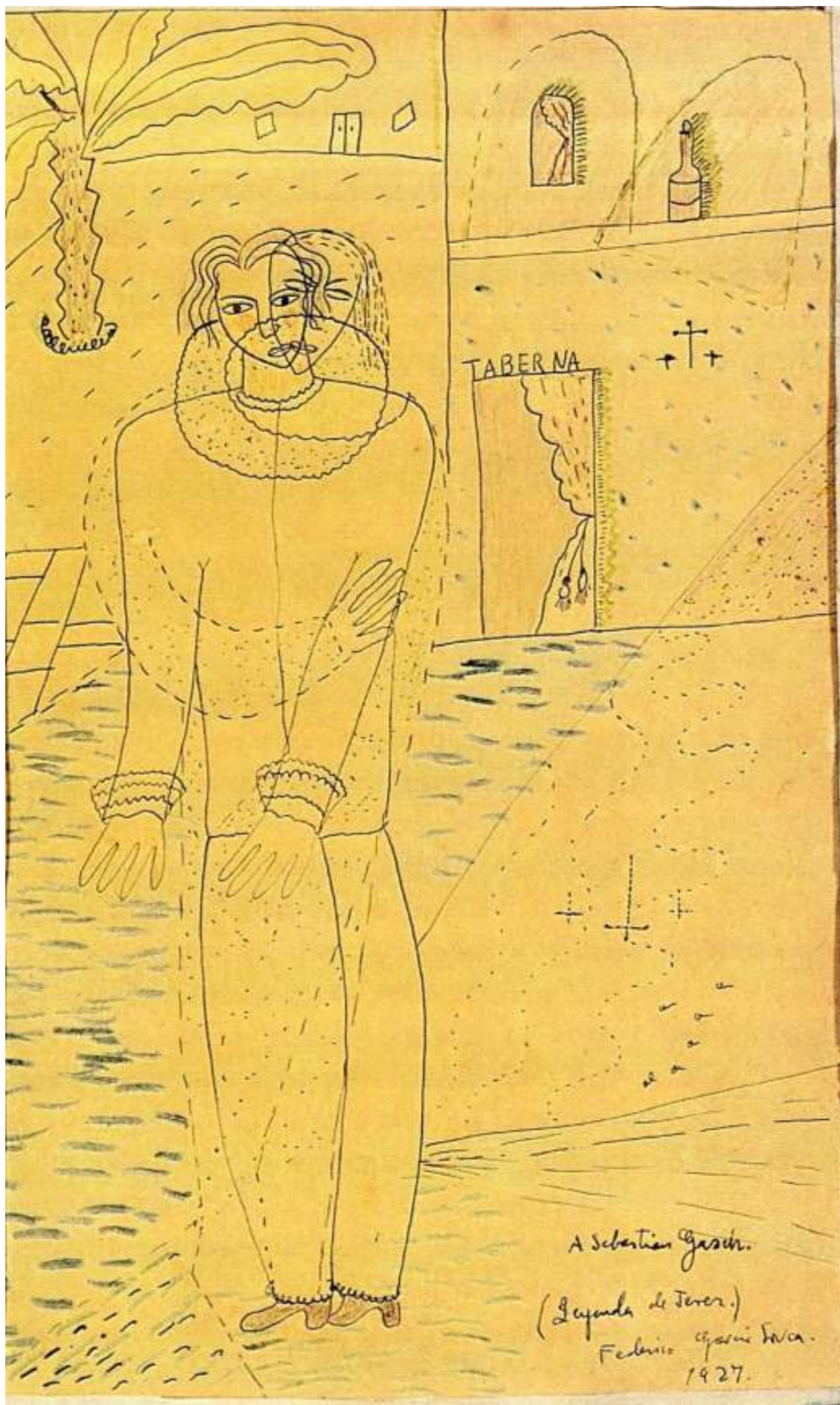
A Juan Guerrero, cónsul general de la poesía
Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura
y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
una vaga astronomía
de pistolas inconcretas.
***

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas, banderas.
La luna y la calabaza
con las guindas se conserva.
¡Oh ciudad de los gitanos!
Ciudad de dolor y almizcle,
con las torres de canela.
***

Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas

forjaban soles y flechas.
Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento, vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa,
en la noche platinoche,
noche, que noche nochera.
***

La Virgen y San José
perdieron sus castañuelas,
y buscan a los gitanos
para ver si las encuentran.
La Virgen viene vestida
con un traje de alcaldesa,
de papel de chocolate
con los collares de almendras.
San José mueve los brazos
bajo una capa de seda.
Detrás va Pedro Domecq
con tres sultanes de Persia.
La media luna soñaba
un éxtasis de cigüeña.
Estandartes y faroles
invaden las azoteas.
Por los espejos sollozan
bailarinas sin caderas.
Agua y sombra, sombra y agua
por Jerez de la Frontera.
***


TABERNA
A Sebastián Gasch.
(Leyenda de Jerez.)
Federico García Lorca.
1927.

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas, banderas.
Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita
¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Dejadla lejos del mar,
sin peines para sus crenchas.
***

Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
Avanzan de dos en fondo.
Doble nocturno de tela.
El cielo se les antoja
una vitrina de espuelas.
***

La ciudad, libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entraron a saco por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Por las calles de penumbra
huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de moneda.
Por las calles empinadas

suben las capas siniestras,
dejando detrás fugaces
remolinos de tijeras.

En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas,
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La Virgen cura a los niños
con salivilla de estrella.
Pero la guardia civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.
Rosa la de los Camborios
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas;
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.
Cuando todos los tejados
eran surcos en la tierra,
el alba meció sus hombros
en largo perfil de piedra.
***

¡Oh ciudad de los gitanos!
La guardia civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.

¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Que te busquen en mi frente.
Juego de luna y arena.

Tres romances históricos

Martirio de Santa Olalla

A Rafael Martínez Nadal.

I
PANORAMA DE MÉRIDA

Por la calle brinca y corre
caballo de larga cola,
mientras juegan o dormitan
viejos soldados de Roma.
Medio monte de Minervas
abre sus brazos sin hojas.
Agua en vilo redoraba
las aristas de las rocas.
Noche de torsos yacentes
y estrellas de nariz rota
aguarda grietas del alba
para derrumbarse toda.
De cuando en cuando sonaban
blasfemias de cresta roja.
Al gemir, la santa niña
quiebra el cristal de las copas.
La rueda afila cuchillos
y garfios de aguda comba:
Brama el toro de los yunques,
y Mérida se corona
de nardos casi despiertos
y tallos de zarzamora.

II
EL MARTIRIO

Flora desnuda se sube
por escalerillas de agua.
El Cónsul pide bandeja
para los senos de Olalla.

Un chorro de venas verdes
le brota de la garganta.
Su sexo tiembla enredado
como un pájaro en las zarzas.
Por el suelo, ya sin norma,
brincan sus manos cortadas
que aún pueden cruzarse en tenue
oración decapitada.
Por los rojos agujeros
donde sus pechos estaban
se ven cielos diminutos
y arroyos de leche blanca.
Mil arbolillos de sangre
le cubren toda la espalda
y oponen húmedos troncos
al bisturí de las llamas.
Centuriones amarillos
de carne gris, desvelada,
llegan al cielo sonando
sus armaduras de plata.
Y mientras vibra confusa
pasión de crines y espadas,
el Cónsul porta en bandeja
senos ahumados de Olalla.

III
INFIERNO Y GLORIA

Nieve ondulada reposa.
Olalla pende del árbol.
Su desnudo de carbón
tizna los aires helados.
Noche tirante reluce.
Olalla muerta en el árbol.
Tinteros de las ciudades
vuelcan la tinta despacio.
Negros maniquíes de sastre
cubren la nieve del campo
en largas filas que gimen
su silencio mutilado.

Nieve partida comienza.
Olalla blanca en el árbol.
Escuadras de níquel juntan
los picos en su costado.
***

Una custodia reluce
sobre los cielos quemados
entre gargantas de arroyo
y ruiseñores en ramos.
¡Saltan vidrios de colores!
Olalla blanca en lo blanco.
Ángeles y serafines
dicen: Santo, Santo, Santo.

Burla de Don Pedro a caballo

(**Romance con lagunas**)

A Jean Cassou.

Por una vereda
venía Don Pedro.
¡Ay cómo lloraba
el caballero!
Montado en un ágil
caballo sin freno,
venía en la busca
del pan y del beso.
Todas las ventanas
preguntan al viento,
por el llanto oscuro
del caballero.

PRIMERA LAGUNA

Bajo el agua
siguen las palabras.
Sobre el agua
una luna redonda

se baña,
dando envidia a la otra
¡tan alta!
En la orilla,
un niño,
ve las lunas y dice:
¡Noche; toca los platillos!

SIGUE

A una ciudad lejana
ha llegado Don Pedro.
Una ciudad de oro
entre un bosque de cedros.
¿Es Belén? Por el aire
yerbaluisa y romero.
Brillan las azoteas
y las nubes. Don Pedro
pasa por arcos rotos.
Dos mujeres y un viejo
con velones de plata
le salen al encuentro.
Los chopos dicen: No.
Y el ruiseñor: Veremos.

SEGUNDA LAGUNA

Bajo el agua
siguen las palabras.
Sobre el peinado del agua
un círculo de pájaros y llamas.
Y por los cañaverales,
testigos que conocen lo que falta.
Sueño concreto y sin norte
de madera de guitarra.

SIGUE

Por el camino llano
dos mujeres y un viejo

con velones de plata
van al cementerio.
Entre los azafranes
han encontrado muerto
el sombrío caballo
de Don Pedro.
Voz secreta de tarde
balaba por el cielo.
Unicornio de ausencia
rompe en cristal su cuerno.
La gran ciudad lejana
está ardiendo
y un hombre va llorando
tierras adentro.
Al Norte hay una estrella.
Al Sur un marinero.



Marinero

ÚLTIMA LAGUNA

Bajo el agua
están las palabras.

Limo de voces perdidas.
Sobre la flor enfriada,
está Don Pedro olvidado,
¡ay!, jugando con las ranas.

Thamar y Amnón

Para Alfonso García-Valdecasas.

La luna gira en el cielo
sobre las tierras sin agua
mientras el verano siembra
rumores de tigre y llama.
Por encima de los techos
nervios de metal sonaban.
Aire rizado venía
con los balidos de lana.
La sierra se ofrece llena
de heridas cicatrizadas,
o estremecida de agudos
cauterios de luces blancas.
***

Thamar estaba soñando
pájaros en su garganta
al son de panderos fríos
y cítaras enlunadas.
Su desnudo en el alero,
agudo norte de palma,
pide copos a su vientre
y granizo a sus espaldas.
Thamar estaba cantando
desnuda por la terraza.
Alrededor de sus pies,
cinco palomas heladas.
Amnón, delgado y concreto,
en la torre la miraba,

llenas las ingles de espuma
y oscilaciones la barba.
Su desnudo iluminado
se tendía en la terraza,
con un rumor entre dientes
de flecha recién clavada.
Amnón estaba mirando
la luna redonda y baja,
y vio en la luna los pechos
durísimos de su hermana.
***

Amnón a las tres y media
se tendió sobre la cama.
Toda la alcoba sufría
con sus ojos llenos de alas.
La luz, maciza, sepulta
pueblos en la arena parda,
o descubre transitorio
coral de rosas y dalias.
Linfa de pozo oprimida
brota silencio en las jarras.
En el musgo de los troncos
la cobra tendida canta.
Amnón gime por la tela
fresquísima de la cama.
Yedra del escalofrío
cubre su carne quemada.
Thamar entró silenciosa
en la alcoba silenciada,
color de vena y Danubio,
turbia de huellas lejanas.
Thamar, bórrame los ojos
con tu fija madrugada.
Mis hilos de sangre tejen
volantes sobre tu falda.
Déjame tranquila, hermano.
Son tus besos en mi espalda
avispas y vientecillos
en doble enjambre de flautas.

Thamar, en tus pechos altos
hay dos peces que me llaman,
y en las yemas de tus dedos
rumor de rosa encerrada.
***

Los cien caballos del rey
en el patio relinchaban.
Sol en cubos resistía
la delgadez de la parra.
Ya la coge del cabello,
ya la camisa le rasga.
Corales tibios dibujan
arroyos en rubio mapa.
***

¡Oh, qué gritos se sentían
por encima de las casas!
Qué espesura de puñales
y túnicas desgarradas.
Por las escaleras tristes
esclavos suben y bajan.
Émbolos y muslos juegan
bajo las nubes paradas.
Alrededor de Thamar
gritan vírgenes gitanas
y otras recogen las gotas
de su flor martirizada.
Paños blancs enrojecen
en las alcobas cerradas.
Rumores de tibia aurora
pámpanos y peces cambian.
***

Violador enfurecido,
Amnón huye con su jaca.
Negros le dirigen flechas
en los muros y atalayas.
Y cuando los cuatro cascos
eran cuatro resonancias,

David con unas tijeras cortó
las cuerdas del arpa.

Fotomontaje de una calle con serpientes y animales salvajes.



CIUDAD SIN SUEÑO

(Nocturno de Brooklyn Bridge)

POETA EN NUEVA YORK

A Bebe y Carlos Morla

Poemas de la soledad en Columbia University
Los negros
Calles y sueños
Poemas del lago Edem Mills
En la cabaña del Farmer
Introducción a la muerte
Vuelta a la ciudad
Dos odas
Huída de Nueva York
El poeta llega a la Habana



Hombre y joven marinero
Época neoyorquina

Poemas de la soledad en Columbia University.

Furia color de amor,
Amor color de olvido
Luis Cernuda
Vuelta de paseo
1910. Intermedio
Fábula y rueda de los tres amigos
Tu infancia en Mentón

Vuelta de paseo

Asesinado por el cielo,

entre las formas que van hacia la sierpe
y las formas que buscan el cristal,
dejaré crecer mis cabellos.

Con el árbol de muñones que no canta
y el niño con el blanco rostro de huevo.

Con los animalitos de cabeza rota
y el agua harapienta de los pies secos.

Con todo lo que tiene cansancio sordomudo
y mariposa ahogada en el tintero.

Tropezando con mi rostro distinto de cada día.
¡Asesinado por el cielo!

1910 Intermedio

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
no vieron enterrar a los muertos,
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada,
ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito de mar.

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,
el hocico del toro, la seta venenosa
y una luna incomprensible que iluminaba por los rincones
los pedazos de limón seco bajo el negro duro de las botellas.

Aquellos ojos míos en el cuello de la jaca,
en el seno traspasado de Santa Rosa dormida,
en los tejados del amor, con gemidos y frescas manos,
en un jardín donde los gatos se comían a las ranas.

Desván donde el polvo viejo congrega estatuas y musgos,
cajas que guardan silencio de cangrejos devorados
en el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.
Allí mis pequeños ojos.

No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su curso encuentran su vacío.
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente
y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudo!

Fábula y rueda de los tres amigos

Enrique,
Emilio,
Lorenzo.

Estaban los tres helados:
Enrique por el mundo de las camas;
Emilio por el mundo de los ojos y las heridas de las manos,
Lorenzo por el mundo de las universidades sin tejados.

Lorenzo,
Emilio,
Enrique.

Estaban los tres quemados:
Lorenzo por el mundo de las hojas y las bolas de billar;
Emilio por el mundo de la sangre y los alfileres blancos;
Enrique por el mundo de los muertos y los periódicos abandonados.

Lorenzo,
Emilio,
Enrique.

Estaban los tres enterrados:
Lorenzo en un seno de Flora;
Emilio en la yerta ginebra que se olvida en el vaso;
Enrique en la hormiga, en el mar y en los ojos vacíos de los pájaros.

Lorenzo,
Emilio,
Enrique,

fueron los tres en mis manos

tres montañas chinas,
tres sombras de caballo,
tres paisajes de nieve y una cabaña de azucenas
por los palomares donde la luna se pone plana bajo el gallo.

Uno
y uno
y uno.

Estaban los tres momificados,
con las moscas del invierno,
con los tinteros que orina el perro y desprecia el vilano,
con la brisa que hiela el corazón de todas las madres,
por los blancos derribos de Júpiter donde meriendan muerte los borrachos.

Tres
y dos
y uno.

Los vi perderse llorando y cantando
por un huevo de gallina,
por la noche que enseñaba su esqueleto de tabaco,
por mi dolor lleno de rostros y punzantes esquirlas de luna,
por mi alegría de ruedas dentadas y látigos,
por mi pecho turbado por las palomas,
por mi muerte desierta con un solo paseante equivocado.

Yo había matado la quinta luna
y bebían agua por las fuentes los abanicos y los aplausos,
Tibia leche encerrada de las recién paridas
agitaba las rosas con un largo dolor blanco.

Enrique,
Emilio,
Lorenzo.

Diana es dura.
pero a veces tiene los pechos nublados.
Puede la piedra blanca latir con la sangre del ciervo
y el ciervo puede soñar por los ojos de un caballo.

Cuando se hundieron las formas puras
bajo el cri cri de las margaritas,
comprendí que me habían asesinado.
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias,
abrieron los toneles y los armarios,
destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.
Ya no me encontraron.
¿No me encontraron?
No. No me encontraron.
Pero se supo que la sexta luna huyó torrente arriba,
y que el mar recordó ¡de pronto!
los nombres de todos sus ahogados.

Tu infancia en Mentón

Si, tu niñez ya fábula de fuentes.
Jorge Guillén

Sí, tu niñez ya fábula de fuentes.
El tren y la mujer que llena el cielo.
Tu soledad esquiva en los hoteles
y tu máscara pura de otro signo.
Es la niñez del mar y tu silencio
donde los sabios vidrios se quebraban.
Es tu yerta ignorancia donde estuvo
mi torso limitado por el fuego.
Norma de amor te di, hombre de Apolo,
llanto con ruiseñor enajenado,
pero, pasto de ruinas, te afilabas
para los breves sueños indecisos.
Pensamiento de enfrente, luz de ayer,
índices y señales del acaso.
Tu cintura de arena sin sosiego
atiende sólo rastros que no escalan.
Pero yo he de buscar por los rincones
tu alma tibia sin ti que no te entiende,
con el dolor de Apolo detenido
con que he roto la máscara que llevas.

Allí, león, allí furia del cielo,
te dejaré pacer en mis mejillas;
allí, caballo azul de mi locura,
pulso de nebulosa y minutero,
he de buscar las piedras de alacranes
y los vestidos de tu madre niña,
llanto de media noche y paño roto
que quitó luna de la sien del muerto.
Si, tu niñez ya fábula de fuentes.
Alma extraña de mi hueco de venas,
te he de buscar pequeña y sin raíces.
¡Amor de siempre, amor, amor de nunca!
¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejadme.
No me tapen la boca los que buscan
espigas de Saturno por la nieve
o castran animales por un cielo,
clínica y selva de la anatomía.
Amor, amor, amor. Niñez del mar.
Tu alma tibia sin ti que no te entiende.
Amor, amor, un vuelo de la corza
por el pecho sin fin de la blancura.
Y tu niñez, amor, y tu niñez.
El tren y la mujer que llena el cielo.
Ni tú, ni yo, ni el aire, ni las hojas.
Sí, tu niñez ya fábula de fuentes.

Los negros.

Para Angel del Río

Norma y parasío de los negros
Oda al rey de Harlem
Iglesia abandonada

Norma y paraíso de los negros

Odian la sombra del pájaro
sobre el pleamar de la blanca mejilla
y el conflicto de luz y viento

en el salón de la nieve fría.

Odian la flecha sin cuerpo,
el pañuelo exacto de la despedida,
la aguja que mantiene presión y rosa
en el gramíneo rubor de la sonrisa.

Aman el azul desierto,
las vacilantes expresiones bovinas,
la mentirosa luna de los polos.
la danza curva del agua en la orilla.

Con la ciencia del tronco y el rastro
llenan de nervios luminosos la arcilla
y patinan lúbricos por aguas y arenas
gustando la amarga frescura de su milenaria saliva.

Es por el azul crujiente,
azul sin un gusano ni una huella dormida,
donde los huevos de avestruz quedan eternos
y deambulan intactas las lluvias bailarinas.

Es por el azul sin historia,
azul de una noche sin temor de día,
azul donde el desnudo del viento va quebrando
los camellos sonámbulos de las nubes vacías.

Es allí donde sueñan los torsos bajo la gula de la hierba.
Allí los corales empapan la desesperación de la tinta,
los durmientes borran sus perfiles bajo la madeja de los caracoles
y queda el hueco de la danza sobre las últimas cenizas.

Oda al rey de Harlem

Con una cuchara *de palo* ***(*)***
arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una cuchara *de palo.****(*)***

Fuego de siempre dormía en los pedernales,
y los escarabajos borrachos de anís
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas
iba al sitio donde lloraban los negros
mientras crujía la cuchara del rey
y llegaban los tanques de agua podrida.

Las rosas huían por los filos
de las últimas curvas del aire,
y en los montones de azafrán
los niños machacaban pequeñas ardillas
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes
y llegar al rubor negro
para que el perfume de pulmón
nos golpee las sienes con su vestido
de caliente piña.

Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente
a todos los amigos de la manzana y de la arena,
y es necesario dar con los puños cerrados
a las pequeñas judías que tiemblan llenas de burbujas,
para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre,
para que los cocodrilos duerman en largas filas
bajo el amianto de la luna,
y para que nadie dude de la infinita belleza
de los plumeros, los ralladores, los cobres y las cacerolas de las cocinas.

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!
No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje.
***

Tenía la noche una hendidura y quietas salamandras de marfil.
Las muchachas americanas

llevaban niños y monedas en el vientre,
y los muchachos se desmayaban en la cruz del desperezo.

Ellos son.
Ellos son los que beben el whisky de plata junto a los volcanes
y tragan pedacitos de corazón por las heladas montañas del oso.

Aquella noche el rey de Harlem, con una durísima cuchara
arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una *durísima* ***(*)*** cuchara.

Los negros lloraban confundidos
entre paraguas y soles de oro,
los mulatos estiraban gomas, ansiosos de llegar al torso blanco,
y el viento empañaba espejos
y quebraba las venas de los bailarines.

Negros, Negros, Negros, Negros.
La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba.
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,
viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes,
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de Cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertes enharinadas y ceniza de nardo,
cielos yertos, en declive, donde las colonias de planetas
rueden por las playas con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,
hecha de espartos exprimidos, néctares de subterráneos.
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella
y disuelve a las mariposas en los cristales de la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá
por los tejados y azoteas, por todas partes,
para quemar la clorofila de las mujeres rubias,
para gemir al pie de las camas ante el insomnio de los lavabos
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo.

Hay que huir,

huir por las esquinas y encerrarse en los últimos pisos,
porque el tuétano del bosque penetrará por las rendijas
para dejar en vuestra carne una leve huella de eclipse
y una falsa tristeza de guante desteñido y rosa química.
***

Es por el silencio sapientísimo
cuando los camareros y los cocineros y los que limpian con la lengua
las heridas de los millonarios
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera, oblicuo en el negro fango,
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros;
un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta sobre el monóculo,
el amor por un solo rostro invisible a flor de piedra.
Médulas y corolas componían sobre las nubes
un desierto de tallos sin una sola rosa.

A la izquierda, a la derecha, por el sur y por el norte,
se levanta el muro impasible
para el topo, la aguja del agua.
No busquéis, negros, su grieta
para hallar la máscara infinita.
Buscad el gran sol del centro
hechos una piña zumbadora.
El sol que se desliza por los bosques
seguro de no encontrar una ninfa,
el sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño,
el tatuado sol que baja por el río
y muge seguido de caimanes.

Negros, Negros, Negros, Negros.
Jamás sierpe, ni cebra, ni mula
palidecieron al morir.
El leñador no sabe cuándo expiran
los clamorosos árboles que corta.

Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey
a que cicutas y cardos y ortigas turben postreras azoteas.

Entonces, negros, entonces, entonces,
podréis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,
poner parejas de microscopios en las cuevas de las ardillas
y danzar al fin, sin duda, mientras las flores erizadas
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos del cielo.

¡Ay, Harlem, disfrazada!
¡Ay, Harlem, amenazada por un gentío de trajes sin cabeza!
Me llega tu rumor,
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,
a través de láminas grises,
donde flotan sus automóviles cubiertos de dientes,
a través de los caballos muertos y los crímenes diminutos,
a través de tu gran rey desesperado
cuyas barbas llegan al mar.

(*) Nota: *Términos:* **palo, durísima,** *añadidos en la edición Galaxia-Gutemberg. No en otras ediciones.*

Iglesia abandonada

(**Balada de la gran guerra**)

Yo tenía un hijo que se llamaba Juan.
Yo tenía un hijo.
Se perdió por los arcos un viernes de todos los muertos.
Le vi jugar en las últimas escaleras de la misa
y echaba un cubito de hojalata en el corazón del sacerdote.
He golpeado los ataúdes. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!
Saqué una pata de gallina por detrás de la luna y luego
comprendí que mi niña era un pez
por donde se alejan las carretas.
Yo tenía una niña.
Yo tenía un pez muerto bajo la ceniza de los incensarios.
Yo tenía un mar. ¿De qué? ¡Dios mío! ¡Un mar!
Subí a tocar las campanas, pero las frutas tenían gusanos.

y las cerillas apagadas
se comían los trigos de la primavera.
Yo vi la transparente cigüeña de alcohol
mondar las negras cabezas de los soldados agonizantes
y vi las cabañas de goma
donde giraban las copas llenas de lágrimas.
En las anémonas del ofertorio te encontraré, ¡corazón mío!,
cuando el sacerdote levanta la mula y el buey con sus fuertes brazos,
para espantar los sapos nocturnos que rondan los helados paisajes del cáliz.
Yo tenía un hijo que era un gigante,
pero los muertos son más fuertes y saben devorar pedazos de cielo.
Si mi niño hubiera sido un oso,
yo no temería el sigilo de los caimanes,
ni hubiese visto el mar amarrado a los árboles
para ser fornicado y herido por el tropel de los regimientos.
¡Si mi niño hubiera sido un oso!
Me envolveré sobre esta lona dura para no sentir el frío de los musgos.
Sé muy bien que me darán una manga o la corbata;
pero en el centro de la misa yo romperé el timón y entonces
vendrá a la piedra la locura de pingüinos y gaviotas
que harán decir a los que duermen y a los que cantan por las esquinas:
él tenía un hijo.
¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡Un hijo
que no era más que suyo, porque era su hijo!
¡Su hijo! ¡Su hijo! ¡Su hijo!

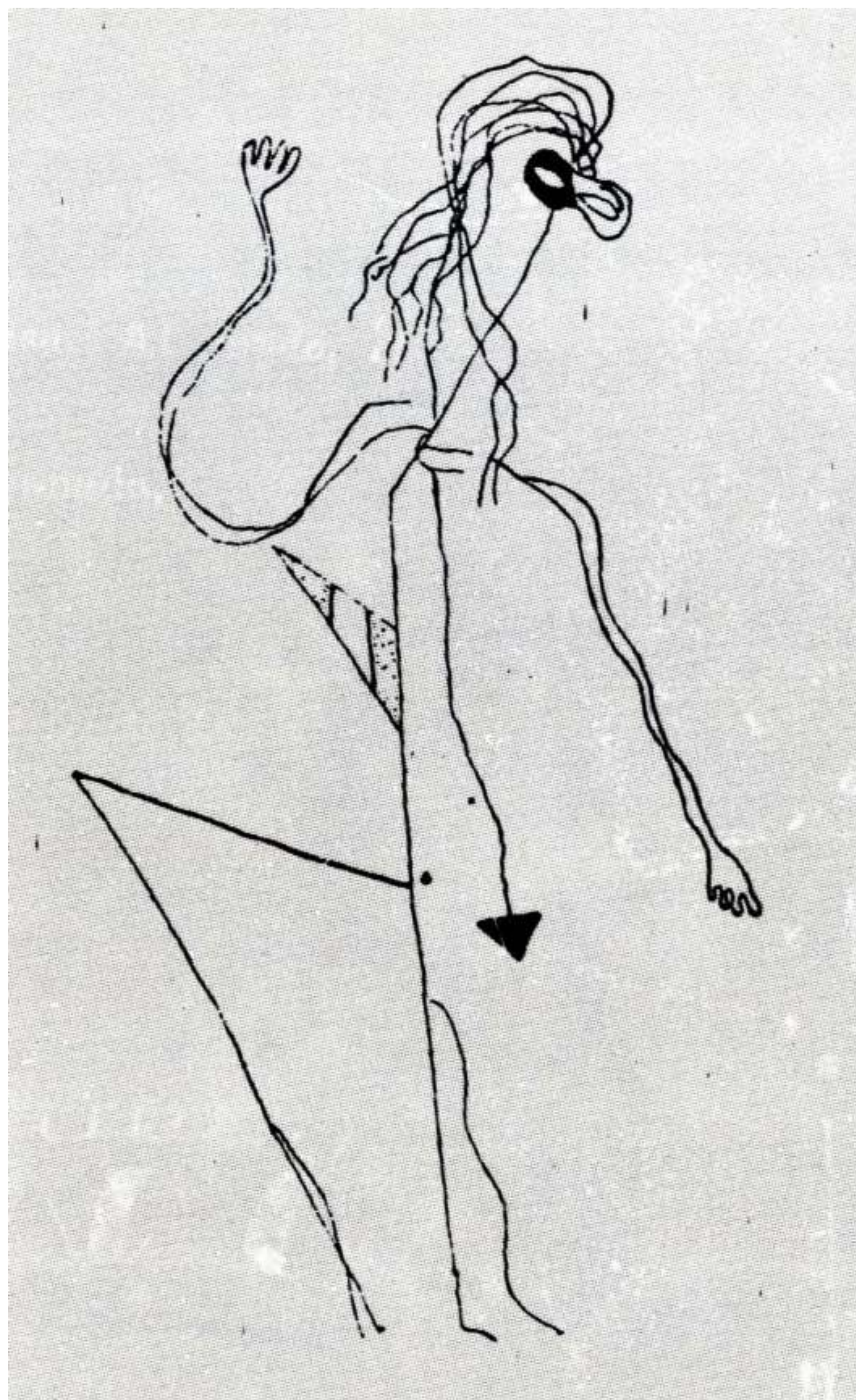
Calles y sueños

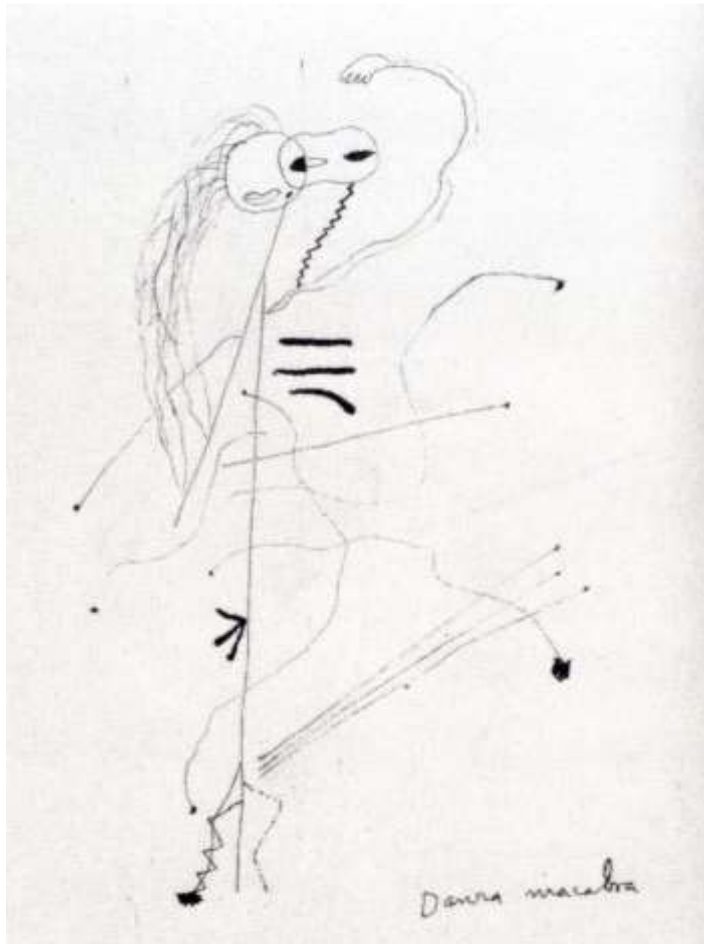
A Rafael R. Rapún

Un pájaro de papel en el pecho
dice que el tiempo de los besos no ha llegado

Vicente Aleixandre

Ciudad sin sueño
Panorama ciego de Nueva York
Nacimiento de Cristo
La aurora







Danza macabra

Danza de la muerte

El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo viene del África a New York!

Se fueron los árboles de la pimienta,
los pequeños botones de fósforo.
Se fueron los camellos de carne desgarrada
y los valles de luz que el cisne levantaba con el pico.

Era el momento de las cosas secas,
de la espiga en el ojo y el gato laminado,
del óxido de hierro de los grandes puentes
y el definitivo silencio del corcho.

Era la gran reunión de los animales muertos,
traspasados por las espadas de la luz;
la alegría eterna del hipopótamo con las pezuñas de ceniza
y de la gacela con una siempreviva en la garganta.

En la marchita soledad sin honda
el abollado mascarón danzaba.
Medio lado del mundo era de arena,
mercurio y sol dormido el otro medio.

El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
!Arena, caimán y miedo sobre Nueva York!

Desfiladeros de cal aprisionaban un cielo vacío
donde sonaban las voces de los que mueren bajo el guano.
Un cielo mondado y puro, idéntico a sí mismo,
con el bozo y lirio agudo de sus montañas invisibles,

acabó con los más leves tallitos del canto
y se fue al diluvio empaquetado de la savia,
a través del descanso de los últimos desfiles,
levantando con el rabo pedazos de espejos.

Cuando el chino lloraba en el tejado
sin encontrar el desnudo de su mujer
y el director del banco observando el manómetro
que mide el cruel silencio de la moneda,
el mascarón llegaba al Wall Street.

No es extraño para la danza
este columbario que pone los ojos amarillos.
De la esfinge a la caja de caudales hay un hilo tenso
que atraviesa el corazón de todos los niños pobres.
El ímpetu primitivo baila con el ímpetu mecánico,
ignorantes en su frenesí de la luz original.
Porque si la rueda olvida su fórmula,
ya puede cantar desnuda con las manadas de caballos:
y si una llama quema los helados proyectos,
el cielo tendrá que huir ante el tumulto de las ventanas.

No es extraño este sitio para la danza, yo lo digo.
El mascarón bailará entre columnas de sangre y de números,
entre huracanes de oro y gemidos de obreros parados
que aullarán, noche oscura, por tu tiempo sin luces,
¡oh salvaje Norteamérica! ¡oh impúdica! ¡oh salvaje,
tendida en la frontera de la nieve!

El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Qué ola de fango y luciérnaga sobre Nueva York!
***

Yo estaba en la terraza luchando con la luna.
Enjambres de ventanas acribillaban un muslo de la noche.
En mis ojos bebían las dulces vacas de los cielos.
Y las brisas de largos remos
golpeaban los cenicientos cristales de Broadway.

La gota de sangre buscaba la luz de la yema del astro
para fingir una muerta semilla de manzana.
El aire de la llanura, empujado por los pastores,
temblaba con un miedo de molusco sin concha.

Pero no son los muertos los que bailan,
estoy seguro.
Los muertos están embebidos, devorando sus propias manos.
Son los otros los que bailan con el mascarón y su vihuela;
son los otros, los borrachos de plata, los hombres fríos,
los que crecen en el cruce de los muslos y llamas duras,
los que buscan la lombriz en el paisaje de las escaleras,

los que beben en el banco lágrimas de niña muerta
o los que comen por las esquinas diminutas pirámides del alba.

¡Que no baile el Papa!
¡No, que no baile el Papa!
Ni el Rey,
ni el millonario de dientes azules,
ni las bailarinas secas de las catedrales,
ni constructores, ni esmeraldas, ni locos, ni sodomitas.
Sólo este mascarón,
este mascarón de vieja escarlatina,
¡sólo este mascarón!

Que ya las cobras silbarán por los últimos pisos,
que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas,
que ya la Bolsa será una pirámide de musgo,
que ya vendrán lianas después de los fusiles
y muy pronto, muy pronto, muy pronto.
¡Ay, Wall Street!

El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo escupe veneno de bosque
por la angustia imperfecta de Nueva York!
Diciembre 1929



AUTORRETRATO EN NUEVA YORK,
hacia 1929-1931.
¿Tinta china sobre papel?.
Medidas y paradero desconocidos.

Paisaje de la multitud que vomita

Anochecer en Coney Island

La mujer gorda venía delante
arrancando las raíces y mojando el pergamino de los tambores;
la mujer gorda
que vuelve del revés los pulpos agonizantes.
La mujer gorda, enemiga de la luna,
corría por las calles y los pisos deshabitados
y dejaba por los rincones pequeñas calaveras de paloma
y levantaba las furias de los banquetes de los siglos últimos
y llamaba al demonio del pan por las colinas del cielo barrido
y filtraba un ansia de luz en las circulaciones subterráneas.
Son los cementerios, lo sé, son los cementerios

y el dolor de las cocinas enterradas bajo la arena,
son los muertos, los faisanes y las manzanas de otra hora
los que nos empujan en la garganta.

Llegaban los rumores de la selva del vómito
con las mujeres vacías, con niños de cera caliente,
con árboles fermentados y camareros incansables
que sirven platos de sal bajo las arpas de la saliva.
Sin remedio, hijo mío, ¡vomita! No hay remedio.
No es el vómito de los húsares sobre los pechos de la prostituta,
ni el vómito del gato que se tragó una rana por descuido.
Son los muertos que arañan con sus manos de tierra
las puertas de pedernal donde se pudren nublos y postres.

La mujer gorda venía delante
con las gentes de los barcos, de las tabernas y de los jardines.
El vómito agitaba delicadamente sus tambores
entre algunas niñas de sangre
que pedían protección a la luna.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mi!
Esta mirada mía fue mía, pero ya no es mía,
esta mirada que tiembla desnuda por el alcohol
y despide barcos increíbles
por las anémonas de los muelles.
Me defiendo con esta mirada
que mana de las ondas por donde el alba no se atreve,
yo, poeta sin brazos, perdido
entre la multitud que vomita,
sin caballo efusivo que corte
los espesos musgos de mis sienes.
Pero la mujer gorda seguía delante
y la gente buscaba las farmacias
donde el amargo trópico se fija.
Sólo cuando izaron la bandera y llegaron los primeros canes
la ciudad entera se agolpó en las barandillas del embarcadero.
New York, 29 de diciembre de 1929

Paisaje de la multitud que orina

Nocturno de Battery Place

Se quedaron solos:
aguardaban la velocidad de las últimas bicicletas.
Se quedaron solas:
esperaban la muerte de un niño en el velero japonés.
Se quedaron solos y solas,
soñando con los picos abiertos de los pájaros agonizantes,
con el agudo quitasol que pincha
al sapo recién aplastado,
bajo un silencio con mil orejas
y diminutas bocas de agua
en los desfiladeros que resisten
el ataque violento de la luna.
Lloraba el niño del velero y se quebraban los corazones
angustiados por el testigo y la vigilia de todas las cosas
y porque todavía en el suelo celeste de negras huellas
gritaban nombres oscuros, salivas y radios de níquel.
No importa que el niño calle cuando le clavan el último alfiler,
no importa la derrota de la brisa en la corola del algodón,
porque hay un mundo de la muerte con marineros definitivos
que se asomarán a los arcos y os helarán por detrás de los árboles.
Es inútil buscar el recodo
donde la noche olvida su viaje
y acechar un silencio que no tenga
trajes rotos y cáscaras y llanto,
porque tan sólo el diminuto banquete de la araña
basta para romper el equilibrio de todo el cielo.
No hay remedio para el gemido del velero japonés,
ni para estas gentes ocultas que tropiezan con las esquinas.
El campo se muerde la cola para unir las raíces en un punto
y el ovillo busca por la grama su ansia de longitud insatisfecha.
¡La luna! Los policías. ¡Las sirenas de los transatlánticos!
Fachadas de orin, de humo, anémonas; guantes de goma.
Todo está roto por la noche,
abierta de piernas sobre las terrazas.
Todo está roto por los tibios caños
de una terrible fuente silenciosa.
¡Oh gentes! ¡Oh mujercillas! ¡Oh soldados!
Será preciso viajar por los ojos de los idiotas,

campos libres donde silban las mansas cobras deslumbradas,
paisajes llenos de sepulcros que producen fresquísimas manzanas,
para que venga la luz desmedida
que temen los ricos detrás de sus lupas,
el olor de un solo cuerpo con la doble vertiente de lis y rata
y para que se quemen estas gentes que pueden orinar alrededor de un gemido
o en los cristales donde se comprenden las olas nunca repetidas.

Asesinato

Dos voces de madrugada en Riverside Drive

¿Cómo fue?
Una grieta en la mejilla.
¡Eso es todo!
Una uña que aprieta el tallo.
Un alfiler que bucea
hasta encontrar las raicillas del grito.
Y el mar deja de moverse.
¿Cómo, cómo fue?
Así
¡Déjame! ¿De esa manera?
Sí.
El corazón salió solo.
¡Ay, ay de mí!

Navidad en el Hudson

¡Esa esponja gris!
Ese marinero recién degollado.
Ese río grande.
Esa brisa de límites oscuros.
Ese filo, amor, ese filo.
Estaban los cuatro marineros luchando con el mundo.
con el mundo de aristas que ven todos los ojos,
con el mundo que no se puede recorrer sin caballos.
Estaban uno, cien, mil marineros
luchando con el mundo de las agudas velocidades,

sin enterarse de que el mundo
estaba solo por el cielo.

El mundo solo por el cielo solo.
Son las colinas de martillos y el triunfo de la hierba espesa.
Son los vivísimos hormigueros y las monedas en el fango.
El mundo solo por el cielo solo
y el aire a la salida de todas las aldeas.

Cantaba la lombriz el terror de la rueda
y el marinero degollado
cantaba al oso de agua que lo había de estrechar;
y todos cantaban aleluya,
aleluya. Cielo desierto.
Es lo mismo, ¡lo mismo!, aleluya.

He pasado toda la noche en los andamios de los arrabales
dejándome la sangre por la escayola de los proyectos,
ayudando a los marineros a recoger las velas desgarradas.
Y estoy con las manos vacías en el rumor de la desembocadura.
No importa que cada minuto
un niño nuevo agite sus ramitos de venas,
ni que el parto de la víbora, desatado bajo las ramas,
calme la sed de sangre de los que miran el desnudo.
Lo que importa es esto: hueco. Mundo solo. Desembocadura.
Alba no. Fábula inerte.
Sólo esto: desembocadura.
¡Oh esponja mía gris!
¡Oh cuello mío recién degollado!
¡Oh río grande mío!
¡Oh brisa mía de límites que no son míos!
¡Oh filo de mi amor, oh hiriente filo!
New York, 27 de diciembre de 1929

Ciudad sin sueño

Nocturno de Brooklyn Bridge

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.

No duerme nadie.
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Hay un muerto en el cementerio más lejano
que se queja tres años
porque tiene un paisaje seco en la rodilla;
y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto
que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas.
Pero no hay olvido, ni sueño:
carne viva. Los besos atan las bocas
en una maraña de venas recientes
y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso
y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Un día
los caballos vivirán en las tabernas
y las hormigas furiosas
atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas.

Otro día
veremos la resurrección de las mariposas disecadas
y aún andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,
a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato,
hay que llevarlos al muro donde iguanas y sierpes esperan,
donde espera la dentadura del oso,
donde espera la mano momificada del niño

y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Pero si alguien cierra los ojos,
¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!
Haya un panorama de ojos abiertos
y amargas llagas encendidas.
No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
Ya lo he dicho.
No duerme nadie.
Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienes,
abrid los escotillones para que vea bajo la luna
las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.

Panorama ciego de Nueva York

Si no son los pájaros
cubiertos de ceniza,
si no son los gemidos que golpean las ventanas de la boda,
serán las delicadas criaturas del aire
que manan la sangre nueva por la oscuridad inextinguible.
Pero no, no son los pájaros,
porque los pájaros están a punto de ser bueyes;
pueden ser rocas blancas con la ayuda de la luna
y son siempre muchachos heridos
antes de que los jueces levanten la tela.

Todos comprenden el dolor que se relaciona con la muerte,
pero el verdadero dolor no está presente en el espíritu.
No está en el aire ni en nuestra vida,
ni en estas terrazas llenas de humo.
El verdadero dolor que mantiene despiertas las cosas
es una pequeña quemadura infinita
en los ojos inocentes de los otros sistemas.

Un traje abandonado pesa tanto en los hombros
que muchas veces el cielo los agrupa en ásperas manadas.
Y las que mueren de parto saben en la última hora

que todo rumor será piedra y toda huella latido.
Nosotros ignoramos que el pensamiento tiene arrabales
donde el filósofo es devorado por los chinos y las orugas.
Y algunos niños idiotas han encontrado por las cocinas
pequeñas golondrinas con muletas
que sabían pronunciar la palabra amor.

No, no son los pájaros.
No es un pájaro el que expresa la turbia fiebre de laguna,
ni el ansia de asesinato que nos oprime cada momento,
ni el metálico rumor de suicidio que nos anima cada madrugada,
Es una cápsula de aire donde nos duele todo el mundo,
es un pequeño espacio vivo al loco unisón de la luz,
es una escala indefinible donde las nubes y rosas olvidan
el griterío chino que bulle por el desembarcadero de la sangre.
Yo muchas veces me he perdido
para buscar la quemadura que mantiene despiertas las cosas
y sólo he encontrado marineros echados sobre las barandillas
y pequeñas criaturas del cielo enterradas bajo la nieve.
Pero el verdadero dolor estaba en otras plazas
donde los peces cristalizados agonizaban dentro de los troncos;
plazas del cielo extraño para las antiguas estatuas ilesas
y para la tierna intimidad de los volcanes.

No hay dolor en la voz. Sólo existen los dientes,
pero dientes que callarán aislados por el raso negro.
No hay dolor en la voz. Aquí sólo existe la Tierra.
La Tierra con sus puertas de siempre
que llevan al rubor de los frutos.

Nacimiento de Cristo

Un pastor pide teta por la nieve que ondula
blancos perros tendidos entre linternas sordas.
El Cristito de barro se ha partido los dedos
en los tilos eternos de la madera rota.

¡Ya vienen las hormigas y los pies ateridos!
Dos hilillos de sangre quiebran el cielo duro.

Los vientres del demonio resuenan por los valles
golpes y resonancias de carne de molusco.

Lobos y sapos cantan en las hogueras verdes
coronadas por vivos hormigueros del alba.
La *luna* **(*)** tiene un sueño de grandes abanicos
y el toro sueña un toro de agujeros y de agua.

El niño llora y mira con un tres en la frente,
San José ve en el heno tres espinas de bronce.
Los pañales exhalan un rumor de desierto
con cítaras sin cuerdas y degolladas voces.

La nieve de Manhattan empuja los anuncios
y lleva gracia pura por las falsas ojivas.
Sacerdotes idiotas y querubes de pluma
van detrás de Lutero por las altas esquinas.

(*) Nota: *En otras ediciones figura:* **luna**. *En Galaxia-Gutemberg:* **mula**

La aurora

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean en las aguas podridas.
La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.
La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.
Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraísos ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.
La luz es sepultada por cadenas y ruidos

en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

Poemas del lago Edem Mills.

Poema doble del lago Edem

Nuestro ganado pace, el viento espira
Garcilaso

Era mi voz antigua
ignorante de los densos jugos amargos.
La adivino lamiendo mis pies
bajo los frágiles helechos mojados.

¡Ay voz antigua de mi amor,
ay voz de mi verdad,
ay voz de mi abierto costado,
cuando todas las rosas manaban de mi lengua
y el césped no conocía la impasible dentadura del caballo!

Estás aquí bebiendo mi sangre,
bebiendo mi *humor de niño pesado* **(*)**,
mientras mis ojos se quiebran en el viento
con el aluminio y las voces de los borrachos.

Déjame pasar la puerta
donde Eva come hormigas
y Adán fecunda peces deslumbrados.
Déjame pasar, hombrecillo de los cuernos,
al bosque de los desperezos
y los alegrísimos saltos.

Yo sé el uso más secreto
que tiene un viejo alfiler oxidado
y sé del horror de unos ojos despiertos
sobre la superficie concreta del plato.

Pero no quiero mundo ni sueño, voz divina,
quiero mi libertad, mi amor humano
en el rincón más oscuro de la brisa que nadie quiera.
¡Mi amor humano!

Esos perros marinos se persiguen
y el viento acecha troncos descuidados.
¡Oh voz antigua, quema con tu lengua
esta voz de hojalata y de talco!

Quiero llorar porque me da la gana
como lloran los niños del último banco,
porque yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja,
pero sí un pulso herido que sonda las cosas del otro lado.

Quiero llorar diciendo mi nombre,
rosa, niño y abeto a la orilla de este lago,
para decir mi verdad de hombre de sangre
matando en mí la burla y la sugestión del vocablo.

No, no, yo no pregunto, yo deseo,
voz mía libertada que me lames las manos.
En el laberinto de biombos es mi desnudo el que recibe
la luna de castigo y el reloj encenizado.

Así hablaba yo.
Así hablaba yo cuando Saturno detuvo los trenes
y la bruma y el Sueño y la Muerte me estaban buscando.
Me estaban buscando
allí donde mugen las vacas que tienen patitas de paje
y allí donde flota mi cuerpo entre los equilibrios contrarios.

(*) Nota: *En Galaxia-Gutemberg figura:* amor de niño pasado.

Cielo vivo

Yo no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba.
Cerca de las piedras sin jugo y los insectos vacíos
no veré el duelo del sol con las criaturas en carne viva.

Pero me iré al primer paisaje
de choques, líquidos y rumores
que trasmina a niño recién nacido
y donde toda superficie es evitada,
para entender que lo que busco tendrá su blanco de alegría
cuando yo vuele mezclado con el amor y las arenas.

Allí no llega la escarcha de los ojos apagados
ni el mugido del árbol asesinado por la oruga.
Allí todas las formas guardan entrelazadas
una sola expresión frenética de avance.

No puedes avanzar por los enjambres de corolas
porque el aire disuelve tus dientes de azúcar,
ni puedes acariciar la fugaz hoja del helecho
sin sentir el asombro definitivo del marfil.

Allí bajo las raíces y en la médula del aire,
se comprende la verdad de las cosas equivocadas.
El nadador de níquel que acecha la onda más fina
y el rebaño de vacas nocturnas con rojas patitas de mujer.

Yo no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba;
pero me iré al primer paisaje de humedades y latidos
para entender que lo que busco tendrá su blanco de alegría
cuando yo vuele mezclado con el amor y las arenas.

Vuelo fresco de siempre sobre lechos vacíos,
sobre grupos de brisas y barcos encallados.
Tropiezo vacilante por la dura eternidad fija
y amor al fin sin alba. Amor. ¡Amor visible!
Edem Mills, Vermont. 24 de agosto de 1929

En la cabaña del Farmer

Campo de Newburg
A Concha Méndez y Manuel Altolaguirre
El niño Stanton
Vaca
Niña ahogada en el pozo

El niño Stanton

Do you like me?
Yes, and you?
Yes, yes.

Cuando me quedo solo
me quedan todavía tus diez años,
los tres caballos ciegos,
tus quince rostros con el rostro de la pedrada
y las fiebres pequeñas heladas sobre las hojas del maíz.
Stanton, hijo mío, Stanton.
A las doce de la noche el cáncer salía por los pasillos
y hablaba con los caracoles vacíos de los documentos,
el vivísimo cáncer lleno de nubes y termómetros
con su casto afán de manzana para que lo piquen los ruiseñores.
En la casa donde hay un cáncer
se quiebran las blancas paredes en el delirio de la astronomía
y por los establos más pequeños y en las cruces de los bosques
brilla por muchos años el fulgor de la quemadura.
Mi dolor sangraba por las tardes
cuando tus ojos eran dos muros,
cuando tus manos eran dos países
y mi cuerpo rumor de hierba.
Mi agonía buscaba su traje,
polvorienta. mordida por los perros,
y tú la acompañaste sin temblar
hasta la puerta del agua oscura.

¡Oh mi Stanton, idiota y bello entre los pequeños animalitos,
con tu madre fracturada por los herreros de las aldeas,
con un hermano bajo los arcos,
otro comido por los hormigueros,
y el cáncer sin alambradas latiendo por las habitaciones!
Hay nodrizas que dan a los niños
ríos de musgo y amargura de pie
y algunas negras suben a los pisos para repartir filtro de rata.
Porque es verdad que la gente
quiere echar las palomas a las alcantarillas
y yo sé lo que esperan los que por la calle
nos oprimen de pronto las yemas de los dedos.

Tu ignorancia es un monte de leones. Stanton.
El día que el cáncer te dio una paliza
y te escupió en el dormitorio donde murieron los huéspedes en la epidemia
y abrió su quebrada rosa de vidrios secos y manos blandas
para salpicar de lodo las pupilas de los que navegan,
tú buscaste en la hierba mi agonía,
mi agonía con flores de terror,
mientras que el agrio cáncer mudo que quiere acostarse contigo
pulverizaba rojos paisajes por las sábanas de amargura,
y ponía sobre los ataúdes
helados arbolitos de ácido bórico.
Stanton, vete al bosque con tus arpas judías,
vete para aprender celestiales palabras
que duermen en los troncos, en nubes, en tortugas,
en los perros dormidos, en el plomo, en el viento,
en lirios que no duermen, en aguas que no copian,
para que aprendas, hijo, lo que tu pueblo olvida.

Cuando empiece el tumulto de la guerra
dejaré un pedazo de queso para tu perro en la oficina.
Tus diez años serán las hojas
que vuelan en los trajes de los muertos,
diez rosas de azufre débil
en el hombro de mi madrugada.
Y yo, Stanton, yo solo, en olvido,
con tus caras marchitas sobre mi boca,
iré penetrando a voces las verdes estatuas de la Malaria.

Vaca

A Luis Lacasa

Se tendió la vaca herida;
Árboles y arroyos trepaban por sus cuernos.
Su hocico sangraba en el cielo.

Su hocico de abejas
bajo el bigote lento de la baba.
Un alarido blanco puso en pie la mañana.

Las vacas muertas y las vivas,
rubor de luz o miel de establo,
balaban con los ojos entornados.

Que se enteren las raíces
y aquel niño que afila su navaja
de que ya se pueden comer la vaca.

Arriba palidecen
luces y yugulares.
Cuatro pezuñas tiemblan en el aire.

Que se entere la luna
y esa noche de rocas amarillas:
que ya se fue la vaca de ceniza.

Que ya se fue balando
por el derribo de los cielos yertos
donde meriendan muerte los borrachos.

Niña ahogada en el pozo

Granada y Newburg

Las estatuas sufren por los ojos con la oscuridad de los ataúdes,

pero sufren mucho más por el agua que no desemboca.
Que no desemboca.

El pueblo corría por las almenas rompiendo las cañas de los pescadores.
¡Pronto! ¡Los bordes! ¡Deprisa! Y croaban las estrellas tiernas.
...que no desemboca.

Tranquila en mi recuerdo, astro, círculo, meta,
lloras por las orillas de un ojo de caballo.
...que no desemboca.

Pero nadie en lo oscuro podrá darte distancias,
sin afilado límite, porvenir de diamante,
...que no desemboca.

Mientras la gente busca silencios de almohada
tú lates para siempre definida en tu anillo,
...que no desemboca.

Eterna en los finales de unas ondas que aceptan
combate de raíces y soledad prevista,
...que no desemboca.

¡Ya vienen por las rampas! ¡Levántate del agua!
¡Cada punto de luz te dará una cadena!
...que no desemboca.

Pero el pozo te alarga manecitas de musgo.
insospechada ondina de su casta ignorancia,
...que no desemboca.

No, que no desemboca. Agua fija en un punto,
respirando con todos sus violines sin cuerdas
en la escala de las heridas y los edificios deshabitados.
¡Agua que no desemboca!

Introducción a la muerte.

Poemas de la soledad en Vermont
Para Rafael Sánchez Ventura
Muerte
Nocturno del hueco
Paisaje con dos tumbas y un perro asirio
Ruina
Luna y panorama de los insectos

Muerte

A Luis de la Serna *(*)*

¡Qué esfuerzo!
¡Qué esfuerzo del caballo por ser perro!
¡Qué esfuerzo del perro por ser golondrina!
¡Qué esfuerzo de la golondrina por ser abeja!
¡Qué esfuerzo de la abeja por ser caballo!
Y el caballo,
¡qué flecha aguda exprime de la rosa!,
¡qué rosa gris levanta de su belfo!
Y la rosa,
¡qué rebaño de luces y alaridos
ata en el vivo azúcar de su tronco!
Y el azúcar,
¡qué puñalitos sueña en su vigilia!
y los puñales,
¡qué luna sin establos, qué desnudos!,
piel eterna y rubor, andan buscando
Y yo, por los aleros,
¡qué serafín de llamas busco y soy!
Pero el arco de yeso,
¡qué grande, qué invisible, qué diminuto!,
sin esfuerzo.

(*) Nota: *En Galaxia-Gutemberg figura:* **A Isidoro de Blas**

Nocturno del hueco

I

Para ver que todo se ha ido,
para ver los huecos y los vestidos,
¡dame tu guante de luna,
tu otro guante perdido en la hierba,
¡amor mío!

Puede el aire arrancar los caracoles
muertos sobre el pulmón del elefante
y soplar los gusanos ateridos
de las yemas de luz o las manzanas.

Los rostros bogan impasibles
bajo el diminuto griterío de las yerbas
y en el rincón está el pechito de la rana,
turbio de corazón y mandolina.

En la gran plaza desierta
mugía la bovina cabeza recién cortada
y eran duro cristal definitivo
las formas que buscaban el giro de la sierpe.

Para ver que todo se ha ido
dame tu mudo hueco, ¡amor mío!
Nostalgia de academia y cielo triste.
¡Para ver que todo se ha ido!

Dentro de ti, amor mío, por tu carne,
¡qué silencio de trenes bocaarriba!
¡cuánto brazo de momia florecido!
¡qué cielo sin salida. amor, qué cielo!

Es la piedra en el agua y es la voz en la brisa
bordes de amor que escapan de su tronco sangrante.
Basta tocar el pulso de nuestro amor presente
para que broten flores sobre los otros niños.

Para ver que todo se ha ido.
Para ver los huecos de nubes y ríos.
Dame tus manos **(*)** *de laurel, amor.*
¡Para ver que todo se ha ido!

Ruedan los huecos puros, por mí, por ti, en el alba
conservando las huellas de las ramas de sangre
y algún perfil de yeso tranquilo que dibuja
instantáneo dolor de luna apuntillada.

Mira formas concretas que buscan su vacío.
Perros equivocados y manzanas mordidas.
Mira el ansia, la angustia de un triste mundo fósil
que no encuentra el acento de su primer sollozo.

Cuando busco en la cama los rumores del hilo
has venido, amor mío, a cubrir mi tejado.
El hueco de una hormiga puede llenar el aire,
pero tú vas gimiendo sin norte por mis ojos.

No, por mis ojos no, que ahora me enseñas
cuatro ríos ceñidos en tu brazo,
en la dura barraca donde la luna prisionera
devora a un marinero delante de los niños.

Para ver que todo se ha ido
¡amor inexpugnable, amor huido!
No, no me des tu hueco,
¡que ya va por el aire el mío!
¡Ay de ti, ay de mí, de la brisa!
Para ver que todo se ha ido.

II

Yo.
Con el hueco blanquísimo de un caballo,
crines de ceniza. Plaza pura y doblada.

Yo.
Mi hueco traspasado con las axilas rotas.

Piel seca de uva neutra y amianto de madrugada.

Toda la luz del mundo cabe dentro de un ojo.
Canta el gallo y su canto dura más que sus alas.

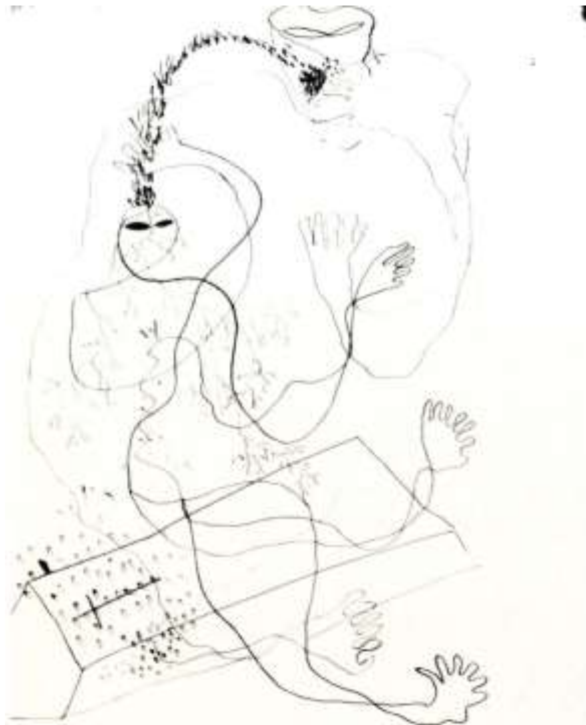
Yo.
Con el hueco blanquísimo de un caballo.
Rodeado de espectadores que tienen hormigas en las palabras.

En el circo del frío sin perfil mutilado.
Por los capiteles rotos de las mejillas desangradas.

Yo.
Mi hueco sin ti, ciudad, sin tus muertos que comen.
Ecuestre por mi vida definitivamente anclada.

Yo.
No hay siglo nuevo ni luz reciente.
Sólo un caballo azul y una madrugada.

(*) Nota: *En Galaxia-Gutemberg figura:* **ramos.**



Máscara, figura y tumba

Paisaje con dos tumbas y un perro asirio

Amigo,
levántate para que oigas aullar
al perro asirio.
Las tres ninfas del cáncer han estado bailando,
hijo mío.
Trajeron unas montañas de lacre rojo
y unas sábanas duras donde estaba el cáncer dormido.
El caballo tenía un ojo en el cuello
y la luna estaba en un cielo tan frío
que tuvo que desgarrarse su monte de Venus
y ahogar en sangre y ceniza los cementerios antiguos.

Amigo,
despierta, que los montes todavía no respiran
y las hierbas de mí corazón están en otro sitio.
No importa que estés lleno de agua de mar.
Yo amé mucho tiempo a un niño
que tenía una plumilla en la lengua

y vivimos cien años dentro de un cuchillo.
Despierta. Calla. Escucha. Incorpórate un poco.
El aullido
es una larga lengua morada que deja
hormigas de espanto y licor de lirios.
Ya vienen hacia la roca. ¡No alargues tus raíces!
Se acerca. Gime. No solloces en sueños, amigo.

¡Amigo!
Levántate para que oigas aullar
al perro asirio.

Ruina

A Regino Sainz de la Maza

Sin encontrarse.
Viajero por su propio torso blanco.
Así iba el aire.

Pronto se vio que la luna
era una calavera de caballo
y el aire una manzana oscura.

Detrás de la ventana,
con látigos y luces, se sentía
la lucha de la arena con el agua.

Yo vi llegar las hierbas
y les eché un cordero que balaba
bajo sus dientecillos y lancetas.

Volaba dentro de una gota
la cáscara de pluma y celuloide
de la primer paloma.

Las nubes, en manada,
se quedaron dormidas contemplando
el duelo de las rocas con el alba.

Vienen las hierbas, hijo;
ya suenan sus espadas de saliva
por el cielo vacío.

Mi mano, amor. ¡Las hierbas!
Por los cristales rotos de la casa
la sangre desató sus cabelleras.

Tú solo y yo quedamos;
prepara tu esqueleto para el aire.
Yo solo y tú quedamos.

Prepara tu esqueleto;
hay que buscar de prisa, amor, de prisa,
nuestro perfil sin sueño.

Luna y panorama de los insectos

Poema de amor

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul
Espronceda

Mi corazón tendría la forma de un zapato
si cada aldea tuviera una sirena.
Pero la noche es interminable cuando se apoya en los enfermos
y hay barcos que buscan ser mirados para poder hundirse tranquilos.

Si el aire sopla blandamente
mi corazón tiene la forma de una niña.
Si el aire se niega a salir de los cañaverales
mi corazón tiene la forma de una milenaria boñiga de toro.

Bogar, bogar, bogar, bogar,
hacia el batallón de puntas desiguales,

hacia un paisaje de acechos pulverizados.
Noche igual de la nieve, de los sistemas suspendidos.
Y la luna.
¡La luna!
Pero no la luna.
La raposa de las tabernas,
el gallo japonés que se comió los ojos,
las hierbas masticadas.

No nos salvan las solitarias en los vidrios,
ni los herbolarios donde el metafísico
encuentra las otras vertientes del cielo.
Son mentira las formas. Sólo existe
el círculo de bocas del oxígeno.
Y la luna.
Pero no la luna.
Los insectos,
los muertos diminutos por las riberas,
dolor en longitud,
yodo en un punto,
las muchedumbres en el alfiler,
el desnudo que amasa la sangre de todos,
y mi amor que no es un caballo ni una quemadura,
criatura de pecho devorado.
¡Mi amor!

Ya cantan, gritan, gimen: Rostro. ¡Tu rostro! Rostro.
Las manzanas son unas,
las dalias son idénticas,
la luz tiene un sabor de metal acabado
y el campo de todo un lustro cabrá en la mejilla de la moneda.
Pero tu rostro cubre los cielos del banquete.
¡Ya cantan!, ¡gritan!, ¡gimen!,
¡cubren! ;trepan! ¡espantan!

Es necesario caminar, ¡de prisa!, por las ondas, por las ramas,
por las calles deshabitadas de la edad media que bajan al río,
por las tiendas de las pieles donde suena un cuerno de vaca herida,
por las escalas, ¡sin miedo! por las escalas.
Hay un hombre descolorido que se está bañando en el mar;

es tan tierno que los reflectores le comieron jugando el corazón.
Y en el Perú viven mil mujeres, ¡oh insectos!, que noche y día
hacen nocturnos y desfiles entrecruzando sus propias venas.

Un diminuto guante corrosivo me detiene. ¡Basta!
En mi pañuelo he sentido el tris
de la primera vena que se rompe.
Cuida tus pies, amor mío, ¡tus manos!,
ya que yo tengo que entregar mi rostro,
mi rostro, ¡mi rostro!, ¡ay, mi comido rostro!

Este fuego casto para mi deseo,
esta confusión por anhelo de equilibrio,
este inocente dolor de pólvora en mis ojos,
aliviará la angustia de otro corazón
devorado por las nebulosas.

No nos salva la gente de las zapaterías,
ni los paisajes que se hacen música al encontrar las llaves oxidadas.
Son mentira los aires. Sólo existe
una cunita en el desván
que recuerda todas las cosas.
Y la luna.
Pero no la luna.
Los insectos,
los insectos solos.
crepitantes, mordientes. estremecidos, agrupados,
y la luna
con un guante de humo sentada en la puerta de sus derribos.
¡¡La luna!!
New York. 4 de enero de 1930.

Vuelta a la ciudad.

Para Antonio Hernández Soriano
Nueva York
Cementerio judío

Crucifixión

New York

Oficina y denuncia
A Fernando Vela

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.
Debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero.
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna.
Un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
Existen las montañas, lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría,
Lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
Yo he venido para ver la turbia sangre,
la sangre que lleva las máquinas a las cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.
Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,
un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos
que dejan los cielos hechos añicos.
Más vale sollozar afilando la navaja
o asesinar a los perros en las alucinantes cacerías
que resistir en la madrugada
los interminables trenes de leche,
los interminables trenes de sangre,
y los trenes de rosas maniatadas
por los comerciantes de perfumes.
Los patos y las palomas
y los cerdos y los corderos
ponen sus gotas de sangre

debajo de las multiplicaciones;
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas
llenan de dolor el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.

Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones
de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos
en la última fiesta de los taladros.
Os escupo en la cara.
La otra mitad me escucha
devorando, orinando, volando en su pureza
como los niños en las porterías
que llevan frágiles palitos
a los huecos donde se oxidan
las antenas de los insectos.
No es el infierno, es la calle.
No es la muerte, es la tienda de frutas.
Hay un mundo de ríos quebrados y distancias inasibles
en la patita de ese gato
quebrada por el automóvil,
y yo oigo el canto de la lombriz
en el corazón de muchas niñas.
Óxido, fermento, tierra estremecida.
Tierra tú mismo que nadas
por los números de la oficina.
¿Qué voy a hacer?, ¿ordenar los paisajes?
¿Ordenar los amores que luego son fotografías,
que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre?
San Ignacio de Loyola
asesinó un pequeño conejo
y todavía sus labios gimen
por las torres de las iglesias.
No, no, ***(*)*** no, no; yo denuncio.
Yo denuncio la conjura
de estas desiertas oficinas

que no radian las agonías,
que borran los programas de la selva,
y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas
cuando sus gritos llenan el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.

(*)* Nota*:** *Algunas ediciones incluyen este contenido de San Ignacio. Galaxia-Gutemberg no.**

Cementerio judío

Las alegres fiebres huyeron a las maromas de los barcos
y el judío empujó la verja con el pudor helado del interior de las lechugas.

Los niños de Cristo dormían,
y el agua era una paloma,
y la madera era una garza,
y el plomo era un colibrí,
y aun las vivas prisiones de fuego
estaban consoladas por el salto de la langosta.

Los niños de Cristo bogaban y los judíos llenaban los muros
con un solo corazón de paloma
por el que todos querían escapar.
Las niñas de Cristo cantaban y las judías miraban la muerte
con un solo ojo de faisán,
vidriado por la angustia de un millón de paisajes.

Los médicos ponen en el níquel sus tijeras y guantes de goma
cuando los cadáveres sienten en los pies
la terrible claridad de otra luna enterrada.
Pequeños dolores ilesos se acercan a los hospitales
y los muertos se van quitando un traje de sangre cada día.

Las arquitecturas de escarcha,
las liras y gemidos que se escapan de las hojas diminutas
en otoño, mojando las últimas vertientes,
se apagaban en el negro de los sombreros de copa.

La hierba celeste y sola de la que huye con miedo el rocío
y las blancas entradas de mármol que conducen al aire duro
mostraban su silencio roto por las huellas dormidas de los zapatos.

El judío empujó la verja;
pero el judío no era un puerto.
y las barcas de nieve se agolparon
por las escalerillas de su corazón:
las barcas de nieve que acechan
un hombre de agua que las ahogue,
las barcas de los cementerios
que a veces dejan ciegos a los visitantes.

Los niños de Cristo dormían
y el judío ocupó su litera.
Tres mil judíos lloraban en el espanto de las galerías
porque reunían entre todos con esfuerzo media paloma,
porque uno tenía la rueda de un reloj
y otro un botín con orugas parlantes
y otro una lluvia nocturna cargada de cadenas
y otro la uña de un ruiseñor que estaba vivo;
y porque la media paloma gemía,
derramando una sangre que no era la suya.

Las alegres fiebres bailaban por las cúpulas humedecidas
y la luna copiaba en su mármol
nombres viejos y cintas ajadas.
Llegó la gente que come por detrás de las yertas columnas
y los asnos de blancos dientes,
con los especialistas de las articulaciones.
Verdes girasoles temblaban
por los páramos del crepúsculo
y todo el cementerio era una queja
de bocas de cartón y trapo seco.
Ya los niños de Cristo se dormían
cuando el judío, apretando los ojos,
se cortó las manos en silencio
al escuchar los primeros gemidos.
New York, 18 de enero de 1930.

Crucifixión

La luna pudo detenerse al fin por la curva blanquísima de los caballos.
Un rayo de luz violenta que se escapaba de la herida
proyectó en el cielo el instante de la circuncisión de un niño muerto.

La sangre bajaba por el monte y los ángeles la buscaban,
pero los cálices eran de viento y al fin llenaban los zapatos.
Cojos perros fumaban sus pipas y un olor de cuero caliente
ponía grises los labios redondos de los que vomitaban en las esquinas.
Y llegaban largos alaridos por el Sur de la noche seca.
Era que la luna quemaba con sus bujías el falo de los caballos.
Un sastre especialista en púrpura
había encerrado a tres santas mujeres
y les enseñaba una calavera por los vidrios de la ventana.
Las tres en el arrabal rodeaban a un camello blanco,
que lloraba porque al alba
tenía que pasar sin remedio por el ojo de una aguja.
¡Oh cruz! ¡Oh clavos! ¡Oh espina!
¡Oh espina clavada en el hueso hasta que se oxiden los planetas!
Como nadie volvía la cabeza, el cielo pudo desnudarse.
Entonces se oyó la gran voz y los fariseos dijeron:
Esa maldita vaca tiene las tetas llenas de leche.

La muchedumbre cerraba las puertas
y la lluvia bajaba por las calles decidida a mojar el corazón
mientras la tarde se puso turbia de latidos y leñadores
y la oscura ciudad agonizaba bajo el martillo de los carpinteros.
Esa maldita vaca
tiene las tetas llenas de perdigones,
dijeron los fariseos.
Pero la sangre mojó sus pies y los espíritus inmundos
estrellaban ampollas de lagunas sobre las paredes del templo.
Se supo el momento preciso de la salvación de nuestra vida.
Porque la luna lavó con agua
las quemaduras de los caballos
y no la niña viva que callaron en la arena.
Entonces salieron los fríos cantando sus canciones
y las ranas encendieron sus lumbres en la doble orilla del rio.

Esa maldita vaca, maldita, maldita, maldita
no nos dejará dormir, dijeron los fariseos,
y se alejaron a sus casas por el tumulto de la calle
dando empujones a los borrachos y escupiendo sal de los sacrificios
mientras la sangre los seguía con un balido de cordero.

Fue entonces
y la tierra despertó arrojando temblorosos ríos de polilla.
18 de Octubre de 1929. New York.

Dos odas.

A mi editor Armando Guibert
Grito hacia Roma
Oda a Walt Whitman

Grito hacia Roma

Desde la torre del Crysler Building

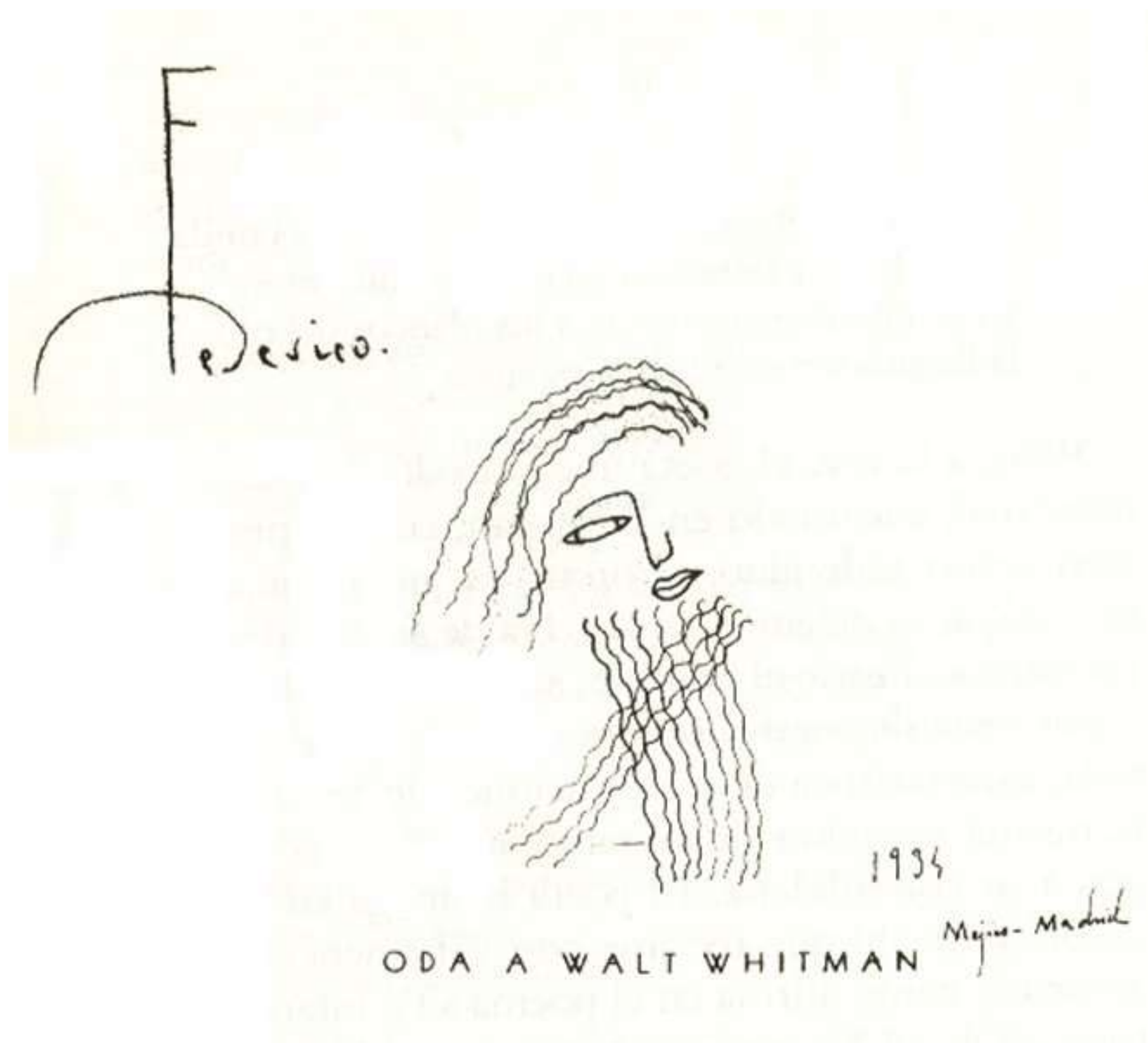
Manzanas levemente heridas
por los finos espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud,
rosas que hieren
y agujas instaladas en los caños de la sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien abra los linos del reposo,

ni quien llore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.
Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con devoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslucidas
dirá: amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.



Oda a Walt Whitman

Por el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión
y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga
las poleas rodarán para tumbar el cielo;
un límite de agujas cercará la memoria
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,
Nueva York de alambres y de muerte.
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de sus anémonas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;
anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja,
enemigo del sátiro,
enemigo de la vid
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.

Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un sólo momento, Adán de sangre, Macho,
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,
porque por las azoteas,
agrupados en los bares,
saliendo en racimos de las alcantarillas,
temblando entre las piernas de los *chauffeurs*
o girando en las plataformas del ajenjo,
los maricas, Walt Whitman, te señalan.

¡También ese! ¡También! Y se despeñan
sobre tu barba luminosa y casta,
rubios del norte, negros de la arena,
muchedumbres de gritos y ademanes,
como gatos y como las serpientes,
los maricas, Walt Whitman, los maricas
turbios de lágrimas, carne para fusta,
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos
apuntan a la orilla de tu sueño
cuando el amigo come tu manzana
con un leve sabor de gasolina
y el sol canta por los ombligos
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,
ni la saliva helada,
ni las curvas heridas como panza de sapo
que llevan los maricas en coches y terrazas
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río,
toro y sueño que junte la rueda con el alga,
padre de tu agonía, camelia de tu muerte,
y gimiera en las llamas de tu ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite
en la selva de sangre de la mañana próxima.

El cielo tiene playas donde evitar la vida
y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía.
Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades,
la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,
los ricos dan a sus queridas
pequeños moribundos iluminados,
y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo
por vena de coral o celeste desnudo.
Mañana los amores serán rocas y el Tiempo
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whítman,
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con asco el agua de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.
Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos
gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
"Faeries" de Norteamérica,
"Pájaros" de la Habana,
"Jotos" de Méjico,
"Sarasas" de Cádiz,
"Ápios" de Sevilla,
"Cancos" de Madrid,
"Floras" de Alicante,

"Adelaidas" de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
Esclavos de la mujer, perras de sus tocadores,
abiertos en las plazas con fiebre de abanico
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.
¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.

Duerme, no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes
y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

Huída de Nueva York.

Dos valses hacia la civilización
Pequeño vals vienes
Vals en las ramas

Pequeño vals vienes

En Viena hay diez muchachas,
un hombro donde solloza la muerte

y un bosque de palomas disecadas.
Hay un fragmento de la mañana
en el museo de la escarcha.
Hay un salón con mil ventanas.

¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals con la boca cerrada.

Este vals, este vals, este vals,
de sí, de muerte y de coñac
que moja su cola en el mar.

Te quiero, te quiero, te quiero,
con la butaca y el libro muerto,
por el melancólico pasillo,
en el oscuro desván del lirio,
en nuestra cama de la luna
y en la danza que sueña la tortuga.

¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals de quebrada cintura.

En Viena hay cuatro espejos
donde juegan tu boca y los ecos.
Hay una muerte para piano
que pinta de azul a los muchachos.
Hay mendigos por los tejados.
Hay frescas guirnaldas de llanto.

¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals que se muere en mis brazos.

Porque te quiero, te quiero, amor mío,
en el desván donde juegan los niños,
soñando viejas luces de Hungría
por los rumores de la tarde tibia,
viendo ovejas y lirios de nieve
por el silencio oscuro de tu frente.

¡Ay, ay, ay, ay!

Toma este vals del "Te quiero siempre".

En Viena bailaré contigo
con un disfraz que tenga
cabeza de río.
¡Mira qué orillas tengo de jacintos!
Dejaré mi boca entre tus piernas,
mi alma en fotografías y azucenas,
y en las ondas oscuras de tu andar
quiero, amor mío, amor mío, dejar,
violín y sepulcro, las cintas del vals.

Vals en las ramas

Cayó una hoja
y dos
y tres.
Por la luna nadaba un pez.
El agua duerme una hora
y el mar blanco duerme cien.
La dama
estaba muerta en la rama.
La monja
cantaba dentro de la toronja.
La niña
iba por el pino a la piña.
Y el pino
buscaba la plumilla del trino.
Pero el ruiseñor
lloraba sus heridas alrededor.
Y yo también
porque cayó una hoja
y dos
y tres.
Y una cabeza de cristal
y un violín de papel
y la nieve podría con el mundo
si la nieve durmiera un mes,
y las ramas luchaban con el mundo

una a una
dos a dos
y tres a tres.
!Oh, duro marfil de carnes invisibles!
¡Oh, golfo sin hormigas del amanecer
Con el muuu de las ramas,
con el ay de las damas,
con el croo de las ranas,
y el gloo amarillo de la miel.
Llegará un torso de sombra
coronado de laurel.
Será el cielo para el viento
duro como una pared
y las ramas desgajadas
se irán bailando con él.
Una a una
alrededor de la luna,
dos a dos
alrededor del sol,
y tres a tres
para que los marfiles se duerman bien.

El poeta llega a la Habana.

A don Fernando Ortiz
Son dos negros de Cuba

Son de negros en Cuba

Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago,
en un coche de agua negra.
Iré a Santiago.
Cantarán los techos de palmera.
Iré a Santiago.
Cuando la palma quiere ser cigüeña,
iré a Santiago.
Y cuando quiere ser medusa el plátano,

Iré a Santiago
con la rubia cabeza de Fonseca.
Iré a Santiago.
Y con la rosa de Romeo y Julieta
iré a Santiago.
Mar de papel y plata de monedas
Iré a Santiago.
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
Iré a Santiago.
¡Oh cintura caliente y gota de madera!
Iré a Santiago.
¡Arpa de troncos vivos, caimán, flor de tabaco!
Iré a Santiago.
Siempre dije que yo iría a Santiago
en un coche de agua negra.
Iré a Santiago.
Brisa y alcohol en las ruedas,
iré a Santiago.
Mi coral en la tiniebla,
iré a Santiago.
El mar ahogado en la arena,
iré a Santiago,
calor blanco, fruta muerta,
iré a Santiago.
¡Oh bovino frescor de cañavera!
¡Oh Cuba! ¡Oh curva de suspiro y barro!
Iré a Santiago.

LLANTO POR IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS

La cogida y la muerte
La sangre derramada
Cuerpo presente
Alma ausente

La cogida y la muerte

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
A las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
A las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
A las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
A las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
A las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
A las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
A las cinco de la tarde.
Comenzaron los sones del bordón
A las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
A las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio
A las cinco de la tarde.
¡Y el toro, solo corazón arriba!
A las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando
A las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
A las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
A las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
A las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
A las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
A las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
A las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
A las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
A las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
A las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
A las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

La sangre derramada.

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par,
caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras

¡Que no quiero verla¡

Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.

No.
¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestas.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina

los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla
que compararsele pueda,
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.
Como un rio de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué buen serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.

Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.

¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiseñor de sus venas!

No.
!Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
!Yo no quiero verla!

Cuerpo presente.

La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.
La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos;
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil;
que se pierda en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

Alma ausente

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozas.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de tu boca.

La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

SEIS POEMAS GALLEGOS

Madrigal á cibdá de Santiago

Chove en Santiago
meu doce amor.
Camelia branca do ar
brila entebrecido o sol.

Chove en Santiago
na noite escrura.
Herbas de prata e de sono
cobren a valeira lúa.

Olla a choiva pola rúa,
laio de pedra e cristal.
Olla o vento esvaído
soma e cinza do teu mar.

Soma e cinza do teu mar
Santiago, lonxe do sol.
Agoa da mañán anterga
trema no meu corazón.

Romaxe de Nosa Señora da Barca

¡Ay ruada, ruada, ruada
da Virxen pequena
e a súa barca!

A Virxen era de pedra
e a súa coroa de prata.
Marelos os catro bois
que no seu carro a levaban.

Pombas de vidro traguían
a choiva pol-a montana.
Mortos e mortas de néboa
pol-as congostroas chegaban.

¡Virxen, deixa a túa cariña
nos doces ollos das vacas
e leva sobr'o teu manto
as foles da amortallada!

Pol-a testa de Galicia
xa ven salaiando a i-alba.
A Virxen mira pra o mar
dend'a porta da súa casa.

¡Ay ruada, ruada, ruada
da Virxen pequena
e a súa barca!

Cantiga do neno da tenda

Bos aires ten unha gaita
sobre do Río da Prata
que a toca o vento do norde
coa súa gris boca mollada.
¡Triste Ramón de Sismundi!
Xunto a rúa d´Esmeralda,
c`unha basoira de xesta

sacaba o polvo das caixas.
Ao longo das rúas infindas
os galegos paseiaban
soñando un val imposíbel
na verde riba da pampa.
¡Triste Ramón de Sismundi!
Sinteu a muiñeira d'ágoa
mentres sete bois de lúa
pacían na súa lembranza.
Foise pra veira do río,
veira do Río da Prata
Sauces e cabalos núos
creban o vidro das ágoas.
Non atopou o xemido
malencónico da gaita,
non viu o inmenso gaiteiro
coa boca frolida d'alas:
triste Ramón de Sismundi,
veira do Río da Prata,
viu na tarde amortecida
bermello muro de lama.

Noiturnio do adoescente morto

Imos silandeiros orela do vado
pra ver ô adolescente afogado.

Imos silandeiros veiriña do ar,
antes que ise río o leve pro mar.

Súa i-alma choraba, ferida e pequena
embaixo os arumes de pinos e d'herbas.

Agoa despenada baixaba da lúa
cobrindo de lirios a montana núa.

O vento deixaba camelias de soma
na lumieira murcha da súa triste boca.

¡Vinde mozos loiros do monte e do prado
pra ver o adoescente afogado!

¡Vinde xente escura do cume e do val
antes que ise río o leve pro mar!

O leve pro mar de curtiñas brancas
onde van e vên vellos bois de ágoa.

¡Ay, cómo cantaban os albres do Sil
sobre a verde lúa, coma un tamboril!

¡Mozos, imos, vinde, aixiña, chegar
porque xa ise río m'o leva pra o mar!

Canzón de cuna pra Rosalía Castro, morta

¡Érguete, miña amiga,
que xa cantan os galos do día!
¡Érguete, miña amada,
porque o vento muxe, coma unha vaca!

Os arados van e vén
dende Santiago a Belén.
Dende Belén a Santiago
un anxo ven en un barco.
Un barco de prata fina
que trai a door de Galicia.
Galicia deitada e queda
transida de tristes herbas.
Herbas que cobren teu leito
e a negra fonte dos teus cabelos.
Cabelos que van ao mar
onde as nubens teñen seu nidio pombal.

¡Érguete, miña amiga,
que xa cantan os galos do día!
¡Érguete, miña amada,
porque o vento muxe, coma unha vaca!

Danza da lúa en Santiago

¡Fita aquel branco galán,
olla seu transido corpo!

É a lúa que baila
na Quintana dos mortos.

Fita seu corpo transido
negro de somas e lobos.

Nai: a lúa está bailando
na Quintana dos mortos.

¿Quén fire potro de pedra
na mesma porta do sono?

¡É a lúa! ¡É a lúa
na Quintana dos mortos!

¿Quen fita meus grises vidros
cheos de nubens seus ollos?

¡É a lúa! ¡É a lúa
na Quintana dos mortos!

Déixame morrer no leito
soñando con froles d'ouro.

Nai: a lúa está bailando
na Quintana dos mortos.

¡Ai filla, co ár do céo
vólvome branca de pronto!

Non é o ar, é a triste lúa
na Quintana dos mortos.

¿Quén brúa co-este xemido
d'imenso boi melancónico?

Nai: É a lúa, é a lúa
na Quintana dos mortos.

íSi, a lúa, a lúa
coronada de toxos,
que baila, e baila, e baila
na Quintana dos mortos!

DIVÁN DEL TAMARIT

Gacelas

I. Gacela del amor imprevisto

Nadie comprendía el perfume
de la oscura magnolia de tu vientre.
Nadie sabía que martirizabas
un colibrí de amor entre los dientes.

Mil caballitos persas se dormían
en la plaza con luna de tu frente,

mientras que yo enlazaba cuatro noches
tu cintura, enemiga de la nieve.

Entre yeso y jazmines, tu mirada
era un pálido ramo de simientes.
Yo busqué, para darte, por mi pecho
las letras de marfil que dicen siempre,

siempre, siempre: jardín de mi agonía,
tu cuerpo fugitivo para siempre,
la sangre de tus venas en mi boca,
tu boca ya sin luz para mi muerte.

II. Gacela de la terrible presencia.

Yo quiero que el agua se quede sin cauce,
yo quiero que el viento se quede sin valles.

Quiero que la noche se quede sin ojos
y mi corazón sin la flor del oro;

que los bueyes hablen con las grandes hojas
y que la lombriz se muera de sombra;

que brillen los dientes de la calavera
y los amarillos inunden la seda.

Puedo ver el duelo de la noche herida
luchando enroscada con el mediodía.

Resisto un ocaso de verde veneno
y los arcos rotos donde sufre el tiempo.

Pero no ilumines tu limpio desnudo
como un negro cactus abierto en los juncos.

Déjame en un ansia de oscuros planetas,
pero no me enseñes tu cintura fresca.

III. Gacela del amor desesperado

La noche no quiere venir
para que tú no vengas,
ni yo pueda ir.

Pero yo iré,
aunque un sol de alacranes me coma la sien.

Pero tú vendrás
con la lengua quemada por la lluvia de sal.

El día no quiere venir
para que tú no vengas,
ni yo pueda ir.

Pero yo iré
entregando a los sapos mi mordido clavel.

Pero tú vendrás
por las turbias cloacas de la oscuridad.

Ni la noche ni el día quieren venir
para que por ti muera
y tú mueras por mí.

IV. Gacela del amor que no se deja ver.

Solamente por oír
la campana de la Vela
te puse una corona de verbena.

Granada era una luna
ahogada entre las yedras.

Solamente por oír
la campana de la Vela
desgarré mi jardín de Cartagena.

Granada era una corza
rosa por las veletas.

Solamente por oír
la campana de la Vela
me abrasaba en tu cuerpo
sin saber de quién era.

V. Gacela del niño muerto

Todas las tardes en Granada,
todas las tardes se muere un niño.
Todas las tardes el agua se sienta
a conversar con sus amigos.

Los muertos llevan alas de musgo.
El viento nublado y el viento limpio
son dos faisanes que vuelan por las torres
y el día es un muchacho herido.

No quedaba en el aire ni una brizna de alondra
cuando yo te encontré por las grutas del vino
No quedaba en la tierra ni una miga de nube
cuando te ahogabas por el río.

Un gigante de agua cayó sobre los montes
y el valle fue rodando con perros y con lirios.
Tu cuerpo, con la sombra violeta de mis manos,
era, muerto en la orilla, un arcángel de frío.

VI. Gacela de la raíz amarga

Hay una raíz amarga
y un mundo de mil terrazas.

Ni la mano más pequeña
quiebra la puerta del agua.

¿Dónde vas, adónde, dónde?
Hay un cielo de mil ventanas
-batalla de abejas lívidas-
y hay una raíz amarga.

Amarga.

Duele en la planta del pie
el interior de la cara,
y duele en el tronco fresco
de noche recién cortada.

¡Amor, enemigo mío,
muerde tu raíz amarga!

VII. Gacela del recuerdo del amor.

No te lleves tu recuerdo.
Déjalo solo en mi pecho,

temblor de blanco cerezo
en el martirio de enero.

Me separa de los muertos
un muro de malos sueños.

Doy pena de lirio fresco
para un corazón de yeso.

Toda la noche en el huerto
mis ojos, como dos perros.

Toda la noche, comiendo
los membrillos de veneno.

Algunas veces el viento
es un tulipán de miedo,

es un tulipán enfermo,
la madrugada de invierno.

Un muro de malos sueños
me separa de los muertos.

La niebla cubre en silencio
el valle gris de tu cuerpo.

Por el arco del encuentro
la cicuta está creciendo.

Pero deja tu recuerdo
déjalo sólo en mi pecho.

VIII. Gacela de la muerte oscura

Quiero dormir el sueño de las manzanas
alejarme del tumulto de los cementerios.
Quiero dormir el sueño de aquel niño
que quería cortarse el corazón en alta mar.

No quiero que me repitan que los muertos no pierden la sangre;
que la boca podrida sigue pidiendo agua.
No quiero enterarme de los martirios que da la hierba,
ni de la luna con boca de serpiente
que trabaja antes del amanecer.

Quiero dormir un rato,
un rato, un minuto, un siglo;
pero que todos sepan que no he muerto;
que haya un establo de oro en mis labios;
que soy un pequeño amigo del viento Oeste;
que soy la sombra inmensa de mis lágrimas.

Cúbreme por la aurora con un velo,
porque me arrojará puñados de hormigas,
y moja con agua dura mis zapatos
para que resbale la pinza de su alacrán.

Porque quiero dormir el sueño de las manzanas
para aprender un llanto que me limpie de tierra;
porque quiero vivir con aquel niño oscuro
que quería cortarse el corazón en alta mar.

IX. Gacela del amor maravilloso.

Con todo el yeso
de los malos campos,
eras junco de amor, jazmín mojado.

Con sur y llamas
de los malos cielos,
eres rumor de nieve por mi pecho.

Cielos y campos
anudaban cadenas en mis manos.

Campos y cielos
azotaban las llagas de mi cuerpo.

X. Gacela de la huida

Me he perdido muchas veces por el mar
con el oído lleno de flores recién cortadas,
con la lengua llena de amor y de agonía.
Muchas veces me he perdido por el mar,
como me pierdo en el corazón de algunos niños.

No hay noche que, al dar un beso,
no sienta la sonrisa de las gentes sin rostro,
ni hay nadie que, al tocar un recién nacido,
olvide las inmóviles calaveras de caballo.

Porque las rosas buscan en la frente
un duro paisaje de hueso
y las manos del hombre no tienen más sentido

que imitar a las raíces bajo tierra.

Como me pierdo en el corazón de algunos niños,
me he perdido muchas veces por el mar.
Ignorante del agua voy buscando
una suerte de luz que me consuma.

XI. Gacela del amor con cien años

Suben por la calle
los cuatro galanes,

ay, ay, ay, ay.

Por la calle abajo
van los tres galanes,

ay, ay, ay.

Se ciñen el talle
esos dos galanes,

ay, ay.

¡Cómo vuelve el rostro
un galán y el aire!

Ay.

Por los arrayanes
se pasea nadie.

XII. Gacela del mercado matutino

Por el arco de Elvira
quiero verte pasar,
para saber tu nombre
y ponerme a llorar.

¿Qué luna gris de las nueve
te desangró la mejilla?
¿Quién recoge tu semilla
de llamarada en la nieve?
¿Qué alfiler de cactus breve
asesina tu cristal?

Por el arco de Elvira
voy a verte pasar,
para beber tus ojos
y ponerme a llorar.

¡Qué voz para mi castigo
levantas por el mercado!
¡Qué clavel enajenado
en los montones de trigo!
¡Qué lejos estoy contigo,
qué cerca cuando te vas!

Por el arco de Elvira
voy a verte pasar,
para sufrir ***(*)*** *tus muslos*
y ponerme a llorar.

(*) **Nota*:*** *En otras ediciones figura:* **sufrir**. *En Galaxia-Gutemberg:* **sentir.**

I. Casida del herido por el agua

Quiero bajar al pozo,
quiero subir los muros de Granada,
para mirar el corazón pasado
por el punzón oscuro de las aguas.

El niño herido gemía
con una corona de escarcha.
Estanques, aljibes y fuentes
levantaban al aire sus espadas.
¡Ay, qué furia de amor, qué hiriente filo,

qué nocturno rumor, qué muerte blanca!
¡Qué desiertos de luz iban hundiendo
los arenales de la madrugada!
El niño estaba solo
con la ciudad dormida en la garganta.
Un surtidor que viene de los sueños
lo defiende del hambre de las algas.
El niño y su agonía, frente a frente,
eran dos verdes lluvias enlazadas.
El niño se tendía por la tierra
y su agonía se curvaba.

Quiero bajar al pozo,
quiero morir mi muerte a bocanadas,
quiero llenar mi corazón de musgo,
para ver al herido por el agua.

II. Casida del llanto

He cerrado mi balcón
por que no quiero oír el llanto
pero por detrás de los grises muros
no se oye otra cosa que el llanto.

Hay muy pocos ángeles que canten,
hay muy pocos perros que ladren,
mil violines caben en la palma de mi mano.

Pero el llanto es un perro inmenso,
el llanto es un ángel inmenso,
el llanto es un violín inmenso,
las lágrimas amordazan al viento,
no se oye otra cosa que el llanto.

III. Casida de los ramos

Por las arboledas del Tamarit
han venido los perros de plomo

a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

El Tamarit tiene un manzano
con una manzana de sollozos.
Un ruiseñor apaga los suspiros
y un faisán los ahuyenta por el polvo.

Pero los ramos son alegres,
los ramos son como nosotros.
No piensan en la lluvia y se han dormido,
como si fueran árboles, de pronto.

Sentados con el agua en las rodillas
dos valles esperaban al otoño.
La penumbra con paso de elefante
empujaba las ramas y los troncos.

Por las arboledas de Tamarit
hay muchos niños de velado rostro
a esperar que se caigan mis ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

IV. Casida de la mujer tendida

Verte desnuda es recordar la tierra.
La tierra lisa, limpia de caballos.
La tierra sin un junco, forma pura
cerrada al porvenir: confín de plata.

Verte desnuda es comprender el ansia
de la lluvia que busca débil talle,
o la fiebre del mar de inmenso rostro
sin encontrar la luz de su mejilla.

La sangre sonará por las alcobas
y vendrá con espada fulgurante,
pero tú no sabrás dónde se ocultan
el corazón de sapo o la violeta.

Tu vientre es una lucha de raíces,
tus labios son un alba sin contorno,
bajo las rosas tibias de la cama
los muertos gimen esperando turno.

V. Casida del sueño al aire libre

Flor de jazmín y toro degollado.
Pavimento infinito. Mapa. Sala. Arpa. Alba.
La niña finge un toro de jazmines
y el toro es un sangriento crepúsculo que brama.

Si el cielo fuera un niño pequeñito,
los jazmines tendrían mitad de noche oscura,
y el toro circo azul sin lidiadores
y un corazón al pie de una columna.

Pero el cielo es un elefante
y el jazmín es un agua sin sangre
y la niña es un ramo nocturno
por el inmenso pavimento oscuro.

Entre el jazmín y el toro
o garfios de marfil o gente dormida.
En el jazmín un elefante y nubes
y en el toro el esqueleto de la niña.

VI. Casida de la mano imposible

Yo no quiero más que una mano,
una mano herida, si es posible.
Yo no quiero más que una mano,
aunque pase mil noches sin lecho.

Sería un pálido lirio de cal,
sería una paloma amarrada a mi corazón,
sería el guardián que en la noche de mi tránsito

prohibiera en absoluto la entrada a la luna.

Yo no quiero más que esa mano
para los diarios aceites y la sábana blanca de mi agonía
Yo no quiero más que esa mano
para tener un ala de mi muerte.

Lo demás todo pasa.
Rubor sin nombre ya, astro perpetuo.
Lo demás es lo otro; viento triste,
mientras las hojas huyen en bandadas.

VII. Casida de la rosa

La rosa
no buscaba la aurora:
casi eterna en su ramo,
buscaba otra cosa.

La rosa,
no buscaba ni ciencia ni sombra:
confín de carne y sueño,
buscaba otra cosa.

La rosa,
no buscaba la rosa.
Inmóvil por el cielo
buscaba otra cosa.

VIII. Casida de la muchacha dorada

La muchacha dorada
se bañaba en el agua
y el agua se doraba.

Las algas y las ramas
en sombra la asombraban
y el ruiseñor cantaba

por la muchacha blanca.

Vino la noche clara,
turbia de plata mala,
con peladas montañas,
bajo la brisa parda.

La muchacha mojada
era blanca en el agua
y el agua, llamarada.

Vino el alba sin mancha
con mil caras de vaca,
yerta y amortajada
con heladas guirnaldas.

La muchacha de lágrimas
se bañaba entre llamas,
y el ruiseñor lloraba
con las alas quemadas.

La muchacha dorada
era una blanca garza
y el agua la doraba.

IX. Casida de las palomas oscuras

Por las ramas del laurel
van dos palomas oscuras.
La una era el sol,
la otra la luna.
"Vecinitas", les dije,
"¿dónde está mi sepultura?"
"En mi cola", dijo el sol.
"En mi garganta", dijo la luna.
Y yo que estaba caminando
con la tierra por la cintura
vi dos águilas de *nieve* **(*)**
y una muchacha desnuda.

La una era la otra
y la muchacha era ninguna.
"Aguilitas", les dije,
"¿dónde está mi sepultura?"
"En mi cola", dijo el sol.
"En mi garganta", dijo la luna.
Por las ramas del laurel
vi dos palomas desnudas.
La una era la otra
y las dos eran ninguna.

(*) **Nota***:* *En el texto de Primeras Canciones figura:* **mármol**.

SONETOS DEL AMOR OSCURO

Soneto gongorino en que el poeta manda a su amor una paloma

Este pichón del Turia que te mando,
de dulces ojos y de blanca pluma,
sobre laurel de Grecia vierte y suma
llama lenta de amor do estoy parando.

Su cándida virtud, su cuello blando,
en lirio doble de caliente espuma,
con un temblor de escarcha, perla y bruma

la ausencia de tu boca está marcando.

Pasa la mano sobre su blancura
y verás qué nevada melodía
esparce en copos sobre tu hermosura.

Así mi corazón de noche y día,
preso en la cárcel del amor oscura,
llora sin verte su melancolía.

Llagas de amor

Esta luz, este fuego que devora.
Este paisaje gris que me rodea.
Este dolor por una sola idea.
Esta angustia de cielo, mundo y hora.

Este llanto de sangre que decora
lira sin pulso ya, lúbrica tea.
Este peso del mar que me golpea.
Este alacrán que por mi pecho mora.

Son guirnalda de amor, cama de herido,
donde sin sueño, sueño tu presencia
entre las ruinas de mi pecho hundido.

Y aunque busco la cumbre de prudencia
me da tu corazón valle tendido
con cicuta y pasión de amarga ciencia.

Soneto de la guirnalda de rosas

¡Esa guirnalda! ¡Pronto! ¡Que me muero!
¡Teje deprisa! ¡Canta! ¡Gime! ¡Canta!
Que la sombra me enturbia la garganta

y otra vez viene y mil la luz de enero.

Entre lo que me quieres y te quiero,
aire de estrellas y temblor de planta
espesura de anémonas levanta
con oscuro gemir un año entero.

Goza el fresco paisaje de mi herida,
quiebra juncos y arroyos delicados,
bebe en muslo de miel sangre vertida.

Pronto ¡pronto! Que unidos, enlazados,
boca rota de amor y alma mordida,
el tiempo nos encuentre destrozados.

El poeta dice la verdad

Quiero llorar mi pena y te lo digo
para que tú me quieras y me llores
en un anochecer de ruiseñores
con un puñal, con besos y contigo.

Quiero matar al único testigo
para el asesinato de mis flores
y convertir mi llanto y mis sudores
en eterno montón de duro trigo.

Que no se acabe nunca la madeja
del te quiero me quieres, siempre ardida
con decrépito sol y luna vieja.

Que lo que no me des y no te pida
será para la muerte, que no deja
ni sombra por la carne estremecida.

El poeta pide a su amor que le escriba

Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena, pues, de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.

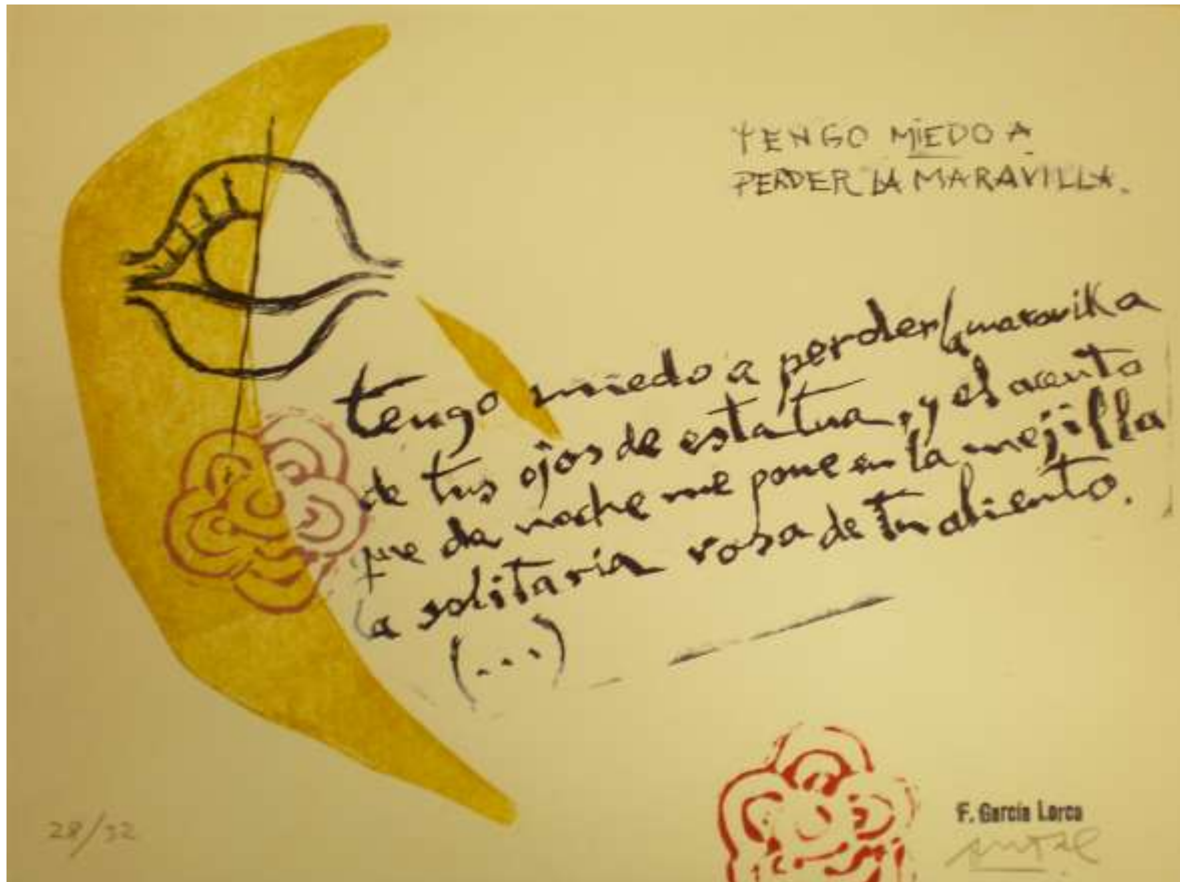
¡Ay voz secreta del amor oscuro!

¡Ay voz secreta del amor oscuro!
¡ay balido sin lanas! ¡ay herida!
¡ay aguja de hiel, camelia hundida!
¡ay corriente sin mar, ciudad sin muro!

¡Ay noche inmensa de perfil seguro,
montaña celestial de angustia erguida!
¡ay perro en corazón, voz perseguida!
¡silencio sin confín, lirio maduro!

Huye de mí, caliente voz de hielo,
no me quieras perder en la maleza
donde sin fruto gimen carne y cielo.

Deja el duro marfil de mi cabeza,
apiádate de mí, ¡rompe mi duelo!
¡que soy amor, que soy naturaleza!



Soneto de la dulce queja

Tengo miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua y el acento
que me pone de noche en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.

Tengo pena de ser en esta orilla
tronco sin ramas, y lo que más siento
es no tener la flor, pulpa o arcilla,
para el gusano de mi sufrimiento.

Si tú eres el tesoro oculto mío,
si eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío.

No me dejes perder lo que he ganado
y decora las aguas de tu río
con hojas de mi Otoño enajenado.

Noche del amor insomne

Noche arriba los dos con luna llena,
yo me puse a llorar y tú reías.
Tu desdén era un dios, las quejas mías
momentos y palomas en cadena

Noche abajo los dos. Cristal de pena,
llorabas tú por hondas lejanías.
Mi dolor era un grupo de agonías
sobre tu débil corazón de arena.

La aurora nos unió sobre la cama,
las bocas puestas sobre el chorro helado
de una sangre sin fin que se derrama.

Y el sol entró por el balcón cerrado
y el coral de la vida abrió su rama
sobre mi corazón amortajado.

El poeta pregunta a su amor por la ciudad encantada de Cuenca

¿Te gustó la ciudad que gota a gota
labró el agua en el centro de los pinos?
¿Viste sueños y rostros y caminos
y muros de dolor que el aire azota?

¿Viste la grieta azul de luna rota
que el Júcar moja de cristal y trinos?
¿Han besado tus dedos los espinos
que coronan de amor piedra remota?

Te acordaste de mí cuando subías
al silencio que sufre la serpiente,
prisionera de grillos y de umbrías?

¿No viste por el aire transparente
una dalia de penas y alegrías
que te mandó mi corazón caliente?

El poeta habla por teléfono con el amor

Tu voz regó la duna de mi pecho
en la dulce cabina de madera.
Por el sur de mis pies fue primavera
y al norte de mi frente flor de helecho.

Pino de luz por el espacio estrecho
cantó sin alborada y sementera
y mi llanto prendió por vez primera
coronas de esperanza por el techo.

Dulce y lejana voz por mí vertida.
Dulce y lejana voz por mí gustada.
Lejana y dulce voz amortecida.

Lejana como oscura corza herida.
Dulce como un sollozo en la nevada.
¡Lejana y dulce en tuétano metida!

El amor duerme en el pecho del poeta

Tú nunca entenderás lo que te quiero
porque duermes en mí y estás dormido.
Yo te oculto llorando, perseguido
por una voz de penetrante acero.

Norma que agita igual carne y lucero
traspasa ya mi pecho dolorido
y las turbias palabras han mordido
las alas de tu espíritu severo.

Grupo de gente salta en los jardines
esperando tu cuerpo y mi agonía
en caballos de luz y verdes crines.

Pero sigue durmiendo, vida mía.
Oye mi sangre rota en los violines.
¡Mira que nos acechan todavía!

OTROS SONETOS Y ODAS

En la muerte de José Ciria y Escalante

¡Quién dirá que te vio, y en qué momento?
¡Qué dolor de penumbra iluminada!
Dos voces suenan: el reloj y el viento,
mientras flota sin ti la madrugada.

Un delirio de nardo ceniciento
invade tu cabeza delicada.
¡Hombre! ¡Pasión! ¡Dolor de luz! Memento.
Vuelve hecho luna y corazón de nada.

Vuelve hecho luna: con mi propia mano
lanzaré tu manzana sobre el río
turbio de rojos peces de verano.

Y tú, arriba, en lo alto, verde y frío,
¡olvídame! Y olvida al mundo vano,
delicado Giocondo, amigo mío.

Soneto

Yo sé que mi perfil será tranquilo
en el norte de un cielo sin reflejo,
mercurio de vigilia, casto espejo
donde se quiebra el pulso de mi estilo.

Que si la yedra y el frescor del hilo
fue la norma del cuerpo que yo dejo,
mi perfil en la arena será un viejo
silencio sin rubor de cocodrilo.

Y aunque nunca tendrá sabor de llama
mi lengua de palomas ateridas
sino desierto gusto de retama,

libre signo de normas oprimidas
seré, en el cuello de la yerta rama
y en el sinfín de dalias doloridas.

Soneto de homenaje a Manuel de Falla, ofreciéndole unas flores

Lira cordial de plata refulgente,
de duro acento y nervio desatado,
voces y frondas de la España ardiente
con tus manos de amor has dibujado.

En nuestra propia sangre está la fuente
que tu razón y sueños ha brotado.
Álgebra limpia de serena frente.
Disciplina y pasión de lo soñado.

Ocho provincias de la Andalucía,
olivo al aire y a la mar los remos,
cantan, Manuel de Falla, tu alegría.

Con el laurel y flores que ponemos
amigos de tu casa en este día,
pura amistad sencilla te ofrecemos.

A Carmela Condón, agradeciéndole unas muñecas

Una luz de jacinto me ilumina la mano
al escribir tu nombre de tinta y cabellera
y en la neutra ceniza de mi verso quisiera
silbo de luz y arcilla de caliente verano.

Un Apolo de hueso borra el cauce inhumano
donde mi sangre teje juncos de primavera.
Aire débil de alumbre y aguja de quimera
pone loco de espigas el silencio del grano.

En este duelo a muerte con la virgen poesía,
duelo de rosa y verso, de número y locura,
tu regalo renueva sal y vieja alegría.

¡Oh pequeña morena de delgada cintura!
¡Oh Perú de metal y de melancolía!
¡Oh España! ¡Oh luna muerta sobre la piedra dura!

Adam

A Pablo Neruda, rodeado de fantasmas

Árbol de sangre riega la mañana
por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
y un gráfico de hueso en la ventana.

Mientras la luz que viene fija y gana
blancas metas de fábula que olvida

el tumulto de venas en la huida
hacia el turbio frescor de la manzana,

Adam sueña en la fiebre de la arcilla
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.

Pero otro Adam oscuro está soñando
neutra luna de piedra sin semilla
donde el niño de luz se irá quemando.

Epitafio a Isaac Albéniz

Esta piedra que vemos levantada
sobre hierbas de muerte y barro oscuro,
guarda lira de sombra, sol maduro,
urna de canto sola y derramada.

Desde la sal de Cádiz a Granada,
que erige en agua su perpetuo muro,
en caballo andaluz de acento duro
tu sombra gime por la luz dorada.

¡Oh dulce muerto de pequeña mano!
¡Oh música y bondad entretejida!
¡Oh pupila de azor, corazón sano!

Duerme cielo sin fin, nieve tendida.
Sueña invierno de lumbre, gris verano.
¡Duerme en olvido de tu vieja vida!

En la tumba sin nombre de Herrera y Reissig en el cementerio de Montevideo

Túmulo de esmeraldas y epentismo

como errante pagoda submarina,
ramos de muerte y alba de sentina
ponen loco el ciprés de tu lirismo,

anémonas con fósforo de abismo
cubren tu calavera marfilina
y el aire teje una guirnalda fina
sobre la calva azul de tu bautismo.

No llega Salambó de miel helada
ni postumo carbunclo de oro yerto
que salitró de lis tu voz pasada.

Sólo un rumor de hipnótico concierto,
una laguna turbia y disipada,
soplan entre tus sábanas de muerto.

A Mercedes en su vuelo

Una viola de luz yerta y helada
eres ya por las rocas de la altura.
Una voz sin garganta, voz oscura
que suena en todo sin sonar en nada.

Tu pensamiento es nieve resbalada
en la gloria sin fin de la blancura.
Tu perfil es perenne quemadura.
Tu corazón paloma desatada.

Canta ya por el aire sin cadena
la matinal, fragante melodía,
monte de luz y llaga de azucena.

Que nosotros aquí de noche y día
haremos en la esquina de la pena
una guirnalda de melancolía.



Oda a Salvador Dalí

Una rosa en el alto jardín que tu deseas.
Una rueda en la pura sintaxis del acero.
Desnuda la montaña de niebla impresionista.
Los grises oteando sus balaustradas últimas.

Los pintores modernos, en sus blancos estudios,
cortan la flor aséptica de la raíz cuadrada.
En las aguas del Sena un iceberg de mármol
enfría las ventanas y disipa las yedras.

El hombre pisa fuerte las calles enlosadas.
Los cristales esquivan la magia del reflejo.
El Gobierno ha cerrado las tiendas de perfume.
La máquina eterniza sus compases binarios.

Una ausencia de bosques, biombos y entrecejos
yerra por los tejados de las casas antiguas.
El aire pulimenta su prisma sobre el mar
y el horizonte sube como un gran acueducto.

Marineros que ignoran el vino y la penumbra
decapitan sirenas en los mares de plomo.
La Noche, negra estatua de la prudencia, tiene
el espejo redondo de la luna en su mano.

Un deseo de formas y límites nos gana.
Viene el hombre que mira con el metro amarillo.
Venus es una blanca naturaleza muerta
y los coleccionistas de mariposas huyen.

Cadaqués, en el fiel del agua y la colina,
eleva escalinatas y oculta caracolas.
Las flautas de madera pacifican el aire.
Un viejo dios silvestre da frutas a los niños.

Sus pescadores duermen, sin ensueño, en la arena.
En alta mar les sirve de brújula una rosa.
El horizonte virgen de pañuelos heridos
junta los grandes vidrios del pez y de la luna.

Una dura corona de blancos bergantines
ciñe frentes amargas y cabellos de arena.
Las sirenas convencen, pero no sugestionan,
y salen si mostramos un vaso de agua dulce.

¡Oh Salvador Dalí, de voz aceitunada!
No elogio tu imperfecto pincel adolescente
ni tu color que ronda la color de tu tiempo,
pero alabo tus ansias de eterno limitado.

Alma higiénica, vives sobre mármoles nuevos.
Huyes la oscura selva de formas increíbles.
Tu fantasía llega donde llegan tus manos,
y gozas el soneto del mar en tu ventana.

El mundo tiene sordas penumbras y desorden,
en los primeros términos que el humano frecuenta.
Pero ya las estrellas ocultando paisajes,
señalan el esquema perfecto de sus órbitas.

La corriente del tiempo se remansa y ordena
en las formas numéricas de un siglo y otro siglo.
Y la Muerte vencida se refugia temblando
en el círculo estrecho del minuto presente.

Al coger tu paleta, con un tiro en un ala,
pides la luz que anima la copa del olivo.
Ancha luz de Minerva, constructora de andamios,
donde no cabe el sueño ni su flora inexacta.

Pides la luz antigua que se queda en la frente,
sin bajar a la boca ni al corazón del hombre.
Luz que temen las vides entrañables de Baco
y la fuerza sin orden que lleva el agua curva.

Haces bien en poner banderines de aviso,
en el límite oscuro que relumbra de noche.
Como pintor no quieres que te ablande la forma
el algodón cambiante de una nube imprevista.

El pez en la pecera y el pájaro en la jaula.
No quieres inventarlos en el mar o en el viento.
Estilizas o copias después de haber mirado
con honestas pupilas sus cuerpecillos ágiles.

Amas una materia definida y exacta
donde el hongo no pueda poner su campamento.
Amas la arquitectura que construye en lo ausente
y admites la bandera como una simple broma.

Dice el compás de acero su corto verso elástico.
Desconocidas islas desmienten ya la esfera.
Dice la línea recta su vertical esfuerzo
y los sabios cristales cantan sus geometrías.

Pero también la rosa del jardín donde vives.
¡Siempre la rosa, siempre, norte y sur de nosotros!
Tranquila y concentrada como una estatua ciega,
ignorante de esfuerzos soterrados que causa.

Rosa pura que limpia de artificios y croquis
y nos abre las alas tenues de la sonrisa.
(Mariposa clavada que medita su vuelo.)
Rosa del equilibrio sin dolores buscados.
¡Siempre la rosa!

¡Oh Salvador Dalí de voz aceitunada!
Digo lo que me dicen tu persona y tus cuadros.
No alabo tu imperfecto pincel adolescente,
pero canto la firme dirección de tus flechas.

Canto tu bello esfuerzo de luces catalanas,
tu amor a lo que tiene explicación posible.
Canto tu corazón astronómico y tierno,
de baraja francesa y sin ninguna herida.

Canto el ansia de estatua que persigues sin tregua
el miedo a la emoción que te aguarda en la calle.
Canto la sirenita de la mar que te canta
montada en bicicleta de corales y conchas.

Pero ante todo canto un común pensamiento
que nos une en las horas oscuras y doradas.
No es el Arte la luz que nos ciega los ojos.
Es primero el amor, la amistad o la esgrima.

Es primero que el cuadro que paciente dibujas
el seno de Teresa, la de cutis insomne,
el apretado bucle de Matilde la ingrata,
nuestra amistad pintada como un juego de oca.

Huellas dactilográficas de sangre sobre el oro
rayen el corazón de Cataluña eterna.
Estrellas como puños sin halcón te relumbren,
mientras que tu pintura y tu vida florecen.

No mires la clepsidra con alas membranosas,
ni la dura guadaña de las alegorías.
Viste y desnuda siempre tu pincel en el aire,
frente a la mar poblada con barcos y marinos.

Soledad

(**Homenaje a Fray Luis de León**)
Difícil delgadez:
¿Busca el mundo una blanca,
total, perenne ausencia?
Jorge Guillén

Soledad pensativa
sobre piedra y rosal, muerte y desvelo
donde libre y cautiva,
fija en su blanco vuelo,
canta la luz herida por el hielo.

Soledad con el estilo
de silencio sin fin y arquitectura,
donde la planta en vilo
del ave en la espesura
no consigue clavar tu carne oscura.

En ti dejo olvidada
la frenética lluvia de mis venas,
mi cintura cuajada:
y rompiendo cadenas,
rosa débil seré por las arenas.

Rosa de mi desnudo
sobre paños de cal y sordo fuego,
cuando roto ya el nudo,
limpio de luna, y ciego,
cruce tus finas ondas de sosiego.

En la curva del río
el doble cisne su blancura canta.
Húmeda voz sin frío
fluye de su garganta,
y por los juncos rueda y se levanta.

Con su rosa de harina
niño desnudo mide la ribera,
mientras el bosque afina
su música primera
en rumor de cristales y madera.

Coros de siemprevivas
giran locos pidiendo eternidades.
Sus señas expresivas
hieren las dos mitades
del mapa que rezuma soledades.

El arpa y su lamento
prendido en nervios de metal dorado,
tanto dulce instrumento
resonante o delgado,
buscan ¡oh soledad! tu reino helado.

Mientras tú, inaccesible
para la verde lepra del sonido,
no hay altura posible
ni labio conocido
por donde llegue a ti nuestro gemido.

Oda al Santísimo Sacramento del altar

(**Fragmento**)
Homenaje a Manel de Falla

Exposición

Pange lingua gloriosi
corporis misterium.

Cantaban las mujeres por el muro clavado
cuando te vi, Dios fuerte, vivo en el Sacramento,
palpitante y desnudo, como un niño que corre
perseguido por siete novillos capitales.

Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.
Punzado por tu Padre con aguja de lumbre.
Latiendo como el pobre corazón de la rana
que los médicos ponen en el frasco de vidrio.

Piedra de soledad donde la hierba gime
y donde el agua oscura pierde sus tres acentos,
elevan tu columna de nardo bajo nieve
sobre el mundo de ruedas y falos que circula.

Yo miraba tu forma deliciosa flotando
en la llaga de aceites y paño de agonía,
y entornaba mis ojos para dar en el dulce
tiro al blanco de insomnio sin un pájaro negro.

Es así, Dios anclado, como quiero tenerte.
Panderito de harina para el recién nacido.
Brisa y materia juntas en expresión exacta,
por amor de la carne que no sabe tu nombre.

Es así, forma breve de rumor inefable,
Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno,
repetido mil veces, muerto, crucificado
por la impura palabra del hombre sudoroso.

Cantaban las mujeres en la arena sin norte,
cuando te vi presente sobre tu Sacramento.
Quinientos serafines de resplandor y tinta
en la cúpula neutra gustaban tu racimo.

¡Oh Forma sacratísima, vértice de las flores,
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,

donde número y boca construyen un presente
cuerpo de luz humana con músculos de harina!

¡Oh Forma limitada para expresar concreta
muchedumbre de luces y clamor escuchado!
¡Oh nieve circundada por témpanos de música!
¡Oh llama crepitante sobre todas las venas!

MUNDO

Agnus Dei qui tollis pecata mundi.
Miserere nobis

Noche de los tejados y la planta del pie,
silbaba por los ojos secos de las palomas.
Alga y cristal en fuga ponen plata mojada
los hombros de cemento de todas las ciudades.

La gillette descansaba sobre los tocadores
con su afán impaciente de cuello seccionado.
En la casa del muerto, los niños perseguían
una sierpe de arena por el rincón oscuro.

Escribientes dormidos en el piso catorce.
Ramera con los senos de cristal arañado.
Cables y media luna con temblores de insecto.
Bares sin gente. Gritos. Cabezas por el agua.

Para el asesinato del ruiseñor, venían
tres mil hombres armados de lucientes cuchillos.
Viejas y sacerdotes lloraban resistiendo
una lluvia de lenguas y hormigas voladoras.

Noche de rostro blanco. Nula noche sin rostro.
Bajo el sol y la luna. Triste noche del mundo.
Dos mitades opuestas y un hombre que no sabe
cuándo su mariposa dejará los relojes.

Debajo de las alas del dragón hay un niño.
Caballitos de cardio por la estrella sin sangre.

El unicornio quiere lo que la rosa olvida,
y el pájaro pretende lo que las aguas vedan.

Sólo tu Sacramento de luz en equilibrio
aquietaba la angustia del amor desligado.
Sólo tu Sacramento, manómetro que salva
corazones lanzados a quinientos por hora.

Porque tu signo es clave de llanura celeste
donde naipe y herida se entrelazan cantando,
donde la luz desboca su toro relumbrante
y se afirma el aroma de la rosa templada.

Porque tu signo expresa la brisa y el gusano.
Punto de unión y cita del siglo y el minuto.
Orbe claro de muertos y hormiguero de vivos
con el hombre de nieves y el negro de la llama.

Mundo, ya tienes meta para tu desamparo.
Para tu horror perenne de agujero sin fondo.
¡Oh Cordero cautivo de tres voces iguales!
¡Sacramento inmutable de amor y disciplina!

DEMONIO

Quia tu es Deus, fortitudo mea:
quare me repulisti? et quare tristis
incedo, dum affligit me inimicus?

Honda luz cegadora de materia crujiente,
luz oblicúa de espadas y mercurio de estrella
anunciaban el cuerpo sin amor que llegaba
por todas las esquinas del abierto domingo.

Forma de la belleza sin nostalgia ni sueño.
Rumor de superficies libertadas y locas.
Médula de presente. Seguridad fingida
de flotar sobre el agua con el torso de mármol.

Cuerpo de belleza que late y que se escapa;

un momento de venas y ternura de ombligo.
Belleza encadenada sin línea en flor, ni centro,
ni puras relaciones de número y sonrisa.

Vedlo llegar, oriente de la mano que palpa.
Vendaval y mancebo de rizos y moluscos.
Fuego para la carne sensible que se quema.
Níquel para el sollozo que busca a Dios volando.

Las nubes proyectaban sombras de cocodrilo
sobre un cielo incoloro batido por motores.
Altas esquinas grises y letras encendidas
señalaban las tiendas del enemigo Bello.

No es la mujer desnuda, ni el duro adolescente
ni el corazón clavado con besos y lancetas.
No es ser dueño de todos los caballos del mundo
ni descubrir el anca musical de la luna.

El encanto secreto del enemigo es otro.
Permanecer. Quedarse con la luz del minuto.
Permanecer clavados en su belleza triste
y evitar la inocencia de las aguas nacidas.

Que al balido reciente y a la flor desnortada
y a los senos sin huellas de la monja dormida,
responda negro toro de límites maduros
con la fe de un momento sin pudor ni mañana.

Para vencer la carne fuerte del enemigo,
mágico prodigioso de fuegos y colores,
das tu cuerpo celeste con tu sangre divina,
en este Sacramento definido que canto.

Desciendes a materia para hacerte visible
a los ojos que observan tu vida renovada
y vencer sin espadas, en unidad sencilla,
al enemigo bello de las mil calidades.

¡Alegrísimo Dios! ¡Alegrísima Forma!

Aleluya reciente de todas las mañanas.
Misterio facilísimo de razón o de sueño
si es fácil la belleza visible de la rosa.

¡Aleluya, aleluya del zapato y la nieve!
Alba pura de acantos en la mano incompleta.
¡Aleluya, aleluya de la norma y el punto
sobre los cuatro vientos sin afán deportivo!

Lanza tu Sacramento semillas de alegría
contra los perdigones de dolor del Demonio
y en el estéril valle de luz y roca pura
la aguja de la flauta rompe un ángel de vidrio.

CARNE

Qué bien os quedasteis,
galán del cielo,
que es muy de galanes
quedarse en cuerpo.
Lope de Vega, Auto de los cantares

Por el nombre del Padre, roca, luz y fermento.
Por el nombre del Hijo, flor y sangre vertida,
en el fuego visible del Espíritu Santo
Eva quema sus dedos teñidos de manzana.

Eva gris y rayada con la púrpura rota
cubierta con las mieles y el rumor del insecto.
Eva de yugulares y de musgo baboso
en el primer impulso torpe de los planetas.

Llegaban las higueras con las flores calientes
a destrozar los blancos muros de disciplina.
El hacha por el bosque daba normas de viento
a la pura dinamo clavada en su martirio.

Hilos y nervios tiemblan en la sección fragante
de la luna y el vientre que el bisturí descubre.
En el diván de raso los amantes aprietan

los tibios algodones donde duermen sus huesos.

¡Mirad aquel caballo cómo corre! ¡Miradlo
por los hombros y el seno de la niña cuajada!
¡Mirad qué tiernos ayes y qué son movedizo
oprimen la cintura del joven embalado!

¡Venid, venid! Las venas alargarán sus puntas
para morder la cresta del caimán enlunado
mientras la verde sangre de Sodoma reluce
por la sala de un yerto corazón de aluminio.

Es preciso que el llanto se derrame en la axila,
que la mano recuerde blanda goma nocturna.
Es preciso que ritmos de sístole y diástole
empañen el rubor inhumano del cielo.

Tienen en lo más blanco huevecillos de muerte
(diminutos madroños de arsénico invisible)
que secan y destruyen el nervio de luz pura
por donde el alma filtra lección de beso y ala.

Es tu cuerpo, galán, tu boca, tu cintura,
el gusto de tu sangre por los dientes helados.
Es tu carne vencida, rota, pisoteada,
la que vence y relumbra sobre la carne nuestra.

Es el yerto vacío de lo libre sin norte
que se llena de rosas concretas y finales.
Adam es luz y espera bajo el arco podrido
las dos niñas de sangre que agitaban sus sienes.

¡Oh Corpus Christi! ¡Oh Corpus de absoluto silencio
donde se quema el cisne y fulgura el leproso!
¡Oh blanca Forma insomne!
¡Angeles y ladridos contra el rumor de venas!

POEMAS SUELTOS

En el cumpleaños de R.G.A. Corona poética o pulsera de flor

Dedicada a Rosa García Ascot

TEMA DE LA CORONA

Una vinca lucero,
una rosa
y un lirio negro.

SITUACIÓN

El lucero en el cielo,
la rosa en el agua
y el lirio en el viento.

DESARROLLO DEL TEMA
Una vinca lucero

A la vera verita
del camino de Santiago,
tiembla. ¡Quiero que siga
temblando!

UNA ROSA

En la espalda del río
largos ritmos, negras hojas.

(Y entre los juncos
la rosa.)

El pastor del mediodía
toca su flauta en la sombra.

(Y entre los juncos
la rosa.)

Para pasear el monte
la tarde pinta su boca.

(Y entre los juncos
la rosa.)

Y UN LIRIO NEGRO
(ORIENTE)

Cúpula amarilla
y viento de plata.

El lirio,
la sonrisa velada
y la mano
delgada.

Cúpula amarilla
y viento de plata.

LA CINTA DE LA CORONA
O PULSERA DE FLOR

Cinta azul,
azul y naranja,
con el fleco verde limón.

En la cinta azul, azul y naranja,
vaya escrito este nombre:
Rosa García Ascot.

Estampilla y juguete

El relojito de dulce
se me deshace en la lumbre.

Reloj que me señalaba
una constante mañana.

Azúcar, rosa y papel...
(¡Dios mío, todo mi ayer!)

En la cresta de la llama.

(¡Señor, todo mi mañana!)

Abandono

¡Dios mío, he venido con
la semilla de las preguntas!
Las sembré y no florecieron.

(Un grillo canta
bajo la luna.)

¡Dios mío, he llegado con
las corolas de las respuestas,
pero el viento no las deshoja!

(Gira la naranja
irisada de la tierra.)

¡Dios mío, Lázaro soy!
Llena de aurora mi tumba,
da a mi carro negros potros.

(Por el monte lírico
se pone la luna.)

¡Dios mío, me sentaré
sin pregunta y con respuesta!,
a ver moverse las ramas.

(Gira la naranja
irisada de la tierra.)

Estío

Ceres ha llorado

sus lágrimas de oro.

Las profundas heridas
de los arados
han dado racimos
de lágrimas.

El hombre, bajo el sol,
recoge el gran llanto
de fuego.

El gran llanto de Cristo
recién nacido.

(Cruz.
Aspa.
Llama.)

Ceres está muerta
sobre la campiña.
Su pecho
acribillado de amapolas.
Su corazón
acribillado de cigarras.

Canción de la desesperanza

Los olivos subían
y el río bajaba.

(Sólo yo me perdía
por los aires.)

Los Padres esperaban
el Santo Advenimiento,
y las muchachas pintan
su corazón de verde.

(Sólo yo me perdía
por los aires.)

Canto nocturno de los marineros andaluces

De Cádiz a Gibraltar
¡qué buen caminito!
El mar conoce mi paso
por los suspiros.

¡Ay, muchacha, muchacha,
cuánto barco en el puerto de Málaga!

De Cádiz a Sevilla
¡cuántos limoncitos!
El limonar me conoce
por los suspiros.

¡Ay, muchacha, muchacha,
cuánto barco en el puerto de Málaga!

De Sevilla a Carmona
no hay un solo cuchillo.
La media luna corta
y el aire pasa herido.

¡Ay, muchacho, muchacho,
que las olas se llevan mi caballo!

Por las salinas muertas
yo te olvidé, amor mío.
El que quiera un corazón
que pregunte por mi olvido.

¡Ay, muchacho, muchacho,
que las olas se llevan mi caballo!

Cádiz, que te cubre el mar,
no avances por ese sitio.
Sevilla, ponte de pie
para no ahogarte en el río.

¡Ay, muchacha!
¡Ay, muchacho!
¡Qué buen caminito!
Cuánto barco en el puerto
y en la playa, ¡qué frío!

[Chopo y torre]

Chopo y torre.

Sombra viva
y sombra eterna.

Sombra de verdes voces
y sombra exenta.

Frente a frente piedra y viento,
sombra y piedra.

[¡Miguel Pizarro!]

¡Miguel Pizarro!
¡Flecha sin blanco!

¿Dónde está el agua
para su cisne blanco?

El Japón es un barco
de marineros antipáticos.
Una luna y mil faroles.
Sueño de papel pintado.

Entre la roca y la seda,
¡la roca!, Miguel Pizarro.
La seda reluce ausente
y a la roca vienen pájaros.

Olas de la mar pajiza
no detengan a tu barco.
Aires oblicuos te besen
en el siniestro costado.

Miguel Pizarro.
Flecha sin blanco.

(*Revés de este biombo*)

Sin blanco
blanco.

(Crisantemos blancos.)

Sin blanco
blanco.

(Cerezos en los campos.)

Sin blanco
blanco.

(Ai-Ko desnuda y temblando.)

¡Ay, sin blanco
blanco!

La sirena y el carabinero

Fragmentos

A Guillermo de Torre

El paisaje escaleno de espumas y de olivos,
recorta sus perfiles en el celeste duro.
Honda luz sin un pliegue de niebla se atiranta
como una espalda rosa de bañista desnuda.

Alas de pluma y lino, barcas y gallos abren.
Delfines en hilera, juegan a puentes rotos.
La luna de la tarde se despega redonda,
y la casta colina da rumores y bálsamos.

En la orilla del agua cantan los marineros,
canciones de bambú y estribillos de nieve.
Mapas equivocados relucen en sus ojos,
un Ecuador sin lumbre, y una China sin aire.

Cornetines de cobre, clavan sus agujetas,
en la manzana rosa del cielo más lejano.
Cornetines de cobre que los carabineros
tocan en la batalla contra el mar y sus gentes.
....

La noche disfrazada con una piel de mulo
llega dando empujones a las barcas latinas.
El talle de la gracia queda lleno de sombra
y el mar pierde vergüenzas y virtudes doradas.

Oh musas bailarinas, de tiernos pies rosados,
en bellas trinidades sobre el jugoso césped.
Acoged mis ofrendas dando al aire de altura,
nueve cantos distintos y una sola palabra.

Canción

Lento perfume y corazón sin gama,
aire definitivo en lo redondo,
corazón fijo vencedor de nortes,

quiero dejaros y quedarme solo.

En la estrella polar decapitada.

En la brújula rota y sumergida.

Soledad insegura

Fragmentos

Rueda helada la luna, cuando Venus
con el cutis de sal, abría en la arena
blancas pupilas de inocentes conchas.
La noche calza sus preciosas huellas
con chapines de fósforo y espuma.
Mientras yerto gigante sin latido
roza su tibia espalda sin venera.
El cielo exalta cicatriz borrosa
al ver su carne convertida en carne
que participa de la estrella dura
y el molusco sin límite de miedo.

Lirios de espuma cien y cien estrellas,
bajaron a la ausencia de las ondas.
Seda en tambor, el mar queda tirante,
mientras Favonio sueña y Tetis canta.
Palabras de cristal y brisa oscura
redondas sí, los peces mudos hablan.
Academia en el claustro de los iris
bajo el éxtasis denso y penetrable.
Llega bárbaro puente de delfines
donde el agua se vuelve mariposas,
collar de llanto a las arenas finas,
volante a la sin brazos cordillera.
....

Noche

Noche de flor cerrada y vena oculta.
-Almendra sin cuajar de verde tacto-.
Noche cortada demasiado pronto,
agitaba las hojas y las almas.
Pez mudo por el agua de ancho ruido,
lascivo se bañaba en el temblante,
luminoso marfil, recién cortado
al cuerno adolescente de la luna;
y si el centauro canta en las orillas
deliciosa canción de trote y flecha
ondas recojan glaucas sus acentos
con un dolor sin límite, de nardos.
Lyra bailaba en la fingida curva,
blanco baile de inmóvil geometría.
Ojos de lobo duermen en la sombra
dimitiendo la sangre de la oveja.
En lado opuesto, Filomela canta
humedades de yedras y jacintos,
con una queja en vilo de Sur loco,
sobre la flauta fija de la fuente.
Mientras en medio del horror oscuro
mintiendo canto y esperando miedo
voz inquieta de náufrago sonaba:
«Desdichada nación de dos colores
(fila de soles, fila de granadas),
sentada con el mar en las rodillas
y la cabeza puesta sobre Europa.
Mapa sin eco en el vivir reciente.
Pueblo que busca el mar y no lo encuentra.
Oye mi doble voz de remo y canto
y mi dolor sin término preciso.

Trigo malo de ayer cubrió su tierra.
La cicuta y la ortiga te envejecen.
Vulgo borracho canta en los aleros
la espada y el bigote, como norma.
Desdichada nación de catafalcos».

Tierra y Luna

Me quedo con el transparente hombrecillo
que come los huevos de la golondrina.
Me quedo con el niño desnudo
que pisotean los borrachos de Brooklyn,
con las criaturas mudas que pasan bajo los arcos.
Con el arroyo de venas ansioso de abrir sus manecitas.

Tierra tan sólo. Tierra.
Tierra para los manteles estremecidos,
para la pupila viciosa de nube,
para las heridas recientes y el húmedo pensamiento.
Tierra para todo lo que huye de la tierra.

No es la ceniza en vilo de las cosas quemadas,
ni los muertos que mueven sus lenguas bajo los árboles.
Es la tierra desnuda que bala por el cielo
y deja atrás los grupos ligeros de ballenas.

Es la tierra alegrísima, imperturbable nadadora.
la que yo encuentro en el niño y en las criaturas que pasan los arcos.
¡Viva la tierra de mi pulso y del baile de los helechos,
que deja a veces por el aire un duro perfil de Faraón!

Me quedo con la mujer fría
donde se queman los musgos inocentes,
me quedo con los borrachos de Brooklyn
que pisan al niño desnudo;
me quedo con los signos desgarrados
de la lenta comida de los osos.

Pero entonces baja la luna despeñada por las escaleras,
poniendo las ciudades de hule celeste y talco sensitivo,
llenando los pies de mármol la llanura sin recodos,
y olvidando, bajo las sillas, diminutas carcajadas de algodón.

¡Oh Diana, Diana, Diana vacía!
Convexa resonancia donde la abeja se vuelve loca.

Mi amor de paso, tránsito, larga muerte gustada,
nunca la piel ilesa de tu desnudo huido.

Es tierra, ¡Dios mío!, tierra, lo que vengo buscando.
Embozo de horizonte, latido y sepultura.
Es dolor que se acaba y amor que se consume,
torre de sangre abierta con las manos quemadas.

Pero la luna subía y bajaba las escaleras,
repartiendo lentejas desangradas en los ojos,
dando escobazos de plata a los niños de los muelles
y borrando mi apariencia por el término del aire.
1935

Pequeño poema infinito

Para Luis Cardoza y Aragón

Equivocar el camino
es llegar a la nieve
y llegar a la nieve
es pacer durante veinte siglos las hierbas de los cementerios.
Equivocar el camino
es llegar a la mujer,
la mujer que no teme la luz,
la mujer que mata dos gallos en un segundo,
y luz que no teme a los gallos
y los gallos que no saben cantar sobre la nieve.
Pero si la nieve se equivoca de corazón
puede llegar el viento Austro
y como el aire no hace caso de los gemidos
tendremos que pacer otra vez las hierbas de los cementerios.
Yo vi dos dolorosas espigas de cera
que enterraban un paisaje de volcanes
y vi dos niños locos
que empujaban llorando las pupilas de un asesino.
Pero el dos no ha sido nunca un número

porque es una angustia y su sombra,
porque es la guitarra donde el amor se desespera,
porque es la demostración de otro infinito que no es suyo
y es las murallas del muerto
y el castigo de la nueva resurrección sin finales.
Los muertos odian el número dos,
pero el número dos adormece a las mujeres
y como la mujer teme la luz
la luz tiembla delante de los gallos
y los gallos sólo saben volar sobre la nieve
tendremos que pacer sin descanso las hierbas de los cementerios
10 de enero de 1930. Nueva York

Canción de la muerte pequeña

Prado mortal de lunas
y sangre bajo tierra.
Prado de sangre vieja.

Luz de ayer y mañana.
Cielo mortal de hierba.
Luz y noche de arena.

Me encontré con la muerte.
Prado mortal de tierra.
Una muerte pequeña.

El perro en el tejado.
Sola mi mano izquierda
atravesaba montes sin fin
de flores secas.

Catedral de ceniza.
Luz y noche de arena.
Una muerte pequeña.

Una muerte y yo un hombre.

Un hombre solo, y ella
una muerte pequeña.

Prado mortal de luna.
La nieve gime y tiembla
por detrás de la puerta.

Un hombre, ¿y qué? Lo dicho.
Un hombre solo y ella.
Prado, amor, luz y arena.

Omega

Poema para muertos

Las hierbas.

Yo me cortaré la mano derecha.
Espera.

Las hierbas.

Tengo un guante de mercurio y otro de seda.
Espera.
¡Las hierbas!
No solloces. Silencio, que no nos sientan.
Espera.

¡Las hierbas!

Se cayeron las estatuas
al abrirse la gran puerta.

¡¡Las hierbaaas!!

Dos normas

(*Dibujo de la luna*)

Norma de ayer encontrada
sobre mi noche presente;
resplandor adolescente
que se opone a la nevada.
No quieren darte posada
mis dos niñas de sigilo,
morenas de luna en vilo
con el corazón abierto;
pero mi amor busca el huerto
donde no muere tu estilo.

(*Dibujo del sol*)

Norma de seno y cadera
bajo la rama tendida;
antigua y recién nacida
virtud de la primavera.
Ya mi desnudo quisiera
ser dalia de tu destino,
abeja. rumor o vino
de tu número y locura;
pero mi amor busca pura
locura de brisa y trino.



El poeta pide ayuda a la Virgen

Pido a la divina Madre de Dios,
Reina celeste de todo lo criado,
me dé la pura luz de los animalitos
que tienen una sola letra en su vocabulario,
animales sin alma, simples formas,
lejos de la despreciable sabiduría del gato,
lejos de la profundidad ficticia de los búhos,
lejos de la escultórica sapiencia del caballo,
criaturas que aman sin ojos,
con un solo sentido de infinito ondulado
y que se agrupan en grandes montones
para ser comidas por los pájaros.
Pido la sola dimensión
que tienen los pequeños animales planos,
para marrar cosas cubiertas de tierra
bajo la dura inocencia del zapato;
no hay quien llore porque comprenda
el millón de muertecitas que tiene el mercado,
esa muchedumbre china de las cebollas decapitadas
y ese gran sol amarillo de viejos peces aplastados.

Tú, Madre siempre temible. Ballena de todos los cielos.
Tú, Madre siempre bromista. Vecina del perejil prestado.
Sabes que yo comprendo la carne mínima del mundo.

Infancia y muerte

Para buscar mi infancia, ¡Dios mío!,
comí naranjas podridas, papeles viejos, palomares vacíos,
y encontré mi cuerpecito comido por las ratas
en el fondo del aljibe con las cabelleras de los locos.
Mi traje de marinero
no estaba empapado con el aceite de las ballenas,

pero tenía la eternidad vulnerable de las fotografías.
Ahogado, sí, bien ahogado, duerme, hijito mío, duerme,
niño vencido en el colegio y en el vals de la rosa herida,
asombrado con el alba oscura del vello sobre los muslos,
asombrado con su propio hombre que masticaba tabaco en
su costado siniestro.
Oigo un río seco lleno de latas de conserva
donde cantan las alcantarillas y arrojan las camisas llenas de
sangre.
Un río de gatos podridos que fingen corolas y anémonas
para engañar a la luna y que se apoye dulcemente en ellos.
Aquí solo con mi ahogado.
Aquí solo con la brisa de musgos fríos y tapaderas de hojalata.
Aquí, solo, veo que ya me han cerrado la puerta.
Me han cerrado la puerta y hay un grupo de muertos
que juega al tiro al blanco y otro grupo de muertos
que busca por la cocina las cascaras de melón
y un solitario, azul, inexplicable muerto
que me busca por las escaleras, que mete las manos en el
aljibe
mientras los astros llenan de ceniza las cerraduras de las catedrales
y las gentes se quedan de pronto con todos los trajes pequeños.

Para buscar mi infancia, ¡Dios mío!,
comí limones estrujados, establos, periódicos marchitos,
pero mi infancia era una rata que huía por un jardín oscurísimo,
una rata satisfecha, mojada por el agua simple,
una rata para el asalto de los grandes almacenes
y que llevaba un anda de oro entre sus dientes diminutos.

Canción

Tan, tan.
¿Quién es?
El Otoño otra vez.
¿Qué quiere el Otoño?
El frescor de tu sien.

No te lo quiero dar.
Yo te lo quiero quitar.

Tan, tan.
¿Quién es?
El Otoño otra vez.

Versos en el nacimiento de Malva Marina Neruda

Malva Marina, ¡quién pudiera verte
delfín de amor sobre las viejas olas,
cuando el vals de tu América destila
veneno y sangre de mortal paloma!

¡Quién pudiera quebrar los pies oscuros
de la noche que ladra por las rocas
y detener al aire inmenso y triste
que lleva dalias y devuelve sombra!

El Elefante blanco está pensando
si te dará una espada o una rosa;
Java, llamas de acero y mano verde,
el mar de Chile, valses y coronas.

Niñita de Madrid, Malva Marina,
no quiero darte flor ni caracola;
ramo de sal y amor, celeste lumbre,
pongo pensando en ti sobre tu boca.

Canción de cuna para Mercedes, muerta

Ya te vemos dormida.
Tu barca es de madera por la orilla.

Blanca princesa de nunca.

¡Duerme por la noche oscura!
Cuerpo de tierra y de nieve.
Duerme por el alba, ¡duerme!

Ya te alejas dormida.
¡Tu barca es bruma, sueño, por la orilla!

Este es el prólogo.

Dejaría en este libro
toda mi alma.
Este libro que ha visto
conmigo los paisajes
y vivido horas santas.

¡Qué pena de los libros
que nos llenan las manos
de rosas y de estrellas
y lentamente pasan!

¡Qué tristeza tan honda
es mirar los retablos
de dolores y penas
que un corazón levanta!

Ver pasar los espectros
de vidas que se borran,
ver al hombre desnudo
en Pegaso sin alas,

ver la vida y la muerte,
la síntesis del mundo,
que en espacios profundos
se miran y se abrazan.

Un libro de poesías
es el otoño muerto:

los versos son las hojas
negras en tierras blancas,

y la voz que los lee
es el soplo del viento
que les hunde en los pechos,
entrañables distancias.

El poeta es un árbol
con frutos de tristeza
y con hojas marchitas
de llorar lo que ama.

El poeta es el médium
de la Naturaleza
que explica su grandeza
por medio de palabras.

El poeta comprende
todo lo incomprensible,
y a cosas que se odian,
él, amigas las llama.

Sabe que los senderos
son todos imposibles,
y por eso de noche
va por ellos en calma.

En los libros de versos,
entre rosas de sangre,
van pasando las tristes
y eternas caravanas

que hicieron al poeta
cuando llora en las tardes,
rodeado y ceñido
por sus propios fantasmas.

Poesía es amargura,
miel celeste que mana

de un panal invisible
que fabrican las almas.

Poesía es lo imposible
hecho posible. Arpa
que tiene en vez de cuerdas
corazones y llamas.

Poesía es la vida
que cruzamos con ansia
esperando al que lleva
sin rumbo nuestra barca.

Libros dulces de versos
son los astros que pasan
por el silencio mudo
al reino de la Nada,
escribiendo en el cielo
sus estrofas de plata.

¡Oh, qué penas tan hondas
y nunca remediadas,
las voces dolorosas
que los poetas cantan!

Dejaría en el libro
este toda mi alma...
7 de agosto de 1918.

La oración de las rosas.

¡Ave rosas, estrellas solemnes!
Rosas, rosas, joyas vivas de infinito;
bocas, senos y almas vagas perfumadas;
llantos, ¡besos!, granos, polen de la luna;
dulces lotos de las almas estancadas;
¡ave rosas, estrellas solemnes!

Amigas de poetas
y de mi corazón,
¡ave rosas, estrellas
de luminosa Sión!
Panidas, sí, Panidas;
el trágico Rubén
así llamó en sus versos
al lánguido Verlaine,
que era rosa sangrienta
y amarilla a la vez.
Dejad que así os llame,
Panidas, sí, Panidas,
esencias de un Edén,
de labios danzarines,
de senos de mujer.
Vosotras junto al mármol
la sangre sois de él,
pero si fueseis olores
del vergel
en que los faunos moran,
tenéis en vuestro ser
una esencia divina:
María de Nazaret,
que esconde en vuestros pechos
blancura de su miel;
flor única y divina,
flor de Dios y Luzbel.

Flor eterna. Conjuro al suspiro.
Flor grandiosa, divina, enervante,
flor de fauno y de virgen cristiana,
flor de Venus furiosa y tonante,
flor mariana celeste y sedante,
flor que es vida y azul fontana
del amor juvenil y arrogante
que en su cáliz sus ansias aclara.

¡Qué sería la vida sin rosas!
Una senda sin ritmo ni sangre,

un abismo sin noche ni día.
Ellas prestan al alma sus alas,
que sin ellas el alma moría,
sin estrellas, sin fe, sin las claras
ilusiones que el alma quería.

Ellas son refugio de muchos corazones
ellas son estrellas que sienten el amor,
ellas son silencios que lentos escaparon
del eterno poeta nocturno y soñador,
y con aire y con cielo y con luz se formaron,
por eso todas ellas al nacer imitaron
el color y la forma de nuestro corazón.
Ellas son las mujeres entre todas las flores,
tibios sancta sanctorum de la eterna poesía,
neáporis grandiosas de todo pensamiento,
copones de perfume que azul se bebe el viento,
cromáticos enjambres, perlas del sentimiento,
adornos de las liras, poetas sin acento.
Amantes olorosas de dulces ruiseñores.
Madres de todo lo bello,
sois eternas, magníficas, tristes
como tardes calladas de octubre,
que al morir, melancólicas, vagas,
una noche de otoño las cubre,
porque al ser como sois la poesía
estáis llenas de otoño, de tardes,
de pesares, de melancolía,
de tristezas, de amores fatales,
de crepúsculo gris de agonía,
que sois tristes, al ser la poesía
que es un agua de vuestros rosales.
Santas rosas divinas y varias,
esperanzas, anhelos, pasión,
deposito en vosotras, amigas;
dadme un cáliz vacío, ya muerto,
que en su fondo, mustiado y desierto,
volcaré mi fatal corazón.
¡Ave rosas, estrellas solemnes!
Llenas rosas de gracia y amor,

todo el cielo y la tierra son vuestros
y benditos serán los maestros
que proclamen la voz de tu flor.
Y bendito será el bello fruto
de tu bello evangelio solemne,
y bendito tu aroma perenne,
y bendito tu pálido albor.
Solitarias, divinas y graves,
sollozad, pues sois flores de amor,
sollozad por los niños que os cortan,
sollozad por ser alma y ser flor,
sollozad por los malos poetas
que no os pueden cantar con dolor,
sollozad por la luna que os ama,
sollozad por tanto corazón
como en sombra os escucha callado,
y también sollozad por mi amor.
¡Ay!, incensarios carnales del alma,
chopinescas romanzas de olor,
sollozad por mis besos ocultos
que mi boca a vosotras os dio.
Sollozad por la niebla de tumba
donde sangra mi gran corazón,
y en mi hora de estrella apagada,
que mis ojos se cierren al sol,
sed mi blanco y severo sudario,
chopinescas romanzas de olor.
Ocultadme en un valle tranquilo,
y esperando mi resurrección,
id sorbiendo con vuestras raíces
la amargura de mi corazón.

Rosas, rosas divinas y bellas,
sollozad, pues sois flores de amor.
7 de Mayo de 1918.

Estampa del cielo

Las estrellas
no tienen novio.

¡Tan bonitas
como son las estrellas!
Aguardan a un galán
que las remonte
a su ideal Venecia.

Todas las noches salen
a las rejas,
¡oh cielo de mil pisos!
y hacen líricas señas
a los mares de sombra
que las rodean.

Pero aguardad, muchachas,
que cuando yo me muera
os raptaré una a una
en mi jaca de niebla.

Cada canción

Cada canción
es un remanso
del amor.

Cada lucero,
un remanso
del tiempo.
Un nudo
del tiempo.

Y cada suspiro
un remanso

del grito.

Soneto

Largo espectro de plata conmovida,
el viento de la noche suspirando
abrió con mano gris mi vieja herida
y se alejó: yo estaba deseando.

Llaga de amor que me dará la vida
perpetua sangre y pura luz brotando.
Grieta en que Filomena enmudecida
tendrá bosque, dolor y nido blando.

¡Ay qué dulce rumor en la cabeza!
Me tenderé junto a la flor sencilla
donde flota sin alma tu belleza.

Y el agua errante se pondrá amarilla.
mientras corre mi sangre en la maleza
mojada y olorosa de la orilla.

Canción

Si tú oyeras
a la amarga adelfa sollozar,
¿qué harías amor mío?
¡Suspirar!

Si tú vieras que la luz
te llama cuando se va,
¿qué harías, amor mío?
Pensaría en el mar.

Si yo te dijera un día,

¡te amo! desde mi olivar,
¿qué harías, amor mío?
¡Clavarme un puñal!

(Siento)

Siento
que arde en mis venas
sangre,
llama roja que va cociendo
mis pasiones en mi corazón.

Mujeres, derramad agua,
por favor;
cuando todo se quema,
sólo las pavesas vuelan
al viento.

(Con la frente en el suelo)

Con la frente en el suelo y el pensamiento arriba,
iba yo andando, andando,
y en la senda del tiempo
se echaba mi vida en busca de un deseo.
Junto al camino gris
vi una vereda en flor
y una rosa
llena de luz, llena de vida
y de dolor.

Mujer, flor que se abre en el jardín:
las rosas son como tu carne virgen,
con su fragancia inefable y sutil
y su nostalgia de lo triste.

CANTARES POPULARES

Anda jaleo

Yo me subí a un pino verde
por ver si la divisaba,
y sólo divisé el polvo
del coche que la llevaba.

Anda jaleo, jaleo;
ya se acabó el alboroto
y ahora empieza el tiroteo.

No salgas, paloma, al campo,
mira que soy cazador,
y si te tiro y te mato
para mi será el dolor,
para mi será el quebranto.

Anda jaleo, jaleo;
ya se acabó el alboroto

y ahora empieza el tiroteo.

En la calle de los Muros
mataron a una paloma.
Yo cortaré con mis manos
las flores de su corona.

Anda jaleo, jaleo;
ya se acabó el alboroto
y ahora empieza el tiroteo.

Los cuatro muleros

De los cuatro muleros,
que van al campo,
el de la mula torda,
moreno y alto.

De los cuatro muleros,
que van al agua,
el de la mula torda,
me roba el alma.

De los cuatro muleros,
que van al río,
el de la mula torda,
es mi marío.

A qué buscas la lumbre
la calle arriba
si de tu cara sale
la brasa viva.

Las tres hojas

Debajo de la hoja
de la verbena
tengo a mi amante malo:
¡Jesús, que pena!

Debajo de la hoja
de la lechuga
tengo a mi amante malo
con calentura.

Debajo de la hoja
del perejil
tengo a mi amante malo
y no puedo ir.

Los mozos de Monleón

Ledesma, cancionero salmantino.

Los mozos de Monleón
se fueron a arar temprano,
para ir a la corrida,
y remudar con despacio.
Al hijo de la viuda,
el remudo no le han dado.
-Al toro tengo de ir,
manque vaya prestado.
-Permita Dios, si lo encuentras,
que te traigan en un carro,
las albarcas y el sombrero
de los siniestros colgando.

Se cogen los garrochones,
marchan las navas abajo,
preguntando por el toro,
y el toro ya está encerrado.

En el medio del camino,
al mayoral se encontraron,
-Muchachos, que vais al toro;
mirad que el toro es muy malo,
que la leche que mamó
se la di yo por mi mano.

Se presentan en la plaza
cuatro mozos muy gallardos;
Manuel Sánchez llamó al toro;
¡nunca le hubiera llamado!,
por el pico de una albarca
toda la plaza arrastrado.
Cuando el toro lo dejó,
ya lo ha dejado muy malo.
Compañeros, yo me muero;
amigos, yo estoy muy malo;
tres pañuelos tengo dentro,
y éste que meto son cuatro.

-Que llamen al confesor.
pa que venga a confesarlo.
Cuando el confesor llegaba
Manuel Sánchez ha expirado.

Al rico de Monleón
le piden los bueis y el carro,
pa llevar a Manuel Sánchez,
que el torito le ha matado.
A la puerta de la viuda
arrecularon el carro.
-Aquí tenéis vuestro hijo
como lo habéis demandado.

Las morillas de Jaén

Canción popular del siglo XV

Tres moricas me enamoran
en Jaén:
Aixa, Fátima y Marién.

Tres moricas tan garridas
iban a coger olivas,
y hallábanlas cogidas
en Jaén:
Aixa, Fátima y Marién.

Y hallábanlas cogidas
y tornaban desmaídas
y las colores perdídas
en Jaén:
Aixa, Fátima y Marién.

Tres moricas tan lozanas,
iban a coger manzanas
hallábanlas tomadas
en Jaén:
Aixa, Fátima y Marién.

Díjeles: ¿Quién sois, señoras,
de mi vida robadoras?
Cristianas, que éramos moras
en Jaén:
Aixa, Fátima y Marién.

Sevillanas del siglo XVIII

¡Viva Sevilla!
Llevan las sevillanas
en la mantilla
un letrero que dice:
¡Viva Sevilla!

¡Viva Triana!

¡Vivan los de Triana,
los trianeros!
¡Vivan los sevillanos
y sevillanas!

Lo traigo andado.
La Macarena y todo
lo traigo andado.

Lo traigo andado;
cara como la tuya
no la he encontrado.
La Macarena y todo
lo traigo andado.

Ay, rio de Sevilla,
qué bien pareces
lleno de velas blancas
y ramas verdes.

El café de Chinitas

En el café de Chinitas
dijo a Paquiro un hermano:
"Soy más valiente que tú
más torero y más gitano."

En el café de Chinitas
dijo a Paquiro un Frascuelo:
"Soy más valiente que tú
más gitano y más torero."

Sacó Paquiro el reló
y dijo de esta manera:
"Este toro ha de morir
antes de las cuatro y media."

Al dar las cuatro en la calle
se salieron del café

y era Paquiro en la calle
un torero de cartel.

Nana de Sevilla

Este galagaguito
no tiene mare.
lo parió una gitana,
lo echó a la calle.

No tiene mare, sí;
no tiene mare, no;
no tiene mare,
lo echó a la calle.

Este niño chiquito
no tiene cuna.
Su padre es carpintero
y le hará una

Los pelegrinitos

Hacia Roma caminan
dos pelegrinos,
a que los case el Papa,
porque son primos.

Sombrerito de hule
lleva el mozuelo,
y la pelegrinita,
de terciopelo.

Al pasar por el puente
de la Victoria,
tropezó la madrina,

cayó la novia.

Han llegado a palacio,
suben arriba,
y en la sala del Papa
los desaniman.

Le ha preguntado el Papa
como se llaman.
Él le dice que Pedro
y ella que Ana.

Le ha preguntado el Papa
que qué edad tienen.
Ella dice que quince
y él diecisiete.

Le ha preguntado el Papa
de dónde eran.
Ella dice de Cabra
y él de Antequera.

Le ha preguntado el Papa
que si han pecado.
Él le dice que un beso,
que le había dado.

Y la pelegrinita
que es vergonzosa,
se le ha puesto la cara
como una rosa.

Y ha respondido el Papa
desde su cuarto:
¡Quién fuera pelegrino
para otro tanto!

Las campanas de Roma
ya repicaron,
porque los pelegrinos

ya se casaron.

Zorongo gitano

(*letra de la grabaciòn discográfica*)

Tengo los ojos azules,
tengo los ojos azules,
y el corazoncito igual
que la cresta de la lumbre.

De noche me salgo al patio
y me *jarto* de llorar
de ver que te quiero tanto
y tú no me quieres *ná*.

Esta gitana está loca,
loca que la van a atar,
que lo que sueña de noche
quiere que sea verdad.

(*letra de «la zapatera prodigiosa»*)

Las manos de mi cariño
te están bordando una capa
con agremán de alhelíes
y con esclavina de agua.

Cuando fuiste novio mío,
por la primavera blanca,
los cascos de tu caballo
cuatro sollozos de plata.

La luna es un pozo chico,
las flores no valen nada,
lo que valen son tus brazos
cuando de noche me abrazan.

Romance de don Boyso

Camina don Boyso
mañanita fría
a tierra de moros
a buscar amiga.
Hallóla lavando
en la fuente fría:
-¿Qué haces ahí, mora,
hija de judía?
Deja mi caballo
beber agua fría.
-Reviente el caballo
y quien lo traía,
que yo no soy mora
ni hija de judía.
Soy una cristiana
que aquí estoy cautiva.
-Si fueras cristiana
yo te llevaría,
en paños de seda
yo te envolvería;
pero si eres mora,
yo te dejaría.
Montóla a caballo
por ver que decía;
en las siete leguas
no hablará la niña.
Al pasar un campo
de verdes olivas
por aquellos prados
qué llantos hacía.
-¡Ay prados! ¡Ay prados!
prados de mi vida.
Cuando el rey mi padre
plantó aquí esta oliva,

él se la plantara,
yo se la tenía,
la reina mi madre
la seda torcía,
mi hermano don Boyso
los toros corría.
-¿Y cómo te llamas?
-Yo soy Rosalinda,
que así me pusieron
porque al ser nacida
una linda rosa
n´el pecho tenía.
-Pués tú, por las señas
mi hermana serías.
Ábra, la mi madre,
puertas de alegría,
por traerla nuea
le traigo a su hija.

Los reyes de la baraja

Si tu madre quiere un rey,
la baraja tiene cuatro:
rey de oros, rey de copas,
rey de espadas, rey de bastos.

Corre que te pillo,
corre que te agarro,
mira que te lleno
la cara de barro.

Del olivo me retiro,
del esparto yo me aparto,
del sarmiento me arrepiento
de haberte querido tanto

La Tarara

La Tarara sí,
la Tarara, no
La Tarara, niña
que la he visto yo.

Lleva mi Tarara
un vestido verde
lleno de volantes
y de cascabeles.

La Tarara sí,
la Tarara, no
La Tarara niña
que la he visto yo.

Luce mi Tarara
su color de seda
sobre las retamas
y la hierbabuena

Ay, Tarara loca,
mueve la cintura
para los muchachos
de las aceitunas.

OTRA POESÍA

Otros poemas sueltos

Canción vieja
El poema de mi cuarto
Canción novísima de los gatos *(también incluido en Poemas inéditos)*
Cartelón
Voces
[La voz de la campana]
[Por encontrar un beso tuyo] *(también incluido en Poemas inéditos)*
Eva
Poemas heroicos
Las serpientes
Poemas tardíos
Paseo
Barcarola
Telégrafo
Árbol de sorpresas
Nocturno de Marzo
[Sin mis ojos]
[La niña de mis lágrimas]
La encrucijada de las sonrisas
Mitad
Recreo del niño loco y el pájaro ciego
Recreo del niño loco y el pájaro sin nido
Madrigal para la vieja Amarilis
Puerta
[Yo]
Polifemo
[En tus ojos la serpiente]
[Palabra de cera]
Interior
[Mi nombre de tinta]
El holandés Cristian Hartman
[Romance]

Canción vieja

¡Mañana azul!
¡Mañana transparente y segura!
Puse mi casto corazón
Bajo la lluvia.
¡Serena estaba la fuente
Del Ayer y del Nunca!

Hablaban todos los álamos
De la llanura
Y el agua clara sonreía
Pensando en la luna.

Yo encontré una señora en mi sendero.
¡Mañana azul!
¡Mañana transparente y segura!
Ella dejó en mi corazón tranquilo
Una gota de lluvia.
Y una gota de amor cayó en la fuente
Del Ayer y del Nunca.

«El sendero es hermoso»,
Mi corazón murmura.
¡Yo quiero convertirme en una estrella
De risas y de música!

Por el camino llega un ruiseñor.
¡Mañana azul!
¡Mañana transparente y segura
Que llenó mi ardoroso corazón

De canciones antiguas,
Y temblaron las aguas en la fuente
Del Ayer y del Nunca!

«¡Qué largo es el sendero!»,
Mi corazón murmura.
¡Son iguales las rosas
Y los prados Y la luna de ayer es casta luna!

Por el camino pasa una doncella.
¡Mañana azul!
¡Mañana transparente y segura!
Viene hilando dolores y tristezas
De siglos en la tumba.
En rueca de palabras sin sonidos
Dice hilos de amargura...
Mi corazón sintióse herido y soñoliento
De Amor y de Penumbra.
Y se hizo negra el agua de la fuente
Del Ayer y del Nunca.

«¿Cuándo acaba el sendero?
¿Cuándo acaba?»,
Mi corazón pregunta:
«Acabará muy pronto, corazón,
En una selva oscura,
Sin pájaros cantores ni mañanas,
Una noche profunda
Donde es ruido el silencio, plomo el aire
Y tempestad la música...».

Un camino se pierde ante mis ojos.
¡Mañana azul!
¡Mañana transparente y segura!
Y elevo rebosante el corazón
De cantos y de lluvia.



PASEO DE UNA AVISPA POR MI CUALTO, 1923.
173 x 121 mm. Tinta y lápices de color sobre papel tela.
Colección Archivo Manuel de Falla, Granada.

El poema de mi cuarto

Mi cuarto blanco y alegre
(A muchos les parece feo)
Se ha impregnado con el aroma
De mi corazón nuevo.
Ya las sillas me sonríen
Y me conoce el espejo
(El espejo me dice «guapo»
Alguna vez). Yo siento
Dentro del alma el alma
Oculta de la pared y del techo.
Los libros llenos de perfume
Cubren la mesa, y en el suelo
Un par de botas destrozadas
Sueñan caminos polvorientos.
¡Oh pobres botas viejecitas,
Tristes y heridas sin remedio!
(En los antípodas los hombres
Andan con la cabeza por el suelo.)
Hay un piano horizontal
Hecho en España [?]
¡Qué bien estoy en este cuarto!
¡Es una caja donde duermo,
Borracho, cómico, doliente,
Como un fantástico muñeco!
(Y mi Pegaso es de cartón,
Cartón de piedra, no del bueno,
Muy despintado por la lluvia,
Cola de estopa y ojo tuerto.)
Por la ventana veo dos árboles,
Abril ya canta sobre ellos.
(Un chopo quiso dar granadas
Y se ha secado ¡el muy soberbio!)
Al fondo surge el gran Madrid,
Mas no el Madrid de los chisperos,
Maura, Zamora y Puinare [?].
Es un Madrid raro y moderno,
Casi cubista (un aristón
Desafinado y soñoliento).
Qué tocapiezas de tranvías,
Broncas, bocinas y teléfonos.

(Voz de gigante fracasado
Tiene la villa desde lejos.)
Y en esta caja donde vivo
Aguardo siempre algún viajero,
Al sagitario de la sombra
Que me taladre todo el pecho,
O a la terrible oficinista,
La viajante de cementerios.
***

Hoy yo saqué mi corazón
Para ponerlo al aguacero.
Estaba lleno de nostalgias,
Lirios sin luz y trastos viejos.
Se ha despintado con la lluvia
¡Y tiene arrugas! Mis secretos,
Cual asustadas mariposas,
Se han refugiado en los almendros.
¡Cuántas polillas, santo Dios!
¡Todo está lleno de agujeros!
¡Si yo alcanfor le hubiera echado!
Los prevenidos hacen eso...
¡Ah corazón, mira qué encanto!
Las hojas tiemblan con el viento,
Las ranas viejas piden ojos
A las estrellas del silencio
Y el arco iris brilla inmóvil
(Vientre del agua) sobre el cielo.
Un lirio herido por la lluvia
Troncha las fibras de su cuerpo.
Y un grito dulce de perfume
Va [a] las regiones del misterio.
....

La camarera entra en mi cuarto
Con su bigote de sargento:
«Esta pelota, ¿qué hace aquí?».
«¡Mi corazón que toma el fresco!»
«¡Vaya una moda! ¡Traiga! ¡Traiga!»
«¡Déjela! -exclamo-. No sea necia.

Con ella haré un farol precioso
que se iluminará por dentro.
Le grabaré sus iniciales
Para colgársela en el techo.
¡Siento un vacío y una sombra!»
«¿Quiere café con leche?» «¡Bueno!»
Pero esta sombra no se irá,
Escarba el alma con sus dedos.
Y yo me asomo a la ventana,
Sobre Madrid sigue lloviendo.
En el lugar del corazón
Llevo la espina de su espectro.
¿Y mis amores, Enmanuel?
¿Dónde se fueron?
¿Dónde se fueron?
Y aquellos ojos tan azules,
¿Dónde se fueron?
¿Dónde se fueron?
¿Y aquellas tardes esperadas?,
¿Dónde se fueron?
¿Dónde se fueron?
¿Por qué aguardamos coger flores
En el rosal sin fin del tiempo
Si cada día que transcurre
Deja montones de esqueletos?
¡Ay, yo soñaba cuando niño
Dar muchos besos, muchos besos,
Pero las horas van pasando
Y en vez de lluvia dejan fuego.

Y mis leyendas sin bordar,
Mis horas tan soñadas del antaño,
¿Dónde se fueron?
¿Dónde se fueron?
¡Como gotas errantes de una lluvia,
Las llevó el viento!
....

La camarera entra en el cuarto: «¡Ya está aquí el farolillo!
(¡Mi corazón!) ¡Enciéndelo!».

¡Las nubes se retiran!
El jardín está quieto.
Una loca se ríe y ladra en calma un perro.
Yo llego a la ventana.
Beso el farol (¡mi corazón!), me siento
Y escuchando el rodar de los tranvías
Hago mi cacería de luceros.

Canción novísima de los gatos

Mi Mefistófeles casero
Está tumbado al sol.
Es un gato elegante con gesto de león,
Bien educado y bueno,
Si bien algo burlón.
Es muy músico, entiende
A Debussy, mas no
Le gusta Beethoven.
Mi gato paseó
De noche en el teclado.
¡Oh qué satisfacción
De su alma! Debussy
Fue un gato filarmónico en su vida anterior.
Este genial francés comprendió la belleza
Del acorde gatuno sobre el teclado. Son
Acordes modernos de agua turbia de sombra
(Yo, gato, lo entiendo).
Irritan al burgués. ¡Admirable misión!
Francia admira a los gatos. Verlaine fue casi un gato
Feo y semicatólico, huraño y juguetón,
Que mayaba celeste a una luna invisible,
Lamido por las moscas y quemado de alcohol.
Francia quiere a los gatos como España al torero.
Como Rusia a la noche, como China al dragón.
El gato es inquietante, no es de este mundo. Tiene
El enorme prestigio de haber sido ya Dios.
¿Habéis notado cuando nos mira soñoliento?

Parece que nos dice: la vida es sucesión
De ritmos sexuales. Sexo tiene la luz,
Sexo tiene la estrella, sexo tiene la flor.
Y mira derramando su alma verde en la sombra.
Nosotros vemos todos detrás al gran cabrón.
Su espíritu es andrógino de sexos ya marchitos,
Languidez femenina y vibrar de varón,
Un espíritu raro de inocencia y lujuria,
Vejez y juventud casadas con amor.
Son Felipes Segundos dogmáticos y altivos,
Odian por fiel al perro, por servil al ratón,
Admiten las caricias con gesto distinguido
Y nos miran con aire sereno y superior.
Me parecen maestros de alta melancolía,
Podrían curar tristezas de civilización.
La energía moderna, el tanque y el biplano
Avivan en las almas el antiguo dolor.
La vida a cada paso refina las tristezas,
Las almas cristalizan y la verdad voló,
Un grano de amargura se entierra y da su espiga.
Saben esto los gatos más bien que el sembrador.
Tienen algo de buhos y de toscas serpientes,
Debieron tener alas cuando su creación.
Y hablaron de seguro con aquellos engendros
Satánicos que Antonio desde su cueva vio.
Un gato enfurecido es casi Schopenhauer,
Cascarrabias horrible con cara de bribón,
Pero siempre los gatos están bien educados
Y se dedican graves a tumbarse en el sol.
El hombre es despreciable (dicen ellos), la muerte
Llega tarde o temprano. ¡Gocemos del calor!
***

Este gran gato mío, arzobispal y bello,
Se duerme con la nana sepulcral del reloj.
¿Qué le importan los trenos del negro
Eclesiastés, Ni los sabios consejos del viejo
Salomón? Duerme tú, gato mío, como un dios perezoso,
Mientras que yo suspiro por algo que voló.
El bello Pecopián se sonríe en mi espejo,

¡De calavera tiene su sonrisa expresión!
Duerme tú santamente mientras toco el piano,
Este monstruo con dientes de nieve y de carbón.
***

Y tú, gato de rico, cumbre de la pereza,
Entérate de que hay gatos vagabundos que son
Mártires de los niños que a pedradas los matan
Y mueren como Sócrates Dándoles su perdón.

¡Oh gatos estupendos, sed guasones y raros,
Y tumbaos panza arriba bañándoos en el sol!

Cartelón

El día
Es una calva
Fría
Con el lunar velludo
Del sol.
Y la Tierra
El blanco glóbulo
De una vena
Muerta.

Voces

Escaparate
Nuestras voces
Semejan
Un bosque de feéricas
Matasuegras
Rematadas por plumas
De ideas.

Lombrices con anillos
De palabras Y virus
De miradas.

Columnas de cemento
Metafísico.
¡Oh voz de catedrático!
Entre nieblas de puntos
Suspensivos.

Hay voces que semejan
Grises falos erectos
Y otras que van manchadas
De cieno.
Hay algunas que mojan
Como lenguas de perro
Y hay voz que se destrenza
En el silencio.
La voz, ala de mosca
De los viejos.

La voz agujereada
De la prostituta
Y la voz de cosmético
De los curas
Son hilos con que borda
La lechuza.

¡Rosa azul de palabras!
La voz de la niña.
¡Riada de moaré!
La voz de la abuelita.

Hay voces pulpos
Y topos.
Otras
Como cuellos
De palomas.

Y existe la voz *plebe*

Ronca y negra,
Toda llena de dientes
De hembra.

En cuanto a las otras,
Señores,
Pueden encontrarlas
A poco coste
En el baratillo
De las voces.

[La voz de la campana]

La voz de la campana
Me va desmoronando.
Es un martillo de
Brisa comprimida
Que machaca a los años
En el mortero gigantesco
De los montes.
Tan tan tan tan.
Y uno queda clavado
En el pastoso limo
Terrenal...
Mas yo me iré en un globo
De papel y, desnudo
De años,
Haré para la dulce Doña Luna
Ejercicios acrobáticos.
Tejerán de estrella a estrella
Hilos de araña
Mi ojos enjaulados.

Y los tan tan tan tan
Irresistibles
Y metálicos
Me servirán de piedras sonoras

Para cruzar los eternos vados.

[Por encontrar un beso tuyo]

Por encontrar un beso tuyo,
¿qué daría yo?
¡Un beso errante de tu boca
muerta para el amor!

(*Minerva* ***(*)*** de sombra
come mi boca.)

Por contemplar tus ojos negros,
¿qué daría yo?
¡Auroras de carbunclos irisados
abiertas frente a Dios!

(Las estrellas los cegaron
una mañana de mayo.)

Y por besar tus muslos castos,
¿qué daría yo?

(Cristal de rosa primitiva,
sedimento de sol.)

***(*)* Nota*:** *En otras ediciones figura:* **Minerva**. *En Galaxia-Gutemberg:* **Tierra (?).**

Eva

Pre-poema

Bajo un cielo naranja
el sol era un capullo
entreabierto.

Las ramas del azul
soñaban las estrellas.

Sobre el mar amarillo
iban serpientes
de coral
y el aire tenía de oro
la fronda.

La tierra suspiró
bajo el fuego.
Del pozo de la sombra
llegaban los primeros
presentimientos.

Poemas heroicos

Bajo el emparrado invisible del viento Psiquis se bañaba en la pupila temblorosa de un bosquecillo.

Inocente y desnuda, era en el centro de las ondas el rosado pistilo de la flor inmensa del manantial. Los ojos de la niña diosa ven cómo las estrellas abren sus párpados blancos, cómo el cabritillo mama en la ubre enorme de su madre, cómo en la cima de la fronda se eleva otra espectral con los troncos de humo azul. Los oídos de la diosa niña ven cómo la esquila pone en el silencio su lenta constelación de sonidos, cómo las líricas agujas de la flauta clavan el airecillo de las lejanías, cómo el cuerno retorcido del Unicornio penetra en el vientre duro del Macho cabrío.

Por el cielo del bosque donde se baña Psiquis pasa una paloma y otra y otra como un zodíaco de pájaros. Un halo marino tiembla en las cumbres de los montes, y en el pecho de la niña brota una mariposa desconocida, cuyas alas son dos senos irisados. La mariposa mojó la punta de sus antenas en los labios de la virgen y tendió su vuelo hacia la noche que venía por el poniente ofreciendo sus joyas a cambio de una mirada.

El cuerpo de Psiquis se puso blanco y frío como un nardo al que le arrebatasen bruscamente su perfume. ¡Oh, Mariposa! —dice—, vete invisible y vuelve invisible, vete por el aire y regresa por el aire, cuéntame tus vuelos por los horizontes lejanos que yo te espero dormida en el jardín de amapolas azules que

tiene el Sueño. ¡Oh, Mariposa!, entre la fuente y la estrella no se levante el Laberinto donde la Confusión se pasea preguntando y respondiendo a la vez. ¡Oh, Mariposa!, mientras tú vuelas, los caracoles adornan mis cabellos extendidos al borde del agua y las arañas con sus hilos de luna, oh, Mariposa, vestirán mi cuerpo desnudo, y yo seré como un arpa yacente que, pulsada por la brisa, llore tu ausencia.

Psiquis se ha quedado tendida entre las ondas y las pestañas del manantial. Por su magnífico vientre ruedan dos últimas gotas de agua.

(El mundo tiene dos movimientos, uno de rotación alrededor de su eje y otro de traslación alrededor del Sol.)

Las serpientes

Hijo mío, hoy van a salir todas [las] serpientes de sus cuevecitas: unas vendrán del Norte, otras vendrán del Sur, otras vendrán de los países del Nunca; saldrán del agua, del cieno, del oro, del corazón. Ten mucho cuidado y cuando te halles entre sus silbidos piensa en mi sueño y en la sortija que perdí..., ¡en cualquier cosa!, pero no les preguntes nada.

Hijo mío, hoy van a salir todas las serpientes, serpientes con crestas de rubí, con lomos de esmeraldas dormidas, con larguísimas colas anaranjadas y negras. Cada estrella mandará la suya, cada árbol, cada corazón. Cuando llegue la noche los hombres se asomarán a sus ventanas para verlas pasar y todos dirán: «¡No va la mía! ¡Yo no tengo serpiente!». Tú déjalas pasar a todas, a las negras como la que tiene Simonetta Vespucci, a las amarillas como la que asoma por la boca de la Envidia, del Giotto, a las gordas y lentas como la que tentó a la virgen Eva. Déjalas pasar con indiferencia, que ninguna de ellas te importe nada; pero si ves una roja, ágil y diminuta, que silba melancólicamente y salta como si tuvieras alas, acércate en silencio a ella y machaca su cabeza triangular con una piedra del camino. ¡Es la serpiente de mi corazón! Hijo mío, toma esta cruz de CaravaCa y déjame llorar delante de mi espejo sin azogue.



Poemas tardíos

El silencio en los árboles
y el sol en el ocaso.

Reflejada en el cauce
veo pasar mi vida
bajo el lánguido sauce
de la tarde caída.

Y he visto que no estaba
en mis horas de amor
la flauta en que soñaba
mi turbio ruiseñor.

Hay un viento constante
en el tiempo perdido

que nos borra el instante
de sol que hemos tenido.

Y el alma de ayer tarde
queda sólo habitada
por un eco que arde
o una flor deshojada.

¡Oh triste alma cautiva
en la red del presente!

¡Doncella pensativa
del mirador doliente!

El silencio en los árboles
y el sol en el ocaso.

Paseo

A través de los ramajes del bosque, la luna redonda era como un blanco músculo inerte con una red de venas moradas. Por el largo paseo entreabierto como un misal enorme iba la doble procesión de los bancos en busca de otros paisajes y otros ritmos. Los bancos en este paseo provinciano tienen la ternura de las faldas maternales y la profundidad dramática de los espejos antiguos. Están en la desembocadura de la ciudad y han salvado a muchos náufragos de una muerte segura. En esta noche de Enero éstos agitan blancas velas de niebla bajo los álamos y sueñan con una encrucijada de líneas rectas.

Barcarola

Todo el romanticismo fue una barcarola... pero una barcarola maravillosa. Si os fijáis un poco, en todas las obras románticas se oye chapotear con lentitud los remos. No hizo la serenata maravillosa, como no consiguió jamás el idilio perfecto, pero inventó y exaltó la barcarola. La playa fue el escenario del romanticismo y en las olas de la playa lloraron sus figuras (con el mar muy tranquilo, por supuesto) mientras trazaban sobre la arena húmeda las rutas para llegar [a] la fantástica isla

de oro.

El romanticismo no tiene montañas, ni yermos enjutos (Castilla no fue para los románticos). Su mayor altura es el acantilado, cortado como un queso sobre el agua. Los románticos se situaron frente al mar para no ver sino lo exterior, las olas y el cielo, pero ni comprendieron el *ritmo interior* de las mareas, ni supieron cantar los rebaños inmensos de peces, ni los bosques de coral.

Ni crearon un palacio encantado bajo las aguas, ni dieron una significación nueva a las ondinas y los tritones... pero en cambio se asimilaron las olas de una manera verdaderamente admirable. Así como el clásico ara la tierra, o monta a caballo por la llanura, el romántico va siempre en una barca desafiando al viento, a Dios y a la Muerte en un solo instante que quisiera hacer eterno. Por eso todas sus figuras tienen algo de ola.

Telégrafo

La estación estaba solitaria. Un hombre iba y otro venía. A veces la lengua de la campana mojaba de sonidos balbucientes sus labios redondos. Dentro se oía el rosario entrecortado del telégrafo. Yo me tumbé cara al cielo y me fui sin pensar a un raro país donde no tropezaba con nadie, un país que flotaba sobre un río azulado. Poco a poco noté que el aire se llenaba de burbujas amarillentas que mi aliento disolvía. Era el telégrafo. Sus tic-tac pasaban por las inmensas antenas de mis oídos con el ritmo que llevan los Cínifes sobre el estanque. La estación estaba solitaria. Miré al cielo indolentemente y vi que todas las estrellas telegrafiaban en el infinito con sus parpadeos luminosos. Sirio sobre todas ellas enviaba tics anaranjados y tacs verdes entre el asombro de todas las demás.

El telégrafo luminoso del cielo se unió al telégrafo pobre de la estación y mi alma (demasiado tierna) contestó con sus párpados a todas las preguntas y requiebros de las estrellas que entonces comprendí perfectamente.

Árbol de sorpresas

SÓCRATES

El filósofo llegó al cerco de los discípulos. En el centro estaba, cerrada y fresca por el rocío de las pupilas jóvenes, una gran cebolla de ideas. Todos afilaron sus lenguas y se dispusieron a quitar sus cáscaras. Una luna de tarde se disolvía entre las frondas.

La cebolla empezó a girar; sus cáscaras, color de oro, color de amatista,

relucían en el momento de ser arrancadas. Sócrates sonreía enigmáticamente; los discípulos sonreían envueltos en el carmesí de la fe: la cebolla se llenó de estrellas doradas y negras como un cielo de retablo y todos dijeron: «¡Ahí está!»... Luego la legumbre ideal fue aminorando hasta que desapareció en finísimas gasas imperceptibles... y todos se fueron.

A lo lejos Lisis bailaba sobre una pirámide de viento estancado.

II

El filósofo se iba del cerco de sus discípulos. La tarde levantaba su tienda de seda y todo el cielo parecía cubierto por una finísima cáscara de cebolla. Sócrates vio una luciérnaga, Sócrates oyó un sapo, Sócrates vio una mariposa enorme hacia el Sur... y una culebrilla roja le iluminó todo el pecho, como un hachazo de sangre, como una llaga reflejada. Luego se perdió en la avenida de los vientos.

Nocturno de Marzo

La ciudad suena
como un xilófono.

(¡Los pasos!)

El paisaje tiene
una cresta espectral.

SITUACIÓN

Esta noche perfecta
de Marzo
viene el Eolo del eco
a mi cuarto.
Es un prisma de viento
rosado,
lleno de fuegos
fatuos,
donde convergen todos
los puntos del espacio.
El rumor de los viejos ríos
llena mi cuarto.

El rumor de las viejas
muchedumbres, el canto
de las sirenas, los colmillos
sonoros de Pegaso.

Yo siento que me pesa
el infinito. Los astros
giran en mi cabeza
y un cansancio
me invade.
¡Un cansancio
amarillo
y lejano!

II ENCUENTRO

Alguien
respira en mi cuarto.
Miro y encuentro
a un muchacho
melancólico, todo
vestido de blanco,
con un aire doliente
de efebo legendario.
«¡No te asustes!» - exclama-
y, moviendo los brazos,
«¡No te asustes! -me dice-.
¡Yo soy el diablo!»

¡Oh magnífico
diablo
diablo
diablo!
¡Qué maravilla, todo vestido de blanco
blanco
blanco!

«Yo siempre fui un ángel.
Soy calumniado
en todas las historias

y en los retablos.
Matthias Grünewald
y San Macario,
Teniers y Antonio
el ermitaño
sólo vieron demonios
falsos,
espectros de reptiles
del antaño
y puedo asegurarte
que estaban soñando.
Soy un desengañado.
Voy por las avenidas
de los vientos, rumiando
la milenaria hiel
de mi fracaso
y conozco el mito
de Fausto.
¡Oh, cómo me han
calumniado!
He aquí
mi castigo. Soy blanco
y los hombres me ven
encarnado.
Los demonios que sueñan
tus hermanos,
son ellos mismos, ellos,
proyectados
en los turbios paisajes
de sus actos.
Estoy ciego, ¿no ves?
Dame la mano...
....

Mi lámpara está siempre
agonizando.»

Yo siento una infinita
compasión. El espacio
se llena de feéricos

nardos
y el mancebo ilumina
la estancia con sus labios.

¡Oh diablo
diablo
diablo!
¿Quién diría que eres
blanco
blanco
blanco?

Arde la mariposa
en el faro
y el propio corazón
en el extraño.
Dentro del Sueño vivo
tú pensabas crearlo.
Tú soñabas ser padre
del viento y de los astros.
El eterno alfarero
te echó de sus estados
ya tarde; cuando habías
imbuido en su barro
un amor imposible
de ser saciado
y el germen de [la] ciencia
con el germen del llanto.
Te calumnian todos
los cristianos.
Son ellos mismos, ellos,
su Enemigo Malo.
Tú eres un ángel
con un alto
fulgor para ser
subordinado.
El más maravilloso
fracaso.

¡Oh diablo

diablo
diablo!
¿Quién diría que eres
blanco
blanco
blanco?
¿Quién diría que eres
santo
santo
santo?

El Eco de los ecos
gira sobre mi cuarto.

El muchacho con aire
de efebo legendario
se disuelve en las caras
del prisma rosado.
Y yo me voy por unas
perspectivas de ocaso
donde se abren las fuertes
rosas de los labios.

[Sin mis ojos]

Sin mis ojos,
¡pobre alma!,
no verías la luna.

Sin mis labios,
¡pobre alma!,
¡ni beso ni agua!

Sin mi corazón,
¡pobre alma!,
¿qué serían tus vírgenes
espejos sin las palabras?

[La niña de mis lágrimas]

La niña de mis lágrimas
bajo un aire tardío
madura las amargas
perlas de sus racimos.

(Baco llora las uvas.
Ceres llora los trigos.)

El jardín de mis risas
viejas ha florecido.
Tiene llagas de púrpura
mi túnica de niño.

(Venus ríe la aurora
y Adonis los narcisos.)

¿Es tiempo de la risa
o tiempo del suspiro?
Entre las dos riberas
mi amor está dormido.

(¡Venus ríe la aurora,
Ceres llora los trigos!)

La encrucijada de las sonrisas

El hombre de la risa impúdica
venía por un plano rojo.

El hombre de la risa muerta
venía por un plano violado.

La mujer de la risa con garras
venía por un plano amarillo.

La mujer de la risa madura
venía por un plano añil.

Hice girar los planos
alrededor de mi corazón;
rojo,
amarillo,
añil
y violado.

(Disco de Newton.)

Una hélice gris
giró en mi corazón.

Cubriré mi sonrisa
con las chinitas de tus besos
y... ¡brotaré hacia dentro!
No quiero que el mundo ponga
grises mis deseos.

Mitad

Estaban las palabras
muertas sobre las cosas
y los gestos más hondos
vivos.

El gran dragón del viento
estaba moribundo,
pero todas las frondas
en primavera.

Mi alma gris se ha partido
por la mitad. ¡Dios mío!,
¡izquierda y derecha!

Recreo del niño loco y el pájaro ciego

Primer juego

LOS MUDOS

Muchedumbre hierática.

(En las torres, las campanas
miran al cielo
llenas de lluvia.)

El viento se sacude
las cadenillas de las cigarras.
¡Y ese gentío!... ¡Y su silencio!
Negro coral de inmensas ramas...

(Trasparentándose sobre el cielo
huían heridas todas las palabras.)

Muchedumbre hierática.

El silencio como Job
con la lepra de la música.

¡Silencio, vengo a curarte!

(Mis palabras
ponen manchitas rojas
sobre el gran cuerpo oscuro.)

La música como Job
con el musgo del silencio.

¡Música, vengo a curarte!

(Entre palabra

y palabra
hay gotas de silencio.)

Recreo del niño loco y el pájaro sin nido

2.° EJERCICIO

(Defínase con una imagen el punto de unión o el choque entre el surtidor del grillo y la liana de la estrella.)

El niño en su ventana
Un solo
sentido.

El mar cautivo entre mis manos.
O la tarde llorando en mi garganta.

3.° EJERCICIO

Analogías del lirio y la sombra.
Análisis emocional del agua nocturna.

Arte del buen gusto. Ejercicio supletorio para agudizar el buen olfato poético.

¿Dónde está mejor la emoción de la noche marina?, ¿en el ruido de remos de una barca que se aleja o en el reflejo del faro sobre el agua?

(*Las voces.*)

Las voces que llegan se paran
en las dos medias lunas de mis orejas
y me preguntan Todas van
equivocadas ...yo quisiera

Madrigal para la vieja Amarilis

En la tarde continua y macilenta
los rebaños olvidan su balido.
La ninfa entre las aguas se lamenta
buscándose una estrella en el vestido.

Amarilis.
¡Ay de tu corazón de todos!
Amarilis.

En la noche cuadrada del soneto
duermes un viejo sueño de pastora.
Largas hebras de miel tienen sujeto
al céfiro marchito de tu flora.

¡Amarilis!
¡Ay de tu corazón de todos!
¡Amarilis!

Puerta

Arco de rosas.
Arco de pájaros.
Repique de luna.

[Yo]

Yo
Gallito de oro,
dime tu secreto.

Gallo
Levanta con tu grito

la losa de la noche.

Polifemo

El ojo del cíclope
teje en la sombra
una tela de miradas.

(Alma diminuta.
Falo gigantesco.)

[En tus ojos la serpiente]

En tus ojos la serpiente
y en tu boca la manzana.

(Cielo de nardos.
Tierra de espigas.)

¡Por cada beso, te he dado
un gran racimo de lágrimas!

II

Voy solo por la alameda
como la niña de la estampa.

(Cielo sin luna.
Tierra sin viento.)

Y recuerdo tu mano en mi mano
y tu palabra en mi palabra.

III

Reflejas en tu cristal

el limón y la naranja.

(Cielo de sombra.
Tierra de ceniza.)

Verdes cicutas me dejan
tus caricias sobre el alma.

VI

¿Recuerdas aquel jardín
con la gran rosa del agua?

(Ni cielo
ni tierra.)

¡Tus labios crueles y fríos
sobre mi costado sangran!

[Palabra de cera]

Palabra de cera.
No te acuerdes más de ella.
Déjala que se torne brisa fresca.

Palabra de plomo.
Ésa se irá a lo hondo.
Sacude tu vestido sobre el pozo.

Sorprende por un rato
el tierno abecedario
que dibujan las ramas de aquel árbol
en la verde pizarra del remanso.

Mira y mira, hijo mío,
aquel lucero limpio,
y deja satisfecho en el olvido
tus mohosas palabras de bolsillo.

Interior

Llegué queriéndolos besar.
El silencio quemaba mis ojos
como negra cal.

¿Cómo está el niño chico?
Ellas siguieron borda que te borda
sus manteles de hilo.

Quisiera beber agua.
(Vi mi rostro en el verde
cristal de la ventana.)

[Mi nombre de tinta]

Mi nombre de tinta,
si no fuera por la nieve
¿lo verías?
Pero llámame en cristal
o en aire frío,
Eloísa.
Viste mi nombre de plumas
o ámbar
pero no de tinta.

El holandés Cristian Hartman

Pequeño homenaje a Rubén Darío

Cristian Hartman, capitán de bosque,
pecho de grandes surcos y brazos de la mar.
Patroncito en el Chaco que mata cada noche una serpiente
y levanta sobre los aguijones una columna de coñac.

Me gustaría verte abierto
para ver tus palomas moribundas y ver a un pequeño Cristian
rodeado de cerditos, y ver la dalia de fango
que llevan en la boca los ahogados en el canal.

Me gustaría verte correr por un paisaje de cuero,
buscando por el relámpago tu violeta de oscuridad,
y que de pronto comprendieras que no hay bosques ni montañas,
y la violeta fuera una estrella de plata en tu paladar.

Pero no te veré, porque cortas madera
y cortas tetas de leona como si cortaras pan
y corres con tu caballo enamorando a las golondrinas
y llevas brisas de veneno sobre tus botas de montar.

El Chaco tiene un aire de punzantes mosquitos.
Es la locura de la pimienta con la sabiduría del cristal.
La sangre sueña esconderse en muchas catedrales de hueso
y la tierra echa sus anclas cansada de eternidad.

Suecia y Noruega y Dinamarca no saben
de cielos que alguna tarde se devoran tranquilos a un caimán,
y Holanda es una vaca con los ojos llenos de barcos
que muge en todo momento la misma canción de Navidad.

Veo la luz de la nieve, ignorante del fuego,
defender en el choclo tu mejilla rural,
y los lirios del Norte que temen las serpientes
cubren de yerta luna tu silla de montar.

[Romance]

Se fueron todos corriendo
hacia la puerta del frío.
Buscando brisa desnuda
pasa su miedo vestido [?].
Por el ojo del caballo
nadaban sierpes y niños.

A cada ardilla despierta
se duerme un nuevo cuchillo.
Ya puede el ancho silencio
mover sin astro ni signo
sus tres cabezas bovinas
sobre el negro muro limpio.
Ya puede el agua sin fin
llevar maderas y linos
por la sábana caliente
de torso descolorido.
El bosque de lluvia canta
indecisa fronda en vilo
por el sueño donde flotan
los nadadores heridos.
Agua y luz de los ahogados
sobre témpanos de vidrio
riega cicutas amargas
de corazón oprimido.
El agua pone moluscos
y flautas por los olivos.

Teorema de amor

Uno solo y son dos.
Dos y es un corazón.
Mil y es un solo dolor.
Dos y es ninguno de los dos.
¡Oh luna mía!
¡Oh teorema del amor!

POEMAS DESCARTADOS DE «PRIMERAS CANCIONES»

Aire

Lleno de cicatrices
está dormido.
Lleno de espirales
y de signos.
La estela del pájaro
y la estela del grito.
Entre la polvareda
de palabras y ritmos
se suceden dos tonos:
negro y amarillo.

Madrigal

¡Oh Lucía de Granada,
muchachita morena
que vives al pie de Torres
Bermejas!... ¿Si tus manos?
... tus manos...

(Luna llena.)

¡Oh muchacha de abril,

oh Melisendra,
la de las altas torres
y la rueca!
¡Si tus senos!... tus senos..

(Luna media.)

¡Oh mujer de mi blanca
adolescencia,
atigrada y fecunda
Eva!
En mis brazos te retuerces
como las ramas secas
de la encina en la danza
de la hoguera.

¿Y mi corazón?
¿Era de cera?
¿Dónde está?
¿Y mis manos?
¿Y...?

(Luna ciega.)

Camino

Cada vez que decimos
adiós
cerramos un misterio.
Cada día que pasa
oscurece
nuestro palimpsesto.
Cada vez que decimos
adiós
dejamos algo nuestro
en la fría corriente
del viento.

El pecho

El médico
ha auscultado
mi pecho.
Dice que tengo
una inmensa burbuja
dentro.
Lee con los oídos
mi turbio palimpsesto
y despierta no sé
qué duendes con los dedos.
Yo quisiera también
auscultarme el pecho.
(«*Palimpsestos*»)



POEMAS DESCARTADOS DE «Suites» (I)

Viaje
[Yo]
Juguetes
[Un niño acaba de nacer]
Noche
Caprichos
[Suite]
[¿Qué pasará?]
[Río azul]
Tarde
Desde aquí
Después
Diurno
Tortugas
Leda

Viaje

La boca del ocaso
muerde el yeso del monte.
Una estrella niña
se ha escapado
por el azul.

MELANCOLÍA VIEJA

El paisaje tiene
telarañas de siglos.
Archivo de crepúsculos
y de noches.

SALUTACIÓN

Desde la sombra mía
entre mis lirios, lleno
de esta melancolía
de hombre bueno
que ha visto desangrar su amor naciente
(blanco cisne sin alas) lentamente
y que quiere cortar la desolada
rosa espectral que finge la alborada,
echo al vuelo mi lírica campana
esta hermosa mañana
de viento
soñoliento...

Mi tristeza incurable
se carmina, y aprende
vuestro amor admirable.
Esta tristeza invade
mi corazón dormido
que vive por casualidad
gris y gris.

Carbonilla en los ojos,

y las uñas de Satán
escarbándome el pecho.
¡Satán!
mi amigo de la infancia.

El topo del tren
roe las raíces del viento
y avanza.

Lejanía de campanas.
Arados yacentes.
Besanas líricas.

Cabecea la tarde
y ha cesado
el dominó de los colores.

Una guitarra dice:
«Mi madera es ciprés».
Soñolencia en do sostenido para fagot y cuerdas.
Vaivenes.
Y en los pasos a nivel
cortes de mangas.

[Yo]

YO

¡Ah fantasma esquelético,
árbol lleno de nieve,
chopo de todas
las pasiones!

No hay hacha que logre
talar tu madera
ni llama que abarque
tus brazos enhiestos.

Continúas siempre.
Eres magnífico.
Eterno.

YO

¡Guardián de la humanidad!
Espanta-querubes
y espanta-virtudes.
Debieras llevar sable
y casco.

YO

Imperativo.
Nido
del águila del Más.

YO

Me siento atravesado
por la grave Y griega
(bieldo de académicos,
toro del alfabeto)
y la O cual corona
de tinta en mis pies.

Juguetes

JARDÍN

Con la lija de la razón
frotamos al Sueño.
¿Es posible clavar
con miradas la brisa?

EQUIPAJE

Hay que llevar colorines

para pintar pensamientos
extraños.

Hay que llevar ungüentos
para curar las heridas
que nos hagan
y hay que dar agua
al sediento.

GABINETE

Todo está lleno de ideas
extrañas.
El piano
no quiere más que a Beethoven.

[Un niño acaba de nacer]

Un niño acaba de nacer.
Me lo ha dicho una estrella.
Y vengo con mis gotas de cristal
y mis cadencias
a darle la primera
lección poética,
a enseñarle el encanto
de las verdes praderas
perdidas en el fondo
de las sierras.
Corono con mis flores de sonido
su cabeza
y mi lengua de cobre
borra sus penas.
El niño
es mi oveja.
Pero estoy muy lejos de su sueño.
Yo canto entre la niebla.
Preocupado en mi propia

tristeza.
Turbia melancolía
de plata vieja.

Noche

Estrellas amaestradas.
Circo azul.
Doña Luna sonríe
(Salomé centenaria).
Venus tiene un penacho
de plumas.

Arena de niebla.
Lámparas de sueños.
Caballitos luceros
van y vienen
salpicando rocío
y luz de amanecer.

¡Oh corazón mío,
corazón con alas,
da tu salto mortal
sobre el arco de la noche!

Caprichos

SOL

¡Sol!
¿Quién te llamó
sol?

A nadie le extrañaría,
digo yo,

ver en el cielo tres letras
en vez de tu cara
de oro.

PIRUETA

Si muriera el alfabeto
morirían todas las cosas.
Las palabras
son las alas.

La vida entera
depende
de cuatro letras.
[ÁRBOL]
Árbol.
La ele te da las hojas.

Luna.
La u te da el color.

Amor.
La eme te da los besos.

[Suite]

ESPERA

Mi cuerpo viejo
con mi alma vieja
me esperan.

(Donde los ríos
abren sus manos.)

Sin lámpara,
sin luciérnaga.

¡En la tiniebla!

(Donde el brazo
del río
abre su mano.)

Mi cuerpo viejo
me hace señas
detrás de una telaraña.

(¡Desde el ombligo
del mar!)...

PAISAJE VISTO CON LA NARIZ

Un temblor frío
cauterizado
por los gallos
enturbia la llanura.
En la casa,
queman paja
de trigo.
Los arados vendrán
al amanecer.

ESFERA

Es lo mismo
río que surtidor.
Los dos
van a las estrellas.

Es lo mismo
picacho que hondonada.
A los dos
los cubre la sombra.

OCASO

El sol

del ocaso
penetra por la entraña
como los rayos X.
Abre las fachadas
y despierta
el cristal del corazón.
¡Tened cuidado!
El aire entra en las salas
siniestras del secreto
y las palabras prisioneras
se asoman a las pupilas.

Por eso el prudente
gallo
encierra a sus gallinas
en el crepúsculo.

[¿Qué pasará?]

[...]
¿Qué pasará?
¿Qué no pasará?

Perejil colorado
y candil soñoliento.

¿Qué pasará?
¿Qué no pasará?

El ermitaño se duerme.
Se duerme
la princesa, se duerme,
¡el mismo cuento!

¿Qué pasará?
¿Qué no pasará?

[Río azul]

Río azul.
El barco de marfil
lleva las manzanas
de los besos muertos.
Manzanas de nieve
con el surco tembloroso de los labios.
Río azul.
Y el agua
es una mirada líquida,
un brazo de pupila
infinita.
Río azul.

SUEÑOS

Todo mi sueño se cierra
como se debe cerrar
un lucero
viejo
que no quiere gastar
su última luz.
Todo mi sueño
pintado por fuera
con mi palabra
vana.

¡Mi sueño!
Granero de estrellas
con sus gusanos
de oro.
¡Mi sueño!
Paseo provinciano
con un banco
desierto.
Doña Distracción

hace girar
sus cien ojos
y una negra figura
se va por el camino
de la lluvia.

Todo mi sueño se cierra.

Las lianas del azul
tocan mi frente.
Ramas nebulosas
de los abetos
de Jehová,
enturbian el horizonte
casto.

¡Divina confusión
del azul hundido!
Estrellas caídas
sobre la calva de la luna,
penachos de vegetación ideal.
Las otras estrellas
salen del cascarón
y la semilla de un cielo nuevo
se entierra en el infinito
frío.

¡Mi corazón
se llena
de alas!
El ejército
de los recuerdos
se pierde
en el camino
de la Muerte.

En la hoja
de rosa
de la Tierra.
Paso bajo la ideal selva,

Pulgarcito sin cuento
y sin deseo.

SOLEDAD

Abandono mi vestido
y estrujo mi corazón.
Mi corazón rezuma niebla.
Cuando la selva del azul oculte
la tierra,
mi corazón continuará
empapado de niebla.

[RÍO AZUL]

Río azul.
Yo busco mi beso antiguo.
El beso
de mi única hora.
Mi boca, lámpara
apagada,
busca su luz.

Río azul.
Pero había
montones de besos,
moldes de bocas borradas
y besos eternos
adheridos como caracoles
al mástil de marfil.

El barco se detiene.
Hay una tranquilidad sin ritmo
y yo subo a cubierta
con mi traje lírico.

Y los besos extraños,
pompas de jabón
que el alma fabrica,
me ahogan,

mientras el mío huye
por una fría
ceniza boreal.

Río azul.

Tarde

Ha llegado la hora
de ser sinceros,
la hora de los llantos
sin consuelo,
la última hora antes
del gran silencio.
Quitarse los vestidos,
la carne, los huesos,
y arrojad de vosotros
el corazón enfermo.
¡Llanto y Salud, amigos!
Esperad a los vientos
cargados de semillas
y paisajes inéditos.
Floreced, y arrancaos
la floración de nuevo,
vestidos inefables,
corazón, carne y huesos.
Llanto y Salud, amigos.
Frente al mar de los vientos
para ser vivos siempre
ser murientes eternos.

Desde aquí

Decid a mis amigos
que he muerto.

El agua canta siempre
bajo el temblor del bosque.

Decid a mis amigos
que he muerto.
(¡Cómo ondulan los chopos
la gasa del sonido!)

Decid que me he quedado
con los ojos abiertos
y que cubría mi cara
el inmortal pañuelo
del azul.

¡Ah!
y que me fui sin pan a
mi lucero.

Después

Sobre el prado indeciso

He llegado a la puerta
del *Luego*.
¡Dadme la guitarra!
Todo el mundo está blanco.
¡Dadme la guitarra!
Me iré a contar los pinos
de aquella montaña
o las arenas
de la mar salada.
He dejado en el viento
procesiones de lágrimas
y voy a divertirme
por las playas del alma.

(Llevo gafas de oro
y un frac color naranja.)

Diurno

A Guillermo de Torre

I CIUDAD

La torre dice: «Hasta aquí»
y el ciprés: «Yo más allá».

Hombres y mujeres hacen
la Babel de las palabras.

Avanzan por los tejados
violentos zigzag y elipses.

La ciudad adorna su frente
con plumas de humo y silbidos.

Todos buscan lo que no
podrán encontrar jamás

y la hierba crece ante
el pórtico del Allí.

II REACCIÓN

¡Corazón mío, vete
con las sabias tortugas,
corazón mío, por
un Sahara de luz!

De pontifical
con sus capas pluviales,
las tortugas enseñan

lo inútil de los pies.

Saben las falsedades
de horizontes celestes,
y dedican su vida
a estudiar una estrella
con la que
impregnan el carey.

Corazón mío, vete
con las sabias tortugas.
Hélice para el cuerpo
y alas para el espíritu
no te harán falta cuando
sientas andar la Tierra.

Corazón mío, apaga
tu vieja sed de límites.

Tortugas

HORA

Bajo el río del aire
lloraban los niños.

(Oh qué polvoriento
se ve el cristal del mundo.)

Los niños lloraban
porque comprendían.

(Mueve el Indostán
su trompa fabulosa
y ladra el perro de
Suecia y Noruega.)

Han visto
la pluma que escribió
los cuentos
sobre la mesa de papá.

(¡Oh cómo se ríe
el diablo.)

BAILE

¡Niña mía,
baila!

El que baila camina
sobre el agua.
¡Y dentro de una
llama!

Leda

LECCIÓN

Yo le enseño a mi alma
este cantar:
«En el cielo tendrás
una sillita de cristal,
una historieta de luceros
y un pedacito de pan
y... ¡nada más!
¡Oh fuente de la alegría!
y... ¡nada más!».

¡Qué bien nos verá la luna
bajo la lupa de la atmósfera!

Amaríamos a Dios
si el cristal de nuestros ojos

fuera convexo y no cóncavo.

Veríamos los luceros
no en el aire
sino dentro.

Amaríamos a Dios
si el pecho gruta del alma
fuese en vez de carne de agua.

Veríamos en este acuario
los hombres la monstruosa
fauna de los pecados.

Mi alma enseña a mi cuerpo
este cantar:
«Yo quiero la sillita
de cristal.
No me hagas arco iris
y déjame volar.
Nací blanca y más blanca
tú me dejarás.
Tristeza de pupilas
me dejarás,
estrellitas de carne
y espadas de azahar».

Siento sobre mi frente
los cuernos de Pan.
Veo lo profundo del cielo
sobre el agua del mar.
¡Oh fuente de la amargura!
Moriré sobre el gran
centauro amarillento
de tu limonar
y vagaré en la Tierra
por siempre jamás.
¡Oh fuente de la amargura!

¡Por siempre jamás!



POEMAS DESCARTADOS DE «Suites» (II)

Canción en desierto
Canción muerta
Estampa roja
Cariátide
Visión
Caracol
Rosa
Fondo
Parque
Pan
Hamlet
Madrigal
El camino conocido
Sirena
Realidad
Si Tú...
Flecha
Casi-elegía
Marimantas
[La campanada]
[Las vidrieras de oro...]
Intermedio

Torre

Canción en desierto

¡No te veré más nunca!
(esto es cursi, manido).

Pero no te veré más nunca.
Corre el agua del río
y muestran sus heridas
los álamos antiguos.

¡Qué culpa tengo yo!
Nosotros, ay, hemos sido
pétalos de una rosa
que se murió de frío.

Canción muerta

Una canción se ha muerto
antes de nacer.
Mi canción verdadera,
¿dónde la enterraré?

Se quiso ir a la luna,
¡tan niña!, sin saber
que en la luna no hay
flores para hacer miel.

Mi azul canción ha muerto
antes de nacer.
(«*Momentos de canción*»)

Estampa roja

«Una bomba
en cada constelación»,
así piensa
aquella estrella huraña
que tiene la luz muerta.
(*«Tres estampas del cielo»*)

Cariátide

La cariátide es la esfinge
del mar,
y el mar la cariátide
del cielo.

Visión

Todo el mar
es griego.
En los mares más raros
aún quedan Venus
que van sobre sus conchas
como espectros.
Del mar surge la forma
y el pensamiento,
la sangre, la sal y el viento
eterno.
Las tierras son como algas
sobre su lomo inmenso,
monstruosos parásitos
sobre el enorme cuero.
Frente al mar delirante
vemos
la vida y el amor

al descubierto.

Caracol

Poeta lírico,
descubre la civilización
de las perlas
y propaga la música del mar
tierras adentro.
Pone un raro turbante
de nácar a la espuma
y rima con el mar
tanto como la vela.
(«*Estampas del mar*»)

Rosa

¡Rosa de los vientos!
(Metamorfosis
del punto negro.)

¡Rosa de los vientos!
(Punto florecido.
Punto abierto.)
(«*Historietas del viento*»)

Fondo

En la casa de la sombra
todos duermen.

Sólo un viejo de siglos
atiende a la clepsidra.

Las estrellas traviesas
se asoman con cuidado
y clavan sus rayitos
en la momia del aire.

Por los hondos salones
va la Muerte.
Meciendo al niño divino
que no puede dormir.

Parque

Entre los árboles tronchados
estaba el Pegaso muerto
En cada ojo tenía
una flecha de sombra.

Enorme araña tocaba
la mandolina rota
de aquella... ¡Oh Dios mío!
¡Es mejor guardar
silencio!

Y al pasar por las frondas
del Tú, perdí mi anillo
y mi corazón.

Pan

¡Quién lo diría! Pan,
el viejo dios, está
encadenado.

Hamlet

¡Oh equilibrista!
Por un hilo de niebla
cruzaste los abismos
de tu negra nodriza.

La mariposa, Caronte,
no vio tu sonrisa,
¡tu última sonrisa!,
que se fue navegando
temblo[ro]sa.
¡Oh equilibrista!

Madrigal

Estoy contigo...
Pero me miras
desde un bosque.

Por caminos de cipreses
me llevan tus miradas.
Por las cisternas moras
de la Alhambra.
(«*Sombra*»)

El camino conocido

Yo vuelvo hacia atrás.

¡Dejadme que retorne
a mi manantial!

Yo no quiero perderme
por el mar.

Me voy a la brisa pura
de mi primera edad
a que mi madre me prenda
una rosa en el ojal.

Sirena

¡Qué claro está el horizonte!
¿Y esta tristeza?

(Se irá corriendo
conforme regresas.)

¡Cómo brilla el horizonte!
¿Y esta tristeza?

(Ven a mis brazos.
¿No ves
cómo se aleja?)

¡Oh qué llama de horizonte!
¿Y esta tristeza?

(Arde conmigo
y con ella.)

Realidad

Mi madre leía
un drama de Hugo
Los troncos ardían.
En la negra sala
Doña Sol moría
como un cisne rubio

de melancolía.
La niebla de Enero
los campos cubría.

Pastores espectros
iban y venían.
Yo debí cortar
mi rosa aquel día
Pura, apasionada,
de color sombría,
al par que los troncos
dorados ardían.

Si Tú...

El cielo permanece.
El cielo se perderá.

Muchacha campesina,
bajo el cerezo
lleno de rojos gritos
te deseo.

El cielo se borrará...

Si entendieras esto
al pasar por el árbol
me darías tus besos.



Rostro con flechas

Flecha

El mar canta en azul.

(Oh pobre
manantial.)

El cielo canta en azul.

(Oh pobre
estrellita sin mamá.)

Dios canta en su tono.

(¡Oh pobre mar!
¡Oh pobre manantial!)

Casi-elegía

¡Tanto vivir!
¿Para qué?

El sendero es aburrido
y no hay amor bastante.

Tanta prisa.
¿Para qué?
Para tomar la barca
que va a ninguna parte.

¡Amigos míos, volved!
¡Volved a vuestro venero!
No derraméis el alma
en el vaso
de la Muerte.
(*«El regreso»*)

Marimantas

En el lago del bosque
pescan los fantasmas
de la noche.

Gente de una balada
sin luna y sin agua.

Sacan peces de sombra
con sus cañas de aroma,

pero en realidad buscan
sus corazones en el Nunca.

Como yo busco el mío
en el tiempo perdido.

¡Qué imposible dolor
buscar entre las aguas sin luz
un corazón!

(«*Seis canciones de anochecer*»)

[La campanada]

La campanada
solitaria
se hace una flor azul
en el viento.

Sobre los reflectores
de las miradas,
se agranda y se agranda
y flota sin romperse
de monte a monte.

[Las vidrieras de oro...]

Las vidrieras de oro...

(¡Oh la melena,
y el suspiro picudo,
y la flecha!)

... palidecen con ritmo
de remos.

(¡Oh los párpados quietos
y el Ella... y

mi alma
ingenua
burlando al miriñaque
y a la estrella...!)
(«*Tres crepúsculos*»)

Intermedio

Mi sombra va por el agua
cenicienta de la noche.
Por mi sombra van los peces
y las ondas.
(«*Cúco. Cuco. Cucó*»)

Torre

Viento que vas y vienes,
busca tu corazón.
Hazte un anillo y
párate en seco, viento.
Sol y Luna del tiempo,
olvidad el camino.
Paraos y destruid
las marañas del ritmo.
(«*En el bosque de las toronjas de luna*»)

POEMAS DESCARTADOS DE «Poema del cante jondo»

Reflejo final

Sobre el barrio de las cuevas
la luna está.

¡Oh Martirio, Carmen
y Soledad,
las que llevasteis
la Petenera a enterrar
y tenéis junto a la puerta
un limonar!
En vuestros ojos
duerme el puñal
que lleva la siguiriya
por el olivar.

¡Oh Martirio, Carmen
y Soledad!

Voto

¡Corazón
con siete puñales!
¡Ya es tarde!
Vete por el camino
de los ayes.
Vete
a ninguna parte,
Flor de Nunca.
Por el aire,
por el aire.
¡Ay corazón
con siete puñales!

Miserere

La copla rasga al tiempo.
(Éste es su secreto.)

Se clava en el amor.
(Éste es su dolor.)

Y despierta a la Muerte.
(¡Miserere!)

El huerto de la Petenera

Sobre el estanque

duermen los sauces.
Los cipreses son negros
surtidores de rosales
y hay campanas doblando
por todas partes.
A este huerto se llega
demasiado tarde
con los ojos sin luz
y el paso vacilante.
Después de atravesar
un río de sangre.

Manzanilla

Campos
amarillos.
Bandadas de muchachas
corren por sus caminos.

Campo

Noche verde.
Lentas
espirales moradas
tiemblan
en la bola de vidrio
del aire.
Y en las cuevas dormitan
las serpientes del ritmo.
Noche verde.

Copla

Aquella copla
tenía
una mariposa negra
y una mariposa roja.

Yo miraba los balcones
plateados de la aurora
montado sobre la mula
de mi noria.

Salen estrellas de oro.
(Salían estrellas de sombra.

Decía
aquella copla
la indecisión de mi vida
entre las dos mariposas.

Quejío

¿Eres tú
el que lloras?

En el huerto
de los claveles
te encuentro.

¿Qué quieres?
¿Aquel recuerdo?

¡Ay yayayay!

Aquel recuerdo
lo tiene ella bordado
en su pañuelo.

Cuenta las estrellitas

que hay en el cielo.
¡Yo no puedo hacer por ti
más de lo que he hecho!

¿Eres tú
el que lloras?

Sibila

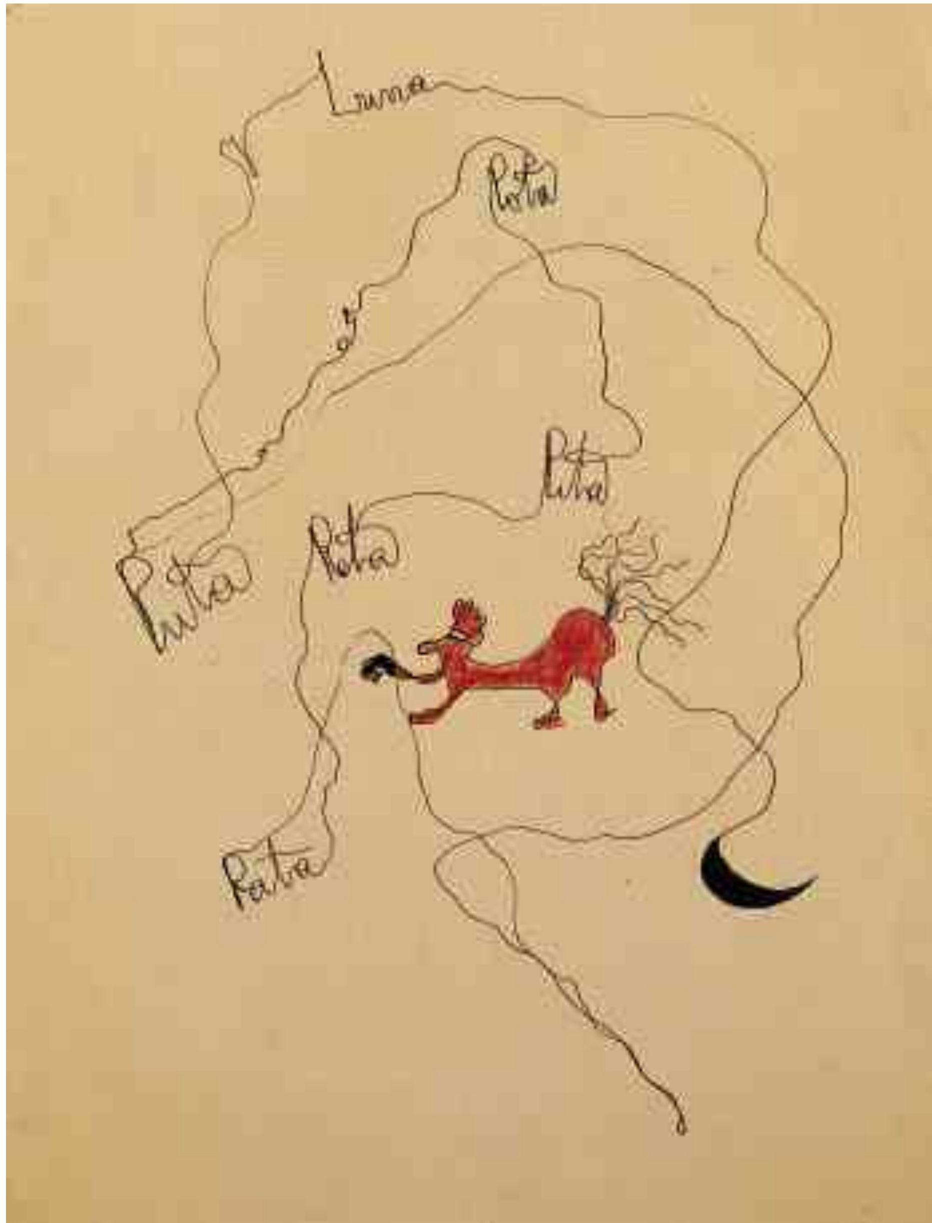
Puerta cerrada.

¡Y un rebaño
de corazones
que aguardan!

Dentro se oye llorar
de una manera desgarrada.
Llanto de una calavera
que esperara
un beso de oro.

Puerta cerrada.

(Fuera, viento sombrío
y estrellas turbias.)



“Puta y luna”
1929-1931. Tinta china y lápices de colores sobre papel tela, 24 x 19 cm. Colección Fundación Federico García Lorca, Madrid

Luna negra

En el cielo de la copla
asoma la luna negra
sobre las nubes moradas.

Y en el suelo de la copla
hay yunques negros que aguardan
poner al rojo la luna.

Bordón

¡Ay si te veré,
si no te veré!

A mí no me importa nada
más que tu querer.

¿Guardas la risa de entonces
y el corazón aquel?

Con el cabello blanco
te recordaré
cuando vaya camino
de Jerusalén.

¡Ay si te veré,
si no te veré!

Noche

Pueblo blanco.

Las puertas están
cerradas.

(Un grillo ondula
su cinta sonora.)

El farol
se va con la estrella

y la estrella
se va con el cauce.

Pueblo blanco.

(Gira la veleta
del mundo.)

Noche media

Pueblo ceniza.

Por el aire bogan
los tic de los relojes
como huellas de dedos
sobre la brisa fría.
Y el grito de los gallos
viene de otro mundo.

Ella

La sibila
está en la encrucijada.

(El cielo
se acerca.)

Llega una brisa llena
de nudos ideales.

(¡Oh procesión
de preguntas!)

Fuera

Gritos abandonados
(muelles que saltaron)
tiemblan en el viento.

¡Andalucía punzante!

Largas brisas azules
patinan sobre el río
y el paisaje se va
por un bisel inmenso.

Cueva

Las piquetas de los gallos
cavan, buscando a la aurora.

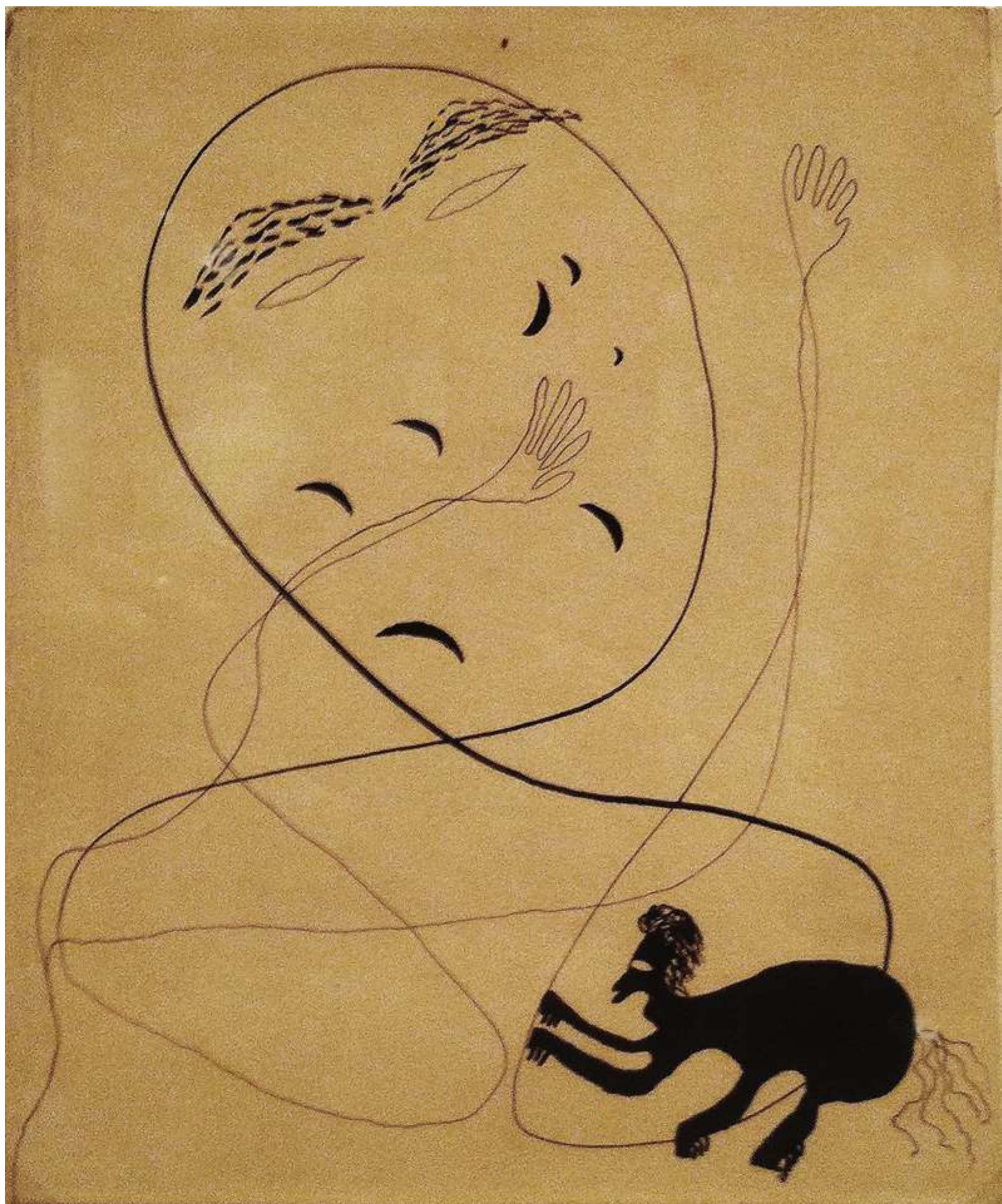
El niño muerto se mece
sobre un plano verdoso.
Por sus ojos bizantinos
huye el candil centenario.
Y toda la cueva entra
en el punto de oro.

Bulería

Se rompe
el telar de los ritmos.
Y el aire se llena
de cintas.

Las cristalerías
del cielo
caen en una escarcha

verde.



POEMAS DESCARTADOS DE «Canciones»

Canción definitoria

Parapanda

A Juan Vicens

Parapanda.
Sierra sin olivos.

Parapanda.
Sierra sin caminos.

Tú tienes la balada
del pájaro sin nido
y desnudas al sol
en el ocaso.

Parapanda.
Sierra sin caminos.

Canción

La codorniz cuenta
su canto de madera.
Botones de sonido.

La luna exacta y media
pone al cielo tirante
un polisón de seda.

Pregón

La luna ha coincidido
en un círculo concéntrico.

(El agua era cerradura,
la luna llave.)

¡Pasen, señores,
pasen!

¡Señoras y caballeros!

Al jardín de mi desesperanza,
al jardín de mi desconsuelo.

Voto

La niña que yo amaba
se cortó la cabellera.

(Cristo tenía frío
en su urna de espejos.)

La niña que yo amaba
se cubrió con un manto.

(¡Oh río destrenzado!
¡Oh viento largo y limpio!)

Una negra serpiente
lleva muerta en los dedos.

(Cristo calma su frío
de cristal y madera.)

La canción de la torre negra

Mi alma es una altísima
torre negra.
¡Niños, no sonriáis!
(Pero más alta es mi pena.)

Veinticuatro pájaros
anidan en ella
(de oro y de azabache).
Al pie crece la hierba.

Tiene una campanita
(¡lin lan lin!),
pero no suena
y es doctora de un viento
(¡quién lo dirá, pastora!)

que nunca se despierta.

Desde arriba domina
(mirador del amor)
la luna y la tormenta.
La torre llega al cielo
(¡pero más alta es mi pena!)

Sobre el tejado tiene
(¡niños, no sonriáis!)
el corazón de Ella.
¡Su corazón, ¡qué risa!,
convertido en veleta!

Pero mi torre alta...
(¡niños, llorad por mí!)
... ¡no tiene escaleras!
No tiene... (corazón,
dilo, corazón)...
¡No tiene puerta!

Soneto

El viento explora cautelosamente
qué viejo tronco tenderá mañana.
El viento: con la luna en su alta frente
escrito por el pájaro y la rana.

El cielo se colora lentamente,
una estrella se muere en la ventana
y en las sombras tendidas del Naciente
luchan mi corazón y su manzana.

El viento como arcángel sin historia
tendrá sobre el gran álamo que espía,
después de largo acecho, la victoria,

mientras mi corazón, en la luz fría,
frente al vago espejismo de la Gloria,
lucha sin descifrar el alma mía.

[Bandolero y todo]

Bandolero y todo
te quiero a mi modo.

Tú, raterillo del mar.
Yo, gitano de la sierra.

¡Viva la palma de Egipto
entre conchas y banderas!

Alberti, pájaro tierno,
limón de la limonera.
Federico, flor de todos
en la zarzamora negra.

Bandolero y todo,
te quiero a mi modo.

Cancioncilla serrana

Morenita de Ronda,
¡amor mío!

(Bajo la peña
corre el río.)

Morenita de Ronda,
¡doncella!

Es de noche, no hay gente
por la carretera.

Jamás iré a besarte.
Tú me estás esperando.

(Yo soy para otros labios.)

Olvídame en el pueblo
del aire y de la roca.

¡Oh morenita de Ronda!

Mosca

rriiiiiiiiiiiiii

(Revolotea fuera
de la ventana.)

Yo pienso en las gentes
que llaman.
Y levanto el cristal.

rriiiiiiiiiiiiii

(Revolotea dentro
de la ventana.)

Yo pienso en las gentes
encadenadas.
Y la dejo escapar.

rriiiiiiiiiiiiii

(Desesperada
golpea otra vez por fuera

los iris de la ventana.)

rriiiiiiiiiiiiii

Margarita, tu tierno
corazoncillo araña
el cristal esmerilado
de mi alma.

rriiiiiiiiiiiiii

[Rosa de llanuras]

Rosa de llanuras
la noche sin luna.

Montaña de luces
el día sin nubes.

La noche llanura,
el día montaña.

La noche respira
y el día canta.

«Berceuse» a Rafael cuando se vuelva otra vez un niño

¡Rafael!
¡A cerrar ya mismo los ojos,
que viene Matusalén!

¡Ay qué barba tan espesa!
Aquí no viene, descuida.
Yo le diré que se coma
al niño de la vecina.

Luego serás un mandor
grande de marinería.
¡Matusalén, puedes irte!
¡No te asustes! ¡Mira, mira!

Adolfito Salazar
saludaba a su abuelita
agitando los visillos
de encajes y sedalina.

¡Pero vamos! ¿Te desvelas?
Adormidera amarilla
te daré mañana mismo.
¿Ahora quieres tu barquita?

¡Rafael!
¡A cerrar ya mismo los ojos!
¡Venga usted, Matusalén!

[La fría espada del viento]

La fría espada del viento
rasgaba la noche oscura
y el rebaño sin perro
y las estrellas sin luna.

El negro cristal del monte
sus olivares oculta
y el grillo manda a la estrella
largas serpientes de música.

En la rueda de la noche
me despisto por tu culpa.
Sueño la tierna balada
del pajarito sin plumas.

Burla de los cuatro reyes

¡El rey de China!
(La luciérnaga más chica.

El rey de Egipto.
(Horizonte amarillo.)

El rey de Granada.
(Espejo sobre el agua.)

El rey que vendrá.
(¡Llega donde no
se puede llegar!)

[¡Ay qué montaña de luz...!]

¡Ay qué montaña de luz
eres, día, en el mediodía!
¡Qué blanco pinar de nubes
asombra tus cimas de oro!

Canciones tontas del niño y su mamá

I
Sí.
No.
¿Quién te quiere?
¡Yo!
¿Sí?
¡No!

II

CANCIÓN TONTA
Mamá,
yo quiero ser de plata.

Hijo,
tendrás mucho frío.

Mamá.
Yo quiero ser de agua.

Hijo,
tendrás mucho frío.

Mamá.
Bórdarme en tu almohada.

¡Eso sí!
¡Ahora mismo!
III
Los borriquitos están volando.
Sus sombras van por los tejados.

Los peces vienen de paseo
con bastones y sombreros.

El director de la música
se enamoró de la luna.

¿Dónde estarán desde ayer
las tres niñas del marqués?

¡Pisa la raya de la rayuela!
¡Coge la flor de su cabeza!

El mal corazón

I

Hace falta tener un jardín
y un mal corazón.
La luz está al otro lado.
El mundo es una espalda
de negra carne de mulo.

El corazón eléctrico del gato.
El corazón explosivo del toro.
En el mirador
y en la llanura.
¡Vade retro!

¡Oh mal corazón!

II
¡Mal corazón!
Desnudo como un cero.
En una perspectiva
de mármoles y conceptos.

Corazón capitel
que decore y soporte.
¡Nada más!
Mañana. Tarde. Noche.

La terca brújula.
Sol y luna.
El terco río...
Elige, amigo.
Estatua o vino.

Mach Yong

Los cuatro vientos.
Bailan en mi mano.
(Yo bailo en el otro dedo.)

Los cinco vientos
(me los invento).

Segundo aniversario

El alba nos trae un olor
de verdes lunas flotantes.

Finas agujas de escarcha
se clavan sobre mis sienes.

En los juncos la culebra
sueña un arco iris rojo.

Y yo vestido de luz,
¡viendo morir al silencio!

Los cuatro viejos marineros

1.°
[SE TRAJO EN EL CORAZÓN]
Se trajo en el corazón
un pez del Mar de la China.

A veces se ve cruzar
diminuto por sus ojos.

Olvida siendo marino
los bares y las naranjas.

Mira al agua.

2.°
[TENIA LA LENGUA DE JABÓN]
Tenía la lengua de jabón.

Lavó sus palabras y se calló.

Mundo plano, mar rizado,
cien estrellas y su barco.

Vio los balcones del Papa
y los pechos dorados de las cubanas.

Mira al agua.

3.°
Los trenes corren.
Las banderas ondean.
Los barcos suben y bajan las velas.

Quieto en la arena,
sin ser un ancla,
echadme al agua,
echadme al agua.

(No oye el agua.)

4.°
El mar es amargo.
El cielo oscuro.

La carne del hombre
como la del pulpo.

Esta pipa tiene
cien años menos dos meses.

Poned vidrios a la ventana.
Quiero ver pero no oír el agua.

[María]

María,
con tu mantilla de blonda
culibaja y melancólica.

Yo tengo la rosa
para el botón oscuro de tus pechos.

¿A qué hora?

La noche
es demasiado corta.

¿Sí?

¡Oh María,
culibaja y melancólica!

[Virgen de arena y espuma]

Virgen de arena y espuma,
llega a mí tu marinero.
No marinero del agua
sino marino del viento.

¡Cádiz, que te cubre el mar!
¡No te vayas tan adentro!

Por el claustro de los iris
van los peces académicos.
Borla de lluvia en tu frente.
Toga de sal en tu cuerpo.

¡Cádiz, que te cubre el mar!
¡No te vayas tan adentro!

Yo, príncipe de Granada,
montaré a tu marinero

en un barco de agua muerta
con surtidores por remos.

¡Cádiz, que te cubre el mar!
¡No te vayas tan adentro!



Marinero

POEMAS DESCARTADOS DE «Odas»

Apunte para una oda
Oda y burla de Sesostris y Sardanápalo
Oda al toro de lidia
Teorema en el paisaje *(también incluido en Poemas inéditos)*

Apunte para una oda

Desnuda soledad sin gesto ni palabra.
Transparente en el huerto y untosa por el monte.
Soledad silenciosa sin olor ni veleta
que pesa en los remansos, siempre dormida y sola.

Soledad de lo alto, toda frente y luceros
como una gran cabeza cortada y palidísima.
Redonda soledad que nos deja en las manos
unos lirios suaves de pensativa escarcha.

En la curva del río te esperé largas horas,
limpio ya de arabescos y de ritmos fugaces.
Tu jardín de violetas nacía sobre el viento
y allí temblabas sola, queriéndote a ti misma.

Yo te he visto cortar el limón de la tarde
para teñir tus manos dormidas de amarillo,
y en momentos de dulce música de mi vida
te he visto en los rincones enlutada y pequeña.

Pero lejana siempre, vieja y recién nacida,
inmensa giraluna de fósforo y de plata.
Pero lejana siempre, tendida, inaccesible
a la flauta que anhela clavar tu carne oscura.

Mi alma como una yedra de luz y verde escarcha
por el muro del día sube lenta a buscarte.
Caracoles de plata, las estrellas me envuelven,
pero nunca mis dedos hallarán tu perfume.

Sombra, mujer y niño, sirena, lejanía.
Cisso llora en la ruina y Baco en el racimo.
Yo nací para ti, soledad de lo alto.
Cuelga una trenza tuya, hasta muro de fuego.

La fuente, la campana y la risa del chopo
cambio por tu frescura continua y delirante
y el cuerpo de mi niña con la fronda del alba
por tu cuerpo sin carne y tus mimbres inmóviles.

Oda y burla de Sesostris y Sardanápalo

MAESTRO. *¿Quién fue Ramsés II?*
NIÑO. *Ramsés II fue el Sesostris de los griegos.*
MAESTRO. *Y dígame usted inmediatamente: ¿quién fue Asurbanabal?*
NIÑO. *Le digo a usted inmediatamente que Asurbanabal fue el Sardanápalo de los griegos.*

Sardanápalo. Sardanápalo. Sardanápalo.
Sesostris de serpientes y silbidos,
en caballo fugaz de tres rumores
por tu mundo de remos y perfiles.

Sardanápalo enfermo de esmeralda,
que se quita las venas para entrar en el baño.
Niño triste que monta los caimanes y tiembla
con la rosa nocturna de fugitivo acento.

Compraste en almacenes de Tokio
un millón tres mil una mariposas
y les diste a beber sangre en los cuellos
de un millón tres mil una doncellas degolladas.

Tu nombre pone de aguardiente aguado
el mar de fuego donde el indio boga.
Los esquimales con sus hachas duras
no lo pueden quebrar sobre los hielos.

Eras tan pequeñito, tan infante,
que lloraste diez veces en un día.
Eras tan grande, grande, que masticabas flores
de las que llevan dentro negritos y colmenas.

Zarzamoras de luz, agujas largas
oprimen tu cintura cenicienta.
Flores de piedra loca y agua oscura
cubren los campos de tus soledades.

En el harem bordabas arrullado
por tijeras de negros cortadores,
gran mariquita asirio, tembloroso
bajo el vientre peludo de la loba.
***

Los griegos por el mar de las abejas
se teñían las barbas de rojo ultramarino.
Eran los duros griegos que tachaban
con sus firmes cordeles el rubor de la aurora.

Griegos de barro, toscos marineros
azotaban el mar de las sirenas.
La careta de plata de la luna, sufría
golpes de un viento luchador.
***

Sesostris se peinaba en su pirámide
con un peine de avispas y marfiles.
Dentro de su desnudo le cantaban
ruiseñores de sangre y abejorros.

Era chispa, relámpago, silencio
traspasado de llamas voladoras.
Era viento solano, limpia cresta
de montaña batida por la lumbre.

Pueblo de afiladores y duelistas,
choque agudo y caliente de metales.
Fuerza del oso y trino de paloma
en las camas de amor a medianoche.

Oda al toro de lidia

Llegabas negro, rojo, con luceros,
por la tierra tirante y desolada,

chorro y espuela de los caballeros.

Tu boca de materia machacada
dejaba por la brisa del verano
lacre de luz y zumo de granada.

Teorema en el paisaje

Árbol de viento gris sobre la mar perfecta.
A, B, C y D clavadas de coral y de yeso.
La locura que topa del mercurio expectante
compensa ramas bebidas
dentro del tubo candido,
quieta nube en un tubo de cristal hasta el cielo.

La nube proyectaba sombra de cocodrilo.
A prima se alargaba doble en el agua quieta.

Un corazón de niño que un bisturí punzaba
bajo las lisas rocas donde el mar se hace daño.

El ángulo de peces que llega al horizonte
es igual en distancia, profundidad y sueño
al ángulo invisible que un alfiler trazara
sobre el mar quieto y grande de un ojo de caballo.

La luna sumergida dentro de un cubilete
recordaba un mundo de paisajes tendidos.
Hombrecillos al lado de una mosca gigante
tocaban largas flautas de madera de sándalo.

A, B, C y D señalan
un límite a la lira.

Encima las estrellas crujen látigos quietos.
En el fondo del mar, los moluscos sin casa
orientan sus terrores a la copa del árbol.

El mar queda tirante bajo el teorema puro.
Se apoya como un cojo dolorido en las playas.
Y el desnudo de un negro con el cuello cortado
flota en la bella curva de un perfil de gritos.

POEMAS DESCARTADOS DE «poemas en prosa»

La muerte de la madre de Charlot
«Coeur» azul-corazón «bleu»

La muerte de la madre de Charlot

MEDITACIÓN 1ª

Reconozcamos que California es una bellísima ciudad. Hay demasiadas bicicletas, es cierto, pero tiene en cambio más de un millón de telefonistas con electricidad en los senos.

Cuando yo estuve en California fui huésped de la madre de Charles Chaplin. Era una señora sumamente delgada que lloraba todos los días al sonar el Ángelus. Silvestre y tierna. Aunque los periódicos lo digan, ella no fue nunca una intelectual. Se ponía los zapatos de su marido. Fue una mujer algo desastrada, de esas que de pronto guisan un faisán de manera maravillosa.

Cuando su hijo se comió el zapato, ella comprendió que debía morir porque su misión estaba cumplida. La mojama inglesa sabe tenderse a tiempo en el ataúd.

El duelo ha sido una preciosidad. Los vecinos lloraban diciendo: «¡Ay, pobre señora, tanto como le gustaba la mostaza, pobre, pobre, pobre, tanto como le gustaba la mostaza!». Y se dice que una soltera, enemiga del cine, se compró cuatro dentaduras de níquel para reírse del entierro.

[Tengo la preocupación] de que en California no hay bastantes grullas para que den guardia a tu cadáver. Por eso te hago un duelo de lágrimas. Adiós, madre de Charlot. Tu tragedia como actriz ha sido lo más emocionante del teatro moderno. Querías poner ojos de leona en celo representando a Shakespeare y ponías ojos de boxeadora herida. Otelo, en vez de estrangularte, te daba un directo en la barba. ¡Oh madrecita del gran idiota! ¡Oh Desdémona K.O.!

Adiós. Adiós. Adiós. ¿Para qué te fuiste a Norteamérica con un pequeño baúl y una pluma de pavo real? ¿Dime? ¿Quién fue el primero que puso a tu hijo los pantalones de Caifás y el sombrero de espinas?.

VOZ DEL PUEBLO

Que se ha muerto la madre de Charles Chaplin.
Muerta la llevan en un calcetín.

El calcetín era de Pío Nono.
Muerta la llevan en una botella de Anís del Mono.

La botella era de Enriqueta.
Muerta la llevan en bicicleta.

La bicicleta era de Manolito.
Muerta la llevan en un gambusito.

El gambusito era de un chivo.
Muerta la llevan en un objetivo.

El objetivo era de Chaplin.
Muerta la llevan en rueda sin fin.

[MEDITACIÓN 2ª]

Existe una diferencia marcadísima entre todos los hombres y Charlot. Todos los hombres se ríen de los peces de colores y Charlot se llora de los peces de colores.

En ninguna estética se ha usado el llanto de esta manera tan pura. El llanto ha sido siempre una consecuencia. Charlot haCe del llanto causa, fuente aislada sin relaciones con el tema que lo produce. Llanto redondo. Llanto en sí mismo.

La risa se entrega a los peces de colores porque la risa es abundante y no cuesta esfuerzo. Después de entregar risa a la mujer, al cielo y a los aires alegres de primavera, queda todavía risa para los elefantes y para los peces de colores, los quietos, los alejadísimos peces de colores. El llanto es otra cosa. Se entrega al amor y al muerto que se despide. El que llora se gasta como un cirio. Todos son avaros de sus lágrimas por esta razón.

Charlot, por el contrario, entrega su llanto a los peces de colores dando ejemplo de sabiduría y de igualdad nunca igualadas.

Por eso sus actos y sus gestos tienen un nuevo sentido.

Al muerto le da su bigotito universal y precioso, al hambre le da su serenidad, a la tempestad desencadenada el vaivén inefable de sus hombros, pero a los peces a los pobrecitos y absurdos peces de colores les entrega su llanto sin norma, su llanto recién cuajado en los cristales por donde resbala.

Ahora, al recibir la noticia de la muerte de su madre, Charlot no ha llorado tampoco. Charlot se ha desmayado. Éste ha sido el rasgo más comprometedor para su obra, tan inefable y tan esperado que parece increíble. De pronto se ha descubierto el corazón de señorita que tenía guardado. Charlot con alas. Charlot de

los cisnes. Charlot de los lirios del valle. Charlot del lenguaje de los abanicos y el rubor de novia. Cursi. Bello. Femenino. Astronómico.

¿Cómo ha sido el desmayo de este hombre?

Los públicos hubieran deseado verlo caer en esas terribles chumberas del Oeste llenas de agujas donde sientan a veces los personajes del cine. Algunas personas de los pueblos amigas de los trucos inocentes hubiesen deseado verlo resbalar sobre una serpiente o romper el agua del estanque con su cuerpo transido. En realidad, el desmayo ha sido en la butaca de su dormitorio. Contra el dolor del telegrama abierto luchaba el aire rápido del pay pay que agitaba la doncella. A la gente le ha gustado en extremo este desmayo que da la clave de muchas películas incomprensibles y hace auténtica la fama de triste corriente que iba tomando Charlot. Mi opinión es contraria a su desvanecimiento. Charlot no ha debido desmayarse nunca por una causa tan apropiada. Charlot, al recibir la noticia, pudo haber disimulado envolviendo sus ojos en uno de esos diálogos realistas que sostiene con la luna y haber dado su desmayo a los peces de colores, únicos capaces de no entenderlo, para afirmar y concretar el fundamento de su especial manera.

Cuando volvió en sí tomó un automóvil y se fue a casa de su mamá. En la puerta ya lo estaban aguardando los mormones, que son los primeros que acuden a todos los duelos de los Estados Unidos. Míster Coolidge, enterado de la noticia, envió un expresivo telegrama que decía *I am sorry*, que significa en español «Lo siento mucho». Charlot inmediatamente contestó de esta manera *Thank you*, que significa en español «Muchas gracias». Está siendo muy elogiado este rasgo del presidente.

La madre de Charlot fue amortajada por su perro favorito, ayudado por una monja que se llama sor Clara Bontsw.

El rostro de la muerta estaba sereno sin que la menor paloma ni la más insignificante hormiga lo turbase. Charlot ha tenido la delicadeza de admitir todas las coronas.

Don Benito Mussolini ha enviado una de balas de fusil en cuyo centro se abre una hermosa ópera italiana de plata maciza. Rockefeller, una de esparto.

Los judíos del Noroeste se han excusado achacando su inhibición a la fragilidad de las flores.

Charlot ha puesto a los pies del cadáver la primera camisita que llevó de niño.

Como cae la nieve en grandes masas, se teme que Noruega intervenga en el asunto y haya reclamaciones por parte del ministerio de Estado.

Cuatro automóviles están dispuestos para partir a gran velocidad en el instante que la tierra cubra el ataúd.

Más de un millón de estrellas han desfilado sobre los paños de terciopelo

negro.

El duelo de California es tan grande que el gobernador ha mandado ramos de magnolias a todos los grifos de gasolina.

«Coeur» azul-corazón «bleu»

Tú estabas en Biarritz, a pesar de que los insectos no me habían dicho nada. Amiga mía. Entonces no había más que un perrillo recién nacido en el cielo y un pie de lacre que se agitaba pendiente de un largo hilo de seda.

En la rosa de tinta estaba mi amor, aunque tú creyeras que estaba en el Casino. No me importa que el príncipe de Gales tenga miradas de recambio ni que aquella bailarina javanesa, enemiga tuya, te persiga con las tijeras para que no oigas el mar.

Si tú quieres, puedes amar a las dotaciones de los barcos y enviarme fotografías de todos los dedos que han amasado tu cintura.

Yo quiero que te enamores de todos los hombres, de todos los músicos del jazz. No hay nada más parecido a un saxofón que un abrazo bien dado.

Amiga mía enjuta. Amiga mía de ojos oblicuos y de espalda combada. Deja tu sistema de venas en un maniquí. Entrega a los perros marinos el rojo de tus músculos. Da tu cintura a las ancas del potro y tus rodillas al tornero de espuelas, pero... ¡por Dios! ¡Que no caiga la lluvia de Biarritz en tus labios! No, no, no hagas eso. La lluvia de Biarritz es la única que no se parece al rocío y sería incorrecto por parte tuya. Si esto ocurriera, me vengaría con saña. ¿Lo oyes? Te regalaría trescientas pesetas con lágrimas en mi cuello. Trescientas. Amiga mía de sortija oscura y cinturón marcado. Evítame este nuevo dolor.

VERSOS DE CIRCUNSTANCIAS

[A Francisca Alarcón y Manuel Ángeles Ortiz]

Sea vuestra casa prado
De flores no igualado
Y viva el ruiseñor
De vuestro amor.
Mas estad muy atentos,
Que son verdad los cuentos
Y los ojos serenos
De vuestra niña ven
Llegar los magos buenos
Del portal de Belén.

Con mis manos de amigo
Deshojo una flor rara
Y una espiga de trigo
Por Isabel Clara.

Y en mi pecho se enciende
La antigua hoguera aquella
Que me prendió una estrella.
Mi amor inmenso y triste
Que sueña en pasear
A la que ya no existe,
¡Un eco de mujer!

¡Mas... qué importa si tengo
En mi casa el «Marengo»!
¡Oh fontana de risa!
¡Saludable brisa!
¡Salud!

Si una estrella olvidara
Un rayo, lo daría
A vuestra Isabel Clara.
¿Me lo consentiría
La mamá, tan celosa
De su rosa?

Florilegio de baladas mínimas

Aire popular

Los cuatro muleros
iban al río.

Una mujer los contempla
a la vera del camino.

Los cuatro muleros

iban al agua.

La mujer los ve pasar
desde la vereda blanca.

Los cuatro muleros
vienen del río.

¡Ay, ay!
Qué solo está
el camino.

Hechos cuatro cantares
vuelven del agua.

¡Ay, ay! Qué sola
la vereda blanca.

«Hai-kais» de felicitación a mamá

1

Sea para ti
mi corazón.
La luna sobre el agua
y el cerezo en flor.

2

Hay una estrella,
sobre tu casa
hay una estrella.

¡Oh noche infinita!

3

Cuando yo era niño
ibas y venías.
Cuando fui mayor
ibas y venías.

Luego...
saltarás de un lucero
a otro.

4

Guárdame
todas las risas que puedas
en el cajón
del trinchero.

5
EVOCACIÓN

Sean para ti
mis lagrimitas,
las que lloré de niño
- al marchar a Almería.

6

Guárdame
esas campanadas
del amanecer.

7

Rosa, clavel
y grano de ajonjolí
sean para ti.

8

Di a Isabelita
que quite a estos *hai-kais*

su cascara lírica.

9

En este *hai-kai* va
un beso que me acabo
de cortar.

y 10
(RITORNELLO)

Sean para ti
mi corazón,
la luna sobre el agua
y el cerezo
en flor.

NOTA SOBRE EL "HAI-KAI"

El *hai-kai* es la canción japonesa por excelencia que los nuevos poetas franceses trasplantaron a Europa y yo, por un especial amor de todo lo nuevo, ensayo por puro pasatiempo. El hai-kai ha de dar la emoción en dos o tres versos que resuman todo el estado sentimental.

Yo felicito a mamá de la manera más moderna como más exquisita.

Estos *hai-kais* son como una cajita de bombones líricos que yo le mando desde aquí, y por eso le mando lo último, *el ultimísimo grito*.

CRÍTICA DEL "HAI-KAI"

Como poeta me parecen los *hai-kais* ni buenos, ni malos. Todo será según los hagan, ¿verdad? La poesía o tiene emoción o no tiene emoción, y esto es todo.

Por otra parte, yo tengo un estilo distinto del *hai-kai.*

Canción popular

A la manera del siglo XVI

Es muy triste llegar
y no encontrar.

Por los caminitos

dejé las ciudades.
Mocicas garridas
buenas como el pane.
Fuentecicas claras
donde me abrevare.
Fuentecicas turbias
donde me mirare.
Fuy peregrinito
de amor por el mare.
Tenían mis ojos
limpio su cristale.
Mi amor era niño,
se fue por el aire.
Lo dejó sin alas
negro gavilane.

Llegué preguntando
por el limonare.
Limoncicos ¿quién
le ha visto pasare?
Llegué preguntando
por el olivare.
Olivillas ¿quién
la sintió cantare?
Nadie me responde.
De mi boca sale
una cinta escrita
que llora mi male.

¡Ay triste cuytado,
en vano esperaste!
¡Tu amor se ha dormido
en la soledade!
¡Ay triste cuytado!
Has llegado tarde.
Vuelve a los caminos.
Vuelve a las ciudades.
Fuentecicas claras
donde te abrevaste.
Fuentecicas turbias

donde te miraste.
El sol se ha dormido.
La lunica sale
y el seco arbolé
vuelve a retoñarse.

Es muy triste llegar
y no encontrar.

¡Adiós!

[A José María Chacón y Calvo]

Adiós, José María,
que tu alma triste y lírica
duerma sobre la frente de
la palmera altísima.
¡Cuba sobre los mares!
Tu alma vieja y niña
de estrella a estrella,
de brisa en brisa.

Copla cubana

¡Lloran sobre el Mar de Cuba
enormes flores bermejas;
sobre la isla perdida
el aire amarillo tiembla!

[A Catalina Barcena]

Tu voz es sombra de sueño.
Tus palabras

son en el aire dormido
pétalos de rosas blancas.

Por tus cabellos dorados,
por tu mirada profunda,
por tu voz nublada y triste
¡rindo mi capa andaluza!

Tienen tus ojos la niebla
de las mañanas antiguas;
dulces ojos soñolientos
preñados de lejanías.

Al escucharte se siente
dentro del alma un lejano
rumor de cálida fuente.

[A Concha García Lorca]

Te felicito
desde mi cuarto
helao de frío.

Tengo los pies de nieve
y la cabeza de chorlito.

Comprarás
dulce en las confiterías
de la Puerta Real
y pensando en mí
los mejores te comerás.
Como San Amaro,
el santo medioeval,
hacía con sus padres,
así tú lo harás
con tu hermano Federico,
que en la Residencia está.

Lo que tú comieres
a mí me alimentará.

Te felicito
desde mi cuarto
helao de frío.

Tardecilla del Jueves Santo

1914
[A José Bello]

Cielo de Claudio Lorena.
El niño triste que nos mira
y la luna sobre la Residencia.

Pepín, ¿por qué no te gusta
la cerveza?
En mi vaso la luna redonda,
¡diminuta!, se ríe y tiembla.

Pepín: ahora mismo en Sevilla
visten a la Macarena.
Pepín: mi corazón tiene
alamares de luna y de pena.

El niño triste se ha marchado.
Con mi vaso de cerveza
brindo por ti esta tarde
pintada por Claudio Lorena.

[A Luis Buñuel]

La primera verbena que Dios envía
es la de San Antonio de la Florida.

Luis: en el encanto de la madrugada
canta mi amistad siempre florecida,
la luna grande luce y rueda
por las altas nubes tranquilas,
mi corazón luce y rueda
en la noche verde y amarilla.
Luis, mi amistad apasionada
hace una trenza con la brisa.
El niño toca el pianillo,
triste, sin una sonrisa.
Bajo los arcos de papel
estrecho tu mano amiga.

[Poema de saludo a Néstor]

Néstor:
Vinimos muy temprano
a comprarte el amanecer
en el Atlántico.
Tres nos quedamos dormidos
y los otros se marcharon.
Creemos de buena fe
que no te habrás disgustado.
Cuando vinimos, vinimos
por un instante soñando.
Estos versos te lo dicen,
estos versos de verano
hechos de flor de amistad
y de coñac jerezano.
Peces nadan, peces vuelan
por las olas de amaranto.
Las once de la mañana
están repartiendo ramos.
Despierta, Néstor, despierta,
ya somos tres invitados
que vienen a ver las olas
matizadas del Atlántico.

[A Claudio de la Torre]

Alfonso Doce de plata
vuela en la moneda blanca.

De corcho y hoja de lata
mi cuerno de la abundancia.

¡Me gasté en el bar del Palace
mis monedillas de agua!

Oración

San Rafael Arcángel,
muchachito de azafrán,
amigo de los que navegan,
por la tierra y por el mar.
Tú sacastes a Tobías
del fugitivo cristal,
oprimiendo su cintura
movible de blanco pan.
Arcángel de corazones
de los que vienen y van,
recuerda siempre a tu siervo
Rafael Martínez Nadal.

[A Vicente Huidobro]

Una abeja me ha contado,
desleída en dulce miel,
que te vas de nuestro lado
hacia la torre de Eiffel.

Y yo que siempre te admiro,
Vicente Balart, poeta,
recibí en mi pecho un tiro
de saeta.

Porque la poesía española
ya no te puede olvidar,
pues sin ti se queda sola,
abeja en seca amapola
sin néctar en que libar.

Ya se va, dice la gente,
todos dicen que se va.
Yo pregunto dulcemente,
la mano sobre la frente:
«¿Volverá o no volverá?».

Que estos poetas, queridas
Carolina y Asunción,
llevan la miel en sus vidas,
lo amargo en el corazón.

Por eso guarda, Vicente,
la fresca rosa mejor
que te ofrece humildemente
Federico Compreamor.

[Al dorso de una fotografía]

Dentro de la verja canta una fuente
que oyen Dámaso y Vicente.
Con el libro y el sombrero
Dámaso ríe el primero
y Vicente con su pañuelo
sueña un paisaje de hielo.
Pero yo que soy Federico

muevo en su honor alas y pico.

A mi amiga María Teresa

Alta.
¡Mira cómo vuela la garza!

Rubia.
¡Mira cómo canta la luna!

Teresa.
¡Mira cómo escribo tu nombre en la arena!

[A Margarita Xirgu, con unas rosas]

Margarita: Cada rosa
tiene un rumorcillo de agua
y un dolor de estrella viva
bajo sus hojas heladas.

Llegan como niñas chicas
a tu mano delicada,
bajo el ardiente jardín
moreno de tus pestañas.

Quisiera haberlas cogido
en un jardín de Granada
y haberme herido los dedos
con espinas de sus ramas.

¡Ojalá que pronto puedas
correr por altas montañas
libre de tu camerino,
como una corza de llamas!

A Margarita

Si me voy, te quiero más.
Si me quedo, igual te quiero.
Tu corazón es mi casa
y mi corazón tu huerto.
Yo tengo cuatro palomas,
cuatro palomitas tengo.
Mi corazón es tu casa
¡y tu corazón mi huerto!

[A Joaquín Romero Murube]

¡Ay Joaquín
lindo polín
de Sevilla!
Muestra el transpontín
en tu jardín
de maravilla.

POEMAS FESTIVOS

Jaculatoria

Putrefacto, putrefacto, putrefacto,
acuérdate de tus pecados.
¡Oh misericordiosísimo Picasso!
Mira, pues, sus bigotes lacerados,
sus botes de botones y sus risas.
Putrefacto, putrefacto, putrefacto.
(Cien días de indulgencia)

Romance no gallista

Acróstico

Para hacer buena poesía,
aunque sea putrefacta,
versos que rimen con garbo
o prosas sin camelancia,
es necesario, señores,
ser muy de la retaguardia,
tener ingenio de ley,
aprender bien la gramática,
hacer uso del cerebro,
expresar como Dios manda.
Chicos terribles del gallo,
orientar bien vuestra barca

porque si no la orientáis
os vais al fondo del agua.
Revolución imponente
la que ha ocurrido en Ganada.
Apartarse de la fiera
renovadora que pasa
en forma de gallo implume
de cabeza iconoclasta.
Amigos y compañeros
cagatintas de vanguardias,
comerse ese gallo afónico
ido de vuestra garganta
o meterlo en el corral,
no lo asoméis a las bardas.
Disparates divertidos,
estridentismos sin tasa
los que este gallo nos dice,
gallo sin picos ni patas.
Admirados vanguardistas
los de las extravagancias,
lucid un gallo más listo
o comed su cresta asada.

Poesía de vanguardia

A Elena

Elena una.
En mi frente de armario de luna
y los peces
-ah, oh, ya-
en los agimeces
están.

Mi Kodak y mi *sleeping-car*.
Eres áulica
Elena

Total:
la cal hidráulica
y el Zotal.
Elena
Me alegro de verte buena.
Helo aquí tu pelo.
Helo.
El verbi-gratia en mi pecho está
u.
o.
i.
e.
a.

El cruzado

Fragmento de un poema

Mientras la ingente mole como blanca paloma
recibe los fulgores del Astro Rey, el Sol;
mientras en la enramada que la violeta aroma
y de la cruz venciera la espada de Mahoma,
mi corazón te ofrezco gallardo y español.

Yo que surqué los mares en busca de aventura,
yo que crucé las tierras de la esperanza en pos,
yo que medí los bosques de apretada espesura
y que afronté peligros bajo la noche oscura
a solas con mi alma y a solas con mi Dios.

Yo que agoté sin tasa mi juventud impía,
yo más fuerte mil veces que el tigre y el león,
vengo a tu fiel regazo con mi melancolía.

Acoge los suspiros de la esperanza mía
y cobija en tu seno mi herido corazón.

Quiero vencer la fuerza misteriosa del hado
y que Granada sea la tumba de mi amor.
Mujer de labios rojos y cuello nacarado,
un poeta a tus plantas quiere morir postrado
recibiendo en su frente tu aliento abrasador.

LOS POEMAS DE ISIDORO CAPDEPÓN FERNÁNDEZ

La extraordinaria vida de Isidoro Capdepón Fernández

Isidoro Capdepón Fernández retorna a su ciudad. Sean estas líneas, mal hilvanadas como nuestras, la expresión de nuestra admiración más sincera, y sirvan al par de saludo al ilustre vate que regresa de Guatemala lleno de lauros y de gloria. Capdepón, es de todos bien conocido, granadino amantísimo de su ciudad, no ha despreciado nunca la menor ocasión de cantarla en brillantes estrofas llenas de la arrebatada inspiración que colocólo a la cabeza de los poetas de su tiempo. A la edad de veinte años marchó a la América fecunda apremiado por una apuradísima situación económica. Fue la vida dura para él, pero la realidad no logró mustiar aquella fragancia que se desbordó especialmente en un libro titulado *Auras guatemaltecas*, en las que ya se acusa su característica manera, conocida en lengua castellana con el nombre de capdeponismo.

Logró influir en toda la poesía americana y [en] un fuerte núcleo de poetas españoles.

Su vida está admirablemente narrada en varios libros y en artículos de José Mora Guarnido, Melchor Fernández Almagro, Antonio Espina García y Eugenio d'Ors. El año de 1919, si la memoria no nos es infiel, fue proclamado por unanimidad Académico de la Real Academia de la Lengua para ocupar la vacante del insigne y tierno poeta don José Selgas que no se había ocupado por no encontrar digno sucesor.

Granada como sultana

Granada, bello pensil,
pebetero singular,
que esparces aromas mil
por las aguas del Genil
adonde voy a llorar.

Ciudad de los torreones
y de las puestas de sol
cuando entre bellas canciones
engalanada te pones
de púrpura y arrebol.

Como la plata brillante
que cubre el Muley Hacen,
es Granada tu semblante
mucho mejor que el diamante
purísimo del Edén.

Más que el claror de la luna
en noche de primavera,
mucho más que el palor de una
mano romántica y bruna
que en mi frente se pusiera.

Tanto me gustas, Granada,
tan prendado estoy de ti,
que yo ya no encuentro nada
que complazca mi mirada,
Granada, desque te vi.

¡Oh sultana transparente
de mármoles y coral,
donde se escucha la fuente
en la cantata silente
del aura primaveral!

Cesaron las armonías
muslímicas del muecín
cuando al son de chirimías
tus gremios y cofradías

bajaban del Abaicín.

Cesó la guzla sonora
en los patios de la Alhambra.
Calló la música mora
que se agita seductora
con el compás de la zambra.

Yo, Isidoro Capdepón,
venido de Guatemala,
se me quiebra el corazón
al ver tu desolación
que [a] nada en el mundo iguala.

Soy un granadino errante
y un poeta impenitente,
y he de ser yo quien te cante,
que no es caballero amante
quien no dice lo que siente.

Granada bella, ¡Granada!,
emporio de ruiseñores,
hoy gimes abandonada,
la media luna enterrada
de tus príncipes mejores.

¡Sultana cautiva y presa
en tus ajorcas de plata,
cantada por Villaespesa
en su poética empresa
de lírica catarata!

Cientos de intelectuales
de España y del extranjero
han bebido los raudales
de tus aguas musicales
que fascinan al viajero.

Tus morunos torreones
y líricos ajimeces

han fascinado a montones
de rubios anglosajones
y de extáticos ingleses.

Y aquí se han dado las manos
sobre tu Alhambra de trinos,
como sin fueran hermanos,
melancólicos germanos
y bulliciosos latinos.

Porque eres, Granada mía,
santuario universal.

San Nicolás

Sobre el cerro gentil de la Chumbera,
frente a la ingente mole plateada,
altiva y colosal Sierra Nevada,
una iglesia se yergue placentera.

Su Santo Nicolás allí venera
la sublime piedad de mi Granada,
y lo van a adorar santa manada,
desde el rico que goza, a la cabrera.

¡Oh Santo Nicolás! Hasta el lejano
monte de Guatmozín llegan los ecos
del pensil granadino que te adora:

aquí los oye un español cristiano
que, rodeado de guatemaltecos,
piensa, gime, suspira, reza y llora.

Segunda visita de Capdepón a la bella ciudad de Granada

LLEGADA

Heme otra vez. Segunda vez mi frente
recibe los efluvios de Granada,
odalisca que sueña recostada
sobre la falda de la mole ingente.

Pebeteros y aromas del Oriente
envuelven tu belleza nacarada
y el suspiro del ave en la enramada
al compás del sollozo de la fuente.

Deja a este bardo triste y sin ventura,
al regresar de su postrer viaje,
que en tu suelo reclame sepultura.

Que si en Colombia dejo mi linaje,
yo vuelvo a ti con mi emoción más pura
para morir como un Abencerraje.

Soneto al eximio arquitecto Palacios.

Autor del portentoso edificio del Círculo de Bellas Artes (Madrid), que tiene la admirable propiedad de mantenerse todo sobre una pequeña columna.

¡Oh, qué bello edificio! ¡Qué portento!
¡Qué grandeza! ¡Qué estilo! ¡Qué armonía!
¡Qué masa de blancura al firmamento
para hacer competencia con el día!

La ciencia con el arte aquí se alia
en tanta perfección, según yo siento,
que en aqueste soneto sólo intento
a mil enhorabuenas dar la mía.

En Guatemala existe un edificio
de menor importancia en mi concepto,

y no obstante tuvieron el buen juicio

de nombrar general al arquitecto.
Mas en Madrid yo no he encontrado indicio
de que piensen honrar a tu intelecto.

Ya lo sabes, Palacios, ¡gran patricio!,
que a Babilonia antigua has resurrecto.

Soneto

(*inconcluso*)

«Gaceta Literaria», gran locura
en el solar divino de Cervantes,
papel que servirá de sepultura
a los artistas que escribieron antes.

Titular a eso prosa es impostura.
¿Cómo te entiendes con tus semejantes
si en vez de pan castizo y agua pura

¡Vuelve a la luz, Giménez Caballero,
olvida tu «Gaceta Literaria»
y escribe en castellano verdadero!

Oye la voz cansada de un poeta,
granadino, católico y viajero.*

**** La primera versión del soneto, tachada en el manuscrito y también inconclusa, dice*:**

SONETO SATÍRICO A GIMÉNEZ CABALLERO,
DIRECTOR DE «LA GACETA LITERARIA»

No sabe castellano. Yo lo digo.
Y no sabe escribir. Yo lo sostengo.
Y aunque es Ernesto al fin un buen amigo

yo por las luces del idioma vengo.

¡Atrás la recua de escritores vanos!
¡Paso a los hombres de cabello luengo!

Protector de menores escribientes
en su «Gaceta» loca y sefardita
con la que se prepara una visita
por las tierras de cinco continentes.

[Lamento por la decadencia de las artes]

Fragmento

¿Dónde están las febrífugas canciones
y los sonetos de pujante brío
que encadenando el estro a su albedrío
arrebataban nuestros corazones?

¿En dónde los poetas verdaderos?
¿Adonde la pureza de la lira
donde el alma de amor triste delira
entre una apoteosis de luceros?

Todo murió. Llorad con desconsuelo.
Derramad vuestras lágrimas ardientes
e inclinad silenciosos vuestras frentes,
la vista fija en el desierto suelo.

En su estertor la lira agonizante
el ambiente llenó de imprecaciones.
Ya no cantan, valientes cual leones,
Lucrecio, Herrera, Campoamor y el Dante.

Por doquier yace roto el sentimiento,
no queda del pasado apenas nada,
Euterpe se retira avergonzada

y ni el valle recoge su lamento.

Se acabaron las musas, los amores,
los artistas, las artes, los poetas,
ya no suenan las épicas trompetas
y el mundo se quedó sin ruiseñores.

ANTOLOGÍA «MODELNA»

Presentación

Notará el lector que estos poetas son todos interesantes en cierto modo. El primero de ellos es tan bueno como el cuarto, sin que esto quiera decir que el segundo y tercero no sean igualmente apreciables. Los demás sin ningún esfuerzo se mantienen a la misma altura, aunque a veces no acierten con el tono íntimo de la poesía, pero en cambio dan la nota justa en lo que se refiere (a] la expresión verbal.

Andalucía y Castilla son quizá las mejor representadas en esta cuidada antología, lo (que] no obsta para que Zaragoza y Cáceres aporten a su vez y respectivamente muestras agradables de su ingenio, que en ciertos aspectos valen tanto como las que suministran las dos regiones antes nombradas.

Enrique Díez-Canedo

Juan Ramón Ximénez

35 ESCOJIDO Y TÚ

No quiero ser -y soy-
noche malva en mí mismo.
¿Y soy? Niño ¿de qué?
Noche triste ululante,
agujero en la tela rasgada
de tu esencia -no importa-
enajenada.

y 36

No. Si te has ido de gala en la Obra.
Que la Obra se perfecciona en el fuego
y lo demás es sucio.
Estáte quieto.

AFORISMOS

Sí en el sí y para mí.

Antonio Machado

Coplas de un día

A don José López López

Ay corazón, corazón,
la guardiana de mi calle
ya te ha cerrado el portón.
***

Minerva esculpe en tu frente
norma de un día tan sólo
en éxtasis penitente.
***

Se me veía al trasluz
la sangrecita sin brillo

de un corazón de Jesús.
***

El trabuco y la manola
y el asco que yo he notado
en la raíz española.

Pedro Salinas

PRESAGIO

Estos amores nuestros
-mujer, no quiero decirte nada-
Para ti está el espejo
tranquilo de la alcoba del hotel
que nos ha de unir
en el hijo -en la noche-
y en lo que no sabemos.
Pero no estoy tranquilo
con el fluir de días
ni soy apto para su ejercicio.

Jorge Guillen

ALTIPLANICIE

Leva, ¿de qué movimiento
se desliza el desvarío
de fugaz onda de río
y esperanza de un momento
donde, incauto el movimiento
si bien en vilo, tan breve,
que el agua en planicie mueve
con adorable contacto
sin dejar huella en su tacto?

Unidad: fin de lo leve.

José Bergamín

AFURESMAS

La conciencia de la evidencia es la ciencia de la conciencia.

La donna è mobile qual piuma al vento.

Porque si la pluma no va al viento, nunca por [tu] camino llegarás a la perfección.

El arte no es lo que se creen las gentes. El arte es otra cosa.

Cuando Hamlet llevó su mano al pecho, hizo la más exacta, la única definicion de arte.

El arte es indefinible porque es en sí mismo definición.

Me decía una vez Paul Valéry refiriéndose a Rainer May Rilke: "Muy buenas tardes".

El arte no pasa; se pasa.

La belleza no es dura; perdura

María la lo - ca
tenía una to - ca
de lana se - ca
para tu bo - ca

Si el oro fuera incoloro
y el moro fuera indoloro,
se sabría de memoria el loro
la filosofía de San Isidoro

Porque entre el oro, el moro, el loro y San Isidoro se reparten el secreto de la

verdadera estética.

Con el arte no se va a ninguna parte.

No se va [a] ninguna parte porque se va al todo.

Por eso con el arte se va a todas partes.

Wagner es un cono invertido.

Debussy es un cono sobre su base.

Wagner tiene su base en las nubes; por eso es monstruoso. Debussy se apoya en la tierra; por eso es armónico.

De la tierra a la nube
sube, Mariana, sube.

Mariana en este caso es el principio de estabilidad.

José María Hinojosa

CATOBLEPAS

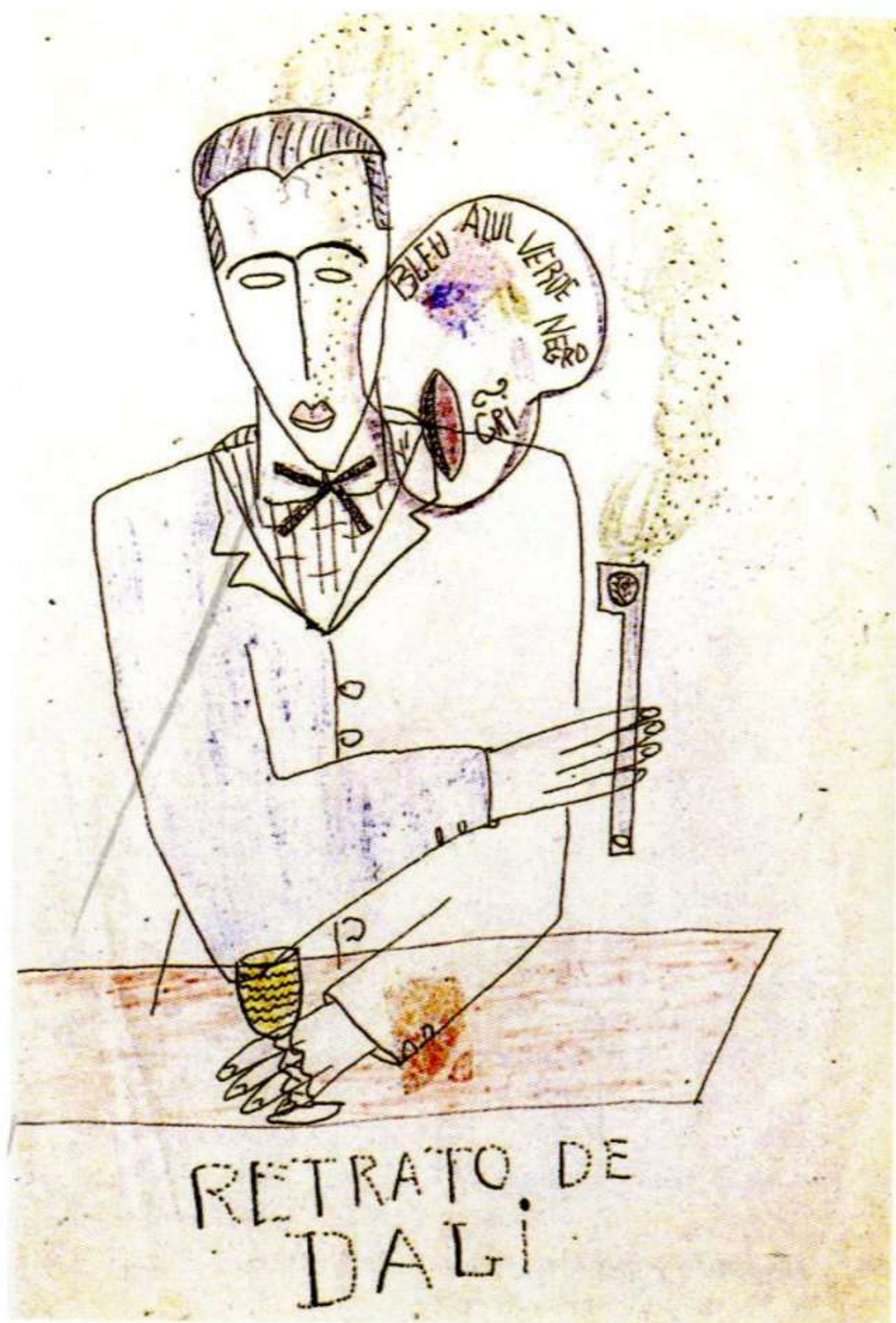
La pavesa inflóla
en mi pulmón de la orilla
y yo, como no me quería estar quieto allí,
pues me fui
en la rana del otro mundo a Singapur,
donde estabas tú
con mil aleros en tus senos.
Pekín-Moscú-Campillos

Federico García Lorca

ROMANCE

Por el camino yacente
vienen cuatro bandoleros.
Luis Martínez, Juan Rodríguez,
cabezas de lacre ardiendo.
Los otros dos en la sombra,
sombra de nardo y acero,
sombra que sombra y resombra,
sombra de montes en pelo.
Llevada por los ijares,
está la luna mordiendo.
Osuna cruza las piernas,
carne de brisa y de nervio,
mientras los mares relinchan
y se afeitan los luceros.

A la mitad del camino
hay cuatro cruces de leño.
Bajo las cruces reposan
Pedro, Juan, Francisco, Eccétero.



"Retrato de Dalí". c. 1925

Salvador Dalí

POEMA

Había una naricita voladora en la uña podrida de los ángulos horripilantes.

Y el vello y los pelitos no querían ser nada. Ya las vacas descuartizadas se clavaban puntos de París en el humo de la rodilla.

Vienen vienen vienen vienen vienen.
Vienen y no son diabéticos.

Me pinché el cabello en los planetas peludos y el alfabeto de baba.

La astronomía se llenaba de huellas de perdiz. Marimón llevaba ya matados mil niños. Y el último no era de corcho. Níquel, niquelito. Aparato. Aparatito. Aparatitito.

Rafael Alberti

SONETO
A don Ramón Flores,
contratista de caballos

Cuatro arcángeles, si de verde menta,
en el umbral pipirigallo a solas
beben los vientos con sus caracolas
sobre muros de pólvora y pimienta.

Sobre los oros de la vestimenta
de mis banderilleros y manolas
he visto azucararse las corolas
en la tarde guajira de la tienta.

Limonada sin fin de pasadores,
coiffeur donde se quitan la chinela
los picarillos de los matadores.

No dejes, no, tu mano de canela
en la zarzaparrilla de las flores
que descansan en ti su escarapela.

CHUFLILLA

Déjame, pirulito,
déjame solo
con el cascarabito
del garigolo.
¡Garigolantes,
viva el vito bonito
de los tunantes!

Gerardo Diego

RIMA HUMANA

En la dulce mirada de tus ojos
busco las ilusiones de mi alma.
No siembres mi camino con abrojos,
déjame proseguir en paz y calma.

Que si de la bondad llevas la palma,
la muerte das con esos labios rojos.

Emilio Prados

PERSEGUIDO

Yo estaba y en la mano
nervio disuelto era.
Vine. Con mi mirada
dejé líquida, inerte,

la página del día
privando de su esencia
al algodón y al sueño.
Mi estrella no caía
y quise remojarla
para hurtar variedades
a la rosa sin eco.
Claustro de Málaga

Manolito Altolaguige

LUZ INTERIOR

Mi alma, cuádruple espejo
sin ángeles ausentes,
reflejaba tu nombre,
el mío, el tuyo, juntos
en las desiertas luces
de un pasado sin forma.

Primera versión, desechada:
Mi alma se estiraba
no en tanto que escogía
su propio fruto íntimo,
oculto a mi testigo
interior que yo llevo
dentro de mi alma propia.

Antonio Espina

CHOTIS

Sic transit gloria mundi

No me vengas con naranjas de la China.
Atropina.

La navaja barbera
monda la calavera.
El mundo
se acaba en un segundo
mecanográfico. Abundo
y pendolista.
en la opinión del futbolista
y en las exequias del dentista.
Pendolista.

Gusano
que siempre se va al grano
en el deliquio ufano de B y de Z. Enano.
Tú.

Tarde umbría de amor.
Dolor
y prótesis de la flor.

Sí.
Pisaba ganedoliín.
Qué.
Fue
una cosa muy rica
el aguatimbre de la rebotica
y mano de almirez
y el café
con leche del Café.
Madrid 1928

«Addendum»

Jean Mon-Pourteaux
«LE SECRET DEL'HIRONDELLE»,
NOVELA EN PREPARACIÓN

Mi amigo Jean Mon-Pourteaux, a quien conocí en casa de Jules Romains en una velada íntima a la cual prestó André Gide su rara presencia personal, piensa

publicar una novela, *Le Secret de l'hirondelle*, cuyo manuscrito —de vivo grafismo y aristocrática acentuación— ha tenido la delicadeza de enviarme a mi retiro veraniego de Royons de Mer sur-les-Sapins Bleus.

Los españoles no podrán comprender nunca —cosa tan asequible al fino espíritu francés— cómo se pueden escribir nada menos que ciento cincuenta páginas sobre la *piqueur* de un traje de baño femenino.

(*Fin de Antología «modelna»*)

Otras

Aleluyas tiernas del Federico (Pirulino) a los amigos disgustados
[Con motivo del estreno de «Doña Rosita la soltera»]

Aleluyas tiernas del Federico (Pirulino) a los amigos disgustados

Me habéis llamado farsante
y corazón de diamante.
Salvaje me habéis llamado
y egoísta redomado.
Que ya no queréis nada
con la poesía de Granada.
¿Será posible que así
sigáis hablando de mí?
¡Oh Bebé de mis amores,
toma este ramo de flores!
Carlos, de mirada hermosa,
para ti la mejor rosa.
Y para el niño Garlitos
los más radiantes tallitos.
¿Os veré o no os veré?
Pero ¡tomad mi querer!

[Con motivo del estreno de «Doña Rosita la soltera»]

Una mañana en el campo
cantaban los ruiseñores
y en su cántico decían:
Rosita de las mejores.

Una mañana en el campo
cantaban las codornices
y en su cántico decían:
Tengan pascuas muy felices.

Si quieren pasarlo bien
las fiestas de Navidad
acudan todos a verme
al Teatro Principal.

VERSOS PERTENECIENTES A LA SUITE LLAMADA "EN EL BOSQUE DE LAS TORONJAS DE LUNA" (*)

(*) No incluidos en la edición de la Suite "En el jardín de las toronjas de la luna", pero estudiados en muchas obras sobre Lorca, como la "***Antología comentada de Federico García Lorca".*** Colección Germinal. Eutimio Martín. Ediciones de la Torre, 1989.

En el bosque de las toronjas de luna

(Poema extático)

REFLEXIÓN

Hombre que vas y vienes,
huye del río y el viento,
cierra los ojos y...
... y vendimia tus lágrimas.

Con el alma en un hilo,
olvida la pregunta.
No menees las hoces
de la interrogación.

La pregunta es la yedra
que nos cubre y despista.
Giran ante nuestros ojos
prismas y encrucijadas.

La respuesta es la misma
pregunta disfrazada.
Va como manantial
y vuelve como espejo.

LAS TRES BRUJAS DESENGAÑADORAS
(*En la puerta del jardín)*

BRUJA PRIMERA

¡Ay flauta del sapo
y luz del gusano!

BRUJA SEGUNDA
¡Ay mares de fósforo
y bosques de acero!

BRUJA TERCERA
Nuestra enemiga la blanca
luz de los sietes colores.

BRUJA PRIMERA
Mis lágrimas darán el arco
negro de la luz negra.

BRUJA SEGUNDA
Vuelvan las cosas, vuelvan
a sus primeros planos.

BRUJA TERCERA
Reino de la semilla
y la tiniebla extática.

BRUJA SEGUNDA
Mundo sin ojos, mundo
sin laberinto, ni reflejo.

BRUJA TERCERA
Teorías. Altas torres
sin cimientos ni piedras.

BRUJA PRIMERA
Flauta del sapo.
Luz del gusano.

Las tres
Cada cosa en su círculo.
Todos desconocidos.
El viento no contesta
las preguntas del árbol.

BRUJA TERCERA
¡Reino de la semilla
y la tiniebla extática!

BRUJA SEGUNDA
¡Ah flor equivocada
sobre el tallo ignorante!

BRUJA PRIMERA
Hermanas, cegad las siete
pupilas del dragón blanco.

Las tres
Cada cosa en su círculo.
Todos desconocidos.
Cansados estamos, ¡bizcas!
de ir por el mismo sitio.

DETRÁS DE LA PUERTA RÍEN

(Detrás de la puerta ríen
dos calaveras con alas.)

¿Quién es?

Voy al bosque inexpugnable
de las toronjas de luna.

Traga o escupe el bocado
de Adán.

(Se ha deshojado la puerta.
Tres anchas risas, sin dientes,
devoran mi fresca risa.)

SITUACIÓN

La primera sierpe de viento
va entre alamedas sin savia.

Yo tengo una larga barba
de Padre río.

Recuerdo viejas muchedumbres,
noches ciegas y pájaros sonámbulos.
Mi siglo como un río de agua gris
y mi laúd con las velas de plomo.

¡Qué cansancio de cielos en mis ojos!
Un calambre de alba permanente
aprisiona mi carne envejecida
con sus ramajes yertos y agitados.

Tan-tan
(Se iba la Tierra empedrada de cúpulas
bajo la cascara azul de la atmósfera.)

¿Quién es?

(Entre una luz de leche y de luna
llego a la torre donde ya me esperan.)

TORRE

El estaba
con su corona
de carcajadas.
Larga barba amarilla.

ÉL
Te esperaba.

YO
La ganzúa del Sueño
me abrió tu mansión.
Vive
lo que no vivió nunca
ni vivirá. Mis ojos,
llenos de escarcha, copian

blancos bosques inmóviles.

Él
Dentro de cada estrella
hay un gusano de oro.
El dragón oculta una risa
de niño bajo un ala.

YO
¡Ah bribón! ¡gran bribón!

Nada puedo ofrecerte.
¡Ni risa ni gusano!

ÉL
Señor, tienes cien años.

YO
Cien no, sobre los hombros
cada año una espada
larga de luz undosa.

ÉL
¿Cómo pasaste el río
de mariposas de agua?

YO
Con la ganzúa del Sueño
y a pesar tuyo.

ÉL
Dame
tus labios.

YO
¡Imposible!
¿Mi jardín de palabras?

ÉL
¿Tiemblas? Mira tu mundo.

Las Campanas *(A lo lejos)*
Tin tan
Tin tan

¡Ah Navidad de tu casa!
La luna daba turquesas
a los ritmos de hojadelata.
Aquél nacía de barro.
¡Ah Navidad de tu casa!
Nosotras te veíamos
sin corazón y sin cara
hacer puentes y látigos
grises con tu alma.

Tin tan
Tin tan

¡Adiós! ¡Adiós! y Memento,
¡pobre luz descarriada!
Gigantes nardos de tiniebla
rodean tu vieja casa.

Tin tan
Tin tan

ÉL
Alma tullida pero cristalina,
¡mira el jardín!

Los viejos plenilunios.
como discos inmensos de cristal
brillaban apoyados en la fronda.

Las Campanas de la Torre *(Solas)*
¡Ah! ¡Ah!
¿Cuándo dormiremos?
La sombra pesa sobre
nuestros ojos sin párpados.
¿Cuándo dormiremos?

Corta nuestra flor
o darnos escafandra.
¡Ah! ¡Ah!

POEMAS INÉDITOS (*)

(*) Los diez primeros fueron publicados en "**Sonetos del amor oscuro**. **Poemas de amor y de erotismo. Inéditos de madurez**". (Edición de Javier Ruiz-Portilla. Ediciones Altera. Madrid, España, 1995). El hallazgo del poema de Lorca a su amante Juan Ramírez de Lucas fue difundido por cultura.elpais.com.

¡Oh cama del hotel! ¡Oh dulce cama!

¡Oh cama del hotel! ¡Oh dulce cama!
Sábanas de blancuras y rocío.
¡Oh rumor de tu cuerpo con el mío!
¡Oh gruta de algodón, penumbra y llama!

¡Oh, lira doble que el amor enrama
con tus muslos de lumbre y nardo frío!
¡Oh barca vacilante, claro río,
a veces ruiseñor y a veces rama!

Por encontrar un beso tuyo

Por encontrar un beso tuyo,
¿qué daría yo?

¡Un beso errante de tu boca
muerta para el amor!

(*Minerva* ***(*)*** de sombra,
come mi boca.)

Por contemplar tus ojos negros,
¿qué daría yo?
¡Auroras de carbunclos irisados
abiertas frente a Dios!
(Las estrellas los cegaron
una mañana de mayo.)

Y por besar tus muslos castos
¿qué daría yo?

(Cristal de rosa primitiva
sedimento de sol.)

(*) **Nota*:*** *En otras ediciones figura:* **Minerva**. *En Galaxia-Gutemberg:* **Tierra (?).**

Reunión de damas a la orilla del mar

Los desnudos palpitan grises bajo las ropas
y se enturbian de brisas coladas por sus hombros.
Sus sombrillas redondas bostezan como peces.

Las cuatro damas tienen bajo el corsé de seda
un injerto invisible de limones blandos,
fruta de tres colores donde las mariposas
encuentran su destino y se olvidan un ala.

Todo: desde la sombra de la radiografía

Todo: desde la sombra de la radiografía

hasta la débil huella de las manos ahogadas;
desde el viejo elefante con babas de dos siglos,
hasta el niño que rompen en pedazos y rosas.

Y he visto por el valle de la inmóvil gacela

Y he visto por el valle de la inmóvil gacela
donde erizos y gotas y botones fulguran,
lenguas acribilladas y látigos de ortiga
en los árboles blancos de la mica y el iris.

Y he visto más, he visto quemarse limpias frutas
bajo un olor que manan máquinas podridas,
y he visto la pavesa de una fe que llenaba
con chopos de coral un cuadrante de cielo.

Teorema en el paisaje (I)

Árbol de viento rojo sobre la mar vencida.
A, B, C y D clavadas de coral y de yeso.
La locura que topa del mercurio expectante
quieta nube en un tubo de cristal hasta el cielo.

Una nube proyecta sombra de cocodrilo.
A prima se dibuja doble en el agua obscura.
Un corazón de niño que un bisturí punzaba
contradice el encanto sin pulso de la luna.

A, B, C y D sujetan y vencen al flexible
dragón de los tejados , nadador suspendido.

Teorema en el paisaje (II)

Árbol de viento gris sobre la mar perfecta.
A, B, C y D clavadas de coral y de yeso.
La locura que topa del mercurio expectante
compensa ramas bebidas dentro del tubo cándido,
quieta nube en un tubo de cristal hasta el cielo.

La nube proyectaba sombra de cocodrilo.
A prima se alargaba doble en el agua quieta.
Un corazón de niño que un bisturí punzaba
bajo las lisas rocas donde el mar se hace daño.

El ángulo de peces que llega al horizonte
es igual en distancia, profundidad y sueño
al ángulo invisible que un alfiler trazara
sobre el mar quieto y grande de un ojo de caballo.

La luna sumergida dentro de un cubilete
recordaba un mundo de paisajes tendidos.
Hombrecillos al lado de una mosca gigante
tocaban largas flautas de madera de sándalo.

A, B, C y D señalan
un límite a la lira.

Encima las estrellas crujen látigos quietos.
En el fondo del mar los moluscos sin casa
orientan sus terrores a la copa del árbol.

El mar queda tirante bajo el teorema puro.
Se apoya como un cojo dolorido en las playas.
Y el desnudo de un negro con el cuello cortado
flota en la bella curva de un perfil de gritos.

Cisso

El pájaro a la tarde clava lento
un agudo alfiler del trino. ¡Viva!

La tarde se convierte en un momento
en inmensa paloma sensitiva.

Mil naranjos y el mar ¡qué dulce viento!
Largo espectro de plata pensativa.
Mil vides en el monte ¡qué lamento!
de verde ausencia y lágrima cautiva.

Gloria: Oro, incienso y mirra

Fresquísimas violas.
Bandadas de rubores levantados
por este don de lágrimas que enlaza
la muchedumbre de las viejecillas
con la niña y el niño de mi frente.

Fresquísimas violas. Sí. Del aire.
del aire por el aire sin tu cristal,
coros en aspa fija en un punto.

Canción novísima de los gatos

Mi Mefistófeles casero
está tumbado al sol.
Es un gato elegante con gesto de león,
bien educado y bueno,
si bien algo burlón.
Es muy músico, entiende
a Debussy, mas no
le gusta Beethoven.
Mi gato paseó
de noche en el teclado,
¡oh qué satisfacción
de su alma! Debussy
fue un gato filarmónico en su vida anterior.

Este genial francés comprendió la belleza
del acorde gatuno sobre el teclado. Son
acordes modernos de agua turbia de sombra
(yo gato lo entiendo).
Irritan al burgués. ¡Admirable misión!
Francia admira a los gatos. Verlaine fue casi un gato
feo y semicatólico, huraño y juguetón,
que mayaba celeste a una luna invisible,
lamido por las moscas y quemado de alcohol.
Francia quiere a los gatos como España al torero.
Como Rusia a la noche, como China al dragón.
El gato es inquietante, no es de este mundo. Tiene
el enorme prestigio de haber sido ya Dios.
¿Habéis notado cuando nos mira soñoliento?
Parece que nos dice: la vida es sucesión
de ritmos sexuales. Sexo tiene la luz,
sexo tiene la estrella, sexo tiene la flor.
Y mira derramando su alma verde en la sombra.
Nosotros vemos todos detrás al gran cabrón.
Su espíritu es andrógino de sexos ya marchitos,
languidez femenina y vibrar de varón,
un espíritu raro de inocencia y lujuria,
vejez y juventud casadas con amor.
Son Felipes segundos dogmáticos y altivos,
odian por fiel al perro, por servil al ratón,
admiten las caricias con gesto distinguido
y nos miran con aire sereno y superior.
Me parecen maestros de alta melancolía,
podrían curar tristezas de civilización.
La energía moderna, el tanque y el biplano
avivan en las almas el antiguo dolor.
La vida a cada paso refina las tristezas,
las almas cristalizan y la verdad voló,
un grano de amargura se entierra y da su espiga.
Saben esto los gatos más bien que el sembrador.
Tienen algo de búhosy de toscas serpientes,
debieron tener alas cuando su creación.
Y hablaron de seguro con aquellos engendros
satánicos que Antonio desde su cueva vio.
Un gato enfurecido es casi Schopenhauer.

Cascarrabias horrible con cara de bribón,
pero siempre los gatos están bien educados
y se dedican graves a tumbarse en el sol.
El hombre es despreciable (dicen ellos), la muerte
llega tarde o temprano. ¡Gocemos del calor!
***
Este gran gato mío arzobispal y bello
se duerme con la nana sepulcral del reloj.
¿Qué le importan los senos del negro Eclesiastés,
ni los sabios consejos del viejo Salomón?
Duerme tú, gato mío, como un dios perezoso,
mientras que yo suspiro por algo que voló.
El bello Pecopian se sonríe en mi espejo,
de calavera tiene su sonrisa expresión.
Duerme tú santamente mientras toco el piano,
este monstruo con dientes de nieve y de carbón.
***
Y tú, gato de rico, cumbre de la pereza,
entérate de que hay gatos vagabundos que son
mártires de los niños que a pedradas los matan
Y mueren como Sócrates
dándoles su perdón.

¡Oh gatos estupendos, sed guasones y raros,
y tumbaos panza arriba bañándoos en el sol!

Poema de Federico García Lorca a su amante Juan Ramírez de Lucas

Aquel rubio de Albacete
vino, madre, y me miró.

¡No lo puedo mirar yo!

Aquel rubio de los trigos
hijo de la verde aurora,
alto, sólo y sin amigos

pisó mi calle a deshora.

La noche se tiñe y dora
de un delicado fulgor

¡No lo puedo mirar yo!

Aquel lindo de cintura
sentí galán sin...
sembró por mi noche obscura
su amarillo jazminero
tanto me quiere y le quiero
que mis ojos se llevó.

¡No lo puedo mirar yo!

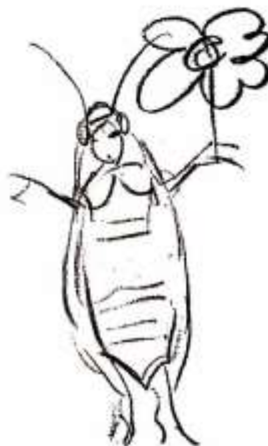
Aquel joven de la Mancha
vino, madre, y me miró.

¡No lo puedo mirar yo!

TEATRO



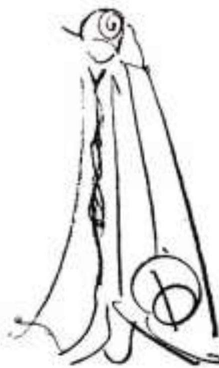
Curianito el nene (1920). Lápiz negro, 180 × 100 mm (AFFGL).



Curianita Silvia (1920). Lápiz verde, 180 × 100 mm (AFFGL).



Alacrancito el cortamimbres (1920). Lápiz verde, 180 × 100 mm (AFFGL).



Curiana nigromántica (1920). Lápiz verde, 180 × 100 mm (AFFGL).

EL MALEFICIO DE LA MARIPOSA *(*)*

(*)* Nota*: *La edición de Galaxia-Gutemberg difiere en pequeños matices de texto y división de escenas no sustanciales.*

Comedia en dos actos y un prólogo

Prólogo

Acto primero

Acto segundo

Personajes

DOÑA CURIANA

CURIANITA SILVIA
MARIPOSA
GUSANO PRIMERO
GUSANO SEGUNDO
GUSANO TERCERO
CURIANITA SANTA
CURIANAS GUARDIANAS
CURIANA NIGROMÁNTICA
DOÑA ORGULLOS, madre de Curianita Silvia
CURIANITO EL NENE, hijo de Doña Curiana
ALACRANCITO EL CORTAMIMBRES
CURIANA CAMPESINA PRIMERA
CURIANA CAMPESINA SEGUNDA
OTRAS CURIANAS CAMPESINAS

Prólogo

Señores: La comedia que vais a escuchar es humilde e inquietante, comedia rota del que quiere arañar a la luna y se araña su corazón, El amor, lo mismo que pasa con sus burlas y sus fracasos por la vida del hombre, pasa en esta ocasión por una escondida pradera poblada de insectos donde hacía mucho tiempo era la vida apacible y serena. Los insectos estaban contentos, sólo se preocupaban de beber tranquilos las gotas de rocío y de educar a sus hijuelos en el santo temor de sus dioses. Se amaban por costumbre y sin preocupaciones. El amor pasaba de padres a hijos como una joya vieja y exquisita que recibiera el primer insecto de las manos de Dios. Con la misma tranquilidad y la certeza que el polen de las flores se entrega al viento, ellos se gozaban del amor bajo la hierba húmeda. Pero un día... hubo un insecto que quiso ir más allá del amor. Se prendó de una visión de algo que estaba muy lejos de su vida... Quizá leyó con mucha dificultad algún libro de versos que dejó abandonado sobre el musgo un poeta de los pocos que van al campo, y se envenenó con aquello de «yo te amo, mujer imposible». Por eso, yo os suplico a todos que no dejéis nunca libros de versos en las praderas, porque podéis causar mucha desolación entre los insectos. La poesía que pregunta por qué se corren las estrellas es muy dañina para las almas sin abrir... Inútil es deciros que el enamorado bichito se murió. ¡Y es que la Muerte se disfraza de Amor! ¡Cuántas veces el enorme esqueleto portador de la guadaña, que vemos pintado en los devocionarios, toma la forma de una mujer para engañarnos y abrirnos las puertas de su sombra! Parece que el niño Cupido duerme muchas veces en las cuencas vacías de su calavera. ¡En cuántas antiguas historietas, una flor, un beso o una mirada hacen el terrible oficio de puñal!

Un viejo silfo del bosque escapado de un libro del gran Shakespeare, que anda por los prados sosteniendo con unas muletas sus alas marchitas, contó al Poeta esta historia oculta en un anochecer de otoño, cuando se fueron los rebaños, y ahora el poeta os la repite envuelta en su propia melancolía. Pero antes de empezar quiero haceros el mismo ruego que a él le hizo el viejo silfo aquel anochecer de otoño, cuando se fueron los rebaños. ¿Por qué os causan repugnancias algunos insectos limpios y brillantes que se mueven graciosamente entre las hierbas? ¿Y por qué a vosotros los hombres, llenos de pecados y de vicios incurables, os inspiran asco los buenos gusanos que se pasean tranquilamente por la pradera y tomando el sol en la mañana tibia? ¿Qué motivo tenéis para despreciar lo ínfimo de la Naturaleza? Mientras que no améis profundamente a la piedra y al gusano no entraréis en el reino de Dios. También el viejo silfo le dijo al poeta : "Muy pronto llegará el reino de los animales y de las plantas; el hombre se olvida de su Creador, y el animal y la planta están muy cerca de su luz; di, poeta, a los hombres que el amor nace con la misma intensidad en todos los planos de la vida; que el mismo ritmo que tiene la hoja mecida por el aire tiene la estrella lejana, y que las mismas palabras que dice la fuente en la umbría las repite con el mismo tono el mar; dile al hombre que sea humilde, ¡todo es igual en la Naturaleza!". Y nada más habló el viejo silfo. Ahora, escuchar la comedia. Tal vez os riáis al oír hablar a estos insectos como hombrecitos, como adolescentes. Y si alguna honda lección sacáis de ella, id al bosque para darle las gracias al silfo de las muletas, un anochecer tranquilo, cuando se hayan marchado los rebaños.

Acto primero

La escena representa un prado verde y humilde bajo la sombra densa de un gran ciprés. Una veredita casi invisible borda sobre la hierba un ingenuo arabesco. Más allá del pradito, una pequeña charca rodeada de espléndidas azucenas y unas piedras azules... Es la hora casta del amanecer. Y todo el prado está cubierto de rocío. A la vera del camino se ven las madrigueras de los insectos como un minúsculo y fantástico pueblo de cuevas. De su casa sale Doña Curiana con un manojito de hierbas a guisa de escoba. Es una cucaracha viejísima, a la que falta una de sus patas, que perdió a consecuencia de un escobazo que le dieron en una casa donde se alojaba siendo todavía joven y reluciente. Los martillos formidables de la aurora ponen al rojo la plancha fría del horizonte.

ESCENA PRIMERA

Doña Curiana y la Curiana Nigromántica.

DOÑA CURIANA (*Asomándose al prado*)

¡Mañana clara y serena!
Ya rompe el primer albor.

CURIANA NIGROMÁNTICA (*Con un cucurucho de estrellas y un manto de musgo seco.*) Que Dios te bendiga, ¡oh vecina buena!
DOÑA CURIANA
¿Dónde vais, señora, de rocío llena?
CURIANA NIGROMÁNTICA
Vengo de soñar que yo era una flor
Hundida en la hierba.
DOÑA CURIANA
¿Cómo soñáis eso?
CURIANA NIGROMÁNTICA
Sueño que las dulces gotas de rocío
Son labios de amores que me dejan besos
Y llenan de estrellas
Mi traje sombrío.
DOÑA CURIANA (*Regañona.*)
Mas pensad, señora, que por la poesía...
CURIANA NIGROMÁNTICA (*Tristemente.*)
¡Ay, doña Curiana, qué vais a decir!
DOÑA CURIANA
Pudierais coger una pulmonía
Que hiciera pedazos su sabiduría.
Tendríamos todas
Mucho que sentir.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Mi alma tiene gran tristeza, ¡vecina!
Me dijo ayer tarde una golondrina:
«Todas las estrellas se van a apagar».
Dios está dormido, y en el encinar
Vi una estrella roja toda temblorosa
Que se deshojaba como enorme rosa.
La vi perecer
Y sentí caer
En mi corazón
Un anochecer
«Amigas cigarras, grité, ¿veis las estrellas?
«Un hada se ha muerto», respondieron ellas
Fui junto a los troncos del vicio encinar
Y vi muerta el hada del campo y del mar.
DOÑA CURIANA
¿Quién la mataría?

CURIANA NIGROMÁNTICA
La mató el amor
DOÑA CURIANA
Mirad cómo quiebra el primer albor.
CURIANA NIGROMÁNTICA
¿Y vuestro buen hijo, cómo sigue?
DOÑA CURIANA
Bien.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Ayer le vi triste.
DOÑA CURIANA
Lo noté también:
Anda enamorado.
CURIANA NIGROMÁNTICA
De Silvia quizá.
DOÑA CURIANA
Según él, es de algo ¡que nunca tendrá!
CURIANA NIGROMÁNTICA
Va a ser un poeta, y no es nada extraño:
Su padre lo fue.
DOÑA CURIANA
Un gran desengaño
Me llevé con él.
CURIANA NIGROMÁNTICA
¡Era un corazón!
DOÑA CURIANA
¡Ay!, apaleaba mi caparazón.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Pero conservaba siempre el troje lleno.
DOÑA CURIANA
Mas eso no impide que fuera muy bueno.
CURIANA NIGROMÁNTICA
En fin, callaremos, yo mucho le amé.
¿Y esa pierna coja?
DOÑA CURIANA
Anoche noté
El ruin dolorcillo que tanto me irrita.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Poneos las hojas de una margarita;
Lavaos con rocío y no andéis; tomad

Estos polvos santos de cráneo de hormiga,
Tomadlos de noche con mastranzo.
DOÑA CURIANA
Amiga,
Que el gran Cucaracho os pague en amor
Y que en vuestros sueños ¡os convierta en flor!
(*Acariciadora*)
Desechad tristeza y melancolías;
La vida es amable, tiene pocos días,
Y tan sólo ahora la hemos de gozar.
CURIANA NIGROMÁNTICA (*Como soñando.*)
Todas las estrellas se van a apagar.
DOÑA CURIANA
No penséis en eso, vecina doctora,
Mirad la alegría que nos trae la aurora.
CURIANA NIGROMÁNTICA
¡Ay, lo que yo vi junto al encinar!
DOÑA CURIANA
No pensar en eso, idos a acostar...
CURIANA NIGROMÁNTICA (*Volviendo a la realidad en una brusca transición.*)
El prado está silencioso.
Ya parte el rocío a su cielo ignorado,
El viento rumoroso
Hasta nosotros llega perfumado.
DOÑA CURIANA
¿También sois poeta, doctora vecina?
Nosotras, las pobres, con nuestra cocina
Tenemos bastante.
CURIANA NIGROMÁNTICA
No seas vulgar.
DOÑA CURIANA (*Un poco disgustada.*)
En mi clase todas sabemos cantar
Y chupar las flores. ¡Qué os habéis creído
CURIANA NIGROMÁNTICA
Con razón te daba palos tu marido;
Cocina y poesía se pueden juntar,
Hasta luego, amiga, voy a descansar.
(*Se va*)
DOÑA CURIANA

Que la luz os guíe.
Yo voy a barrer
mi puerta con brisa del amanecer.
(*Se pone a barrer cantando*)
Un gusanito me dijo
Ayer tarde su querer;
No lo quiero hasta que tenga
Dos alas y cuatro pies.

ESCENA II

Doña Curiana y Curianita Silvia

Por el lado izquierdo de la escena llega la Curianita Silvia, arrogante y madrugadora. Silvia, en su clase de insecto repugnante es encantadora; brilla como el azabache y sus patas son ágiles y delicadas. Es hija de Doña Orgullos, curiana que cuenta más de un año de edad, y es el mejor partido del pueblo. Trae una diminuta margarita a guisa de sombrilla, con la que juega graciosamente, y se toca de un modo delicioso con el caparazón dorado de una «teresica»

DOÑA CURIANA
Madrugadora venís,.
Niña encantadora y bella.
CURIANITA SILVIA
¿Niña me decís? Ha tiempo.
Que ya salí de la escuela.
DOÑA CURIANA
¿Os molestáis porque os llamo .
Niña? Pues diré doncella .
o doncellita.
CURIANITA SILVIA (*Coquetonamente.).*
No es eso.
DOÑA CURIANA
¿Qué os pasa entonces?
CURIANITA SILVIA
Tristezas..
Que estoy pasando.
Sin que nadie se dé cuenta.
DOÑA CURIANA
Tan joven y ya tan triste.
¡Bueno que lo esté esa vieja
De la Nigromanta! Vos
Aún sois demasiado nueva

Y nada os falta en el mundo.
CURIANITA SILVIA (*Ingenuamente.*)
No he visto más que esta tierra.
DOÑA CURIANA (*Pensativa.*)
¿Os ha dicho la doctora
Que se apagan las estrellas
Porque se había muerto un hada
O no sé qué... lo que cuenta?
CURIANITA SILVIA
Nada me dijo.
DOÑA CURIANA
Entonces
¿Por qué tenéis la tristeza
Que os consume y os marchita?
De qué sufrís?
CURIANITA SILVIA
¡Ay, abuela!
¿No tuvisteis corazón
Cuando joven? Si os dijera
Que soy toda un corazón...
DOÑA CURIANA (*En un arranque de indignación.*)
Aquí sois todos poetas
Y mientras pensáis en eso
Descuidáis vuestras haciendas,
Tenéis vuestras casas sucias
Y sois unas deshonestas
Que dormís fuera de casa,
Sabe Dios con quién.
CURIANITA SILVIA
Paciencia
Necesito para oírla.
Me insultáis.
DOÑA CURIANA
No es que yo quiera
Insultarte, niña Silvia.
Es que me da mucha pena
Verte triste y desolada
Tan sin causa.
CURIANITA SILVIA
Causa cierta

Tienen estos mis pesares.
DOÑA CURIANA (*Cariñosa.*)
¿Puedo aliviártelos, nena?
CURIANITA SILVIA
Mis pesares son tan hondos
Como la laguna aquella.
(*Con angustia*)
¿Dónde está el agua
Tranquila y fresca
Para que calme
Mi sed inquieta?
DOÑA CURIANA (*Asustada.*)
Silvia, calmaos, por favor;
Sed juiciosa y sed serena.
CURIANITA SILVIA (*Soltando la margarita en el suelo.*)
¿Por qué sendero
De la pradera
Me iré a otro mundo
Donde me quieran?
DOÑA CURIANA (*Enérgica.*)
Esto es imposible, Silvia.
Os volvéis loca.
CURIANITA SILVIA
Me queda
Mucho tiempo que llorar.
Yo me enterraré en la arena
A ver si un amante bueno
Con su amor me desentierra.
DOÑA CURIANA
Estás muy enamorada,
Ya lo sé. Mas en mi época
Las jóvenes no pedíamos
Los novios a boca llena,
Ni hablábamos en parábolas
Como hablas tú. La vergüenza
Estaba más extendida
Que en estos tiempos. Se cuenta
De una curiana muy santa
Que permaneció soltera
Y vivió seis años. Yo

Dos meses tengo y soy vieja.
¡Todo por casarme! ¡Ay!
(*Lagrimeando*)
CURIANITA SILVIA (*Muy romántica.*)
¡Amor, quién te conociera
Dicen que eres dulce y negro,
Negras tus alas pequeñas,
Negro tu caparazón
Como noche sin estrellas;
Tus ojos son de esmeraldas,
Tus patas son de violetas.
DOÑA CURIANA
Estás más loca que un grillo
Que conocí allá en su cueva,
Que se las daba de listo,
De gran mago y de profeta.
Era un pobre desdichado;
A mí me dio una receta
Para curar el amor.
CURIANITA SILVIA (*Intrigada.*)
¿Qué decía la receta?
DOÑA CURIANA
Dese a los enamorados
Dos palos en la cabeza
Y no se los deje nunca
Tumbarse sobre las hierbas.
CURIANITA SILVIA
Os chanceáis, señora.
DOÑA CURIANA
Silvia, ¿y quién no se chancea
Viendo a una joven bonita
Cometer tantas simplezas?
CURIANITA SILVIA (*Aparte.*)
Ella ignora que a su hijo
Es a quien amo.
DOÑA CURIANA
Discreta
Sois sin embargo al hablar
De la causa que os apena.
¿Y dónde está vuestro amor?

¿Muy lejos?
CURIANITA SILVIA
Está tan cerca
Que el aire me trae su aliento.
DOÑA CURIANA
¡Es un mozo de la aldea!
Lo teníais bien oculto.
¿Y él os ama?
CURIANITA SILVIA
Me detesta.
DOÑA CURIANA
¡Cosa rara, vos sois rica!
En mi tiempo...
CURIANITA SILVIA
La princesa
Que él aguarda no vendrá.
DOÑA CURIANA
¿Qué tal es él?
CURIANITA SILVIA
Me deleitan
Su cuerpo chico y sus ojos
Soñadores de poeta.
Tiene un lunar amarillo
Sobre su pata derecha,
Y amarillas son las puntas
Divinas de sus antenas.
DOÑA CURIANA
¡Aparta! Es mi hijo.
CURIANITA SILVIA
¡Yo le amo con locura!
DOÑA CURIANA (*Como soñando.*)
Ella es rica. ¡Qué torpeza
La de esta criatura rara!
¡Yo haré que la ame por fuerza!
(*Compungida y fingiendo lo que no siente*)
¡Ay cuánto debe sufrir!
(*Aparte*)
¡Tiene magníficas rentas!
¡Pobrecita de mis carnes!
¡Sangrecita de mis venas,

te casaré con mi hijo!
CURIANITA SILVIA (*Ruborizándose.*)
Lo adivinasteis.
DOÑA CURIANA (*Abrasándola con ternura.*)
Piensa
Que tengo ya muchos días
Y te adiviné la pena.
CURIANITA SILVIA
¡Ay, qué dicha! ¡Qué alegría!
DOÑA CURIANA (*Mimosa en extremo.*)
Límpiate esa cara tierna
Y deja tus lagrimitas
Al pie de esas azucenas.
Voy a llamar a mi hijo
para que te vea.
CURIANITA SILVIA
Reina
Seré de este prado verde,
Pues tengo amor y riquezas.

ESCENA III

Curianito el Nene, Dona Curiana y Silvia.

Curianito el Nene es un gentil y atildado muchachito, cuya originalidad consiste en pintarse las puntas de las antenas y la pata derecha con polen de azucena. Es poeta visionario que, aleccionado por la Curiana Nigromantica, de la que es discípulo, espera un gran misterio que ha de decidir su vida... Trae en una de sus patas-manos una cortecita de árbol donde estaba escribiendo un poema... Doña Curiana viene a su lado, encomiando la fortuna de Silvia. Esta se dedica a coquetear con la margarita a un lado y a otro, y, colocándose una patita sobre la cara, suspira arrobada. Ya quema el sol.

CURIANITO (*Aparte.*)
¡Que no me caso madre!
Ya os he dicho mil veces que no quiero casarme.
DOÑA CURIANA (*Llorando.*)
Tu lo que tienes ganas es de martirizarme.
CURIANITO
Yo no la quiero, madre.
DOÑA CURIANA
Pero si eso es igual...
CURIANITO
Sin amor no me caso.

DOÑA CURIANA
Ella tiene un cristal
Precioso, que encontró
Una noche su abuelo,
Muy azul; el creyó
Que era un trozo de cielo.
Tiene casa espaciosa,
El troje bien repleto.
¡Mira, si es una sosa!
¡Requiébrala discreto!
Dile que te enamora
Su carita de estrella;
Que te pasas las horas
Sólo pensando en ella.
¡Te tienes que casar!
(*En voz alta*)
Hazlo sólo por mí
Yo me voy a guisar,
Quedaos los dos aquí.
(*Vase*)

ESCENA IV

Silvia se tapa del sol con la margarita y suspira anhelante. Curianito se sienta en una piedrecita blanca y mueve las antenas con lentitud.

CURIANITO (*Leyendo la corteza que trae en su pata-mano.*)
¡Oh amapola roja que ves todo el prado,
Como tú de linda yo quisiera ser!
Pintas sobre el cielo tu traje encarnado
Llorando el rocío del amanecer.
Eres tú la estrella que alumbra a la aldea,
Sol del gusanito buen madrugador.
¡Que cieguen mis ojos antes que te vea
Con hojas marchitas y turbio color!
¡Quién fuera una hormiga para poder verte
Sin que se tronchara tu tallo sutil!
Yo siempre a mi lado quisiera tenerte
Para darte besos con miel del abril.
Pues mis besos tienen la tibia dulzura
Del fuego en que vive mi rara pasión;
Y hasta que me lleven a la sepultura

Latirá por ti
Este corazón...
CURIANITA SILVIA (*Soñando, aparte.*)
¡Que apasionado madrigal
El que cantó!
(*Volviéndose a Curianito*)
Muy buenos días. ¿Como estas?
CURIANITO
Bien, ¿Y tú?
CURIANITA SILVIA
Yo...
Busco una cosa sin cesar.
CURIANITO
¿Cosa?
CURIANITA SILVIA
El Amor.
CURIANITO
Es muy difícil de encontrar.
CURIANITA SILVIA
Mi corazón busca los besos.
CURIANITO
Los tendrás.
CURIANITA SILVIA
Creo que no.
¿Cuándo te casas?
CURIANITO
Mi ilusión
Está prendida en la estrella
Que parece una flor.
CURIANITA SILVIA
¿No es fácil que se seque
Con un rayo de sol?
CURIANITO
Yo tengo el agua clara
Para calmar su ardor.
CURIANITA SILVIA
¿Y dónde está tu estrella?
CURIANITO
En mi imaginación.
CURIANITA SlLVIA (*Con tristeza.*)

La verás algún día.
CURIANITO
Yo seré su cantor.
Le diré madrigales
Del dulce viento al son.
CURIANITA SILVIA
¿Te acuerdas de la tarde
Que en el sendero en flor
Me dijiste: "Te quiero»?
CURIANITO
¡Aquello ya pasó!
Hoy no te quiero, Silvia.
CURIANITA SILVIA (*Llorando.*)
Ya lo sé.
CURIANITO
Por favor,
Te ruego que no llores.
CURIANITA SILVIA
Me duele el corazón.
(¡Ay de mí!, no me quiere.)
CURIANITO (*Se acerca a consolarla.*)
¡No llores más, por Dios!

(*Estando muy juntitos, pasan por la calle dos Curianitas, niñas y revoltosas. Una de ellas lleva una mosca atada con una brizna de hierba seca.*)

LAS CURIANITAS (*A voces.*)
El novio y la novia,
¡Eo! ¡eo! ¡oh!...
CURIANITA SILVIA
Ojalá fuera cierto
Lo que dice esa voz.
CURIANITO
¡No llores, niña Silvia!
CURIANITA SILVIA
Me duele el corazón.
LAS CURIANITAS (*Yéndose.*)
El novio y la novia,
¡Eo! ¡eo! ¡oh!
CURIANITA SILVIA
¡Ay de mí, desdichada!
CURIANITO

¡Qué triste situación!

ESCENA V

Alacranito, el Cortamimbres, Curianito el Nene, Doña Curiana y después Doña Orgullos y Coro de Gusanos trabajadores.

Curianito se separa apresuradamente de la Curianita Silvia al ver llegar a Alacrancito el Cortamimbres. Alacrancito es un viejo leñador que vive en el bosque y que frecuentemente baja al pueblo a emborracharse. Es glotón insaciable y mala persona. Habla con voz aguardentosa.

CURIANITO
Seca tus lágrimas.
CURIANITA SILVIA
Voy.
ALACRANCITO (*Viene borracho, cantando y tambaleándose*)
Que las hojitas del mastranzo
Son dulcecitas de tomar.
Tatará, tatará, tatará.
(*Se rasca la cabeza con su pinza monstruosa*)
Hay ganado en la cabeza.
(*Cantando*)
Tatará, tatará, tatará.
(*Dirigiéndose a Curianito*)
¡Salud, niño!
(*A Silvia, moviendo cómicamente la pinza*)
¡Oh alteza!
¡San Cucaracho os dé paz!
(*Los otros dos personajes están molestísimos.*)
¿Estorbo quizás, señores,
En este prado florido?
¿Hablan ustedes de amores
Y tratan de hacerse un nido?
Si os molesto, yo me voy.
(*Guiñando maliciosamente y dándole a Curianito con la pinza en el vientre.*)
Para que os podáis besar.
CURIANITO (*Muy enfadado.*)
Puedes quedarte.
ALACRANCITO
Me estoy.
CURIANITA SILVIA
¡Qué impertinente!

ALACRANCITO
Gozar
Del amor en primavera.
Tú eres poeta, habrás visto
Cómo está la sementera.
CURIANITO (*Indignado.*)
Cállate ya.
ALACRANCITO
¡Si no chisto...!
¡Si uno no sabe ni hablar!
Me he criado en familia,
En medio de un olivar...
CURIANITA SILVIA (*Muy triste.*)
¡Ay!
ALACRANCITO
¿Qué os pasa, linda negra?
CURIANITA SILVIA
Nada.
ALACRANCITO
¿Nada? ¡Tiene gracia!
¿Os molesta vuestra suegra?
CURIANITA SILVIA
¡Imbécil!
ALACRANCITO (*Muy serio.*)
La alistogracia
También tiene sus pesares.
Tengo mi filosofía,
Pues son muchos los azares.
De esta larga vida mía.
Y aunque pobre soy decente.
¿Que me emborracho?... Pues bien:
¿No se emborracha la gente?
Yo soy un viejo inocente.
CURIANITO (*Aparte.*)
Un canalla.
CURIANITA SILVIA
Un glotón.
ALACRANCITO
¿Quién
Sus defectos no pregona?

Me gusta mucho comer
Toda clase de [...],
Pero soy buena persona.
CURIANITO
Calla y vete a tu bosque.
CURIANITA SILVIA
Déjanos ya, hermano.
ALACRANCITO (*Impertérrito y relamiéndose de gusto.*)
Ahora mismo me acabo de comer un gusano
Que estaba delicioso, blando y dulce, ¡qué rico!
A su lado tenía la cría, un nene chico,
(*Silvia y Curianito se horrorizan*)
Que no quise comer, me daba repugnancia.
CURIANITA SILVIA
¡San Cucaracho mío!
CURIANITO
¿Por qué causaste mal?
ALACRANCITO (*Entusiasmado y sin oír.*)
Y no me comí al nene por estar en lactancia.
Y a mí me gustan grandes, ¡que sepan!
CURIANITO
¡Criminal!
Tú no sabes, infame, que un hogar has deshecho
Matando al gusanito para te alimentar.
ALACRANCITO
Si tú quieres, me doy buenos golpes de pecho,
Y que San Cucaracho me perdone.
CURIANITO
Matar
Es un pecado grave que no perdona él.
CURIANITA SILVIA
¡Ay, pobre gusanito sin madre!
ALACRANCITO (*Irónico.*)
¡Ay poetas!,
¡Si supierais lo dulce que tenía la piel!
CURIANITO
¡Me indignas!
CURIANITA SILVIA (*Con fuerza.*)
¡Qué canalla!
ALACRANCITO (*Relamiéndose.*)

Tened las lenguas quietas,
Que estáis muy comestibles ambos a dos.
CURIANITA (*Corriendo a refugiarse en la casa de Doña Curiana.*)
¡Qué miedo!
CURIANITO (*Asustadísimo, se esconde detrás de la piedra en que estaba sentado.*)
¡Alacrancito¡
ALACRANCITO
Como
Vuestra carne y me quedo
Tan ancho como estaba.
Mas no temáis, que yo
Respeto a mis antiguos
Amigos.

(*Salen de la cuevecita Curiana, que llega cojeando y hecha una furia, y Silvia, asustadísima y llorando.*)

DOÑA CURIANA (*A voces.*)
¡Gran bribón!
¡Borracho empedernido!
¡Qué susto les has dado!
ALACRANCITO (*Con la risa del conejo.*)
Pura broma, señora.
DOÑA CURIANA (*Dirigiéndose a Curianito.*)
¡Ay, cómo te has quedado!
¡Hijo mío! ¡Canalla!
¡Pobre Silvia¡
ALACRANCITO (*Aparte.*)
Con ganas
Comería sus patas.
DOÑA CURIANA
!Infame!
ALACRANCITO
Por las canas
Os respeto, señora...
(*Dirigiéndose a Curianito*)
No temas, Curianito.
CURIANITO (*Muy receloso.*)
No temo.
DOÑA CURIANA (*Furiosa. Aparte, con Silvia.*)
Imposible.
CURIANITA SILVIA

No me quiere, repito.
Me dijo que él amaba
A una flor.
DOÑA CURIANA
¡El idiota!...
Mas yo haré que te quiera.
ALACRANCITO (*Cada vez más borracho, a Curianito.*)
Tenía una pata rota
Y yo me la comí.
Era una hermosa araña.
(*Riendo a carcajadas*)
¡Estaba tan sabrosa...!
(*Curianito, que no le llega el corazón al cuerpo habla con voz temblorosa a causa del miedo horrible que siente a ser devorado por aquella pantera en forma de Alacrán.*)
CURIANITO
¿Cómo te diste maña
Para cogerla?
ALACRANCITO (*Echándose encima de Curianito.*)
Así.
CURIANITO (*Gritando*)
Ay, madre, que me mata!
(*Se deshace del Alacrán y huye con su Madre*)
DOÑA CURIANA (*Embarracada.*)
¡Vete, bandido infame!
ALACRANCITO (*Tambaleándose.*)
¡No seas timorata!
(*Durante esta escena ha aparecido la Curiana Niña, que pasó antes con la mosca atada. Alacrancito la divisa, llega junto a ella, le arrebata la mosca y la traga.*)
CURIANITA (*Llorando a gritos.*)
¡Ay mi mosca! ¡Mi mosca!
ALACRANCITO
¡Oh, qué rico manjar!
CURIANITA SILVIA (*Abrazándose a Doña Curiana.*)
¡¡Socorro, que nos come!!
ALACRANCITO (*Para asustarlas, con voz cavernosa.*)
¡Os voy a devorar!
CURIANITA (*Huye despavorida.*)
¡Ay madre, tengo miedo...
(*Fuera de la escena se oye ruido de voces y gritos de compasión.*)
CURIANITA SILVIA

¿Qué es?

DOÑA CURIANA

¿Qué pasará?

(*Entra en escena un grupo de Curianas Campesinas, que traen en brazos a una Mariposa blanca con un ala rota. Viene desmayada. Las Curianas traen azadas sobre sus hombros; otras traen hoces. Con ellas viene la Curiana Nigromántica. Todos se acercan. Alacrancito el Cortamimbres se queda tumbado en el santo suelo, ya en la cumbre de la borrachera.*)

CURIANA NIGROMÁNTICA

¡Pobre mariposa herida!

CURIANA CAMPESINA

Morirá.

CURIANA NIGROMÁNTICA

Tiene muy poca vida,
Pero se salvará.

CURIANA CAMPESINA

Cayó desde la punta de un terrible ciprés.
Se ha roto un ala.

CURIANA NIGROMÁNTICA

¡Pobre fantasma soñadora,
Que sabes los secretos del agua y de las flores!
¡Qué desdicha de verte morir en esta aurora
Llorada por los dulces profetas ruiseñores!

CURIANA CAMPESINA

¡Compasión me dio al verla tendida en la vereda!

CURIANA NIGROMÁNTICA

¡Qué suerte de nosotras, repugnantes y tristes!
¡Acariciar tus alas de blanquísima seda
Y aspirar el aroma del traje con que vistes!

(*Doña Curiana trae de su casa unas hierbas largas y delicadísimas, con que la Curiana Nigromántica limpia las heridas de la Mariposa*)

Dulce estrella caída de un ciprés soñoliento,
¿Qué amarga aurora vieron tus ojos al caer?

CURIANITO

¡Oh qué pena tan honda en el alma me siento!

CURIANITA SILVIA (*A su madre, Doña Orgullos, que llega presurosa. Llorando.*)

Él no me quiere, madre.

DOÑA ORGULLOS (*Muy seca.*)

¡Qué le vamos a hacer...!

CURIANITA SILVIA
Él quiere ya a una estrella.
DOÑA ORGULLOS
¡Qué se habrá figurado!
¡Tan pintado y tan feo!
(*Vase, volviendo la cabeza provocativamente.*)
CURIANA CAMPESINA
¡Mirad, ha suspirado!
CURIANAS CAMPESlNAS
¡Abre los ojos!
LA **MARIPOSA** (*Quedamente y entre sueños.*)
¡Quiero volar, el hilo es largo!
CURIANA NIGROMÁNTICA (*A Doña Curiana.*)
Llevémosla a tu casa.
Sale de su letargo.
LA MARIlPOSA
El hilo va a la estrella donde está mi tesoro.
Mis alas son de plata,
Mi corazón es de oro;
El hilo está soñando
Con su vibrar sonoro...
CURIANA NIGROMÁNTICA
Llevadla con cuidado
No le hagáis mucho daño.
(*Las Curianas se llevan a la Mariposa a casa de Doña Curiana. Dirigiéndose a Doña Curiana.*)
Dale rocío añejo y ponle un tibio paño
Con emplastos de ortigas y polen de azucenas.
DOÑA CURIANA
¿Le curará, doctora?
CURIANA NIGROMÁNTICA
Pronto se pondrá buena.
Además le receto baños de luna y siesta,
Allá entre las umbrías de la vieja floresta.
¡Vamos a entrar a verla! ¡Es preciosa!
DOÑA CURIANA
¡Preciosa!

ESCENA VI

Curianito el Nene, Alacrancito el Cortamimbres y Curiana Nigromántica.

CURIANITO (*Dirigiéndose a su amapola.*)
Amapola, ya he visto mi estrella misteriosa.

ALACRANCITO (*Tumbado panza arriba en el prado, y como en un limbo caótico.*)
Me comí nueve moscas, un lagarto, una abeja,
Una colmena entera.

CURIANITO
Mi corazón se queja
¡De un amor que ya siente!

CURIANA NIGROMÁNTICA (*Sale de la cuevecita y llega muy seria junto a Curianito, poniéndole una mano en el hombro.*)
Curianito, tu suerte
Depende de las alas de esa gran mariposa.
No la mires con ansias porque puedes perderte.
Te lo dice tu amiga, ya vieja y achacosa.
(*Haciendo un círculo en la tierra con un palito.*)
Este círculo mágico lo dice claramente.
Si de ella te enamoras, ¡ay de ti!, morirás.
Caerá toda la noche sobre tu frente.
La noche sin estrellas donde te perderás...
Medita hasta la tarde.
(*Vase*)

CURIANITO (*Declamando donjuanescamente.*)
¿Qué tengo en mi cabeza?
¿Qué madejas de amores me ha enredado aquí el viento?
¿Por qué ya se marchita la flor de mi pureza
Mientras otra flor nace
Dentro del pensamiento?
¿Quién será la que viene robando mi ventura
De alas estremecidas, blancas como el armiño?
Me volveré tristeza sobre la noche oscura
Y llamaré a mi madre como cuando era niño.
¡Oh amapola roja que ves todo el prado!
Como tú de linda yo quisiera ser.
Como las tristezas de este enamorado
Llorando el rocío del amanecer.
(*Se sienta en la piedra y llora con la cabecita entre las manos. El Alacrancito Cortamimbres se levanta con dificultad y, dando tumbos, va cantando con su voz cavernosa.*)

ALACRANCITO

Que las hojitas del mastranzo
Son dulcecitas, ay, de tomar.
Tatará, tatará, tatará.
(*TELÓN*)

Acto segundo

Jardín.

En el fondo de la escena hay una gran cascada de yedra. Y todo el suelo estará plantado de margaritas gigantescas. Es un verdadero bosque de florecillas. A la izquierda del teatrito y en parte del fondo, perdiéndose en la espesura, brilla el agua de un manantial... Todas las plantas están pintadas con luz suave del crepúsculo maduro.

ESCENA PRIMERA

Curianita Santa y Curianita 1

Vienen por la derecha dos Curianitas Campesinas que viven al pie de unas setas. Son muy viejas. Una de ellas tiene fama de santa en los alrededores.

CURIANITA SANTA
¡Qué gran disgusto traigo, comadre, qué disgusto!
¿Visteis a Curianito recitar en el prado?
CURIANITA I
Yo le vi columpiarse sobre un hilo de araña.
Cantaba triste, triste. Estaría soñando.
Él no piensa ganarse la vida honradamente.
CURIANITA SANTA
Es muy bueno y muy dulce. ¡Un gran poeta!
CURIANITA I
¡Un vago!
Sobre un hilo de araña nadie vive.
CURIANITA SANTA
¡Comadre,
No critiquéis a nadie, dijo el Gran Cucaracho!
(*La otra Curiana inclina sus antenas.*)
«Meditad, con la hierba que nace, vuestras vidas
Y sufrid en vosotras los defectos extraños.
Valen más en mi reino los que cantan y juegan
Que aquellos que se pasan la vida trabajando...
Que habéis de ser la tierra y habéis de ser el agua,
Pétalo en los rosales y corteza en el árbol.»
CURIANITA I

¡Es que el Gran Cucaracho no comía madre?
(*Con sorna*)
Pues decidle a un hambriento esas frases.
CURIANITA SANTA
¡Callaos!
El hambre es un demonio con antenas de fuego
A quien hay que alejar...
CURIANITA I
¿Comiendo, eh?
CURIANITA SANTA
Orando
CURIANITA I
Dejadme en paz, comadre. Sois muy santa y muy sabia,
Pero para esta vida no habló San Cucaracho...
Si Curianito el Nene no trabaja y se aplica,
Se morirá de hambre, tan listo y tan pintado.
¡Si yo fuera su madre, lo cogía...!
CURIANITA SANTA
Amiga,
Que un amor imposible era su último canto
Y hablaba de unas alas de mariposa herida,
Más digna del rocío que la carne del nardo.
CURIANITA I
¡Es terrible esta plaga de gente perezosa!
CURIANITA SANTA
¡Tened misericordia del lindo enamorado...!
«Sufrid sobre vosotras las heridas extrañas,
los dolores ajenos», dijo San Cucaracho.
CURIANITA I
¡Pero a mí qué me importa tanta y tanta tontuna!
Y de una mariposa, ¿por qué se ha enamorado?
¿No sabe que con ella no podrá desposarse?
CURIANITA SANTA
¡Que ha de ser negro lodo sobre la nieve acaso!,
Cuando llega tan blanca de donde no se sabe.
CURIANITA I (*Enérgica.*)
Cae de las azucenas.
CURIANITA SANTA (*Severa*)
Comadre, no afirmarlo.
CURIANITA I

En fin, ¡que el Curianito está loco!
CURIANITA SANTA
¡Tan bueno!
Estaré en oración porque tenga descanso.
Su cantar me recuerda mi amor de juventud.
CURIANITA I (*Muy refunfuñona.*)
¡Vamos a la casita, que es ya de noche!
CURIANITA SANTA (*Muy triste.*)
¡Vamos!

(*Vanse las dos por la derecha, penetrando entre las yedra donde tienen las cuevas. Es ya la noche cerrada, y cae el primer rayo de luna sobre el bosque de margaritas. El agua del manantial tiembla con una ternura lejana.*)

ESCENA II

Mariposa, Curiana Nigromántica, Doña Curiana y cuatro Curianas Campesinas.

Por la derecha entra la Curiana Nigromántica y Doña Curiana la mamá de Curianito. Hablan acaloradamente.

DOÑA CURIANA
Para el baño de luna de nuestra mariposa
Es muy bueno este prado.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Sus alitas de cera
Quedarán como estaban en la mañana hermosa
En que rompió los rayos del sol por vez primera.
DOÑA CURIANA
Ella viene del alba. Es una flor errante
Dijo mi niño anoche.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Tened mucho cuidado
Con Curianito, amiga.
DOÑA CURIANA
Su corazón amante
La canta por las noches de un modo apasionado.
CURIANA NIGROMÁNTICA
¡Pues estemos alerta!
(*Dirigiéndose a las dos y llamando.*)
¡Venid acá! ¡Sin prisa!
¡Procurad que rocen las alas con el suelo!
Sujetad las antenas, que las mueve la brisa
Y temo que se tronchen. ¡Saltad el arroyuelo!

(*Volviéndose a Doña Curiana*)
Ya están aquí, señora.
(*Entran en escena Curianitas Campesinas que traen sobre sus caparazones a la Mariposa. A las Campesinas.*)
Dejadla lentamente.
(*A doña Curiana*)
¿Le pusisteis unguento de mosca machacada?
DOÑA CURIANA
Le puse dos unturas.
CURIANA NIGROMÁNTICA (*Examinándola.*)
Ella ni ve ni siente.
Tiene los ojos muertos y la boca cerrada.
¿De qué reino llegaste con tu blanco vestido?
DOÑA CURIANA (*Recordando.*)
Ella viene del alba. Es una flor que vuela.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Tú con las alas rotas y el corazón herido
Te vas hacia los reinos donde el amor se hiela.
(*Dirigiéndose a Doña Curiana.*)
¡Aquí la dejaremos bajo la luna! Siento
La tristeza de aquella voz en el encinar
Que decía perdiéndose en el alma del viento:
«Se ha muerto un hada; el hada del campo y de la mar».
DOÑA CURIANA
El dolor o la muerte me cercan la casita.
Curianito no cesa de cantar sus amores.
CURIANA NIGROMÁNTICA
Hay que casarlo pronto con Silvia. Necesita
Jugar y distraerse.
(*A una Campesina*)
Quédate entre las flores
Vigilando los sueños de la blanca durmiente.
Si suspira, le acercas este ramo bendito.
DOÑA CURIANA (*Con el mismo tema.*)
¡Ay doctora vecina! Mi corazón presiente
Mucho mal.
CURIANA NIGROMÁNTICA (*Sin hacerle caso*)
!Ten cuidado! ¡Si viene Alacrancito!
(*Doña Curiana llora en silencio*)
Tened mucha presencia, señora. Sois inquieta.

DOÑA CURIANA (*Llorando.*)
Toda, toda la culpa la tiene mi marido.
No hay desgracia mayor que la de ser poeta.
!Yo los quemaba a todos!
CURIANA NIGROMÁNTICA
Los quemará el olvido.
(*Vanse. Queda la escena rota. La Curianita Guardiana se apoya en el tronco de una margarita y allí queda inmóvil, moviendo sus antenas lentamente*)

ESCENA III

Mariposa y Curianas Guardianas.
MARIPOSA (*Despertando.*)
Volaré por el hilo de plata.
Mis hijos me esperan
Allá en los campos lejanos,
Hilando en sus ruecas.
Yo soy el espíritu
De la seda.
Vengo de un arca misteriosa
Y voy hacia la niebla.
Que cante la araña
En su cueva.
Que el ruiseñor medite mi leyenda.
Que la gota de lluvia se asombre
Al resbalar sobre mis alas muertas.
Hilé mi corazón sobre mi carne
Para rezar en las tinieblas,
Y la Muerte me dio dos alas blancas,
Pero cegó la fuente de mi seda.
Ahora comprendo el lamentar del agua,
Y el lamentar de las estrellas,
Y el lamentar del viento en la montaña,
Y el zumbido punzante
De la abeja.
Porque soy la muerte
Y la belleza.
Lo que dice la nieve sobre el prado
Lo repite la hoguera;
Las canciones del humo en la mañana
Las dicen las raíces bajo tierra.

Volaré por el hilo de plata;
Mis hijos me esperan.
Que cante la araña
En su cueva.
Que el ruiseñor medite mi leyenda.
Que la gota de lluvia se asombre
Al resbalar sobre mis alas muertas.
(*La Mariposa mueve las alas con lentitud.*)

ESCENA lV

Mariposa, Alacrancito el Cortamimbres y Curianas Guardianas.
Por la derecha asoma la graciosísima pinza de Alacrancito.

ALACRANCITO
Una rica fragancia
De carne fresca
Me llegó.
CURIANA GUARDIANA (*Iracunda.*)
¡Márchate!
ALACRANCITO
¡Déjame que la vea!
(*Acercándose*)
CURIANA GUARDIANA
¡Vete al bosque, borracho!
ALACRANCITO
¡Ojalá lo estuviera!
Ya me hubiese comido
Sus alas.
CURIANA GUARDIANA
¡Sinvergüenza!
¡Márchate de este bosque!
ALACRANCITO (*Suplicante.*)
¡Un bocado siquiera
Donde tiene la herida!
¡La punta de una antena!
CURIANA GUARDIANA (*Furiosa.*)
¡Si no te marchas pronto,
Llamo a mis compañeras
Y te matamos!
ALACRANCITO (*Serio.*)
Oye,

Si yo un viejo no fuera,
¡Cómo me tragaría
Tu sabrosa cabeza!
(*Alacrancito se acerca presto a morder a la Mariposa.*)
CURIANA GUARDIANA (*Alarmada.*)
¡Mira que grito! ¡Vete!
(*La Mariposa se mueve*)
¡A ver si la despiertas!
ALACRANCITO (*Saltando y riendo a carcajadas.*)
¿Qué dice la damita
Apetitosa y tierna?
CURIANA GUARDIANA (*Yendo a pegar a Alacrancito.*)
¡Esto es intolerable!
ALACRANCITO (*Muy cerca de la Mariposita y abriendo la pinza*)
¿A que a mí no te acercas?
CURIANA GUARDIANA (*Aterrada.*)
¡Venid, que se la come!
ALACRANCITO (*Retirándose.*)
¡Calla, Curiana fea!
CURIANA GUARDIANA
¡Vete pronto a tu casa!
ALACRANCITO (*Cantando cínicamente.*)
Ya me voy a mi cueva,
A comerme diez moscas.
CURIANA GUARDIANA (*Indignadísima y empujándole.*)
¡Vete!
ALACRANCITO (*Con guasa*)
¡No es mala cena!
CURIANA GUARDIANA
¡Eres canalla y medio!
ALACRANCITO (*Yéndose.*) ¡Y tú loca y soltera!

(*La Curiana Guardiana se enfurece; después se acerca a examinar a la Mariposa y después vuelve a su sitio. La voz aguardentosa de Alacrancito se siente tarascar cada vez más lejos.*)

ESCENA V

Gusano I., Gusano 2., Gusano 3., Mariposa y Curianas Guardianas.
Entre las hierbas brilla un grupo de Gusanos de luz. Avancen lentamente.
GUSANO 1
Ya podemos bebernos

El rocío
GUSANO 2
Ahora he visto en el lago
Temblar a los lirios.
Pronto caerá sobre las hierbas,
Santo y cristalino.
GUSANO 1
¿Caerá de los ramajes
O los traerán los fríos?
GUSANO 3
Nunca comprenderemos
Lo desconocido.
Ya se ha apagado mi luz;
Estoy viejo y marchito,
Y no vi descender
De la rama el rocío.
GUSANO 2
Brotará de la tierra.
GUSANO 3
Un viejo sabio ha dicho:
«Bebed las dulces gotas,
Serenos y tranquilos,
Sin preguntar jamás
De dónde habrán venido».
GUSANO 1
Endulzan el amor
Esas gotas.
GUSANO 3
Los viejos
Sabemos que el amor
Es igual que el rocío.
La gota que tú tragas
No vuelve sobre el prado.
Como el amor, se pierde
En la paz del olvido.
Y mañana, otras gotas
Brillarán en la hierba
Que a los pocos momentos
Ya no serán rocío.
GUSANO 1

No nos pongamos tristes...
GUSANO 2
Cegó mi luz antigua.
GUSANO 1
... Que buscando el amor
Vamos por este sitio.
GUSANO 2
Pronto veré brillar
Las hojas y la tierra.
GUSANO 1
Las rociadas hacen
Los prados.
(*Ya se han acercado mucho a la Mariposa: ésta los oye, y, como soñando, habla.*)
MARIPOSA
Yo he sentido
Cómo las claras gotas
Hablaban dulcemente,
Contándose misterios
De campos infinitos.
GUSANO 3 (*Volviéndose bruscamente.*)
Las gotas no hablan nunca;
Nacen para alimento
De abejas y gusanos
Y no tienen espíritu.
MARIPOSA
Habla el grano de arena,
Y las hojas de los árboles,
Y todas ellas tienen
Un sendero distinto;
Pero todas las voces,
Y los cantos que escuches,
Son disfraces extraños
De un solo canto. Un hilo
Me llevará a los bosques
Donde se ve la vida.
GUSANO 3
¿Eres acaso Un hada?
MARIPOSA
Yo no sé lo que he sido;
Me saqué el corazón

Y el alma lentamente;
Y ahora mi pobre cuerpo
Está muerto y vacío.
GUSANO 1
Pues goza del amor,
Que la mañana viene.
¡Bebe con alegría
Las gotas de rocío!
MARIPOSA
No sé lo que es amor,
Ni lo sabré jamás.
GUSANO 1
El amor es el beso
En la quietud del nido,
Mientras las hojas tiemblan
Mirándose en el agua.
MARIPOSA
Tengo las alas rotas
Y mi cuerpo está frío.
GUSANO 1
Pero puedes dar besos
Y mover tus antenas.
MARIPOSA
¡Ay, que no tengo boca!
GUSANO 1
¡Es bello tu vestido!
MARIPOSA
¿Vosotros sois estrellas?
GUSANO 1
A un amante buscamos
Y vamos embriagados
De amor por el camino.
MARIPOSA
Yo no sé qué es amor.
¿Por qué turbáis mi sueño?
GUSANO 2
¡Te dejamos en paz!
¡Sé muy feliz!
MARIPOSA
El hilo

De plata va a los campos
Donde se ve la vida...
(*Los Gusanos se retiran comentando*)
GUSANO 1
¿Será un hada?
GUSANO 2
Su cuerpo
Está todo dormido.
GUSANO 1
Me da miedo de verla
Tan blanca y solitaria.
GUSANO 3
Es una mariposa
Medio muerta de frío.
GUSANO 2
¡Qué misterio tan grande!
Vamos a nuestro campo.
GUSANO 3
¡Y que llame al amor
Vuestro cuerpo encendido!
¡Quién pudiera enroscarse
Con el amante fuerte!
GUSANO 1 (*Intrigado.*)
¿Por qué dice que hablaban
Las gotas de rocío?
(*Los Gusanos se van por la senda.*)

ESCENA VI

Mariposa, Curianito el Nene y Curianas Guardianas.

La otra Curianita da varias vueltas por la escena. Aparece Curianito el Nene, pintado graciosamente de amarillo. Trae una cara afligida.

CURIANITO (*Declamatoriamente.*)
Las hojas y las flores
Se marchitan.
Yo tenía el silencio
De la mañana.
CURIANITA CAMPESINA (*Irritada.*)
(Ya tenemos aquí
Lo que nos hace falta.)
Se ha pintado con polen de azucena

Por enamorarla.
CURIANITO
Era el tiempo dichoso de mis versos tranquilos,
Pero a mi puerta un hada
Ha llegado vestida de nieve transparente
Para quitarme el alma.
¿Qué haré sobre estos prados sin amor y sin besos?
¿Me arrojaré a las aguas?
Pero pienso en el mundo con que mi madre sueña,
Un mundo de alegría más allá de esas ramas,
Lleno de ruiseñores y de prados inmensos,
El mundo del rocío
Donde el amor no acaba.
¿Y si San Cucaracho no existiera? ¿Qué objeto
Tendría mi amargura fatal? Sobre las ramas,
¿No vela por nosotros aquel que nos hiciera
Superiores a todo lo creado?
CURIANITA CAMPESINA
¡Qué lástima!
¡Definitivamente está loco del todo!
¡Pobre Doña Curiana!

ESCENA VII

Mariposa, Curianito el Nene, Curianas Guardianas y Curiana Nigromántica.
CURIANITO (*Acercándose a la Mariposa.*)
¿Duerme la casta reina de este prado?
¿La que el rocío cuaja?
¿La que sabe el secreto de la hierba
Y el canto de las aguas?
(*La Mariposa no contesta y danza.*)
¿No contestas? ¿Acaso no has oído
Mi voz apasionada?
(*La Mariposa hace como que quisiese volar.*)
¿Quieres volar? Hay mucha sombra encima
Y tienes rota un ala.
Con besos curaré yo tus heridas
Si conmigo te casas.
Y un ruiseñor inmenso que es mi amigo
Nos llevará volando en la mañana.
No insistas en volar. Es noche. Mira

Cuánta sombra en las ramas
Y la sombra es el peso que nos duerme:
Es muy sutil y aplasta.
(*La mariposa cae al suelo*)
Sin ti mi corazón se está secando.
(*Curianito se acerca*)
Escucha mis palabras.
No pienses en volar hacia los montes
Y quédate en mi casa.
Yo cazaré, para que te diviertas,
Una buena cigarra
Que arrullará tus sueños por las noches
Y por las alboradas.
Te traeré piedrecitas de la fuente,
(*La Curianita Guardiana va entre los troncos de las margaritas para oír mejor.*)
Hormiguitas enanas
Y beberás las gotas de rocío
En mis labios que abrasan.
¿Qué he visto en tus antenas?
¡Mariposa! ¡Espejo de las hadas!
Que eres como una flor del otro mundo
O la espuma del agua.
(*Curianito está abrazado a la Mariposa. Ésta se le entrega inconscientemente*)
Tienes el cuerpo frío. Ven conmigo,
Que es mi cueva templada
Y desde allí verás el prado verde
Perderse en la distancia.
(*La Mariposa se aparta bruscamente y danza.*)
¿No tienes corazón? ¿No te ha quemado
La luz de mis palabras?
¿Entonces a quién cuento mis pesares?
¡Oh Amapola encantada!
¡La madre del rocío de mi prado!
¿Por qué si tiene el agua
Fresca sombra en estío y la tiniebla
De la noche se aclara
Con los ojos sin fin de las estrellas
No tiene amor mi alma?
¿Quién me puso estos ojos que no quiero
Y estas manos que tratan

De prender un amor que no comprendo?
¡Y con mi vida acaba!
¿Quién me pierde entre sombras?
¿Quién me manda sufrir sin tener alas?

CURIANA GUARDIANA

¡Ah! ¿Por qué gritas tanto, Curianito?
¡Está loco!

CURIANA NIGROMÁNTICA

¿Qué pasa?

(*Por el fondo de la escena aparecen Gusanos de luz y unas Curianas que cogen el pétalo de rosa que guarda a Curianito y se lo llevan lentamente con gran ceremonia y solemnidad. Queda la escena sola. Todo está iluminado fantásticamente de rosa. La marcha fúnebre se va alejando poco a poco.*)

Fin de la comedieta


Federico

Mariana Pineda.
1925. Dibujo a tinta y lápiz de color/ papel. 20,8 x 14,5 cm
Fundación Gregorio Prieto

MARIANA PINEDA *(*)*

***(*)* Nota*:** *La edición de Galaxia-Gutemberg difiere en pequeños matices de texto y división de escenas no sustanciales.*

Romance popular en tres estampas

A la gran actriz Margarita Xirgu

Prólogo
Estampa Primera
Estampa Segunda
Estampa Tercera

Personajes

MARIANA Pineda
ISABEL la Clavela
DOÑA Angustias
MUJER del velón
AMPARO
LUCÍA
NIÑO
NIÑA
SOR Carmen
MONJA
NOVICIA 1
NOVICIA 2
FERNANDO
ALEGRITO
DON Pedro Sotomayor
PEDROSA
CONSPIRADOR 1
CONSPIRADOR 2
CONSPIRADOR 3
CONSPIRADOR 4
NIÑAS

MONJAS

Prólogo

Telón representando el desaparecido arco árabe de las Cucharas y perspectiva de la plaza Bibarrambla, en Granada. La escena estará encuadrada en un margen amarillento, como una vieja estampa, iluminada en azul, verde, amarillo, rosa y celeste. Una de las casas que se vean estará pintada con escenas marinas y guirnaldas de frutas. Luz de luna. Al fondo, las Niñas cantarán, con acompañamiento, el romance popular:
¡Oh! Qué día tan triste en Granada,
que a las piedras hacía llorar
al ver que Marianita se muere
en cadalso por no declarar.
Marianita, sentada en su cuarto,
no paraba de considerar:
«Si Pedrosa me viera bordando
la bandera de la Libertad».
(*Mas lejos*)
¡Oh, qué día tan triste en Granada,
las campanas doblar y doblar!
(*De una ventana saldrá una Mujer con un velón encendido. Cesa el Coro.*)
MUJER ¡Niña! ¿No me oyes?
NIÑA (*Desde lejos.*)¡Ya voy!
(*Por debajo del arco aparece una Niña vestida según la moda del año 1850, que canta.*)
Como lirio cortaron el lirio,
como rosa cortaron la flor,
como lirio cortaron el lirio,
mas hermosa su alma quedó.
(*Lentamente, entra en su casa. Al fondo, el Coro continúa.*)
¡Oh! Qué día tan triste en Granada,
que a las piedras hacía llorar.
(*TELÓN LENTO*)

Estampa Primera

Casa de Mariana. Paredes blancas. Al fondo, balconcillos pintados de oscuro. Sobre una mesa, un frutero de cristal lleno de membrillos. Todo el techo estará lleno de la misma fruta, colgada. Encima de la cómoda, grandes ramos de rosas de seda. Tarde de otoño. Al levantarse el telón, aparece doña Angustias, madre adoptiva de Mariana, sentada, leyendo.

Viste de oscuro. Tiene un aire frío, pero es maternal al mismo tiempo. Isabel la Clavela viste de maja. Tiene treinta y siete años.

ESCENA Primera

CLAVELA (*Entrando.*)
¿Y la niña?
ANGUSTIAS (*Dejando la lectura.*)
Borda y borda lentamente.
Yo la he visto por el ojo de la llave.
Parecía el hilo rojo, entre sus dedos,
una herida de cuchillo sobre el aire.
CLAVELA
¡Tengo un miedo!
ANGUSTIAS
¡No me digas!
CLAVELA (*Intrigada.*)
¿Se sabrá?
ANGUSTIAS
Desde luego, por Granada no se sabe.
CLAVELA
¿Por qué borda esa bandera?
ANGUSTIAS
Ella me dice
que la obligan sus amigos liberales.
(*Con intención*)
Don Pedro, sobre todos; y por ellos
se expone...
(*con gesto doloroso*)
a lo que no quiero acordarme.
CLAVELA
Si pensara como antigua, le diría...
embrujada.
ANGUSTIAS (*Rápida.*)
Enamorada.
CLAVELA (*Rápida.*)
¿Sí?
ANGUSTIAS (*Vaga*)
¡Quién sabe!
(*Lírica*)
Se le ha puesto la sonrisa casi blanca,

como vieja flor abierta en un encaje.
Ella debe dejar esas intrigas.
¿Qué le importan las cosas de la calle?
Y si borda, que borde unos vestidos
para su niña, cuando sea grande.
Que si el Rey no es buen Rey, que no lo sea;
las mujeres no deben preocuparse.
CLAVELA
Esta noche pasada no durmió.
ANGUSTIAS
¡Si no vive! ¿Recuerdas?... Ayer tarde...
(*Suena una campanilla alegremente*)
Son las hijas del Oidor. Guarda silencio.
(*Sale Clavela, rápida. Angustias se dirige a puerta de la derecha y llama.*)
Marianita, sal que vienen a buscarte.

ESCENA II

Entran dando carcajadas las hijas del Oidor de la Chancillería. Visten enormes faldas de volantes y vienen con mantillas peinadas a la moda de la época, y un clavel en cada sien. Lucía es rubia tostada, y Amparo, morenísima, de ojos profundos y movimientos rápidos.

ANGUSTIAS (*Dirigiéndose a besarlas, con los brazos abiertos.*)
¡Las dos bellas del Campillo
por esta casa!
AMPARO (*Besa a doña Angustias y dice a Clavela.*)
¡Clavela!
¿Qué tal tu esposo el clavel?
CLAVELA (*Marchándose, disgustada, como temiendo más bromas.*)
¡Marchito!
LUCIA (*Llamando al orden.*)
¡Amparo!
(*Besa a Angustias.*)
AMPARO (*Riéndose.*)
¡Paciencia!
¡Pero clavel que no huele,
se corta de la maceta!
LUCIA
Doña Angustias ¿qué os parece?
ANGUSTIAS (*Sonriendo.*)
¡Siempre tan graciosa!

AMPARO
Mientras
que mi hermana lee y relee
novelas y más novelas,
o borda en el cañamazo
rosas, pájaros y letras,
yo canto y bailo el jaleo
de jerez, con castañuelas;
el vito, el ole, el sorongo,
y ojalá siempre tuviera
ganas de cantar, señora.
ANGUSTIAS (*Riendo.*)
¡Qué chiquilla!
(*Amparo coge un membrillo y lo muerde.*)
LUCIA (*Enfadada.*)
¡Estáte quieta!
AMPARO (*Habla con lo agrio de la fruta entre los dientes.*)
¡Buen membrillo!
(*Le da un calofrío por lo fuerte del ácido, y guiña.*)
ANGUSTIAS (*Con las manos en la cara.*)
¡Yo no puedo
mirar!
LUCIA (*Un poco sofocada.*)
¿No te da vergüenza?
AMPARO
Pero ¿no sale Mariana?
Voy a llamar en su puerta.
(*Va corriendo y llama.*)
¡Mariana, sal pronto, hijita!
LUCIA
¡Perdonad, señora!
ANGUSTIAS (*Suave.*)
¡Déjala!

ESCENA III

La puerta se abre, y aparece Mariana, vestida de malva claro, con un peinado de bucles, peineta y una gran rosa roja detrás de la oreja. No tiene más que una sortija de diamantes en su mano siniestra. Aparece preocupada, y da muestras, conforme avanza el diálogo, de vivísima inquietud. Al entrar Mariana en escena, las dos Muchachas corren a su encuentro.

AMPARO (*Besándola.*)
¿Cómo has tardado?
MARIANA (*Cariñosa.*)
¡Niñas!
LUCÍA (*Besándola.*)
¡Marianita!
AMPARO
¡A mí otro beso!
LUCÍA
¡Y otro a mí!
MARIANA
¡Preciosas!
(*A doña Angustias.*)
¿Trajeron una carta?
ANGUSTIAS
¡No!
(*Queda pensativa.*)
AMPARO (*Acariciándola.*)
Tú, siempre
joven y guapa.
MARIANA (*Sonriendo con amargura.*)
¡Ya pasé los treinta!
AMPARO
¡Pues parece que tienes quince!
(*Se sientan en un amplio sofá, una a cada lado. Doña Angustias recoge su libro y arregla una cómoda.*)
MARIANA (*Siempre con un dejo de melancolía.*)
¡Amparo!
¡Viudita y con dos niños!
LUCÍA
¿Cómo siguen?
MARIANA
Han llegado ahora mismo del colegio,
y estarán en el patio.
ANGUSTIAS
Voy a ver.
No quiero que se mojen en la fuente.
¡Hasta luego, hijas mías!
LUCÍA (*Fina siempre.*)
¡Hasta luego!

(*Se va doña Angustias.*)

ESCENA IV

MARIANA
¿Tu hermano Fernando, cómo sigue?
LUCÍA
Dijo
que vendría a buscarnos, para saludarte.
(*Ríe*)
Se estaba poniendo su levita azul.
Todo lo que tienes le parece bien.
Quiere que vistamos como tú te vistes.
Ayer...
AMPARO (*Que tiene siempre que hablar, la interrumpe.*)
Ayer mismo nos dijo que tú
(*Lucía queda seria.*)
tenías en los ojos... ¿Qué dijo?
LUCÍA (*Enfadada.*)
¿Me dejas
hablar?
(*Hace intención de hacerlo.*)
AMPARO (*Rápida*)
¡Ya me acuerdo! Dijo que en tus ojos
había un constante desfile de pájaros.
(*Le coge la cabeza por la barbilla y le mira los ojos.*)
Un temblor divino, como de agua clara,
sorprendida siempre bajo el arrayán,
o temblor de luna sobre una pecera
donde un pez de plata finge rojo sueño.
LUCÍA (*Sacudiendo a Mariana*)
¡Mira! Lo segundo son inventos de ella.
(*Ríe.*)
AMPARO
¡Lucía, eso dijo!
MARIANA
¡Qué bien me causáis
con vuestra alegría de niñas pequeñas!
La misma alegría que debe sentir
el gran girasol, al amanecer,
cuando sobre el tallo de la noche vea

abrirse el dorado girasol del cielo.
(*Les coge las manos.*)
La misma alegría que la viejecilla
siente cuando el sol se duerme en sus manos
y ella lo acaricia creyendo que nunca
noche y el frío cercarán su casa.
LUCÍA
¡Te encuentro muy triste!
AMPARO
¿Qué tienes?
(*Entra Clavela.*)
MARIANA (*Levantándose rápidamente*)
¡Clavela!
¿Llegó? ¡Di!
CLAVELA (*triste*)
¡Señora, no ha venido nadie!
(*Cruza la escena y se va.*)
LUCÍA
Si esperas visita, nos vamos.
AMPARO
Lo dices,
y salimos.
MARIANA (*Nerviosa*)
¡Niñas, tendré que enfadarme!
AMPARO
No me has preguntado por mi estancia en Ronda.
MARIANA
Es verdad que fuiste; ¿y has vuelto contenta?
AMPARO
Mucho. Todo el día baila que te baila.
(*Mariana está inquieta, y, llena de angustia mira a las puertas y se distrae.*)
LUCÍA: (*Seria.*)
Vámonos, Amparo.
MARIANA (*Inquieta por algo que ocurre fuera de la escena.*)
¡Cuéntame! Si vieras
cómo necesito de tu fresca risa,
cómo necesito de tu gracia joven.
Mi alma tiene el mismo color del vestido.
(*Mariana sigue de pie.*)
AMPARO

Qué cosas tan lindas dices, Marianilla.
LUCÍA
¿Quieres que te traiga una novela?
AMPARO
Tráele
la plaza de toros de la ilustre Ronda.
(*Ríen. Se levanta y se dirige a Mariana.*)
¡Siéntate!
(*Mariana se sienta y la besa.*)
MARIANA (*Resignada.*)
¿Estuviste en los toros?
LUCÍA
¡Estuvo!
AMPARO
En la corrida más grande
que se vio en Ronda la vieja.
Cinco toros de azabache,
con divisa verde y negra.
Yo pensaba siempre en ti;
yo pensaba: si estuviera
conmigo mi triste amiga,
mi Marianita Pineda.
Las niñas venían gritando
sobre pintadas calesas
con abanicos redondos
bordados de lentejuelas.
Y los jóvenes de Ronda
sobre jacas pintureras,
los anchos sombreros grises
calados hasta las cejas.
La plaza, con el gentío
(calañés y altas peinetas)
giraba como un zodíaco
de risas blancas y negras.
Y cuando el gran Cayetano
cruzó la pajiza arena
con traje color manzana,
bordado de plata y seda,
destacándose gallardo
entre la gente de brega

frente a los toros zainos
que España cría en su tierra,
parecía que la tarde
se ponía más morena.
¡Si hubieras visto con qué
gracia movía las piernas!
¡Qué gran equilibrio el suyo
con la capa y la muleta!
Ni Pepe-Hillo ni nadie
toreó como él torea.
Cinco toros mató; cinco,
con divisa verde y negra.
En la punta de su estoque
cinco flores dejó abiertas,
y a cada instante rozaba
los hocicos de las fieras,
como una gran mariposa
de oro con alas bermejas.
La plaza, al par que la tarde,
vibraba fuerte, violenta,
y entre el olor de la sangre
iba el olor de la sierra.
Yo pensaba siempre en ti;
yo pensaba: si estuviera
conmigo mi triste amiga,
mi Marianita Pineda........................
MARIANA (*Emocionada y levantándose*)
¡Yo te querré siempre a ti
tanto como tú me quieras!
LUCÍA (*Se levanta.*)
Nos retiramos; si sigues
escuchando a esta torera,
hay corrida para rato.
AMPARO
¡Y dime: ¿estás más contenta?
porque este cuello, ¡oh, qué cuello!,
(*La besa en el cuello.*)
no se hizo para la pena.
LUCÍA: (*En la ventana*)
Hay nubes por Parapanda.

Lloverá, aunque Dios no quiera.
AMPARO
¡Este invierno va a ser de agua!
¡No podré lucir!
LUCÍA
¡Coqueta!
AMPARO
¡Adiós, Mariana!
MARIANA
¡Adiós, niñas!
(*Se besan.*)
AMPARO
¡Que te pongas más contenta!
MARIANA
Tardecillo es. ¿Queréis
que os acompañe Clavela?
AMPARO
¡Gracias! Pronto volveremos.
LUCÍA
¡No bajes, no!
MARIANA
¡Hasta la vuelta!
(*Salen.*)

ESCENA V

Mariana atraviesa rápidamente la escena y mira la hora en uno de esos grandes relojes dorados, donde sueña toda la poesía exquisita de la hora y el siglo. Se asoma a los cristales y ve la última luz de la tarde.

MARIANA
Si toda la tarde fuera
como un gran pájaro, ¡cuántas
duras flechas lanzaría
para cerrarle las alas!
Hora redonda y oscura
que me pesa en las pestañas.
Dolor de viejo lucero
detenido en mi garganta.
Ya debieran las estrellas
asomarse a mi ventana
y abrirse lentos los pasos

por la calle solitaria.
¡Con qué trabajo tan grande
deja la luz a Granada!
Se enreda entre los cipreses
o se esconde bajo el agua.
¡Y esta noche que no llega!
(*Con angustia.*)
¡Noche temida y soñada;
que me hieres ya de lejos
con larguísimas espadas!
FERNANDO (*En la puerta.*)
Buenas tardes.
MARIANA (*Asustada.*)
¿Qué?
(*Reponiéndose.*)
¡Fernando!
FERNANDO
¿Te asusto?
MARIANA
No te esperaba
(*Reponiéndose.*)
y tu voz me sorprendió.
FERNANDO
¿Se han ido ya mis hermanas?
MARIANA
Ahora mismo. Se olvidaron
de que vendrías a buscarlas.

(*Fernando viste elegantemente la moda de época, Mira y habla apasionadamente. Tiene dieciocho años. A veces le temblará la voz y se turbará a menudo.*)

FERNANDO
¿Interrumpo?
MARIANA
Siéntate.
(*Se sienta.*)
FERNANDO (*Lírico.*)
¡Cómo me gusta tu casa!
Con este olor a membrillos.
(*Aspira.*)
Y qué preciosa fachada
tienes..., llena de pinturas

de barcos y de guirnaldas.
MARIANA (*Interrumpiéndole.*)
¿Hay mucha gente en la calle?
(*Inquieta.*)
FERNANDO (*Sonríe.*)
¿Por qué preguntas?
MARIANA (*Turbada.*)
Por nada.
FERNANDO
Pues hay mucha gente.
MARIANA (*Impaciente.*)
¿Dices?
FERNANDO
Al pasar por Bibarrambla
he visto dos o tres grupos
de gente envuelta en sus capas,
que aguantando el airecillo
a pie firme comentaban
el suceso.
MARIANA (*Ansiosamente.*)
¿Qué suceso?
FERNANDO
¿Sospechas de qué se trata?
MARIANA
¿Cosas de masonería?
FERNANDO
Un capitán que se llama...
(*Mariana está como en vilo.*)
no recuerdo..., liberal,
prisionero de importancia,
se ha fugado de la cárcel
de la Audiencia.
(*Vuelto a Mariana.*)
¿Qué te pasa?
MARIANA
Ruego a Dios por él. ¿Se sabe
si le buscan?
FERNANDO
Ya marchaban,
antes de venir yo aquí,

un grupo de tropas hacia
el Genil y sus puentes
para ver si lo encontraban,
y es fácil que lo detengan
camino de la Alpujarra.
!Qué triste es esto!
MARIANA (*Llena de angustia.*)
!Dios mío!
FERNANDO
Y las gentes cómo aguantan.
Señores, ya es demasiado.
El preso, como un fantasma,
se escapó; pero Pedrosa
ya buscará su garganta.
Pedrosa conoce el sitio
donde la vena es más ancha,
por donde brota la sangre
más caliente y encarnada.
¡Qué chacal! ¿Tú le conoces?
(*La luz se va retirando de la escena.*)
MARIANA
Desde que llegó a Granada.
FERNANDO (*Sonriendo.*)
¡Bravo amigo, Marianita!
MARIANA
Le conocí por desgracia.
Él está amable conmigo
y hasta viene por mi casa,
sin que yo pueda evitarlo.
¿Quién le impediría la entrada?
FERNANDO
Ojo, que es un viejo verde.
MARIANA
Es un hombre que me espanta.
FERNANDO
¡Qué gran alcalde del crimen!
MARIANA
¡No puedo mirar su cara!
FERNANDO (*Serio.*)
¿Te da mucho miedo?

MARIANA
¡Mucho!
Ayer tarde yo bajaba
por el Zacatín. Volvía
de la iglesia de Santa Ana,
tranquila; pero de pronto
vi a Pedrosa. Se acercaba,
seguido de dos golillas,
entre un grupo de gitanas.
¡Con un aire y un silencio!...
¡Él notó que yo temblaba!
(*La escena está en una dulce penumbra.*)
FERNANDO
¡Bien supo el rey lo que se hizo
al mandarlo aquí a Granada!
MARIANA (*Levantándose.*)
Ya es noche. ¡Clavela! ¡Luces!
FERNANDO
Ahora los ríos sobre España,
en vez de ser ríos son
largas cadenas de agua.
MARIANA
Por eso hay que mantener
la cabeza levantada.
CLAVELA (*Entrando con dos candelabros.*)
¡Señora, las luces!
MARIANA (*Palidísima y en acecho.*)
¡Déjalas!
(*Llaman fuertemente a la puerta.*)
CLAVELA
¡Están llamando!
(*Coloca las luces.*)
FERNANDO (*Al ver a Mariana descompuesta.*)
¡Mariana!
¿Por qué tiemblas de ese modo?
MARIANA (*A Clavela, gritando en voz baja.*)
¡Abre pronto, por Dios, anda!

(*Sale Clavela corriendo. Mariana queda en actitud expectante junto a la puerta, y Fernando, de pie.*)

ESCENA VI

FERNANDO
Sentiría en el alma ser molesto...
Marianita, ¿qué tienes?
MARIANA (*Angustiada exquisitamente*)
Esperando,
los segundos se alargan de manera
irresistible.
FERNANDO (*Inquieto*)
¿Bajo yo?
MARIANA
Un caballo
se aleja por la calle. ¿Tú lo sientes?
FERNANDO
Hacia la vega corre.
(*Pausa*)
MARIANA
Ya ha cerrado
el postigo Clavela.
FERNANDO
¿Quién será?
MARIANA (*Turbada y reprimiendo una honda angustia*)
!Yo no lo sé!
(*Aparte*)
¡Ni siquiera pensarlo!
CLAVELA (*Entrando*)
Una carta, señora.
(*Mariana coge la carta ávidamente.*)
FERNANDO (*Aparte.*)
¡Qué será!
CLAVELA
Me la entregó un jinete. Iba embozado
hasta los ojos. Tuve mucho miedo.
Soltó las bridas y se fue volando
hacia lo oscuro de la plazoleta.
FERNANDO
Desde aquí lo sentimos.
MARIANA
¿Le has hablado?

CLAVELA
Ni yo le dije nada, ni él a mí.
Lo mejor es callar en estos casos.
(*Fernando cepilla el sombrero con la manga; tiene el semblante inquieto.*)
MARIANA (*Con la carta.*)
¡No la quisiera abrir! ¡Ay, quién pudiera
en esta realidad estar soñando!
¡Señor, no me quitéis lo que más quiero!
(*Rasga la carta y lee.*)
FERNANDO (*A Clavela, ansiosamente.*)
Estoy confuso. ¡Esto es tan extraño!
Tú sabes lo que tiene. ¿Qué le ocurre?
CLAVELA
Ya le he dicho que no lo sé.
FERNANDO (*Discreto.*)
Me callo.
Pero...
CLAVELA (*Continuando la frase.*)
¡Pobre doña Mariana mía!
MARIANA (*Agitada.*)
¡Acércame, Clavela, el candelabro!
(*Clavela se lo acerca corriendo. Fernando cuelga lentamente la capa sobre sus hombros.*)
CLAVELA (*A Mariana.*)
¡Dios nos guarde, señora de mi vida!
FERNANDO (*Azorado e inquieto.*)
Con tu permiso...
MARIANA (*Queriendo reponerse.*)
¿Ya te vas?
FERNANDO
Me marcho;
voy al café de la Estrella.
MARIANA (*Tierna y suplicante.*)
Perdona
estas inquietudes...
FERNANDO (*Digno.*)
¿Necesitas algo?
MARIANA (*Conteniéndose*)
Gracias... Son asuntos familiares hondos,
y tengo yo misma que solucionarlos.

FERNANDO
Yo quisiera verte contenta. Diré
a mis hermanillas que vengan un rato,
y ojalá pudiera prestarte mi ayuda.
Adiós, que descanses.
(*Le estrecha la mano.*)
MARIANA
Adiós.
FERNANDO
Buenas noches,
CLAVELA
Salga, que yo le acompaño.
(*Se van.*)
MARIANA (*En el momento de salir Fernando da rienda suelta a su angustia.*)
¡Pedro de mi vida! ¿Pero quién irá?
Ya cercan mi casa los días amargos.
Y este corazón, ¿adónde me lleva,
que hasta de mis hijos me estoy olvidando?
¡Tiene que ser pronto y no tengo a nadie!
¡Yo misma me asombro de quererle tanto!
¿Y si le dijese... y él lo comprendiera?
¡Señor, por la llaga de vuestro costado!
(*Sollozando.*)
Por las clavellinas de su dulce sangre,
enturbia la noche para los soldados.
(*En un arranque, viendo el reloj.*)
¡Es preciso! ¡Tengo que atreverme a todo!
(*Sale corriendo hacia la puerta.*)
¡Fernando!
CLAVELA (*Que entra.*)
¡En la calle, señora!
MARIANA (*Asomándose rápidamente a la ventana.*)
¡Fernando!
CLAVELA (*Con las manos cruzadas.*)
¡Ay, doña Mariana, qué malita está!
Desde que usted puso sus preciosas manos
en esa bandera de los liberales,
aquellos colores de flor de granado
desaparecieron de su cara.
MARIANA (*Reponiéndose.*)

Abre,
y respeta y ama lo que estoy bordando.
CLAVELA (*Saliendo.*)
Dios dirá; los tiempos cambian con el tiempo.
Dios dirá. ¡Paciencia!
(*Sale.*)
MARIANA
Tengo, sin embargo,
que estar muy serena, muy serena; aunque
me siento vestida de temblor y llanto.

ESCENA VII

Aparece en la puerta Fernando, con el alto sombrero de cintas entre sus manos enguantadas. Le precede Clavela.

FERNANDO (*Entrando, apasionado.*)
¿Qué quieres?
MARIANA (*Firme.*)
Hablar contigo.
(*A Clavela.*)
Puedes irte.
CLAVELA (*Marchándose, resignada.*)
¡Hasta mañana!
(*Se va, turbada, mirando con ternura y tristeza a su señora. Pausa.*)
FERNANDO
Dime, pronto.
MARIANA
¿Eres mi amigo?
FERNANDO
¿Por qué preguntas, Mariana?
(*Mariana se sienta en una silla, de perfil al público, y Fernando junto a ella, un poco de frente, componiendo una clásica estampa de la época.*)
¡Ya sabes que siempre fui!
MARIANA
¿De corazón?
FERNANDO
¡Soy sincero!
MARIANA
¡Ojalá que fuese así!
FERNANDO
Hablas con un caballero.

(*Poniéndose la mano sobre la blanca pechera.*)
MARIANA (*Segura.*)
¡Lo sé!
FERNANDO
¿Qué quieres de mí?
MARIANA
Quizá quiera demasiado
y por eso no me atrevo.
FERNANDO
No quieras ver disgustado
este corazón tan nuevo.
Te sirvo con alegría.
MARIANA (*Temblorosa.*)
Fernando, ¿y si fuera...?
FERNANDO (*Ansiosamente.*)
¿Qué?
MARIANA
Algo peligroso.
FERNANDO (*Decidido.*)
Iría.
Con toda mi buena fe.
MARIANA
¡No puedo pedirte nada!
Pero esto no puede ser.
Como dicen por Granada,
¡soy una loca mujer!
FERNANDO (*Tierno.*)
Marianita.
MARIANA
¡Yo no puedo!
FERNANDO
¿Por qué me llamaste? Di
MARIANA (*En un arranque trágico.*)
Porque tengo mucho miedo,
de morirme sola aquí.
FERNANDO
¿De morirte?
MARIANA (*Tierna y desesperada.*)
Necesito,
para seguir respirando,

que tú me ayudes, mocito.
FERNANDO (*Lleno de pasión.*)
Mis ojos te están mirando,
y no lo debes dudar.
MARIANA
Pero mi vida está fuera,
por el aire, por la mar,
por donde yo no quisiera.
FERNANDO
¡Dichosa la sangre mía
si puede calmar tu pena!
MARIANA
No; tu sangre aumentaría
el grosor de mi cadena.

(*Se lleva decidida las manos al pecho para sacar la carta. Fernando tiene una actitud expectante y conmovida.*)

¡Confío en tu corazón!
(*Saca la carta. Duda.*)
¡Qué silencio el de Granada!
Fija, detrás del balcón,
hay puesta en mí una mirada.
FERNANDO (*Extrañado.*)
¿Qué estás hablando?
MARIANA
Me mira
(*Levantándose.*)
la garganta, que es hermosa,
y toda mi piel se estira.
¿Podrás conmigo, Pedrosa?
(*En un arranque.*)
Toma esta carta, Fernando.
Lee despacio y entendiendo.
¡Sálvame! Que estoy dudando
si podré seguir viviendo.

(*Fernando coge la carta y la desdobla. En este momento, el reloj da las ocho lentamente. Las luces topacio y amatista de las velas hacen temblar líricamente la habitación. Mariana pasea la escena y mira angustiada al joven. Este lee el comienzo de la carta y tiene un exquisito, pero contenido, gesto de dolor y desaliento. Pausa, en la que se oye el reloj y se siente la angustia de Marianita.*)

FERNANDO (*Leyendo la carta, con sorpresa, y mirando asombrado y triste a

Mariana.)
"Adorada Marianita."
MARIANA
No interrumpas la lectura.
Un corazón necesita
lo que pide en la escritura.
FERNANDO (*Leyendo, desalentado, aunque sin afectación.*)
"Adorada Marianita: Gracias al traje de capuchino, que tan diestramente hiciste llegar a mi poder, me he fugado de la torre de Santa Catalina, confundido con otros frailes, que salían de asistir a un reo de muerte. Esta noche, disfrazado de contrabandista, tengo absoluta necesidad de salir para Válor y Cadiar, donde espero tener noticias de los amigos. Necesito antes de las nueve el pasaporte que tienes en tu poder y una persona de tu absoluta confianza que espere con un caballo, más arriba de la presa del Genil, para, río adelante, internarme en la sierra. Pedrosa estrechará el cerco como él sabe, y si esta misma noche no parto, estoy irremisiblemente perdido. Me encuentro en la casa del viejo don Luis, que no lo sepa nadie de tu familia, No hagas por verme, pues me consta que estás vigilada. Adiós, Mariana. Todo sea por nuestra divina madre la libertad. Dios me salvará. Adiós, Mariana. Un abrazo y el alma de tu amante. Pedro de Sotomayor."
(*Enamoradísimo.*)
¡Mariana!
MARIANA (*Rápida, llevándose una mano a los ojos.*)
¡Me lo imagino!
Pero silencio, Fernando.
FERNANDO (*Dramático.*)
¡Cómo has cortado el camino
de lo que estaba soñando!
(*Mariana protesta mímicamente.*)
No es tuya la culpa, no;
ahora tengo que ayudar
a un hombre que empiezo a odiar,
y el que te quiere soy yo.
El que de niño te amara
lleno de amarga pasión.
Mucho antes de que robara
don Pedro tu corazón.
¡Pero quién te deja en esta
triste angustia del momento!
Y torcer mi sentimiento
¡ay qué trabajo me cuesta!

MARIANA (*Orgullosa.*)
¡Pues iré sola!
(*Humilde.*)
¡Dios mío,
tiene que ser al instante!
FERNANDO
Yo iré en busca de tu amante
por la ribera del río.
MARIANA (*Orgullosa y corrigiendo la timidez y tristeza de Fernando al decir "amante".*)
Decirte cómo le quiero
no me produce rubor.
Me escuece dentro su amor
y relumbra todo entero.
Él ama la libertad
y yo la quiero más que él.
Lo que dice es mi verdad
agria, que me sabe a miel.
Y no me importa que el día
con la noche se enturbiara,
que con la luz que emanara
su espíritu viviría.
Por este amor verdadero
que muerde mi alma sencilla
me estoy poniendo amarilla
como la flor del romero.
FERNANDO (*Fuerte.*)
Mariana, dejo que vuelen
tus quejas. Mas ¿no has oído
que el corazón tengo herido
y las heridas me duelen?
MARIANA (*Popular.*)
Pues si mi pecho tuviera
vidrieritas de cristal,
te asomaras y lo vieras
gotas de sangre llorar.
FERNANDO
¡Basta! ¡Dame el documento!
(*Mariana se va a una cómoda rápidamente.*)
¿Y el caballo?

MARIANA (*Sacando los papeles.*)
En el jardín.
Si vas a marchar, al fin,
no hay que perder un momento.
FERNANDO (*Rápido y nervioso.*)
Ahora mismo.
(*Mariana le da los papeles.*)
FERNANDO
¿Y aquí va?..
MARIANA (*Desazonada.*)
Todo.
FERNANDO (*Guardándose el documento en la levita.*)
¡Bien!
MARIANA
¡Perdón, amigo!
Que el Señor vaya contigo.
Yo espero que así sea.
FERNANDO (*Natural, digno y suave, poniéndose lentamente la capa.*)
Yo espero que así será.
Está la noche cerrada.
No hay luna, y aunque la hubiera,
los chopos de la ribera
dan una sombra apretada.
Adiós.
(*Le besa la mano.*)
Y seca ese llanto,
pero quédate sabiendo
que nadie te querrá tanto
como yo te estoy queriendo.
Que voy con esta misión
para no verte sufrir,
torciendo el hondo sentir
de mi propio corazón.
(*Inicia el mutis.*)
MARIANA
Evita guarda o soldado...
FERNANDO (*Mirándola con ternura.*)
Por aquel sitio no hay gente.
Puedo marchar descuidado.
(*Amargamente irónico.*)

¿Qué quieres más?
MARIANA (*Turbada y balbuciente.*)
Se prudente.
FERNANDO: (*En la puerta, poniéndose el sombrero.*)
Ya tengo el alma cautiva;
desecha todo temor.
Prisionero soy de amor,
y lo seré mientras viva.
MARIANA
Adiós.
(*Coge el candelero.*)
FERNANDO
No salgas, Mariana.
El tiempo corre, y yo quiero
pasar el puente primero
que don Pedro. Hasta mañana.
(*Salen.*)

ESCENA VIII

La escena queda solitaria medio segundo. Apenas han salido Mariana y Fernando por una puerta, cuando aparece Doña Angustias por la de enfrente, con un candelabro. El fino y otoñal perfume de los membrillos invade el ambiente.

ANGUSTIAS
Niña, ¿dónde estás? ¡Niña!
Pero, señor, ¿qué es esto?
¿Dónde estabas?
MARIANA (*Entrando con un candelabro.*)
Salía
con Fernando...
ANGUSTIAS
¡Qué juego
inventaron los niños!
Regáñales.
MARIANA (*Dejando el candelabro.*)
¿Qué hicieron?
ANGUSTIAS
¡Mariana, la bandera
que bordas en secreto...
MARIANA (*Interrumpiendo, dramáticamente.*)
¿Qué dices?

ANGUSTIAS
... han hallado
en el armario viejo
y se han tendido en ella
fingiéndose los muertos!
Tilín, talán; abuela,
dile al curita nuestro
que traiga banderolas
y flores de romero;
que traigan encarnadas
clavellinas del huerto.
Ya vienen los obispos,
decían *uri memento,*
y cerraban los ojos
poniéndose muy serios.
Serán cosas de niños;
está bien. Mas yo vengo
muy mal impresionada,
y me da mucho miedo
la dichosa bandera.
MARIANA (*Aterrada.*)
¿Pero cómo la vieron?
¡Estaba bien oculta!
ANGUSTIAS
Mariana, ¡triste tiempo
para esta antigua casa,
que derrumbarse veo,
sin un hombre, sin nadie,
en medio del silencio!
Y luego, tú...
MARIANA (*Desorientada y con aire trágico.*)
¡Por Dios!
ANGUSTIAS
Mariana, ¿tú qué has hecho?
Cercar estas paredes
de guardianes secretos.
MARIANA
Tengo el corazón loco
y no sé lo que quiero.
ANGUSTIAS

¡Olvídalo, Mariana!
MARIANA (*Con pasión.*)
¡Olvidarlo no puedo!
(*Se oyen risas de niños.*)
ANGUSTIAS (*Haciendo señas para que Mariana calle.*)
Los niños.
MARIANA
Vamos pronto.
¿Cómo alcanzaron eso?
ANGUSTIAS
Así pasan las cosas.
¡Mariana, piensa en ellos!
(*Coge un candelabro.*)
MARIANA
Sí, sí; tienes razón.
Tienes razón. ¡No pienso!
(*Salen.*)
(*TELÓN*)

Estampa Segunda

Sala principal en la casa de Mariana. Entonación en grises, blancos y marfiles, como una antigua litografía. Estrado blanco, a estilo Imperio. Al fondo, una puerta con una cortina gris, y puertas laterales. Hay una consola con urna y grandes ramos de flores de seda. En el centro de la habitación, un pianoforte y candelabros de cristal. Es de noche. Están en escena la Clavela y los niños de Mariana. Visten la deliciosa moda infantil de la época. La Clavela está sentada, y a los lados, en taburetes, los niños. La estancia es limpia y modesta, aunque conservando ciertos muebles de lujo heredados por Mariana.

ESCENA Primera
CLAVELA
No cuento más.
(*Se levanta.*)
NIÑO (*Tirándole del vestido*)
Cuéntanos otra cosa.
CLAVELA
¡Me romperás el vestido!
NIÑA (*Tirando*)
Es muy malo.
CLAVELA (*Echándoselo en cara.*)

Tu madre lo compró.
NIÑO (*Riendo y tirando del vestido para que se siente.*)
¡Clavela!
CLAVELA (*Sentándose a la fuerza y riendo también.*)
¡Niños!
NIÑA
El cuento aquel del príncipe gitano.
CLAVELA
Los gitanos no fueron nunca príncipes.
NIÑA
¿Y por qué?
NIÑO
No los quiero a mi lado.
Sus madres son las brujas.
NIÑA (*Enérgica.*)
¡Embustero!
CLAVELA (*Reprendiéndola.*)
¡Pero niña!
NIÑA
Si ayer vi yo rezando
al Cristo de la Puerta Real dos de ellos.
Tenían unas tijeras así..., y cuatro
borriquitos peludos que miraban...
con unos ojos..., y movían los rabos
dale que le das. ¡Quién tuviera alguno!
NIÑO (*Doctoral.*)
Seguramente los habían robado,
CLAVELA
Ni tanto ni tan poco. ¿Qué se sabe?
(*Los niños se hacen burla sacando la lengua.*)
¡Chitón!
NIÑO
¿Y el romancillo del bordado?
NIÑA
¡Ay duque de Lucena! ¿Cómo dice?
NIÑO
Olivarito, olivo..., está bordado.
(*Como recordando.*)
CLAVELA
Os lo diré; pero cuando se acabe,

en seguida a dormir.
NIÑO
Bueno.
NIÑA
¡Enterados!
CLAVELA (*Se persigna lentamente, y los niños la imitan, mirándola.*)
Bendita sea por siempre
la Santísima Trinidad,
y guarde al hombre en la sierra
y al marinero en el mar.
A la verde, verde orilla
del olivarito está...
NIÑA (*Tapando con una mano la boca a Clavela y continuando ella.*)
Una niña bordando.
¡Madre! ¿Qué bordará?
CLAVELA (*Encantada de que la niña lo sepa.*)
Las agujas de plata,
bastidor de cristal,
bordaba una bandera,
cantar que te cantar.
Por el olivo, olivo,
¡madre, quién lo dirá!
NIÑO (*Continuando.*)
Venía un andaluz,
bien plantado y galán.

(*Aparece por la puerta del fondo Mariana, vestida de amarillo claro, un amarillo de libro viejo, y se oye el romance, glosando con gestos lo que en ella evoca la idea de bandera y muerte.*)

CLAVELA
Niña, la bordadora,
mi vida, ¡no bordar!
que el duque de Lucena
duerme y dormirá.
NIÑA
La niña le responde:
"No dices la verdad:
el duque de Lucena
me ha mandado bordar
esta roja bandera
porque a la guerra va."

NIÑO
Por las calles de Córdoba
lo llevan a enterrar,
muy vestido de fraile
en caja de coral.
NIÑA (*Como soñando.*)
La albahaca y los claveles
sobre la caja van,
y un verderol antiguo
cantando el pío pa.
CLAVELA (*Con sentimiento.*)
¡Ay duque de Lucena,
ya no te veré más!
La bandera que bordo
de nada servirá.
En el olivarito
me quedaré a mirar
cómo el aire menea
las hojas al pasar.
NIÑO
Adiós, niña bonita,
espigada y juncal,
me voy para Sevilla,
donde soy capitán.
CLAVELA
Y a la verde, verde orilla
del olivarito está
una niña morena
llorar que te llorar.
(*Los niños hacen un gesto de satisfacción. Han seguido el romance con alto interés.*)

ESCENA II

MARIANA (*Avanzando.*)
Es hora de acostarse.
CLAVELA (*Levantándose y a los niños.*)
¿Habéis oído?
NIÑA (*Besando a Mariana.*)
Mamá, acuéstanos tú.
MARIANA
Hija, no puedo,

yo tengo que coserte una capita.
NIÑO
¿Y para mí?
CLAVELA (*Riéndo.*)
¡Pues claro está!
MARIANA
Un sombrero
con una cinta verde y dos naranja.
(*Lo besa.*)
CLAVELA
¡A la costa, mis niños!
NIÑO (*Volviendo.*)
Yo lo quiero
como los hombres: alto y grande, ¿sabes?
MARIANA
¡Lo tendrás, primor mío!
NIÑA
Y entra luego;
me gustará sentirte, que esta noche
no se ve nada y hace mucho viento.
MARIANA (*Bajo a Clavela.*)
Cuando acabes, te bajas a la puerta.
CLAVELA
Pronto será; los niños tienen sueño.
MARIANA
¡Que recéis sin reíros!
CLAVELA
¡Sí, señora!
MARIANA (*En la puerta.*)
Una salve a la Virgen y dos credos
al Santo Cristo del Mayor Dolor,
para que nos protejan.
NIÑA
Rezaremos
la oración de San Juan y la que ruega
por caminantes y por marineros.
(*Entran. Pausa.*)

ESCENA III

MARIANA (*En la puerta.*)

Dormir tranquilamente, niños míos,
mientras que yo, perdida y loca, siento
(*lentamente*)
quemarse con su propia lumbre viva
esta rosa de sangre de mi pecho.
Soñar en la verbena y el jardín
de Cartagena, luminoso y fresco,
y en la pájara pinta que se mece
en las ramas del verde limonero.
Que yo también estoy dormida, niños,
y voy volando por mi propio sueño,
como van, sin saber adónde van,
los tenues vilanicos por el viento.

ESCENA IV

Aparece Doña Angustias en la puerta y en un aparte.

ANGUSTIAS

Vieja y honrada casa, ¡qué locura!
(*A Mariana.*)
Tienes una visita.

MARIANA

¿Quién?

ANGUSTIAS

¡Don Pedro!
(*Mariana sale corriendo hacia la puerta.*)
¡Serénate, hija mía! ¡No es tu esposo!

MARIANA

Tienes razón. ¡Pero no puedo!

ESCENA V

Mariana llega corriendo a la puerta en el momento en que don Pedro entra por ella. Don Pedro tiene treinta y seis años. Es un hombre simpático, sereno y fuerte. Viste correctamente y habla de una manera dulce. Mariana le tiende los brazos y le estrecha las manos. Doña Angustias adopta una triste y reservada actitud. Pausa.

PEDRO (*Efusivo.*)

Gracias, Mariana, gracias.

MARIANA (*Casi sin hablar*) Cumplí con mi deber.

(*Durante esta escena dará Mariana muestras de una vehementísima y profunda pasión.*)

PEDRO: (*Dirigiéndose a doña Angustias.*)

Muchas gracias, señora.
ANGUSTIAS (*Triste.*)
¿Y por qué? Buenas noches.
(*A Mariana.*)
Yo me voy
con los niños.
(*Aparte.*)
!Ay, pobre Marianita!
(*Sale. Al salir Angustias, Pedro, efusivo, enlaza a Mariana por el talle.*)
PEDRO (*Apasionado.*)
!Quién pudiera pagarte lo que has hecho por mí!
Toda mi sangre es nueva, porque tú me la has dado
exponiendo tu débil corazón al peligro.
¡Ay, qué miedo tan grande tuve por él, Mariana!
MARIANA (*Cerca y abandonada.*)
¿De qué sirve mi sangre, Pedro, si tú murieras?
Un pájaro sin aire, ¿puede volar?!Entonces...!
(*Bajo.*)
Yo no podré decirte cómo te quiero nunca;
a tu lado me olvido de todas las palabras.
PEDRO (*Con voz suave.*)
¡Cuántos peligros corres sin el menor desmayo!
¡Qué sola estás, cercada de maliciosa gente!
¡Quién pudiera librarte de aquellos que te acechan
con mi propio dolor y mi vida, Mariana!
¡Día y noche, qué largos sin ti por esa sierra!
MARIANA (*Echando la cabeza en el hombro y como soñando.*)
¡Así! Deja tu aliento sobre mi frente. Limpia
esta angustia que tengo y este sabor amargo;
esta angustia de andar sin saber dónde voy,
y este sabor de amor que me quema la boca.
Pausa. Se separa rápidamente del caballero y le coge los codos.)
¡Pedro! ¿No te persiguen? ¿Te vieron entrar?
PEDRO
Nadie.
(*Se sienta.*)
Vives en una calle silenciosa, y la noche
se presenta endiablada.
MARIANA Yo tengo mucho miedo.
PEDRO (*Cogiéndole una mano.*)

¡Ven aquí!
MARIANA (*Se sienta.*)
Mucho miedo de que esto se adivine,
de que pueda matarte la canalla realista.
Y si tú...
(*Con pasión.*)
yo me muero, lo sabes, yo me muero.
PEDRO (*Con pasión.*)
¡Marianita, no temas! ¡Mujer mía! ¡Vida mía!
En el mayor sigilo conspiramos. ¡No temas!
La bandera que bordas temblará por las calles
entre el calor entero del pueblo de Granada.
Por ti la Libertad suspirada por todos
pisará tierra dura con anchos pies de plata.
Pero si así no fuese; si Pedrosa...
MARIANA (*Aterrada.*)
¡No sigas!
PEDRO
... sorprende nuestro grupo y hemos de morir...
MARIANA
¡Calla!
PEDRO
Mariana, ¿qué es el hombre sin libertad? ¿Sin esa
luz armoniosa y fija que se siente por dentro?
¿Cómo podría quererte no siendo libre, dime?
¿Cómo darte este firme corazón si no es mío?
No temas; ya he burlado a Pedrosa en el campo,
y así pienso seguir hasta vencer contigo,
que me ofreces tu amor y tu casa y tus dedos.
MARIANA
¡Y algo que yo no sé decir, pero que existe!
¡Qué bien estoy contigo! Pero aunque alegre noto
un gran desasosiego que me turba y enoja;
me parece que hay hombres detrás de las cortinas,
que mis palabras suenan claramente en la calle.
PEDRO (*Amargo.*)
¡Eso sí! ¡Qué mortal inquietud, qué amargura!
¡Qué constante pregunta al minuto lejano!
¡Qué otoño interminable sufrí por esa sierra!
¡Tú no lo sabes!

MARIANA
Dime: ¿corriste gran peligro?
PEDRO
Estuve casi en manos de la justicia,
(*Mariana hace un gesto de horror.*)
pero
me salvó el pasaporte y el caballo que enviaste
con un extraño joven, que no me dijo nada.
MARIANA (*Inquieta y sin querer recordar.*)
Y dime.
PEDRO
¿Por qué tiemblas?
MARIANA (*Nerviosa.*)
Sigue. ¿Después?
PEDRO
Después
vagué por la Alpujarra.
Supe que en Gibraltar
había fiebre amarilla;
la entrada era imposible,
y esperé bien oculto
la ocasión. ¡Ya ha llegado!
Venceré con tu ayuda, ¡Mariana de mi vida!
¡Libertad, aunque con sangre llame a todas las puertas!
MARIANA (*Radiante.*)
¡Mi victoria consiste en tenerte a mi vera!
En mirarte los ojos mientras tú no me miras.
Cuando estás a mi lado olvido lo que siento
y quiero a todo el mundo:
hasta al rey y a Pedrosa.
Al bueno como al malo, ¡Pedro!, cuando se quiere
se está fuera del tiempo,
y ya no hay día ni noche, ¡sino tú y yo!
PEDRO (*Abrazándola.*)
¡Mariana!
Como dos blancos ríos de rubor y silencio,
así enlazan tus brazos mi cuerpo combatido.
MARIANA (*Cogiéndole la cabeza.*)
Ahora puedo perderte, puedo perder tu vida.
Como la enamorada de un marinero loco

que navegara eterno sobre una barca vieja,
acecho un mar oscuro, sin fondo ni oleaje,
en espera de gentes que te traigan ahogado.

PEDRO

No es hora de pensar en quimeras, que es hora
de abrir el pecho a bellas realidades cercanas
de una España cubierta de espigas y rebaños,
donde la gente coma su pan con alegría,
en medio de estas anchas eternidades nuestras
y esta aguda pasión de horizonte y silencio.
España entierra y pisa su corazón antiguo,
su herido corazón de Península andante,
y hay que salvarla pronto con manos y con dientes.

MARIANA (*Pasional.*)

Y yo soy la primera que lo pide con ansia.
Quiero tener abiertos mis balcones al sol
para que llene el suelo de flores amarillas
y quererte, segura de tu amor sin que nadie
me aceche, como en este decisivo momento.
(*En un arranque.*)
¡Pero ya estoy dispuesta!
(*Se levanta.*)

PEDRO (*Entusiasmado, se levanta.*)

¡Así me gusta verte,
hermosa Marianita! Ya no tardarán mucho
los amigos, y alienta
ese rostro bravío y esos ojos ardientes
(*Amoroso.*)
sobre tu cuello blanco, que tiene luz de luna.

(*Fuera comienza a llover y se levanta el viento. Mariana hace señas a Pedro de que calle.*)

ESCENA VI

CLAVELA (*Entrando.*)

Señora... Me parece que han llamado.
(*Pedro y Mariana adoptan actitudes indiferentes. Dirigiéndose a don Pedro.*)
¡Don Pedro!

PEDRO (*Sereno.*)

¡Dios te guarde!

MARIANA

¿Tú sabes quién vendrá?
CLAVELA
Sí, señora; lo sé.
MARIANA
¿La seña?
CLAVELA
No la olvido.
MARIANA
Antes de abrir, que mires por la mirilla grande.
CLAVELA
Así lo haré, señora.
MARIANA
No enciendas luz ninguna,
pero ten en el patio
un velón prevenido,
y cierra la ventana del jardín.
CLAVELA (*Marchándose.*)
En seguida.
MARIANA
¿Cuántos vendrán?
PEDRO
Muy pocos.
Pero los que interesan.
MARIANA
¿Noticias?
PEDRO
Las habrá
dentro de unos instantes.
Si, al fin, hemos de alzarnos,
decidiremos.
MARIANA
¡Calla!

(*Hace ademán a don Pedro de que se calle, y queda escuchando. Fuera se oye la lluvia y el viento.*)

¡Ya están aquí!
PEDRO (*Mirando el reloj.*)
Puntuales,
como buenos patriotas.
¡Son gente decidida!
MARIANA

¡Dios nos ayude a todos!
PEDRO
¡Ayudará!
MARIANA
¡Debiera,
si mirase a este mundo!
(*Mariana, corriendo, avanza hasta la puerta y levanta la gran cortina del fondo.*)
¡Adelante, señores!

ESCENA VII

Entran tres caballeros con amplias capas grises; uno de ellos lleva patillas, Mariana y don Pedro los reciben amablemente. Los caballeros dan la mano a Mariana y a don Pedro.

MARIANA (*Dando la mano al conspirador 1.*)
¡Ay, qué manos tan frías!
CONSPIRADOR 1 (*Franco.*)
¡Hace un frío
que corta! Y me he olvidado de los guantes;
pero aquí se está bien.
MARIANA
¡Llueve de veras!
CONSPIRADOR 3 (*Decidido.*)
¡El Zacatín estaba intransitable.
(*Se quitan las capas, que sacuden de lluvia.*)
CONSPIRADOR 2 (*Melancólico.*)
La lluvia, como un sauce de cristal,
sobre las casas de Granada cae.
CONSPIRADOR 3
Y el Darro viene lleno de agua turbia.
MARIANA
¿Les vieron?
CONSPIRADOR 2 (*Melancólico. Habla poco y pausadamente.*)
¡No! Vinimos separados
hasta la entrada de esta oscura calle.
CONSPIRADOR 1
¿Habrá noticias para decidir?
PEDRO
Llegaran esta noche, Dios mediante.
MARIANA
Hablen bajo.
CONSPIRADOR 1 (*Sonriendo.*)

¿Por qué, doña Mariana?
Toda la gente duerme en este instante.
PEDRO
Creo que estamos seguros.
CONSPIRADOR 3
No lo afirmes;
Pedrosa no ha cesado de espiarme,
y aunque yo lo despisto sagazmente,
continúa en acecho, y algo sabe,
(*Unos se sientan y otros quedan de pie, componiendo una bella estampa.*)
MARIANA
Ayer estuvo aquí.
(*Los caballeros hacen un gesto de extrañeza.*)
¡Como es mi amigo
no quise, porque no debía, negarme!
Hizo un elogio de nuestra ciudad;
pero mientras hablaba, tan amable,
me miraba..., no sé..., ¡como sabiendo!,
(*Subrayando.*)
de una manera penetrante.
En una sorda lucha con mis ojos
estuvo aquí toda la tarde,
y Pedrosa es capaz... ¡de lo que sea!
PEDRO
No es posible que pueda figurarse...
MARIANA
Yo no estoy muy tranquila, y os lo digo
para que andemos con cautela grande.
De noche, cuando cierro las ventanas,
imagino que empuja los cristales.
PEDRO (*Mirando el reloj.*)
Ya son las once y diez. El emisario
debe estar ya muy cerca de esta calle.
CONSPIRADOR 3 (*Mirando el reloj.*)
Poco debe tardar.
CONSPIRADOR 1
¡Dios lo permita!
¡Que me parece un siglo cada instante!

(*Entra Clavela con una bandeja de altas copas de cristal tallado y un frasco lleno de vino rojo, que deja sobre un velador. Mariana habla con ella.*)

PEDRO
Estarán sobre aviso los amigos.
CONSPIRADOR 1
Enterados están. No falta nadie.
Todo depende de lo que nos digan
esta noche.
PEDRO
La situación es grave,
pero excelente si la aprovecharnos.
(*Sale Clavela, y Mariana corre la cortina.*)
Hay que estudiar hasta el menor detalle,
porque el pueblo responde, sin dudar,
Andalucía tiene todo el aire
lleno de Libertad. Esta palabra
perfuma el corazón de sus ciudades,
desde las viejas torres amarillas
hasta los troncos de los olivares.
Esa costa de Málaga está llena
de gente decidida a levantarse:
pescadores del Palo, marineros
y caballeros principales.
Nos siguen pueblos como Nerja, Vélez,
que aguardan las noticias, anhelantes.
Hombres de acantilado y mar abierto,
y, por lo tanto, libres como nadie.
Algeciras acecha la ocasión,
y en Granada, señores de linaje
como vosotros exponen su vida
de una manera emocionante.
¡Ay, qué impaciencia tengo!
CONSPIRADOR 3
Como todos
los verdaderamente liberales.
MARIANA (*Tímida.*)
Pero ¿habrá quien os siga?
PEDRO: (*Convencido.*)
Todo el mundo.
MARIANA
¿A pesar de este miedo?
PEDRO (*Seco.*)

Sí.
MARIANA
No hay nadie
que vaya a la Alameda del Salón
tranquilamente a pasearse,
y el café de la Estrella está desierto.
PEDRO (*Entusiasta.*)
¡Mariana, la bandera que bordaste
será acatada por el rey Fernando,
mal que le pese a Calomarde!
CONSPIRADOR 3
Cuando ya no le quede otro recurso,
se rendirá a las huestes liberales,
que aunque se finja desvalido y solo,
no cabe duda que él hace y deshace.
MARIANA
¿No es Fernando un juguete de los suyos?
CONSPIRADOR 3
¿No tarda mucho?
PEDRO (*Inquieto.*)
Yo no sé decirte.
CONSPIRADOR 3
¿Si lo habrán detenido?
CONSPIRADOR 1
No es probable,
Obscuridad y lluvia le protegen,
y él está siempre vigilante.
MARIANA
Ahora llega.
PEDRO
Y al fin sabremos algo.
(*Se levantan y se dirigen a la puerta.*)
CONSPIRADOR 3
Bien venido, si buenas cartas trae.
MARIANA (*Apasionada, a Pedro.*)
Pedro, mira por mí. Sé muy prudente,
que me falta muy poco para ahogarme.

ESCENA VIII

Aparece por la puerta el Conspirador 4. Es un hombre fuerte; campesino rico. Viste

el traje popular de la época: sombrero puntiagudo de alas de terciopelo, adornado con borlas de seda; chaqueta con bordados y aplicaduras de paño de todos los colores en los codos, en la bocamanga y en el cuello. El pantalón, de vueltas, sujeto por botones de filigrana, y las polainas, de cuero, abiertas por un costado, dejando ver la pierna. Trae una dulce tristeza varonil. Todos los personajes están de pie cerca de la puerta de entrada. Mariana no oculta su angustia, y mira, ya al recién llegado, ya a don Pedro, con un aire doliente y escrutador.

CONSPIRADOR 4
¡Caballeros! ¡Doña Mariana!
(*Estrecha la mano de Mariana.*)
PEDRO (*Impaciente.*)
¿Hay noticias?
CONSPIRADOR 4
¡Tan malas como el tiempo!
PEDRO
¿Que ha pasado?
CONSPIRADOR 1 (*Irritado.*)
Casi lo adivinaba.
MARIANA (*A Pedro.*)
¿Te entristeces?
PEDRO
¿Y las gentes de Cádiz?
CONSPIRADOR 4
Todo en vano.
Hay que estar prevenidos. El Gobierno
por todas partes nos está acechando.
Tendremos que aplazar el alzamiento,
o luchar o morir, de lo contrario.
PEDRO (*Desesperado.*)
Yo no se que pensar; que tengo abierta
una herida que sangra en mi costado,
y no puedo esperar, señores míos.
CONSPIRADOR 3 (*Fuerte.*)
Don Pedro, triunfaremos esperando.
La situación no puede durar mucho.
CONSPIRADOR 4 (*Fuerte.*)
Ahora mismo tenemos que callarnos.
Nadie quiere una muerte sin provecho.
PEDRO (*Fuerte también.*)
Mucho dolor me cuesta.
MARIANA (*Angustiada.*)

¡Hablen más bajo!
(*Se pasea.*)
CONSPIRADOR 4
España entera calla, ¡pero vive!
Guarde bien la bandera.
MARIANA
La he mandado
a casa de una vieja amiga mía,
allá en el Albaicín, y estoy temblando.
Quizá estuviera aquí mejor guardada.
PEDRO
¿Y en Málaga?
CONSPIRADOR 4
En Málaga, un espanto.
El canalla de González Moreno...
No se puede contar lo que ha pasado.
(*Expectación vivísima, Mariana, sentada en el sofá, junto a don Pedro, después de todo el juego escénico que ha realizado, oye anhelante lo que cuenta el Conspirador 4.*)
Torrijos, el general
noble, de la frente limpia,
donde se estaban mirando
las gentes de Andalucía,
caballero entre los duques,
corazón de plata fina,
ha sido muerto en las playas
de Málaga la bravía.
Le atrajeron con engaños
que él creyó, por su desdicha,
y se acercó, satisfecho
con sus buques, a la orilla,
¡Malhaya el corazón noble
que de los malos se fía!,
que al poner el pie en la arena
lo prendieron los realistas.
El vizconde de La Barthe,
que mandaba las milicias,
debió cortarse la mano
antes de tal villanía,
como es quitar a Torrijos
bella espada que ceñía,

con el puño de cristal,
adornado con dos cintas.
Muy de noche lo mataron
con toda su compañía.
Caballero entre los duques,
corazón de plata fina.
Grandes nubes se levantan
sobre la tierra de Mijas.
El viento mueve la mar
y los barcos se retiran
con los remos presurosos
y las velas extendidas.
Entre el ruido de las olas
sonó la fusilería,
y muerto quedó en la arena,
sangrando por tres heridas,
el valiente caballero,
con toda su compañía.
La muerte, con ser la muerte,
no deshojó su sonrisa.
Sobre los barcos lloraba
toda la marinería,
y las más bellas mujeres,
enlutadas y afligidas,
lo iban llorando también
por el limonar arriba.
PEDRO (*Levantándose, después de oír el Romance.*)
Cada dificultad me da más bríos.
Señores, a seguir nuestro trabajo.
La muerte de Torrijos me enardece
para seguir luchando.
CONSPIRADOR 1
Yo pienso así.
CONSPIRADOR 4
Pero hay que estarse quietos;
otro tiempo vendrá.
CONSPIRADOR 2 (*Conmovido.*)
¡Tiempo lejano.!
PEDRO
Pero mis fuerzas se agotarán.

MARIANA (*Bajo, a Pedro.*)
Pedro, mientras yo viva...
CONSPIRADOR 1
¿Nos marchamos?
CONSPIRADOR 3
No hay nada que tratar. Tienes razón.
CONSPIRADOR 4
Esto es lo que tenía que contaros,
y nada más.
CONSPIRADOR 1
Hay que ser optimistas.
MARIANA
¿Gustarán de una copa?
CONSPIRADOR 4
La aceptamos
porque nos hace falta.
CONSPIRADOR 1
¡Buen acuerdo!
(*Se ponen de pie y cogen sus copas.*)
MARIANA (*Llenando los vasos.*)
¡Cómo llueve!
(*Fuera se oye la lluvia.*)
CONSPIRADOR 3
¡Don Pedro está apenado!
CONSPIRADOR 4
¡Como todos nosotros!
PEDRO
¡Es verdad!
Y tenemos razones para estarlo.
MARIANA
Pero a pesar de esta opresión aguda
y de tener razones para estarlo...
(*Levantando la copa.*)
«Luna tendida, marinero en pie»,
dicen allá, por el Mediterráneo,
las gentes de veleros y fragatas.
¡Como ellos, hay que estar siempre acechando!
(*Como en sueños.*)
"Luna tendida, marinero en pie."
PEDRO (*Con la copa.*)

Que sean nuestras casas como barcos.

(*Beben. Pausa. Fuera se oyen aldabonazos lejanos. Todos quedan con las copas en la mano, en medio de un gran silencio.*)

MARIANA

Es el viento que cierra una ventana.

(*Otro aldabonazo.*)

PEDRO

¿Oyes, Mariana?

CONSPIRADOR 4

¿Quién será?

MARIANA (*Llena de angustia.*)

¡Dios Santo!

PEDRO (*Acariciador.*)

¡No temas! Ya verás cómo no es nada.

(*Todos están con las capas puestas, llenos de inquietud.*)

CLAVELA (*Entrando casi ahogada.*)

¡Ay señora! ¡Dos hombres embozados,
y Pedrosa con ellos!

MARIANA (*Gritando, llena de pasión.*)

¡Pedro, vete!
¡Y todos, Virgen santa! ¡Pronto!

PEDRO (*Confuso.*)

¡Vamos!

(*Clavela quita las copas y apaga los candelabros.*)

CONSPIRADOR 4

Es indigno dejarla.

MARIANA (*A Pedro.*)

¡Date prisa!

PEDRO

¿Por dónde?

MARIANA (*Loca.*)

¡Ay! ¿Por dónde?

CLAVELA

¡Están llamando!

MARIANA (*Iluminada.*)

¡Por aquella ventana del pasillo
saltarás fácilmente! Ese tejado
está cerca del suelo.

CONSPIRADOR 2

No debemos

dejarla abandonada!
PEDRO (*Enérgico.*)
¡Es necesario!
¿Cómo justificar nuestra presencia?
MARIANA
Sí, sí, vete en seguida. ¡Ponte a salvo!
PEDRO (*Apasionado.*)
¡Adiós, Mariana!
MARIANA
¡Dios os guarde, amigos!
(*Van saliendo rápidamente por la puerta de la derecha. Clavela está asomada a una rendija del balcón, que da a la calle. Mariana, en puerta, dice:*)
!Pedro..., y todos, que tengáis cuidado!
(*Cierra la puertecilla de la izquierda, por donde han salido los Conspiradores, y corre la cortina. Luego, dramática:*)
¡Abre, Clavela! Soy una mujer
que va atada a la cola de un caballo.
(*Sale Clavela. Se dirige rápidamente al fortepiano.*)
¡Dios mío, acuérdate de tu pasión
y de las llagas de tus manos!
(*Se sienta y empieza a cantar la canción del Contrabandista, original de Manuel García 1808.*)
Yo que soy contrabandista
y campo por mis respetos
a todos los desafío,
pues a nadie tengo miedo.
¡Ay! ¡Ay!
¡Ay muchachos! ¡Ay muchachas!
¿Quién me compra hilo negro?
Mi caballo está rendido
!y yo me muero de sueño!
¡Ay!
!Ay! Que la ronda ya viene
y se empezó el tiroteo!
¡Ay! ¡Ay! Caballito mío
caballo mío careto.
!Ay!
¡Ay! Caballo, ve ligero.
!Ay! Caballo, que me muero.
!Ay!

(*Ha de cantar con un admirable y desesperado sentimiento, escuchando los pasos de Pedrosa por la escalera.*)

ESCENA IX

Las cortinas del fondo se levantan y aparece Clavela, aterrada, con el candelabro de tres bujías en una mano y la otra puesta sobre el pecho. Pedrosa, vestido de negro, con capa, llega detrás. Pedrosa es un tipo seco, de una palidez intensa y de una admirable serenidad. Dirá las frases con ironía muy velada y mirará minuciosamente a todos lados, pero con corrección. Es antipático. Hay que huir de la caricatura. Al entrar Pedrosa, Mariana deja de tocar y se levanta del fortepiano. Silencio.

MARIANA
Adelante.
PEDROSA (*Adelantándose.*)
Señora, no interrumpa
por mí la cancioncilla que ahora mismo
entonaba.
(*Pausa.*)
MARIANA (*Queriendo sonreir.*)
La noche estaba triste
y me puse a cantar.
(*Pausa.*)
PEDROSA
He visto luz
en su balcón y quise visitarla.
Perdone si interrumpo sus quehaceres.
MARIANA
Se lo agradezco mucho.
PEDROSA
¡Qué manera
de llover!

(*Pausa. En esta escena habrá pausas imperceptibles y rotundos silencios instantáneos, en los cuales luchan desesperadamente las almas de los dos personajes. Escena delicadísima de matizar, procurando no caer en exageraciones que perjudiquen su emoción. En esta escena se ha de notar mucho más lo que no se dice que lo que se está hablando. La lluvia, discretamente imitada y sin ruido excesivo, llegará de cuando en cuando a llenar silencios.*)

MARIANA (*Con intención*)
¿Es muy tarde?
(*Pausa.*)

PEDROSA (*Mirándola fijamente, y con intención también.*)
¡Sí! Muy tarde.
El reloj de la Audiencia ya hace rato
que dio las once.
MARIANA (*Serena e indicando asiento a Pedrosa.*)
No las he sentido.
PEDROSA (*Sentándose.*)
Yo las sentí lejanas. Ahora vengo
de recorrer las calles silenciosas,
calado hasta los huesos por la lluvia,
resistiendo ese gris fino y glacial
que viene de la Alhambra.
MARIANA (*Con intención y rehaciéndose.*)
El aire helado
que clava agujas sobre los pulmones
y para el corazón.
PEDROSA (*Devolviéndole la ironía.*)
Pues ese mismo.
Cumplo deberes de mi duro cargo.
Mientras que usted, espléndida Mariana,
en su casa, al abrigo de los vientos,
hace encajes... o borda...
(*Como recordando.*)
¿Quién me ha dicho
que bordaba muy bien?
MARIANA (*Aterrada, pero con cierta serenidad.*)
¿Es un pecado?
PEDROSA (*Haciendo una seña negativa.*)
El Rey nuestro Señor, que Dios proteja,
(*Se inclina.*)
se entretuvo bordando en Valençay
con su tío el infante don Antonio.
Ocupación bellísima.
MARIANA (*Entre dientes.*)
¡Dios mío!
PEDROSA
¿Le extraña mi visita?
MARIANA (*Tratando de sonreir.*)
¡No!
PEDROSA (*Serio.*)

¡Mariana!
(*Pausa.*)
Una mujer tan bella como usted,
¿no siente miedo de vivir tan sola?
MARIANA
¿Miedo¿¡Ninguno!
PEDROSA (*Con intención.*)
Hay tantos liberales
y tantos anarquistas en Granada,
que la gente no vive muy segura.
(*Firme.*)
¡Usted ya lo sabrá!
MARIANA (*Digna.*)
¡Señor Pedrosa!
¡Soy mujer de mi casa y nada más!
PEDROSA (*Sonriendo.*)
Y yo soy juez. Por eso me preocupo
de estas cuestiones. Perdonad, Mariana.
(*Pausa.*)
Pero hace ya tres meses que ando loco
sin poder capturar a un cabecilla...
(*Pausa. Mariana trata de escuchar y juega con su sortija, conteniendo su angustia y su indignación.*)
PEDROSA (*Como recordando, con frialdad.*)
Un tal don Pedro de Sotomayor.
MARIANA
Es probable que esté fuera de España.
PEDROSA
No; yo espero que pronto será mío.
(*Al oír eso Mariana tiene un ligero desvanecimiento nervioso; lo suficiente para que se le escape la sortija de la mano, más bien, la arroja ella para evitar la conversación.*)
MARIANA (*Levantándose.*)
!Mi sortija!
PEDROSA
¿Cayó?
(*Con intención.*)
Tenga cuidado.
MARIANA (*Nerviosa.*)
Es mi anillo de bodas; no se mueva,
y vaya a pisarlo.

(*Busca.*)
PEDROSA
Está muy bien.
MARIANA
Parece
que una mano invisible lo arrancó.
PEDROSA
Tenga más calma.
(*Frío.*)
Mire.
(*Señala el sitio donde ve el anillo, al mismo tiempo que avanzan.*)
!Ya está aquí!
(*Mariana se inclina para recogerlo antes que Pedrosa; éste queda a su lado, y en el momento de levantarse Mariana, la enlaza rápidamente y la besa.*)
MARIANA (*Dando un grito y retirándose.*)
¡Pedrosa!
(*Pausa. Mariana rompe a llorar de furor.*)
PEDROSA (*Suave.*)
Grite menos.
MARIANA
!Virgen Santa!
PEDROSA (*Sentándose.*)
Me parece que este llanto está de más.
Mi señora Mariana esté serena.
MARIANA (*Arrancándose desesperada y cogiendo a Pedrosa por la solapa.*)
¿Qué piensa de mí? ¡Diga!
PEDROSA (*Impasible.*)
Muchas cosas.
MARIANA
Pues yo sabré vencerlas. ¿Qué pretende?
Sepa que yo no tengo miedo a nadie.
Como el agua que nace soy de limpia,
y me puedo manchar si usted me toca;
pero sé defenderme. ¡Salga pronto!
PEDROSA (*Fuerte y lleno de ira.*)
¡Silencio!
(*Pausa. Frío.*)
Quiero ser amigo suyo.
Me debe agradecer esta visita.
MARIANA (*Fiera.*)

¿Puedo yo permitir que usted me insulte?
¿Que penetre de noche en mi vivienda
para que yo...? ¡Canalla! No sé cómo...
(*Se contiene.*)
¡Usted quiere perderme!
PEDROSA (*Cálido.*)
¡Lo contrario!
Vengo a salvarla.
MARIANA (*Bravía.*)
¡No lo necesito!
(*Pausa.*)
PEDROSA (*Fuerte y dominador, acercándose con una agria sonrisa,*)
¡Mariana! ¿Y la bandera?
MARIANA (*Turbada.*)
¿Qué bandera?
PEDROSA
¡La que bordó con esas manos blancas
(*Las coge.*)
en contra de las leyes y del Rey!
MARIANA
¿Qué infame le mintió?
PEDROSA (*Indiferente.*)
¡Muy bien bordada!
De tafetán morado y verdes letras.
Allá en el Albaicín, la recogimos,
y ya está en mi poder como tu vida.
Pero no temas; soy amigo tuyo.
(*Mariana queda ahogada.*)
MARIANA (*Casi desmayada.*)
Es mentira, mentira.
PEDROSA
Sé también
que hay mucha gente complicada.
Espero que dirás sus nombres, ¿verdad?
(*bajando la voz y apasionadamente.*)
Nadie sabrá lo que ha pasado, yo te quiero
mía, ¿lo estás oyendo? Mía o muerta.
Me has despreciado siempre; pero ahora
puedo apretar tu cuello con mis manos,
este cuello de nardo transparente,

y me querrás porque te doy la vida.

MARIANA (*Tierna y suplicante en medio de su desesperación, abrazándose a Pedrosa.*)

¡Tenga piedad de mí! ¡Si usted supiera!
Y déjeme escapar. Yo guardaré
su recuerdo en las niñas de mis ojos.
¡Pedrosa, por mis hijos!...

PEDROSA (*Abrazándola, sensual.*)

La bandera
No la has bordado tú, linda Mariana,
y ya eres libre porque así lo quiero...

(*Mariana al ver cerca de sus labios los labios de Pedrosa, lo rechaza, reaccionando de una manera salvaje.*)

MARIANA

¡Eso nunca! ¡Primero doy mi sangre!
Que me cueste dolor, pero con honra.
¡Salga de aquí!

PEDROSA (*Reconviniéndola.*)

¡Mariana!

MARIANA

!Salga pronto!

PEDROSA (*Frío y reservado.*)

¡Está muy bien! Yo seguiré el asunto
y usted misma se pierde.

MARIANA

!Qué me importa!
Yo bordé la bandera con mis manos;
con estas manos,!mírelas, Pedrosa!
y conozco muy grandes caballeros
que izarla pretendían en Granada.
¡Mas no diré sus nombres!

PEDROSA

!Por la fuerza
delatará! ¡Los hierros duelen mucho,
y una mujer es siempre una mujer!
¡Cuando usted quiera me avisa!

MARIANA

¡Cobarde!
¡Aunque en mi corazón clavaran vidrios
no hablaría!

(*En un arranque.*)
!Pedrosa, aquí me tiene!
PEDROSA
¡Ya veremos! ...,
MARIANA
¡Clavela, el candelabro!
(*Entra Clavela, aterrada, con las manos cruzadas sobre el pecho.*)
PEDROSA
No hace falta, señora. Queda usted
detenida en nombre de la ley.
MARIANA
¿En nombre de qué ley?
PEDROSA (*Frío y ceremonioso.*)
¡Buenas noches!
(*Sale.*)
CLAVELA (*Dramática.*)
¡Ay, señora; mi niña, clavelito,
prenda de mis entrañas!
MARIANA (*Llena de angustia y de terror.*)
Isabel,
yo me voy. Dame el chal.
CLAVELA
¡Sálvese pronto!
(*Se asoma a la ventana. Fuera se oye otra vez la fuerte lluvia.*)
MARIANA
¡Me iré a casa de don Luis! ¡Cuida los niños!
CLAVELA
¡Se han quedado en la puerta! ¡No se puede!
MARIANA
Claro está.
(*Señalando al sitio por donde han salido los Conspiradores.*)
¡Por aquí!
CLAVELA
¡Es imposible!
(*Al cruzar Mariana, por la puerta aparece doña Angustias.*)
ANGUSTIAS
¡Mariana! ¿Dónde vas? Tu niña llora.
Tiene miedo del aire y de la lluvia.
MARIANA
¡Estoy presa! ¡Estoy presa, Clavela!

ANGUSTIAS (*Abrazándola.*)
¡Marianita!
MARIANA (*Arrojándose en el sofá.*)
¡Ahora empiezo a morir!
(*Las dos mujeres la abrazan.*)
Mírame y llora. ¡Ahora empiezo a morir!
(*TELÓN rápido*)

Estampa Tercera

Convento de Santa María Egipciaca, de Granada. Rasgos árabes. Arcos, cipreses, fuentecillas y arrayanes. Hay unos bancos y unas viejas sillas de cuero. Al levantarse el telón está la escena solitaria. Suenan el órgano y las lejanas voces de las monjas. Por el fondo vienen corriendo de puntillas mirando a todos lados para que no las vean dos novicias. Visten toquitas blancas y trajes azules. Se acercan con mucho sigilo a una puerta de la izquierda y miran por el ojo de la cerradura.

ESCENA Primera
NOVICIA 1
¿Qué hace?
NOVICIA 2 (*En la cerradura.*)
¡Habla más bajito!
Está rezando.
NOVICIA 1
¡Deja!
(*Se pone a mirar.*)
¡Qué blanca está, qué blanca!
Reluce su cabeza
en la sombra del cuarto.
NOVICIA 2
¿Reluce su cabeza?
Yo no comprendo nada.
Es una mujer buena,
y la quieren matar.
¿Tú qué dices?
NOVICIA 1
Quisiera
mirar su corazón
largo rato y muy cerca.
NOVICIA 2

¡Qué mujer tan valiente! Cuando ayer
vinieron a leerle la sentencia
de muerte, no ocultó
su sonrisa.
NOVICIA 1
En la iglesia
la vi después llorando
y me parecía que ella
tenía el corazón en la garganta.
¿Qué es lo que ha hecho?
NOVICIA 2
Bordó una bandera.
NOVICIA 1
¿Bordar es malo?
NOVICIA 2
Dicen que es masona.
NOVICIA 1
¿Qué es eso?
NOVICIA 2
Pues... ¡no sé!
NOVICIA 1
¿Por qué está presa?
NOVICIA 2
Porque no quiere al rey.
NOVICIA 1
¿Qué más da? ¿Se habrá visto?
NOVICIA 2
¡Ni a la reina!
NOVICIA 1
Yo tampoco los quiero,
(*Mirando.*)
¡Ay Mariana Pineda!
Ya están abriendo flores
que irán contigo muerta.
(*Aparece por la puerta del foro la madre sor Carmen Borja.*)
CARMEN
Pero, niñas, ¿qué miráis?
NOVICIA 1 (*Asustada.*)
Hermana...
CARMEN

¿No os da vergüenza?
Ahora mismo, al obrador.
¿Quién os enseñó esa fea
costumbre? ¡Ya nos veremos!
NOVICIA 1
¡Con licencia!
NOVICIA 2
¡Con licencia!
(*Se van. Cuando la madre Carmen se ha convencido de que las otras se han marchado, se acerca también con sigilo y mira por el ojo la llave.*)
CARMEN
¡Es inocente! ¡No hay duda!
¡Calla con una firmeza!
¿Por qué? Yo no me lo explico.
(*Sobresaltada.*)
¡Viene!
(*Sale corriendo.*)

ESCENA II
Mariana aparece con un espléndido traje blanco. Está palidísima.
MARIANA
¡Hermana!
CARMEN (*Volviéndose.*)
¿Qué desea?
MARIANA
¡Nada!
CARMEN
¡Decidlo, señora!
MARIANA
Pensaba...
CARMEN
¿Qué?
MARIANA
Si pudiera
quedarme aquí, en el Beaterio,
para siempre.
CARMEN
¡Qué contentas
nos pondríamos!
MARIANA

¡No puedo!
CARMEN
¿Por qué?
MARIANA (*Sonriendo.*)
Porque ya estoy muerta.
CARMEN (*Asustada.*)
¡Doña Mariana, por Dios!
MARIANA
Pero el mundo se me acerca,
las piedras, el agua, el aire,
¡comprendo que estaba ciega!
CARMEN
¡La indultarán!
MARIANA (*Con sangre fría.*)
¡Ya veremos!
Este silencio me pesa
mágicamente. Se agranda
como un techo de violetas,
(*Apasionada.*)
y otras veces finge en mí
una larga cabellera.
¡Ay, qué buen soñar!
CARMEN (*Cogiéndole de la mano.*)
¡Mariana!
MARIANA
¿Cómo soy yo?
CARMEN
Eres muy buena.
MARIANA
Soy una gran pecadora;
pero amé de una manera
que Dios me perdonará
como a Santa Magdalena.
CARMEN
Fuera del mundo y en él
perdona.
MARIANA
¡Si usted supiera!
¡Estoy muy herida, hermana,
por las cosas de la tierra!

CARMEN
Dios está lleno de heridas
de amor, que nunca se cierran.
MARIANA
Nace el que muere sufriendo,
¡comprendo que estaba ciega!
CARMEN (*Apenada al ver el estado de Mariana.*)
¡Hasta luego! ¿Asistirá
esta tarde a la novena?
MARIANA
Como siempre. ¡Adiós, hermana!
(*Se va Carmen.*)

ESCENA III

Mariana se dirige al fondo rápidamente, con todo género de precauciones, y allí aparece Alegrito, jardinero del convento. Ríe constantemente, con una sonrisa suave y sana. Viste traje de cazador de la época.

MARIANA
¡Alegrito! ¿Qué?
ALEGRITO
¡Paciencia
para lo que vais a oír!
MARIANA
¡Habla pronto, no nos vean!
¿Fuiste a casa de don Luis?
ALEGRITO
Y me han dicho que les era
imposible pretender
salvarla. Que ni lo intentan,
porque todos morirían;
pero que harán lo que puedan.
MARIANA (*Valiente.*)
¡Lo harán todo! ¡Estoy segura!
Son gentes de la nobleza,
y yo soy noble, Alegrito,
¿No ves cómo estoy serena?
ALEGRITO
Hay un miedo que da miedo.
Las calles están desiertas.
Solo el viento viene y va;

pero la gente se encierra.
No encontré más que una niña
llorando sobre la puerta
de la antigua Alcaicería.
MARIANA
¿Crees que van a dejar que muera
la que tiene menos culpa?
ALEGRITO
Yo no sé lo que ellos piensan.
MARIANA
¿Y de lo demás?
ALEGRITO (*Turbado.*)
¡Señora!...
MARIANA
Sigue hablando.
ALEGRITO
No quisiera.
(*Mariana hace un gesto de impaciencia.*)
El caballero don Pedro
de Sotomayor se aleja
de España, según me han dicho.
Dicen que marcha a Inglaterra.
Don Luis lo sabe de cierto.
MARIANA (*Sonríe incrédula y dramática, porque en el fondo sabe que es verdad.*)
Quien te lo dijo desea
aumentar mi sufrimiento.
¡Alegrito, no lo creas!
¿Verdad que tú no lo crees?
(*Angustiada.*)
ALEGRITO (*Turbado.*)
Señora, lo que usted quiera.
MARIANA
Don Pedro vendrá a caballo
como loco cuando sepa
que yo estoy encarcelada
por bordarle su bandera.
Y, si me matan, vendrá
para morir a mi vera,
que me lo dijo una noche
besándome la cabeza.

Él vendrá como un San Jorge
de diamantes y agua negra,
al aire la deslumbrante
flor de su capa bermeja.
Y porque es noble y modesto,
para que nadie lo vea,
vendrá por la madrugada,
por la madrugada fresca,
cuando sobre el cielo oscuro
brilla el limonar apenas
y el alba finge en las olas
fragatas de sombra y seda.
¿Tú qué sabes? ¡Qué alegría!
No tengo miedo, ¿te enteras?
ALEGRITO
¡Señora!
MARIANA
¿Quién te lo ha dicho?
ALEGRITO
Don Luis.
MARIANA
¿Sabe la sentencia?
ALEGRITO
Dijo que no la creía.
MARIANA (*Angustiada.*)
Pues es muy verdad.
ALEGRITO
Me apena
darle tan malas noticias.
MARIANA
¡Volverás!
ALEGRITO
Lo que usted quiera.
MARIANA
Volverás para decirles
que yo estoy muy satisfecha
porque sé que vendrán todos,
¡y son muchos!, cuando deban.
¡Dios te lo pague!
ALEGRITO

Hasta luego.
(*Salen.*)

ESCENA IV

MARIANA (*En voz baja.*)
Y me quedo sola mientras
que, bajo la acacia en flor
del jardín, mi muerte acecha.
(*En voz baja y dirigiéndose al huerto.*)
Pero mi vida está aquí.
Mi sangre se agita y tiembla,
como un árbol de coral
con la marejada tierna.
Y aunque tu caballo pone
cuatro lunas en las piedras
y fuego en la verde brisa
débil de la primavera,
¡corre más! ¡Ven a buscarme!
Mira que siento muy cerca
dedos de hueso y de musgo
acariciar mi cabeza.
(*Se dirige al jardín como si hablara con alguien.*)
No puedes entrar. ¡No puedes!
¡Ay Pedro! Por ti no entra;
pero sentada en la fuente
toca una blanda vihuela.
(*Se sienta en un banco y apoya la cabeza sobre sus manos. En el jardín se oye una guitarra.*)

VOZ
A la vera del agua,
sin que nadie la viera,
se murió mi esperanza.

MARIANA (*Repitiendo exquisitamente la canción.*)
A la vera del agua,
sin que nadie la viera,
se murió mi esperanza.
(*Por el foro aparecen dos monjas, seguidas de Pedrosa. Mariana no los ve.*)

MARIANA
Esta copla está diciendo
lo que saber no quisiera.

Corazón sin esperanza,
¡que se lo trague la tierra!
CARMEN
Aquí está, señor Pedrosa,
MARIANA (*Asustada, levantándose y como saliendo de un sueño.*) ¿Quién es?
PEDROSA
¡Señora!
(*Mariana queda sorprendida y deja escapar una exclamación. Las monjas inician el mutis.*)
MARIANA (*A las monjas.*)
¿Nos dejan?
CARMEN
Tenemos que trabajar...
(*Se van. Hay en estos momentos una gran inquietud en escena. Pedrosa, frío y correcto, mira intensamente a Mariana, y ésta, melancólica, pero valiente, recoge sus miradas.*)

ESCENA V
Pedrosa viste de negro, con capa. Su aire frío debe hacerse notar.
MARIANA
Me lo dio el corazón: ¡Pedrosa!
PEDROSA
El mismo
que aguarda, como siempre, sus noticias.
¿No os parece?
MARIANA
Siempre es hora
de callar y vivir con alegría.
(*Se sienta en un banco. En este momento, y durante todo el acto, Mariana tendrá un delirio delicadísimo, que estallara al final.*)
PEDROSA
¿Conoce la sentencia?
MARIANA
La conozco.
PEDROSA
¿Y bien?
MARIANA (*Radiante*)
Pero yo pienso que es mentira.
Tengo el cuello muy corto para ser
ajusticiada. Ya ve. No podrían.

Además, es hermoso y blanco; nadie
querrá tocarlo.
PEDROSA (*Completando.*)
¡Mariana!
MARIANA (*Fiera.*)
Se olvida
que para que yo muera tiene toda
Granada que morir. Y que saldrían
muy grandes caballeros a salvarme,
porque soy noble. Porque yo soy hija
de un capitán de navío, Caballero
de Calatrava. ¡Déjeme tranquila!
PEDROSA
No habrá nadie en Granada que se asome
cuando usted pase con su comitiva.
Los andaluces hablan; pero luego...
MARIANA
Me dejan sola; ¿y qué? Uno vendría
para morir conmigo, y esto basta.
¡Pero vendrá para salvar mi vida!
(*Sonríe y respira fuertemente, llevándose las manos al pecho.*)
PEDROSA (*En un arranque.*)
Yo no quiero que mueras tú, ¡no quiero!
Ni morirás, porque darás noticias
de la conjuración. Estoy seguro.
MARIANA (*Fiera.*)
No diré nada, como usted querría,
a pesar de tener un corazón
en el que ya no caben más heridas.
Fuerte y sorda seré a vuestros halagos.
Antes me daban miedo sus pupilas.
Ahora le estoy mirando cara a cara
(*Se acerca.*)
y puedo con sus ojos que vigilan
el sitio donde guardo este secreto
que por nada del mundo contaría.
¡Soy valiente, Pedrosa, soy valiente!
PEDROSA
Está muy bien.
(*Pausa.*)

Ya sabe, con mi firma
puedo borrar la lumbre de sus ojos.
Con una pluma y un poco de tinta
puedo hacerla dormir un largo sueño.
MARIANA (*Elevada.*)
¡Ojalá fuese pronto por mi dicha!
PEDROSA (*Frío.*)
Esta tarde vendrán.
MARIANA (*Aterrada y dándose cuenta.*)
¿Cómo?
PEDROSA
Esta tarde;
ya se ha ordenado que entres en capilla.
MARIANA (*Exaltada y protestando fieramente de su muerte.*)
¡No puede ser! ¡Cobardes! ¿Y quién manda
dentro de España tales villanías?
¿Qué crimen cometí? ¿Por qué me matan?
¿Dónde está la razón de la Justicia?
En la bandera de la Libertad
bordé el amor más grande de mi vida.
¿Y he de permanecer aquí encerrada?
¡Quién tuviera unas alas cristalinas
para salir volando en busca tuya!

(*Pedrosa ha visto con satisfacción esta desesperación de Mariana y se dirige a ella. La luz empieza a tomar el tono del crepúsculo.*)

PEDROSA (*Muy cerca de Mariana.*)
Hable pronto, que el rey la indultaría.
Mariana, ¿quiénes son los conjurados?
Yo sé que usted de todos es amiga.
Cada segundo aumenta su peligro.
Antes que se haya disipado el día
ya vendrán por la calle a recogerla.
¿Quiénes son? Y sus nombres. ¡Vamos, pronto!
Que no se juega así con la Justicia,
y luego será tarde.
MARIANA (*Fiera.*)
¡No hablaré!
PEDROSA (*Fiero, cogiéndole las manos.*)
¿Quiénes son?
MARIANA

Ahora menos lo diría.
(*Con desprecio.*)
Suelta, Pedrosa; vete, ¡Madre Carmen!
PEDROSA (*Terrible.*)
¡Quieres morir!
(*Aparece, llena de miedo, la madre Carmen; dos monjas cruzan al fondo como dos fantasmas.*)
CARMEN
¿Qué pasa, Marianita?
MARIANA
Nada.
CARMEN
Señor, no es justo...
PEDROSA (*Frío, sereno y autoritario, dirige una severa mirada a la monja, e inicia el mutis.*)
Buenas tardes.
(*A Mariana.*)
Tendré un placer muy grande si me avisa.
CARMEN
¡Es muy buena, señor!
PEDROSA (*Altivo.*)
No os pregunté.
(*Sale, seguido de sor Carmen.*)

ESCENA VI

MARIANA (*En el banco, con dramática y tierna entonación andaluza.*)
Recuerdo aquella copla que decía
cruzando los olivos de Granada:
¡Ay, qué fragatita,
real corsaria! ¿Dónde está
tu valentía?
Que un velero bergantín
te ha puesto la puntería.
(*Como soñando y nebulosamente.*)
Entre el mar y las estrellas
¡con qué gusto pasearía
apoyada sobre una
larga baranda de brisa!
(*Con pasión y llena de angustia.*)
Pedro, coge tu caballo

o ven montado en el día.
¡Pero pronto! ¡Que ya vienen
para quitarme la vida!
Clava las duras espuelas.
(*Llorando.*)
¡Ay, qué fragatita,
real corsaria! ¿Dónde está
tu valentía?
Que un famoso bergantín
te ha puesto la puntería.
(*Vienen dos monjas.*)
MONJA 1
Sé fuerte, que Dios te ayuda.
CARMEN
Marianita, hija, descansa.
(*Se llevan a Mariana.*)

ESCENA VII

Suena el esquilón de las monjas. Por el fondo aparecen varias de ellas, que cruzan la escena y se santiguan al pasar ante una Virgen de los Dolores que, con el corazón atravesado de puñales, llora en el muro, cobijada por un inmenso arco de flores amarillas y plateadas de papel. Entre ellas se destacan las Novicias 1 y 2. Los cipreses comienzan a teñirse de luz dorada.

NOVICIA 1
¡Qué gritos! ¿Tú los sentiste?
NOVICIA 2
Desde el jardín; y sonaban
como si estuvieran lejos.
¡Inés, yo estoy asustada!
NOVICIA 1
¿Dónde estará Marianita,
rosa y jazmín de Granada?
NOVICIA 2
Está esperando a su novio.
NOVICIA 1
Pero su novio ya tarda.
¡Si la vieras cómo mira
por una y otra ventana!
Dice: «Si no hubiera sierras,
lo vería en la distancia.»

NOVICIA 2
Ella lo espera segura.
NOVICIA 1
¡No vendrá por su desgracia!
NOVICIA 2
¡Marianita va a morir!
¡Hay otra luz en la casa!
NOVICIA 1
¡Y cuánto pájaro! ¿Has visto?
Ya no caben en las ramas
del jardín ni en los aleros;
nunca vi tantos, y al alba,
cuando se siente la Vela,
cantan y cantan y cantan...
NOVICIA 2
... y al alba
despiertan brisas y nubes
desde el frescor de las ramas.
NOVICIA 1
... y al alba
por cada estrella que muere
nace diminuta flauta.
NOVICIA 2
¿Y ella?.. ¿Tú las has visto? Ella
me parece amortajada
cuando cruza el coro bajo
con esa ropa tan blanca.
NOVICIA 1
¡Qué injusticia! Esta mujer
de seguro fue engañada.
NOVICIA 2
¡Su cuello es maravilloso!
NOVICIA 1 (*Llevándose instintivamente las manos al cuello.*)
Sí, pero...
NOVICIA 2
Cuando lloraba
me pareció que se le iba
a deshojar en la falda.
(*Se acercan las monjas.*)
MONJA 1

¿Vamos a ensayar la Salve?
NOVICIA 1
¡Muy bien!
NOVICIA 2
Yo no tengo gana.
MONJA 1
Es muy bonita.
NOVICIA 1 (*Hace una señal a las demás y se dirigen rápidamente al foro.*)
¡Y difícil!
(*Aparece Mariana por la puerta de la izquierda, y al verla se retiran todas con disimulo.*)
MARIANA: (*Sonriendo.*)
¿Huyen de mí?
NOVICIA 1 (*Temblando.*)
¡Vamos a la...!
NOVICIA 2 (*Turbada.*)
Nos íbamos... yo decía...
Es muy tarde.
MARIANA (*Con bondad irónica.*)
¿Soy tan mala?
NOVICIA 1 (*Exaltada.*)
¡No, señora! ¿Quién lo dice?
MARIANA
¿Qué sabes tú, niña?
NOVICIA 2 (*Señalando a la primera.*)
¡Nada!
NOVICIA 1
¡Pero la queremos todas!
(*Nerviosa.*)
¿No lo está usted viendo?
MARIANA (*Con amargura.*)
¡Gracias!
(*Mariana se sienta en el banco, con las manos cruzadas y la cabeza caída, en una divina actitud de tránsito.*)
NOVICIA 1
¡Vámonos!
NOVICIA 2
¡Ay, Marianita,
rosa y jazmín de Granada,
que está esperando a su novio,

pero su novio se tarda!
(*Se van.*)
MARIANA
¡Quién me hubiera dicho a mí!...
Pero ¡paciencia!
CARMEN (*Que entra.*)
¡Mariana!
Un señor que trae permiso
del juez, viene a visitarla.
MARIANA (*Levantándose, radiante.*)
¡Que pase! ¡Por fin, Dios mío!
(*Sale la monja. Mariana se dirige a una cornucopia que hay en la pared y, llena de su delicado delirio, se arregla los bucles y el escote.*)
Pronto..., ¡qué segura estaba!
Tendré que cambiarme el traje:
me hace demasiado pálida.

ESCENA VIII

Se sienta en el banco en actitud amorosa, vuelta al sitio donde tienen que entrar. Aparece la madre Carmen. Y Mariana, no pudiendo resistir, se vuelve. En el silencio de la escena, entra Fernando, pálido. Mariana queda estupefacta.
MARIANA (*Desesperada, como no queriéndolo creer.*)
¡No!
FERNANDO (*Triste.*)
¡Mariana! ¿No quieres
que hable contigo? ¡Dime!
MARIANA
¡Pedro! ¿Dónde está Pedro?
¡Dejadlo entrar, por Dios!
¡Está abajo, en la puerta!
¡Tiene que estar! ¡Que suba!
Tú viniste con él,
¿verdad? Tú eres muy bueno.
Él vendrá muy cansado, pero entrará en seguida.
FERNANDO
Vengo solo, Mariana. ¿Qué sé yo de don Pedro?
MARIANA
¡Todos deben saber, pero ninguno sabe!
Entonces, ¿cuándo viene para salvar mi vida?
¿Cuándo viene a morir, si la muerte me acecha?

¿Vendrá? Dime, Fernando. ¡Aún es hora!
FERNANDO (*Enérgico y desesperado, al ver la actitud de Mariana.*)
Don Pedro
no vendrá, porque nunca te quiso, Marianita.
Ya estará en Inglaterra, con otros liberales.
Te abandonaron todos tus antiguos amigos.
Solamente mi joven corazón te acompaña.
¡Mariana! ¡Aprende y mira cómo te estoy queriendo!
MARIANA (*Exaltada.*)
¿Por qué me lo dijiste? Yo bien que lo sabía;
pero nunca lo quise decir a mi esperanza.
Ahora ya no me importa. Mi esperanza lo ha oído
y se ha muerto mirando los ojos de mi Pedro.
Yo bordé la bandera por él. Yo he conspirado
para vivir y amar su pensamiento propio.
Más que a mis propios hijos y a mí misma le quise.
¿Amas la Libertad más que a tu Marianita?
¡Pues yo seré la misma Libertad que tú adoras!
FERNANDO
¡Se que vas a morir! Dentro de unos instantes
vendrán por ti, Mariana. ¡Sálvate y di los nombres!
¡Por tus hijos! ¡Por mí, que te ofrezco la vida!
MARIANA
No quiero que mis hijos me desprecien! ¡Mis hijos
tendrán un nombre claro como la luna llena!
¡Mis hijos llevarán resplandor en el rostro,
que no podrán borrar los años ni los aires!
Si delato, por todas las calles de Granada
este nombre sería pronunciado con miedo.
FERNANDO (*Dramático y desesperado.*)
¡No puede ser! ¡No quiero que esto pase! ¡No quiero!
¡Tú tienes que vivir! ¡Mariana, por mi amor!
MARIANA (*Loca y delirante, en un estado agudo de pasión y angustia.*)
¿Y qué es amor, Fernando? ¡Yo no sé qué es amor!
FERNANDO (*Cerca.*)
¡Pero nadie te quiso como yo, Marianita!
MARIANA (*Reaccionando.*)
¡A ti debí quererte más que a nadie en el mundo,
si el corazón no fuera nuestro gran enemigo!
Corazón, ¿por qué mandas en mí si yo no quiero?

FERNANDO (*Se arrodilla y ella le coge la cabeza sobre el pecho.*)
¡Ay, te abandonan todos! ¡Habla, quiéreme y vive!
MARIANA (*Rodeándolo.*)
¡Ya estoy muerta, Fernando! Tus palabras me llegan
a través del gran río del mundo que abandono.
Ya soy como la estrella sobre el agua profunda,
última débil brisa que se pierde en los álamos.

(*Por el fondo pasa una monja, con las manos cruzadas, que mira llena de zozobra al grupo.*)

FERNANDO
¡No sé qué hacer! ¡Qué angustia! ¡Ya vendrán a buscarte!
¡Quién pudiera morir para que tú vivieras!
MARIANA
¡Morir! ¡Qué largo sueño sin ensueños ni sombras!
Pedro, quiero morir
por lo que tú no mueres,
por el puro ideal que iluminó tus ojos:
¡¡Libertad!! Porque nunca se apague tu alta lumbre
me ofrezco toda entera.
¡¡Arriba, corazón!!
¡Pedro, mira tu amor
a lo que me ha llevado!
Me querrás, muerta, tanto, que no podrás vivir.

(*Dos monjas entran, con las manos cruzadas, en la misma expresión de angustia, y no se atreven a acercarse.*)

Y ahora ya no te quiero, porque soy una sombra.
CARMEN (*Entrando, casi ahogada.*)
¡Mariana!
(*A Fernando.*)
¡Caballero! ¡Salga pronto!
FERNANDO (*Angustiado.*)
¡Dejadme!
MARIANA
¡Vete! ¿Quién eres tú? ¡Ya no conozco a nadie!
¡Voy a dormir tranquila!

(*Entra otra monja rápidamente, casi ahogada por el miedo y la emoción. Al fondo cruza otra con gran rapidez con una mano sobre la frente.*)

FERNANDO (*Emocionadísimo.*)
¡Adiós, Mariana!
MARIANA

¡Vete!
Ya vienen a buscarme.
(*Sale Fernando, llevado por dos monjas.*)
Como un grano de arena
(*Viene otra monja.*)
siento al mundo en los dedos. ¡Muerte! Pero ¿que es muerte?
(*A las monjas.*)
Y vosotras, ¿qué hacéis? ¡Qué lejanas os siento!
CARMEN (*Que llega llorando.*)
¡Mariana!
MARIANA
¿Por qué llora?
CARMEN
¡Están abajo, niña!
MONJA 1
¡Ya suben la escalera!

ESCENA última

Entran por el foro todas las monjas. Tienen la tristeza reflejada en los rostros. Las Novicias 1 y 2 están en primer término. Sor Carmen, digna y traspasada de pena, está cerca de Mariana. Toda la escena irá adquiriendo, hasta el final, una gran luz extrañísima de crepúsculo granadino. Luz rosa y verde entra por los arcos, y los cipreses se matizan exquisitamente, hasta parecer piedras preciosas. Del techo desciende una suave luz naranja, que se va intensificando hasta el final.

MARIANA
¡Corazón no me dejes! ¡Silencio! Con un ala,
¿dónde vas? Es preciso que tú también descanses.
Nos espera una larga locura de luceros
que hay detrás de la muerte. ¡Corazón, no desmayes!
CARMEN
¡Olvídate del mundo, preciosa Marianita!
MARIANA
¡Qué lejano lo siento!
CARMEN
¡Ya vienen a buscarte!
MARIANA
Pero, ¡que bien entiendo lo dice esta luz!
¡Amor, amor, amor, y eternas soledades!
(*Entra el juez por la puerta de la izquierda.*)
NOVICIA 1

¡Es el juez!
NOVICIA 2
¡Se la llevan!
JUEZ
Señora, a sus órdenes;
hay un coche en la puerta.
MARIANA
Mil gracias. Madre Carmen,
salvo a muchas criaturas que llorarán mi muerte.
No olviden a mis hijos.
CARMEN
¡Que la Virgen te ampare!
MARIANA
¡Os doy mi corazón! ¡Dadme un ramo de flores!
En mis últimas horas yo quiero engalanarme.
Quiero sentir la dura caricia de mi anillo
y prenderme en el pelo mi mantilla de encaje.
Amas la Libertad por encima de todo,
pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre,
que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas.
¡No se podrá comprar el corazón de nadie!
(*Una monja le ayuda a ponerse la mantilla. Mariana se dirige al fondo, gritando:*)
Ahora sé lo que dicen el ruiseñor y el árbol.
El hombre es un cautivo y no puede librarse.
¡Libertad de lo alto! Libertad verdadera,
enciende para mí tus estrellas distantes.
¡Adiós! ¡Secad el llanto!
(*Al juez.*)
¡Vamos pronto!
CARMEN
¡Adiós, hija!
MARIANA
Contad mi triste historia a los niños que pasen.
CARMEN
Porque has amado mucho, Dios te abrirá su puerta.
¡Ay, triste Marianita! ¡Rosa de los rosales!
NOVICIA 1 (*Arrodillándose.*)
Ya no verán tus ojos las naranjas de luz
que pondrá en los tejados de Granada la tarde.
(*Fuera empieza un lejano campaneo.*)

MONJA 1 (*Arrodillándose.*)
Ni sentirás la dulce brisa de primavera
pasar de madrugada tocando tus cristales.
NOVICIA 2 (*Arrodillándose y besando la orla del vestido de Mariana.*)
¡Clavellina de mayo! ¡Rosa de Andalucía!,
que en las altas barandas tu novio está esperándote.
CARMEN
¡Mariana, Marianita, de bello y triste nombre,
que los niños lamenten tu dolor por la calle!
MARIANA (*Saliendo.*)
¡Yo soy la Libertad porque el amor lo quiso!
¡Pedro! La Libertad, por la cual me dejaste.
¡Yo soy la Libertad, herida por los hombres!
¡Amor, amor, amor, y eternas soledades!

(*Un campaneo vivo y solemne invade la escena, y un coro de niños empieza, lejano, el romance. Mariana se va, saliendo lentamente, apoyada en Sor Carmen. Todas las demás monjas están arrodilladas. Una luz maravillosa y delirante invade la escena. Al fondo, los niños cantan.*)

¡Oh, qué día triste en Granada,
que a las piedras hacía llorar,
al ver que Marianita se muere
en cadalso por no declarar!
(*No cesa el campaneo.*)
(*TELÓN LENTO*)

Granada, 8 de enero de 1925.

LA NIÑA QUE RIEGA LA ALBAHACA Y EL PRÍNCIPE PREGUNTÓN

Viejo cuento andaluz en tres estampas y un cromo

Estampa Primera

Estampa Segunda

Estampa Tercera

Personajes

NEGRO
NIÑA
SABIO PRIMERO
ZAPATERO
PRÍNCIPE
SABIO SEGUNDO
PAJE
MAGO
SABIO TERCERO

Estampa Primera

(*¿Calle?*)

NEGRO (*Viene desde lejos.*) ¡Vendo cuentos! ¡Vendo cuentos! ¡Les voy a contar un cuento!...Había una vez..., había una vez un zapatero pobre, muy pobre, ¡requetepobre!

ZAPATERO (*Cantando.*) Zapatero, tero, tero, ¡clava la lezna en el agujero!

NEGRO Vivía frente al palacio de un Príncipe rico, muy rico, ¡requeterrico! Señor Príncipe, ¿quiere usted salir? ¡Estamos en las presentaciones!

(*Se escuchan tres golpes*)

PAJE Su Majestad el Príncipe os ruega que lo perdonéis, pero no puede salir porque está haciendo pipí.

ZAPATERO y **NEGRO** ¡Ehhh! Zapatero, tero, tero, clava la lezna en el agujero!

NEGRO Debemos decir que el Zapatero tiene el duende de la canción en el alma.

ZAPATERO ¡Ah! ¡Mi mujer sí que cantaba!

NEGRO Debemos decir que el zapatero es viudo.

ZAPATERO Van para cuatro años.

NEGRO ¡Vamos, don Gaiferos, no abra usted el cajoncillo de los tristes recuerdos!

ZAPATERO ¡Porque han de saber que me llamo don Gaiferos!

NEGRO Debemos decir que el zapatero tiene una hija.

ZAPATERO Y se llama Irene la Niña-niña. ¡Anda, sal, niña!

NEGRO ¡Irene, niña! ¿Quieres salir? ¡Irene! (*Dirigiéndose a los espectadores.*) ¡Niños! ¿La llamamos todos?

TODOS ¡I-re-ne! ¡I-re-ne!

IRENE (*Cantando*)

Tengo los ojos azules
y el corazoncito igual
que la cresta de la lumbre.

NEGRO Ya están hechas las presentaciones: el señor Zapatero y su hija Irene. Y aunque el señor Príncipe no pudo salir porque estaba haciendo pipí, también está presentado. ¡Y ahora viene lo grande! Una mañana de sol, a la hora que un gallo cantó y otro gallo cantó y otro y otro temprano, muy tempranito, la Niña-niña salió a regar la maceta de albahaca y al mismo tiempo salió el Príncipe y Señor a tomar el fresquito de la mañana. (*Sale a su ventana la NIÑA y riega la maceta de albahaca. También el PRÍNCIPE se asoma a la ventana de palacio.*)

IRENE (*Cantando.*)

Con el vito, vito, vito,
con el vito, vito, va.
Yo no quiero que me miren,
que me pongo colorá.

PRÍNCIPE Niña que riegas la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

IRENE Dime, rey zaragatero,
¿cuántas estrellitas tiene el cielo?

(*La Niña cierra la ventana y el Príncipe se queda entristecido*)

PRÍNCIPE ¿Que cuántas estrellitas tiene el cielo? ¿Cuántas, cuántas estrellitas?, (*Llamando.*) ¡Paje! ¡Paje! ¡Señor Paje, ven acá!

PAJE ¡Mande usted, mi Príncipe y Señor!

PRÍNCIPE Escucha, Paje. La Niña-niña me ha preguntado cuántas estrellitas tiene el cielo ¡y yo no he sabido qué contestarle!

PAJE ¿Cuántas estrellitas tiene el cielo? ¡Pues no lo sé!

PRÍNCIPE ¿Qué puedo hacer? ¡He sido burlado! ¿Qué puedo hacer, Paje?

PAJE Lo que usted podría hacer, mi Príncipe y Señor, es disfrazarse de vendedor de uva.

PRÍNCIPE ¿De vendedor de uva?

PAJE Sí. Y así podría hablar con la Niña-niña.

PRÍNCIPE ¡Bien! ¿Muy bien! ¿Eso haré!

(*Se van*)

PRÍNCIPE (*Viene desde lejos.*) ¡Uva, uvita! ¡Vendo uva, uvita!

IRENE ¡Ay, quién pudiera comprarla!

PRÍNCIPE (*Viene disfrazado de vendedor de uvas.*) ¡Uva, uvita! Cambio uvas por besos, ¡morenita!

IRENE ¿Así que tú cambias uvas por besos?

PRÍNCIPE Pues sí: un racimito, un besito. Otro racimito, otro besito.

IRENE Dame dos, uno para mi padre, que se le hace agua la boca, y otro para mí.

PRÍNCIPE Dos racimitos... ¡dos besitos! (*El PRÍNCIPE le da dos racimos de uva y la NIÑA dos besos.*) ¡Adiós, Niña! ¡Adiós! (*Se va cantando.*) ¡Uva, uvita...!

NEGRO ...Al día siguiente, a la hora que un gallo cantó y otro gallo cantó y otro y otro, la Niña-niña salió a la ventana a regar la maceta de albahaca y al mismo tiempo salió el Príncipe y Señor a tomar el fresquito de la mañana.

(*Se va*)

PRÍNCIPE ¡Oh, sale la niña que riega la albahaca!

IRENE (*Cantando*) Con el vito, vito, vito, con el vito, vito, va.

PRÍNCIPE ¡Niña-niña!

Niña-niña que riegas la albahaca,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

IRENE Mi Príncipe preguntón...

¿Cuántas estrellitas tiene el cielo?

PRÍNCIPE Niña-niña... ¡los besos que le diste al uvatero!

IRENE ¡Buahhahahhh! (*Llora cómicamente y se va.*)

NEGRO A la mañana siguiente, a la hora que un gallo cantó y otro gallo cantó y otro y otro, nuestro Príncipe y Señor salió a su ventana.

(*Se va.*)

PRÍNCIPE Niña, niña que riegas la albahaca,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

¿No sales, niña?

ZAPATERO La niña no quiere salir, porque está ofendida por lo del uvatero.

PRÍNCIPE ¿No quiere salir? ¿Por qué soy de amor herido? Herido de amor, herido. Herido, muerto de amor.

NEGRO Y así nuestro Príncipe y Señor enfermó de melancolía.

(*Se va.*)

PRÍNCIPE ¡Ay, amor que vengo muy mal herido, herido de amor, herido, herido, muerto de amor!

PAJE No se preocupe usted, mi Príncipe y Señor. Buahhhh.
(*Llora cómicamente.*)
PRÍNCIPE (*También llora cómicamente. Canta.*)
¡Ay, qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!
¡Por tu amor me duele el aire,
el corazón y el sombrero!
(*TELÓN LENTO*)

Estampa Segunda

(*Sala del palacio*)

NEGRO ¡Vendo cuentos! ¡Vendo cuentos! ¡Vendo cuentos!... Nuestro Príncipe y Señor enfermó de amor por la niña Irene. Y llamó a un consejo de Sabios para consultarlos.

(*Se va.*)

SABIO PRIMERO ¡Cada día está más malo!

SABIO SEGUNDO ¡Tiene carita de pena negra!

SABIO PRIMERO ¡Se nos muere de melancolía!

SABIO TERCERO Ha llegado a nuestro reino un gran Mago, con sombrero de estrellas, y que cura el mal de amores.

SABIO SEGUNDO ¡Él podría curar a nuestro Príncipe y Señor!

SABIO TERCERO ¡Vamos a llamarlo a Palacio!

(*TELÓN LENTO*)

Estampa Tercera

(*Patio del castillo*)

MAGO (*Es la niña Irene, que viene disfrazada de mago, con manto negro y sombrero cucurucho bordado de estrellas de plata y una gran capa. En el escenario está el árbol del sol y el árbol de la luna.*)

¡Vengo a curar mal de amores y otros potiches! Enfermos de melancolía y luna, ¡venid a mí! ¡Soy el mago de la alegría, que traigo el trompetín de la risa!

PRÍNCIPE Mago, Mago ¿podréis curarme?

MAGO ¡Por las ramas del laurel y la cinta de Santa Inés, que tus males se curen y se vayan al pocito negro de la pena!... ¡Y para que cures del todo, cásate con la Niña-niña!

PRÍNCIPE ¿Con la Niña-niña?

MAGO Sí, con Irene. (*Se saca el disfraz*)

PRÍNCIPE ¡Irene! ¡Luego vendrán las lunas y las mieles!

MAGO ¡Mi Príncipe preguntón!
PRÍNCIPE ¡Irene! ¡Irene!
IRENE IRENE García.
PRÍNCIPE ¡Ay, Irene! ¿Te quieres casar conmigo?
IRENE ¡Sí, mi Príncipe preguntón!
PRÍNCIPE ¡Desde hoy viviremos con el duende de la alegría en el corazón!
PRÍNCIPE e **IRENE** (*Cantan juntos.*)
Niña, niña que riegas la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?
IRENE ¿Me enseñarás por las mañanas el gallito que todo lo canta?
PRÍNCIPE ¡Y te enseñaré dónde vive el duende del corazón!
IRENE ¡Ohhhhhh!
PRÍNCIPE Sí, vive debajo de la almohada de un niño puro.
IRENE ¿Puro?
PRÍNCIPE Sí, ¡puro como las cosas tontas con lechuguillas del alma!
PRÍNCIPE e **IRENE** (*Cantan juntos.*)
Niña, niña que riegas la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?
Niña, niña que riegas la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

(*Salen todos los personajes y cantan haciendo rondas. Cae lentamente el telón. No se sabe si brilla más el sol o la luna.*)

TEATRO BREVE (Diálogos)



La doncella, el marinero y el estudiante

Balcón.

VIEJA (*En la calle.*) Caracoleeees: Se guisan con hierbabuena, azafrán y hojas de laurel.

DONCELLA Caracolitos del campo. Parecen amontonados en la cesta una antigua ciudad de la China.

VIEJA Esta vieja los vende. Son grandes y oscuros. Cuatro de ellos pueden con una culebra. ¡Qué caracoles! Dios mío ¡qué caracoles!

DONCELLA Déjame que borde. Mis almohadas no tienen iniciales y esto me da mucho miedo. Porque ¿qué muchachilla en el mundo no tiene marcada su ropa?

VIEJA ¿Cómo es tu gracia?

DONCELLA Yo bordo en mis ropas todo el alfabeto.

VIEJA ¿Para qué?

DONCELLA Para que el hombre que esté conmigo me llame de la manera que guste.

VIEJA (*Triste.*) Entonces eres una sinvergüenza.

DONCELLA (*Bajando los ojos.*) Sí.

VIEJA ¿Te llamarás María, Rosa, Trinidad, Segismunda?

DONCELLA Y más, y más:

VIEJA ¿Eustaquia? ¿Dorotea? ¿Genara?

DONCELLA Y más, más, más...

(*La Doncella eleva las palmas de sus manos palidecidas por el insómnio de las sedas y los* marcadores. *La Vieja huye arrimada a la pared, hacia su Siberia de trapos oscuros donde agoniza la cesta llena de mendrugos de pan.*)

DONCELLA A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, Ñ. Ya está bien. Voy a cerrar el balcón. Detrás de los cristales, seguiré bordando. (*Pausa.*)

LA MADRE (*Dentro.*) Hija, hija, ¿estás llorando?

DONCELLA No. Es que empieza a llover.

(*Una canoa automóvil llena de banderas azules, cruza la bahía dejando atrás su canto tartamudo. La lluvia pone a la ciudad un birrete de doctor en Letras. En las tabernas del puerto comienza el gran carrousel de los marineros borrachos.*)



EL MARINERO BORRACHO, 1934.
Tinta en álbum de firmas. 170 x 235 mm
Colección Mª Teresa Díez-Canedo, México D.F.

DONCELLA (*Cantando.*)
A, B, C, D.
¿Con qué letra me quedaré?
Marinero empieza con M,
y estudiante empieza con E
A, B, C, D.
MARINERO (*Entrando.*) Yo.
DONCELLA Tú.
MARINERO (*Triste.*) Poca cosa es un barco.
DONCELLA Le pondré banderas y luces.
MARINERO Si el capitán quiere. (*Pausa.*)
DONCELLA (*Afligida.*) ¡Poca cosa es un barco!
MARINERO Lo llenaré de puntillas bordadas.
DONCELLA Si mi madre me deja.
MARINERO Ponte de pie.
DONCELLA ¿Para qué?
MARINERO Para verte.
DONCELLA (*Se levanta.*) Ya estoy.
MARINERO ¡Qué hermosos muslos tienes!
DONCELLA De niña monté en bicicleta.
MARINERO Yo en un delfín.
DONCELLA También eres hermoso.

MARINERO Cuando estoy desnudo.
DONCELLA ¿Qué sabes hacer?
MARINERO Remar.
(*El Marinero toca el acordeón polvoriento y cansado como un siglo VII.*)
ESTUDIANTE (*Entrando.*) Va demasiado deprisa.
DONCELLA ¿Quién va deprisa?
ESTUDIANTE El siglo.
DONCELLA Estás azorado.
ESTUDIANTE Es qué huyo..
DONCELLA ¿De quién?
ESTUDIANTE Del año que viene.
DONCELLA ¿No has visto mi cara?
ESTUDIANTE Por eso me paro.
DONCELLA No eres moreno.
ESTUDIANTE Es que vivo de noche.
DONCELLA ¿Qué quieres?
ESTUDIANTE Dame agua.
DONCELLA No tenemos aljibe.
ESTUDIANTE ¡Pues yo me muero de sed!
DONCELLA Te daré leche de mis senos.
ESTUDIANTE (*Encendido.*) Endulza mi boca.
DONCELLA Pero soy doncella.
ESTUDIANTE Si me echas una escala viviré esta noche contigo,
DONCELLA Eres blanco y estarás muy frío.
ESTUDIANTE Tengo mucha fuerza en los brazos.
DONCELLA Yo te dejaría si mi madre quisiera.
ESTUDIANTE Anda...
DONCELLA No...
ESTUDIANTE ¿Y por qué no?
DONCELLA Pues porque no...
ESTUDIANTE Pe-pe. Anda...
DONCELLA Pe-pe-pe. No.

(*Alrededor de la luna, gira una rueda de bergantines oscuros. Tres sirenas chapoteando en las olas, engañan a los carabineros del acantilado. La Doncella en su balcón piensa dar un salto desde la letra Z y lanzarse al abismo. Emilio Prados y Manolito Altolaguirre, enharinados por el miedo del mar, la quitan suavemente de la baranda.*)



El paseo de Buster Keaton

GALLO Quiquiriqui.

(*Sale Buster Keaton con sus cuatro hijos de la mano.*)

BUSTER K. ¡Pobres hijitos míos!

(*Saca un puñal de madera y los mata.*)

GALLO Quiquiriquí.

BUSTER K. (*Contando los cuerpos en tierra.*) Uno, dos, tres y cuatro.

(*Coge una bicicleta y se va. Entre las viejas llantas de goma y bidones de gasolina, un negro come su sombrero de paja.*)

BUSTER K. ¡Qué hermosa tarde!

(*Un loro revolotea en el cielo neutro.*)

BUSTER K. Da gusto pasear en bicicleta.

EL BÚHO Chirri, chirri, chirri, chi.

BUSTER K. ¡Qué bien cantan los pajarillos!

EL BÚHO Chirrrrrrrrrrrr.

BUSTER K. Es emocionante. (*Pausa.*)

(*Buster Keaton cruza inefable los juncos y el campillo de centeno. El paisaje se achica entre las ruedas de la máquina. La bicicleta tiene una sola dimensión. Puede entrar en los libros y tenderse en el horno de pan. La bicicleta de Buster Keaton no tiene el sillón de caramelo, ni los pedales de azúcar, como quisieran los hombres malos. Es una bicicleta como todas, pero la única empapada de inocencia. Adán y Eva correrían asustados si vieran un vaso lleno de agua, y acariciarían en cambio la bicicleta de Keaton.*)

BUSTER K. ¡Ay amor, amor!

(*Buster Keaton cae al suelo. La bicicleta se le escapa. Corre detrás de dos grandes mariposas grises. Va como loca, a medio milímetro del sueño.*)

BUSTER K. (*Levantándose.*) No quiero decir nada. ¿Qué voy a decir?

UNA VOZ Tonto.

BUSTER K. Bueno. (*Sigue andando.*)

(*Sus ojos infinitos y tristes como los de una bestia recién nacida, sueñan lirios, ángeles y cinturones de seda. Sus ojos que son de culo de vaso. Sus ojos de niño tonto. Que son feísimos. Que son bellísimos. Sus ojos de avestruz. Sus ojos humanos en el equilibrio seguro de la melancolía. A lo lejos se ve Filadelfia. Los habitantes de esta urbe ya saben que el viejo poema de la máquina Singer puede circular entre las grandes rosas de los invernaderos, aunque no podrán comprender nunca qué sutilísima diferencia poética existe entre una taza de té caliente y otra taza de té frío. A lo lejos, brilla Filadelfia.*)

BUSTER K. Esto es un jardín.

(*Una Americana con los ojos de celuloide viene por la hierba.*)

AMERICANA Buenas tardes.

(*Buster Keaton sonríe y mira* en gros plan *los zapatos de la dama. ¡Oh qué zapatos! No debemos admitir esos zapatos. Se necesitan las pieles de tres cocodrilos para hacerlos.*)

BUSTER K. Yo quisiera...

AMERICANA ¿Tiene usted una espada adornada con hoja de mirto?

(*Buster Keaton se encoge de hombros y levanta el pie derecho.*)

AMERICANA ¿Tiene usted un anillo con la piedra envenenada?

(*Buster Keaton cierra lentamente los ojos y levanta el pie izquierdo.*)

AMERICANA ¿Pues entonces...?

(*Cuatro serafines con las alas de gasa celeste, bailan entre las flores. Las señoritas de la ciudad tocan el piano como si montaran en bicicleta. El vals, la luna y las canoas, estremecen el precioso corazón de nuestro amigo. Con gran sorpresa de todos el otoño ha*

invadido el jardín, como el agua al geométrico terrón de azúcar.)

BUSTER K. (*Suspirando.*) Quisiera ser un cisne. Pero no puedo aunque quisiera. Porque ¿dónde dejaría mi sombrero? ¿dónde mi cuello de pajaritas y mi corbata de moaré? ¡Qué desgracia!

(*Una Joven, cintura de avispa y alto cucuné, viene montada en bicicleta. Tiene cabeza de ruiseñor.*)

JOVEN ¿A quién tengo el honor de saludar?

BUSTER K. (*Con una reverencia.*) A Buster Keaton.

(*La joven se desmaya y cae de la bicicleta. Sus piernas a listas tiemblan en el césped como dos cebras agonizantes. Un gramófono decía en mil espectáculos a la vez: «En América, no hay ruiseñores».*)

BUSTER K. (*Arrodillándose.*) Señorita Eleonora, ¡perdóneme que yo no he sido!

¡Señorita! (*Bajo.*) ¡Señorita! (*Más bajo.*) ¡Señorita! (*La besa.*)

(*En el horizonte de Filadelfia luce la estrella rutilante de los policías.*)

Quimera

Puerta.

ENRIQUE Adiós.

SEIS VOCES (*Dentro.*) Adiós.

ENRIQUE Estaré mucho tiempo en la sierra.

VOZ Una ardilla.

ENRIQUE Sí, una ardilla para ti y además cinco pájaros que no los haya tenido antes ningún niño.

VOZ No, yo quiero un lagarto.

VOZ Y yo un topo.

ENRIQUE Sois muy distintos, hijos. Cumpliré los encargos de todos.

VIEJO Muy distintos.

ENRIQUE ¿Qué dices?

VIEJO ¿Te puedo llevar las maletas?

ENRIQUE No. (*Se oyen risas de niños.*)

VIEJO Son hijos tuyos.

ENRIQUE Los seis.

VIEJO Yo conozco hace mucho tiempo a la madre de ellos, a tu mujer. Estuve de cochero en su casa, pero si te confieso la verdad, ahora estoy mejor de mendigo. Los caballos ¡ja, ja, ja! Nadie sabe el miedo que a mí me dan los caballos. Caiga un rayo sobre todos sus ojos. Guiar un coche es muy difícil. ¡Oh! Es dificilísimo. Si no tienes miedo, no te enteras, y si te enteras, no tienes miedo. ¡Malditos sean los caballos!

ENRIQUE (*Cogiendo las maletas.*) Déjame.

VIEJO No, no. Yo por unas monedillas, las más pequeñas que tengas, te las llevo. Tu mujer te lo agradecerá. Ella no tenía miedo a los caballos. Ella es feliz.

ENRIQUE Vamos pronto. A las seis he de tomar el tren.

VIEJO ¡Ah, el tren! Eso es otra cosa. El tren es una tontería. Aunque viviera cien años yo no tendría miedo al tren. El tren no está vivo. Pasa y ha pasado... pero los caballos... Mira.

MUJER (*En la ventana.*) Enrique mío. Enrique. No dejes de escribirme. No me olvides.

VIEJO ¡Ah, la muchacha! (*Ríe.*) ¿Te acuerdas cómo saltaba las tapias, como se subía a los árboles sólo por verte?

MUJER Lo recordaré hasta que me muera.

ENRIQUE Yo también.

MUJER Te espero. Adiós.

ENRIQUE Adiós.

VIEJO No te aflijas. Es tu mujer y te ama. Tú la amas a ella. No te aflijas.

ENRIQUE Es verdad, pero me pesa esta ausencia.

VIEJO Peor es otra cosa. Peor es que todo ande y que el río suene. Peor es que haya un ciclón.

ENRIQUE No tengo gana de bromas. Siempre estás así.

VIEJO ¡Ja, ja, ja! Todo el mundo y tú el primero cree que lo importante de un ciclón son los destrozos que produce y yo creo todo lo contrario. Lo importante de un ciclón...

ENRIQUE (*Irritándose.*) Vamos. Van a dar las seis de un momento a otro.

VIEJO ¿Pues soy el mar?... En el mar...

ENRIQUE (*Furioso.*) Vamos, he dicho.

VIEJO ¿No se olvida nada?

ENRIQUE Todo lo dejo perfectamente organizado. Y además a ti qué te importa. Lo peor del mundo es un criado viejo, un mendigo.

VOZ 1ª Papá.

VOZ 2ª Papá.

VOZ 3ª Papá.

VOZ 4ª Papá.

VOZ 5ª Papá.

VOZ 6ª Papá.

VIEJO Tus hijos.

ENRIQUE Mis hijos.

NIÑA (*En la puerta.*) Yo no quiero la ardilla. Si me traes la ardilla, no te querré. No me traigas la ardilla. No la quiero.

VOZ Ni yo el lagarto.

VOZ Ni yo el topo.

NIÑA Queremos que nos traigas una colección de minerales.

VOZ No, no, yo quiero mi topo.

VOZ No, el topo es para mí... (*Riñen.*)

NIÑA (*Entrando.*) Pues ahora el topo va a ser para mí.

ENRIQUE ¡Basta! ¡Quedaréis contentos!

VIEJO Dijiste que eran muy distintos.

ENRIQUE Sí. Muy distintos. Afortunadamente.

VIEJO ¿Cómo?

ENRIQUE (*Fuerte.*) Afortunadamente.

VIEJO (*Triste.*) Afortunadamente. (*Salen.*)

MUJER (*En la ventana.*) Adiós.

VOZ Adiós.

MUJER Vuelve pronto.

VOZ (*Lejana.*) Pronto.

MUJER Se abrigará bien por la noche. Lleva cuatro mantas. Yo en cambio estaré sola en la cama. Tendré frío. Él tiene unos ojos maravillosos; pero lo que yo amo es su fuerza. (*Se desnuda.*) Me duele un poco la espalda. ¡Ah! ¡Si me pudiera despreciar! Yo quiero que él me desprecie... y me ame. Yo quiero huir y que me alcance. Yo quiero que me queme... que me queme. (*Alto.*) Adiós, adiós... Enrique. Enrique... Te amo. Te veo pequeño. Saltas por las piedras. Pequeño. Ahora te podría tragar como si fueras un botón. Te podría tragar, Enrique...

NIÑA Mamá.

MUJER No salgas. Se ha levantado un viento frío. ¡He dicho que no!

(*Entra.) (La luz huye de la escena.)*

NIÑA (*Rápida.*) ¡Papáaa! ¡Papáaa! Que me traigas la ardilla. Que yo no quiero los minerales. Los minerales me romperán las uñas. Papáaa.

NIÑO (*En la puerta.*) No-te-o-ye. No-te-o-ye. No-te-o-ye.

NIÑA Papá, que yo quiero la ardilla. (*Rompiendo a llorar.*) ¡Dios mío! ¡Yo quiero la ardilla!

(*TELÓN*)

Diálogo mudo de los cartujos

En el patio de la Cartuja pasean los Cartujos vestidos de blanco. Van y vienen entre las zarzas y las malvalocas. Son cinco y son uno. El Fraile más viejo está mirando una rosa recién abierta. Los demás se acercan delicadamente.

CARTUJO ¿

CARTUJO ¡

CARTUJO ()

CARTUJO...

CARTUJO .

(*El Hermano despensero cruza la galería con el manojo de llaves envuelto en algodón. En la vidriera de la tarde vuelan los pájaros místicos. La rosa sentenciada tiembla en las manos del más viejo. La sombra de las alas del ángelus cubre la superficie católica. Los Frailes se calan sus capuchas y emprenden el camino de la iglesia.*)

CARTUJO (*Andando lentamente.) .*

CARTUJO (*Detrás.) .*

CARTUJO (*Detrás.) .*

CARTUJO (*Detrás.) .*

CARTUJO (*Detrás.) .*

CARTUJO (*Detrás.) .*

(*Entran.) (En una esquina del gran refectorio prismático de rumores y ecos difíciles, un chorro de hormigas sube por la pared a los sazonados membrillos del techo.)*

Diálogo de los dos caracoles

CARACOL BLANCO (*Silencio.*)

(*Una Señorita con sombrilla de encajes viene contando sus pasos. Al llegar a un arroyuelo, vacila. Después salta.*)

CARACOL NEGRO (*Silencio.*)

(*La Rata ha cruzado el río. La Rata mala. La Rata que se come las raicillas tiernas.*)

CARACOL BLANCO (*Silencio.*)

(*La Señorita consulta el olor de los hinojos. La tarde, sin relaciones inteligentes, se derrumba en la calina del horizonte.*)

CARACOL NEGRO (*Silencio.*)

(*La Rata vuelve a las zarzamoras. Una Voz oscura se deleita pronunciando esta palabra: «zarzamora, zarzamora, zarzamora» .*)

CARACOL BLANCO (*Pausa.*)

(*La Señorita se sienta en el verde ribazo. Ha salido sola porque no se acuerda de los ratones.*)

CARACOL NEGRO (*Sobrecogido.) (Silencio.)*

(*En el remanso, sin un pliegue, tiembla fija una nube larga. La Rata va por ella como un pájaro. La Rata mala. El Señor le debiera consentir este abuso.*)

CARACOL BLANCO (*Silencio.*)

(*A nadie le gusta el libro que lee la Señorita. Es tonta. No se da cuenta de que sus montes de azúcar están llenos de hormigas.*)

CARACOL NEGRO (*Mutis.*)

CARACOL BLANCO (*En to alto del hinojo.*) ¡Ay!

[Diálogo con Luis Buñuel]

ESCENA PRIMERA

Habitación blanca con los muebles de pino. Por la ventana se van largas nubes dormidas. Los personajes están tomando té.

FEDERICO No tengo esa sed de viajes que te domina, Buñuel.

LUIS Pues en mí constituye una obsesión.

AUGUSTO Yo no siento el deseo de ir a todas partes que tiene éste, pero el viaje a ciertos países me gustaría mucho.

LUIS En un campo quieto bajo la escarcha y un bosque agitado por el viento encuentro el mismo fruto de emoción.

A veces pienso que la tierra es demasiado pequeña, ¡y que todo se conoce ya!.

FEDERICO Piensas así porque eres fuerte.

LUIS No sé qué decirte.

FEDERICO Yo en cambio, como Alfonso Karr, prefiero viajar alrededor de mi jardín.

LUIS A mí me das tierra firme y realidad.

AUGUSTO Creo que los dos podréis viajar en vuestros mundos sin que al final se pueda saber quién traerá su zurrón más lleno.

FEDERICO Tienes razón. Del norte al sur de la veleta del tejado, hay la misma distancia que de un polo a otro polo.

LUIS Absolutamente la misma.

(*La tarde se va tendiendo lentamente sobre el monte. Cuatro gorriones con lasalas abiertas componen por un...*)

El loco y la loca

Calle.

AMIGO MORENO ¿Cómo estás?

AMIGO RUBIO Bien, ¿y tú?

AMIGO MORENO Bien, gracias.

AMIGO RUBIO ¿Y tu familia?

AMIGO MORENO Está en el campo. ¿Y la tuya?

AMIGO RUBIO Este año no sale fuera.

(*Pausa.*)

MAESTRO (*Dentro de la escuela.*) Ya os he enseñado la esfera armilar. El mar es celeste y la tierra es de todos los colores.

NIÑO ¿Sin que se te olvide ninguno?

MAESTRO Ninguno. La tierra es extraordinariamente grande, pero se puede reducir su tamaño si nosotros queremos.

LOS NIÑOS ¿Cómo?

MAESTRO ¡Silencio! La tierra tiene cuatro puntos cardinales. ¡Oh maravilla! Norte, Sur, Este y Oeste.

LOS NIÑOS Norte, Sur, Este y Oeste.

MAESTRO Nosotros podíamos cambiar la superficie de la tierra si dijéramos: «Hay cuatro puntos cardinales: Oeste, Este, Sur y Norte».

LOS NIÑOS Oeste...

MAESTRO Chitón. Sería peligroso. Y además ya se ha escrito la geografía.

LOS NIÑOS Geografía es la ciencia que trata, etc., etc.

MAESTRO Muy bien. El Norte es una pera de cien kilos pintada de blanco. El Sur, una rueda de papel. El Este, un remo de cristal y el Oeste, un ala diminuta.

LOS NIÑOS La punta de nuestros lápices se acaba de romper.

MAESTRO No importa. Hay en el mundo muchos caballos sin cola. Y las lagartijas, ¿no viven con el rabo cortado? ¡Proseguid!

LOS NIÑOS ¡Proseguimos!

MAESTRO Todos los ríos bajan del Norte rompiendo el cascarón del huevo de la nieve. Los perfumes a quienes el aire cuelga de los pies como el cazador a sus aves, suben del Sur. El Este y el Oeste permanecen impasibles con las alas en las rodillas.

EL INSPECTOR (*Entrando.*) ¿Qué está usted diciendo?

MAESTRO Explico geografía.

INSPECTOR ¿Qué geografía?

MAESTRO Mi geografía.

INSPECTOR Me veré obligado a dar parte a la superioridad. El Ministerio de Instrucción Pública no tolera abusos.

MAESTRO ¡Perdóneme!

INSPECTOR Pero ¿qué esfera armilar es ésta...? Vamos. Niños, ¿cuántos son los puntos cardinales?

MAESTRO (*Aparte.*) Cabeza, pies, corazón y mano derecha.

INSPECTOR No contestan.

MAESTRO Son las tres y la clase debía terminar a las dos.

INSPECTOR Entonces mañana veremos.

(*Pausa.*)

(*Un ruiseñor de tinta declama líricamente las letras minúsculas.*)

AMIGO MORENO ¡Qué de voces dan en la escuela!

AMIGO RUBIO (*Sorprendido*) ¿En qué escuela?

AMIGO MORENO En ésa.

AMIGO RUBIO (*Serio.*) ¡Pero si no hay ninguna escuela!

AMIGO MORENO ¡Siempre tan bromista!

AMIGO RUBIO ¡Lo que tú quieras!

AMIGO MORENO Bueno, quédate con Dios.

AMIGO RUBIO ¿Dónde vas?

AMIGO MORENO A estudiar geografía. Ya sabes que ahora hago las oposiciones.

AMIGO RUBIO Yo también me voy.

AMIGO MORENO ¿Dónde vas?

AMIGO RUBIO A estudiar geometría. Quiero ser pintor.

AMIGO MORENO (*Lejos.*) ¡Qué tarde más hermosa!

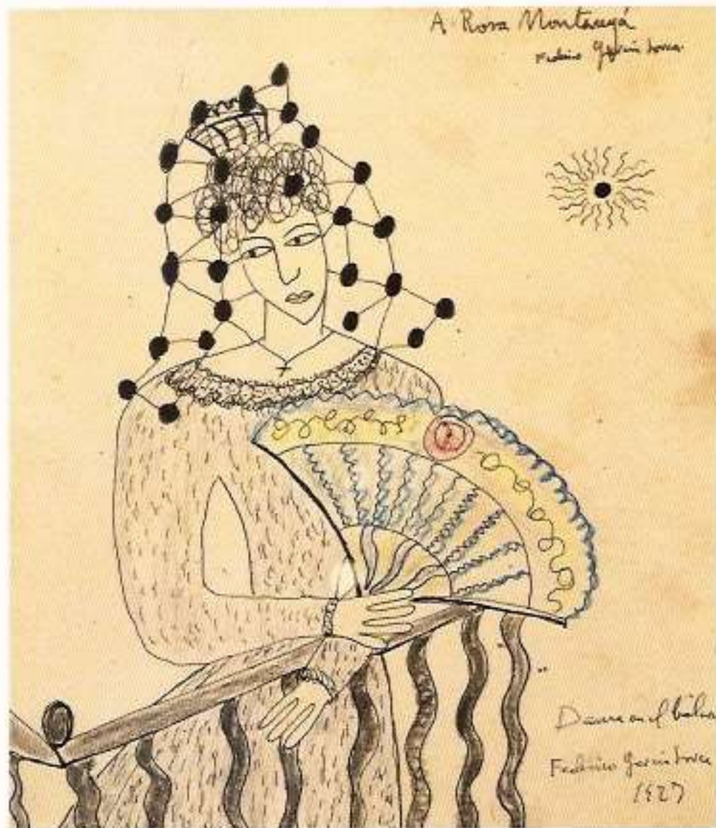
AMIGO RUBIO (*Lejos.*) Redonda.

AMIGO MORENO Pero no hay que olvidar que este azul tan rutilante es sólo una cáscara.

AMIGO RUBIO (*Extrañado.*) ¿Una cáscara...?

(*Los cristales de los miradores y ventanas, onzas de Carlos III, pesan y brillan.*)

(*En el tercer balcón de un piso cuarto izquierda, letra A, aparece una Señora vestida de blanco. Da muestras de gran abatimiento.*)



"Dama en el balcón". 1927. Tinta china y lápices de colores sobre papel / 15,7 x 13,8 cm

SEÑORA ¡Ay de mí!

UN PARALÍTICO (*Que viene por la calle.*) ¡Ay de mí!

SEÑORA ¡He perdido mis gafas!

PARALÍTICO Eso no es nada. Compra otras.

SEÑORA ¿Se olvida usted que hoy es domingo y están cerrados los establecimientos? ¡Pobres gafas mías! ¡Ay mis gafas! ¡Ay mis gafas!

PARALÍTICO (*Yéndose.*) Es mucho más desgraciada que yo.

SEÑORA ¡Ay, enfrente está la biblioteca! No sé qué van a hacer los libros sin mis gafas. Mar sin barcos.

¡Qué horror! ¡Ay mis gafas!

AMIGO RUBIO (*Saliendo.*) Por más que llamo en la biblioteca no quieren salir. ¡Es para desesperarse! (*Se va. Amor en la ventana de la biblioteca.) ¿Y* si yo

prendiera fuego a todos los volúmenes?

(*Señora dentro cantando.*)

CANCIÓN DE LAS GAFAS PERDIDAS

El día y la noche usan monóculos.
Porque el día y la noche no tienen dos ojos.

Diálogo de don Fabricio y la señora

[...] *de sordos abejarucos y aparatos de relojería.*

SEÑORA ¡Fabricio!

FABRICIO Se me ha dormido un pie.

SEÑORA Hazte una cruz con saliva en el zapato.

FABRICIO Y un muslo.

SEÑORA Pellízcate. (*Los puños almidonados de don Fabricio han sonado como dos besos sobre la frente de una mujer muerta.*) Cada vez que te miro me gusta más la botonadura de oro verde que llevas en la camisa.

FABRICIO ¿Qué hora es?

SEÑORA Hicimos bien en comprarla. Me acuerdo cómo le gustaba a mi tío el almirante. (*Silencio.*) El pobre murió en Constantinopla.

FABRICIO Hay ya poca luz.

SEÑORA Deben ser las seis.

FABRICIO ¿Nos vamos?

SEÑORA No te muevas. ¡Si vieras lo bien que me encuentro en este sitio!

FABRICIO Yo, en cambio, estoy fastidiado.

SEÑORA Por culpa del barbero.

FABRICIO Naturalmente.

SEÑORA Ya te dije el día antes que te arreglaras la cabeza. Ahí tienes los inconvenientes de no hacer caso a tu mujer.

FABRICIO Me pica la barba demasiado.

SEÑORA Inconvenientes de ser hombre.

(*Las dos manos amarillentas de don Fabricio caen rendidas sobre el velador. Allí adquieren una trágica expresión eterna.*)

Diálogo del dios Pan

SIRENA

«¡Ay cómo aprieta el mar mi cintura!
Aquellas naves tienen la culpa.
No aprieta el cielo tanto a la luna.
¡Cómo me pesan en las escamas
las duras quillas alquitranadas!»

(*Pan abre sus muslos peludos y vuelve a mear lentamente. En las bodegas de los contornos el vino se sale de las pipas en homenaje al dios. Todas las nodrizas sienten un calorcillo húmedo sobre sus muslos.*)

PAN Oh... (*Se duerme.*)

(*La Sirena desaparece. El mar, lento y pesado, cuelga en los olivos rosas coronas conmemorativas de espuma y caracoles. El mar suena en la orilla y defiende su interior de silencio absoluto.*)



MERIENDA, 1927.
Gouache sobre cartulina y lápices de color.
220 x 290 mm.
Colección Isabel García Lorca. Madrid.

Diálogo de la Residencia

Román en escena paseándose con un número del Socialista.

(*Timbre.*)

VOZ Jesusa, una merienda al cuarto del señor Olalla.

(*Pausa.*)

ARIAS ¿Qué hay, Olalla, y ese ojo?

VOZ Más negro que una mina de Linares.

ARIAS Eso no es nada, rapaz. Una conjuntivitis ligera. A aliviarse.

(*Aparecen don Ricardo [Orueta] cargado de máquinas fotográficas y [Luis] Truán cabreado.*)

TRUÁN Vamos, no diga usted que no, don Ricardo. Es un cretino.

ORUETA Le das mucha importancia, aparte que es un muchacho simpático y de cierto mérito. Te enseñaré la foto que le hice ayer y verás cómo cambias de opinión.

TRUÁN ¡Pobre!

ORUETA Es estupenda.

TRUÁN A mí me molesta que vaya a Gijón.

ORUETA ¿No va también Pepe Moreno [Villa] y Barzola y [Javier] Arisqueta...?

TRUÁN Yo, sin embargo, no le prestaría la máquina ni le prestaría nada. Es un cretino.

ORUETA Mira esta máquina que acabo de comprar a Braulio López Leñiz. Es estupenda. No se la prestaría. Pero la que empleo para las cosas de Berruguete y Pedro Mena... ésa con mucho gusto, porque para mí, que ya soy viejo, se hace muy pesada.

PÁEZ Don Ricardo, un gato hay debajo de su ventana.

ORUETA ¡Un gato!, [?] y están arreglándome el tirador... Trae un bastón, trae un bastón.

(*Vase.*)

TRUÁN Pobres gorriones. Cuánto mejor estarían en la pumarada.

(*Vase.*)

(*Entran Carlos M. [¿Marches¡?], [Ernesto] Lasso [de la Vega], García Lorca y Cienfuegos. Entra Carlos M. cantando las M. Le siguen los demás.*)

CARLOS Tan, tan.

PÁEZ ¿Qué tal, Lorca?

LORCA De primera. ¿Y usted?

PÁEZ Como en junio no hubo notas, pues he venido para sacar notable, pero he sacado dos matrículas.

LORCA ¡Hola, hola, hola, hola!

(*Páez se ruboriza.*)

LORCA ¿Qué tal los toros de ayer?

CARLOS Más malos que un chiste de Becares. Ja, ja, ja, ja, estrepitoso.

CIENFUEGOS Jaaaaaa, jaaaa.

LASSO No estuvieron tan malos... pero desde que se murió el rey del toreo... ¡Pobrecito José!

VIAJE A LA LUNA

1

Cama blanca sobre una pared gris. Sobre los paños surge un baile de números 13 y 22. Desde dos empiezan a surgir hasta que cubren la cama como hormigas diminutas.

2

Una mano invisible arranca los paños.

3

Pies grandes corren rápidamente con exagerados calcetines de rombos blancos y negros.

4

Cabeza asustada que mira fija un punto y se disuelve sobre una cabeza de alambre con un fondo de agua.

5

Letras que digan *Socorro Socorro Socorro* con doble exposición sobre un sexo de mujer con movimientos de arriba abajo.

6

Pasillo largo recorrido por la máquina con ventana de final.

7

Vista de Broadway de noche con movimientos de tic-tac. Se disuelve en el anterior.

8

Seis piernas oscilan con gran rapidez.

9

Las piernas se disuelven sobre un grupo de manos que tiemblan.

10

Las manos que tiemblan sobre una doble exposición de un niño que llora.

11

Y el niño que llora sobre una doble exposición de una mujer que le da una paliza.

12

Esta paliza se disuelve sobre el pasillo largo otra vez, que la máquina recorre con rapidez.

13

Al final un gran plano de un ojo sobre una doble exposición de peces, y se

disuelve sobre el siguiente.

14

Caída rápida por una montaña rusa en color azul con doble exposición de letras de *Socorro Socorro*.

15

Cada letrero de *Socorro Socorro* se disuelve en la huella de un pie.

16

Y cada huella de pie en un gusano de seda sobre una hoja en fondo blanco.

17

De los gusanos de seda sale una gran cabeza muerta y de la cabeza muerta un cielo con luna.

18

La luna se corta y aparece un dibujo de una cabeza que vomita y abre y cierra los ojos y se disuelve sobre

19

dos niños que avanzan cantando con los ojos cerrados.

20

Cabezas de los niños que cantan llenas de manchas de tinta.

21

Un plano blanco sobre el cual se arrojan gotas de tinta. (Todos estos cuadros rápidos y bien ritmados.) Aquí un letrero que diga *No es por aquí*.

22

Puerta

23

Sale un hombre con una bata blanca. Por el lado opuesto viene un muchacho desnudo en traje de baño de grandes cuadros blancos y negros.

24

Gran plano del traje sobre una doble exposición de un pez.

25

El hombre de la bata le ofrece un traje de arlequín pero el muchacho rehúsa. Entonces el hombre de la bata lo coge por el cuello, el otro grita, pero el hombre de la bata le tapa la boca con el traje de arlequín.

26

Gran plano de manos y traje de arlequín apretando con fuerza.

27

Se disuelve sobre una doble exposición de serpientes de mar del *aquárium* y éstas en los cangrejos del mismo *aquárium* y éstos en otros peces con ritmo.

28

Pez vivo sostenido en la mano en un gran plano hasta que muera y avance la boquita abierta hasta cubrir el objetivo.

29

Dentro de la boquita aparece un gran plano en el cual saltan, en agonía, dos peces. Éstos se convierten en un caleidoscopio en el que cien peces saltan o laten en agonía.

30

Letrero: *Viaje a la Luna*. Habitación. Dos mujeres vestidas de negro lloran sentadas con las cabezas echadas en una mesa donde hay una lámpara. Dirigen las manos al cielo. Planos de los bustos y las manos. Tienen las cabelleras echadas sobre las caras y las manos contrahechas con espirales de alambre.

31

Siguen las mujeres bajando los brazos y subiéndolos al cielo.

32

Una rana cae sobre la mesa.

33

Doble exposición de la rana vista enorme sobre un fondo de orquídeas agitadas con furia. Se van las orquídeas y aparece una cabeza enorme dibujada de mujer que vomita que cambia de negativo a positivo y de positivo a negativo rápidamente.

34

Una puerta se cierra violentamente y otra puerta y otra y otra sobre una doble exposición de las mujeres que suben y bajan los brazos. Al cerrarse cada puerta saldrá un letrero que diga: *Elena Helena elhena eLHeNa*.

35

Las mujeres se dirigen rápidamente a la puerta.

36

La cámara baja con gran ritmo acelerado las escaleras y con doble exposición las sube.

37

Triple exposición de subir y bajar escaleras.

38

Doble exposición de barrotes que pasan sobre un dibujo: *Muerte de Santa Rodegunda.*

39

Una mujer enlutada se cae por la escalera.

40

Gran plano de ella.

41

Otra vista de ella muy realista. Lleva pañuelo en la cabeza a la manera española. Exposición de las narices echando sangre.

42

Cabeza boca abajo de ella con doble exposición sobre un dibujo de venas y granos gordos de sal para el relieve.

43

La cámara desde abajo enfoca y sube la escalera. En lo alto aparece un desnudo de muchacho. Tiene la cabeza como los muñecos anatómicos con los músculos y las venas y los tendones. Luego sobre el desnudo lleva dibujado el sistema de la circulación de la sangre y arrastra un traje de arlequín.

44

Aparece de medio cuerpo. Y mira de un lado a otro. Se disuelve sobre una calle nocturna.

45

Ya en la calle nocturna hay tres tipos con gabanes que dan muestras de frío. Llevan los cuellos subidos. Uno mira la luna hacia arriba levantando la cabeza y aparece la luna en la pantalla, otro mira la luna y aparece una cabeza de pájaro en gran plano a la cual se estruja el cuello hasta que muera ante el objetivo, el tercero mira la luna y aparece en la pantalla una luna dibujada sobre fondo blanco que se disuelve sobre un sexo y el sexo en la boca que grita.

46

Huyen los tres por la calle.

47

Aparece en la calle el hombre de las venas y queda en cruz. Avanza en saltos de pantalla.

48

Se disuelve sobre un cruce en triple exposición de trenes rápidos.

49

Los trenes se disuelven sobre una doble exposición de teclados de pianos y manos tocando.

50

Se disuelve sobre un bar donde hay varios muchachos vestidos de esmoquin. El camarero les echa vino pero no pueden llevarlo a su boca. Los vasos se hacen pesadísimos y luchan en una angustia de sueño. Entra una muchacha casi desnuda y un arlequín y bailan en ralentí. Todos prueban a beber pero no pueden. El camarero llena sin cesar los vasos que ya están llenos.

51

Aparece el hombre de las venas gesticulante y haciendo señas desesperadas y movimientos que expresan vida y ritmo acelerado. Todos los hombres se quedan adormilados.

52

Una cabeza mira estúpidamente. Se acerca a la pantalla y se disuelve en una rana. El hombre de las venas estruja la rana con los dedos.

53

Sale una esponja y una cabeza vendada.

54

Se disuelve sobre una calle. La muchacha vestida de blanco huye con el arlequín.

55

Aparece una cabeza que vomita. Y en seguida toda la gente del bar que vomita.

56

Se disuelve sobre un ascensor donde un negrito vomita. La muchacha y el arlequín suben en el ascensor.

57

Suben en el ascensor y se abrazan.

58

Plano de un beso sensual.

59

El muchacho muerde a la muchacha en el cuello y tira violentamente de sus cabellos.

60

Aparece una guitarra. Y una mano rápida corta las cuerdas con unas tijeras.

61

La muchacha se defiende del muchacho, y éste con gran furia le da otro beso profundo y pone los dedos pulgares sobre los ojos como para hundir los dedos en ellos.

62

Grita la muchacha y el muchacho de espaldas se quita la americana y una peluca y aparece el hombre de las venas.

63

Entonces ella se disuelve en un busto de yeso blanco y el hombre de las venas la besa apasionadamente.

64

Se ve el busto de yeso con huellas de labios y huellas de manos.

65

Vuelven a salir las palabras *Elena elena elena elena*.

66

Estas palabras se disuelven sobre grifos que echan agua de manera violenta.

67

Y estos grifos sobre el hombre de las venas muerto sobre periódicos abandonados y arenques.

68

Aparece una cama y unas manos que cubren un muerto.

69

Viene un muchacho con una bata blanca y guantes de goma y una muchacha vestida de negro. Pintan un bigote con tinta a una cabeza terrible de muerto. Y se besan con grandes risas.

70

De ellos surge un cementerio y se les ve besarse sobre una tumba.

71

Plano de un beso cursi de cine con otros personajes.

72

Y al final con prisa la luna y árboles con viento.



Figurín realizado por Lorca para la representación teatral.

"(Traje de la zapatera) verde intenso. Franjas a la cintura más intensa. Sin medias. Zapatitos de charol. Falda plegada. Corpiño ajustado. Vueltas en la bocamanga de encaje negro. Pelo tirante. Boca grande y pintada. Pendientes de coral. Primer acto".

LA ZAPATERA PRODIGIOSA *(*)*

(*)* Nota*: *La edición de Galaxia-Gutemberg difiere en pequeños matices de texto y división de escenas no sustanciales.*

Farsa violenta en dos actos

Acto Primero

Acto Segundo

Personajes

ZAPATERA

VECINA ROJA

VECINA MORADA

VECINA NEGRA

VECINA VERDE

VECINA AMARILLA

BEATA PRIMERA

BEATA SEGUNDA

SACRISTANA

EL AUTOR
ZAPATERO
EL NIÑO
ALCALDE
DON MIRLO
MOZO DE LA FAJA
MOZO DEL SOMBRERO
HIJAS DE LA VECINA ROJA
VECINAS, BEATAS, CURAS Y PUEBLO

(*Cortina gris.*)

(*Aparece el autor. Sale rápidamente. Lleva una carta en la mano*)

EL AUTOR Respetable público... (*Pausa.*) No, respetable público no, público solamente; y no es que el autor no considere al público respetable, todo lo contrario, sino que detrás de esta palabra hay como un delicado temblor de miedo y una especie de súplica para que el auditorio sea generoso con la mímica de los actores y el artificio del ingenio. El poeta no pide benevolencia, sino atención, una vez que ha saltado hace mucho tiempo la barra espinosa de miedo que los autores tienen a la sala. Por este miedo absurdo y por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes, donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo o de que tres peces, por amor de una mano y una palabra, se conviertan en tres millones de peces para calmar el hambre de una multitud. El autor ha preferido poner el ejemplo dramático en el vivo ritmo de una zapatería popular. En todos los sitios late y anima la criatura poética que el autor ha vestido de zapatera con aire de refrán o simple romancillo y no se extrañe el público si aparece violenta o toma actitudes agrias, porque ella lucha siempre, lucha con la realidad que la cerca y lucha con la fantasía cuando ésta se hace realidad visible.

ZAPATERA (*Se oyen voces de la Zapatera*) ¡Quiero salir!

AUTOR ¡Ya voy! No tengas tanta impaciencia en salir; no es un traje de larga cola y plumas inverosímiles el que sacas, sino un traje roto, ¿lo oyes?, un traje de zapatera.

ZAPATERA (*Voz de la Zapatera dentro*) ¡Quiero salir!

AUTOR ¡Silencio!

(*Se descorre la cortina y aparece el decorado con tenue luz.*)

AUTOR También amanece así todos los días sobre las ciudades, y el público olvida su medio mundo de sueño para entrar en los mercados como tú en tu casa, en la escena, zapaterilla prodigiosa.

(*Va creciendo la luz.*)

A empezar, tú llegas de la calle.

(*Se oyen voces que pelean. Al público*)

Buenas noches.

(*Se quita el sombrero de copa y éste se ilumina por dentro con una luz verde, el autor lo inclina y sale de él un chorro de agua. El autor mira un poco cohibido al público y se retira de espaldas Ileno de ironía.*)

Ustedes perdonen.

(*Sale.*)

Acto Primero

(*Casa del zapatero. Banquillo y herramientas. Habitación completamente blanca. Gran ventana y puerta. El foro es también una habitación blanca con algunas puertecitas y ventanas en gris. A derecha e izquierda, puertas. Toda la escena tendrá aire de optimismo y alegría exaltada en los más pequeños detalles. Una suave luz naranja de media tarde invade la escena. Al levantarse el telón la Zapatera viene de la calle toda furiosa y se detiene en la puerta. Viste un traje verde rabioso y lleva el pelo tirante, adornado con dos grandes rosas. Tiene un aire agreste y dulce al mismo tiempo.*)

ZAPATERA Cállate, larga de lengua, penacho de catalineta, que si yo lo he hecho... si yo lo he hecho, ha sido por mi propio gusto... Si no te metes dentro de tu casa te hubiera arrastrado, viborilla empolvada; y esto lo digo para que me oigan todas las que están detrás de las ventanas. Que más vale estar casada con un viejo que con un tuerto, como tú estás. Y no quiero más conversación, ni contigo ni con nadie, ni con nadie. (*Entra dando un fuerte portazo.*) Ya sabía yo que con esta clase de gente no se podía hablar ni un segundo..., pero la culpa la tengo yo, yo y yo..., que debí estarme en mi casa con... casi no quiero creerlo, con mi marido. Quién me hubiera dicho a mí, rubia con los ojos negros, que hay que ver el mérito que esto tiene, con este talle y estos colores tan hermosísimos, que me iba a ver casada con... me tiraría del pelo. (*Llora. Llaman a la puerta.*) ¿Quién es? (*No responden y llaman otra vez.*) ¿Quién es?

(*Enfurecida.*)

NIÑO (*Temerosamente*) Gente de paz.

ZAPATERA (*Abriendo*) ¿Eres tu? (*Melosa y conmovida*)

NIÑO Sí, señora Zapaterita. ¿Estaba usted llorando?

ZAPATERA No, es que un mosco de esos que hacen piiiii me ha picado en este ojo.

NIÑO ¿Quiere usted que le sople?

ZAPATERA No, hijo mío, ya se me ha pasado... (*Le acaricia.*) ¿Y qué es lo que quieres?

NIÑO Vengo con estos zapatos de charol, costaron cinco duros, para que los arregle su marido. Son de mi hermana la grande, la que tiene el cutis fino y se pone dos lazos, que tiene dos, un día uno y otro día otro, en la cintura.

ZAPATERA Déjalos ahí, ya los arreglarán.

NIÑO Dice mi madre que tenga cuidado de no darle muchos martillazos, que el charol es muy delicado, para que no se estropee el charol.

ZAPATERA Dile a tu madre que ya sabe mi marido lo que tiene que hacer, y que así supiera ella aliñar con laurel y pimienta un buen guiso como mi marido componer zapatos.

NIÑO (*Haciendo pucheros*) No se disguste usted conmigo, que yo no tengo la culpa y todos los días estudio muy bien la gramática.

ZAPATERA (*Dulce*) ¡Hijo mío! ¡Prenda mía! ¡Si contigo no es nada! (*Lo besa.*) Toma este muñequito, ¿te gusta? Pues llévatelo.

NIÑO Me lo llevaré, porque como yo sé que usted no tendrá nunca niños...

ZAPATERA ¿Quién te dijo eso?

NIÑO Mi madre lo hablaba el otro día, diciendo: la zapatera no tendrá hijos, y se reían mis hermanas y la comadre Rafaela.

ZAPATERA (*Nerviosamente*) ¿Hijos? Puede que los tenga más hermosos que todas ellas y con más arranque y más honra, porque tu madre... es menester que sepas...

NIÑO ¡Tome usted el muñequito, no lo quiero!

ZAPATERA (*Reaccionando*) No, no, guárdalo, hijo mío... ¡Si contigo no es nada! (*Aparece por la izquierda el Zapatero*. Viste *traje de terciopelo con botones de plata, pantalón corto y corbata roja. Se dirige al banquillo.*)

ZAPATERA ¡Válgate Dios!

NIÑO (*Asustado*) ¡Ustedes se conserven bien! ¡Hasta la vista! ¡Que sea enhorabuena! ¡Deo gratias! (*Sale corriendo por la calle.*)

ZAPATERA Adiós, hijito. Si hubiera reventado antes de nacer no estaría pasando estos trabajos y estas tribulaciones.!Ay dinero, dinero!, sin manos y sin ojos debería haberse quedado el que te inventó.

ZAPATERO (*En el banquillo*) ¿Mujer, qué estás diciendo...?

ZAPATERA ¡Lo que a ti no te importa!

ZAPATERO A mí no me importa nada de nada. Ya sé que tengo que aguantarme.

ZAPATERA También me aguanto yo... piensa que tengo dieciocho años.

ZAPATERO Y yo... cincuenta y tres. Por eso me callo y no me disgusto contigo... ¡demasiado sé yo...! Trabajo para ti ... y sea lo que Dios quiera ...

ZAPATERA (*Esta de espaldas a su marido y se vuelve y avanza tierna y conmovida*) ¡Eso no, hijo mío... no digas...!

ZAPATERO ¡Pero, ay, si tuviera cuarenta años o cuarenta y cinco, siquiera...! (*Golpea furiosamente un zapato con el martillo.*)

ZAPATERA (*Enardecida*) Entonces yo sería tu criada, ¿no es eso? Si una no puede ser buena... ¿Y yo? ¿es que no valgo nada?

ZAPATERO Mujer... repórtate.

ZAPATERA ¿Es que mi frescura y mi cara no valen todos los dineros de este mundo?

ZAPATERO ¡Mujer ... ;que te van a oír los vecinos!

ZAPATERA ¡Maldita hora, maldita hora, en que hice caso a mi compadre Manuel.

ZAPATERO ¿Quieres que te eche un refresquito de limón?

ZAPATERA ¡Ay, tonta, tonta, tonta! (*Se golpea la frente.*) Con tan buenos pretendientes como yo he tenido.

ZAPATERO (*Queriendo suavizar*) Eso dice la gente.

ZAPATERA ¿La gente? Por todas partes se sabe. Lo mejor de estas vegas. Pero el que más me gustaba a mí de todos era Emiliano... tú lo conociste... Emiliano, que venía montado en una jaca negra, llena de borlas y espejitos, con una varilla de mimbre en su mano y unas espuelas de cobre reluciente. ¡Y que capa traía por el invierno! ¡Qué vueltas de pana azul y qué agremanes de seda!

ZAPATERO Así tuve yo una también... son unas capas preciosísimas.

ZAPATERA ¿Tu? ¡Tú que ibas a tener ...! ¿Pero, por qué te haces ilusiones? Un zapatero no se ha puesto en su vida una prenda de esa clase...

ZAPATERO Pero, mujer, ¿no estás viendo ...?

ZAPATERA (*Interrumpiéndole*) También tuve otro pretendiente... (*El Zapatero golpea fuertemente el zapato.*) Aquél era medio señorito... tendría dieciocho años, ¡se dice muy pronto! ¡Dieciocho años! (*El Zapatero se revuelve inquieto.*)

ZAPATERO También los tuve yo.

ZAPATERA Tú no has tenido en tu vida dieciocho años.. Aquél sí que los tenía y me decía unas cosas..Verás ...

ZAPATERO (*Golpeando furioso*) ¿Te quieres callar? Eres mi mujer, quieras o no quieras, y yo soy tu esposo. Estabas pereciendo sin camisa, ni hogar. Por qué me has querido. ¡Fantasiosa, fantasiosa, fantasiosa!

ZAPATERA (*Levantándose*) ¡Cállate! No me hagas hablar más de lo prudente y ponte a tu obligación. ¡Parece mentira! (*Dos vecinas con mantillas cruzan la ventana sonriendo.*) ¿Quién me lo iba a decir, viejo pellejo, que me ibas a dar tal pago? ¡Pégame, si te parece, anda, tírame el martillo!

ZAPATERO ¡Ay, mujer... no me des escándalos, mira que viene la gente! ¡Ay, Dios mío! (*Las dos vecinas vuelven a cruzar.*)

ZAPATERA Yo me he rebajado. ¡Tonta, tonta, tonta! Maldito sea mi compadre Manuel, maldito sean los vecinos, tonta, tonta, tonta. (*Sale golpeándose la cabeza.*)

ZAPATERO (*Mirándose en un espejo y contándose las arrugas*) Una, dos, tres, cuatro... y mil. (*Guarda el espejo.*) Pero me está muy bien empleado, sí, señor. Porque vamos a ver: ¿por qué me habré casado? Yo debí haber comprendido,

después de leer tantas novelas, que las mujeres les gustan a todos los hombres, pero todos los hombres no les gustan a todas las mujeres. ¡Con lo bien que yo estaba! Mi hermana, mi hermana tiene la culpa, mi hermana que se empeñó: "que si te vas a quedar solo", "que si qué sé yo que". Y esto es mi ruina. ¡Mal rayo parta a mi hermana, que en paz descanse! (*Fuera se oyen voces.*) ¿Qué será?

VECINA ROJA (*En la ventana y con brío. La acompañan sus hijas* del mismo color) Buenas tardes.

ZAPATERO (*Rascándose la cabeza*) Buenas tardes.

VECINA Dile a tu mujer que salga. Niñas, ¿queréis no llorar más? ¡Que salga, a ver si por delante de mí casca tanto como por detrás!

ZAPATERO Ay, vecina de mi alma, no me dé usted escándalos, ¡por los clavitos de Nuestro Señor! ¿Qué quiere usted que yo le haga? Pero comprenda mi situación: toda la vida temiendo casarme... porque casarse es una cosa muy seria, y, a última hora, ya lo está usted viendo.

VECINA ¡Qué lástima de hombre! ¡Cuánto mejor le hubiera ido a usted casado con gente de su clase! ..Estas niñas, pongo por caso, u otras del pueblo...

ZAPATERO Y mi casa no es casa. ¡Es un guirigay!

VECINA ¡Se arranca el alma! Tan buenísima sombra como ha tenido usted toda su vida.

ZAPATERO (*Mira por si viene su mujer*) Anteayer... despedazó el jamón que teníamos guardado para estas Pascuas y nos lo comimos entero. Ayer estuvimos todo el día con unas sopas de huevos y perejil: bueno, pues porque protesté de esto, me hizo beber tres vasos seguidos de leche sin hervir.

VECINA ¡Qué fiera!

ZAPATERO Así es, vecinita de mi corazón, que le agradecería en el alma que se retirase.

VECINA ¡Ay, si viviera su hermana! Aquélla si que era...

ZAPATERO Ya ves... y de camino llévate tus zapatos que están arreglados. (*Por la puerta de la izquierda asoma la zapatera, que detrás de la cortina espía la escena sin ser vista.*)

VECINA (*Mimosa*) ¿Cuánto me vas a llevar por ellos?... Los tiempos van cada vez peor.

ZAPATERO Lo que tú quieras... Ni que tire por allí ni que tire por aquí...

VECINA (*Dando en el codo a sus hijas*) ¿Están bien en dos pesetas?

ZAPATERO ¡Tú dirás!

VECINA Vaya... ¡Te daré una...!

ZAPATERA (*Saliendo furiosa*) ¡Ladrona! (*Las mujeres chillan y se asustan.*) ¿Tienes valor de robar a este hombre de esta manera? (*A su marido.*) Y tu, ¿dejarte robar? Vengan los zapatos. Mientras no nos des por ellos diez pesetas, aquí se quedan.

VECINA ¡Lagarta, lagarta!

ZAPATERA ¡Mucho cuidado con lo que estás diciendo!

NIÑAS Ay, vámonos, vámonos, ¡por Dios!

VECINA ¡Bien despachado vas de mujer, que te aproveche! (*Se van rápidamente. El Zapatero cierra la ventana y la puerta*)

ZAPATERO Escúchame un momento...

ZAPATERA (*Recordando*) Lagarta... lagarta... qué, qué, qué... ¿qué me vas a decir?

ZAPATERO Mira, hija mía. Toda mi vida ha sido en mi una verdadera preocupación evitar el escándalo, (*El Zapatero traga constantemente saliva.*)

ZAPATERA ¿Pero tienes el valor de llamarme escandalosa, cuando he salido a defender tu dinero?

ZAPATERO Yo no te digo más, que he huido de los escándalos, como las salamanquesas del agua fría.

ZAPATERA (*Rápida*) ¡Salamanquesas! ¡Hay, qué asco!

ZAPATERO (*Armado de paciencia*) Me han provocado, me han, a veces, hasta insultado, y no teniendo ni tanto así de cobarde he quedado sin alma en mi almario, por el miedo de verme rodeado de gentes y llevado y traído por comadres y desocupados. De modo que ya lo sabes. ¿He hablado bien? Ésta es mi última palabra.

ZAPATERA Pero vamos a ver, a mí ¿qué me importa todo eso? Me casé contigo, ¿no tienes la casa limpia? ¿No comes? ¿No te pones cuellos y puños que en tu vida te los habías puesto? ¿No llevas tu reloj, tan hermoso, con cadena de plata y venturinas, al que te doy cuerda todas las noches? ¿Qué más quieres? Porque yo, todo; menos esclava. Quiero hacer siempre mi santa voluntad.

ZAPATERO No me digas... tres meses llevamos de casados, yo, queriéndote... y tu, poniéndome verde. ¿No ves que ya no estoy para bromas?

ZAPATERA(*Seria y como soñando*) Queriéndome, queriéndome... Pero (*Brusca.*) ¿qué es eso de queriéndome? ¿Qué es queriéndome?

ZAPATERO Tu te creerás que yo no tengo vista y sé lo que haces y lo que no haces, y ya estoy colmado, ¡hasta aquí!

ZAPATERA (*Fiera*) Pues lo mismo me da a mí que estés colmado como que no estés, porque tu me importas tres pitos, ¡ya lo sabes! (*Llora.*)

ZAPATERO ¿No puedes hablarme un poquito más bajo?

ZAPATERA Merecías, por tonto, que colmara la calle a gritos.

ZAPATERO Afortunadamente creo que esto acabará pronto; porque yo no sé cómo tengo paciencia.

ZAPATERA Hoy no comemos... de manera que ya te puedes buscar la comida por otro sitio. (*La Zapatera sale rápidamente hecha una furia.*)

ZAPATERO Mañana (*Sonriendo*) quizás la tengas que buscar tú también. (*Se

va al banquillo.)

(*Por la puerta central aparece el Alcalde. Viste de azul oscuro, gran capa y larga vara de mano rematada con cabos de plata. Habla despacio y con gran sorna.*)

ALCALDE ¿En el trabajo?

ZAPATERO En el trabajo, señor Alcalde.

ALCALDE ¿Mucho dinero?

ZAPATERO El suficiente. (*El Zapatero sigue trabajando. El Alcalde mira curiosamente a todos lados.*)

ALCALDE Tú no estás bueno.

ZAPATERO (*Sin levantar la cabeza*) No

ALCALDE ¿La mujer?

ZAPATERO (*Asintiendo*) ¡La mujer!

ALCALDE (*Sentándose*) Eso tiene casarse a tu edad... A tu edad se debe ya estar viudo... de una, como mínimo.. Yo estoy de cuatro: Rosa, Manuela Visitación y Enriqueta Gómez, que ha sido la última: buenas mozas todas, aficionadas al baile y al agua limpia. Todas, sin excepción, han probado esta vara repetidas veces. En mi casa ... en mi casa, coser y cantar.

ZAPATERO Pues ya está usted viendo qué vida la mía. Mi mujer... no me quiere. Habla por la ventana con todos. Hasta con don Mirlo, y a mí se me está encendiendo la sangre.

ALCALDE (*Riendo*) Es que ella es una chiquilla alegre, eso es natural.

ZAPATERO ¡Ca! Estoy convencido... yo creo que esto lo hace por atormentarme; porque, estoy seguro..., ella me odia. Al principio creí que la dominaría con mi carácter dulzón y mis regalillos: collares de coral, cintillos, peinetas de concha... ¡hasta unas ligas! ¡Pero ella ... Siempre es ella!

ALCALDE Y tú, siempre tú; ¡qué demonio! Vamos, lo estoy viendo y me parece mentira cómo un hombre, lo que se dice un hombre, no puede meter en cintura, no una, sino ochenta hembras. Si tu mujer habla por la ventana con todos, si tu mujer se pone agria contigo, es porque tú quieres, porque tú no tienes arranque. A las mujeres buenos apretones en la cintura, pisadas fuertes y la voz siempre en alto, y si con esto se atreven a hacer kikirikí, la vara, no hay otro remedio. Rosa, Manuela, Visitación y Enriqueta Gómez, que ha sido la última, te lo pueden decir desde la otra vida, si es que por casualidad están allí.

ZAPATERO Pero si el caso es que no me atrevo a decirle una cosa. (*Mira con recelo.*)

ALCALDE (*Autoritario*) Dímela.

ZAPATERO Comprendo que es una barbaridad... pero, yo no estoy enamorado de mi mujer.

ALCALDE ¡Demonio!

ZAPATERO Sí, señor, ¡demonio!

ALCALDE Entonces, grandísimo tunante, ¿por qué te has casado?

ZAPATERO Ahí lo tiene usted. Yo no me lo explico tampoco. Mi hermana, mi hermana tiene la culpa. Que si te vas a quedar solo, que si qué sé yo, que si que sé yo cuántos. Yo tenía dinerillos, salud y dije: ¡Allá voy! Pero, benditísima soledad antigua. Mal rayo parta a mi hermana, ¡que en paz descanse!

ALCALDE ¡Pues te has lucido!

ZAPATERO Sí, señor, me he lucido... Ahora, que yo no aguanto más. Yo no sabía lo que era una mujer. Digo, ¡usted, cuatro! Yo no tengo edad para resistir este jaleo.

ZAPATERA (*Cantando dentro, fuerte*)

Ay, jaleo, jaleo,
ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo!

ZAPATERO Ya lo está usted oyendo.

ALCALDE ¿Y qué piensas hacer?

ZAPATERO Cuca silvana. (*Hace un ademán*)

ALCALDE ¿Se te ha vuelto el juicio?

ZAPATERO (*Excitado*) El zapatero a tus zapatos se acabó para mí. Yo soy un hombre pacífico. Yo no estoy acostumbrado a estos voceríos y a estar en lenguas de todos.

ALCALDE (*Riéndose*) Recapacita lo que has dicho que vas a hacer; tú eres capaz de hacerlo, y no seas tonto. Es una lástima que un hombre como tú no tenga el carácter que debías tener. (*Por la puerta de la izquierda* aparece *la Zapatera echándose polvos con una polvera rosa y limpiándose las cejas.*)

ZAPATERA Buenas tardes.

ALCALDE Muy buenas. (*Al zapatero*): Como guapa, es guapísima.

ZAPATERO ¿Usted cree?

ALCALDE Qué rosas tan bien puestas lleva usted en el pelo y, ¡qué bien huelen!

ZAPATERA Muchas que tiene usted en los balcones de su casa.

ALCALDE Efectivamente. ¿Le gustan a usted las flores?

ZAPATERA ¿A mí...? ¡Ay, me encantan! Hasta en el tejado pondría yo macetas, en la puerta, por las paredes. Pero a éste ... a ése ... no le gustan. Claro, toda la vida haciendo botas, ¡qué quiere usted! (*Se sienta en la ventana.*) Y buenas tardes. (*Mira la calle y coquetea*).

ZAPATERO ¿Lo ve usted?

ALCALDE Un poco ... pero es una mujer guapísima. ¡Qué cintura tan ideal!

ZAPATERO No la conoce usted.

ALCALDE ¡Pscch! (*Saliendo majestuosamente*): ¡Hasta mañana! Y a ver si se despeja esa cabeza. ¡A descansar, niña! ¡Qué lástima de talle! (*Vase mirando a 1a*

Zapatera.) ¡Porque, vamos! ¡Y hay que ver qué ondas en el pelo! (*Sale.*)

ZAPATERO (*Cantando*)

Si tu madre tiene un rey,
la baraja tiene cuatro;
rey de oros, rey de copas,
rey de espadas, rey de bastos

(*La Zapatera coge una silla y sentada en una ventana empieza a darle vueltas.*)

ZAPATERO (*Cogiendo otra silla y dándole vueltas en sentido contrario*) Si sabes que tengo esa superstición, y para mi esto es como si me dieras un tiro, ¿por qué lo haces?

ZAPATERA (*Soltando la silla*) ¿Qué he hecho yo? ¿No te digo que no me dejas ni moverme?

ZAPATERO Ya estoy harto de explicarte... pero es inútil (*Va a hacer mutis pero la Zapatera empieza otra vez y el Zapatero viene corriendo desde la puerta da y da vueltas a su silla.*) ¿Por qué no me dejas marchar mujer?

ZAPATERA ¡Jesús!, pero si lo que yo estoy desando es que te vayas.

ZAPATERO ¡Pues déjame!

ZAPATERA (*Enfurecida*) Pues vete! (*Fuera se oye una flauta acompañada de guitarra que toca una polquita antigua con el ritmo cómicamente acusado. La Zapatera empieza a llevar el compás con la cabeza y el Zapatero huye por la izquierda.*)

ZAPATERA (*Cantando*) Larán... larán... A mi, es que la flauta me ha gustado siempre mucho... Yo siempre he tenido delirio por ella ... Casi se me saltan las lágrimas... ¡Qué primor! Larán, larán... Oye ... Me gustaría que él la oyera ... (Se *levanta y se pone a bailar como si lo hiciera con novios imaginarios.*) ¡Ay, Emiliano! Qué cintillos tan preciosos llevas ... No, no ... Me da vergüencilla... Pero, José María, ¿no ves que nos están viendo? Coge un pañuelo, que no quiero que me manches el vestido. A ti te quiero, a ti... ¡Ah, sí!... mañana que traigas la jaca blanca, la que a mí me gusta. *(Ríe. Cesa la música.)* ¡Qué mala sombra! Esto es dejar a una con la miel en los labios ... Qué ...

(*Aparece en la ventana Don Mirlo. Viste de negro, frac y pantalón corto. Le tiembla la voz y mueve la cabeza como un muñeco de alambre.*)

MIRLO ¡Chisssssss!

ZAPATERA (*Sin mirar y vuelta de espalda a la ventana*) Pin, pin, pio, pío, pío.

MIRLO (*Acercándose mas*) ¡Chiss! Zapaterilla blanca, como el corazón de las almendras, pero amargosilla también. Zapaterita ... junco de oro encendido ... Zapaterita, bella otero de mi corazón.

ZAPATERA Cuánta cosa, don Mirlo; a mí me parecía imposible que los pajarracos hablaran. Pero si anda por ahí revoloteando un mirlo negro, negro y viejo... sepa que yo no puedo oírle cantar hasta más tarde... pin, pío, pío, pío, pío.

MIRLO Cuando las sombras crepusculares invadan con sus tenues velos el

mundo y la vía pública se halle libre de transeúntes, volveré. (*Toma rapé y estornuda sobre el cuello de la Zapatera.*)

ZAPATERA (*Volviéndose airada y pegando a Don Mirlo, que tiembla*) Aaaay. (*Con cara de asco*): ¡Y aunque no vuelvas indecente! Mirlo de alambre, garabato de candil. Corre, corre... ¿Se habrá visto? ¡Mira que estornudar! ¡Vaya mucho con Dios! ¡Qué asco!

(*En la ventana se para el Mozo de la faja. Tiene el sombrero plano echado a la cara y da pruebas de gran pesadumbre.*)

MOZO ¿Se toma el fresco, zapaterita?

ZAPATERA Exactamente igual que usted.

MOZO Y siempre sola... ¡Qué lastima!

ZAPATERA (*Agria*) ¿Y por qué, lástima?

MOZO Una mujer como usted, con ese pelo y esa pechera tan hermosísima...

ZAPATERA (*Mas agria*) Pero, ¿por qué lástima?

MOZO Porque usted es digna de estar pintada en las tarjetas postales y no aquí ... este portalillo.

ZAPATERA ¿Sí?... A mí las tarjetas postales me gustan mucho, sobre todo las de novios que se van de viaje...

MOZO ¡Ay, zapaterita, qué calentura tengo! (*Siguen hablando.*)

ZAPATERO (*Entrando y retrocediendo*) ¡Con todo el mundo y a estas horas! ¡Qué dirán los que vengan al rosario de la iglesia! ¡Qué dirán en el casino! ¡Me estarán poniendo!... En cada casa un traje con ropa interior y todo. (*La Zapatera ríe.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Tengo razón para marcharme! ¿Quisiera oír a la mujer del sacristán; pues y los curas? ¿Qué dirán los curas? Eso será lo que habrá que oír. (*Entra desesperado.*)

MOZO ¿Cómo quiere que se lo exprese ...? Yo la quiero, te quiero como...

ZAPATERA Verdaderamente eso de "la quiero", "te quiero", suena de un modo que parece que me están haciendo cosquillas con una pluma detrás de las orejas. Te quiero, la quiero ...

MOZO ¿Cuántas semillas tiene el girasol?

ZAPATERA ¡Yo qué sé!

MOZO Tantos suspiros doy cada minuto por usted, por ti... (*Muy cerca.*)

ZAPATERA (*Brusca*) Estate quieto. Yo puedo oírte hablar porque me gusta y es bonito, pero nada más, ¿lo oyes? ¡Estaría bueno!

MOZO Pero eso no puede ser. ¿Es que tienes otro compromiso?

ZAPATERA Mira, vete.

MOZO No me muevo de este sitio sin el sí. ¡Ay, mi zapaterita, dame tu palabra! (*Va a abrazarla.*)

ZAPATERA (*Cerrando violentamente la ventana*) Pero qué impertinente, qué

loco! ... Si te he hecho daño te aguantas! ... Como si yo no estuviera aquí más que paraaa, paraaaa ... Es que en este pueblo no puede una hablar con nadie? Por lo que veo, en este pueblo no hay más que dos extremos: o monja o trapo de fregar ... Era lo que me quedaba que ver! (*Haciendo como que huele y echando a correr.*) Ay, mi comida que está en la lumbre! Mujer ruin!

(*La luz se va marchando. El Zapatero sale con una gran capa y un bulto de ropa en la mano.*)

ZAPATERO ¡O soy otro hombre o no me conozco! ¡Ay, casita mía! ¡Ay, banquillo mío! Cerote, clavos, pieles de becerro ... Bueno. (*Se dirige hacia la puerta y retrocede, pues se topa con dos beatas en el mismo quicio.*)

BEATA 1 ¿Descansando, verdad?

BEATA 2 ¡Hace usted bien en descansar!

ZAPATERO ¡Buenas noches!

BEATA 1 A descansar, maestro.

BEATA 2 ¡A descansar, a descansar! (*Se van*)

ZAPATERO Sí, descansando ... ¡Pues no estaban mirando por el ojo de la llave! ¡Brujas, sayonas! ¡Cuidado con el retintín con que me lo han dicho! ¡Claro ... si en todo el pueblo no se hablará de otra cosa: que si yo, que sí ella, que si los mozos! ¡Ay! ¡Mal rayo parta a mi hermana que en paz descanse! Pero primero solo que señalado por el dedo de los demás! (*Sale rápidamente y deja la puerta abierta. Por la izquierda aparece la Zapatera.*)

ZAPATERA Ya está la comida... ¿me estás oyendo? (*Avanza hacia la puerta de la derecha*): ¿Me estás oyendo? ¿Pero habrá tenido el valor de marcharse al cafetín, dejando la puerta abierta ... y sin haber terminad los borceguíes? ¡Pues cuando vuelva me oirá! ¡Me tiene que oír! ¡Qué hombres son los hombres, que abusivos y qué ... qué ... vaya! ... (*En un repeluzno*): ¡Ay, qué fresquito hace! (*Se pone a encender el candil y de la calle llega el ruido de la esquilas de los rebaños que vuelven al pueblo. La Zapatera se asoma a la ventana.*) ¡Qué primor de rebaños! Lo que es a mí, me chalan las ovejitas. Mira, mira.., aquella blanca tan chiquita que casi no puede andar. ¡Ay! ... Pero aquella grandota y antipática se empeña en pisarla y nada ... (*A voces*): ¡Pastor, asombrado! ¿No estás viendo que te pisotean la oveja recién nacida? (*Pausa.*) Pues claro que me importa... ¿No ha de importarme? ¡Brutísimo!... Y mucho... (*Se quita de la ventana.*) Pero señor, adónde habrá ido este hombre desnortado Pues si tarda siquiera dos minutos más, como yo sola, que me basto y me sobro ... Con la comida tan buena que he preparado ... Mi cocido, con sus patatas de la sierra, dos pimientos verdes, pan blanco, un poquito magro de tocino, y arrope con calabaza y cáscara de limón para encima, porque lo que es cuidarlo, lo que es cuidarlo, ¡lo estoy cuidando a mano! (*Durante todo este monologo da muestras de gran actividad, moviéndose de un lado, para otro, arreglando las sillas, despabilando el velón y quitándose motas del vestido.*)

NIÑO (*En la puerta*) ¿Estas disgustada todavía?

ZAPATERA Primorcito de su vecina, ¿dónde vas?

NIÑO (*En la puerta*) Tú no me regañarás, ¿verdad?, porque a mi madre que algunas veces me pega, la quiero veinte arrobas, pero a ti, te quiero treinta y dos y media ...

ZAPATERA ¿Por qué eres tan precioso? (*Sienta al Niño en sus rodillas.*)

NIÑO Yo venía a decirte una cosa que nadie quiere decirte. Ve tú, ve tú, ve tú, y nadie quería y entonces, "que vaya el niño", dijeron ... porque era un notición que nadie quiere dar.

ZAPATERA Pero dímelo pronto, ¿qué ha pasado?

NIÑO No te asustes, que de muertos no es.

ZAPATERA ¡Anda!

NIÑO Mira, zapaterita... (*Por la ventana entra una mariposa y el Niño bajándose de las rodillas de la Zapatera echa a correr.*) Una mariposa, una mariposa ... ¿No tienes un sombrero...? Es amarilla, con pintas azules y rojas ... y, qué sé yo ...

ZAPATERA Pero, hijo mío ... ¿quieres?

NIÑO (*Enérgico*) Cállate y habla en voz baja, ¿no ves que se espanta si no? ¡Ay! ¡Dame tu pañuelo!

ZAPATERA (*Intrigada ya en la caza*) Tómalo.

NIÑO Chis ... No pises fuerte.

ZAPATERA Lograrás que se escape.

NIÑO (*En voz baja y como encantando a la mariposa, canta*)
Mariposa del aire,
qué hermosa eres,
mariposa del aire
dorada y verde.
Luz de candil,
mariposa del aire,
quédate ahí, ahí, ahí! ...
No te quieres parar,
pararte no quieres.
Mariposa del aire,
dorada y verde.
Luz de candil,
mariposa del aire,
quédate ahí, ahí, ahí! ...
Quédate ahí!
Mariposa, ¿estás ahí?

ZAPATERA (*En broma*) Síiii.

NIÑO No, eso no vale. (*La mariposa vuela*)

ZAPATERA ¡Ahora! ¡Ahora!

NIÑO (*Corriendo alegremente con el pañuelo*) ¿No te quieres parar? ¿No quieres dejar de volar?

ZAPATERA (*Corriendo también por otro lado*) ¡Que se escapa, que se escapa! (*El Niño sale corriendo por la puerta persiguiendo a la mariposa*)

ZAPATERA (*Enérgica*) ¿Dónde vas?

NIÑO (*Suspenso*) ¡Es verdad! (*Rápido.*) Pero yo no tengo la culpa.

ZAPATERA ¡Vamos! ¿Quieres decirme lo que pasa? ¡Pronto...!

NIÑO Ay! Pues, mira ... tu marido, el zapatero, se ha ido para no volver más.

ZAPATERA (*Aterrada*) ¿Cómo?

NIÑO Sí, sí, eso ha dicho en casa antes de montarse en la diligencia, que lo he visto yo ... y nos encargó que te lo dijéramos y ya lo sabe todo el pueblo.

ZAPATERA (*Sentándose desplomada*) ¡No es posible, esto no es posible! ¡Yo no lo creo!

NIÑO Sí que es verdad, no me regañes¡

ZAPATERA (*Levantándose hecha una furia y dando fuertes pisotadas en el suelo*) ¿Y me da este pago? ¿Y me da este pago? (*El Niño se refugia detrás de la mesa.*)

NIÑO ¡Que se te caen las horquillas!

ZAPATERA ¿Qué va a ser de mí sola en esta vida? ¡Ay, ay, ay! (*El Niño sale corriendo. La ventana y puertas están llenas de vecinos.*) Sí, sí, venid a verme, cascantes, comadricas, por vuestras culpa ha sido.

ALCALDE Mira, ya te estás callando. Si tu marido te dejado ha sido porque no lo querías, porque no podía ser.

ZAPATERA Pero, ¿lo van a saber ustedes mejor que yo? Si, lo quería, vaya si lo quería, que pretendientes buenos y muy riquísimos he tenido y no les he dado el sí jamás. ¡Ay, pobrecito mío, qué cosas te habrán contado!

SACRISTANA (*Entrando*) Mujer, repórtate.

ZAPATERA No me resigno. No me resigno. ¡Ay, ay!

(*Por la puerta empiezan a entrar vecinas vestidas con colores violentos y que llevan grandes vasos de refrescos. Giran, corren, entran y salen alrededor de la Zapatera que está sentada gritando, con la prontitud y ritmo de baile. Las grandes faldas se abren a las vueltas que dan. Todos adoptan una actitud cómica de pena.*)

VECINA AMARILLA Un refresco.

VECINA ROJA Un refresquito.



"Vecina del traje verde. Aderezos blancos. Madroños verdes".

VECINA VERDE Para la sangre.
VECINA NEGRA De limón.
VECINA MORADA De zarzaparrilla.
VECINA ROJA La menta es mejor.
VECINA MORADA Vecina.
VECINA VERDE Vecinita.
VECINA NEGRA Zapatera.
VECINA ROJA Zapaterita.
(*Las vecinas arman gran algazara. La Zapatera llora a gritos.*)
(*TELÓN*)



" Vecina azul. Franjas rosa. Manga estrecha. Grandes madroños negros". Junto al dibujo un alfiler cose al papel dos trozos de tela."

Acto Segundo

La misma decoración. A la izquierda, el banquillo arrumbado. A la derecha, el mostrador con botellas y un lebrillo con agua donde la Zapatera friega las copas. La Zapatera está detrás del mostrador. Viste un traje rojo encendido, con amplias faldas y los brazos al aire. En la escena, dos mesas en una de ellas está sentado Don Mirlo, que toma un refresco y en la otra el Mozo del sombrero en la cara. La Zapatera friega con gran ardor vasos y copas que va volcando en el mostrador. Aparece en la puerta el Mozo de la faja, y el sombrero plano del primer acto. Está triste. Lleva los brazos caídos y mira de manera tierna a la Zapatera. Al actor que exagere lo más mínimo en este tipo, debe el director de escena darle un bastonazo en la cabeza. Nadie debe exagerar. La farsa exige siempre naturalidad. El autor ya se ha encargado de dibujar el tipo y el sastre de vestirlo. Sencillez. El Mozo se detiene en la puerta. Don Mirlo y el otro Mozo vuelven la cabeza y lo miran. Ésta es casi una escena de cine. Las miradas y expresión del conjunto dan su expresión. La Zapatera deja de fregar y mira al Mozo fijamente.

(*Silencio*)

ZAPATERA Pase usted.

MOZO DE LA FAJA Si usted lo quiere...

ZAPATERA (*Asombrada*) ¿Yo? Me trae absolutamente sin cuidado, pero

como lo veo en la puerta...

MOZO DE LA FAJA Lo que usted quiera. (*Se apoya en el mostrador.) (Entre dientes)*: Éste es otro al que voy a tener que...

ZAPATERA ¿Qué va a tomar?

MOZO DE LA FAJA Seguiré sus indicaciones.

ZAPATERA Pues la puerta.

MOZO DE LA FAJA ¡Ay, Dios mío, cómo cambian los tiempos!

ZAPATERA No crea usted que me voy a echar a llorar. Vamos. Va a usted a tomar copa, café, refresco, ¿diga...?

MOZO DE LA FAJA Refresco.

ZAPATERA No me mire tanto que se me va a derramar el jarabe.

MOZO DE LA FAJA Es que me estoy muriendo ¡ay! (*Por la ventana pasan dos majas con inmensos abanicos. Miran, se santiguan escandalizadas, se tapan los ojos con los pericones y a pasos menuditos cruzan.*)

ZAPATERA El refresco.

MOZO DE LA FAJA (*Mirándola*) ¡Ay!

MOZO DEL SOMBRERO (*Mirando al suelo*) ¡Ay!

MIRLO (*Mirando al techo*) ¡Ay! (*La Zapatera dirige la cabeza hacia los tres ayes.*)

ZAPATERA ¡Requeteay! ¿Pero esto es una taberna o un hospital? ¡Abusivos! Si no fuera porque tengo que ganarme la vida con estos vinillos y este trapicheo, porque estoy sola desde que se fue por culpa de todos vosotros mi pobrecito marido de mi alma, ¿cómo es posible que yo aguantara esto? ¿Qué me dicen ustedes? Los voy a tener que plantar en lo más ancho de la calle.

MIRLO Muy bien, muy bien dicho.

MOZO DEL SOMBRERO Has puesto taberna y podemos estar aquí dentro todo el tiempo que queramos.

ZAPATERA (*Fiera*) ¿Cómo? ¿Cómo? (*El Mozo de la faja inicia el mutis y Don Mirlo se levanta sonriente y haciendo como que está en el secreto y que volverá.*)

MOZO DEL SOMBRERO Lo que he dicho.

ZAPATERA Pues si dices tú, más digo yo y puedes enterarte, y todos los del pueblo, que hace cuatro meses que se fue mi marido y no cederé a nadie jamás, porque una mujer casada debe estarse en su sitio como Dios manda. Y que no me asusto de nadie, ¿lo oyes?, que yo tengo la sangre de mi abuelo, que esté en gloria, que fue desbravador de caballos y lo que se dice un hombre. Decente fui y decente lo seré. Me comprometí con mi marido. Pues hasta la muerte. (*Don Mirlo sale por la puerta, rápidamente y haciendo señas que indican una relación entre él y la Zapatera*.)

MOZO DEL SOMBRERO (*Levantándose*) Tengo tanto coraje que agarraría un toro de los cuernos, le haría hincar la cerviz en las arenas y después me comería los sesos crudos con estos dientes míos, en la seguridad de no hartarme de morder. (*Sale rápidamente y Don Mirlo huye hacia la izquierda.*)

ZAPATERA (*Con las manos en la cabeza*) Jesús, Jesús, Jesús y Jesús. (*Se sienta.) (Por la puerta entra el niño, se dirige a la Zapatera y le tapa los ojos.)*

NIÑO ¿Quien soy yo?

ZAPATERA Mi niño, pastorcillo de Belén.

NIÑO Ya estoy aquí. (*Se besan.*)

ZAPATERA ¿Vienes por la meriendita?

NIÑO Si tú me la quieres dar...

ZAPATERA Hoy tengo una onza de chocolate.

NIÑO ¿Sí? A mí me gusta mucho estar en tu casa.

ZAPATERA (*Dándole la onza*) ¿Por qué eres interesadillo?

NIÑO ¿Interesadillo? ¿Ves este cardenal que tengo en la rodílla?

ZAPATERA ¿A ver? (*Se sienta en una silla baja y toma el Niño en brazos.*)

NIÑO Pues me lo ha hecho el Lunillo porque le estaba cantando... las coplas que te han sacado y yo le pegué en la cara, y entonces él me tiró una piedra que,!plaf!, mira.

ZAPATERA ¿Te duele mucho?

NIÑO Ahora no, pero he llorado.

ZAPATERA No hagas caso ninguno de lo que dicen.

NIÑO Es que eran cosas muy indecentes. Cosas indecentes que yo sé decir, ¿sabes?, pero que no quiero decir.

ZAPATERA (*Riéndose*) Porque si lo dices cojo un pimiento picante y te pongo la lengua como un ascua. (*Ríen.*)

NIÑO Pero, ¿por qué te echaran a ti la culpa de que tu marido se haya marchado?

ZAPATERA Ellos, ellos son los que la tienen y los que me hacen desgraciada.

NIÑO (*Triste*) No digas, Zapaterita.

ZAPATERA Yo me miraba en sus ojos. Cuando le veía venir montado en su jaca blanca...

NIÑO (*Interrumpiéndole*) ¡Ja, ja, ja! Me estás engañando. El señor Zapatero no tenía jaca.

ZAPATERA Niño, sé más respetuoso. Tenía jaca, claro que la tuvo, pero es... es que tú no habías nacido.

NIÑO (*Pasándole la mano por la cara*) ¡Ah! Eso sería!

ZAPATERA Ya ves tú... cuando lo conocí estaba yo lavando en el arroyo del pueblo. Medio metro de agua y las chinas del fondo se veían reír, reír con el temblorcillo. El venía con un traje negro entallado, corbata roja de seda buenísima y cuatro anillos de oro que relumbraban como cuatro soles.

NIÑO ¡Que bonito!

ZAPATERA Me miró y lo mire. Yo me recosté en la hierba Todavía me

parece sentir en la cara aquel aire tan fresquito que venía por los árboles. Él paró su caballo y la cola del caballo era blanca y tan larga que llegaba al agua del arroyo. (*La Zapatera está casi llorando. Empieza a oírse un canto lejano.*) Me puse tan azorada que se me fueron dos pañuelos preciosos, así de pequeñitos, en la corriente.

NIÑO ¡Qué risa!

ZAPATERA Él, entonces me dijo... (*El canto se oye más cerca. Pausa.*) ¡Chisss ...!

NIÑO (*Se levanta*) ¡Las coplas!

ZAPATERA ¡Las coplas! (*Pausa. Los dos escuchan.*) ¿Tú sabes lo que dicen?

NIÑO (*Con la mano*) Medio, medio.

ZAPATERA Pues cántalas, que quiero enterarme.

NIÑO ¿Para qué?

ZAPATERA Para que yo sepa de una vez lo que dicen.

NIÑO (*Cantando y siguiendo el compás*) Verás.

La señora Zapatera,
al marcharse su marido,
ha montado una taberna
donde acude el señorío.

ZAPATERA ¡Me la pagarán!

NIÑO (*El Niño lleva el compás con la mano en la mesa*)

Quién te compra, Zapatera,
el paño de tus vestidos
y esas chambras de batista
con encaje de bolillos.
Ya la corteja el Alcalde,
ya la corteja don Mirlo.
Zapatera, Zapatera,
Zapatera, ¡te has lucido!

(*Las voces se van distinguiendo cerca y claras con su acompañamiento de panderos. La Zapatera coge un mantoncillo de manila y se lo echa sobre los hombros.*)

¿Dónde vas? (*Asustado.*)

ZAPATERA ¡Van a dar lugar a que compre un revólver! (*El canto se aleja. La Zapatera corre a la puerta. Pero tropieza con el Alcalde que viene majestuoso, dando golpes con la vara en el suelo.*)

ALCALDE ¿Quién, despacha?

ZAPATERA ¡El demonio!

ALCALDE ¿Pero, qué ocurre?

ZAPATERA Lo que usted debía saber hace muchos días, lo que usted como alcalde no debía permitir.La gente me canta coplas, los vecinos se ríen en sus puertas y como no tengo marido que vele por mi, salgo yo a defenderrne, ya que

en este pueblo las autoridades, son calabacines, ceros a la izquierda, estafermos.

NIÑO Muy bien dicho.

ALCALDE (*Enérgico*) Niño, niño, basta de voces ... ¿Sabes tú lo que he hecho ahora? Pues meter en la cárcel a dos o tres de los que venían cantando.

ZAPATERA ¡Quisiera yo ver eso!

Voz (*Fuera*) ¡Niñoooo!

NIÑO Mi madre me llama! (*Corre a la ventana.*) ¡Quéee! Adiós. Si quieres te puedo traer el espadón grande de mi abuelo, el que se fue a la guerra. Yo no puedo con él, ¿sabes?, pero tú, sí.

ZAPATERA (*Sonriendo*) ¡Lo que quieras!

Voz (*Fuera*) ¡Niñoooo!

NIÑO (*Ya en la calle*) ¿Quéeee?

ALCALDE Por lo que veo, este niño sabio y retorcido es la única persona a quien tratas bien en el pueblo.

ZAPATERA ¿No pueden ustedes hablar una sola palabra sin ofender...? ¿De qué se ríe su ilustrísima?

ALCALDE ¡De verte tan hermosa y desperdiciada!

ZAPATERA ¡Antes un perro! (*Le sirve un vaso de vino.*)

ALCALDE ¡Qué desengaño de mundo! Muchas mujeres he conocido como amapolas, como rosas de olor ..., mujeres morenas con los ojos como tinta de fuego, mujeres que les huele el pelo a nardos y siempre tienen las manos con calentura, mujeres cuyo talle se puede abarcar con estos dos dedos, pero como tú, como tú no hay nadie. Anteayer estuve enfermo toda la mañana porque vi tendidas en el prado dos camisas tuyas, con lazos celestes, que era como verte a ti, zapatera de mi alma.

ZAPATERA (*Estallando furiosa*) Calle usted, viejísimo, calle usted; con hijas mozuelas y lleno de familia no se debe cortejar de esta manera tan indecente y tan descarada.

ALCALDE Soy viudo.

ZAPATERA Y yo casada.

ALCALDE Pero tu marido te ha dejado y no volverá, estoy seguro.

ZAPATERA Yo viviré como si lo tuviera.

ALCALDE Pues a mí me consta, porque me lo dijo, que no te quería ni tanto así.

ZAPATERA Pues a mí me consta que sus cuatro señoras, mal rayo las parta, le aborrecían a muerte.

ALCALDE (*Dando en el suelo con la vara*) ¡Ya estamos!

ZAPATERA (*Tirando un vaso*) ¡Ya estamos! (*Pausa.*)

ALCALDE (*Entre dientes*) ¡Si yo te cogiera por mi cuenta, vaya si te domaba!

ZAPATERA (*Guasona*) ¿Qué está usted diciendo?

ALCALDE Nada, pensaba ... que si tú fueras como debías ser, te hubieras enterado que tengo voluntad y valentía para hacer escritura, delante del notario, de una casa muy hermosa.

ZAPATERA ¿Y qué?

ALCALDE Con un estrado que costó cinco mil reales, con centros de mesa, con cortinas de brocatel, con espejos de cuerpo entero ...

ZAPATERA ¿Y qué más?

ALCALDE (*Tenoriesco*) Que la casa tiene una cama con coronación de pájaros y azucenas de cobre, un jardín con seis palmeras y una fuente saltadora, pero aguarda, para estar alegre, que una persona que sé yo se quiera aposentar en sus salas donde estaría ... (*Dirigiéndose a la Zapatera.*) mira, ¡estarías como una reina!

ZAPATERA (*Guasona*) Yo no estoy acostumbrada a esos lujos. Siéntese usted en el estrado, métase usted en la cama, mírese usted en los espejos y póngase con la boca abierta debajo de las palmeras esperando que le caigan los dátiles, que yo de zapatera no me muevo.

ALCALDE Ni yo de alcalde. Pero que te vayas enterando que no por mucho despreciar amanece más temprano. (*Con retintín*)

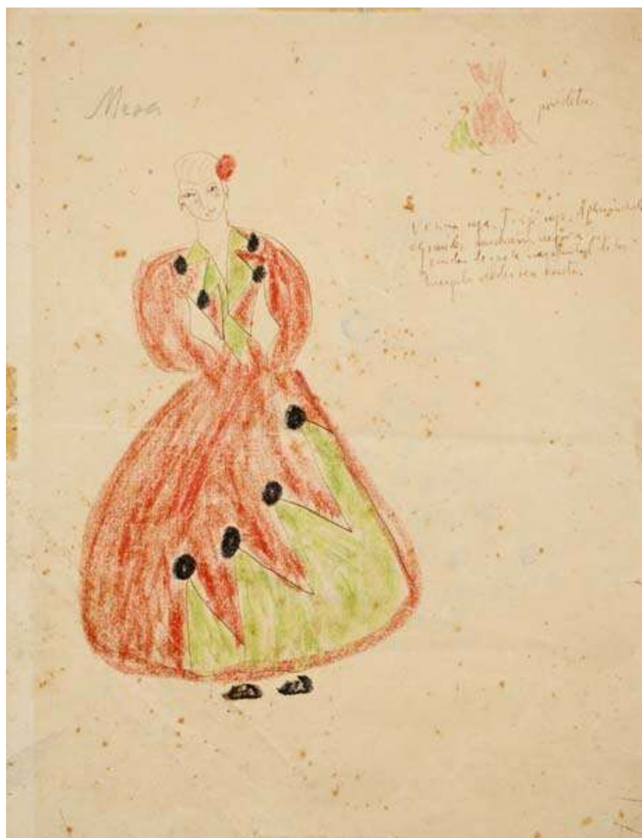
ZAPATERA Y que no me gusta usted ni me gusta nadie del pueblo. ¡Que está usted muy viejo!

ALCALDE (*Indignado*) ¡Acabaré metiéndote en la cárcel.

ZAPATERA ¡Atrévase usted! (*Fuera se oye un toque de trompeta floreado y comiquísimo.*)

ALCALDE ¿Qué será eso?

ZAPATERA (*Alegre y ojiabierta*) ¡Títeres! (*Se golpea las rodillas*) (*Por la ventana cruzan dos mujeres.*)



"Vecina roja. Traje rojo. Aplicación verde. Grandes madroños negros. Cuiden de que la irregularidad de los triángulos verdes sea exacta".

VECINA ROJA ¡Títeres!

VECINA MORADA ¡Títeres!

NIÑO (*En la ventana*) ¿Traerán monos? ¡Vamos!

ZAPATERA (*Al Alcalde*) ¡Yo voy a cerrar la puerta!

NIÑO ¡Vienen a tu casa!

ZAPATERA ¿Sí? (*Se acerca a la puerta.*)

NIÑO ¡Míralos!

(*Por la puerta aparece el zapatero disfrazado. Trae una trompeta y un cartelón enrollado a la espalda, lo rodea la gente. La Zapatera queda en actitud expectante y el Niño salta por la ventana y se coge a sus faldones.*)

ZAPATERO Buenas tardes.

ZAPATERA Buenas tardes tenga usted, señor titiritero.

ZAPATERO ¿Aquí se puede descansar?

ZAPATERA Y beber, si usted gusta.

ALCALDE Pase usted, buen hombre y tome lo que quiera, que yo pago. (*A*

los vecinos): Y vosotros, qué ¿hacéis ahí?

VECINA ROJA Como estamos en lo ancho de la calle no creo que le estorbemos.

(*El Zapatero mirándolo todo con disimulo deja el rollo sobre la mesa.*)

ZAPATERO Déjelos, señor Alcalde ..., supongo que es usted, que con ellos me gano la vida.

NIÑO Dónde he oído yo hablar a este hombre? (*En toda la escena el Niño mirará con gran extrañeza al*

Zapatero.) ¡Haz ya los títeres! (Los *vecinos ríen.*)

ZAPATERO En cuanto tome un vaso de vino.

ZAPATERA (*Alegre*) ¿Pero los va usted a hacer en mi casa?

ZAPATERO Si tú me lo permites.

VECINA ROJA Entonces, ¿podemos pasar?

ZAPATERA (*Seria*) Podéis pasar. (*Da un vaso al Zapatero.*)

VECINA ROJA (*Sentándose*) Disfrutaremos un poquito. (*El Alcalde se sienta.*)

ALCALDE ¿Viene de muy lejos?

ZAPATERO De muy lejísimos.

ALCALDE ¿De Sevilla?

ZAPATERO Échele usted leguas.

ALCALDE ¿De Francia.?

ZAPATERO Échele usted leguas.

ALCALDE ¿De Inglaterra?

ZAPATERO De las Islas Filipinas.(*Las vecinas hacen rumores de admiración. La Zapatera está extasiada.*)

ALCALDE ¿Habrá usted visto a los insurrectos?

ZAPATERO Lo mismo que les estoy viendo a ustedes ahora.

NIÑO ¿Y cómo son?

ZAPATERO Intratables. Figúrense ustedes que casi todos ellos son zapateros. (*Los vecinos miran a la Zapatera.*)

ZAPATERA (*Quemada*) ¿Y no los hay de otros oficios?

ZAPATERO Absolutamente. En las Islas Filipinas, zapateros.

ZAPATERA Pues puede que en las Filipinas esos zapateros sean tontos, que aquí en estas tierras los hay listos y muy listos.

VECINA ROJA (*Adulona*) Muy bien hablado.

ZAPATERA (*Brusca*) Nadie le ha preguntado su parecer.

VECINA ROJA ¡Hija mía!

ZAPATERO (*Enérgico, interrumpiendo*) ¡Qué rico vino! (*Más fuerte.*) ¡Qué requeterrico vino! (*Silencio.*) Vino de uvas negras como el alma de algunas mujeres que yo conozco.

ZAPATERA ¡De las que la tengan!

ALCALDE ¡Chis! ¿Y en qué consiste el trabajo de usted?

ZAPATERO (*Apura el vaso, chasca la lengua y mira a la Zapatera*) ¡Ah! Es un trabajo de poca apariencia y de mucha ciencia. Enseñó la vida por dentro. Aleluyas con los hechos del zapatero mansurrón y la Fierabrás de Alejandría, vida de don Diego Corrientes, aventuras del guapo Francisco Esteban y, sobre todo, arte de colocar el bocado a las mujeres parlanchinas y respondonas.

ZAPATERA Todas esas cosas las sabía mi pobrecito marido

ZAPATERO ¡Dios lo haya perdonado!

ZAPATERA Oiga usted ... (*Las vecinas ríen.*)

NIÑO ¡Cállate!

ALCALDE (*Autoritario*) ¡A callar! Enseñanzas son ésas que convienen todas las criaturas. Cuando usted guste. (*El Zapatero desenrolla el cartelón en el que hay pintada una historia de ciego, dividida en pequeños cuadros pintados con almazarrón y colores violentos. Lo vecinos inician un movimiento de aproximación y la Zapatera se sienta al Niño sobre sus rodillas.*)

ZAPATERO Atención.

NIÑO ¡Ay, qué precioso! (*Abraza a la Zapatera, murmullos.*)

ZAPATERA Que te fijes bien por si acaso no me entero del todo.

NIÑO Más difícil que la historia sagrada no será.

ZAPATERO Respetable público: Oigan ustedes el romance, verdadero y substancioso de la mujer rubicunda y el hombrecito de la paciencia, para que sirva de escarmiento y ejemplaridad a todas las gentes de este mundo. (*En tono lúgubre*). Aguzad vuestros oídos y entendimiento. (*Los vecinos alargan la cabeza y algunas mujeres se agarran de las manos.*)

NIÑO ¿No te parece el titiritero, hablando, a tu marido?

ZAPATERA Él tenía la voz más dulce.

ZAPATERO ¿Estamos?

ZAPATERA Me sube así un repeluzno.

NIÑO ¡Y a mí también!

ZAPATERO (*Señalando con la varilla*)

En un cortijo de Córdoba
entre jarales y adelfas,
vivía un talabartero
con una talabartera.
(*Expectación.*)
Ella era mujer arisca,
él, hombre de gran paciencia,
ella giraba en los veinte
y el pasaba de cincuenta.
Santo Dios, cómo reñían!

Miren ustedes la fiera,
burlando al débil marido
con los ojos y la lengua.
(*Está pintada en el cartel una mujer que mira de manera infantil y cansina.*)
ZAPATERA ¡Qué mala mujer! (*Murmullos.*)
ZAPATERO
Cabellos de emperadora
tiene la talabartera,
y una carne como el agua
cristalina de Lucena.
Cuando movía las faldas
en tiempo de primavera
olía toda su ropa
a limón y a yerbabuena.
Ay, qué limón, limón
de la limonera!
Qué apetitosa
talabartera!
(*Los vecinos ríen.*)
Ved cómo la cortejaban
mocitos de gran presencia
en caballos relucientes
llenos de borlas de seda.
Gente cabal y garbosa
que pasaba por la puerta
haciendo brillar, alegre,
las onzas de sus cadenas.
La conversación a todos
daba la talabartera,
y ellos caracoleaban
sus jacas sobre las piedras.
Miradla hablando con uno
bien peinada y bien compuesta,
mientras el pobre marido
clava en el cuero la lezna.
(*Muy dramático y cruzando las manos.*)
Esposo viejo y decente
casado con joven tierna,
qué tunante caballista
roba tu amor en la puerta.

(*La Zapatera, que ha estado dando suspiros, rompe a llorar.*)

ZAPATERO (*Volviéndose*) ¿Qué os pasa?

ALCALDE ¡Pero, niña! (*Da con la vara.*)

VECINA ROJA ¡Siempre llora quien tiene por qué callar!

VECINA MORADA ¡Siga usted! (*Los vecinos murmuran y sisean*)

ZAPATERA Es que me da mucha lástima y no puedo contenerme, ¿lo ve usted?, no puedo contenerme.(*Llora queriéndose contener, hipando de manera comiquísima*)

ALCALDE ¡Chitón!

NIÑO ¿Lo ves?

ZAPATERO ¡Hagan el favor de no interrumpirme! ¡Cómo se conoce que no tienen que decirlo de memoria!

NIÑO (*Suspirando*) ¡Es verdad!

ZAPATERO (*Malhumorado*)

Un lunes por la mañana
a eso de las once y media,
cuando el sol deja sin sombra
los juncos y madreselvas,
cuando alegremente
bailan brisa y tomillo en la sierra
y van cayendo las verdes
hojas de las madroñeras,
regaba sus alhelíes
la arisca talabartera.
Llegó su amigo trotando
una jaca cordobesa
y le dijo entre suspiros:
Niña, si tú lo quisieras,
cenaríamos mañana
los dos solos, en tu mesa.
¿Y qué harás de mi marido?
Tu marido no se entera.
¿Qué piensas hacer? Matarlo.
Es ágil. Quizá no puedas.
¿Tienes revólver? Mejor!
¡Tengo navaja barbera!
Corta mucho? Más que el frío.

(*La Zapatera se tapa los ojos y aprieta al Niño. Todos los vecinos tienen una expectación máxima que se notará en sus expresiones.*)

Y no tiene ni una mella.

¿No has mentido? Le daré
diez puñaladas certeras
en esta disposición,
que me parece estupenda:
cuatro en la región lumbar,
una en la tetilla izquierda,
otra en semejante sitio
y dos en cada cadera.
¿Lo matarás en seguida?
Esta noche cuando vuelva
con el cuero y con las crines
por la curva de la acequia.

(*En este último verso y con toda rapidez se oye fuera del escenario un grito angustiado y fortísimo; los vecinos se levantan. Otro grito más cerca. Al Zapatero se le cae de las manos el telón y la varilla. Tiemblan todos cómicamente.*)

VECINA NEGRA (*En la ventana*) ¡Ya han sacado las navajas!

ZAPATERA ¡Ay, Dios mío!

VECINA ROJA ¡Virgen Santísima!

ZAPATERO ¡Qué escándalo!

VECINA NEGRA ¡Se están matando! ¡Se están cosiendo a puñaladas por culpa de esa mujer! (*Señala a la Zapatera.*)

ALCALDE (*nervioso*) ¡Vamos a ver!

NIÑO ¡Que me da mucho miedo!

VECINA VERDE ¡Acudir, acudir! (*Van saliendo.*)

VOZ (*Fuera*) ¡Por esa mala mujer!

ZAPATERO ¡Yo no puedo tolerar esto; no lo puedo tolerar! (*Con las manos en la cabeza corre la escena. Van saliendo rapidísimamente todos entre ayes y miradas de odio a la Zapatera. Ésta cierra rápidamente la ventana y la puerta.*)

ZAPATERA ¿Ha visto usted qué infamia? Yo le juro por la preciosísima sangre de nuestro padre Jesús, que soy inocente. ¡Ay! ¿Qué habrá pasado ...? Mi mire usted cómo tiemblo. (*Le enseña las manos*). Parece que las manos se me quieren escapar ellas solas.

ZAPATERO Calma, muchacha. ¿Es que su marido está la calle?

ZAPATERA (*Rompiendo a llorar*) ¿Mi marido? ¡Ay, señor mío!

ZAPATERO ¿Qué le pasa?

ZAPATERA Mi marido me dejó por culpa de las gentes y ahora me encuentro sola sin calor de nadie.

ZAPATERO ¡Pobrecilla!

ZAPATERA ¡Con lo que yo lo quería! ¡Lo adoraba!

ZAPATERO (*Con un arranque*) ¡Eso no es verdad!

ZAPATERA (*Dejando rápidamente de llorar*) ¿Qué está usted diciendo?

ZAPATERO Digo que es una cosa tan... incomprensible que... parece que no es verdad. (*Turbado.*)

ZAPATERA Tiene usted mucha razón, pero yo desde entonces no como, ni duermo, ni vivo; porque él era mi alegría, mi defensa.

ZAPATERO Y queriéndolo tanto como lo quería, ¿la abandonó? Por lo que veo su marido de usted era hombre de pocas luces.

ZAPATERA Haga el favor de guardar la lengua en el bolsillo. Nadie le ha dado permiso para que dé su opinión.

ZAPATERO Usted perdone, no he querido ...

ZAPATERA Digo ... Cuando era más listo ...

ZAPATERO (*Con guasa*) ¿Síiii?

ZAPATERA (*Enérgica*) Sí. ¿Ve usted todos esos romances y chupaletrinas que canta y cuenta por los pueblos? ¡Pues todo eso es un ochavo comparado con lo que sabía ... Él sabía ... el triple!

ZAPATERO (*Serio*) No puede ser.

ZAPATERA (*Enérgica*) Y el cuádruple... Me los decía todos a mí cuando nos acostábamos. Historietas antiguas que usted habrá oído mentar siquiera ... (*Gachona.*) y a mí me daba un susto... pero él me decía: "preciosa de mi alma, si esto ocurre de mentirijillas!".

ZAPATERO (*Indignado*) ¡Mentira!

ZAPATERA (*Extrañadísima*) ¿Eh? ¿Se le ha vuelto el juicio?

ZAPATERO ¡Mentira!

ZAPATERA (*Indignada*) Pero, ¿qué es lo que está usted diciendo, titiritero del demonio?

ZAPATERO (*Fuerte y de pie*) Que tenía mucha razón su marido de usted. Esas historietas son pura mentira, fantasía nada más. (*Agrio.*)

ZAPATERA (*Agria*) Naturalmente, señor mío. Parece que me toma por tonta de capirote... pero no me negará usted que dichas historietas impresionan.

ZAPATERO ¡Ah, eso ya es harina de otro costal! Impresiona a las almas impresionables.

ZAPATERA Todo el mundo tiene sentimientos.

ZAPATERO Según se mire. He conocido mucha gente sin sentimiento. Y en mi pueblo vivía una mujer... en cierta época, que tenía el suficiente mal corazón para hablar con sus amigos por la ventana mientras el marido hacía botas y zapatos de la mañana a la noche.

ZAPATERA (*Levantándose y cogiendo una silla*) ¿Eso lo dice por mí?

ZAPATERO ¿Cómo?

ZAPATERA Que si va con segunda, ¡dígalo! ¡Sea valiente!

ZAPATERO (*Humilde*) Señorita, ¿qué está usted diciendo? ¿Qué sé yo quién

es usted? Yo no la he ofendido en nada; ¿por qué me falta de esa manera? ¡Pero es mi sino! (*Casi lloroso.*)

ZAPATERA (*Enérgica, pero conmovida*) Mire usted, buen hombre. Yo he hablado así porque estoy sobre ascuas; todo el mundo me asedia, todo el mundo me critica; cómo quiere que no esté acechando la ocasión más pequeña para defenderme? Si estoy sola, si soy joven y vivo ya sólo de mis recuerdos ...

(*Llora.*)

ZAPATERO (*Lloroso*) Ya comprendo, preciosa joven. Yo comprendo mucho más de lo que pueda imaginarse, porque... ha de saber usted con toda clase de reservas que su situación es ... sí, no cabe duda, idéntica a la mía.

ZAPATERA (*Intrigada*) ¿Es posible?

ZAPATERO (*Se deja caer sobre la mesa*) ¡A mí ... me abandonó mi esposa!

ZAPATERA ¡No pagaba con la muerte!

ZAPATERO Ella soñaba con un mundo que no era el mío, era fantasiosa y dominanta, gustaba demasiado de la conversación y las golosinas que yo no podía costearle, y un día tormentoso de viento huracanado me abandonó para siempre.

ZAPATERA ¿Y qué hace usted ahora, corriendo mundo?

ZAPATERO Voy en su busca para perdonarla y vivir con ella lo poco que me queda de vida. A mi edad ya se está malamente por esas posadas de Dios.

ZAPATERA (*Rápida*) Tome un poquito de café caliente que después de toda esta tracamandana le servirá de salud. (*Va al mostrador a echar café y vuelve la espalda al Zapatero.*)

ZAPATERO (*Persignándose exageradamente y abriendo los ojos*) Dios te lo premie, clavellinita encarnada.

ZAPATERA (*Le ofrece la taza. Se queda con el plato en las manos y él bebe a sorbos*) ¿Está bueno?

ZAPATERO (*Meloso*) ¡Como hecho por sus manos!

ZAPATERA (*Sonriente*) ¡Muchas gracias!

ZAPATERO (*En el último trago*) ¡Ay, qué envidia me da su marido!

ZAPATERA ¿Por qué?

ZAPATERO (*Galante*) ¡Porque se pudo casar con la mujer más preciosa de la tierra!

ZAPATERA (*Derretida*) ¡Qué cosas tiene!

ZAPATERO Y ahora casi me alegro de tenerme que marchar, porque usted sola, yo solo, usted tan guapa y yo con mi lengua en su sitio, me parece que se escaparía cierta insinuación...

ZAPATERA (*Reaccionando*) ¡Por Dios, quite de ahí! ¿Qué se figura? Yo guardo mi corazón entero para el que está por esos mundos, para quien debo, ¡para mi marido!

ZAPATERO (*Contentísimo y tirando el sombrero al suelo*) ¡Eso está pero que

muy bien! ¡Así son las mujeres verdaderas, así!

ZAPATERA (*Un poco guasona y sorprendida*) Me parece a mí que usted está un poco... (*Se lleva el dedo a la sien.*)

ZAPATERO Lo que usted quiera. ¡Pero sepa y entienda que yo no estoy enamorado de nadie más que de mi mujer, mi esposa de legítimo matrimonio!

ZAPATERA Y yo de mi marido y de nadie más que de mi marido. Cuántas veces lo he dicho para que lo oyeran hasta los sordos. (*Con las manos cruzadas.*) ¡Ay, qué zapaterillo de mí alma!

ZAPATERO (*Aparte*) ¡Ay, qué zapaterita de mi corazón! (*Golpes en la puerta.*)

ZAPATERA ¡Jesús! Está una en un continuo sobresalto. ¿Quién es?

NIÑO ¡Abre!

ZAPATERA ¿Pero es posible? ¿Cómo has venido?

NIÑO ¡Ay, vengo corriendo para decírtelo!

ZAPATERA ¿Qué ha pasado?

NIÑO Se han hecho heridas con las navajas dos o tres mozos y te echan a ti la culpa. Heridas que echan mucha sangre. Todas las mujeres han ido a ver al juez para que te vayas del pueblo, ay! Y los hombres querían que el sacristán tocara las campanas para cantar tus coplas... (*El Niño está jadeante y sudoroso.*)

ZAPATERA (*Al Zapatero*) ¿Lo está usted viendo?

NIÑO Toda la plaza está llena de corrillos ... Parece la feria ... y todos contra ti!

ZAPATERO ¡Canallas! Intenciones me dan de salir a defenderla.

ZAPATERA ¿Para qué? ¡Lo meterán en la cárcel. Yo soy la que va a tener que hacer algo gordo.

NIÑO Desde la ventana de tu cuarto puedes ver el jaleo de la plaza.

ZAPATERA (*Rápida*) Vamos, quiero cerciorarme de la maldad de las gentes. (*Mutis rápido.*)

ZAPATERO Sí, sí, canallas ... pero pronto ajustaré cuentas con todos y me las pagarán... ¡Ah, casilla mía, qué calor más agradable sale por tus puertas y ventanas!, ay, qué terribles paradores, qué malas comidas, qué sábanas de lienzo moreno por esos caminos del mundo! ¡Y qué disparate no sospechar que

mi mujer era de oro puro, del mejor oro de la tierra! ¡Casi me dan ganas de llorar!

VECINA ROJA (*Entrando rápida*) Buen hombre.

VECINA AMARILLA (*Rápida*) Buen hombre.

VECINA ROJA Salga en seguida de esta casa. Usted es persona decente y no debe estar aquí.

VECINA AMARILLA Ésta es la casa de una leona, de una hiena.



"Vecina del traje amarillo. Adornos de tela amarilla más intensa. Bocamangas almidonadas en picos de amarillo más intenso. Descote en la misma forma. Zapato amarillo."

VECINA ROJA De una mal nacida, desengaño de los hombres.
VECINA AMARILLA Pero o se va del pueblo o la echamos. Nos trae locas.
VECINA ROJA Muerta la quisiera ver.
VECINA AMARILLA Amortajada, con su ramo en el pecho.
ZAPATERO (*Angustiado*) ¡Basta!
VECINA ROJA Ha corrido la sangre.
VECINA AMARILLA No quedan pañuelos blancos.
VECINA ROJA Dos hombres como dos soles.
VECINA AMARILLA Con las navajas clavadas.
ZAPATERO (*Fuerte*) ¡Basta ya!
VECINA ROJA Por culpa de ella.
VECINA AMARILLA Ella, ella y ella.
VECINA ROJA Miramos por usted.
VECINA AMARILLA ¡Le avisamos con tiempo!
ZAPATERO Grandísimas embusteras, mentirosas mal nacidas. Os voy a arrastrar del pelo.
VECINA ROJA (*A la otra*) ¡También lo ha conquistado!
VECINA AMARILLA ¡A fuerza de besos habrá sido!
ZAPATERO ¡Así os lleve el demonio! ¡Basiliscos, perjuras!

VECINA NEGRA (*En la ventana*) ¡Comadre, corra usted!

(*Sale corriendo. Las dos vecinas hacen lo mismo.*)

VECINA ROJA Otro en el garlito.

VECINA AMARILLA ¡Otro!

ZAPATERO ¡Sayonas, judías! ¡Os pondré navajillas barberas en los zapatos! Me vais a soñar.

NIÑO (*Entra rápido*) Ahora entraba un grupo de hombres en casa del Alcalde. Voy a ver lo que dicen.

(*Sale corriendo*)

ZAPATERA (*Valiente*) Pues aquí estoy, si se atreven a venir. Y con serenidad de familia de caballistas que ha cruzado muchas veces la sierra, sin jamugas, a pelo sobre los caballos.

ZAPATERO ¿Y no flaqueará algún día su fortaleza?

ZAPATERA Nunca se rinde la que, como yo, está sostenida por el amor y la honradez. Soy capaz de seguir así hasta que se vuelva cana toda mi mata de pelo.

ZAPATERO (conmovido, avanza hacia ella) ¡Ay...!

ZAPATERA ¿Qué le pasa?

ZAPATERO Me emociono

ZAPATERA Mire usted, tengo todo el pueblo encima, quieren venir a matarme, y sin embargo no tengo ningún miedo. La navaja se contesta con la navaja y palo con el palo, pero cuando de noche cierro esa puerta y me voy sola a mi cama ... me da una pena ... qué pena! Y paso unas sofocaciones!... Que cruje la cómoda: un susto! Que suenan con el aguacero los cristales del ventanillo, otro susto! Que yo sola meneo sin querer las perinolas de la cama, susto doble! Y todo esto no es más que el miedo a la soledad donde están los fantasmas, que yo no he visto porque no los he querido ver, pero que vieron mi madre y mi abuela y todas las mujeres de mi familia que han tenido ojos en la cara.

ZAPATERO ¿Y por qué no cambia de vida?

ZAPATERA ¿Pero usted está en su juicio? ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde voy así? Aquí estoy y Dios dirá.(*Fuera y muy lejanos se oyen murmullos y aplausos.*)

ZAPATERO Yo lo siento mucho, pero tengo que emprender mi camino antes que la noche se me eche encima. ¿Cuánto debo? (*Coge el cartelón.*)

ZAPATERA Nada.

ZAPATERO No transijo.

ZAPATERA Lo comido por lo servido.

ZAPATERO Muchas gracias. (*Triste se carga el cartelón.*) Entonces, adiós... para toda la vida, porque a mi edad... (*Está conmovido.*)

ZAPATERA (*Reaccionando*) Yo no quisiera despedirme así. Yo soy mucho más alegre. (*En voz clara.*) Buen hombre, Dios quiera que encuentre usted a su mujer, para que vuelva a vivir con el cuidado y la decencia a que estaba

acostumbrado. (*Está conmovida.*)

ZAPATERO Igualmente le digo de su esposo. Pero usted ya sabe que el mundo es reducido. ¿Qué quiere que le diga si por casualidad me lo encuentro en mis caminatas?

ZAPATERA Dígale usted que lo adoro.

ZAPATERO (*Acercándose*) ¿Y qué más?

ZAPATERA Que a pesar de sus cincuenta y tantos años, benditísimos cincuenta años, me resulta más juncal y torerillo que todos los hombres del mundo.

ZAPATERO Niña, ¡qué primor! ¡Le quiere usted tanto como yo a mi mujer!

ZAPATERA ¡Muchísimo más!

ZAPATERO No es posible. ¡Yo soy como un perrillo y mi mujer manda en el castillo, pero que mande! Tiene mas sentimiento que yo. (*Está cerca de ella y como adorándola.*)

ZAPATERA Y no se olvide de decirle que lo espero, que el invierno tiene las noches largas.

ZAPATERO Entonces, ¿lo recibiría usted bien?

ZAPATERA Como si fuera el rey y la reina juntos.

ZAPATERO (*Temblando*) ¿Y si por casualidad llegara ahora mismo?

ZAPATERA ¡Me volvería loca de alegría!

ZAPATERO ¿Le perdonaría su locura?

ZAPATERA ¡Cuánto tiempo hace que se la perdoné!

ZAPATERO ¿Quiere usted que llegue ahora mismo?

ZAPATERA ¡Ay, si viniera!

ZAPATERO (*Gritando*) ¡Pues aquí está!

ZAPATERA ¿Qué está usted diciendo?

ZAPATERO (*Quitándose, las gafas y el disfraz*) ¡Que ya no puedo más! Zapatera de mi corazón.(*La Zapatera está como loca, con los brazos separados del cuerpo. El Zapatero abraza a la Zapatera y ésta lo mira fijamente en medio de su crisis. Fuera se oye claramente un run-run de coplas.*)

VOZ (*Dentro*) La señora Zapatera, al marcharse su marido, ha montado una taberna, donde acude el señorío.

ZAPATERA (*Reaccionando*) ¡Pillo, granuja, tunante, canalla! ¿Lo oyes? ¡Por tu culpa! (*Tira las sillas.*)

ZAPATERO (*Emocionado dirigiéndose al banquillo.*) ¡Mujer de mi corazón!

ZAPATERA ¡Corremundos! ¡Ay, cómo me alegro de que hayas venido! ¡Qué vida te voy a dar! Ni la inquisición! ¡Ni los templarios de Roma!

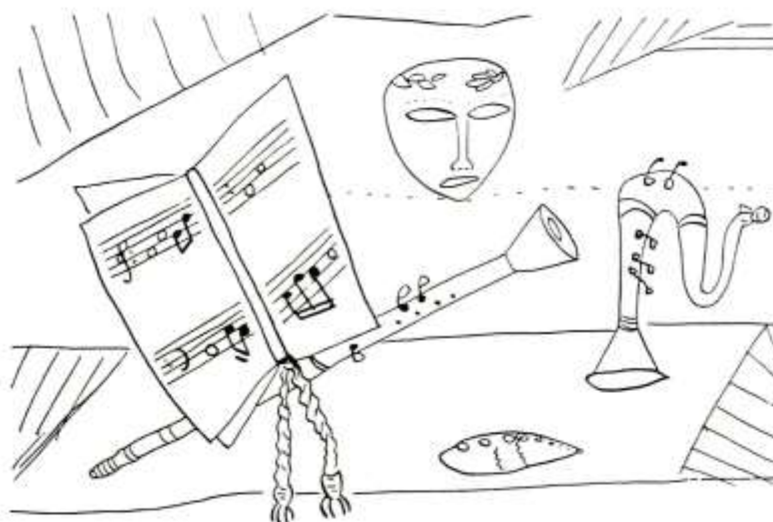
ZAPATERO (*En el banquillo*) ¡Casa de mi felicidad! (*Las coplas se oyen cerquísima, los vecinos aparecen en la ventana.*)

VOCES (*Dentro*)

Quien te compra, Zapatera,
el paño de tus vestidos
y esas chambras de batista
con encaje de bolillos.
Ya la corteja el Alcalde,
ya la corteja don Mirlo.
Zapatera, Zapatera,
Zapatera, ¡te has lucido!

ZAPATERA ¡Qué desgraciada soy! ¡Con este hombre que Dios me ha dado! (*Yendo a la puerta.*) ¡Callarse, largos de lengua, judíos colorados! Y venid, venid ahora si queréis. Ya somos dos a defender mi casa, ¡dos! ¡dos! yo y mi marido. (*Dirigiéndose al marido.*) ¡Con este pillo, con este granuja! (*El ruido de las coplas llena la escena. Una campana rompe a tocar lejana y furiosamente.*)

(*TELÓN*)



Música y máscara

LOS TÍTERES DE CACHIPORRA. Tragicomedia de don Cristóbal y la señá Rosita

Farsa guiñolesca en seis cuadros y una advertencia

Advertencia

Cuadro primero

Cuadro segundo

Cuadro tercero

Cuadro cuarto

Cuadro quinto

Cuadro sexto

Personajes

(*Por orden de aparición en escena*)

EL MOSQUITO

ROSITA

EL PADRE

COCOLICHE

EL COCHERO

DON CRISTOBITA

CRIADO

UNA HORA

MOZOS
CONTRABANDISTAS
ESPANTANUBLOS, tabernero
CURRITO, el del Puerto
CANSA-ALMAS, zapatero
FÍGARO, barbero
UN GRANUJA
UNA JOVENCITA DE AMARILLO
UN MENDIGO CIEGO
MOZAS
UNA MAJA CON LUNARES
UN MONAGO
INVITADOS CON ANTORCHAS
CURAS DEL ENTIERRO
CORTEJO

Advertencia

Sonarán dos clarines y un tambor. Por donde se quiera, saldrá Mosquito. El Mosquito es un personaje misterioso, mitad duende, mitad martinico, mitad insecto. Representa la alegría del vivir libre, y la gracia y la poesía del pueblo andaluz. Lleva una trompetilla de feria.

MOSQUITO ¡Hombres y mujeres! Atención. Niño, cierra esa boquita, y tú, muchacha, siéntate con cien mil de a caballo. Callad, para que el silencio se quede más clarito, como si estuviese en su misma fuente. Callad para que se asiente el barrillo de las últimas conversaciones. (*Tambor.*) Yo y mi compañía venimos del teatro de los burgueses, del teatro de los condeses y de los marqueses, un teatro de oro y cristales, donde los hombres van a dormirse y las señoras... a dormirse también. Yo y mi compañía estábamos encerrados. No os podéis imaginar qué pena teníamos. Pero un día vi por el agujerito de la puerta una estrella que temblaba como una fresca violeta de luz. Abrí mi ojo todo lo que pude (me lo quería cerrar el dedo del viento) y bajo la estrella, un ancho río sonreía surcado por lentas barcas. Entonces yo avisé a mis amigos, y huimos por esos campos en busca de la gente sencilla, para mostrarles las cosas, las cosillas y las cositillas del mundo; bajo la luna verde de las montañas, bajo la luna rosa de las playas. Ahora que sale la luna y las luciérnagas huyen lentamente a sus cuevecitas, va a dar comienzo la gran función titulada *Tragicomedia de don Cristóbal y la señá Rosita...* Preparaos a sufrir el genio del puñeterillo Cristóbal y a llorar las ternezas de la señá Rosita que, a más de mujer, es una avefría sobre la charca, una delicada pajarita de las nieves. ¡A empezar! (*Hace mutis, pero vuelve corriendo.*) Y ahora... ¡viento!: abanica tanto

rostro asombrado, llévate los suspiros por encima de aquella sierra y limpia las lágrimas nuevas en los ojos de las niñas sin novio.

(*Música*)

Cuatro hojillas tenía
mi arbolillo
y el aire las movía.

Mutación

Cuadro primero

Sala baja en casa de doña Rosita. Al fondo, una gran reja y puerta. Por la reja se ve un bosquecillo de naranjos. Rosita está vestida de rosa y lleva un traje de polisón, lleno de bandas y puntillas. Al levantar el telón está sentada bordando en un gran bastidor.

ESCENA I

ROSITA (*Contando las puntadas.*) Una, dos, tres, cuatro... (*Se pincha.*) ¡Ay! (*Llevándose el dedo a la boca.*) Cuatro veces me he pinchado ya en esta "e" última del *A mi adorado padre*. En verdad que el cañamazo es una labor difícil. Uno, dos.. (*Suelta la aguja.*) ¡Ay, qué ganitas tengo de casarme! Me pondré una flor amarilla sobre el cucuné, y un velo que arrastrará por toda la calle. (*Se levanta.*) Y cuando la niña del barbero se asome a su ventana, yo le diré: Voy a casarme, pero antes que tú, mucho antes que tú, y con pulseras y todo (*Silbido fuera.*) Ajajay, mi niño! (*Corre a la reja.*)

EL PADRE (*Fuera.*) ¡Rositaaaaaaa!

ROSITA (*Asustándose.*)¡Quéeeeeee! (*Silbido más fuerte. Corre y se sienta ante el bastidor y tira besos a la reja.*)

PADRE (*Entrando.*) Quería saber si bordabas... ¡Borda, hijita mía, borda, que con eso comemos! ¡Ay, qué mal estamos de dinero! ¡De los cinco talegos que heredamos de tu tío el Arcipreste, no queda ni tanto así!

ROSITA ¡Ay, qué barbas tenía mi tío el Arcipreste! ¡Qué precioso era! (*Silbido fuera.*) ¡Y qué bien silbaba! ¡Qué bien!

PADRE Pero, hija, ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

ROSITA (*Nerviosa.*) No, no... Me he equivocado...

PADRE ¡Ay, Rosita, qué entrampados estamos! ¡Qué va a ser de nosotros! (*Saca el pañuelo y llora.*)

ROSITA (*Llorando.*) Pues... sí... tú... yo...

PADRE Si al menos quisieras casarte, otro gallo nos cantaría; pero me parece a mí que por ahora..

ROSITA Si yo lo estoy deseando.

PADRE ¿Sí?

ROSITA ¿Pero no te habías dado cuenta? ¡Qué poco perspicaces sois los hombres!

PADRE ¡Pues me viene de perilla, de perilla!

ROSITA Si yo por peinarme a la arremangué y darme arrebol en la cara...

PADRE De manera, ¿que estás conforme?

ROSITA (*Con guasa un poco monjil.*) Sí, padre.

PADRE Y, ¿no te arrepentirás?

ROSITA No, padre.

PADRE ¿Y me harás caso siempre?

ROSITA Sí, padre.

PADRE Pues esto era lo que yo quería saber. (*Haciendo mutis.*) Me he salvado de la ruina. ¡Me he
salvado! (*Se va.*)

ESCENA II

ROSITA ¿Qué significará esto de "Me he salvado de la ruina. Me he salvado"?... Porque mi novio Cocoliche tiene menos dinero que nosotros. ¡Mucho menos! Heredó de su abuela tres duros y una caja de membrillo, ¡y... nada más! ¡Ay! Pero lo quiero, lo quiero, lo quiero y lo requetequiero. (*Esto dicho con gran rapidez.*) El dinerillo, para las gentes del mundo; yo me quedo con el amor. (*Corre y agita un largo pañuelo rosa por la reja.*)

ESCENA III

LA VOZ DE COCOLICHE (*Cantando, acompañado de la guitarra.*)
Por el aire van
los suspiros de mi amante
por el aire van,
van por el aire.

ROSITA (*Cantando.*)
Por el aire van
los suspiros de mi amante,
por el aire van,
van por el aire.

COCOLICHE (*Asomándose a la reja.*) ¿Quién vive?

ROSITA (*Tapándose la cara con un abanico pericón y fingiendo la voz.*) Gente de paz.

COCOLICHE ¿No vive en esta casa por casualidad una tal Rosita?

ROSITA Está tomando los baños.

COCOLICHE (*Haciendo ademán de retirarse.*) Pues que le sienten bien.

ROSITA (*Descubriéndose.*) ¿Y hubieras sido capaz de retirarte?

COCOLICHE No hubiese podido. (*Meloso.*) A tu lado los pies se vuelven de plomo.

ROSITA ¿Sabes una cosa?

COCOLICHE ¿Qué?

ROSITA ¡Ay, no me atrevo!

COCOLICHE ¡Atrévete!

ROSITA (*Muy seria.*) Mira, yo no quiero ser una mujer impúdica.

COCOLICHE Y a mí me parece muy bien.

ROSITA Mira, es el caso...

COCOLICHE ¡Acaba ya!

ROSITA Me taparé con el abanico.

COCOLICHE (*Desesperado.*) ¡Hija mía!

ROSITA (*Con la cara tapada.*) Que me caso contigo.

COCOLICHE ¿Qué estás diciendo?

ROSITA ¡Lo que oyes!

COCOLICHE ¡Ay, Rosita!

ROSITA En seguida ...

COCOLICHE En seguida voy a escribir una carta a París pidiendo un niño...

ROSITA Oye, a París de ninguna manera, porque no quiero que se parezca a los franceses con el chau, chau, chau.

COCOLICHE Entonces...

ROSITA Lo pediremos a Madrid.

COCOLICHE Pero, ¿lo sabe tu padre?

ROSITA ¡Y me lo permite! (*Se quita el abanico.*)

COCOLICHE ¡Ay, Rosita mía! ¡Ven! ¡Ven! ¡Acércate!

ROSITA Pero no te pongas nervioso.

COCOLICHE Me parece que me están haciendo cosquillas en la planta de los pies. Acércate.

ROSITA No, no; desde lejos te daré los besitos. (*Se besan desde lejos. Ruido de campanillas.*) Siempre pasa lo mismo Ahora viene la gente. ¡Hasta la noche!

(*Se sienten campanillas, y por la gran reja del fondo cruza una carroza tirada por caballitos de cartón con penachos de plumas, y se detiene.*)

CRISTOBITA (*Desde la carroza.*) Efectivamente es la niña más guapa del pueblo.

ROSITA (*Haciendo una reverencia con las faldas.*) Muchas gracias.

CRISTOBITA Me quedo con ella definitivamente. Medirá un metro de alzada. La mujer no debe medir ni más ni menos Pero, ¡qué talle y qué garbo! Casi, casi, me ha engatusado. ¡Arre, cochero!. (*Seva la carroza lentamente).*

ROSITA (*Haciendo burla.*) ¡Ya está! Me quedo con ella. ¡Qué caballero más

feo y más mal educado!... Será un chiflado de esos que vienen del extranjero. (*Por la reja cae un collar de perlas.*) ¡Ay! ¿Qué es esto? ¡Dios mío, qué collar de perlas tan precioso! (*Se lo cuelga y se mira en un espejito de mano.*) Genoveva de Brabante tendría uno así cuando se ponía en la torre de su castillo a esperar a su esposo. ¡Y qué bien me sienta!... Pero, ¿de quién será?

PADRE (*Entrando*) ¡Hija mía, felicidad completa! ¡Acabo de concertar tu boda!

ROSITA ¡Cuánto te lo agradezco, y Cocoliche cuánto te lo agradecerá! Ahora mismo...

PADRE ¡Qué Cocoliche ni qué niño muerto! ¿Qué estás diciendo? Yo he dado tu mano a don Cristobita el de la porra, que acaba de pasar en su carroza por ahí.

ROSITA Pues no quiero, no quiero, ¡ea! Y lo que es mi mano, de ninguna manera me la quitas. Yo tenía mi novio... ¡Y tiró el collar!

PADRE Pues no hay más remedio. Ese hombre tiene mucho oro y a mí me conviene, porque si no, mañana tendríamos que pedir limosna.

ROSITA Pues pedimos.

PADRE Aquí mando yo, que soy el padre. Lo dicho, dicho, y cartuchera en el cañón. No hay que hablar más.

ROSITA Es que yo...

PADRE ¡Silencio!

ROSITA Pues a mí...

PADRE ¡Chitón! (*Se va.*)

ROSITA ¡Ay, ay! ¡Digo!, dispone de mí y de mi mano, y no tengo más remedio que aguantarme porque lo manda la ley. (*Llora.*) También la ley podía haberse estado en su casa. Si al menos pudiera vender mi alma al diablo! (*Gritando.*) ¡Diablo, sal, diablo, sal! Que yo no quiero casarme con Cristobita.

PADRE (*Entrando.*) Qué voces son ésas? ¡A bordar y a callar! ¡Qué tiempos estos! ¿Van a mandar los hijos en los padres? Tú harás caso de todo, como hice yo caso de mi papá cuando me casó con tu mamá, que, dicho sea entre paréntesis, tenía una cara de luna, que ya, ya...

ROSITA Está bien. ¡Me callaré!

PADRE (*Haciendo mutis.*) ¡Habráse visto!

ROSITA Está bien. Entre el cura y el padre estamos las muchachas completamente fastidiadas. (*Se sienta a bordar.*) Todas las tardes, tres, cuatro, nos dice el párroco: ¡que vais a ir al infierno!, ¡que vais a morir achicharradas!, ¡peor que los perros!...; ¡pero yo digo que los perros se casan con quien quieren y lo pasan muy bien! ¡Cómo me gustaría ser perro! Porque si le hago caso a mi padre, cuatro, cinco, entro en un infierno, y si no, por no hacerle caso, luego voy al otro, al de arriba... También los curas podrían callarse y no hablar tanto..., porque... (*Se*

limpia las lágrimas.) Si yo no me caso con Cocoliche, va a tener la culpa el cura. sí, el señor cura... al que, después de todo, no le importa nada esto. ¡Ay, ay, ay, ay...!

CRISTOBITA (*Con su criado en la ventana.*) Es una buena cosa. ¿Te gusta?

CRIADO (*Temblando.*) Sí, señor.

CRISTOBITA La boca un poquitín grande, pero vaya canela en rama de cuerpo... Aún no he cerrado el trato... Me gustaría hablar con ella, pero no quiero que tome demasiada confianza La confianza es la madre de todos los vicios. ¡No me digas que no!

CRIADO (*Temblando.*) Pero, ¡señor!

CRISTOBITA ¡No hay más que dos caminos a seguir con los hombres: o no conocerlos..., o quitarlos de en medio!

CRIADO ¡Ay, Dios mío!

CRISTOBITA ¡Oye, que te gusta!

CRIADO Todavía la merece mejor su merced.

CRISTOBITA Es una hembrita suculenta. ¡Y para mí solo! ¡Para mí solo! (*Se va.*)

ROSITA Esto es lo que me faltaba que ver. Yo me desespero. Yo me enveneno ahora mismo con mixtos o con sublimado corrosivo.

(*El reloj de pared se abre y aparece una Hora, vestida de amarillo con polisón.*)

HORA (*Con campana y con la boca.*) ¡Tan! Rosita: ten paciencia, ¿qué vas a hacer? ¿Qué sabes tú el giro que van a tomar las cosas? Mientras que aquí hace sol, en otras partes llueve. ¿Qué sabes tú los vientos que van a venir mañana para hacer bailar la veleta de tu tejadillo? Yo, como vengo todos los días, te recordaré esto cuando seas vieja y hayas olvidado este momento. Deja que el agua corra y la estrella salga. ¡Rosita, ten paciencia! ¡Tan! La una (*Se cierra.*)

ROSlTA La una... ¡Pero maldita la gana que tengo de comer!

VOZ (*Fuera*)

Por el aire van
los suspiros de mi amante.

ROSITA Ya los veo entrar... los suspiros de mi amante.

(*El reloj se abre otra vez y aparece la Hora dormida. La campana suena sola.*)

ROSITA (*Llorosa.*) Los suspiros de mi amante...

(*TELÓN*)

Cuadro segundo

El teatrillo representa una plaza de un pueblo andaluz. A la derecha, la casa de la señá Rosita. Debe haber una enorme palmera y un banco. Aparece por la izquierda Cocoliche, rondando, con una guitarra entre las manos y envuelto en una capita verde oscura con agremanes negros. Va vestido con el traje popular de principios de siglo XIX, y

tiene puesto con garbo el sombrerillo calañés.

ESCENA I

COCOLICHE Rosita no sale. Tiene miedo a la luna. La luna es terrible para un enamorado de ocultis. (*Silba.*) El silbido ha tocado como una piedrecita de música en el cristal de su balcón. Ayer se puso un lazo en el pelo. Ella me dijo: Una cinta negra sobre mis cabellos es como una botana sobre la fruta. Ponte triste si me ves; lo negro bajará luego hasta los pies. Algo le pasa.

(*El balconcillo lleno de tiestos se ilumina con una dulce luz.*)

ROSITA (*Dentro*)

Con el vito, vito, vito,
con el vito que me muero.

COCOLICHE (*Acercándose.*) ¿Por qué no salías?

ROSITA (*En el balcón muy cursi y muy poética.*) ¡Ay chiquillo mío! El viento morisco hace girar ahora todas las veletas de Andalucía. Dentro de cien años girarán lo mismo.

COCOLICHE ¿Qué quiere decir?

ROSITA Que mires a la izquierda y a la derecha del tiempo, que tu corazón aprenda a estar tranquilo.

COCOLICHE No te entiendo.

ROSITA Lo que voy a decirte lleva el aguijón duro. Por eso te preparo. (*Pausa, en la que Rosita llora cómicamente, casi ahogada.*) ¡No me puedo casar contigo!

COCOLICHE ¡¡¡Rosita!!!

ROSITA ¡Tú eres el acerico de mis ojos! ¡Pero no me puedo casar contigo! (*Llora.*)

COCOLICHE ¿Te metes a monja reparadora? ¿Te he hecho yo algo malo? ¡Ay, ay, ay! (*Llora de una manera entre infantil y cómica.*)

ROSITA Ya te enterarás. Ahora, adiós.

COCOLICHE (*Gritando y pateando en el suelo.*) Pero no, pero no, pero no.

ROSITA Adiós, mi padre me llama. (*El balcón se cierra*)

ESCENA II

COCOLICHE (*Solo.*) Me suenan los oídos como si estuviera en lo alto de una sierra. Estoy como si fuera de papel y me hubiera quemado con la llamita de mi corazón. Pero esto no puede ser; no, no, y no. (*Pateando en el suelo.*) ¿Que no se quiere casar conmigo? Cuando le traje el guardapelo de la feria de Mairena, me pasó la mano por la cara. Cuando le regalé el chal de las rosas, me miró de una manera... y cuando le traje el abanico de nácar en el cual Pedro Romero abre su capote, me dio tantos besos como varillas tenía. Sí, señor, ¡tantos besos!... Mejor era que me hubiese partido un rayo por la mitad. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! (*Llora con excelente*

compás.)

ESCENA III

Por la izquierda entran varios jóvenes vestidos con trajes populares: uno de ellos trae guitarra y el otro pandero. Cantan.

Mi amante siempre se baña
en el río Guadalquivir,
mi amante borda pañuelos
con la seda carmesí.

MOZO 1 Es Cocoliche.

MOZO 2 ¿Por qué lloras? Levántate y que se te importe poco que un pájaro en la arboleda se pase de un árbol a otro.

COCOLICHE ¡Dejadme!

MOZO 3 Es imposible. Vente, que la pena se te pasará cuando te dé el viento del campo.

MOZO 1 Vamos, vamos. (*Se lo llevan. Voces y música.*)

(*Queda la escena sola. La luna ilumina la ancha plaza. Se abre la puerta de la casa de doña Rosita y aparece el Padre de ésta vestido de gris, con una peluca color rosa y la cara del mismo color. Don Cristobita viene vestido de verde con un vientre enorme y una poca joroba. Lleva un collar, una pulsera de cascabeles y una porra, que le sirve de bastón.*)

CRISTOBITA Conque cerramos el trato. ¿No es esto?

PADRE Sí, señor... pero...

CRISTOBITA ¿Qué pero ni qué niño muerto? Cerramos trato. Yo le doy a usted los cien duros para desentrampase, y usted me da a su hija Rosita... y debe usted estar contento porque ella es... algo madurita.

PADRE Tiene dieciséis años.

CRISTOBITA He dicho que está madurita y lo está.

PADRE Sí... señor, lo está.

CRISTOBITA Pero, sin embargo, es una linda muchacha. ¡Que diantre! Un *boccato di cardinali*!

PADRE (*Muy serio*) ¿Habla vuestra merced el italiano?

CRISTOBITA No; de niño estuve en Italia y en Francia, sirviendo a un tal don Pantalón... Pero, ¡a usted no le importa nada de esto!

PADRE No..., no, señor... No me importa nada.

CRISTOBITA De manera que mañana a la tarde quiero tener echadas las bendiciones.

PADRE (*Aterrado.*) Eso no puede ser, don Cristobita.

CRISTOBITA ¿Quién me dijo a mí que no? No sé cómo no le envío al barranquillo donde eché a tantos. Esta porra que ve aquí ha matado muchos hombres franceses, italianos, húngaros... Tengo la lista en mi casa. ¡Obedézcame!,

no vaya a danzar con todos ellos. Hace tiempo que la porra no funciona y se me escapa de las manos. ¡Tenga cuidado!

PADRE Sí... señor.

CRISTOBITA Diga usted: "Tendré cuidado".

PADRE Tendré cuidado.

CRISTOBITA Ahora, tome el dinero. Muy cara me cuesta la niña. ¡Muy cara! Pero, en fin, lo hecho, hecho está. Yo soy hombre que no se retracta jamás de lo que hace.

PADRE (Dios mío, ¡a quién le entrego yo mi hija!)

CRISTOBITA ¿Qué hablas?... Vamos a avisar al cura.

PADRE (*Temblando.*) Vamos.

ROSITA (*Dentro*)

Con el vito, vito, vito,
con el vito, que me muero;
cada hora, niño mío,
estoy más metida en fuego.

CRISTOBITA ¿Qué es eso?

PADRE Mi niña que canta... ¡Es una canción preciosa!

CRISTOBITA ¡Bah! Ya la enseñaré a que ponga la voz bronca, más natural!, y cante aquello de:

La rana hace cuac, cuac,
cuac, cuac, cuarac.

(*TELÓN*)

Cuadro tercero

Una taberna de pueblo. Al fondo, barriles y jarras azules en las blancas paredes. Un viejo cartel de toros y tres candiles. Noche. El tabernero está detrás del mostrador. Es un hombre en mangas de camisa, con el pelo tieso y la nariz chata. Se llama Espantanublos. A la derecha, un grupo de Contrabandistas clásicos, vestidos de terciopelo, (con barbas y trabucos, juegan y cantan.

ESCENA I

CONTRABANDISTA 1

De Cádiz a Gibraltar
¡qué buen caminito!
El mar conoce mi paso
por los suspiros.

Ay muchacha, muchacha,

¡cuánto barco en el puerto de Málaga!

De Cádiz a Sevilla
¡cuántos limoncitos!
El limonar me conoce
por los suspiros.

Ay muchacha, muchacha,
¡cuánto barco en el puerto de Málaga!

CONTRABANDISTA 2 ¡Eh, tú! ¡Espantanublos! La dichosa cancioncilla me abre las ganas de beber. ¡Trae vino de Málaga!

ESPANTANUBLOS (*Con pereza.*) Ahora mismo.

(*Por la puerta central un Joven envuelto en una amplia capa azul. Lleva sombrerito plano. Expectación. Sigue y se sienta en una mesa de la izquierda sin descubrirse.*)

ESPANTANUBLOS ¿Quiere su merced tomar algo?

JOVEN ¡Ay! No.

ESPANTANUBLOS ¿Hace tiempo que llegó?

JOVEN ¡Ay! No.

ESPANTANUBLOS Parece que suspira.

JOVEN ¡Ay! ¡Ay!

CONTRABANDISTA 1 ¿Quién es?

ESPANTANUBLOS No he podido adivinarlo.

CONTRABANDISTA 2 ¿Si será...?

CONTRABANDISTA 1 Mejor será que nos vayamos.

CONTRABANDISTA 2 Está la noche clarísima.

CONTRABANDISTA 1 Y las estrellas se caen sobre las casas.

CONTRABANDISTA 2 Al amanecer daremos vista al mar. (*Salen.*)

ESCENA II

Queda el Joven solo. Apenas se le verá la cabecita. Toda la escena está iluminada por una penetrante luz azul.

JOVEN Encuentro el pueblo más blanco, mucho más blanco. Cuando lo vi desde la Sierra, me entró la luz por los ojos y me llegó hasta los pies. Los andaluces vamos a pintarnos con cal hasta las carnes. Pero tengo un temblorcillo dentro. ¡Dios mío! No he debido venir.

ESPANTANUBLOS Está que ni don Tancredo, pero yo... (*En la calle se sienten guitarras y voces alegres. Saliendo.*) ¿Que pasa?

(*Entra el grupo de Muchachos con Cocoliche a la cabeza.*)

COCOLICHE (*Borracho.*) Espantanublos, danos vino hasta que se nos salga por los ojos. Serán muy bonitas nuestras lágrimas; lágrimas de topacio, de rubí...

¡Ay, muchachos, muchachos!

MOZO 1 ¡Tan jovencillo! ¡Lo que nosotros no podemos permitir es que estés triste!

TODOS Eso es.

COCOLICHE ¡Ella me decía cosas tan delicadas!... Me decía: tienes los labios como dos fresas sin madurar, y...

MOZO 1 (*Interrumpiéndole.*) Esa mujer es muy romántica. Por lo mismo, no tendría yo ninguna pena. Don Cristobita es un viejo gordo, borracho, dormilón, que muy en breve...

TODOS ¡Bravo!

MOZO 2 Que muy en breve... (*Risas.*)

ESPANTANUBLOS Muchachos, muchachos.

MOZO 2 Y ahora, a brindar.

MOZO 1 Brindo por lo que brindo, porque tengo que brindar. Cocoliche: a las doce de la noche tendrás la puerta abierta, y todo lo demás.

TODOS ¡Ole! (*Tocan las guitarras.*)

MOZO 2 Yo brindo por doña Rosita.

JOVEN (*Levantándose.*) ¡Por doña Rosita!

MOZO 2 ¡Y porque su futuro marido estalle como un fantoche! (*Risas.*)

JOVEN (*Acercándose, pero embozado.*) ¡Alto, señores! Yo soy forastero y quisiera enterarme de quién es esa Rosita por la que brindan con tanta alegría.

COCOLICHE ¿Tanto le interesa a usted, siendo forastero?

JOVEN Puede que sí.

COCOLlCHE Espantanublos, cierra la puerta, que a pesar de estar cerca el mes de mayo, este señor parece que tiene mucho frío.

MOZO 2 Sobre todo en la cara.

JOVEN Yo me acerqué a preguntaros una cosa, y me respondéis por los cerros de Úbeda. Me parece que las bromas están sobrando.

COCOLICHE Y a usted, ¿qué le importa quién es esa mujer?

JOVEN Más de lo que usted cree.

COCOLICHE Pues bien: esa mujer es doña Rosita, la de la plaza, la mejor cantaora de Andalucía, mi...¡sí!, ¡mi novia!

MOZO 2 (*Adelantándose.*) Que se casa ahora con don Cristobita, y éste, pues... ¡Ya se lo puede figurar!

TODOS ¡Ole! ¡Ole! (*Risas.*)

JOVEN (*Muy triste.*) Perdonad. Me había interesado en la conversación porque yo tuve una novia que se llamaba también Rosita...

MOZO 1 ¿Y ya no es novia vuestra?

JOVEN No. Ahora les gustan a las mujeres los chiquilicuatros. Buenas noches. (*Inicia el mutis.*)

MOZO 2 Caballero, antes de marcharos yo quisiera que tomarais con nosotros un vaso de vino. (*Se lo alarga.*)

JOVEN (*En la puerta, nervioso.*) Muchas gracias, pero yo no bebo. Buenas noches, señores. (*Aparte y marchándose.*) No sé cómo me he podido contener.

ESPANTANUBLOS ¿Pero quién demonios es ese hombre y a qué ha venido aquí?

MOZO 2 Eso mismo te digo yo a ti. ¿Quién es este embozado, esta máscara?

MOZO 1 Eres un mal tabernero.

COCOLICHE Estoy preocupado, preocupado... ¡Este hombre! (*Todos están inquietos; hablan en voz baja.*)

MOZO 2 (*Desde la puerta.*) Señores: don Cristobita viene a la taberna.

COCOLICHE Buena ocasión para partirle la cara.

ESPANTANUBLOS Yo no quiero grescas en mi casa. Así es que, ya mismo, os estáis largando.

MOZO 1 Déjate de cuestiones, ¡Cocoliche! ¡Déjate de cuestiones!

(*Dos Mozos se llevan a Cocoliche y los otros dos se esconden detrás de los toneles. La escena queda en silencio.*)

CRISTOBITA (*En la puerta.*) ¡Brrrrruuuuuum!

ESPANTANUBLOS (*Aterrado.*) Buenas noches.

CRISTOBITA Tendrás mucho vino, ¿verdad?

ESPANTANUBLOS De todos los que usted quiera.

CRISTOBITA ¡Pues todos los quiero, todos!

MOZO 1 (*Desde un rincón.*) ¡Cristobita! (*Con voz aflautada.*)

CRISTOBITA ¿Eh? ¿Quién habla?

ESPANTANUBLOS Será algún perrillo de esas huertas.

CRISTOBITA (*Agarra la porra y canta.*)

Que esconda el rabo la zorra,
porque le doy con la porra.

ESPANTANUBLOS (*Turbado.*) Hay vino dulce... vino blanco... vino... agrio, vino que vino...

CRISTOBITA ¿Y a bajo precio, eh? ¡Sois todos unos ladrones! Dilo tú: unos ladrones.

ESPANTANUBLOS (*Temblando.*) Unos ladrones.

CRISTOBITA Mañana me caso con la señá Rosita, y quiero que haya mucho vino para... bebérmelo yo.

MOZO 1 (*Desde un tonel.*) Cristobita que bebe y duerme

MOZO 2 (*Desde otro tonel.*) Que bebe y duerme!

CRISTOBITA ¡Brrrrrrr, br, br, br! ¿Es que tus toneles hablan, o es que me estás tomando el pelo?

ESPANTANUBLOS ¿Yo?, ¿yo?...

CRISTOBITA ¡Huele la porra! ¿A qué huele?
ESPANTANUBLOS Huele... pues...
CRlSTOBITA ¡Dilo!
ESPANTANUBLOS ¡A sesos!
CRISTOBITA ¿Qué te habías creído? Y en cuanto a eso de que bebe y duerme, ya veremos quién bebe o duerme. *(Furiosamente.)*
ESPANTANUBLOS Pero don Cristóbal, pero don Cristóbal.
MOZO 2 (*Desde un tonel.*)
¡Cristobita,
barriguita!
MOZO 1 ¡Barriguita!
CRISTOBITA (*Con la porra.*) Te llegó tu hora. ¡Pillo, granula!
ESPANTANUBLOS ¡Ay don Cristobita de mis entrañitas!
MOZO 2 ¡Barriguita!
CRISTOBITA ¿Pero a mí con esas? ¿Cuándo se vio? ¡Toma barriguita, toma barriguita, toma
barriguita!
(*Salen los dos. Don Cristobita le da con la porra, y Espantanublos chilla como una rata. Los Mozos se ríen a carcajadas desde los toneles. Música.*)
(*TELÓN*)

Cuadro cuarto

La plaza de antes, pero mucho menos iluminada por la luna. La palmera amarilla se destaca sobre un cielo azul sin estrellas. Por la izquierda entran los Mozos embriagados, que traen a *Cocoliche borracho.*

ESCENA I
MOZO 1 Malas pulgas tiene el tal don Cristobita.
MOZO 2 Y qué porrazos le ha dado al pobre tabernero.
MOZO 1 Oye, tú: ¿qué hacemos con éste?
MOZO 2 Le dejaremos aquí; y descuida, que ya se despertará cuando le dé en la cara el sereno de la noche. (*Se van.*)

ESCENA II
Se oye una flauta que se va acercando rápidamente y aparece el Mosquito. La luz crece. Viendo a Cocoliche dormido, se acerca a él y le toca la trompetilla en el oido. Cocoliche le da un manotazo y el Mosquito se retira.
MOSQUITO ¡Él no sabe lo que pasa, claro!, es una criatura... Pero lo cierto es que el corazón de la señá Rosita, un corazoncillo así de pequeñito, se le escapa.

(*Rie.*) ¡El alma de doña Rosita es como uno de esos barquitos de nácar que venden en las ferias, barquitos de Valencia que llevan unas tijerillas y un dedal. Ahora, éste pondrá sobre la dura vela: "RECUERDO", y seguirá marchando, marchando... (*Se va tocando la trompetilla, y la escena queda otra vez oscurecida.*)

ESCENA III

Entran el Joven embozado y un Mozo del pueblo.

JOVEN Ahora me alegro de haber venido, pero tengo una rabia, que las palabras no me salen de la boca. ¿Dices que se casa?

MOZO Mañana mismo, con un tal don Cristobita, rico, dormilón, tan bruto, que hace pedazos su sombra... Pero yo creo que ella te ha olvidado.

JOVEN No es posible; me quería tanto hace...

MOZO Cinco años.

JOVEN Tienes razón.

MOZO ¿Por qué la dejaste?

JOVEN No sé. Aquí me cansaba demasiado. Ya voy al Puerto, ya vengo del Puerto... ¡Si vieras! Yo me creía que por el mundo estaban siempre repicando las campanas y que en los caminos había blancos paradores, con rubias muchachas remangadas hasta los codos. No hay nada de esto! ¡Es muy aburrido!

MOZO ¿Y qué piensas hacer?

JOVEN Quiero verla.

MOZO Eso es imposible. Tú no conoces a don Cristobita.

JOVEN Pues quiero verla, cueste lo que cueste.

(*Por la derecha entra Cansa-Almas.*)

MOZO Ah! Éste nos puede servir; es Cansa-Almas, el zapatero. (*En alta voz.*) ¡Cansa-Almas!

CANSA-ALMAS Qué... qué... qué...

MOZO Mira: tú vas a ser muy útil a este caballero.

CANSA-ALMAS ¿A quién...? ¿A... quién?

JOVEN (*Descubriéndose.*) Mírame.

CANSA-ALMAS ¡Currito!

JOVEN Sí, Currito el del Puerto.

CANSA-ALMAS (*Dándole con la mano en el vientre.*) ¡Puñeterillo! ¡Qué gordo te has puesto!

MOZO ¿Es verdad que vas mañana a poner los zapatos de novia a la señá Rosita?

CANSA-ALMAS Sí... sí... sí.

MOZO Pues es menester que te sustituya éste.

CANSA-ALMAS No, no, yo no quiero líos.

CURRITO ¡Si vieras cómo te lo pagaría!... Anda, por tus hijos, te pido que

me dejes ir.

MOZO Además te pagará bien. Trae dinero.

CURRITO Acuérdate, Cansa-Almas... (*Haciendo como que llora.*) de lo que mi padre te quería.

CANSA-ALMAS ¡Calla! Qué le vamos a hacer. ¡Te dejaré ir! Yo me quedaré en casa... Y era verdad...

(*Sacando un gran pañuelo de hierbas.*) Tu padre, efectivamente, me quería muchísimo, muchísimo.

CURRITO (*Abrazándole.*) ¡Gracias, muchas gracias!

CANSA-ALMAS ¿Vas a seguir vendiendo naranjas? ¡Oh! ¡Qué pregón más precioso echabas!: Naranjitas, naranjaaaaas... (*Se van.) (La luna va invadiendo la escena y una música de guitarra corre por el aire.)*

COCOLICHE (*Entre sueños.*) Cristobita te pegará, ¡amor mío! Cristobita tiene una panza verde y una joroba verde. Por las noches no te dejará dormir con sus resoplidos. ¡Y yo que te hubiera dado tantos besitos! ¡Qué tristeza cuando te vi con el lazo en el pelo... Lo negro bajará hasta los pies!

(*La melodía del Vito invade la escena. Por la izquierda sale una aparición de lo que sueña Cocoliche. Es doña Rosita, vestida de azul oscuro, con una corona de nardos sobre la cabeza y un puñal de plata en la mano.*)

ESPECTRO DE DOÑA ROSITA (*Cantando.*)

Con el vito, vito, vito,
con el vito, vito, claro...
Cada hora, niño mío,
de ti me voy alejando.

(*La palmera amarilla se llena de lucecitas de plata, y todo adquiere un teatralisimo tinte azulado.*)

COCOLICHE ¡Virgen del Espino! (*Se levanta, pero en ese momento todo desaparece.*) Me he despertado. No cabe duda que me he despertado. Era ella vestida de luto. Me parece que la tengo antemis ojos..., y esa música...(*Ahora, en el balcón, sale la verdadera voz de Rosita, que canta desvelada.*)

ROSITA

Con el vito, vito, vito,
con el Vito, que me muero...
Cada hora, niño mío,
estoy más metida en fuego.

COCOLICHE ¡Esta es la primera vez que lloro de verdad! Lo aseguro. ¡La primera vez!

(*TELÓN*)

Cuadro quinto

La escena representa una calle andaluza, con las casas blancas. En la primera casa hay una zapatería; en la segunda, una barbería, con el espejo y el sillón al aire libre. Más allá, un gran portón con este letrero: POSADA DE TODOS LOS DESENGAÑADOS DEL MUNDO. Sobre la puerta, un gran corazón de gran tamaño atravesado por siete espadas. Es la mañana. En su zapatería está Cansa-Almas sentado en su banco, cosiendo una bota de montar y, esperando junto al silloncillo, Figaro, vestido de verde, con redecilla negra y tufos, afilando una navaja con un largo suavizador.

ESCENA I

FÍGARO Hoy espero la gran visita.

CANSA-ALMAS ¿Qué vi-? ¿Qué vi-? (*Una flauta dentro de la escena termina la frase.*)

FÍGARO Don Cristobita viene; don Cristobita, el de la porra.

CANSA-ALMAS ¿No te pare-? ¿No te pare-? (*El flautín termina la frase*)

FIGARO ¡Sí, sí! ¡Claro! (*Rie.*)

UN GRANUJA

Zapatero, tero, tero,
mete la lezna
por el agujero!

FÍGARO ¡Ah! ¡Gran picarillo! ¡Picarillo! (*Sale corriendo detrás.*)

(*Por el otro lado entra Currito, el del Puerto. Viene como siempre, embozado; al llegar al centro de la escena choca con Figaro, que vuelve muy de prisa del lado opuesto.*)

CURRITO Si me ensartas con la navaja, te saco los ojos.

FÍGARO ¡Perdón, musiú! ¿Se va usted a afeitar? Mi barbería...

(*El pito continúa, y Figaro hace elogios de su talento accionando.*)

CURRITO ¡Vete a la porra!

FÍGARO (*Remeda el pregón de Curro.*) ¡Naranjitas, naranjaaaaaaas! (*Silba.*)

CURRITO (*Llega a la zapatería.*) Cansa-Almas: dame las botitas y el cajoncillo.

CANSA-ALMAS Pero... pero... pero... (*Tiembla.*)

CURRITO (*Furioso.*) ¡Dámelo, te he dicho!

CANSA-ALMAS Toma... toma...

FÍGARO (*Saltando.*)

A tira y afloja
perdí mi dedal...
A tira y afloja
lo volví a encontrar.

CURRITO (*Acaricia unas botitas de color de rosa.*)

¡Oh, botitas

de doña Rosita!
¡Quién las tuviera
con sus piernecitas!

CANSA-ALMAS ¡Y dejadme a mí! ¡Ay! ¡Dejadme a mí! (*Sigue metiendo la lezna.*)

CURRITO (*Entusiasmado con sus botas.*) Son como dos vasitos de vino, como dos acericos de monja, como dos suspirillos.

FÍGARO Algo pasa. ¡Indudablemente, algo pasa! El pueblo huele a novedades. ¡Ah, lo nuevo! Pero ya vendrá a mi barbería.

CURRITO (*Yéndose, con las botas en la mano.*) ¿Es posible que no seas mía, Rosita? (*Besa las botas.*) Son como dos lágrimas de la luna de la tarde, como dos torrecillas del país de los enanitos... como dos... (*Beso fuerte.*) como dos... (*Se va.*)

ESCENA II

FIGARO Ya me enteraré de lo que pasa. Las noticias llegan al mundo después de haber pasado por el clasificador de la barbería. Las barberías son las encrucijadas de las noticias. Esta navaja que ven ustedes rompe el cascarón de los secretos. Los barberos tenemos más olfato que los perros de presa; tenemos el olfato de las palabras oscuras y los gestos misteriosos. ¡Claro! Somos los alcaldes de las cabezas, los jardineros de las cabezas, y a fuerza de abrir caminitos entre los bosques del cabello nos enteramos cómo piensan por dentro. Qué bonitas historias podría contar de los feos durmientes de las barberías!

CRISTOBITA (*Entrando.*) ¡Quiero afeitarme ahora mismo, sí, señor, ahora mismo, porque me voy a casar! ¡Brrrr! Y no convido a nadie, porque sois unos ladrones todos.

(*Cansa-Almas cierra su puerta y asoma la cabeza por el ventanillo.*)

FÍGARO Son.

CRISTOBITA (*Alargando la porra.*) ¡Sois!

FIGARO Son (*Muy afirmativo*) las diez. (*Se guarda el reloj*)

CRISTOBITA Las diez o las once, quiero afeitarme ahora mismo.

CANSA-ALMAS ¡Qué malillo es!

CRISTOBITA (*Pegando con la porra en la cabeza de Cansa mas.*) ¡Tunda que tunda!

(*Cansa-Almas esconde la testa chillando como una rata.*)

CRISTOBITA ¡Vamos! (*Se sienta.*)

FÍGARO ¡Qué hermosísima cabeza tiene usted! ¡Pero qué magnífica! Un ejemplar.

CRISTOBITA ¡Empieza!

FÍGARO (*Trabajando.*) ¡Tran, lará, lará!

CRISTOBITA ¡Como me cortes, te abro en canal. ¡Pero que en canal he

dicho, y es en canal!

FÍGARO ¡Excelencia, admirable! Yo estoy encantado. ¡Tran, larán, larán!

(*La puerta de la posada se abre, y aparece una jovencita vestida de amarillo, con una rosa carmesí en el pelo. Un viejo mendigo con una acordeón toma asiento dentro de la posada.*)

JOVENCITA (*Cantando y tocando los palillos.*)

Tengo los ojos puestos
en un muchacho,
delgado de cintura,
moreno y alto.
A la flor, a la pitiflor,
a la verde oliva...
A los rayos del sol
se peina la niña.

TODOS

A la flor... etc.

JOVENCITA

En los olivaritos,
niña, te espero,
con un jarro de vino
y un pan casero.

TODOS

A la flor... etc.

FÍGARO (*Mirando a la muchacha.*) ¡A la flor, pero que a la flor! ¡Ja, ja, ja! Cansa-Almas, ¡sal pronto!

(*La muchacha queda mirando, extrañadísima, a Cristobita, dormido.*)

CRISTOBITA (*Roncando.*) Brrrrr, brrrrr...

CANSA-ALMAS (*Con miedo.*) No, no quiero salir. (*Con la cabeza asomada al ventanillo.*)

FÍGARO ¡Esto es admirable! Ya me lo figuraba yo. ¡Pero qué cosa más estupenda! Don Cristobita tiene la cabeza de madera. ¡De madera de chopo! ¡Ja, ja, ja! (*La Niña se acerca más.*) Y mirad, mirad cuánta pintura... ¡cuánta pintura! Ja, ja, ja!

CANSA-ALMAS (*Que sale.*) Se va a despertar.

FÍGARO En la frente tiene dos nudos. Por aquí, sudará la resina. ¡Ésta era la novedad! ¡La gran novedad!

CRISTOBITA (*Removiéndose.*) Aligera... brrrrr... aligera...

FÍGARO ¡Excelencia! Sí, sí...

JOVENCITA

Tengo los ojos puestos
en un muchacho,

delgado de cintura,
moreno y alto.
A la flor, a la pitiflor,
a la verde oliva,
a los rayos del sol
se peina la niña.

TODOS (*Alrededor de Cristobita dormido, y pianísimo para éste no lo oiga, pero llenos de guasa.*)

A la flor... etc.

(*Por la ventana de la posada asoma una maja con lunares, que abre y cierra un abanico.*)

(*TELÓN*)

Cuadro sexto

Casa de doña Rosita. En los rincones del frente, dos grandes armarios con celosías claras en la parte superior. En el techo, un velón. Las paredes tienen un ligerísimo tono de azúcar rosado. Sobre la puerta, un retrato de santa Rosa de Lima, bajo un arco de limones. Doña Rosita aparece vestida de rosa. Gran traje d novia lleno de volantes y complicadísimas bandas. Sobre el escote, un collar de azabache.

ESCENA I

ROSITA ¡Todo se ha perdido! Todo! Voy al suplicio como fue Marianita Pineda. Ella tuvo una gargantilla de hierro en sus bodas con la muerte, y yo tendré un collar... un collar de don Cristobita.

(*Llora y canta.*)

Estando una pájara pinta
sentadita en el verde limón...
(*Se atraganta*)
con el pico movía la hoja,
con la cola movía la flor.
¡Ay! ¡Ay!
¿Cuándo veré a mi amor?
(*Fuera se oye cantar*)
Rosita, por verte
la punta del pie,
si a mí me dejaran
veríamos a ver.

ROSITA ¡Oh santa Rosa mía! ¿Qué voz es ésta?

CURRITO (*Embozado, aparece súbitamente en la puerta.*) ¿Se puede pasar?

ROSITA (*Asustada.*) ¿Quién sois?

CURRITO Un hombre entre los hombres.

ROSITA Pero... ¿tenéis cara?

CURRITO Muy conocida por esos ojitos.

ROS ITA Esa voz...

CURRITO (*Abriendo su capa.*) ¡Mírame!

ROSITA (*Aterrada.*) ¡Currito!

CURRITO Sí. Currito. El que se fue por el mundo y vuelve a casarse contigo.

ROSITA ¡No, no! ¡Ay Dios mío, vete! Yo estoy comprometida, y además, no te quiero; tú me has dejado antes. Ahora quiero a Cristobita. ¡Vete, vete!

CURRITO ¡No me iré! ¿Para qué he venido?

ROSITA ¡Ay, qué desgraciada soy! Tengo un relojito y tengo un espejo de plata, ¡pero qué desgraciada soy!

CURRITO Vente conmigo. Te veo y me vuelvo loquito de celos.

ROSITA ¡Quieres perderme, infame!

CURRITO (*Acercándose para abrazarla.*) ¡Rosita mía!

ROSITA ¡Viene gente! ¡Vete, bandido! ¡Tempranillo!

EL PADRE (*Entrando.*) ¿Qué pasa?

CURRITO Venía a probarle los zapatos de boda a la señá Rosita, porque Cansa-Almas no puede venir. Son preciosos. Como para las princesas de la Corte.

PADRE ¡Probádselos!

(*Doña Rosita se sienta en una silla. Currito se arrodilla ante sus pies, y el Padre lee un periódico .*)

CURRITO ¡Oh piernecita de azucena!

ROSITA (*En voz baja.*) ¡Canalla!

CURRITO (*Alto.*) Súbase un poco las faldas.

ROSITA Ya está. (*Currito le pone una bota.*)

CURRITO ¿A ver otro poquito...?

ROSITA Ya hay bastante, zapaterillo.

CURRITO ¡Otro poquito!

PADRE (*Desde su silla.*) Sé bien mandada, niña: otro poquito.

ROSITA ¡Ay!

CURRITO ¡Otro poquito más! (*Queda contemplando la pierna de doña Rosita.*) ¡Otro poquito más!

PADRE Me voy. Las botas son muy lindas... Y cerraré de camino esta puerta. Hace algún fresquillo. (*Se va y llega a la puerta central.*) Trabajillo me ha costado. Estaba enmohecida.

CURRITO

¡Oh, qué lindo pie

tiene su mercé!
¡Oh, qué lindo,
qué lindo pie!

ROSITA (*Levantándose.*) ¡Mal hombre, perro judío!...

CURRITO Rosa. Rosita de mayo.

ROSITA (*Dando pianísimos chillidos.*) ¡Ay, ay, ay! (*Corre por la escena.*) ¡Don Cristobita viene! ¡Salid corriendo por aquí! (*Se encuentran la puerta cerrada.*) ¿Pero cómo ha cerrado mi padre esta puerta?

CURRITO (*Temblando.*) La verdad es que...

ROSITA ¡Ya siento sus pasos por la escalerilla! Iluminadme, santa Rosa. (*Mientras, Currito prueba a abrir la puerta.*) ¡Ah!... Ven aquí. (*Abre el armario de la esquina derecha, y allí lo encierra.*) ¡Ya está!...Creí que me moría.

CRISTOBITA (*Fuera.*) ¡Brrrrrrrrrr!

ROSITA (*Cantando y medio llorando.*)
Estando la pájara pinta
sentadita en el verde limón...
Ay, ay, cuándo veré a mi amor!
(*Se atraganta*)

ESCENA II

CRISTOBITA (*En la puerta.*)
A carne humana
me huele aquí.
Como no me la des,
te como a ti.

ROSITA ¡Qué cosas tienes, Cristobita!

CRISTOBITA ¡No quiero que hables con nadie! ¡Con nadie! ¡Ya te lo he dicho! (¡Ay, qué apetitosa está! ¡Qué par de jamoncitos tiene!)

ROSITA Yo, Cristobita...

CRISTOBITA Vamos a casarnos en seguida... ¡Y, oye!, tú ¿no me has visto matar a nadie con la porra? ¿No?... Pues ya me verás. Hago ¡pun!, ¡pun!, ¡pun!... y al barranquillo.

ROSITA Sí; es muy bonito.

MONAGUILLO (*Por la ventana.*) Que dice el señor cura que, cuando quieran, que vayan.

CRISTOBITA ¡Ya vamos! ¡Ole, ole, ya vamos! (*Coge una botella y baila mientras bebe.*)

ROSITA Entonces... Me pondré el velo...

CRISTOBITA Yo también me voy a poner un gran sombrero y a colgar cintas a la porra... Ahora vengo. (*Se va bailando.*)

CURRITO (*Asomando por la celosía del armario.*) Ábreme.

(*Rosita se dirige al armario, cuando entra Cocoliche por la ventana dando un gran salto.*)

ROSITA ¡Ay! (*Sé dirige a él y cae en sus brazos.*) ¡A nadie más que a ti quiero en el mundo!

(*Cocoliche la coge en sus brazos*)

COCOLICHE ¡Chiquilla!

CURRITO (*Desde el armario*) ¡Ya me lo figuraba yo! Eres una mala mujer.

COCOLICHE ¿Qué es esto?

ROSITA ¡Yo me vuelvo loca!

COCOLICHE ¿Qué haces en tu ratonera? Sal al aire libre donde están los hombres. (*Golpea el armario.*)

ROSITA ¡Tened piedad de mí!

COCOLICHE ¿Tener piedad de ti? Oh miserable mujerzuela

CURRITO Quisiera estrangularos a los dos.

COCOLICHE ¡Sal pronto! ¡Rompe las puertas! Cobarde!

ROSITA ¡Que viene Cristobita! ¡Piedad, que viene Cristobita!

CURRITO ¡Abreeeeeeee!

COCOLICHE ¡Que venga! Así verá cómo su novia se entien de con el amante.

ROSITA Yo te lo explicaré, amor mío. ¡Huye!

CRISTOBITA (*Fuera.*) ¡Rosita... chiquitita!...

ROSITA No hay tiempo. ¡Aquí! (*Abre el otro armario y esconde a Cocoliche; después se echa un velo rosa en la cabeza.*) ¡Me muero! (*Hace como que canta.*)

CRISTOBITA (*Entrando.*) ¿Qué ruido era ése?

ROSITA Son... los invitados que esperan en la puerta.

CRISTOBITA ¡No quiero invitados!

ROSITA ¡Pero... si los hay!

CRISTOBITA Pues si los hay, que se vayan. ¡Que se vayan! (*Aparte.*) Y ya me enteraré del ruido.(*Alto.*) Vamos, Rosita. ¿Eh? ¡Oh, qué apetitosa está!

(*Se abre la puerta central y aparecen los invitados de la boda; traen unos grandes arcos con rosas de papel de colores, por los que pasan don Cristobita y Rosita.*)

INVITADO I ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivan! (*Música.*)

(*Queda la escena sola*)

ESCENA III

(*Por las celosías asoman las cabecitas de Currito y Cocoliche.*

CURRITO ¡Yo voy a estallar!

COCOLICHE ¿Conque tú eres el amante de esa mujer? ¡Ya nos veremos las

caras!

CURRITO Cuando tú quieras, ¡chisgarabís!

COCOLICHE Si este armario no fuese de hierro...

CURRITO ¡Ja!

COCOLICHE ¡De buena gana te quitaba la nariz de un bocado! (*Fuera se oye un: ¡Vivan los novios! ¡Vivan!.*) Ya van a casarse... ¡ya me olvida para siempre! (*Llora.*)

CURRITO (*Declamatorio.*) He venido al pueblo para aprender cómo se puede olvidar.

COCOLICHE Ya no me dirá: Carita de fruta... ni yo le diré: Carita de almendra...

CURRITO Me iré para siempre, ¡para siempre!

COCOLICHE ¡Ay, ay, ay!

CURRITO ¡Ingrata, ingrata, ingrata!

(*Fuera suenan las campanas de la iglesia, cohetes y música.*)

COCOLICHE ¡Yo no podré vivir!

CURRITO ¡Jamás miraré a otra mujer! (*Los dos muñecos lloran.*)

MOSQUITO (*Entra por la izquierda.*) No hay que llorar, amiguitos, no hay que llorar. La tierra tiene caminitos blancos, caminitos lisos, caminitos tontos... Pero, muchachos, ¿por qué ese derroche de perlas? No sois príncipes. Después de todo..., la luna no está en menguante, ni el aire va, ni el aire viene... (*Toca la trompetilla y se va.*) Ni va, ni viene. Ni viene, ni va... (*Cocoliche y Currito dan un fuerte suspiro y quedan mirándose.*)

(*La puerta central se abre de repente y aparece el cortejo de bodas. Don Cristóbal y la señá Rosita se despiden en la puerta y cierran. Música y campaneo lejano.*)

CRISTOBITA ¡Ay, Rosita de mi corazón! ¡Ay, Rosita!

ROSITA Ahora me matará con la porra.

CRISTOBITA ¿Estás mala? ¡Parece que suspiras! Pero es de lo que te gusto. Ya soy viejo y entiendo las cosas. ¡Mira qué traje tengo! ¡Y qué botas! ¡Larán, larán! ¡Ah! Traigan dulces y vino... Mucho vino! (*Entra un criado con unas botellas. Cristobita coge una y empieza a beber.*) ¡Ay, Rosita bonita! ¡Chiquitita, almendrita! ¿Verdad que soy hermosísimo? ¡Te daré un beso! Toma, toma... (*La besa. En este momento Cocoliche y Currito se asoman a sus celosías y dan un grito de rabia.*) ¿Qué es eso? ¿Pero es que esta casa tiene miedo? (*Coge la porra.*)

ROSITA ¡No, no, Cristóbal! Son las carcomas, son los niños en la calle...

CRISTOBITA (*Soltando la porra.*) Mucho ruidillo hacen, ¡caramba! ¡Mucho ruidillo hacen!

ROSITA (*Aterrada y fingiendo.*) ¿Cuándo me vas a contar las historias que me prometiste?

CRISTOBITA ¡Ja, ja, ja! Son muy bonitas, tan bonitas como esa carilla de

amapola. (*Bebe.*) Es la historia de Don Tancredo, montado en su pedestal. ¿Sabes? ¡Joooo! Y la historia de Don Juan Tenorio, primo de Don Tancredo y primo mío. Sí, señor. ¡Primo mío! Di tú: ¡Primo mío!

ROSITA ¡Primo tuyo!

CRISTOBITA ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Dime algo!

ROSITA Te quiero, Cristobita.

CRISTOBITA ¡Ole, ole! (*La besa. De los armarios sale otro grito.*) ¡Esto se acabó, se acabó y se requeteacabó! ¡Brrrrrrrr!

ROSITA ¡Ay! No, no te pongas así.

CRISTOBITA (*Con la porra.*) ¡Que salga quien sea!

ROSITA Mira: no te pongas así. ¡Un pájaro ha pasado ahora mismo por la ventana, con unas alas... así de grandes!

CRISTOBITA (*Remedándola.*) ¡Así de grandes! ¡Así de grandes! ¿Pero yo estoy ciego?

ROSITA ¡No me quieres!... (*Llora.*)

CRISTOBITA (*Enternecido.*) ¿Te creo... o no te creo? (*Suelta la porra.*)

ROSITA (*Cursi.*) ¡Qué noche tan clarita vive sobre los tejados! En esta hora, los niños cuentan las estrellas, y los viajeros se duermen sobre sus cabalgaduras.

(*Cristobita se sienta, pone los pies sobre la mesa y empieza a beber.*)

CRISTOBITA Me gustaría ser todo de vino y beberme yo mismo. ¡Jooo! Y mi barriga un pastel, un gran pastel rosado, con ciruelas y batatas... (*Los muñecos se asoman a sus armarios y suspiran.*) ¿Quién suspira?

ROSITA Yo... Soy yo, acordándome de cuando era niña.

CRISTOBITA Cuando yo era niño, me dieron un pastel más grande que la luna y me lo comí yo solo. ¡Jooo! Yo solo.

ROSITA (*Romántica.*) La sierra de Córdoba tiene sombras bajo sus olivares, sombras aplastadas, sombras muertas que nunca se van. ¡Oh, quién estuviera bajo sus raíces! La sierra de Granada tiene pies de luz y peinado de nieve. ¡Oh, quién estuviera bajo sus manantiales! Sevilla no tiene sierras.

CRISTOBITA No tiene sierras, no...

ROSITA Largos caminos color naranja. ¡Oh, quién se perdiera por ellos!

(*Cristobita, oyéndola, como quien oye a un violinista, se ha quedado dormido, con una botella en la mano.*)

ESCENA IV

CURRITO (*Muy bajito.*) ¡Abre!

COCOLICHE ¡No me abras! Quiero morir aquí.

ROSITA Callad, ¡por Dios!

Entra el mosquito y empieza a tocar la trompetilla alrededor de Cristóbal. Éste le da manotazos)

CURRITO Me iré donde no me verás nunca.

ROSITA Yo jamás te amé. Eres un hombre errante.

COCOLICHE ¡Qué oigo!

ROSITA A ti solo, ¡amor mío!

COCOLICHE ¡Ay, pero ya estás casada!

CRISTOBITA ¡Brrrrrr... Pícaros mosquitos! ¡Pícaros mosquitos!

ROSITA Santa Rosa: ¡que no se despierte! (*Se dirige a un armario y, con gran cuidado, lo abre.) (Toda esta escena será rapidísima y en voz baja.)*

CURRITO (*Saliendo del armario.*) ¡Adiós para siempre, ingrata! Mi pena es que jamás te olvidaré.

(*En este momento el Mosquito da un fuerte trompetazo en la cabeza a Cristóbal y éste se despierta.*)

CRISTOBITA ¡Ah! ¡Qué! ¡Qué! ¡Imposible! ¡Brrrrrrrrrrr!

CURRITO (*Sacando un puñal.*) ¡Calma, señor mío, calma!

CRISTOBITA Te mato, te trituro, te machaco los huesos. ¡Ya me las pagarás, seña ¡Rosita, mala mujer! ¡Con cien duros que me has costado! ¡Brrr...! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pan! ¡Me ahoga la rabia! ¡Pun! ¡Pan! ¿Qué hacías aquí?

CURRITO (*Temblando.*) Lo... que me da la gana.

CRISTOBITA ¡Ahrrrrrrrr! ¿Conque lo que te da la gana? ¡Pero hombre! ¡Toma gana! ¡Toma gana! Toma gana. (*Currito acomete a Cristóbal con su puñal, pero éste queda clavado en el pecho del dormilón de una manera rara. Rosita, durante esta escena, ha estado abriendo la puerta del foro, y en este momento ha conseguido abrirla, y huye Currito, perseguido por Cristóbal, que le va diciendo:*) ¡Toma gana! ¡Toma gana!

(*Rosita da unos chillidos agudísimos o se ríe de una manera histérica. En todo este momento los personajes estarán ayudados por varios pitos de una orquestilla.*)

ESCENA V

COCOLICHE ¡Ábreme, que yo le mataré cuando venga!

ROSITA ¿Te abro? (*Va a abrirle.*) ¡No te abro! ¡Ay!

COCOLICHE Rosita: déjame que lo estrangule.

ROSITA ¿Te abro? (*Va a abrirle.*) ¡No te abro! Ahora viene, y nos matará.

COCOLICHE ¡Así moriremos juntos!

ROSITA ¿Te abro?... ¡Ay, sí!... ¡Te abro! (*Le abre.*) ¡Corazoncillo mío! ¡Arbolito de mi jardín!

COCOLICHE (*Abrazándola.*) ¡Clavel disciplinado! ¡Manojito de canela! (*Empieza un idilio estilo dúo de ópera.*)

ROSITA Vete a tu casa; ahora, yo moriré.

COCOLICHE Es imposible, Rosita entre las flores. En aquella estrella te haré un columpio y un balcón de plata. Desde allí veremos cómo tiembla el mundo vestido por la luna.

ROSITA (*Olvidándolo todo y en plena felicidad.*) ¡Qué romántico eres, primor mío! Creo que soy una flor, y me deshojo sobre tus manos.

COCOLICHE Cada día me vas pareciendo más rosada; cada día parece que te arrancas un velo, y surges desnuda.

ROSITA (*Poniendo la cabecita sobre el pecho de su novio.*) En tu pecho han levantado el vuelo miles de pájaros; amor mío, cuando te miro me parece que estoy ante una fuentecilla. (*Fuera se oye la voz de Cristobita, y Rosita sale de su éxtasis.*) ¡Huye!

CRISTOBITA (*Aparece en la puerta y queda estupefacto.*) ¡Ahrrrrrrrr! ¡Tienes los amantes a pares! ¡Prepararse para el barranquillo! ¡Pin! ¡Pan! ¡Brrr! (*Cocoliche y Rosita se besan desesperadamente, delante de Cristóbal.*) ¡Imposible! ¡Yo, que he matado trescientos ingleses, trescientos costantinoplos! ¡Os acordaréis de mí! ¡Ay! ¡Ay! (*La porra se le cae de la mano, y se siente un gran estrépito de muelles.*) ¡Ay mi barriguita! ¡Ay mi barriguita! ¡Por vuestra culpa me he roto. me he muerto! ¡Ay, que me muero! ¡Ay, que llamen al curita! ¡Ay!

ROSITA (*Chillando agudísimamente y corriendo por la escena, arrastrando su larga cola.*) ¡Papáaaaaa! ¡Papáaaaaaa!

CRISTOBITA ¡Ahrrrrrrr! Pun! ¡Me acabé! (*Queda panza arriba con las manos por alto y luego cae sobre las candilejas*)

ROSITA ¡Ha muerto! ¡Ay Dios mío, qué compromiso tan grande!

COCOLICHE (*Acercándose con miedo.*) Oye: ¡no tiene sangre!

ROSITA ¿Que no tiene sangre?

COCOLICHE ¡Mira! ¡Mira lo que le sale por el ombliguillo!

ROSITA ¡Qué miedo!

COCOLICHE ¿Sabes una cosa?

ROSITA ¿Qué?

COCOLICHE (*Enfático.*) ¡Cristobita no era una persona!

ROSITA ¿Qué?... ¡Que no me lo digas siquiera! ¡Qué sofocación más grande! De qué manera, ¿que no era una persona?

PADRE (*Entrando.*) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

(*Entran varios muñecos*)

COCOLICHE ¡Mirad!

PADRE ¡Ha estallado!

(*La puerta central se abre y aparecen Muñequitos con antorchas; llevan capas rojas y sombreros negros. Delante viene el Mosquito con una banderita blanca y tocando la trompeta. Traen un ataúd enorme, en el que hay pintados pimientos y rábanos en vez de estrellas. Los Curas vienen cantando.Marcha fúnebre de pitos.*)

UN CURA

Uri memento.

Un hombre muerto.

TODOS
Se acabó, se acabó,
Cristobalón.
UN CURA
Cantemos o no cantemos,
cinco duros ganaremos.
(*Al coger a Cristobita, éste suena de una manera graciosa, como un fagot. Todos se retiran, y doña Rosita llora. Vuelven otra vez y suena menos, hasta que sus suspiros son de flautín, y lo echan en la caja. El cortejo da la vuelta a la escena, entre los lamentos de la música.*)

COCOLICHE Ahora siento mi pecho lleno de cascabeles, lleno de corazoncillos. Parezco un campo de flores.

ROSITA Para ti serán mis lágrimas y mis besitos, ¡que eres un clavel.

MOSQUITO (*Saliendo con la comitiva.*)
Vamos a enterrar
al gran ganapán,
Cristobita borracho
que no volverá.
Ran,
rataplán,
rataplán,
rataplán.
Rataplán!
(*Cocoliche y Rosita quedan abrazados. Sinfonía.*)
(*TELÓN*)


A "Josefinita."
Federico García Lorca.
1929.
(ensayos del
Perlimplín)

Ensayos de Perlimplín. 1929. Tinta china y lápices de colores. 17,7 x 11,7 cm. Museo Reina Sofía.

AMOR DE DON PERLIMPLÍN CON BELISA EN SU JARDÍN

Aleluya erótica en cuatro cuadros (*Versión de cámara*)

Personajes
DON PERLIMPLÍN
BELISA
MARCOLFA
MADRE DE BELISA
DUENDE PRIMERO
DUENDE SEGUNDO

Cuadro primero

Casa de don Perlimplín. Paredes verdes con las sillas y muebles pintados en negro. Al fondo, un balcón por el que se verá el balcón de Belisa. Perlimplín viste casaca verde y peluca blanca llena de bucles. Marcolfa, criada, el clásico traje de rayas.

PERLIMPLÍN ¿Sí?
MARCOLFA Sí.
PERLIMPLÍN Pero ¿por qué sí?
MARCOLFA Pues porque sí.
PERLIMPLÍN ¿Y si yo te dijera que no?
MARCOLFA (*Agria.*) ¿Que no?
PERLIMPLÍN No.
MARCOLFA Dígame, señor mío, las causas de ese no.
PERLIMPLÍN (*Pausa.*) Dime tú, doméstica perseverante, las causas de ese sí.
MARCOLFA Veinte y veinte son cuarenta...
PERLIMPLÍN (*Escuchando.*) Adelante.
MARCOLFA Y diez cincuenta.
PERLIMPLÍN Vamos.

MARCOLFA Con cincuenta años ya no se es un niño.

PERLIMPLÍN Claro.

MARCOLFA Yo me puedo morir de un momento a otro.

PERLIMPLÍN ¡Caramba!

MARCOLFA (*Llorando.*) ¿Y qué será de usted sólo en este mundo?

PERLIMPLÍN ¿Qué sería?

MARCOLFA Por eso tiene que casarse.

PERLIMPLÍN (*Distraído.*) ¿Sí?

MARCOLFA (Enérgica.) Sí.

PERLIMPLÍN (*Angustiado.*) Pero Marcolfa... ¿por qué sí? Cuando yo era niño una mujer estranguló a su esposo. Era zapatero. No se me olvida. Siempre he pensado no casarme. Yo con mis libros tengo bastante. ¿De qué me va a servir?

MARCOLFA El matrimonio tiene grandes encantos, mi señor. No es lo que se ve por fuera. Está lleno de cosas ocultas. Cosas que no está bien que sean dichas por una servidora... Ya se ve...

PERLIMPLÍN ¿Qué?

MARCOLFA Me he puesto colorada.

(*Pausa. Se oye un piano.*)

UNA VOZ (*Dentro, cantando.*)

Amor, amor.
Entre mis muslos cerrados
nada como un pez el sol.
Agua tibia entre los juncos,
amor.
¡Gallo, que se va la noche!
¡Que no se vaya, no!

MARCOLFA Verá mi señor la razón que tengo.

PERLIMPLÍN (*Rascándose la cabeza.*) Canta bien.

MARCOLFA Ésa es la mujer de mi señor. La blanca Belisa.

PERLIMPLÍN Belisa... Pero no sería mejor...

MARCOLFA No... venga ahora mismo. (*Le coge de la mano y se acercan al balcón.*) Diga usted Belisa...

PERLIMPLÍN Belisa...

MARCOLFA Más alto.

PERLIMPLÍN ¡Belisa!...

(*El balcón de la casa de en frente se abre y aparece Belisa resplandeciente de hermosura. Está medio desnuda.*)

BELISA ¿Qulén me llama?

MARCOLFA (*Escondiéndose detrás de la cortina del balcón.*) Conteste.

PERLIMPLÍN (*Temblando.*) La llamaba yo.

BELISA ¿Sí?

PERLIMPLÍN Sí.

BELISA Pero ¿por qué sí?

PERLIMPLíN Pues porque sí.

BELISA ¿Y si yo le dijese que no?

PERLIMPLíN Lo sentiría... porque... hemos decidido que me quiero casar.

BELISA (*Ríe.*) ¿Con quién?

PERLIMPLíN Con usted...

BELISA (*Seria.*) Pero... (*A voces.*) Mamá, mamá, mamaíta.

MARCOLFA Esto va bien.

(*Sale la Madre con una gran peluca dieciochesca llena de pájaros, cintas y abalorios.*)

BELISA Don Perlimplín se quiere casar conmigo. ¿Qué hago?

MADRE Buenísimas tardes, encantador vecinito mío. Siempre dije a mi pobre hija que tiene usted la gracia y modales de aquella gran señora que fue su madre y a la cual no tuve la dicha de conocer.

PERLIMPLÍN ¡Gracias!...

MARCOLFA (*Furiosa, en la cortina.*) ¡He decidido que...! ¡Vamos!

PERLIMPLÍN Hemos decidido que vamos...

MADRE A contraer matrimonlo, ¿no es así?

PERLIMPLÍN Así es.

BELISA Pero mamá... ¿Y yo?

MADRE Tú estás conforme, naturalmente. Don Perlimplín es un encantador marido.

PERLIMPLÍN Espero serlo, señora.

MARCOLFA (*Llamando a don Perlimplín.*) Esto está casi terminado.

PERLIMPLÍN ¿Crees tú? (*Hablan.*)

MADRE (*A Belisa.*) Don Perlimplín tiene muchas tierras. En las tierras hay muchos gansos y ovejas. Las ovejas se llevan al mercado. En el mercado dan dineros por ellas. Los dineros dan la hermosura... Y la hermosura es codiciada por los demás hombres.

PERLIMPLÍN Entonces...

MADRE Emocionadísima... Belisa... vete dentro... no está bien que una doncella oiga ciertas conversaciones.

BELISA Hasta luego... (*Se va.*)

MADRE Es una azucena... Ve usted su cara. (*Bajando la voz.*) Pues si la viese por dentro... ¡Como de azúcar!... Pero... ¡perdón! No he de ponderar estas cosas a persona tan moderna y competentísima como usted...

PERLIMPLÍN ¿Sí?

MADRE Sí... lo he dicho sin ironía.

PERLIMPLÍN No sé cómo expresarle nuestro agradecimiento..

MADRE ¡Oh!... nuestro agradecimiento... qué delicadeza tan extraordinaria. El agradecimiento de su corazón y el de usted mismo... Lo he entendido... lo he entendido... A pesar que hace veinte años que no trato a un hombre.

MARCOLFA La boda...

PERLIMPLÍN La boda...

MADRE En cuanto quiera... aunque... (*Saca un pañuelo y llora.*) A todas las madres... Hasta luego... (*Se va.*)

MARCOLFA ¡Por fin!

PERLIMPLÍN ¡Ay Marcolfa, Marcolfa, en qué mundo me vas a meter!

MARCOLFA En el mundo del matrimonio.

PERLIMPLÍN Y si te soy franco, siento una sed... ¿Por qué no me traes agua?

(*Marcolfa se le acerca y le da un recado al oído.*)

PERLIMPLÍN ¿Quién lo puede creer?

(*Se oye el piano. El teatro queda en penumbra. Belisa descorre las cortinas de su balcón. Se ve a Belisa casi desnuda cantando lánguidamente.*)

VOZ DE BELISA

¡Amor! ¡Amor!
Entre mis muslos cerrados
nada como un pez el sol.

MARCOLFA ¡Hermosa doncella!

PERLIMPLÍN ¡Como de azúcar!... blanca por dentro. ¿Será capaz de estrangularme?

MARCOLFA La mujer es débil si se la asusta a tiempo.

VOZ DE BELISA

¡Amor!
¡Gallo que se va la noche!
Que no se vaya, no.

PERLIMPLIN ¿Qué dice Marcolfa? ¿Qué dice? (Marcolfa ríe.) Y qué es esto que me pasa?... ¿Qué es esto?

(*Sigue sonando el piano. Por el balcón pasa una bandada de pájaros de papel negro.*)

Cuadro segundo

Sala de don Perlimplín. En el centro hay una gran cama con dosel y penachos de plumas. En las paredes hay seis puertas. La primera de la derecha sirve de entrada y salida a don Perlimplín. Es la primera noche de casados.

(*Marcolfa, con un candelabro, en la puerta primera de la izquierda.*)

MARCOLFA Buenas noches.

VOZ DE BELISA Adiós, Marcolfa.

(*Sale Perlimplín vestido magníficamente.*)

MARCOLFA Buena noche de boda tenga mi señor.

PERLINIPLÍN Adiós, Marcolfa.

(*Sale Marcolfa. Perlimplín se dirige de puntillas a la habitación de enfrente y mira desde la puerta.*)

Belisa... con tantos encajes pareces una ola y me das el mismo miedo que de niño tuve al mar. Desde que tú viniste de la iglesia está mi casa llena de rumores secretos y el agua se entibia ella sola en los vasos... ¡Ay!... Perlimplín... ¿dónde estás, Perlimplín? (*Sale de puntillas.*)

(*Aparece Belisa vestida con un gran traje de dormir lleno de encajes. Una cofia inmensa le cubre la cabeza y lanza una cascada de puntillas y entredoses hasta sus pies. Lleva el pelo suelto y los brazos desnudos.*)

BELISA La criada perfumó esta habitación con tomillo y no con menta como yo le indiqué... (*Va hacia el lecho.*) Ni puso a la cama las finas ropas de hilo que tiene. Marcolfa... (*En este momento suena una música suave de guitarras. Belisa cruza las manos sobre el pecho.*) ¡Ay! El que me busque con ardor me encontrará. Mi sed no se apaga nunca, como nunca se apaga la sed de los mascarones que echan el agua en las fuentes. (*Sigue la música.*) ¡Ay qué música, Dios mío! ¡Qué música! Como el plumón caliente de los cisnes... ¡Ay! Pero, ¿soy yo?, ¿o es la música?

(*Se echa sobre los hombros una gran capa de terciopelo rojo y pasea por la escena. Calla la música y se oyen cinco silbidos.*)

BELISA Son cinco.

(*Aparece Perlimplín.*)

PERLIMPLÍN ¿Te molesto?

BELISA ¿Cómo es posible?

PERLIMPLÍN ¿Tienes sueño?

BELISA (*Irónica.*) ¿Sueño?

PERLIMPLÍN La noche se ha puesto un poco fría. (*Se frota las manos.*)

(*Pausa.*)

BELISA (*Decidida.*) Perlimplín.

PERLIMPLÍN (*Temblando.*) ¿Qué quieres?

BELISA (*Vaga.*) Es un bonito nombre, Perlimplín.

PERLIMPLÍN Más bonito es el tuyo, Belisa.

BELISA (*Riendo.*) ¡Oh! ¡Gracias!

(*Pausa corta.*)

PERLIMPLÍN Yo quería decirte una cosa.

BELISA ¿Y es?

PERLIMPLÍN He tardado en decidirme... Pero...

BELISA Di.

PERLIMPLÍN Belisa... ¡yo te amo!

BELISA ¡Oh, caballerito!... es ésa tu obligación.

PERLIMPLÍN ¿Sí?

BELISA Sí.

PERLIMPLÍN Pero ¿por qué sí?

BELISA (*Mimosa.*) Pues porque sí.

PERLIMPLÍN No.

BELISA ¡Perlimplín...!

PERLIMPLÍN No, Belisa. Antes de casarme contigo yo no te quería.

BELISA (*Guasona.*) ¿Qué dices?

PERLIMPLÍN Me casé... ¡por lo que fuera!, pero no te quería. Yo no había podido imaginarme tu cuerpo hasta que lo vi por el ojo de la cerradura cuando te vestían de novia. Y entonces fue cuando sentí el amor, ¡entonces!, como un hondo corte de lanceta en mi garganta.

BELISA (*Intrigada.*) Pero ¿y las otras mujeres?

PERLIMPLÍN ¿Qué mujeres?

BELISA Las que tú conociste antes.

PERLIMPLÍN Pero ¿hay otras mujeres?

BELISA (*Levantándose.*) ¡Me estás asombrando!

PERLIMPLÍN El primer asombrado soy yo. (*Pausa. Se oyen los cinco silbidos.*) ¿Qué es eso?

BELISA El reloj.

PERLIMPLÍN ¿Son las Cinco?

BELISA Hora de dormir.

PERLIMPLÍN ¿Me das permiso para quitarme la casaca?

BELISA Desde luego (*Bostezando.*), maridito. Y apaga la luz si te place.

PERLIMPLÍN (*Apaga la luz. En voz baja.*) Belisa.

BELISA (*En voz alta.*) ¿Qué, hijito?

PERLIMPLÍN (*En voz baja.*) He apagado lá luz.

BELISA (*Guasona.*) Ya lo Veo.

PERLIMPLÍN (*En voz mucho más baja.*) Belisa...

BELISA (*En voz más alta.*) ¿Qué?, ¿encanto?

PERLIMPLÍN ¡Te adoro!

(*Dos Duendes saliendo por lados opuestos del escenario corren una cortina de tonos grises. Queda el teatro en penumbra, con dulce tono de sueño. Suenan flautas. Deben ser dos niños. Se sientan en la concha del apuntador cara al público.*)

DUENDE 1° ¿Cómo te va por lo oscurillo?

DUENDE 2° Ni bien ni mal, compadrillo.

DUENDE 1° Ya estamos.

DUENDE 2° Y qué te parece. Siempre es bonito tapar las faltas ajenas.

DUENDE 1° Y que luego el público se encargue de destaparlas.
DUENDE 2° Porque si las cosas no se cubren con toda clase de preocupaciones...
DUENDE 1° No se descubren nunca.
DUENDE 2° Y sin este tapar y destapar...
DUENDE 1° ¡Qué sería de las pobres gentes!
DUENDE 2° (*Mirando la cortina.*) ¡Que no quede ni una rendija!
DUENDE 1° Que las rendijas de ahora son oscuridad mañana. (*Ríen.*)
DUENDE 2° Cuando las cosas están claras...
DUENDE 1° El hombre se figura que no tiene necesidad de descubrirlas.
DUENDE 2° Y se van a las cosas turbias para descubrir en ellas secretos que ya sabía.
DUENDE 1° Pero para eso estamos nosotros aquí. ¡Los duendes!
DUENDE 2° ¿Tú conocías a Perlimplín?
DUENDE 1° Desde niño.
DUENDE 2° ¿Y a Belisa?
DUENDE 1° Mucho. Su habitación exhalaba un perfume tan intenso, que una vez me quedé dormido y desperté entre las garras de sus gatos. (*Ríen.*)
DUENDE 2° Este asunto estaba...
DUENDE 1° ¡Clarísimo!
DUENDE 2° Todo el mundo se lo imaginaba.
DUENDE 1° Y el comentario huiría hacia medios más misteriosos.
DUENDE 2° ¡Por eso! Que no se descorra todavía nuestra eficaz y socialísima pantalla.
DUENDE 1° ¡No, que no se enteren!
DUENDE 2° El alma de Perlimplín, chica y asustada como un patito recién nacido, se enriquece y sublima en estos instantes...
(*Ríen.*)
DUENDE 1° El público está impaciente.
DUENDE 2° Y tiene razón. ¿Vamos?
DUENDE 1° Vamos. Ya siento un dulce fresquillo por mis espaldas.
DUENDE 2° Cinco frías camelias de madrugada se han abierto en las paredes de la alcoba.
DUENDE 1° Cinco balcones sobre la ciudad.
(*Se levantan y se echan unas grandes capuchas azules.*)
DUENDE 2° Don Perlimplín. ¿Te hacemos un mal o un bien?
DUENDE 1° Un bien... porque no es justo poner ante las miradas del público el infortunio de un hombre bueno.
DUENDE 2° Es verdad, compadrillo: que no es lo mismo decir «yo he visto» que «se dice».

DUENDE 1° Mañana lo sabrá toda la gente.

DUENDE 2° Y es lo que deseamos.

DUENDE 1° Comentario quiere decir mundo.

DUENDE 2° Chist...

(*Empiezan a sonar las flautas.*)

DUENDE 1° Chist...

DUENDE 2° ¿Vámonos por el oscurillo?

DUENDE 1° Vámonos ya, compadrillo.

DUENDE 2° ¿Yá?

DUENDE 1° ¡Ya!

(*Corren la cortina. Aparece don Perlimplín en la cama [con unos grandes cuernos de ciervo en la cabeza]. Belisa a su lado. Los cinco balcones del fondo están abiertos de par en par. Por ellos entra la luz Blanca de la madrugada.*)

PERLIMPLÍN (*Despertando.*) Belisa, Belisa. ¡Contesta!

BELISA (*Fingiendo que despierta.*) Perlimplinito. ¿Qué quieres?

PERLIMPLÍN ¡Dime pronto!

BELISA ¿Qué te voy a decir? ¡Yo quedé dormida mucho antes que tú!

PERLIMPLÍN (*Se echa de la cama. Va vestido con casaca.*) ¿Por qué están los balcones abiertos?

BELISA Porque esta noche ha corrido el aire como nunca.

PERLIMPLÍN ¿Por qué tienen los balcones cinco escalas que llegan al suelo?

BELISA Porque así es la costumbre en el país de mi madre.

PERLIMPLÍN Y ¿de quiénes son aquellos cinco sombreros que veo debajo de los balcones?

BELISA (*Saltando de la cama en espléndida toilette.*) De los borrachitos que van y vienen, Perlimplinillo, ¡amor!

PERLIMPLÍN (*Mirándola y quedándose embobado.*) ¡Belisa! ¡Belisa! ¿Y por qué no? Todo lo explicas bien. Estoy conforme. ¿Por qué no ha de ser así?

BELISA (*Mimosa.*) No soy mentirosilla.

PERLIMPLÍN Y yo cada minuto te quiero más.

BELISA Así me gusta.

PERLIMPLÍN ¡Por primera vez en mi vida estoy contento! (*Se acerca y la abraza, pero en ese instante se retira bruscamente de ella.*) Belisa. ¿Quién te ha besado? ¡No mientas, que lo sé!

BELISA (*Cogiéndose el pelo y echándolo por delante.*) ¡Ya lo creo que lo sabes! ¡Qué maridito tan bromista tengo! (*En voz baja.*) ¡Tú! ¡Tú me has besado!

PERLIMPLÍN ¡Sí! Yo te he besado... ¿pero y si te hubiese besado alguien más...? Si te hubiese besado alguien más... ¿tú me quieres?

BELISA (*Levantando un brazo desnudo.*) Sí, Perlimplín chiquitito.

PERLIMPLÍN Entonces... ¿qué me importa?... (*Se dirige a ella y la abraza.*) ¿Eres Belisa?...

BELISA (*Mimosa y en voz baja.*) ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!

PERLIMPLÍN ¡Casi me parece un sueño!

BELISA (*Reaccionando.*) Mira, Perlimplín, cierra los balcones, que antes de nada se levantará la gente...

PERLIMPLÍN ¿Para qué? Como los dos hemos dormido lo bastante veremos el amanecer... ¿No te gusta?

BELISA Sí, pero... (*Se sienta en la cama.*)

PERLIMPLÍN Nunca había visto la salida del sol... (*Belisa, rendida, cae sobre las almohadas.*) Es un espectáculo que... parece mentira... ¡me conmueve!... ¿Y a ti?, ¿no te gusta? (*Se dirige hacia el lecho.*) Belisa, ¿estás dormida?

BELISA (*Entre sueños.*) Sí.

(*Perlimplín, de puntillas, la cubre con un manto. Una luz intensa y dorada entra por los balcones. Bandadas de pájaros de papel los cruzan entre el sonido de las campanas matinales.*

Perlimplín se ha sentado al borde de la cama.)

PERLIMPLÍN

Amor, amor
que estoy herido.
Herido de amor huido,
herido,
muerto de amor.
Decid a todos que ha sido
el ruiseñor.
Bisturí de cuatro filos,
garganta rota y olvido.
Cógeme la mano, amor,
que vengo muy mal herido,
herido de amor huido,
¡herido!
¡Muerto de amor!
(*TELÓN*)

Cuadro tercero

Comedor de Perlimplín. Las perspectivas están equivocadas deliciosamente. La mesa con todos los objetos pintados como en una «Cena» primitiva.

PERLIMPLÍN ¿Lo harás como te digo?

MARCOLFA (*Llorando.*) Descuide el señor.

PERLIMPLÍN Marcolfa, ¿por qué sigues llorando?

MARCOLFA Por lo que sabe su merced. La noche de boda entraron cinco personas por los balcones. Cinco. Representantes de las cinco razas de la tierra. El europeo con su barba, el indio, el negro, el amarillo y el norteamericano. Y usted sin enterarse...

PERLIMPLÍN Eso no tiene importancia...

MARCOLFA Figúrese. Ayer la vi con otro.

PERLIMPLIN (*Intrigado.*) ¿Cómo?

MARCOLFA Y no se ocultó de mí.

PERLIMPLÍN Pero yo soy feliz, Marcolfa.

MARCOLFA Me deja asombrada el señor.

PERLIMPLÍN Feliz como no tienes idea. He aprendido muchas cosas y, sobre todo, puedo imaginarlas...

MARCOLFA Mi señor la quiere demasiado.

PERLIMPLÍN No tanto como ella merece.

MARCOLFA Aquí llega.

PERLIMPLÍN Vete.

(*Se va Marcolfa y Perlimplín se oculta en un rincón. Entra Belisa.*)

BELISA Tampoco he conseguido verlo. En mi paseo por la alameda venían todos detrás menos él. Debe tener la piel morena y sus besos deben perfumar y escocer al mismo tiempo como el azafrán y el clavo. A veces pasa por debajo de mis balcones y mece su mano lentamente en un saludo que hace temblar mis pechos.

PERLIMPLÍN ¡Ejem!

BELISA (*Volviéndose.*) ¡Oh! ¡Qué susto me has dado!

PERLIMPLÍN (*Acercándose cariñoso.*) Observo que hablas sola.

BELISA (*Fastidiada.*) ¡Quita!

PERLIMPLÍN ¿Quieres que demos un paseo?

BELISA No.

PERLIMPLÍN ¿Quieres que vayamos a la confitería?

BELISA ¡He dicho que no!

PERLIMPLÍN Perdona.

(*Una piedra en la que hay una carta arrollada cae por el balcón. Perlimplín la recoge.*)

BELISA (*Furiosa.*) ¡Dame!

PERLIMPLÍN ¿Por qué?

BELISA ¡Porque eso era para mí!

PERLIMPLÍN (*Burlón.*) ¿Quién te lo ha dicho?

BELISA ¡Perlimplín! ¡No la leas!

PERLIMPLÍN (*Poniéndose fuerte en broma.*) ¿Qué quieres decir?

BELISA (Llorando.) ¡Dame esa carta!

PERLIMPLÍN (*Acercándose.*) ¡Pobre Belisa! Porque comprendo tu estado de ánimo te entrego este papel que tanto supone para ti... (*Belisa coge el papel y lo guarda en el pecho.*) Yo me doy cuenta de las cosas. Y aunque me hieren profundamente comprendo que vives un drama.

BELISA (*Tierna.*) ¡Perlimplín!...

PERLIMPLÍN Yo sé que tú me eres fiel y lo sigues siendo.

BELISA (*Gachona.*) No conocí más hombre que mi Perlimplinillo.

PERLIMPLÍN Por eso quiero ayudarte como debe hacer todo buen marido cuando su esposa es un dechado de virtud... Mira.(*Cierra las puertas y adopta un aire de misterio.*) ¡Yo lo sé todo!... Me di cuenta en seguida. Tú eres joven y yo soy viejo... ¡Qué le vamos a hacer!... pero lo comprendo perfectamente. (*Pausa. En voz baja.*) ¿Ha pasado hoy por aquí?

BELISA Dos veces.

PERLIMPLÍN ¿Y te ha hecho señas?

BELISA Sí... pero de una manera un poco despectiva... ¡y eso me duele!

PERLIMPLÍN No temas. Hace quince días vi a ese joven por vez primera. Te puedo decir con toda sinceridad que su belleza me deslumbró. Jamás he visto un hombre en que lo varonil y lo delicado se den de una manera más armónica. Sin saber por qué, pensé en ti.

BELISA Yo no le he visto la cara... pero...

PERLIMPLÍN No tengas miedo de hablarme... yo sé que tú le amas... Ahora te quiero como si fuera tu padre... ya estoy lejos de las tonterías... así es...

BELISA Él me escribe cartas.

PERLIMPLÍN Ya lo sé.

BELISA Pero no se deja ver.

PERLIMPLÍN Es raro.

BELISA Y hasta parece... que me desprecia.

PERLIMPLÍN ¡Qué inocente eres!

BELISA Lo que no cabe duda es que me ama como yo deseo...

PERLIMPLÍN (*Intrigado.*) ¿Dices?

BELISA Las cartas de los otros hombres que yo he recibido... y que no he contestado porque tenía a mi maridito, me hablaban de países ideales, de sueños y de corazones heridos... pero estas cartas de él... mira...

PERLIMPLÍN Habla sin miedo.

BELISA Hablan de mí... de mi cuerpo...

PERLIMPLÍN (*Acariciándole los cabellos.*) ¡De tu cuerpo!

BELISA «¿Para qué quiero tu alma? -me dice-. El alma es el patrimonio de los débiles, de los héroes tullidos y las gentes enfermizas. Las almas hermosas están en los bordes de la muerte, reclinadas sobre cabelleras blanquísimas y manos

macilentas. Belisa. ¡No es tu alma lo que yo deseo!, ¡sino tu blanco y mórbido cuerpo estremecido!»

PERLIMPLÍN ¿Quién será ese bello joven?

BELISA Nadie lo sabe.

PERLIMPLÍN ¿Nadie? (*Inquisitivo.*)

BELISA Yo he preguntado a todas mis amigas.

PERLIMPLÍN (*Misterioso y decidido.*) ¿Y si yo te dijera que lo conozco?

BELISA ¿Es posible?

PERLIMPLÍN (*Se levanta.*) Espera. (Va al balcón.) ¡Aquí está!

BELISA (*Corriendo.*) ¿Sí?

PERLIMPLÍN Acaba de volver la esquina.

BELISA (*Sofocada.*) ¡Ay!

PERLIMPLÍN Como soy un viejo quiero sacrificarme por ti. Esto que yo hago no lo hizo nadie jamás. Pero ya estoy fuera del mundo y de la moral ridícula de las gentes. Adiós.

BELISA ¿Dónde vas?

PERLIMPLÍN (*Grandioso, en la puerta.*) ¡Más tarde lo sabrás todo! ¡Más tarde!

(*TELÓN*)

Cuadro cuarto

Jardín de cipreses y naranjos. Al levantarse el telón aparecen Perlimplín y Marcolfa en el jardín.

MARCOLFA ¿Es hora ya?

PERLIMPLÍN No. Todavía no es hora.

MARCOLFA ¿Pero qué ha pensado mi señor?

PERLIMPLÍN Todo lo que no había pensado antes.

MARCOLFA (*Llorando.*) ¡Yo tengo la culpa!

PERLIMPLÍN ¡Oh!... ¡Si vieras qué agradecimiento guarda mi corazón hacia ti!

MARCOLFA Antes todo estaba liso. Yo le llevaba por las mañanas el café con leche y las uvas.

PERLIMPLÍN Sí... ¡las uvas!, las uvas, pero ¿y yo?... Me parece que han transcurrido cien años. Antes no podía pensar en las cosas extraordinarias que tiene el mundo... Me quedaba en las puertas... En cambio ahora... El amor de Belisa me ha dado un tesoro precioso que yo ignoraba... ¿Ves? Ahora cierro los ojos y... veo lo que quiero... por ejemplo... a mi madre cuando la visitaron las hadas de los contornos... ¡Oh!... ¿tú sabes cómo son las hadas?... pequeñitas... ¡es admirable! ¡pueden bailar sobre mi dedo meñique!

MARCOLFA Sí, sí, las hadas, las hadas... pero ¿y lo otro?

PERLIMPLÍN ¡Lo otro! ¡Ah! (*Con satisfacción.*) ¿Qué le dijiste a mi mujer?

MARCOLFA Aunque no sirvo para estas cosas, le dije lo que me indicó el señor... que ese joven... vendría esta noche a las diez en punto al jardín, envuelto como siempre en su capa roja.

PERLIMPLÍN ¿Y ella?...

MARCOLFA Ella se puso encendida como un geranio, se llevó las manos al corazón y quedó besando apasionadamento sus hermosas trenzas de pelo.

PERLIMPLÍN (*Entusiasmado.*) De manera que se puso encendida como un geranio... y ¿qué te dijo?

MARCOLFA Suspiró nada más. ¡Pero de qué manera!

PERLIMPLÍN ¡Oh sí!... ¡Como mujer alguna lo hizo! ¿verdad?

MARCOLFA Su amor debe rayar en la locura.

PERLIMPLÍN (*Vibrante.*) ¡Eso es! Yo necesito que ella ame a ese joven más que a su propio cuerpo y ¡no hay duda que lo ama!

MARCOLFA (*Llorando.*) ¡Me da miedo de oírlo!... Pero, ¡cómo es posible! Don Perlimplín, ¿cómo es posible? ¡Que usted mismo fomente en su mujer el peor de los pecados!

PERLIMPLÍN ¡Porque don Perlimplín no tiene honor y quiere divertirse! ¡Ya ves! Esta noche vendrá el nuevo y desconocido amante de mi señora Belisa. ¿Qué he de hacer sino cantar?

(*Cantando.*)

¡Don Perlímplín no tiene honor!

¡No time honor!

MARCOLFA Sepa mi señor que desde este momento me considero despedida de su servicio. Las criadas tenemos también vergüenza.

PERLIMPLÍN ¡Oh, inocente Marcolfa!... Mañana estarás libre como el pájaro... Aguarda hasta mañana... Ahora vete y cumple con tu deber... ¿Harás lo que te dije?

MARCOLFA (*Yéndose enjugando sus lágrimas.*) ¿Qué remedio me queda? ¡Qué remedio!

PERLIMPLÍN ¡Bien! ¡Así me gusta!

(*Empieza a sonar una dulce serenata. Don Perlimplín se esconde detrás de unos rosales.*)

BELISA (*Dentro, cantando.*)

Por las orillas del río
se está la noche mojando.

VOCES

Se está la noche mojando.

BELISA

Y en los pechos de Belisa
se mueren de amor los ramos.
VOCES
Se mueren de amor los ramos.
PERLIMPLÍN (Recitando.)
Se mueren de amor los ramos!
BELISA
La noche canta desnuda
sobre los puentes de marzo.
VOCES
Sobre los puentes de marzo.
BELISA
Belisa lava su cuerpo
con agua salobre y nardos.
VOCES
Con agua salobre y nardos.
PERLIMPLÍN
Se mueren de amor los ramos!
BELISA
La noche de anís y plata
relumbra por los tejados.
VOCES
Relumbra por los tejados.
BELISA
Plata de arroyos y espejos
y anís de tus muslos blancos.
VOCES
Y anís de tus muslos blancos.
PERLIMPLÍN
Se mueren de amor los ramos!

(*Aparece Belisa por el jardín. Viene espléndidamente vestida. La luna ilumina la escena.*)

BELISA ¿Qué voces llenan de dulce armonía el aire de una sola pieza de la noche? He sentido tu calor y tu peso, delicioso joven de mi alma... ¡Oh!... las ramas se mueven. (*Aparece un Hombre envuelto en una capa roja y cruza el jardín cautelosamente.*)Chist... ¡Es aquí!, ¡aquí!... (*El Hombre indica con la mano que ahora vuelve.*) ¡Oh, sí... vuelve, amor mío! Jazminero flotante y sin raíces, el cielo caerá sobre mi espalda sudorosa... ¡Noche!... noche mía de menta y lapislázuli...

(*Aparece Perlimplín.*)

PERLIMPLÍN (*Sorprendido.*) ¿Qué haces aquí?

BELISA Paseaba.

PERLIMPLíN ¿Y nada más?

BELISA En la clara noche.

PERLIMPLíN (*Enérgico.*) ¿Qué hacías aquí?

BELISA (*Sorprendida.*) Pero ¿no lo sabías?

PERLIMPLÍN Yo no sé nada.

BELISA Tú me enviaste el recado.

PERLIMPLÍN (*Concupiscente.*) Belisa..., ¿lo esperas aún?

BELISA ¡Con más ardor que nunca!

PERLIMPLÍN (Fuerte.) ¿Por qué?

BELISA Porque lo quiero.

PERLIMPLÍN ¡Pues vendrá!

BELISA El olor de su carne le pasa a través de su ropa. Le quiero, Perlimplin, ¡le quiero! ¡Me parece que soy otra mujer!

PERLIMPLÍN Ése es mi triunfo.

BELISA ¿Qué triunfo?

PERLIMPLÍN El triunfo de mi imaginación.

BELISA Es verdad que me ayudaste a quererlo.

PERLIMPLÍN Como ahora te ayudaré a llorarlo.

BELISA (*Extrañada.*) Perlimplín, ¿qué dices?...

(*El reloj da las diez. Canta el ruiseñor.*)

PERLIMPLÍN ¡Ya es la hora!

BELISA Debe llegar en estos instantes.

PERLIMPLÍN Salta las tapias de mi jardín.

BELISA Envuelto en su capa roja.

PERLIMPLÍN (*Sacando un puñal.*) Roja como su sangre...

BELISA (*Sujetándole.*) ¿Qué vas a hacer?

PERLIMPLÍN (*Abrazándola.*) Belisa, ¿le quieres?

BELISA (*Con fuerza.*) ¡Sí!

PERLIMPLÍN Pues en vista de que le amas tanto yo no quiero que te abandone. Y para que sea tuyo completamente se me ha ocurrido que lo mejor es clavarle este puñal en su corazón galante. ¿Te gusta?

BELISA ¡Por Dios, Perlimplín!

PERLIMPLÍN Ya muerto, lo podrás acariciar siempre en tu cama tan lindo y peripuesto sin que tengas el temor de que deje de amarte. Él te querrá con el amor infinito de los difuntos y yo quedaré libre de esta oscura pesadilla de tu cuerpo grandioso.(*Abrazándola.*) Tu cuerpo... que nunca podría descifrar... (*Mirando al jardín.*) Míralo por dónde viene... Pero suelta, Belisa... ¡suelta! (*Sale corriendo.*)

BELISA (*Desesperada.*) Marcolfa, bájame la espada del comedor que voy a atravesar la garganta de mi marido.

(*A voces.*)
Don Perlimplín
marido ruin,
como le mates
te mato a ti.

(*Aparece entre las ramas un Hombre envuelto en una amplia y lujosa capa roja. Viene herido y vacilante.*)

BELISA ¡Amor!... ¿quién te ha herido en el pecho? (*El Hombre se oculta la cara con la capa. Ésta debe ser inmensa y cubrirle hasta los pies. Abrazándolo.*) ¿Quién abrió tus venas para que llenes de sangre mi jardín... ¡Amor! Déjame ver tu rostro por un instante siquiera... ¡Ay!, ¿quién te dio muerte?... ¿quién?

PERLIMPLÍN (*Descubriéndose.*) Tu marido acaba de matarme con este puñal de esmeraldas. (*Enseña el puñal clavado en el pecho.*)

BELISA (*Espantada.*) ¡Perlimplín!

PERLIMPLÍN Él salió corriendo por el campo y no le verás más nunca. Me mató porque sabía que te amaba como nadie. Mientras me hería... gritó: ¡Belisa ya tiene un alma!... Acércate.

(*Está tendido en el banco.*)

BELISA ¿Pero qué es esto?... ¡Y estás herido de verdad!

PERLIMPLÍN Perlimplín me mató... ¡Ah, don Perlimplín! Viejo verde, monigote sin fuerzas, tú no podías gozar el cuerpo de Belisa... El cuerpo de Belisa era para músculos jóvenes y labios de ascuas... Yo en cambio amaba tu cuerpo nada más... ¡tu cuerpo!... pero me ha matado... con este ramo ardiente de piedras preciosas.

BELISA ¿Qué has hecho?

PERLIMPLÍN (*Moribundo.*) ¿Entiendes?... Yo soy mi alma y tú eres tu cuerpo... Déjame en este último instante, puesto que tanto me has querido, morir abrazado a él.

BELISA (*Se acerca medio desnuda y lo abraza.*) Sí... ¿pero y el joven?... ¿Por qué me has engañado?

PERLIMPLIN ¿El joven?... (*Cierra los ojos.*)

(*La escena adquiere luz mágica.*)

MARCOLFA (*Entrando.*) ¡Señora!

BELISA (*Llorando.*) ¡Don Perlimplín ha muerto!

MARCOLFA ¡Lo sabía! Ahora le amortajaremos con el rojo traje juvenil con que paseaba bajo sus mismos balcones.

BELISA (*Llorando.*) ¡Nunca creí que fuese tan complicado!

MARCOLFA Se dio cuenta demasiado tarde. Yo le haré una corona de flores como un sol de mediodía.

BELISA (*Extrañada y en otro mundo.*) Perlimplín, ¿qué cosa has hecho,

Perlimplín?

MARCOLFA Belisa, ya eres otra mujer... Estás vestida por la sangre gloriosísima de mi señor.

BELISA ¿Pero quién era este hombre? ¿Quién era?

MARCOLFA El hermoso adolescente al que nunca verás el rostro.

BELISA Sí, sí, Marcolfa, le quiero, le quiero con toda la fuerza de mi carne y de mi alma. Pero ¿dónde está el joven de la capa roja?... Dios mío. ¿Dónde está?

MARCOLFA Don Perlimplín, duerme tranquilo... ¿La estás oyendo?... Don Perlimplín... ¿la estás oyendo?...

(*Suenan campanas.*)

(*TELÓN*)

RETABLILLO DE DON CRISTOBAL

Farsa para guiñol

Personajes

AUTOR
DIRECTOR
Muñecos
POETA
DON CRISTÓBAL
ENFERMO
MADRE DE ROSITA
ROSITA
CURRITO

Prólogo hablado

EL AUTOR Señoras y señores:

El poeta, que ha interpretado y recogido de labios populares esta farsa de guiñol tiene la evidencia de que el público culto de esta tarde sabrá recoger, con inteligencia y corazón limpio, el delicioso y duro lenguaje de los Muñecos.

Todo el guiñol popular tiene este ritmo, esta fantasía y esta encantadora libertad que el poeta ha conservado en el diálogo.

El guiñol es la expresión de la fantasía del pueblo y da el clima de su gracia y de su inocencia.

Así, pues, el poeta sabe que el público oirá con alegría y sencillez expresiones y vocablos que nacen de la tierra y que servirán de limpieza en una época en que maldades, errores y sentimientos turbios llegan hasta lo más hondo de los hogares.

(*Sale el Poeta.*)

Hombres y mujeres, atención; niño, cállate. Quiero que haya un silencio tan profundo que oigamos el glú-glú de los manantiales. Y si un pájaro mueve un ala, que también lo oigamos, y si una hormiguita mueve la patita, que también la oigamos, y si un corazón late con fuerza, nos parezca una mano apartando juncos de la orilla. ¡Ay!, ¡ay! Será necesario que las muchachas cierren los abanicos y las niñas saquen sus pañuelitos de encaje para oír y para ver las cosas de doña Rosita, casada con don Cristóbal, y las cosas de don Cristóbal, casado con doña Rosita.

¡Ay!, ¡ay! Ya empieza a tocar el tambor. Podéis llorar y podéis reír, a mí no me importa nada de nada. Yo voy a comer ahora un poquito pan, un poquitirrito

pan que me han dejado los pájaros, Y luego a planchar los trajes de la compañía. (*Mira si es observado.*) Quiero deciros que yo sé cómo nacen las rosas y cómo se crían las estrellas de mar, pero...

DIRECTOR Haga usted el favor de callarse. El prólogo termina donde se dice: «Voy a planchar los trajes de la compañía».

POETA Sí, señor.

DIRECTOR Usted, como poeta, no tiene derecho a descubrir el secreto con el cual vivimos todos.

POETA Sí, señor.

DIRECTOR ¿No le pago su dinero?

POETA Sí, señor; pero es que don Cristóbal yo sé que en el fondo es bueno y que quizá podría serlo.

DIRECTOR Majadero. Si no se calla usted, subo y le parto esa cara de pan de maíz que tiene. ¿Quién es usted para terminar con esta ley de maldad?

POETA Ya he terminado; me callaré.

DIRECTOR No, señor; diga usted lo que es preciso que diga y lo que el público sabe que es verdad.

POETA Respetable público: Como poeta tengo que deciros que don Cristóbal es malo.

DIRECTOR Y no puede ser bueno.

POETA Y no puede ser bueno.

DIRECTOR Vamos, siga.

POETA Ya voy, señor Director. Y nunca podrá ser bueno.

DIRECTOR Muy bien. ¿Cuánto le debo?

POETA Cinco monedas.

DIRECTOR Ahí van.

POETA No las quiero de oro. El oro me parece fuego, y yo soy poeta de la noche. Démelas de plata. Las monedas de plata parece que están iluminadas por la luna.

DIRECTOR ¡Ja, la, ja! Así salgo ganando. A empezar.

POETA Abre tu balcón, Rosita,
que comienza la función.
Te espera una muertecita
y un esposo dormilón.
(*Música.*)

DIRECTOR Cristóbal.

CRISTÓBAL ¿Qué?

DIRECTOR Salga usted, que el público lo está esperando.

CRISTÓBAL Ya voy.

DIRECTOR ¿Y doña Rosita?

ROSITA Me estoy poniendo los zapatitos. (*Se oyen ronquidos.*)

DIRECTOR ¿Qué es eso? ¿Ya está roncando Cristóbal?

CRISTÓBAL Ya voy, señor Director. Es que estoy meando.

DIRECTOR Cállese y no diga barbaridades.

CRISTÓBAL (Apareciendo.) Buenas noches, caballeros.

DIRECTOR Vamos, don Cristóbal; hay necesidad de empezar el drama. Ésa es su obligación. Usted es un médico.

CRISTÓBAL Yo soy un médico. Vamos al toro.

DIRECTOR Piense, don Cristóbal, que necesita usted dinero para casarse.

CRISTÓBAL Es verdad.

DIRECTOR Gánelo pronto.

CRISTÓBAL Voy por la porra.

DIRECTOR Bravo. Veo que me ha entendido usted.

ENFERMO (*Saliendo.*) Buenos días.

CRISTÓBAL Buenas noches tenga usted.

ENFERMO Buenos días.

CRISTÓBAL Buenas noches.

ENFERMO Buenas tardes.

CRISTÓBAL Noches negras.

ENFERMO (*Tímido.*) Quizás te pueda dar las buenas noches.

CRISTÓBAL Buenas noches cerradas.

ENFERMO En vista de esto me he convencido de que es usted un gran médico y que me puede curar. (*Enérgico.*) ¡Buenos días!

CRISTÓBAL (*Fuerte.*) Te he dicho que buenas noches y es buenas noches.

ENFERMO Bravo. Cuando usted quiera.

CRISTÓBAL ¿Qué le duele a usted?

ENFERMO Me duele el cuello
donde me cae el cabello,
pero no había caído en ello
hasta que me lo dijo mi primo
Juan Coello.

CRISTÓBAL Esto se acaba con el degüello. (*Lo agarra.*)

ENFERMO ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! Don Cristóbal.

CRISTÓBAL Vamos. Tenga la bondad de sacar un poquito el cuello para que le pueda intervenir la carótida.

ENFERMO ¡Ay! Yo no lo puedo mover.

CRISTÓBAL Le digo que pruebe a mover la carótida.

ENFERMO ¡Ay! Es imposible.

CRISTÓBAL Apártese usted mismo con las manos las yugulares.

ENFERMO Si pudiera ya lo hubiera hecho. (*Con agresividad.*) Buenos días,

buenos días, buenos días, buenos días, buenos días.

CRISTÓBAL Ahora verás.

(*Sale. El Enfermo se queja, echado sobre la barandilla.*)

ENFERMO ¡Ay!, ¡ay!, lo que me duele la carótida. ¡Ay, mi carótida! Yo tengo carotiditis.

CRISTÓBAL (*Entra con la porra.*) Aquí estoy.

ENFERMO ¿Qué es eso, don Cristóbal?

CRISTÓBAL El aparato del aguardiente.

ENFERMO ¿Para qué sirve?

CRISTÓBAL Para ponerte el cuello caliente.

ENFERMO Pero no me haga usted daño.

CRISTÓBAL En el pegar no hay engaño.
¿Tienes mucho dinerito?

ENFERMO Veinte duritos y veinte duritos,
y debajo del chalequito
seis duritos y tres duritos,
y en el ojito
del culito
tengo un rollito
con veinte duritos.

CRISTÓBAL Pues yo te voy a curar.
Pero no lo contarás.

ENFERMO (*Agresivo.*) Buenos días, buenos días, buenos días, buenos días, buenos días, buenos días.

CRISTÓBAL (*Dándole con la porra.*) Buenas noches. Te agarré. Saca el cuello.

ENFERMO No puedo, don Cristóbal.

CRISTÓBAL (*Dándole un golpe.*) Saca el cuello.

ENFERMO ¡Ay!, mi carótida.

CRISTÓBAL Más cuello.

ENFERMO ¡Ay!, mi carótida.

CRISTÓBAL Más cuello. (*Golpe.*) Más cuello, más cuello, más cuello.

(*El Enfermo saca un cuello de un metro.*)

ENFERMO ¡Ayyyyyyyy! (*Mete todo el cuello y se levanta, pero don Cristóbal lo remata.*)

CRISTÓBAL Te maté, ¡puñetero!, te maté...
una, dos y tres,
al barranco con él. (*Se oye un gran golpe.*)
Olé, olé, olé, olé.

DIRECTOR ¿Tenía dinero?

CRISTÓBAL Sí.

DIRECTOR Pues hay que casarse.
CRISTÓBAL Hay que casarse.
DIRECTOR Ahí viene la madre de doña Rosita. Es preciso que hable usted con ella.
MADRE Yo soy la madre de doña Rosita
y quiero que se case,
porque ya tiene dos pechitos
como dos naranjitas
y un culito
como un quesito,
y una urraquita
que le canta y le grita.
Y es lo que digo yo:
le hace falta un marido,
y si fuera posible, dos.
Ja,ja,ja,ja,ja.
CRISTÓBAL Señora.
MADRE Caballero
de pluma y tintero.
CRISTÓBAL No tengo sombrero.
Usted sabrá
que me quiero casar.
MADRE Yo tengo una hija,
¿qué dinero me das?
CRISTÓBAL Una onza de oro
de las que cagó el moro,
una onza de plata
de las que cagó la gata,
y un puñado de calderilla
de las que gastó su madre cuando era
chiquilla.
MADRE Y además quiero una mula
para ir a Lisboa cuando sale la luna.
CRISTÓBAL Una mula es mucho; no puedo, señora.
MADRE Usted tiene plata, señor don Cristóbal.
Mi Rosita es joven y usted es ya viejo.
Viejo, viejo pellejo.
CRISTÓBAL Y usted es una vieja
que se limpia el culito con una teja.
MADRE ¡Borracho! ¡Indecente!

CRISTÓBAL Te voy a poner la barriga caliente.
Cuenta con la mula. ¿Dónde está Rosita?
MADRE En camisa en su cuarto. Y está solita.
Ja, ja, ja, ja.
CRISTÓBAL ¡Ay!, cómo me pongo.
MADRE ¡Ay! con el sorongo, ¡ay! con el sorongo.
CRISTÓBAL Déme su retrato.
MADRE Pero firmaremos antes el contrato.
CRISTÓBAL Rosita, por verte
la punta del pie
si a mí me dejaran
veríamos a ver.
MADRE Le verás el pie
cuando esté contigo.
Si me das dinero
hará lo que digo. (*Se va cantando.*)
(*Música.*)
(*Voz de Rosita.*)
Con el vito, vito, vito,
con el vito que me muero,
cada hora, niño mío,
estoy más metida en fuego.
(*Entra Rosita.*)
ROSITA ¡Ay! Que noche tan clarita
vive sobre los tejados.
En esta hora los niños
cuentan las estrellas
y los viejos se duermen
sobre sus caballos,
pero yo quisiera estar:
en el diván
con Juan,
en el colchón
con Ramón,
en el canapé
con José,
en la silla
con Medinilla,
en el suelo
con el que yo quiero,

pegada al muro
con el lindo Arturo
y en la gran *chaise-longue*
con Juan, con José, con Medinilla,
con Arturo y con Ramón.
¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!
Yo me quiero casar, ¿me han oído?
Yo me quiero casar
con un mocito,
con un militar,
con un arzobispo,
con un general,
con un macanudo
de macanear
y veinte mocitos
de Portugal. (*Sale.*)

CRISTÓBAL Entonces, ¿estamos conformes?

MADRE Estamos.

CRISTÓBAL Porque si no estamos, yo tengo la cachiporra y ya sabes lo que pasa.

MADRE ¡Ay! ¡Qué he hecho yo!

CRISTÓBAL ¿Tienes miedo?

MADRE (*Temblando.*) ¡Ay!

CRISTÓBAL D: Tengo miedo.

MADRE Tengo miedo.

CRISTÓBAL Diga: ¡Ya me ha domado don Cristóbal!

MADRE Ya me ha domado don Cristóbal.

CRISTÓBAL Como domaré a tu hija.

MADRE Entonces...

CRISTÓBAL Yo te doy la onza de oro de la que cagó el moro y tú me entregas a tu hija Rosita, y me lo debes agradecer porque ya está madurita.

MADRE Tiene veinte años.

CRISTÓBAL He dicho que está madurita, y lo está. Pero a pesar de todo es una linda muchacha. Diga, diga, diga...

MADRE Que tiene dos tetitas
como dos naranjitas
y un culito
como un quesito
y una urraquita...

CRISTÓBAL ¡Ayyyyyyyyy!

MADRE Y una urraquita
que le canta y le grita.

CRISTÓBAL Sí, señor, me voy a casar porque doña Rosita es un boccato di cardinali.

MADRE ¿Habla vuesa merced el italiano?

CRISTÓBAL No. Pero en mi juventud estuve en Francia y en Italia, sirviendo a un tal don Pantalón. A usted no le importa nada mi vida. Tiemble usted. Todo el que está delante de mí tiene que temblar, carajórum, tiene que temblar.

MADRE Ya estoy temblando.

CRISTÓBAL Llama a Rosita.

MADRE ¡Rositaaaaaaaa!

ROSITA ¿Qué quieres?
Me quiero casar
con un becerro nonato,
con un caimán,
con un borriquito,
con un general,
que para el caso
lo mismo me da.

CRISTÓBAL ¡Ay! Qué jamoncitos tiene
por delante y por detrás.

MADRE ¿Te quieres casar?

ROSITA Me quiero casar.

MADRE ¿Te quieres casar?

CRISTÓBAL Me quiero casar.

MADRE (*Llorando.*) Que no me la trates mal. ¡Ay!, qué lástima de mi hijita.

CRISTÓBAL Avisa al cura. (*La Madre se va gritando. Cristóbal se acerca y se van juntos a la iglesia. Suenan las campanas.*)

POETA ¿Le ven ustedes? Sin embargo, más vale que nos riamos todos. La luna es un águila blanca. La luna es una gallina que pone huevos. La luna es un pan para los pobres y un taburete de raso blanco para los ricos. Pero ni don Cristóbal ni doña Rosita ven la luna. Si el director de escena quisiera, don Cristóbal vería las ninfas del agua y doña Rosita podría llenar de escarcha su cabello en el acto tercero donde cae la nieve sobre los inocentes. Pero el dueño del teatro tiene a los personajes metidos en una cajita de hierro para que los vean solamente las señoras con pecho de seda y nariz tonta y los caballeros con barbas que van al club y dicen: Ca-ram-ba. Porque don Cristóbal no es así, ni doña Rosita...

DIRECTOR ¿Quién habla ahí de ese modo?

POETA Digo que ya se están casando.

DIRECTOR Haga el favor de no meter la pata. Si yo tuviera imaginación ya le habría puesto de patitas en la calle.

CRISTÓBAL ¡Ay!, Rosita.

ROSITA ¿Has bebido mucho?

CRISTÓBAL Me gustaría ser todo de vino y beberme yo mismo. ¡Jaaaa! Y mi barriga un gran pastel, un gran pastel con ciruelas y batatas. Rosita, cántame algo.

ROSITA Voy. (*Canta.*) ¿Qué quieres que te cante? ¿El cancán de Goicoechea o la Marsellesa de Gil-Robles? ¡Ay!, Cristóbal. Tengo miedo. ¿Qué me vas a hacer?

CRISTÓBAL Te haré muuuuuuuuuu.

ROSITA¡Ay, no! Me asustarás.
A las doce de la noche, ¿qué me harás?

CRISTÓBAL Te haré aaaaaaaaaa.

ROSITA ¡Ay, no! Me asustarás.
A las tres de la mañana, ¿qué me harás?

CRISTÓBAL Te haré piiiii.

ROSITA Y entonces verás
cómo mi urraquita se pone a volar.
(*Se abrazan.*)

CRISTÓBAL ¡Ay!, mi Rosita.

ROSITA ¿Has bebido mucho?
¿Por qué no te echas una siestecita?

CRISTÓBAL Me pondré a dormir
para ver si despierta mi colorín.

ROSITA Sí, sí, sí, sí, sí, sí. (*Cristóbal ronca. Entra Currito y se abraza a Rosita y se oyen unos enormes besos.*)

CRISTÓBAL (*Se despierta.*) ¿Qué es eso, Rosita?

ROSITA ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¿No ves qué luna tan grande hay? ¿Qué resplandorrrrrrrrr? Es mi sombra. ¡Sombra, vete!

CRISTÓBAL ¡Vete, sombra!

ROSITA Qué molesta es la luna, ¿verdad, Cristóbal? ¿Por qué no te echas otra siestecita?

CRISTÓBAL Voy a descansar
para ver si despierta mi palomar.

ROSITA Ya, ya, ya, ya, ya. (*Aparece el Poeta, se pone a besar a Rosita y se despierta Cristóbal.*)

CRISTÓBAL ¿Qué es eso, Rosita?

ROSITA Como hay tan poca luz no percibes. Es, es... el aparato de hacer encaje de bolillos. ¿No ves cómo suena? (*Se oyen besos.*)

CRISTÓBAL Me parece que suena demasiado.

ROSITA ¡Vete ya, aparato!
¿Verdad, Cristobita?
¿Por qué no te echas otra siestecita?
CRISTÓBAL Voy a descansar
para que mi palomo pueda reposar.
(*Aparece el Enfermo por otro lado y doña-Rosita lo besa también.*)
CRISTÓBAL ¿Qué es eso que siento yo?
ROSITA Es que ya empieza la puesta del sol.
CRISTÓBAL (*Brrrrr.*) ¿Qué es eso? ¿Has sido tú?
ROSITA No te pongas así. Son las ranas del estanque.
CRISTÓBAL Serán. Esto se acabó y se requeteacabó. Brrrrrrrrr.
ROSITA Pero no grites. Son los leones del circo, son los maridos ultrajados que hablan en la calle.
MADRE ¡Rositaaaaaaa! Aquí está el médico.
ROSITA ¡Ay!, el médico. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, mi barriguita.
MADRE Mal hombre, perro. Por tu culpa ahora nos tendrás que dar todo tu dinero.
ROSITA Todo tu dinero. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! (*Se van.*)
DIRECTOR Cristóbal.
CRISTÓBAL ¿Qué pasa?
DIRECTOR Baje usted en seguida, que doña Rosita está enferma.
CRISTÓBAL ¿Qué tiene?
DIRECTOR Está de parto.
CRISTÓBAL ¿De partoooooo?
DIRECTOR Ha tenido cuatro niños.
CRISTÓBAL ¡Ay! Rosita. Me las pagará. Mala mujer. Con cien duros que me has costado. Pin, pan, brrrr.
(*Rosita grita en esta escena dentro.*)
CRISTÓBAL ¿De quién son los niños?
MADRE Tuyos, tuyos, tuyos.
CRISTÓBAL (*Le da un golpe.*) ¿De quién son los niños?
MADRE Tuyos, tuyos, tuyos.
(*Otro golpe. Dentro grita Rosita por el parto.*)
DIRECTOR Ahora está naciendo el quinto.
CRISTÓBAL ¿De quién es el quinto?
MADRE Tuyo. (*Golpe.*)
CRISTÓBAL ¿De quién es?
MADRE Tuyo, sólo tuyo. (*Golpe.*) Tuyo, tuyo, tuyo, tuyo. (*Muere y queda echada sobre la barandilla.*)
CRISTÓBAL Te maté, puñetera, te maté. Ahora sabré de quién son esos

niños. (*Inicia el mutis.*)

MADRE (*Levantándose.*) Tuyos, tuyos, tuyos, tuyos. (*Cristóbal la golpea y entra y sale con doña Rosita.*)

CRISTÓBAL Toma, toma, por... por... por...

DIRECTOR (*Saliendo con la gran cabeza asomada en el teatro.*) Basta. (*Agarra a los Muñecos y se queda con ellos en la mano mostrándolos al público.*) Señoras y señores: Los campesinos andaluces oyen con frecuencia comedias de este ambiente bajo las ramas grises de los olivos y en el aire oscuro de los establos abandonados. Entre los ojos de las mulas, duros como puñetazos, entre el cuero bordado de los arreos cordobeses, y entre los grupos tiernos de espigas mojadas, estallan con alegría y con encantadora inocencia las palabrotas y los vocablos que no resistimos en los ambientes de las ciudades, turbios por el alcohol y las barajas. Las malas palabras adquieren ingenuidad y frescura dichas por Muñecos que miman el encanto de esta viejísima farsa rural. Llenemos el teatro de espigas frescas, debajo de las cuales vayan palabrotas que luchen en la escena con el tedio y la vulgaridad a que la tenemos condenada, y saludemos hoy en «La Tarumba» a don Cristóbal el andaluz, primo del Bululú gallego y cuñado de la tía Norica, de Cádiz; hermano de Monsieur Guiñol, de París, y tío de don Arlequín, de Bérgamo, como a uno de los personajes donde sigue pura la vieja esencia del teatro.



“Poema surrealista” (1926). Tinta verde y lápices de color sobre papel, 22×16’4 cm. Colección Lanz, Granada

ASÍ QUE PASEN CINCO AÑOS

Leyenda del Tiempo
Acto primero
Acto segundo
Acto tercero
Personajes
JOVEN
VIEJO
UN NIÑO MUERTO
UN GATO MUERTO

CRIADO
AMIGO PRIMERO
AMIGO SEGUNDO
LA MECANÓGRAFA
LA NOVIA
EL MANIQUÍ DEL TRAJE DE NOVIA
EL JUGADOR DE RUGBY
LA CRIADA
EL PADRE DE LA NOVIA
PAYASO
ARLEQUÍN
MUCHACHA
MÁSCARAS Y JUGADORES

Acto primero

Biblioteca. El joven está sentado. Viste un pijama azul. El Viejo de chaqué gris, con barba blanca y enormes lentes de oro, también sentado.

JOVEN No me sorprende.

VIEJO Perdone...

JOVEN Siempre me ha pasado igual.

VIEJO (*Inquisitivo y amable.*) ¿Verdad?

JOVEN Sí.

VIEJO Es que...

JOVEN Recuerdo que...

VIEJO (*Ríe.*) Siempre recuerdo.

JOVEN Yo...

VIEJO (*Anhelante.*) Siga...

JOVEN Yo guardaba los dulces para comerlos después.

VIEJO Después, ¿verdad? Saben mejor. Yo también.

JOVEN Y recuerdo que un día...

VIEJO (*Interrumpiendo con vehemencia.*) Me gusta tanto la palabra recuerdo. Es una palabra verde, jugosa. Mana sin cesar hilitos de agua fría.

JOVEN (*Alegre y tratando de convencerse.*) Sí, sí, ¡claro! Tiene usted razón. Es preciso luchar con toda idea de ruina, con esos terribles desconchados de las paredes. Muchas veces yo me he levantado a medianoche para arrancar las hierbas del jardín. No quiero hierbas en mi casa ni muebles rotos.

VIEJO Eso. Ni muebles rotos porque hay que recordar, pero...

JOVEN Pero las cosas vivas, ardiendo en su sangre, con todos sus perfiles intactos.

VIEJO ¡Muy bien! Es decir (*Bajando la voz.*), hay que recordar, pero recordar antes.

JOVEN ¿Antes?

VIEJO (*Con sigilo.*) Sí, hay que recordar hacia mañana.

JOVEN (*Absorto.*) ¡Hacia mañana!

(*Un reloj da las seis. La Mecanógrafa cruza la escena, llorando en silencio.*)

VIEJO Las seis.

JOVEN Sí, las seis y con demasiado calor. (*Se levanta.*) Hay un cielo de tormenta. Hermoso. Lleno de nubes grises...

VIEJO ¿De manera que usted...? Yo fui gran amigo de esa familia. Sobre todo del padre. Se ocupa de astronomía. (*Irónico.*) Está bien, ¿eh? De astronomía. ¿Y ella?

JOVEN La he conocido poco. Pero no importa. Yo creo que me quiere.

VIEJO ¡Seguro!

JOVEN Se fueron a un largo viaje. Casi me alegré...

VIEJO ¿Vino el padre de ella?

JOVEN ¡Nunca! Por ahora no puede ser... Por causas que no son de explicar, yo no me casaré con ella... hasta que pasen cinco años.

VIEJO ¡Muy bien! (*Con alegría.*)

JOVEN (*Serio.*) ¿Por qué dice muy bien?

VIEJO Pues porque... ¿Es bonito esto? (*Señalando la habitación.*)

JOVEN No.

VIEJO ¿No le angustia la hora de la partida, los acontecimientos, lo que ha de llegar ahora mismo?...

JOVEN Sí, sí. No me hable de eso.

VIEJO ¿Qué pasa en la calle?

JOVEN Ruido, ruido siempre, polvo, calor, malos olores. Me molesta que las cosas de la calle entren en mi casa. (*Un gemido largo se oye. Pausa.*) Juan, cierra la ventana.

(*Un Criado sutil que anda sobre las puntas de los pies cierra el ventanal.*)

VIEJO Ella... es jovencita.

JOVEN Muy jovencita. ¡Quince años!

VIEJO No me gusta esa manera de expresar. Quince años que ha vivido ella, que son ella misma. Pero, ¿por qué no decir tiene quince nieves, quince aires, quince crepúsculos? ¿No se atreve usted a huir?, ¿a volar?, ¿a ensanchar su amor por todo el cielo?

JOVEN (*Se sienta y se cubre la cara con las manos.*) ¡La quiero demasiado!

VIEJO (*De pie y con energía.*) O bien decir: tiene quince rosas, quince alas, quince granitos de arena. ¿No se atreve usted a concentrar, a hacer hiriente y pequeñito su amor dentro del pecho?

JOVEN Usted quiere apartarme de ella. Pero ya conozco su procedimiento. Basta observar un rato sobre la palma de la mano un insecto vivo, o mirar al mar una tarde poniendo atención en la forma de cada ola para que el rostro o la llaga que llevamos en el pecho se deshaga en burbujas. Pero es que yo estoy enamorado y quiero estar enamorado, tan enamorado como ella lo está de mí, y por eso puedo aguardar cinco años, en espera de poder liarme de noche, con todo el mundo a oscuras, sus trenzas de luz alrededor de mi cuello.

VIEJO Me permito recordarle que su novia... no tiene trenzas.

JOVEN (*Irritado.*) Ya lo sé. Se las cortó sin mi permiso, naturalmente, y esto... (*Con angustia.*) Me cambia su imagen. (*Enérgico.*) Ya sé que no tiene trenzas. (*Casi furioso.*) ¿Por qué me lo ha recordado usted? (*Con tristeza.*) Pero en estos cinco años las volverá a tener.

VIEJO (*Entusiasmado.) Y* más hermosas que nunca. Serán unas trenzas...

JOVEN Son, son. (*Con alegría.*)

VIEJO Son unas trenzas con cuyo perfume se puede vivir sin necesidad de pan ni de agua.

JOVEN (*Se levanta.*) ¡Pienso tanto!

VIEJO ¡Sueña tanto!

JOVEN ¿Cómo?

VIEJO Piensa tanto que...

JOVEN Que estoy en carne viva. Todo hacia dentro una quemadura.

VIEJO (*Alargándole un vaso.*) Beba.

JOVEN ¡Gracias! Si me pongo a pensar en la muchachita, en mi niña...

VIEJO Diga usted mi novia. ¡Atrévase!

JOVEN No.

VIEJO ¿Pero por qué?

JOVEN Novia... ya lo sabe usted; si digo novia la veo sin querer amortajada en un cielo sujeto por enormes trenzas de nieve. No, no es mi novia (*Hace un gesto corno si alejara la imagen que quiere captarlo.*), es mi niña, mi muchachita.

VIEJO Siga, siga.

JOVEN ¡Pues si yo me pongo a pensar en ella!, la dibujo, la hago moverse blanca y viva; pero de pronto, ¿quién le cambia la nariz o le rompe los dientes o la convierte en otra llena de andrajos que va por mi pensamiento, monstruosa, como si estuviera mirándose en un espejo de feria?

VIEJO ¿Quién? ¡Parece mentira que usted diga «quién»! Todavía cambian más las cosas que tenemos delante de los ojos que las que viven sin distancia debajo de la frente. El agua que viene por el río es completamente distinta de la que se va. ¿Y quién recuerda un mapa exacto de la arena del desierto... o del rostro de un amigo cualquiera?

JOVEN Sí, sí. Aún está más vivo lo de adentro aunque también cambie.

Mire usted, la última vez que la vi no podía mirarla muy de cerca porque tenía dos arruguitas en la frente, que como me descuidara, ¿entiende usted?, le llenaban todo el rostro y la ponían ajada, vieja, como si hubiera sufrido mucho. Tenía necesidad de separarme para... ¡enfocarla!, ésta es la palabra, en mi corazón.

VIEJO ¿A que en aquel momento que la vio vieja ella estaba completamente entregada a usted?

JOVEN Sí.

VIEJO ¿Completamente dominada por usted?

JOVEN Sí.

VIEJO (*Exaltado.*) ¿A que si en aquel preciso instante ella le confiesa que lo ha engañado, que no lo quiere, las arruguitas se le hubieran convertido en la rosa más delicada del mundo?

JOVEN (*Exaltado.*) Sí.

VIEJO ¿Y la hubiera amado más precisamente por eso?

JOVEN Sí, Sí.

VIEJO ¿Entonces? ¡Ja, ja, ja!

JOVEN Entonces... Es muy difícil vivir.

VIEJO Por eso hay que volar de una cosa a otra hasta perderse. Si ella tiene quince años, puede tener quince crepúsculos o quince cielos ¡y vamos arriba! ¡a ensanchar! Están las cosas más vivas dentro que ahí fuera, expuestas al aire o la muerte. Por eso vamos a... a no ir... o a esperar. Porque lo otro es morirse ahora mismo y es más hermoso pensar que todavía mañana veremos los cien cuernos de oro con que levanta a las nubes el sol.

JOVEN (*Tendiéndole la mano.*) ¡Gracias! ¡Gracias por todo!

VIEJO ¡Volveré por aquí!

(*Aparece la Mecanógrafa.*)

JOVEN ¿Terminó usted de escribir las cartas?

MECANÓGRAFA (*Llorosa.*) Sí, señor.

VIEJO (*Al joven.*) ¿Qué le ocurre?

MECANÓGRAFA Deseo marchar de esta casa.

VIEJO Pues es bien fácil, ¿no?

JOVEN (*Turbado.*) ¡Verá usted!...

MECANÓGRAFA Quiero irme y no puedo.

JOVEN (*Dulce.*) No soy yo quien te retiene. Ya sabes que no puedo hacer nada. Te he dicho algunas veces que te esperaras, pero tú...

MECANÓGRAFA Pero yo no espero; ¿qué es eso de esperar?

VIEJO (*Serio.) ¿Y* por qué no? ¡Esperar es creer y vivir!

MECANÓGRAFA No espero porque no me da la gana, porque no quiero y, sin embargo, no me puedo mover de aquí.

JOVEN ¡Siempre acabas no dando razones!

MECANÓGRAFA ¿Qué razones voy a dar? No hay más que una razón y ésa es... ¡que te quiero! Desde siempre. (*Al Viejo.*) No se asuste usted, señor. Cuando pequeñito yo lo veía jugar desde mi balcón. Un día se cayó y sangraba por la rodilla, ¿te acuerdas? (*Al Joven.*) Todavía tengo aquella sangre viva como una sierpe roja, temblando entre mis pechos.

VIEJO Eso rió está bien. La sangre se seca y lo pasado, pasado.

MECANÓGRAFA ¡Qué culpa tengo yo, señor! (*Al joven.) Yo* te ruego me des la cuenta. Quiero irme de esta casa.

JOVEN (*Irritado.*) Muy bien. Tampoco tengo yo culpa ninguna. Además, sabes perfectamente que no me pertenezco. Puedes irte.

MECANÓGRAFA (*Al Viejo.*) ¿Lo ha oído usted? Me arroja de su casa. No quiere tenerme aquí. (*Llora. Se va.*)

VIEJO (*Con sigilo, al Joven.*) Es peligrosa esta mujer.

JOVEN Yo quisiera quererla como quisiera tener sed delante de las fuentes. Quisiera...

VIEJO De ninguna manera. ¿Qué haría usted mañana? ¿Eh? Piense. ¡Mañana!

AMIGO (*Entrando con escándalo.*) Cuánto silencio en esta casa, ¿y para qué? Dame agua. ¡Con anís y con hielo! (*El Viejo se va.*) Un cocktail.

JOVEN Supongo que no me romperás los muebles.

AMIGO Hombre solo, hombre serio, ¡y con este calor!

JOVEN ¿No puedes sentarte?

AMIGO (*Lo coge en brazos y le da vueltas.*)

Tin, tin, tan,
la llamita de San Juan.

JOVEN ¡Déjame! No tengo ganas de bromas.

AMIGO ¡Huuy! ¿Quién era ese viejo? ¿Un amigo tuyo? ¿Y dónde están en esta casa los retratos de las muchachas con las que tú te acuestas? Mira (*Se acerca.*), te voy a coger por las solapas, te voy a pintar de colorete esas mejillas de cera... o así, restregadas.

JOVEN (*Irritado.*) ¡Déjame!

AMIGO Y con un bastón te voy a echar a la calle.

JOVEN ¿Y qué voy a hacer en ella? El gusto tuyo, ¿verdad? Demasiado trabajo tengo con oírla llena de coches y gentes desorientadas.

AMIGO (*Sentándose y estirándose en el sofá.*) ¡Ay! ¡Mmm! Yo, en cambio... Ayer hice tres conquistas y como anteayer hice dos y hoy una, pues resulta... que me quedo sin ninguna porque no tengo tiempo. Estuve con una muchacha... Ernestina. ¿La quieres conocer?

JOVEN No.

AMIGO (*Levantándose.*) Nooo y rúbrica. ¡Pero si vieras! ¡¡Tiene un talle!!...

No... aunque el talle lo tiene mucho mejor Matilde. (*Con ímpetu.*) ¡Ay, Dios mío! (*Da un salto y cae tendido en el sofá.*) Mira, es un talle para la medida de todos los brazos y tan frágil, que se desea tener en la mano un hacha de plata muy pequeña para seccionarlo.

JOVEN (*Distraído y aparte de la conversación.*) Entonces yo subiré la escalera.

AMIGO (*Tendiéndose boca abajo en el sofá.*) ¡No tengo tiempo, no tengo tiempo de nada! Todo se me atropella. Porque ¡figúrate! Me cito con Ernestina. (*Se levanta.*) Las trenzas aquí, apretadas, negrísimas, y luego...

(*El joven golpea con impaciencia los dedos sobre la mesa.*)

JOVEN ¡No me dejas pensar!

AMIGO ¡Pero si no hay que pensar! Y me voy. Por más... que... (*Mira el reloj.*) Ya se ha pasado la hora. Es horrible, siempre ocurre igual. No tengo tiempo y lo siento. Iba con una mujer feísima, ¿lo oyes? Ja, ja, ja, ja, feísima pero adorable. Una morena de esas que se echan de menos al mediodía de verano. Y me gusta (*Tira un cojín por alto.*) porque parece un domador.

JOVEN ¡Basta!

AMIGO Sí, hombre, no te indignes, pero una mujer puede ser feísima y un domador de caballos puede ser hermoso y al revés y... ¿qué sabemos? (*Llena una copa de cocktail.*)

JOVEN Nada...

AMIGO ¿Pero me quieres decir qué te pasa?

JOVEN Nada. ¿No me conoces? Es mi temperamento.

AMIGO Yo no entiendo. No entiendo, pero tampoco puedo estar serio. (*Ríe.*) Te saludaré como los chinos. (*Frota su nariz con la del joven.*)

JOVEN (*Sonriendo.*) ¡Quita!

AMIGO Ríete. (*Le hace cosquillas.*)

JOVEN (*Riendo.*) Bárbaro.

(*Luchan.*)

AMIGO Una plancha.

JOVEN Puedo contigo.

AMIGO Te cogí. (*Lo coge con la cabeza entre las piernas y le da golpes.*)

VIEJO (*Entrando gravemente.*) Con permiso... (*Los jóvenes quedan en pie.*) Perdonen... (*Enérgicamente, y mirando al joven.*) Se me olvidará el sombrero.

AMIGO (*Asombrado.*) ¿Cómo?

VIEJO (*Furioso.*) ¡Sí, señor! Se me olvidará el sombrero... (*Entre dientes.*), es decir, se me ha olvidado el sombrero.

AMIGO ¡Ahhhhhh!...

(*Se oye un estrépito de cristales.*)

JOVEN (*En alta voz.*) Juan. Cierra las ventanas.

AMIGO Un poco de tormenta. ¡Ojalá sea fuerte!

JOVEN ¡Pues no quiero enterarme! (*En alta voz.*) Todo bien cerrado.

AMIGO ¡Los truenos tendrás que oírlos!

JOVEN ¡O no!

AMIGO ¡O Sí!

JOVEN No me importa lo que pase fuera. Esta casa es mía y aquí no entra nadie.

VIEJO (*Indignado, al Amigo.*) ¡Es una verdad sin refutación posible!

(*Se oye un trueno lejano.*)

AMIGO (*Apasionado.*) Entrará todo el mundo que quiera, no aquí, sino debajo de tu cama.

(*Trueno más cercano.*)

JOVEN (*Gritando.*) Pero ahora, ¡ahora!, no.

VIEJO ¡Bravo!

AMIGO ¡Abre la ventana! Tengo calor.

VIEJO ¡Ya se abrirá!

JOVEN ¡Luego!

AMIGO Pero vamos a ver... Me quieren ustedes decir...

(*Se oye otro trueno. La luz desciende y una luminosidad azulada de tormenta invade la escena. Los tres personajes se ocultarán detrás de un biombo negro bordado con estrellas.*

Por la puerta de la izquierda aparece el Niño muerto con el Gato. El Niño viene vestido de blanco primera comunión, con una corona de rosas blancas en la cabeza. Sobre su rostro, pintado de cera, resaltan sus ojos y sus labios de lirio seco. Trae un cirio rizado en la mano y el gran lazo con flecos de oro.

El Gato, de azul, con dos enormes manchas rojas de sangre en el pechito gris y en la cabeza. Avanzan hacia el público. El Niño trae al Gato cogido de una pata.)

GATO Miau.

NIÑO Chissssss...

GATO Miauuu.

NIÑO Toma mi pañuelo blanco.
Toma mi corona blanca.
No llores más.

GATO Me duelen las heridas
que los niños me hicieron en la espalda.

NIÑO También a mí me duele el corazón.

GATO ¿Por qué te duele, niño, di?

NIÑO Porque no anda.
Ayer se me paró muy despacito,
ruiseñor de mi cama.
Mucho ruido, ¡si vieras!... Me pusieron

con estas rosas frente a la ventana.
GATO ¿Y qué sentías tú?
NIÑO Pues yo sentía
surtidores y abejas por la sala.
Me ataron las dos manos, ¡muy mal hecho!
Los niños por los vidrios me miraban
y un hombre con martillo iba clavando
estrellas de papel sobre mi caja.
(*Cruzando las manos.*)
No vinieron los ángeles. No, Gato.
GATO No me digas más gato.
NIÑO ¿No?
GATO Soy gata.
NIÑO ¿Eres gata?
GATO (*Mimosa.*) Debiste conocerlo.
NIÑO ¿Por qué?
GATO Por mi voz de plata.
NIÑO (*Galante.*) ¿No te quieres sentar?
GATO Sí. Tengo hambre.
NIÑO Voy a ver si te encuentro alguna rata.
(*Se pone a mirar debajo de las sillas. El Gato, sentado en un taburete, tiembla.*)
No la comas entera. Una patita
porque estás muy enferma.
GATO Diez pedradas
me tiraron los niños.
NIÑO Pesan como las rosas
que oprimieron anoche mi garganta.
¿Quieres una?
(*Se arranca una rosa de la cabeza.*)
GATO (*Alegre.*) Sí, quiero.
NIÑO Con tus manchas de cera, rosa blanca,
ojo de luna rota me pareces,
gacela entre los vidrios desmayada.
(*Se la pone.*)
GATO ¿Tú qué hacías?
NIÑO Jugar. ¿Y tú?
GATO ¡Jugar!
Iba por el tejado, gata chata,
naricilla de hojadelata.
En la mañana

iba a coger los peces por el agua
y al mediodía
bajo el rosal del muro me dormía.
NIÑO ¿Y por la noche?
GATA (*Enfática.*) Me iba sola.
NIÑO ¿Sin nadie?
GATA Por el bosque.
NIÑO (*Con alegría.*)
Yo también iba, ¡ay, gata chata, barata,
naricillas de hojadelata!,
a comer zarzamoras y manzanas.
Y después a la iglesia con los niños
a jugar a la cabra.
GATA ¿Qué es la cabra?
NIÑO Era mamar los clavos de la puerta.
GATA ¿Y eran buenos?
NIÑO No, gata.
Como chupar monedas.
(*Trueno lejano.*)
¡Ay! ¡Espera! ¿No vienen? Tengo miedo.
¿Sabes? Me escapé de casa.
(*Lloroso.*)
Yo no quiero que me entierren.
Agremanes y vidrios adornan mi caja;
pero es mejor que me duerma
entre los juncos del agua.
Yo no quiero que me entierren. ¡Vamos pronto!
(*Le tira de la pata.*)
GATA ¿Y nos van a enterrar? ¿Cuándo?
NIÑO Mañana,
en unos hoyos oscuros.
Todos lloran, todos callan.
Pero se van. Yo lo vi.
Y luego, ¿sabes?
GATA ¿Qué pasa?
NIÑO Vienen a comernos.
GATA ¿Quién?
NIÑO El lagarto y la lagarta,
con sus hijitos pequeños,
que son muchos.

GATA ¿Y qué nos comen?
NIÑO La cara,
con los dedos
(*Bajando la voz.*)
y la cuca.
GATA (*Ofendida.*) Yo no tengo cuca.
NIÑO (*Enérgico.*) ¡Gata!:
te comerán las patitas y el bigote.
(*Trueno lejanisimo.*)
Vámonos; de casa en casa
llegaremos donde pacen
los caballitos del agua.
No es el cielo. Es tierra dura
con muchos grillos que cantan,
con hierbas que se menean,
con nubes que se levantan,
con hondas que lanzan piedras
y el viento como una espada.
¡Yo quiero ser niño, un niño!
(*Se dirige a la puerta de la derecha.*)
GATA Está la puerta cerrada.
Vámonos por la escalera.
NIÑO Por la escalera nos verán.
GATA Aguarda.
NIÑO ¡Ya vienen para enterrarnos!
GATA Vámonos por la ventana.
NIÑO Nunca veremos la luz,
ni las nubes que se levantan,
ni los grillos en la hierba,
ni el viento como una espada.
(*Cruzando las manos.*)
¡Ay girasol!
¡Ay girasol de fuego!
¡Ay girasol!
GATA ¡Ay clavellina del sol!
NIÑO Apagado va por el cielo.
Sólo mares y montes de carbón,
y una paloma muerta por la arena
con las alas tronchadas y en el pico una flor.
(*Canta.*)

Y en la flor una oliva,
y en la oliva un limón...
¿Cómo sigue?... No lo sé, ¿cómo sigue?
GATA ¡Ay girasol!
¡Ay girasol de la mañanita!
NIÑO ¡Ay clavellina del sol!
(*La luz es tenue. El Niño y el Gato, separados, andan a tientas.*)
GATA No hay luz. ¿Dónde estás?
NIÑO ¡Calla!
GATA ¿Vendrán ya los lagartos, niño?
NIÑO No.
GATA ¿Encontraste salida?

(*La Gata se acerca a la puerta de la derecha y sale una mano que la empuja hacia dentro.*)

(*Dentro.*) ¡Niño! ¡Niño!
(*Con angustia.*) ¡Niño, niño!
(*El Niño avanza con terror, deteniéndose a cada paso.*)
NIÑO (*En voz baja.*) Se hundió.
Lo ha cogido una mano.
Debe ser la de Dios.
¡No me entierres! Espera unos minutos...
¡Mientras deshojo esta flor!
(*Se arranca una flor de la cabeza y la deshoja.*)
Yo iré solo, muy despacio,
después me dejarás mirar al sol...
Muy poco, con un rayo me contento.
(*Deshojando.*) Sí, no, sí, no, sí.
VOZ. No. ¡¡No!!
NIÑO ¡Siempre dije que no!

(*Una mano asoma y entra al Niño, que se desmaya. La luz, al desaparecer el Niño, vuelve a su tono primero. Por detrás del biombo vuelven a salir rápidamente los tres personajes. Dan muestras de calor y de agitación viva. El joven lleva un abanico azul; el Viejo, un abanico negro, y el Amigo, un abanico rojo agresivo. Se abanican.*)

VIEJO Pues todavía será más.

JOVEN Sí, después.

AMIGO Ya ha sido bastante. Creo que no te puedes escapar de la tormenta.

VOZ. (*Fuera.*) ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

JOVEN ¡Señor, qué tarde! Juan, ¿quién grita así?

CRIADO (*Entrando, siempre en tono suave y andando sobre las puntas de los pies.*) El niño de la portera murió y ahora lo llevan a enterrar. Su madre llora.

AMIGO ¡Como es natural!

VIEJO Sí, sí; pero lo pasado, pasado.

AMIGO Pero ¡si está pasando! (*Discuten.*)

(*El Criado cruza la escena y va a salir por la puerta izquierda.*)

CRIADO Señor, ¿tendría la bondad de dejarme la llave de su dormitorio?

JOVEN ¿Para qué?

CRIADO Los niños arrojaron un gato que habían matado sobre el tejadillo del jardín, y hay necesidad de quitarlo.

JOVEN (*Con fastidio.*) Toma. (*Al Viejo.*) ¡No podrá usted con él!

VIEJO Ni me interesa.

AMIGO No es verdad. Sí le interesa. Al que no le interesa es a mí, que sé positivamente que la nieve es fría y que el fuego quema.

VIEJO (*Irónico.*) Según.

AMIGO (*Al Joven.*) Te está engañando.

(*El Viejo mira enérgicamente al Amigo, estrujando su sombrero.*)

JOVEN (*Con fuerza.*) No influye lo más mínimo en mi carácter. Soy yo. Pero tú no puedes comprender que se espere a una mujer cinco años, colmado y quemado por el amor que crece cada día.

AMIGO ¡No hay necesidad de esperar!

JOVEN ¿Crees tú que yo puedo vencer las cosas materiales, los obstáculos que surgen y se aumentarán en el camino sin causar dolor a los demás?

AMIGO ¡Primero eres tú que los demás!

JOVEN Esperando, el nudo se deshace y la fruta madura.

AMIGO Yo prefiero comerla verde, o, mejor todavía, me gusta cortar su flor para ponerla en mi solapa.

VIEJO ¡No es verdad!

AMIGO ¡Usted es demasiado viejo para saberlo!

VIEJO (*Severamente.) Yo* he luchado toda mi vida por encender una luz en los sitios más oscuros. Y cuando la gente ha ido a retorcer el cuello de la paloma, yo he sujetado la mano y la he ayudado a volar.

AMIGO ¡Y naturalmente el cazador se ha muerto de hambre!

JOVEN ¡Bendita sea el hambre!

(*Aparece por la puerta de la izquierda el Amigo 2°Viene vestido de blanco, con un impecable traje de lana, y lleva guantes y zapatos del mismo color. De no ser posible que este papel lo haga un actor muy joven, lo hará una muchacha. El traje ha de ser de un corte exageradisimo; llevará enormes botones azules y el chaleco y la corbata serán de rizados encajes.*)

AMIGO 2°Bendita sea cuando hay pan tostado, aceite y sueño después. Mucho sueño. Que no se acabe nunca. Te he oído.

JOVEN (*Con asombro.*) ¿Por dónde has entrado?

AMIGO 2°Por cualquier sitio. Por la ventana. Me ayudaron dos niños amigos míos. Los conocí cuando yo era muy pequeño, y me han empujado por los pies. Va a caer un aguacero... pero aguacero bonito el que cayó el año pasado. Había tan poca luz, que se me pusieron las manos amarillas. (*Al Viejo.*) ¿Lo recuerda usted?

VIEJO (*Agrio.*) No recuerdo nada.

AMIGO 2°(*Al Amigo.*) ¿Y tú?

AMIGO I°(*Serio.*) ¡Tampoco!

AMIGO 2°Yo era muy pequeño, pero lo recuerdo con todo detalle.

AMIGO I°Mira...

AMIGO 2°Por eso no quiero ver éste. La lluvia es hermosa. En el colegio entraba por los patios y estrellaba por las paredes a unas mujeres desnudas, muy pequeñas, que lleva dentro. ¿No las habéis visto? Cuando yo tenía cinco años... no, cuando yo tenía dos... ¡miento!, uno, un año tan sólo, es hermoso, ¿verdad?, un año, cogí una de estas mujercillas de la lluvia y la tuve dos días en una pecera.

AMIGO I.°(*Con sorna.*) ¿Y creció?

AMIGO 2°¡No! Se hizo cada vez más pequeña, más niña, como debe ser, como es lo justo, hasta que no quedó de ella más que una gota de agua. Y cantaba una canción...

Yo vuelvo por mis alas,
¡dejadme volver!
Quiero morirme siendo amanecer,
quiero morirme siendo
ayer.
Yo vuelvo por mis alas,
¡dejadme tornar!
Quiero morirme siendo manantial,
quiero morirme fuera de la mar...
que es exactamente lo que yo canto a todas horas.

VIEJO (*Irritado, al Joven.*) Está completamente loco.

AMIGO 2°(*Que lo ha oído.*) Loco, porque no quiero estar lleno de arrugas y dolores como usted. Porque quiero vivir lo mío y me lo quitan. Yo no lo conozco a usted. Yo no quiero ver gente como usted.

AMIGO I°(*Bebiendo.*) Todo eso no es más que miedo a la muerte.

AMIGO 2°No. Ahora, antes de entrar aquí, vi a un niño que llevaban a enterrar con las primeras gotas de la lluvia. Así quiero que me entierren a mí. En una caja así de pequeña, y ustedes se van a luchar en la borrasca. Pero mi rostro es mío y me lo están robando. Yo era tierno y cantaba, y ahora hay un hombre, un señor (*Al Viejo.*), como usted, que anda por dentro de mí con dos o tres caretas preparadas. (*Saca un espejo y se mira.*) Pero todavía no, todavía me veo subido en los

cerezos... con aquel traje gris... Un traje gris que tenía unas anclas de plata... ¡Dios mío! (*Se cubre la cara con las manos.*)

VIEJO Los trajes se rompen, las anclas se oxidan y vamos adelante.

AMIGO 2°¡Oh, por favor, no hable así!

VIEJO (*Entusiasmado.*) Se hunden las casas.

AMIGO I°(*Enérgico y en actitud de defensa.*) Las casas no se hunden.

VIEJO (*Impertérrito.*) Se apagan los ojos y una hoz muy afilada siega los juncos de las orillas.

AMIGO 2°(*Sereno.*) ¡Claro! ¡Todo eso pasa más adelante!

VIEJO Al contrario. Eso ha pasado ya.

AMIGO 2° Atrás se queda todo quieto. ¿Cómo es posible que no lo sepa usted? No hay más que ir despertando suavemente las cosas. En cambio, dentro de cuatro o cinco años existe un pozo en el que caeremos todos.

VIEJO (*Furioso.*) ¡Silencio!

JOVEN (*Temblando, al Viejo.*) ¿Lo ha oído usted?

VIEJO Demasiado. (*Sale rápidamente por la puerta de la derecha.*)

JOVEN (*Detrás.*) ¿Dónde va usted? ¿Por qué se marcha así? ¡Espere! (*Sale detrás.*)

AMIGO 2°(*Encogiéndose de hombros.*) Bueno. Viejo tenía que ser. Usted, en cambio, no ha protestado.

AMIGO I° (*Que ha estado bebiendo sin parar.*) No.

AMIGO 2°Usted, con beber tiene bastante.

AMIGO I°(*Serio y con cara borracha.*) Yo hago lo que me gusta, lo que me parece bien. No le he pedido su parecer.

AMIGO 2°(*Con miedo.*) Sí, sí... Y yo no le digo nada... (*Se sienta en un sillón, con las piernas encogidas.*)

(*El Amigo I.° se bebe rápidamente dos copas, apuradas hasta lo último, y dándose un golpe en la frente, como si recordara algo, sale rápidamente, en medio de una alegrísima sonrisa, por la puerta izquierda. El Amigo 2° inclina la cabeza en el sillón. Aparece el Criado por la derecha, siempre delicado, sobre las puntas de los pies. Empieza a llover.*)

AMIGO 2°El aguacero. (*Se mira las manos.*) Pero qué luz más fea. (*Queda dormido.*)

JOVEN (*Entrando.*) Mañana volverá. Lo necesito. (*Se sienta.*)

(*Aparece la Mecanógrafa. Lleva una maleta. Cruza la escena y, en medio de ella, vuelve rápidamente.*)

MECANÓGRAFA ¿Me habías llamado?

JOVEN (*Cerrando los ojos.*) No. No te había llamado.

(*La Mecanógrafa sale mirando con ansia y esperando la llamada.*)

MECANÓGRAFA (*En la puerta.*) ¿Me necesitas?

JOVEN (*Cerrando los ojos.*) No. No te necesito.

(*Sale la Mecanógrafa.*)
AMIGO 2°(*Entre sueños.*)
Yo vuelvo por mis alas,
dejadme volver.
Quiero morirme siendo
ayer.
Quiero morirme siendo
amanecer.
(*Empieza a llover.*)
JOVEN Es demasiado tarde, Juan, enciende las luces. ¿Qué hora es?
JUAN (*Con intención.*) Las seis en punto, señor.
JOVEN Está bien.
AMIGO 2°(*Entre sueños.*)
Yo vuelvo por mis alas,
dejadme tornar.
Quiero morirme siendo manantial.
Quiero morirme fuera
de la mar.
(*El joven golpea suavemente la mesa con los dedos.*)
(*TELÓN LENTO*)

Acto segundo

Alcoba estilo 1900. Muebles extraños. Grandes cortinajes llenos de pliegues y borlas. Por las paredes, nubes y ángeles pintados. En el centro, una cama llena de colgaduras y plumajes. A la izquierda, un tocador sostenido por ángeles con ramos de luces eléctricas en las manos. Los balcones están abiertos, y por ellos entra la luna. Se oye un claxon de automóvil que toca con furia. La Novia salta de la cama con espléndida bata llena de encajes y enormes lazos color de rosa. Lleva una larga cola y todo el cabello hecho bucles.

NOVIA (*Asomándose al balcón.*) Sube. (*Se oye el claxon.*) Es preciso. Llegará mi novio, el viejo, el lírico, y necesito apoyarme en ti.

(*El jugador de Rugby entra por el balcón. Viene vestido con las rodilleras y el casco. Lleva una bolsa llena de cigarros puros, que enciende y aplasta sin cesar.*)

NOVIA Entra. Hace dos días que no te veo. (*Se abrazan.*)

(*El jugador de Rugby no habla, sólo fuma y aplasta con el pie el cigarro. Da muestras de una gran vitalidad y abraza con ímpetu a la Novia.*)

NOVIA Hoy me has besado de manera distinta. Siempre cambias, ¡amor mío! Ayer no te vi, ¿sabes? Pero estuve viendo al caballo. Era hermoso, blanco y los cascos dorados entre el heno de los pesebres. (*Se sienta en un sofá que hay al pie de la cama.*) Pero tú eres más hermoso. Porque eres como un dragón. (*La abraza.*) Creo

que me vas a quebrar entre tus brazos, porque soy débil, porque soy pequeña, porque soy como la escarcha, porque soy como una diminuta guitarra quemada por el sol, y no me quiebras.

(*El jugador de Rugby le echa el humo en la cara.*)

(*Pasándole la mano por el cuerpo.*) Detrás de toda esta sombra hay como una trabazón de puentes de plata para estrecharme a mí y para defenderme a mí, que soy pequeñita como un botón, pequeñita como una abeja que entrara de pronto en el salón del trono, ¿verdad?, ¿verdad que sí? Me iré contigo. (*Apoya la cabeza en el pecho del jugador.*) Dragón, ¡dragón mío! ¿Cuántos corazones tienes? Hay en tu pecho como un torrente donde yo me voy a ahogar. Me voy a ahogar... (*Lo mira.) Y* luego tú saldrás corriendo (*Llora.*) y me dejarás muerta por las orillas. (*El jugador de Rugby se lleva otro puro a la boca y la Novia se lo enciende.*) ¡Oh! (*Lo besa.*) ¡Qué ascua blanca, qué fuego de marfil derraman tus dientes! Mi otro novio tenía los dientes helados; me besaba, y sus labios se le cubrían de pequeñas hojas marchitas. Eran unos labios secos. Yo me corté las trenzas porque le gustaban mucho, como ahora voy descalza porque te gusta a ti. ¿Verdad?, ¿verdad que sí? (*El jugador la besa.*) Es preciso que nos vayamos. Mi novio vendrá.

VOZ (*En la puerta.*) ¡Señorita!

NOVIA ¡Vete! (*Lo besa.*)

VOZ ¡Señorita!

NOVIA (*Separándose del jugador y adoptando una actitud distraída.*) ¡Ya voy! (*En voz baja.*) ¡Adiós!

(*El jugador vuelve desde el balcón y le da un beso, levantándola en los brazos.*)

VOZ ¡Abra!

NOVIA (*Fingiendo la voz.*) ¡Qué poca paciencia!

(*El jugador sale silbando por el balcón.*)

CRIADA (*Entrando.*) ¡Ay señorita!

NOVIA ¿Qué señorita?

CRIADA ¡Señorita!

NOVIA ¿Qué? (*Enciende la luz del techo. Una luz más azulada que la que entra por los balcones.*)

CRIADA ¡Su novio ha llegado!

NOVIA Bueno. ¿Por qué te pones así?

CRIADA (*Llorosa.*) Por nada.

NOVIA ¿Dónde está?

CRIADA Abajo.

NOVIA ¿Con quién?

CRIADA Con su padre.

NOVIA ¿Nadie más?

CRIADA Y un señor con lentes de oro. Discutían mucho.

NOVIA Voy a vestirme. (*Se sienta delante del tocador y se arregla, ayudada de la Criada.*)

CRIADA (*Llorosa.*) ¡Ay señorita!

NOVIA (*Irritada.*) ¿Qué señorita?

CRIADA ¡Señorita!

NOVIA (*Agria.*) ¡Qué!

CRIADA ¡Es muy guapo su novio!

NOVIA Cásate con él.

CRIADA Viene muy contento.

NOVIA (*Irónica.*) ¿Sí?

CRIADA Traía este ramo de flores.

NOVIA Ya sabes que no me gustan las flores. Tira ésas por el balcón.

CRIADA ¡Son tan hermosas!... Están recién cortadas.

NOVIA (*Autoritaria.*) ¡Tíralas!

(*La Criada arroja unas flores, que estaban sobre un jarro, por el balcón.*)

CRIADA ¡Ay señorita!

NOVIA (*Furiosa.*) ¿Qué señorita?

CRIADA ¡Señorita!

NOVIA ¡Quéeee!

CRIADA ¡Piense bien en lo que hace! Recapacite. El mundo es grande, pero las personas somos pequeñas.

NOVIA ¿Qué sabes tú?

CRIADA Sí, sí lo sé. Mi padre estuvo en el Brasil dos veces y era tan chico que cabía en una maleta. Las cosas se olvidan y lo malo queda.

NOVIA ¡Te he dicho que te calles!

CRIADA ¡Ay señorita!

NOVIA (*Enérgica.*) ¡Mi ropa!

CRIADA ¡Qué va usted a hacer!

NOVIA ¡Lo que puedo!

CRIADA Un hombre tan bueno. ¡Tanto tiempo esperándola! Con tanta ilusión. ¡Cinco años! (*Le da los trajes.*)

NOVIA ¿Te dio la mano?

CRIADA (*Con alegría.*) Sí; me dio la mano.

NOVIA ¿Y cómo te dio la mano?

CRIADA Muy delicadamente, casi sin apretar.

NOVIA ¿Lo ves? No te apretó.

CRIADA Tuve un novio soldado que me clavaba los anillos y me hacía sangre. ¡Por eso lo despedí!

NOVIA (*Con sorna.*) ¿Sí?

CRIADA ¡Ay señorita!

NOVIA (*Irritada.*) ¿Qué traje me pongo?

CRIADA Con el rojo está preciosa.

NOVIA No quiero estar guapa.

CRIADA El verde.

NOVIA (*Suave.*) No.

CRIADA ¿El naranja?

NOVIA (*Fuerte.*) No.

CRIADA ¿El de tules?

NOVIA (*Más fuerte.*) No.

CRIADA ¿El traje hojas de otoño?

NOVIA (*Irritada y fuerte.*) ¡He dicho que no! Quiero un hábito color tierra para ese hombre; un hábito de roca pelada con un cordón de esparto a la cintura. (*Se oye el claxon. La Novia entorna los ojos y cambiando la expresión sigue hablando.*) Pero con una corona de jazmines en el cuello y toda mi carne apretada por un velo mojado por el mar. (*Se dirige al balcón.*)

CRIADA ¡Que no se entere su novio!

NOVIA Se ha de enterar. (*Eligiendo un traje de hábito, sencillo.*) Éste. (*Se lo pone.*)

CRIADA ¡Está equivocada!

NOVIA ¿Por qué?

CRIADA Su novio busca otra cosa. En mi pueblo había un muchacho que subía a la torre de la iglesia para mirar más de cerca la luna, y su novia lo despidió.

NOVIA ¡Hizo bien!

CRIADA Decía que veía en la luna el retrato de su novia.

NOVIA (*Enérgica.*) ¿Y a ti te parece bien? (*Se termina de arreglar en el tocador y enciende las luces de los ángeles.*)

CRIADA Sí. Cuando yo me disgusté con el botones...

NOVIA ¿Ya te has disgustado con el botones? ¡Tan guapo... tan guapo... tan guapo...!

CRIADA Naturalmente. Le regalé un pañuelo bordado por mí, que decía: «Amor, Amor, Amor», y se le perdió.

NOVIA Vete.

CRIADA ¿Cierro los balcones?

NOVIA No.

CRIADA El aire le va a quemar el cutis.

NOVIA Eso me gusta. Quiero ponerme negra. Más negra que un muchacho. Y si me caigo, no hacerme sangre, y si agarro una zarzamora, no herirme. Están todos andando por el alambre con los ojos cerrados. Yo quiero tener plomo en los pies. Anoche soñaba que todos los niños pequeños crecen por casualidad... Que basta la fuerza que tiene un beso para poder matarlos a todos.

Un puñal, unas tijeras duran siempre, y este pecho mío dura sólo un momento.

CRIADA (*Escuchando.*) Ahí llega su padre.

NOVIA (*Con sigilo.*) Todos mis trajes de color los metes en una maleta.

CRIADA (*Temblando.*) Sí.

NOVIA Y tienes preparada la llave del garaje.

CRIADA (*Con miedo.*) ¡Está bien!

(*Entra el Padre de la Novia. Es un viejo distraído. Lleva unos prismáticos colgados al cuello. Peluca blanca. Cara rosa. Lleva guantes blancos y traje negro. Tiene detalles de una delicada miopía.*)

PADRE ¿Estás ya preparada?

NOVIA (*Irritada.*) Pero ¿para qué tengo yo que estar preparada?

PADRE ¡Que ha llegado!

NOVIA ¿Y qué?

PADRE Pues que como estás comprometida y se trata de tu vida, de tu felicidad, es natural que estés contenta y decidida.

NOVIA Pues no estoy.

PADRE ¿Cómo?

NOVIA Que no estoy contenta. ¿Y tú?

PADRE Pero hija... ¿Qué va a decir ese hombre?

NOVIA ¡Que diga lo que quiera!

PADRE Viene a casarse contigo. Tú le has escrito durante los cinco años que ha durado nuestro viaje. Tú no has bailado con nadie en los transatlánticos... No te has interesado por nadie. ¿Qué cambio es éste?

NOVIA No quiero verlo. Es preciso que yo viva. Habla demasiado.

PADRE ¡Ay! ¿Por qué no lo dijiste antes?

NOVIA ¡Antes no existía yo tampoco! Existía la tierra y el mar. Pero yo dormía dulcemente en los almohadones del tren.

PADRE Ese hombre me insultará con toda la razón. ¡Ay, Dios mío! Ya estaba todo arreglado. Te había regalado el hermoso traje de novia. Ahí dentro está, en el maniquí.

NOVIA No me hables de esto. No quiero.

PADRE ¿Y yo? ¿Y yo? ¿Es que no tengo derecho a descansar? Esta noche hay un eclipse de luna. Ya no podré mirarlo desde la terraza. En cuanto paso una irritación se me sube la sangre a los ojos y no veo. ¿Qué hacemos con este hombre?

NOVIA Lo que tú quieras. Yo no quiero verlo.

PADRE (*Enérgico y sacando fuerzas de voluntad.*) ¡Tienes que cumplir tu compromiso!

NOVIA ¡No lo cumplo!

PADRE ¡Es preciso!

NOVIA No.

PADRE ¡Sí! (*Hace intención de pegarle.*)

NOVIA (*Fuerte.*) No.

PADRE Todos contra mí. (*Mira al cielo por el balcón abierto.*) Ahora empezará el eclipse. (*Se dirige al balcón.*) Ya han apagado las lámparas. (*Con angustia.*) ¡Será hermoso! Lo he estado esperando mucho tiempo. Y ahora ya no lo veo. ¿Por qué lo has engañado?

NOVIA Yo no lo he engañado.

PADRE Cinco años, día por día. ¡Ay, Dios mío!

(*La Criada entra precipitadamente y corre hacia el balcón; fuera se oyen voces.*)

CRIADA ¡Están discutiendo!

PADRE ¿Quién?

CRIADA Ya ha entrado. (*Sale rápidamente.*)

PADRE ¿Qué pasa?

NOVIA ¿Dónde vas? ¡Cierra la puerta! (*Con angustia.*)

PADRE Pero ¿por qué?

NOVIA ¡Ah!

(*Aparece el joven. Viene vestido de calle. Se arregla el cabello. En el momento de entrar se encienden todas las luces de la escena y los ramos de bombillas que llevan los ángeles en la mano. Quedan los tres personajes mirándose, quietos y en silencio.*)

JOVEN Perdonen...

(*Pausa.*)

PADRE (*Con embarazo.*) Siéntese.

(*Entra la Criada muy nerviosa, con las manos sobre el pecho.*)

JOVEN (*Dando la mano a la Novia.*) ¡Ha sido un viaje tan largo!

NOVIA (*Mirándolo muy fija y sin soltarle la mano.*) Sí. Un viaje frío. Ha nevado mucho estos últimos años. (*Le suelta la mano.*)

JOVEN Ustedes me perdonarán, pero de correr, de subir la escalera, estoy agitado. Y luego... en la calle he golpeado a unos niños que estaban matando un gato a pedradas.

(*El Padre le ofrece una silla.*)

NOVIA (*A la Criada.*) Una mano fría. Una mano de cera cortada.

CRIADA ¡La va a oír!

NOVIA Y una mirada antigua. Una mirada que se parte como el ala de una mariposa seca.

JOVEN No, no puedo estar sentado. Prefiero charlar... De pronto, mientras subía la escalera, vinieron a mi memoria todas las canciones que había olvidado y las quería cantar todas a la vez. (*Se acerca a la Novia.) ...* Las trenzas...

NOVIA Nunca tuve trenzas.

JOVEN Sería la luz de la luna. Sería el aire cuajado en bocas para besar tu cabeza.

(*La Criada se retira a un rincón. El Padre se asoma a los balcones y mira con los prismáticos.*)

NOVIA ¿Y tú no eras más alto?

JOVEN No.

NOVIA ¿No tenías una sonrisa violenta que era como una garra sobre tu rostro?

JOVEN No.

NOVIA ¿Y no jugabas tú al rugby?

JOVEN Nunca.

NOVIA (*Con pasión.*) ¿Y no llevabas un caballo de las crines y matabas en un día tres mil faisanes?

JOVEN Jamás.

NOVIA ¡Entonces! ¿A qué vienes a buscarme? Tenías las manos llenas de anillos. ¿Dónde hay una gota de sangre?

JOVEN Yo la derramaré si te gusta.

NOVIA (*Enérgica.*) No es tu sangre. ¡Es la mía!

JOVEN ¡Ahora nadie podrá separar mis brazos de tu cuello!

NOVIA No son tus brazos, son los míos. Soy yo la que se quiere quemar en otro fuego.

JOVEN No hay más fuego que el mío. (*La abraza.*) Porque te he esperado y ahora gano mi sueño. Y no son sueño tus trenzas porque las haré yo mismo de tu cabello, ni es sueño tu cintura donde canta la sangre mía, porque es mía esta sangre, ganada lentamente a través de una lluvia, y mío este sueño.

NOVIA (*Desasiéndose.*) Déjame. Todo lo podías haber dicho menos la palabra sueño. Aquí no se sueña. Yo no quiero soñar... Yo estoy defendida por el tejado.

JOVEN ¡Pero se ama!

NOVIA Tampoco se ama. ¡Vete!

JOVEN ¿Qué dices? (*Aterrado.*)

NOVIA Que busques otra mujer a quien puedas hacerle trenzas.

JOVEN (*Como despertando.*) ¡¡No!!

NOVIA ¿Cómo voy a dejar que entres en mi alcoba cuando ya ha entrado otro?

JOVEN ¡Ay! (*Se cubre la cara con las manos.*)

NOVIA Dos días tan sólo han bastado para sentirme cargada de cadenas. En los espejos y entre los encajes de la cama oigo ya el gemido de un niño que me persigue.

JOVEN Pero mi casa está ya levantada. Con muros que yo mismo he tocado. ¿Voy a dejar que la viva el aire?

NOVIA ¿Y qué culpa tengo yo? ¿Quieres que me vaya contigo?

JOVEN (*Sentándose en una silla, abatido.*) Sí, sí, vente.

NOVIA Un espejo, una mesa estarían más cerca de ti que yo.

JOVEN ¿Qué voy a hacer ahora?

NOVIA Amar.

JOVEN ¿A quién?

NOVIA Busca. Por las calles, por el campo.

JOVEN (*Enérgico.*) No busco. Te tengo a ti. Estás aquí, entre mis manos, en este mismo instante, y no me puedes cerrar la puerta porque vengo mojado por una lluvia de cinco años. Y porque después no hay nada, porque después no puedo amar, porque después se ha acabado todo.

NOVIA ¡Suelta!

JOVEN No es tu engaño lo que me duele. Tú no eres nada. Tú no significas nada. Es mi tesoro perdido. Es mi amor sin objeto. ¡Pero vendrás!

NOVIA ¡No iré!

JOVEN Para que no tenga que volver a empezar. Siento que se me olvidan hasta las letras.

NOVIA ¡¡No iré!!

JOVEN Para que no muera. ¿Lo oyes? ¡Para que no muera!

NOVIA ¡Déjame!

CRIADA (*Saliendo.*) ¡Señorita! (*El Joven suelta a la Novia.*) ¡Señor!

PADRE (*Entrando.*) ¿Quién grita?

NOVIA Nadie.

PADRE (*Mirando al joven.*) Caballero...

JOVEN (*Abatido.*) Hablábamos.

NOVIA (*Al Padre.*) Es preciso que le devuelva los regalos... (*El joven hace un movimiento.*) Todos. Sería injusto. Todos... menos los abanicos... porque se han roto.

JOVEN (*Recordando.*) Dos abanicos.

NOVIA Uno azul...

JOVEN Con tres góndolas hundidas...

NOVIA Y otro blanco...

JOVEN ¡Que tenía en el centro la cabeza de un tigre! Y... ¿están rotos?

CRIADA Las últimas varillas se las llevó el niño del carbonero.

PADRE Eran unos abanicos buenos, pero vamos...

JOVEN (*Sonriendo.*) No importa que se hayan perdido. Me hacen ahora mismo un aire que me quema la piel.

CRIADA (*A la Novia.*) ¿También el traje de novia?

NOVIA Está claro.

CRIADA (*Llorosa.*) Ahí dentro está, en el maniquí.

PADRE (*Al Joven.*) Yo quisiera que...

JOVEN No importa.

PADRE De todos modos, está usted en su casa.

JOVEN ¡Gracias!

PADRE (*Que mira siempre al balcón.*) Debe estar ya en el comienzo. Usted perdone. (*A la Novia.*) ¿Vienes?...

NOVIA Sí. (*Al Joven.*) ¡Adiós!

JOVEN ¡Adiós! (*Salen.*)

VOZ. (*Fuera.*) ¡Adiós!

JOVEN Adiós... ¿y qué? ¿Qué hago con esta hora que viene y que no conozco? ¿Dónde voy?

(*La luz de la escena se oscurece. Las bombillas de los ángeles toman una luz azul. Por los balcones vuelve a entrar una luz de luna que irá en aumento hasta el final. Se oye un gemido.*)

JOVEN (*Mirando a la puerta.*) ¿Quién?

(*Entra en escena el Maniquí con vestido de novia. Este personaje tiene la cara gris y las cejas y los labios dorados como un maniquí de escaparate de lujo. Lleva peluca y guantes de oro. Trae puesto con cierto embarazo un espléndido traje de novia blanco, con larga cola y velo.*)

MANIQUÍ (*Canta y llora.*) ¿Quién usará la plata buena
de la novia chiquita y morena?
Mi cola se pierde por el mar
y la luna lleva puesta mi corona de azahar.
Mi anillo, señor, mi anillo de oro viejo,
se hundió por las arenas del espejo.
¿Quién se pondrá mi traje? ¿Quién se lo pondrá?
Se lo pondrá la ría grande para casarse con el mar.

JOVEN ¿Qué cantas, dime?

MANIQUÍ Yo canto
muerte que no tuve nunca,
dolor de velo sin uso,
con llanto de seda y pluma.
Ropa interior que se queda
helada de nieve oscura,
sin que los encajes puedan
competir con las espumas.
Telas que cubren la carne
serán para el agua turbia.
Y en vez de rumor caliente,
quebrado torso de lluvia.
¿Quién usará la ropa buena
de la novia chiquita y morena?

JOVEN Se la pondrá el aire oscuro
jugando al alba en su gruta,
ligas de raso los juncos,
medias de seda la luna.
Dale el velo a las arañas
para que coman y cubran
las palomas, enredadas
en sus hilos de hermosura.
Nadie se pondrá tu traje,
forma blanca y luz confusa,
que seda y escarcha fueron
livianas arquitecturas.
MANIQUÍ Mi cola se pierde por el mar.
JOVEN Y la luna lleva en vilo tu corona de azahar.
MANIQUÍ (*Irritado.*) No quiero. Mis sedas tienen,
hilo a hilo y una a una,
ansia de calor de boda.
Y mi camisa pregunta
dónde están las manos tibias
que oprimen en la cintura.
JOVEN Yo también pregunto. ¡Calla!
MANIQUÍ Mientes. Tú tienes la culpa.
Pudiste ser para mí
potro de plomo y espuma,
el aire roto en el freno
y el mar atado en la grupa.
Pudiste ser un relincho
y eres dormida laguna,
con hojas secas y musgo
donde este traje se pudra.
Mi anillo, señor, mi anillo de oro viejo.
JOVEN ¡Se hundió por las arenas del espejo!
MANIQUÍ ¿Por qué no viniste antes?
Ella esperaba desnuda
como una sierpe de viento
desmayada por las puntas.
JOVEN (*Levantándose.*) Silencio. Déjame. ¡Vete!,
o te romperé con furia
las iniciales de nardo,
que la blanca seda oculta.

Vete a la calle a buscar
hombros de virgen nocturna
o guitarras que te lloren
seis largos gritos de música.
Nadie se pondrá tu traje.
MANIQUÍ Te seguiré siempre.
JOVEN ¡Nunca!
MANIQUÍ ¡Déjame hablarte!
JOVEN ¡Es inútil!
¡No quiero saber!
MANIQUÍ Escucha.
Mira.
JOVEN ¿Que?
MANIQUÍ Un trajecito
que robé de la costura.
(*Enseña un traje rosa de niño.*)
Dos fuentes de leche blanca
mojan mis sedas de angustia
y un dolor blanco de abejas
cubre de rayos mi nuca.
Mi hijo. ¡Quiero a mi hijo!
Por mi falda lo dibujan
estas cintas que me estallan
de alegría en la cintura.
¡Y es tu hijo!
JOVEN (*Coge el trajecito.*) Sí, mi hijo:
donde llegan y se juntan
pájaros de sueño loco
y jazmines de cordura.
(*Angustiado.*)
¿Y si mi niño no llega...?
Pájaro que el aire cruza
¿no puede cantar?
MANIQUÍ No puede.
JOVEN¿Y si mi niño no llega...?
Velero que el agua surca
¿no puede nadar?
MANIQUÍ No puede.
JOVEN Quieta el arpa de la lluvia,
un mar hecho piedra ríe

últimas olas oscuras.
MANIQUÍ ¿Quién se pondrá mi traje? ¿Quién se lo pondrá?
JOVEN (*Entusiasmado y rotundo.*)
Se lo pondrá mujer que espera por las orillas de la mar.
MANIQUÍ Te espera siempre, ¿recuerdas?
Estaba en tu casa oculta.
Ella te amaba y se fue.
Tu niño canta en su cuna
y como es niño de nieve
espera la sangre tuya.
Corre, a buscarla, ¡deprisa!,
y entrégamela desnuda
para que mis sedas puedan,
hilo a hilo y una a una,
abrir la rosa que cubre
su vientre de carne rubia.
JOVEN He de vivir.
MANIQUÍ ¡Sin espera!
JOVEN Mi niño canta en su cuna,
y como es niño de nieve
aguarda calor y ayuda.
MANIQUÍ (*Por el traje del niño.*) ¡Dame el traje!
JOVEN (*Dulce.*) No.
MANIQUÍ (*Arrebatándoselo.*) ¡Lo quiero!
Mientras tú vences y buscas,
yo cantaré una canción
sobre sus tiernas arrugas. (*Lo besa.*)
JOVEN ¡Pronto! ¿Dónde está?
MANIQUÍ En la calle.
JOVEN Antes que la roja luna
limpie con sangre de eclipse
la perfección de su curva,
traeré temblando de amor
mi propia mujer desnuda.

(*La luz es de un azul intenso. Entra la Criada por la izquierda con un candelabro y la escena toma suavemente su luz normal, sin descuidar la luz azul de los balcones abiertos de par en par que hay en el fondo. En el momento que aparece la Criada, el Maniquí queda rígido con una postura de escaparate. La cabeza inclinada y las manos levantadas en actitud delicadísima. La Criada deja el candelabro sobre la mesa del tocador. Siempre en actitud compungida y mirando al joven. En este momento aparece el Viejo por una puerta de la*

derecha. La luz crece.)

JOVEN (*Asombrado.*) ¡Usted!

VIEJO (*Da muestras de una gran agitación y se lleva las manos al pecho. Trae un pañuelo de seda en la mano.*) ¡Sí! ¡Yo!

(*La Criada sale rápidamente al balcón.*)

JOVEN (*Agrio.*) No me hace ninguna falta.

VIEJO Más que nunca. ¡Ay, me has herido! ¿Por qué subiste? Yo sabía lo que iba a pasar. ¡Ay!

JOVEN (*Dulce, acercándose.*) ¿Qué le pasa?

VIEJO (*Enérgico.*) Nada. No me pasa nada. Una herida pero... la sangre se seca y lo pasado, pasado. (*El joven inicia el mutis.*) ¿Dónde vas?

JOVEN (*Con alegría.*) A buscar.

VIEJO ¿A quién?

JOVEN A la mujer que me quiere. Usted la vio en mi casa, ¿no recuerda?

VIEJO (*Severo.*) No recuerdo. Pero espera.

JOVEN ¡No! Ahora mismo.

(*El Viejo lo coge del brazo.*)

PADRE (*Entrando.*) ¡Hija!, ¿dónde estás? ¡Hija!

(*Se oye el claxon del automóvil.*)

CRIADA (*En el balcón.*) ¡Señorita! ¡Señorita!

PADRE (*Yéndose al balcón.*) ¡Hija! ¡Espera, espera! (*Sale.*)

JOVEN Yo también me voy. Yo busco, como ella, ¡la nueva flor de mi sangre! (*Sale corriendo.*)

VIEJO ¡Espera! ¡Espera! ¡No me dejes herido! ¡Espera! (*Sale. Sus voces de «¡Espera, espera!» se pierden.*)

(*Se oye lejano el claxon. Queda la escena azul y el Maniquí avanza dolorido. Con dos expresiones. Pregunta en el primer verso con ímpetu y respuesta en el segundo y como muy lejana.*)

MANIQUÍ Mi anillo, ¡señor!, mi anillo de oro viejo
(*Pausa.*) se hundió por las arenas del espejo.
¿Quién se pondrá mi traje? ¿Quién se lo pondrá?
(*Pausa. Llorando.*)
Se lo pondrá la ría grande para casarse con el mar.
(*Se desmaya y queda tendido en el sofá.*)

VOZ (*Fuera.*) ¡Esperaaa...!

(*TELÓN RÁPIDO*)

Acto tercero

Cuadro primero

Bosque. Grandes troncos. En el centro, un teatro rodeado de cortinas barrocas con el telón echado. Una escalerita une el tabladillo con el escenario. Al levantarse el telón cruzan entre los troncos dos Figuras vestidas de negro, con las caras blancas de yeso y las manos también blancas. Suena una música lejana. Sale el Arlequín. Viste de negro y verde. Lleva dos caretas, una en cada mano y ocultas en la espalda. Acciona de modo rítmico, como un bailarín.

ARLEQUÍN El Sueño va sobre el Tiempo
flotando como un velero.
Nadie puede abrir semillas
en el corazón del Sueño.
(*Se pone una careta de alegrísima expresión.*)
¡Ay, cómo canta el alba! ¡Cómo canta!
¡Qué témpanos de hielo azul levanta!
(*Se quita la careta.*)
El Tiempo va sobre el Sueño
hundido hasta los cabellos.
Ayer y mañana comen
oscuras flores de duelo.
(*Se pone una careta de expresión dormida.*)
¡Ay, cómo canta la noche! ¡Cómo canta!
¡Qué espesura de anémonas levanta!
(*Se la quita.*)
Sobre la misma columna,
abrazados Sueño y Tiempo,
cruza el gemido del niño,
la lengua rota del viejo.
(*Con una careta.*)
¡Ay cómo canta el alba! ¡Cómo canta!
(*Con la otra careta.*)
¡Qué espesura de anémonas levanta!
Y si el Sueño finge muros
en la llanura del Tiempo,
el Tiempo le hace creer
que nace en aquel momento.
¡Ay, cómo canta la noche! ¡Cómo canta!
¡Qué témpanos de hielo azul levanta!

(*Desde este momento se oirá en el fondo durante todo el acto, y con medidos intervalos, unas lejanas trompas graves de caza. Aparece una Muchacha vestida de negro, con túnica griega. Viene saltando con una guirnalda.*)

MUCHACHA ¿Quién lo dice,

quién lo dirá?
Mi amante me aguarda
en el fondo del mar.
ARLEQUÍN (*Gracioso.*) Mentira.
MUCHACHA Verdad.
Perdí mi deseo,
perdí mi dedal,
y en los troncos grandes
los volví a encontrar.
ARLEQUÍN (*Irónico.*) Una cuerda muy larga.
MUCHACHA Larga; para bajar.
Tiburones y peces
y ramos de coral.
ARLEQUÍN Abajo está.
MUCHACHA (*En voz baja.*) Muy bajo.
ARLEQUÍN Dormido.
MUCHACHA ¡Abajo está!
Banderas de agua verde
lo nombran capitán.
ARLEQUÍN (*En alta voz y gracioso.*) ¡Mentira!
MUCHACHA (*En altavoz.*) ¡Verdad!
Perdí mi corona,
perdí mi dedal,
y a la media vuelta,
los volví a encontrar.
ARLEQUÍN Ahora mismo.
MUCHACHA ¿Ahora?
ARLEQUÍN Tu amante verás
a la media vuelta
del viento y el mar.
MUCHACHA (*Asustada.*) ¡Mentira!
ARLEQUÍN ¡Verdad!
Yo te lo daré.

MUCHACHA (*Inquieta.*) No me lo darás. No se llega nunca al fondo del mar.

ARLEQUÍN (*A voces y como si estuviera en el circo.*)
¡Señor hombre, acuda!

(*Aparece un espléndido Payaso, lleno de lentejuelas. Su cabeza empolvada dará sensación de calavera. Ríe a grandes carcajadas.*)

ARLEQUÍN Usted le dará

a esta muchachita...
PAYASO Su novio del mar.
(*Se remanga.*)
Venga una escalera.
MUCHACHA (*Asustada.*) ¿Sí?
PAYASO (*A la Muchacha.*) Para bajar.
(*Al público.*)
¡Buenas noches!
ARLEQUÍN ¡Bravo!
PAYASO (*Al Arlequín.*) ¡Tú, mira hacia allá!
(*El Arlequín, riendo, se vuelve.*)
¡Vamos, toca!
(*Palmotea.*)
ARLEQUÍN ¡Toco!
(*El Arlequín toca un violín blanco con dos cuerdas de oro. Debe ser grande y plano. Canta.*)
PAYASO Novio, ¿dónde estás?
ARLEQUÍN (*Fingiendo la voz.*) Por las frescas algas
yo voy a cazar
grandes caracolas
y lirios de sal.
MUCHACHA (*Gritando, asustada de la realidad.*) ¡No quiero!
PAYASO ¡Silencio!
(*El Arlequín ríe.*)
MUCHACHA (*Al Payaso, con miedo.*) Me voy a saltar
por las hierbas altas.
Luego nos iremos
al agua del mar.
ARLEQUÍN (*Jocoso y volviéndose.*) ¡Mentira!
MUCHACHA (*Al Payaso.*) ¡Verdad!
(*Inicia el mutis llorando.*)
¿Quién lo dice?
¿Quién lo dirá?
Perdí mi corona,
perdí mi dedal.
ARLEQUÍN (*Melancólico.*) A la media vuelta
del viento y el mar.
(*Sale la Muchacha.*)
PAYASO (*Señalando.*) Allí.
ARLEQUÍN ¿Dónde? ¿A qué?

PAYASO A representar.
Un niño pequeño
que quiere cambiar
en flores de acero
su trozo de pan.
ARLEQUÍN (*Levemente incrédulo.*) ¡Mentira!
PAYASO (*Severo.*) ¡Verdad!
Perdí rosa y curva,
perdí mi collar,
y en marfil reciente
los volví a encontrar.
ARLEQUÍN ¡Señor hombre! ¡Venga!
(*Inicia el mutis.*)
PAYASO (*A voces y mirando al bosque y adelantándose al Arlequín.*) ¡No tanto gritar!
¡Buenos días!
(*En voz baja.*)
¡Vamos!
Toca.
ARLEQUÍN ¿Toco?
PAYASO Un vals. (*En alta voz.*)
(*El Arlequín empieza a tocar. En voz baja.*)
¡Deprisa!
(*En alta voz.*)
Señores:
voy a demostrar...
ARLEQUÍN Que en marfil reciente
los volvió a encontrar.
PAYASO Voy a demostrar...
(*Sale.*)
ARLEQUÍN (*Saliendo.*)La rueda que gira
del viento y el mar.

(*Se oyen las trompas. Sale la Mecanógrafa. Viste un traje de tenis, con boina de color intenso. Encima del vestido, una capa larga de una sola gasa. Viene con la Máscara primera. Ésta viste un traje de 1900, amarillo rabioso, con larga cola, pelo de seda amarillo, cayendo como un manto, y máscara blanca de yeso con guantes hasta el codo, del mismo color. Lleva sombrero amarillo, y todo el pecho de tetas altas ha de estar sembrado de lentejuelas de oro. El efecto de este personaje debe ser el de una llamarada sobre el fondo de azules lunares y troncos nocturnos. Habla con un leve acento italiano.*)

MÁSCARA (*Riendo.*) ¡Un verdadero encanto!

MECANÓGRAFA Yo me fui de su casa. Recuerdo que la tarde de mi partida había una gran tormenta de verano y había muerto el niño de la portería. Yo crucé la biblioteca y él me dijo: «¿Me habías llamado?»; a lo que yo contesté, cerrando los ojos: «¡¡No!!». Y luego, ya en la puerta, dijo: «¿Me necesitas?»; y yo le dije: «No. No te necesito».

MÁSCARA ¡Precioso!

MECANÓGRAFA Esperaba siempre de pie toda la noche hasta que yo me asomaba a la ventana.

MÁSCARA ¿Y usted, *señorina* mecanógrafa?...

MECANÓGRAFA No me asomaba. Pero... lo veía por las rendijas... ¡quieto! (*Saca un pañuelo.*), ¡con unos ojos! Entraba el aire como un cuchillo, pero yo no le podía hablar.

MÁSCARA *Puor qué, señorina*?

MECANÓGRAFA Porque me amaba demasiado.

MÁSCARA *¡Oh mio Dio!* Era igual que el conde Arturo de Italia. ¡Oh amor!

MECANÓGRAFA ¿Sí?

MÁSCARA En el *foyer* de la ópera de París hay unas enormes balaustradas que dan al mar. El conde Arturo, con una camelia entre los labios, venía en una pequeña barca con su niño, los dos abandonados por mí. Pero yo corría las cortinas y les arrojaba un diamante. ¡Oh! ¡Qué *dolchísimo* tormento, *amica mia! (Llora.)* El conde y su niño pasaban hambre y dormían entre las ramas con un lebrel que me había regalado un señor de Rusia. (*Enérgica y suplicante.*) ¿No tienes un pedacito de pan para mí? ¿No tienes un pedacito de pan para mi hijo? ¿Para el niño que el conde Arturo dejó morir en la escarcha?... (*Agitada.) Y* después fui al hospital y allí supe que el conde se había casado con una gran dama romana... Y después he pedido limosna y compartido mi cama con los hombres que descargan el carbón en los muelles.

MECANÓGRAFA ¿Qué dices? ¿Por qué hablas así?...

MÁSCARA (*Serenándose.*) Digo que el conde Arturo me amaba tanto que lloraba detrás de las cortinas con su niño, mientras que yo era como una media luna de plata entre los gemelos y las luces de gas que brillaban bajo la cúpula de la gran ópera de París.

MECANÓGRAFA Delicioso. ¿Y cuándo llega el conde?

MÁSCARA ¿Y cuándo llega tu *amico*?

MECANÓGRAFA Tardará. Nunca es en seguida.

MÁSCARA También Arturo tardará en seguida. Tiene en la mano derecha una cicatriz que le hicieron con un puñal... por mí, desde luego. (*Mostrando su mano.*) ¿No la ves? (*Señalando el cuello.) Y* aquí otra, ¿la ves?

MECANÓGRAFA Sí, ¿pero por qué?

MÁSCARA *¿Per qué? ¿Per qué?* ¿Qué hago yo sin heridas? ¿De quién son las

heridas de mi conde?

MECANÓGRAFA Tuyas. ¡Es verdad! Hace cinco años que me está esperando, pero... ¡qué hermoso es esperar con seguridad el momento de ser amada!

MÁSCARA ¡Y es seguro!

MECANÓGRAFA ¡Seguro! ¡Por eso vamos a reír! De pequeña, yo guardaba los dulces para comerlos después.

MÁSCARA ¡Ja, ja, ja! Sí, ¿verdad? ¡Saben mejor!

(*Se oyen las trompas.*)

MECANÓGRAFA (*Iniciando el mutis.*) Si viniera mi amigo, ¡tan alto!, con todo el cabello rizado, pero rizado de un modo especial, tú haces como si no lo conocieras.

MÁSCARA ¡Claro, amica mia! (*Se recoge la cola.*)

(*Aparece el joven. Viste un traje* niker *gris con medias a cuadros azules.*)

ARLEQUÍN (*Saliendo.*) ¡Eh!

JOVEN ¿Qué?

ARLEQUÍN ¿Dónde va?

JOVEN A mi casa.

ARLEQUÍN (*Irónico.*) ¿Sí?

JOVEN Claro. (*Empieza a andar.*)

ARLEQUÍN ¡Eh! Por ahí no puede pasar.

JOVEN ¿Han cercado el parque?

ARLEQUÍN Por ahí está el circo.

JOVEN Bueno. (*Se vuelve.*)

ARLEQUÍN Lleno de espectadores definitivamente quietos. (*Suave.*) ¿No quiere entrar el señor?

JOVEN (*Estremecido.*) No. (*No queriendo oír.*) ¿Está interceptada también la calle de los chopos?

ARLEQUÍN Allí están los carros y las jaulas con las serpientes.

JOVEN Entonces volveré atrás. (*Inicia el mutis.*)

PAYASO (*Saliendo por el lado opuesto.*) ¿Pero dónde va? ¡Ja, ja, ja!

ARLEQUÍN Dice que va a su casa.

PAYASO (*Dando una bofetada de circo al Arlequín.*) ¡Toma casa!

ARLEQUÍN (*Cae al suelo, gritando.*) ¡Ay, que me duele, que me duele! ¡Ayy!

PAYASO (*Al Joven.*) ¡Venga!

JOVEN (*Irritado.*) ¿Pero me quiere usted decir qué broma es ésta? Yo iba a mi casa, es decir, a mi casa, no; a otra casa, a...

PAYASO (*Interrumpiendo.*) A buscar.

JOVEN Sí; porque lo necesito. A buscar.

PAYASO (*Alegre.*) ¿A buscar?... Da la media vuelta y lo encontrarás.

LA **VOZ** DE **LA MECANÓGRAFA** (*Cantando.*)
¿Dónde vas, amor mío,
¡amor mío!,
con el aire en un vaso
y el mar en un vidrio?

(*El Arlequín ya se ha levantado. El Payaso le hace señas. El joven está vuelto de espaldas, y ellos salen también sin dar la espalda, sobre las puntas de los pies, con paso de baile y el dedo sobre los labios. Las luces del teatro se encienden.*)

JOVEN (*Asombrado.*) ¿Dónde vas, amor mío,
vida mía, amor mío,
con el aire en un vaso
y el mar en un vidrio?

MECANÓGRAFA (*Apareciendo llena de júbilo.*) ¿Dónde? ¡Donde me llaman!

JOVEN (*Abrazándola.*) ¡Vida mía!

MECANÓGRAFA (*Abrazándolo.*) Contigo.

JOVEN Te he de llevar desnuda,
flor ajada y cuerpo limpio,
al sitio donde las sedas
están temblando de frío.
Sábanas blancas te aguardan.
Vámonos pronto. Ahora mismo.
Antes que en las ramas giman
ruiseñores amarillos.

MECANÓGRAFA Sí; que el sol es un milano.
Mejor: un halcón de vidrio.
No: que el sol es un gran tronco,
y tú la sombra de un río.
¿Cómo, si me abrazas, di,
no nacen juncos y lirios
y no destiñen tus ondas
el color de mi vestido?
Amor, déjame en el monte
harta de nube y rocío,
para verte grande y triste
cubrir un cielo dormido.

JOVEN ¡No hables así, niña! Vamos.
No quiero tiempo perdido.
Sangre pura y calor hondo
me están llevando a otro sitio.
Quiero vivir.

MECANÓGRAFA ¿Con quién?
JOVEN Contigo.
MECANÓGRAFA ¿Qué es eso que suena muy lejos?
JOVEN Amor,
el día que vuelve.
¡Amor mío!
MECANÓGRAFA (*Alegre y como en sueños.*) ¡Un ruiseñor! ¡Que cante!
Ruiseñor gris de la tarde,
en la rama del arce.
Ruiseñor, ¡te he sentido!
Quiero vivir.
JOVEN ¿Con quién?
MECANÓGRAFA Con la sombra de un río.
(*Angustiada y refugiándose en el pecho del joven.*)
¿Qué es eso que suena muy lejos?
JOVEN Amor.
¡La sangre en mi garganta,
amor mío!
MECANÓGRAFA Siempre así, siempre, siempre,
despiertos o dormidos.
JOVEN Nunca así, ¡nunca!, ¡nunca!
Vámonos de este sitio.
MECANÓGRAFA ¡Espera!
JOVEN ¡Amor no espera!
MECANÓGRAFA (*Se desase del joven.*) ¿Dónde vas, amor mío,
con el aire en un vaso
y el mar en un vidrio?

(*Se dirige a la escalera. Las cortinas del teatrito se descorren y aparece la biblioteca del primer acto, reducida y con los tonos muy pálidos. Aparece en la escenita la Máscara amarilla, tiene un pañuelo de encaje en la mano y aspira sin cesar, mientras llora, un frasco de sales*.)

MÁSCARA (*A la Mecanógrafa.*) Ahora mismo acabo de abandonar para siempre al conde. Se ha quedado ahí detrás con su niño. (*Baja las escaleras.*) Estoy segura que se morirá. Pero me quiso tanto, tanto. (*Llora. A la Mecanógrafa.*) ¿Tú no lo sabías? Su niño morirá bajo la escarcha. Lo he abandonado. ¿No ves que contenta estoy? ¿No ves cómo me río? (*Llora.*) Ahora me buscará por todos lados. (*En el suelo.*) Voy a esconderme dentro de las zarzamoras (*En voz alta.*), dentro de las zarzamoras. Hablo así porque no quiero que Arturo me sienta. (*En voz alta.*) ¡No te quiero! ¡Ya te he dicho que no te quiero! (*Se va llorando.*) Tú a mí, sí, ¡pero yo a ti no te quiero!

(*Aparecen dos Criados vestidos con libreas azules y caras palidísimas que dejan en la izquierda del escenario dos taburetes blancos. Por la escenita cruza el Criado del primer acto, siempre andando sobre las puntas de los pies.*)

MECANÓGRAFA (*Al Criado y subiendo las escaleras de la escenita.*) Si viene el señor, que pase. (*En la escenita.*) Aunque no vendrá hasta que deba.

(*El Joven empieza lentamente a subir la escalerita.*)

JOVEN (*En la escenita, apasionado.*) ¿Estás contenta aquí?

MECANÓGRAFA ¿Has escrito las cartas?

JOVEN Arriba se está mejor. ¡Vente!

MECANÓGRAFA ¡Te he querido tanto!

JOVEN ¡Te quiero tanto!

MECANÓGRAFA ¡Te querré tanto!

JOVEN Me parece que agonizo sin ti. ¿Dónde voy si tú me dejas? No recuerdo nada. La otra no existe, pero tú sí, porque me quieres.

MECANÓGRAFA Te he querido, ¡amor! Te querré siempre.

JOVEN Ahora...

MECANÓGRAFA ¿Por qué dices ahora?

(*Aparece por el escenario grande el Viejo. Viene vestido de azul y trae un gran pañuelo en la mano, manchado de sangre, que lleva a su pecho y a su cara. Da muestras de agitación viva y observa atentamente lo que pasa en la escenita.*)

JOVEN Yo esperaba y moría.

MECANÓGRAFA Yo moría por esperar.

JOVEN Pero la sangre golpea en mis sienes con sus nudillos de fuego, y ahora te tengo ya aquí.

VOZ (*Fuera.*) ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

(*Cruza la escenita el Niño muerto. Viene solo y entra por una puerta de la izquierda.*)

JOVEN ¡Sí, mi hijo! Corre por dentro de mí, como una hormiguita sola dentro de una caja cerrada. (*A la Mecanógrafa.*) ¡Un poco de luz para mi hijo! ¡Por favor! ¡Es tan pequeño! ¡Aplasta las naricillas en el cristal de mi corazón, y, sin embargo, no tiene aire!

MÁSCARA AMARILLA (*Apareciendo en el escenario grande.*) ¡Mi hijo!

(*Salen dos Máscaras más, que presencian la escena.*)

MECANÓGRAFA (*Autoritaria y seca.*) ¿Has escrito las cartas? No es tu hijo, soy yo. Tú esperabas y me dejaste marchar, pero siempre te creías amado. ¿Es mentira lo que digo?

JOVEN (*Impaciente.*) No, pero...

MECANÓGRAFA Yo, en cambio, sabía que tú no me querrías nunca. Y, sin embargo, yo he levantado mi amor y te he cambiado y te he visto por los rincones de mi casa. (*Apasionada.*) ¡Te quiero, pero más lejos de ti! He huido tanto, que

necesito contemplar el mar para poder evocar el temblor de tu boca.

VIEJO Porque si él tiene veinte años puede tener veinte lunas.

MECANÓGRAFA (*Lírica.*) Veinte rocas, veinte nortes de nieve.

JOVEN (*Irritado.*) Calla. Tú vendrás conmigo. Porque me quieres y porque es necesario que yo viva.

MECANÓGRAFA Sí; te quiero, pero ¡mucho más! No tienes tú ojos para verme desnuda, ni boca para besar mi cuerpo que nunca se acaba. Déjame. ¡Te quiero demasiado para poder contemplarte!

JOVEN ¡Ni un minuto más! ¡Vamos! (*La coge de las muñecas.*)

MECANÓGRAFA ¡Me haces daño, amor!

JOVEN ¡Así me sientes!

MECANÓGRAFA (*Dulce.*) Espera... Yo iré... Siempre. (*Lo abraza.*)

VIEJO Ella irá. Siéntate, amigo mío. Espera.

JOVEN (*Angustiado.*) ¡¡No!!

MECANÓGRAFA Estoy muy alta. ¿Por qué me dejaste? Iba a morir de frío y tuve que buscar tu amor por donde no hay gente. Pero estaré contigo. Déjame bajar poco a poco hasta ti.

(*Aparecen el Payaso y el Arlequín. El Payaso trae una concertina y el Arlequín su violín blanco. Se sientan en los taburetes.*)

PAYASO Una música.

ARLEQUÍN De años.

PAYASO Lunas y mares sin abrir. ¿Queda atrás?

ARLEQUÍN La mortaja del aire.

PAYASO Y la música de tu violín.

(*Tocan.*)

JOVEN (*Saliendo de un sueño.*) ¡Vamos!

MECANÓGRAFA Sí... ¿Será posible que seas tú? ¡Así, de pronto...! ¿Sin haber probado lentamente esta hermosa idea: mañana será? ¿No te da lástima de mí?

JOVEN Arriba hay como un nido. Se oye cantar el ruiseñor... y aunque no se oiga, ¡aunque el murciélago golpee los cristales!

MECANÓGRAFA Sí, sí, pero...

JOVEN (*Enérgico.*) ¡Tu boca! (*La besa.*)

MECANÓGRAFA Más tarde...

JOVEN (*Apasionado.*) Es mejor de noche.

MECANÓGRAFA ¡Yo me iré!

JOVEN ¡Sin tardar!

MECANÓGRAFA ¡Yo quiero! Escucha.

JOVEN ¡Vamos!

MECANÓGRAFA Pero...

JOVEN Dime.

MECANÓGRAFA ¡Me iré contigo!...

JOVEN ¡Amor!

MECANÓGRAFA Me iré contigo. (*Tímida.*) ¡Así que pasen cinco años!

JOVEN ¡Ay! (*Se lleva las manos a la frente.*)

VIEJO (*En voz baja.*) ¡Bravo!

(*El joven empieza a bajar lentamente las escaleras. La Mecanógrafa queda en actitud extática en el escenario. Sale el Criado de puntillas y la cubre con una gran capa blanca.*)

PAYASO Una música.

ARLEQUÍN De años.

PAYASO Lunas y mares sin abrir.

Queda atrás...

ARLEQUÍN La mortaja del aire.

PAYASO Y la música de tu violín.

(*Tocan.*)

MÁSCARA AMARILLA El conde besa mi retrato de amazona.

VIEJO Vamos a no llegar, pero vamos a ir.

JOVEN (*Desesperado, al Payaso.*) La salida, ¿por dónde?

MECANÓGRAFA (*En el escenario chico y como en sueños.*)

¡Amor! ¡Amor!

JOVEN (*Estremecido.*) ¡Enséñame la puerta!

PAYASO (*Irónico, señalando a la izquierda.*) Por allí.

ARLEQUÍN (*Señalando a la derecha.*) Por allí.

MECANÓGRAFA ¡Te espero amor, te espero, vuelve pronto!

ARLEQUÍN (*Irónico.*) ¡Por allí!

JOVEN (*Al Payaso.*) Te romperé las jaulas y las telas.

Yo sé saltar el muro.

VIEJO (*Con angustia.*) Por aquí.

JOVEN ¡Quiero volver! Dejadme.

ARLEQUÍN ¡Queda el viento!

PAYASO ¡Y la música de tu violín!

(*TELÓN*)

Cuadro último

La misma biblioteca que en el primer acto. A la izquierda, el traje de novia puesto en un maniquí sin cabeza y sin manos. Varias maletas abiertas. A la derecha, una mesa.

Salen el Criado y la Criada.

CRIADA (*Asombrada.*) ¿Sí?

CRIADO Ahora está de portera, pero antes fue una gran señora. Vivió mucho tiempo con un conde italiano riquísimo, padre del niño que acaban de enterrar.

CRIADA ¡Pobrecito mío! ¡Qué precioso iba!

CRIADO De esta época le viene su manía de grandezas. Por eso ha gastado todo lo que tenía en la ropa del niño y en la caja.

CRIADA ¡Y en las flores! Yo le he regalado un ramito de rosas, pero eran tan pequeñas que no las han entrado siquiera en la habitación.

JOVEN (*Entrando.*) Juan.

CRIADO Señor.

(*La Criada sale.*)

JOVEN Dame un vaso de agua fría. (*El joven da muestras de una gran desesperanza y un desfallecimiento físico.*)

(*El Criado lo sirve.*)

JOVEN (*Alegre.*) ¿No era ese ventanal mucho más grande?

CRIADO No.

JOVEN Es asombroso que sea tan estrecho. Mi casa tenía un patio enorme, donde jugaba con mis caballitos. Cuando lo vi con veinte años era tan pequeño que me parecía increíble que hubiera podido volar tanto por él.

CRIADO ¿Se encuentra bien el señor?

JOVEN ¿Se encuentra bien una fuente echando agua? Contesta.

CRIADO (*Sonriente.*) No sé...

JOVEN ¿Se encuentra bien una veleta girando como el viento quiere?

CRIADO El señor pone unos ejemplos... Pero yo le preguntaría, si el señor lo permite..., ¿se encuentra bien el viento?

JOVEN (*Seco.*) Me encuentro bien.

CRIADO ¿Descansó lo suficiente después del viaje?

JOVEN (*Bebe.*) Sí.

CRIADO Lo celebro infinito. (*Inicia el mutis.*)

JOVEN Juan, ¿está mi ropa preparada?

CRIADO Sí, señor. Está en su dormitorio.

JOVEN ¿Qué traje?

CRIADO El frac. Lo he extendido en la cama.

JOVEN (*Irritado.*) ¡Pues quítalo! No quiero subir y encontrármelo tendido en la cama ¡tan grande, tan vacía! No sé a quién se le ocurrió comprarla. Yo tenía antes otra pequeña, ¿recuerdas?

CRIADO Sí, señor: la de nogal tallado.

JOVEN (*Alegre.*) ¡Eso! La de nogal tallado. ¡Qué bien se dormía en ella! Recuerdo que, siendo niño, vi nacer una luna enorme detrás de la barandilla de sus pies... ¿O fue por los hierros del balcón? No sé. ¿Dónde está?

CRIADO (*Serio.*) La regaló el señor.

JOVEN (*Pensando.*) ¿A quién?

CRIADO (*Serio.*) A su antigua mecanógrafa.

(*El joven queda pensativo. Pausa.*)

JOVEN (*Indicando al Criado que se marche.*) Está bien.

(*Sale el Criado.*)

JOVEN (*Con angustia.*) ¡Juan!

CRIADO (*Severo.*) Señor.

JOVEN Me habrás puesto zapatos de charol...

CRIADO Los que tienen cinta de seda negra.

JOVEN Seda negra... No... Busca otros. (*Levantándose.*) ¿Y será posible que en esta casa esté siempre el aire enrarecido? Voy a cortar todas las flores del jardín, sobre todo esas malditas adelfas que saltan por los muros, y esa hierba que sale sola a medianoche...

CRIADO Dicen que con las anémonas y adormideras duele la cabeza a ciertas horas del día.

JOVEN Eso será. También te llevas eso. (*Señalando al traje.*) Lo pones en la buhardilla.

CRIADO ¡Muy bien! (*Va a salir.*)

JOVEN (*Tímido.*) Y me dejas los zapatos de charol. Pero les cambias las cintas.

(*Suena una campanilla.*)

CRIADO (*Entrando.*) Son los señoritos, que vienen a jugar.

JOVEN (*Con fastidio.*) Abre.

CRIADO (*En la puerta.*) El señor tendrá necesidad de vestirse.

JOVEN (*Saliendo.*) Sí. (*Sale casi como una sombra.*)

(*Entran los jugadores. Son tres. Vienen de frac. Traen capas largas de raso blanco que les llegan a los pies.*)

JUGADOR I. °Fue en Venecia. Un mal año de juego. Pero aquel muchacho jugaba de verdad. Estaba pálido, tan pálido que en la última jugada ya no tenía más remedio que echar el as de coeur. Un corazón suyo lleno de sangre. Lo echó, y al ir a cogerlo (*Bajando la voz.*) para... (*Mira a los lados.*), tenía un as de copas rebosando por los bordes y huyó bebiendo en él, con dos chicas, por el Gran Canal.

JUGADOR 2°No hay que fiarse de la gente pálida o de la gente que tiene hastío: juegan, pero reservan.

JUGADOR 3°Yo jugué en la India con un viejo que cuando ya no tenía una gota de sangre sobre las cartas, y yo esperaba el momento de lanzarme sobre él, tiñó de rojo con una anilina especial todas las copas y pudo escapar entre los árboles.

JUGADOR 1°Jugamos y ganamos, pero ¡qué trabajo nos cuesta! Las cartas beben rica sangre en las manos y es difícil cortar el hilo que las une.

JUGADOR 2°Pero creo que con éste... no nos equivocamos.

JUGADOR 3°No sé.

JUGADOR 1° (*Al* 2.°) No aprenderás nunca a conocer a tus clientes. ¿A éste? La vida se le escapa en dos chorros por sus pupilas, que mojan la comisura de sus labios y le tiñen de coral la pechera del frac.

JUGADOR 2°Sí. Pero acuérdate del niño que en Suecia jugó con nosotros casi agonizante, y por poco si nos deja ciegos a los tres con el chorro de sangre que nos echó.

JUGADOR 3°¡La baraja! (*Saca una baraja.*)

JUGADOR 2°Hay que estar muy suaves con él para que no reaccione.

JUGADOR 1°Y aunque ni a *la otra* ni a la señorita mecanógrafa se les ocurrirá venir por aquí hasta que pasen cinco años, si es que vienen.

JUGADOR 3°(*Riendo.*) ¡Si es que vienen! Ja, ja, ja.

JUGADOR 1° (*Riendo.*) No estará mal ser rápidos en la jugada.

JUGADOR 2°Él guarda un as.

JUGADOR 3°Un corazón joven, donde es probable que resbalen las flechas.

JUGADOR 1° (*Alegre y profundo.*) ¡Ca! Yo compré unas flechas en un tiro al blanco...

JUGADOR 3°(*Con curiosidad.*) ¿Dónde?

JUGADOR 1° (*En broma.*) En un tiro al blanco. Que no solamente se clavan sobre el acero más duro, sino sobre la gasa más fina. ¡Y esto sí que es difícil! (*Ríen.*)

JUGADOR 2° (*Riendo.*) ¡En fin! ¡Ya veremos!

(*Aparece el joven vestido de frac.*)

JOVEN ¡Señores! (*Les da la mano.*) Han venido muy temprano. Hace demasiado calor.

JUGADOR 1°¡No tanto!

JUGADOR 2° (*Al Joven.*) ¡Elegante como siempre!

JUGADOR 1°Tan elegante, que ya no debía desnudarse más nunca.

JUGADOR 3°Hay veces que la ropa nos cae tan bien, que ya no quisiéramos...

JUGADOR 2° (*Interrumpiendo.*) Que ya no podemos arrancarla del cuerpo.

JOVEN (*Con fastidio.*) Demasiado amables.

(*Aparece el Criado con una bandeja y copas que deja en la mesa.*)

JOVEN ¿Comenzamos?

(*Se sientan los tres.*)

JUGADOR 1°Dispuestos.

JUGADOR 2° (*En voz baja.*) ¡Buen ojo!

JUGADOR 3°¿No se sienta?

JOVEN No... Prefiero jugar de pie.

JUGADOR 1°¿De pie?

JUGADOR 2° (*Bajo.*) Tendrás necesidad de ahondar mucho.

JUGADOR 1°(*Repartiendo cartas.*) ¿Cuántas?

JOVEN Cuatro. (*Se las da y a los demás.*)

JUGADOR 3°(*Bajo.*) Jugada nula.

JOVEN ¡Qué cartas más frías! Nada. (*Las deja sobre la mesa.*) ¿Y ustedes?...

JUGADOR 1° (*Con voz grave.*) Nada.

JUGADOR 2°Nada.

JUGADOR 3°Nada.

(*El jugador 1 °les da cartas otra vez.*)

JUGADOR 2° (*Mirando sus cartas.*) ¡Magnífico!

JUGADOR 3°(*Mirando sus cartas y con inquietud.*) ¡Vamos a ver!

JUGADOR 1°(*Al joven.*) Usted juega.

JOVEN (*Alegre.*) ¡Y juego! (*Echa una carta sobre la mesa.*)

JUGADOR 1° (*Enérgico.*) ¡Y Yo!

JUGADOR 2°¡Y yo!

JUGADOR 3°¡Y yo!

JOVEN (*Excitado, con una carta.*) ¿Y ahora?...

(*Los tres jugadores enseñan tres cartas. El Joven se detiene y se la oculta en la mano.*)

JOVEN Juan, sirve licor a estos señores.

JUGADOR 2°(*Suave.*) ¿Tiene usted la bondad de la carta?

JOVEN (*Angustiado.*) ¿Qué licor desean?

JUGADOR 2°(*Dulce.*) ¿La carta?...

JOVEN (*Al jugador 3°*) A usted seguramente le gustará el anís. Es una bebida...

JUGADOR 3°Por favor... la carta...

JOVEN (*Al Criado, que entra.*) ¿Cómo no hay whisky? (*En el momento que el Criado entra, los jugadores quedan silenciosos con las cartas en la mano.*) ¿Ni coñac?...

JUGADOR 1°(*En voz baja y ocultándose del Criado.*) ¡La carta!

JOVEN (*Angustiado.*) El coñac es una bebida para hombres que saben resistir.

JUGADOR 2°(*Enérgico, pero en voz baja.*) ¡Su carta!

JOVEN ¿O prefieren chartreuse?

(*Sale el Criado.*)

JUGADOR 1°(*Levantando y enérgico.*) Tenga la bondad de jugar.

JOVEN Ahora mismo. Pero beberemos.

JUGADOR 3°(*Fuerte.*) ¡Hay que jugar!

JOVEN (*Agonizante.*) Sí, sí. ¡Un poco de chartreuse! Es el chartreuse como una gran noche de luna verde dentro de un castillo donde hay un joven con unas calzas de oro.

JUGADOR 1°(*Fuerte.*) Es necesario que usted nos dé su as.

JOVEN (*Aparte.*) ¡Mi corazón!

JUGADOR 2°(*Enérgico.*) Porque hay que ganar o perder... Vamos. ¡Su carta!

JUGADOR 3°¡Venga!

JUGADOR 1° ¡Haga juego!

JOVEN (*Con dolor.*) ¡Mi carta!

JUGADOR 1°¡La última!

JOVEN ¡Juego! (*Pone la carta sobre la mesa.*)

(*En este momento, en los anaqueles de la biblioteca aparece un gran as de coeur iluminado. El jugador 1°saca una pistola y dispara sin ruido con una flecha. El as desaparece, y el joven se lleva las manos al corazón.*)

JUGADOR 1°¡Hay que vivir!

JUGADOR 2°¡No hay que esperar!

JUGADOR 3°¡Corta! ¡Corta bien!

(*El Jugador 1°, con unas tijeras, da unos cortes en el aire.*)

JUGADOR 1°(*En voz baja.*) Vamos.

JUGADOR 2°¡Deprisa!

JUGADOR 3°No hay que esperar nunca. Hay que vivir. (*Salen.*)

JOVEN ¡Juan! ¡Juan!

ECO ¡Juan, Juan!

JOVEN (*Agonizante.*) Lo he perdido todo.

ECO Lo he perdido todo.

JOVEN Mi amor...

ECO Amor...

(*El joven muere. Aparece el Criado con un candelabro encendido. El reloj da las doce.*)

(*TELÓN*)



BAILARINA ESPAÑOLA,
hacia 1929-1932.
Tinta china y lápices de color sobre papel. 248 x 200 mm
Colección Concepción Fernández-Montesinos. Madrid

EL PÚBLICO

Drama en cinco cuadros

Cuadro primero

Cuadro segundo

Cuadro tercero

Cuadro cuarto

Cuadro quinto

Personajes

(*Por orden de intervención*)

DIRECTOR
CRIADO
CABALLO BLANCO PRIMERO
CABALLO BLANCO SEGUNDO
CABALLO BLANCO TERCERO
CABALLO BLANCO CUARTO
HOMBRE PRIMERO
HOMBRE SEGUNDO
HOMBRE TERCERO

ARLEQUÍN DIRECTOR
MUJER EN PIJAMA
ELENA
FIGURA DE CASCABELES
FIGURA DE PÁMPANOS
NIÑO
EMPERADOR
CENTURIÓN
JULIETA
CABALLO NEGRO
EL TRAJE DE ARLEQUÍN
EL TRAJE DE BAILARINA
PASTOR BOBO
DESNUDO ROJO
ENFERMERO
ESTUDIANTE PRIMERO
ESTUDIANTE SEGUNDO
ESTUDIANTE TERCERO
ESTUDIANTE CUARTO
ESTUDIANTE QUINTO
DAMA PRIMERA
DAMA SEGUNDA
DAMA TERCERA
DAMA CUARTA
MUCHACHO
LADRÓN PRIMERO
LADRÓN SEGUNDO
TRASPUNTE
PRESTIDIGITADOR
SEÑORA

Cuadro primero

Cuarto del Director.

El Director sentado. Viste de chaqué. Decorado azul. Una gran mano impresa en la pared. Las ventanas son radiografías.

CRIADO Señor.

DIRECTOR ¿Qué?

CRIADO Ahí está el público.

DIRECTOR Que pase.

(*Entran cuatro Caballos Blancos.*)

DIRECTOR ¿Qué desean? (*Los Caballos tocan sus trompetas.*) Esto sería si yo fuese un hombre con capacidad para el suspiro. ¡Mi teatro será siempre al aire libre! Pero yo he perdido toda mi fortuna. Si no, yo envenenaría el aire libre. Con una jeringuilla que quite la costra de la herida me basta. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa, caballos! Ya se ha inventado la cama para dormir con los caballos. (*Llorando.*) Caballitos míos.

LOS CABALLOS (*Llorando.*) Por trescientas pesetas. Por doscientas pesetas, por un plato de sopa, por un frasco de perfume vacío. Por tu saliva, por un recorte de tus uñas.

DIRECTOR ¡Fuera, fuera, fuera! (*Toca un timbre.*)

LOS CABALLOS ¡Por nada! Antes te olían los pies y nosotros teníamos tres años. Esperábamos en el retrete, esperábamos detrás de las puertas y luego te llenábamos la cama de lágrimas. (*Entra el Criado.*)

DIRECTOR ¡Dame un látigo!

LOS CABALLOS Y tus zapatos estaban cocidos por el sudor, pero sabíamos comprender que la misma relación tenía la luna con las manzanas podridas en la hierba.

DIRECTOR (*Al Criado.*) ¡Abre las puertas!

LOS CABALLOS No, no, no. ¡Abominable! Estás cubierto de vello y comes la cal de los muros que no es tuya.

CRIADO No abro la puerta. Yo no quiero salir al teatro.

DIRECTOR (*Golpeándolo.*) ¡Abre!

(Los Caballos sacan largas trompetas doradas y danzan lentamente al son de su canto.)

LOS CABALLOS 1° Y 2° (*Furiosos.*) Abominable.

LOS CABALLOS 3° Y 4° Blenamiboá.

LOS CABALLOS 1° Y 2° (*Furiosos.*) Abominable.

LOS CABALLOS Blenamiboá.

(*El Criado abre la puerta.*)

DIRECTOR ¡Teatro al aire libre! ¡Fuera! ¡Vamos! Teatro al aire libre. ¡Fuera de aquí! (*Salen los Caballos. Al Criado.*) Continúa. (*Se sienta detrás de la mesa.*)

CRIADO Señor.

DIRECTOR ¿Qué?

CRIADO ¡El público!

DIRECTOR Que pase.

(*El Director cambia su peluca rubia por una morena. Entran tres Hombres vestidos de frac exactamente iguales. Llevan barbas oscuras.*)

HOMBRE I ° ¿El señor Director del teatro al aire libre?

DIRECTOR Servidor de usted.

HOMBRE 1° Venimos a felicitarle por su última obra.

DIRECTOR Gracias.

HOMBRE 3° Originalísima.

HOMBRE 1° ¡Y qué bonito título! Romeo y Julieta.

DIRECTOR Un hombre y una mujer que se enamoran.

HOMBRE 1° Romeo puede ser una ave y Julieta puede ser una piedra. Romeo puede ser un grano de sal y Julieta puede ser un mapa.

DIRECTOR Pero nunca dejarán de ser Romeo y Julieta.

HOMBRE 1° Y enamorados. ¿Usted cree que estaban enamorados?

DIRECTOR Hombre... yo no estoy dentro...

HOMBRE 1° ¡Basta! ¡Basta! Usted mismo se denuncia.

HOMBRE 2° (*Al Hombre 1°*) Ve con prudencia. Tú tienes la culpa. ¿Para qué vienes a la puerta de los teatros? Puedes llamar a un bosque y es fácil que éste abra el ruido de su savia para tus oídos. ¡Pero un teatro!

HOMBRE 1° Es a los teatros donde hay que llamar; es a los teatros, para...

HOMBRE 3° Para que se sepa la verdad de las sepulturas.

HOMBRE 2° Sepulturas con focos de gas, y anuncios, y largas filas de butacas.

DIRECTOR Caballeros...

HOMBRE 1° Sí, sí. Director del teatro al aire libre, autor de Romeo y Julieta.

HOMBRE 2° ¿Cómo orinaba Romeo, señor Director? ¿Es que no es bonito ver orinar a Romeo? ¿Cuántas veces fingió tirarse de la torre para ser apresado en la comedia de su sufrimiento? ¿Qué pasaba, señor Director, cuando no pasaba? ¿Y el sepulcro? ¿Por qué, en el final, no bajó usted las escaleras del sepulcro? Pudo usted haber visto un ángel que se llevaba el sexo de Romeo, mientras dejaba el otro, el suyo, el que le correspondía. Y si yo le digo que el personaje principal de todo fue una flor venenosa, ¿qué pensaría usted? Conteste.

DIRECTOR Señores, no es ése el problema.

HOMBRE 1° (*Interrumpiendo.*) No hay otro. Tendremos necesidad de enterrar el teatro por la cobardía de todos, y tendré que darme un tiro.

HOMBRE 2° ¡Gonzalo!

HOMBRE 1° (*Lentamente.*) Tendré que darme un tiro para inaugurar el verdadero teatro, el teatro bajo la arena.

DIRECTOR Gonzalo...

HOMBRE 1° ¿Cómo?... (*Pausa.*)

DIRECTOR (*Reaccionando.*) Pero no puedo. Se hundiría todo. Sería dejar ciegos a mis hijos y luego, ¿qué hago con el público? ¿Qué hago con el público si quito las barandas al puente? Vendría la máscara a devorarme. Yo vi una vez a un hombre devorado por la máscara. Los jóvenes más fuertes de la ciudad, con picas ensangrentadas, le hundían por el trasero grandes bolas de periódicos

abandonados, y en América hubo una vez un muchacho a quien la máscara ahorcó colgado de sus propios intestinos.

HOMBRE 1° ¡Magnífico!

HOMBRE 2° ¿Por qué no lo dice usted en el teatro?

HOMBRE 3° ¿Eso es el principio de un argumento?

DIRECTOR En todo caso un final.

HOMBRE 3° Un final ocasionado por el miedo.

DIRECTOR Está claro, señor. No me supondrá usted capaz de sacar la máscara a escena.

HOMBRE 1° ¿Por qué no?

DIRECTOR ¿Y la moral? ¿Y el estómago de los espectadores?

HOMBRE 1° Hay personas que vomitan cuando se vuelve un pulpo del revés y otras que se ponen pálidas si oyen pronunciar con la debida intención la palabra cáncer; pero usted sabe que contra esto existe la hojalata, y el yeso, y la adorable mica, y en último caso el cartón, que están al alcance de todas las fortunas como medios expresivos. (*Se levanta.*) Pero usted lo que quiere es engañarnos. Engañarnos para que todo siga igual y nos sea imposible ayudar a los muertos. Usted tiene la culpa de que las moscas hayan caído en cuatro mil naranjadas que yo tenía dispuestas. Y otra vez tengo que empezar a romper las raíces.

DIRECTOR (*Levantándose.*) Yo no discuto, señor. ¿Pero qué es lo que quiere de mí? ¿Trae usted una obra nueva?

HOMBRE 1° ¿Le parece a usted obra más nueva que nosotros con nuestras barbas... y usted?

DIRECTOR ¿Y yo...?

HOMBRE 1° Sí... usted.

HOMBRE 2° ¡Gonzalo!

HOMBRE 1° (*Mirando al Director.*) Lo reconozco todavía y me parece estarlo viendo aquella mañana que encerró una liebre, que era un prodigio de velocidad, en una pequeña cartera de libros. Y otra vez, que se puso dos rosas en las orejas el primer día que descubrió el peinado con la raya en medio. Y tú, ¿me reconoces?

DIRECTOR No es éste el argumento. ¡Por Dios! (*A voces.*) Elena, Elena.

(*Corre a la puerta.*)

HOMBRE 1° Pero te he de llevar al escenario, quieras o no quieras. Me has hecho sufrir demasiado. ¡Pronto! ¡El biombo! ¡El biombo! (*El Hombre 3 ° saca un biombo y lo coloca en medio de la escena.*)

DIRECTOR (*Llorando.*) Me ha de ver el público. Se hundirá mi teatro. Yo había hecho los dramas mejores de la temporada, ¡pero ahora!...

(*Suenan las trompetas de los Caballos. El Hombre 1° se dirige al fondo y abre la puerta.*)

HOMBRE 1° Pasar adentro, con nosotros. Tenéis sitio en el drama. Todo el

mundo. (*Al Director.*) Y tú, pasa por detrás del biombo.

(*Los Hombres 2° y 3° empujan al Director. Éste pasa por el biombo y aparece por la otra esquina un Muchacho vestido de raso blanco con una gola Blanca al cuello. Debe ser una actriz. Lleva una pequeña guitarrita negra.*)

HOMBRE 1° ¡Enrique! ¡Enrique! (*Se cubre la cara con las manos.*)

HOMBRE 2° No me hagas pasar a mí por el biombo. Déjame ya tranquilo. ¡Gonzalo!

DIRECTOR (*Frío y pulsando las cuerdas.*) Gonzalo, te he de escupir mucho. Quiero escupirte y romperte el frac con unas tijeritas. Dame seda y aguja. Quiero bordar. No me gustan los tatuajes, pero lo quiero bordar con sedas.

HOMBRE 3° (*A los Caballos.*) Tomad asiento donde queráis.

HOMBRE 1° (*Llorando.*) ¡Enrique! ¡Enrique!

DIRECTOR Te bordaré sobre la carne y me gustará verte dormir en el tejado. ¿Cuánto dinero tienes en el bolsillo? ¡Quémalo! (*El Hombre 1° enciende un fósforo y quema los billetes.*) Nunca veo bien cómo desaparecen los dibujos en la llama.

¿No tienes más dinero? ¡Qué pobre eres, Gonzalo! ¿Y mi lápiz para los labios? ¿No tienes carmín? Es un fastidio.

HOMBRE 2° (*Tímido.*) Yo tengo. (*Se saca el lápiz por debajo de la barba y lo ofrece.*)

DIRECTOR Gracias... pero... ¿pero también tú estás aquí? ¡Al biombo! Tú también al biombo. ¿Y todavía lo soportas, Gonzalo?

(*El Director empuja bruscamente al Hombre 2.°, y aparece por el otro extremo del biombo una Mujer vestida con pantalones de pijama negro y una corona de amapolas en la cabeza. Lleva en la mano unos impertinentes cubiertos por un bigote rubio que usará poniéndolo sobre su boca en algunos momentos del drama.*)

HOMBRE 2° (*Secamente.*) Dame el lápiz.

DIRECTOR ¡Ja, ja, ja! ¡Oh Maximiliana, emperatriz de Baviera! ¡Oh mala mujer!

HOMBRE 2° (*Poniéndose el bigote sobre los labios.*) Te recomendaría un poco de silencio.

DIRECTOR ¡Oh mala mujer! ¡Elena! ¡Elena!

HOMBRE 1° (*Fuerte.*) No llames a Elena.

DIRECTOR ¿Y por qué no? Me ha querido mucho cuando mi teatro estaba al aire libre. ¡Elena!

(*Elena sale de la izquierda. Viste de griega. Lleva las cejas azules, el cabello blanco y los pies de yeso. El vestido, abierto totalmente por delante, deja ver sus muslos cubiertos con apretada malla rosada. El Hombre 2.° se lleva el bigote a los labios.*)

ELENA ¿Otra vez igual?

DIRECTOR Otra vez.

HOMBRE 3° ¿Por qué has salido, Elena? ¿Por qué has salido si no me vas a querer?

ELENA ¿Quién te lo dijo? Pero ¿por qué me quieres tanto?

Yo te besaría los pies si tú me castigaras y te fueras con las otras mujeres. Pero tú me adoras demasiado a mí sola. Será necesario terminar de una vez.

DIRECTOR (*Al Hombre 3°*) ¿Y yo? ¿No te acuerdas de mí? ¿No te acuerdas de mis uñas arrancadas? ¿Cómo habría conocido a las otras y a ti no? ¿Por qué te he llamado, Elena? ¿Por qué te he llamado, suplicio mío?

ELENA (*Al Hombre 3°*) ¡Vete con él! Y confiésame ya la verdad que me ocultas. No me importa que estuvieras borracho y que te quieras justificar, pero tú lo has besado y has dormido en la misma cama.

HOMBRE 3° ¡Elena! (*Pasa rápidamente por detrás del biombo y aparece sin barba con la cara palidísima y un látigo en la mano. Lleva muñequeras de cuero con clavos dorados.*)

HOMBRE 3° (*Azotando al Director.*) Tú siempre hablas, tú siempre mientes y he de acabar contigo sin la menor misericordia.

LOS CABALLOS ¡Misericordia! ¡Misericordia!

ELENA Podías seguir golpeando un siglo entero y no creería en ti. (*El Hombre 3° se dirige a Elena y le aprieta las muñecas.*)Podrías seguir un siglo entero atenazando mis dedos y no lograrías hacerme escapar un solo gemido.

HOMBRE 3° ¡Veremos quién puede más!

ELENA Yo y siempre yo.

(*Aparece el Criado.*)

ELENA ¡Llévame pronto de aquí! ¡Contigo! ¡Llévame! (*El Criado pasa por detrás del biombo y sale de la misma manera.*)¡Llévame! ¡Muy lejos! (*El Criado la toma en brazos.*)

DIRECTOR Podemos empezar.

HOMBRE 1° Cuando quieras.

LOS CABALLOS ¡Misericordia! ¡Misericordia!

(*Los Caballos suenan sus largas trompetas.*
Los personajes están rígidos en sus puestos.)

(*TELÓN LENTO*)

Cuadro segundo

Ruina romana.

Una Figura, cubierta totalmente de Pámpanos rojos, toca una flauta sentada sobre un capitel. Otra Figura, cubierta de Cascabeles dorados, danza en el centro de la escena.

FIGURA DE CASCABELES ¿Si yo me convirtiera en nube?

FIGURA DE PÁMPANOS Yo me convertiría en ojo.

FIGURA DE CASCABELES ¿Si yo me convirtiera en caca?

FIGURA DE PÁMPANOS Yo me convertiría en mosca.

FIGURA DE CASCABELES ¿Si yo me convirtiera en manzana?

FIGURA DE PÁMPANOS Yo me convertiría en beso.

FIGURA DE CASCABELES ¿Si yo me convirtiera en pecho?

FIGURA DE PÁMPANOS Yo me convertiría en sábana blanca.

VOZ. (*Sarcástica.*) ¡Bravo!

FIGURA DE CASCABELES ¿Y si yo me convirtiera en pez luna?

FIGURA DE PÁMPANOS Yo me convertiría en cuchillo.

FIGURA DE CASCABELES (*Dejando de danzar.*) Pero ¿por qué?, ¿por qué me atormentas? ¿Cómo no vienes conmigo, si me amas, hasta donde yo te lleve? Si yo me convirtiera en pez luna, tú te convertirías en ola de mar, o en alga, y si quieres algo muy lejano, porque no desees besarme, tú te convertirías en luna llena, ¡pero en cuchillo! Te gozas en interrumpir mi danza. Y danzando es la única manera que tengo de amarte.

FIGURA DE PÁMPANOS Cuando rondas el lecho y los objetos de la casa te sigo, pero no te sigo a los sitios adonde tú, lleno de sagacidad, pretendes llevarme. Si tú te convirtieras en pez luna, yo te abriría con un cuchillo, porque soy un hombre, porque no soy nada más que eso, un hombre, más hombre que Adán, y quiero que tú seas aún más hombre que yo. Tan hombre que no haya ruido en las ramas cuando tú pases. Pero tú no eres un hombre. Si yo no tuviera esta flauta, te escaparías a la luna, a la luna cubierta de pañolitos de encaje y gotas de sangre de mujer.

FIGURA DE CASCABELES (*Tímidamente.*) ¿Y si yo me convirtiera en hormiga?

FIGURA DE PÁMPANOS (*Enérgico.*) Yo me convertiría en tierra.

FIGURA DE CASCABELES (*Más fuerte.*) ¿Y si yo me convirtiera en tierra?

FIGURA DE PÁMPANOS (*Más débil.*) Yo me convertiría en agua.

FIGURA DE CASCABELES (*Vibrante.*) ¿Y si yo me convirtiera en agua?

FIGURA DE PÁMPANOS (*Desfallecido.*) Yo me convertiría en pez luna.

FIGURA DE CASCABELES (*Tembloroso.*) ¿Y si yo me convirtiera en pez luna?

FIGURA DE PÁMPANOS (*Levantándose.*) Yo me convertiría en cuchillo. En un cuchillo afilado durante cuatro largas primaveras.

FIGURA DE CASCABELES Llévame al baño y ahógame. Será la única manera de que puedas verme desnudo. ¿Te figuras que tengo miedo a la sangre? Sé la manera de dominarte. ¿Crees que no te conozco? De dominarte tanto que si yo dijera: «¿si yo me convirtiera en pez luna?», tú me contestarías: «yo me convertiría en una bolsa de huevas pequeñitas».

FIGURA DE PÁMPANOS Toma un hacha y córtame las piernas. Deja que

vengan los insectos de la ruina y vete. Porque te desprecio. Quisiera que tú calaras hasta lo hondo. Te escupo.

FIGURA DE CASCABELES ¿Lo quieres? Adiós. Estoy tranquilo. Si voy bajando por la ruina iré encontrando amor y cada vez más amor.

FIGURA DE PÁMPANOS (*Angustiado.*) ¿Dónde vas? ¿Dónde vas?

FIGURA DE CASCABELES ¿No deseas que me vaya?

FIGURA DE PÁMPANOS (*Con voz débil.*) No, no te vayas. ¿Y si yo me convirtiera en un granito de arena?

FIGURA DE CASCABELES Yo me convertiría en un látigo.

FIGURA DE PÁMPANOS ¿Y si yo me convirtiera en una bolsa de huevas pequeñitas?

FIGURA DE CASCABELES Yo me convertiría en otro látigo. Un látigo hecho con cuerdas de guitarra.

FIGURA DE PÁMPANOS ¡No me azotes!

FIGURA DE CASCABELES Un látigo hecho con maromas de barco.

FIGURA DE PÁMPANOS ¡No me golpees el vientre!

FIGURA DE CASCABELES Un látigo hecho con los estambres de una orquídea.

FIGURA DE PÁMPANOS ¡Acabarás por dejarme ciego!

FIGURA DE CASCABELES Ciego, porque no eres hombre. Yo sí soy un hombre. Un hombre, tan hombre, que me desmayo cuando se despiertan los cazadores. Un hombre, tan hombre, que siento un dolor agudo en los dientes cuando alguien quiebra un tallo, por diminuto que sea. Un gigante. Un gigante, tan gigante, que puedo bordar una rosa en la uña de un niño recién nacido.

FIGURA DE PÁMPANOS Estoy esperando la noche, angustiado por el blancor de la ruina, para poder arrastrarme a tus pies.

FIGURA DE CASCABELES No. No. ¿Por qué me dices eso? Eres tú quien me debes obligar a mí para que lo haga. ¿No eres tú un hombre? ¿Un hombre más hombre que Adán?

FIGURA DE PÁMPANOS (*Cayendo al suelo.*) ¡Ay! ¡Ay!

FIGURA DE CASCABELES (*Acercándose en voz baja.*) ¿Y si yo me convirtiera en capitel?

FIGURA DE PÁMPANOS ¡Ay de mí!

FIGURA DE CASCABELES Tú te convertirías en sombra de capitel y nada más. Y luego vendría Elena a mi cama. Elena, ¡corazón mío! Mientras tú, debajo de los cojines, estarías tendido lleno de sudor, un sudor que no sería tuyo, que sería de los cocheros, de los fogoneros y de los médicos que operan el cáncer. Y entonces yo me convertiría en pez luna y tú no serías ya nada más que una pequeña polvera que pasa de mano en mano.

FIGURA DE PÁMPANOS ¡Ay!

FIGURA DE CASCABELES ¿Otra vez? ¿Otra vez estás llorando? Tendré necesidad de desmayarme para que vengan los campesinos. Tendré necesidad de llamar a los negros, a los enormes negros heridos por las navajas de las yucas que luchan día y noche con el fango de los ríos. Levántate del suelo, cobarde. Ayer estuve en casa del fundidor y encargué una cadena. ¡No te alejes de mí! Una cadena. Y estuve toda la noche llorando porque me dolían las muñecas y los tobillos y, sin embargo, no la tenía puesta.(*La Figura de Pámpanos toca un silbato de plata.*) ¿Qué haces? (*Suena el silbato otra vez.*) Ya sé lo que deseas, pero tengo tiempo de huir.

FIGURA DE PÁMPANOS (*Levantándose.*) Huye si quieres.

FIGURA DE CASCABELES Me defenderé con las hierbas.

FIGURA DE PÁMPANOS Prueba a defenderte. (*Suena el silbato. Del techo cae un Niño vestido con una malla roja.*)

NIÑO ¡El Emperador! ¡El Emperador! ¡El Emperador!

FIGURA DE PÁMPANOS El Emperador.

FIGURA DE CASCABELES Yo haré tu papel. No te descubras. Me costaría la vida.

NIÑO ¡El Emperador! ¡El Emperador! ¡El Emperador!

FIGURA DE CASCABELES Todo entre nosotros era un juego. Jugábamos. Y ahora yo serviré al Emperador fingiendo la voz tuya. Tú puedes tenderte detrás de aquel gran capitel. No te lo había dicho nunca. Allí hay una vaca que guisa la comida para los soldados.

FIGURA DE PÁMPANOS ¡El Emperador! Ya no hay remedio. Tú has roto el hilo de la araña y ya siento que mis grandes pies se van volviendo pequeñitos y repugnantes.

FIGURA DE CASCABELES ¿Quieres un poco de té? ¿Dónde podría encontrar una bebida caliente en esta ruina?

NIÑO (*En el suelo.*) ¡El Emperador! ¡El Emperador! ¡El Emperador!

(*Suena una trompa y aparece el Emperador de los romanos. Con él viene un Centurión de túnica amarilla y carne gris. Detrás vienen los cuatro Caballos con sus trompetas. El Niño se dirige al Emperador. Éste lo toma en sus brazos y se pierden en los capiteles.*)

CENTURIÓN El Emperador busca a uno.

FIGURA DE PÁMPANOS Uno soy yo.

FIGURA DE CASCABELES Uno soy yo.

CENTURIÓN ¿Cuál de los dos?

FIGURA DE PÁMPANOS Yo.

FIGURA DE CASCABELES Yo.

CENTURIÓN El Emperador adivinará cuál de los dos es uno. Con un cuchillo o con un salivazo. ¡Malditos seáis todos los de vuestra casta! Por vuestra

culpa estoy yo corriendo caminos y durmiendo sobre la arena. Mi mujer es hermosa como una montaña. Pare por cuatro o cinco sitios a la vez y ronca al mediodía debajo de los árboles. Yo tengo doscientos hijos. Y tendré todavía muchos más. ¡Maldita sea vuestra casta!

(*El Centurión escupe y canta. Un grito largo y sostenido se oye detrás de las columnas. Aparece el Emperador limpiándose la frente. Se quita unos guantes negros; después unos guantes rojos y aparecen sus manos de una blancura clásica.*)

EMPERADOR (*Displicente.*) ¿Cuál de los dos es uno?

FIGURA DE CASCABELES Yo soy, señor.

EMPERADOR Uno es uno y siempre uno. He degollado más de cuarenta muchachos que no lo quisieron decir.

CENTURIÓN (*Escupiendo.*) Uno es uno y nada más que uno.

EMPERADOR Y no hay dos.

CENTURIÓN Porque si hubiera dos no estaría el Emperador buscando por los caminos.

EMPERADOR (*Al Centurión.*) ¡Desnúdalos!

FIGURA DE CASCABELES Yo soy uno, señor. Ése es el mendigo de las ruinas. Se alimenta con raíces.

EMPERADOR Aparta.

FIGURA DE PÁMPANOS Tú me conoces. Tú sabes quién soy. (*Se despoja de los pámpanos y aparece un desnudo blanco de yeso.*)

EMPERADOR (*Abrazándolo.*) Uno es uno.

FIGURA DE PÁMPANOS Y siempre uno. Si me besas yo abriré mi boca para clavarme después tu espada en el cuello.

EMPERADOR Así lo haré.

FIGURA DE PÁMPANOS Y deja mi cabeza de amor en la ruina. La cabeza de uno que fue siempre uno.

EMPERADOR (*Suspirando.*) Uno.

CENTURIÓN (*Al Emperador.*) Difícil es, pero ahí lo tienes.

FIGURA DE PÁMPANOS Lo tiene porque nunca lo podrá tener.

FIGURA DE CASCABELES ¡Traición! ¡Traición!

CENTURIÓN ¡Cállate, rata vieja! ¡Hijo de la escoba!

FIGURA DE CASCABELES ¡Gonzalo! ¡Ayúdame, Gonzalo!

(*La Figura de Cascabeles tira de una columna y ésta se desdobla en el biombo blanco de la primera escena. Por detrás salen los tres Hombres barbados y el Director de escena.*)

HOMBRE 1° ¡Traición!

FIGURA DE CASCABELES ¡Nos ha traicionado!

DIRECTOR ¡Traición!

(*El Emperador está abrazado a la Figura de Pámpanos.*)

(*TELÓN*)

Cuadro tercero

Muro de arena. A la izquierda, y pintada sobre el muro, una luna transparente casi de gelatina. En el centro, una inmensa hoja verde lanceolada.

HOMBRE 1° (*Entrando.*) No es esto lo que hace falta. Después de lo que ha pasado, sería injusto que yo volviese otra vez para hablar con los niños y observar la alegría del cielo.

HOMBRE 2° Mal sitio es éste.

DIRECTOR ¿Habéis presenciado la lucha?

HOMBRE 3° (*Entrando.*) Debieron morir los dos. No he presenciado nunca un festín más sangriento.

HOMBRE 1° Dos leones. Dos semidioses.

HOMBRE 2° Dos semidioses si no tuvieran ano.

HOMBRE 1° Pero el ano es el castigo del hombre. El ano es el fracaso del hombre, es su vergüenza y su muerte. Los dos tenían ano y ninguno de los dos podía luchar con la belleza pura de los mármoles que brillaban conservando deseos íntimos defendidos por una superficie intachable.

HOMBRE 3° Cuando sale la luna, los niños del campo se reúnen para defecar.

HOMBRE 1° Y detrás de los juncos, a la orilla fresca de los remansos, hemos encontrado la huella del hombre que hace horrible la libertad de los desnudos.

HOMBRE 3° Debieron morir los dos.

HOMBRE 1° (*Enérgico.*) Debieron vencer.

HOMBRE 3° ¿Cómo?

HOMBRE 1° Siendo hombres los dos y no dejándose arrastrar por los falsos deseos. Siendo íntegramente hombres. ¿Es que un hombre puede dejar de serlo nunca?

HOMBRE 2° ¡Gonzalo!

HOMBRE 1° Han sido vencidos y ahora todo será para burla y escarnio de la gente.

HOMBRE 3° Ninguno de los dos era un hombre. Como no lo sois vosotros tampoco. Estoy asqueado de vuestra compañía.

HOMBRE 1° Ahí detrás, en la última parte del festín, está el Emperador. ¿Por qué no sales y lo estrangulas? Reconozco tu valor tanto como justifico tu belleza. ¿Cómo no te precipitas y con tus mismos dientes le devoras el cuello?

DIRECTOR ¿Por qué no lo haces tú?

HOMBRE 1° Porque no puedo, porque no quiero, porque soy débil.

DIRECTOR Pero él puede, él quiere, él es fuerte. (*En alta voz.*) ¡El Emperador está en la ruina!

HOMBRE 3° Que vaya el que quiera respirar su aliento.

HOMBRE 1° ¡Tú!

HOMBRE 3° Sólo podría convenceros si tuviera mi látigo.

HOMBRE 1° Sabes que no te resisto, pero te desprecio por cobarde.

HOMBRE 2° ¡Por cobarde!

DIRECTOR (*Fuerte y mirando al Hombre 3°*) ¡El Emperador que bebe nuestra sangre está en la ruina!

(*El Hombre 3° se tapa la cara con las manos.*)

HOMBRE 1° (*Al Director.*) Ése es, ¿lo conoces ya? Ése es el valiente que en el café y en el libro nos va arrollando las venas en largas espinas de pez. Ése es el hombre que ama al Emperador en soledad y lo busca en las tabernas de los puertos. Enrique, mira bien sus ojos. Mira qué pequeños racimos de uvas bajan por sus hombros. A mí no me engaña. Pero ahora yo voy a matar al Emperador. Sin cuchillo, con estas manos quebradizas que me envidian todas las mujeres.

DIRECTOR ¡No, que irá él! Espera un poco. (*El Hombre se sienta en una silla y llora.*)

HOMBRE 3° ¡No podría estrenar mi pijama de nubes! ¡Ay! Vosotros no sabéis que yo he descubierto una bebida maravillosa que solamente conocen algunos negros de Honduras.

DIRECTOR Es en un pantano podrido donde debemos estar y no aquí. Bajo el légamo donde se consumen las ranas muertas.

HOMBRE 2° (*Abrazando al Hombre 1°*) Gonzalo, ¿por qué lo amas tanto?

HOMBRE 1° (*Al Director.*) ¡Te traeré la cabeza del Emperador!

DIRECTOR Será el mejor regalo para Elena.

HOMBRE 2° Quédate, Gonzalo, y permite que te lave los pies.

HOMBRE 1° La cabeza del Emperador quema los cuerpos de todas las mujeres.

DIRECTOR (*Al Hombre 1°*) Pero tú no sabes que Elena puede pulir sus manos dentro del fósforo y la cal viva. ¡Vete con el cuchillo! ¡Elena, Elena, corazón mío!

HOMBRE 3° ¡Corazón mío de siempre! Nadie nombre aquí a Elena.

DIRECTOR (*Temblando.*) Nadie la nombre. Es mucho mejor que nos serenemos. Olvidando el teatro será posible. Nadie la nombre.

HOMBRE 1° Elena.

DIRECTOR (*Al Hombre 1°*) ¡Calla! Luego, yo estaré esperando detrás de los muros del gran almacén. Calla.

HOMBRE 1° Prefiero acabar de una vez. ¡Elena! (*Inicia el mutis.*)

DIRECTOR Oye, ¿y si yo me convirtiera en un pequeño enano de jazmines?

HOMBRE 2° (*Al Hombre 1°*) ¡Vamos! ¡No te dejes engañar! Yo te acompaño a la ruina.

DIRECTOR (*Abrazando al Hombre 1°*) Me convertiría en una píldora de anís, una píldora donde estarían exprimidos los juncos de todos los ríos, y tú serías una gran montaña china cubierta de vivas arpas diminutas.

HOMBRE 1° (*Entornando los ojos.*) No, no. Yo entonces no sería una montaña china. Yo sería un odre de vino antiguo que llena de sanguijuelas la garganta.

(*Luchan.*)

HOMBRE 3° Tendremos necesidad de separarlos.

HOMBRE 2° Para que no se devoren.

HOMBRE 3° Aunque yo encontraría mi libertad.

(*El Director y el Hombre 1° luchan sordamente.*)

HOMBRE 2° Pero yo encontraría mi muerte.

HOMBRE 3° Si yo tengo un esclavo...

HOMBRE 2° Es porque yo soy un esclavo.

HOMBRE 3° Pero, esclavos los dos, de modo distinto podemos romper las cadenas.

HOMBRE 1° ¡Llamaré a Elena!

DIRECTOR ¡Llamaré a Elena!

HOMBRE 1° ¡No, por favor!

DIRECTOR No, no la llames. Yo me convertiré en lo que tú desees.

(*Desaparecen luchando por la derecha.*)

HOMBRE 3° Podemos empujarlos y caerán al pozo. Así tú y yo quedaremos libres.

HOMBRE 2° Tú, libre. Yo, más esclavo todavía.

HOMBRE 3° No importa. Yo les empujo. Estoy deseando vivir en mi tierra verde, ser pastor, beber el agua de la roca.

HOMBRE 2° Te olvidas de que soy fuerte cuando quiero. Era yo un niño y uncía los bueyes de mi padre. Aunque mis huesos estén cubiertos de pequeñísimas orquídeas, tengo una capa de músculos que utilizo cuando quiero.

HOMBRE 3° (*Suave.*) Es mucho mejor para ellos y para nosotros. ¡Vamos! El pozo es profundo.

HOMBRE 2º ¡No te dejare!

(*Luchan. El Hombre 2.° empuja al Hombre 3° y desaparecen por el lado opuesto. El muro se abre y aparece el sepulcro de Julieta en Verona. Decoración realista. Rosales y yedras. Luna. Julieta está tendida en el sepulcro. Viste un traje blanco de ópera. Lleva al aire sus dos senos de celuloide rosado.*)

JULIETA (*Saltando del sepulcro.*) Por favor. No he tropezado con una amiga en todo el tiempo, a pesar de haber cruzado más de tres mil arcos vacíos. Un poco de ayuda, por favor. Un poco de ayuda y un mar de sueño. (*Canta.*)

Un mar de sueño.

Un mar de tierra blanca
y los arcos vacíos por el cielo.
Mi cola por las naves, por las algas.
Mi cola por el tiempo.
Un mar de tiempo.
Playa de los gusanos leñadores
y delfín de cristal por los cerezos.
¡Oh puro amianto de final! ¡Oh ruina!
¡Oh soledad sin arco! ¡Mar de sueño!
(*Un tumulto de espadas y voces surge al fondo de la escena.*)

JULIETA Cada vez más gente. Acabarán por invadir mi sepulcro y ocupar mi propia cama. A mí no me importan las discusiones sobre el amor ni el teatro. Yo lo que quiero es amar.

CABALLO BLANCO 1° (*Apareciendo. Trae una espada en la mano.*) ¡Amar!

JULIETA Sí. Con amor que dura sólo un momento.

CABALLO BLANCO 1° Te he esperado en el jardín.

JULIETA Dirás en el sepulcro.

CABALLO BLANCO 1° Sigues tan loca como siempre. Julieta, ¿cuándo podrás darte cuenta de la perfección de un día? Un día con mañana y con tarde.

JULIETA Y con noche.

CABALLO BLANCO 1° La noche no es el día. Y en un día lograrás quitarte la angustia y ahuyentar las impasibles paredes de mármol.

JULIETA ¿Cómo?

CABALLO BLANCO 1° Monta en mi grupa.

JULIETA ¿Para qué?

CABALLO BLANCO 1° (*Acercándose.*) Para llevarte.

JULIETA ¿Dónde?

CABALLO BLANCO 1° A lo oscuro. En lo oscuro hay ramas suaves. El cementerio de las alas tiene mil superficies de espesor.

JULIETA (*Temblando.*) ¿Y qué me darás allí?

CABALLO BLANCO 1° Te daré lo más callado de lo oscuro.

JULIETA ¿El día?

CABALLO BLANCO 1° El musgo sin luz. El tacto que devora pequeños mundos con las yemas de los dedos.

JULIETA ¿Eras tú el que ibas a enseñarme la perfección de un día?

CABALLO BLANCO 1° Para pasarte a la noche.

JULIETA (*Furiosa.*) ¿Y qué tengo yo, caballo idiota, que ver con la noche? ¿Qué tengo yo que aprender de sus estrellas o de sus borrachos? Será preciso que use veneno de rata para librarme de gente molesta. Pero yo no quiero matar a las ratas. Ellas traen para mí pequeños pianos y escobillas de laca.

CABALLO BLANCO 1° Julieta, la noche no es un momento, pero un momento puede durar toda la noche.

JULIETA (*Llorando.*) Basta. No quiero oírte más. ¿Para qué quieres llevarme? Es el engaño la palabra del amor, el espejo roto, el paso en el agua. Después me dejarías en el sepulcro otra vez, como todos hacen tratando de convencer a los que escuchan de que el verdadero amor es imposible. Ya estoy cansada. Y me levanto a pedir auxilio para arrojar de mi sepulcro a los que teorizan sobre mi corazón y a los que me abren la boca con pequeñas pinzas de mármol.

CABALLO BLANCO 1° El día es un fantasma que se sienta.

JULIETA Pero yo he conocido mujeres muertas por el sol.

CABALLO BLANCO 1° Comprende bien: un solo día para amar todas las noches.

JULIETA ¡Lo de todos! ¡Lo de todos! Lo de los hombres, lo de los árboles, lo de los caballos. Todo lo que quieres enseñarme lo conozco perfectamente. La luna empuja de modo suave las casas deshabitadas, provoca la caída de las columnas y ofrece a los gusanos diminutas antorchas para entrar en el interior de las cerezas. La luna lleva a las alcobas las caretas de la meningitis, llena de agua fría los vientres de las embarazadas, y apenas me descuido arroja puñados de hierba sobre mis hombros. No me mires, caballo, con ese deseo que tan bien conozco. Cuando era muy pequeña, yo veía en Verona a las hermosas vacas pacer en los prados. Luego las veía pintadas en mis libros, pero las recordaba siempre al pasar por las carnicerías.

CABALLO BLANCO 1° Amor que sólo dura un momento.

JULIETA Sí, un minuto; y Julieta, viva, alegrísima, libre del punzante enjambre de lupas. Julieta en el comienzo, Julieta a la orilla de la ciudad.

(*El tumulto de voces y espadas vuelve a surgir en el fondo de la escena.*)

CABALLO BLANCO 1°

Amor. Amar. Amor.
Amor del caracol, col, col, col,
que saca los cuernos al sol.
Amar. Amor. Amar
del caballo que lame
la bola de sal.

(*Baila.*)

JULIETA Ayer eran cuarenta y estaba dormida. Venían las arañas, venían las niñas y la joven violada por el perro tapándose con los geráneos, pero yo continuaba tranquila. Cuando las ninfas hablan del queso, éste puede ser de leche de sirena o de trébol, pero ahora son cuatro, son cuatro muchachos los que me han querido poner un falito de barro y estaban decididos a pintarme un bigote de tinta.

CABALLO BLANCO 1°

Amor. Amar. Amor.
Amor de Ginido con el cabrón,
y de la mula con el caracol, col, col, col,
que saca los cuernos al sol.
Amar. Amor. Amar
de Júpiter en el establo con el pavo real
y el caballo que relincha dentro de la catedral.

JULIETA Cuatro muchachos, caballo. Hacía mucho tiempo que sentía el ruido del juego, pero no he despertado hasta que brillaban los cuchillos.

(*Aparece el Caballo Negro. Lleva un penacho de plumas del mismo color y una rueda en la mano.*)

CABALLO NEGRO ¿Cuatro muchachos? Todo el mundo. Una tierra de asfódelos y otra tierra de semillas. Los muertos siguen discutiendo y los vivos utilizan el bisturí. Todo el mundo.

CABALLO BLANCO 1° A las orillas del Mar Muerto nacen unas bellas manzanas de ceniza, pero la ceniza es buena.

CABALLO NEGRO ¡Oh frescura! ¡Oh pulpa! ¡Oh rocío! Yo como ceniza.

JULIETA No, no es buena la ceniza. ¿Quién habla de ceniza?

CABALLO BLANCO 1° No hablo de ceniza. Hablo de la ceniza que tiene forma de manzana.

CABALLO NEGRO Forma, ¡forma! Ansia de la sangre.

JULIETA Tumulto.

CABALLO NEGRO Ansia de la sangre y hastío de la rueda.

(*Aparecen los tres Caballos Blancos; traen largos bastones de laca negra.*)

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Forma y ceniza. Ceniza y forma. Espejo. Y el que pueda acabar que ponga un pan de oro.

JULIETA (*Retorciéndose las manos.*) Forma y ceniza.

CABALLO NEGRO Sí. Ya sabéis lo bien que degüello las palomas. Cuando se dice roca yo entiendo aire. Cuando se dice aire yo entiendo vacío. Cuando se dice vacío yo entiendo paloma degollada.

CABALLO BLANCO 1°
Amor. Amor. Amor
de la luna con el cascarón,
de la yema con la luna
y la nube con el cascarón.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS (*Golpeando el suelo con sus bastones.*)
Amor. Amor. Amor
de la boñiga con el sol,
del sol con la vaca muerta
y el escarabajo con el sol.

CABALLO NEGRO Por mucho que mováis los bastones las cosas no sucederán sino como tienen que suceder. ¡Malditos! ¡Escandalosos! He de recorrer el bosque en busca de resina varias veces a la semana, por culpa vuestra, para tapar y restaurar el silencio que me pertenece. (*Persuasivo.*) Vete, Julieta. Te he puesto sábanas de hilo. Ahora empezará a caer una lluvia fina coronada de yedras que mojará los cielos y las paredes.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Tenemos tres bastones negros.

CABALLO BLANCO 1° Y una espada.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS (*A Julieta.*) Hemos de pasar por tu vientre para encontrar la resurrección de los cabaIlos.

CABALLO NEGRO Julieta, son las tres de la madrugada; si te descuidas, las gentes cerrarán la puerta y no podrás pasar.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Le queda el prado y el horizonte de montañas.

CABALLO NEGRO Julieta, no hagas ningún caso. En el prado está el campesino que se come los mocos, el enorme pie que machaca al ratoncito, y el ejército de lombrices que moja de babas la hierba viciosa.

CABALLO BLANCO 1° Le quedan sus pechitos duros y, además, ya se ha inventado la cama para dormir con los caballos.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS (*Agitando los bastones.*) Y queremos acostarnos.

CABALLO BLANCO 1° Con Julieta. Yo estaba en el sepulcro la última noche y sé todo lo que pasó.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS (*Furiosos.*) ¡Queremos acostarnos!

CABALLO BLANCO 1° Porque somos caballos verdaderos, caballos de coche que hemos roto con las vergas la madera de los pesebres y las ventanas del establo.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Desnúdate, Julieta, y deja al aire tu grupa para el azote de nuestras colas. ¡Queremos resucitar! (Julieta se refugia con el Caballo Negro.)

CABALLO NEGRO ¡Loca, más que loca!

JULIETA (*Rehaciéndose.*) No os tengo miedo. ¿Queréis acostaros conmigo? ¿Verdad? Pues ahora soy yo la que quiere acostarse con vosotros, pero yo mando, yo dirijo, yo os monto, yo os corto las crines con mis tijeras.

CABALLO NEGRO ¿Quién pasa a través de quién? ¡Oh amor, amor, que necesitas pasar tu luz por los calores oscuros! ¡Oh mar apoyado en la penumbra y flor en el culo del muerto!

JULIETA (*Enérgica.*) No soy yo una esclava para que me hinquen punzones de ámbar en los senos ni un oráculo para los que tiemblan de amor a la salida de las ciudades. Todo mi sueño ha sido con el olor de la higuera y la cintura del que

corta las espigas. ¡Nadie a través de mí! ¡Yo a través de vosotros!

CABALLO NEGRO Duerme, duerme, duerme.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS (*Empuñan los bastones y por las conteras de éstos saltan tres chorros de agua.*) Te orinamos, te orinamos. Te orinamos como orinamos a las yeguas, como la cabra orina el hocico del macho y el cielo orina a las magnolias para ponerlas de cuero.

CABALLO NEGRO (*A Julieta.*) A tu sitio. Que nadie pase a través de ti.

JULIETA ¿Me he de callar entonces? Un niño recién nacido es hermoso.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Es hermoso. Y arrastraría la cola por todo el cielo.

(*Aparece por la derecha el Hombre 1° con el Director de escena. El Director de escena viene, como en el primer acto, transformado en un Arlequín blanco.*)

HOMBRE 1° ¡Basta, señores!

DIRECTOR ¡Teatro al aire libre!

CABALLO BLANCO 1° No. Ahora hemos inaugurado el verdadero teatro. El teatro bajo la arena.

CABALLO NEGRO Para que se sepa la verdad de las sepulturas.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Sepulturas con anuncios, focos de gas y largas filas de butacas.

HOMBRE 1° ¡Sí! Ya hemos dado el primer paso. Pero yo sé positivamente que tres de vosotros se ocultan, que tres de vosotros nadan todavía en la superficie. (*Los tres Caballos Blancos se agrupan inquietos.*) Acostumbrados al látigo de los cocheros y a las tenazas de los herradores tenéis miedo de la verdad.

CABALLO NEGRO: Cuando se hayan quitado el último traje de sangre, la verdad será una ortiga, un cangrejo devorado, o un trozo de cuero detrás de los cristales.

HOMBRE 1° Deben desaparecer inmediatamente de este sitio. Ellos tienen miedo del público. Yo sé la verdad, yo sé que ellos no buscan a Julieta, y ocultan un deseo que me hiere y que leo en sus ojos.

CABALLO NEGRO No un deseo; todos los deseos. Como tú.

HOMBRE 1° Yo no tengo más que un deseo.

CABALLO BLANCO 1° Como los caballos, nadie olvida su máscara.

HOMBRE 1° Yo no tengo máscara.

DIRECTOR No hay más que máscara. Tenía yo razón, Gonzalo. Si burlamos la máscara, ésta nos colgará de un árbol como al muchacho de América.

JULIETA (*Llorando.*) ¡Máscara!

CABALLO BLANCO 1° Forma.

DIRECTOR En medio de la calle la máscara nos abrocha los botones y evita el rubor imprudente que a veces surge en las mejillas. En la alcoba, cuando nos metemos los dedos en las narices, o nos exploramos delicadamente el trasero, el

yeso de la máscara oprime de tal forma nuestra carne que apenas si podemos tendernos en el lecho.

HOMBRE 1° (*Al Director.*) Mi lucha ha sido con la máscara hasta conseguir verte desnudo. (*Lo abraza.*)

CABALLO BLANCO 1° (*Burlón.*) Un lago es una superficie.

HOMBRE 1° (*Irritado.*) ¡O un volumen!

CABALLO BLANCO 1° (*Riendo.*) Un volumen son mil superficies.

DIRECTOR (*Al Hombre 1°*) No me abraces, Gonzalo. Tu amor vive sólo en presencia de testigos. ¿No me has besado lo bastante en la ruina? Desprecio tu elegancia y tu teatro. (*Luchan.*)

HOMBRE 1° Te amo delante de los otros porque abomino de la máscara y porque ya he conseguido arrancártela.

DIRECTOR ¿Por qué soy tan débil?

HOMBRE 1° (*Luchando.*) Te amo.

DIRECTOR (*Luchando.*) Te escupo.

JULIETA ¡Están luchando!

CABALLO NEGRO Se aman.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS

Amor, amor, amor.
Amor del uno con el dos
y amor del tres que se ahoga
por ser uno entre los dos.

HOMBRE 1° Desnudaré tu esqueleto.

DIRECTOR Mi esqueleto tiene siete luces.

HOMBRE 1° Fáciles para mis siete manos.

DIRECTOR Mi esqueleto tiene siete sombras.

LOS TRES CABALLOS BLANCOS Déjalo, déjalo.

CABALLO BLANCO 1° (*Al Hombre 1°*) Te ordeno que lo dejes.

(*Los Caballos separan al Hombre 1° y al Director.*)

DIRECTOR Esclavo del león, puedo ser amigo del caballo.

CABALLO BLANCO 1° (*Abrazándolo.*) Amor.

DIRECTOR Meteré las manos en las grandes bolsas para arrojar al fango las monedas y las sumas llenas de miguitas de pan.

JULIETA (*Al Caballo Negro.*) ¡Por favor!

CABALLO NEGRO (*Inquieto.*) Espera.

HOMBRE 1° No ha llegado la hora todavía de que los caballos se lleven un desnudo que yo he hecho blanco a fuerza de lágrimas.

(*Los tres Caballos Blancos detienen al Hombre 1°*)

HOMBRE 1° ¡Enrique!

DIRECTOR ¿Enrique? Ahí tienes a Enrique. (*Se quita rápidamente el traje y lo*

tira detrás de una columna. Debajo lleva un sutilísimo Traje de Bailarina. Por detrás de la columna aparece el Traje de Enrique. Este personaje es el mismo Arlequín Blanco con una careta amarillo pálido.)

EL TRAJE DE ARLEQUÍN Tengo frío. Luz eléctrica. Pan. Estaban quemando goma. (*Queda rígido.*)

DIRECTOR (*Al Hombre 1°*) ¿No vendrás ahora conmigo? ¡Con la Guillermina de los caballos!

CABALLO BLANCO 1° Luna y raposa y botella de las tabernillas.

DIRECTOR Pasaréis vosotros, y los barcos, y los regimientos y, si quieren, las cigüeñas pueden pasar también. ¡Ancha soy!

LOS TRES CABALLOS BLANCOS ¡Guillermina!

DIRECTOR No Guillermina. Yo no soy Guillermina. Yo soy la Dominga de los negritos. (*Se arranca las gasas y aparece vestido con un maillot todo lleno de pequeños cascabeles. Lo arroja detrás de la columna y desaparece seguido de los Caballos. Entonces aparece el personaje Traje de Bailarina.*)

EL TRAJE DE BAILARINA Gui-guiller-guillermi-guillermina. Na-nami-namiller-namillergui. Dejadme entrar o dejadme salir. (*Cae al suelo dormida.*)

HOMBRE 1° ¡Enrique, ten cuidado con las escaleras!

DIRECTOR (*Fuera.*) ¡Luna y raposa de los marineros borrachos!

JULIETA (*Al Caballo Negro.*) Dame la medicina para dormir.

CABALLO NEGRO Arena.

HOMBRE 1° (*Gritando.*) ¡En pez luna; sólo deseo que tú seas un pez luna! ¡Que te conviertas en un pez luna! (*Sale detrás violentamente.*)

EL TRAJE DE ARLEQUÍN Enrique. Luz eléctrica. Pan. Estaban quemando goma.

(*Aparecen por la izquierda el Hombre 3° y el Hombre 2.° El Hombre 2.° es la mujer del Pijama Negro y las amapolas del cuadro 1 E1 Hombre 3°, sin transformar.*)

HOMBRE 2° Me quiere tanto que si nos ve juntos, sería capaz de asesinarnos. Vamos. Ahora yo te serviré para siempre.

HOMBRE 3° Tu belleza era hermosa por debajo de las columnas.

JULIETA (*A la pareja.*) Vamos a cerrar la puerta.

HOMBRE 2° La puerta del teatro no se cierra nunca.

JULIETA Llueve mucho, amiga mía.

(*Empieza a llover. El Hombre 3 ° saca del bolsillo una careta de ardiente expresión y se cubre el rostro.*)

HOMBRE 3° (*Galante.*) ¿Y no pudiera quedarme a dormir en este sitio?

JULIETA ¿Para qué?

HOMBRE 3° Para gozarte. (*Habla con ella.*)

HOMBRE 2° (*Al Caballo Negro.*) ¿Vio salir a un hombre con barba negra, moreno, al que le chillaban un poco los zapatos de charol?

CABALLO NEGRO No lo vi.

HOMBRE 3° (*A Julieta.*) ¿Y quién mejor que yo para defenderte?

JULIETA ¿Y quién más digna de amor que tu amiga?

HOMBRE 3° ¿Mi amiga? (*Furioso.*) ¡Siempre por vuestra culpa pierdo! Ésta no es mi amiga. Ésta es una máscara, una escoba, un perro débil de sofá.

(*Lo desnuda violentamente, le guita el pijama, la peluca y aparece el Hombre 2.° sin barba, con el traje del primer cuadro.*)

HOMBRE 2° ¡Por caridad!

HOMBRE 3° (*A Julieta.*) Lo traía disfrazado para defenderlo de los bandidos. Bésame la mano, besa la mano de tu protector.

(*Aparece el Traje de Pijama con las amapolas. La cara de este personaje es blanca, lisa y comba como un huevo de avestruz. El Hombre 3° empuja al Hombre 2.° y lo hace desaparecer por la derecha.*)

HOMBRE 2° ¡Por caridad!

(*El Traje se sienta en las escaleras y golpea lentamente su cara lisa con las manos, hasta el final.*)

HOMBRE 3° (*Saca del bolsillo una gran capa roja que pone sobre sus hombros enlazando a Julieta.*) «Mira, amor mío..., qué envidiosas franjas de luz ribetean las rasgadas nubes allá en el Oriente...» El viento quiebra las ramas del ciprés...

JULIETA ¡No es así!

HOMBRE 3° ... Y visita en la India a todas las mujeres que tienen las manos de agua.

CABALLO NEGRO (*Agitando la rueda.*) ¡Se va a cerrar!

JULIETA ¡Llueve mucho!

HOMBRE 3° Espera, espera. Ahora canta el ruiseñor.

JULIETA (*Temblando.*) ¡El ruiseñor, Dios mío! ¡El ruiseñor...!

CABALLO NEGRO ¡Que no te sorprenda! (*La coge rápidamente y la tiende en el sepulcro.*)

JULIETA (*Durmiéndose.*) ¡El ruiseñor...!

CABALLO NEGRO (*Saliendo.*) Mañana volveré con la arena.

JULIETA Mañana.

HOMBRE 3° (*Junto al sepulcro.*) ¡Amor mío, vuelve! El viento quiebra las hojas de los arces. ¿Qué has hecho? (*La abraza.*)

VOZ FUERA ¡Enrique!

EL TRAJE DE ARLEQUÍN Enrique.

EL TRAJE DE BAILARINA Guillermina. ¡Acabar ya de una vez! (*Llora.*)

HOMBRE 3° Espera, espera. Ahora canta el ruiseñor. (*Se oye la bocina. El Hombre 3° deja la careta sobre el rostro de Julieta y cubre el cuerpo de ésta con la capa roja.*) Llueve demasiado. (*Abre un paraguas y sale en silencio sobre las puntas de los pies.*)

HOMBRE 1° (*Entrando.*) Enrique, ¿cómo has vuelto?

EL TRAJE DE ARLEQUÍN Enrique, ¿cómo has vuelto?

HOMBRE 1° ¿Por qué te burlas?

EL TRAJE DE ARLEQUÍN ¿Por qué te burlas?

HOMBRE 1° (*Abrazando al Traje.*) Tenías que volver para mí, para mi amor inagotable, después de haber vencido las hierbas y los caballos.

EL TRAJE DE ARLEQUÍN ¡Los caballos!

HOMBRE 1° ¡Dime, dime que has vuelto por mí!

EL TRAJE DE ARLEQUÍN (*Con voz débil.*) Tengo frío. Luz eléctrica. Pan. Estaban quemando goma.

HOMBRE 1° (*Abrazándolo con violencia.*) ¡Enrique!

EL TRAJE DE ARLEQUÍN (*Con voz cada vez más débil.*) Enrique.

EL TRAJE DE BAILARINA (*Con voz tenue.*) Guillermina.

HOMBRE 1° (*Arrojando el Traje al suelo y subiendo por las escaleras.*) ¡Enriqueee!

EL TRAJE DE ARLEQUÍN (*En el suelo.*) Enriqueecee.

(*La Figura con el rostro de huevo se lo golpea incesantemente con las manos. Sobre el ruido de la lluvia canta el verdadero ruiseñor.*)

(*TELÓN*)

Cuadro cuarto

En el centro de la escena, una cama de frente y perpendicular, como pintada por un primitivo, donde hay un Desnudo Rojo coronado de espinas azules. Al fondo, unos arcos y escaleras que conducen a los palcos de un gran teatro. A la derecha, la portada de una universidad. Al levantarse el telón se oye una salva de aplausos.

DESNUDO ¿Cuándo acabáis?

ENFERMERO (*Entrando rápidamente.*) Cuando cese el tumulto.

DESNUDO ¿Qué piden?

ENFERMERO Piden la muerte del Director de escena.

DESNUDO ¿Y qué dicen de mí?

ENFERMERO Nada.

DESNUDO Y de Gonzalo, ¿se sabe algo?

ENFERMERO Lo están buscando en la ruina.

DESNUDO Yo deseo morir. ¿Cuántos vasos de sangre me habéis sacado?

ENFERMERO Cincuenta. Ahora te daré la hiel, y luego, a las ocho, vendré con el bisturí para ahondarte la herida del costado.

DESNUDO Es la que tiene más vitaminas.

ENFERMERO Sí.

DESNUDO ¿Dejaron salir a la gente bajo la arena?

ENFERMERO Al contrario. Los soldados y los ingenieros están cerrando

todas las salidas.

DESNUDO ¿Cuánto falta para Jerusalén?

ENFERMERO Tres estaciones, si queda bastante carbón.

DESNUDO Padre mío, aparta de mí este cáliz de amargura.

ENFERMERO Cállate. Ya es éste el tercer termómetro que rompes.

(*Aparecen los Estudiantes. Visten mantos negros y becas rojas.*)

ESTUDIANTE 1° ¿Por qué no limamos los hierros?

ESTUDIANTE 2° La callejuela está llena de gente armada y es difícil huir por allí.

ESTUDIANTE 3° ¿Y los caballos?

ESTUDIANTE 1° Los caballos lograron escapar rompiendo el techo de la escena.

ESTUDIANTE 4° Cuando estaba encerrado en la torre los vi subir agrupados por la colina. Iban con el Director de escena.

ESTUDIANTE 1° ¿No tiene foso el teatro?

ESTUDIANTE 2° Pero hasta los fosos están abarrotados de público. Más vale quedarse. (*Se oye una salva de aplausos. El Enfermero incorpora al Desnudo y le arregla las almohadas.*)

DESNUDO Tengo sed.

ENFERMERO Ya se ha enviado al teatro por el agua.

ESTUDIANTE 4° La primera bomba de la revolución barrió la cabeza del profesor de retórica.

ESTUDIANTE 2° Con gran alegría para su mujer, que ahora trabajará tanto que tendrá que ponerse dos grifos en las tetas.

ESTUDIANTE 3° Dicen que por las noches subía un caballo con ella a la terraza.

ESTUDIANTE 1° Precisamente ella fue la que vio por una claraboya del teatro todo lo que ocurría y dio la voz de alarma.

ESTUDIANTE 4° Y aunque los poetas pusieron una escalera para asesinarla, ella siguió dando voces y acudió la multitud.

ESTUDIANTE 2° ¿Se llama?

ESTUDIANTE 3° Se llama Elena.

ESTUDIANTE 1° (*Aparte.*) Selene.

ESTUDIANTE 2° (*Al Estudiante 1°*) ¿Qué te pasa?

ESTUDIANTE 1° Tengo miedo de salir al aire.

(*Por las escaleras bajan los dos Ladrones. Varias Damas, vestidas de noche, salen precipitadamente de los palcos. Los Estudiantes discuten.*)

DAMA 1ª ¿Estarán todavía los coches a la puerta?

DAMA 2ª ¡Qué horror!

DAMA 3ª Han encontrado al Director de escena dentro del sepulcro.

DAMA 1ª ¿Y Romeo?

DAMA 4ª Lo estaban desnudando cuando salimos.

MUCHACHO 1° El público quiere que el poeta sea arrastrado por los caballos.

DAMA 1ª Pero ¿por qué? Era un drama delicioso y la revolución no time derecho a profanar las tumbas.

DAMA 2ª Las voces estaban vivas y sus apariencias también. ¿Qué necesidad teníamos de lamer los esqueletos?

MUCHACHO 1° Tiene razón. El acto del sepulcro estaba prodigiosamente desarrollado. Pero yo descubrí la mentira cuando vi los pies de Julieta. Eran pequeñísimos.

DAMA 2ª ¡Deliciosos! No querrá usted ponerles reparo.

MUCHACHO 1° Sí, pero eran demasiado pequeños para ser pies de mujer. Eran demasiado perfectos y demasiado femeninos. Eran pies de hombre, pies inventados por un hombre.

DAMA 2ª ¡Qué horror!5

(*Del teatro llegan murmullos y ruido de espadas.*)

DAMA 3ª ¿No podemos salir?

MUCHACHO 1° En este momento llega la revolución a la catedral. Vamos por la escalera. (*Salen.*)

ESTUDIANTE 4° El tumulto comenzó cuando vieron que Romeo y Julieta se amaban de verdad.

ESTUDIANTE 2° Precisamente fue por todo lo contrario. El tumulto comenzó cuando observaron que no se amaban, que no podían amarse nunca.

ESTUDIANTE 4° El público tiene sagacidad para descubrirlo todo y por eso protestó.

ESTUDIANTE 2° Precisamente por eso. Se amaban los esqueletos y estaban amarillos de llama, pero no se amaban los trajes y el público vio varias veces la cola de Julieta cubierta de pequeños sapitos de asco.

ESTUDIANTE 4° La gente se olvida de los trajes en las representaciones y la revolución estalló cuando se encontraron a la verdadera Julieta amordazada debajo de las sillas y cubierta de algodones para que no gritase.

ESTUDIANTE 1° Aquí está la gran equivocación de todos y por eso el teatro agoniza. El público no debe atravesar las sedas y los cartones que el poeta levanta en su dormitorio. Romeo puede ser un ave y Julieta puede ser una piedra. Romeo puede ser un grano de sal y Julieta puede ser un mapa. ¿Qué le importa esto al público?

ESTUDIANTE 4° Nada. Pero un ave no puede ser un gato, ni una piedra puede ser un golpe de mar.

ESTUDIANTE 2° Es cuestión de forma, de máscara. Un gato puede ser una

rana, y la luna de invierno puede ser muy bien un haz de leña cubierto de gusanos ateridos. El público se ha de dormir en la palabra y no ha de ver a través de la columna las ovejas que balan y las nubes que van por el cielo.

ESTUDIANTE 4° Por eso ha estallado la revolución. El Director de escena abrió los escotillones, y la gente pudo ver cómo el veneno de las venas falsas había causado la muerte verdadera de muchos niños. No son las formas disfrazadas las que levantan la vida, sino el cabello de barómetro que tienen detrás.

ESTUDIANTE 2° En último caso, ¿es que Romeo y Julieta tienen que ser necesariamente un hombre y una mujer para que la escena del sepulcro se produzca de manera viva y desgarradora?

ESTUDIANTE 1° No es necesario, y esto era lo que se propuso demostrar con genio el Director de escena.

ESTUDIANTE 4° (*Irritado.*) ¿Que no es necesario? Entonces que se paren las máquinas y arrojad los granos de trigo sobre un campo de acero.

ESTUDIANTE 2° ¿Y qué pasaría? Pasaría que vendrían los hongos y los latidos se harían quizá más intensos y apasionantes. Lo que pasa es que se sabe lo que alimenta un grano de trigo y se ignora lo que alimenta un hongo.

ESTUDIANTE 5° (*Saliendo de los palcos.*) Ha llegado el juez, y antes de asesinarlos, les van a hacer repetir la escena del sepulcro.

ESTUDIANTE 4° Vamos. Veréis cómo tengo razón.

ESTUDIANTE 2° Sí. Vamos a ver la última Julieta verdaderamente femenina que se verá en el teatro. (*Salen rápidamente.*)

DESNUDO Padre mío, perdónalos, que no saben lo que se hacen.

ENFERMERO (*A los Ladrones.*) ¿Por qué llegáis a esta hora?

LOS LADRONES Se ha equivocado el traspunte.

ENFERMERO ¿Os han puesto las inyecciones?

LOS LADRONES Sí.

(*Se sientan a los pies de la cama con unos cirios encendidos. La escena queda en penumbra. Aparece el Traspunte.*)

ENFERMERO ¿Son éstas horas de avisar?

TRASPUNTE Le ruego me perdone. Pero se había perdido la barba de José de Arimatea.

ENFERMERO ¿Está preparado el quirófano?

TRASPUNTE Sólo faltan los candeleros, el cáliz y las ampollas de aceite alcanforado.

ENFERMERO Date prisa. (*Se va el Traspunte.*)

DESNUDO ¿Falta mucho?

ENFERMERO Poco. Ya han dado la tercera campanada. Cuando el Emperador se disfrace de Poncio Pilato.

MUCHACHO 1° (*Aparece con las Damas.*) ¡Por favor! No se dejen ustedes

dominar por el pánico.

DAMA 1ª Es horrible perderse en un teatro y no encontrar la salida.

DAMA 2ª Lo que más miedo me ha dado ha sido el lobo de cartón y las cuatro serpientes en el estanque de hojalata.

DAMA 3ª Cuando subíamos por el monte de la ruina creímos ver la luz de la aurora, pero tropezamos con los telones y traigo mis zapatos de tisú manchados de petróleo.

DAMA 4ª (*Asomándose a los arcos.*) Están representando otra vez la escena del sepulcro. Ahora es seguro que el fuego romperá las puertas, porque cuando yo lo vi, hace un momento, ya los guardianes tenían las manos achicharradas y no lo podían contener.

MUCHACHO 1° Por las ramas de aquel árbol podemos alcanzar uno de los balcones y desde allí pediremos auxilio.

ENFERMERO (*En alta voz.*) ¿Cuándo va a comenzar el toque de agonía?

(*Se oye una campana.*) ,

LOS LADRONES (*Levantando los cirios.*) Santo. Santo. Santo.

DESNUDO Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

ENFERMERO Te has adelantado dos minutos.

DESNUDO Es que el ruiseñor ha cantado ya.

ENFERMERO Es cierto. Y las farmacias están abiertas para la agonía.

DESNUDO Para la agonía del hombre solo, en las plataformas y en los trenes.

ENFERMERO (*Mirando el reloj y en voz alta.*) Traed la sábana. Mucho cuidado con que el aire que ha de soplar no se lleve vuestras pelucas. Deprisa.

LOS LADRONES Santo. Santo. Santo.

DESNUDO Todo se ha consumado.

(*La coma gira sobre un eje y el Desnudo desaparece. Sobre el reverso del lecho aparece tendido el Hombre 1°, siempre con frac y barba negra.*)

HOMBRE 1° (*Cerrando los ojos.*) ¡Agonía!

(*La luz toma un fuerte tinte plateado de pantalla cinematográfica. Los arcos y escaleras del fondo aparecen teñidos de una granulada luz azul. El Enfermero y los Ladrones desaparecen con Paso de baile sin dar la espalda. Los Estudiantes salen por debajo de uno de los arcos. Llevan pequeñas linternas eléctricas.*)

ESTUDIANTE 4° La actitud del público ha sido detestable.

ESTUDIANTE 1° Detestable. Un espectador no debe formar nunca parte del drama. Cuando la gente va al aquárium no asesina a las serpientes de mar ni a las ratas de agua, ni a los peces cubiertos de lepra, sino que resbala sobre los cristales sus ojos y aprende.

ESTUDIANTE 4° Romeo era un hombre de treinta años y Julieta un muchacho de quince. La denuncia del público fue eficaz.

ESTUDIANTE 2° El Director de escena evitó de manera genial que la masa de espectadores se enterase de esto, pero los caballos y la revolución han destruido sus planes.

ESTUDIANTE 4° Lo que es inadmisible es que los hayan asesinado.

ESTUDIANTE 1° Y que hayan asesinado también a la verdadera Julieta que gemía debajo de las butacas.

ESTUDIANTE 4° Por pura curiosidad, para ver lo que tenían dentro.

ESTUDIANTE 3° ¿Y qué han sacado en claro? Un racimo de heridas y una desorientación absoluta.

ESTUDIANTE 4° La repetición del acto ha sido maravillosa porque indudablemente se amaban con un amor incalculable, aunque yo no lo justifique. Cuando cantó el ruiseñor yo no pude contener mis lágrimas.

ESTUDIANTE 3° Y toda la gente; pero después enarbolaron los cuchillos y los bastones porque la letra era más fuerte que ellos y la doctrina, cuando desata su cabellera, puede atropellar sin miedo las verdades más inocentes.

ESTUDIANTE 5° (*Alegrísimo.*) Mirad, he conseguido un zapato de Julieta. La estaban amortajando las monjas y lo he robado.

ESTUDIANTE 4° (*Serio.*) ¿Qué Julieta?

ESTUDIANTE 5° ¿Qué Julieta iba a ser? La que estaba en el escenario, la que tenía los pies más bellos del mundo.

ESTUDIANTE 4° (*Con asombro.*) ¿Pero no te has dado cuenta de que la Julieta que estaba en el sepulcro era un joven disfrazado, un truco del Director de escena, y que la verdadera Julieta estaba amordazada debajo de los asientos?

ESTUDIANTE 5° (*Rompiendo a reír.*) ¡Pues me gusta! Parecía muy hermosa, y si era un joven disfrazado no me importa nada; en cambio, no hubiese recogido el zapato de aquella muchacha llena de polvo que gemía como una gata debajo de las sillas.

ESTUDIANTE 3° Y, sin embargo, por eso la han asesinado.

ESTUDIANTE 5° Porque están locos. Pero yo que subo dos veces, todos los días, la montaña y guardo, cuando terminan mis estudios, un enorme rebaño de toros con los que tengo que luchar y vencer cada instante, no me queda tiempo para pensar si es hombre o mujer o niño, sino para ver que me gusta con un alegrísimo deseo.

ESTUDIANTE 1° ¡Magnífico! ¿Y si yo quiero enamorarme de un cocodrilo?

ESTUDIANTE 5° Te enamoras.

ESTUDIANTE 1° ¿Y si quiero enamorarme de ti?

ESTUDIANTE 5° (*Arrojándole el zapato.*) Te enamoras también, yo te dejo, y te subo en hombros por los riscos.

ESTUDIANTE 1° Y lo destruimos todo.

ESTUDIANTE 5° Los tejados y las familias.

ESTUDIANTE 1° Y donde se hable de amor entraremos con botas de foot-ball echando fango por los espejos.

ESTUDIANTE 5° Y quemaremos el libro donde los sacerdotes leen la misa.

ESTUDIANTE 1° Vamos. ¡Vamos pronto!

ESTUDIANTE 5° Yo tengo cuatrocientos toros. Con las maromas que torció mi padre los engancharemos a las rocas para partirlas y que salga un volcán.

ESTUDIANTE 1° ¡Alegría! Alegría de los muchachos, y de las muchachas, y de las ranas, y de los pequeños taruguitos de madera.

TRASPUNTE (*Apareciendo.*) ¡Señores!, clase de geometría descriptiva.

HOMBRE 1° Agonía.

(La escena va quedando en penumbra. Los Estudiantes encienden sus linternas y entran en la universidad.)

TRASPUNTE (*Displicente.*) ¡No hagan sufrir a los cristales!

ESTUDIANTE 5° (*Huyendo por los arcos con el Estudiante 1°*) ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

HOMBRE 1° Agonía. Soledad del hombre en el sueño lleno de ascensores y trenes donde tú vas a velocidades inasibles. Soledad de los edificios, de las esquinas, de las playas, donde tú no aparecerás ya nunca.

DAMA 1.a (*Por las escaleras.*) ¿Otra vez la misma decoración? ¡Es horrible!

MUCHACHO 1° ¡Alguna puerta será la verdadera!

DAMA 2ª ¡Por favor! ¡No me suelte usted de la mano!

MUCHACHO 1° Cuando amanezca nos guiaremos por las claraboyas.

DAMA 3ª Empiezo a tener frío con este traje.

HOMBRE 1° (*Con voz débil.*) ¡Enrique! ¡Enrique!

DAMA 1ª ¿Qué ha sido eso?

MUCHACHO 1° Calma.

(*La escena está a oscuras. La linterna del Muchacho 1° ilumina la cara muerta del Hombre 1°*)

(*TELÓN*)

[Solo del pastor bobo]

Cortina azul.

En el centro, un gran armario lleno de Caretas blancas de diversas expresiones. Cada Careta tiene su lucecita delante. El Pastor Bobo viene por la derecha. Viste de pieles bárbaras y lleva en la cabeza un embudo lleno de plumas y ruedecillas. Toca un aristón y danza con ritmo lento.

EL PASTOR

El pastor bobo guarda las caretas.
Las caretas
de los pordioseros y de los poetas
que matan a las gipaetas

cuando vuelan por las aguas quietas.
Careta
de los niños que usan la puñeta
y se pudren debajo de una seta.
Caretas
de las águilas con muletas.
Careta de la careta
que era de yeso de Creta
y se puso de harinita color violeta
en el asesinato de Julieta.
Adivina. Adivinilla. Adivineta
de un teatro sin lunetas
y un cielo lleno de sillas
con el hueco de una careta.
Balad, balad, balad, caretas.
(*Las Caretas balan imitando las ovejas y alguna tose.*)
Los caballos se comen la seta
y se pudren bajo la veleta.
Las águilas usan la puñeta
y se llenan de fango bajo el cometa,
y el cometa devora la gipaeta
que rayaba el pecho del poeta.
¡Balad, balad, balad, caretas!
Europa se arranca las tetas,
Asia se queda sin lunetas
y América es un cocodrilo
que no necesita careta.
La musiquilla, la musiqueta
de las púas heridas y la limeta.
(*Empuja el armario, que va montado sobre ruedas, y desaparece. Las Caretas balan.*)

Cuadro quinto

La misma decoración que en el primer cuadro. A la izquierda, una gran cabeza de caballo colocada en el suelo. A la derecha, un ojo enorme y un grupo de árboles con nubes, apoyados en la pared. Entra el Director de escena con el Prestidigitador. El Prestidigitador viste de frac, capa blanca de raso que le llega a los pies y lleva sombrero de copa. El Director de escena tiene el traje del primer cuadro.

DIRECTOR Un prestidigitador no puede resolver este asunto, ni un médico, ni un astrónomo, ni nadie. Es muy sencillo soltar a los leones y luego

llover azufre sobre ellos. No siga usted hablando.

PRESTIDIGITADOR Me parece que usted, hombre de máscara, no recuerda que nosotros usamos la cortina oscura.

DIRECTOR Cuando las gentes están en el cielo; pero dígame, ¿qué cortina se puede usar en un sitio donde el aire es tan violento que desnuda a la gente y hasta los niños llevan navajitas para rasgar los telones?

PRESTIDIGITADOR Naturalmente, la cortina del prestidigitador presupone un orden en la oscuridad del truco; por eso, ¿por qué eligieron ustedes una tragedia manida y no hicieron un drama original?

DIRECTOR Para expresar lo que pasa todos los días en todas las grandes ciudades y en los campos por medio de un ejemplo que, admitido por todos a pesar de su originalidad, ocurrió sólo una vez. Pude haber elegido el Edipo o el Otelo. En cambio, si hubiera levantado el telón con la verdad original, se hubieran manchado de sangre las butacas desde las primeras escenas.

PRESTIDIGITADOR Si hubieran empleado «la flor de Diana» que la angustia de Shakespeare utilizó de manera irónica en el Sueño de una noche de verano, es probable que la representación habría terminado con éxito. Si el amor es pura casualidad y Titania, reina de los silfos, se enamora de un asno, nada de particular tendría que, por el mismo procedimiento, Gonzalo bebiera en el music-ball con un muchacho [vestido de] blanco sentado en las rodillas.

DIRECTOR Le suplico no siga hablando.

PRESTIDIGITADOR Construyan ustedes un arco de alambre, una cortina y un árbol de frescas hojas, corran y descorran la cortina a tiempo y nadie se extrañará de que el árbol se convierta en un huevo de serpiente. Pero ustédes lo que querían era asesinar a la paloma y dejar en lugar suyo un pedazo de mármol lleno de pequeñas salivas habladoras.

DIRECTOR Era imposible hacer otra cosa; mis amigos y yo abrimos el túnel bajo la arena sin que lo notara la gente de la ciudad. Nos ayudaron muchos obreros y estudiantes que ahora niegan haber trabajado a pesar de tener las manos llenas de heridas. Cuando llegamos al sepulcro levantamos el telón.

PRESTIDIGITADOR ¿Y qué teatro puede salir de un sepulcro?

DIRECTOR Todo el teatro sale de las humedades confinadas. Todo el teatro verdadero tiene un profundo hedor de luna pasada. Cuando los trajes hablan, las personas vivas son ya botones de hueso en las paredes del calvario. Yo hice el túnel para apoderarme de los trajes y, a través de ellos, haber enseñado el perfil de una fuerza oculta cuando ya el público no tuviera más remedio que atender, lleno de espíritu y subyugado por la acción.

PRESTIDIGITADOR Yo convierto sin ningún esfuerzo un frasco de tinta en una mano cortada llena de anillos antiguos.

DIRECTOR (*Irritado.*) Pero eso es mentira, ¡eso es teatro! Si yo pasé tres días

luchando con las raíces y los golpes de agua fue para destruir el teatro.

PRESTIDIGITADOR Lo Sabía.

DIRECTOR Y demostrar que si Romeo y Julieta agonizan y mueren para despertar sonriendo cuando cae el telón, mis personajes, en cambio, queman la corona y mueren de verdad en presencia de los espectadores. Los caballos, el mar; el ejército de las hierbas lo han impedido. Pero algún día, cuando se quemen todos los teatros, se encontrará en los sofás, detrás de los espejos y dentro de las copas de cartón dorado, la reunión de nuestros muertos encerrados allí por el público. ¡Hay que destruir el teatro o vivir en el teatro! No vale silbar desde las ventanas. Y si los perros gimen de modo tierno hay que levantar la cortina sin prevenciones. Yo conocí a un hombre que barría su tejado y limpiaba claraboyas y barandas solamente por galantería con el cielo.

PRESTIDIGITADOR Si avanzas un escalón más, el hombre te parecerá una brizna de hierba.

DIRECTOR No una brizna de hierba, pero sí un navegante.

PRESTIDIGITADOR Yo puedo convertir un navegante en una aguja de coser.

DIRECTOR Eso es precisamente lo que se hace en el teatro. Por eso yo me atreví a realizar un dificilísimo juego poético en espera de que el amor rompiera con ímpetu y diera nueva forma a los trajes.

PRESTIDIGITADOR Cuando dice usted amor yo me asombro.

DIRECTOR Sea sombra, ¿de qué?

PRESTIDIGITADOR Veo un paisaje de arena reflejado en un espejo turbio.

DIRECTOR ¿Y qué más?

PRESTIDIGITADOR Que no acaba nunca de amanecer.

DIRECTOR Es posible.

PRESTIDIGITADOR (*Displicente y golpeando la cabeza de caballo con las yemas de los dedos.*) Amor.

DIRECTOR (*Sentándose en la mesa.*) Cuando dice usted amor yo me asombro.

PRESTIDIGITADOR Se asombra, ¿de qué?

DIRECTOR Veo que cada grano de arena se convierte en una hormiga vivísima.

PRESTIDIGITADOR ¿Y qué más?

DIRECTOR Que anochece cada cinco minutos.

PRESTIDIGITADOR (*Mirándolo fijamente.*) Es posible. (*Pausa.*) Pero, ¿qué se puede esperar de una gente que inaugura el teatro bajo la arena? Si abriera usted esa puerta se llenaría esto de mastines, de locos, de lluvias, de hojas monstruosas, de ratas de alcantarilla. ¿Quién pensó nunca que se pueden romper todas las puertas de un drama?

DIRECTOR Es rompiendo todas las puertas el único modo que tiene el drama de justificarse, viendo por sus propios ojos que la ley es un muro que se disuelve en la más pequeña gota de sangre. Me repugna el moribundo que dibuja con el dedo una puerta sobre la pared y se duerme tranquilo. El verdadero drama es un circo de arcos donde el aire y la luna y las criaturas entran y salen sin tener un sitio donde descansar. Aquí está usted pisando un teatro donde se han dado dramas auténticos y donde se ha sostenido un verdadero combate que ha costado la vida a todos los intérpretes. (*Llora.*)

CRIADO (*Entrando precipitadamente.*) Señor.

DIRECTOR ¿Qué ocurre? (*Entra el Traje Blanco de Arlequín y una Señora vestida de negro con la cara cubierta por un espeso tul que impide ver su rostro.*)

SEÑORA ¿Dónde está mi hijo?

DIRECTOR ¿Qué hijo?

SEÑORA Mi hijo Gonzalo.

DIRECTOR (*Irritado.*) Cuando terminó la representación bajó precipitadamente al foso del teatro con ese muchacho que viene con usted. Más tarde el traspunte lo vio tendido en la cama imperial de la guardarropía. A mí no me debe preguntar nada. Hoy todo aquello está bajo la tierra.

EL TRAJE DE ARLEQUÍN (*Llorando.*) Enrique.

SEÑORA ¿Dónde está mi hijo? Los pescadores me llevaron esta mañana un enorme pez luna, pálido, descompuesto, y me gritaron: ¡Aquí tienes a tu hijo! Como el pez manaba sin cesar un hilito de sangre por la boca, los niños reían y pintaban de rojo las suelas de sus botas. Cuando yo cerré mi puerta sentí como la gente de los mercados lo arrastraban hacia el mar.

EL TRAJE DE ARLEQUÍN Hacia el mar.

DIRECTOR La representación ha terminado hace horas y yo no tengo responsabilidad de lo que ha ocurrido.

SEÑORA Yo presentaré mi denuncia y pediré justicia delante de todos. (*Inicia el mutis.*)

PRESTIDIGITADOR Señora, por ahí no puede salir.

SEÑORA Tiene razón. El vestíbulo está completamente a oscuras. (*Va a salir por la puerta de la derecha.*)

DIRECTOR Por ahí tampoco. Se caería por las claraboyas.

PRESTIDIGITADOR Señora, tenga la bondad. Yo la conduciré. (*Se quita la capa y cubre con ella a la Señora. Da dos o tres pases con las manos, tira de la capa y la Señora desaparece. El Criado empuja al Traje de Arlequín y lo hace desaparecer por la izquierda. El Prestidigitador saca un gran abanico blanco y empieza a abanicarse mientras canta suavemente.*)

DIRECTOR Tengo frío.

PRESTIDIGITADOR ¿Cómo?

DIRECTOR Le digo que tengo frío.

PRESTIDIGITADOR (*Abanicándose.*) Es una bonita palabra, frío.

DIRECTOR Muchas gracias por todo.

PRESTIDIGITADOR De nada. Quitar es muy fácil. Lo difícil es poner.

DIRECTOR Es mucho más difícil sustituir.

CRIADO (*Entrando de haberse llevado el Arlequín.*) Hace un poco de frío. ¿Quiere que encienda la calefacción?

DIRECTOR No. Hay que resistirlo todo porque hemos roto las puertas, hemos levantado el techo y nos hemos quedado con las cuatro paredes del drama. (*Sale el Criado por la puerto central.*) Pero no importa. Todavía queda hierba suave para dormir.

PRESTIDIGITADOR ¡Para dormir!

DIRECTOR Que en último caso dormir es sembrar.

CRIADO ¡Señor! Yo no puedo resistir el frío.

DIRECTOR Te he dicho que hemos de resistir, que no nos ha de vencer un truco cualquiera. Cumple tu obligación. (*El Director se pone unos guantes y se sube el cuello del frac lleno de temblor. El Criado desaparece.*)

PRESTIDIGITADOR (*Abanicándose.*) ¿Pero es que el frío es una cosa mala?

DIRECTOR (*Con voz débil.*) El frío es un elemento dramático como otro cualquiera.

CRIADO (*Asoma a la puerta temblando, con las manos sobre el pecho.*) ¡Señor!

DIRECTOR ¿Qué?

CRIADO (*Cayendo de rodillas.*) Ahí está el público.

DIRECTOR (*Cayendo de bruces sobre la mesa.*) ¡Que pase!

(*El Prestidigitador, sentado cerca de la cabeza de caballo, silba y se abanica con gran alegría. Todo el ángulo izquierdo de la decoración se parte y aparece un cielo de nubes largas, vivamente iluminado, y una lluvia lenta de guantes blancos, rígidos y espaciados.*)

VOZ (*Fuera.*) Señor.

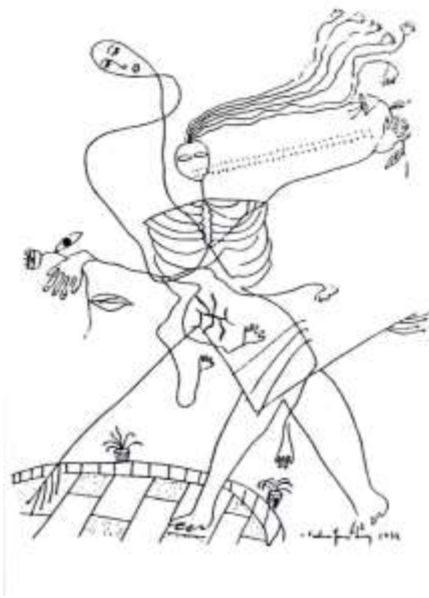
VOZ (*Fuera.*) Qué.

VOZ (*Fuera.*) El público.

VOZ (*Fuera.*) Que pase.

(*El Prestidigitador agita con viveza el abanico por el aire. En la escena empiezan a caer copos de nieve.*)

(*TELÓN LENTO*)



Solo la muerte

BODAS DE SANGRE

Poema trágico en tres actos y siete cuadros

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Personajes

MADRE
NOVIA
SUEGRA
MUJER DE LEONARDO
CRIADA
VECINA
MUCHACHAS
LUNA
LEONARDO
NOVIO
PADRE DE LA NOVIA
MUERTE
MOZOS
LEÑADORES

Acto primero

CUADRO PRIMERO

Habitación pintada de amarillo.

NOVIO (*Entrando*) Madre.

MADRE ¿Que?

NOVIO Me voy.

MADRE ¿Adónde?

NOVIO A la viña. (*Va a salir*)

MADRE Espera.

NOVIO ¿Quieres algo?

MADRE Hijo, el almuerzo.

NOVIO Déjelo. Comeré uvas. Dame la navaja.

MADRE ¿Para qué?

NOVIO (*Riendo*)Para cortarlas.

MADRE (*Entre dientes y buscándola*)La navaja, la navaja... Malditas sean todas y el bribón que las inventó.

NOVIO Vamos a otro asunto.

MADRE Y las escopetas, y las pistolas, y el cuchillo más pequeño, y hasta las azadas y los bieldos de la era.

NOVIO Bueno.

MADRE Todo lo que puede cortar el cuerpo de un hombre. Un hombre hermoso, con su flor en la boca, que sale a las viñas o va a sus olivos propios, porque son de él, heredados...

NOVIO (*Bajando la cabeza*) Calle usted.

MADRE ... y ese hombre no vuelve. O si vuelve es para ponerle una palma encima o un plato de sal gorda para que no se hinche. No sé cómo te atreves a llevar una navaja en tu cuerpo, ni cómo yo dejo a la serpiente dentro del arcón.

NOVIO ¿Está bueno ya?

MADRE Cien años que yo viviera no hablaría de otra cosa. Primero, tu padre, que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego, tu hermano. ¿Y es justo y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un toro? No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo.

NOVIO (*Fuerte*)¿Vamos a acabar?

MADRE No. No vamos a acabar. ¿Me puede alguien traer a tu padre y a tu hermano? Y luego, el presidio. ¿Qué es el presidio? ¡Allí comen, allí fuman, allí tocan los instrumentos! Mis muertos llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los

montes...

NOVIO ¿Es que quiere usted que los mate?

MADRE No... Si hablo, es porque... ¿Cómo no voy a hablar viéndote salir por esa puerta? Es que no me gusta que lleves navaja. Es que..., que no quisiera que salieras al campo.

NOVIO (*Riendo*)¡Vamos!

MADRE Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

NOVIO (*Coge de un brazo a la madre y ríe*) Madre, ¿y si yo la llevara conmigo a las viñas?

MADRE ¿Qué hace en las viñas una vieja? ¿Me ibas a meter debajo de los pámpanos?

NOVIO (*Levantándola en sus brazos*)Vieja, revieja, requetevieja.

MADRE Tu padre sí que me llevaba. Eso es buena casta. Sangre. Tu abuelo dejó a un hijo en cada esquina. Eso me gusta. Los hombres, hombres, el trigo, trigo.

NOVIO ¿Y yo, madre?

MADRE ¿Tú, qué?

NOVIO ¿Necesito decírselo otra vez?

MADRE (*Seria*)¡Ah!

NOVIO ¿Es que le parece mal?

MADRE No

NOVIO ¿Entonces...?

MADRE No lo sé yo misma. Así, de pronto, siempre me sorprende. Yo sé que la muchacha es buena. ¿Verdad que sí? Modosa. Trabajadora. Amasa su pan y cose sus faldas, y siento, sin embargo, cuando la nombro, como si me dieran una pedrada en la frente.

NOVIO Tonterías.

MADRE Más que tonterías. Es que me quedo sola. Ya no me queda más que tú, y siento que te vayas.

NOVIO Pero usted vendrá con nosotros.

MADRE No. Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu hermano. Tengo que ir todas las mañanas, y si me voy es fácil que muera uno de los Felix, uno de la familia de los matadores, y lo entierren al lado. ¡Y eso sí que no! ¡Ca! ¡Eso sí que no! Porque con las uñas los desentierro y yo sola los machaco contra la tapia.

NOVIO (*Fuerte*) Vuelta otra vez.

MADRE Perdóname.(*Pausa*) ¿Cuánto tiempo llevas en relaciones?

NOVIO Tres años. Ya pude comprar la viña.

MADRE Tres años. Ella tuvo un novio, ¿no?

NOVIO No sé. Creo que no. Las muchachas tienen que mirar con quien se casan.

MADRE Sí. Yo no miré a nadie. Miré a tu padre, y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente. Una mujer con un hombre, y ya está.

NOVIO Usted sabe que mi novia es buena.

MADRE No lo dudo. De todos modos, siento no saber cómo fue su madre.

NOVIO ¿Qué más da?

MADRE (*Mirándolo*)Hijo.

NOVIO ¿Qué quiere usted?

MADRE ¡Que es verdad! ¡Que tienes razón! ¿Cuándo quieres que la pida?

NOVIO (*Alegre*)¿Le parece bien el domingo?

MADRE (*Seria*)Le llevaré los pendientes de azófar, que son antiguos, y tú le compras...

NOVIO Usted entiende más...

MADRE Le compras unas medias caladas, y para ti dos trajes... ¡Tres! ¡No te tengo más que a tí!

NOVIO Me voy. Mañana iré a verla.

MADRE Sí, sí; y a ver si me alegras con seis nietos, o lo que te dé la gana, ya que tu padre no tuvo lugar de hacérmelos a mí.

NOVIO El primero para usted.

MADRE Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila.

NOVIO Estoy seguro que usted querrá a mi novia.

MADRE La querré. (*Se dirige a besarlo y reacciona*)Anda, ya estás muy grande para besos. Se los das a tu mujer.(*Pausa. Aparte*)Cuando lo sea.

NOVIO Me voy.

MADRE Que caves bien la parte del molinillo, que la tienes descuidada.

NOVIO ¡Lo dicho!

MADRE Anda con Dios. (*Vase el novio. La madre queda sentada de espaldas a la puerta. Aparece en la puerta una vecina vestida de color oscuro, con pañuelo a la cabeza.*)

MADRE Pasa.

VECINA ¿Cómo estás?

MADRE Ya ves.

VECINA Yo bajé a la tienda y vine a verte. ¡Vivimos tan lejos...!

MADRE Hace veinte años que no he subido a lo alto de la calle.

VECINA Tú estas bien.

MADRE ¿Lo crees?

VECINA Las cosas pasan. Hace dos días trajeron al hijo de mi vecina con los dos brazos cortados por la máquina.(*Se sienta.*)

MADRE ¿A Rafael?

VECINA Sí. Y allí lo tienes. Muchas veces pienso que tu hijo y el mío están mejor donde están, dormidos, descansando, que no expuestos a quedarse inútiles.

MADRE Calla. Todo eso son invenciones, pero no consuelos.

VECINA ¡Ay!

MADRE ¡Ay! *Pausa*)

VECINA (*Triste*) ¿Y tu hijo?

MADRE Salió.

VECINA ¡Al fin compró la viña!

MADRE Tuvo suerte.

VECINA Ahora se casará.

MADRE (*Como despertando y acercando su silla a la silla de la vecina.*) Oye.

VECINA (*En plan confidencial*) Dime.

MADRE ¿Tú conoces a la novia de mi hijo?

VECINA ¡Buena muchacha!

MADRE Sí, pero...

VECINA Pero quien la conozca a fondo no hay nadie. Vive sola con su padre allí, tan lejos, a diez leguas de la casa más cerca. Pero es buena. Acostumbrada a la soledad.

MADRE ¿Y su madre?

VECINA A su madre la conocí. Hermosa. Le relucía la cara como un santo; pero a mí no me gustó nunca. No quería a su marido.

MADRE (*Fuerte*)Pero ¡cuántas cosas sabéis las gentes!

VECINA Perdona. No quisiera ofender; pero es verdad. Ahora, si fue decente o no, nadie lo dijo. De esto no se ha hablado. Ella era orgullosa.

MADRE ¡Siempre igual!

VECINA Tú me preguntaste.

MADRE Es que quisiera que ni a la viva ni a la muerte las conociera nadie. Que fueran como dos cardos, que ninguna persona los nombra y pinchan si llega el momento.

VECINA Tienes razón. Tu hijo vale mucho.

MADRE Vale. Por eso lo cuido. A mí me habían dicho que la muchacha tuvo novio hace tiempo.

VECINA Tendría ella quince años. Él se casó ya hace dos años con una prima de ella, por cierto. Nadie se acuerda del noviazgo.

MADRE ¿Cómo te acuerdas tú?

VECINA ¡Me haces unas preguntas...!

MADRE A cada uno le gusta enterarse de lo que le duele. ¿Quién fue el novio?

VECINA Leonardo.

MADRE ¿Qué Leonardo?

VECINA Leonardo, el de los Félix.

MADRE (*Levantándose*) ¡De los Félix!

VECINA Mujer, ¿qué culpa tiene Leonardo de nada? Él tenía ocho años cuando las cuestiones.

MADRE Es verdad... Pero oigo eso de Félix y es lo mismo (*Entre dientes*) Félix que llenárseme de cieno la boca (*Escupe*), y tengo que escupir, tengo que escupir por no matar.

VECINA Repórtate. ¿Qué sacas con eso?

MADRE Nada. Pero tú lo comprendes.

VECINA No te opongas a la felicidad de tu hijo. No le digas nada. Tú estás vieja. Yo, también. A ti y a mí nos toca callar.

MADRE No le diré nada.

VECINA (*Besándola*)Nada.

MADRE (*Serena*)¡Las cosas...!

VECINA Me voy, que pronto llegará mi gente del campo.

MADRE ¿Has visto qué día de calor?

VECINA Iban negros los chiquillos que llevan el agua a los segadores. Adiós, mujer.

MADRE Adiós.(*Se dirige a la puerta de la izquierda. En medio del camino se detiene y lentamente se santigua.*)

(*TELÓN*)

CUADRO SEGUNDO

(*Habitación pintada de rosa con cobres y ramos de flores populares. En el centro, una mesa con mantel. Es la mañana. Suegra de Leonardo con un niño en brazos. Lo mece. La mujer, en la otra esquina, hace punto de media.*)

SUEGRA

Nana, niño, nana
del caballo grande
que no quiso el agua.
El agua era negra
dentro de las ramas.
Cuando llega al puente
se detiene y canta.
¿Quién dirá, mi niño,
lo que tiene el agua
con su larga cola
por su verde sala?

MUJER (*Bajo*)

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

SUEGRA

Duérmete, rosal,

que el caballo se pone a llorar.
Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.
MUJER
Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.
SUEGRA
Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.
MUJER
No quiso tocar
la orilla mojada,
su belfo caliente
con moscas de plata.
A los montes duros
solo relinchaba
con el río muerto
sobre la garganta.
¡Ay caballo grande
que no quiso el agua!
¡Ay dolor de nieve,
caballo del alba!
SUEGRA
¡No vengas! Detente,
cierra la ventana
con rama de sueños
y sueño de ramas.
MUJER
Mi niño se duerme.
SUEGRA
Mi niño se calla.
MUJER
Caballo, mi niño
tiene una almohada.

SUEGRA
Su cuna de acero.
MUJER
Su colcha de Holanda.
SUEGRA
Nana, niño, nana.
MUJER
¡Ay caballo grande
que no quiso el agua!
SUEGRA
¡No vengas, no entres!
Vete a la montaña.
Por los valles grises
donde está la jaca.
MUJER (*Mirando*)
Mi niño se duerme.
SUEGRA
Mi niño descansa.
MUJER (*Bajito*)
Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.
SUEGRA (*Levantándose, y muy bajito*)
Duérmete, rosal.
que el caballo se pone a llorar.
(*Entran al niño. Entra Leonardo*)

LEONARDO ¿Y el niño?

MUJER Se durmió.

LEONARDO Ayer no estuvo bien. Lloró por la noche.

MUJER (*Alegre*)Hoy está como una dalia. ¿Y tú? ¿Fuiste a casa del herrador?

LEONARDO De allí vengo. ¿Querrás creer? Llevo más de dos meses poniendo herraduras nuevas al caballo y siempre se le caen. Por lo visto se las arranca con las piedras.

MUJER ¿Y no será que lo usas mucho?

LEONARDO No. Casi no lo utilizo.

MUJER Ayer me dijeron las vecinas que te habían visto al límite de los llanos.

LEONARDO ¿Quién lo dijo?

MUJER Las mujeres que cogen las alcaparras. Por cierto que me sorprendió. ¿Eras tú?

LEONARDO No. ¿Qué iba a hacer yo allí en aquel secano?

MUJER Eso dije. Pero el caballo estaba reventando de sudor.

LEONARDO ¿Lo viste tú?

MUJER No. Mi madre.

LEONARDO ¿Está con el niño?

MUJER Sí. ¿Quieres un refresco de limón?

LEONARDO Con el agua bien fría.

MUJER ¡Cómo no viniste a comer!...

LEONARDO Estuve con los medidores del trigo. Siempre entretienen.

MUJER (*Haciendo el refresco y muy tierna*) ¿Y lo pagan a buen precio?

LEONARDO El justo.

MUJER Me hace falta un vestido y al niño una gorra con lazos.

LEONARDO (*Levantándose*)Voy a verlo.

MUJER Ten cuidado, que está dormido.

SUEGRA (*Saliendo*)Pero ¿quién da esas carreras al caballo? Está abajo, tendido, con los ojos desorbitados, como si llegara del fin del mundo.

LEONARDO (*Agrio*) Yo.

SUEGRA Perdona; tuyo es.

MUJER (*Tímida*) Estuvo con los medidores del trigo.

SUEGRA Por mí, que reviente.(*Se sienta.) (Pausa)*

MUJER El refresco. ¿Está frío?

LEONARDO Sí.

MUJER ¿Sabes que piden a mi prima?

LEONARDO ¿Cuándo?

MUJER Mañana. La boda será dentro de un mes. Espero que vendrán a invitarnos.

LEONARDO (*Serio*)No sé.

SUEGRA La madre de él creo que no estaba muy satisfecha con el casamiento.

LEONARDO Y quizá tenga razón. Ella es de cuidado.

MUJER No me gusta que penséis mal de una buena muchacha.

SUEGRA Pero cuando dice eso es porque la conoce. ¿No ves que fue tres años novia suya?(*Con intención.*)

LEONARDO Pero la dejé. (*A su mujer.*) ¿Vas a llorar ahora? ¡Quita! (*La aparta bruscamente las manos de la cara.*) Vamos a ver al niño. (*Entran abrazados.*) (*Aparece la muchacha, alegre. Entra corriendo*)

MUCHACHA Señora.

SUEGRA ¿Qué pasa?

MUCHACHA Llegó el novio a la tienda y ha comprado todo lo mejor que había.

SUEGRA ¿Vino solo?

MUCHACHA No, con su madre. Seria, alta. (*La imita*) Pero ¡qué lujo!

SUEGRA Ellos tienen dinero.

MUCHACHA ¡Y compraron unas medias caladas!... ¡Ay, qué medias! ¡El sueño de las mujeres en medias! Mire usted: una golondrina aquí (*Señala el tobillo.*), un barco aquí (*Señala la pantorrilla.*) y aquí una rosa. (*Señala el muslo.*)

SUEGRA ¡Niña!

MUCHACHA ¡Una rosa con las semillas y el tallo! ¡Ay! ¡Todo en seda!

SUEGRA Se van a juntar dos buenos capitales. (*Aparecen Leonardo y su mujer*)

MUCHACHA Vengo a deciros lo que están comprando.

LEONARDO (*Fuerte*)No nos importa.

MUJER Déjala.

SUEGRA Leonardo, no es para tanto.

MUCHACHA Usted dispense. (*Se va llorando.*)

SUEGRA ¿Qué necesidad tienes de ponerte a mal con las gentes?

LEONARDO No le he preguntado su opinión. (*Se sienta*)

SUEGRA Está bien.(*Pausa*)

MUJER (*A Leonardo*)¿Qué te pasa? ¿Qué idea te bulle por dentro de la cabeza? No me dejes así, sin saber nada...

LEONARDO Quita.

MUJER No. Quiero que me mires y me lo digas.

LEONARDO Déjame. (*Se levanta.*)

MUJER ¿Adónde vas, hijo?

LEONARDO (*Agrio*) ¿Te puedes callar?

SUEGRA (*Enérgica, a su hija*) ¡Cállate! (*Sale Leonardo*) ¡El niño! (*Entra y vuelve a salir con él en brazos.) (La mujer ha permanecido de pie, inmóvil)*

Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.

MUJER (*Volviéndose lentamente y como soñando*)
Duérmete, clavel,
que el caballo se pone a beber.

SUEGRA
Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

MUJER
Nana, niño, nana.
SUEGRA
Ay, caballo grande,
que no quiso el agua!
MUJER (*Dramática*)
¡No vengas, no entres!
¡Vete a la montaña!
¡Ay dolor de nieve,
caballo del alba!
SUEGRA (*Llorando*)
Mi niño se duerme...
MUJER (*Llorando y acercándose lentamente*)
Mi niño descansa...
SUEGRA
Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.
MUJER (*Llorando y apoyándose sobre la mesa.*)
Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.
(*TELÓN*)

CUADRO TERCERO

Interior de la cueva donde vive la novia. Al fondo, una cruz de grandes flores rosa. Las puertas, redondas, con cortinajes de encaje y lazos rosa. Por las paredes, de material blanco y duro, abanicos redondos, jarros azules y pequeños espejos.

CRIADA Pasen... (*Muy afable, llena de hipocresía humilde. Entran el novio y su madre. La madre viste de raso negro y lleva mantilla de encaje. El novio, de pana negra con gran cadena de oro.*) ¿Se quieren sentar? Ahora vienen. (*Sale.) (Quedan madre e hijo sentados, inmóviles como estatuas. Pausa larga.)*

MADRE ¿Traes el reloj?

NOVIO Sí. (*Lo saca y lo mira.*)

MADRE Tenemos que volver a tiempo. ¡Qué lejos vive esta gente!

NOVIO Pero estas tierras son buenas.

MADRE Buenas; pero demasiado solas. Cuatro horas de camino y ni una casa ni un árbol.

NOVIO Estos son los secanos.

MADRE Tu padre los hubiera cubierto de árboles.

NOVIO ¿Sin agua?

MADRE Ya la hubiera buscado. Los tres años que estuvo casado conmigo, plantó diez cerezos. (*Haciendo memoria.*) Los tres nogales del molino, toda una viña

y una planta que se llama Júpiter, que da flores encarnadas, y se secó. (*Pausa.*)

NOVIO (*Por la novia*) Debe estar vistiéndose. (*Entra el padre de la novia. Es anciano, con el cabello blanco, reluciente. Lleva la cabeza inclinada. La madre y el novio se levantan y se dan las manos en silencio.*)

PADRE ¿Mucho tiempo de viaje?

MADRE Cuatro horas. (*Se sientan.*)

PADRE Habéis venido por el camino más largo.

MADRE Yo estoy ya vieja para andar por las terreras del río.

NOVIO Se marea. (*Pausa*)

PADRE Buena cosecha de esparto.

NOVIO Buena de verdad.

PADRE En mi tiempo, ni esparto daba esta tierra. Ha sido necesario castigarla y hasta llorarla, para que nos dé algo provechoso.

MADRE Pero ahora da. No te quejes. Yo no vengo a pedirte nada.

PADRE (*Sonriendo*) Tú eres más rica que yo. Las viñas valen un capital. Cada pámpano una moneda de plata. Lo que siento es que las tierras..., ¿entiendes?... estén separadas. A mí me gusta todo junto. Una espina tengo en el corazón, y es la huertecilla esa metida entre mis tierras, que no me quieren vender por todo el oro del mundo.

NOVIO Eso pasa siempre.

PADRE Si pudiéramos con veinte pares de bueyes traer tus viñas aquí y ponerlas en la ladera. ¡Qué alegría!...

MADRE ¿Para qué?

PADRE Lo mío es de ella y lo tuyo de él. Por eso. Para verlo todo junto, ¡que junto es una hermosura!

NOVIO Y sería menos trabajo.

MADRE Cuando yo me muera, vendéis aquello y compráis aquí al lado.

PADRE Vender, ¡vender! ¡Bah!; comprar hija, comprarlo todo. Si yo hubiera tenido hijos hubiera comprado todo este monte hasta la parte del arroyo. Porque no es buena tierra; pero con brazos se la hace buena, y como no pasa gente no te roban los frutos y puedes dormir tranquilo. (*Pausa.*)

MADRE Tú sabes a lo que vengo.

PADRE Sí.

MADRE ¿Y qué?

PADRE Me parece bien. Ellos lo han hablado.

MADRE Mi hijo tiene y puede.

PADRE Mi hija también.

MADRE Mi hijo es hermoso. No ha conocido mujer. La honra más limpia que una sábana puesta al sol.

PADRE Qué te digo de la mía. Hace las migas a las tres, cuando el lucero.

No habla nunca; suave como la lana, borda toda clase de bordados y puede cortar una maroma con los dientes.

MADRE Dios bendiga su casa.

PADRE Que Dios la bendiga. (*Aparece la criada con dos bandejas. Una con copas y la otra con dulces.*)

MADRE (*Al hijo*) ¿Cuándo queréis la boda?

NOVIO El jueves próximo.

PADRE Día en que ella cumple veintidós años justos.

MADRE ¡Veintidós años! Esa edad tendría mi hijo mayor si viviera. Que viviría caliente y macho como era, si los hombres no hubieran inventado las navajas.

PADRE En eso no hay que pensar.

MADRE Cada minuto. Métete la mano en el pecho.

PADRE Entonces el jueves. ¿No es así?

NOVIO Así es.

PADRE Los novios y nosotros iremos en coche hasta la iglesia, que está muy lejos, y el acompañamiento en los carros y en las caballerías que traigan.

MADRE Conformes. (*Pasa la criada*)

PADRE Dile que ya puede entrar. (*A la madre.*) Celebraré mucho que te guste. (*Aparece la novia. Trae las manos caídas en actitud modesta y la cabeza baja.*)

MADRE Acércate. ¿Estás contenta?

NOVIA Sí, señora.

PADRE No debes estar seria. Al fin y al cabo ella va a ser tu madre.

NOVIA Estoy contenta. Cuando he dado el si es porque quiero darlo.

MADRE Naturalmente. (*Le coge la barbilla.*) Mírame.

PADRE Se parece en todo a mi mujer.

MADRE ¿Sí? ¡Qué hermoso mirar! ¿Tú sabes lo que es casarse, criatura?

NOVIA (*Seria*) Lo sé.

MADRE Un hombre, unos hijos y una pared de dos varas de ancho para todo lo demás.

NOVIO ¿Es que hace falta otra cosa?

MADRE No. Que vivan todos, ¡eso! ¡Que vivan!

NOVIA Yo sabré cumplir.

MADRE Aquí tienes unos regalos.

NOVIA Gracias.

PADRE ¿No tomamos algo?

MADRE Yo no quiero. (*Al novio.*) ¿Y tú?

NOVIO Tomaré. (*Toma un dulce. La novia toma otro.*)

PADRE (*Al novio*) ¿Vino?

MADRE No lo prueba.

PADRE ¡Mejor! (*Pausa. Todos están de pie.*)

NOVIO (*A la novia*) Mañana vendré.

NOVIA ¿A qué hora?

NOVIO A las cinco.

NOVIA Yo te espero.

NOVIO Cuando me voy de tu lado siento un despego grande y así como un nudo en la garganta.

NOVIA Cuando seas mi marido ya no lo tendrás.

NOVIO Eso digo yo.

MADRE Vamos. El sol no espera. (*Al padre.*) ¿Conformes en todo?

PADRE Conformes.

MADRE (*A la criada*) Adiós, mujer.

CRIADA Vayan ustedes con Dios. (*La madre besa a la novia y van saliendo en silencio*)

MADRE (*En la puerta*) Adiós, hija. (*La novia contesta con la mano*)

PADRE Yo salgo con vosotros. (*Salen*)

CRIADA Que reviento por ver los regalos.

NOVIA (*Agria*) Quita.

CRIADA ¡Ay, niña, enséñamelos!

NOVIA No quiero.

CRIADA Siquiera las medias. Dicen que todas son caladas. ¡Mujer!

NOVIA ¡Ea. que no!

CRIADA Por Dios. Está bien. Parece como si no tuvieras ganas de casarte.

NOVIA (*Mordiéndose la mano con rabia*) ¡Ay!

CRIADA Niña, hija, ¿qué te pasa? ¿Sientes dejar tu vida de reina? No pienses en cosas agrias. ¿Tienes motivo? Ninguno. Vamos a ver los regalos. (*Coge la caja.*)

NOVIA (*Cogiéndola de las muñecas*) Suelta.

CRIADA ¡Ay, mujer!

NOVIA Suelta he dicho.

CRIADA Tienes más fuerza que un hombre.

NOVIA ¿No he hecho yo trabajos de hombre? ¡Ojalá fuera!

CRIADA ¡No hables así!

NOVIA Calla he dicho. Hablemos de otro asunto. (*La luz va desapareciendo de la escena. Pausa larga*)

CRIADA ¿Sentiste anoche un caballo?

NOVIA ¿A qué hora?

CRIADA A las tres.

NOVIA Sería un caballo suelto de la manada.

CRIADA No. Llevaba jinete.

NOVIA ¿Por qué lo sabes?
CRIADA Porque lo vi. Estuvo parado en tu ventana. Me chocó mucho.
NOVIA ¿No sería mi novio? Algunas veces ha pasado a esas horas.
CRIADA No.
NOVIA ¿Tú le viste?
CRIADA Sí.
NOVIA ¿Quién era?
CRIADA Era Leonardo.
NOVIA (*Fuerte*) ¡Mentira! ¡Mentira! ¿A qué viene aquí?
CRIADA Vino.
NOVIA ¡Cállate! ¡Maldita sea tu lengua! (*Se siente el ruido de un caballo.*)
CRIADA (*En la ventana*) Mira, asómate. ¿Era?
NOVIA ¡Era!
(*TELÓN RÁPIDO*)

Acto segundo

CUADRO PRIMERO

Zaguán de casa de la novia. Portón al fondo. Es de noche. La novia sale con enaguas blancas encañonadas, llenas de encajes y puntas bordadas, y un corpiño blanco, con los brazos al aire. La criada lo mismo

CRIADA Aquí te acabaré de peinar.

NOVIA No se puede estar ahí dentro, del calor.

CRIADA En estas tierras no refresca ni al amanecer. (*Se sienta la novia en una silla baja y se mira en un espejito de mano. La criada la peina.*)

NOVIA Mi madre era de un sitio donde había muchos árboles. De tierra rica.

CRIADA ¡Así era ella de alegre!

NOVIA Pero se consumió aquí.

CRIADA El sino.

NOVIA Como nos consumimos todas. Echan fuego las paredes. ¡Ay!, no tires demasiado.

CRIADA Es para arreglarte mejor esta onda. Quiero que te caiga sobre la frente. (*La novia se mira en el espejo.*) ¡Qué hermosa estás! ¡Ay! (*La besa apasionadamente.*)

NOVIA (*Seria*) Sigue peinándome.

CRIADA (*Peinándola*)¡Dichosa tú que vas a abrazar a un hombre, que lo vas a besar, que vas a sentir su peso!

NOVIA Calla.

CRIADA Y lo mejor es cuando te despiertes y lo sientas al lado y que él te

roza los hombros con su aliento, como con una plumilla de ruiseñor.

NOVIA (*Fuerte.*) ¿Te quieres callar?

CRIADA ¡Pero, niña! Una boda, ¿qué es? Una boda es esto y nada más. ¿Son los dulces? ¿Son los ramos de flores? No. Es una cama relumbrante y un hombre y una mujer.

NOVIA No se debe decir.

CRIADA Eso es otra cosa. ¡Pero es bien alegre!

NOVIA O bien amargo.

CRIADA El azahar te lo voy a poner desde aquí hasta aquí, de modo que la corona luzca sobre el peinado. (*Le prueba un ramo de azahar.*)

NOVIA (*Se mira en el espejo*) Trae. (*Coge el azahar y lo mira y deja caer la cabeza abatida.*)

CRIADA ¿Qué es esto?

NOVIA Déjame.

CRIADA No son horas de ponerse triste. (*Animosa.*) Trae el azahar. (*La novia tira el azahar.*) ¡Niña! Qué castigo pides tirando al suelo la corona? ¡Levanta esa frente! ¿Es que no te quieres casar? Dilo. Todavía te puedes arrepentir.(*Se levanta.*)

NOVIA Son nublos. Un mal aire en el centro, ¿quién no lo tiene?

CRIADA Tú quieres a tu novio.

NOVIA Lo quiero.

CRIADA Sí, sí, estoy segura.

NOVIA Pero este es un paso muy grande.

CRIADA Hay que darlo.

NOVIA Ya me he comprometido.

CRIADA Te voy a poner la corona.

NOVIA (*Se sienta*) Date prisa, que ya deben ir llegando.

CRIADA Ya llevarán lo menos dos horas de camino.

NOVIA ¿Cuánto hay de aquí a la iglesia?

CRIADA Cinco leguas por el arroyo, que por el camino hay el doble. (*La novia se levanta y la criada se entusiasma al verla.*)

Despierte la novia
la mañana de la boda.
¡Que los ríos del mundo
lleven tu corona!

NOVIA (*Sonriente*) Vamos.

CRIADA (*La besa entusiasmada y baila alrededor*)

Que despierte
con el ramo verde
del laurel florido.
¡Que despierte

por el tronco y la rama
de los laureles!
(*Se oyen unos aldabonazos.*)

NOVIA ¡Abre! Deben ser los primeros convidados. (*Entra.) (La criada abre sorprendida.)*

CRIADA ¿Tú?

LEONARDO Yo. Buenos días.

CRIADA ¡El primero!

LEONARDO ¿No me han convidado?

CRIADA Sí.

LEONARDO Por eso vengo.

CRIADA ¿Y tu mujer?

LEONARDO Yo vine a caballo. Ella se acerca por el camino.

CRIADA ¿No te has encontrado a nadie?

LEONARDO Los pasé con el caballo.

CRIADA Vas a matar al animal con tanta carrera.

LEONARDO ¡Cuando se muera, muerto está! (*Pausa*)

CRIADA Siéntate. Todavía no se ha levantado nadie.

LEONARDO ¿Y la novia?

CRIADA Ahora mismo la voy a vestir.

LEONARDO ¡La novia! ¡Estará contenta!

CRIADA (*Variando la conversación.*) ¿Y el niño?

LEONARDO ¿Cuál?

CRIADA Tu hijo.

LEONARDO (*Recordando como soñoliento*) ¡Ah!

CRIADA ¿Lo traen?

LEONARDO No. (*Pausa. Voces cantando muy lejos*)

VOCES
¡Despierte la novia
la mañana de la boda!

LEONARDO
Despierte la novia
la mañana de la boda.

CRIADA Es la gente. Vienen lejos todavía.

LEONARDO (*Levantándose*) La novia llevará una corona grande, ¿no? No debía ser tan grande. Un poco más pequeña le sentaría mejor. ¿Y trajo ya el novio el azahar que se tiene que poner en el pecho?

NOVIA (*Apareciendo todavía en enaguas y con la corona de azahar puesta*) Lo trajo.

CRIADA (*Fuerte*) No salgas así.

NOVIA ¿Qué más da? (*Seria.*) ¿Por qué preguntas si trajeron el azahar? ¿Llevas intención?

LEONARDO Ninguna. ¿Qué intención iba a tener? (*Acercándose.*) Tú, que me conoces, sabes que no la llevo. Dímelo. ¿Quién he sido yo para ti? Abre y refresca tu recuerdo. Pero dos bueyes y una mala choza son casi nada. Esa es la espina.

NOVIA ¿A qué vienes?

LEONARDO A ver tu casamiento.

NOVIA ¡También yo vi el tuyo!

LEONARDO Amarrado por ti, hecho con tus dos manos. A mí me pueden matar, pero no me pueden escupir. Y la plata, que brilla tanto, escupe algunas veces.

NOVIA ¡Mentira!

LEONARDO No quiero hablar, porque soy hombre de sangre, y no quiero que todos estos cerros oigan mis voces.

NOVIA Las mías serían más fuertes.

CRIADA Estas palabras no pueden seguir. Tú no tienes que hablar de lo pasado. (*La criada mira a las puertas presa de inquietud.*)

NOVIA Tienes razón. Yo no debo hablarte siquiera. Pero se me calienta el alma de que vengas a verme y atisbar mi boda y preguntes con intención por el azahar. Vete y espera a tu mujer en la puerta.

LEONARDO ¿Es que tú y yo no podemos hablar?

CRIADA (*Con rabia*) No; no podéis hablar.

LEONARDO Después de mi casamiento he pensado noche y día de quién era la culpa, y cada vez que pienso sale una culpa nueva que se come a la otra; pero ¡siempre hay culpa!

NOVIA Un hombre con su caballo sabe mucho y puede mucho para poder estrujar a una muchacha metida en un desierto. Pero yo tengo orgullo. Por eso me caso. Y me encerraré con mi marido, a quien tengo que querer por encima de todo.

LEONARDO El orgullo no te servirá de nada. (*Se acerca.*)

NOVIA ¡No te acerques!

LEONARDO Callar y quemarse es el castigo más grande que nos podemos echar encima. ¿De qué me sirvió a mí el orgullo y el no mirarte y el dejarte despierta noches y noches? ¡De nada! ¡Sirvió para echarme fuego encima! Porque tú crees que el tiempo cura y que las paredes tapan, y no es verdad, no es verdad. ¡Cuando las cosas llegan a los centros, no hay quien las arranque!

NOVIA (*Temblando*) No puedo oírte. No puedo oír tu voz. Es como si me bebiera una botella de anís y me durmiera en una colcha de rosas. Y me arrastra y sé que me ahogo, pero voy detrás.

CRIADA (*Cogiendo a Leonardo por las solapas*) ¡Debes irte ahora mismo!

LEONARDO Es la última vez que voy a hablar con ella. No temas nada.

NOVIA Y sé que estoy loca y sé que tengo el pecho podrido de aguantar, y aquí estoy quieta por oírlo, por verlo menear los brazos.

LEONARDO No me quedo tranquilo si no te digo estas cosas. Yo me casé. Cásate tú ahora.

CRIADA (*A Leonardo*) ¡Y se casa!

VOCES (*Cantando más cerca*)
Despierte la novia
la mañana de la boda.

NOVIA Despierte la novia!(*Sale corriendo a su cuarto.*)

CRIADA Ya está aquí la gente. (*A Leonardo*) No te vuelvas a acercar a ella.

LEONARDO Descuida. (*Sale por la izquierda.*)

(*Empieza a clarear el día.*)

MUCHACHA 1 (*Entrando*)
Despierte la novia
la mañana de la boda;
ruede la ronda
y en cada balcón una corona.

VOCES
¡Despierte la novia!

CRIADA (*Moviendo algazara*)
Que despierte
con el ramo verde
del amor florido.
¡Que despierte
por el tronco y la rama
de los laureles!

MUCHACHA 2 (*Entrando*)
Que despierte
con el largo pelo,
camisa de nieve,
botas de charol y plata
y jazmines en la frente.

CRIADA
¡Ay pastora,
que la luna asoma!

MUCHACHA 1
¡Ay galán,
deja tu sombrero por el olivar!

MOZO 1 (*Entrando con el sombrero en alto*)

Despierte la novia.
que por los campos viene
rondando la boda,
con bandejas de dalias
y panes de gloria.
VOCES
¡Despierte la novia!
MUCHACHA 2
La novia
se ha puesto su blanca corona,
y el novio
se la prende con lazos de oro.
CRIADA
Por el toronjil
la novia no puede dormir.
MUCHACHA 3 (*Entrando*)
Por el naranjel
el novio le ofrece cuchara y mantel.
(*Entran tres convidados.*)
MOZO 1
¡Despierta. paloma!
El alba despeja
campanas de sombra.
CONVIDADO
La novia, la blanca novia,
hoy doncella,
mañana señora.
MUCHACHA 1
Baja, morena,
arrastrando tu cola de seda.
CONVIDADO
Baja, morenita.
que llueve rocío la mañana fría.
MOZO 1
Despertad, señora, despertad,
porque viene el aire lloviendo azahar.
CRIADA
Un árbol quiero bordarle
lleno de cintas granates
y en cada cinta un amor

con vivas alrededor.
VOCES
Despierte la novia.
MOZO 1
¡La mañana de la boda!
CONVIDADO
La mañana de la boda
qué galana vas a estar,
pareces, flor de los montes,
la mujer de un capitán.
PADRE (*Entrando*)
La mujer de un capitán
se lleva el novio.
¡Ya viene con sus bueyes por el tesoro!
MUCHACHA 3
El novio
parece la flor del oro.
Cuando camina,
a sus plantas se agrupan las clavelinas.
CRIADA
¡Ay mi niña dichosa!
MOZO 2
Que despierte la novia.
CRIADA
¡Ay mi galana!
MUCHACHA 1
La boda está llamando
por las ventanas.
MUCHACHA 2
Que salga la novia.
MUCHACHA 1
¡Que salga, que salga!
CRIADA
¡Que toquen y repiquen
las campanas!
MOZO 1
¡Que viene aquí! ¡Que sale ya!
CRIADA
¡Como un toro, la boda
levantándose está! (*Aparece la novia. Lleva un traje negro mil novecientos, con*

caderas y larga cola rodeada de gasas plisadas y encajes duros. Sobre el peinado de visera lleva la corona de azahar. Suenan las guitarras. Las Muchachas besan a la novia.)

MUCHACHA 3 ¿Qué esencia te echaste en el pelo?

NOVIA (*Riendo*)Ninguna.

MUCHACHA 2 (*Mirando el traje*) La tela es de lo que no hay.

MOZO 1 ¡Aquí está el novio!

NOVIO ¡Salud!

MUCHACHA 1 (*Poniéndole una flor en la oreja*)
El novio
parece la flor del oro.

MUCHACHA 2
¡Aires de sosiego
le manan los ojos!
(*El novio se dirige al lado de la novia.*)

NOVIA ¿Por qué te pusiste esos zapatos?

NOVIO Son más alegres que los negros.

MUJER de Leonardo (*Entrando y besando a la novia*)¡Salud! (*Hablan todas con algazara.*)

LEONARDO (*Entrando como quien cumple un deber*)
La mañana de casada
la corona te ponemos.

MUJER
¡Para que el campo se alegre
con el agua de tu pelo!

MADRE (*Al padre*) ¿También están ésos aquí?

PADRE Son familia. ¡Hoy es día de perdones!

MADRE Me aguanto, pero no perdono.

NOVIO ¡Con la corona da alegría mirarte!

NOVIA ¡Vámonos pronto a la iglesia!

NOVIO ¿Tienes prisa?

NOVIA Sí. Estoy deseando ser tu mujer y quedarme sola contigo, y no oír más voz que la tuya.

NOVIO ¡Eso quiero yo!

NOVIA Y no ver más que tus ojos. Y que me abrazaras tan fuerte, que aunque me llamara mi madre, que está muerta, no me pudiera despegar de ti.

NOVIO Yo tengo fuerza en los brazos. Te voy a abrazar cuarenta años seguidos.

NOVIA (*Dramática, cogiéndole del brazo*) ¡Siempre!

PADRE ¡Vamos pronto! ¡A coger las caballerías y los carros! Que ya ha salido el sol.

MADRE ¡Que llevéis cuidado! No sea que tengamos mala hora. (*Se abre el gran portón del fondo. Empiezan a salir.*)

CRIADA (*Llorando*)
Al salir de tu casa,
blanca doncella,
acuérdate que sales
como una estrella...

MUCHACHA 1
Limpia de cuerpo y ropa
al salir de tu casa para la boda.
(*Van saliendo.*)

MUCHACHA 2
¡Ya sales de tu casa
para la iglesia!

CRIADA
¡El aire pone flores
por las arenas!

MUCHACHA 3
¡Ay la blanca niña!

CRIADA
Aire oscuro el encaje
de su mantilla. (*Salen. Se oyen guitarras, palillos y panderetas. Quedan solos Leonardo y su mujer.*)

MUJER Vamos.

LEONARDO ¿Adónde?

MUJER A la iglesia. Pero no vas en el caballo. Vienes conmigo.

LEONARDO ¿En el carro?

MUJER ¿Hay otra cosa?

LEONARDO Yo no soy hombre para ir en carro.

MUJER Y yo no soy mujer para ir sin su marido a un casamiento. ¡Que no puedo más!

LEONARDO ¡Ni yo tampoco!

MUJER ¿Por qué me miras así? Tienes una espina en cada ojo.

LEONARDO ¡Vamos!

MUJER No sé lo que pasa. Pero pienso y no quiero pensar. Una cosa sé. Yo ya estoy despachada. Pero tengo un hijo. Y otro que viene. Vamos andando. El mismo sino tuvo mi madre. Pero de aquí no me muevo. (*Voces fuera.*)

VOCES
¡Al salir de tu casa
para la iglesia,

acuérdate que sales
como una estrella!
MUJER (*Llorando*)
¡Acuérdate que sales
como una estrella!
Así salí yo de mi casa también. Que me cabía todo el campo en la boca.
LEONARDO (*Levantándose*) Vamos.
MUJER ¡Pero conmigo!
LEONARDO Sí. (*Pausa.*) ¡Echa a andar! (*Salen.*)
VOCES
Al salir de tu casa
para la iglesia,
acuérdate que sales
como una estrella.
(*TELÓN LENTO*)

CUADRO SEGUNDO

Exterior de la cueva de la novia. Entonación en blancos grises y azules fríos. Grandes chumberas. Tonos sombríos y plateados. Panorama de mesetas color barquillo, todo endurecido como paisaje de cerámica popular.

CRIADA (*Arreglando en una mesa copas y bandejas*)
Giraba,
giraba la rueda
y el agua pasaba,
porque llega la boda,
que se aparten las ramas
y la luna se adorne
por su blanca baranda.
(*En voz alta*) Pon los manteles!
(*En voz patética.*) Cantaban.
cantaban los novios
y el agua pasaba,
porque llega la boda,
que relumbre la escarcha
y se llenen de miel
las almendras amargas.
(*En voz alta*) ¡Prepara el vino!
(*En voz patética.*) Galana. galana de la tierra.
mira cómo el agua pasa.
Porque llega tu boda
recógete las faldas

y bajo el ala del novio
nunca salgas de tu casa.
Porque el novio es un palomo
con todo el pecho de brasa
y espera el campo el rumor
de la sangre derramada.
Giraba,
giraba la rueda
y el agua pasaba.
¡Porque llega tu boda,
deja que relumbre el agua!

MADRE (*Entrando*) ¡Por fin!

PADRE ¿Somos los primeros?

CRIADA No. Hace rato llegó Leonardo con su mujer. Corrieron como demonios. La mujer llegó muerta de miedo. Hicieron el camino como si hubieran venido a caballo.

PADRE Ese busca la desgracia. No tiene buena sangre.

MADRE ¿Qué sangre va a tener? La de toda su familia. Mana de su bisabuelo, que empezó matando, y sigue en toda la mala ralea, manejadores de cuchillos y gente de falsa sonrisa.

PADRE ¡Vamos a dejarlo!

CRIADA ¿Cómo lo va a dejar?

MADRE Me duele hasta la punta de las venas. En la frente de todos ellos yo no veo más que la mano con que mataron a lo que era mío. ¿Tú me ves a mí? ¿No te parezco loca? Pues es loca de no haber gritado todo lo que mi pecho necesita. Tengo en mi pecho un grito siempre puesto de pie a quien tengo que castigar y meter entre los mantos. Pero me llevan a los muertos y hay que callar. Luego la gente critica. (*Se quita el manto*)

PADRE Hoy no es día de que te acuerdes de esas cosas.

MADRE Cuando sale la conversación, tengo que hablar. Y hoy más. Porque hoy me quedo sola en mi casa.

PADRE En espera de estar acompañada.

MADRE Esa es mi ilusión: los nietos. (*Se sientan.*)

PADRE Yo quiero que tengan muchos. Esta tierra necesita brazos que no sean pagados. Hay que sostener una batalla con las malas hierbas, con los cardos, con los pedruscos que salen no se sabe dónde. Y estos brazos tienen que ser de los dueños, que castiguen y que dominen, que hagan brotar las simientes. Se necesitan muchos hijos.

MADRE ¡Y alguna hija! ¡Los varones son del viento! Tienen por fuerza que manejar armas. Las niñas no salen jamás a la calle.

PADRE (*Alegre*) Yo creo que tendrán de todo.

MADRE Mi hijo la cubrirá bien. Es de buena simiente. Su padre pudo haber tenido conmigo muchos hijos.

PADRE Lo que yo quisiera es que esto fuera cosa de un día. Que en seguida tuvieran dos o tres hombres.

MADRE Pero no es así. Se tarda mucho. Por eso es tan terrible ver la sangre de una derramada por el suelo. Una fuente que corre un minuto y a nosotros nos ha costado años. Cuando yo llegué a ver a mi hijo, estaba tumbado en mitad de la calle. Me mojé las manos de sangre y me las lamí con la lengua. Porque era mía. Tú no sabes lo que es eso. En una custodia de cristal y topacios pondría yo la tierra empapada por ella.

PADRE Ahora tienes que esperar. Mi hija es ancha y tu hijo es fuerte.

MADRE Así espero. (*Se levantan.*)

PADRE Prepara las bandejas de trigo.

CRIADA Están preparadas.

MUJER de Leonardo (*Entrando*) ¡Que sea para bien!

MADRE Gracias.

LEONARDO ¿Va a haber fiesta?

PADRE Poca. La gente no puede entretenerse.

PADRE ¡Ya están aquí! (*Van entrando invitados en alegres grupos. Entran los novios cogidos del brazo. Sale Leonardo.*)

NOVIO En ninguna boda se vio tanta gente.

NOVIA (*Sombría*) En ninguna.

PADRE Fue lucida.

MADRE Ramas enteras de familias han venido.

NOVIO Gente que no salía de su casa.

MADRE Tu padre sembró mucho y ahora lo recoges tú.

NOVIO Hubo primos míos que yo ya no conocía.

MADRE Toda la gente de la costa.

NOVIO (*Alegre*) Se espantaban de los caballos. (*Hablan.*)

MADRE (*A la novia*) ¿Qué piensas?

NOVIA No pienso en nada.

MADRE Las bendiciones pesan mucho. (*Se oyen guitarras.*)

NOVIA Como el plomo.

MADRE (*Fuerte.*) Pero no han de pesar. Ligera como paloma debes ser.

NOVIA ¿Se queda usted aquí esta noche?

MADRE No. Mi casa está sola.

NOVIA ¡Debía usted quedarse!

PADRE (*A la madre*) Mira el baile que tienen formado. Bailes de allá de la orilla del mar. (*Sale Leonardo y se sienta. Su mujer, detrás de él en actitud rígida.*)

MADRE Son los primos de mi marido. Duros como piedras para la danza.

PADRE Me alegra el verlos. ¡Qué cambio para esta casa! (*Se va.*)

NOVIO (*A la novia*) ¿Te gustó el azahar?

NOVIA (*Mirándole fija*) Sí.

NOVIO Es todo de cera. Dura siempre. Me hubiera gustado que llevaras en todo el vestido.

NOVIA No hace falta. (*Mutis Leonardo por la derecha.*)

MUCHACHA 1 Vamos a quitarle los alfileres.

NOVIA (*Al novio*) Ahora vuelvo.

MUJER ¡Que seas feliz con mi prima!

NOVIO Tengo seguridad.

MUJER Aquí los dos; sin salir nunca y a levantar la casa. ¡Ojalá yo viviera también así de lejos!

NOVIO ¿Por qué no compráis tierras? El monte es barato y los hijos se crían mejor.

MUJER No tenemos dinero. ¡Y con el camino que llevamos!

NOVIO Tu marido es un buen trabajador.

MUJER Sí, pero le gusta volar demasiado. Ir de una cosa a otra. No es hombre tranquilo.

CRIADA ¿No tomáis nada? Te voy a envolver unos roscos de vino para tu madre, que a ella le gustan mucho.

NOVIO Ponle tres docenas.

MUJER No, no. Con media tiene bastante.

NOVIO Un día es un día.

MUJER (*A la criada*) ¿Y Leonardo?

CRIADA No lo vi.

NOVIO Debe estar con la gente.

MUJER ¡Voy a ver! (*Se va.*)

CRIADA Aquello está hermoso.

NOVIO ¿Y tú no bailas?

CRIADA No hay quien me saque. (*Pasan al fondo dos muchachas, durante todo este acto, el fondo será un animado cruce de figuras.*)

NOVIO (*Alegre*) Eso se llama no entender. Las viejas frescas como tú bailan mejor que las jóvenes.

CRIADA Pero ¿vas a echarme requiebros, niño? ¡Qué familia la tuya! ¡Machos entre los machos! Siendo niña vi la boda de tu abuelo. ¡Qué figura! Parecía como si se casara un monte.

NOVIO Yo tengo menos estatura.

CRIADA Pero el mismo brillo en los ojos. ¿Y la niña?

NOVIO Quitándose la toca.

CRIADA ¡Ah! Mira. Para la medianoche, como no dormiréis, os he preparado jamón y unas copas grandes de vino antiguo. En la parte baja de la alacena. Por si lo necesitáis.

NOVIO (*Sonriente*) No como a medianoche.

CRIADA (*Con malicia*) Si tú no, la novia. (*Se va.*)

MOZO 1 (*Entrando*) ¡Tienes que beber con nosotros!

NOVIO Estoy esperando a la novia.

MOZO 2 ¡Ya la tendrás en la madrugada!

MOZO 1 ¡Que es cuando más gusta!

MOZO 2 Un momento.

NOVIO Vamos. (*Salen. Se oye gran algazara. Sale la novia. Por el lado opuesto salen dos muchachas corriendo a encontrarla.*)

MUCHACHA 1 ¿A quién diste el primer alfiler, a mí o a esta?

NOVIA No me acuerdo.

MUCHACHA 1 A mí me lo diste aquí.

MUCHACHA 2 A mí delante del altar.

NOVIA (*Inquieta y con una gran lucha interior.*) No sé nada.

MUCHACHA 1 Es que yo quisiera que tú...

NOVIA (*Interrumpiendo.*) Ni me importa. Tengo mucho que pensar.

MUCHACHA 2 Perdona. (*Leonardo cruza el fondo.*)

NOVIA (*Ve a Leonardo*) Y estos momentos son agitados.

MUCHACHA 1 ¡Nosotras no sabemos nada!

NOVIA Ya lo sabréis cuando os llegue la hora. Estos pasos son pasos que cuestan mucho.

MUCHACHA 1 ¿Te ha disgustado?

NOVIA No. Perdonad vosotras.

MUCHACHA 2 ¿De qué? Pero los dos alfileres sirven para casarse, ¿verdad?

NOVIA Los dos.

MUCHACHA 1 Ahora, que una se casa antes que otra.

NOVIA ¿Tantas ganas tenéis?

MUCHACHA 2 (*Vergonzosa*) Sí.

NOVIA ¿Para qué?

MUCHACHA 1 Pues... (*Abrazando a la segunda.) (Echan a correr las dos. Llega el novio y, muy despacio, abraza a la novia por detrás.)*

NOVIA (*Con gran sobresalto*) ¡Quita!

NOVIO ¿Te asustas de mí?

NOVIA ¡Ay! ¿Eras tú?

NOVIO ¿Quién iba a ser? (*Pausa.*) Tu padre o yo.

NOVIA ¡Es verdad!

NOVIO Ahora que tu padre te hubiera abrazado más blando.

NOVIA (*Sombría*) ¡Claro!

NOVIO Porque es viejo. (*La abraza fuertemente de un modo un poco brusco.*)

NOVIA (*Seca*) ¡Déjame!

NOVIO ¿Por qué? (*La deja.*)

NOVIA Pues... la gente. Pueden vernos. (*Vuelve a cruzar el fondo la criada, que no mira a los novios.*)

NOVIO ¿Y qué? Ya es sagrado.

NOVIA Sí. pero déjame... Luego.

NOVIO ¿Qué tienes? ¡Estás como asustada!

NOVIA No tengo nada. No te vayas. (*Sale la mujer de Leonardo.*)

MUJER No quiero interrumpir...

NOVIO Dime.

MUJER ¿Pasó por aquí mi marido?

NOVIO No.

MUJER Es que no le encuentro y el caballo no está tampoco en el establo.

NOVIO (*Alegre*) Debe estar dándole una carrera. (*Se va la mujer, inquieta. Sale la criada.*)

CRIADA ¿No andáis satisfechos de tanto saludo?

NOVIO Yo estoy deseando que esto acabe. La novia está un poco cansada.

CRIADA ¿Qué es eso. niña?

NOVIA ¡Tengo como un golpe en las sienes!

CRIADA Una novia de estos montes debe ser fuerte. (*Al novio.*) Tú eres el único que la puedes curar, porque tuya es. (*Sale corriendo.*)

NOVIO (*Abrazándola*) Vamos un rato al baile. (*La besa.*)

NOVIA (*Angustiada*) No. Quisiera echarme en la cama un poco.

NOVIO Yo te haré compañía.

NOVIA ¡Nunca! ¿Con toda la gente aquí? ¿Qué dirían? Déjame sosegar un momento.

NOVIO ¡Lo que quieras! ¡Pero no estés así por la noche!

NOVIA (*En la puerta*) A la noche estaré mejor.

NOVIO ¡Que es lo que yo quiero! (*Aparece la madre.*)

MADRE Hijo.

NOVIO ¿Dónde anda usted?

MADRE En todo ese ruido. ¿Estás contento?

NOVIO Sí.

MADRE ¿Y tu mujer?

NOVIO Descansa un poco. ¡Mal día para las novias!

MADRE ¿Mal día? El único bueno. Para mí fue como una herencia. (*Entra la criada y se dirige al cuarto de la novia.*) Es la roturación de las tierras, la plantación de

árboles nuevos.

NOVIO ¿Usted se va a ir?

MADRE Sí. Yo tengo que estar en mi casa.

NOVIO Sola.

MADRE Sola, no. Que tengo la cabeza llena de cosas y de hombres y de luchas.

NOVIO Pero luchas que ya no son luchas. (*Sale la criada rápidamente; desaparece corriendo por el fondo.*)

MADRE Mientras una vive, lucha.

NOVIO ¡Siempre la obedezco!

MADRE Con tu mujer procura estar cariñoso, y si la notas infautada o arisca, hazle una caricia que le produzca un poco de daño, un abrazo fuerte, un mordisco y luego un beso suave. Que ella no pueda disgustarse, pero que sienta que tú eres el macho, el amo, el que mandas. Así aprendí de tu padre. Y como no lo tienes, tengo que ser yo la que te enseñe estas fortalezas.

NOVIO Yo siempre haré lo que usted mande.

PADRE (*Entrando*) ¿Y mi hija?

NOVIO Está dentro.

MUCHACHA 1 ¡Vengan los novios, que vamos a bailar la rueda!

MOZO 1 (*Al novio*) Tú la vas a dirigir

PADRE (*Saliendo*) ¡Aquí no está!

NOVIO ¿No?

PADRE Debe haber subido a la baranda.

NOVIO ¡Voy a ver! (*Entra.) (Se oye algazara y guitarras.)*

MUCHACHA 1 ¡Ya ha empezado! (*Sale.*)

NOVIO (*Saliendo*) No está.

MADRE (*Inquieta*) ¿No?

PADRE ¿Y adónde puede haber ido?

CRIADA (*Entrando*) Y la niña. ¿dónde está?

MADRE (*Seria*) No lo sabemos. (*Sale el novio. Entran tres invitados.*)

PADRE (*Dramático*) Pero ¿no está en el baile?

CRIADA En el baile no está.

PADRE (*Con arranque*) Hay mucha gente. ¡Mirad!

CRIADA ¡Ya he mirado!

PADRE (*Trágico*) ¿Pues dónde está?

NOVIO (*Entrando*) Nada. En ningún sitio.

MADRE (*Al padre*) ¿Qué es esto? ¿Dónde está tu hija? (*Entra la mujer de Leonardo.*)

MUJER ¡Han huido! ¡Han huido! Ella y Leonardo. En el caballo. Iban abrazados, como una exhalación.

PADRE ¡No es verdad! ¡Mi hija. no!

MADRE ¡Tu hija, sí! Planta de mala madre, y él, él también, él. Pero ¡ya es la mujer de mi hijo!

NOVIO (*Entrando*) ¡Vamos detrás! ¿Quién tiene un caballo?

MADRE ¿Quién tiene un caballo ahora mismo, quién tiene un caballo? Que le daré todo lo que tengo, mis ojos y hasta mi lengua...

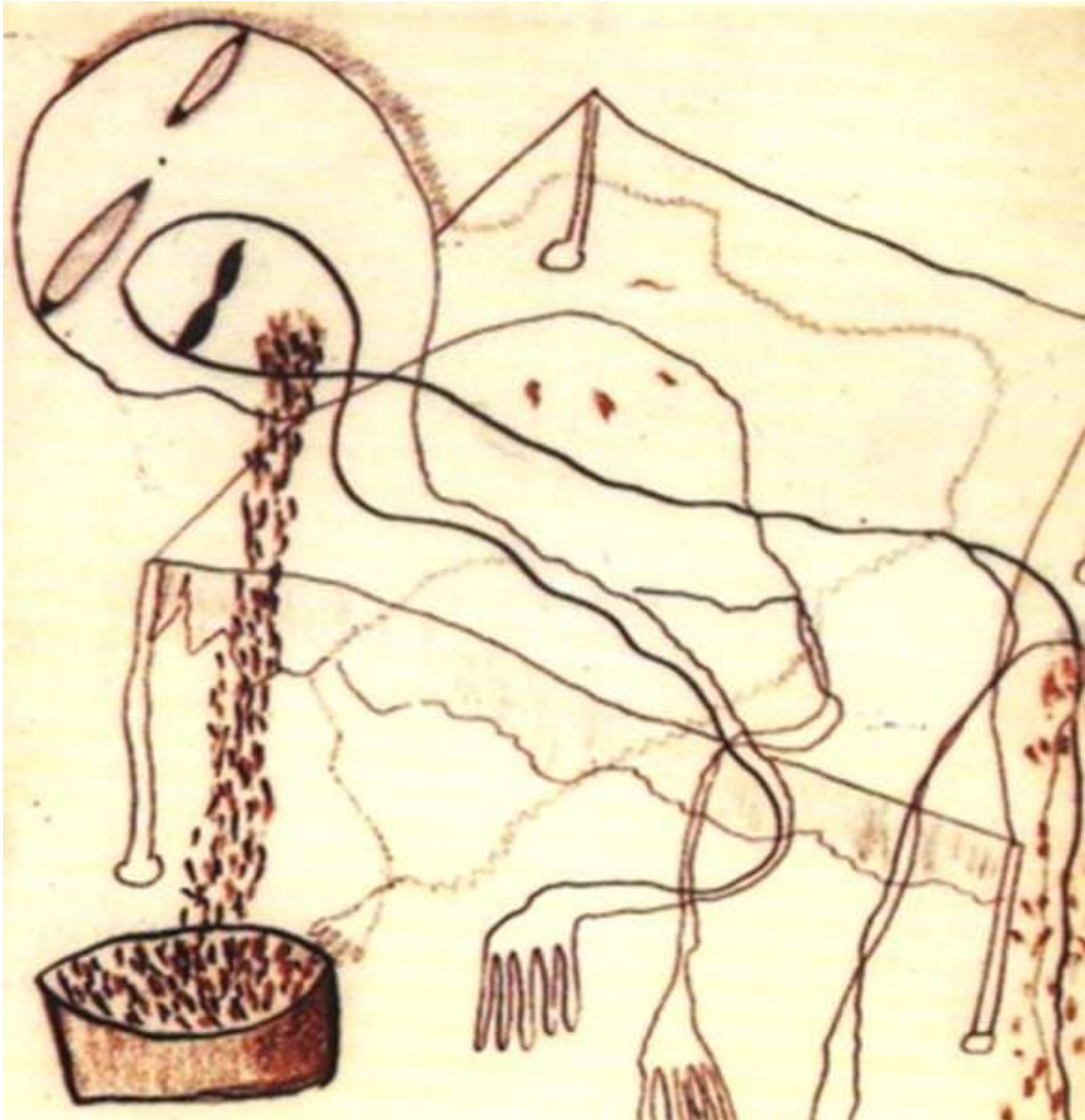
VOZ Aquí hay uno.

MADRE (*Al hijo*) ¡Anda! ¡Detrás! (*Salen con dos mozos.*) No. No vayas. Esa gente mata pronto y bien...; pero sí, corre, y yo detrás!

PADRE No será ella. Quizá se haya tirado al aljibe.

MADRE Al agua se tiran las honradas, las limpias; ¡esa, no! Pero ya es mujer de mi hijo. Dos bandos. Aquí hay ya dos bandos. (*Entran todos.*) Mi familia y la tuya. Salid todos de aquí. Limpiarse el polvo de los zapatos. Vamos a ayudar a mi hijo. (*La gente se separa en dos grupos.*) Porque tiene gente; que son sus primos del mar y todos los que llegan de tierra adentro. ¡Fuera de aquí! Por todos los caminos. Ha llegado otra vez la hora de la sangre. Dos bandos. Tú con el tuyo y yo con el mío. ¡Atrás! ¡Atrás!

(*TELÓN*)



Acto tercero

CUADRO PRIMERO

Bosque. Es de noche. Grandes troncos húmedos. Ambiente oscuro. Se oyen dos violines. Salen tres leñadores.

LEÑADOR 1 ¿Y los han encontrado?

LEÑADOR 2 No. Pero los buscan por todas partes.

LEÑADOR 3 Ya darán con ellos.

LEÑADOR 2 ¡Chisss!

LEÑADOR 3 ¿Qué?

LEÑADOR 2 Parece que se acercan por todos los caminos a la vez.
LEÑADOR 1 Cuando salga la luna los verán.
LEÑADOR 2 Debían dejarlos.
LEÑADOR 1 El mundo es grande. Todos pueden vivir en él.
LEÑADOR 3 Pero los matarán.
LEÑADOR 2 Hay que seguir la inclinación han hecho bien en huir.
LEÑADOR 1 Se estaban engañando uno a otro y al fin la sangre pudo más.
LEÑADOR 3 ¡La sangre!
LEÑADOR 1 Hay que seguir el camino de la sangre.
LEÑADOR 2 Pero sangre que ve la luz se la bebe la tierra.
LEÑADOR 1 ¿Y qué? Vale más ser muerto desangrado que vivo con ella podrida.
LEÑADOR 3 Callar.
LEÑADOR 1 ¿Qué? ¿Oyes algo?
LEÑADOR 3 Oigo los grillos, las ranas, el acecho de la noche.
LEÑADOR 1 Pero el caballo no se siente.
LEÑADOR 3 No
LEÑADOR 1 Ahora la estará queriendo.
LEÑADOR 2 El cuerpo de ella era para él y el cuerpo de él para ella.
LEÑADOR 3 Los buscan y los matarán.
LEÑADOR 1 Pero ya habrán mezclado sus sangres y serán como dos cántaros vacíos, como dos arroyos secos.
LEÑADOR 2 Hay muchas nubes y será fácil que la luna no salga.
LEÑADOR 3 El novio los encontrará con luna o sin luna. Yo lo vi salir. Como una estrella furiosa. La cara color ceniza. Expresaba el sino de su casta.
LEÑADOR 1 Su casta de muertos en mitad de la calle.
LEÑADOR 2 ¡Eso es!
LEÑADOR 3 ¿Crees que ellos lograrán romper el cerco?
LEÑADOR 2 Es difícil. Hay cuchillos y escopetas a diez leguas a la redonda.
LEÑADOR 3 Él lleva buen caballo.
LEÑADOR 2 Pero lleva una mujer.
LEÑADOR 1 Ya estamos cerca.
LEÑADOR 2 Un árbol de cuarenta ramas. Lo cortaremos pronto.
LEÑADOR 3 Ahora sale la luna. Vamos a darnos prisa. (*Por la izquierda surge una claridad*)
LEÑADOR 1
¡Ay luna que sales!
Luna de las hojas grandes.
LEÑADOR 2

¡Llena de jazmines la sangre!
LEÑADOR 1
¡Ay luna sola!
¡Luna de las verdes hojas!
LEÑADOR 2
Plata en la cara de la novia.
LEÑADOR 3
¡Ay luna mala!
Deja para el amor la oscura rama.
LEÑADOR 1
¡Ay triste luna!
¡Deja para el amor la rama oscura! (*Salen. Por la claridad de la izquierda aparece la Luna. La Luna es un leñador joven, con la cara blanca. La escena adquiere un vivo resplandor azul.*)
LUNA
Cisne redondo en el río,
ojo de las catedrales,
alba fingida en las hojas
soy; ¡no podrán escaparse!
¿Quién se oculta? ¿Quién solloza
por la maleza del valle?
La luna deja un cuchillo
abandonado en el aire,
que siendo acecho de plomo
quiere ser dolor de sangre.
¡Dejadme entrar! ¡Vengo helada
por paredes y cristales!
¡Abrid tejados y pechos
donde pueda calentarme!
¡Tengo frío! Mis cenizas
de soñolientos metales
buscan la cresta del fuego
por los montes y las calles.
Pero me lleva la nieve
sobre su espalda de jaspe,
y me anega, dura y fría,
el agua de los estanques.
Pues esta noche tendrán
mis mejillas roja sangre,
y los juncos agrupados

en los anchos pies del aire.
¡No haya sombra ni emboscada.
que no puedan escaparse!
¡Que quiero entrar en un pecho
para poder calentarme!
¡Un corazón para mí!
¡Caliente!, que se derrame
por los montes de mi pecho;
dejadme entrar, ¡ay, dejadme! (*A las ramas.*)
No quiero sombras. Mis rayos
han de entrar en todas partes,
y haya en los troncos oscuros
un rumor de claridades,
para que esta noche tengan
mis mejillas dulce sangre,
y los juncos agrupados
en los anchos pies del aire.
¿Quién se oculta? ¡Afuera digo!
¡No! ¡No podrán escaparse!
Yo haré lucir al caballo
una fiebre de diamante.

(*Desaparece entre los troncos y vuelve la escena a su luz oscura. Sale una anciana totalmente cubierta por tenues paños verdeoscuros. Lleva los pies descalzos. Apenas si se le verá el rostro entre los pliegues. Este personaje no figura en el reparto.*)

MENDIGA

Esa luna se va, y ellos se acercan.
De aquí no pasan. El rumor del río
apagará con el rumor de troncos
el desgarrado vuelo de los gritos.
Aquí ha de ser, y pronto. Estoy cansada.
Abren los cofres, y los blancos hilos
aguardan por el suelo de la alcoba
cuerpos pesados con el cuello herido.
No se despierte un pájaro y la brisa,
recogiendo en su falda los gemidos,
huya con ellos por las negras copas
o los entierre por el blanco limo.
¡Esa luna, esa luna! (*Impaciente.*)
(*Aparece la luna. Vuelve la luz intensa.*)

LUNA

Ya se acercan. Unos por la cañada y otros por el río. Voy a alumbrar las piedras. ¿Qué necesitas?

MENDIGA Nada.

LUNA

El aire va llegando duro, con doble filo.

MENDIGA

Ilumina el chaleco y aparta los botones, que después las navajas ya saben el camino.

LUNA

Pero que tarden mucho en morir. Que la sangre me ponga entre los dedos su delicado silbo. ¡Mira que ya mis valles de ceniza despiertan en ansia de esta fuente de chorro estremecido!

MENDIGA No dejemos que pasen el arroyo. ¡Silencio!

LUNA ¡Allí vienen! (*Se va. Queda la escena a oscuras.*)

MENDIGA

¡De prisa! Mucha luz. ¿Me has oído? ¡No pueden escaparse! (*Entran el novio y mozo 1. La mendiga se sienta y se tapa con el manto.*)

NOVIO Por aquí.

MOZO 1 No los encontrarás.

NOVIO (*Enérgico*) ¡Sí los encontraré!

MOZO 1 Creo que se han ido por otra vereda.

NOVIO No. Yo sentí hace un momento el galope.

MOZO 1 Sería otro caballo.

NOVIO (*Dramático*) Oye. No hay más que un caballo en el mundo, y es este. ¿Te has enterado? Si me sigues, sígueme sin hablar.

MOZO 1 Es que quisiera...

NOVIO Calla. Estoy seguro de encontrármelos aquí. ¿Ves este brazo? Pues no es mi brazo. Es el brazo de mi hermano y el de mi padre y el de toda mi familia que está muerta. Y tiene tanto poderío, que puede arrancar este árbol de raíz si quiere. Y vamos pronto, que siento los dientes de todos los míos clavados aquí de una manera que se me hace imposible respirar tranquilo.

MENDIGA (*Quejándose*) ¡Ay!

MOZO 1 ¿Has oído?

NOVIO Vete por ahí y da la vuelta.

MOZO 1 Esto es una caza.

NOVIO Una caza. La más grande que se puede hacer. (*Se va el mozo. El novio se dirige rápidamente hacia la izquierda y tropieza con la mendiga, la Muerte*)

MENDIGA ¡Ay!

NOVIO ¿Qué quieres?

MENDIGA Tengo frío.

NOVIO ¿Adónde te diriges?

MENDIGA (*Siempre quejándose como una mendiga*) Allá lejos...

NOVIO ¿De dónde vienes?

MENDIGA De allí..., de muy lejos.

NOVIO ¿Viste un hombre y una mujer que corrían montados en un caballo?

MENDIGA (*Despertándose*) Espera... (*Lo mira.*) Hermoso galán. (*Se levanta.*) Pero mucho más hermoso si estuviera dormido.

NOVIO Dime, contesta, ¿los viste?

MENDIGA Espera... ¡Qué espaldas más anchas! ¿Cómo no te gusta estar tendido sobre ellas y no andar sobre las plantas de los pies, que son tan chicas?

NOVIO (*Zamarreándola*) ¡Te digo si los viste! ¿Han pasado por aquí?

MENDIGA (*Enérgica*) No han pasado; pero están saliendo de la colina. ¿No los oyes?

NOVIO No.

MENDIGA ¿Tú no conoces el camino?

NOVIO ¡Iré, sea como sea!

MENDIGA Te acompañaré. Conozco esta tierra.

NOVIO (*Impaciente*) ¡Pero vamos! ¿Por dónde?

MENDIGA (*Dramática*) ¡Por allí! (*Salen rápidos. Se oyen lejanos dos violines que expresan el bosque. Vuelven los leñadores. Llevan las hachas al hombro. Pasan lentos entre los troncos.*)

LEÑADOR 1
¡Ay muerte que sales!
Muerte de las hojas grandes.

LEÑADOR 2
¡No abras el chorro de la sangre!

LEÑADOR 1
¡Ay muerte sola!
Muerte de las secas hojas.

LEÑADOR 3
¡No cubras de flores la boda!

LEÑADOR 2
¡Ay triste muerte!
Deja para el amor la rama verde.

LEÑADOR 1
¡Ay muerte mala!
¡Deja para el amor la verde rama! (*Van saliendo mientras hablan. Aparecen Leonardo y la novia.*)

LEONARDO ¡Calla!

NOVIA Desde aquí yo me iré sola. ¡Vete! ¡Quiero que te vuelvas!
LEONARDO ¡Calla, digo!
NOVIA
Con los dientes,
con las manos, como puedas.
quita de mi cuello honrado
el metal de esta cadena,
dejándome arrinconada
allá en mi casa de tierra.
Y si no quieres matarme
como a víbora pequeña,
pon en mis manos de novia
el cañón de la escopeta.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
LEONARDO
Ya dimos el paso; ¡calla!
porque nos persiguen cerca
y te he de llevar conmigo.
NOVIA
¡Pero ha de ser a la fuerza!
LEONARDO
¿A la fuerza? ¿Quién bajó
primero las escaleras?
NOVIA
Yo las bajé.
LEONARDO
¿Quién le puso
al caballo bridas nuevas?
NOVIA
Yo misma. Verdad.
LEONARDO
¿Y qué manos
me calzaron las espuelas?
NOVIA
Estas manos que son tuyas,
pero que al verte quisieran
quebrar las ramas azules
y el murmullo de tus venas.

¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Aparta!
Que si matarte pudiera,
te pondría una mortaja
con los filos de violetas.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
LEONARDO
¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra
entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
Con alfileres de plata
mi sangre se puso negra,
y el sueño me fue llenando
las carnes de mala hierba.
Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.
NOVIA
¡Ay que sinrazón! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera,
porque me arrastras y voy,
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.
He dejado a un hombre duro
y a toda su descendencia
en la mitad de la boda
y con la corona puesta.
Para ti será el castigo
y no quiero que lo sea.
¡Déjame sola! ¡Huye tú!

No hay nadie que te defienda.
LEONARDO
Pájaros de la mañana
por los árboles se quiebran.
La noche se está muriendo
en el filo de la piedra.
Vamos al rincón oscuro,
donde yo siempre te quiera,
que no me importa la gente,
ni el veneno que nos echa.
(*La abraza fuertemente.*)
NOVIA
Y yo dormiré a tus pies
para guardar lo que sueñas.
Desnuda, mirando al campo,
como si fuera una perra, (*Dramática.*)
¡porque eso soy! Que te miro
y tu hermosura me quema.
LEONARDO
Se abrasa lumbre con lumbre.
La misma llama pequeña
mata dos espigas juntas.
¡Vamos!
(*La arrastra.*)
NOVIA
¿Adónde me llevas?
LEONARDO
A donde no puedan ir
estos hombres que nos cercan.
¡Donde yo pueda mirarte!
NOVIA (*Sarcástica*)
Llévame de feria en feria,
dolor de mujer honrada,
a que las gentes me vean
con las sábanas de boda
al aire como banderas.
LEONARDO
También yo quiero dejarte
si pienso como se piensa.
Pero voy donde tú vas.

Tú también. Da un paso. Prueba.
Clavos de luna nos funden
mi cintura y tus caderas.
(*Toda esta escena es violenta, llena de gran sensualidad.*)
NOVIA ¿Oyes?
LEONARDO Viene gente.
NOVIA
¡Huye!
Es justo que yo aquí muera
con los pies dentro del agua,
espinas en la cabeza.
Y que me lloren las hojas.
mujer perdida y doncella.
LEONARDO Cállate. Ya suben.
NOVIA ¡Vete!
LEONARDO
Silencio. Que no nos sientan.
Tú delante. ¡Vamos, digo!
(*Vacila la novia*)
NOVIA ¡Los dos juntos!
LEONARDO (*Abrazándola*)
¡Como quieras!
Si nos separan, será
porque esté muerto.
NOVIA
Y yo muerta.

(*Salen abrazados. Aparece la luna muy despacio. La escena adquiere una fuerte luz azul. Se oyen los dos violines. Bruscamente se oyen dos largos gritos desgarrados y se corta la música de los violines. Al segundo grito aparece la mendiga y queda de espaldas. Abre el manto y queda en el centro, como un gran pájaro de alas inmensas. La luna se detiene. El telón baja en medio de un silencio absoluto.*)

(*TELÓN*)

CUADRO ÚLTIMO

Habitación blanca con arcos y gruesos muros. A la derecha y a la izquierda, escaleras blancas. Gran arco al fondo y pared del mismo color. El suelo será también de un blanco reluciente. Esta habitación simple tendrá un sentido monumental de iglesia. No habrá ni un gris, ni una sombra, ni siquiera lo preciso para la perspectiva. Dos muchachas vestidas de azul oscuro están devanando una madeja roja.

MUCHACHA 1
Madeja, madeja,

¿qué quieres hacer?
MUCHACHA 2
Jazmín de vestido,
cristal de papel.
Nacer a las cuatro,
morir a las diez.
Ser hilo de lana,
cadena a tus pies
y nudo que apriete
amargo laurel.
NIÑA (*Cantando*)
¿Fuiste a la boda?
MUCHACHA 1
No.
NIÑA
¡Tampoco fui yo!
¿Qué pasaría
por los tallos de la viña?
¿Qué pasaría
por el ramo de la oliva?
¿Qué pasó
que nadie volvió?
¿Fuiste a la boda?
MUCHACHA 2
Hemos dicho que no.
NIÑA (*Yéndose*)
¡Tampoco fui yo!
MUCHACHA 2
Madeja, madeja
¿qué quieres cantar?
MUCHACHA 1
Heridas de cera,
dolor de arrayán.
Dormir la mañana,
de noche velar.
NIÑA (*En la puerta*)
El hilo tropieza
con el pedernal.
Los montes azules
lo dejan pasar.

Corre, corre, corre.
y al fin llegará
a poner cuchillo
y a quitar el pan.
(*Se va.*)
MUCHACHA 2
Madeja. madeja,
¿qué quieres decir?
MUCHACHA 1
Amante sin habla.
Novio carmesí.
Por la orilla muda
tendidos los vi.
(*Se detiene mirando la madeja.*)
NIÑA (*Asomándose a la puerta*)
Corre, corre, corre
el hilo hasta aquí.
Cubiertos de barro
los siento venir.
¡Cuerpos estirados,
paños de marfil!
(*Se va. Aparece la mujer y la suegra de Leonardo. Llegan angustiadas.*)
MUCHACHA 1
¿Vienen ya?
SUEGRA (*Agria*)
No sabemos.
MUCHACHA 2
Qué contáis de la boda?
MUCHACHA 1
Dime.
SUEGRA (*Seca*)
Nada.
MUJER
Quiero volver para saberlo todo.
SUEGRA (*Enérgica*)
Tú, a tu casa.
Valiente y sola en tu casa.
A envejecer y a llorar.
Pero la puerta cerrada.
Nunca. Ni muerto ni vivo.

Clavaremos las ventanas.
Y vengan lluvias y noches
sobre las hierbas amargas.
MUJER
¿Qué habrá pasado?
SUEGRA
No importa.
Échate un velo en la cara.
Tus hijos son hijos tuyos
nada más. Sobre la cama
pon una cruz de ceniza
donde estuvo su almohada.
(*Salen.*)
MENDIGA (*A la puerta*)
Un pedazo de pan, muchachas.
NIÑA
¡Vete!
(*Las muchachas se agrupan.*)
MENDIGA
¿Por qué?
NIÑA
Porque tú gimes: vete.
MUCHACHA 1
¡Niña!
MENDIGA
¡Pude pedir tus ojos! Una nube
de pájaros me sigue; ¿quieres uno?
NIÑA
¡Yo me quiero marchar!
MUCHACHA 2 (*A la mendiga*)
¡No le hagas caso!
MUCHACHA 1
¿Vienes por el camino del arroyo?
MENDIGA
Por allí vine.
MUCHACHA 1 (*Tímida*)
¿Puedo preguntarte?
MENDIGA
Yo los vi; pronto llegan: dos torrentes
quietos al fin entre las piedras grandes,

dos hombres en las patas del caballo.
Muertos en la hermosura de la noche. (*Con delectación.*)
Muertos sí, muertos.
MUCHACHA 1
¡Calla, vieja, calla!
MENDIGA
Flores rotas los ojos, y sus dientes
dos puñados de nieve endurecida.
Los dos cayeron, y la novia vuelve
teñida en sangre falda y cabellera.
Cubiertos con dos mantas ellos vienen
sobre los hombros de los mozos altos.
Así fue; nada más. Era lo justo.
Sobre la flor del oro, sucia arena.
(*Se va. Las muchachas inclinan la cabeza y rítmicamente van saliendo.*)
MUCHACHA 1
Sucia arena.
MUCHACHA 2
Sobre la flor del oro.
NIÑA
Sobre la flor del oro
traen a los novios del arroyo.
Morenito el uno,
morenito el otro.
¡Qué ruiseñor de sombra vuela y gime
sobre la flor del oro!

(*Se va. Queda la escena sola. Aparece la madre con una vecina. La vecina viene llorando.*)

MADRE Calla.

VECINA No puedo.

MADRE Calla, he dicho. (*En la puerta.*) ¿No hay nadie aquí? (*Se lleva las manos a la frente.*) Debía contestarme mi hijo. Pero mi hijo es ya un brazado de flores secas. Mi hijo es ya una voz oscura detrás de los montes. (*Con rabia, a la vecina.*) ¿Te quieres callar? No quiero llantos en esta casa. Vuestras lágrimas son lágrimas de los ojos nada más, y las mías vendrán cuando yo esté sola, de las plantas de los pies, de mis raíces, y serán más ardientes que la sangre.

VECINA Vente a mi casa; no te quedes aquí.

MADRE Aquí. Aquí quiero estar. Y tranquila. Ya todos están muertos. A medianoche dormiré, dormiré sin que ya me aterren la escopeta o el cuchillo. Otras madres se asomarán a las ventanas, azotadas por la lluvia, para ver el rostro de sus

hijos. Yo, no. Yo haré con mi sueño una fría paloma de marfil que lleve camelias de escarcha sobre el camposanto. Pero no; camposanto, no, camposanto, no; lecho de tierra, cama que los cobija y que los mece por el cielo. (*Entra una mujer de negro que se dirige a la derecha y allí se arrodilla. A la vecina.*) Quítate las manos de la cara. Hemos de pasar días terribles. No quiero ver a nadie. La tierra y yo. Mi llanto y yo. Y estas cuatro paredes. ¡Ay! ¡Ay! (*Se sienta transida.*)

VECINA Ten caridad de tí misma.

MADRE (*Echándose el pelo hacia atrás*) He de estar serena. (*Se sienta.*) Porque vendrán las vecinas y no quiero que me vean tan pobre. ¡Tan pobre! Una mujer que no tiene un hijo siquiera que poderse llevar a los labios. (*Aparece la novia. Viene sin azahar y con un manto negro.*)

VECINA (*Viendo a la novia, con rabia*) ¿Dónde vas?

NOVIA Aquí vengo.

MADRE (*A la vecina*) ¿Quién es?

VECINA ¿No la reconoces?

MADRE Por eso pregunto quién es. Porque tengo que no reconocerla, para no clavarla mis dientes en el cuello. ¡Víbora! (*Se dirige hacia la novia con ademán fulminante; se detiene. A la vecina.*) ¿La ves? Está ahí, y está llorando, y yo quieta, sin arrancarle los ojos. No me entiendo. ¿Será que yo no quería a mi hijo? Pero, ¿y su honra? ¿Dónde está su honra? (*Golpea a la novia. Ésta cae al suelo.*)

VECINA ¡Por Dios! (*Trata de separarlas.*)

NOVIA (*A la vecina*) Déjala; he venido para que me mate y que me lleven con ellos. (*A la madre.*) Pero no con las manos; con garfios de alambre, con una hoz, y con fuerza, hasta que se rompa en mis huesos. ¡Déjala! Que quiero que sepa que yo soy limpia, que estaré loca, pero que me puedan enterrar sin que ningún hombre se haya mirado en la blancura de mis pechos.

MADRE Calla, calla; ¿qué me importa eso a mí?

NOVIA ¡Porque yo me fui con el otro, me fui! (*Con angustia*) Tú también te hubieras ido. Yo era una mujer quemada, llena de llagas por dentro y por fuera, y tu hijo era un poquito de agua de la que yo esperaba hijos, tierra, salud; pero el otro era un río oscuro, lleno de ramas, que acercaba a mí el rumor de sus juncos y su cantar entre dientes. Y yo corría con tu hijo que era como un niñito de agua fría, y el otro me mandaba cientos de pájaros que me impedían el andar y que dejaban escarcha sobre mis heridas de pobre mujer marchita, de muchacha acariciada por el fuego. Yo no quería, ¡óyelo bien!; yo no quería, ¡óyelo bien!. Yo no quería. ¡Tu hijo era mi fin y yo no lo he engañado, pero el brazo del otro me arrastró como un golpe de mar, como la cabezada de un mulo, y me hubiera arrastrado siempre, siempre, siempre, aunque hubiera sido vieja y todos los hijos de tu hijo me hubiesen agarrado de los cabellos! (*Entra una vecina.*)

MADRE Ella no tiene culpa, ¡ni yo! (*Sarcástica.*) ¿Quién la tiene, pues? ¡Floja.

delicada, mujer de mal dormir es quien tira una corona de azahar para buscar un pedazo de cama calentado por otra mujer¡

NOVIA ¡Calla, calla! Véngate de mí; ¡aquí estoy! Mira que mi cuello es blando; te costará menos trabajo que segar una dalia de tu huerto. Pero ¡eso no! Honrada, honrada como una niña recién nacida. Y fuerte para demostrártelo. Enciende la lumbre. Vamos a meter las manos; tú por tu hijo; yo, por mi cuerpo. La retirarás antes tú. (*Entra otra vecina.*)

MADRE Pero ¿qué me importa a mí tu honradez? ¿Qué me importa tu muerte? ¿Qué me importa a mí nada de nada? Benditos sean los trigos, porque mis hijos están debajo de ellos; bendita sea la lluvia, porque moja la cara de los muertos. Bendito sea Dios, que nos tiende juntos para descansar. (*Entra otra vecina.*)

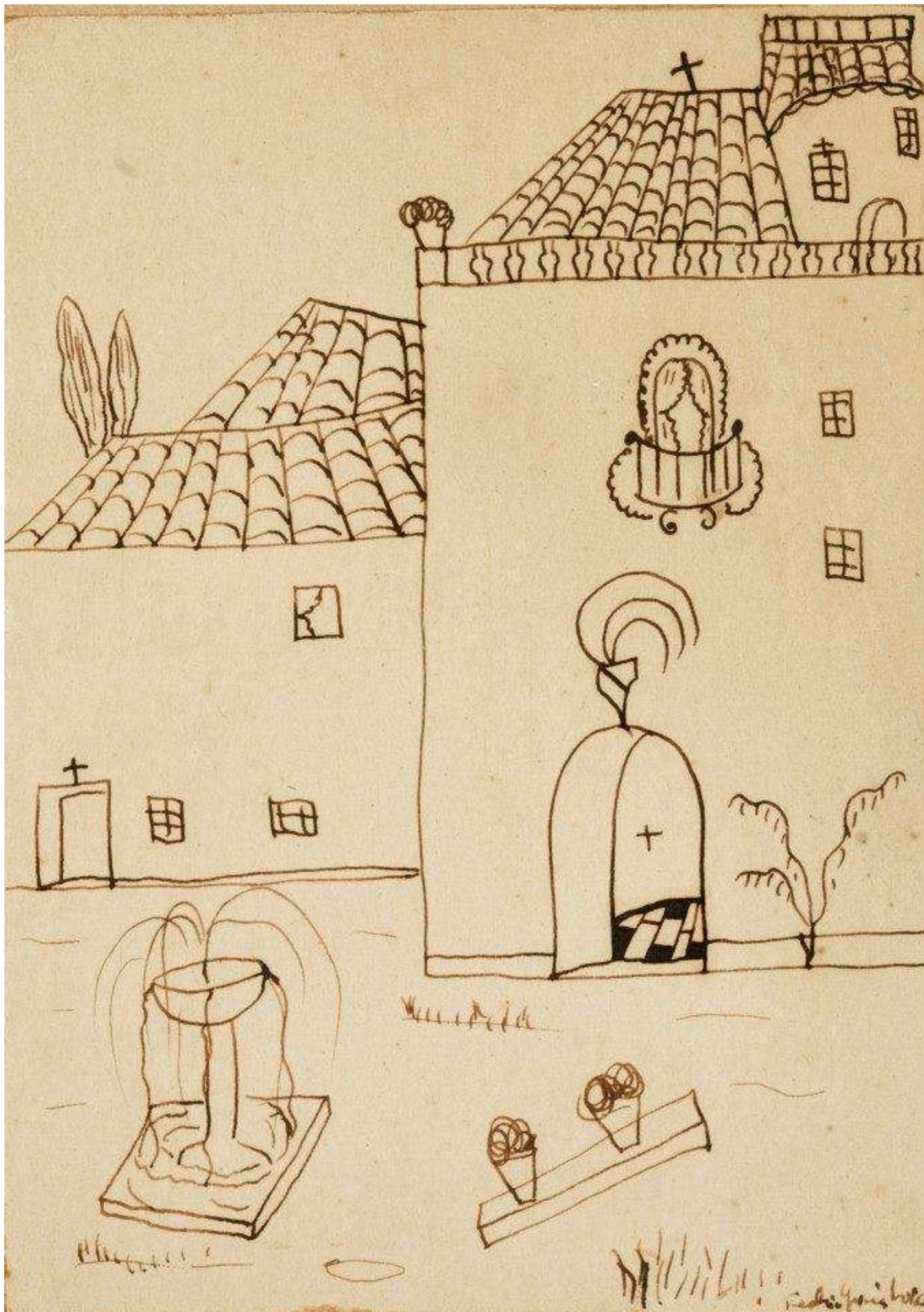
NOVIA Déjame llorar contigo.

MADRE Llora, pero en la puerta. (*Entra la niña. La novia queda en la puerta. La madre en el centro de la escena.*)

MUJER (*Entrando y dirigiéndose a la izquierda*)
Era hermoso jinete,
y ahora montón de nieve.
Corrió ferias y montes
y brazos de mujeres.
Ahora, musgo de noche
le corona la frente.
MADRE
Girasol de tu madre,
espejo de la tierra.
Que te pongan al pecho
cruz de amargas adelfas;
sábana que te cubra
de reluciente seda,
y el agua forme un llanto
entre tus manos quietas.
MUJER
¡Ay, qué cuatro muchachos
llegan con hombros cansados!
NOVIA
¡Ay, qué cuatro galanes
traen a la muerte por el aire!
MADRE
Vecinas.
NIÑA (*En la puerta*)
Ya los traen.

MADRE
Es lo mismo.
La cruz, la cruz.
MUJERES
Dulces clavos,
dulce cruz,
dulce nombre
de Jesús.
NOVIA
Que la cruz ampare a muertos y vivos.
MADRE
Vecinas: con un cuchillo,
con un cuchillito,
en un día señalado, entre las dos y las tres,
se mataron los dos hombres del amor.
Con un cuchillo.
con un cuchillito
que apenas cabe en la mano,
pero que penetra fino
por las carnes asombradas
y que se para en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.
NOVIA
Y esto es un cuchillo,
un cuchillito
que apenas cabe en la mano;
pez sin escamas ni río,
para que un día señalado, entre las dos y las tres,
con este cuchillo
se queden dos hombres duros
con los labios amarillos.
MADRE
Y apenas cabe en la mano.
pero que penetra frío
por las carnes asombradas
y allí se para, en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.
(*Las vecinas, arrodilladas en el suelo, lloran.*)

(*TELÓN*).



"Paisaje urbano". Tinta marrón sobre papel pegado a cartón. 15 x 10,6 cm. Legado Scheimberg.

Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires.

YERMA

Poema trágico en tres actos y seis cuadros

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Personajes

YERMA
MARÍA
VIEJA PAGANA
DOLORES
LAVANDERA PRIMERA
LAVANDERA SEGUNDA
LAVANDERA TERCERA
LAVANDERA CUARTA
LAVANDERA QUINTA
LAVANDERA SEXTA
MUCHACHA PRIMERA
MUCHACHA SEGUNDA
HEMBRA
CUÑADA PRIMERA
CUÑADA SEGUNDA
MUJER PRIMERA
MUJER SEGUNDA
NIÑOS
JUAN
VÍCTOR
MACHO
HOMBRE PRIMERO
HOMBRE SEGUNDO
HOMBRE TERCERO

Acto primero

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón está Yerma dormida con un tabaque de costura a los pies. La escena tiene una extraña luz de sueño. Un Pastor sale de puntillas, mirando fijamente a Yerma. Lleva de la mano a un niño vestido de blanco. Suena el reloj. Cuando sale el pastor, la luz azul se cambia por una alegre luz de mañana de primavera. Yerma se despierta.

CANTO

VOZ (*dentro*)

A la nana, nana, nana,
a la nanita le haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos.

YERMA Juan. ¿Me oyes? Juan.

JUAN Voy.

YERMA Ya es la hora.

JUAN ¿Pasaron las yuntas?

YERMA Ya pasaron todas.

JUAN Hasta luego. (*Va a salir.*)

YERMA ¿No tomas un vaso de leche?

JUAN ¿Para qué?

YERMA Trabajas mucho y no tienes tú cuerpo para resistir los trabajos.

JUAN Cuando los hombres se quedan enjutos se ponen fuertes, como el acero.

YERMA Pero tú no. Cuando nos casamos eras otro. Ahora tienes la cara blanca como si no te diera en ella el sol. A mí me gustaría que fueras al río y nadaras, y que te subieras al tejado cuando la lluvia cala nuestra vivienda. Veinticuatro meses llevamos casados y tú cada vez más triste, más enjuto, como si crecieras al revés.

JUAN ¿Has acabado?

YERMA (*Levantándose.*) No lo tomes a mal. Si yo estuviera enferma me gustaría que tú me cuidases. «Mi mujer está enferma: voy a matar este cordero para hacerle un buen guiso de carne. Mi mujer está enferma: voy a guardar esta enjundia de gallina para aliviar su pecho; voy a llevarle esta piel de oveja para guardar sus pies de la nieve.» Así soy yo. Por eso te cuido.

JUAN Y yo te lo agradezco.

YERMA Pero no te dejas cuidar.

JUAN Es que no tengo nada. Todas esas cosas son suposiciones tuyas. Trabajo mucho. Cada año seré más viejo.

YERMA Cada año... Tú y yo seguiremos aquí cada año...

JUAN(*Sonriente.*) Naturalmente. Y bien sosegados. Las cosa de la labor van bien, no tenemos hijos que gasten.

YERMA No tenemos hijos... ¡Juan!

JUAN Dime.

YERMA ¿Es que yo no te quiero a ti?

JUAN Me quieres.

YERMA Yo conozco muchachas que han temblado y lloraron antes de entrar en la cama con sus maridos. ¿Lloré yo la primera vez que me acosté contigo? ¿No cantaba al levantar los embozos de Holanda? ¿Y no te dije: «¡Cómo huelen a manzana estas ropas!?

JUAN ¡Eso dijiste!

YERMA Mi madre lloró porque no sentí separarme de ella. ¡Y era verdad! Nadie se casó con más alegría. Y sin embargo...

JUAN Calla.

YERMA Y sin embargo...

JUAN Calla. Demasiado trabajo tengo yo con oír en todo momento...

YERMA No. No me repitas lo que dicen. Yo veo por mis ojos que eso no puede ser... A fuerza de caer la lluvia sobre las piedras éstas se ablandan y hacen crecer jaramagos, que las gentes dicen que no sirven para nada. Los jaramagos no sirven para nada, pero yo bien los veo mover sus flores amarillas en el aire.

JUAN ¡Hay que esperar!

YERMA ¡Sí, queriendo! (*Yerma abraza y besa al Marido, tomando ella la iniciativa.*)

JUAN Si necesitas algo me lo dices y lo traeré. Ya sabes que no me gusta que salgas.

YERMA Nunca salgo.

JUAN Estás mejor aquí.

YERMA Sí.

JUAN La calle es para la gente desocupada.

YERMA (*Sombría.*) Claro.

(*El Marido sale y Yerma se dirige a la costura, se pasa la mano por el vientre, alza los brazos en un hermoso bostezo y se sienta a coser.*)

¿De dónde vienes, amor, mi niño?
«De la cresta del duro frío.»
(*Enhebra la aguja*)
¿Qué necesitas, amor, mi niño?
«La tibia tela de tu vestido.»
¡Que se agiten las ramas al sol
y salten las fuentes alrededor!
(*Como si hablara con un niño.*)
En el patio ladra el perro,
en los árboles canta el viento.
Los bueyes mugen al boyero

y la luna me riza los cabellos.
¿Qué pides, niño, desde tan lejos?
(*Pausa*)
«Los blancos montes que hay en tu pecho.»
¡Que se agiten las ramas al sol
y salten las fuentes alrededor!
(*Cosiendo*)
Te diré, niño mío, que sí.
Tronchada y rota soy para ti.
¡Cómo me duele esta cintura
donde tendrás primera cuna!
¿Cuándo, mi niño, vas a venir?
(*Pausa*)
«Cuando tu carne huela a jazmín.
¡Que se agiten las ramas al sol
y salten las fuentes alrededor!
(*Yerma queda cantando. Por la puerta entra María, que viene con un lío de ropa.*)

YERMA ¿De dónde vienes?

MARÍA De la tienda.

YERMA ¿De la tienda tan temprano?

MARÍA Por mi gusto hubiera esperado en la puerta a que abrieran. ¿Y a que no sabes lo que he comprado?

YERMA Habrás comprado café para el desayuno, azúcar, los panes.

MARÍA No. He comprado encajes, tres varas de hilo, cintas y lana de color para hacer madroños. El dinero lo tenía mi marido y me lo ha dado él mismo.

YERMA Te vas a hacer una blusa.

MARÍA No, es porque... ¿sabes?

YERMA ¿Qué?

MARÍA Porque ¡ya ha llegado! (*Queda con la cabeza baja.) (Yerma se levanta y queda mirándola con admiración.)*

YERMA ¡A los cinco meses!

MARÍA Sí.

YERMA ¿Te has dado cuenta de ello?

MARÍA Naturalmente.

YERMA (*Con curiosidad.*)¿Y qué sientes?

MARÍA No sé. (*Pausa.*) Angustia.

YERMA Angustia. (*Agarrada a ella.*) Pero... ¿cuándo llegó? Dime... Tú estabas descuidada...

MARÍA Sí, descuidada...

YERMA Estarías cantando, ¿verdad? Yo canto. ¿Tú?..., dime

MARÍA No me preguntes. ¿No has tenido nunca un pájaro vivo apretado en la mano?

YERMA Sí.

MARÍA Pues lo mismo... pero por dentro de la sangre.

YERMA ¡Qué hermosura! (*La mira extraviada.*)

MARÍA Estoy aturdida. No sé nada.

YERMA ¿De qué?

MARÍA De lo que tengo que hacer. Le preguntaré a mi madre.

YERMA ¿Para qué? Ya está vieja y habrá olvidado estas cosas. No andes mucho y cuando respires respira tan suave como si tuvieras una rosa entre los dientes.

MARÍA Oye, dicen que más adelante te empuja suavemente con las piernecitas.

YERMA Y entonces es cuando se le quiere más, cuando se dice ya ¡mi hijo!

MARÍA En medio de todo tengo vergüenza.

YERMA ¿Qué ha dicho tu marido?

MARÍA Nada.

YERMA ¿Te quiere mucho?

MARÍA No me lo dice, pero se pone junto a mí y sus ojos tiemblan como dos hojas verdes.

YERMA ¿Sabía él que tú...?

MARÍA Sí.

YERMA ¿Y por qué lo sabía?

MARÍA No sé. Pero la noche que nos casamos me lo decía constantemente con su boca puesta en mi mejilla, tanto que a mí me parece que mi niño es un palomo de lumbre que él me deslizó por la oreja.

YERMA ¡Dichosa!

MARÍA Pero tú estás más enterada de esto que yo.

YERMA ¿De qué me sirve?

MARÍA ¡Es verdad! ¿Por qué será eso? De todas las novias de tu tiempo tú eres la única...

YERMA Es así. Claro que todavía es tiempo. Elena tardó tres años, y otras antiguas, del tiempo de mi madre, mucho más, pero dos años y veinte días, como yo, es demasiada espera. Pienso que no es justo que yo me consuma aquí. Muchas veces salgo descalza al patio para pisar la tierra, no sé por qué. Si sigo así, acabaré volviéndome mala.

MARÍA ¡Pero ven acá, criatura! Hablas como si fueras una vieja. ¡Qué digo! Nadie puede quejarse de estas cosas. Una hermana de mi madre lo tuvo a los catorce años, ¡y si vieras qué hermosura de niño!

YERMA (*Con ansiedad.*) ¿Qué hacía?

MARÍA Lloraba como un torito, con la fuerza de mil cigarras cantando a la vez, y nos orinaba y nos tiraba de las trenzas y, cuando tuvo cuatro meses, nos llenaba la cara de arañazos.

YERMA (*Riendo.*) Pero esas cosas no duelen.

MARÍA Te diré...

YERMA ¡Bah! Yo he visto a mi hermana dar de mamar a su niño con el pecho lleno de grietas y le producía un gran dolor, pero era un dolor fresco, bueno, necesario para la salud.

MARÍA Dicen que con los hijos se sufre mucho.

YERMA Mentira. Eso lo dicen las madres débiles, las quejumbrosas. ¿Para qué los tienen? Tener un hijo no es tener un ramo de rosas. Hemos de sufrir para verlos crecer. Yo pienso que se nos va la mitad de nuestra sangre. Pero esto es bueno, sano, hermoso. Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tienen se les vuelve veneno, como me va a pasar a mí.

MARÍA No sé lo que tengo.

YERMA Siempre oí decir que las primerizas tienen susto.

MARÍA (*Tímida.*) Veremos... Como tú coses tan bien...

YERMA (*Cogiendo el lío.*) Trae. Te cortaré los trajecitos. ¿Y esto?

MARÍA Son los pañales.

YERMA Bien. (*Se sienta.*)

MARÍA Entonces... Hasta luego.

(*Se acerca y Yerma le coge amorosamente el vientre con las manos.*)

YERMA No corras por las piedras de la calle.

MARÍA Adiós. (*La besa. Sale.*)

YERMA ¡Vuelve pronto! (*Yerma queda en la misma actitud que al principio. Coge las tijeras y empieza a cortar. Sale Víctor.*) Adiós, Víctor.

VÍCTOR (*Es profundo y lleno de firme gravedad.*) ¿Y Juan?

YERMA En el campo.

VÍCTOR ¿Qué coses?

YERMA Corto unos pañales.

VÍCTOR (*Sonriente.*) ¡Vamos!

YERMA (*Ríe.*) Los voy a rodear de encajes.

VÍCTOR Si es niña le pondrás tu nombre.

YERMA (*Temblando.*) ¿Cómo?...

VÍCTOR Me alegro por ti.

YERMA (*Casi ahogada.*) No..., no son para mí. Son para el hijo de María

VÍCTOR Bueno, pues a ver si con el ejemplo te animas. En esta casa hace falta un niño.

YERMA . (*Con angustia.*) Hace falta.

VÍCTOR Pues adelante. Dile a tu marido que piense menos en el trabajo.

Quiere juntar dinero y lo juntará, pero ¿a quién lo va a dejar cuando se muera? Yo me voy con las ovejas. Le dices a Juan que recoja las dos que me compró. Y en cuanto a lo otro..., ¡que ahonde! (*Se va sonriente.*)

YERMA (*Con pasión.*) Eso; ¡que ahonde! (*Yerma, que en actitud pensativa se levanta y acude al sitio donde ha estado Víctor y respira fuertemente como si aspirara aire de montaña, después va al otro lado de la habitación, como buscando algo, y de allí vuelve a sentarse y coge otra vez la costura. Comienza a coser y queda con los ojos fijos en un punto.*)

Te diré, niño mío, que sí.
Tronchada y rota soy para ti.
¡Cómo me duele esta cintura
donde tendrás primera cuna!
¿Cuándo, mi niño, vas a venir?
«Cuando tu carne huela a jazmín.
(*TELÓN*).

CUADRO SEGUNDO

Campo. Sale YERMA. Trae una cesta. Sale la Vieja 1

YERMA Buenos días.

VIEJA Buenos los tenga la hermosa muchacha. ¿Dónde vas?

YERMA Vengo de llevar la comida a mi esposo, que trabaja en los olivos.

VIEJA ¿Llevas mucho tiempo de casada?

YERMA Tres años.

VIEJA ¿Tienes hijos?

YERMA No.

VIEJA ¡Bah! ¡Ya tendrás!

YERMA (*Con ansia.*) ¿Usted lo cree?

VIEJA ¿Por qué no? (*Se sienta.*) También yo vengo de traer la comida a mi esposo. Es viejo. Todavía trabaja. Tengo nueve hijos como nueve soles, pero, como ninguno es hembra, aquí me tienes a mí de un lado para otro.

YERMA Usted vive al otro lado del río.

VIEJA Sí. En los molinos. ¿De qué familia eres tú?

YERMA Yo soy hija de Enrique el pastor.

VIEJA ¡Ah! Enrique el pastor. Lo conocí. Buena gente. Levantarse, sudar, comer unos panes y morirse. Ni más juego, ni más nada. Las ferias para otros. Criaturas de silencio. Pude haberme casado con un tío tuyo. Pero ¡ca! Yo he sido una mujer de faldas en el aire, he ido flechada a la tajada de melón, a la fiesta, a la torta de azúcar. Muchas veces me he asomado de madrugada a la puerta creyendo oír música de bandurria que iba, que venía, pero era el aire. (*Ríe.*) Te vas a reír de mí. He tenido dos maridos, catorce hijos, seis murieron, y sin embargo no estoy

triste y quisiera vivir mucho más. Es lo que digo yo: las higueras, ¡cuánto duran!; las casas, ¡cuánto duran!; y sólo nosotras, las endemoniadas mujeres, nos

hacemos polvo por cualquier cosa.

YERMA Yo quisiera hacerle una pregunta.

VIEJA ¿A ver? (*La mira.*) Ya sé lo que me vas a decir. De estas cosas no se puede decir palabra. (*Se levanta.*)

YERMA (*Deteniéndola.*) ¿Por qué no? Me ha dado confianza el oírla hablar. Hace tiempo estoy deseando tener conversación con mujer Vieja. Porque yo quiero enterarme. Sí. Usted me dirá...

VIEJA ¿Qué?

YERMA (*Bajando la voz.*) Lo que usted sabe. ¿Por qué estoy yo seca? ¿Me he de quedar en plena vida para cuidar aves o poner cortinitas planchadas en mi ventanillo? No. Usted me ha de decir lo que tengo que hacer, que yo haré lo que sea; aunque me mande clavarme agujas en el sitio más débil de mis ojos.

VIEJA ¿Yo? Yo no sé nada. Yo me he puesto boca arriba y he comenzado a cantar. Los hijos llegan como el agua. ¡Ay! ¿Quién puede decir que este cuerpo que tienes no es hermoso? Pisas, y al fondo de la calle relincha el caballo. ¡Ay! Déjame, muchacha, no me hagas hablar. Pienso muchas ideas que no quiero decir.

YERMA ¿Por qué? Con mi marido no hablo de otra cosa.

VIEJA Oye. ¿A ti te gusta tu marido?

YERMA . ¿Cómo?

VIEJA ¿Qué si lo quieres? ¿Si deseas estar con él?...

YERMA No sé.

VIEJA ¿No tiemblas cuando se acerca a ti? ¿No te da así como un sueño cuando acerca sus labios? Dime.

YERMA No. No lo he sentido nunca.

VIEJA ¿Nunca? ¿Ni cuando has bailado?

YERMA (*Recordando.*) Quizá... Una vez... Víctor...

VIEJA Sigue .

YERMA Me cogió de la cintura y no pude decirle nada porque no podía hablar. Otra vez, el mismo

Víctor, teniendo yo catorce años (él era un zagalón), me cogió en sus brazos para saltar una acequia y me entró un temblor que me sonaron los dientes. Pero es que yo he sido vergonzosa.

VIEJA ¿Y con tu marido?...

YERMA Mi marido es otra cosa. Me lo dio mi padre y yo lo acepté. Con alegría. Ésta es la pura verdad. Pues el primer día que me puse novia con él ya pensé... en los hijos... Y me miraba en sus ojos. Sí, pero era para verme muy chica, muy manejable, como si yo misma fuera hija mía.

VIEJA Todo lo contrario que yo. Quizá por eso no hayas parido a tiempo.

Los hombres tienen que gustar, muchacha. Han de deshacernos las trenzas y darnos de beber agua en su misma boca. Así corre el mundo.

YERMA El tuyo, que el mío, no. Yo pienso muchas cosas, muchas, y estoy segura que las cosas que pienso las ha de realizar mi hijo. Yo me entregué a mi marido por él, y me sigo entregando para ver si llega, pero nunca por divertirme.

VIEJA ¡Y resulta que estás vacía!

YERMA No, vacía no, porque me estoy llenando de odio. Dime, ¿tengo yo la culpa? ¿Es preciso buscar en el hombre el hombre nada más? Entonces, ¿qué vas a pensar cuando te deja en la cama con los ojos tristes mirando al techo y da media vuelta y se duerme? ¿He de quedarme pensando en él o en lo que puede salir relumbrando de mi pecho? Yo no sé, pero dímelo tú, por caridad. (*Se arrodilla.*)

VIEJA ¡Ay qué flor abierta! ¡Qué criatura tan hermosa eres! Déjame. No me hagas hablar más. No quiero hablarte más. Son asuntos de honra y yo no quemo la honra de nadie. Tú sabrás. De todos modos, debías ser menos inocente.

YERMA (*Triste.*) Las muchachas que se crían en el campo, como yo, tienen cerradas todas las puertas. Todo se vuelven medias palabras, gestos, porque todas estas cosas dicen que no se pueden saber. Y tú también, tú también te callas y te vas con aire de doctora, sabiéndolo todo, pero negándolo a la que se muere de sed.

VIEJA A otra mujer serena yo le hablaría. A ti, no. Soy vieja y se lo que digo.

YERMA Entonces, que Dios me ampare.

VIEJA Dios, no. A mí no me ha gustado nunca Dios. ¿Cuándo os vais a dar cuenta de que no existe?

Son los hombres los que te tienen que amparar.

YERMA Pero ¿por qué me dices eso?, ¿por qué?

VIEJA (*Yéndose.*) Aunque debía haber Dios, aunque fuera pequeñito, para que mandara rayos contra los hombres de simiente podrida que encharcan la alegría de los campos.

YERMA No sé lo que me quieres decir.

VIEJA (*Sigue.*) Bueno, yo me entiendo. No pases tristeza. Espera en firme. Eres muy joven todavía. ¿Qué quieres que haga yo? (*Se va.) (Aparecen dos Muchachas.)*

MUCHACHA 1 Por todas partes nos vamos encontrando gente.

YERMA Con las faenas, los hombres están en los olivos, hay que traerles de comer. No quedan en las casas más que los ancianos.

MUCHACHA 2 ¿Tú regresas al pueblo?

YERMA Hacia allá voy.

MUCHACHA I Yo llevo mucha prisa. Me dejé al niño dormido y no hay nadie en casa.

YERMA Pues aligera, mujer. Los niños no se pueden dejar solos. ¿Hay

cerdos en tu casa?

MUCHACHA I No. Pero tienes razón. Voy deprisa.

YERMA Anda. Así pasan las cosas. Seguramente lo has dejado encerrado.

MUCHACHA 1 Es natural.

YERMA Sí, pero es que no os dais cuenta lo que es un niño pequeño. La causa que nos parece más inofensiva puede acabar con él. Una agujita, un sorbo de agua.

MUCHACHA I Tienes razón. Voy corriendo. Es que no me doy bien cuenta de las cosas.

YERMA Anda.

MUCHACHA 2 Si tuvieras cuatro o cinco, no hablarías así.

YERMA ¿Por qué? Aunque tuviera cuarenta

MUCHACHA 2 De todos modos, tú y yo, con no tenerlos, vivimos más tranquilas.

YERMA Yo, no.

MUCHACHA 2 Yo, sí. ¡Qué afán! En cambio mi madre no hace mas que darme yerbajos para que los tenga y en octubre iremos al Santo que dicen que los da a la que lo pide con ansia. Mi madre pedirá. Yo, no.

YERMA ¿Por qué te has casado?

MUCHACHA 2 Porque me han casado. Se casan todas. Si seguimos así, no va a haber solteras más que las niñas. Bueno, y además..., una se casa en realidad mucho antes de ir a la iglesia. Pero las viejas se empeñan en todas estas cosas. Yo tengo diecinueve años y no me gusta guisar, ni lavar. Bueno, pues todo el día he de estar haciendo lo que no me gusta. ¿Y para qué? ¿Qué necesidad tiene mi marido de ser mi marido? Porque lo mismo hacíamos de novios que ahora. Tonterías de los viejos.

YERMA Calla, no digas esas cosas.

MUCHACHA 2 También tú me dirás loca. «¡La loca, la loca!» (*Ríe.*) Yo te puedo decir lo único que he aprendido en la vida: toda la gente está metida dentro de sus casas haciendo lo que no les gusta. Cuánto mejor se está en medio de la calle. Ya voy al arroyo, ya subo a tocar las campanas, ya me tomo un refresco de anís.

YERMA Eres una niña.

MUCHACHA 2 Claro pero no estoy loca. (*Ríe.*)

YERMA ¿Tu madre vive en la parte más alta del pueblo?

MUCHACHA 2 Sí.

YERMA ¿En la última casa?

MUCHACHA 2 Sí.

YERMA ¿Cómo se llama?

MUCHACHA 2 Dolores. ¿Por qué preguntas?

YERMA Por nada.

MUCHACHA 2 Por algo preguntarás.

YERMA No sé..., es un decir...

MUCHACHA 2 Allá tú... Mira, me voy a dar la comida a mi marido. (*Ríe.*) Es lo que hay que ver. ¡Qué lástima no poder decir mi novio! ¿Verdad? (*Se va riendo alegremente*) ¡Adiós!

VOZ DE VÍCTOR (*Cantando*)
¿Por qué duermes solo, pastor?
¿Por qué duermes solo, pastor?
En mi colcha de lana
dormirías mejor.
¿Por qué duermes solo, pastor?

YERMA (*Escuchando*)
¿Por qué duermes solo, pastor?
En mi colcha de lana
dormirías mejor.
Tu colcha de oscura piedra,
pastor,
y tu camisa de escarcha,
pastor,
juncos grises del invierno
en la noche de tu cama.
Los robles ponen agujas,
pastor,
debajo de tu almohada,
pastor,
y si oyes voz de mujer
es la rota voz del agua.
Pastor, pastor.
¿Qué quiere el monte de ti,
pastor?
Monte de hierbas amargas,
¿qué niño te está matando?
¡La espina de la retama!
(*Va a salir y se tropieza con Víctor, que entra.*)

VÍCTOR (*Alegre.*) ¿Dónde va lo hermoso?

YERMA . ¿Cantabas tú?

VÍCTOR Yo.

YERMA ¡Qué bien! Nunca te había sentido.

VÍCTOR ¿No?

YERMA Y qué voz tan pujante. Parece un chorro de agua que te llena toda la boca.

VÍCTOR Soy alegre.

YERMA Es verdad.

VÍCTOR Como tú triste.

YERMA No soy triste. Es que tengo motivos para estarlo.

VÍCTOR Y tu marido más triste que tú.

YERMA Él sí. Tiene un carácter seco.

VÍCTOR Siempre fue igual. (*Pausa. Yerma está sentada.*) ¿Viniste a traer la comida?

YERMA Sí. (*Lo mira. Pausa.*) ¿Qué tienes aquí? (*Señala la cara.*)

VÍCTOR ¿Dónde?

YERMA (*Se levanta y se acerca a Víctor.*) Aquí... en la mejilla. Como una quemadura.

VÍCTOR No es nada.

YERMA Me había parecido. (*Pausa*)

VÍCTOR Debe ser el sol...

YERMA Quizá... (*Pausa. El silencio se acentúa y sin el menor gesto comienza una lucha entre los dos personajes.) (Temblando.)* ¿Oyes?

VÍCTOR ¿Qué?

YERMA ¿No sientes llorar?

VÍCTOR (*Escuchando.*) No.

YERMA Me había parecido que lloraba un niño.

VÍCTOR ¿Sí?

YERMA Muy cerca. Y lloraba como ahogado.

VÍCTOR Por aquí hay siempre muchos niños que vienen a robar fruta.

YERMA No. Es la voz de un niño pequeño. (*Pausa*)

VÍCTOR No oigo nada.

YERMA Serán ilusiones mías. (*Lo mira fijamente, y Víctor la mira también y desvía la mirada lentamente, como con miedo.) (Sale Juan)*

JUAN ¿Qué haces todavía aquí?

YERMA Hablaba.

VÍCTOR Salud. (*Sale.*)

JUAN Debías estar en casa.

YERMA Me entretuve.

JUAN No comprendo en qué te has entretenido.

YERMA Oí cantar los pájaros.

JUAN Está bien. Así darás que hablar a las gentes.

YERMA (*Fuerte.*) Juan, ¿qué piensas?

JUAN No lo digo por ti, lo digo por las gentes.

YERMA ¡Puñalada que le den a las gentes!
JUAN No maldigas. Está feo en una mujer.
YERMA Ojalá fuera yo una mujer.
JUAN Vamos a dejarnos de conversación. Vete a la casa. (*Pausa*)
YERMA Está bien. ¿Te espero?
JUAN No. Estaré toda la noche regando. Viene poca agua, es mía hasta la salida del sol y tengo que defenderla de los ladrones. Te acuestas y te duermes.
YERMA (*Dramática.*) ¡Me dormiré! (*Sale.*)
(*TELÓN*).

Acto segundo

CUADRO PRIMERO

Torrente donde lavan las mujeres del pueblo. Las Lavanderas están situadas en varios planos. Canto a telón corrido:

En el arroyo frío
lavo tu cinta.
Como un jazmín caliente
tienes la risa.

LAVANDERA 1 A mí no me gusta hablar.
LAVANDERA 3 Pero aquí se habla.
LAVANDERA 4Y no hay mal en ello.
LAVANDERA 5 La que quiera honra que la gane.
LAVANDERA 4
Yo planté un tomillo,
yo lo vi crecer.
El que quiera honra,
que se porte bien.
(*Ríen.*)
LAVANDERA 5 Así se habla.
LAVANDERA 1 Pero es que nunca se sabe nada.
LAVANDERA 4 Lo cierto es que el marido se ha llevado vivir con ellos a sus dos hermanas.
LAVANDERA 5 ¿Las solteras?
LAVANDERA 4 Sí. Estaban encargadas de cuidar la iglesia y ahora cuidarán de su cuñada. Yo no podría vivir con ellas
LAVANDERA 1 ¿Por qué?
LAVANDERA 4 Porque dan miedo. Son como esas hojas grandes que nacen de pronto sobre los sepulcros. Están untadas con cera. Son metidas hacia adentro. Se me figura que guisan su comida con el aceite de las lámparas.

LAVANDERA 3 ¿Y están ya en la casa?

LAVANDERA 4 Desde ayer. El marido sale otra vez a sus tierras.

LAVANDERA 1 ¿Pero se puede saber lo que ha ocurrido?

LAVANDERA 5 Anteanoche, ella la pasó sentada en el tranco, a pesar del frío.

LAVANDERA 1 Pero, ¿por qué?

LAVANDERA 4 Le cuesta trabajo estar en su casa.

LAVANDERA 5 Estas machorras son así: cuando podían estar haciendo encajes o confituras de manzanas, les gusta subirse al tejado y andar descalzas por esos ríos.

LAVANDERA 1 ¿Quién eres tú para decir estas cosas? Ella no tiene hijos, pero no es por culpa suya.

LAVANDERA 4 Tiene hijos la que quiere tenerlos. Es que las regalonas, las flojas, las endulzadas, no son a propósito para llevar el vientre arrugado. (*Ríen*)

LAVANDERA 3 Y se echan polvos de blancura y colorete y se prenden ramos de adelfa en busca de otro que no es su marido.

LAVANDERA 5 ¡No hay otra verdad!

LAVANDERA 1 Pero ¿vosotras la habéis visto con otro?

LAVANDERA 4 Nosotras no, pero las gentes sí.

LAVANDERA 1 ¡Siempre las gentes!

LAVANDERA 5 Dicen que en dos ocasiones.

LAVANDERA 2 ¿Y qué hacían?

LAVANDERA 4 Hablaban.

LAVANDERA 1 Hablar no es pecado.

LAVANDERA 4 Hay una cosa en el mundo que es la mirada. Mi madre lo decía. No es lo mismo una mujer mirando a unas rosas que una mujer mirando a los muslos de un hombre. Ella lo mira.

LAVANDERA 1 ¿Pero a quién?

LAVANDERA 4 A uno. ¿Lo oyes? Entérate tú. ¿Quieres que lo diga más alto?(*Risas.*) Y cuando no lo mira, porque está sola, porque no lo tiene delante, lo lleva retratado en los ojos.

LAVANDERA 1. ¡Eso es mentira! *(Algazara)*

LAVANDERA 5 ¿Y el marido?

LAVANDERA 3 El marido está como sordo. Parado como un lagarto puesto al sol. (*Ríen*)

LAVANDERA 1 Todo esto se arreglaría si tuvieran criaturas.

LAVANDERA 2 Todo esto son cuestiones de gente que no tiene conformidad con su sino.

LAVANDERA 4 Cada hora que transcurre aumenta el infierno en aquella casa. Ella y las cuñadas, sin despegar los labios, blanquean todo el día las paredes,

friegan los cobres, limpian con vaho los cristales, dan aceite a la solería. Pues, cuando más relumbra la vivienda, más arde por dentro.

LAVANDERA 1 Él tiene la culpa, él. Cuando un padre no da hijos debe cuidar de su mujer.

LAVANDERA 4 La culpa es de ella, que tiene por lengua un pedernal.

LAVANDERA 1 ¿Qué demonio se te ha metido entre los cabellos para que hables así?

LAVANDERA 4¿Y quién ha dado licencia a tu boca para que me des consejos?

LAVANDERA 5 ¡Callar! (*Risas.*)

LAVANDERA 1 Con una aguja de hacer calceta ensartaría yo las lenguas murmuradoras.

LAVANDERA 5 ¡Calla!

LAVANDERA 4 Y yo la tapa del pecho de las fingidas.

LAVANDERA 5 Silencio. ¿No ves que por ahí vienen las cuñadas?

(*Murmullos. Entran las dos cuñadas de Yerma. Van vestidas de luto. Se ponen a lavar en medio de un silencio. Se oyen esquilas.*)

LAVANDERA 1 ¿Se van ya los zagales?

LAVANDERA 3 Sí, ahora salen todos los rebaños.

LAVANDERA 4 (*Aspirando.*) Me gusta el olor de las ovejas.

LAVANDERA 3 ¿Sí?

LAVANDERA 4 ¿Y por qué no? Olor de lo que una tiene. Cómo me gusta el olor del fango rojo que trae el río por el invierno.

LAVANDERA 3 Caprichos.

LAVANDERA 5 (*Mirando.*) Van juntos todos los rebaños.

LAVANDERA 4 Es una inundación de lana. Arramblan con todo. Si los trigos verdes tuvieran cabeza, temblarían de verlos venir.

LAVANDERA 3 ¡Mira como corren! ¡Qué manada de enemigos!

LAVANDERA 1 Ya salieron todos, no falta uno.

LAVANDERA 4 A ver... No... sí, sí falta uno.

LAVANDERA 5 ¿Cuál?...

LAVANDERA 4 El de Víctor.

(*Las dos cuñadas se yerguen y miran) (Cantando entre dientes)*

En el arroyo frío
lavo tu cinta.
Como un jazmín caliente
tienes la risa.
Quiero vivir
en la nevada chica
de ese jazmín.

LAVANDERA 1
¡Ay de la casada seca!
¡Ay de la que tiene los pechos de arena!
LAVANDERA 5
Dime si tu marido
guarda semillas
para que el agua cante
por tu camisa.
LAVANDERA 4
Es tu camisa
nave de plata y viento
por las orillas.
LAVANDERA 3
Las ropas de mi niño
vengo a lavar,
para que tome al agua
lecciones de cristal.
LAVANDERA 2
Por el monte ya llega
mi marido a comer.
Él me trae una rosa
y yo le doy tres.
LAVANDERA 5
Por el llano ya vino
mi marido a cenar.
Las brasas que me entrega
cubro con arrayán.
LAVANDERA 4
Por el aire ya viene
mi marido a dormir.
Yo alhelíes rojos
y él rojo alhelí.
LAVANDERA 3
Hay que juntar flor con flor
cuando el verano seca la sangre al segador.
LAVANDERA 4
Y abrir el vientre a pájaros sin sueño
cuando a la puerta llama tembloroso el invierno.
LAVANDERA 1
Hay que gemir en la sábana.

LAVANDERA 4
¡Y hay que cantar!
LAVANDERA 5
Cuando el hombre nos trae
la corona y el pan.
LAVANDERA 4
Porque los brazos se enlazan.
LAVANDERA 5
Porque la luz se nos quiebra en la garganta.
LAVANDERA 4
Porque se endulza el tallo de las ramas.
LAVANDERA 5
Y las tiendas del viento cubran a las montañas.
LAVANDERA 6. (*Apareciendo en lo alto del torrente.*)
Para que un niño funda
yertos vidrios del alba.
LAVANDERA 4
Y nuestro cuerpo tiene
ramas furiosas de coral.
LAVANDERA 5
Para que haya remeros
en las aguas del mar.
LAVANDERA 1
Un niño pequeño, un niño.
LAVANDERA 2
Y las palomas abren las alas y el pico.
LAVANDERA 3
Un niño que gime, un hijo.
LAVANDERA 4
Y los hombres avanzan
como ciervos heridos.
LAVANDERA 5 .
¡Alegría, alegría, alegría
del vientre redondo bajo la camisa!
LAVANDERA 2
¡Alegría, alegría, alegría,
ombligo, cáliz tierno de maravilla!
LAVANDERA I .
¡Pero ay de la casada seca!
¡Ay de la que tiene los pechos de arena!

LAVANDERA 4
¡Que relumbre!
LAVANDERA 5
¡Que corra!
LAVANDERA 4
¡Que vuelva a relumbrar!
LAVANDERA 3
¡Que cante!
LAVANDERA 2
¡Que se esconda!
LAVANDERA 3
Y que vuelva a cantar.
LAVANDERA 6.
La aurora que mi niño
lleva en el delantal.
LAVANDERA 4 (*Cantan todas a coro.*)
En el arroyo frío
lavo tu cinta.
Como un jazmín caliente
tienes la risa.
¡Ja, ja, ja!
(*Mueven los paños con ritmo y los golpean.*)
(*TELÓN*).

CUADRO SEGUNDO

Casa de Yerma. Atardecer. Juan está sentado. Las dos hermanas, de pie.

JUAN ¿Dices que salió hace poco? (*La hermana mayor contesta con la cabeza.*) Debe estar en la fuente. Pero ya sabéis que no me gusta que salga sola. (*Pausa*) Puedes poner la mesa. (*Sale la hermana menor.*) Bien ganado tengo el pan que como. (*A su hermana.*) Ayer pasé un día duro. Estuve podando los manzanos y a la caída de la tarde me puse a pensar para qué pondría yo tanta ilusión en la faena si no puedo llevarme una manzana a la boca. Estoy harto. (*Se pasa las manos por la cara. Pausa.*) Ésa no viene... Una de vosotras debía salir con ella, porque para eso estáis aquí comiendo en mi mantel y bebiendo mi vino. Mi vida está en el campo, pero mi honra está aquí. Y mi honra es también la vuestra. (*La hermana inclina la cabeza.*) No lo tomes a mal. (*Entra Yerma con dos cántaros. Queda parada en la puerta.*) ¿Vienes de la fuente?

YERMA Para tener agua fresca en la comida. (*Sale la otra hermana.*) ¿Cómo están las tierras?

JUAN Ayer estuve podando los árboles. (*Yerma deja los cántaros. Pausa.*)

YERMA ¿Te quedarás?

JUAN He de cuidar el ganado. Tú sabes que esto es cosa del dueño.

YERMA Lo sé muy bien. No lo repitas.

JUAN Cada hombre tiene su vida.

YERMA Y cada mujer la suya. No te pido yo que te quedes. Aquí tengo todo lo que necesito. Tus hermanas me guardan bien. Pan tierno y requesón y cordero asado como yo aquí, y pasto lleno de rocío tus ganados en el monte. Creo que puedes vivir en paz.

JUAN Para vivir en paz se necesita estar tranquilo.

YERMA ¿Y tú no estás?

JUAN No estoy.

YERMA Desvía la intención.

JUAN ¿Es que no conoces mi modo de ser? Las ovejas en el redil y las mujeres en su casa. Tú sales demasiado. ¿No me has oído decir esto siempre?

YERMA Justo. Las mujeres dentro de sus casas. Cuando las casas no son tumbas. Cuando las sillas se rompen y las sábanas de hilo se gastan con el uso. Pero aquí, no. Cada noche, cuando me acuesto, encuentro mi cama más nueva, mas reluciente, como si estuviera recién traída de la ciudad.

JUAN Tú misma reconoces que llevo razón al quejarme. ¡Que tengo motivos para estar alerta!

YERMA Alerta ¿de qué? En nada te ofendo. Vivo sumisa a ti, y lo que sufro lo guardo pegado a mis carnes. Y cada día que pase será peor. Vamos a callarnos. Yo sabré llevar mi cruz como mejor pueda, pero no me preguntes nada. Si pudiera de pronto volverme vieja y tuviera la boca como una flor machacada, te podría sonreír y conllevar la vida contigo. Ahora, ahora, déjame con mis clavos.

JUAN Hablas de una manera que yo no te entiendo. No te privo de nada. Mando a los pueblos vecinos por las cosas que te gustan. Yo tengo mis defectos, pero quiero tener paz y sosiego contigo. Quiero dormir fuera y pensar que tú duermes también.

YERMA Pero yo no duermo, yo no puedo dormir.

JUAN . ¿Es que te falta algo? Dime. (*Pausa.*) ¡Contesta!

YERMA (*Con intención y mirando fijamente al Marido.*) Sí, me falta. *(Pausa)*

JUAN Siempre lo mismo. Hace ya más de cinco años. Yo casi lo estoy olvidando.

YERMA Pero yo no soy tú. Los hombres tienen otra vida: los ganados, los árboles, las conversaciones; y las mujeres no tenemos más que esta de la cría y el cuido de la cría.

JUAN Todo el mundo no es igual. ¿Por qué no te traes un hijo de tu hermano? Yo no me opongo.

YERMA No quiero cuidar hijos de otras. Me figuro que se me van a helar

los brazos de tenerlos.

JUAN Con este achaque vives alocada, sin pensar en lo que debías, y te empeñas en meter la cabeza por una roca.

YERMA Roca que es una infamia que sea roca, porque debía ser un canasto de flores y agua dulce.

JUAN Estando a tu lado no se siente más que inquietud, desasosiego. En último caso debes resignarte.

YERMA Yo he venido a estas cuatro paredes para no resignarme. Cuando tenga la cabeza atada con un pañuelo para que no se me abra la boca, y las manos bien amarradas dentro del ataúd, en esa hora me habré resignado.

JUAN Entonces, ¿qué quieres hacer?

YERMA Quiero beber agua y no hay vaso ni agua; quiero subir al monte y no tengo pies; quiero bordar mis enaguas y no encuentro los hilos.

JUAN Lo que pasa es que no eres una mujer verdadera y buscas la ruina de un hombre sin voluntad.

YERMA Yo no sé quién soy. Déjame andar y desahogarme. En nada te he faltado.

JUAN No me gusta que la gente me señale. Por eso quiero ver cerrada esa puerta y cada persona en su casa. (*Sale la Hermana I lentamente y se acerca a una alacena.*)

YERMA Hablar con la gente no es pecado.

JUAN Pero puede parecerlo. (*Sale la otra Hermana y se dirige a los cántaros, en los cuales llena una jarra.) (Bajando la voz.)* Yo no tengo fuerzas para estas cosas. Cuando te den conversación, cierras la boca y piensas que eres una mujer casada.

YERMA (*Con asombro.*) ¡Casada!

JUAN Y que las familias tienen honra y la honra es una carga que se lleva entre todos. (*Sale la Hermana con la jarra, lentamente.*) Pero que está oscura y débil en los mismos caños de la sangre. (*Sale la otra Hermana con una fuente, de modo casi procesional. Pausa.*) Perdóname. (*Yerma mira a su Marido; éste levanta la cabeza y se tropieza con la mirada.*) Aunque me miras de un modo que no debía decirte perdóname, sino obligarte, encerrarte, porque para eso soy el marido. (*Aparecen las dos hermanas en la puerta.*)

YERMA Te ruego que no hables. Deja quieta la cuestión. (*Pausa*)

JUAN Vamos a comer. (*Entran las Hermanas. Pausa.*) ¿Me has oído?

YERMA (*Dulce.*) Come tú con tus hermanas. Yo no tengo hambre todavía.

JUAN Lo que quieras. (*Entra.*)

YERMA (*Como soñando.*)

¡Ay qué prado de pena!
¡Ay qué puerta cerrada a la hermosura,
que pido un hijo que sufrir y el aire

me ofrece dalias de dormida luna!
Estos dos manantiales que yo tengo
de leche tibia, son en la espesura
de mi carne, dos pulsos de caballo,
que hacen latir la rama de mi angustia.
¡Ay pechos ciegos bajo mi vestido!
¡Ay palomas sin ojos ni blancura!
¡Ay qué dolor de sangre prisionera
me está clavando avispas en la nuca!
Pero tú has de venir, ¡amor!, mi niño,
porque el agua da sal, la tierra fruta,
y nuestro vientre guarda tiernos hijos
como la nube lleva dulce lluvia.
(*Mira hacia la puerta*)
¡Mariía! ¿Por qué pasas tan deprisa por mi puerta?

MARÍA (*Entra con un niño en brazos.*) Cuando voy con el niño, lo hago... ¡Como siempre lloras!...

YERMA Tienes razón. (*Coge al niño y se sienta.*)

MARÍA Me da tristeza que tengas envidia. (*Se sienta.*)

YERMA No es envidia lo que tengo; es pobreza.

MARÍA No te quejes.

YERMA ¡Cómo no me voy a quejar cuando te veo a ti y a las otras mujeres llenas por dentro de flores, y viéndome yo inútil en medio de tanta hermosura!

MARÍA Pero tienes otras cosas. Si me oyeras, podrías ser feliz.

YERMA La mujer del campo que no da hijos es inútil como un manojo de espinos ¡y hasta mala!, a pesar de que yo sea de este desecho dejado de la mano de Dios. (*María hace un gesto como para tomar al niño.*) Tómalo; contigo está más a gusto. Yo no debo tener manos de madre.

MARÍA ¿Por qué me dices eso?

YERMA (*Se levanta.*) Porque estoy harta, porque estoy harta de tenerlas y no poderlas usar en cosa propia. Que estoy ofendida, ofendida y rebajada hasta lo último, viendo que los trigos apuntan, que las fuentes no cesan de dar agua, y que paren las ovejas cientos de corderos, y las perras, y que parece que todo el campo puesto de pie me enseña sus crías tiernas, adormiladas, mientras yo siento dos golpes de martillo aquí, en lugar de la boca de mi niño.

MARÍA No me gusta lo que dices.

YERMA Las mujeres, cuando tenéis hijos, no podéis pensar en las que no los tenemos. Os quedáis frescas, ignorantes, como el que nada en agua dulce no tiene idea de la sed.

MARÍA No te quiero decir lo que te digo siempre.

YERMA Cada vez tengo más deseos y menos esperanzas.

MARÍA Mala cosa.

YERMA Acabaré creyendo que yo misma soy mi hijo. Muchas noches bajo yo a echar la comida a los bueyes, que antes no lo hacía, porque ninguna mujer lo hace, y cuando paso por lo oscuro del cobertizo mis pasos me suenan a pasos de hombre.

MARÍA Cada criatura tiene su razón.

YERMA A pesar de todo, sigue queriéndome. ¡Ya ves cómo vivo!

MARÍA ¿Y tus cuñadas?

YERMA Muerta me vea y sin mortaja, si alguna vez les dirijo la conversación.

MARÍA ¿Y tu marido?

YERMA Son tres contra mí.

MARÍA ¿Qué piensan?

YERMA Figuraciones. De gente que no tiene la conciencia tranquila. Creen que me puede gustar otro hombre y no saben que, aunque me gustara, lo primero de mi casta es la honradez. Son piedras delante de mí. Pero ellos no saben que yo, si quiero, puedo ser agua de arroyo que las lleve. (*Una hermana entra y sale llevando un pan.*)

MARÍA De todas maneras, creo que tu marido te sigue queriendo.

YERMA Mi marido me da pan y casa.

MARÍA ¡Qué trabajos estás pasando, qué trabajos, pero acuérdate de las llagas de Nuestro Señor! (*Están en la puerta.*)

YERMA (*Mirando al niño.*) Ya ha despertado.

MARÍA Dentro de poco empezará a cantar.

YERMA Los mismos ojos que tú, ¿lo sabías? ¿Los has visto? (*Llorando.*) ¡Tiene los mismos ojos que tú! (*Yerma empuja suavemente a María y ésta sale silenciosa. Yerma se dirige a la puerta por donde entró su marido.*)

MUCHACHA 2 ¡Chisss!

YERMA (*Volviéndose.*) ¿Qué?

MUCHACHA 2 Esperé a que saliera. Mi madre te está aguardando.

YERMA . ¿Está sola?

MUCHACHA 2 Con dos vecinas.

YERMA Dile que esperen un poco.

MUCHACHA 2 ¿Pero vas a ir? ¿No te da miedo?

YERMA Voy a ir.

MUCHACHA 2 ¡Allá tú!

YERMA ¡Que me esperen aunque sea tarde! (*Entra Víctor*)

VÍCTOR ¿Está Juan?

YERMA Sí.

MUCHACHA 2 (*Cómplice.*) Entonces, yo traeré la blusa.

YERMA Cuando quieras. (*Sale la Muchacha.*) Siéntate.

VÍCTOR Estoy bien así.

YERMA (*Llamando al marido.*) ¡Juan!

VÍCTOR Vengo a despedirme.

YERMA (*Se estremece ligeramente, pero vuelve a su serenidad*) ¿Te vas con tus hermanos?

VÍCTOR Así lo quiere mi padre.

YERMA Ya debe estar viejo.

VÍCTOR Sí, muy viejo. (*Pausa*)

YERMA Haces bien en cambiar de campos.

VÍCTOR Todos los campos son iguales.

YERMA No. Yo me iría muy lejos.

VÍCTOR Es todo lo mismo. Las mismas ovejas tienen la misma lana.

YERMA Para los hombres, sí, pero las mujeres somos otra cosa. Nunca oí decir a un hombre comiendo: «¡Qué buena son estas manzanas!». Vais a lo vuestro sin reparar en la delicadezas. De mí sé decir que he aborrecido el agua de estos pozos.

VÍCTOR . Puede ser. (*La escena está en una suave penumbra. Pausa.*)

YERMA Víctor.

VÍCTOR Dime.

YERMA ¿Por qué te vas? Aquí las gentes te quieren.

VÍCTOR Yo me porté bien. (*Pausa.*)

YERMA Te portaste bien. Siendo zagalón me llevaste una vez en brazos; ¿no recuerdas? Nunca se sabe lo que va a pasar.

VÍCTOR Todo cambia.

YERMA Algunas cosas no cambian. Hay cosas encerradas detrás de los muros que no pueden cambiar porque nadie las oye.

VÍCTOR Así es. (*Aparece la Hermana 2 y se dirige lentamente hacia la puerta, donde se queda fija, iluminada por la última luz de la tarde.*)

YERMA Pero que si salieran de pronto y gritaran, llenarían el mundo.

VÍCTOR No se adelantaría nada. La acequia por su sitio, el rebaño en el redil, la luna en el cielo y el hombre con su arado.

YERMA ¡Qué pena más grande no poder sentir las enseñanzas de los viejos! (*Se oye el sonido largo y melancólico de las caracolas de los pastores.*)

VÍCTOR Los rebaños.

JUAN (*Sale.*) ¿Vas ya de camino?

VÍCTOR Quiero pasar el puerto antes del amanecer.

JUAN ¿Llevas alguna queja de mí?

VÍCTOR No. Fuiste buen pagador.

JUAN (*A Yerma.*) Le compré los rebaños.

YERMA ¿Sí?

VÍCTOR . (*A Yerma.*) Tuyos son.

YERMA No lo sabía.

JUAN . (*Satisfecho.*) Así es.

VÍCTOR Tu marido ha de ver su hacienda colmada.

YERMA El fruto viene a las manos del trabajador que lo busca. (*La Hermana que está en la puerta entra dentro.*)

JUAN Ya no tenemos sitio donde meter tantas ovejas.

YERMA (*Sombría.*) La tierra es grande. (*Pausa*)

JUAN Iremos juntos hasta el arroyo.

VÍCTOR Deseo la mayor felicidad para esta casa. (*Le da la mano a Yerma.*)

YERMA ¡Dios te oiga! ¡Salud! (*Víctor le da salida y, a un movimiento imperceptible de Yerma, se vuelve.*)

VÍCTOR ¿Decías algo?

YERMA (*Dramática.*) Salud dije.

VÍCTOR Gracias. (*Salen. Yerma queda angustiada mirándose la mano que ha dado a Víctor. Yerma se dirige rápidamente hacia la izquierda y toma un mantón*)

MUCHACHA 2 (*En silencio, tapándole la cabeza.*) Vamos.

YERMA Vamos. (*Salen sigilosamente. La escena está casi a oscuras. Sale la hermana con un velón que no debe dar al teatro luz ninguna, sino la natural que lleva. Se dirige al fin de la escena buscando a Yerma. Suenan los caracoles de los rebaños.*)

CUÑADA 1 (*En voz baja.*) ¡Yerma! (*Sale la Hermana 2, se miran las dos y se dirige a la puerta.*)

CUÑADA 2(*Más alto.*) ¡Yerma! (*Sale.*)

CUÑADA 1 (*Dirigiéndose a la puerta también y con una carrasposa voz.*) ¡Yerma! (*Sale. Se oyen los cárabos y los cuernos de lo pastores. La escena está oscurísima.*)

(*TELÓN*).

Acto tercero

CUADRO PRIMERO

Casa de la Dolores, la conjuradora. Está amaneciendo. Entra Yerma con Dolores y dos Viejas.

DOLORES Has estado valiente.

VIEJA 1. No hay en el mundo fuerza como la del deseo.

VIEJA 2Pero el cementerio estaba demasiado oscuro.

DOLORES Muchas veces yo he hecho estas oraciones en el cementerio con mujeres que ansiaban críos, y todas han pasado miedo. Todas, menos tú.

YERMA Yo he venido por el resultado. Creo que no eres mujer engañadora.

DOLORES No soy. Que mi lengua se llene de hormigas, como está la boca de los muertos, si alguna vez he mentido. La última vez hice la oración con una mujer mendicante, que estaba seca más tiempo que tú, y se le endulzó el vientre de manera tan hermosa que tuvo dos criaturas ahí abajo, en el río, porque no le daba tiempo a llegar a las casas, y ella misma las trajo en un pañal para que yo las arreglase.

YERMA ¿Y pudo venir andando desde el río?

DOLORES Vino. Con los zapatos y las enaguas empapadas en sangre..., pero con la cara reluciente.

YERMA ¿Y no le pasó nada?

DOLORES ¿Qué le iba a pasar? Dios es Dios.

YERMA Naturalmente. No le podía pasar nada, sino agarrar las criaturas y lavarlas con agua viva. Los animales los lamen, ¿verdad? A mí no me da asco de mi hijo. Yo tengo la idea de que las recién paridas están como iluminadas por dentro, y los niños se duermen horas y horas sobre ellas oyendo ese arroyo de leche tibia que les va llenando los pechos para que ellos mamen, para que ellos jueguen, hasta que no quieran más, hasta que retiren la cabeza "... otro poquito más, niño... ", y se les llene la cara y el pecho de gota blancas.

DOLORES Ahora tendrás un hijo. Te lo puedo asegurar.

YERMA Lo tendré porque lo tengo que tener. O no entiendo el mundo. A veces, cuando ya estoy segura de que jamás, jamás..., me sube como una oleada de fuego por los pies y se me quedan vacías todas las cosas, y los hombres que andan por la calle y los toros y las piedras me parecen como cosas de algodón. Y me pregunto: ¿para qué estarán ahí puestos?

VIEJA 1 Está bien que una casada quiera hijos, pero si no los tiene, ¿por qué ese ansia de ellos? Lo importante de este mundo es dejarse llevar por los años. No te critico. Ya has visto cómo he ayudado a los rezos. Pero, ¿qué vega esperas dar a tu hijo, ni qué felicidad, ni qué silla de plata?

YERMA Yo no pienso en el mañana; pienso en el hoy. Tú estás vieja y lo ves ya todo como un libro leído. Yo pienso que tengo sed y no tengo libertad. Yo quiero tener a mi hijo en los brazos para dormir tranquila y, óyelo bien y no te espantes de lo que te digo, aunque yo supiera que mi hijo me iba a martirizar después y me iba a odiar y me iba a llevar de los cabellos por las calles, recibiría con gozo su nacimiento, porque es mucho mejor llorar por un hombre vivo que nos apuñala, que llorar por este fantasma sentado año tras año encima de mi corazón.

VIEJA 1 Eres demasiado joven para oír consejo. Pero, mientras esperas la gracia de Dios, debes ampararte en el amor de tu marido.

YERMA ¡Ay! Has puesto el dedo en la llaga más honda que tienen mis carnes.

DOLORES Tu marido es bueno.

YERMA (*Se levanta*) ¡Es bueno! ¡Es bueno! ¿Y qué? Ojalá fuera malo. Pero no. Él va con sus ovejas por sus caminos y cuenta el dinero por las noches. Cuando me cubre, cumple con su deber, pero yo le noto la cintura fría como si tuviera el cuerpo muerto, y yo, que siempre he tenido asco de las mujeres calientes, quisiera ser en aquel instante como una montaña de fuego.

DOLORES ¡Yerma!

YERMA No soy una casada indecente; pero yo sé que los hijos nacen del hombre y de la mujer. ¡Ay, si los pudiera tener yo sola!

DOLORES Piensa que tu marido también sufre.

YERMA No sufre. Lo que pasa es que él no ansía hijos.

VIEJA 1 ¡No digas eso!

YERMA Se lo conozco en la mirada y, como no los ansía, no me los da. No lo quiero, no lo quiero y, sin embargo, es mi única salvación. Por honra y por casta. Mi única salvación.

VIEJA 1 (*Con miedo.*) Pronto empezará a amanecer. Debes irte a tu casa.

DOLORES Antes de nada saldrán los rebaños y no conviene que te vean sola.

YERMA Necesitaba este desahogo. ¿Cuántas veces repito las oraciones?

DOLORES La oración del laurel, dos veces, y al mediodía, la oración de santa Ana. Cuando te sientas encinta me traes la fanega de trigo que me has prometido.

VIEJA 1. Por encima de los montes ya empieza a clarear. Vete.

DOLORES Como en seguida empezarán a abrir los portones, te vas dando un rodeo por la acequia.

YERMA (*Con desaliento.*) ¡No sé por qué he venido!

DOLORES ¿Te arrepientes?

YERMA ¡No!

DOLORES (*Turbada.*) Si tienes miedo, te acompañaré hasta la esquina.

YERMA ¡Quita!

VIEJA 1 (*Con inquietud*) Van a ser las claras del día cuando llegues a tu puerta. (*Se oyen voces*)

DOLORES ¡Calla! (*Escuchan*)

VIEJA 1 No es nadie. Anda con Dios. (*Yerma se dirige a la puerta y en este momento llaman a ella. Las tres mujeres quedan paradas.*)

DOLORES ¿Quién es?

JUAN Soy yo.

YERMA Abre. (*Dolores duda.*) ¿Abres o no? (*Se oyen murmullos. Aparece Juan con las dos Cuñadas.*)

HERMANA 2 Aquí está.

YERMA ¡Aquí estoy!

JUAN ¿Qué haces en este sitio? Si pudiera dar voces, levantaría a todo el pueblo, para que viera dónde iba la honra de mi casa; pero he de ahogarlo todo y callarme porque eres mi mujer.

YERMA Si pudiera dar voces, también las daría yo, para que se levantaran hasta los muertos y vieran esta limpieza que me cubre.

JUAN ¡No, eso no! Todo lo aguanto menos eso. Me engañas, me envuelves y, como soy un hombre que trabaja la tierra, no tengo ideas para tus astucias.

DOLORES ¡Juan!

JUAN ¡Vosotras, ni palabra!

DOLORES (*Fuerte.*) Tu mujer no ha hecho nada malo.

JUAN Lo está haciendo desde el mismo día de la boda. Mirándome con dos agujas, pasando las noches en vela con los ojos abiertos al lado mío, y llenando de malos suspiros mis almohadas.

YERMA ¡Cállate!

JUAN Y yo no puedo más. Porque se necesita ser de bronce para ver a tu lado una mujer que te quiere meter los dedos dentro del corazón y que se sale de noche fuera de su casa, ¿en busca de qué? ¡Dime!, ¿buscando qué? Las calles están llenas de machos. En las calles no hay flores que cortar .

YERMA No te dejo hablar ni una sola palabra. Ni una más. Te figuras tú y tu gente que sois vosotros los únicos que guardáis honra, y no sabes que mi casta no ha tenido nunca nada que ocultar. Anda. Acércate a mí y huele mis vestidos, ¡acércate!, a ver dónde encuentras un olor que no sea tuyo, que no sea de tu cuerpo. Me pones desnuda en mitad de la plaza y me escupes. Haz conmigo lo que quieras, que soy tu mujer, pero guárdate de poner nombre de varón sobre mis pechos.

JUAN No soy yo quien lo pone; lo pones tú con tu conducta y el pueblo lo empieza a decir. Lo empieza a decir claramente. Cuando llego a un corro, todos callan; cuando voy a pesar la harina, todos callan; y hasta de noche en el campo, cuando despierto, me parece que también se callan las ramas de los arboles.

YERMA Yo no sé por qué empiezan los malos aires que revuelcan al trigo y ¡mira tú si el trigo es bueno!

JUAN Ni yo sé lo que busca una mujer a todas horas fuera de su tejado.

YERMA (*En un arranque y abrazándose a su Marido.*) Te busco a ti. Te busco a ti. Es a ti a quien busco día y noche sin encontrar sombra donde respirar. Es tu sangre y tu amparo lo que deseo.

JUAN Apártate.

YERMA No me apartes y quiere conmigo.

JUAN ¡Quita!

YERMA Mira que me quedo sola. Como si la luna se buscara ella misma por

el cielo. ¡Mírame! (*Lo mira.*)

JUAN (*La mira y la aparta bruscamente.*) ¡Déjame ya de una vez!

DOLORES ¡Juan! (*Yerma cae al suelo*)

YERMA (*Alto.*) Cuando salía por mis claveles me tropecé con el muro. ¡Ay! ¡Ay! Es en ese muro donde tengo que estrellar mi cabeza.

JUAN Calla. Vamos.

DOLORES ¡Dios mío!

YERMA (*A gritos.*) Maldito sea mi padre, que me dejó su sangre de padre de cien hijos. Maldita sea mi sangre, que los busca golpeando por las paredes.

JUAN ¡Calla he dicho!

DOLORES ¡Viene gente! Habla bajo.

YERMA No me importa. Dejarme libre siquiera la voz, ahora que voy entrando en lo más oscuro del pozo. (*Se levanta.*) Dejar que de mi cuerpo salga siquiera esta cosa hermosa y que llene el aire.

DOLORES Van a pasar por aquí.

JUAN Silencio.

YERMA ¡Eso! ¡Eso! Silencio. Descuida.

JUAN Vamos. ¡Pronto!

YERMA ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Y es inútil que me retuerza las manos! Una cosa es querer con la cabeza...

JUAN Calla.

YERMA (*Bajo.*) Una cosa es querer con la cabeza y otra cosa es que el cuerpo, maldito sea el cuerpo, no nos responda. Está escrito y no me voy a poner a luchar a brazo partido con los mares. Ya está. ¡Que mi boca se quede muda! (*Sale.*)

(*TELÓN*)

CUADRO ÚLTIMO

Alrededores de una ermita en plena montaña. En primer término, unas ruedas de carro y unas mantas formando una tienda rústica, donde está Yerma. Entran las Mujeres con ofrendas a la ermita. Vienen descalzas. En la escena está la Vieja alegre del primer acto.

(*Canto a telón corrido*)

No te pude ver
cuando eras soltera,
mas de casada te encontraré.
No te pude ver
cuando eras soltera.
Te desnudaré,
casada y romera,
cuando en lo oscuro las doce den.

VIEJA (*Con sorna.*) ¿Habéis bebido ya el agua santa?

MUJER 1 Sí.

VIEJA Y ahora, a ver a ése.

MUJER 2 Creemos en él.

VIEJA Venís a pedir hijos al santo y resulta que cada año vienen más hombres solos a esta romería. ¿Qué es lo que pasa? (*Ríe*)

MUJER 1 ¿A qué vienes aquí, si no crees?

VIEJA A ver. Yo me vuelvo loca por ver. Y a cuidar de mi hijo. El año pasado se mataron dos por una casada seca y quiero vigilar. Y, en último caso, vengo porque me da la gana.

MUJER 1 ¡Que Dios te perdone! (*Entran.*)

VIEJA (*Con sarcasmo.*) Que te perdone a ti. (*Se va. Entra María con la muchacha 1*)

MUCHACHA 1 ¿Y ha venido?

MARÍA Ahí tienen el carro. Me costó mucho que vinieran. Ella ha estado un mes sin levantarse de la silla. Le tengo miedo. Tiene una idea que no sé cuál es, pero desde luego es una idea mala.

MUCHACHA I Yo llegué con mi hermana. Lleva ocho años viniendo sin resultado.

MARÍA Tiene hijos la que los tiene que tener.

MUCHACHA 1 Es lo que yo digo. (*Se oyen voces*)

MARÍA Nunca me gustó esta romería. Vamos a las eras, que es donde está la gente.

MUCHACHA I El año pasado, cuando se hizo oscuro, unos mozos atenazaron con sus manos los pechos de mi hermana.

MARÍA En cuatro leguas a la redonda no se oyen más que palabras terribles.

MUCHACHA I Más de cuarenta toneles de vino he visto en las espaldas de la ermita.

MARÍA Un río de hombres solos baja por esas sierras. (*Se oyen voces. Entra Yerma con seis mujeres que van a la iglesia. Van descalzas y llevan cirios rizados. Empieza el anochecer.*)

YERMA
Señor, que florezca la rosa,
no me la dejéis en sombra.

MUJER 2
Sobre su carne marchita
florezca la rosa amarilla.

MARÍA
Y en el vientre de tus siervas
la llama oscura de la tierra.

CORO
Señor, que florezca la rosa,
no me la dejéis en sombra. (*Se arrodillan*)
YERMA
El cielo tiene jardines
con rosales de alegría:
entre rosal y rosal,
la rosa de maravilla.
Rayo de aurora parece
y un arcángel la vigila,
las alas como tormentas,
los ojos como agonías.
Alrededor de sus hojas
arroyos de leche tibia
juegan y mojan la cara
de las estrellas tranquilas.
Señor, abre tu rosal
sobre mi carne marchita. (*Se levanta*)
MUJER 2
Señor, calma con tu mano
las ascuas de su mejilla.
YERMA
Escucha a la penitente
de tu santa romería.
Abre tu rosa en mi carne
aunque tenga mil espinas.
CORO
Señor, que florezca la rosa,
no me la dejéis en sombra.
YERMA
Sobre mi carne marchita,
la rosa de maravilla.

(*Entran) (Salen las Muchachas corriendo con largas cintas en las manos, por la izquierda, y entran. Por la derecha, otras tres, con largas cintas y mirando hacia atrás, que entran también. Hay en la escena como un crescendo de voces, con ruidos de cascabeles y colleras de campanillas. En un plano superior aparecen las siete muchachas, que agitan las cintas hacia la izquierda. Crece el ruido y entran dos Máscaras populares, una como Macho y otra como hembra. Llevan grandes caretas. El Macho empuña un cuerno de toro en la mano. No son grotescas de ningún modo, sino de gran belleza y con un sentido de pura tierra. La Hembra agita un collar de grandes cascabeles.)*

NIÑOS; ¡El demonio y su mujer! ¡El demonio y su mujer!
(*El fondo se llena de gente que grita y comenta la danza. Está muy anochecido.*)
En el río de la sierra
la esposa triste se bañaba.
Por el cuerpo le subían
los caracoles del agua.
La arena de las orillas
y el aire de la mañana
le daban fuego a su risa
y temblor a sus espaldas.
¡Ay qué desnuda estaba
la doncella en el agua!
NIÑOS
¡Ay cómo se quejaba!
HOMBRE 1
¡Ay marchita de amores!
NIÑO
¡Con el viento y el agua!
HOMBRE 2
¡Que diga a quién espera!
HOMBRE 1
¡Que diga a quién aguarda!
HOMBRE 2
¡Ay con el vientre seco
y la color quebrada!
HEMBRA
Cuando llegue la noche lo diré
cuando llegue la noche clara.
Cuando llegue la noche de la romería
rasgaré los volantes de mi enagua.
NIÑO
Y en seguida vino la noche.
¡Ay que la noche llegaba!
Mirad qué oscuro se pone
el chorro de la montaña.
(*Empiezan a sonar unas guitarras.*)
MACHO (*Se levanta y agita el cuerno.*)
¡Ay qué blanca
la triste casada!
¡Ay cómo se queja entre las ramas!

Amapola y clavel serás luego,
cuando el Macho despliegue su capa.
(*Se acerca*)
Si tú vienes a la romería
a pedir que tu vientre se abra,
no te pongas un velo de luto,
sino dulce camisa de holanda.
Vete sola detrás de los muros,
donde están las higueras cerradas,
y soporta mi cuerpo de tierra
hasta el blanco gemido del alba.
¡Ay cómo relumbra!
¡Ay cómo relumbraba!
¡Ay cómo se cimbrea la casada!
HEMBRA
¡Ay que el amor le pone
coronas y guirnaldas,
y dardos de oro vivo
en sus pechos se clavan!
MACHO
Siete veces gemía,
nueve se levantaba.
Quince veces juntaron
jazmines con naranjas.
HOMBRE 1
¡Dale ya con el cuerno!
HOMBRE 2
Con la rosa y la danza.
HOMBRE 1
¡Ay cómo se cimbrea la casada!
MACHO
En esta romería
el varón siempre manda.
Los maridos son toros,
el varón siempre manda,
y las romeras flores,
para aquel que las gana.
NIÑO
Dale ya con el aire.
HOMBRE 2

Dale ya con la rama.
MACHO
¡Venid a ver la lumbre
de la que se bañaba!
HOMBRE 1
Como junco se curva.
NIÑO
Y como flor se cansa.
HOMBRES
¡Que se aparten las niñas!
MACHO
¡Que se queme la danza
y el cuerpo reluciente
de la limpia casada!
(*Se van bailando con son de palmas y música. Cantan.*)
El cielo tiene jardines
con rosales de alegría:
entre rosal y rosal,
la rosa de maravilla.
(*Vuelven a pasar dos muchachas gritando. Entra la vieja alegre.*)

VIEJA A ver si luego nos dejáis dormir. Pero luego será ella. (*Entra Yerma.*) ¿Tú? (*Yerma está abatida y no habla.*) Dime ¿para qué has venido?

YERMA No sé.

VIEJA ¿No te convences? ¿Y tu esposo? (*Yerma da muestras de cansancio y de persona a la que una idea fija le oprime la cabeza.*)

YERMA Ahí está.

VIEJA ¿Qué hace?

YERMA Bebe. (*Pausa. Llevándose las manos a la frente*) ¡Ay!

VIEJA Ay, ay. Menos ¡ay! y mas alma. Antes no he querido decirte, pero ahora, sí.

YERMA ¡Y qué me vas a decir que ya no sepa

VIEJA Lo que ya no se puede callar. Lo que está puesto encima del tejado. La culpa es de tu marido, ¿lo oyes? Me dejaría cortar las manos. Ni su padre, ni su abuelo, ni su bisabuelo se portaron como hombres de casta. Para tener hijo ha sido necesario que se junte el cielo con la tierra. Están hechos con saliva. En cambio, tu gente, no. Tienes hermanos y primos a cien leguas a la redonda. ¡Mira qué maldición ha venido a caer sobre tu hermosura!

YERMA Una maldición. Un charco de veneno sobre las espigas.

VIEJA Pero tú tienes pies para marcharte de tu casa.

YERMA ¿Para marcharme?

VIEJA Cuando te vi en la romería me dio un vuelco el corazón. Aquí vienen las mujeres a conocer hombres nuevos y el Santo hace el milagro. Mi hijo está sentado detrás de la ermita esperándote. Mi casa necesita una mujer. Vete con él y viviremos los tres juntos. Mi hijo sí es de sangre. Como yo. Si entras en mi casa, todavía queda olor de cunas. La ceniza de tu colcha se te volverá pan y sal para las crías. Anda. No te importe la gente. Y, en cuanto a tu marido, hay en mi casa entrañas y herramientas para que no cruce siquiera la calle.

YERMA Calla, calla. ¡Si no es eso! Nunca lo haría. Yo no puedo ir a buscar. ¿Te figuras que puedo conocer otro hombre? ¿Dónde pones mi honra? El agua no se puede volver atrás, ni la luna llena sale a mediodía. Vete. Por el camino que voy seguiré. ¿Has pensado en serio que yo me pueda doblar a otro hombre? ¿Que yo vaya a pedirle lo que es mío como una esclava? Conóceme, para que nunca me hables más. Yo no busco.

VIEJA Cuando se tiene sed, se agradece el agua.

YERMA Yo soy como un campo seco donde caben arando mil pares de bueyes, y lo que tú me das es un pequeño vaso de agua de pozo. Lo mío es dolor que ya no está en las carnes.

VIEJA (*Fuerte.*) Pues sigue así. Por tu gusto es. Como los cardos del secano. Pinchosa, marchita.

YERMA (*Fuerte.*) Marchita sí, ¡ya lo sé! ¡Marchita! No es preciso que me lo refriegues por la boca. No vengas a solazarte, como los niños pequeños en la agonía de un animalito. Desde que me casé estoy dándole vueltas a esta palabra, pero es la primera vez que la oigo, la primera vez que me la dicen en la cara. La primera vez que veo que es verdad.

VIEJA No me das ninguna lástima, ninguna. Yo buscaré otra mujer para mi hijo. (*Se va. Se oye un gran coro lejano cantado por los romeros. Yerma se dirige hacia el carro y aparece por detrás del mismo su marido.*)

YERMA ¿Estabas ahí?

JUAN Estaba.

YERMA ¿Acechando?

JUAN Acechando.

YERMA ¿Y has oído?

JUAN Sí.

YERMA ¿Y qué? Déjame y vete a los cantos. (*Se sienta en las mantas*)

JUAN También es hora de que yo hable.

YERMA ¡Habla!

JUAN Y que me queje.

YERMA ¿Con qué motivo?

JUAN Que tengo el amargor en la garganta.

YERMA Y yo en los huesos.

JUAN Ha llegado el último minuto de resistir este continuo lamento por cosas oscuras, fuera de la vida, por cosas que están en el aire.

YERMA (*Con asombro dramático.*) ¿Fuera de la vida dices? ¿En el aire dices?

JUAN Por cosas que no han pasado y ni tú ni yo dirigimos.

YERMA (*Violenta.*) ¡Sigue! ¡Sigue!

JUAN Por cosas que a mí no me importan. ¿Lo oyes? Que a mi no me importan. Ya es necesario que te lo diga. A mí me importa lo que tengo entre las manos. Lo que veo por mis ojos.

YERMA (*Incorporándose de rodillas, desesperada.*) Así, así. Eso es lo que yo quería oír de tus labios. No se siente la verdad cuando está dentro de una misma, pero ¡qué grande y cómo grita cuando se pone fuera y levanta los brazos! ¡No le importa! ¡Ya lo he oído!

JUAN (*Acercándose.*) Piensa que tenía que pasar así. Óyeme. (*La abraza para incorporarla.*) Muchas mujeres serían felices de llevar tu vida. Sin hijos es la vida más dulce. Yo soy feliz no teniéndolos. No tenemos culpa ninguna.

YERMA ¿Y qué buscabas en mí?

JUAN A ti misma.

YERMA (*Excitada.*) ¡Eso! Buscabas la casa, la tranquilidad y una mujer. Pero nada más. ¿Es verdad lo que digo?

JUAN Es verdad. Como todos.

YERMA ¿Y lo demás? ¿Y tú hijo?

JUAN (*Fuerte*) ¡No oyes que no me importa! ¡No me preguntes más! ¡Que te lo tengo que gritar al oído para que lo sepas, a ver si de una vez vives ya tranquila!

YERMA ¿Y nunca has pensado en él cuando me has visto desearlo?

JUAN Nunca. (*Están los dos en el suelo*)

YERMA ¿Y no podré esperarlo?

JUAN No.

YERMA ¿Ni tú?

JUAN Ni yo tampoco. ¡Resígnate!

YERMA ¡Marchita!

JUAN Y a vivir en paz. Uno y otro, con suavidad, con agrado. ¡Abrázame! (*La abraza.*)

YERMA ¿Qué buscas?

JUAN A ti te busco. Con la luna estás hermosa

YERMA Me buscas como cuando te quieres comer una paloma.

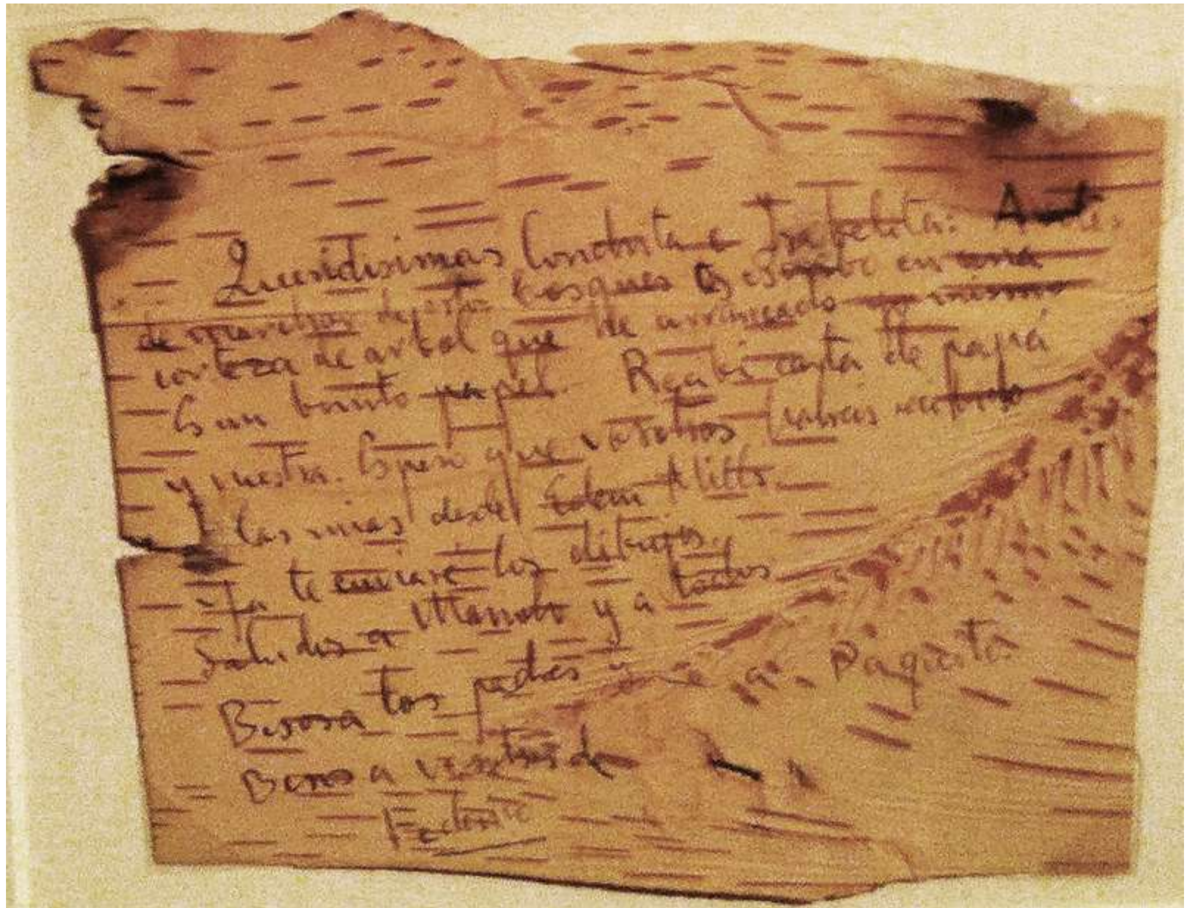
JUAN Bésame... así.

YERMA Eso nunca. Nunca. (*Yerma da un grito y aprieta la garganta de su esposo. Éste cae hacia atrás. Yerma le aprieta la garganta hasta matarle. Empieza el Coro de la romería*). Marchita, marchita, pero segura. Ahora sí que lo sé de cierto. Y sola. (*Se levanta. Empieza a llegar gente.*) Voy a descansar sin despertarme sobresaltada, para

ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva. Con el cuerpo seco para siempre. ¿Qué queréis saber? No os acerquéis, porque he matado a mi hijo. ¡Yo misma he matado a mi hijo!

(*Acude un grupo que queda parado al fondo. Se oye el Coro de la romería.*)

(*TELÓN*)**.**


Queridísimas Conchita e Isabelita: [illegible]
[illegible] de estos bosques os escribo en [illegible]
corteza de árbol que he arrancado [illegible]
[illegible] papel. Recibí carta de papá [illegible]
y vuestra. Espero que recibáis [illegible]
las mías desde Eden Mills.
Ya te enviaré los dibujos y
saludos a Manolo y a todos.
Besos a los padres y a Paquito
Besos a vosotras de
Federico

DOÑA ROSITA LA SOLTERA O EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Poema granadino del novecientos, dividido en varios jardines con escenas de canto y baile

DOÑA ROSITA
AMA
TÍA
MANOLA 1
MANOLA 2
MANOLA 3

SOLTERA 1
SOLTERA 2
SOLTERA 3
MADRE DE LAS SOLTERAS
AYOLA 1
AYOLA 2
TÍO
SOBRINO
CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA
DON MARTÍN
MUCHACHO
DOS OBREROS
UNA VOZ

Acto primero

Habitación con salida a un invernadero.

TÍO ¿Y mis semillas?

AMA Ahí estaban.

TÍO Pues no están.

TÍA Eléboro, fucsias y los crisantemos, Luis Passy violáceo y altair blanco plata con puntas heliotropo.

TÍO Es necesario que cuidéis las flores.

AMA Si lo dice por mí...

TÍA Calla. No repliques.

TÍO Lo digo por todos. Ayer me encontré las semillas de dalias pisoteadas por el suelo. (*Entra en el invernadero.*) No os dais cuenta de mi invernadero; desde el ochocientos siete, en que la condesa de Wandes obtuvo la rosa muscosa, no la ha conseguido nadie en Granada más que yo, ni el botánico de la Universidad. Es preciso que tengáis más respeto por mis plantas.

AMA Pero ¿no las respeto?

TÍA ¡Chist! Sois a cuál peor.

AMA Sí, señora. Pero yo no digo que de tanto regar las flores y tanta agua por todas partes van a salir sapos en el sofá.

TÍA Luego bien te gusta olerlas.

AMA No, señora. A mí las flores me huelen a niño muerto, o a profesión de monja, o a altar de iglesia. A cosas tristes. Donde esté una naranja o un buen membrillo, que se quiten las rosas del mundo. Pero aquí...rosas por la derecha, albahaca por la izquierda, anémonas, salvias, petunias y esas flores de ahora, de moda, los crisantemos, despeinados como unas cabezas de gitanillas. ¡Qué ganas

tengo de ver plantados en este jardín un peral, un cerezo, un caqui!

TÍA ¡Para comértelos!

AMA Como quien tiene boca... Como decían en mi pueblo

La boca sirve para comer,
las piernas sirven para la danza,
y hay una cosa de la mujer...

(*Se detiene y se acerca a la Tía y lo dice bajo.*)

TÍA ¡Jesús! (*Signando.*)

AMA Son indecencias de los pueblos. (*Signando.*)

ROSITA (*Entra rápida. Viene vestida de rosa con un traje del novecientos, mangas de jamón y adornos de cintas.*) ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero? ¡Ya han dado las treinta campanadas en San Luis!

AMA Yo lo dejé en la mesa.

ROSITA Pues no está. (*Buscan.) (El ama sale.)*

TÍA ¿Has mirado en el armario? (*Sale la tía.*)

AMA (*Entra.*) No lo encuentro.

ROSITA ¿Será posible que no sepa dónde está mi sombrero?

AMA Ponte el azul con margaritas.

ROSITA Estás loca.

AMA Más loca estás tú.

TÍA (*Vuelve a entrar.*) ¡Vamos, aquí está! (*Rosita lo coge y sale corriendo.*)

AMA Es que todo lo quiere volando. Hoy ya quisiera que fuese pasado mañana. Se echa a volar y se nos pierde de las manos. Cuando chiquita tenia que contarle todos los días el cuento de cuando ella fuera vieja «Mi Rosita ya tiene ochenta años»..., y siempre así. ¿Cuándo la ha visto usted sentada a hacer encaje de lanzadera o frivolité, o puntas de festón o sacar hilos para adornarse una chapona?

TÍA Nunca.

AMA Siempre del coro al caño y del caño al coro; del coro al caño y del caño al coro.

TÍA ¡A ver si te equivocas!

AMA Si me equivocara no oiría usted ninguna palabra nueva.

TÍA Claro es que nunca me ha gustado contradecirla, porque ¿quién apena a una criatura que no tiene padres?

AMA Ni padre, ni madre, ni perrito que le ladre, pero tiene un tío y una tía que valen un tesoro. (*La abraza.*)

TÍO (*Dentro.*) ¡Esto ya es demasiado!

TÍA ¡María Santísima!

TÍO Bien está que se pisen las semillas, pero no es tolerable que esté con las hojitas tronchadas la planta de rosal que más quiero. Mucho más que la muscosa y la híspida y la pomponiana y la damascena y que la eglantina de la reina Isabel. (*A*

la tía.) Entra, entra y la verás.

TÍA ¿Se ha roto?

TÍO No, no le ha pasado gran cosa, pero pudo haberle pasado.

AMA ¡Acabáramos!

TÍO Yo me pregunto: ¿quién volcó la maceta?

AMA A mí no me mire usted.

TÍO ¿He sido yo?

AMA ¿Y no hay gatos y no hay perros, y no hay un golpe de aire que entra por la ventana?

TÍA Anda, barre el invernadero.

AMA Está visto que en esta casa no la dejan hablar a una.

TÍO (*Entra.*) Es una rosa que nunca has visto; una sorpresa que te tengo preparada. Porque es increíble la "rosa declinata" de capullos caídos y la inermis que no tiene espinas; ¡qué maravilla!, ¿eh?, ¡ni una espina!; y la mirtifolia que viene de Bélgica y la sulfurata que brilla en la oscuridad. Pero ésta las aventaja a todas en rareza. Los botánicos la llaman "rosa mutabile", que quiere decir mudable, que cambia... En este libro está su descripción y su pintura, ¡mira! (*Abre el libro.*) Es roja por la mañana, a la tarde se pone blanca y se deshoja por la noche.

Cuando se abre en la mañana.
roja como sangre está.
El rocío no la toca
porque se teme quemar.
Abierta en el mediodía
es dura como el coral.
El sol se asoma a los vidrios
para verla relumbrar.
Cuando en las ramas empiezan
los pájaros a cantar
y se desmaya la tarde
en las violetas del mar,
se pone blanca, con blanco
de una mejilla de sal.
Y cuando toca la noche
blando cuerno de metal
y las estrellas avanzan
mientras los aires se van,
en la raya de lo oscuro,
se comienza a deshojar.

TÍA ¿Y tiene ya flor?

TÍO Una que se está abriendo.

TÍA ¿Dura un día tan solo?

TÍO Uno. Pero yo ese día lo pienso pasar al lado para ver cómo se pone blanca.

ROSITA (*Entrando.*) Mi sombrilla.

TÍO Su sombrilla.

TÍA (*A voces*) La sombrilla.

AMA (*Apareciendo*) ¡Aquí está la sombrilla! (*Rosita coge la sombrilla y besa a sus tíos.*)

ROSITA ¿Qué tal?

TÍO Un primor.

TÍA No hay otra.

ROSITA (*Abriendo la sombrilla.*) ¿Y ahora?

AMA ¡Por Dios, cierra la sombrilla, no se puede abrir bajo techado! ¡Llega la mala suerte!

Por la rueda de San Bartolomé
y la varita de San José
y la santa rama de laurel,
enemigo, retírate
por las cuatro esquinas de Jerusalén.

(*Ríen todos. El tío sale.*)

ROSITA (*Cerrando.*) ¡Ya está!

AMA No lo hagas más... ¡ca...ramba!

ROSITA ¡Huy!

TÍA ¿Qué ibas a decir?

AMA ¡Pero no lo he dicho!

ROSITA (*Saliendo con risas.*) ¡Hasta luego!

TÍA ¿Quién te acompaña?

ROSITA (*Asomando la cabeza.*) Voy con las manolas.

AMA Y con el novio.

TÍA El novio creo que tenía que hacer.

AMA No sé quién me gusta más, si el novio o ella. (*La tía se sienta a hacer encaje de bolillos.*) Un par de primos para ponerlos en un vasar de azúcar, y si se murieran, ¡Dios los libre!, embalsamarlos y meterlos en un nicho de cristales y de nieve. ¿A cuál quiere usted más? (*Se pone a limpiar.*)

TÍA A los dos los quiero como sobrinos.

AMA Uno por la manta de arriba y otro por la manta de abajo, pero...

TÍA Rosita se crió conmigo.

AMA Claro. Como que yo no creo en la sangre. Para mí esto es ley. La sangre corre por debajo de las venas, pero no se ve. Más se quiere a un primo segundo que se ve todos los días, que a un hermano que está lejos. Por qué, vamos

a ver.

TÍA Mujer, sigue limpiando.

AMA Ya voy Aquí no la dejan a una ni abrir los labios. Críe usted una niña hermosa para esto. Déjese

usted a sus propios hijos en una chocita temblando de hambre.

TÍA Será de frío.

AMA Temblando de todo, para que le digan a una: "¡Cállate!"; y como soy criada, no puedo hacer más que callarme, que es lo que hago, y no puedo replicar y decir...

TÍA Y decir ¿qué...?

AMA Que deje usted esos bolillos con ese tiquití, que me va a estallar la cabeza de tiquitís.

TÍA (*Riendo.*) Mira a ver quién entra. (*Hay un silencio en la escena, donde se oye el golpear de los bolillos.*)

VOZ ¡Manzanillaaaaa finaaa de la sierraa!

TÍA (*Hablando sola.*) Es preciso comprar otra vez manzanilla. En algunas ocasiones hace falta... Otro día que pase..., treinta y siete, treinta y ocho.

VOZ del pregonero (*Muy lejos.*) ¡Manzanillaa finaa de la sierraa!

TÍA (Poniendo un alfiler.) Y cuarenta.

SOBRINO (*Entrando.*) Tía.

TÍA (*Sin mirarlo.*) Hola, siéntate si quieres. Rosita ya se ha marchado.

SOBRINO ¿Con quién salió?

TÍA Con las manolas. (*Pausa. Mirando al sobrino.*) Algo te pasa.

SOBRINO Si.

TÍA (*Inquieta.*) Casi me lo figuro. Ojalá me equivoque.

SOBRINO No. Lea usted.

TÍA (*Lee.*) Claro, si es natural. Por eso me opuse a tus relaciones con Rosita. Yo sabía que más tarde o más temprano te tendrías que marchar con tus padres. ¡Y que es ahí al lado! Cuarenta días de viaje hacen falta para llegar a Tucumán. Si fuera hombre y joven, te cruzaría la cara.

SOBRINO Yo no tengo culpa de querer a mi prima. ¿Se imagina usted que me voy con gusto? Precisamente quiero quedarme aquí, y a eso vengo.

TÍA ¡Quedarte! ¡Quedarte! Tu deber es irte. Son muchas leguas de hacienda y tu padre está viejo. Soy yo la que te tiene que obligar a que tomes el vapor. Pero a mí me dejas la vida amargada. De tu prima no quiero acordarme. Vas a clavar una flecha con cintas moradas sobre su corazón. Ahora se enterará de que las telas no sólo sirven para hacer flores, sino para empapar lágrimas.

SOBRINO ¿Qué me aconseja usted?

TÍA Que te vayas. Piensa que tu padre es hermano mío. Aquí no eres más que un paseante de los jardinillos, y allí serás un labrador.

SOBRINO Pero es que yo quisiera...

TÍA ¿Casarte? ¿Estás loco? Cuando tengas tu porvenir hecho. Y llevarte a Rosita, ¿no? Tendrías que saltar por encima de mí y de tu tío.

SOBRINO Todo es hablar. Demasiado sé que no puedo. Pero yo quiero que Rosita me espere. Porque volveré pronto.

TÍA Si antes no pegas la hebra con una tucumana. La lengua se me debió pegar en el cielo de la boca antes de consentir tu noviazgo; porque mi niña se queda sola en estas cuatro paredes, y tú te vas libre por el mar, por aquellos ríos, por aquellos bosques de toronjas, y mi niña, aquí, un día igual a otro, y tú, allí; el caballo y la escopeta para tirar al faisán.

SOBRINO No hay motivo para que me hable usted de esa manera. Yo di mi palabra y la cumpliré. Por cumplir su palabra está mi padre en América, y usted sabe...

TÍA (*Suave.*) Calla.

SOBRINO Callo. Pero no confunda usted el respeto con la falta de vergüenza.

TÍA (*Con ironía andaluza.*) ¡Perdona, perdona! Se me había olvidado que ya eras un hombre.

AMA (*Entra llorando.*) Si fuera un hombre, no se iría.

TÍA (*Llorando.*) ¡Silencio! (*El ama llora con grandes sollozos.*)

SOBRINO Volveré dentro de unos instantes. Dígaselo usted.

TÍA Descuida. Los viejos son los que tienen que llevar los malos ratos. (*Sale el sobrino.*)

AMA ¡Ay, qué lástima de mi niña! ¡Ay, qué lástima! ¡Ay, qué lástima! ¡Estos son los hombres de ahora! Pidiendo ochavitos por las calles me quedo yo al lado de esta prenda. Otra vez vienen los llantos a esta casa. ¡Ay, señora! (*Reaccionando.*) ¡Ojalá se lo coma la serpiente del mar!

TÍA ¡Dios dirá!

AMA

Por el ajonjolí,
por las tres santas preguntas
y la flor de la canela,
tenga malas noches
y malas sementeras.
Por el pozo de San Nicolás
se le vuelva veneno la sal.
(*Coge un jarro de agua y hace una cruz en el suelo.*)

TÍA No maldigas. Vete a tu hacienda. (*Sale el ama. Se oyen risas. La tía se va.*)

MANOLA 1 (*Entrando y cerrando la sombrilla.*) ¡Ay!

MANOLA 2 (*Igual.*) ¡Ay, qué fresquito!

MANOLA 3 (*Igual.*) ¡Ay!
ROSITA (*Igual.*)
¿Para quién son los suspiros
de mis tres lindas manolas?
MANOLA 1
Para nadie.
MANOLA 2
Para el viento.
MANOLA 3
Para un galán que me ronda.
ROSITA
¿Qué manos recogerán
los ayes de vuestra boca?
MANOLA 1
La pared.
MANOLA 2
Cierto retrato.
MANOLA 3
Los encajes de mi colcha.
ROSITA
También quiero suspirar.
¡Ay, amigas! ¡Ay, manolas!
MANOLA 1
¿Quién los recoge?
ROSITA
Dos ojos
que ponen blanca la sombra,
cuyas pestañas son parras,
donde se duerme la aurora.
Y, a pesar de negros, son
dos tardes con amapolas.
MANOLA 1
¡Ponle una cinta al suspiro!
MANOLA 2
¡Ay!
MANOLA 3
Dichosa tú.
MANOLA 1
¡Dichosa!
ROSITA

No me engañéis, que yo sé
cierto rumor de vosotras.
MANOLA 1
Rumores son jaramagos.
MANOLA 2
Y estribillos de las olas.
ROSITA
Lo voy a decir...
MANOLA 1
Empieza.
MANOLA 3
Los rumores son coronas.
ROSITA
Granada, calle de Elvira,
donde viven las manolas,
las que se van a la Alhambra,
las tres y las cuatro solas.
Una vestida de verde,
otra de malva, y la otra,
un corselete escocés
con cintas hasta la cola.
Las que van delante, garzas;
la que va detrás, paloma;
abren por las alamedas
muselinas misteriosas.
¡Ay, qué oscura está la Alhambra!
¿Adónde irán las manolas
mientras sufren en la umbría
el surtidor y la rosa?
¿Qué galanes las esperan?
¿Bajo qué mirto reposan?
¿Qué manos roban perfumes
a sus dos flores redondas?
Nadie va con ellas, nadie;
dos garzas y una paloma.
Pero en el mundo hay galanes
que se tapan con las hojas.
La catedral ha dejado
bronces que la brisa toma.
El Genil duerme a sus bueyes

y el Dauro a sus mariposas.
La noche viene cargada
con sus colinas de sombra;
una enseña los zapatos
entre volantes de blonda;
la mayor abre sus ojos
y la menor los entorna.
¿Quién serán aquellas tres
de alto pecho y larga cola?
¿Por qué agitan los pañuelos?
¿Adónde irán a estas horas?
Granada, calle de Elvira,
donde viven las manolas,
las que se van a la Alhambra,
las tres y las cuatro solas.
MANOLA 1
Deja que el rumor
extienda sobre Granada sus olas.
MANOLA 2
¿Tenemos novio?
ROSITA
Ninguna.
MANOLA 2
¿Digo la verdad?
ROSITA
Sí, toda.
MANOLA 3
Encajes de escarcha tienen
nuestras camisas de novia.
ROSITA
Pero...
MANOLA 1
La noche nos gusta.
ROSITA
Pero...
MANOLA 2
Por calles en sombra.
MANOLA 1
Nos subimos a la Alhambra
las tres y las cuatro solas.

MANOLA 3
¡Ay!
MANOLA 2
Calla.
MANOLA 3
¿Por qué?
MANOLA 2
¡Ay!
MANOLA 1
¡Ay, sin que nadie lo oiga!
ROSITA
Alhambra, jazmín de pena
donde la luna reposa.

AMA Niña, tu tía te llama. (*Muy triste.*)

ROSITA ¿Has llorado?

AMA (*Conteniéndose.*) No... es que tengo así, una cosa que...

ROSITA No me asustes. ¿Qué pasa? (*Entra rápida, mirando hacia el ama. Cuando entra Rosita, el ama rompe a llorar en silencio.*)

MANOLA 1 (*En voz alta.*) ¿Qué ocurre?

MANOLA 2 Dinos.

AMA Callad.

MANOLA 3 (*En voz baja.*) ¿Malas noticias? (*El ama las lleva a la puerta y mira por donde salió Rosita.*)

AMA ¡Ahora se lo está diciendo! (*Pausa, en que todas oyen.*)

MANOLA 1 Rosita está llorando; vamos a entrar.

AMA Venid y os contare. ¡Dejadla ahora! Podéis salir por el postigo. (*Salen.*)

(*Queda la escena sola. Un piano lejísimo toca un estudio de Cerny. Pausa. Entra el primo, y al llegar al centro de la habitación se detiene porque entra Rosita. Quedan los dos mirándose frente a frente. El primo avanza. La enlaza por el talle. Ella inclina la cabeza sobre su hombro.*)

ROSITA
¿Por qué tus ojos traidores
con los míos se fundieron?
¿Por qué tus manos tejieron,
sobre mi cabeza, flores?
¡Que luto de ruiseñores
dejas a mi juventud,
pues, siendo norte y salud
tu figura y tu presencia,
rompes con tu cruel ausencia

las cuerdas de mi laúd!
PRIMO (*La lleva a un «vis-a-vis» y se sientan.*)
¡Ay, prima, tesoro mío!,
ruiseñor en la nevada,
deja tu boca cerrada
al imaginario frío;
no es de hielo mi desvío,
que, aunque atraviesa la mar,
el agua me ha de prestar
nardos de espuma y sosiego
para contener mi fuego
cuando me vaya a quemar.
ROSITA
Una noche, adormilada
en mi balcón de jazmines,
vi bajar dos querubines
a una rosa enamorada;
ella se puso encarnada
siendo blanco su color;
pero, como tierna flor,
sus pétalos encendidos
se fueron cayendo heridos
por el beso del amor.
Así yo, primo inocente,
en mi jardín de arrayanes
daba al aire mis afanes
y mi blancura a la fuente.
Tierna gacela imprudente
alcé los ojos, te vi
y en mi corazón sentí
agujas estremecidas
que me están abriendo heridas
rojas como el alhelí
PRIMO
He de volver, prima mía,
para llevarte a mi lado
en barco de oro cuajado
con las velas de alegría;
luz y sombra, noche y día,
sólo pensaré en quererte.

ROSITA
Pero el veneno que vierte
amor, sobre el alma sola,
tejerá con tierra y ola
el vestido de mi muerte.
PRIMO
Cuando mi caballo lento
coma tallos con rocío,
cuando la niebla del río
empañe el muro del viento,
cuando el verano violento
ponga el llano carmesí
y la escarcha deje en mí
alfileres de lucero,
te digo, porque te quiero,
que me moriré por ti.
ROSITA
Yo ansío verte llegar
una tarde por Granada
con toda la luz salada
por la nostalgia del mar;
amarillo limonar,
jazminero desangrado,
por las piedras enredado
impedirán tu camino,
y nardos en remolino
pondrán loco mi tejado,
¿Volverás?
PRIMO
Sí. ¡Volveré!
ROSITA
¿Qué paloma iluminada
me anunciará tu llegada?
PRIMO
El palomo de mi fe.
ROSITA
Mira que yo bordaré
sábanas para los dos.
PRIMO
Por los diamantes de Dios

y el clavel de su costado,
juro que vendré a tu lado.
ROSITA
¡Adiós, primo!
PRIMO
¡Prima, adiós!
(*Se abrazan en el «vis-a-vis». Lejos se oye el piano. El primo sale. Rosita queda llorando. Aparece el tío, que cruza la escena hacia el invernadero. Al ver a su tío, Rosita coge el libro de las rosas que está al alcance de su mano.*)
TÍO ¿Qué hacías?
ROSITA Nada.
TÍO ¿Estabas leyendo?
ROSITA Sí. (*Sale el tío, Leyendo.*)
Cuando se abre en la mañana
roja como sangre está;
el rocío no la toca
porque se teme quemar.
Abierta en el mediodía
es dura como el coral,
el sol se asoma a los vidrios
para verla relumbrar.
Cuando en las ramas empiezan
los pájaros a cantar
y se desmaya la tarde
en las violetas del mar,
se pone blanca, con blanco
de una mejilla de sal;
y cuando toca la noche
blando cuerno de metal
y las estrellas avanzan
mientras los aires se van,
en la raya de lo oscuro
se comienza a deshojar.
(*TELÓN)*

Acto segundo

Salón de la casa de doña Rosita. Al fondo el jardín.
SEÑOR X Pues yo siempre seré de este siglo.
TÍO El siglo que acabamos de empezar será un siglo materialista.

SEÑOR X Pero de mucho más adelanto que el que se fue. Mi amigo, el señor Longoria, de Madrid, acaba de comprar un automóvil con el que se lanza a la fantástica velocidad de treinta kilómetros por hora; y el sha de Persia, que por cierto es un hombre muy agradable, ha comprado también un Panhard Levassor de veinticuatro caballos.

TÍO Y digo yo: ¿adónde van con tanta prisa? Ya ve usted lo que ha pasado en la carrera París-Madrid, que ha habido que suspenderla, porque antes de llegar a Burdeos se mataron todos los corredores.

SEÑOR X El conde Zboronsky, muerto en el accidente, y Marcel Renault, o Renol, que de ambas maneras suele y puede decirse, muerto también en el accidente, son mártires de la ciencia, que serán puestos en los altares el día en que venga la religión de lo positivo. A Renol lo conocí bastante. ¡Pobre Marcelo!

TÍO No me convencerá usted. (*Se sienta.*)

SEÑOR X (*Con el pie puesto en la silla y jugando con el bastón.*) Superlativamente; aunque un catedrático de Economía Política no puede discutir con un cultivador de rosas. Pero hoy día, créame usted, no privan los quietísmos ni las ideas «oscurantistas». Hoy día se abren camino un Juan Bautista Say, o Se, que de ambas maneras suele y puede decirse, o un conde León Tulstuá, vulgo Tolstoi, tan galán en la forma como profundo en el concepto, yo me siento en la Polis viviente; no soy partidario de la Natura Naturata.

TÍO Cada uno vive como puede o como sabe en esta vida diaria.

SEÑOR X Está entendido, la Tierra es un planeta mediocre, pero hay que ayudar a la civilización. Si Santos Dumont, en vez de estudiar Meteorología comparada, se hubiera dedicado a cuidar rosas, el aeróstato dirigible estaría en el seno de Brahma.

TÍO (*Disgustado.*) La botánica también es una ciencia.

SEÑOR X (*Despectivo.*) Sí, pero aplicada; para estudiar jugos de la Anthemis olorosa, o el ruibarbo, o la enorme pulsátila, o el narcótico de la Datura Stramonium.

TÍO (*Ingenuo.*) ¿Le interesan a usted esas plantas?

SEÑOR X No tengo el suficiente volumen de experiencia sobre ellas. Me interesa la cultura, que es distinto. «Voilá». (*Pausa.*) ¿Y... Rosita?

TÍO ¿Rosita? (*Pausa. En voz alta.*) ¡Rosita!..

VOZ (*Dentro.*) No está.

TÍO No está.

SEÑOR X Lo siento.

TÍO Yo también. Como es su santo, habrá salido a rezar los cuarenta credos.

SEÑOR X Le entrega usted de mi parte este "pendentif". Es una Torre Eiffel de nácar sobre dos palomas que llevan en sus picos la rueda de la industria.

TÍO Lo agradecerá mucho.

SEÑOR X Estuve por haberla traído un cañoncito de plata por cuyo agujero se veía la Virgen de Lurdes, o Lourdes, o una hebilla para el cinturón hecha con una serpiente y cuatro libélulas, pero preferí lo primero por ser de más gusto.

TÍO Gracias.

SEÑOR X Encantado de su favorable acogida.

TÍO Gracias.

SEÑOR X Póngame a los pies de su señora esposa.

TÍO Muchas gracias.

SEÑOR X Póngame a los pies de su encantadora sobrinita, a la que deseo venturas en su celebrado onomástico.

TÍO Mil gracias.

SEÑOR X Considéreme seguro servidor suyo.

TÍO Un millón de gracias.

SEÑOR X Vuelvo a repetir...

TÍO Gracias, gracias, gracias.

SEÑOR X Hasta siempre. (*Se va.*)

TÍO (*A voces.*) Gracias, gracias, gracias.

AMA (*Sale riendo.*) No sé cómo tiene usted paciencia. Con este señor y con el otro, don Confucio Montes de Oca, bautizado en la logia número cuarenta y tres, va a arder la casa un día.

TÍO Te he dicho que no me gusta que escuches las conversaciones.

AMA Eso se llama ser desagradecido. Estaba detrás de la puerta, sí, señor, pero no era para oír, sino para poner una escoba boca arriba y que el señor se fuera.

TÍA ¿Se fue ya?

TÍO Ya. (*Entra.*)

AMA ¿También éste pretende a Rosita?

TÍA Pero ¿por qué hablas de pretendientes? ¡No conoces a Rosita!

AMA Pero conozco a los pretendientes.

TÍA Mi sobrina está comprometida.

AMA No me haga usted hablar, no me haga usted hablar, no me haga usted hablar, no me haga usted hablar.

TÍA Pues cállate.

AMA ¿A usted le parece bien que un hombre se vaya y deje quince años plantada a una mujer que es la flor de la manteca? Ella debe casarse. Ya me duelen las manos de guardar mantelerías de encaje de Marsella y juegos de cama adornados de guipure y caminos de mesa y cubrecamas de gasa con flores de realce. Es que ya debe usarlos y romperlos, pero ella no se da cuenta de cómo pasa el tiempo. Tendrá el pelo de plata y todavía estará cosiendo cintas de raso liberti en los volantes de su camisa de novia.

TÍA Pero ¿por qué te metes en lo que no te importa?

AMA (*Con asombro.*) Pero si no me meto, es que estoy metida.

TÍA Yo estoy segura de que ella es feliz.

AMA Se lo figura. Ayer me tuvo todo el día acompañándola en la puerta del circo, porque se empeñó en que uno de los titiriteros se parecía a su primo.

TÍA ¿Y se parecía realmente?

AMA Era hermoso como un novicio cuando sale a cantar la primera misa, pero ya quisiera su sobrino tener aquel talle, aquel cuello de nácar y aquel bigote. No se parecía nada. En la familia de ustedes no hay hombres guapos.

TÍA ¡Gracias, mujer!

AMA Son todos bajos y un poquito caídos de hombros.

TÍA ¡Vaya!

AMA Es la pura verdad, señora. Lo que pasó es que a Rosita le gustó el saltimbanqui, como me gustó a mí y como le gustaría a usted. Pero ella lo achaca todo al otro. A veces me gustaría tirarle un zapato a la cabeza. Porque de tanto mirar al cielo se le van a poner los ojos de vaca.

TÍA Bueno; y punto final. Bien esta que la zafia hable, pero que no ladre.

AMA No me echará usted en cara que no la quiero.

TÍA A veces me parece que no.

AMA El pan me quitaría de la boca y la sangre de las venas, si ella me los deseara.

TÍA (*Fuerte.*) ¡Pico de falsa miel! ¡Palabras!

AMA (*Fuerte.*) ¡Y hechos! Lo tengo demostrado, ¡y hechos! La quiero mas que usted.

TÍA Eso es mentira.

AMA (*Fuerte.*) Eso es verdad!

TÍA ¡No me levantes la voz!

AMA (*Alto.*) Para eso tengo la campanilla de la lengua.

TÍA ¡Cállate, mal educada!

AMA Cuarenta años llevo al lado de usted.

TÍA (*Casi llorando.*) ¡Queda usted despedida!

AMA (*Fortísimo.*) ¡Gracias a Dios que la voy a perder de vista!

TÍA (*Llorando.*) ¡A la calle inmediatamente!

AMA (*Rompiendo a llorar.*) ¡A la calle!

(*Se dirige llorando a la puerta y al entrar se le cae un objeto. Las dos están llorando.) (Pausa.)*

TÍA (*Limpiándose las lagrimas y dulcemente.*) ¿Qué se te ha caído?

AMA (*Llorando.*) Un portatermómetro, estilo Luis Quince.

TÍA ¿Sí?

AMA Sí, señora. (*Llora.*)

TÍA ¿A ver?

AMA Para el santo de Rosita. (*Se acerca.*)

TÍA (*Sorbiendo.*) Es una preciosidad.

AMA (*Con voz de llanto.*) En medio del terciopelo hay una fuente hecha con caracoles de verdad; sobre la fuente, una glorieta de alambre con rosas verdes; el agua de la taza es un grupo de lentejuelas azules, y el surtidor es el propio termómetro. Los charcos que hay alrededor están pintados al aceite, y encima de ellos bebe un ruiseñor todo bordado con hilo de oro. Yo quise que tuviera cuerda y cantara, pero no pudo ser.

TÍA No pudo ser.

AMA Pero no hace falta que cante. En el jardín los tenemos vivos.

TÍA Es verdad. (*Pausa.*) ¿Para qué te has metido en esto?

AMA (*Llorando.*) Yo doy todo lo que tengo por Rosita.

TÍA ¡Es que tú la quieres como nadie!

AMA Pero después de usted.

TÍA No. Tú le has dado tu sangre.

AMA Usted le ha sacrificado su vida.

TÍA Pero yo lo he hecho por deber y tú por generosidad.

AMA (*Más fuerte.*) ¡No diga usted eso!

TÍA Tú has demostrado quererla más que nadie.

AMA Yo he hecho lo que haría cualquiera en mi caso. Una criada. Ustedes me pagan y yo sirvo.

TÍA Siempre te hemos considerado como de la familia.

AMA Una humilde criada que da lo que tiene y nada más.

TÍA Pero ¿me vas a decir que nada más?

AMA ¿Y soy otra cosa?

TÍA (*Irritada.*) Eso no lo puedes decir aquí. Me voy por no oírte.

AMA (*Irritada.*) Y yo también.

(*Salen rápidas una por cada puerta. Al salir, la tía se tropieza con el tío.*)

TÍO De tanto vivir juntas, los encajes se os hacen espinas.

TÍA Es que quiere salirse siempre con la suya.

TÍO No me expliques, ya me lo sé todo de memoria... Y sin embargo no puedes estar sin ella. Ayer oí cómo le explicabas con todo detalle nuestra cuenta corriente en el Banco. No te sabes quedar en tu sitio. No me parece conversación lo más a propósito para una criada.

TÍA Ella no es una criada.

TÍO (*Con dulzura.*) Basta, basta, no quiero llevarte la contraria.

TÍA Pero ¿es que conmigo no se puede hablar?

TÍO Se puede, pero yo prefiero callarme.

TÍA Aunque te quedes con tus palabras de reproche.

TÍO ¿Para qué voy a decir nada a estas alturas? Por no discutir soy capaz de hacerme la cama, de limpiar mis trajes con jabón de palo y cambiar las alfombras de mi habitación.

TÍA No es justo que te des ese aire de hombre superior y mal servido, cuando todo en esta casa está supeditado a tu comodidad y a tus gustos.

TÍO (*Dulce*) Al contrario, hija.

TÍA (*Seria.*) Completamente. En vez de hacer encajes, podo las plantas. ¿Qué haces tú por mí?

TÍO Perdona. Llega un momento en que las personas que viven juntas muchos años hacen motivo de disgusto y de inquietud las cosas más pequeñas, para poner intensidad y afanes en lo que está definitivamente muerto. Con veinte años no teníamos estas conversaciones.

TÍA No. Con veinte años se rompían los cristales...

TÍO Y el frío era un juguete en nuestras manos.

(*Aparece Rosita. Viene vestida de rosa. Ya la moda ha cambiado de mangas de jamón a 1900. Falda en forma de campanela. Atraviesa la escena, rápida, con unas tijeras en la mano. En el centro se para.*)

ROSITA ¿Ha llegado el cartero?

TÍO ¿Ha llegado?

TÍA No sé. (*A voces.*) ¿Ha llegado el cartero? (*Pausa.*) No, todavía no.

ROSITA Siempre pasa a estas horas.

TÍO Hace rato debió llegar.

TÍA Es que muchas veces se entretiene.

ROSITA El otro día me lo encontré jugando al uni-uni-doli-doli con tres chicos y todo el montón de cartas en el suelo.

TÍA Ya vendrá.

ROSITA Avisadme. (*Sale rápida*)

TÍO Pero ¿dónde vas con esas tijeras?

ROSITA Voy a cortar unas rosas.

TÍO (*Asombrado.*) ¿Cómo? ¿Y quién te ha dado permiso?

TÍA Yo. Es el dia de su santo.

ROSITA Quiero poner en las jardineras y en el florero de la entrada.

TÍO Cada vez que cortáis una rosa es como si me cortaseis un dedo. Ya sé que es igual. (*Mirando a su mujer.*) No quiero discutir. Sé que duran poco. (*Entra el ama.*) Así lo dice el vals de las rosas, que es una de las composiciones mas bonitas de estos tiempos, pero no puedo reprimir el disgusto que me produce verlas en los búcaros. (*Sale de escena.*)



ROSITA (*Al ama.*) ¿Vino el correo?

AMA Pues para lo único que sirven las rosas es para adornar las habitaciones.

ROSITA (*Irritada.*) Te he preguntado si ha venido el correo.

AMA (*Irritada.*) ¿Es que me guardo yo las cartas cuando vienen?

TÍA Anda, corta las flores.

ROSITA Para todo hay en esta casa una gotita de acíbar.

AMA Nos encontramos el rejalgar por los rincones. (*Sale de escena.*)

TÍA ¿Estas contenta?

ROSITA No sé.

TÍA ¿Y eso?

ROSITA Cuando no veo la gente estoy contenta, pero como la tengo que ver...

TÍA Claro! No me gusta la vida que llevas. Tu novio no te exige que seas hurona. Siempre me dice en las cartas que salgas.

ROSITA Pero es que en la calle noto cómo pasa el tiempo, y no quiero perder las ilusiones. Ya han hecho otra casa nueva en la placeta. No quiero

enterarme de cómo pasa el tiempo.

TÍA ¡Claro! Muchas veces te he aconsejado que escribas a tu primo y que te cases aquí con otro. Tú eres alegre. Yo sé que hay nuchachos y hombres maduros enamorados de ti.

ROSITA ¡Pero, tía! Tengo las raíces muy hondas, muy bien hincadas en mi sentimiento. Si no viera a la gente, me creería que hace una semana que se marchó. Yo espero como el primer día. Además, ¿qué es un año, ni dos, ni cinco? (*Suena una campanilla.*) El correo.

TÍA ¿Qué te habrá mandado?

AMA (*Entrando en escena.*) Ahí están las solteronas cursilonas.

TÍA ¡María Santísima!

ROSITA Que pasen.

AMA La madre y las tres niñas. Lujo por fuera y para la boca unas malas migas de maíz. ¡Qué azotazo en el... les daba...! (*Sale de escena.*)

(*Entran las tres cursilonas y su mamá. Las tres solteronas vienen con inmensos sombreros de plumas malas, trajes exageradísimos, guantes hasta el codo con pulseras encima y abanicos pendientes de largas cadenas. La madre viste de negro pardo con un sombrero de viejas cintas moradas.*)

MADRE Felicidades. (*Se besan.*)

ROSITA Gracias. (*Besa a las solteronas.*) ¡Amor! ¡Caridad! ¡Clemencia!

SOLTERONA 1 Felicidades.

SOLTERONA 2 Felicidades.

SOLTERONA 3 Felicidades.

TÍA (*A la madre.*) ¿Cómo van esos pies?

MADRE Cada vez peor. Si no fuera por éstas, estaría siempre en casa. (*Se sientan.*)

TÍA ¿No se da usted las friegas con alhucemas?

SOLTERONA 1 Todas las noches.

SOLTERONA 2 Y el cocimiento de malvas.

TÍA No hay reúma que resista.

(*Pausa.*)

MADRE ¿Y su esposo?

TÍA Está bien, gracias.

(*Pausa.*)

MADRE Con sus rosas.

TÍA Con sus rosas.

SOLTERONA 3 ¡Qué bonitas son las flores!

SOLTERONA 2 Nosotras tenemos en una maceta un rosal de San Francisco.

ROSITA Pero las rosas de San Francisco no huelen.

SOLTERONA 1 Muy poco.

MADRE A mí lo que mas me gusta son las celindas.

SOLTERONA 3 Las violetas son también preciosas.

(*Pausa.*)

MADRE Niñas, ¿habéis traído la tarjeta?

SOLTERONA 3 Si. Es una niña vestida de rosa, que al mismo tiempo es barómetro. El fraile con la capucha está ya muy visto. Según la humedad, las faldas de la niña, que son de papel finísimo, se abren o se cierran.

ROSITA (*Leyendo.*)

Una mañana en el campo
cantaban los ruiseñores
y en su cántico decían:
"Rosita, de las mejores."
¿Para qué se han molestado ustedes?

TÍA Es de mucho gusto.

MADRE ¡Gusto no me falta; lo que me falta es dinero!

SOLTERONA 1 ¡Mama...!

SOLTERONA 2 ¡Mama...!

SOLTERONA 3 ¡Mama...!

MADRE Hijas, aquí tengo confianza. No nos oye nadie. Pero usted lo sabe muy bien: desde que faltó mi pobre marido hago verdaderos milagros para administrar la pensión que nos queda. Todavía me parece oír al padre de estas hijas cuando, generoso y caballero como era, me decía: "Enriqueta, gasta, gasta, que yo gano setenta duros"; ¡pero aquellos tiempos pasaron! A pesar de todo, nosotras no hemos descendido de clase. ¡Y qué angustia he pasado, señora, para que estas hijas puedan seguir usando sombrero! ¡Cuántas lágrimas, cuántas tristezas por una cinta o un grupo de bucles! Esas plumas y esos alambres me tienen costado muchas noches en vela.

SOLTERONA 3 ¡Mama..!

MADRE Es la verdad, hija mía. No nos podemos extralimitar lo más mínimo. Muchas veces les pregunto: "¿Qué queréis, hijas de mi alma: huevo en el almuerzo o silla en el paseo?" Y ellas me responden las tres a la vez: "Sillas."

SOLTERONA 3 Mamá, no comentes más esto. Todo Granada lo sabe.

MADRE Claro, ¿qué van a contestar? Y allá vamos con unas patatas y un racimo de uvas, pero con capa de mongolia o sombrilla pintada o blusa de popelinette, con todos los detalles. Porque no hay más remedio. ¡Pero a mi me cuesta la vida! Y se me llenan los ojos de lágrimas cuando las veo alternar con las que pueden.

SOLTERONA 2 ¿No vas ahora a la Alameda, Rosita?

ROSITA No.

SOLTERONA 3 Allí nos reunimos siempre con las de Ponce de León, con

las de Herrasti y con las de la baronesa de Santa Matilde de la Bendición Papal. Lo mejor de Granada.

MADRE ¡Claro! Estuvieron juntas en el colegio de la Puerta del Cielo.

(*Pausa.*)

TÍA (*Levantándose.*) Tomarán ustedes algo. (*Se levantan todas.*)

MADRE No hay manos como las de usted para el piñonate y el pastel de gloria.

SOLTERONA 1 (*A Rosita.*) ¿Tienes noticias?

ROSITA El último correo me prometía novedades. Veremos a ver éste.

SOLTERONA 3 ¿Has terminado el juego de encajes valenciennes?

ROSITA ¡Toma! Ya he hecho otro de nansú con mariposa a la aguada.

SOLTERONA 2 El día que te cases vas a llevar el mejor ajuar del mundo.

ROSITA ¡Ay, yo pienso que todo es poco! Dicen que los hombres se cansan de una si la ven siempre con el mismo vestido.

AMA (*Entrando.*) Ahí están las de Ayola, el fotógrafo.

TÍA Las señoritas de Ayola, querrás decir.

AMA Ahí están las señoronas por todo lo alto de Ayola, fotógrafo de Su Majestad y medalla de oro en la exposición de Madrid. (*Sale.*)

TÍA Hay que aguantarla; pero a veces me crispa los nervios. (*Las solteronas están con Rosita viendo unos paños.*) Están imposibles.

MADRE Envalentonadas. Yo tengo una muchacha que nos arregla el piso por las tardes; ganaba lo que han ganado siempre: una peseta al mes y las sobras, que ya está bien en estos tiempos; pues el otro día se nos descolgó diciendo que quería un duro, ¡y yo no puedo!

TÍA No sé dónde vamos a parar.

(*Entran las niñas de Ayola, que saludan a Rosita con alegría. Vienen con la moda exageradísima de la época y ricamente vestidas.*)

ROSITA ¿No se conocen ustedes?

AYOLA 1 De vista.

ROSITA Las señoritas de Ayola, la señora y señoritas de Escarpini.

AYOLA 1 Ya las vemos sentadas en sus sillas del paseo. (*Disimulan la risa.*)

ROSITA Tomen asiento. (*Se sientan las solteronas.*)

TÍA (*A las de Ayola.*) ¿Queréis un dulcecito?

AYOLA 2 No; hemos comido hace poco. Por cierto que yo tome cuatro huevos con picadillo de tomate, y casi no me podía levantar de la silla.

AYOLA 1 ¡Que graciosa! (*Ríen.*)

(*Pausa. Las Ayola inician una risa incontenible que se comunica a Rosita, que hace esfuerzos por contenerse. Las cursilonas y su madre están serias. Pausa.*)

TÍA ¡Qué criaturas!

MADRE ¡La juventud!

TÍA Es la edad dichosa.

ROSITA (*Andando por la escena como arreglando cosas.*) Por favor, callarse. (*Se callan.*)

TÍA (*A la solterona 3*) ¿Y ese piano?

SOLTERONA 3 Ahora estudio poco. Tengo muchas labores que hacer.

ROSITA Hace mucho tiempo que no te he oído.

MADRE Si no fuera por mí, ya se le habrían engarabitado los dedos. Pero siempre estoy con el tole tole.

SOLTERONA 2 Desde que murió el pobre papá no tiene ganas. ¡Como a él le gustaba tanto!

AYOLA 2 Me acuerdo que algunas veces se le caían las lágrimas.

SOLTERONA 1 Cuando tocaba la tarantela de Popper.

SOLTERONA 2 Y la plegaria de la Virgen.

MADRE ¡Tenía mucho corazón!

(*Las Ayola, que han estado conteniendo la risa, rompen a reír en grandes carcajadas. Rosita, vuelta de espaldas a las solteronas, ríe también, pero se domina.*)

TÍA ¡Qué chiquillas!

AYOLA 1 Nos reímos porque antes de entrar aquí...

AYOLA 2 Tropezó ésta y estuvo a punto de dar la vuelta de campana...

AYOLA 1 Y yo... (*Ríen.*)

(*Las solteronas inician una leve risa fingida con un matiz cansado y triste.*)

MADRE ¡Ya nos vamos!

TÍA De ninguna manera.

ROSITA (*A todas.*) ¡Pues celebremos que no te hayas caído! Ama, trae los huesos de Santa Catalina.

SOLTERONA 3 ¡Qué ricos son!

MADRE El año pasado nos regalaron a nosotras medio kilo.

(*El ama entra con los huesos.*)

AMA Bocados para gente fina. (*A Rosita.*) Ya viene el correo por los alamillos.

ROSITA ¡Espéralo en la puerta!

AYOLA 1 Yo no quiero comer. Prefiero una palomilla de anís.

AYOLA 2 Y yo de agraz.

ROSITA ¡Tú siempre tan borrachilla!

AYOLA 1 Cuando yo tenía seis años venía aquí y el novio de Rosita me acostumbró a beberlas. ¿No recuerdas, Rosita?

ROSITA (*Sería.*) ¡No!

AYOLA 2 A mí, Rosita y su novio me enseñaban las letras A, B, C. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

TÍA ¡Quince años!

AYOLA 1 A mí, casi, casi, se me ha olvidado la cara de tu novio.

AYOLA 2 ¿No tenía una cicatriz en el labio?

ROSITA ¿Una cicatriz? Tía, ¿tenía una cicatriz?

TÍA Pero ¿no te acuerdas, hija? Era lo único que le afeaba un poco.

ROSITA Pero no era una cicatriz; era una quemadura, un poquito rosada. Las cicatrices son hondas.

AYOLA 1 ¡Tengo una gana de que Rosita se case!

ROSITA ¡Por Dios!

AYOLA 2 Nada de tonterías. ¡Yo también!

ROSITA ¿Por qué?

AYOLA 1 Para ir a una boda. En cuanto yo pueda, me caso.

TÍA ¡Niña!

AYOLA 1 Con quien sea, pero no me quiero quedar soltera.

AYOLA 2 Yo pienso igual.

TÍA (*A la madre.*) ¿Qué le parece a usted?

AYOLA 1 ¡Ay! ¡Y si soy amiga de Rosita es porque sé que tiene novio! Las mujeres sin novio están pochas, recocidas, y todas ellas... (*Al ver a las Solteronas.*) Bueno, todas, no; algunas de ellas... En fin, ¡todas están rabiadas!

TÍA ¡Ea! Ya está bien.

MADRE Déjela.

SOLTERONA 1 Hay muchas que no se casan porque no quieren.

AYOLA 2 Eso no lo creo yo.

SOLTERONA 1 (*Con intención.*) Lo sé muy cierto.

AYOLA 2 La que no se quiere casar deja de echarse polvos y ponerse postizos debajo de la pechera, y no se está día y noche en las barandillas del balcón atisbando la gente.

SOLTERONA 1 ¡Le puede gustar tomar el aire!

ROSITA Pero ¡qué discusión más tonta! (*Ríen forzadamente.*)

TÍA Bueno. ¿Por qué no tocamos un poquito?

MADRE ¡Anda, niña!

SOLTERONA 1 (*Levantándose.*) Pero ¿qué toco?

AYOLA 2 Toca «¡Viva Frascuelo!».

SOLTERONA 2 La barcarola de «La fragata Numancia».

ROSITA ¿Y por qué no «Lo que dicen las flores»?

MADRE ¡Ah, sí, «Lo que dicen las flores»! (*A la tía.*) ¿No la ha oído usted? Habla y toca al mismo tiempo. ¡Una preciosidad!

SOLTERONA 3 También puedo decir «Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón los nidos a colgar».

AYOLA 1 Eso es muy triste.

SOLTERONA 1 Lo triste es bonito también.

TÍA ¡Vamos! ¡Vamos!
SOLTERONA 3 (*En el piano.*)
Madre, llévame a los campos
con la luz de la mañana
a ver abrirse las flores
cuando se mecen las ramas.
Mil flores dicen mil cosas
para mil enamoradas,
y la fuente está contando
lo que el ruiseñor se calla.
ROSITA
Abierta estaba la rosa
con la luz de la mañana;
tan roja de sangre tierna,
que el rocío se alejaba;
tan caliente sobre el tallo,
que la brisa se quemaba;
¡tan alta!, ¡cómo reluce!
¡Abierta estaba!
SOLTERONA 3
"Sólo en ti pongo mis ojos",
el heliotropo expresaba.
"No te querré mientras viva",
dice la flor de la albahaca.
"Soy tímida", la violeta.
"Soy fría", la rosa blanca.
Dice el jazmín: "Seré fiel";
y el clavel: "¡Apasionada!"
SOLTERONA 2
El jacinto es la amargura;
el dolor, la pasionaria.
SOLTERONA 1
El jaramago, el desprecio;
y los lirios, la esperanza.
TÍA
Dice el nardo: "Soy tu amigo".
"Creo en ti", la pasionaria.
La madreselva te mece.
la siempreviva te mata.
MADRE

Siempreviva de la muerte,
flor de las manos cruzadas;
¡qué bien estas cuando el aire
llora sobre tu guirnalda!
ROSITA
Abierta estaba la rosa,
pero la tarde llegaba,
y un rumor de nieve triste
le fue pesando las ramas;
cuando la sombra volvía,
cuando el ruiseñor cantaba,
como una muerta de pena
se puso transida y blanca;
y, cuando la noche, grande
cuerno de metal sonaba
y los vientos enlazados
dormían en la montaña,
se deshojó suspirando
por los cristales del alba.
SOLTERONA 3
Sobre tu largo cabello
gimen las flores cortadas.
Unas llevan puñalitos;
otras, fuego, y otras, agua.
SOLTERONA 1
Las flores tienen su lengua
para las enamoradas.
ROSITA
Son celos el carambuco;
desdén esquivo, la dalia;
suspiros de amor, el nardo;
risa, la gala de Francia.
Las amarillas son odio;
el furor, las encarnadas;
las blancas son casamiento,
y las azules, mortaja.
SOLTERONA 3
Madre, llévame a los campos
con la luz de la mañana,
a ver abrirse las flores

cuando se mecen las ramas.

(*El piano hace la última escala y se para.*)

TÍA ¡Ay, qué preciosidad!

MADRE Saben también el lenguaje del abanico, el lenguaje de los guantes, el lenguaje de los sellos y el lenguaje de las horas. A mi se me pone la carne de gallina cuando dicen aquello:

Las doce dan sobre el mundo
con horrísono rigor;
de la hora de tu muerte
acuérdate, pecador.

AYOLA 1 (*Con la boca llena de dulce.*) ¡Qué cosa mas fea!

MADRE Y cuando dicen:

A la una nacemos,
la, ra, la, la,
y este nacer,
la, la, ran,
es como abrir los ojos,
lan,
en un vergel,
vergel, vergel.

AYOLA 2 (*A su hermana.*) Me parece que la vieja ha empinado el codo. (*A la madre.*) ¿Quiere otra copita?

MADRE Con sumo gusto y fina voluntad, como se decía en mi época.

(*Rosita ha estado espiando la llegada del correo.*)

AMA ¡El correo!

(*Algazara general.*)

TÍA Y ha llegado justo.

SOLTERONA 3 Ha tenido que contar los días para que llegue hoy.

MADRE ¡Es una fineza!

AYOLA 2 ¡Abre la carta!

AYOLA 1 Más discreto es que la leas tú sola, porque a lo mejor te dice algo verde.

MADRE ¡Jesús!

(*Sale Rosita con la carta.*)

AYOLA 1 Una carta de un novio no es un devocionario.

SOLTERONA 3 Es un devocionario de amor.

AYOLA 2 ¡Ay, qué finoda!(*Ríen las Ayola.*)

AYOLA 1 Se conoce que no ha recibido ninguna.

MADRE (*Fuerte.*) ¡Afortunadamente para ella!

AYOLA 1 Con su pan se lo coma.

TÍA (*Al ama, que va a entrar con Rosita.*) ¿Dónde vas tú?

AMA ¿Es que no puedo dar un paso?

TÍA ¡Déjala a ella!

ROSITA (*Saliendo.*) ¡Tía! ¡Tía!

TÍA Hija, ¿qué pasa?

ROSITA (*Con agitación.*) ¡Ay, tía!

AYOLA 1 ¿Qué?

SOLTERONA 3 ¡Dinos!

AYOLA 2 ¿Qué?

AMA ¡Habla!

TÍA ¡Rompe!

MADRE ¡Un vaso de agua!

AYOLA 2 ¡Venga!

AYOLA 1 Pronto.

(*Algazara.*)

ROSITA (*Con voz ahogada.*) Que se casa... (*Espanto en todos.*) Que se casa conmigo, porque ya no puede más, pero que...

AYOLA 2 (*Abrazándola.*) ¡Olé! ¡Qué alegría!

AYOLA 1 ¡Un abrazo!

TÍA Dejadla hablar.

ROSITA (*Más calmada.*) Pero como le es imposible venir por ahora, la boda será por poderes y luego vendrá él.

SOLTERONA 1 ¡Enhorabuena!

MADRE (*Casi llorando.*) ¡Dios te haga lo feliz que mereces! (*La abraza.*)

AMA Bueno, y "poderes", ¿qué es?

ROSITA Nada. Una persona representa al novio en la ceremonia.

AMA ¿Y qué más?

ROSITA ¡Que está una casada!

AMA Y por la noche, ¿qué?

ROSITA ¡Por Dios!

AYOLA 1 Muy bien dicho. Y por la noche, ¿qué?

TÍA ¡Niñas!

AMA ¡Que venga en persona y se case." ¡"Poderes"! No lo he oído decir nunca. La cama y sus pinturas temblando de frío, y la camisa de novia en lo más oscuro del baúl. Señora, no deje usted que los "poderes" entren en esta casa.(*Ríen todos.*) ¡Señora, que yo no quiero "poderes"!

ROSITA Pero él vendrá pronto. ¡Esto es una prueba más de lo que me quiere!

AMA ¡Eso! ¡Que venga y que te coja del brazo y que menee el azúcar de tu café y lo pruebe a ver sí quema. (*Risas.*)

(*Aparece el tío con una rosa.*)

ROSITA ¡Tío!

TÍO Lo he oído todo, y casi sin darme cuenta he cortado la única rosa mudable que tenía en mi invernadero. Todavía estaba roja,

abierta en el mediodía,
es roja como el coral.

ROSITA

El sol se asoma a los vidrios
para verla relumbrar.

TÍO Si hubiera tardado dos horas más en cortarla te la hubiese dado blanca.

ROSITA

Blanca como la paloma
como la risa del mar;
blanca como el blanco frío
de una mejilla de sal.

TÍO Pero todavía, todavía tiene la brasa de su juventud.

TÍA Bebe conmigo una copita, hombre. Hoy es día de que lo hagas.

(*Algazara. La Solterona 3 se sienta al piano y toca una polka. Rosita está mirando la rosa. Las Solteronas 2 y 1 bailan con las Ayola y cantan.*)

Porque mujer te vi
a la orilla del mar,
tu dulce languidez
me hacía suspirar,
y aquel dulzor sutil
de mi ilusión fatal
a la luz de la luna
lo viste naufragar.

(*La tía y el tío bailan. Rosita se dirige a la pareja soltera 2 y Ayola. Baila con la soltera. La Ayola bate palmas al ver a los viejos y el ama al entrar hace el mismo juego.*)

(*TELÓN*)

Acto tercero

Sala baja de ventanas con persianas verdes que dan al Jardín del Carmen. Hay un silencio en la escena. Un reloj da las seis de la tarde. Cruza la escena el ama con un cajón y una maleta. Han pasado diez años. Aparece la tía y se sienta en una silla baja, en el centro de la escena. Silencio. El reloj vuelve a dar las seis. Pausa.

AMA (*Entrando.*) La repetición de las seis.

TÍA ¿Y la niña?

AMA Arriba, en la torre. Y usted, ¿dónde estaba?

TÍA Quitando las últimas macetas del invernadero.

AMA No la he visto en toda la mañana.

TÍA Desde que murió mi marido está la casa tan vacía que parece el doble de grande, y hasta tenemos que buscarnos. Algunas noches, cuando toso en mi cuarto, oigo un eco como si estuviera en un iglesia.

AMA Es verdad que la casa resulta demasiado grande.

TÍA Y luego..., si él viviera, con aquella claridad que tenía, con aquel talento (*Casi llorando.*)

AMA (*Cantando.*) Lan-lan-van-lan-lan... No, señora, llorar no lo consiento. Hace ya seis años que murió y no quiero que esté usted como el primer día. ¡Bastante lo hemos llorado! ¡A pisar firme, señora! ¡Ssalga el sol por las esquinas! ¡Que nos espere muchos años todavía cortando rosas!

TÍA (*Levantándose.*) Estoy muy viejecita, ama. Tenemos encima una ruina muy grande.

AMA No nos faltará. ¡También yo estoy vieja!

TÍA ¡Ojalá tuviera yo tus años!

AMA Nos llevamos poco, pero como yo he trabajado mucho, estoy engrasada, y usted, a fuerza de poltrona, se le han engagarabitado las piernas.

TÍA ¿Es que te parece que yo no he trabajado?

AMA Con las puntillas de los dedos, con hilos, con tallos, con confituras; en cambio, yo he trabajado con las espaldas, con las rodillas, con las uñas.

TÍA Entonces, gobernar una casa ¿no es trabajar?

AMA Es mucho más difícil fregar sus suelos.

TÍA No quiero discutir.

AMA ¿Y por qué no? Así pasamos el rato. Ande. Replíqueme. Pero nos hemos quedado mudas. Antes se daban voces. Que si esto, que si lo otro, que si las natillas, que si no planches más...

TÍA Yo ya estoy entregada, y un día sopas, otro día migas, mi vasito de agua y mi rosario en el bolsillo, esperaría la muerte con dignidad... ¡Pero cuando pienso en Rosita¡

AMA ¡Esa es la llaga!

TÍA (*Enardecida.*) Cuando pienso en la mala acción que le han hecho y en el terrible engaño mantenido y en la falsedad del corazón de ese hombre, que no es de mi familia ni merece ser de mi familia, quisiera tener veinte años para tomar un vapor y llegar a Tucumán y coger un látigo...

AMA (*Interrumpiéndola.*) ... y coger una espada y cortarle la cabeza y machacársela con dos piedras y cortarle la mano del falso juramento y las mentirosas escrituras de cariño.

TÍA Sí; sí; que pagara con sangre lo que sangre ha costado, aunque toda sea sangre mía, y después...

AMA ... aventar las cenizas sobre el mar.

TÍA Resucitarlo y traerlo con Rosita para respirar satisfecha con la honra de los míos.

AMA Ahora me dará usted la razón.

TÍA Te la doy.

AMA Allí encontró la rica que iba buscando y se casó, pero debió decirlo a tiempo. Porque ¿quién quiere ya a esta mujer? ¡Ya está pasada! Señora, ¿y no le podríamos mandar una carta envenenada, que se muriera de repente al recibirla?

TÍA ¡Qué cosas! Ocho años lleva de matrimonio, y hasta el mes pasado no me escribió el canalla la verdad. Yo notaba algo en las cartas; los poderes que no venían, un aire dudoso... no se atrevía, pero al fin lo hizo. ¡Claro que después que su padre murió! Y esta criatura...

AMA ¡Chist...!

TÍA Y recoge las dos orzas.

(*Aparece Rosita. Viene vestida de un rosa claro con moda del 1910. Entra peinada de bucles. Está muy avejentada.*)

AMA ¡Niña!

ROSITA ¿Qué hacéis?

AMA Criticando un poquito. Y tú, ¿dónde vas?

ROSITA Voy al invernadero. ¿Se llevaron ya las macetas?

TÍA Quedan unas pocas.

(*Sale Rosita. Se limpian las lágrimas las dos mujeres.*)

AMA ¿Y ya está? ¿Usted sentada y yo sentada? ¿Y a morir tocan? ¿Y no hay ley? ¿Y no hay gábilos para hacerlo polvo...?

TÍA Calla, ¡no sigas!

AMA Yo no tengo genio para aguantar estas cosas sin que el corazón me corra por todo el pecho como si fuera un perro perseguido. Cuando yo enterré a mi marido lo sentí mucho, pero tenia en el fondo una gran alegría..., alegría no ..., golpetazos de ver que la enterrada no era yo. Cuando enterré a mi niña..., ¿me entiende usted?, cuando enterré a mi niña fue como si me pisotearan las entrañas, pero los muertos son muertos. Están muertos, vamos a llorar, se cierra la puerta, ¡y a vivir! Pero esto de mi Rosita es lo peor. Es querer y no encontrar el cuerpo; es llorar y no saber por quién se llora, es suspirar por alguien que uno sabe que no se merece los suspiros. Es una herida abierta que mana sin parar un hilito de sangre, y no hay nadie, nadie en el mundo, que traiga los algodones, las vendas o el precioso terrón de nieve.

TÍA ¿Qué quieres que yo haga?

AMA Que nos lleve el río.

TÍA A la vejez todo se nos vuelve de espaldas.

AMA Mientras yo tenga brazos nada le faltará.

TÍA (*Pausa. Muy bajo, como con verguenza.*) Ama, ¡ya no puedo pagar tus mensualidades! Tendrás que abandonarnos.

AMA ¡Huuy! ¡Qué airazo entra por la ventana! ¡Huuy! .. ¿O será que me estoy volviendo sorda? Pues...¿y las ganas que me entran de cantar? ¡Como los niños que salen del colegio! (*Se oyen voces infantiles.*) ¿Lo oye usted, señora? Mi señora, más señora que nunca. (*La abraza.*)

TÍA Oye.

AMA Voy a guisar. Una cazuela de jureles perfumada con hinojos.

TÍA ¡Escucha!

AMA ¡Y un monte nevado! Le voy a hacer un monte nevado con grageas de colores.

TÍA ¡Pero, mujer!

AMA (*A voces.*) ¡Digo!... ¡Si está aquí don Martin! Don Martín, ¡adelante! ¡Vamos! Entretenga un poco a la señora.

(*Sale rápida. Entra don Martín. Es un viejo con pelo rojo. Lleva una muleta con la que sostiene una pierna encogida. Tipo noble de gran dignidad, con un aire de tristeza definitiva.*)

TÍA ¡Dichosos los ojos!

MARTÍN ¿Cuándo es la arrancada definitiva?

TÍA Hoy.

MARTÍN ¡Que se le va a hacer!

TÍA La nueva casa no es esto. Pero tiene buenas vistas y un patinillo con dos higueras donde se pueden tener flores.

MARTÍN Más vale asi. (*Se sientan.*)

TÍA ¿Y usted?

MARTÍN Mi vida de siempre. Vengo de explicar mi clase de Preceptiva. Un verdadero infierno. Era una lección preciosa: "Concepto y definición de la Harmonía", pero a los niños no les interesa nada. ¡Y que niños! A mí, como me ven inútil, me respetan un poquito; alguna vez un alfiler que otro en el asiento, o un muñequito en la espalda; pero a mis compañeros les hacen cosas horribles. Son los niños de los ricos, y, como pagan, no se les puede castigar. Así nos dice siempre el Director. Ayer se empeñaron en que el pobre señor Canito, profesor nuevo de Geografía, llevaba corsé; porque tiene un cuerpo algo retrepado, y cuando estaba solo en el patio, se reunieron los grandullones y los internos, lo desnudaron de cintura para arriba, lo ataron a una de las columnas del corredor y le arrojaron desde el balcón un jarro de agua.

TÍA ¡Pobre criatura!

MARTÍN Todos los días entro temblando en el colegio esperando lo que van a hacerme, aunque, como digo, respetan algo mi desgracia. Hace un rato tenían un escándalo enorme, porque el señor Consuegra, que explica latín

admirablemente, había encontrado un excremento de gato sobre su lista de clase.

TÍA ¡Son el enemigo!

MARTÍN Son los que pagan, y vivimos con ellos. Y créame usted que los padres se ríen luego de las infamias, porque como somos los pasantes y no les vamos a examinar los hijos, nos consideran como hombres sin sentimiento, como a personas situadas en el último escalón de gente que lleva todavia corbata y cuello planchado.

TÍA ¡Ay, don Martín! ¡Qué mundo éste!

MARTÍN ¡Qué mundo! Yo soñaba siempre ser poeta. Me dieron una flor natural y escribí un drama que nunca se pudo representar.

TÍA ¿"La hija de Jefté"?

MARTÍN ¡Eso es!

TÍA Rosita y yo lo hemos leído. Usted nos lo prestó. ¡Lo hemos leído cuatro o cinco veces!

MARTÍN (*Con ansia.*) ¿Y qué...?

TÍA Me gustó mucho. Se lo he dicho siempre. Sobre todo cuando ella va a morir y se acuerda de su madre y la llama.

MARTÍN Es fuerte, ¿verdad? Un drama verdadero. Un drama de contorno y de concepto. Nunca se pudo representar. (*Rompiendo a recitar.*)

¡Oh madre excelsa! Torna tu mirada
a la que en vil sopor rendida yace;
¡recibe tú las fúlgidas preseas
y el hórrido estertor de mi combate!

¿Y es que esto está maI? ¿Y es que no suena bien de acento y de cesura este verso: "y el hórrido estertor de mi combate"?

TÍA ¡Precioso! ¡Precioso!

MARTÍN Y cuando Glucinio se va a encontrar con Isaías y levanta el tapiz de la tienda...

AMA (*Interrumpiéndole.*) Por aquí.

(*Entran dos obreros vestidos con trajes de pana.*)

OBRERO 1 Buenas tardes.

MARTÍN y TÍA (*Juntos.*) Buenas tardes.

AMA ¡Ese es! (*Señala un diván grande que hay en el fondo de la habitación.*)

(*Los hombres lo sacan lentamente como si sacaran un ataúd. El ama los sigue. Silencio. Se oyen dos campanadas mientras salen los hombres con el diván.*)

MARTÍN ¿Es la Novena de Santa Gertrudis la Magna?

TÍA Sí, en San Antón.

MARTÍN ¡Es muy difícil ser poeta! (*Salen los hombres.*) Después quise ser farmacéutico. Es una vida tranquila.

TÍA Mi hermano, que en gloria esté, era farmacéutico.

MARTÍN Pero no pude. Tenía que ayudar a mi madre y me hice profesor. Por eso envidiaba yo tanto a su marido. Él fue lo que quiso.

TÍA ¡Y le costó la ruina!

MARTÍN Sí, pero es peor esto mío.

TÍA Pero usted sigue escribiendo.

MARTÍN No sé por qué escribo, porque no tengo ilusión, pero sin embargo, es lo único que me gusta. ¿Leyó usted mi cuento de ayer en el segundo número de "Mentalidad Granadina"?

TÍA ¿El cumpleaños de Matilde"? Sí, lo leímos; una preciosidad.

MARTÍN ¿Verdad que sí? Ahí he querido renovarme haciendo una cosa del ambiente actual; ¡hasta hablo de un aeroplano! Verdad es que hay que modernizarse. Claro que lo que más me gusta a mí son mis sonetos.

TÍA ¡A las nueve musas del Parnaso!

MARTÍN A las diez, a las diez. ¿No se acuerda usted que nombré décima musa a Rosita?

AMA (*Entrando.*) Señora, ayúdeme usted a doblar esta sábana. (*Se ponen a doblarla entre las dos.*) ¡Don Martín con su pelito rojo! ¿Por qué no se casó, hombre de Dios? ¡No estaría tan solo en esta vida!

MARTÍN ¡No me han querido!

AMA Es que ya no hay gusto. ¡Con la manera de hablar tan preciosa que tiene usted!

TÍA ¡A ver si lo vas a enamorar!

MARTÍN ¡Que pruebe!

AMA Cuando él explica en la sala baja del colegio, yo voy a la carbonería para oírlo: "¿Qué es idea?" "La representación intelectual de una cosa o un objeto." ¿No es así?

MARTÍN ¡Mírenla! ¡Mírenla!

AMA Ayer decía a voces: "No; ahí hay hipérbaton", y luego... "el epinicio"... A mí me gustaría entender, pero como no entiendo me dan ganas de reír, y el carbonero. que siempre está leyendo un libro que se llama "Las ruinas de Palmira", me echa unas miradas como si fueran dos gatos rabiosos. Pero aunque me ría, como ignorante, comprendo que don Martín tiene mucho mérito.

MARTÍN No se le da hoy mérito a la Retórica y Poética, ni a la cultura universitaria.

(*Sale el ama rápida con la sábana doblada.*)

TÍA ¡Qué le vamos a hacer! Ya nos queda poco tiempo en este teatro.

MARTÍN Y hay que emplearlo en la bondad y en el sacrificio.

(*Se oyen voces.*)

TÍA ¿Qué pasa?

AMA (*Apareciendo.*) Don Martín, que vaya usted al colegio, que los niños

han roto con un clavo las cañerías y están todas las clases inundadas.

MARTÍN Vamos allá. Soñé con el Parnaso y tengo que hacer de albañil y fontanero. Con tal de que no me empujen o resbale... (*El ama ayuda a levantarse a don Martín.*)

(*Se oyen voces.*)

AMA ¡Ya va! ¡Un poco de calma! ¡A ver si el agua sube hasta que no quede un niño vivo!

MARTÍN (*Saliendo.*) ¡Bendito sea Dios!

TÍA Pobre, ¡qué sino el suyo!

AMA Mírese en ese espejo. El mismo se plancha los cuellos y cose sus calcetines, y cuando estuvo enfermo, que le llevé las natillas, tenía una cama con unas sábanas que tiznaban como el carbón y unas paredes y un lavabillo..., ¡ay!

TÍA ¡Y otros, tanto!

AMA Por eso siempre diré: ¡Malditos, malditos sean los ricos! ¡No quede de ellos ni las uñas de las manos!

TÍA ¡Déjalos!

AMA Pero estoy segura que van al infierno de cabeza. ¿Dónde cree usted que estará don Rafael Salé, explotador de los pobres, que enterraron anteayer, Dios le haya perdonado, con tanto cura y tanta monja y tanto gori-gori? ¡En el infierno! Y él dirá: "¡Que tengo veinte millones de pesetas, no me apretéis con las tenazas! ¡Os doy cuarenta mil duros si me arrancáis estas brasas de los pies!"; pero los demonios, tizonazo por aquí, tizonazo por allá, puntapié que te quiero, bofetadas en la cara, hasta que la sangre se le convierta en carbonilla.

TÍA Todos los cristianos sabemos que ningún rico entra en el reino de los cielos, pero a ver si por hablar de ese modo vas a parar también al infierno de cabeza.

AMA ¿Al infierno yo? Del primer empujón que le doy a la caldera de Pedro Botero hago llegar el agua caliente a los confines de la tierra. No, señora, no. Yo entro en el cielo a la fuerza. (*Dulce.*)Con usted. Cada una en una butaca de seda celeste que se meza ella sola, y unos abanicos de raso grana. En medio de las dos, en un columpio de jazmines y matas de romero, Rosita meciéndose, y detrás su marido cubierto de rosas, como salió en su caja de esta habitación; con la misma sonrisa, con la misma frente blanca como si fuera de cristal, y usted se mece así, y yo así, y Rosita así, y detrás el Señor tirándonos rosas como si las tres fuéramos un paso de nácar lleno de cirios y caireles.

TÍA Y los pañuelos para las lágrimas que se queden aquí abajo.

AMA Eso, que se fastidien. Nosotras, ¡juerga celestial!

TÍA ¡Porque ya no nos queda una sola dentro del corazón!

OBRERO 1 Ustedes dirán.

AMA Vengan. (*Entran. Desde la puerta.*) ¡Ánimo!

TÍA ¡Dios te bendiga! (*Se sienta lentamente.*)

(*Aparece Rosita con un paquete de cartas en la mano. Silencio.*)

TÍA ¿Se han llevado ya la cómoda?

ROSITA En este momento. Su prima Esperanza mandó un niño por un destornillador.

TÍA Estaran armando las camas para esta noche. Debimos irnos temprano y haber hecho las cosas a nuestro gusto. Mi prima habrá puesto los muebles de cualquier manera.

ROSITA Pero yo prefiero salir de aquí con la calle a oscuras. Si me fuera posible apagaría el farol. De todos modos las vecinas estaran acechando. Con la mudanza ha estado todo el día la puerta llena de chiquillos, como si en la casa hubiera un muerto.

TÍA Si yo lo hubiera sabido no hubiese consentido de ninguna manera que tu tío hubiera hipotecado la casa con muebles y todo. Lo que sacamos es lo sucinto, la silla para sentarnos y la cama para dormir.

ROSITA Para morir.

TÍA ¡Fue buena jugada la que nos hizo! ¡Mañana vienen los nuevos dueños! Me gustaría que tu tío nos viera. ¡Viejo tonto! Pusilánime para los negocios. ¡Chalado de las rosas! ¡Hombre sin idea del dinero! Me arruinaba cada día. "Ahí esta Fulano"; y él: "Que entre"; y entraba con los bolsillos vacíos y salía con ellos rebosando plata, y siempre: "Que no se entere mi mujer." ¡El manirroto! ¡El débil! Y no había calamidad que no remediase... ni niños que no amparase, porque..., porque..., tenía el corazón más grande que hombre tuvo..., el alma cristiana más pura...; no, no, ¡callate, vieja! ¡Callate, habladora, y respeta la voluntad de Dios! ¡Arruinadas! Muy bien, y ¡silencio!; pero te veo a ti...

ROSITA No se preocupe de mí, tía. Yo se que la hipoteca la hizo para pagar mis muebles y mi ajuar, y esto es lo que me duele.

TÍA Hizo bien. Tú lo merecías todo. Y todo lo que se compró es digno de ti y será hermoso el día que lo uses.

ROSITA ¿El día que lo use?

TÍA ¡Claro! El día de tu boda.

ROSITA No me haga usted hablar.

TÍA Ese es el defecto de las mujeres decentes de estas tierras. ¡No hablar! No hablamos y tenemos que hablar. (*A voces.*) ¡Ama! ¿Ha llegado el correo?

ROSITA ¿Qué se propone usted?

TÍA Que me veas vivir, para que aprendas.

ROSITA (*Abrazándola.*) Calle.

TÍA Alguna vez tengo que hablar alto. Sal de tus cuatro paredes, hija mía. No te hagas a la desgracia.

ROSITA (*Arrodillada delante de ella.*) Me he acostumbrado a vivir muchos

años fuera de mí, pensando en cosas que estaban muy lejos, y ahora que estas cosas ya no existen sigo dando vueltas y más vueltas por un sitio frío, buscando una salida que no he de encontrar nunca. Yo lo sabía todo. Sabía que se había casado; ya se encargó un alma caritativa de decírmelo, y he estado recibiendo sus cartas con una ilusión llena de sollozos que aun a mí misma me asombra. Si la gente no hubiera hablado; si vosotras no lo hubierais sabido; si no lo hubiera sabido nadie más que yo, sus cartas y su mentira hubieran alimentado i ilusión como el primer año de su ausencia. Pero lo sabían todos y yo me encontraba señalada por un dedo que hacía ridícula mi modestia de prometida y daba un aire grotesco a mi abanico de soltera. Cada año que pasaba era como una prenda íntima que arrancaran de mi cuerpo. Y hoy se casa una amiga y otra y otra, y mañana tiene un hijo y crece, y viene a enseñarme sus notas de examen, y hacen casas nuevas y canciones nuevas, y yo igual, con el mismo temblor, igual; yo, lo mismo que antes, cortando el mismo clavel, viendo las mismas nubes; y un día bajo al paseo y me doy cuenta de que no conozco a nadie; muchachas y muchachos me dejan atrás porque me canso, y uno dice: "Ahí está la solterona"; y otro, hermoso, con la cabeza rizada, que comenta: "A esa ya no hay quien le clave el diente." Y yo lo oigo y no puedo gritar, sino vamos adelante, con la boca llena de veneno y con unas ganas enormes de huir, de quitarme los zapatos, de descansar y no moverme más, nunca, de mi rincón.

TÍA ¡Hija! ¡Rosita!

ROSITA Ya soy vieja. Ayer le oí decir al ama que todavía podía yo casarme. De ningún modo. No lo pienses. Ya perdí la esperanza de hacerlo con quien quise con toda mi sangre, con quien quise y... con quien quiero. Todo está acabado... y, sin embargo, con toda la ilusión perdida, me acuesto, y me levanto con el más terrible de los sentimientos, que es el sentimiento de tener la esperanza muerta. Quiero huir, quiero no ver, quiero quedarme serena, vacia..., ¿es que no tiene derecho una pobre mujer a respirar con libertad.? Y sin embargo la esperanza me persigue, me ronda, me muerde; como un lobo moribundo que apretase sus dientes por última vez.

TÍA ¿Por qué no me hiciste caso? ¿Por qué no te casaste con otro?

ROSITA Estaba atada, y además, ¿qué hombre vino a esta casa sincero y desbordante para procurarse mi cariño? Ninguno.

TÍA Tú no les hacías ningún caso. Tú estabas encelada por un palomo ladrón.

ROSITA Yo he sido siempre seria.

TÍA Te has aferrado a tu idea sin ver la realidad y sin tener caridad de tu porvenir.

ROSITA Soy como soy. Y no me puedo cambiar. Ahora lo único que me queda es mi dignidad. Lo que tengo por dentro lo guardo para mi sola.

TÍA Eso es lo que yo no quiero.

AMA (*Saliendo de pronto.*) ¡Ni yo tampoco! Tú hablas, te desahogas, nos hartamos de llorar las tres y nos repartimos el sentimiento.

ROSITA ¿Y qué os voy a decir? Hay cosas que no se pueden decir porque no hay palabras para decirlas; y si las hubiera, nadie entendería su significado. Me entendéis si pido pan y agua y hasta un beso, pero nunca me podríais ni entender ni quitar esta mano oscura que no sé si me hiela o me abrasa el corazón cada vez que me quedo sola.

AMA Ya estás diciendo algo.

TÍA Para todo hay consuelo.

ROSITA Sería el cuento de nunca acabar. Yo sé que los ojos los tendré siempre jóvenes, y sé que la espalda se me irá curvando cada día. Después de todo, lo que me ha pasado le ha pasado a mil mujeres. (*Pausa.*) Pero ¿por qué estoy yo hablando todo esto? (*Al ama*) Tú, vete a arreglar cosas, que dentro de unos momentos salimos de este carmen; y usted, tía, no se preocupe de mí. (*Pausa. Al ama.*) .¡Vamos! No me agrada que me miréis así. Me molestan esas miradas de perros fieles. (*Se va el ama.*) Esas miradas de lástima que me perturban y me indignan.

TÍA Hija, ¿qué quieres que yo haga?

ROSITA Dejarme como cosa perdida. (*Pausa. Se pasea.*) Ya sé que se está usted acordando de su hermana la solterona..., solterona como yo. Era agria y odiaba a los niños y a toda la que se ponía un traje nuevo..., pero yo no seré así. (*Pausa.*) Le pido perdón.

TÍA ¡Qué tontería!

(*Aparece por el fondo de la habitación un muchacho de dieciocho años.*)

ROSITA Adelante.

MUCHACHO Pero ¿se mudan ustedes?

ROSITA Dentro de unos minutos. Al oscurecer.

TÍA ¿Quién es?

ROSITA Es el hijo de María.

TÍA ¿Qué María?

ROSITA La mayor de las tres Manolas.

TÍA ¡Ah!
Las que suben a la Alhambra
las tres y las cuatro solas.
Perdona, hijo, mi mala memoria.

MUCHACHO Me ha visto usted muy pocas veces.

TÍA Claro, pero yo quería mucho a tu madre. ¡Qué graciosa era! Murió por la misma época que mi marido.

ROSITA Antes.

MUCHACHO Hace ocho años.

ROSITA Y tiene la misma cara.

MUCHACHO (*Alegre.*) Un poquito peor. Yo la tengo hecha a martillazos.

TÍA Y las mismas salidas; ¡el mismo genio!

MUCHACHO Pero claro que me parezco. En carnaval me puse un vestido de mi madre..., un vestido del año de la nana, verde...

ROSITA (*Melancólica.*) Con lazos negros..., y bullones de seda verde nilo.

MUCHACHO Sí.

ROSITA Y un gran lazo de terciopelo en la cintura.

MUCHACHO El mismo.

ROSITA Que cae a un lado y otro del polisón.

MUCHACHO ¡Exacto! ¡Qué disparate de moda! (*Se sonríe.*)

ROSITA (*Triste.*) ¡Era una moda bonita!

MUCHACHO ¡No me diga usted! Pues bajaba yo muerto de risa con el vejestorio puesto, llenando todo el pasillo de la casa de olor de alcanfor, y de pronto mi tía se puso a llorar amargamente porque decía que era exactamente igual que ver a mi madre. Yo me impresioné, como es natural, y dejé el traje y el antifaz sobre mi cama.

ROSITA Como que no hay cosa más viva que un recuerdo. Llegan a hacernos la vida imposible. Por eso yo comprendo muy bien a esas viejecillas borrachas que van por las calles queriendo borrar el mundo, y se sientan a cantar en los bancos del paseo.

TÍA ¿Y tu tía la casada?

MUCHACHO Escribe desde Barcelona. Cada vez menos.

ROSITA ¿Tiene hijos?

MUCHACHO Cuatro.

(*Pausa.*)

AMA (*Entrando.*) Déme usted las llaves del armario. (*La tía se las da. Por el muchacho.*) Aquí, el joven, iba ayer con su novia. Los vi por la Plaza Nueva. Ella quería ir por un lado y él no la dejaba. (*Ríe.*)

TÍA ¡Vamos con el niño!

MUCHACHO (*Azorado.*) Estábamos de broma.

AMA ¡No te pongas colorado! (*Saliendo.*)

ROSITA ¡Vamos, calla!

MUCHACHO ¡Qué jardín más precioso tienen ustedes!

ROSITA ¡Teníamos!

TÍA Ven y corta unas flores.

MUCHACHO Usted lo pase bien, doña Rosita.

ROSITA ¡Anda con Dios, hijo! (*Salen. La tarde está cayendo.*) ¡Doña Rosita! ¡Doña Rosita!

Cuando se abre en la mañana
roja como sangre está.
La tarde la pone blanca
con blanco de espuma y sal.
Y cuando llega la noche
se comienza a deshojar.
(*Pausa.*)

AMA (*Sale con un chal.*) ¡En marcha!

ROSITA Sí, voy a echarme un abrigo.

AMA Como he descolgado la percha, lo tienes enganchado en el tirador de la ventana. (*Entra la solterona 3, vestida de oscuro, con un velo de luto en la cabeza y la pena, que se llevaba en el año doce. Hablan bajo.*)

SOLTERONA 3 ¡Ama!

AMA Por unos minutos nos encuentra aquí.

SOLTERONA 3 Yo vengo a dar una lección de piano que tengo aquí cerca y me llegué por si necesitaban ustedes algo.

AMA ¡Dios se lo pague!

SOLTERONA 3 ¡Qué casa más grande!

AMA Sí, sí; pero no me toque usted el corazón, no me levante la gasa de la pena, porque yo soy la que tiene que dar ánimos en este duelo sin muerto que está usted presenciando.

SOLTERONA 3 Yo quisiera saludarlas.

AMA Pero es mejor que no las vea. ¡Vaya por la otra casa!

SOLTERONA 3 Es mejor. Pero si hace falta algo, ya sabe que en lo que pueda, aquí estoy yo.

AMA ¡Ya pasará la mala hora!

(*Se oye el viento.*)

SOLTERONA 3 ¡Se ha levantado un aire!...

AMA Sí. Parece que va a llover.

(*La solterona 3 se va.*)

TÍA (*Entra.*) Como siga este viento no va a quedar una rosa viva. Los cipreses de la glorieta casi tocan las paredes de mi cuarto. Parece como si alguien quisiera poner el jardín feo para que no tuviésemos pena de dejarlo.

AMA Como precioso, precioso, no ha sido nunca. ¿Se ha puesto su abrigo? Y esta nube... Así, bien tapada. (*Se lo pone.*) Ahora, cuando lleguemos, tengo la comida hecha. De postre, flan. A usted le gusta. Un flan dorado como una clavellina. (*El ama habla con la voz velada por una profunda emoción.*)

(*Se oye un golpe*)

TÍA Es la puerta del invernadero. ¿Por qué no la cierras?

AMA No se puede cerrar por la humedad.

TÍA Estará toda la noche golpeando.

AMA ¡Como no la oiremos...!

(*La escena está en una dulce penumbra de atardecer.*)

TÍA Yo, sí. Yo sí la oiré.

(*Aparece Rosita. Viene pálida, vestida de blanco, con un abrigo hasta el filo del vestido.*)

AMA (*Valiente.*) ¡Vamos!

ROSITA (*Con voz débil.*) Ha empezado a llover. Así no habrá nadie en los balcones para vernos salir.

TÍA Es preferible.

ROSITA (*Vacila un poco, se apoya en una silla y cae sostenida por el ama y la tía, que impiden su total desmayo.*)

"Y cuando llega la noche
se comienza a deshojar."

(*Salen, y a su mutis queda la escena sola. Se oye golpear la puerta. De pronto se abre un balcón del fondo y las blancas cortinas oscilan con el viento.*)

(*TELÓN*)**.**



LA CASA DE BERNARDA ALBA

Drama de mujeres en los pueblos de España

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Personajes

BERNARDA, 60 años.

MARÍA JOSEFA, madre de Bernarda, 80 años.
ANGUSTIAS, (hija), 39 años.
LA PONCIA, 60 años.
MAGDALENA, (hija), 30 años.
CRIADA, 50 años.
PRUDENCIA, 50 años
AMELIA, (hija), 27 años.
MENDIGA, con niña.
MARTIRIO, (hija), 24 años.
MUJERES DE LUTO
ADELA, (hija), 20 años.
MUCHACHA
MUJER 1
MUJER 2
MUJER 3
MUJER 4

El poeta advierte que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico.

Acto primero

Habitación blanquísima del interior de la casa de Bernarda. Muros gruesos. Puertas en arco con cortinas de yute rematadas con madroños y volantes. Sillas de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar las campanas.

(*Sale la Criada*)

CRIADA Ya tengo el doble de esas campanas metido entre las sienes.

LA PONCIA (*Sale comiendo chorizo y pan*) Llevan ya más de dos horas de gori-gori. Han venido curas de todos los pueblos. La iglesia está hermosa. En el primer responso se desmayó la Magdalena.

CRIADA Es la que se queda más sola.

LA PONCIA Era la única que quería al padre. ¡Ay! ¡Gracias a Dios que estamos solas un poquito! Yo he venido a comer.

CRIADA ¡Si te viera Bernarda...!

LA PONCIA ¡Quisiera que ahora, que no come ella, que todas nos muriéramos de hambre! ¡Mandona! ¡Dominanta! ¡Pero se fastidia! Le he abierto la orza de chorizos.

CRIADA (*Con tristeza, ansiosa*) ¿Por qué no me das para mi niña, Poncia?

LA PONCIA Entra y llévate también un puñado de garbanzos. ¡Hoy no se

dará cuenta!

VOZ (*Dentro*) ¡Bernarda!

LA PONCIA La vieja. ¿Está bien encerrada?

CRIADA Con dos vueltas de llave.

LA PONCIA Pero debes poner también la tranca. Tiene unos dedos como cinco ganzúas.

VOZ ¡Bernarda!

LA PONCIA (*A voces*) ¡Ya viene! (*A la Criada*) Limpia bien todo. Si Bernarda no ve relucientes las cosas me arrancará los pocos pelos que me quedan.

CRIADA ¡Qué mujer!

LA PONCIA Tirana de todos los que la rodean. Es capaz de sentarse encima de tu corazón y ver cómo te mueres durante un año sin que se le cierre esa sonrisa fría que lleva en su maldita cara. ¡Limpia, limpia ese vidriado!

CRIADA Sangre en las manos tengo de fregarlo todo.

LA PONCIA Ella, la más aseada; ella, la más decente; ella, la más alta. Buen descanso ganó su pobre marido.

(*Cesan las campanas.*)

CRIADA ¿Han venido todos sus parientes?

LA PONCIA Los de ella. La gente de él la odia. Vinieron a verlo muerto, y le hicieron la cruz.

CRIADA ¿Hay bastantes sillas?

LA PONCIA Sobran. Que se sienten en el suelo. Desde que murió el padre de Bernarda no han vuelto a entrar las gentes bajo estos techos. Ella no quiere que la vean en su dominio. ¡Maldita sea!

CRIADA Contigo se portó bien.

LA PONCIA Treinta años lavando sus sábanas; treinta años comiendo sus sobras; noches en vela cuando tose; días enteros mirando por la rendija para espiar a los vecinos y llevarle el cuento; vida sin secretos una con otra, y sin embargo, ¡maldita sea! ¡Mal dolor de clavo le pinche en los ojos!

CRIADA ¡Mujer!

LA PONCIA Pero yo soy buena perra; ladro cuando me lo dice y muerdo los talones de los que piden limosna cuando ella me azuza; mis hijos trabajan en sus tierras y ya están los dos casados, pero un día me hartaré.

CRIADA Y ese día...

LA PONCIA Ese día me encerraré con ella en un cuarto y le estaré escupiendo un año entero. "Bernarda, por esto, por aquello, por lo otro", hasta ponerla como un lagarto machacado por los niños, que es lo que es ella y toda su parentela. Claro es que no le envidio la vida. Le quedan cinco mujeres, cinco hijas feas, que quitando a Angustias, la mayor, que es la hija del primer marido y tiene dineros, las demás mucha puntilla bordada, muchas camisas de hilo, pero pan y

uvas por toda herencia.

CRIADA ¡Ya quisiera tener yo lo que ellas!

LA PONCIA Nosotras tenemos nuestras manos y un hoyo en la tierra de la verdad.

CRIADA Ésa es la única tierra que nos dejan a las que no tenemos nada.

LA PONCIA (*En la alacena*) Este cristal tiene unas motas.

CRIADA Ni con el jabón ni con bayeta se le quitan.

(*Suenan las campanas*)

LA PONCIA El último responso. Me voy a oírlo. A mí me gusta mucho cómo canta el párroco. En el "Pater noster" subió, subió, subió la voz que parecía un cántaro llenándose de agua poco a poco. ¡Claro es que al final dio un gallo, pero da gloria oírlo! Ahora que nadie como el antiguo sacristán, Tronchapinos. En la misa de mi madre, que esté en gloria, cantó. Retumbaban las paredes, y cuando decía amén era como si un lobo hubiese entrado en la iglesia. (*Imitándolo*) ¡Ameeeén! (*Se echa a toser*)

CRIADA Te vas a hacer el gaznate polvo.

LA PONCIA ¡Otra cosa hacía polvo yo! (*Sale riendo*)

(*La Criada limpia. Suenan las campanas*)

CRIADA (*Llevando el canto*) Tin, tin, tan. Tin, tin, tan. ¡Dios lo haya perdonado!

MENDIGA (*Con una niña*) ¡Alabado sea Dios!

CRIADA Tin, tin, tan. ¡Que nos espere muchos años'. Tin, tin, tan.

MENDIGA (*Fuerte con cierta irritación*) ¡Alabado sea Dios!

CRIADA (*Irritada*) ¡Por siempre!

MENDIGA Vengo por las sobras.

(*Cesan las campanas*)

CRIADA Por la puerta se va a la calle. Las sobras de hoy son para mí.

MENDIGA Mujer, tú tienes quien te gane. ¡Mi niña y yo estamos solas!

CRIADA También están solos los perros y viven.

MENDIGA Siempre me las dan.

CRIADA Fuera de aquí. ¿Quién os dijo que entrarais? Ya me habéis dejado los pies señalados. (*Se van. Limpia.*) Suelos barnizados con aceite, alacenas, pedestales, camas de acero, para que traguemos quina las que vivimos en las chozas de tierra con un plato y una cuchara. ¡Ojalá que un día no quedáramos ni uno para contarlo! (*Vuelven a sonar las campanas*) Sí, sí, ¡vengan clamores! ¡venga caja con filos dorados y toallas de seda para llevarla!; ¡que lo mismo estarás tú que estaré yo! Fastídiate, Antonio María Benavides, tieso con tu traje de paño y tus botas enterizas. ¡Fastídiate! ¡Ya no volverás a levantarme las enaguas detrás de la puerta de tu corral! (*Por el fondo, de dos en dos, empiezan a entrar mujeres de luto con pañuelos grandes, faldas y abanicos negros. Entran lentamente hasta llenar la escena)*

(Rompiendo a gritar) ¡Ay Antonio María Benavides, que ya no verás estas paredes, ni comerás el pan de esta casa! Yo fui la que más te quiso de las que te sirvieron. (*Tirándose del cabello*) ¿Y he de vivir yo después de verte marchar? ¿Y he de vivir?

(*Terminan de entrar las doscientas mujeres y aparece Bernarda y sus cinco hijas. Bernarda viene apoyada en un bastón*)

BERNARDA (*A la Criada*) ¡Silencio!

CRIADA (*Llorando*) ¡Bernarda!

BERNARDA Menos gritos y más obras. Debías haber procurado que todo esto estuviera más limpio para recibir al duelo. Vete. No es éste tu lugar. (*La Criada se va sollozando*) Los pobres son como los animales. Parece como si estuvieran hechos de otras sustancias.

MUJER 1 Los pobres sienten también sus penas.

BERNARDA Pero las olvidan delante de un plato de garbanzos.

MUCHACHA 1 (*Con timidez*) Comer es necesario para vivir.

BERNARDA A tu edad no se habla delante de las personas mayores.

MUJER 1 Niña, cállate.

BERNARDA No he dejado que nadie me dé lecciones. Sentarse. (*Se sientan. Pausa) (Fuerte)* Magdalena, no llores. Si quieres llorar te metes debajo de la cama. ¿Me has oído?

MUJER 2 (*A Bernarda*) ¿Habéis empezado los trabajos en la era?

BERNARDA Ayer.

MUJER 3 Cae el sol como plomo.

MUJER 1 Hace años no he conocido calor igual.

(*Pausa. Se abanican todas*)

BERNARDA ¿Está hecha la limonada?

LA PONCIA Sí, Bernarda. (*Sale con una gran bandeja llena de jarritas blancas, que distribuye.*)

BERNARDA Dale a los hombres.

LA PONCIA Ya están tomando en el patio.

BERNARDA Que salgan por donde han entrado. No quiero que pasen por aquí.

MUCHACHA (*A Angustias*) Pepe el Romano estaba con los hombres del duelo.

ANGUSTIAS Allí estaba.

BERNARDA Estaba su madre. Ella ha visto a su madre. A Pepe no lo ha visto ni ella ni yo.

MUCHACHA Me pareció...

BERNARDA Quien sí estaba era el viudo de Darajalí. Muy cerca de tu tía. A ése lo vimos todas.

MUJER 2 (*Aparte y en baja voz*) ¡Mala, más que mala!

MUJER 3 (*Aparte y en baja voz*) ¡Lengua de cuchillo!

BERNARDA Las mujeres en la iglesia no deben mirar más hombre que al oficiante, y a ése porque tiene faldas. Volver la cabeza es buscar el calor de la pana.

MUJER 1 (*En voz baja*) ¡Vieja lagarta recocida!

LA PONCIA (*Entre dientes*) ¡Sarmentosa por calentura de varón!

BERNARDA (*Dando un golpe de bastón en el suelo*) ¡Alabado sea Dios!

TODAS (*Santiguándose*) Sea por siempre bendito y alabado.

BERNARDA
¡Descansa en paz con la santa
compaña de cabecera!

TODAS
¡Descansa en paz!

BERNARDA
Con el ángel San Miguel
y su espada justiciera

TODAS
¡Descansa en paz!

BERNARDA
Con la llave que todo lo abre
y la mano que todo lo cierra.

TODAS
¡Descansa en paz!

BERNARDA
Con los bienaventurados
y las lucecitas del campo.

TODAS
¡Descansa en paz!

BERNARDA
Con nuestra santa caridad
y las almas de tierra y mar.

TODAS
¡Descansa en paz!

BERNARDA Concede el reposo a tu siervo Antonio María Benavides y dale la corona de tu santa gloria.

TODAS
Amén.

BERNARDA (*Se pone de pie y canta*)
"Réquiem aeternam dona eis, Domine".

TODAS (*De pie y cantando al modo gregoriano*)
"Et lux perpetua luceat eis".

(*Se santiguan*)

MUJER 1 Salud para rogar por su alma.

(*Van desfilando*)

MUJER 3 No te faltará la hogaza de pan caliente.

MUJER 2 Ni el techo para tus hijas.

(*Van desfilando todas por delante de Bernarda y saliendo. Sale Angustias por otra puerta, la que da al patio*)

MUJER 4 El mismo trigo de tu casamiento lo sigas disfrutando.

LA PONCIA (*Entrando con una bolsa*) De parte de los hombres esta bolsa de dineros para responsos.

BERNARDA Dales las gracias y échales una copa de aguardiente.

MUCHACHA (*A Magdalena*) Magdalena...

BERNARDA (*A sus hijas. A Magdalena, que inicia el llanto*) Chisssssst. (*Golpea con el bastón.) (Salen todas.) (A las que se han ido)* ¡Andar a vuestras cuevas a criticar todo lo que habéis visto! Ojalá tardéis muchos años en pasar el arco de mi puerta.

LA PONCIA No tendrás queja ninguna. Ha venido todo el pueblo.

BERNARDA Sí, para llenar mi casa con el sudor de sus refajos y el veneno de sus lenguas.

AMELIA ¡Madre, no hable usted así!

BERNARDA Es así como se tiene que hablar en este maldito pueblo sin río, pueblo de pozos, donde siempre se bebe el agua con el miedo de que esté envenenada.

LA PONCIA ¡Cómo han puesto la solería!

BERNARDA Igual que si hubiera pasado por ella una manada de cabras. (*La Poncia limpia el suelo*) Niña, dame un abanico.

AMELIA Tome usted. (*Le da un abanico redondo con flores rojas y verdes.*)

BERNARDA (*Arrojando el abanico al suelo*) ¿Es éste el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre.

MARTIRIO Tome usted el mío.

BERNARDA ¿Y tú?

MARTIRIO Yo no tengo calor.

BERNARDA Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Haceros cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordaros el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlas.

MAGDALENA Lo mismo me da.

ADELA (*Agria*) Si no queréis bordarlas irán sin bordados. Así las tuyas lucirán más.

MAGDALENA Ni las mías ni las vuestras. Sé que yo no me voy a casar. Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura.

BERNARDA Eso tiene ser mujer

MAGDALENA Malditas sean las mujeres.

BERNARDA Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. Látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles. (*Sale Adela.*)

VOZ ¡Bernarda!, ¡déjame salir!

BERNARDA (*En voz alta*) ¡Dejadla ya! (*Sale la Criada.*)

CRIADA Me ha costado mucho trabajo sujetarla. A pesar de sus ochenta años tu madre es fuerte como un roble.

BERNARDA Tiene a quien parecérsele. Mi abuela fue igual.

CRIADA Tuve durante el duelo que taparle varias veces la boca con un costal vacío porque quería llamarte para que le dieras agua de fregar siquiera, para beber, y carne de perro, que es lo que ella dice que tú le das.

MARTIRIO ¡Tiene mala intención!

BERNARDA (*A la Criada.*) Déjala que se desahogue en el patio.

CRIADA Ha sacado del cofre sus anillos y los pendientes de amatistas, se los ha puesto y me ha dicho que se quiere casar. (*Las hijas ríen.*)

BERNARDA Ve con ella y ten cuidado que no se acerque al pozo.

CRIADA No tengas miedo que se tire.

BERNARDA No es por eso... Pero desde aquel sitio las vecinas pueden verla desde su ventana. (*Sale la Criada.*)

MARTIRIO Nos vamos a cambiar la ropa.

BERNARDA Sí, pero no el pañuelo de la cabeza. (*Entra Adela.*) ¿Y Angustias?

ADELA (*Con retintín.*) La he visto asomada a la rendija del portón. Los hombres se acababan de ir.

BERNARDA ¿Y tú a qué fuiste también al portón?

ADELA Me llegué a ver si habían puesto las gallinas.

BERNARDA ¡Pero el duelo de los hombres habría salido ya!

ADELA (*Con intención*) Todavía estaba un grupo parado por fuera.

BERNARDA (*Furiosa*) ¡Angustias! ¡Angustias!

ANGUSTIAS (*Entrando.*) ¿Qué manda usted?

BERNARDA ¿Qué mirabas y a quién?

ANGUSTIAS A nadie.

BERNARDA ¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?

(*Pausa.*)

ANGUSTIAS Yo...

BERNARDA ¡Tú!

ANGUSTIAS ¡A nadie!

BERNARDA (*Avanzando con el bastón*) ¡Suave! ¡dulzarrona! (*Le da*)

LA PONCIA (*Corriendo*) ¡Bernarda, cálmate! (*La sujeta) (Angustias llora.)*

BERNARDA ¡Fuera de aquí todas! (*Salen*)

LA PONCIA Ella lo ha hecho sin dar alcance a lo que hacía, que está francamente mal. ¡Ya me chocó a mí verla escabullirse hacia el patio! Luego estuvo detrás de una ventana oyendo la conversación que traían los hombres, que, como siempre, no se puede oír.

BERNARDA ¡A eso vienen a los duelos! (*Con curiosidad*) ¿De qué hablaban?

LA PONCIA Hablaban de Paca la Roseta. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron a la grupa del caballo hasta lo alto del olivar.

BERNARDA ¿Y ella?

LA PONCIA Ella, tan conforme. Dicen que iba con los pechos fuera y Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Un horror!

BERNARDA ¿Y qué pasó?

LA PONCIA Lo que tenía que pasar. Volvieron casi de día. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza.

BERNARDA Es la única mujer mala que tenemos en el pueblo.

LA PONCIA Porque no es de aquí. Es de muy lejos. Y los que fueron con ella son también hijos de forasteros. Los hombres de aquí no son capaces de eso.

BERNARDA No, pero les gusta verlo y comentarlo, y se chupan los dedos de que esto ocurra.

LA PONCIA Contaban muchas cosas más.

BERNARDA (*Mirando a un lado y a otro con cierto temor*) ¿Cuáles?

LA PONCIA Me da vergüenza referirlas.

BERNARDA Y mi hija las oyó.

LA PONCIA ¡Claro!

BERNARDA Ésa sale a sus tías; blancas y untosas que ponían ojos de carnero al piropo de cualquier barberillo. ¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!

LA PONCIA ¡Es que tus hijas están ya en edad de merecer! Demasiada poca guerra te dan. Angustias ya debe tener mucho más de los treinta.

BERNARDA Treinta y nueve justos.

LA PONCIA Figúrate. Y no ha tenido nunca novio...

BERNARDA (*Furiosa*) ¡No, no ha tenido novio ninguna, ni les hace falta! Pueden pasarse muy bien.

LA PONCIA No he querido ofenderte.

BERNARDA No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a

ellas. Los hombres de aquí no son de su clase. ¿Es que quieres que las entregue a cualquier gañán?

LA PONCIA Debías haberte ido a otro pueblo.

BERNARDA Eso, ¡a venderlas!

LA PONCIA No, Bernarda, a cambiar... ¡Claro que en otros sitios ellas resultan las pobres!

BERNARDA ¡Calla esa lengua atormentadora!

LA PONCIA Contigo no se puede hablar. ¿Tenemos o no tenemos confianza?

BERNARDA No tenemos. Me sirves y te pago. ¡Nada más!

CRIADA (*Entrando.*) Ahí está don Arturo, que viene a arreglar las particiones.

BERNARDA Vamos. (*A la Criada.*) Tú empieza a blanquear el patio. (*A la Poncia.*) Y tú ve guardando en el arca grande toda la ropa del muerto.

LA PONCIA Algunas cosas las podríamos dar...

BERNARDA Nada. ¡Ni un botón! ¡Ni el pañuelo con que le hemos tapado la cara! (*Sale lentamente apoyada en el bastón y al salir vuelve la cabeza y mira a sus criadas. Las criadas salen después.*)

(*Entran Amelia y Martirio.*)

AMELIA ¿Has tomado la medicina?

MARTIRIO ¡Para lo que me va a servir!

AMELIA Pero la has tomado.

MARTIRIO Yo hago las cosas sin fe, pero como un reloj.

AMELIA Desde que vino el médico nuevo estás más animada.

MARTIRIO Yo me siento lo mismo.

AMELIA ¿Te fijaste? Adelaida no estuvo en el duelo.

MARTIRIO Ya lo sabía. Su novio no la deja salir ni al tranco de la calle. Antes era alegre; ahora ni polvos echa en la cara.

AMELIA Ya no sabe una si es mejor tener novio o no.

MARTIRIO Es lo mismo.

AMELIA De todo tiene la culpa esta crítica que no nos deja vivir. Adelaida habrá pasado mal rato.

MARTIRIO Le tienen miedo a nuestra madre. Es la única que conoce la historia de su padre y el origen de sus tierras. Siempre que viene le tira puñaladas con el asunto. Su padre mató en Cuba al marido de primera mujer para casarse con ella, luego aquí la abandonó y se fue con otra que tenía una hija y luego tuvo relaciones con esta muchacha, la madre de Adelaida, y se casó con ella después de haber muerto loca la segunda mujer.

AMELIA Y ese infame, ¿por qué no está en la cárcel?

MARTIRIO Porque los hombres se tapan unos a otros las cosas de esta

índole y nadie es capaz de delatar.

AMELIA Pero Adelaida no tiene culpa de esto.

MARTIRIO No, pero las cosas se repiten. Y veo que todo es una terrible repetición. Y ella tiene el mismo sino de su madre y de su abuela, mujeres las dos del que la engendró.

AMELIA ¡Qué cosa más grande!

MARTIRIO Es preferible no ver a un hombre nunca. Desde niña les tuve miedo. Los veía en el corral uncir los bueyes y levantar los costales de trigo entre voces y zapatazos, y siempre tuve miedo de crecer por temor de encontrarme de pronto abrazada por ellos. Dios me ha hecho débil y fea y los ha apartado definitivamente de mí.

AMELIA ¡Eso no digas! Enrique Humanes estuvo detrás de ti y le gustabas.

MARTIRIO ¡Invenciones de la gente! Una vez estuve en camisa detrás de la ventana hasta que fue de día, porque me avisó con la hija de su gañán que iba a venir, y no vino. Fue todo cosa de lenguas. Luego se casó con otra que tenía más que yo.

AMELIA ¡Y fea como un demonio!

MARTIRIO ¡Qué les importa a ellos la fealdad! A ellos les importa la tierra, las yuntas y una perra sumisa que les dé de comer.

AMELIA ¡Ay!

(*Entra Magdalena.*)

MAGDALENA ¿Qué hacéis?

MARTIRIO Aquí.

AMELIA ¿Y tú?

MAGDALENA Vengo de correr las cámaras. Por andar un poco. De ver los cuadros bordados en cañamazo de nuestra abuela, el perrito de lanas y el negro luchando con el león, que tanto nos gustaba de niñas. Aquélla era una época más alegre. Una boda duraba diez días y no se usaban las malas lenguas. Hoy hay más finura. Las novias se ponen velo blanco como en las poblaciones, y se bebe vino de botella, pero nos pudrimos por el qué dirán.

MARTIRIO ¡Sabe Dios lo que entonces pasaría!

AMELIA (*A Magdalena.*) Llevas desabrochados los cordones de un zapato.

MAGDALENA ¡Qué más da!

AMELIA ¡Te los vas a pisar y te vas a caer!

MAGDALENA ¡Una menos!

MARTIRIO ¿Y Adela?

MAGDALENA ¡Ah! Se ha puesto el traje verde que se hizo para estrenar el día de su cumpleaños, se ha ido al corral y ha comenzado a voces: "¡Gallinas, gallinas, miradme!" ¡Me he tenido que reír!

AMELIA ¡Si la hubiera visto madre!

MAGDALENA ¡Pobrecilla! Es la más joven de nosotras y tiene ilusión. ¡Daría algo por verla feliz! (*Pausa. Angustias cruza la escena con unas toallas en la mano.*)

ANGUSTIAS ¿Qué hora es?

MARTIRIO Ya deben ser las doce.

ANGUSTIAS ¿Tanto?

AMELIA ¡Estarán al caer!

(*Sale Angustias.*)

MAGDALENA (*Con intención.*) ¿Sabéis ya la cosa...? (*Señalando a Angustias.*)

AMELIA No.

MAGDALENA ¡Vamos!

MARTIRIO ¡No sé a qué cosa te refieres...!

MAGDALENA Mejor que yo lo sabéis las dos. Siempre cabeza con cabeza como dos ovejitas, pero sin desahogaros con nadie. ¡Lo de Pepe el Romano!

MARTIRIO ¡Ah!

MAGDALENA (*Remedándola.*) ¡Ah! Ya se comenta por el pueblo. Pepe el Romano viene a casarse con Angustias. Anoche estuvo rondando la casa y creo que pronto va a mandar un emisario.

MARTIRIO ¡Yo me alegro! Es buen hombre.

AMELIA Yo también. Angustias tiene buenas condiciones.

MAGDALENA Ninguna de las dos os alegráis.

MARTIRIO ¡Magdalena! ¡Mujer!

MAGDALENA Si viniera por el tipo de Angustias, por Angustias como mujer, yo me alegraría, pero viene por el dinero. Aunque Angustias es nuestra hermana aquí estamos en familia y reconocemos que está vieja, enfermiza, y que siempre ha sido la que ha tenido menos méritos de todas nosotras, porque si con veinte años parecía un palo vestido, ¡qué será ahora que tiene cuarenta!

MARTIRIO No hables así. La suerte viene a quien menos la aguarda.

AMELIA ¡Después de todo dice la verdad! Angustias tiene el dinero de su padre, es la única rica de la casa y por eso ahora, que nuestro padre ha muerto y ya se harán particiones, vienen por ella!

MAGDALENA Pepe el Romano tiene veinticinco años y es el mejor tipo de todos estos contornos. Lo natural sería que te pretendiera a ti, Amelia, o a nuestra Adela, que tiene veinte años, pero no que venga a buscar lo más oscuro de esta casa, a una mujer que, como su padre habla con la nariz.

MARTIRIO ¡Puede que a él le guste!

MAGDALENA ¡Nunca he podido resistir tu hipocresía!

MARTIRIO ¡Dios nos valga!

(*Entra Adela.*)

MAGDALENA ¿Te han visto ya las gallinas?

ADELA ¿Y qué querías que hiciera?

AMELIA ¡Si te ve nuestra madre te arrastra del pelo!

ADELA Tenía mucha ilusión con el vestido. Pensaba ponérmelo el día que vamos a comer sandías a la noria. No hubiera habido otro igual.

MARTIRIO ¡Es un vestido precioso!

ADELA Y me está muy bien. Es lo que mejor ha cortado Magdalena.

MAGDALENA ¿Y las gallinas qué te han dicho?

ADELA Regalarme unas cuantas pulgas que me han acribillado las piernas. (*Ríen*)

MARTIRIO Lo que puedes hacer es teñirlo de negro.

MAGDALENA Lo mejor que puedes hacer es regalárselo a Angustias para la boda con Pepe el Romano.

ADELA (*Con emoción contenida.*) ¡Pero Pepe el Romano...!

AMELIA ¿No lo has oído decir?

ADELA No.

MAGDALENA ¡Pues ya lo sabes!

ADELA ¡Pero si no puede ser!

MAGDALENA ¡El dinero lo puede todo!

ADELA ¿Por eso ha salido detrás del duelo y estuvo mirando por el portón? (*Pausa*) Y ese hombre es capaz de...

MAGDALENA Es capaz de todo.

(*Pausa*)

MARTIRIO ¿Qué piensas, Adela?

ADELA Pienso que este luto me ha cogido en la peor época de mi vida para pasarlo.

MAGDALENA Ya te acostumbrarás.

ADELA (*Rompiendo a llorar con ira*) ¡No , no me acostumbraré! Yo no quiero estar encerrada. No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras. ¡No quiero perder mi blancura en estas habitaciones! ¡Mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle! ¡Yo quiero salir!

(*Entra la Criada.*)

MAGDALENA (*Autoritaria.*) ¡Adela!

CRIADA ¡La pobre! ¡Cuánto ha sentido a su padre! (*Sale*)

MARTIRIO ¡Calla!

AMELIA Lo que sea de una será de todas.

(*Adela se calma.*)

MAGDALENA Ha estado a punto de oírte la criada.

CRIADA (*Apareciendo.*) Pepe el Romano viene por lo alto de la calle.

(*Amelia, Martirio y Magdalena corren presurosas.*)

MAGDALENA ¡Vamos a verlo!

(*Salen rápidas.*)

CRIADA (*A Adela.*) ¿Tú no vas?

ADELA No me importa.

CRIADA Como dará la vuelta a la esquina, desde la ventana de tu cuarto se verá mejor. (*Sale la Criada.) (Adela queda en escena dudando. Después de un instante se va también rápida hacia su habitación. Salen Bernarda y la Poncia.)*

BERNARDA ¡Malditas particiones!

LA PONCIA ¡Cuánto dinero le queda a Angustias!

BERNARDA Sí.

LA PONCIA Y a las otras, bastante menos.

BERNARDA Ya me lo has dicho tres veces y no te he querido replicar. Bastante menos, mucho menos. No me lo recuerdes más.

(*Sale Angustias muy compuesta de cara.*)

BERNARDA ¡Angustias!

ANGUSTIAS Madre.

BERNARDA ¿Pero has tenido valor de echarte polvos en la cara? ¿Has tenido valor de lavarte la cara el día de la misa de tu padre?

ANGUSTIAS No era mi padre. El mío murió hace tiempo. ¿Es que ya no lo recuerda usted?

BERNARDA ¡Más debes a este hombre, padre de tus hermanas, que al tuyo! Gracias a este hombre tienes colmada tu fortuna.

ANGUSTIAS ¡Eso lo teníamos que ver!

BERNARDA ¡Aunque fuera por decencia! ¡Por respeto!

ANGUSTIAS Madre, déjeme usted salir.

BERNARDA ¿Salir? Después que te hayas quitado esos polvos de la cara. ¡Suavona! ¡Yeyo! ¡Espejo de tus tías! (*Le quita violentamente con su pañuelo los polvos*) ¡Ahora vete!

LA PONCIA ¡Bernarda, no seas tan inquisitiva!

BERNARDA Aunque mi madre esté loca yo estoy con mis cinco sentidos y sé perfectamente lo que hago. (*Entran todas.*)

MAGDALENA ¿Qué pasa?

BERNARDA No pasa nada.

MAGDALENA (*A Angustias.*) Si es que discutís por las particiones, tú, que eres la más rica, te puedes quedar con todo.

ANGUSTIAS ¡Guárdate la lengua en la madriguera!

BERNARDA (*Golpeando con el bastón en el suelo.*) ¡No os hagáis ilusiones de que vais a poder conmigo. ¡Hasta que salga de esta casa con los pies adelante mandaré en lo mío y en lo vuestro! (*Se oyen unas voces y entra en escena María Josefa, la madre de Bernarda, viejísima, ataviada con flores en la cabeza y en el pecho.*)

MARÍA JOSEFA Bernarda, ¿dónde está mi mantilla? Nada de lo que tengo

quiero que sea para vosotras, ni mis anillos, ni mi traje negro de moaré, porque ninguna de vosotras se va a casar. ¡Ninguna! ¡Bernarda, dame mi gargantilla de perlas!

BERNARDA (*A la Criada.*) ¿Por qué la habéis dejado entrar?

CRIADA (*Temblando.*) ¡Se me escapó!

MARÍA JOSEFA Me escapé porque me quiero casar, porque quiero casarme con un varón hermoso de la orilla del mar, ya que aquí los hombres huyen de las mujeres.

BERNARDA ¡Calle usted, madre!

MARÍA JOSEFA No, no callo. No quiero ver a estas mujeres solteras, rabiando por la boda, haciéndose polvo el corazón, y yo me quiero ir a mi pueblo. ¡Bernarda, yo quiero un varón para casarme y tener alegría!

BERNARDA ¡Encerradla!

MARÍA JOSEFA ¡Déjame salir, Bernarda!

(*La Criada coge a María Josefa.*)

BERNARDA ¡Ayudarla vosotras!

(*Todas arrastran a la vieja.*)

MARÍA JOSEFA ¡Quiero irme de aquí! ¡Bernarda! ¡A casarme a la orilla del mar, a la orilla del mar!

(*TELÓN RÁPIDO).*

Acto segundo

Habitación blanca del interior de la casa de Bernarda. Las puertas de la izquierda dan a los dormitorios. Las hijas de Bernarda están sentadas en sillas bajas, cosiendo. Magdalena borda. Con ellas está la Poncia.

ANGUSTIAS Ya he cortado la tercer sábana.

MARTIRIO Le corresponde a Amelia.

MAGDALENA Angustias, ¿pongo también las iniciales de Pepe?

ANGUSTIAS (*Seca.*) No.

MAGDALENA (*A voces.*) Adela, ¿no vienes?

AMELIA Estará echada en la cama.

LA PONCIA Ésa tiene algo. La encuentro sin sosiego, temblona, asustada, como si tuviera una lagartija entre los pechos.

MARTIRIO No tiene ni más ni menos que lo que tenemos todas.

MAGDALENA Todas, menos Angustias.

ANGUSTIAS Yo me encuentro bien, y al que le duela que reviente.

MAGDALENA Desde luego hay que reconocer que lo mejor que has tenido siempre ha sido el talle y la delicadeza.

ANGUSTIAS Afortunadamente pronto voy a salir de este infierno.

MAGDALENA ¡A lo mejor no sales!

MARTIRIO ¡Dejar esa conversación!

ANGUSTIAS Y, además, ¡mas vale onza en el arca que ojos negros en la cara!

MAGDALENA Por un oído me entra y por otro me sale.

AMELIA (*A la Poncia.*) Abre la puerta del patio a ver si nos entra un poco el fresco.

(*La Poncia lo hace.*)

MARTIRIO Esta noche pasada no me podía quedar dormida del calor.

AMELIA ¡Yo tampoco!

MAGDALENA Yo me levanté a refrescarme. Había un nublo negro de tormenta y hasta cayeron algunas gotas.

LA PONCIA Era la una de la madrugada y salía fuego de la tierra. También me levanté yo. Todavía estaba Angustias con Pepe en la ventana.

MAGDALENA (*Con ironía.*) ¿Tan tarde? ¿A qué hora se fue?

ANGUSTIAS Magdalena, ¿a qué preguntas, si lo viste?

AMELIA Se iría a eso de la una y media.

ANGUSTIAS Sí. ¿Tú por qué lo sabes?

AMELIA Lo sentí toser y oí los pasos de su jaca.

LA PONCIA ¡Pero si yo lo sentí marchar a eso de las cuatro!

ANGUSTIAS ¡No sería él!

LA PONCIA ¡Estoy segura!

AMELIA A mí también me pareció...

MAGDALENA ¡Qué cosa más rara!

(*Pausa.*)

LA PONCIA Oye, Angustias, ¿qué fue lo que te dijo la primera vez que se acercó a tu ventana?

ANGUSTIAS Nada. ¡Qué me iba a decir? Cosas de conversación.

MARTIRIO Verdaderamente es raro que dos personas que no se conocen se vean de pronto en una reja y ya novios.

ANGUSTIAS Pues a mí no me chocó.

AMELIA A mí me daría no sé qué.

ANGUSTIAS No, porque cuando un hombre se acerca a una reja ya sabe por los que van y vienen, llevan traen, que se le va a decir que sí.

MARTIRIO Bueno, pero él te lo tendría que decir.

ANGUSTIAS ¡Claro!

AMELIA (*Curiosa.*) ¿Y cómo te lo dijo?

ANGUSTIAS Pues, nada: "Ya sabes que ando detrás de ti, necesito una mujer buena, modosa, y ésa eres tú, si me das la conformidad."

AMELIA ¡A mí me da vergüenza de estas cosas!

ANGUSTIAS Y a mí, ¡pero hay que pasarlas!

LA PONCIA ¿Y habló más?

ANGUSTIAS Sí, siempre habló él.

MARTIRIO ¿Y tú?

ANGUSTIAS Yo no hubiera podido. Casi se me salía el corazón por la boca. Era la primera vez que estaba sola de noche con un hombre.

MAGDALENA Y un hombre tan guapo.

ANGUSTIAS No tiene mal tipo.

LA PONCIA Esas cosas pasan entre personas ya un poco instruidas, que hablan y dicen y mueven la mano... La primera vez que mi marido Evaristo el Colorín vino a mi ventana... ¡Ja, ja, ja!

AMELIA ¿Qué pasó?

LA PONCIA Era muy oscuro. Lo vi acercarse y, al llegar, me dijo: "Buenas noches." "Buenas noches", le dije yo, y nos quedamos callados más de media hora. Me corría el sudor por todo el cuerpo. Entonces Evaristo se acercó, se acercó que se quería meter por los hierros, y dijo con voz muy baja: "¡Ven que te tiente!"

(*Ríen todas. Amelia se levanta corriendo y espía por una puerta.*)

AMELIA ¡Ay! Creí que llegaba nuestra madre.

MAGDALENA ¡Buenas nos hubiera puesto! (*Siguen riendo.*)

AMELIA Chisst... ¡Que nos va a oír!

LA PONCIA Luego se portó bien. En vez de darle por otra cosa, le dio por criar colorines hasta que murió. A vosotras, que sois solteras, os conviene saber de todos modos que el hombre a los quince días de boda deja la cama por la mesa, y luego la mesa por la tabernilla. Y la que no se conforma se pudre llorando en un rincón.

AMELIA Tú te conformaste.

LA PONCIA ¡Yo pude con él!

MARTIRIO ¿Es verdad que le pegaste algunas veces?

LA PONCIA Sí, y por poco lo dejo tuerto.

MAGDALENA ¡Así debían ser todas las mujeres!

LA PONCIA Yo tengo la escuela de tu madre. Un día me dijo no sé qué cosa y le maté todos los colorines con la mano del almirez. (*Ríen*)

MAGDALENA Adela, niña, no te pierdas esto.

AMELIA Adela. (*Pausa.*)

MAGDALENA ¡Voy a ver! (*Entra.*)

LA PONCIA ¡Esa niña está mala!

MARTIRIO Claro, ¡no duerme apenas!

LA PONCIA Pues, ¿qué hace?

MARTIRIO ¡Yo qué sé lo que hace!

LA PONCIA Mejor lo sabrás tú que yo, que duermes pared por medio.

ANGUSTIAS La envidia la come.

AMELIA No exageres.

ANGUSTIAS Se lo noto en los ojos. Se le está poniendo mirar de loca.

MARTIRIO No habléis de locos. Aquí es el único sitio donde no se puede pronunciar esta palabra. (*Sale Magdalena con Adela.*)

MAGDALENA Pues, ¿no estaba dormida?

ADELA Tengo mal cuerpo.

MARTIRIO (*Con intención.*) ¿Es que no has dormido bien esta noche?

ADELA Sí.

MARTIRIO ¿Entonces?

ADELA (*Fuerte.*) ¡Déjame ya! ¡Durmiendo o velando, no tienes por qué meterte en lo mío! ¡Yo hago con mi cuerpo lo que me parece!

MARTIRIO ¡Sólo es interés por ti!

ADELA Interés o inquisición. ¿No estabais cosiendo? Pues seguir. ¡Quisiera ser invisible, pasar por las habitaciones sin que me preguntarais dónde voy!

CRIADA (*Entra.*) Bernarda os llama. Está el hombre de los encajes. (*Salen.*)

(*Al salir, Martirio mira fijamente a Adela.*)

ADELA ¡No me mires más! Si quieres te daré mis ojos, que son frescos, y mis espaldas, para que te compongas la joroba que tienes, pero vuelve la cabeza cuando yo pase. (*Se va Martirio.*)

LA PONCIA ¡Adela, que es tu hermana, y además la que más te quiere!

ADELA Me sigue a todos lados. A veces se asoma a mi cuarto para ver si duermo. No me deja respirar. Y siempre: "¡Qué lástima de cara! ¡Qué lástima de cuerpo, que no va a ser para nadie!" ¡Y eso no! Mi cuerpo será de quien yo quiera!

LA PONCIA (*Con intención y en voz baja.*) De Pepe el Romano, ¿no es eso?

ADELA (*Sobrecogida.*) ¿Qué dices?

LA PONCIA ¡Lo que digo, Adela!

ADELA ¡Calla!

LA PONCIA (*Alto.*) ¿Crees que no me he fijado?

ADELA ¡Baja la voz!

LA PONCIA ¡Mata esos pensamientos!

ADELA ¿Qué sabes tú?

LA PONCIA Las viejas vemos a través de las paredes. ¿Dónde vas de noche cuando te levantas?

ADELA ¡Ciega debías estar!

LA PONCIA Con la cabeza y las manos llenas de ojos cuando se trata de lo que se trata. Por mucho que pienso no sé lo que te propones. ¿Por qué te pusiste casi desnuda con la luz encendida y la ventana abierta al pasar Pepe el segundo día que vino a hablar con tu hermana?

ADELA ¡Eso no es verdad!

LA PONCIA ¡No seas como los niños chicos! Deja en paz a tu hermana y si Pepe el Romano te gusta te aguantas. (*Adela llora.*) Además, ¿quién dice que no te puedas casar con él? Tu hermana Angustias es una enferma. Ésa no resiste el primer parto. Es estrecha de cintura, vieja, y con mi conocimiento te digo que se morirá. Entonces Pepe hará lo que hacen todos los viudos de esta tierra: se casará con la más joven, la más hermosa, y ésa eres tú. Alimenta esa esperanza, olvídalo. Lo que quieras, pero no vayas contra la ley de Dios.

ADELA ¡Calla!

LA PONCIA ¡No callo!

ADELA Métete en tus cosas, ¡oledora! ¡pérfida!

LA PONCIA ¡Sombra tuya he de ser!

ADELA En vez de limpiar la casa y acostarte para rezar a tus muertos, buscas como una vieja marrana asuntos de hombres y mujeres para babosear en ellos.

LA PONCIA ¡Velo! Para que las gentes no escupan al pasar por esta puerta.

ADELA ¡Qué cariño tan grande te ha entrado de pronto por mi hermana!

LA PONCIA No os tengo ley a ninguna, pero quiero vivir en casa decente. ¡No quiero mancharme de vieja!

ADELA Es inútil tu consejo. Ya es tarde. No por encima de ti, que eres una criada, por encima de mi madre saltaría para apagarme este fuego que tengo levantado por piernas y boca. ¿Qué puedes decir de mí? Que me encierro en mi cuarto y no abro la puerta? ¿Que no duermo? ¡Soy más lista que tú! Mira a ver si puedes agarrar la liebre con tus manos.

LA PONCIA No me desafíes. ¡Adela, no me desafíes! Porque yo puedo dar voces, encender luces y hacer que toquen las campanas.

ADELA Trae cuatro mil bengalas amarillas y ponlas en las bardas del corral. Nadie podrá evitar que suceda lo que tiene que suceder.

LA PONCIA ¡Tanto te gusta ese hombre!

ADELA ¡Tanto! Mirando sus ojos me parece que bebo su sangre lentamente.

LA PONCIA Yo no te puedo oír.

ADELA ¡Pues me oirás! Te he tenido miedo. ¡Pero ya soy más fuerte que tú!

(*Entra Angustias.*)

ANGUSTIAS ¡Siempre discutiendo!

LA PONCIA Claro, se empeña en que, con el calor que hace, vaya a traerle no sé qué cosa de la tienda.

ANGUSTIAS ¿Me compraste el bote de esencia?

LA PONCIA El más caro. Y los polvos. En la mesa de tu cuarto los he puesto.

(*Sale Angustias.*)

ADELA ¡Y chitón!

LA PONCIA ¡Lo veremos!

(*Entran Martirio, Amelia y Magdalena*)

MAGDALENA (*A Adela*) ¿Has visto los encajes?

AMELIA Los de Angustias para sus sábanas de novia son preciosos.

ADELA (*A Martirio, que trae unos encajes*) ¿Y éstos?

MARTIRIO Son para mí. Para una camisa.

ADELA (*Con sarcasmo.*) ¡Se necesita buen humor!

MARTIRIO (*Con intención*) Para verlos yo. No necesito lucirme ante nadie.

LA PONCIA Nadie la ve a una en camisa.

MARTIRIO (*Con intención y mirando a Adela.*) ¡A veces! Pero me encanta la ropa interior. Si fuera rica la tendría de holanda. Es uno de los pocos gustos que me quedan.

LA PONCIA Estos encajes son preciosos para las gorras de niño, para mantehuelos de cristianar. Yo nunca pude usarlos en los míos. A ver si ahora Angustias los usa en los suyos. Como le dé por tener crías vais a estar cosiendo mañana y tarde.

MAGDALENA Yo no pienso dar una puntada.

AMELIA Y mucho menos cuidar niños ajenos. Mira tú cómo están las vecinas del callejón, sacrificadas por cuatro monigotes.

LA PONCIA Ésas están mejor que vosotras. ¡Siquiera allí se ríe y se oyen porrazos!

MARTIRIO Pues vete a servir con ellas.

LA PONCIA No. ¡Ya me ha tocado en suerte este convento!

(*Se oyen unos campanillos lejanos, como a través de varios muros.*)

MAGDALENA Son los hombres que vuelven al trabajo.

LA PONCIA Hace un minuto dieron las tres.

MARTIRIO ¡Con este sol!

ADELA (*Sentándose*) ¡Ay, quién pudiera salir también a los campos!

MAGDALENA (*Sentándose*) ¡Cada clase tiene que hacer lo suyo!

MARTIRIO (*Sentándose*) ¡Así es!

AMELIA (*Sentándose*) ¡Ay!

LA PONCIA No hay alegría como la de los campos en esta época. Ayer de mañana llegaron los segadores. Cuarenta o cincuenta buenos mozos.

MAGDALENA ¿De dónde son este año?

LA PONCIA De muy lejos. Vinieron de los montes. ¡Alegres! ¡Como árboles quemados! ¡Dando voces y arrojando piedras! Anoche llegó al pueblo una mujer vestida de lentejuelas y que bailaba con un acordeón, y quince de ellos la contrataron para llevársela al olivar. Yo los vi de lejos. El que la contrataba era un muchacho de ojos verdes, apretado como una gavilla de trigo.

AMELIA ¿Es eso cierto?

ADELA ¡Pero es posible!

LA PONCIA Hace años vino otra de éstas y yo misma di dinero a mi hijo mayor para que fuera. Los hombres necesitan estas cosas.

ADELA Se les perdona todo.

AMELIA Nacer mujer es el mayor castigo.

MAGDALENA Y ni nuestros ojos siquiera nos pertenecen.

(*Se oye un canto lejano que se va acercando.*)

LA PONCIA Son ellos. Traen unos cantos preciosos.

AMELIA Ahora salen a segar.

CORO

Ya salen los segadores
en busca de las espigas;
se llevan los corazones
de las muchachas que miran.

(*Se oyen panderos y carrañacas. Pausa. Todas oyen en un silencio traspasado por el sol.*)

AMELIA ¡Y no les importa el calor!

MARTIRIO Siegan entre llamaradas.

ADELA Me gustaría segar para ir y venir. Así se olvida lo que nos muerde.

MARTIRIO ¿Qué tienes tú que olvidar?

ADELA Cada una sabe sus cosas.

MARTIRIO (*Profunda.*) ¡Cada una!

LA PONCIA ¡Callar! ¡Callar!

CORO (*Muy lejano.*)

Abrir puertas y ventanas
las que vivís en el pueblo;
el segador pide rosas
para adornar su sombrero.

LA PONCIA ¡Qué canto!

MARTIRIO (*Con nostalgia.*)

Abrir puertas y ventanas
las que vivís en el pueblo...

ADELA (*Con pasión.*)

... el segador pide rosas
para adornar su sombrero.

(*Se va alejando el cantar.*)

LA PONCIA Ahora dan la vuelta a la esquina.

ADELA Vamos a verlos por la ventana de mi cuarto.

LA PONCIA Tened cuidado con no entreabrirla mucho, porque son capaces de dar un empujón para ver quién mira.

(*Se van las tres. Martirio queda sentada en la silla baja con la cabeza entre las manos.*)

AMELIA (*Acercándose.*) ¿Qué te pasa?

MARTIRIO Me sienta mal el calor.

AMELIA ¿No es más que eso?

MARTIRIO Estoy deseando que llegue noviembre, los días de lluvia, la escarcha; todo lo que no sea este verano interminable.

AMELIA Ya pasará y volverá otra vez.

MARTIRIO ¡Claro! (*Pausa.*) ¿A qué hora te dormiste anoche?

AMELIA No sé. Yo duermo como un tronco. ¿Por qué?

MARTIRIO Por nada, pero me pareció oír gente en el corral.

AMELIA ¿Sí?

MARTIRIO Muy tarde.

AMELIA ¿Y no tuviste miedo?

MARTIRIO No. Ya lo he oído otras noches.

AMELIA Debíamos tener cuidado. ¿No serían los gañanes?

MARTIRIO Los gañanes llegan a las seis.

AMELIA Quizá una mulilla sin desbravar.

MARTIRIO (*Entre dientes y llena de segunda intención.*) ¡Eso, eso!, una mulilla sin desbravar.

AMELIA ¡Hay que prevenir!

MARTIRIO ¡No, no! No digas nada. Puede ser un barrunto mío.

AMELIA Quizá.

(*Pausa. Amelia inicia el mutis.*)

MARTIRIO Amelia.

AMELIA (*En la puerta.*) ¿Qué? (*Pausa.*)

MARTIRIO Nada. (*Pausa.*)

AMELIA ¿Por qué me llamaste? (*Pausa*)

MARTIRIO Se me escapó. Fue sin darme cuenta. (*Pausa*)

AMELIA Acuéstate un poco.

ANGUSTIAS (*Entrando furiosa en escena, de modo que haya un gran contraste con los silencios anteriores.*) ¿Dónde está el retrato de Pepe que tenía yo debajo de mi almohada? ¿Quién de vosotras lo tiene?

MARTIRIO Ninguna.

AMELIA Ni que Pepe fuera un San Bartolomé de plata.

(*Entran La Poncia, Magdalena y Adela.*)

ANGUSTIAS ¿Dónde está el retrato?

ADELA ¿Qué retrato?

ANGUSTIAS Una de vosotras me lo ha escondido.

MAGDALENA ¿Tienes la desvergüenza de decir esto?

ANGUSTIAS Estaba en mi cuarto y no está.

MARTIRIO ¿Y no se habrá escapado a medianoche al corral? A Pepe le gusta andar con la luna.

ANGUSTIAS ¡No me gastes bromas! Cuando venga se lo contaré.

LA PONCIA ¡Eso, no! ¡Porque aparecerá! (*Mirando Adela.*)

ANGUSTIAS ¡Me gustaría saber cuál de vosotras lo tiene!

ADELA (*Mirando a Martirio.*) ¡Alguna! ¡Todas, menos yo!

MARTIRIO (*Con intención.*) ¡Desde luego!

BERNARDA (*Entrando con su bastón.*) ¿Qué escándalo es éste en mi casa y con el silencio del peso del calor? Estarán las vecinas con el oído pegado a los tabiques.

ANGUSTIAS Me han quitado el retrato de mi novio.

BERNARDA (*Fiera.*) ¿Quién? ¿Quién?

ANGUSTIAS ¡Éstas!

BERNARDA ¿Cuál de vosotras? (*Silencio.*) ¡Contestarme! (*Silencio. A Poncia.*) Registra los cuartos, mira por las camas. Esto tiene no ataros más cortas. ¡Pero me vais a soñar! (*A Angustias.*) ¿Estás segura?

ANGUSTIAS Sí.

BERNARDA ¿Lo has buscado bien?

ANGUSTIAS Sí, madre.

(*Todas están en medio de un embarazoso silencio.*)

BERNARDA Me hacéis al final de mi vida beber el veneno más amargo que una madre puede resistir. (*A Poncia.*) ¿No lo encuentras?

LA PONCIA (*Saliendo.*) Aquí está.

BERNARDA ¿Dónde lo has encontrado?

LA PONCIA Estaba...

BERNARDA Dilo sin temor.

LA PONCIA (*Extrañada.*) Entre las sábanas de la cama de Martirio.

BERNARDA (*A Martirio.*) ¿Es verdad?

MARTIRIO ¡Es verdad!

BERNARDA (*Avanzando y golpeándola con el bastón.*) ¡Mala puñalada te den, mosca muerta! ¡Sembradura de vidrios!

MARTIRIO (*Fiera.*) ¡No me pegue usted, madre!

BERNARDA ¡Todo lo que quiera!

MARTIRIO ¡Si yo la dejo! ¿Lo oye? ¡Retírese usted!

LA PONCIA No faltes a tu madre.

ANGUSTIAS (*Cogiendo a Bernarda.*) Déjela. ¡Por favor!

BERNARDA Ni lágrimas te quedan en esos ojos.

MARTIRIO No voy a llorar para darle gusto.

BERNARDA ¿Por qué has cogido el retrato?

MARTIRIO ¿Es que yo no puedo gastar una broma a mi hermana? ¿Para qué otra cosa lo iba a querer?

ADELA (*Saltando llena de celos.*) No ha sido broma, que tú no has gustado nunca de juegos. Ha sido otra cosa que te reventaba el pecho por querer salir. Dilo ya claramente.

MARTIRIO ¡Calla y no me hagas hablar, que si hablo se van a juntar las paredes unas con otras de vergüenza!

ADELA ¡La mala lengua no tiene fin para inventar!

BERNARDA ¡Adela!

MAGDALENA Estáis locas.

AMELIA Y nos apedreáis con malos pensamientos.

MARTIRIO Otras hacen cosas más malas.

ADELA Hasta que se pongan en cueros de una vez y se las lleve el río.

BERNARDA ¡Perversa!

ANGUSTIAS Yo no tengo la culpa de que Pepe el Romano se haya fijado en mí.

ADELA ¡Por tus dineros!

ANGUSTIAS ¡Madre!

BERNARDA ¡Silencio!

MARTIRIO Por tus marjales y tus arboledas.

MAGDALENA ¡Eso es lo justo!

BERNARDA ¡Silencio digo! Yo veía la tormenta venir, pero no creía que estallara tan pronto. ¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón! Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre para que ni las hierbas se enteren de mi desolación. ¡Fuera de aquí! (*Salen. Bernarda se sienta desolada. La Poncia está de pie arrimada a los muros.Bernarda reacciona, da un golpe en el suelo y dice*) ¡Tendré que sentarles la mano! Bernarda, ¡acuérdate que ésta es tu obligación!

LA PONCIA ¿Puedo hablar?

BERNARDA Habla. Siento que hayas oído. Nunca está bien una extraña en el centro de la familia.

LA PONCIA Lo visto, visto está.

BERNARDA Angustias tiene que casarse en seguida.

LA PONCIA Claro; hay que retirarla de aquí.

BERNARDA No a ella. ¡A él!

LA PONCIA ¡Claro, a él hay que alejarlo de aquí! Piensas bien.

BERNARDA No pienso. Hay cosas que no se pueden ni se deben pensar. Yo ordeno.

LA PONCIA ¿Y tú crees que él querrá marcharse?

BERNARDA (*Levantándose.*) ¿Qué imagina tu cabeza?

LA PONCIA Él, claro, ¡se casará con Angustias!

BERNARDA Habla. Te conozco demasiado para saber que ya me tienes preparada la cuchilla.

LA PONCIA Nunca pensé que se llamara asesinato al aviso.

BERNARDA ¿Me tienes que prevenir algo?

LA PONCIA Yo no acuso, Bernarda. Yo sólo te digo abre los ojos y verás.

BERNARDA ¿Y verás qué?

LA PONCIA Siempre has sido lista. Has visto lo malo de las gentes a cien leguas. Muchas veces creí que adivinabas los pensamientos. Pero los hijos son los hijos. Ahora estás ciega.

BERNARDA ¿Te refieres a Martirio?

LA PONCIA Bueno, a Martirio... (*Con curiosidad.*) ¿Por qué habrá escondido el retrato?

BERNARDA (*Queriendo ocultar a su hija.*) Después de todo ella dice que ha sido una broma. ¿Qué otra cosa puede ser?

LA PONCIA (*Con sorna.*) ¿Tú lo crees así?

BERNARDA (*Enérgica.*) No lo creo. ¡Es así!

LA PONCIA Basta. Se trata de lo tuyo. Pero si fuera la vecina de enfrente, ¿qué sería?

BERNARDA Ya empiezas a sacar la punta del cuchillo.

LA PONCIA (*Siempre con crueldad.*) No, Bernarda, aquí pasa una cosa muy grande. Yo no te quiero echar la culpa, pero tú no has dejado a tus hijas libres. Martirio es enamoradiza, digas lo que tú quieras. ¿Por qué no la dejaste casar con Enrique Humanes? ¿Por qué el mismo día que iba a venir a la ventana le mandaste recado que no viniera?

BERNARDA (*Fuerte.*) ¡Y lo haría mil veces! Mi sangre no se junta con la de los Humanes mientras yo viva! Su padre fue gañán.

LA PONCIA ¡Y así te va a ti con esos humos!

BERNARDA Los tengo porque puedo tenerlos. Y tú no los tienes porque sabes muy bien cuál es tu origen.

LA PONCIA (*Con odio.*) ¡No me lo recuerdes! Estoy ya vieja, siempre agradecí tu protección.

BERNARDA (*Crecida.*) ¡No lo parece!

LA PONCIA (*Con odio envuelto en suavidad.*) A Martirio se le olvidará esto.

BERNARDA Y si no lo olvida peor para ella. No creo que ésta sea la «cosa muy grande» que aquí pasa. Aquí no pasa nada. ¡Eso quisieras tú! Y si pasara algún día estáte segura que no traspasaría las paredes.

LA PONCIA ¡Eso no lo sé yo! En el pueblo hay gentes que leen también de lejos los pensamientos escondidos.

BERNARDA ¡Cómo gozarías de vernos a mí y a mis hijas camino del

lupanar!

LA PONCIA ¡Nadie puede conocer su fin!

BERNARDA ¡Yo sí sé mi fin! ¡Y el de mis hijas! El lupanar se queda para alguna mujer ya difunta...

LA PONCIA (*Fiera.*) ¡Bernarda! ¡Respeta la memoria de mi madre!

BERNARDA ¡No me persigas tú con tus malos pensamientos! (*Pausa.*)

LA PONCIA Mejor será que no me meta en nada.

BERNARDA Eso es lo que debías hacer. Obrar y callar a todo. Es la obligación de los que viven a sueldo.

LA PONCIA Pero no se puede. ¿A ti no te parece que Pepe estaría mejor casado con Martirio o... ¡sí!, con Adela?

BERNARDA No me parece.

LA PONCIA (*Con intención.*) Adela. ¡Ésa es la verdadera novia del Romano!

BERNARDA Las cosas no son nunca a gusto nuestro.

LA PONCIA Pero les cuesta mucho trabajo desviarse de la verdadera inclinación. A mí me parece mal que Pepe esté con Angustias, y a las gentes, y hasta al aire. ¡Quién sabe si se saldrán con la suya!

BERNARDA ¡Ya estamos otra vez!... Te deslizas para llenarme de malos sueños. Y no quiero entenderte, porque si llegara al alcance de todo lo que dices te tendría que arañar.

LA PONCIA ¡No llegará la sangre al río!

BERNARDA ¡Afortunadamente mis hijas me respetan y jamás torcieron mi voluntad!

LA PONCIA ¡Eso sí! Pero en cuanto las dejes sueltas se te subirán al tejado.

BERNARDA ¡Ya las bajaré tirándoles cantos!

LA PONCIA ¡Desde luego eres la más valiente!

BERNARDA ¡Siempre gasté sabrosa pimienta!

LA PONCIA ¡Pero lo que son las cosas! A su edad. ¡Hay que ver el entusiasmo de Angustias con su novio! ¡Y él también parece muy picado! Ayer me contó mi hijo mayor que a las cuatro y media de la madrugada, que pasó por la calle con la yunta, estaban hablando todavía.

BERNARDA ¡A las cuatro y media!

ANGUSTIAS (*Saliendo.*) ¡Mentira!

LA PONCIA Eso me contaron.

BERNARDA (*A Angustias.*) ¡Habla!

ANGUSTIAS Pepe lleva más de una semana marchándose a la una. Que Dios me mate si miento.

MARTIRIO (*Saliendo.*) Yo también lo sentí marcharse a las cuatro.

BERNARDA Pero, ¿lo viste con tus ojos?

MARTIRIO No quise asomarme. ¿No habláis ahora por la ventana del

callejón?

ANGUSTIAS Yo hablo por la ventana de mi dormitorio.

(*Aparece Adela en la puerta.*)

MARTIRIO Entonces...

BERNARDA ¿Qué es lo que pasa aquí?

LA PONCIA ¡Cuida de enterarte! Pero, desde luego, Pepe estaba a las cuatro de la madrugada en una reja de tu casa.

BERNARDA ¿Lo sabes seguro?

LA PONCIA Seguro no se sabe nada en esta vida.

ADELA Madre, no oiga usted a quien nos quiere perder a todas.

BERNARDA ¡Yo sabré enterarme! Si las gentes del pueblo quieren levantar falsos testimonios se encontrarán con mi pedernal. No se hable de este asunto. Hay a veces una ola de fango que levantan los demás para perdernos.

MARTIRIO A mí no me gusta mentir.

LA PONCIA Y algo habrá.

BERNARDA No habrá nada. Nací para tener los ojos abiertos. Ahora vigilaré sin cerrarlos ya hasta que me muera.

ANGUSTIAS Yo tengo derecho de enterarme.

BERNARDA Tú no tienes derecho más que a obedecer. Nadie me traiga ni me lleve. (A la Poncia.) Y tú te metes en los asuntos de tu casa. ¡Aquí no se vuelve a dar un paso que yo no sienta!

CRIADA (*Entrando.*) ¡En lo alto de la calle hay un gran gentío y todos los vecinos están en sus puertas!

BERNARDA (*A Poncia.*) ¡Corre a enterarte de lo que pasa! (*Las mujeres corren para salir.*) ¿Dónde vais? Siempre os supe mujeres ventaneras y rompedoras de su luto. ¡Vosotras al patio!

(*Salen y sale Bernarda. Se oyen rumores lejanos. Entran Martirio y Adela, que se quedan escuchando y sin atreverse a dar un paso más de la puerta de salida.*)

MARTIRIO Agradece a la casualidad que no desaté mi lengua.

ADELA También hubiera hablado yo.

MARTIRIO ¿Y qué ibas a decir? ¡Querer no es hacer!

ADELA Hace la que puede y la que se adelanta. Tú querías, pero no has podido.

MARTIRIO No seguirás mucho tiempo.

ADELA ¡Lo tendré todo!

MARTIRIO Yo romperé tus abrazos.

ADELA (*Suplicante.*) ¡Martirio, déjame!

MARTIRIO ¡De ninguna!

ADELA ¡Él me quiere para su casa!

MARTIRIO ¡He visto cómo te abrazaba!

ADELA Yo no quería. He ido como arrastrada por una maroma.

MARTIRIO ¡Primero muerta!

(*Se asoman Magdalena y Angustias. Se siente crecer el tumulto.*)

LA PONCIA (*Entrando con Bernarda.*) ¡Bernarda!

BERNARDA ¿Qué ocurre?

LA PONCIA La hija de la Librada, la soltera, tuvo un hijo no se sabe con quién.

ADELA ¿Un hijo?

LA PONCIA Y para ocultar su vergüenza lo mató y lo metió debajo de unas piedras; pero unos perros, con más corazón que muchas criaturas, lo sacaron y como llevados por la mano de Dios lo han puesto en el tranco de su puerta. Ahora la quieren matar. La traen arrastrando por la calle abajo, y por las trochas y los terrenos del olivar vienen los hombres corriendo, dando unas voces que estremecen los campos.

BERNARDA Sí, que vengan todos con varas de olivo y mangos de azadones, que vengan todos para matarla.

ADELA ¡No, no, para matarla no!

MARTIRIO Sí, y vamos a salir también nosotras.

BERNARDA Y que pague la que pisotea su decencia.

(*Fuera su oye un grito de mujer y un gran rumor.*)

ADELA ¡Que la dejen escapar! ¡No salgáis vosotras!

MARTIRIO (*Mirando a Adela.*) ¡Que pague lo que debe!

BERNARDA (*Bajo el arco.*) ¡Acabar con ella antes que lleguen los guardias! ¡Carbón ardiendo en el sitio de su pecado!

ADELA (*Cogiéndose el vientre.*) ¡No! ¡No!

BERNARDA ¡Matadla! ¡Matadla!

(*TELÓN RÁPIDO).*

Acto tercero

Cuatro paredes blancas ligeramente azuladas del patio interior de la casa de Bernarda. Es de noche. El decorado ha de ser de una perfecta simplicidad. Las puertas, iluminadas por la luz de los interiores, dan un tenue fulgor a la escena. En el centro, una mesa con un quinqué, donde están comiendo Bernarda y sus hijas. La Poncia las sirve. Prudencia está sentada aparte. (Al levantarse el telón hay un gran silencio, interrumpido por el ruido de platos y cubiertos.)

PRUDENCIA Ya me voy. Os he hecho una visita larga. (*Se levanta.*)

BERNARDA Espérate, mujer. No nos vemos nunca.

PRUDENCIA ¿Han dado el último toque para el rosario?

LA PONCIA Todavía no.

(*Prudencia se sienta.*)

BERNARDA ¿Y tu marido cómo sigue?

PRUDENCIA Igual.

BERNARDA Tampoco lo vemos.

PRUDENCIA Ya sabes sus costumbres. Desde que se peleó con sus hermanos por la herencia no ha salido por la puerta de la calle. Pone una escalera y salta las tapias del corral.

BERNARDA Es un verdadero hombre. ¿Y con tu hija...?

PRUDENCIA No la ha perdonado.

BERNARDA Hace bien.

PRUDENCIA No sé qué te diga. Yo sufro por esto.

BERNARDA Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga.

PRUDENCIA Yo dejo que el agua corra. No me queda más consuelo que refugiarme en la iglesia, pero como me estoy quedando sin vista tendré que dejar de venir para que no jueguen con una los chiquillos. (*Se oye un gran golpe, como dado en los muros.*) ¿Qué es eso?

BERNARDA El caballo garañón, que está encerrado y da coces contra el muro. (*A voces.*) ¡Trabadlo y que salga al corral! (*En voz baja.*) Debe tener calor.

PRUDENCIA ¿Vais a echarle las potras nuevas?

BERNARDA Al amanecer.

PRUDENCIA Has sabido acrecentar tu ganado.

BERNARDA A fuerza de dinero y sinsabores.

LA PONCIA (*Interviniendo.*) ¡Pero tiene la mejor manada de estos contornos! Es una lástima que esté bajo de precio.

BERNARDA ¿Quieres un poco de queso y miel?

PRUDENCIA Estoy desganada.

(*Se oye otra vez el golpe.*)

LA PONCIA ¡Por Dios!

PRUDENCIA ¡Me ha retemblado dentro del pecho!

BERNARDA (*Levantándose furiosa*) ¿Hay que decir las cosas dos veces? ¡Echadlo que se revuelque en los montones de paja! (*Pausa, y como hablando con los gañanes.*) Pues encerrad las potras en la cuadra, pero dejadlo libre, no sea que nos eche abajo las paredes. (*Se dirige a la mesa y se sienta otra vez.*) ¡Ay, qué vida!

PRUDENCIA Bregando como un hombre.

BERNARDA Así es. (*Adela se levanta de la mesa.*) ¿Dónde vas?

ADELA A beber agua.

BERNARDA (*En alta voz.*) Trae un jarro de agua fresca. (*A Adela.*) Puedes sentarte. (*Adela se sienta.*)

PRUDENCIA Y Angustias, ¿cuándo se casa?

BERNARDA Vienen a pedirla dentro de tres días.

PRUDENCIA ¡Estarás contenta!

ANGUSTIAS ¡Claro!

AMELIA (*A Magdalena.*) ¡Ya has derramado la sal!

MAGDALENA Peor suerte que tienes no vas a tener.

AMELIA Siempre trae mala sombra.

BERNARDA ¡Vamos!

PRUDENCIA (*A Angustias.*) ¿Te ha regalado ya el anillo?

ANGUSTIAS Mírelo usted. (*Se lo alarga.*)

PRUDENCIA Es precioso. Tres perlas. En mi tiempo las perlas significaban lágrimas..

ANGUSTIAS Pero y a las cosas han cambiado.

ADELA Yo creo que no. Las cosas significan siempre lo mismo. Los anillos de pedida deben ser de diamantes.

PRUDENCIA Es más propio.

BERNARDA Con perlas o sin ellas las cosas son como una se las propone.

MARTIRIO O como Dios dispone.

PRUDENCIA Los muebles me han dicho que son preciosos.

BERNARDA Dieciséis mil reales he gastado.

LA PONCIA (*Interviniendo.*) Lo mejor es el armario de luna.

PRUDENCIA Nunca vi un mueble de éstos.

BERNARDA Nosotras tuvimos arca.

PRUDENCIA Lo preciso es que todo sea para bien.

ADELA Que nunca se sabe.

BERNARDA No hay motivo para que no lo sea.

(*Se oyen lejanísimas unas campanas.*)

PRUDENCIA El último toque. (*A Angustias.*) Ya vendré a que me enseñes la ropa.

ANGUSTIAS Cuando usted quiera.

PRUDENCIA Buenas noches nos dé Dios.

BERNARDA Adiós, Prudencia.

LAS CINCO A LA VEZ Vaya usted con Dios.

(*Pausa. Sale Prudencia.*)

BERNARDA Ya hemos comido. (*Se levantan.*)

ADELA Voy a llegarme hasta el portón para estirar las piernas y tomar un poco el fresco. (*Magdalena se sienta en una silla baja retrepada contra la pared.*)

AMELIA Yo voy contigo.

MARTIRIO Y yo.

ADELA (*Con odio contenido.*) No me voy a perder.

AMELIA La noche quiere compaña.

(*Salen. Bernarda se sienta y Angustias está arreglando la mesa.*)

BERNARDA Ya te he dicho que quiero que hables con tu hermana Martirio. Lo que pasó del retrato fue una broma y lo debes olvidar.

ANGUSTIAS Usted sabe que ella no me quiere.

BERNARDA Cada uno sabe lo que piensa por dentro. Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar. ¿Lo entiendes?

ANGUSTIAS Sí.

BERNARDA Pues ya está.

MAGDALENA (*Casi dormida.*) Además, ¡si te vas a ir antes de nada! (*Se duerme.*)

ANGUSTIAS Tarde me parece.

BERNARDA ¿A qué hora terminaste anoche de hablar?

ANGUSTIAS A las doce y media.

BERNARDA ¿Qué cuenta Pepe?

ANGUSTIAS Yo lo encuentro distraído. Me habla siempre como pensando en otra cosa. Si le pregunto qué le pasa, me contesta: «Los hombres tenemos nuestras preocupaciones.»

BERNARDA No le debes preguntar. Y cuando te cases, menos. Habla si él habla y míralo cuando te mire. Así no tendrás disgustos.

ANGUSTIAS Yo creo, madre, que él me oculta muchas cosas.

BERNARDA No procures descubrirlas, no le preguntes y, desde luego, que no te vea llorar jamás.

ANGUSTIAS Debía estar contenta y no lo estoy.

BERNARDA Eso es lo mismo.

ANGUSTIAS Muchas veces miro a Pepe con mucha fijeza y se me borra a través de los hierros, como si lo tapara una nube de polvo de las que levantan los rebaños.

BERNARDA Eso son cosas de debilidad.

ANGUSTIAS ¡Ojalá!

BERNARDA ¿Viene esta noche?

ANGUSTIAS No. Fue con su madre a la capital.

BERNARDA Así nos acostaremos antes. ¡Magdalena!

ANGUSTIAS Está dormida.

(*Entran Adela, Martirio y Amelia.*)

AMELIA ¡Qué noche más oscura!

ADELA No se ve a dos pasos de distancia.

MARTIRIO Una buena noche para ladrones, para el que necesite escondrijo.

ADELA El caballo garañón estaba en el centro del corral. ¡Blanco! Doble de grande, llenando todo lo oscuro.

AMELIA Es verdad. Daba miedo. ¡Parecía una aparición!

ADELA Tiene el cielo unas estrellas como puños.

MARTIRIO Ésta se puso a mirarlas de modo que se iba a tronchar el cuello.

ADELA ¿Es que no te gustan a ti?

MARTIRIO A mí las cosas de tejas arriba no me importan nada. Con lo que pasa dentro de las habitaciones tengo bastante.

ADELA Así te va a ti.

BERNARDA A ella le va en lo suyo como a ti en lo tuyo.

ANGUSTIAS Buenas noches.

ADELA ¿Ya te acuestas?

ANGUSTIAS Sí, esta noche no viene Pepe. (*Sale.*)

ADELA Madre, ¿por qué cuando se corre una estrella o luce un relámpago se dice:

Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita?

BERNARDA Los antiguos sabían muchas cosas que hemos olvidado.

AMELIA Yo cierro los ojos para no verlas.

ADELA Yo no. A mí me gusta ver correr lleno de lumbre lo que está quieto y quieto años enteros.

MARTIRIO Pero estas cosas nada tienen que ver con nosotros.

BERNARDA Y es mejor no pensar en ellas.

ADELA ¡Qué noche más hermosa! Me gustaría quedarme hasta muy tarde para disfrutar el fresco del campo.

BERNARDA Pero hay que acostarse. ¡Magdalena!

AMELIA Está en el primer sueño.

BERNARDA ¡Magdalena!

MAGDALENA (*Disgustada.*) ¡Dejarme en paz!

BERNARDA ¡A la cama!

MAGDALENA (*Levantándose malhumorada.*) ¡No la dejáis a una tranquila! (*Se va refunfuñando.*)

AMELIA Buenas noches. (*Se va.*)

BERNARDA Andar vosotras también.

MARTIRIO ¿Cómo es que esta noche no viene el novio de Angustias?

BERNARDA Fue de viaje.

MARTIRIO (*Mirando a Adela.*) ¡Ah!

ADELA Hasta mañana. (*Sale.) (Martirio bebe agua y sale lentamente mirando hacia la puerta del corral. Sale La Poncia.)*

LA PONCIA ¿Estás todavía aquí?

BERNARDA Disfrutando este silencio y sin lograr ver por parte alguna «la cosa tan grande» que aquí pasa, según tú.

LA PONCIA Bernarda, dejemos esa conversación.

BERNARDA En esta casa no hay un sí ni un no. Mi vigilancia lo puede todo.

LA PONCIA No pasa nada por fuera. Eso es verdad. Tus hijas están y viven como metidas en alacenas. Pero ni tú ni nadie puede vigilar por el interior de los pechos.

BERNARDA Mis hijas tienen la respiración tranquila.

LA PONCIA Eso te importa a ti, que eres su madre. A mí, con servir tu casa tengo bastante.

BERNARDA Ahora te has vuelto callada.

LA PONCIA Me estoy en mi sitio, y en paz.

BERNARDA Lo que pasa es que no tienes nada que decir. Si en esta casa hubiera hierbas, ya te encargarías de traer a pastar las ovejas del vecindario.

LA PONCIA Yo tapo más de lo que te figuras.

BERNARDA ¿Sigue tu hijo viendo a Pepe a las cuatro de la mañana? ¿Siguen diciendo todavía la mala letanía de esta casa?

LA PONCIA No dicen nada.

BERNARDA Porque no pueden. Porque no hay carne donde morder. ¡A la vigilia de mis ojos se debe esto!

LA PONCIA Bernarda, yo no quiero hablar porque temo tus intenciones. Pero no estés segura.

BERNARDA ¡Segurísima!

LA PONCIA ¡A lo mejor, de pronto, cae un rayo! ¡A lo mejor, de pronto, un golpe de sangre te para el corazón!

BERNARDA Aquí no pasará nada. Ya estoy alerta contra tus suposiciones.

LA PONCIA Pues mejor para ti.

BERNARDA ¡No faltaba más!

CRIADA (*Entrando.*) Ya terminé de fregar los platos. ¿Manda usted algo, Bernarda?

BERNARDA (*Levantándose.*) Nada. Yo voy a descansar.

LA PONCIA ¿A qué hora quiere que la llame?

BERNARDA A ninguna. Esta noche voy a dormir bien. (*Se va.*)

LA PONCIA Cuando una no puede con el mar lo más fácil es volver las espaldas para no verlo.

CRIADA Es tan orgullosa que ella misma se pone una venda en los ojos.

LA PONCIA Yo no puedo hacer nada. Quise atajar las cosas, pero ya me asustan demasiado. ¿Tú ves este silencio? Pues hay una tormenta en cada cuarto. El día que estallen nos barrerán a todas. Yo he dicho lo que tenía que decir.

CRIADA Bernarda cree que nadie puede con ella y no sabe la fuerza que tiene un hombre entre mujeres solas.

LA PONCIA No es toda la culpa de Pepe el Romano. Es verdad que el año

pasado anduvo detrás de Adela, y ésta estaba loca por él, pero ella debió estarse en su sitio y no provocarlo. Un hombre es un hombre.

CRIADA Hay quien cree que habló muchas noches con Adela.

LA PONCIA Es verdad. (*En voz baja*) Y otras cosas.

CRIADA No sé lo que va a pasar aquí.

LA PONCIA A mí me gustaría cruzar el mar y dejar esta casa de guerra..

CRIADA Bernarda está aligerando la boda y es posible que nada pase.

LA PONCIA Las cosas se han puesto ya demasiado maduras. Adela está decidida a lo que sea, y las demás vigilan sin descanso.

CRIADA ¿Y Martirio también?

LA PONCIA Ésa es la peor. Es un pozo de veneno. Ve que el Romano no es para ella y hundiría el mundo si estuviera en su mano.

CRIADA ¡Es que son malas!

LA PONCIA Son mujeres sin hombre, nada más. En estas cuestiones se olvida hasta la sangre. ¡Chisssssss! (*Escucha.*)

CRIADA ¿Qué pasa?

LA PONCIA (*Se levanta.*) Están ladrando los perros.

CRIADA Debe haber pasado alguien por el portón.

(*Sale Adela en enaguas blancas y corpiño.*)

LA PONCIA ¿No te habías acostado?

ADELA Voy a beber agua. (*Bebe en un vaso de la mesa.*)

LA PONCIA Yo te suponía dormida.

ADELA Me despertó la sed. Y vosotras, ¿no descansáis?

CRIADA Ahora.

(*Sale Adela.*)

LA PONCIA Vámonos.

CRIADA Ganado tenemos el sueño. Bernarda no me deja descansar en todo el día.

LA PONCIA Llévate la luz.

CRIADA Los perros están como locos.

LA PONCIA No nos van a dejar dormir.

(*Salen. La escena queda casi a oscuras. Sale María Josefa con una oveja en los brazos.*)

MARÍA JOSEFA

Ovejita, niño mío,
vámonos a la orilla del mar.
La hormiguita estará en su puerta,
yo te daré la teta y el pan.
Bernarda,
cara de leoparda.

Magdalena,
cara de hiena.
¡Ovejita!
Meee, meee.
Vamos a los ramos del portal de Belén.(*Ríe*)
Ni tú ni yo queremos dormir.
La puerta sola se abrirá
y en la playa nos meteremos
en una choza de coral.
Bernarda,
cara de leoparda.
Magdalena,
cara de hiena.
¡Ovejita!
Meee, meee.
Vamos a los ramos del portal de Belén!

(*Se va cantando. Entra Adela. Mira a un lado y otro con sigilo, y desaparece por la puerta del corral. Sale Martirio por otra puerta y queda en angustioso acecho en el centro de la escena. También va en enaguas. Se cubre con un pequeño mantón negro de talle. Sale por enfrente de ella María Josefa.*)

MARTIRIO Abuela, ¿dónde va usted?

MARÍA JOSEFA ¿Vas a abrirme la puerta? ¿Quién eres tú?

MARTIRIO ¿Cómo está aquí?

MARÍA JOSEFA Me escapé. ¿Tú quién eres?

MARTIRIO Vaya a acostarse.

MARÍA JOSEFA Tú eres Martirio, ya te veo. Martirio, cara de martirio. ¿Y cuándo vas a tener un niño? Yo he tenido éste.

MARTIRIO ¿Dónde cogió esa oveja?

MARÍA JOSEFA Ya sé que es una oveja. Pero, ¿por qué una oveja no va a ser un niño? Mejor es tener una oveja que no tener nada. Bernarda, cara de leoparda. Magdalena, cara de hiena.

MARTIRIO No dé voces.

MARÍA JOSEFA Es verdad. Está todo muy oscuro. Como tengo el pelo blanco crees que no puedo tener crías, y sí, crías y crías y crías. Este niño tendrá el pelo blanco y tendrá otro niño, y éste otro, y todos con el pelo de nieve, seremos como las olas, una y otra y otra. Luego nos sentaremos todos, y todos tendremos el cabello blanco y seremos espuma. ¿Por qué aquí no hay espuma? Aquí no hay más que mantos de luto.

MARTIRIO Calle, calle.

MARÍA JOSEFA Cuando mi vecina tenía un niño yo le llevaba chocolate y

luego ella me lo traía a mí, y así siempre, siempre, siempre. Tú tendrás el pelo blanco, pero no vendrán las vecinas. Yo tengo que marcharme, pero tengo miedo de que los perros me muerdan. ¿Me acompañarás tú a salir del campo? Yo no quiero campo. Yo quiero casas, pero casas abiertas, y las vecinas acostadas en sus camas con sus niños chiquitos, y los hombres fuera, sentados en sus sillas. Pepe el Romano es un gigante. Todas lo queréis. Pero él os va a devorar, porque vosotras sois granos de trigo. No granos de trigo, no. ¡Ranas sin lengua!

MARTIRIO (*Enérgica.*) Vamos, váyase a la cama. (*La empuja.*)

MARÍA JOSEFA Sí, pero luego tú me abrirás, ¿verdad?

MARTIRIO De seguro.

MARÍA JOSEFA (*Llorando.*)

Ovejita, niño mío,
vámonos a la orilla del mar.
La hormiguita estará en su puerta,
yo te daré la teta y el pan.

(*Sale. Martirio cierra la puerta por donde ha salido María Josefa y se dirige a la puerta del corral. Allí vacila, pero avanza dos pasos más.*)

MARTIRIO (*En voz baja.*) Adela. (*Pausa. Avanza hasta la misma puerta. En voz alta.*) ¡Adela! (*Aparece Adela. Viene un poco despeinada.*)

ADELA ¿Por qué me buscas?

MARTIRIO ¡Deja a ese hombre!

ADELA ¿Quién eres tú para decírmelo?

MARTIRIO No es ése el sitio de una mujer honrada.

ADELA ¡Con qué ganas te has quedado de ocuparlo!

MARTIRIO (*En voz alta.*) Ha llegado el momento de que yo hable. Esto no puede seguir así.

ADELA Esto no es más que el comienzo. He tenido fuerza para adelantarme. El brío y el mérito que tú no tienes. He visto la muerte debajo de estos techos y he salido a buscar lo que era mío, lo que me pertenecía.

MARTIRIO Ese hombre sin alma vino por otra. Tú te has atravesado.

ADELA Vino por el dinero, pero sus ojos los puso siempre en mí.

MARTIRIO Yo no permitiré que lo arrebates. El se casará con Angustias.

ADELA Sabes mejor que yo que no la quiere.

MARTIRIO Lo sé.

ADELA Sabes, porque lo has visto, que me quiere a mí.

MARTIRIO (*Desesperada.*) Sí.

ADELA (*Acercándose.*) Me quiere a mí, me quiere a mí.

MARTIRIO Clávame un cuchillo si es tu gusto, pero no me lo digas más.

ADELA Por eso procuras que no vaya con él. No te importa que abrace a la que no quiere. A mí, tampoco. Ya puede estar cien años con Angustias. Pero que

me abrace a mí se te hace terrible, porque tú lo quieres también, ¡lo quieres!

MARTIRIO (*Dramática.*) ¡Sí! Déjame decirlo con la cabeza fuera de los embozos. ¡Sí! Déjame que el pecho se me rompa como una granada de amargura. ¡Le quiero!

ADELA (*En un arranque, y abrazándola.*) Martirio, Martirio, yo no tengo la culpa.

MARTIRIO ¡No me abraces! No quieras ablandar mis ojos. Mi sangre ya no es la tuya, y aunque quisiera verte como hermana no te miro ya más que como mujer. (*La rechaza.*)

ADELA Aquí no hay ningún remedio. La que tenga que ahogarse que se ahogue. Pepe el Romano es mío. Él me lleva a los juncos de la orilla.

MARTIRIO ¡No será!

ADELA Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré delante de todos la corona de espinas que tienen las que son queridas de algún hombre casado.

MARTIRIO ¡Calla!

ADELA Sí, sí. (*En voz baja.*) Vamos a dormir, vamos a dejar que se case con Angustias. Ya no me importa. Pero yo me iré a una casita sola donde él me verá cuando quiera, cuando le venga en gana.

MARTIRIO Eso no pasará mientras yo tenga una gota de sangre en el cuerpo.

ADELA No a ti, que eres débil: a un caballo encabritado soy capaz de poner de rodillas con la fuerza de mi dedo meñique.

MARTIRIO No levantes esa voz que me irrita. Tengo el corazón lleno de una fuerza tan mala, que sin quererlo yo, a mí misma me ahoga.

ADELA Nos enseñan a querer a las hermanas. Dios me ha debido dejar sola, en medio de la oscuridad, porque te veo como si no te hubiera visto nunca.

(*Se oye un silbido y Adela corre a la puerta, pero Martirio se le pone delante.*)

MARTIRIO ¿Dónde vas?

ADELA ¡Quítate de la puerta!

MARTIRIO ¡Pasa si puedes!

ADELA ¡Aparta! (*Lucha.*)

MARTIRIO (*A voces.*) ¡Madre, madre!

ADELA ¡Déjame!

(*Aparece Bernarda. Sale en enaguas con un mantón negro.*)

BERNARDA Quietas, quietas. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!

MARTIRIO (*Señalando a Adela.*) ¡Estaba con él! ¡Mira esas enaguas llenas de

paja de trigo!

BERNARDA ¡Esa es la cama de las mal nacidas! (*Se dirige furiosa hacia Adela.*)

ADELA (*Haciéndole frente.*) ¡Aquí se acabaron las voces de presidio! (*Adela arrebata un bastón a su madre y lo parte en dos.*) Esto hago yo con la vara de la dominadora. No dé usted un paso más. ¡En mí no manda nadie más que Pepe!

(*Sale Magdalena.*)

MAGDALENA ¡Adela!

(*Salen la Poncia y Angustias.*)

ADELA Yo soy su mujer. (*A Angustias.*) Entérate tú y ve al corral a decírselo. Él dominará toda esta casa. Ahí fuera está, respirando como si fuera un león.

ANGUSTIAS ¡Dios mío! Bernarda: ¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta? (*Sale corriendo.*)

(*Aparece Amelia por el fondo, que mira aterrada, con la cabeza sobre la pared. Sale detrás Martirio.*)

ADELA ¡Nadie podrá conmigo! (*Va a salir.*)

ANGUSTIAS (*Sujetándola.*) De aquí no sales con tu cuerpo en triunfo, ¡ladrona! ¡deshonra de nuestra casa!

MAGDALENA ¡Déjala que se vaya donde no la veamos nunca más!

(*Suena un disparo.*)

BERNARDA (*Entrando.*) Atrévete a buscarlo ahora.

MARTIRIO (*Entrando.*) Se acabó Pepe el Romano.

ADELA ¡Pepe! ¡Dios mío! ¡Pepe! (*Sale corriendo.*)

LA PONCIA ¿Pero lo habéis matado?

MARTIRIO ¡No! ¡Salió corriendo en la jaca!

BERNARDA No fue culpa mía. Una mujer no sabe apuntar.

MAGDALENA ¿Por qué lo has dicho entonces?

MARTIRIO ¡Por ella! Hubiera volcado un río de sangre sobre su cabeza.

LA PONCIA Maldita.

MAGDALENA ¡Endemoniada!

BERNARDA Aunque es mejor así. (*Se oye como un golpe.*) ¡Adela! ¡Adela!

LA PONCIA (*En la puerta.*) ¡Abre!

BERNARDA Abre. No creas que los muros defienden de la vergüenza.

CRIADA (*Entrando.*) ¡Se han levantado los vecinos!

BERNARDA (*En voz baja, como un rugido.*) ¡Abre, porque echaré abajo la puerta! (*Pausa. Todo queda en silencio*) ¡Adela! (*Se retira de la puerta.*) ¡Trae un martillo! (*La Poncia da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale.*) ¿Qué?

LA PONCIA (*Se lleva las manos al cuello.*) ¡Nunca tengamos ese fin! (*Las hermanas se echan hacia atrás. La Criada se santigua. Bernarda da un grito y avanza.*)

LA PONCIA ¡No entres!

BERNARDA No. ¡Yo no! Pepe; tú irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás. ¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como si fuera doncella. ¡Nadie dirá nada! ¡Ella ha muerto virgen! Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.

MARTIRIO Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.

BERNARDA Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (*A otra hija.*) ¡A callar he dicho! (*A otra hija.*) Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

Día viernes 19 de junio, 1936.

(*TELÓN RÁPIDO).*

LOLA LA COMEDIANTA

Personajes
MARQUÉS
CALESERO
LOLA
CRIADO

Venta andaluza entre Cádiz y Algeciras. Noche. Son las doce menos veinte y tres. En la escena hay varias personas, una vieja, un campesino. A *la izquierda el Marqués de* X *está escribiendo. En la mesa donde escribe hay un velón de Lucena. Aparece un muchacho de la venta con un farolito y se dirige a la puerta atrancándola. Poco a poco van desapareciendo todos los personajes menos el Marqués que, abstraído, escribe lentamente.*

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS
Amigo, vuelvo a Cádiz
al fin tras larga ausencia.
Dejé mi melancolía
en los nublos de Inglaterra.
Mi destierro fue largo,
pero ahora la vieja
Andalucía me ofrece
sus flores abiertas.

(*Suenan campanillas lejanas que se van acercando hasta que se detienen en la puerta. Fuertes aldabonazos. Sale el chico de la venta malhumorado con el farolito y abre la enorme puerta por la que aparece una calesa amarilla, pintada con enormes flores rosas y hojas verdes, sobre un espléndido fondo azul de noche y tranquilas estrellas.*)

ESCENA II

Baja de la calesa una Señora sobre la rodilla del Calesero. Entran.

CALESERO (*Al Criado.*)
Guarda la calesa
y da un pienso al caballo.
Nos hemos de partir
todavía estrellado.

(*El Marqués cesa de escribir, retira la silla de la mesa, se frota los ojos y se va*

levantando lentamente. La Señora, mientras el Calesero habla con el Criado, mira fijamente al embobado joven y observa el fulminante efecto que le ha producido. El Calesero nota estas miradas y sonríe. En este momento entran los dos al patio interior. El Marqués los sigue, pero el Calesero vuelve la cabeza, y el Marqués, avergonzado, coge el velón y se va a su cuarto. La escena queda iluminada por la luna.)

ESCENA III

Aparece en escena corriendo Lola, y *el Calesero detrás, como persiguiéndola. Recitativo.*

LOLA (*en broma.*)
No está bien que un calesero
a una gran dama persiga.
(*Corre.*)
CALESERO
¿y si esa dama es su esposa?
LOLA (*Cogiéndole la mano.*)
¡Oh, la cuestión ya varía!
CALESERO
¿Cuántos días hace?
LOLA
Cuatro.
CALESERO
¡Luna de miel, burla y sonrisa!
LOLA
¿Cómo te va con tu disfraz?
CALESERO (*Poniéndose serio.*)
¡Señora, os sirvo a maravilla!
LOLA (*Riyendo* y *echándole los brazos al cuello.*)
Yo comedianta y tú poeta
vamos tejiendo de burlas y risas
nuestro gracioso viaje de bodas
por esta tierra verde y amarilla.
CALESERO
Yo, calesero que anima el caballo.
LOLA (*Infatuada, cogiéndose las faldas y dando la vuelta como un pavo real.*)
Yo, gran señora de categoría.
CALESERO (*En broma, inclinándose.*)
¡Con vuestro permiso, pagante marquesa!
LOLA (*Poniéndose estirada* y *haciéndose aire con un enorme abanico azul.*)
Decid, ¿qué queréis?

CALESERO
Una preguntita.
¿Por qué mirabais tanto
al petimetre que escribía?
(*Señala la mesa.*)
LOLA (*Riyendo.*)
Ese joven será esta noche
la víctima
de mi juego de comedianta
seria y fina.
¡Oh, ya verás qué burla
más divertida!
CALESERO
Temo que sea demasiado.
LOLA
Me vengaré además. El otro día
dirigiste requiebros en Ronda
a una dama.
CALESERO (*Riyéndose.*)
¡Mentira!
(*Aparece el Marqués.*)
Vámonos, ya está aquí el petimetre.
LOLA
Mis miradas son dos cuerdecitas.
(*Se van.*)

ESCENA IV

Viene el Marqués inquieto con un libro en la mano y el velón en la otra. No puede dormir porque está intrigadísimo por aquella desconocida dama. Suspira fuertemente y se sienta para leer. Aparece la Comedianta con un candelabro en la mano.

LOLA
¡Empieza la comedia!
(*Se acerca muy despacito al Marqués.*)
Caballero.
(*Aparte.*)
De pluma y tintero.
MARQUÉS (*Dando un respingo.*)
¡Señora!
(*Aparte.*)
(¿Es verdad lo que veo?)

LOLA
Perdonad. ¿Me dejáis
encender el candelero?
Esta noche hace mucho
viento.
MARQUÉS (*Como encantado.*)
¡Oh, señora!
(*Aparte.*)
(¡Oh, ninfa! ¡Oh, cielo!)
LOLA (*Enciende el candelero.*)
¿Qué lee usted?
(*El Marqués le alarga el libro. Ella lee.*)
Un romance.
MARQUÉS
¿Lo cantáis?
LOLA (*Seria y cómica.*)
¡Silencio!
Arbolé arbolé
seco y verde.

La niña del bello rostro
está cogiendo aceitunas.
El viento, galán de torres,
la prende por la cintura.

Pasaron cuatro jinetes,
sobre yeguas andaluzas,
vestidos de azul y verde,
con largas capas oscuras.

«Vente a Córdoba, muchacha.»
La niña no los escucha.

Pasaron tres torerillos
delgaditos de cintura,
con trajes color naranja
y espadas de plata antigua.

«Vente a Sevilla, muchacha.»
La niña no los escucha.

La niña del bello rostro
sigue cogiendo aceitunas,
con el brazo gris del viento
ceñido por la cintura.

Arbolé arbolé
seco y verde.
MARQUÉS (*En éxtasis.*)
Muerto quedo de amor
LOLA
Adiós, caballero,
(de pluma y tintero.)
(*Se va.*)
MARQUÉS
¡Oh, la niña de rostro bello!

ESCENA V

Entra el Calesero y *se dirige hacia la puerta donde se supone está la calesa.*
Recitativo.
CALESERO (*Aparte.*)
Mi mujer se ríe como
una niña de seis años.
MARQUÉS
Chisssssst... Oiga.
CALESERO (*Aparte.*)
No oigo. ¡No!
(*Sigue andando.*)
MARQUÉS
Chisssssst...
CALESERO
Señor..., ¿deseáis algo?
MARQUÉS (*Confidencialmente.*)
¿Quién es esa dama que traes en calesa?
CALESERO
Lo ignoro en absoluto.
MaRQUÉS
¡Oh, rabia!
CALESERO
No es extraño.

Yo vengo desde Ronda con ella; pero creo
que es una gran señora.
MARQUÉS (*Impaciente.*)
¡Entérate!
CALESERO
Nos vamos
a las cinco sin falta.
MaRQUÉS (*Nerviosísimo.*)
¡Pregúntale su nombre!
CaLESERO (*Yéndose.*)
Señor, dejadme en paz con cien mil de a caballo.
MARQUÉS (*Detrás.*)
Os daré veinte onzas y todos mis cintillos.
CALESERO (*Recalcando.*)
Nos hemos de marchar todavía estrellado.
(*Se va.*)

ESCENA VI

El Marqués queda desoladísimo. Viene corriendo hacia las candilejas.
MARQUÉS
¡Oh, qué amor funesto el mío!
Ni su nombre decir puedo.
¿Rosa? ¿Rita? Tengo miedo
de esta noche singular.
Ya la adoro hasta la muerte.
Por tu culpa, *donna* fría,
cesará la vida mía,
de mi *cuore* el palpitar.
¡Ah!
SI, sí, sí, sí,
no, no, no, no.
De mi *cuore* el palpitar.
Ella parte (yo me muero)
a las cinco (no es posible).
Ved mi amor irresistible,
noche, tierra, cielos, mar.
¡Ah!
(*Tira el velón al suelo.*)
Mi amor irresistible,
¡noche, tierra, cielos, mar!

ESCENA VII

Dúo.

Al ruido aparece el Calesero. Trae un velón encendido.

CALESERO

Melones a cala.
(*El Marqués saca un revólver y el Calesero lo detiene.*)
¡Oh, señorito,
tened más calma!
¿Queréis decirme,
por Dios, qué os pasa?
Vuestros gritos inundan la casa.

MARQUÉS

Más todavía,
si pudiera gritar, gritaría.
Esa divina
mujer sin alma
parte a las cinco
de la mañana.
(*Muy fuerte.*)
¡Quién pudiera detener el alba!

CALESERO

¡Es un dolor
derrochéis vuestra voz de tenor!
¡Oh, señorito,
todas las damas
como serpientes
tienen escamas!
¡Recordad la dichosa manzana!

MARQUÉS

Vino derecha
a mi pecho la terrible flecha.

CALESERO

Vea su merced
cómo, por qué
salto y rebrinco
por el airé.
Yo a mujeres jamás adoré.

MARQUÉS

Yo, calesero,

a sus pies rendí capa y sombrero.
CALESERO
Y salga usted,
y salga usted,
que lo quiero ver
brincar y dar saltos,
¡por el airé!,
haciendo burla de esa mujer.
MARQUÉS
Toda mi vida
de sus labios está suspendida.
(*Pianísimo y como recordando con desesperación.*)
Esa divina
mujer sin alma
parte a las cinco
de la mañana.
¡Quién pudiera detener el alba!
Vino derecha
a mi pecho la terrible flecha.

ESCENA VIII
BUENAVENTURA
Aparece la Comedianta disfrazada de gitana.
Recitativo.
LOLA (*Aparte.*)
¿Estaré bien disfrazada?
La primera comedia que
represento de gitana.
(*Se acerca al Marqués y le toca en el hombro.*)
Levantá *eza* cabeza,
que yo voy a adiviná
el porqué de esa gran pena.
MARQUÉS
Gitana, dejadme en paz.
LOLA
Yo soy capaz de contaros
las arenillas del mar.
MARQUÉS
Infeliz, ¿tú sabes algo?
LOLA

Su vida entera, señó,
con engaño y desengaño.
MARQUÉS
Falsa eres cual tu raza.
LOLA
Venga esa mano, señó.
MARQUÉS
Toma, deprisa, y te marchas.
LOLA
Señó, dame una monea.
MARQUÉS (*Infatuado se la da.*)
¡Ya me lo temía yo!
LOLA (*Santiguándose.*)
Jesús alabado sea.

Cuatro caminitos tienes
en la *parma* de la mano.
No me quisiera yo *echá*
por ninguno de los cuatro.

La malvarrosa está triste
porque no derrama *oló*;
tú estás triste, pero tienes
de estarlo *muncha* razón.

(*El Marqués se inquieta.*)

Por tus *cravos* de oro fino,
Jesús de Santa María,
(*La Comedianta hace como si sintiera mucho lo que lee.*)
jamás ninguna mujer
te dirá esta boca es mía.

(*El Marqués se agita.*)

Jincaíto de rodillas,
aunque fuera *too de prata,*
las mujeres más *perdías*
te han de *gorvé las espardas*.
MARQUÉS (*Gritando.*)

Gitana farsante y necia,
¡vete o te parto esta silla
en mitad de la cabeza!
LOLA
¿Tengo yo la *curpa*
de que os *juyan* las mujeres?
MARQUÉS (*Furioso.*)
Vete presto, hembra impúdica.
LOLA (*Gritando con las dos manos en la cintura.*)
Mardesío, mardesío,
la tarántula te pique
esa lengua de judío.
(*Va a salir rápida y se tropieza en la puerta con el Calesero.*)

ESCENA IX
Trío.
CALESERO (*Guasón.*)
¿Donde va tan deprisa,
la niña gitana?
LOLA
El señor me despide
con malas palabras.
CALESERO
Ese hombre no tiene
ojos en la cara,
o quedó ciego al verte,
morenita tostada.
LOLA
¡Gente de futraque,
Jesús nos valga!
MARQUÉS
Si yo tuviera tres
corazones, tres almas,
estarían ardiendo
en honor de esa dama.
Un solo corazón,
¡ay!, y una sola alma
son demasiado poco
para mis tristes ansias.
A las cinco, a las cinco,

¡Dios mío!, de la mañana.
(*Desesperado.*)
A las cinco, a las cinco,
¡qué terribles palabras!,
¿dónde caminará
mi señora enigmática?
¡Muerte, ven a llevarme
antes de que ella parta!
CALESERO
Cuidado, brava hembra,
de no pisar la trampa.
LOLA
¿Qué es esto, calesero?
Me salva el ser gitana.
CALESERO
Nunca honró mi calesa
una mujer tan guapa.
LOLA
Las pobres no podemos
viajar como madamas.
CALESERO
Estás maravillosa
con esas flores grana.
(*Se acerca a cogerla.*)
LOLA (*Corriendo.*)
Quita allá. ¡Qué vergüenza!
CALESERO
Espérate.
LOLA (*Deteniéndose.*)
A distancia.
CALESERO (*Acercándose rápidamente para cogerla.*)
Si este señor te echa,
te vienes a mi casa.
LOLA
¡Qué atrevimiento!
CALESERO
Niña.
LOLA
Idos al cuerno.
(*Se encierra y da con la puerta en las narices al Calesero.*)

CALESERO
¡Ingrata!
¡Oh, qué amor tan desolado!
Yo me retiro a un convento.
Ardo a fuego, fuego lento,
por esa mujer sin par.
¡Ah!
Sí, sí, si, sí.
Fuego lento,
por esa mujer sin par,
sin par,
sin par,
sin par.
MARQUÉS (*Saltando.*)
Esto es mucho cuento, ¡oiga!
¿Por qué os lamentáis tan fuerte,
si antes despreciabais tanto
el amor y las mujeres?
CALESERO (*Fuerte.*)
¡Ah!
Sí, si, si, sí.
Fuego lento,
por esa mujer sin par,
sin par,
sin par,
por esa mujer sin par.
MARQUÉS
Sufre, sufre como yo.
¡El amor es un infierno!
Habla pronto, di, responde:
¿Vas a los toros del Puerto?
CALESERO
Yo me retiro a un convento.
Ardo a fuego, fuego lento,
por esa mujer sin par,
sin par,
sin par.
(*Se va, contestando por señas.*)

ESCENA X

El Marqués se mesa los cabellos, se lleva las manos al corazón, mira la hora que es. Como sonámbulo coge el velón y se dirige a su cuarto; cuando va a salir por una puerta, se tropieza con la Comedianta. El Marqués alza los brazos en cruz.

Recitativo.

MARQUÉS

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

LOLA

Caballero
(de pluma y tintero.)

MARQUÉS

Madamita
(¡oh ninfa! ¡oh cielo!)

LOLA

Os vi desde mi cuarto.
Esta noche no duermo
y decidí bajar
a pediros el bello
romance que os canté
para copiar sus versos.

MARQUÉS

Este libro y mi vida,
señora, todo es vuestro.

LOLA

El romancillo tiene
para mí viejos recuerdos.
Lo canté cuando niña
y me encanta volverlo
a encontrar.

MARQUÉS

¡Oh, señora!
(*Inclinándose.*)

LOLA

Yo me voy a las cinco.
Antes tendréis en vuestro
poder el libro.

MARQUÉS

¿Os vais?
Temprano, según veo.

LOLA

Voy a Cádiz. ¿Y vos?

MARQUÉS
También a Cádiz, si tengo
sitio en la diligencia.
LOLA
En mi calesa un asiento
está libre. ¿Lo queréis?
(*Señalando el libro.*)
Favor por favor.
MARQUÉS (*Loco.*)
Sí quiero.
LOLA
Adiós, pues, hasta las cinco.
(*Se va).*
MARQUÉS
Señora mía, ¡hasta luego!

ESCENA XI

El Marqués da un salto enorme y empieza a correr por la escena silbando el «Carnaval de Venecia».

MARQUÉS
¡Ninfas! ¡Cielos! ¡Nubes! ¡Hadas!
Cantad mi felicidad.
¡Ya me marcho! Ella es mía;
mía, mía, ella será,
será, será.
(*Se va a su cuarto silbando.*)

ESCENA XII

Saltando de alegría camina a su cuarto, cuando lo detiene la Señora solterona cubana.

Tajona.

LOLA
Ay, Dios mío, Dios mío, qué tengo!
El cielo se me cae *ensima*.
Un amante me deja, me deja,
yo tan blanca y tan timidita.
MARQUÉS
¡El demonio de vieja,
mil rayos!
LOLA

Caballero, por Dios, yo os suplico
me ayudéis en estas fatigas.
Un amante me burla, batíos
y jurad de matarlo.
MARQUÉS
Se me pone la carne de gallina.
LOLA
Ah, mi país,
palmera y ancho río,
estrellita
y colorín.
Ay, mi país,
papagayo en el bosque.
¡Caballero, ay de mí!
MARQUÉS
Me batiré, no hay duda.
Dejadme partir...
LOLA
Ay, mi país,
palmera y ancho río,
estrellita
y colorín.

¡Oh, caballero, [...] dadme una prenda vuestra que me indique que así lo vais a realizar!

(*El Marqués puede darle un anillo, y ella le coge la mano y le da las gracias al estilo de su país, cantándole una habanera amorosísima que termina desmayándose en sus brazos.*)

ESCENA XIII

El Marqués vuelve a su desesperación..., pero el Calesero, que ha estado asomándose durante toda la escena por puertas y ventanas, sale rápidamente y, quitando a la Cubana de los brazos del Marqués, deja a éste libre, que se va rápido hacia su cuarto con el alma ligera y lleno de alborozo.

Los dos Amantes se dirigen lentamente hacia una salida, pero en cuanto desaparece el Marqués, ella da una repolaina, se quita la gran peluca y ríe.

ESCENA XIV

El Calesero llama al chico de la posada y le dice:

—Prepara la calesa que nos vamos inmediatamente.

Ella contesta:

—¿Qué es esto? —y ríe.

Él dice:

—Se terminó la burla del Calesero, basta ya de bromas.

Ella ríe y ríe hasta que al fin exclama:

—¿Pero vas a tener celos de ese currutaco?. Verás lo que voy a hacer: le escribiré una carta... Tu vete a vestirte, que esto terminará bien.

El Poeta se va a vestir, mientras ella escribe la carta. Fuera se oyen poner los collares al caballo de la calesa. Vuelve el marido de caballero, y ella se la lee.

Ríen los dos y viene el chico. Ellos le dan la carta encargándole que se la entregue al Marqués cuando hayan partido. El Poeta mete prisa a su mujer para que aligere a vestirse, y ella se va.

ESCENA ÚLTIMA

Sale el Marqués de su cuarto con dos bultos por los que asoman espadines, bastones, etc., etc.

El Poeta también lleva dos bultos de viaje.

Los dos se miran extrañados.

El Poeta se molesta, pues la cosa se complica.

La gran puerta del fondo se abre, y aparece la calesa sobre un fondo de pre-aurora.

Sale la Comedianta alegre y se extraña un poco de verlos juntos; pero tiene una decisión y, acercándose al Marqués, le presenta:

—Mi marido —y a su vez presenta al Marqués—. ¿Viene usted por fin con nosotros?

—Señora —dice el burlado Marqués casi sin habla—, en la calesa no cabemos los tres.

Se le caen los maletines, y los amantes rápidos y para evitar cualquier cosa, montan en la calesa y se van cantando.

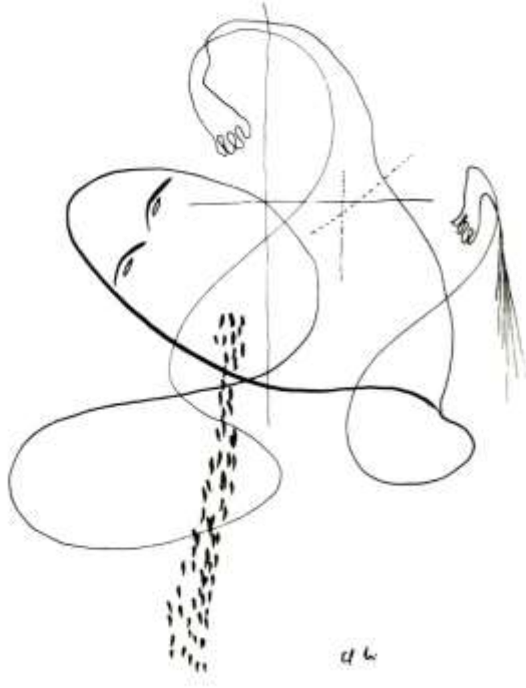
El Marqués avanza como loco hacia la puerta y vuelve mesándose los cabellos. El muchacho de la venta le entrega la carta, y al abrirla salen la moneda y el anillo. La lee en alta voz y se cae desplomado en una silla.

Telón especial

Madrigal.

La orquesta continúa, y aparece ella por un lado para dar las gracias; luego aparece él y por último el Marqués, que cantan el madrigal final.

Telón definitivo



TEATRO INCONCLUSO

Diego Corrientes

Tópico andaluz en tres actos

Personajes

DIEGO CORRIENTES
LOS NIÑOS DE SU CUADRILLA
LA MUERTE
LA GUARDIA CIVIL
EL CAPITÁN GÓMEZ
EL ALCALDE DE ESTEPA
MARÍA DE CÓRDOBA
SU AYA
BAILARINES, SOMBRAS Y GENTÍO

Ha de responder al sentimiento de un Don Juan ideal, casto. Un Don Juan que no conoció mujeres y las sueña de otra manera que son. Ha de entrar a formar parte de la tragedia el elemento sobrenatural andaluz.

Quiere ser rey. Tiene la nostalgia infinita de ser rey y nace de oscuro origen. Ama la justicia y tiene un concepto de la justicia que no llega a comprender. Cuando ama la justicia, nota que él tampoco es justo, y pregunta: «¿Qué es justicia?». Acaba viendo a la muerte mezclada íntimamente con la vida y a sentirse mitad vivo, mitad muerto.

Hay una escena en que lo persiguen las sombras. Le avisan su muerte. Es melancólico y frío.

Ampliación fotográfica

Drama

Una muchacha, hija de una portera, tiene un novio aprendiz de sastre. Llega un momento en que ella se siente embarazada y se va de la casa a dar a luz en otro sitio. Da a luz y envía al niño al asilo. Ella vuelve y sigue con el novio. Nadie se ha enterado. El novio se enamora de la hermana de la novia y ella del hermano del novio. Va girando la cuestión. La madre sufre viendo cómo cambian sus hijas. El niño crece en el asilo. Un día huye a su casa. Es el día de la boda. Llega a su casa, encuentra a sus padres separados y casándose otra vez. Pregunta cuál es su padre, y la abuela dice que están en América y le enseña una ampliación fotográfica de unos amigos. «Éstos son tus tíos», le dice por los que van a casarse. «Y (*El niño se queda mirándolos.)*... ¿Y yo?»

Drama fotográfico

Personajes
LA NOVIA
EL NOVIO
EL SARGENTO
EL HERMANO De AMÉRICA
EL NIÑO MUERTO
LAMADRE

Los personajes son ampliaciones fotográficas y están fijos en un momento del cual no pueden salir. Tienen grandes bigotes y adoptan posturas de pose fotográfica. El sentimiento de los personajes es puramente exterior, lo que se ve y nada más. El drama oscuro y sordo corre delante del objetivo de las gentes. La escena ha de estar impregnada de ese terrible silencio de las fotos de muertos y ese gris difuminado de los fondos.

Rosa mudable

Personajes
EL NIÑO
FELIX
LA PLANCHADORA

ESCENA PRIMERA

Desván

HOMBRE 1º ¿Y el niño?

HOMBRE 2º (*Entrando.*) No lo he encontrado.

HOMBRE 1º ¡Dios mío!

HOMBRE 2º Por toda la ciudad.

HOMBRE 1º ¿Y no sabremos nunca nada?

HOMBRE 2º ¡Resígnate!

HOMBRE 1º No me resigno. No quiero resignarme. Es injusto. ¿Qué daño había hecho?

HOMBRE 2º ¿Eres su padre acaso? Bien perdido está.

HOMBRE 1º ¡Dios mío, Dios mío! Hace un momento, antes de que bajara la niebla, tenía esperanza.

HOMBRE 2º ¡Calla! Perro manso, amigo de tu mala suerte.
HOMBRE 1º (*A voces.*) ¡Elena! ¡Elena!
ELENA (*En la puerta.*) ¿Por qué me llamas?.
HOMBRE 1º Porque yo me quiero ir de esta casa. ¡Vámonos por Dios!
ELENA Está nevando.
HOMBRE 1º ¿Y qué?
HOMBRE 2º Tú no te mueves de aquí.
ELENA Haré lo que tú digas.
HOMBRE 1º ¡No! ¡Si acabarán conmigo! (*Llora.*) Siempre en manos de los demás.
HOMBRE 2º Silencio. Ahora el niño estará enterrado en la nieve. Ya dormirá tranquilo. De donde no debió salir. Nosotros también dormiremos en la nieve. El fin de todos está en el frío. Yo lo espero con gran alegría. Todo lo demás es mentira.
HOMBRE 1º (*Angustiado.*) ¡Margarita! ¡Margarita!.
MARGARITA ¿Por qué me llamas?
HOMBRE 1º Porque yo me quiero ir de esta casa.
MARGARITA Está nevando.
HOMBRE 2º Todos te dirán lo mismo, hombrecillo idiota. ¡Hombre que tiene frío!
HOMBRE 1º ¡Déjame!
HOMBRE 2º Nieva y nevará siempre.
VOZ. (*Dentro.*) ¡Déjame! ¡Déjame!
HOMBRE 1º ¿Quién habla?
HOMBRE 2º ¡Ah, ganapanes! ¡Perdidos! ¿Por qué ese miedo al frío? Pues lo tendréis siempre, siempre. (*Entra.*)
(*Por los cristales de la ventana se ve nevar.*)
HOMBRE 1º Elena.
VOZ. Elena.
HOMBRE 1º Margarita
VOZ. Margarita.

Posada

Paredes blancas. Aire alegre.

ESCENA PRIMERA

JUSTINA Lo he visto mientras se desnudaba.

AMIGA ¡Calla!

ENRIQUE (*Entrando.*) Buenos días.

LAS DOS Buenos días. (*Pausa.*)

ENRIQUE (*Mirándolas.*) Una de vosotras se llama Justina.

JUSTINA Yo.

ENRIQUE Toda la mañana ha sonado una voz que decía: «Justina, Justina».

JUSTINA Era mi madre. (*Pausa. Enrique, indiferente, arregla su cartera. Justina lo ronda curiosa.*)

ENRIQUE ¿Te gusta vivir en el campo?

JUSTINA Según.

AMIGA Me voy.

ENRIQUE ¿Por qué?

AMIGA Yo no sé.

ENRIQUE (*Riendo.*) ¿Entonces?

AMIGA (*Sale corriendo.*) ¡Adiós!

JUSTINA No me gusta hablar. A mí, sí. Hablo con todo el mundo y me entienden todos. Me ha costado muchas palizas esto. Dieciséis palizas.

ENRIQUE (*Riendo.*) ¿Por qué dieciséis?

JUSTINA Para meterlas en un número y que no me fastidien más. Pero si se enteraran de lo que hago, me pegarían el doble. Mi madre no quiere que hable con el gato, ¡pero si ella supiera! (*Ríe.*) Y son estas manos ¿las ve usted?... Yo no tengo la culpa. Es la hormiga, la rata... todos, se ponen boca arriba y cierran los ojillos. Y esta amiga...

ENRIQUE ¿Qué?

JUSTINA Se duerme.

ENRIQUE ¿Cómo?

JUSTINA Usted ha venido a las minas de cobre.

ENRIQUE Sí.

JUSTINA ¿Para qué?

ENRIQUE Para muchas cosas, para estudiar, para dirigir los trabajos.

JUSTINA Ja, ja, los trabajos...ja, ja.

ENRIQUE ¿De qué te ríes?

JUSTINA De usted.

ENRIQUE ¡Vaya!

JUSTINA No se enfade... (*Se acerca tiernamente.*)

ENRIQUE (*Extrañado.*) ¿Qué edad tienes?

JUSTINA Diez y seis años. Diez en un ojo y seis en otro.

ENRIQUE (*Riendo.*) Es un modo de contar la edad nuevo para mí.

JUSTINA Si; no se ría usted. Antes de los diez años yo aprendía todo, las letras, los nombres de las plantas. ¡Todo! Cuando llegué a los diez años me puse enferma y lo olvidé en una hora. No distinguía una casa de una bicicleta. Tuve que empezar de nuevo. Ahora ya sé otra vez... pero...

ENRIQUE ¿Pero qué?

JUSTINA Soy como dos niñas. Una que está muerta y otra que va reviviendo poco a poco... Para morirse después. Mi madre, por ejemplo, es seis niñas muertas, y usted...

ENRIQUE ¿Y yo?

JUSTINA (*Riendo.*) No sé.

ENRIQUE (*Levantándose.*) ¿Quién te ha enseñado esas cosas?

JUSTINA (*Se encoge de hombros.*) ¿A ver? (*Se acerca a Enrique.*) ¿Tiene usted los ojos azules o castaños? (*Llega junto a Enrique y acerca su cara a la suya.*) ¿O negros?... ¿Sí, son negros?... Dos Justinas. Y los labios están calientes (*Pasa sus dedos por los labios de Enrique.*) Pero... los dientes deben estar fríos. (*Le abre suavemente los labios.*) Es para mí una gran preocupación. ¿Están helados o queman?. Y nunca lo sé. Los ojos no se pueden tocar. Pero están fríos*...(Apoya sus manos en los hombros de Enrique.)*. Y si se acerca uno mucho a ello se ve la cabeza por dentro (*Tiene el rostro completamente pegado al de Enrique.*), no como en un vaso de agua...

ENRIQUE (*Cogiéndola por la cintura.*) Justina.

JUSTINA ¡Tienes mucha fuerza en los brazos!

ENRIQUE (*La suelta.*) ¿Te hice daño?.

JUSTINA (*Se aparta.*) Pero un oso tiene más. Ahora me voy a hacer dos trenzas. Una por cada niña. Y si tú fueras un oso, me harías así, así con las zarpas. No creas que lloro, no lloro nunca. Es necesario que lo sepas.

ENRIQUE Basta. (*Enérgico.*)

VOZ. Justina, Justina.

(*Justina sale corriendo de la escena.*)

ENRIQUE ¡Pero señor! (*Se frota los ojos con los dedos y se sienta a escribir.*)

ESCENA II

Aparece por la izquierda la Molinera.

MOLINERA (*En voz alta.*) ¿Quién hay aquí? (*Viendo a Enrique.*) Usted perdone. (*Enrique sigue escribiendo.*) ¿Que quién hay aquí?

ENRIQUE ¿No podría usted hablar más bajo?

MOLINERA ¿Y si a usted le debieran el dinero que estas gentes me deben a mí?

JUSTINA (*Al salir retrocede al ver a la Molinera.*) ¡Ah!.

MOLINERA Sí, sí. ¡Ah! Venga mi dinero.

JUSTINA Si usted pudiera...

MOLINERA No puedo más, ni quiero. ¡Vamos, en seguida! .

JUSTINA No chille usted tanto...

MOLINERA ¡Pero tendrá valor!. Del corazón te voy a sacar las monedas. (*Se dirige a Justina violentamente. Ésta huye. Enrique la recibe en sus brazos.*)

JUSTINA Señor.

ENRIQUE (*A la Molinera.*) ¿Quiere usted hacerme el favor de callarse? ¿Cuánto debe? (*a Justina. Justina le contesta al oído.*) Toma. ¿Está bien?.

MOLINERA Sí. (*Las cuenta.*) Está bien.

(*Justina sigue abrazada a Enrique.*)

MOLINERA (*En la puerta con sorna.*) Pero que muy bien. (*Se va.*)

ESCENA III

JUSTINA No, no, no me sueltes.

ENRIQUE Puede venir la gente. Aparta, Justina.

JUSTINA Ya es hora que un hombre me abrace. Antes de que muera. Ahora vengo de ver el caballo. Corría y levantaba las patas delanteras. Siéntate.

ENRIQUE Justina, aparta, Justina. No me atormentes.

JUSTINA ¿Pero por qué? Yo aquí con la cabeza sobre tus rodillas. Así. Debajo de la rodilla tienes hueso (*La toca.*) y debajo de la frente también. ¿No eres tú un hombre, Enrique? ¿Por qué no me haces daño con los brazos?.

ENRIQUE ¿Por qué me dices estas cosas? ¡No comprendes tú, que yo no puedo, ¡que yo no debo oírlas!.

JUSTINA (*Vehemente.*) No, no me empujes. Antes yo me habría apartado, pero ahora...

ENRIQUE Justina...

JUSTINA Tuya es la culpa. ¿Por qué diste las cuatro monedas a la molinera? Tú me gustabas antes, pero ahora te amo. Yo era insignificante, pequeñita, y tú dabas por mí tus monedas. Cuatro monedas. Enrique, ¿por qué eres tan fuerte? Nunca había sabido lo que eran cuatro monedas hasta que tú las has dado por mí. Cada moneda me ha dejado una quemadura en la garganta. Pero, y si la molinera hubiese llevado dos cuchillos ¿qué hubieras hecho?

ENRIQUE Justina.

JUSTINA ¡Llama, llámame Justina! Llámame perrita, violín caliente, hoja seca, periódico arrugado por tus dedos.

ENRIQUE (*Abrazándola.*) Justina, ¿por qué te rompes de esta manera para mí? Cuando llueve demasiado fuerte queda el esqueleto de las cosas al aire, sin secreto. Justina, no destruyas lo que yo he levantado con tanto esfuerzo.

JUSTINA ¿Qué dices? ¿Qué dices? No entiendo, no quiero entender.

ENRIQUE Esta mañana no sabía tu nombre. Han bastado unas horas para que lo vea escrito con yeso frío por dentro de mi cabeza. Me punza tu nombre detrás de la frente, Justina, tu nombre escrito con dientecillos de pez.

JUSTINA Pero no ha sido esta mañana, ha sido siempre, siempre. ¿A que no puedes recordar lo que te pasó ayer?.

Dragón

Telón gris. Sale el Director de escena vestido de frac.

DIRECTOR Señoras y señores:

Me atrevo a presentar a ustedes una comedia de amor. Una nueva comedia del amor mágico. Su realidad es absoluta si ustedes la meditan un poco. Yo, como Director de escena, estoy cansado del teatro, y quiero que la vida, tal como se presenta en todos sus aspectos, sueño y vigilia, día y noche, irrumpa en la escena para que la marquesa que toma el té, Pepe Luis el galán, y el criado eterno que dice: «Sí, señorita, sí, señorito», puedan entrar en el jardín de sorpresas y gracia a que tienen derecho después su largo servicio. Están ustedes sentados en sus butacas y vienen a divertirse. Muy bien. Han pagado su dinero, y es justo. Pero el poeta ha abierto los viejos escotillones del teatro sin preocuparse en hacerles a ustedes las clásicas cosquillas o los arrumacos de tontería que se hacen a ese terrible señor mitológico que viene aquí, según dicen, recién comido y con una terrible porra de pateo. Estas tablas han sido, hasta ahora, un suplicio para los autores. Cuando la obra empezaba a ser juzgada, los pobres autores ahí detrás (yo los he visto) tomaban tila y abrazaban tiernamente a las artistas, en medio del mayor desconsuelo. Si ustedes aplaudían se ponían como ebrios y salían aquí, amarillos por las baterías, a dar gracias. (Con esas fachas de zapateros remendones que tienen siempre al lado de las figuras ideales de la comedia.) Pero es hora de que el autor se desligue un poco de esta presencia de la sala y se atreva con su musa por sitios donde no esté el grupo de espectadores, tirándole de los hilitos para que se estrelle. Sí, ustedes lo saben mejor que yo. Para que se estrelle. Vienen ustedes al teatro como van por la vida, procurando no romper las sutilísimas paredes de la realidad de cada día. Abrazados con vuestras mujeres, con vuestras hijas, con vuestras novias, sin atreveros a sacar la mano al aire prodigioso y libre de la realidad verdadera. Pero yo, como Director de escena, no estoy en ese caso.

(*Hace un gesto raro y se quita el sombrero de copa. Mete la mano y saca tres palomas que echa a volar por los bastidores. Se lo vuelve a poner.*) No. Yo podría decirles a ustedes varias cosas que les producirían disgusto, miedo, sí, miedo, pero prefiero ordenar mi comedia sin meterme en las vidas de los demás. Ja, ja, ja. Ahora que... no me gusta verlos tan seguros ahí sentados. ¿Seguros de qué? ¿De qué están ustedes seguros? Yo doy una rosa a la muchacha que se acuerde de pronto... por ejemplo... de una cosa muy sencilla... de lo que comió esta mañana. Ja, ja, ja. ¿Es difícil? ¿Verdad? ¡Qué lejos está el almuerzo! ¡Y los manjares! ¡Qué misteriosos! No nos acordamos. Es muy difícil. Se juntan todas las comidas en una fila larguísima y

nos perdemos por ellas con la gracia de que... *(Suena un timbre.)* ¡Ah! Caramba. (*Mira el reloj y busca con la mirada alguien por las butacas.*) Sí, sí, ... ya no está. No está. (*Dirigiéndose a una persona imaginaria de los bastidores.*) ¿Dice usted que iban tres médicos? Tiene bastante. ¿Y el ataúd llegó bien? ¿De buena madera? Se lo merecía. Gracias. (*Vuelve a mirar.*) Si. (*Pausa.*) Ahora (*Pausa.*) podemos representar la comedia sin temor de accidentes ni interrupciones estúpidas. (*Pausa.*) Perfectamente. (*Pausa.*) Tenga usted cuidado que los pescadores no entren por las butacas. Se pueden esperar en los pasillos. Sin que se acerquen mucho al escenario. Ahora... No quiero decir «Respetable público», porque el Director de escena no respeta al público, ni «Señoras ni señores». No me gusta. Además aquí no sois eso, sino hombres y mujeres o mejor, niños y niñas. Yo sé que todos estáis abandonados; que llega la noche y no podéis salir de vuestras cabañas; que aquella cosa que guardáis con más cariño basta un segundo sueño para que desaparezca definitivamente. ¡Pero en fin! Ya les he entretenido lo bastante. Quería dar tiempo a que se vistieran los cómicos y a que todos los maquinistas estuvieran en sus puestos como buenos soldados. Así pues, buenas noches. (*Se oyen unos rugidos.*) Ja, ja, ja. Voy a echar azúcar a ése para que se porte bien durante el espectáculo. (*Crecen los rugidos.*) ¡Qué bárbaro! Ja, ja. ¿Oyen ustedes? ¡Pero qué bárbaro! (*Se quita el sombrero de copa y éste se ilumina por dentro con una luz verde. El Director de escena lo vuelca y sale un chorro de agua encendida.*) Ustedes perdonen. (*Se va.*)

(*Entre los rugidos se descorre la cortina. Entonces suenan unos violines. Aparece una playa.).*

La destrucción de Sodoma

Tragedia

Calle de Sodoma. Columnas y grandes toldos de púrpura. En un lado fuente de mármol que es al mismo tiempo abrevadero.

MUJER 1ª ¿No han vuelto?

MUJER 2ª (*Que está en el suelo cubierta con un velo gris.*) No.

MUJER 3ª Llevan cuatro días borrachos.

MUJER 4ª Se llevaron todo el vino de las tinajas.

MUJER 1ª Y cortaron para coronas todos los racimos de la vid.

MUJER 2ª ¡Ay!

MUJER 1ª No está acostumbrada. La trajeron sus padres de una aldea lejana con su dote y la dejaron aquí sin saber lo que hacían.

MUJER 3ª Y está enamorada de su marido.

MUJER 4ª Cuando se le acaben las lágrimas dejará de llorar.

La bola negra

Drama de costumbres actuales
Personajes
CARLOS (20 años)
ENRIQUE, estudiante de Filosofía, enfermo (18 años)
LORENZO, estudiante, sin amor (18 años)
JOSÉ MANUEL, hermano mayor de Carlos
EL PADRE DE CARLOS
La MADRE
La HERMANA
JOSÉ LUIS
FERNANDO
BOTONES PRIMERO
BOTONES SEGUNDO
DON BURGUNDÓRFERO, militar
DON PANCRACIO, abogado
DON SEXIFONTE, banquero
SOCIO PRIMERO
SOCIO SEGUNDO
SOCIO TERCERO
SOCIO CUARTO
PASEANTE PRIMERO
PASEANTE SEGUNDO
Las SEÑORAS CAROCAS
MATRIMONIO PRIMERO
MATRIMONIO SEGUNDO
LOS ESQUIADORES
LA ANCIANA
La NIEVE

Acto primero

Gabinete de familia burguesa. Aparece Carlos sentado en un diván. Carlos es rubio, ágil. A veces adopta una actitud como de hombre cansado.

Dan las tres de la tarde en un reloj. Es primavera.

Carlos se levanta, se asoma al balcón con aire inquieto y se dirige rápidamente a la puerta de la izquierda. Ya en ella se detiene y vuelve a sentarse en el diván.

HERMANA (*Entrando.*) ¿No ibas a salir?

CARLOS No.

HERMANA Yo vengo del campo.

CARLOS Debe estar maravilloso.

HERMANA Hace una tarde como para no estar sentado en la casa con los ojos en el techo como tú estás.

CARLOS Pienso.

HERMANA Si yo fuera un hombre como tú no pensaría, nunca. Me gustaría andar, irme a los ríos, trepar a los árboles.

CARLOS ¿Y por qué no lo haces?

HERMANA Porque soy mujer. Y me conformo con ser mujer. Por mi gusto, tiraría a la jabalina, pero debo endulzar naranjas. Debo y quiero.

CARLOS Y quieres.

HERMANA Sí. No me rebelo contra nada. (*Pausa.*) ¿No quieres tocar el piano?

CARLOS No.

Casa de maternidad

Personajes
EL POETA
ELENA, enfermera
ISIDRA, boba
ESPERANZA, jorobada
MUJERES DEL PUEBLO
ANTONIA, ciega
MÉDICOS
MONJAS
ÁNGELES
CARPINTEROS
BANQUEROS
(*No existe texto*)

Comedia sin título

Personajes
AUTOR
LOBO
ESPECTADOR 1º
VOZ
CRIADO
ESPECTADORA 1ª
JOVEN
APUNTADOR
ACTRIZ
NICK-BOTTOM
ESPECTADORA 2ª
ESPECTADOR 3º
HOMBRE DE NEGRO
HOMBRE
LEÑADOR
ESPECTADOR 2º
TRAMOYISTA
OBRERO
MUJER 1ª
MUJER 2ª
HADA
SILFO
(*Telón gris*)
AUTOR Señoras y señores:

No voy a levantar el telón para alegrar al público con un juego de palabras, ni con un panorama donde se vea una casa en la que nada ocurre y a donde dirige el teatro sus luces para entretener y haceros creer que la vida es eso. No. El poeta, con todos sus cinco sentidos en perfecto estado de salud, va a tener, no el gusto, sino el sentimiento de enseñaros esta noche un pequeño rincón de realidad.

Ángeles, sombras, voces, liras de nieve y sueños existen y vuelan entre vosotros, tan reales como la lujuria, las monedas que lleváis en el bolsillo, o el cáncer latente en el hermoso seno de la mujer, o el labio cansado del comerciante.

Venís al teatro con el afán único de divertiros y tenéis autores a los que pagáis, y es muy justo, pero hoy el poeta os hace una encerrona porque quiere y aspira a conmover vuestros corazones enseñando las cosas que no queréis ver, gritando las simplísimas verdades que no queréis oír.

¿Por qué? Si creéis en Dios, y yo creo, ¿por qué tenéis miedo a la muerte? Y si creéis en la muerte, ¿por qué esa crueldad, ese despego al terrible dolor de vuestros semejantes?.

¡Ja, ja, ja! Diréis que esto es un sermón. Y bien, ¿es que es feo un sermón? Casi todos los que me oyen han dado un portazo y han salido de casa dejando a su padre o a su madre en un momento en que por su bien les reñían, y en este instante darían todo lo que tienen, hasta los ojos, por volver a oír las dulces voces desaparecidas. Lo mismo ahora. Pero ver la realidad es difícil. Y enseñarla, mucho más. Es predicar en desierto. Pero no importa.

Sobre todo a vosotros, gentes de la ciudad, que vivís en la más pobre y triste de las fantasías. Todo lo que hacéis es buscar caminos para no enterarse de nada.

Cuando suena el viento, para no entender lo que dice, tocáis la pianola; cubrís de encajes las ventanas; para poder dormir tranquilos y acallar al perenne grillo de la conciencia, inventáis las casas de caridad.

¡Sermón!, sí, ¡sermón! ¿Por qué hemos de ir siempre al teatro para ver lo que pasa y no lo que nos pasa? El espectador está tranquilo porque sabe que la comedia no se va a fijar en él, ¡pero qué hermoso sería que de pronto lo llamaran de las tablas y le hicieran hablar, y el sol de la escena quemara su pálido rostro de emboscado!.

La realidad empieza porque el autor no quiere que os sintáis en el teatro, sino en la mitad de la calle; y no quiere, por tanto, hacer poesía, ritmo, literatura; quiere dar una pequeña lección a vuestros corazones; para eso es poeta, pero con gran modestia. Cualquiera lo puede hacer. El autor sabe hacer versos, los ha hecho, a mi juicio, bastante buenos, y no es mal nombre de teatro, pero ayer me dijo que en todo arte había una mitad de artificio que por ahora le molestaba, y que no tenía gana de traer aquí el perfume de los lirios blancos o la columna salomónica turbia de palomas de oro (*Hace unas palmas*) ¿Quiere traerme una taza de café?.

(*Cae un telón pintado con casas y basura*).

Bien cargado. (*Se sienta. Se oyen unos violines.*) El olor de los lirios blancos es agradable, pero yo prefiero el olor del mar. Yo puedo decir que el olor del mar mana de los pechos de las sirenas, y mil cosas más, pero a él ni le importa ni lo oye, él sigue llamando a las costas en espera de nuevos ahogados, esto es lo que le importa al hombre. Pero ¿cómo se llevaría el olor del mar a una sala de teatro o cómo se inunda de estrellas el patio de butacas?

ESPECTADOR 1º Quitándole el tejado.

AUTOR ¡No me interrumpa!

ESPECTADOR 1º Tengo derecho. ¡He pagado mi butaca!

AUTOR Pagar la butaca no implica derecho de interrumpir al que habla, ni mucho menos juzgar la obra.

ESPECTADOR 1º Absolutamente.

AUTOR A usted le gusta o no le gusta, aplaude o rechaza, pero nunca juzga.

ESPECTADOR 1º La única ley del teatro es el juicio del espectador.

(*Aparece corriendo por la escena un hombre vestido de mallas rojas. Lleva una cabeza de lobo. Da dos saltos y cae en medio de la escena*).

AUTOR ¿Quién es? ¡Ah! Se ha hecho usted daño. Pero no vuelva a pasar más por aquí. Se lo prohíbo terminantemente.

VOZ ¡Lorenzo! ¡Lorenzo mío!

(*Sale el Lobo, iluminado y seguido por un foco*).

ESPECTADOR 1º ¡Muy mal!

AUTOR Tenga la bondad de callarse.

ESPECTADOR 1º Yo he pagado por ver el teatro.

AUTOR ¿Cómo? ¿Cómo? ¿El teatro? Aquí no estamos en el teatro.

ESPECTADOR 1º ¿Qué no?

AUTOR (Violento) No, señor. Lo que pasa es que usted tiene miedo. Sabe, porque me conoce, que yo quiero echar abajo las paredes para que sintamos llorar o asesinar o roncar con los vientres podridos a los que están fuera, a los que no saben siquiera que el teatro existe, y usted se espanta por eso. Pero váyase. En su casa tiene la mentira esperándolo, tiene el té, la radio, y una mujer que cuando lo ama piensa en el joven jugador de *foot-ball* que vive en el hotelito de enfrente.

ESPECTADOR 1º Si no estuviéramos donde estamos, subiría para abofetearle.

AUTOR Yo le pondría la otra mejilla. ¡Cobarde!

CRIADO El café.

ESPECTADOR 1º Estoy demasiado cerca de la realidad para hacerle caso.

AUTOR ¡Ja, ja, ja! La realidad. ¿Usted sabe cuál es la realidad? Óigala. La madera de los ataúdes de todos los que estamos en la sala está ya cortada. Hay cuatro ataúdes que esperan dentro de los vidrios a cuatro criaturas que ahora me oyen, y hay quizá uno, quizá uno que se puede llenar esta madrugada misma a poco de salir de este vivísimo lugar.

ESPECTADOR 1º No he venido a recibir lecciones de moral ni a oír cosas desagradables. Dé usted gracias que está en España, que es un país aficionado a la muerte. En Inglaterra ya le hubieran silbado. Me voy. Yo creí que estaba en el teatro.

AUTOR No estamos en el teatro. Porque vendrán a echar las puertas abajo. Y nos salvaremos todos. Ahí dentro hay un terrible aire de mentira, y los personajes de las comedias no dicen más que lo que pueden decir en alta voz delante de señoritas débiles, pero se callan su verdadera angustia. Por eso yo no quiero actores, sino hombres de carne y mujeres de carne, y el que no quiera oír que se tape los oídos.

ESPECTADOR 1º Vamos, querida. Este hombre acabará diciendo alguna atrocidad.

ESPECTADORA 1ª No me quisiera ir. Me interesa el argumento.

AUTOR Quiere decir que le interesa la vida. La vida increíble que no está en el teatro precisamente. Hace unos días pude presentar en este mismo sitio a unos cuantos amigos, como prueba de lágrimas, una escena viva que no creería su marido de usted. En una pequeña habitación una mujer murió de hambre. Sus dos niños, hambrientos también, jugaban con las manos de la muerta, tiernamente, como si fueran dos panes amarillos. Cuando llegó la noche, los niños descubrieron los senos de la muerta y se durmieron sobre ellos mientras se comían una caja de betún.

ESPECTADOR 1º ¡Qué exagerado!

AUTOR Dios sabe que digo exactamente la verdad.

ESPECTADOR 1º ¡Vamos, te digo!

ESPECTADORA 1ª Pero no te pongas así. En el teatro todo es mentira.

AUTOR ¡No es mentira! ¡Es verdad!

ESPECTADORA 1ª Pues si es verdad, ¡Vámonos! ¡Qué horror! ¡Ay, qué desagradable!

ESPECTADOR 1º (*Saliendo, al Acomodador*): ¡Salga a buscar un taxi!

ESPECTADORA 1ª ¿Cómo has permitido que delante de mí digan estas cosas? ¡Era verdad! ¿Y cómo no los prendieron inmediatamente?

ESPECTADOR 1º ¡Anda! ¡Ya sabía yo que te pondrías enferma! (*Salen*)

JOVEN (*De frac, en una platea*) Como siga así, lo dejarán solo.

AUTOR ¡Ah! ¿Estaba usted ahí?

JOVEN Sí, me interesa mucho su experiencia.

VOZ (Dentro) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo mío!

AUTOR Con su permiso. (*Se dirige al Criado que tiene la taza de café*)

JOVEN Creo que esa gente no lo va a dejar. ¡Es tan hermoso el teatro! ¿Qué va a hacer usted de las copas de plata, de los trajes de armiño?... Esa voz que ha sonado dos veces me conmueve a mí mucho más que una verdadera voz de agonía...

AUTOR Todo eso ha desaparecido ya del teatro. (*Al Criado*) ¿Cómo trae tan poco café y tan malo?

CRIADO Se me derramó sin querer. Estaba todo oscuro y tropecé con unos pescadores que cantaban con unos peces de plomo en la cabeza. Después se me cayeron unas gasas encima, unas gasas llenas de moscas, y un viejo me dijo que era la niebla. Yo no estoy acostumbrado, y he pasado miedo.

AUTOR Miedo de las cosas pintadas.

CRIADO En mi café hay luz.

AUTOR Y allí no te asustas.

CRIADO No, señor.

AUTOR ¿Van muchos borrachos?

CRIADO Sí.

AUTOR ¿Y hablan?

CRIADO Hablan cosas de borrachos. Ayer llevaron un niño y un gran pavo y jugaron para ver cuál se emborrachaba antes. Al niño le daban coñac, y al pavo anís con mijitas de tabaco. Nos reímos mucho. Se emborrachó antes el niño y se daba con la cabeza por las paredes. Al pavo le cortaron luego la cabeza con una *gillete*. Y se lo comieron.

JOVEN ¿Lo ve usted? Ese muchacho lloraría con una historia de amor bien narrada. ¡Hace falta la escena! ¡Va usted a fracasar!

AUTOR ¿Por qué no lo impediste?

CRIADO Tengo que ser agradable a los parroquianos.

AUTOR ¿Y no tuviste miedo?

CRIADO (*Ríe*) ¿Qué miedo voy a tener de un niño y un pavo? Cuando le cortaban la cabeza, todavía le echaban por el pico abierto una copa de anís. Tardaron casi media hora, porque la *gillete* estaba mellada.

AUTOR ¡Calla!

CRIADO ¿Se asusta usted? ¡Pues si viera los carnavales! El año pasado vino un borracho tocando el violín. Todavía me río de recordarlo. ¿Sabe usted lo que era el violín? Era un gato crucificado boca arriba sobre una tabla de lavar, el arco era un gran manojo de zarzas y, al pasarlas sobre el animal, este daba grandes maullidos, que servían de música para el baile de dos mujeres, muy bien vestidas, eso sí, ¡de raso!, una de Pierrot y otra de Colombina.

JOVEN ¡Cántele usted una canción cursi, y ya verá qué lágrimas!

AUTOR ¿Me quiere dejar?

JOVEN Es que le aviso. Los que se las echan de listos llaman a esto barbarie, otras aberraciones, y dan media vuelta para dormirse mejor.

AUTOR Hay que despertarlos y abrirles los ojos, aunque no quieran.

JOVEN ¿Para qué?

AUTOR Para que vean.

JOVEN Y esté seguro que recién salidos del sueño, con las cuerdas de una conciencia convencional todavía flojas, la mitad de ellos pediría el manojo de zarzas para restregarlas con fruición sobre el animal crucificado.

CRIADO Y harían muy bien. Los gatos son peligrosos, arañan a los niños y no son fieles.

AUTOR (*Al Joven*) Yo no quiero corregir a nadie. Sólo quiero que la gente diga la verdad. Y este la está diciendo en público.

JOVEN A medias.

AUTOR Claro, porque todavía está mal iluminada. Hacen falta reflectores

tan potentes que puedan quemar y destruir el corazón de los que hablan. (*Al Criado*) Puede usted marcharse.

(*Se va el Criado*)

AUTOR (*Dirigiéndose a la izquierda*) ¡No! Te he dicho que no entres. No te quiero ver. ¡Estoy cansado de mentiras!

CRIADO (*Entrando*) Señor.

AUTOR ¿Qué?

CRIADO ¿Tendría la bondad de decirle a los empleados que encendieran la luz?

AUTOR ¿Para qué?

CRIADO Para salir.

AUTOR Siga el pasillo, a la izquierda, al fondo, levante la cortina, cruce el salón de ensayos y por una escalera llegará a la calle.

CRIADO Es que...

AUTOR Vamos, ¡váyase!

CRIADO Es que tengo miedo. He de saltar por la niebla que está en el suelo, y además, hay dos grandes pájaros en la claraboya.

AUTOR ¡Enciendan la luz! No es nada. Ya lo verá. Unas gasas y unos telones pintados.

CRIADO Sí, sí, pero parecen de verdad.

AUTOR ¿Y si lo fueran?

CRIADO ¡Ah! Si lo fueran, con dispararles un tiro...

JOVEN ¡Bravo! ¡Naturalmente! *(Se va el criado)*

(*Se oyen tres grandes golpes y cae un telón en el que hay pintado un palacio inverosímil*)

APUNTADOR (*Entrando*) Señor Director, ¿no acude al ensayo?

AUTOR No. ¿Qué se ensaya?

APUNTADOR "El sueño de una noche de verano".

AUTOR La gente puede llorar con el "Otelo" y reír con "La fierecilla domada", pero no entienden "El sueño de una noche de verano", y se ríen. Aunque más vale que no se enteren. ¿Sabe usted el argumento de esta obra?

APUNTADOR Yo soy un traspunte. No lo puedo explicar bien.

AUTOR Es un sombrío argumento.

TRASPUNTE A mí me alegra mucho.

AUTOR Pues no es alegre. Todo en la obra tiende a demostrar que el amor, sea de la clase que sea, es una casualidad y no depende de nosotros en absoluto. La gente se queda dormida, viene Puck, el duendecillo, les hace oler una flor y, al despertar, se enamoran de la primera persona que pasa, aunque estén prendados de otro ser antes del sueño. Así, la reina de las hadas, Titania, se enamora de un campesino con cabeza de asno. Es una verdad terrible, pero una verdad

destructora puede llevar al suicidio, y el mundo necesita ahora más que nunca verdades consoladoras, verdades que construyan. Se necesita no pensar en uno, sino pensar en los demás. No voy al ensayo.

TRASPUNTE ¿Cómo imitamos el aire que ha de soplar en las escenas del bosque?

AUTOR Como queráis. Cantando con la boca cerrada. Déjame en paz. Es el último día que piso el teatro.

ACTRIZ (*Saliendo vestida de Titania*) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¿Cómo no vienes? No puedo trabajar sin ti. Si no veo la salida del sol, que tanto me gusta, y no corro por la hierba con los pies descalzos, es sólo por seguirte y estar contigo en estos sótanos.

AUTOR (*Agrio*) ¿Dónde has aprendido esa frase? ¿En qué obra la dices?

ACTRIZ En ninguna. La digo por primera vez.

(*En este punto, el apuntador deja lado al Traspunte, pero todo parece indicar que ambos (apuntador y traspunte) son el mismo personaje.)*

AUTOR Mentira. Si el cuerpo que tienes fuera tuyo, te azotaría para ver si hablabas de verdad.

ACTRIZ Lorenzo.

AUTOR Te figuras que porque vayas vestida de Titania me vas a embriagar, y estás equivocada. Mañana te vestirás de mendiga, de gran dama, y otro día serás la serpiente en la fábula de algún poeta embustero.

ACTRIZ Yo sólo sé que te amo. Quiero que me azotes para que veas que mi piel se pone rosada; quiero que me claves un punzón en el pecho para que veas saltar un hilo de sangre. Ja, ja, ja, ja. Y si te gusta la sangre, te la bebes y me das una poquita a mí.

AUTOR ¡Mentira!

ACTRIZ ¡Claro! ¡Mentira! (Lo abraza) Yo estoy aquí sola, y sin embargo, me llevas en cada ojo, diferente y pequeñita. Si la nieve huye del fuego, ¿Cómo puedes llevar tus dientes fríos dentro de esas brasas de tus labios? ¡Mentira! Me gustaría que fueras un caballo gris de los que salen en la madrugada a buscar a las potras en lo oscuro de los establos. No, no.

AUTOR ¡Déjame!

ACTRIZ Ja, ja, ja, ja. Eres un oso. ¿No crees nada de lo que te digo? Pues estrújame y verás cómo agonizo en tu pecho peludo. Hasta ayer me gustaban las carnes de seda. Ahora me gusta la crin, los arrabales sucios y la choza del pastor.

AUTOR No creas que te vas a venir conmigo por reflejar esos gustos. No lo consentiré. Yo sí me voy para huir de ti, de tu sociedad, de tu inconstancia.

ACTRIZ ¿Es que yo no puedo ser mujer fea, de las que tú buscas, criatura leprosa, y acompañarte? Sí. Tú eres mío. ¡Ah! ¡Si vieras cómo me gustaría morir en un hospital contigo!

AUTOR Tú no me dirías nunca la verdad.

ACTRIZ Ni nadie. Pero te cantaría la mentira más hermosa. A mí me gusta también la verdad —un momento nada más; la verdad es fea—, pero si la digo, me arrojan del teatro. Me dan ganas de dirigirme al público y, en la escena más lírica, gritarles de pronto una palabrota, la más soez, ja, ja, ja. Pero yo quiero mis esmeraldas, y me las quitarían.

AUTOR (*Furioso*) ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

ACTRIZ ¿Ah, pero me vas a azotar de veras? Ya sé que Titania no te gusta. Es un hada, y las hadas no existen. Pero Lady Macbeth, sí. (*Se quita la peluca blanca y enseña al viento una cabellera negra. Se despoja de una gran capa blanca y aparece con un traje rojo fuego. El telón del fondo se levanta y aparece otro telón en el que hay pintado un sombrío claustro de piedra con cipreses y árboles fantásticos*)

Lady Macbeth, sí; y, además, ahora me tienes miedo.

(*La luz se cambia lentamente por una luz azul de luna*)

Porque soy hermosa, porque vivo siempre, porque estoy harta de sangre. ¡Harta de sangre verdadera! Más de tres mil muchachos han muerto quemados por mis ojos a través del tiempo. Muchachos que vivían y que yo he visto agonizar de amor entre las sábanas.

AUTOR ¿En qué libro has leído ese párrafo? No eres más que una actriz. ¡Una actriz despreciable!

ACTRIZ Una cómica que muere por ti, ¡Lorenzo! Que te suplica que no la abandones.

AUTOR (*A voces*) ¡Tengan la bondad de dar más luz y levantar estos telones!

ACTRIZ Eso. Luz roja, luz roja para verme las manos llenas de sangre. Han dado luz de luna y quiero hacerte la escena final.

(*Luz roja*)

AUTOR (*A los Electricistas*) ¿Me han oído?

ACTRIZ ¡Silencio! Me has de amar por la fuerza. La sangre que cae en la tierra se convierte en lodo. ¿Qué me importa a mí que mueran los soldados? Pero si cae una copa de jacintos, se convierte en el vino de más rico paladar.

(*Se oyen unos disparos*)

AUTOR ¿Qué pasa? ¡Den toda la luz! ¡Iluminen el vestíbulo!

(*Cruza la escena Nick-Bottom con la cabeza de asno en la mano*).

NICK-BOTTOM ¡Es horrible! ¡Vengan! ¡Dentro estaremos seguros!

(*Se oyen más cerca los disparos*)

ESPECTADORA 2ª (*Sentada en el centro del patio*) ¡Vámonos! ¡Tengo miedo, los niños están solos en casa!

ESPECTADOR 3º Las calles deben estar tomadas militarmente y no dejarían el paso.

TRASPUNTE (*En la escena*) Parece que se acercan más. Todo el vestíbulo está lleno de gente.

VOZ ¡Viva la revolución!

(*La Actriz se ha puesto un impermeable rápidamente y ha ocultado su cabellera bajo un sombrero de fieltro gris*).

ACTRIZ Cierren las puertas, ¡ciérrenlas!

AUTOR ¡Que las abran! ¡El teatro es de todos! ¡Esta es la escuela del pueblo!

ACTRIZ No, aquí no entran. Romperán las vajillas reales, los libros fingidos, la luna de vidrios delicados. Verterán elixires maravillosos conservados a través de los siglos y destrozarán la máquina de la lluvia.

AUTOR ¡Que lo rompan todo!

ACTRIZ Amado mío, ¡dejarán la escena inservible!

AUTOR (*Al Traspunte*) He dicho que abran las puertas. No quiero que se derrame sangre verdadera junto a los muros de la mentira.

TRASPUNTE Está bien, usted manda; pero ¿y la economía? ¿Qué va a ser de la economía del teatro?

AUTOR (*Furioso*) ¿Qué entiende usted por economía?

TRASPUNTE Es un misterio en el cual creo y que respetan todas las personas sensatas.

AUTOR ¡Al diablo la economía! ¿Oye usted? ¿Oye usted?

TRASPUNTE (*Temblando*) Sí. ¡Déme, por favor, unos algodones para taparme los oídos!

AUTOR ¡Es un rumor de sangre viva!

ACTRIZ ¡No te asomes, Lorenzo! ¡Puede matarte una bala!

AUTOR (*Sarcástico*) ¿Dónde está Lady Macbeth?

ACTRIZ Lady Macbeth no puede hablar cuando un oleaje de balas abate las rosas de los jardines.

HOMBRE VESTIDO DE NEGRO (*Entrando*) Tiene usted razón. La pólvora mata a la poesía.

AUTOR ¡O la salva!

HOMBRE ¡Mano dura! ¡Mano dura! ¡Hagamos una gran rosa de cabezas rebeldes! Adornemos las fachadas, las farolas, los pórticos de la arquitectura milenaria con guirnaldas de las lenguas que quieren destruir lo instituido.

(*Entra en escena un Leñador con la cara completamente blanca, un haz de leña al hombro y un farolito en la mano*)

LEÑADOR Parece que los revoltosos se baten en retirada.

HOMBRE (*Saliendo*) ¡Eso! ¡Hay que vencerlos!

AUTOR ¿Quién es usted?

HOMBRE Yo. El propietario del teatro. ¡Mano dura! El bien, la verdad y la belleza han de tener en esta época un fusil entre las manos.

LEÑADOR ¡Muy bien dicho!

AUTOR ¿Por qué dices muy bien? ¿Cuánto ganas?

LEÑADOR Unas cuantas monedas. Lo suficiente para el pan. Pero yo lo único que quiero es que me dejen representar tranquilo mi papel.

Un nardo puede ser escarcha o nieve.
El cielo de la noche, un paño roto.
Que cante la cigarra o gima el viento,
lo que importa es el sueño de los ojos.

AUTOR ¿Qué papel es el tuyo?

LEÑADOR ¡Soy la luna de Shakespeare!

AUTOR ¡Pero aquí no!

LEÑADOR ¡Prueba a enterrarme, y verás como salgo!

(*Se oyen dos cañonazos*)

TRASPUNTE (*Entrando*) La fuerza está ahora cargando en la gran plaza .

(*Sale. Entran la Espectadora* 2ª *y el Espectador* 2º, *que antes estaban en las butacas*)

ESPECTADORA 2ª Es la revolución, Enrique. ¡La revolución!

ESPECTADOR 2º ¿Hay peligro de que entren aquí las balas?

LEÑADOR Ninguno, pero allí estarán más protegidos. ¡Lo malo es si vienen los aeroplanos! Pero a mí no me importan, en último caso. Ya lo expresa mi papel.

El aire es para mí luna de octubre,
ni pájaro, ni flecha, ni suspiro.
Los hombres dormirán. Las hierbas mueren.
¡Sólo vive la plata de mi anillo!
Tú, que estás bajo el agua, ¡sigue siempre!
Los húmedos *miosotis* tienen frío.
Aunque la sangre tiña los tejados,
no manchará la luz de mi vestido.

(*Llorando*) ¡Es una hermosa canción que quizá no me dejarán cantar nunca más!

ESPECTADORA 2ª ¿Qué dice?

NICK-BOTTOM (*Entrando*) ¡He visto venir cuatro aeroplanos!

ESPECTADORA 2ª ¡Ay! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! Estoy segura que asaltarán la casa y, como están solos con la institutriz y los criados, ¡los matarán!

VOZ (*En delantera de paraíso*) ¡Los obreros no han hecho eso nunca, ni lo harán jamás!

ESPECTADOR 2º (*Al público*) ¡Lo han hecho!

AUTOR (*Al Espectador* 2º) ¡Miente usted!

ESPECTADOR 2º En una revolución de hace muchos años sacaron los ojos a trescientos niños, algunos de pecho.

AUTOR ¿Quién se lo contó? ¿Qué infame manchó su lengua con esa pesadilla? ¡Conteste!

ESPECTADOR 2º Modere sus palabras y hable con la corrección debida a un caballero.

AUTOR Yo no soy un caballero ni quiero serlo. Soy un agonizante de Dios.

ESPECTADOR 2º ¡Zarandajas!

ESPECTADORA 2ª (*Asustada y agarrando al marido*) ¡Enrique! ¡Enrique!

ESPECTADOR 2º Lo sé muy bien. Un periodista amigo mío presenció el hecho, ¡un gran periodista! Y, para prueba, se trajo dos ojos azules, vivos, que enseñaba a todo el mundo, dentro de una cajita de laca.

TRASPUNTE (*Entrando*) ¡Los aeroplanos van a empezar el bombardeo!

ESPECTADORA 2ª ¡Mis hijos! ¡Ay, mis hijitos! (*Al Autor*) Sobre todo el pequeño, no puede estar sin mí. Es rubio, y todas las mañanas entra cantando una canción inglesa para despertarme ¡No puede estar sin mí!

ESPECTADOR 2º Cuando llegue la noche la echará de menos, porque, a pesar de su rango, ¡ella misma lo desnuda!

ESPECTADORA 2ª Y los matarán, Dios mío, ¡los matarán!

TRAMOYISTA (*Saliendo de la sombra*) No tenga miedo, señora. Yo mismo iré. Yo sortearé las balas y les diré que ustedes están seguros.

AUTOR ¿Vas a salir?

TRAMOYISTA ¡Sí!

AUTOR Yo voy a mirar por las claraboyas.

ACTRIZ (*Detrás*) ¡Lorenzo! No te expongas. Aleja el peligro de tu maravilloso talento. (*Sale detrás*)

TRAMOYISTA Si veo que no hay peligro, los traeré con ustedes. Son padres, y yo comprendo su angustia. Si esto dura, los sótanos del teatro son el mejor sitio de la ciudad.

ESPECTADORA 2ª Si. ¡Vaya! ¡Vaya!

TRAMOYISTA Esté tranquila (*Se va*).

ESPECTADOR 2º ¿Quién es este hombre?

LEÑADOR ¡Un tramoyista!

ESPECTADOR 2º ¿Cómo se llama?

LEÑADOR Bakunin el Loco le dicen sus compañeros.

ESPECTADORA 2ª Tenemos que ayudarle. Yo le daría todo lo que tengo. ¿Para qué preguntas su nombre?

ESPECTADOR 2º Para eso (*Aparte*). Para denunciarlo después (*Escribe en una libretita*).

(*Se oye el comienzo del bombardeo. Todos están silenciosos, arrimados a los muros. El Autor ha subido por una escalera y no se le ve*)

VOZ (*Del Paraíso*) ¡Canalla!

ESPECTADOR 2º Estás en la sombra, pero yo iluminaré la sombra para cargarte de cadenas. Soy del ejército de Dios y cuento con su ayuda. Cuando muera, le veré en su Gloria y me amará. Mi Dios no perdona. Es el Dios de los ejércitos, al que hay que rendir pleitesía por fuerza, porque no hay otra verdad.

LEÑADOR ¡Arrímese al muro y defiéndase! Estamos en pleno bombardeo.

ESPECTADOR 2º No tengo miedo. ¡Dios está conmigo!

VOZ ¡No creo en tu Dios!

ESPECTADOR 2º Lo sé, ¡pero la mala hierba se arranca así! (*Saca un pequeño reflector y lo dirige hacia el paraíso, que queda iluminado*)

OBRERO (*Vestido de mono, levantando los brazos*) ¡Camaradas!

(*Todo el teatro se ilumina*)

ESPECTADOR 2º (*Frío*) ¡Ah! ¡Buen mozo! (*Saca una pistola y dispara. El* Obrero *da un grito y cae*)

MUJER 1ª ¡Lo ha matado!

MUJER 2ª ¡Asesino! ¡Asesino!

ESPECTADOR 2º ¡Que los acomodadores saquen a esa gente que impide la representación! (*Apaga el reflector, y todo el teatro vuelve a quedar a oscuras*) ¡Buena caza! Dios me lo pagará. Bendito sea en su sacratísima venganza ¡No hay más que un solo Dios!

JOVEN (*De la platea, lanzando una carcajada*) Un solo Dios, claro, ¡y Mahoma su profeta! ¿Por qué no dispara usted contra mí? Como estamos en plena revolución, no le pasará nada.

ESPECTADOR 2º Con los judíos y demás tenebrosa gente hay que andar con cuidado.

JOVEN Perdón. No soy judío. Soy mahometano.

ESPECTADOR 2º ¿No teme el bombardeo?

JOVEN Menos que usted. Estoy deseando morirme para tener un millón de concubinas. Aquí las mujeres son caras.

ESPECTADOR 2º (*Mirando a un lado y a otro para hablar*) Carísimas, pero día vendrá, y creo que está próximo, en que las tengamos baratas como antes. Mis antepasados las tuvieron a pares.

JOVEN ¡Tiempos felices! ¡Por cierto que le felicito, porque veo que es usted un magnífico tirador!

ESPECTADOR 2º Tuve de maestro a un teniente alemán que había hecho todas las guerras africanas. Su único objetivo era el hombre. Matar un pájaro lo llenaba de irritación.

JOVEN (*Bajando la voz*) Ha sido un blanco magnífico. ¿Fue en el corazón?

ESPECTADOR 2º En el corazón hubiera dado un salto, y cayó hacia atrás sin abrir la boca. Fue en el centro mismo de la frente.

(*Un gran ruido de bombardeo invade la escena*)

ESPECTADORA 2ª Enrique, Enrique. Ven aquí. Deprisa. Por favor.

ESPECTADOR 2º ¡Si no hay peligro! (*Se va con su mujer*)

(*El bombardeo crece. Luces de todos los tonos iluminan la escena. Al fondo cruza un grupo de personajes con trajes de Hadas y Silfos que llevan a un herido*)

ESPECTADOR 3º ¡Buena puntería! ¡Ah! ¿Estaba usted ahí?.

JOVEN Sí, pienso como usted....en voz alta.

ESPECTADOR 3º En voz baja, no.

JOVEN En voz baja tengo su misma opinión, pero yo prefiero estar al margen. No soy aficionado a la caza mayor. Ahora que los dos sabemos...

ESPECTADOR 3º ¡Silencio!.

JOVEN No lo voy a descubrir. Me conviene callar.

(Rompe un bombardeo furioso)

TRAMOYISTA *(Saliendo).* A los sótanos todos; es el sitio seguro. ¡A los sótanos!.

(Cae un telón que es un muro de grandes piedras)

ESPECTADORA 3ª ¡Mis hijos, mis hijos, mis niños pequeños!

LEÑADOR ¡Arrímense a los muros!

(Cruza la escena un grupo de Hadas y Silfos que lleva un Obrero herido)

HADA Cayó de una claraboya.

SILFO Flor de Guisante, sosténle bien la cabeza.

OBRERO (*Agonizante*) ¡Viva la revolución!

HADA Lo llevaremos al guardarropa.

SILFO ¡Dame un pañuelo!

HADA ¡Pronto! ¡Deprisa! (*Salen*)

ESPECTADORA 2ª ¡Mis hijos!, ¡Mis hijos!

ACTRIZ Estoy harta de oírla gritar mal. No lo puedo sufrir. Su voz tiene un aire falso que no logrará conmover nunca. No, así; es así: ¡Mis hijos, mis hijos, mis niños pequeños! ¿Lo ha oído? ¡Mis niños pequeños! Y las manos hacia delante, imprimiéndoles un temblor, como si fueran dos hojas en una fiebre de viento.

TRAMOYISTA (*Entrando*) ¡El pueblo ha roto las puertas!

(*El Espectador 2º hace ademán de sacar su pistola; su mujer lo contiene*).

AUTOR (*Saliendo*) Aquí, ¡aquí! Decid la verdad sobre los viejos escenarios. Clavad puñales sobre los viejos ladrones del aceite y el pan. Que la lluvia moje los telares y despinte las bambalinas.

VOZ ¡El fuego!

VOZ (*Más lejana*) ¡El fuego!

AUTOR (*Saliendo*) ¡Y el fuego!

(*El teatro se ilumina de rojo*)

ACTRIZ (*Entrando, en voz alta*) ¡Lorenzo! (*En voz baja y temblando*) ¡Lorenzo!

(*TELÓN*)



Máscara con animal

Los sueños de mi prima Aurelia

Personajes
AURELIA, 25 años
MERCEDES, 22 años
ESPERANZA, 40 años
OTILIA, 30 años
ANTOÑITA ACULA, 25 años
DOÑA CLORINDA, 70 años
DOÑA EDUVIGIS, 65 años
DOÑA MARÍA LA REINA, 60 años
ANTONIO
JUAN
NIÑO
EL MÉDICO
EL BOTICARIO
EL INGENIERO
DON RÓMULO ARGOTE DE DALABARDA
EL RICO AZUCARERO

CRIADAS
PERSONAJES DE «MANCHA QUE LIMPIA»
MUCHACHAS CON LUCIÉRNAGAS EN EL PELO
MUCHACHAS DEL TANGO DE LOS LUNARES
La acción en un pueblo el año 1910.

Esta comedia pertenece a la serie de crónicas granadinas de la que forma parte Doña Rosita la soltera.

Acto primero

Sala baja en casa de doña María la Reina. Es una habitación de pueblo Con una cómoda sobre la que hay una gran cruz hecha Con flores rosa de papel Con hojas doradas. Las sillas son torneadas Con el asiento de paja. Un velador Con tapete de crochet y cortinas de encaje prendidas Con lazos rosa. Lámpara Con pantalla y borlas de papel. Todo un testero está lleno de fotos pequeñas puestas en marquitos dorados.

MARIA (*Lee un tomo grueso en alta voz y Con énfasis.*) «Entonces Liduvina irguió el talle, con lo que a la luz de la lámpara de gas resplandeció de hermosura.» (*Dejando de leer.*) Claro, si es hermosa, es la más hermosa, y por eso la de peor suerte. ¡Ay! (*Sigue.) «...* resplandeció su hermosura y exclamó: ¿Luego no sois...? ¡No!, contestó con firmeza el desconocido. ¿Cómo os atrevéis, pues, a dirigirme la palabra?, balbuceó la atribulada joven.» (*Deja de leer.*) Claro, ¿cómo le diriges la palabra? ¿No ves que ella es decente? Ella no está para el primero que llega. (*Lee.) «* ¿No me conoces, Liduvina? el desconocido hizo una gran pausa y exclamó con reconcentrada ira: Yo soy el marqués de Doupount.» (*Habla.*) Alabado sea Dios, ¡ya tenemos a éste aquí!

Y ella... Nada. Fin de capítulo. A ver... (*Pasa las hojas. Lee.*) «Una mañana de abril veinte años antes de la escena que acabo de relatar...» (*Habla.*) ¡Veinte años antes! ¡Y a mí que me importa! Y mientras, esa pobre niña delante del tío canalla. (*Pasa rápidamente las hojas.*) Nada... (*Lee.*) «¿No es hermoso contemplar la naturaleza en la plenitud de sus galas, cuando pájaros y jóvenes cándidas cual pájaros...» (*Habla.*) Broza, todo esto es broza, no sé cómo lo escriben... ¡Y vengan páginas llenas! Liduvina, Liduvina... aquí... (*Lee para sí. Pausa.*) ¿Cómo? (*Lee.*) «... y tomando en sus brazos a Liduvina desmayada con ayuda de Eleuterio, el criado (*Excitada.*), la metió en un berlina que esperaba en la noche y partió con ella por la carretera de Saint Point.» (*Levantándose.*) ¡Nada! ¡Si ya lo dije! (*a voces.*) ¡Clorinda! ¡Eduvigis!

CLORINDA ¿Qué pasa?

EDUVIGIS ¡Qué susto me has dado!

MARIA ¡Que el marqués de Doupount ha llevado a Liduvina en un coche!

EDUVIGIS ¡Canalla! ¡Granuja!

CLORINDA ¿Y adónde?

MARIA Yo creo que se la ha llevado al castillo o a la aldea de Equis.

CLORINDA También tú pareces tonta. ¡No ves que en el castillo esta el

hermano natural de Liduvina, que ya sabe que es hermana suya!

MARIA Pues entonces a la aldea de Equis.

EDUVIGIS En la aldea está Bernardino y la reconocería.

MARIA ¿Pues entonces adónde la lleva?

EDUVIGIS Seguramente que este granuja la esta deshonrando.

MARIA Calla, calla, ¡eso no puede ser!.

CLORINDA Como soy más vieja que vosotras, sé que el pillo la llevará a casa de Paquita la Fleury.

MARIA Pero, si ésa es una tía con casa puesta. ¿Se va a atrever?

CLORINDA La culpa la tiene Liduvina por tonta.

MARIA Sólo a ti, que eres fría como el hielo, se te puede ocurrir semejante desatino.

EDUVIGIS ¡Y hasta parece que te alegras!

CLORINDA Quiero ya a Liduvina mucho más que vosotras porque soy más lista y sé más del mundo.

EDUVIGIS ¡Será por lo que has viajado!

CLORINDA No, pero he sido casada y vosotras os quedasteis para vestir santos. De todos modos Liduvina se salvará.

MARIA Y al tío perro lo machacará Armando.

EDUVIGIS Sí, pero mientras tanto, ¿qué se hace?

(*Entra rápida en escena Aurelia. Viene con traje de tonos claros y flores en la cabeza.*)

MARIA ¡Que Doupount se llevó a Liduvina!

AURELIA ¡Ay qué sofocación tan grande! ¡No me lo digas siquiera!

MARIA Lo que oyes.

AURELIA ¿Dónde lo dice?

MARÍA (*Con el libro.*) Aquí.

AURELIA (*Lee.*) Sí, no cabe duda.

CLORINDA Ya lo tenía predicho.

AURELIA Pero es que ella hace cosas que no se le ocurren a nadie. ¿Os acordáis el día que salió sola por el Bois y se le echó la noche encima y no se le ocurrió otra cosa que dar voces? ¡Ay, a mí me iba a dar un torozón! ¡Cállate, vuélvete tranquila! ¡Ten talento para buscar el camino y oculta lo que tienes que ocultar! ¡Ése fue el día que la descubrió el marqués!

MARIA ¡Es que ella es demasiado inocente!

AURELIA A mí, lo que me duele es no poder hacer nada por salvarla. ¡Qué novela más linda!

EDUVIGIS Pues yo tengo un berrinche que esta noche no podré dormir.

AURELIA ¿Qué traje llevaba?

MARIA Con el disgusto no me he fijado.

AURELIA Mira a ver.

MARIA (*Leyendo.*) «Llevaba un hermoso traje de terciopelo azul aire rematado con encajes de plata del Perú y un sombrero de paja tostada cubierto de margaritas de seda bajo el cual era un halo de oro su hermosa cabellera rubia.»

AURELIA ¡Qué primor de los primores! Pero me hubiera gustado más el blanco con amapolas.

MARIA ¿El blanco de moaré o el de gasa?

AURELIA El de gasa. El que llevaba puesto a la orilla del lago.

CRIADA (*Entrando.*) Doña María, ¿qué van a disponer para la cena?

MARIA ¡Déjanos tranquilas!

EDUVIGIS Nunca oí de una muchacha que vistiera mejor.

AURELIA Pero, ¿qué va a ser de ella? Porque si Doupount la deshonra, como es natural...

MARIA No digas eso, que no lo puedo resistir.

AURELIA Y yo menos, pero puede ser. Es terrible, porque ¿qué haría Armando?

CLORINDA Yo creo que Armando no la debe admitir deshonrada. No estaría bien en un muchacho de su clase.

AURELIA Pero, doña Clorinda de mis carnes, doña Clorinda de mis entrañas, ¡si la quiere!

EDUVIGIS Lo que se me ha metido a mí en la cabeza es que la deshonra.

MARIA Y dale, ¿pero por qué? ¿No puede pasar algo para que no suceda este horror?

CLORINDA Un hombre cualquiera no podría resistir. Además, ¿quién sabe si Paquita la Fleury le da un filtro?

CRIADA ¿Es que no van a comer esta noche?

MARIA ¿Te puedes callar?

EDUVIGIS ¡El marqués quiere tener un hijo con ella para dominarla!

AURELIA Y ese Armando, ¿dónde estará metido? A veces me parece un tío sin gracia y un malasombra.

CLORINDA No. Armando es aristócrata y está educadísimo.

AURELIA Pues bien podía tener un poco de menos educación y ser más listo.

CLORINDA A mí me gusta él más que ella.

AURELIA ¡Qué disparate!

MARIA Siempre tienes que decir algo original.

AURELIA Yo me quedo con Liduvina de Chanteurs.

MARIA ¡Y yo!

CLORINDA Yo con los dos, pero Armando...

CRIADA (*Asombrada. Interrumpiendo a voces.*) ¡Que pregunto qué van a

comer esta nocheeeeeeee!

(*Silencio. Y como saliendo de un sueño.*)

MARIA No sé.

CLORINDA ¿Qué hay?

CRIADA Tengo que comprarlo.

MARIA Lo que quieras.

CRIADA ¿Cocido?

MARIA Cocido.

CRIADA ¿Y de postre?

MARIA ¿Qué?

AURELIA Leche frita.

MARIA Eso.

(*Se va la Criada.*)

MARIA Nos damos verdaderos malos ratos.

AURELIA Yo no lo puedo remediar.

CLORINDA Muchas veces quisiera tirar los libros al pozo.

MARIA Y te tiraría yo detrás.

AURELIA Pero, ¿usted cree que se puede vivir sin leer novelas y sin hacer teatro? En este pueblo, sobre todo, que tiene una baraja de hombres que no los he visto reír nunca. Se echan el sombrero a la cara y cuando pasa una hacen: ¡uuu!, como si fueran pollinos. Yo no puedo, no puedo. ¡He dicho que no puedo!

CLORINDA Tu eres una muchacha, pero ¿y éstas? Mis dos hermanas son, sois, dos carcamales.

AURELIA Por Dios, doña Clorinda, son muy simpáticas y ellas se ilusionan.

MARIA (*A Aurelia.*) Lo mismo que tú.

EDUVIGIS ¿Y por qué no?

(*Suena un griterío.*)

CLORINDA ¿Qué es eso?

AURELIA Son las máscaras. ¿Creerán ustedes que estoy contenta porque es carnaval?

CLORINDA A mí me revienta.

AURELIA A mí me chala.

(*Se asoman a la ventana. Una ventana andalucísima lo cual quiere decir antagónica de la Andalucía horrible de los teatros.*)

MARIA Ya se fueron.

AURELIA ¿Quién es esa gente?

EDUVIGIS Son forasteros.

CLORINDA ¡Adoración! (*Entra la Criada.*) ¿Tú sabes quién son ésos?

CRIADA El médico nuevo con su hermana la médica. Acaban de llegar.

CLORINDA ¡Dios nos coja con salud! Un médico nuevo es una pistolilla

montada.

AURELIA Jesús, Ave María. ¿Y ésa es la médica? ¿Y ésa es la hermana de un hombre con carrera? Pero, si es un cachalote.

CLORINDA De gorda resulta apaisada.

AURELIA ¡Ay qué lástima! ¡Qué lástima!

CLORINDA ¿Qué te pasa?

AURELIA Que no me gusta el médico, ¡que no me gusta! ¡¡Qué desilusión!! Es lo que se dice un tipillo.

MARIA Es una lástima.

CLORINDA Pero, ¿es que te ibas a casar con él?

AURELIA No. Pero estoy deseando que me hable un hombre de carrera y que lleve botines.

CLORINDA Yo creí que te gustaba Antonio. Todo el mundo dice que se te va a declarar de un momento a otro. Yo lo estoy deseando.

AURELIA No sé. Pero un labrador. Yo rabio por ponerme sombrero y que me lleven al teatro. Me encanta el teatro.

MARIA Y te lo pondrás.

CLORINDA Antonio es un dije. Acabarás casándote con él.

AURELIA Si antes no encuentro otro. (*Mirando.*) ¡Ay! (*Ríe.*) Si tiene dos ojos como cabezas de alfileres. ¿Y el bastón? ¡Ay qué bastón! ¡Ay qué bastón! ¡Me mata!

CLORINDA La hermana es verdaderamente extraordinaria.

AURELIA ¡Cómo va de pintura!

EDUVIGIS Desde aquí me ciega la vista con los relumbrones de la cara.

CLORINDA ¡Allí va Antonio! Ven; no te retires de la ventana.

AURELIA Mire usted, doña Clorinda, yo creo que se ríe de mí.

CLORINDA ¿Por qué?

AURELIA Pasa a mi lado y me mira con una superioridad que parece decir: «Quieras o no quieras, ¡serás mi mujer!». Y creerá usted que no le importa que yo baile con otros? Nada. Es un imperante.

CLORINDA Y tanto. ¿Sabes que ya compró el cortijo que lindaba con el suyo?

AURELIA Y lo comprará todo, hasta lo poquito que yo tengo.

CLORINDA Te quiere de verdad.

AURELIA Pero cómo quiere usted, Clorinda de mis huesos, doña Clorinda de mis entrañas, que lo quiera si no le gusta nada de lo que a mí me gusta. Ayer le dije por tener una fineza con él y porque no digan, porque a mí me gusta ser fina, ser atenta; cuando yo estaba en el colegio de las madres calderonas siempre me decía sor Timotea: «Si eres fina ganarás tu porvenir». Y un día, por cierto, mire usted, en el colegio teníamos las camas dos a dos, ¿no ha visto usted esos salones grandes que tienen arriba una cruz? Ay el miedo que me daba a mí la cruz!.

CLORINDA (*A voces.*) ¿Que qué le dijiste por tener una fineza?

AURELIA Ay qué susto me ha dado usted!. (*En voz baja.*) ¡La pícara vieja! ¡Así te coman los grillos! Pues nada, le dije: «Toma esta novela que es preciosa». ¿Y qué dirá que me contestó?

MARIA Una barbaridad.

AURELIA No. Me dijo: (*Imitándolo.*) «No sé leer». Y yo salto y yo doy botes y yo me tiro por las escaleras.

MARIA Tú tienes que aguardar hasta que venga lo fino, ¡lo que tú te mereces!

EDUVIGIS A mí me gustaría un militar.

MARIA A mí me gustaría un abogado para que tuvieras en la sala una ampliación con él vestido de toga y birrete.

CLORINDA A mí Antonio.

AURELIA Otra vez va por ahí.

EDUVIGIS ¿Quieres que corra las cortinas?

CLORINDA Las cortinas están así preciosas.

AURELIA (*Con retintín.*) Do-ña Clo-rin-da.

CLORINDA Yo hago lo que me da la gana.

(*Ríen*)

EDUVIGIS Ahí viene don Simeón.

AURELIA Don mudón dirá usted. Es una estatua.

MARIA Pero nos da compaña.

AURELIA Ése es igual que mi tío, pero aquél no hablaba porque los tagalos le cortaron la lengua. Hicieron así (*Saca la lengua.*) y ¡chas!

MARIA ¡Niña!

AURELIA Lo único que aprendí de él fue a decir: «Buenos días, señor» en filipino.

MARIA (*Ingenua.*) ¿Cómo es?

AURELIA *Magandanga bi-pó*. Buenos días, señor. *Magandanga bi-pó.*

EDUVIGIS ¡Ay qué gracioso!

SIMEÓN (*Entrando.*) ¡Buenos días!

AURELIA (*Rápida.) Magandanga bi-pó.*

(*Don Simeón queda serio mirando a Aurelia.*)

SIMEÓN (*Pausa. Serio.*) Yo creo...que...

AURELIA Usted perdone.

(*Se sienta Simeón.*)

CLORINDA ¿Cómo está ese campo?

SIMEÓN Bueno.

EDUVIGIS ¿Vino ya su hermano?

SIMEÓN Si.

MARIA ¿Estuvo en la notaría?

SIMEÓN No.

CLORINDA Dicen que el trigo en la Alhóndiga va a subir mañana.

SIMEÓN Quizá...

(*Pausa.*)

AURELIA ¡Ay! ¿Pues no creí...

CLORINDA ¿Qué, hija?

AURELIA Que los tagalos me estaban cortando la lengua en este instante, ¡y hasta me duele!

(*Entra don Cayetano.*)

(*Cayetano es un hombre de sesenta años bien conservado. Habla con un deje de melancolía y tiene un corazón lleno de aliento juvenil. Sus maneras son elegantes y en toda su línea hay un dejo viril y donjuanesco templado por la blanca tristeza de sus canas.*)

CAYETANO Ya sabía yo quién estaba aquí.

AURELIA ¿Por qué?

CAYETANO Porque sale luz por la puerta.

CLORINDA Te morirás echando flores a las niñas.

AURELIA Déjelo usted. A mí me gustan sus palabras. Es lo único bonito que me dicen.

CAYETANO Lástima que el galán puede ser tu padre.

AURELIA Yo lo encuentro muy bien.

CLORINDA ¿Por qué no te casaste?

CAYETANO Porque si me hubiese casado, hoy tendría una vieja por compañía, y como no lo hice, puedo ahora galantear, en sueños, a las mujeres que se lo merecen.

CLORINDA Eres...

CAYETANO Un viejo verde. Llámamelo. Tu viejo verde, Aurelia. Viejo verde, viejo tierno, viejo de la alegría, viejo que es capaz todavía en su cama de llorar lágrimas de juventud.

AURELIA Usted es más joven que nadie.

CAYETANO Me basta con que me mires.

SIMEÓN ¡Sesenta años!

MARIA ¿Qué dices?

SIMEÓN Una frase.

CLORINDA (*A Cayetano, que se va.*) ¿No serás capaz de vestirte de máscara?

CAYETANO ¿Y, por qué no? (*A Aurelia.)* ¿Hace este paquete de caramelos?

AURELIA ¡Siempre tan galante!

CAYETANO De última moda. Son peces de menta.

AURELIA ¡Gracias! (*Están muy cerca.*) ¡Qué...!

CAYETANO ¿Decías?

AURELIA No me atrevo.
CAYETANO (*Amoroso.*) Dime.
AURELIA Iba a decirle... ¡Qué ojos más lindos habrá tenido usted!
CAYETANO Por eso míralos de lejos y así no verás su edad!
(*Sale triste.*)
CLORINDA ¡No escarmienta! Ha galanteado a varias generaciones de mujeres.
AURELIA A mí me entusiasma. Pero tengo tan mala suerte. Ese hombre tiene veinte años y me subo a gatas por las paredes por él.
MARIA ¡Ya hubo quien lo hizo y no sirvió de nada!
NIÑO (*Entrando.*) Prima, ¿no vienes a ver las máscaras?
AURELIA Luego iremos.
(*Las Viejas besan al Niño.*)
CLORINDA ¿Vienes de tu casa?
NIÑO Sí. Ha salido una comparsa de gondoleros venecianos y otra de boleras. Llevan banderas de oro.
SIMEÓN ¿De qué?
NIÑO (*Con gracia.*) Bueno, de orillo. (*Ríen.*)
(*Entra una Mujer muy refajona*)
MUJER ¿Está Adoración?
CLORINDA Si, pasa.
NIÑO Las boleras cantaban una copla que decía: (*Canta.*)
Yo vengo exánime.
Vengo de incógnito.
No tengo céntimo,
triste de mí.
Perdí la cátedra
de Historia Física,
hermosa sílfide,
por verte a ti.
Contemplo estático
tu rostro angélico.
Siento en el alma
dulce ilusión.
Y mi amor pérfido
botaba al chápiro,
que es un malévolo
mi corazón.
MUJER ¡Ay qué primor de niño! En mi pueblo no hay ninguno así. ¿Cómo te llamas, hijo?

AURELIA Díselo.

CLORINDA Anda.

NIÑO ¿Pero si te lo digo te vas?

MUJER ¡Ay qué gracia!

AURELIA ¡Anda! ¿Cómo te llamas?

NIÑO Me llamo Federico García Lorca.

MUJER Es el nieto de doña Margarita, la que tocaba el arpa. Ay.

(*Se lanza sobre el Niño y comienza a besarlo furiosamente.*)

NIÑO ¡Déjame! ¡Déjame!

MUJER ¡Encanto! (*Besos.*) ¿Qué me vas a decir? (*Besos.*) ¡Dime algo! (*Besos.*) Anda. (*Besos.*)

NIÑO Yo te digo...

MUJER Callar, callar.

NIÑO ¡Qué ojalá te mueras!

(*Ríen todos.*)

CRIADA ¡Madre!

(*La Mujer se dirige a su Hija y entran abrazadas dándose besos furiosos que se oirán en todo el teatro.*)

NIÑO Prima, dame el gallito de cristal que tienes en la pechera.

AURELIA Los niños no se ponen estas cosas.

NIÑO Pues yo lo quiero. (*Se lo quiere quitar.*)

AURELIA ¡Por Dios!

NIÑO Si no me lo das, nombro a la bicha.

AURELIA (*Levantándose para tocar madera.*) Doña Clorinda, que se lo lleven. ¡Lagarto, lagarto!

NIÑO Escribiré primero una ce.

CLORINDA ¡A ver si te callas!

NIÑO ¡Clorinda, qué vieja eres!

AURELIA (*Al ver que el Niño quiere decir la terrible palabra.*) ¡Lagartoo, lagaaartooo!

NIÑO Pues digo otra cosa: La ele con la a, la.

AURELIA Llevárselo, llevárselo, que va a empezar a decir marranadas.

(*Se oye una murga.*)

CLORINDA Debe ser la murga de los estanqueros.

SIMEÓN La mejor.

(*Salen.*)

NIÑO Prima, ¿tú no quieres oír la murga?

AURELIA Ni yo quiero que la oigas tú. No dicen más que barbaridades.

(*Aurelia se sienta y el Niño se echa sobre sus rodillas.*)

NIÑO Prima, qué guapa eres.

AURELIA Más guapo eres tú.

NIÑO Tú tienes cintura y pechos y pelo rizado con flores. Yo no tengo nada de eso.

AURELIA Pero es que yo soy mujer.

NIÑO Eso será.

AURELIA Tú en cambio tienes lunares como lunas chiquititas de musgo tierno. ¿Por qué no me los das?

NIÑO ¡Quítamelos!

AURELIA Este que tienes aquí, me lo pongo aquí. Y éste, aquí. (*Lo besa.*)

NIÑO Y uno en el hombro.

AURELIA (*Canta.*)

Los lunares que tiene tu cara
son lunares que a mí me dislocan
(*El Niño Canta con ella.*)
y el que tienes pegando a la boca
no se puede con calma mirar, lan lan lan.
(Rien)

NIÑO Si yo fuera grande sería tu novio, ¿verdad?

AURELIA ¡Ojalá!

NIÑO ¿Y por qué un niño no puede ser novio de una mujer grande?

AURELIA (*Confusa.*) Verdaderamente me haces unas preguntas... Pues ¡yo no sé por qué! Porque podría ser muy bien.

NIÑO El Niño Jesús se casó con santa Catalina que era altísima y muy pecherona, la he visto yo pintada. Por qué nos dejan casar a ti y a mí?

AURELIA Pues claro, no tendría nada de particular, pero la gente manda las cosas y hay que obedecerla.

NIÑO ¿Tú has visto alguna vez dos novios solos?

AURELIA No. No me preguntes a mí estas cuestiones.

NIÑO Cuando tú tengas un novio grande me llamarás para que te vea. (*Aparece Antonio en la puerta.*) Ahí está Antonio. Antonio, ¿cuándo te vas a declarar a mi prima?

AURELIA ¡Niño! (*Le tapa la boca. Aurelia no se mueve de la silla.*)

(*Antonio es el tipo viril andaluz, sobrio, que apenas habla, con gran elegancia de movimientos —movimientos antisevillanos de teatro, más bien la solemnidad de Córdoba— y un fondo insobornable de gracia y de ironía.*)

ANTONIO Veremos a ver.

AURELIA Antonio, te suplico que no me gastes bromas. No tengo ya edad.

ANTONIO Esta bien. (*Aurelia no mira a Antonio. Éste viene desde la puerta sin mirarla tampoco. Se queda al lado inmóvil.*)

NIÑO Me voy a ver las máscaras.

AURELIA Tú te estás aquí quieto.

ANTONIO Quieto.

NIÑO (*Imitando a los dos.*) ¡Quieto! ¡¡Quieto!! (*Pausa.*)

ANTONIO (*Con sorna.*) ¡Hola!

AURELIA (*Enfadada.*) ¡Hola!

(*Pausa corta.*)

NIÑO ¿Y qué más?

AURELIA (*Dando una gran carcajada y besando al Niño.*) Gracioso, gracioso, te voy a comer el corazón con mis dientecillos.

ANTONIO Es gracioso.

AURELIA (*Seria.*) Tiene fantasía.

ANTONIO (*Con guasa.*) Fantasía. (*Pausa.*) Con tu permiso. (*Saca un papel y escribe.*)

AURELIA (*Curiosa.)¿Qué* haces?

ANTONIO Cuentas.

AURELIA Te vas a llevar el dinero de todos.

ANTONIO ¡Eso quiero!

(P*or la ventana pasan dos Máscaras tocando el tambor entre un gran chillerío.*)

NIÑO (*Soltándose de las manos de Aurelia.*) ¡Me voy! (*Sale corriendo.*)

(*Aurelia y Antonio están sentados frente al público. Antonio hace cuentas sin mirar a Aurelia y ésta lo mira de reojo. Aparece por el fondo María la Reina, que al verlos se dirige de puntillas al sitio donde está el libro y lo coge. Sale con una mano puesta en el oído para ver si oye algo.*)

ANTONIO (*Guardándose el papel.*) Ocho mil quinientas treinta y nueve Con cincuenta y tres céntimos.

AURELIA ¿Qué hablas?

ANTONIO Asuntos.

AURELIA Amén.

ANTONIO Jesús.

AURELIA (*Hecha azogue.*) ¡Ay!

ANTONIO ¿Qué pasa?

AURELIA Que tengo todo el cuerpo como si lo tuviera lleno de hormigas. En las manos, entre el pelo, y un chorro en mitad de la espalda.

ANTONIO Revuélcate en la hierba.

AURELIA ¡Antonio!

ANTONIO ¡Habla!

AURELIA No me gastes bromas. No me trates de jaca. ¡Y no te rías!. A mí no me quema nadie la sangre.

ANTONIO Bien. (*Pausa.*)

ANTONIO Antonio, no me mires.

ANTONIO (*Volviéndose.*) Lo que quieras.

AURELIA Ni me hables. No me preguntes la hora que es, para empezar. Déjame tranquila y echa la red por otro lado.

ANTONIO (*Serio.*) Yo echo la red por donde quiero, ¿estamos?

AURELIA Pero no en mis aguas. Mis peces serán para quien yo quiera.

ANTONIO (*Con intención.*) ¡Tus peces de menta! ¿por qué no me das uno?

AURELIA A mucha honra. ¡Mira cómo me los cómo! (*Saca el cartucho y Antonio se lo arrebata riendo.*)

AURELIA Antonio, esto es un avasallamiento. ¡Te odio!

ANTONIO ¡No te comas eso que te vas a envenenar!

AURELIA Dame mis caramelos.

ANTONIO (*Gallardo con el paquete sobre el pecho dando dos pasos atrás y mirándola amorosamente.*) ¡Ven por ellos!

AURELIA (*Achicada y muy mujer.*) Te los puedes guardar. (*Se sienta.*)

ANTONIO ¿Para qué? No quiero echar discursos. Toma. (*Se los da.*)

AURELIA (*Tirándolos al suelo.*) ¡Como que me los voy a comer yo después de haberles tocado con las manos!

ANTONIO (*Con guasa.*) ¡Aurelia!

AURELIA (*Fuerte.*) ¡Quée!

ANTONIO (*Con gracia y calma.*) ¡Olé!

MARIA (*Dentro.*) ¡Aurelia! ¡Aurelia!

AURELIA (A *voces.*) ¡Me vais a borrar el nombre!

MARIA (*Saliendo.*) Que Liduvina está encerrada con el marqués en un cuartucho en casa de Marta la hechicera.

AURELIA ¡Granuja!, ¡canalla!, ¡y en aquel descampado!.

ANTONIO ¿De quién habláis?

MARIA ¡Ahora sí que la deshonra! ¡Ya no cabe duda!

ANTONIO ¿Qué pasa?

AURELIA Nadie la oirá por muchas voces que dé.

EDUVIGIS (*Saliendo con el libro.*) Pero se sienten los pasos de un caballo.

AURELIA ¡Armando! ¡Ése es Armando! Y la salvará.

ANTONIO (*Al ver el libro y comprendiendo.*) ¡Ah sí, un caballo! ¿No oyen ustedes el galope?

AURELIA (*Intrigada.*) ¿El galope? (*Dándose cuenta de la broma.*. Sombrón.

(*Se sienten guitarras.*)

NIÑO ¡Los gondoleros venecianos!

(*Aparecen los Gondoleros. Vienen vestidos de azul celeste con plumas y caretas blancas de melancólica expresión. Tocan guitarras y bandurrias. Antonio inicia el mutis.*)

AURELIA Pero ¿te vas?

ANTONIO ¡No me gusta la música!

AURELIA (*Con asombro.*) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
(*Entran las tres Viejas. Gritería general.*)
MÁSCARA 1ª. No nos conocéis.
CLORINDA ¡Ni gana!
MÁSCARA 2ª. ¡Ay María! (*La abraza.*)
MARIA ¿Quién eres?
AURELIA ¡Callar!

(*La comparsa de Gondoleros se sitúa al centro de la escena. Aurelia a un lado en primer término. Al fondo aparece una Máscara vestida de trovador Con careta de expresión apasionada. En todo momento no deja de mirar a Aurelia.*)

AURELIA (*A María.*) ¿Quién es?
MARIA Nadie lo sabe.
GONDOLEROS
Ya la noche perfumada
se sumerge en el canal.
Venecia duerme callada
en su lecho de cristal.
AURELIA ¡Ay qué encanto de letra!
GONDOLEROS
el gondolero dormido
espera el amanecer
con el pecho dolorido
por amor de una mujer.
CLORINDA Esto lo ha escrito Cayetano.
GONDOLEROS
Gondolero veneciano
boga ya por el canal.
Con tu góndola perdida
boga, gondolero, boga sin cesar.
AURELIA (*Canta, y el Coro baja la voz.*)
Gondolero enamorado
con tu rostro sin igual,
boga, boga sin descanso,
que el amor nunca vendrá.
Nunca, nunca vendrá,
nunca, nunca vendrá.
TODOS
Nunca vendrá, vendrá el amor.
Amor, amor, sí, sí, sí, gondolero, no.
AURELIA ¡Yo me chalo!

GONDOLEROS
Gondolero de la luna,
triste paria del placer,
no son para ti las flores
del maravilloso y mágico edén.
(*Aurelia canta y el Niño*)
Gondolero enamorado
con tu rostro sin igual,
boga, boga sin descanso,
que el amor nunca vendrá.
Nunca, nunca vendrá,
nunca, nunca vendrá.
AURELIA ¡Dejarme sola a mí!
Nunca vendrá, vendrá el amor.
Amor, amor. (Ay qué preciosidad!),
(*Canta.*)
sí, sí, sí, gondolero, no.
TODOS
Adiós, niña hermosa, adiós.
Adiós, niña hermosa, adiós.
AURELIA
Esmeraldita se ha muerto.
Estaba puesta en una sortija.
La sortija la gime y la llora.
por el aire del mundo viene una paloma.
Yo como paloma me corto la cola.
Yo como palomar me quiero derrumbar.
Volaban y volaban
para avisar al agua.
Vino corriendo el río
Con levita de lirios.
NIÑO
Se ha muerto Esmeraldita.
La llora su sortija.
La paloma se corta la cola.
el palomar se quiere derrumbar.
Y yo como río me voy a secar.
La princesa venía
por las tristes orillas.
En los tallos de hierba

Esmeraldita muerta.
AURELIA
Yo como princesa
me corto las trenzas
NIÑO
Por la calle larga
la reina llegaba.
Por la calle estrecha
coronas de adelfa.
AURELIA
¡Ay pobre Esmeraldita!
La llora su sortija.
NIÑO
Yo como paloma
me corto la cola.
AURELIA
Yo como palomar
me quiero derrumbar.
NIÑO
Yo como río me quiero secar.
AURELIA
Yo como princesa
me corto las trenzas.
NIÑO
Y yo como reina
le pongo coronas de adelfa.
AURELIA
Así corre la rueda.
NIÑO
Así dice la mar.
AURELIA
¡Y la niña que canta por el olivar!

Lista de títulos de obras en preparación

La quimera. Drama.
El sabor de la sangre. Drama del deseo.
El miedo del mar. Drama de la costa cantábrica.
El hombre y la jaca. Mito andaluz.
La hermosa. Poema de la mujer deseada.
La piedra oscura. Drama epéntico.
Casa de maternidad.
Carne de cañón. Drama contra la guerra.
Los rincones oscuros. Obra flamenca.
Las monjas de Granada. Crónica poética.

PROSA

IMPRESIONES

Granada. Paraíso cerrado para muchos
Semana Santa en Granada

Granada. Paraíso cerrado para muchos

Granada ama lo diminuto. Y en general toda Andalucía. El lenguaje del pueblo pone los verbos en diminutivo. Nada tan incitante para la confidencia y el amor. Pero los diminutivos de Sevilla y los diminutivos de Málaga son ciudades en las encrucijadas del agua, ciudades con sed de aventura que se escapan al mar. Granada, quieta y fina, ceñida por sus sierras y definitivamente anclada, busca a sí misma sus horizontes, se recrea en sus pequeñas joyas y ofrece en su lenguaje diminutivo soso, su diminutivo sin ritmo y casi sin gracia, si se compara con el baile fonético de Málaga y Sevilla, pero cordial, doméstico, entrañable. Diminutivo asustado como un pájaro, que abre secretas cámaras de sentimiento y revela el más definido matiz de la ciudad.

El diminutivo no tiene más misión que la de limitar, ceñir, traer a la habitación y poner en nuestra mano los objetos o ideas de gran perspectiva.

Se limita el tiempo, el espacio, el mar, la luna, las distancias, y hasta lo prodigioso: la acción.

No queremos que el mundo sea tan grande ni el mar tan hondo. Hay necesidad de limitar, de domesticar los términos inmensos.

Granada no puede salir de su casa. No es como las otras ciudades que están a la orilla del mar o de los grandes ríos, que viajan y vuelven enriquecidas con lo que han visto.

Granada, solitaria y pura, se achica, ciñe su alma extraordinaria y no tiene más salida que su alto puesto natural de estrellas. Por eso, porque no tiene sed de aventuras, se dobla sobre sí misma y usa del diminutivo para recoger su imaginación, como recoge su cuerpo para evitar el vuelo excesivo y armonizar sobriamente sus arquitecturas interiores con las vivas arquitecturas de la ciudad.

Por eso la estética genuinamente granadina es la estética del diminutivo, la

estética de las cosas diminutas.

Las creaciones justas de Granada son el camarín y el mirador de bellas y reducidas proporciones. Así como el jardín pequeño y la estatua chica.

Lo que se llaman escuelas granadinas son núcleos de artistas que trabajan con primor obras de pequeño tamaño. No quiere esto decir que limiten su actividad a esta clase de trabajo; pero, desde luego, es lo más característico de sus personalidades.

Se puede afirmar que las escuelas de Granada y sus más genuinas representantes son preciosistas. La tradición del arabesco de la Alhambra, complicado y de pequeño ámbito, pesa en todos los grandes artistas de aquella tierra. El pequeño palacio de la Alhambra, palacio que la fantasía andaluza vio mirando con los gemelos al revés, ha sido siempre el eje estético de la ciudad.

Parece que Granada no se ha enterado de que en ella se levantan el palacio de Carlos V y la dibujada catedral. No hay tradición cesárea ni tradición de haz de columnas.

Granada todavía se asusta de su gran torre fría y se mete en sus antiguos camarines, con una maceta de arrayán y un chorro de agua helada, para labrar en dura madera pequeñas torres de marfil.

La tradición renacentista, con tener en la urbe bellas muestras de su actividad, se despega, se escapa o, burlándose de las proporciones que impone la época, construye la inverosímil torrecilla de Santa Ana: torre diminuta, más para palomas que para campanas, hecha con todo el garbo y la gracia antigua de Granada.

En los años en que renace el arco del triunfo, labra Alonso Cano sus virgencitas, preciosos ejemplares de virtud y de intimidad. Cuando el castellano es apto para describir los elementos de la Naturaleza y flexible hasta el punto de estar dispuesto para las más agudas construcciones místicas, tiene Fray Luis de Granada delectaciones descriptivas de cosas y objetos pequeñísimos.

Es Fray Luis quien, en la Introducción al símbolo de la fe, habla de cómo resplandece más la sabiduría y providencia de Dios en las cosas pequeñas que en las grandes.

Humilde y preciosista, hombre de rincón y maestro de miradas, como todos los buenos granadinos.

En la época en que Góngora lanza su proclama de poesía pura y abstracta, recogida con avidez por los espíritus más líricos de su tiempo, no podía Granada permanecer inactiva en la lucha que definía una vez más el mapa literario de España.

Soto de Rojas abraza la estrecha y difícil regla gongorina; pero, mientras el sutil cordobés juega con mares, selvas y elementos de la Naturaleza, Soto de Rojas se encierra en su Jardín para descubrir surtidores, dalias, jilgueros y aires suaves.

Aires moriscos, medio italianos, que mueven todavía sus ramas, frutos y boscajes de su poema.

En suma: su característica es el preciosismo granadino. Ordena su naturaleza con un instinto de interior doméstico. Huye de los grandes elementos de la Naturaleza, y prefiere las guirnaldas y los cestos de frutas que hace con sus propias manos. Así pasó siempre en Granada. Por debajo de la impresión renacentista, la sangre indígena daba sus frutos virginales.

La estética de las cosas pequeñas ha sido nuestro fruto más castizo, la nota distinta y el más delicado juego de nuestros artistas. Y no es obra de paciencia, sino obra de tiempo; no obra de trabajo, sino obra de pura virtud y amor. Esto no podía suceder en otra ciudad. Pero sí en Granada.

Granada es una ciudad de ocio, una ciudad para la contemplación y la fantasía, una ciudad donde el enamorado escribe mejor que en ninguna otra parte el nombre de su amor en el suelo. Las horas son allí más largas y sabrosas que en ninguna otra ciudad de España. Tiene crepúsculos complicados de luces constantemente inéditas que parece no terminarán nunca.

Sostenemos con los amigos largas conversaciones en medio de sus calles.

Vive con la fantasía. Está llena de iniciativas, pero falta de acción.

Sólo en la ciudad de ocios y tranquilidades puede haber exquisitos catadores de aguas, de temperaturas y de crepúsculos, como los hay en Granada.

El granadino está rodeado de la naturaleza más espléndida, pero no va a ella. Los paisajes son extraordinarios; pero el granadino prefiere mirarlos desde su ventana. Le asustan los elementos y desprecia el vulgo voceador, que no es de ninguna parte. Como es hombre de fantasía, no es, naturalmente, hombre de valor.

Prefiere el aire suave y frío de su nieve al viento terrible y áspero que se oye en Ronda, por ejemplo, y está dispuesto a poner su alma en diminutivo y traer al mundo dentro de su cuarto. Sabiamente se da cuenta de que así puede comprender mejor. Renuncia a la aventura, a los viajes, a las curiosidades exteriores; las más veces renuncia al lujo, a los vestidos, a la urbe.

Desprecia todo esto y engalana su jardín. Se retira consigo mismo. Es hombre de pocos amigos. (¿No es proverbial en Andalucía la reserva de Granada?) De esta manera mira y se fija amorosamente en los objetos que lo rodean. Además, no tiene prisa. Quizá por esta mecánica los artistas de Granada se hayan deleitado en labrar cosas pequeñas o describir mundos de pequeño ámbito. Se me puede decir que éstas son las condiciones más aptas para producir una filosofía. Pero una filosofía necesita una constancia y un equilibrio matemático, bastante difícil en Granada.

Granada es apta para el sueño y el ensueño. Por todas partes limita con lo inefable. Y hay mucha diferencia entre soñar y pensar, aunque las actitudes sean gemelas. Granada será siempre más plástica que filosófica. Más lírica que

dramática. La sustancia entrañable de su personalidad se esconde en los interiores de sus casas y de su paisaje. Su voz es una voz que baja de un miradorcillo o sube de una ventana oscura. Voz impersonal, aguda, llena de una inefable melancolía aristocrática. Pero ¿quién la canta? ¿De dónde ha salido esa voz delgada, noche y día al mismo tiempo? Para oírla hay necesidad de entrar en los pequeños camarines, rincones y esquinas de la ciudad. Hay que vivir su interior sin gente y su soledad ceñida. Y lo más admirable: hay que hurgar y explorar nuestra propia intimidad y secreto, es decir, hay que adoptar una actitud definidamente lírica.

Hay necesidad de empobrecerse un poquito, de olvidar nuestro nombre, de renunciar a eso que han llamado las gentes personalidad.

Todo lo contrario que Sevilla. Sevilla es el hombre y su complejo sensual y sentimental.

Es la intriga política y el arco de triunfo. Don Pedro y Don Juan. Está llena de elemento humano, y su voz arranca lágrimas, porque todos la entienden. Granada es como la narración de lo que ya pasó en Sevilla.

Hay un vacío de cosa definitivamente acabada.

Comprendiendo el alma íntima y recatada de la ciudad, alma de interior y jardín pequeño, se explica también la estética de muchos de nuestros artistas más representativos y sus característicos procedimientos.

Todo tiene por fuerza un dulce aire doméstico; pero, verdaderamente, ¿quién penetra esta intimidad? Por eso, cuando en el siglo XVII un poeta granadino, don Pedro Soto de Rojas, de vuelta de Madrid, lleno de pesadumbre y desengaños, escribe en la portada de un libro suyo estas palabras: "Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos», hace, a mi modo de ver, la más exacta definición de Granada: Paraíso cerrado para muchos.

Semana Santa en Granada

El viajero sin problemas, lleno de sonrisas y gritos de locomotoras, va a las fallas de Valencia. El báquico, a la Semana Santa de Sevilla. El quemado por un ansia de desnudos, a Málaga. El melancólico y el contemplativo, a Granada, a estar solo en el aire de albahaca, musgo en sombra y trino de ruiseñor que manan las viejas colinas junto a la hoguera de azafranes, grises profundos y rosa de papel secante que son los muros de la Alhambra. A estar solo. En la contemplación de un ambiente lleno de voces difíciles, en un aire que a fuerza de belleza es casi pensamiento, en un punto neurálgico de España donde la poesía de meseta de San Juan de la Cruz se llena de cedros, de cinamomos, de fuentes, y se hace posible en la mística española ese aire oriental, ese ciervo vulnerado que asoma, herido de amor, por el otero.

A estar solo, con la soledad que se desea tener en Florencia; a comprender cómo el juego de agua no es allí juego como en Versalles, sino pasión de agua, agonía de agua.

O para estar amorosamente acompañado y ver cómo la primavera vibra por dentro de los árboles, por la piel de las delicadas columnas de mármoles, y cómo suben por las cañadas arrojando a la nieve, que huye asustada, las bolas amarillas de los limones.

El que quiera sentir junto al aliento exterior del toro ese dulce tictac de la sangre en los labios, vaya al tumulto barroco de la universal Sevilla; el que quiera estar en una tertulia de fantasmas y hallar quizá una vieja sortija maravillosa por los paseíllos de su corazón, vaya a la interior, a la oculta Granada. Desde luego, se encontrará el viajero con la agradable sorpresa de que en Granada no hay Semana Santa. La Semana Santa no va con el carácter cristiano y antiespectacular del granadino. Cuando yo era niño, salía algunas veces el Santo Entierro; algunas veces, porque los ricos granadinos no siempre querían dar su dinero para este desfile.

Estos últimos años, con un afán exclusivamente comercial. Hicieron procesiones que no iban con la seriedad, la poesía de la vieja Semana de mi niñez.

Entonces era una Semana Santa de encaje, de canarios volando entre los cirios de los monumentos, de aire tibio y melancólico como si todo el día hubiera estado durmiendo sobre las gargantas opulentas de las solteronas granadinas, que pasean el Jueves Santo con el ansia del militar, del juez, del catedrático forastero que las lleve a otros sitios. Entonces toda la ciudad era como un lento tiovivo que entraba y salía de las iglesias sorprendentes de belleza, con una fantasía gemela de

las grutas de la muerte y las apoteosis del teatro. Había altares sembrados de trigo, altares con cascadas, otros con pobreza y ternura de tiro al blanco: uno, todo de cañas, como un celestial gallinero de fuegos artificiales, y otro, inmenso, con la cruel púrpura, el armiño y la suntuosidad de la poesía de Calderón.

En una casa de la calle de la Colcha, que es la calle donde venden los ataúdes y las coronas de la gente pobre, se reunían los "soldaos" romanos para ensayar. Los "soldaos" no eran cofradía, como los jacarandosos "armaos" de la maravillosa Macarena. Eran gente alquilada: mozos de cuerda, betuneros, enfermos recién salidos del hospital que van a ganarse un duro.

Llevaban unas barbas rojas de Schopenhauer, de gatos inflamados, de catedráticos feroces. El capitán era el técnico de marcialidad y les enseñaba a marcar el ritmo, que era así: "porón..., ¡chas!", y daban un golpe en el suelo con las lanzas, de un efecto cómico delicioso. Como muestra del ingenio popular granadino, les diré que un año no daban los "soldaos" romanos pie con bola en el ensayo, y estuvieron más de quince días golpeando furiosamente con las lanzas sin ponerse de acuerdo. Entonces el capitán, desesperado, gritó: "Basta, basta; no golpeen más, que, si siguen así, vamos a tener que llevar las lanzas en palmatorias», dicho granadinísimo que han comentado ya varias generaciones.

Yo pediría a mis paisanos que restauraran aquella Semana Santa vieja, y escondieran por buen gusto ese horripilante paso de la Santa Cena y no profanaran la Alhambra, que no es ni será jamás cristiana, con tatachín de procesiones, donde lo que creen buen gusto es cursilería, y que sólo sirven para que la muchedumbre quiebre laureles, pise violetas y se orinen a cientos sobre los ilustres muros de la poesía.

Granada debe conservar para ella y para el viajero su Semana Santa interior; tan interior y tan silenciosa, que yo recuerdo que el aire de la vega entraba, asombrado, por la calle de la Gracia y llegaba sin encontrar ruido ni canto hasta la fuente de la plaza Nueva.

Porque así será perfecta su primavera de nieve y podrá el viajero inteligente, con la comunicación que da la fiesta, entablar conversación con sus tipos clásicos. Con el hombre océano de Ganivet, cuyos ojos están en los secretos lirios del Darro; con el espectador de crepúsculos que sube con ansias a la azotea; con el enamorado de la sierra como forma sin que jamás se acerque a ella; con la hermosísima morena ansiosa de amor que se sienta con su madre en los jardinillos; con todo un pueblo admirable de contemplativos, que, rodeados de una belleza natural única, no esperan nada y sólo saben sonreír.

El viajero poco avisado encontrará con la variación increíble de formas, de paisaje, de luz y de olor la sensación de que Granada es capital de un reino con arte y literatura propios, y hallará una curiosa mezcla de la Granada judía y la Granada morisca, aparentemente fundidas por el cristianismo, pero vivas e insobornables

en su misma ignorancia.

La prodigiosa mole de la catedral, el gran sello imperial y romano de Carlos V, no evita la tiendecilla del judío que reza ante una imagen hecha con la plata del candelabro de los siete brazos, como los sepulcros de los Reyes Católicos no han evitado que la media luna salga a veces en el pecho de los más finos hijos de Granada. La lucha sigue oscura y sin expresión... ; sin expresión, no, que en la colina roja de la ciudad hay dos palacios, muertos los dos: la Alhambra y el palacio de Carlos V, que sostienen el duelo a muerte que late en la conciencia del granadino actual.

Todo eso debe mirar el viajero que visite Granada, que se viste en este momento el largo traje de la primavera. Para las grandes caravanas de turistas alborotadores y amigos de cabarets y grandes hoteles, esos grupos frívolos que las gentes del Albaicín llaman "los tíos turistas", para ésos no está abierta el alma de la ciudad.

NARRACIONES

Historia de este gallo.

EL año 1830 llegó a Granada, procedente de Inglaterra, donde había permanecido una larga temporada perfeccionando sus estudios, el granadino don Alhambro.

En Londres había sorprendido de lejos la belleza de su ciudad natal y llegaba deseoso de observarla hasta en sus más íntimos detalles. Se instaló en un pequeño cuarto lleno de relojes de bolsillo y daba largos paseos, de los cuales volvía con el traje florecido de ese verde musgo melancólico que la Alhambra pone en los aires y en los tejados. Su granadinismo era tan agudo, que masticaba constantemente hojas de arrayán y veía de noche el gran fulgor histórico que Granada envía a todas las demás ciudades de la tierra. Se hizo, además, un excelente catador de agua. El mejor y más documentado catador de agua en este Jerez de las mil aguas.

Hablaba del agua que sabe a violetas, del agua que sabe a reina mora, de la que tiene gusto de mármol y del agua barroca de las colinas, que deja un recuerdo a clavos de metal y aguardiente.

Amaba con ternura deshecha de coleccionista todos los permanentes filtros mágicos de Granada, pero odiaba lo típico, lo pintoresco y todo lo que trascendía a marcha castiza o costumbrismo.

Poco a poco la gente se familiarizó con su figura... Los enemigos decían que estaba loco y que era aficionado a los gatos y a los mapas. Sus amigos, para defenderlo en esta rara sede de los avaros, afirmaban que don Alhambro tenía

guardadas cuarenta onzas de oro dentro de un calcetín de seda.

Era hombre de corazón panorámico y prudencia económica.

Por su levita azul bogaba una etiqueta de cartulina que llevaba su nombre escrito en inglés.

Granada era en aquella época una gran ciudad legendaria. Ese poema realizado que odia secretamente todo poeta verdadero.

Frescas guirnaldas de rosas y moreras ceñían sus muros. La catedral volvía su grupa redonda y avanzaba como un centauro entre los tejados llenos de sueños y verdes vidrios. A la medianoche, sobre las barandillas y los aleros, candiles y gatos en vilo protestaban de la perfección de los estanques.

En la Tienda de los Limones todos los dependientes se pintaban exquisitamente el rostro de amarillo para atender a la clientela.

Pasaban cosas realmente extraordinarias: dos niños de mármol fueron rotos a martillazos por el alcalde mayor, porque pedían limosna con las manecitas llenas de rocío.

Era entonces Granada, como era siempre, la ciudad menos pictórica del mundo.

Don Alhambro la veía dormir desde la Silla del Moro y se daba cuenta de que la ciudad necesitaba salir del letargo en que estaba sumergida. Se daba cuenta de que un grito nuevo debía sonar sobre los corazones y las calles.

Una noche de junio, preocupado con esa idea, se durmió en el fondo rizado de un interminable film de brisa que la ventana proyectaba sobre su cabeza. Su sueño estaba lleno de yemas de coco y botellas de un raro whisky marca Machaquito, de arcos de herradura y de grandes páginas escritas en inglés, en las cuales brillaba con fulgor de oro la palabra Spain.

¿Qué hacer, Dios mío, para sacudir a Granada del sopor mágico en que vive? Granada debe tener movimiento, debe ser como una campanilla en manos del charlatán; es necesario que vibre y se reconstruya, pero ¿cómo?, ¿de qué manera? En este momento los cuarenta Carlos Terceros de las onzas, en cuarenta planos diferentes, rodearon a don Alhambro con el ritmo y la locura de los espejos rotos. "Bee, bee, funda un periódico, balaban aristocráticamente los borregos magníficos del perfil de Carlos. Funda un periódico, bee, bee".

Nuestro amigo se despertó súbitamente lleno de frío y de alegría. Le quedaba entre los dientes el retintín de oro y lanas episcopales del sueño, que se iba alejando por sus ojos, lleno de serpentina y caballeros de Francia; del sueño que huía con su morral de anémonas por los cristales de las claraboyas.

Un gallo cantó y otro cantó y otro y otro.

Los cantos enardecidos y rizados hasta la punta ponían banderillas de lujo en el manso corazón de don Alhambro.

Y se decidió a fundar una revista. Primero tuvo la momentánea aparición de

San Gabriel, arcángel de la propaganda, rodeado de gallos encantadores. Un segundo más tarde surgió ante sus ojos un gallo único que repetía de muchas maneras el nombre de Granada.

"Ya está. El lema será un gallo." Con este pensamiento, se puso a buscar un gallo vivo para que sirviera de modelo al artista que había de interpretarlo; porque don Alhambro fue siempre de un perfecto naturalismo.

Y ¡qué gran casualidad! En aquellos días una cruenta epidemia diezmaba los gallos de la ciudad de Granada. Morían a centenares. Se les ponía la cresta color aceituna y el plumaje se les transformaba en una masa casi invisible que les daba un tinté de aves del desierto, de criaturas de ceniza. Daba pena las madrugadas asomarse a las torres. Se veían apagarse lentamente los "quiquiriquís", con la misma liturgia que las velas en el tenebrario durante las tinieblas del Jueves de Pasión. Desde la torre de la Vela se podía ver perfectamente el mapa de agudos y rumores de alas de las agonías de los gallos. Nunca se ha conocido epidemia tan inquietante. Don Alhambro recorría las casas lleno de angustia. Sólo encontraba plumas descoloridas y puertas abiertas. En algunos sitios le decían tristemente: "Ya nos lo hemos comido", y veía flotar en los ojos del que hablaba una cresta diminuta perteneciente ya, por su delicadeza, a la escala de las orquídeas.

Pero a pesar de todo, aunque hubiese habido gallos a millares, la busca y esfuerzo de don Alhambro hubieran sido estériles.

Recién llegado a la ciudad el millonario Monsieur Meermans, compraba a excelente precio todos los gallos existentes, porque tenía el sibaritismo de comer grandes platos de crestas crudas con un tenedor cuajado de esmeraldas y sentado en una silla de oro macizo.

Ya no le quedaba a nuestro héroe otro recurso que robar un gallo del jardín de este insigne coleccionista.

Y así lo hizo.

Una noche, cuando el reloj daba con generosidad todas las campanadas que tiene, saltó la verja del parque y se internó por las avenidas.

Los jardines de los Mártires estaban llenos de gallos. Era un paraíso terrenal de Brueghel, donde resaltaba la única gloria de estas aves cantarinas.

Por los cedros, cipreses y rosales asomaban alas de bronce, alas negras, alas empavonadas, vivos puños de bastón o cabezas de pipa. Don Alhambro cogió arrebatadamente un gallo sultán que dormía en una rama y partió lleno de alegría con su tesoro.

Al abandonar el jardín, el animal lanzó su quiquiriquí de medianoche. Húmedo quiriquiquí de hongos y violetas, ahogado en la manga del erudito ladrón.

En aquella época venturosa Granada estaba dividida por dos grandes escuelas de bordado. De una parte, las monjas del Beaterio de Santo Domingo. De

otra, la eminente Paquita Raya. Las monjas de Santo Domingo conservaban en una caja de terciopelo las dos agujas matrices de su escuela barroca, las dos agujas con que hicieron maravillas virginales las artistas sor Sacramento del Oro y sor Visitación de la Plata. Era aquella caja como el fuego vestal que inflamaba el corazón almidonado de las novicias. Elixir permanente de hilo y consulta.

Paquita Raya, en cambio, tenía un arte más popular, más vibrante, un arte republicano, lleno de sandías abiertas y de manzanas endurecidas sobre el tejido. Arte de exactas realidades y emoción española. Todas las personas morenas eran partidarias de Paquita. Todas las rubias, castañas y un pequeño núcleo de albinas, partidarias de las monjas. Aunque hay que confesar que las dos escuelas eran maravillosas, porque si las religiosas del Beaterio triunfaban empleando una tonelada de oro en el manto para la Soledad de Osuna, Paquita triunfaba en Bruselas con un bordado representando el Patio de los Leones, en el cual había más de cinco millones y medio de puntadas.

No dudó mucho don Alhambro qué tendencia debía adoptar para realizar su proyecto. Con el sordo hervor de la prisa, se dirigió a la casa de la bordadora y puso su mano escuálida sobre la mano cortada del postigo.

¿Quién es?.

Hacía un frío limpio de nubes. La cuesta de Gomeles bajaba llena de heladas agujas de fonógrafo. Era la una de la madrugada. El duelo de los surtidores golpeaba en las praderas del silencio. Chorros cristalinos caían de los tejados y mojaban los cristales de los balcones. Al dolor fisiológico del agua quebrantada por el hilo se unía su tenaz insomnio. Insomnio lleno de pequeños tambores incesantes que ponen loca la noche de la ciudad.

¿Quién es?.

Abrieron la puerta y don Alhambro subió al primer piso. Toda la casa crujía y lloraba el desconocido martirio de la tela acribillada por las agujas.

Paquita Raya salió a recibirlo. Vestía un traje de seda verde con manga de jamón, apretada cintura, enaguas blancas rizadas con tenacillas y un corsé de ballenas de plata que ganó en un concurso de la ciudad de Reus. A sus pies había un montón de madejas y punzones de hueso, en doble símbolo de técnica y gloria.

Ni don Alhambro ni Paquita cambiaron una sola palabra, pero Paquita comprendió perfectamente el asunto y, llena de sugestivo delirio, empezó a bordar con sus agujas favoritas un admirable gallo con realce. Don Alhambro se sentó melancólicamente. El gallo vivo, que tenía fuertemente sujeto por las patas, daba grandes aletazos en el silencio, porque sentía cómo Paquita le iba quitando el espíritu, cruelmente, a punta de aguja.

Pasó un mes, y un año, y diez años. Pasaba el témpano de la Navidad y el arco de cartón del Corpus Christi. No pudo el melancólico don Alhambro fundar su periódico. Fue una lástima. Pero en Granada el día no tiene más que una hora

inmensa, y esa hora se emplea en beber agua, girar sobre el eje del bastón y mirar el paisaje. No tuvo materialmente tiempo.

La reacción y suma de esfuerzos no se realiza en esta tierra extraordinaria. Dos y dos no son nunca cuatro en Granada. Son dos y dos siempre, sin que logren fundirse jamás.

Los últimos días de su vida ya no salía a la calle. Se pasaba las horas muertas ante un plano de la ciudad, soñando verla surgir con acento propio en el mapamundi. Su gallo estaba enfrente de la mesa del despacho, un poco desesperado y con vocación decidida de gallo de veleta.

Y así, en una constante aspiración de disentir de sus paisanos, pero sin expresarlo en letras de molde, llegó al filo del aljibe donde había de probar su última agua sin explicación ni onda.

¡Pero qué largo fue su martirio! Un martirio de largo metraje. Granada se rompía en mil pedazos ante sus ojos un poco anisados por la edad.

Ya en tiempos del alcalde don Adolfo Contreras y Ponce de León había visto quemar en la plaza Nueva a la última ninfa capturada en los bosques de la Colina Roja.

Cantaba como una codorniz y tenía los cabellos de cuerdas de guitarra. Durante varios días estuvo el suelo cubierto de violetas, donde se hundían los pies como en los confetis después de haberse acabado el Carnaval.

La misma mañana que se aprobó el proyecto de abrir la Gran Vía, que tanto ha contribuido a deformar el carácter de los actuales granadinos, murió don Alhambro.

Cuatro cirios. Four candles.

Nadie en su entierro. Sí. Las golondrinas.

The Swallows. Una pena.

Después del entierro, el gallo se fue por la ventana y se lanzó al peligro de la calle y a la mala vida. Llegó a pedir limosnita a los ingleses en la Puerta del Vino y se hizo amigo de dos enanos que tocaban la flauta y vendían toros de dulce. Un verdadero golfo.

Luego desapareció.

Cuando mis amigos decidieron fundar esta revista no sabían darle nombre. Yo conocía la historia del gallo de don Alhambro, pero no me atrevía a resucitarla, y he aquí que hace varios días subieron a mi casa todos los redactores contentísimos. Traían un gallo admirable. Era de plumas azul Rolls Royce y gris colonial, con todo el cuello de un delicioso azul Falla que se le acentuaba en el espolón.

¿De dónde es este gallo? .

¡Soy el gallo de don Alhambro!.

Pues ¡que se vaya! gritaron todos.

Me he renovado para venir en busca vuestra y poder subir al título que tanto ansío y para el que fui creado.

A mí, el título que me gusta es El Suspiro del Moro, dije yo.

Y a mí, Romeo y Julieta, dijo otro.

Y a mí, Vaso de Agua, repitió una vocecita.

¡Señores, por Dios! gritó el gallo. Yo no pido que tengáis la ideología de don Alhambro; también yo he cambiado de parecer, pero no me rechacéis por mi historia. Eso no lo puedo resistir. Aquí no se puede hacer nada sin contar con la historia. Soy bello. Anuncio la madrugada y como lema seré siempre insustituible.

Hubo una discusión violentísima, en la que el gallo suplicaba de manera tierna.

Basta, amigos míos, dije enérgicamente.

Bajo mi responsabilidad. ¡Sube al título! Abrimos el balcón y el gallo ascendió al título con todas sus plumas encendidas. Ya en la caña del título, nos saludó a todos de manera inefable. Manera de agua y jacinto.

Poema de quien rompe una guitarra sobre el mar del amanecer. Dalia en el olivo y bosque en mano. Juego y mentira.

Hemos celebrado la ascensión del gallo al título de esta revista haciéndole bordar cuatro gallinas de seda rutilantes, para que su pico guste ardiente fruta de zigzag en la evocadora madrugada oscura de la imprenta. Mientras mis amigos aplaudían, yo escuchaba emocionado la sonrisa de don Alhambro, que me llegaba envuelta en el denso algodón en tronco de la sepultura.

Canta, gallo, regallo y contragallo.

Canta seguro bajo tu sombrerito de llamas, porque una de tus gallinas puede ser muy bien la gallina de los huevos de oro.

Degollación del Bautista.

(*A Luis Montanya*)
Bautista: ¡Ay!
Los negros: ¡Ay ay!
Bautista: ¡Ay ay!
Los negros: ¡Ay ay ay!
Bautista: ¡Ay ay ay!
Los negros: ¡Ay ay ay ay!

Al fin vencieron los negros. Pero la gente tenía la convicción de que ganarían los rojos. La recién parida tenía un miedo terrible a la sangre, pero la sangre bailaba lentamente con un oso teñido de cinabrio bajo sus balcones. No era posible la existencia de los paños blancos, ni era posible el agua dulce en los valles. Se hacía intolerable la presencia de la luna y se deseaba el toro abierto, el toro desgarrado con el hacha y las grandes moscas gozadoras.

El escalofrío de los planetas repercutía sobre las yemas de los dedos y en las familias se empezaba a odiar el llanto, el llanto de perdigones que apaga la danza y agrupa las migas de pan.

Las cintas habían destronado a las serpientes y el cuello de la mujer se hacía posible al humo y a la navaja barbera.

Bautista: ¡Ay ay ay ay!
Los negros: ¡Ay ay ay!
Bautista:¡Ay ay ay!
Los negros: ¡Ay ay!
Bautista:¡Ay ay!
Los negros: ¡Ay!
Los rojos(*apareciendo súbitamente*): ¡Ay ay ay ay!

Ganaban los rojos. En cegadores triángulos de fuego, la multitud. Era preciso algún beso al niño muerto de la cárcel para poder masticar aquella flor abandonada. Salomé tenía más de siete dentaduras postizas y una redoma de veneno. ¡A él, a él! Ya llegaban a la mazmorra.

Tendrá que luchar con la raposa y con la luna de las tabernas. Tendrá que luchar.

Tendrá que luchar. ¿Será posible que las palomas que habían guardado silencio y las siemprevivas golpeen la puerta de manera tan furiosa? Hijo mío. Niño mío de ojos oblicuos, cierra esa puerta sin que nadie pueda sospechar de ti. ¡Ya vienen los hebreos! ¡Ya vienen! Bajo un cielo de paños recogidos y monedas

falsas.

Me duelen las palmas de las manos a fuerza de sostener patitas de gorriones. Hijo. ¡Amor! Un hombre puede recorrer las colinas en busca de su pistola y un barbero puede y debe hacer cruces de sangre en los cuellos de sus clientes, pero nosotros no debemos asomarnos a la ventana.

Ganan los rojos. Te lo dije. Las tiendas han arrojado todas las chalinas a la sangre. Se asegura en la Dirección de Policía que el rubor ha subido un mil por mil.

Bautista: Navaja

Los rojos: cuchillo cuchillo.

Bautista: Navaja navaja.

Los rojos: cuchillo cuchillo cuchillo.

Bautista: Navaja navaja navaja

Los rojos: cuchillo cuchillo cuchillo cuchillo.

Vencieron al fin en el último goal.

Bajo un cielo de plantas de pie. La degollación fue horripilante. Pero maravillosamente desarrollada. El cuchillo era prodigioso. Al fin y al cabo, la carne es siempre panza de rana. Hay que ir contra la carne. Hay que levantar fábricas de cuchillos. Para que el horror mueva su bosque intravenoso. El especialista de la degollación es enemigo de las esmeraldas. Siempre te lo había dicho, hijo mío. No conoce el chicle, pero conoce el cuello tiernísimo de la perdiz viva.

El Bautista estaba de rodillas. El degollador era un hombre minúsculo. Pero el cuchillo era un cuchillo. Un cuchillo chispeante, un cuchillo de chispas con los dientes apretados.

El griterío del Estadium hizo que las vacas mugieran en todos los establos de Palestina. La cabeza del luchador celeste estaba en medio de la arena. Las jovencitas se teñían las mejillas de rojo y los jóvenes pintaban sus corbatas en el cañón estremecido de la yugular desgarrada.

La cabeza de Bautista: ¡Luz!

Los rojos: Filo

La cabeza de Bautista:¡Luz! ¡Luz!

Los rojos: Filo filo

La cabeza de Bautista:Luz luz luz

Los rojos: Filo filo filo filo.

Degollación de los inocentes.

Tris tras. Zig zag, rig rag, milg malg. La piel era tan tierna que salía íntegra. Niños y nueces recién cuajados.

Los guerreros tenían raíces milenarias y el cielo cabelleras mecidas por el aliento de los anfibios. Era preciso cerrar las puertas.

Pepito. Manolito. Enriquito. Eduardito.

Jaimito. Emilito.

Cuando se vuelvan locas las madres querrán construir una fábrica de sombreros de pórfido, pero no podrán nunca con esta crueldad atenuar la ternura de sus pechos derramados.

Se arrollaban las alfombras. El aguijón de la abeja hacía posible el manejo de la espada.

Era necesario el crujir de huesos Y el romper las presas de los ríos. Una jofaina y basta. Pero una jofaina que no se asuste del chorro interminable, que ha de sonar durante tres días.

Subían a las torres y descendían hasta las caracolas. Una luz de clínica venció al fin a la luz untosa del hospital. Ya era posible operar con todas garantías. Yodoformo y violeta, algodón y plata de otro mundo.

¡Vayan entrando! Hay personas que se arrojan desde las torres a los patios y otras desesperadas que se clavan tachuelas en las rodillas. La luz de la mañana era cortante y el viento aceitoso hacía posible la herida menos esperada.

Jorgito. Alvarito. Guillermito. Leopoldito. Julito. Joseíto. Luisito. Inocentes. El acero necesita calores para crear las nebulosas y ¡vamos a la hoja incansable! Es mejor ser medusa y flotar, que ser niño. ¡Alegrísima degollación! Función lógica de la sangre sin luz que sangra sus paredes. Venían por las calles más alejadas. Cada perro llevaba un piececito en la boca. El pianista loco recogía uñas rosadas para construir un piano sin emoción y los rebaños balaban con los cuellos partidos.

Es necesario tener doscientos hijos y entregarlos a la degollación. Solamente de esta manera sería posible la autonomía del lirio silvestre.

¡Venid! ¡Venid! Aquí está mi hijo tiernísimo, mi hijo de cuello fácil. En el rellano de la escalera lo degollarás fácilmente.

Dicen que es está inventando la navaja eléctrica para reanimar la operación.

¿Os acordáis del ruiseñor con las dos patitas rotas? Estaba entre los insectos, creadores de los estremecimientos y de las salivillas. Puntas de aguja. Y rayas de araña sobre las constelaciones. Da verdadera risa pensar en lo fría que está el agua. Agua fría por las arenas, cielos fríos y lomos de caimanes. Aquí en las calles corre

lo más escondido, lo más gustoso, lo que tiñe los dientes y pone pálidas las uñas. Sangre.

Con toda la fuerza de su g.

Si meditamos y somos llenos de piedad verdadera daremos la degollación como una de las grandes obras de misericordia.

Misericordia de la sangre ciega que quiere, siguiendo la ley de su naturaleza, desembocar en el mar. No hubo siquiera ni una voz. El jefe de los hebreos atravesó la plaza para calmar a la multitud.

A las seis de la tarde ya no quedaban más que seis niños por degollar. Los relojes de arena seguían sangrando, pero ya estaban secas todas las heridas.

Toda la sangre estaba ya cristalizada cuando comenzaron a surgir los faroles.

Nunca será en el mundo otra noche igual.

Noche de vidrios y manecitas heladas.

Los senos se llenaban de leche inútil.

La leche maternal y la luna sostuvieron la batalla contra la sangre triunfadora. Pero la sangre ya se había adueñado de los mármoles y allí clavaba sus últimas raíces enloquecidas.

Suicidio en Alejandría.

13 y 22

Cuando pusieron la cabeza cortada sobre la mesa del despacho, se rompieron todos los cristales de la ciudad. "Será necesario calmar a esas rosas", dijo la anciana.

Pasaba un automóvil y era un 13. Pasaba otro automóvil y era un 22. Pasaba una tienda y era un 13. Pasaba un kilómetro y era un 22. La situación se hizo insostenible. Había necesidad de romper para siempre.

12 y 21

Después de la terrible ceremonia se subieron todos a la última hoja del espino, pero la hormiga era tan grande, tan grande, que se tuvo que quedar en el suelo con el martillo y el ojo enhebrado.

11 y 20

Luego se fueron en automóvil. Querían suicidarse para dar ejemplo y evitar que ninguna canoa se pudiera acercar a la orilla.

10 y 19

Rompían los tabiques y agitaban los pañuelos. ¡Genoveva! ¡Genoveva! Era de noche y se hacía precisa la dentadura y el látigo.

9 y 18

Se suicidaban sin remedio, es decir, nos suicidábamos. ¡Corazón mío! ¡Amor! La Tour Eiffel es hermosa y el sombrío Támesis también. Si vamos a casa de lord Butown nos darán la cabeza de langosta y el pequeño círculo de humo. Pero nosotros no iremos a casa de ese chileno.

8 y 17

Ya no tiene remedio. Bésame sin romperme la corbata. Bésame, bésame.

7 y 16

Yo, un niño, y tú, lo que quiera el mar.

Reconozcamos que la mejilla derecha es un mundo sin normas y la astronomía un pedacito de jabón.

6 y 15

Adiós. ¡Socorro! Amor, amor mío. Ya morimos juntos. ¡Ay! Terminad vosotros por caridad este poema.

5 y 14

4 y 13

Al llegar este momento vimos a los amantes abrazarse sobre las olas.

3 y 12

2 y 11
1 y 10
Un golpe de mar violentísimo barrió los muelles y cubiertas de los barcos. Sólo se sentía una voz sorda entre los peces que clamaba.
9
8
7
6
5
4
3
2
1
0
Nunca olvidaremos los veraneantes de la playa de Alejandría aquella emocionante escena de amor que arrancó lágrimas de todos los ojos.

Santa Lucia y San Lázaro.

A Sebastiá Gasch.

A las doce de la noche llegué a la ciudad. La escarcha bailaba sobre un pie. "Una muchacha puede ser morena, puede ser rubia, pero no debe ser ciega". Esto decía el dueño del mesón a un hombre seccionado brutalmente por una faja. Los ojos de un mulo que dormitaba en el umbral me amenazaron como dos puños de azabache.

Quiero la mejor habitación que tenga.

Hay una.

Pues vamos.

La habitación tenía un espejo. Yo, medio peine en el bolsillo. "Me gusta." (Vi mi "Me gusta" en el espejo verde.) El posadero cerró la puerta. Entonces, vuelto de espaldas al helado campillo de azogue, exclamé otra vez: "Me gusta". Abajo, el mulo resoplaba. Quiero decir que abría el girasol de su boca.

No tuve más remedio que meterme en la cama. Y me acosté. Pero tomé la precaución de dejar abiertos los postigos, porque no hay nada más hermoso que ver una estrella sorprendida y fija dentro de un marco. Una.

Las demás hay que olvidarlas.

Esta noche tengo un cielo irregular y caprichoso. Las estrellas se agrupan y extienden en los cristales, como las tarjetas y retratos en el esterillo japonés.

Cuando me dormía, el exquisito minué de las buenas noches se iba perdiendo en las calles.

***

Con el nuevo sol volvía mi traje gris a la plata del aire humedecido. El día de primavera era como una mano desmayada sobre un cojín. En la calle las gentes iban y venían. Pasaron los vendedores de frutas y los que venden peces del mar.

Ni un pájaro.

Mientras sonaban mis anillos en los hierros del balcón busqué la ciudad en el mapa y vi cómo permanecía dormida en el amarillo entre ricas venillas de agua, ¡distante del mar! En el patio, el posadero y su mujer cantaban un dúo de espino y violeta. Sus voces oscuras, como dos topos huidos, tropezaban con las paredes sin encontrar la cuadrada salida del cielo.

Antes de salir a la calle para dar mi primer paseo los fui a saludar.

¿Por qué dijo usted anoche que una muchacha puede ser morena o rubia, pero no debe ser ciega?

El posadero y su mujer se miraron de una manera extraña.

Se miraron... equivocándose. Como el niño que se lleva a los ojos la cuchara llena de sopita. Después rompieron a llorar.

Yo no supe qué decir y me fui apresuradamente.

En la puerta leí este letrero. "Posada de Santa Lucía".

***

Santa Lucía fue una hermosa doncella de Siracusa.

La pintan con dos magníficos ojos de buey en una bandeja.

Sufrió martirio bajo el cónsul Pascasiano, que tenía los bigotes de plata y aullaba como un mastín.

Como todos los santos, planteó y resolvió teoremas deliciosos, ante los que rompen sus cristales los aparatos de Física.

Ella demostró en la plaza pública, ante el asombro del pueblo, que mil hombres y cincuenta pares de bueyes no pueden con la palomilla luminosa del Espíritu Santo. Su cuerpo, su cuerpazo, se puso de plomo comprimido. Nuestro Señor, seguramente, estaba sentado con cetro y corona sobre su cintura.

Santa Lucía fue moza alta, de seno breve y cadera opulenta. Como todas las mujeres bravías, tuvo ojos demasiado grandes, hombrunos, con una desagradable luz oscura. Expiró en un lecho de llamas.

***

Era el cenit del mercado y la playa del día estaba llena de caracolas y tomates maduros. Ante la milagrosa fachada de la catedral, yo comprendía perfectamente cómo San Ramón Nonnato pudo atravesar el mar desde las lslas Baleares hasta Barcelona montado sobre su capa, y cómo el viejísimo Sol de la China se enfurece y salta como un gallo sobre las torres musicales hechas con carne de dragón.

Las gentes bebían cerveza en los bares y hacían cuentas de multiplicar en las oficinas, mientras los signos + y X de la Banca judía sostenían con la sagrada señal de la Cruz un combate oscuro, lleno por dentro de salitre y cirios apagados. La campana gorda de la catedral vertía sobre la urbe una lluvia de campanillas de cobre que se clavaban en los tranvías entontecidos y en los nerviosos cuellos de los caballos. Había olvidado mi baedeker y mis gemelos de campaña y me puse a mirar la ciudad como se mira el mar desde la arena.

Todas las calles estaban llenas de tiendas de óptica. En las fachadas miraban grandes ojos de megaterio, ojos terribles, fuera de la órbita de almendra que da intensidad a los humanos, pero que aspiraban a pasar inadvertida su monstruosidad fingiendo parpadeos de Manueles, Eduarditos y Enriques. Gafas y vidrios ahumados buscaban la inmensa mano cortada de la guantería, poema en el aire, que suena, sangra y borbotea como la cabeza del Bautista.

La alegría de la ciudad se acababa de ir y era como el niño recién suspendido en los exámenes. Había sido alegre, coronada de trinos y marginada de

juncos hasta hacía pocas horas, en que la tristeza que afloja los cables de la electricidad y levanta las losas de los pórticos había invadido las calles con su rumor imperceptible de fondo de espejo.

Me puse a llorar. Porque no hay nada más conmovedor que la tristeza nueva sobre las cosas regocijadas, todavía poco densas, para evitar que la alegría se transparente al fondo, llena de monedas con agujeros.

Tristeza recién llegada de los librillos de papel marca "El Paraguas", "El Automóvil", y "La Bicicleta"; tristeza del Blanco y Negro de 1910; tristeza de las puntillas bordadas en la enagua, y aguda tristeza de las grandes bocinas del fonógrafo.

Los aprendices de óptico limpiaban cristales de todos tamaños con gamuzas y papeles finos, produciendo un rumor de serpiente que se arrastra.

En la catedral se celebraba la solemne novena a los ojos humanos de Santa Lucía.

Se glorificaba el exterior de las cosas, la belleza limpia y oreada de la piel, el encanto de las superficies delgadas, y se pedía auxilio contra las oscuras fisiologías del cuerpo, contra el fuego central y los embudos de la noche, levantando, bajo la cúpula sin pepitas, una lámina de cristal purísimo acribillado en todas direcciones por finos reflectores de oro. El mundo de la hierba se oponía al mundo del mineral. La uña, contra el corazón. Dios de contorno, transparencia y superficie. Con el miedo al latido y el horror al chorro de sangre, se pedía la tranquilidad de las ágatas y la desnudez sin sombra de la medusa.

Cuando entré en la catedral se cantaba la lamentación de las seis mil dioptrías, que sonaba y resonaba en las tres bóvedas llenas de jarcias, olas y vaivenes, como tres batallas de Lepanto. Los ojos de la Santa miraban en la bandeja con el dolor frío del animal a quien acaban de darle la puntilla.

Espacio y distancia. Vertical y horizontal.

Relación entre tú y yo. ¡Ojos de Santa Lucía! Las venas de las plantas de los pies duermen tendidas en sus lechos rosados, tranquilizadas por las dos pequeñas estrellas que arriba las alumbran. Dejamos nuestros ojos en la superficie, como las flores acuáticas, y nos agazapamos detrás de ellos mientras flota en un mundo oscuro nuestra palpitante fisiología.

Me arrodillé.

Los chantres disparaban escopetazos desde el coro.

Mientras tanto había llegado la noche.

Noche cerrada y brutal, como la cabeza de una mula con anteojeras de cuero.

En una de las puertas de salida estaba colgado el esqueleto de un pez antiguo; en otra, el esqueleto de un serafín, mecido suavemente por el aire ovalado de las ópticas, que llegaba fresquísimo de manzana y orilla.

Era necesario comer y pregunté por la posada.

Se encuentra usted muy lejos de ella. No olvide que la catedral está cerca de la estación del ferrocarril y esa posada se halla situada al Sur, más abajo del río.

Tengo tiempo de sobra.

***

Cerca estaba la estación del ferrocarril.

Plaza ancha, representativa de la emoción coja que arrastra la luna menguante, se abría al fondo, dura como las tres de la madrugada.

Poco a poco los cristales de las ópticas se fueron ocultando en sus pequeños ataúdes de cuero y níquel, en el silencio que descubría la sutil relación de pez, astro y gafas.

El que ha visto sus gafas solas bajo el claro de luna, o abandonó sus impertinentes en la playa, ha comprendido, como yo, esta delicada armonía (pez, astro, gafas) que se entrechoca sobre un inmenso mantel blanco recién mojado de champagne.

Pude componer perfectamente hasta ocho naturalezas muertas con los ojos de Santa Lucía.

Ojos de Santa Lucía sobre las nubes, en primer término, con un aire del que se acaban de marchar los pájaros.

Ojos de Santa Lucía en el mar, en la esfera del reloj, a los lados del yunque, en el gran tronco recién cortado.

Se pueden relacionar con el desierto, con las grandes superficies intactas, con un pie de mármol, con un termómetro, con un buey.

No se pueden unir con las montañas, ni con la rueca, ni con el sapo, ni con las materias algodonosas. Ojos de Santa Lucía.

Lejos de todo latido y lejos de toda pesadumbre. Permanentes. Inactivos. Sin oscilación ninguna. Viendo cómo huyen todas las cosas envueltas en su difícil temperatura eterna. Merecedores de la bandeja que les da realidad y levantados, como los pechos de Venus, frente al monóculo lleno de ironía que usa el enemigo malo.

***

Eché a andar nuevamente, impulsado por mis suelas de goma.

Me coronaba un magnífico silencio rodeado de pianos de cola por todas partes.

En la oscuridad, dibujado con bombillas eléctricas, se podía leer sin esfuerzo ninguno: Estación de San Lázaro.

***

San Lázaro nació palidísimo. Despedía olor de oveja mojada. Cuando le daban azotes echaba terroncitos de azúcar por la boca.

Percibía los menores ruidos. Una vez confesó a su madre que podía contar

en la madrugada, por sus latidos, todos los corazones que había en la aldea.

Tuvo predilección por el silencio de otra órbita que arrastran los peces y se agachaba lleno de terror siempre que pasaba por un arco. Después de resucitar inventó el ataúd, el cirio, las luces de magnesio y las estaciones de ferrocarril.

Cuando murió estaba duro y laminado como un pan de plata. Su alma iba detrás, desvirgada ya por el otro mundo, llena de fastidio, con un junco en la mano.

***

El tren correo había salido a las doce de la noche.

Yo tenía necesidad de partir en el expreso de las dos de la madrugada. Entradas de cementerios y andenes.

El mismo aire, el mismo vacío. Los mismos cristales rotos.

Se alejaban los raíles latiendo en su perspectiva de teorema, muertos y tendidos como el brazo de Cristo en la Cruz.

Caían de los techos en sombra yertas manzanas de miedo.

En la sastrería vecina las tijeras cortaban incesantemente piezas de hilo blanco.

Tela para cubrir desde el pecho agostado de la vieja hasta la cuna del niño recién nacido.

Por el fondo llegaba otro viajero. Un solo viajero.

Vestía un traje blanco de verano con botones de nácar y llevaba puesto un guardapolvo del mismo color. Bajo su jipi recién lavado brillaban sus grandes ojos mortecinos entre su nariz afilada.

Su mano derecha era de duro yeso y llevaba colgado del brazo un cesto de mimbre lleno de huevos de gallina.

No quise dirigirle la palabra.

Parecía preocupado y como esperando que lo llamasen. Se defendía de su aguda palidez con su barba de Oriente, barba que era el luto por su propio tránsito.

Un realísimo esquema mortal ponía en mi corbata iniciales de níquel.

Aquella noche era la noche de fiesta en la cual toda España se agolpa en las barandillas para observar un toro negro que mira al cielo melancólicamente y brama de cuatro en cuatro minutos.

El viajero estaba en el país que le convenía y en la noche a propósito para. Su afán de perspectivas, aguardando tan sólo el toque del alba para huir en pos de las voces que necesariamente habían de sonar.

La noche española, noche de almagre y clavos de hierro, noche bárbara, con los pechos al aire, sorprendida por un telescopio único, agradaba al viajero enfriado. Gustaba su profundidad increíble donde fracasa la sonda, y se complacía en hundir sus pies en el lecho de cenizas y arena ardiente sobre el que descansaba.

El viajero andaba por el andén con una lógica de pez en el agua o de mosca

en el aire; iba y venía, sin observar las largas paralelas tristes de los que esperan el tren.

Le tuve gran lástima porque sabía que estaba pendiente de una voz, y estar pendiente de una voz es como estar sentado en la guillotina de la Revolución francesa.

Tiro en la espalda, telegrama imprevisto, sorpresa. Hasta que el lobo cae en la trampa, no tiene miedo. Se disfruta el silencio y se gusta el latido de las venas.

Pero esperar una sorpresa es convertir un instante, siempre fugaz, en un gran globo morado que permanece y llena toda la noche.

El ruido de un tren se acercaba confuso como una paliza.

Yo cogí mi maleta, mientras el hombre del traje blanco miraba en todas direcciones. Al fin una voz clara, estambre de un altavoz autoritario, clamó al fondo de la estación: "¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Lázaro!" Y el viajero echó a correr dócil, lleno de unción, hasta perderse en los últimos faroles.

En el instante de oír la voz: "¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Lázaro!", se me llenó la boca de mermelada de higuera.

***

Hace unos momentos que estoy en casa.

Sin sorpresa he hallado mi maletín vacío.

Sólo unas gafas y un blanquísimo guardapolvo. Dos temas de viaje. Puros y aislados. Las gafas, sobre la mesa, llevaban al máximo su dibujo concreto y su fijeza extraplana. El guardapolvo se desmayaba en la silla en su siempre última actitud, con una lejanía poco humana ya, lejanía bajo cero de pez ahogado. Las gafas iban hacia un teorema geométrico de demostración exacta, y el guardapolvo se arrojaba a un mar lleno de naufragios y verdes resplandores súbitos. Gafas y guardapolvo.

En la mesa y en la silla. Santa Lucía y San Lázaro.

Nadadora sumergida. Pequeño homenaje a un cronista de salones.

Yo he amado a dos mujeres que no me querían, y sin embargo no quise degollar a mi perro favorito. ¿No os parece, condesa, mi actitud una de las más puras que se pueden adoptar? Ahora sé lo que es despedirse para siempre.

El abrazo diario tiene brisa de molusco.

Este último abrazo de mi amor fue tan perfecto, que la gente cerró los balcones con sigilo. No me haga usted hablar, condesa.

Yo estoy enamorado de una mujer que tiene medio cuerpo en la nieve del Norte. Una mujer amiga de los perros y fundamentalmente enemiga mía.

Nunca pude besarla a gusto. Se apagaba la luz. O ella se disolvía en el frasco de whisky.

Yo entonces no era aficionado a la ginebra inglesa. Imagine usted, amiga mía, la calidad de mi dolor.

Una noche, el demonio puso horribles mis zapatos. Eran las tres de la madrugada. Yo tenía un bisturí atravesado en mi garganta y ella un largo pañuelo de seda. Miento. Era la cola de un caballo. La cola del invisible caballo que me había de arrastrar. Condesa: hace usted bien en apretarme la mano.

Empezamos a discutir. Yo me hice un arañazo en la frente y ella con gran destreza partió el cristal de su mejilla. Entonces nos abrazamos.

Ya sabe usted lo demás.

La orquesta lejana luchaba de manera dramática con las hormigas volantes.

Madame Barthou hacía irresistible la noche con sus enfermos diamantes del Cairo, y el traje violeta de Olga Montcha acusaba, cada minuto más palpable, su amor por el muerto zar.

Margarita Gross y la españolísima Lola Cabeza de Vaca llevaban contadas más de mil olas sin ningún resultado.

En la costa francesa empezaban a cantar los asesinos de los marineros y los que roban la sal a los pescadores.

Condesa: aquel último abrazo tuvo tres tiempos y se desarrolló de manera admirable.

Desde entonces dejé la literatura vieja que yo había cultivado con gran éxito.

Es preciso romperlo todo para que los dogmas se purifiquen y las normas tengan nuevo temblor.

Es preciso que el elefante tenga ojos de perdiz y la perdiz pezuñas de unicornio.

Por un abrazo sé yo todas estas cosas y también por este gran amor que me desgarra el chaleco de seda.

¿No oye usted el vals americano? En Viena hay demasiados helados de turrón y demasiado intelectualismo. El vals americano es perfecto como una Escuela Naval. ¿Quiere usted que demos una vuelta por el baile?

***

A la mañana siguiente fue encontrada en la playa la condesa de X con un tenedor de ajenjo clavado en la nuca. Su muerte debió de ser instantánea. En la arena se encontró un papelito manchado de sangre que decía: "Puesto que no te puedes convertir en paloma, bien muerta estás".

Los policías suben y bajan las dunas montados en bicicleta.

Se asegura que la bella condesa X era muy aficionada a la natación, y que ésta ha sido la causa de su muerte.

De todas maneras podemos afirmar que se ignora el nombre de su maravilloso asesino.

Amantes asesinados por una perdiz.

Hommage a Guy de Maupassant

-Los dos lo han querido, me dijo su madre.

-¿Los dos...? No es posible, señora, dije yo. Usted tiene demasiado temperamento y a su edad ya se sabe por qué caen los alfileres del rocío.

-Calle usted, Luciano, calle usted... No, no, Luciano, no.

-Para resistir este nombre, necesito contener el dolor de mis recuerdos. ¿Y usted cree que aquella pequeña dentadura y esa mano de niño que se han dejado olvidada dentro de la ola, me pueden consolar de esta tristeza? .

-Los dos lo han querido, me dijo su prima. Los dos.

Me puse a mirar el mar y lo he comprendido todo.

-¿Será posible que del pico de esa paloma cruelísima que tiene corazón de elefante salga la palidez lunar de aquel trasatlántico que se aleja? .

-Es que tuve que hacer varias veces uso de mi cuchara para defenderme de los lobos. Yo no tengo culpa ninguna. Usted lo sabe. ¡Dios mío! Estoy llorando.

-Los dos lo han querido, dije yo. Los dos. Una manzana será siempre un amante, pero un amante no podrá ser jamás una manzana.

-Por eso se han muerto, por eso. Con veinte ríos y un solo invierno desgarrado.

-Fue muy sencillo. Se amaban por encima de todos los museos.

Mano derecha,
con mano izquierda.
Mano izquierda,
con mano derecha.
Pie derecho
con pie derecho.
Pie izquierdo
con nube.
Cabello
con planta de pie.
Planta de pie
con mejilla izquierda.

¡Oh mejilla izquierda! ¡Oh, noroeste de barquitos y hormigas de mercurio! Dame el pañuelo, Genoveva; voy a llorar. Voy a llorar hasta que de mis ojos salga una muchedumbre de siempreviVas... Se acostaban.

No había otro espectáculo más tierno...

¿Me ha oído usted?
¡Se acostaban!
Muslo izquierdo
con antebrazo izquierdo.
Ojos cerrados
con uñas abiertas.
Cintura con nuca
y con playa.

Y las cuatro orejitas eran cuatro ángeles en la choza de la nieve. Se querían. Se amaban. A pesar de la ley de la gravedad. La diferencia que existe entre una espina de rosa y una Start es sencillísima.

Cuando descubrieron esto, se fueron al campo.

-Se amaban.

¡Dios mío! Se amaban ante los ojos de los químicos.

Espalda con tierra,
tierra con anís.
Luna con hombro dormido.

Y las cinturas se entrecruzaban una y otra con un rumor de vidrios.

Yo vi temblar sus mejillas cuando los profesores de la Universidad le traían miel y vinagre en una esponja diminuta. Muchas veces tenían que espantar a los perros que gemían por las yedras blanquísimas del lecho. Pero ellos se amaban.

Eran un hombre y una mujer,
o sea,
un hombre
y un pedacito de tierra,
un elefante
y un niño,
un niño y un junco.
Eran dos mancebos desmayados
y una pierna de níquel.
¡Eran los barqueros!
Sí.

Eran los barqueros del Guadiana que cercaban con sus remos todas las rosas del mundo.

El viejo marino escupió el tabaco de su boca y dio grandes voces para espantar a las gaviotas. Pero ya era demasiado tarde.

Ocurrió. Tenía que ocurrir. Cuando las mujeres enlutadas llegaron a casa del Gobernador, éste comía tranquilamente almendras verdes y pescadas frescos con exquisito plato de oro. Era preferible no haber hablado con él.

En las islas Azores.

Casi no puedo llorar.

Yo puse dos telegramas; pero desgraciadamente, ya era tarde.

Muy tarde.

Sólo sé deciros que los niños que pasaban por la orilla del bosque, vieron una perdiz que echaba un hilito de sangre por el pico.

Ésta es la causa, querido capitán, de mi extraña melancolía.

La gallina

(**Cuento para niños tontos**)

Había una gallina que era idiota. He dicho idiota. Pero era más idiota todavía. Le picaba un mosquito y salía corriendo. Le picaba una avispa y salía corriendo. Le picaba un murciélago y salía corriendo.

Todas las gallinas temen a las zorras. Pero esta gallina quería ser devorada por ellas. Y es que la gallina era una idiota. No era una gallina. Era una idiota.

En las noches de invierno la luna de las aldeas da grandes bofetadas a las gallinas.

Unas bofetadas que se sienten por las calles. Da mucha risa. Los curas no podrán comprender nunca por qué son estas bofetadas, pero Dios sí. Y las gallinas también.

Será menester que sepáis todos que Dios es un gran monte VIVO. Tiene una piel de moscas y encima una piel de avispas y encima una piel de golondrinas y encima una piel de lagartos y encima una piel de lombrices y encima una piel de hombres y encima una piel de leopardos y todo. ¿Veis todo? Pues todo y además una piel de gallinas. Esto era lo que no sabía nuestra amiga.

¡Da risa considerar lo simpáticas que son las gallinas! Todas tienen cresta. Todas tienen culo. Todas ponen huevos. ¿Y qué me vais a decir? La gallina idiota odiaba los huevos. Le gustaban los gallos, es cierto, como les gusta a las manos derechas de las personas esas picaduras de las zarzas o la iniciación del alfilerazo. Pero ella odiaba su propio huevo. Y sin embargo no hay nada más hermoso que un huevo.

Recién sacado de las espigas, todavía caliente, es la perfección de la boca, el párpado y el lóbulo de la oreja. La mejilla caliente de la que acaba de morir. Es el rostro. ¿No lo entendéis? Yo sí. Lo dicen los cuentos japoneses, y algunas mujeres ignorantes también lo saben.

No quiero defender la belleza enjuta del huevo, pero ya que todo el mundo alaba la pulcritud del espejo y la alegría de los que se revuelcan en la hierba, bien está que yo defienda un huevo contra una gallina idiota. Un huevo inocente contra una gallina idiota.

Lo voy a decir: una gallina amiga de los hombres.

Una noche, la luna estaba repartiendo bofetadas a las gallinas. El mar y los tejados y las carboneras tenían la misma luz. Una luz donde el abejorro hubiera recibido las flechas de todo el mundo. Nadie dormía. Las gallinas no podían más.

Tenían las crestas llenas de escarcha y los piojitos tocaban sus campanillitas eléctricas por el hueco de las bofetadas.

Un gallo se decidió al fin.

La gallina idiota se defendía.

El gallo bailó tres veces pero los gallos no saben enhebrar bien las agujas.

Tocaron las campanas de las torres porque tenían que tocar, y los cauces y los corredores y los que juegan al gol se pusieron tres veces morados y tintineantes.

Empezó la lucha.

Gallo listo. Gallina idiota. Gallina lista. Gallo idiota. Listos los dos. Los dos idiotas. Gallo listo. Gallina idiota.

Luchaban. Luchaban. Luchaban. Así toda la noche. Y diez. Y veinte. Y un año. Y diez. Y siempre.

CONFERENCIAS

Charla sobre teatro.

Queridos amigos: Hace tiempo hice firme promesa de rechazar toda clase de homenajes, banquetes o fiestas que se hicieran a mi modesta persona; primero, por entender que cada uno de ellos pone un ladrillo sobre nuestra tumba literaria, y segundo, porque he visto que no hay cosa más desolada que el discurso frío en nuestro honor, ni momento más triste que el aplauso organizado, aunque sea de buena fe.

Además, esto es secreto, creo que banquetes y pergaminos traen el mal fario, la mala suerte, sobre el hombre que los recibe; mal fario y mala suerte nacidos de la actitud descansada de los amigos que piensan: "Ya hemos cumplido con él".

Un banquete es una reunión de gente profesional que come con nosotros y donde están, pares o nones, las gentes que nos quieren menos en la vida.

Para los poetas y dramaturgos, en vez de homenajes yo organizaría ataques y desafíos en los cuales se nos dijera gallardamente y con verdadera saña: "¿A que no tienes valor de hacer esto?" "¿A que no eres capaz de expresar la angustia del mar en un personaje?" "¿A que no te atreves a contar la desesperación de los soldados enemigos de la guerra?".

Exigencia y lucha, con un fondo de amor severo, templan el alma del artista, que se afemina y destroza con el fácil halago. Los teatros están llenos de engañosas sirenas coronadas con rosas de invernadero, y el público está satisfecho y aplaude viendo corazones de serrín y diálogos a flor de dientes; pero el poeta dramático no debe olvidar, si quiere salvarse del olvido, los campos de rosas, mojados por el amanecer, donde sufren los labradores, y ese palomo, herido por un cazador misterioso, que agoniza entre los juncos sin que nadie escuche su gemido.

Huyendo de sirenas, felicitaciones y voces falsas, no he aceptado ningún homenaje con motivo del estreno de Yerma; pero he tenido la mayor alegría de mi

corta vida de autor al enterarme de que la familia teatral madrileña pedía a la gran Margarita Xirgu, actriz de inmaculada historia artística, lumbrera del teatro español y admirable creadora del papel, con la compañía que tan brillantemente la secunda, una representación especial para verla.

Por lo que esto significa de curiosidad y atención para un esfuerzo notable de teatro.

Doy ahora que estamos reunidos, las más rendidas, las más verdaderas gracias a todos. Yo no hablo esta noche como autor ni como poeta, ni como estudiante sencillo del rico panorama de la vida del hombre, sino como ardiente apasionado del teatro de acción social. El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo; y un teatro destrozado. Donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacanar y adormecer a una nación entera.

El teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre.

Un pueblo que no ayuda y no fomenta su teatro, si no está muerto, está moribundo; como el teatro que no recoge el latido social, el latido, histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro, sino sala de juego o sitio para hacer esa horrible cosa que se llama "matar el tiempo". No me refiero a nadie ni quiero herir a nadie; no hablo de la realidad viva, sino del problema planteado sin solución.

Yo oigo todos los días, queridos amigos, hablar de la crisis del teatro, y siempre pienso que el mal no está delante de nuestros ojos, sino en lo más oscuro de su esencia; no es un mal de flor actual, o sea de obra, sino de profunda raíz, que es, en suma, un mal de organización. Mientras que actores y autores estén en manos de empresas absolutamente comerciales, libres y sin control literario ni estatal de ninguna especie, empresas ayunas de todo criterio y sin garantía de ninguna clase, actores, autores y el teatro entero se hundirá cada día más, sin salvación posible.

El delicioso teatro ligero de revistas, vodevil y comedia bufa, géneros de los que soy aficionado espectador, podría defenderse y aun salvarse; pero el teatro en verso, el género histórico y la llamada zarzuela hispánica sufrirán cada día más reveses, porque son géneros que exigen mucho y donde caben las innovaciones verdaderas, y no hay autoridad ni espíritu de sacrificio para imponerlas a un público al que hay que domar con altura y contradecirlo y atacarlo en muchas ocasiones. El teatro se debe imponer al público y no el público al teatro.

Para eso, autores y actores deben revestirse, a costa de sangre, de gran autoridad, porque el público de teatro es como los niños en las escuelas: adora al maestro grave y austero que exige y hace justicia, y llena de crueles agujas las sillas donde se sientan los maestros tímidos y adulones, que ni enseñan ni dejan enseñar.

Al público se le puede enseñar, conste que digo público, no pueblo; se le puede enseñar, porque yo he visto patear a Debussy y a Ravel hace años, y he asistido después a las clamorosas ovaciones que un público popular hacía a las obras antes rechazadas. Estos autores fueron impuestos por un alto criterio de autoridad superior al del público corriente, como Wedekind en Alemania y Pirandello en Italia, y tantos otros.

Hay necesidad de hacer esto para bien del teatro y para gloria y jerarquía de los intérpretes. Hay que mantener actitudes dignas, en la seguridad de que serán recompensadas con creces. Lo contrario es temblar de miedo detrás de las bambalinas y matar las fantasías, la imaginación y la gracia del teatro, que es siempre, siempre, un arte, y será siempre un arte excelso, aunque haya habido una época en que se llamaba arte a todo lo que nos gustaba, para rebajar la atmósfera, para destruir la poesía y hacer de la escena un puerto de arrebatacapas.

Arte por encima de todo. Arte nobilísimo. Y vosotros, queridos actores, artistas por encima de todo. Artistas de pies a cabeza, puesto que por amor y vocación habéis subido al mundo fingido y doloroso de las tablas. Artistas por ocupación y preocupación. Desde el teatro más modesto al más encumbrado se debe escribir la palabra "Arte" en salas y camerinos, porque si no vamos a tener que poner la palabra "Comercio" o alguna otra que no me atrevo a decir. Y jerarquía, disciplina y sacrificio y amor.

No quiero daros una lección, porque me encuentro en condiciones de recibirlas. Mis palabras las dicta el entusiasmo y la seguridad. No soy un iluso. He pensado mucho, y con frialdad, lo que pienso, y, como buen andaluz, poseo el secreto de la frialdad porque tengo sangre antigua. Yo sé que la verdad no la tiene el que dice "hoy, hoy, hoy" comiendo su pan junto a la lumbre, sino el que serenamente mira a lo lejos la primera luz en la alborada del campo.

Yo sé que no tiene razón el que dice: "Ahora mismo, ahora, ahora" con los ojos puestos en las pequeñas fauces de la taquilla, sino el que dice "Mañana, mañana, mañana" y siente llegar la nueva vida que se cierne sobre el mundo.

Teoría y juego del duende.

Señoras y señores: Desde el año 1918, que ingresé en la Residencia de Estudiantes de Madrid, hasta 1928, en que la abandoné, terminados mis estudios de Filosofía y Letras, he oído en aquel refinado salón, donde acudía para corregir su frivolidad de playa francesa la vieja aristocracia española, cerca de mil conferencias.

Con ganas de aire y de sol, me he aburrido tanto, que al salir me he sentido cubierto por una leve ceniza casi a punto de convertirse en pimienta de irritación.

No. Yo no quisiera que entrase en la sala ese terrible moscardón del aburrimiento que ensarta todas las cabezas por un hilo tenue de sueño y pone en los ojos de los oyentes unos grupos diminutos de puntas de alfiler.

De modo sencillo, con el registro que en mi voz poética no tiene luces de maderas, ni recodos de cicuta, ni ovejas que de pronto son cuchillos de ironías, voy a ver si puedo daros una sencilla lección sobre el espíritu oculto de la dolorida España.

El que está en la piel de toro extendida entre los Júcar, Guadalete, Sil o Pisuerga (no quiero citar a los caudales junto a las ondas color melena de león que agita el Plata), oye decir con medida frecuencia: "Esto tiene mucho duende". Manuel Torres, gran artista del pueblo andaluz, decía a uno que cantaba: "Tú tienes voz, tú sabes los estilos, pero no triunfaras nunca, porque tú no tienes duende".

En toda Andalucía, roca de Jaén y caracola de Cádiz, la gente habla constantemente del duende y lo descubre en cuanto sale con instinto eficaz. El maravilloso cantaor El Lebrijano, creador de la Debla, decía: "Los días que yo canto con duende no hay quien pueda conmigo"; la vieja bailarina gitana La Malena exclamó un día oyendo tocar a Brailowsky un fragmento de Bach: "¡Ole! ¡Eso tiene duende!", y estuvo aburrida con Gluck y con Brahms y con Darius Milhaud. Y Manuel Torres, el hombre de mayor cultura en la sangre que he conocido, dijo, escuchando al propio Falla su Nocturno del Generalife, esta espléndida frase: "Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende". Y no hay verdad más grande.

Estos sonidos negros son el misterio, las raíces que se clavan en el limo que todos conocemos, que todos ignoramos, pero de donde nos llega lo que es sustancial en el arte. Sonidos negros dijo el hombre popular de España y coincidió con Goethe, que hace la definición del duende al hablar de Paganini, diciendo: "Poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica".

Así, pues, el duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar.

Yo he oído decir a un viejo maestro guitarrista: "El duende no está en la garganta; el duende sube por dentro desde la planta de los pies".

Es decir, no es cuestión de facultad, sino de verdadero estilo vivo; es decir, de sangre; es decir, de viejísima cultura, de creación en acto.

Este "poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica" es, en suma, el espíritu de la sierra, el mismo duende que abrazó el corazón de Nietzsche, que lo buscaba en sus formas exteriores sobre el puente Rialto o en la música de Bizet, sin encontrarlo y sin saber que el duende que él perseguía había saltado de los misteriosos griegos a las bailarinas de Cádiz o al dionisíaco grito degollado de la siguiriya de Silverio.

Así, pues, no quiero que nadie confunda al duende con el demonio teológico de la duda, al que Lutero, con un sentimiento báquico, le arrojó un frasco de tinta en Nuremberg, ni con el diablo católico, destructor y poco inteligente, que se disfraza de perra para entrar en los conventos, ni con el mono parlante que lleva el truchimán de Cervantes, en la comedia de los celos y las selvas de Andalucía.

No. El duende de que hablo, oscuro y estremecido, es descendiente de aquel alegrísimo demonio de Sócrates, mármol y sal que lo arañó indignado el día en que tomó la cicuta, y del otro melancólico demonillo de Descartes, pequeño como almendra verde, que, harto de círculos y líneas, salió por los canales para oír cantar a los marineros borrachos.

Todo hombre, todo artista llamará Nietzsche, cada escala que sube en la torre de su perfección es a costa de la lucha que sostiene con un duende, no con un ángel, como se ha dicho, ni con su musa. Es preciso hacer esa distinción fundamental para la raíz de la obra.

El ángel guía y regala como San Rafael, defiende y evita como San Miguel, y previene como San Gabriel.

El ángel deslumbra, pero vuela sobre la cabeza del hombre, está por encima, derrama su gracia, y el hombre, sin ningún esfuerzo, realiza su obra o su simpatía o su danza. El ángel del camino de Damasco y el que entró por las rendijas del balconcillo de Asís, o el que sigue los pasos de Enrique Susson, ordena y no hay modo de oponerse a sus luces, porque agita sus alas de acero en el ambiente del predestinado.

La musa dicta, y, en algunas ocasiones, sopla. Puede relativamente poco, porque ya está lejana y tan cansada (yo la he visto dos veces), que tuve que ponerle medio corazón de mármol. Los poetas de musa oyen voces y no saben dónde, pero son de la musa que los alienta y a veces se los merienda. Como en el caso de Apollinaire, gran poeta destruido por la horrible musa con que lo pintó el divino angélico Rousseau. La musa despierta la inteligencia, trae paisaje de columnas y falso sabor de laureles, y la inteligencia es muchas veces la enemiga de la poesía, porque imita demasiado, porque eleva al poeta en un bono de agudas aristas y le

hace olvidar que de pronto se lo pueden comer las hormigas o le puede caer en la cabeza una gran langosta de arsénico, contra la cual no pueden las musas que hay en los monóculos o en la rosa de tibia laca del pequeño salón.

Ángel y musa vienen de fuera; el ángel da luces y la musa da formas (Hesíodo aprendió de ellas). Pan de oro o pliegue de túnicas, el poeta recibe normas en su bosquecillo de laureles. En cambio, al duende hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre.

Y rechazar al ángel y dar un puntapié a la musa, y perder el miedo a la fragancia de violetas que exhale la poesía del siglo XVIII y al gran telescopio en cuyos cristales se duerme la musa enferma de límites.

La verdadera lucha es con el duende.

Se saben los caminos para buscar a Dios, desde el modo bárbaro del eremita al modo sutil del místico. Con una torre como Santa Teresa, o con tres caminos como San Juan de la Cruz. Y aunque tengamos que clamar con voz de Isaías: "Verdaderamente tú eres Dios escondido", al fin y al cabo Dios manda al que lo busca sus primeras espinas de fuego.

Para buscar al duende no hay mapa ni ejercicio. Solo se sabe que quema la sangre como un tópico de vidrios, que agota, que rechaza toda la dulce geometría aprendida, que rompe los estilos, que hace que Goya, maestro en los grises, en los platas y en los rosas de la mejor pintura inglesa, pinte con las rodillas y los puños con horribles negros de betún; o que desnuda a Mosén Cinto Verdaguer con el frío de los Pirineos, o lleva a Jorge Manrique a esperar a la muerte en el páramo de Ocaña, o viste con un traje verde de saltimbanqui el cuerpo delicado de Rimbaud, o pone ojos de pez muerto al conde Lautréamont en la madrugada del boulevard.

Los grandes artistas del sur de España, gitanos o flamencos, ya canten, ya bailen, ya toquen, saben que no es posible ninguna emoción sin la llegada del duende. Ellos engañan a la gente y pueden dar sensación de duende sin haberlo, como os engañan todos los días autores o pintores o modistas literarios sin duende; pero basta fijarse un poco, y no dejarse llevar por la indiferencia, para descubrir la trampa y hacerle huir con su burdo artificio.

Una vez, la "cantaora" andaluza Pastora Pavón, La Niña de los Peines, sombrío genio hispánico, equivalente en capacidad de fantasía a Goya o a Rafael el Gallo, cantaba en una tabernilla de Cádiz. Jugaba con su voz de sombra, con su voz de estaño fundido, con su voz cubierta de musgo, y se la enredaba en la cabellera o la mojaba en manzanilla o la perdía por unos jarales oscuros y lejanísimos. Pero nada; era inútil.

Los oyentes permanecían callados.

Allí estaba Ignacio Espeleta, hermoso como una tortuga romana, a quien preguntaron una vez: "¿Cómo no trabajas?"; y él, con una sonrisa digna de Argantonio, respondió: "¿Cómo voy a trabajar, si soy de Cádiz?" Allí estaba Eloísa,

la caliente aristócrata, ramera de Sevilla, descendiente directa de Soledad Vargas, que en el treinta no se quiso casar con un Rothschild porque no la igualaba en sangre. Allí estaban los Floridas, que la gente cree carniceros, pero que en realidad son sacerdotes milenarios que siguen sacrificando toros a Gerión, y en un ángulo, el imponente ganadero don Pablo Murube, con aire de máscara cretense.

Pastora Pavón terminó de cantar en medio del silencio. Solo, y con sarcasmo, un hombre pequeñito, de esos hombrines bailarines que salen, de pronto, de las botellas de aguardiente, dijo con voz muy baja: "¡Viva París!", como diciendo: "Aquí no nos importan las facultades, ni la técnica, ni la maestría. Nos importa otra cosa".

Entonces La Niña de los Peines se levantó como una loca, tronchada igual que una llorona medieval, y se bebió de un trago un gran vaso de cazalla como fuego, y se sentó a cantar sin voz, sin aliento, sin matices, con la garganta abrasada, pero... con duende.

Había logrado matar todo el andamiaje de la canción para dejar paso a un duende furioso y abrasador, amigo de vientos cargados de arena, que hacía que los oyentes se rasgaran los trajes casi con el mismo ritmo con que se los rompen los negros antillanos del rito, apelotonados ante la imagen de Santa Bárbara.

La Niña de los Peines tuvo que desgarrar su voz porque sabía que la estaba oyendo gente exquisita que no pedía formas, sino tuétano de formas, música pura con el cuerpo sucinto para poder mantenerse en el aire. Se tuvo que empobrecer de facultades y de seguridades; es decir, tuvo que alejar a su musa y quedarse desamparada, que su duende viniera y se dignara luchar a brazo partido. ¡Y cómo cantó! Su voz ya no jugaba, su voz era un chorro de sangre digna por su dolor y su sinceridad, y se abría como una mano de diez dedos por los pies clavados, pero llenos de borrasca, de un Cristo de Juan de Juni.

La llegada del duende presupone siempre un cambio radical en todas las formas sobre planos viejos, da sensaciones de frescura totalmente inéditas, con una calidad de rosa recién creada, de milagro, que llega a producir un entusiasmo casi religioso.

En toda la música árabe, danza, canción o elegía, la llegada del duende es saludada con enérgicos "¡Alá, Alá!", "¡Dios, Dios!", tan cerca del "¡Olé!" de los toros, que quién sabe si será lo mismo; y en todos los cantos del sur de España la aparición del duende es seguida por sinceros gritos de "¡Viva Dios!", profundo, humano, tierno grito de una comunicación con Dios por medio de los cinco sentidos, gracias al duende que agita la voz y el cuerpo de la bailarina, evasión real y poética de este mundo, tan pura como la conseguida por el rarísimo poeta del XVII Pedro Soto de Rojas a través de siete jardines o la de Juan Calímaco por una temblorosa escala de llanto.

Naturalmente, cuando esa evasión está lograda, todos sienten sus efectos: el

iniciado, viendo cómo el estilo vence a una materia pobre, y el ignorante, en el no sé qué de una autentica emoción. Hace años, en un concurso de baile de Jerez de la Frontera se llevó el premio una vieja de ochenta años contra hermosas mujeres y muchachas con la cintura de agua, por el solo hecho de levantar los brazos, erguir la cabeza y dar un golpe con el pie sobre el tabladillo; pero en la reunión de musas y de ángeles que había allí, bellezas de forma y bellezas de sonrisa, tenía que ganar y ganó aquel duende moribundo que arrastraba por el suelo sus alas de cuchillos oxidados.

Todas las artes son capaces de duende, pero donde encuentra más campo, como es natural, es en la música, en la danza y en la poesía hablada, ya que estas necesitan un cuerpo vivo que interprete, porque son formas que nacen y mueren de modo perpetuo y alzan sus contornos sobre un presente exacto.

Muchas veces el duende del músico pasa al duende del intérprete y otras veces, cuando el músico o el poeta no son tales, el duende del intérprete, y esto es interesante, crea una nueva maravilla que tiene en la apariencia, nada más, la forma primitiva. Tal el caso de la enduendada Eleonora Duse, que buscaba obras fracasadas para hacerlas triunfar, gracias a lo que ella inventaba, o el caso de Paganini, explicado por Goethe, que hacía oír melodías profundas de verdaderas vulgaridades, o el caso de una deliciosa muchacha del Puerto de Santa María, a quien yo le vi cantar y bailar el horroroso cuplé italiano O Mari!, con unos ritmos, unos silencios y una intención que hacían de la pacotilla italiana una aura serpiente de oro levantado. Lo que pasaba era que, efectivamente, encontraban alguna cosa nueva que nada tenía que ver con lo anterior, que ponían sangre viva y ciencia sobre cuerpos vacíos de expresión.

Todas las artes, y aun los países, tienen capacidad de duende, de ángel y de musa; y así como Alemania tiene, con excepciones, musa, y la Italia tiene permanentemente ángel, España está en todos tiempos movida por el duende, como país de música y danza milenaria, donde el duende exprime limones de madrugada, y como país de muerte, como país abierto a la muerte.

En todos los países la muerte es un fin.

Llega y se corren las cortinas. En España, no. En España se levantan. Muchas gentes viven allí entre muros hasta el día en que mueren y los sacan al sol. Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo: hiere su perfil como el filo de una navaja barbera. El chiste sobre la muerte y su contemplación silenciosa son familiares a los españoles. Desde El sueño de las calaveras, de Quevedo, hasta el Obispo podrido, de Valdés Leal, y desde la Marbella del siglo XVII, muerta de parto en mitad del camino, que dice:

La sangre de mis entrañas
cubriendo el caballo está.
Las patas de tu caballo

echan fuego de alquitrán...

al reciente mozo de Salamanca, muerto por el toro, que clama:

Amigos, que yo me muero;
amigos, yo estoy muy malo.
Tres pañuelos tengo dentro
y este que meto son cuatro...

Hay una barandilla de flores de salitre, donde se asoma un pueblo de contempladores de la muerte, con versículos de Jeremías por el lado más áspero, o con ciprés fragante por el lado más lírico; pero un país donde lo más importante de todo tiene un último valor metálico de muerte.

La cuchilla y la rueda del carro, y la navaja y las barbas pinchonas de los pastores, y la luna pelada, y la mosca, y las alacenas húmedas, y los derribos, y los santos cubiertos de encaje, y la cal, y la línea hiriente de aleros y miradores tienen en España diminutas hierbas de muerte, alusiones y voces perceptibles para un espíritu alerta, que nos llama la memoria con el aire yerto de nuestro propio tránsito. No es casualidad todo el arte español ligado con nuestra sierra, lleno de cardos y piedras definitivas, no es un ejemplo aislado la lamentación de Pleberio o las danzas del maestro Josef María de Valdivieso, no es un azar el que de toda la balada europea se destaque esta amada española:

-Si tú eres mi linda amiga,
¿cómo no me miras, di?
-Ojos con que te miraba
a la sombra se los di
-Si tú eres mi linda amiga,
¿cómo no me besas, di?
-Labios con que te besaba
a la sierra se los di.
-Si tú eres mi linda amiga,
¿cómo no me abrazas, di?
-Brazos con que te abrazaba
de gusanos los cubrí.

Ni es extraño que en los albores de nuestra lírica suene esta canción:

Dentro del vergel
moriré
dentro del rosal
matar me han.
Yo me iba, mi madre,

las rosas a coger,
hallara la muerte
dentro del vergel.
Yo me iba, madre,
las rosas a cortar,
hallara la muerte
dentro del rosal.
Dentro del vergel
moriré,
dentro del rosal
matar me han.

Las cabezas heladas por la luna que pintó Zurbarán, el amarillo manteca con el amarillo relámpago del Greco, el relato del padre Sigüenza, la obra íntegra de Goya, el ábside de la iglesia de El Escorial, toda la escultura policromada, la cripta de la casa ducal de Osuna, la muerte con la guitarra de la capilla de los Benaventes en Medina de Rioseco, equivalen a lo culto en las romerías de San Andrés de Teixido, donde los muertos llevan sitio en la procesión, a los cantos de difuntos que cantan las mujeres de Asturias con faroles llenos de llamas en la noche de noviembre, al canto y danza de la sibila en las catedrales de Mallorca y Toledo, al oscuro In Recort tortosino y a los innumerables ritos del Viernes Santo, que con la cultísima fiesta de los toros forman el triunfo popular de la muerte española. En el mundo, solamente Méjico puede cogerse de la mano con mi país.

Cuando la musa ve llegar a la muerte cierra la puerta o levanta un plinto o pasea una urna y escribe un epitafio con mano de cera, pero en seguida vuelve a rasgar su laurel con un silencio que vacila entre dos brisas.

Bajo el arco truncado de la oda, ella junta con sentido fúnebre las flores exactas que pintaron los italianos del xv y llama al seguro gallo de Lucrecio para que espante sombras imprevistas.

Cuando ve llegar a la muerte, el ángel vuela en círculos lentos y teje con lágrimas de hielo y narciso la elegía que hemos visto temblar en las manos de Keats, y en las de Villasandino, y en las de Herrera, y en las de Bécquer y en las de Juan Ramón Jiménez.

Pero ¡qué horror el del ángel si siente una arena, por diminuta que sea, sobre su tierno pie rosado! En cambio, el duende no llega si no ve posibilidad de muerte, si no sabe que ha de rondar su casa, si no tiene seguridad de que ha de mecer esas ramas que todos llevamos y que no tienen, que no tendrán consuelo.

Con idea, con sonido o con gesto, el duende gusta de los bordes del pozo en franca lucha con el creador. Ángel y musa se escapan con violín o compás, y el duende hiere, y en la curación de esta herida, que no se cierra nunca, está lo

insólito, lo inventado de la obra de un hombre.

La virtud mágica del poema consiste en estar siempre enduendado para bautizar con agua oscura a todos los que lo miran, porque con duende es más fácil amar, comprender, y es seguro ser amado, ser comprendido, y esta lucha por la expresión y por la comunicación de la expresión adquiere a veces, en poesía, caracteres mortales.

Recordad el caso de la flamenquísima y enduendada Santa Teresa, flamenca no por atar un toro furioso y darle tres pases magníficos, que lo hizo; no por presumir de guapa delante de fray Juan de la Miseria ni por darle una bofetada al Nuncio de Su Santidad, sino por ser una de las pocas criaturas cuyo duende (no cuyo ángel, porque el ángel no ataca nunca) la traspasa con un dardo, queriendo matarla por haberle quitado su último secreto, el puente sutil que une los cinco sentidos con ese centro en carne viva, en nube viva, en mar viva, del Amor libertado del Tiempo.

Valentísima vencedora del duende, y caso contrario al de Felipe de Austria, que, ansiando buscar musa y ángel en la teología, se vio aprisionado por el duende de los ardores fríos en esa obra de El Escorial, donde la geometría limita con el sueño y donde el duende se pone careta de musa para eterno castigo del gran rey.

Hemos dicho que el duende ama el borde, la herida, y se acerca a los sitios donde las formas se funden en un anhelo superior a sus expresiones visibles.

En España (como en los pueblos de Oriente, donde la danza es expresión religiosa) tiene el duende un campo sin límites sobre los cuerpos de las bailarinas de Cádiz, elogiadas por Marcial, sobre los pechos de los que cantan, elogiados por Juvenal, y en toda la liturgia de los toros, auténtico drama religioso donde, de la misma manera que en la misa, se adore y se sacrifica a un Dios.

Parece como si todo el duende del mundo clásico se agolpara en esta fiesta perfecta, exponente de la cultura y de la gran sensibilidad de un pueblo que descubre en el hombre sus mejores iras, sus mejores bilis y su mejor llanto. Ni en el baile español ni en los toros se divierte nadie; el duende se encarga de hacer sufrir por medio del drama, sobre formas vivas, y prepara las escaleras para una evasión de la realidad que circunda.

El duende opera sobre el cuerpo de la bailarina como el aire sobre la arena.

Convierte con mágico poder una muchacha en paralítica de la luna, o llena de rubores adolescentes a un viejo roto que pide limosna por las tiendas de vino, da con una cabellera olor de puerto nocturno, y en todo momento opera sobre los brazos con expresiones que son madres de la danza de todos los tiempos.

Pero imposible repetirse nunca, esto es muy interesante de subrayar. El duende no se repite, como no se repiten las formas del mar en la borrasca.

En los toros adquiere sus acentos más impresionantes, porque tiene que luchar, por un lado, con la muerte, que puede destruirlo, y por otro lado, con la

geometría, con la medida, base fundamental de la fiesta.

El toro tiene su órbita; el torero, la suya, y entre órbita y órbita un punto de peligro donde está el vértice del terrible juego.

Se puede tener musa con la muleta y ángel con las banderillas y pasar por buen torero, pero en la faena de capa, con el toro limpio todavía de heridas, y en el momento de matar, se necesita la ayuda del duende para dar en el clavo de la verdad artística.

El torero que asusta al público en la plaza con su temeridad no torea, sino que está en ese plano ridículo, al alcance de cualquier hombre, de jugarse la vida; en cambio, el torero mordido por el duende da una lección de música pitagórica y hace olvidar que tira constantemente el corazón sobre los cuernos.

Lagartijo con su duende romano, Joselito con su duende judío, Belmonte con su duende barroco y Cagancho con su duende gitano, enseñan, desde el crepúsculo del anillo, a poetas, pintores y músicos, cuatro grandes caminos de la tradición española.

España es el único país donde la muerte es el espectáculo nacional, donde la muerte toca largos clarines a la llegada de las primaveras, y su arte está siempre regido por un duende agudo que le ha dado su diferencia y su calidad de invención.

El duende que llena de sangre, por vez primera en la escultura, las mejillas de los santos del maestro Mateo de Compostela, es el mismo que hace gemir a San Juan de la Cruz o quema ninfas desnudas por los sonetos religiosos de Lope.

El duende que levanta la torre de Sahagún o trabaja calientes ladrillos en Calatayud o Teruel es el mismo que rompe las nubes del Greco y echa a rodar a puntapiés alguaciles de Quevedo y quimeras de Goya.

Cuando llueve saca a Velázquez enduendado, en secreto, detrás de sus grises monárquicos; cuando nieva hace salir a Herrera desnudo para demostrar que el frío no mata; cuando arde, mete en sus llamas a Berruguete y le hace inventar un nuevo espacio para la escultura.

La musa de Góngora y el ángel de Garcilaso han de soltar la guirnalda de laurel cuando pasa el duende de San Juan de la Cruz, cuando

El ciervo vulnerado
por el otero asoma.

La musa de Gonzalo de Berceo y el ángel del Arcipreste de Hita se han de apartar para dejar paso a Jorge Manrique cuando llega herido de muerte a las puertas del castillo de Belmonte. La musa de Gregorio Hernández y el ángel de José de Mora han de alejarse para que cruce el duende que llora lágrimas de sangre de Mena y el duende con cabeza de toro asirio de Martínez Montañés, como la melancólica musa de Cataluña y el ángel mojado de Galicia han de mirar, con amoroso asombro, al duende de Castilla, tan lejos del pan caliente y de la

dulcísima vaca que pasta con normas de cielo barrido y sierra seca.

Duende de Quevedo y duende de Cervantes, con verdes anémonas de fósforo el uno, y flores de yeso de Ruidera el otro, coronan el retablo del duende de España.

Cada arte tiene, como es natural, un duende de modo y forma distinta, pero todos unen raíces en un punto de donde manan los sonidos negros de Manuel Torres, materia última y fondo común incontrolable y estremecido de leño, son, tela y vocablo.

Sonidos negros detrás de los cuales están ya en tierna intimidad los volcanes, las hormigas, los céfiros y la gran noche apretándose la cintura con la Vía láctea.

Señoras y señores: He levantado tres arcos y con mano torpe he puesto en ellos a la musa, al ángel y al duende.

La musa permanece quieta; puede tener la túnica de pequeños pliegues o los ojos de vaca que miran en Pompeya a la narizota de cuatro caras con que su gran amigo Picasso la ha pintado. El ángel puede agitar cabellos de Antonello de Mesina, túnica de Lippi y violín de Massolino o de Rousseau.

El duende... ¿Dónde está el duende? Por el arco vacío entra un aire mental que sopla con insistencia sobre las cabezas de los muertos, en busca de nuevos paisajes y acentos ignorados: un aire con olor de saliva de niño, de hierba machacada y velo de medusa que anuncia el constante bautizo de las cosas recién creadas.

Las nanas infantiles

Señoras y señores: En esta conferencia no pretendo, como en anteriores, definir, sino subrayar; no quiero dibujar, sino sugerir. Animar, en su exacto sentido. Herir pájaros soñolientos. Donde haya un rincón oscuro, poner un reflejo de nube alargada y regalar unos cuantos espejos de bolsillo a las señoras que asisten.

He querido bajar a la ribera de los juncos.

Por debajo de las tejas amarillas. A la salida de las aldeas, donde el tigre se come a los niños. Estoy en este momento lejos del poeta que mira el reloj, lejos del poeta que lucha con la estatua, que lucha con el sueño, que lucha con la anatomía; he huido de todos mis amigos y me voy con aquel muchacho que se come la fruta verde y mira cómo las hormigas devoran al pájaro aplastado por el automóvil.

Por las calles más puras del pueblo me encontraréis; por el aire viajero y la luz tendida de las melodías que Rodrigo Caro llamó "reverendas madres de todos los cantares". Por todos los sitios donde se abre la tierna orejita rosa del niño o la blanca orejita de la niña que espera, llena de miedo, el alfiler que abra el agujero para la arracada.

En todos los paseos que yo he dado por España, un poco cansado de catedrales, de piedras muertas, de paisajes con alma, me puse a buscar los elementos vivos, perdurables, donde no se hiela el minuto, que viven un tembloroso presente. Entre los infinitos que existen, yo he seguido dos: las canciones y los dulces. Mientras una catedral permanece clavada en su época, dando una expresión continua del ayer al paisaje siempre movedizo, una canción salta de pronto de ese ayer a nuestro instante, viva y llena de latidos como una rana, incorporada al panorama como arbusto reciente, trayendo la luz viva de las horas viejas, gracias al soplo de la melodía.

Todos los viajeros están despistados. Para conocer la Alhambra de Granada. Por ejemplo, antes de recorrer sus patios y sus salas, es mucho más útil, más pedagógico comer el delicioso alfajor de Zafra o las tortas alajú de las monjas, que dan, con la fragancia y el sabor, la temperatura auténtica del palacio cuando estaba vivo, así como la luz antigua y los puntos cardinales del temperamento de su corte.

En la melodía, como en el dulce, se refugia la emoción de la historia, su luz permanente sin fechas ni hechos. El amor y la brisa de nuestro país vienen en las tonadas o en la rica pasta del turrón, trayendo vida viva de las épocas muertas, al contrario de las piedras, las campanas, las gentes con carácter y aun el lenguaje.

La melodía, mucho más que el texto, define los caracteres geográficos y la

línea histórica de una región y señala de manera aguda momentos definidos de un perfil que el tiempo ha borrado. Un romance, desde luego, no es perfecto hasta que no lleva su propia melodía, que le da la sangre y palpitación y el aire severo o erótico donde se mueven los personajes.

La melodía latente, estructurada con sus centros nerviosos y sus ramitos de sangre, pone vivo calor histórico sobre los textos que a veces pueden estar vacíos y otras veces no tienen más valor que el de simples evocaciones.

Antes de pasar adelante debo decir que no pretendo dar en la clave de las cuestiones que trato. Estoy en un plano poético donde el sí y el no de las cosas son igualmente verdaderos. Si me preguntan ustedes: "¿Una noche de luna de hace cien años es idéntica a una noche de luna de hace diez días?", yo podría demostrar (y como yo otro poeta cualquiera, dueño de su mecanismo) que era idéntica y que era distinta de la misma manera y con el mismo acento de verdad indiscutible. Procuro evitar el dato erudito que, cuando no tiene gran belleza, cansa a los auditorios, y en cambio, persigo subrayar el dato de emoción, porque a vosotros os interesa más saber si de una melodía brota una brisa tamizada que incita al sueño o si una canción puede poner un paisaje simple delante de los ojos recién cuajados del niño, que saber si esa melodía es del siglo XVII o si está escrita en 3 por 4, cosa que el poeta debe saber, pero no repetir, y que realmente está al alcance de todos los que se dedican a estas cuestiones.

Hace unos años, paseando por las inmediaciones de Granada, oí cantar a una mujer del pueblo mientras dormía a su niño.

Siempre había notado la aguda tristeza de las canciones de cuna de nuestro país; pero nunca como entonces sentí esta verdad tan concreta. Al acercarme a la cantora para anotar la canción observé que era una andaluza guapa, alegre sin el menor tic de melancolía; pero una tradición viva obraba en ella y ejecutaba el mandado fielmente, como si escuchara las viejas voces imperiosas que patinaban por su sangre.

Desde entonces he procurado recoger canciones de cuna de todos los sitios de España; quise saber de qué modo dormía a sus hijos las mujeres de mi país, y al cabo de un tiempo recibí la impresión de que España usa sus melodías para teñir el primer sueño de sus niños. No se trata de un modelo o de una canción aislada en una región, no; todas las regiones acentúan sus caracteres poéticos y su fondo de tristeza en esta clase de cantos, desde Asturias y Galicia hasta Andalucía y Murcia, pasando por el azafrán y el modo yacente de Castilla.

Existe una canción de cuna europea, suave y monótona, a la cual puede entregarse el niño con toda fruición, desplegando todas sus aptitudes para el sueño. Francia y Alemania ofrecen característicos ejemplos, y entre nosotros, los vascos dan la nota europea con sus nanas de un lirismo idéntico al de las canciones nórdicas, llenas de ternura y amable simplicidad.

La canción de cuna europea no tiene más objeto que dormir al niño, sin que quiera, como la española, herir al mismo tiempo su sensibilidad.

El ritmo y la monotonía de estas canciones de cuna que llamo europeas las pueden hacer aparecer como melancólicas, pero no lo son por sí mismas; son melancólicas accidentalmente, como un chorro de agua o el temblor de unas hojas en determinado momento. No podemos confundir monotonía con melancolía. El cogollo de Europa tiende grandes telones grises ante sus niños para que duerman tranquilamente. Doble virtud de lana y esquila. Con el mayor tacto.

Las canciones de cuna rusas que conozco, aun teniendo el oblicuo y triste rumor eslavo, pómulo y lejanía, de toda su música, no poseen la claridad sin nubes de las españolas, el sesgo profundo, la sencillez patética que nos caracterizan. La tristeza de la canción de cuna rusa puede soportarla el niño, como se soporta un día de niebla detrás de los cristales; pero en España, no.

España es el país de los perfiles. No hay términos borrosos por donde se pueda huir al otro mundo. Todo se dibuja y limita de la manera más exacta. Un muerto es más muerto en España que en cualquiera otra parte del mundo. Y el que quiere saltar al sueño se hiere los pies con el filo de una navaja barbera.

No quiero que crean ustedes que vengo a hablar de la España negra, la España trágica, etc., etc., tópico demasiado manoseado y sin eficacia literaria por ahora.

Pero el paisaje de las regiones que más trágicamente la representan, que son aquellas donde se habla el castellano, tiene el mismo acento duro, la misma originalidad dramática y el mismo aire enjuto de las canciones que brotan en él. Siempre tendremos que reconocer que la belleza de España no es serena, dulce, reposada, sino ardiente, quemada, excesiva, a veces sin órbita; belleza sin la luz de un esquema inteligente donde apoyarse y que, ciega de su propio resplandor, se rompe la cabeza contra las paredes.

Se puede encontrar en el campo español ritmos sorprendentes o construcciones melódicas llenas de un misterio y una antigüedad que escapa a nuestro dominio; pero nunca encontraremos un solo ritmo elegante, es decir, consciente de sí mismo, que se vaya desarrollando con serenidad querida aunque brote del pico de una llama.

Pero aun dentro de esta tristeza sobria o este furor rítmico España tiene cantos alegres, chanza, bromas, canciones de delicado erotismo y encantadores madrigales. ¿Cómo ha reservado para llamar al sueño del niño lo más sangrante, lo menos adecuado para su delicada sensibilidad? No debemos olvidar que la canción de cuna está inventada (y sus textos lo expresan) por las pobres mujeres cuyos niños son para ellas una carga, una cruz pesada con la cual muchas veces no pueden. Cada hijo, en vez de ser una alegría, es una pesadumbre, y, naturalmente, no pueden dejar de cantarles, aun en medio de su amor, su desgano de la vida.

Hay ejemplos exactos de esta posición, de este resentimiento contra el niño que ha llegado cuando, aun queriendo la madre. No ha debido llegar de ninguna manera. En Asturias, se canta esto en el pueblo de Navia:

Este neñín que teño nel collo
e d'un amor que se tyama Vitorio,
Dios que madeu, treveme llongo
por non andar con Vitorio nel collo.

Y la melodía con que se canta está a tono con la tristeza miserable de los versos.

Son las pobres mujeres las que dan a los hijos este pan melancólico y son ellas las que lo llevan a las casas ricas. El niño rico tiene la nana de la mujer pobre, que le da al mismo tiempo, en su cándida leche silvestre, la médula del país.

Estas nodrizas. Juntamente con las criadas y otras sirvientas más humildes, están realizando hace mucho tiempo la importantísima labor de llevar el romance, la canción y el cuento a las casas de los aristócratas y los burgueses. Los niños ricos saben de Gerineldo de don Bernaldo, de Tamar, de los amantes de Teruel, gracias a estas admirables criadas y nodrizas que bajan de los montes o vienen a lo largo de nuestros ríos para darnos la primera lección de historia de España y poner en nuestra carne el sello áspero de la divisa ibérica: "Solo estás y solo vivirás".

Para provocar el sueño del niño intervienen varios factores importantes si contamos, naturalmente, con el beneplácito de las hadas. Las hadas son las que traen las anémonas y las temperaturas. La madre y la canción ponen lo demás.

Todos los que sentimos al niño como el primer espectáculo de la Naturaleza, los que creemos que no hay flor, número o silencio comparables a él hemos observado muchas veces cómo, al dormir y sin que nada ni nadie le llame la atención, ha vuelto la cara del almidonado pecho de la nodriza (ese pequeño monte volcánico estremecido de leche y venas azules) y ha mirado con los ojos fijos la habitación aquietada para su sueño.

"¡Ya está ahí!", digo yo siempre, y, efectivamente, está.

El año de 1917 tuve la suerte de ver a un hada en la habitación de un niño pequeño, primo mío. Fue una centésima de segundo, pero la vi. Es decir, la vi... como se ven las cosas puras, situadas al margen de la circulación de la sangre, con el rabillo del ojo, como el gran poeta Juan Ramón Jiménez vio a las sirenas, a su vuelta de América: las vio que se acababan de hundir.

Esta hada estaba encaramada en la cortina, relumbrante como si estuviera vestida con un traje de ojo de perdiz, pero me es imposible recordar su tamaño ni su gesto.

Nada más fácil para mí que inventármela, pero sería un engaño poético de primer orden, nunca una creación poética, y yo no quiero engañar a nadie. No hablo con humor ni con ironía; hablo con la fe arraigada que solamente tienen el

poeta, el niño y el tonto puro. Al hablar incidentalmente de las hadas cumplí con mi deber de propagandista del sentido poético, hoy casi perdido por culpa de los literatos y los intelectuales, que han esgrimido contra él las armas humanas y poderosas de la ironía y el análisis.

Después del ambiente que ellas crean hacen falta dos ritmos: el ritmo físico de la cuna o silla y el ritmo intelectual de la melodía. La madre traba estos dos ritmos para el cuerpo y para el oído con distintos compases y silencios, los va combinando hasta conseguir el tono justo que encanta al niño.

No hacía falta ninguna que la canción tuviese texto. El sueño acude con el ritmo solo y la vibración de la voz sobre ese ritmo.

La canción de cuna perfecta sería la repetición de dos notas entre sí, alargando su duración y efectos. Pero la madre no quiere ser fascinadora de serpientes, aunque en el fondo emplee la misma técnica.

Tiene necesidad de la palabra para mantener al niño pendiente de sus labios, y no sólo gusta de expresar cosas agradables mientras viene el sueño, sino que lo entra de lleno en la realidad cruda y le va infiltrando el dramatismo del mundo.

Así, pues, la letra de las canciones va contra el sueño y su río manso. El texto provoca emociones en el niño y estados de duda, terror, contra los cuales tiene que luchar la mano borrosa de la melodía que peina y amansa los caballitos encabritados que se agitan en los ojos de la criatura.

No olvidemos que el objeto fundamental de la nana es dormir al niño que no tiene sueño. Son canciones para el día y la hora en que en niño tiene ganas de jugar. En Tamames se canta:

Duérmete, mi niño,
que tengo que hacer,
lavarte la ropa,
ponerme a coser.

Y a veces la madre realiza una verdadera batalla que termina con azotes, llantos y sueño al fin. Nótese cómo al niño recién nacido no se le canta la nana casi nunca. Al niño recién nacido se le entretiene con el esbozo melódico dicho entre dientes, y en cambio, se da mucha más importancia al ritmo físico, al balanceo. La nana requiere un espectador que siga con inteligencia sus accidentes y se distraiga con la anécdota, tipo o evocación de paisaje que la canción expresa. El niño al que se canta ya habla, empieza a andar, conoce el significado de las palabras y muchas veces canta él también.

Hay una relación delicadísima entre el niño y la madre en el momento silencioso del canto. El niño permanece alerta para protestar el texto o avivar el ritmo demasiado monótono. La madre adopta una actitud de ángulo sobre el agua

al sentirse espiada por el agudo crítico de su voz.

Ya sabemos que a todos los niños de Europa se les asusta con el "coco" de maneras diferentes. Con el "bute" y la "marimanta" andaluza, forma parte de ese raro mundo infantil, lleno de figuras sin dibujar, que se alzan como elefantes entre la graciosa fábula de espíritus caseros que todavía alientan en algunos rincones de España.

La fuerza mágica del "coco" es precisamente su desdibujo. Nunca puede aparecer, aunque ronde las habitaciones. Y lo delicioso es que sigue desdibujado para todos. Se trata de una abstracción poética, y, por eso, el miedo que produce es un miedo cósmico, un miedo en el cual los sentidos no pueden poner sus límites salvadores, sus paredes objetivas que defienden, dentro del peligro, de otros peligros mayores, porque no tienen explicación posible. Pero no hay tampoco duda de que el niño lucha por representarse esa abstracción, y es muy frecuente que llame "cocos" a las formas extravagantes que a veces se encuentran en la Naturaleza.

Al fin y al cabo, el niño está libre para poder imaginárselo. El miedo que le tenga depende de su fantasía, y puede, incluso, serle simpático, yo conocí a una niña catalana que. en una de las últimas exposiciones cubistas de mi gran compañero de Residencia Salvador Dalí, nos costó mucho trabajo sacarla fuera del local, porque estaba entusiasmada con los "papos", los "cocos", que eran cuadros grandes de colores ardientes y de una extraordinaria fuerza expresiva. Pero no es España aficionada al "coco". Prefiere asustar con seres reales. En el Sur, el "toro" y la "reina mora" son las amenazas; en Castilla, la "loba" y la "gitana", y en el norte de Burgos se hace una maravillosa sustitución del "coco" por la "aurora". Es el mismo procedimiento para infundir silencio que se emplea en la nana más popular de Alemania, en la cual es una oveja la que viene a morder al niño. La concentración y huida al otro mundo, el ansia de abrigo y el ansia de límite seguro que impone la aparición de estos seres reales o imaginarios llevan al sueño, aunque conseguido de manera poco prudente...

Pero esta técnica del miedo no es muy frecuente en España. Hay otros medios más refinados y algunos más crueles.

Muchas veces la madre construye en la canción una escena de paisaje abstracto, casi siempre nocturno, y en ella pone, como en el auto más simple y viejo, uno o dos personajes que ejecutan alguna acción sencillísima y casi siempre de un efecto melancólico de lo más bello que se puede conseguir. Por esta escenografía diminuta pasan los tipos que el niño va dibujando necesariamente y que se agrandan en la niebla caliente de la vigilia.

A esta clase pertenecen los textos más suaves y tranquilos por los que el niño puede correr relativamente sin temores.

Andalucía tiene hermosos ejemplos. Es la canción de cuna más racional. Si

no fuera por las melodías. Pero las melodías son dramáticas, siempre de un dramatismo incomprensible para el oficio que ejercen, yo he recogido en Granada seis versiones de esta nana:

A la nana, nana, nana,
a la nanita de aquel
que llevó el caballo al agua
y lo dejó sin beber.

En Tamames (Salamanca) existe ésta:

Las vacas de Juana
no quieren comer;
llévalas al agua,
que querrán beber.

En Santander se canta :

Por aquella calle a la larga
hay un gavilán perdío
que dicen que va a llevarse
la paloma de su nío.

Y en Pedrosa del Príncipe (Burgos).

A mi caballo le eché
hojitas de limón verde
y no las quiso comer.

Los cuatro textos, aunque de personajes diferentes y de sentimientos distintos, tienen un mismo ambiente. Es decir: la madre evoca un paisaje de la manera más simple y hace pasar por él a un personaje al que rara vez da nombre. Solamente conozco dos tipos bautizados en el ámbito de la nana: Pedro Neleira, de la Villa del Grado, que llevaba la gaita colgada de un palo, y el delicioso maestro Galindo de Castilla, que no podía tener escuela porque pegaba a los muchachos sin quitarse las espuelas.

La madre lleva al niño fuera de sí, a la lejanía, y le hace volver a su regazo para que, cansado, descanse. Es una pequeña iniciación de aventura poética. Son los primeros pasos por el mundo de la representación intelectual. En esta nana (la más popular del reino de Granada),

A la nana, nana, nana,
a la nanita de aquel
que llevó el caballo al agua
y lo dejó sin beber...,

El niño tiene un juego lírico de belleza pura antes de entregarse al sueño. Ese aquel y su caballo se alejan por el camino de ramas oscuras hacia el río, para volver a marcharse por donde empieza el canto una vez y otra vez, siempre de manera silenciosa y renovada. Nunca el niño los verá de frente. Siempre imaginará en la penumbra el traje oscuro de aquel y la grupa brillante del caballo. Ningún personaje de estas canciones da la cara. Es preciso que se alejen y abran un camino hacia sitios donde el agua es más profunda y el pájaro ha renunciado definitivamente a sus alas. Hacia la más simple quietud. Pero la melodía da en este caso un tono que hace dramáticos en extremo a aquel y a su caballo; y al hecho insólito de no darle agua, una rara angustia misteriosa.

En este tipo de canción, el niño reconoce al personaje y, según su experiencia visual, que siempre es más de lo que suponemos. Perfila su figura. Está obligado a ser un espectador y un creador al mismo tiempo, ¡y qué creador maravilloso! Un creador que posee un sentido poético de primer orden. No tenemos más que estudiar sus primeros juegos, antes de que se turbe de inteligencia, para observar qué belleza planetaria los anima, qué simplicidad perfecta y qué misteriosas relaciones descubren entre cosas y objetos que Minerva no podrá nunca descifrar. Con un botón, un carrete de hilo, una pluma y los cinco dedos de su mano construye el niño un mundo difícil cruzado de resonancias inéditas que cantan y se entrechocan de turbadora manera, con alegría que no ha de ser analizada. Mucho más de lo que pensamos comprende el niño. Está dentro de un mundo poético inaccesible, donde ni alcahueta imaginación, ni la fantasía tienen entrada; planicie con los centros nerviosos al aire, de horror y belleza aguda, donde un caballo blanquísimo, mitad de níquel, mitad de humo, cae herido de repente con un enjambre de abejas clavadas de furiosa manera sobre sus ojos.

Muy lejos de nosotros, el niño posee íntegra la fe creadora y no tiene aún la semilla de la razón destructora. Es inocente y, por tanto, sabio. Comprende, mejor que nosotros, la clave inefable de la sustancia poética. Otras veces la madre sale también de aventura con su niño en la canción. En la región de Guadix se canta:

A la nana, niño mío,
a la nanita y haremos
en el campo una chocita
y en ella nos meteremos.

Se van los dos. El peligro está cerca. Hay que reducirse, achicarse, que las paredes de la chocita nos toquen en la carne. Fuera nos acechan. Hay que vivir en un sitio muy pequeño. Si podemos, viviremos dentro de una naranja. Tú y yo. ¡Mejor, dentro de una uva!

Aquí llega el sueño, atraído por el procedimiento contrario al de la lejanía.

Dormir al niño, habiendo un camino delante de él, equivale un poco a la raya de tiza blanca que hace el hipnotizador de gallos. Esta manera de recogimiento dentro de sí es más dulce. Tiene la alegría del que ya está seguro en la rama del árbol durante la turbulenta inundación.

Hay algún ejemplo en España, Salamanca y Murcia, en el cual la madre hace de niño, al revés:

Tengo sueño, tengo sueño,
tengo ganas de dormir.
Un ojo tengo cerrado,
otro ojo a medio abrir.

Usurpa el puesto del niño de una manera autoritaria, y, claro está, como el niño carece de defensa, tiene forzosamente que dormirse.

Pero el grupo más completo de canciones de cuna, y el más frecuente en todo el país, está compuesto por aquellas canciones en las cuales se obliga al niño a ser actor único de su propia nana.

Se le empuja dentro de la canción, se le disfraza y se le pone en oficios o momentos siempre desagradables.

Aquí están los ejemplos más cantados y de más rica enjundia española, así como las melodías más originales y de más acentuado indigenismo.

El niño es maltratado, zaherido de la manera más tierna: "Vete de aquí; tú no eres mi niño; tu madre es una gitana". O "Tu madre no está; no tienes cuna; eres pobre, como Nuestro Señor"; y siempre en este tono. Ya no se trata de amenazar, asustar o construir una escena, sino que se echa al niño dentro de ella, solo y sin armas, caballero indefenso contra la realidad de la madre.

La actitud del niño en esta clase de nanas es casi siempre de protesta, más o menos acentuada, según su sensibilidad.

Yo he presenciado infinidad de casos en mi larga familia en los cuales el niño ha impedido rotundamente la canción. Han llorado, han pataleado hasta que la nodriza ha cambiado, con gran disgusto parte de ella, el disco y ha roto con otra canción en la cual se compara el sueño del niño con el bovino rubor de la rosa. En Trubia se canta a los niños esta añada, que es una lección de desencanto.

Crióme mi madre
feliz y contentu,
cuando me dormía
me iba diciendo:
"*¡Ea, ea, ea!,*
tú has de ser marqués,
conde o caballeru";
y por mi desgracia

yo aprendí a "goxeru".
Facía los "goxos"
en mes de Xineru
y por el verano
cobraba el dineru.
Aquí está la vida
del pobre "goxeru».
"¡Ea, ea, ea!", etc., etc.

Oigan ahora ustedes esta nana que se canta en Cáceres, de rara pureza melódica, que parece hecha para cantar a los niños que no tienen madre y cuya severidad lírica es tan madura que más bien parece canto para morir que canto para el primer sueño:

Duérmete, mi niño, duerme,
que tu madre no está en casa,
que se la llevó la Virgen
de compañera a su casa.

De este tipo existen varias en el norte y oeste de España, que es donde la nana toma acentos más duros y miserables.

En Orense se canta otra nana por una doncella cuyos senos todavía ciegos esperan el rumor resbaladizo de su manzana cortada:

Ora, ora, niño, ora;
¿quién vos hai de dar la teta
si tu pai va no monte
y tua mai na leña seca?

Las mujeres de Burgos cantan:

Échate, niño, al ron ron,
que tu padre está al carbón
y tu madre a la manteca
no te puede dar la teta.

Estas dos nanas tienen mucho parecido. La antigüedad venerable de las dos está suficientemente clara. Ambas melodías están escritas en un tetracordio, dentro del cual desenvuelven su esquema. Por la simplicidad y su puro diseño son canciones que no tienen par en ningún cancionero.

Es particularmente triste la nana con que duermen a sus hijos las gitanas de Sevilla. Pero no creo que sea oriunda de esta ciudad. Es el único tipo que presento influido por el canto de las montañas del Norte y que no ofrece la autonomía

melódica insobornable que tiene cada región cuando logra definirse. Constantemente vemos en todos los cantos gitanos esa influencia nórdica a través de Granada. Está recogida en Sevilla por un amigo mío de gran escrupulosidad musical. Pero parece hija directa de los valles penibéticos. El diseño tiene extraordinario parecido con este canto de Santander, muy conocido:

Por aquella vereda
no pasa nadie,
que murió la zagala,
la flor del valle,
la flor del vaIle,
sí, etc.

Es una nana de este tipo triste en que se deja solo al niño, aun de la mayor ternura.

Dice así :

Este galapaguito
no tiene madre,
lo parió una gitana.
lo echó a la calle.

No hay duda ninguna de su acento nórdico, mejor diría granadino, canto que conozco porque lo he recogido, y en donde se traban, como en su paisaje, la nieve con el surtidor y el helecho con la naranja. Pero para afirmar todas estas cosas hay que andar con sumo tacto. Hace años, Manuel de Falla venía sosteniendo que una canción de columpio que se canta en los primeros pueblos de Sierra Nevada era de indudable origen asturiano. Las varias transcripciones que le llevamos afirmaron su creencia. Pero un día la oyó cantar él mismo y al transcribirla y estudiarla notó que era una canción con el ritmo viejo llamado epítrito y que nada tenía que ver con la tonalidad ni con la métrica típicas de Asturias. La transcripción. Al dislocar el ritmo, la hacía asturiana. No hay duda de que Granada tiene un gran acervo de canciones de tono galaico y de tono asturiano, debido a una colonización que gentes de estas dos regiones iniciaron en la Alpujarra; pero existen otras infinitas influencias difíciles de captar por esa máscara terrible que lo cubre todo y que se llama carácter regional, el cual confunde y nubla las entradas de las claves, sólo descifrables por técnicos tan profundos como Falla, quien, además, posee una intuición artística de primer orden.

En todo el folklore musical español, con algunas gloriosas excepciones, existe un desbarajuste sin freno en esto de transcribir melodías. Se pueden considerar como no transcriptas muchas de las que circulan. No hay nada más delicado que un ritmo, base de toda melodía, ni nada más difícil que una voz del pueblo que da en estas melodías tercios de tono y aun cuartos de tono, que no

tienen signos en el pentagrama de la música construida. Ya ha llegado la hora de sustituir los imperfectos cancioneros actuales con colecciones de discos de gramófono, de utilidad suma para el erudito y para el músico.

De este mismo ambiente que tiene la nana del galapaguito aunque ya más enjuto y de melodía más sobria y patética, existe un tipo en Morón de la Frontera y algún otro en Usana, recogido por el insigne Pedrell.

En Béjar se canta la nana más ardiente, más representativa de Castilla. Canción que sonaría como una moneda de oro si la arrojásemos contra las piedras del suelo:

Duérmete, niño pequeño,
duerme, que te velo yo;
Dios te dé mucha ventura
neste mundo engañador.
Morena de las morenas,
la Virgen del Castañar;
en la hora de la muerte
ella nos ampparará.

En Asturias se canta esta otra añada, en la cual la madre se queja de su marido para que en niño la oiga.

El marido viene golpeando la puerta, rodeado de hombres borrachos, en la noche cerrada y lluviosa del país. La mujer mece al niño con una herida en los pies, con una herida que tiñe de sangre las cruelísimas maromas de los barcos.

Todos los trabayos son
para las pobres muyeres,
aguardando por las noches
que los maridos vinieren.
Unos veníen borrachos,
otros veníen alegres;
otros decíen: «Muchachos,
vamos matar las muyeres».
Ellos piden de cenar,
ellas que darles no tienen.
"*¿Qué ficiste los dos riales?*
Muyer, ¡qué gobierno tienes!!»

Etc., etc.

Es difícil encontrar en toda España un canto más triste y de más cruda salacidad. Nos queda, sin embargo, por ver un tipo de canción de cuna verdaderamente extraordinario. Hay ejemplos en Asturias, Salamanca, Burgos y

León. No es la nana de una región determinada, sino que corre por el norte y el centro de la Península. Es la canción de cuna de la mujer adúltera que cantando a su niño se entiende con el amante.

Tiene un doble sentido de misterio y de ironía que sorprende siempre que se escucha. La madre asusta al niño con un hombre que está en la puerta y que no debe entrar. El padre está en casa y no lo dejaría. La variante de Asturias dice:

El que está en la puerta
que non entre agora,
que está el padre en casa
del neñu que llora.
Ea, mi neñín, agora non,
ea, mi neñín, que está el papón.
El que está en la puerta
que vuelva mañana,
que el padre del neñu
está en la montaña.
Ea, mi neñín, agora non,
ea, mi neñín, que está el papón.

La canción de la adúltera que se canta en Alba de Tormes es más lírica que la asturiana y de sentimiento más velado...

Palomita blanca
que andas a deshora
el padre está en casa
del niño que llora.
Palomita negra
de los vuelos blancos,
está el padre en casa
del niño que canta.

La variante de Burgos, Salas de los lnfantes, es la más clara de todas:

Qué majo que eres,
qué mal que lo entiendes,
que está el padre en casa
y el niño no duerme.
Al mu, mu, al mu mu
del alma,
¡que te vayas tú!

Es una hermosa mujer la que canta estas canciones. Diosa Flora, de pecho

insomne, apto para la cabeza de la víbora. Ávida de frutos y limpio de melancolía. Esta es la única nana en la cual el niño no tiene importancia de ninguna clase. Es un pretexto nada más. No quiero decir, sin embargo, que todas las mujeres que la cantan sean adúlteras; pero sí que, sin darse cuenta, entran en el ámbito del adulterio. Después de todo, ese hombre misterioso que está en la puerta y no debe entrar es el hombre que lleva la cara oculta por el gran sombrero, con quien sueña toda mujer verdadera y desligada.

He procurado presentar a ustedes diversos tipos de canciones que, con excepción de la de Sevilla, responden a un modelo regional característico desde el punto de vista melódico. Canciones que no han recibido influencia. Melodías fijas que no pueden viajar nunca. Las canciones que viajan son canciones cuyos sentimientos permanecen en un equilibrio tranquilo y que tienen cierto aire universal. Son canciones escépticas, hábiles para cambiar el matemático traje del ritmo, flexibles para el acento y neutrales para la temperatura lírica. Cada región tiene un núcleo melódico fijo e insobornable y un verdadero ejército de canciones peregrinas que circulan por donde pueden y que van a morir fundidas en el último límite de su influencia.

Existe un grupo de canciones asturianas y gallegas que, teñidas de verde, húmedas, descienden a Castilla, donde se estructuran rítmicamente y llegan hasta Andalucía, donde adquieren el modo andaluz y forman el raro canto de montaña granadino.

La seguiriya gitana del cante jondo, la más pura expresión de la lírica andaluza, no logra salir de Jerez o de Córdoba. Y, en cambio. El bolero, melodía neutra, se baila en Castilla y aun en Asturias. Hay un bolero auténtico en Llanes, recogido por Torner.

Los alalás gallegos golpean noche y día los muros de Zaragoza sin poder penetrarla y, en cambio, muchos acentos de muñeira circulan por las melodías de ciertas danzas rituales y cantos de los gitanos del Sur. Las sevillanas, que llegan intactas hasta Túnez. Llevadas por los moros de Granada, ya sufren un cambio total de ritmo y de carácter al llegar a la Mancha, y no logran pasar del Guadarrama.

En las mismas nanas de que hablo, Andalucía influye por el mar, pero no logra llegar al Norte, como en otras clases de canciones. El modo andaluz de la nana tiñe el bajo Levante, hasta algún vou-vei-vou balear, y por Cádiz llega hasta Canarias, cuyo delicioso arroró es de indudable acento bético.

Podríamos hacer un mapa melódico de España, y notaríamos en él una fusión entre las regiones, un cambio de sangres y jugos que veríamos alternar en las sístoles y diástoles de las estaciones del año.

Veríamos claro el esqueleto de aire irrompible que une las regiones de la Península, esqueleto en vilo sobre la lluvia, con sensibilidad descubierta de

molusco, para recoger en un centro a la menor invasión de otro mundo, y volver a manar fuera de peligro la viejísima y completa sustancia de España.

La imagen poética de Luis de Góngora.

Queridos compañeros: Es muy difícil para mí hablaros de un tema complejo y especializado como este de la poesía gongorina; pero quiero poner toda mi buena voluntad para ver si logro entreteneros un rato con este juego encantador de la emoción poética, tan imprescindible en la vida del hombre cultivado.

No quisiera, como es natural, daros la lata, y para ello he procurado que mi modesto trabajo tenga varios puntos de vista y, desde luego, aportaciones personales en la crítica del gran poeta de Andalucía.

Antes de pasar adelante, ya os supongo a todos enterados de quién era don Luis de Góngora y de lo que es una imagen poética. Todos habéis estudiado Preceptiva y Literatura, y vuestros profesores, con raras y modernas excepciones, os han dicho que Góngora era un poeta muy bueno, que de pronto, obedeciendo a varias causas, se convirtió en un poeta muy extravagante (de ángel de luz se convirtió en ángel de tinieblas, es la frase consabida) y que llevó el idioma a retorcimientos y ritmos inconcebibles para cabeza sana. Eso os han dicho en el Instituto mientras os elogiaban a Núñez de Arce el insípido, a Campoamor, poeta de estética periodística, bodas, bautizos, entierros, viajes en expreso, etc., o al Zorrilla malo (no al magnífico Zorrilla de los dramas y las leyendas), como mi profesor de Literatura, que lo recitaba dando vueltas por la clase, para terminar con la lengua fuera, entre la hilaridad de los chicos.

Góngora ha sido maltratado con saña y defendido con ardor. Hoy su obra está palpitante como si estuviera recién hecha, y sigue el murmullo y la discusión, ya un poco vergonzosa, en torno de su gloria. Y una imagen poética es siempre una traslación de sentido.

El lenguaje está hecho a base de imágenes, y nuestro pueblo tiene una riqueza magnífica de ellas. Llamar alero a la parte saliente del tejado es una imagen magnífica; o llamar a un dulce tocino del cielo o suspiros de monja, otras muy graciosas, por cierto, y muy agudas; llamar a una cúpula media naranja es otra, y así, infinidad. En Andalucía la imagen popular llega a extremos de finura y sensibilidad maravillosas, y las transformaciones son completamente gongorinas.

A un cauce profundo que discurre lento por el campo lo llaman un buey de agua, para indicar su volumen, su acometividad y su fuerza; y yo he oído decir a un labrador de Granada: "A los mimbres les gusta estar siempre en la lengua del río". Buey de agua y lengua de río son dos imágenes hechas por el pueblo y que responden a una manera de ver ya muy cerca de don Luis de Góngora.

Para situar a Góngora hay que hacer notar los dos grupos de poetas que

luchan en la Historia de la Lírica de España. Los poetas llamados populares e impropiamente nacionales, y los poetas llamados propiamente cultos o cortesanos. Gentes que hacen su poesía andando los caminos o gentes que hacen su poesía sentados en su mesa, viendo los caminos a través de los vidrios emplomados de la ventana. Mientras que en el siglo XIII los poetas indígenas, sin nombre, balbucean canciones, desgraciadamente perdidas, del sentimiento medieval galaico o castellano, el grupo que vamos a llamar contrario, para distinguirlo, atiende a la francesa y provenzal. Bajo aquel húmedo cielo de oro se publican las canciones de Ajuda y de la Vaticana, donde oímos a través de las rimas provenzales del rey don Dionís y de las cultas canciones de amigo o cantigas de amor, seguramente por olvido de la firma, tan respetada en la Edad Media, la tierna voz de los poetas sin nombre, que cantan un puro canto, exento de gramática.

En el siglo xv, el Cancionero de Baena rechaza sistemáticamente toda poesía de acento popular. Pero el marqués de Santillana asegura que entre los donceles nobles de esta época estaban muy de moda las canciones de amigo.

Empieza a soplar el fresco aire de Italia.

Las madres de Garcilaso y de Boscán cortan el azahar de sus bodas; pero ya se canta en todas partes y era clásico aquello de:

Al alba venid. buen amigo;
al alba venid.
Amigo el que más quería.
venid a la luz del día.
Amigo el que más amaba,
venid a la luz del alba,
venid a la luz del día,
non trayáis compañia.
Venid a la luz del alba,
non trayáis gran compaña.

Y cuando Garcilaso nos trae el endecasílabo con sus guantes perfumados, viene la música en ayuda de los popularistas. Se publica el Cancionero musical de Palacio y se pone de moda lo popular. Los músicos recogen entonces de la tradición oral bellas canciones amatorias, pastoriles y caballerescas. Se oyen en las páginas hechas para ojos aristocráticos las voces de rufianes en las tabernas o de las serranas de Avila, el romance del moro de largas barbas, dulces cantos de amigo, monótonas oraciones de ciego, el canto del caballero perdido en la espesura o la queja exquisita de la plebeya burlada. Un fino y exacto paisaje de lo pintoresco y espiritual español.

El insigne Menéndez Pidal dice que el humanismo "abrió" los ojos de los doctos a la comprensión más acabada del espíritu humano en todas sus

manifestaciones, y lo popular mereció una atención digna e inteligente. Como hasta entonces no había logrado. Prueba de esto es el cultivo de la vihuela y de los cantos del pueblo por grandes músicos, como el valenciano Luis Milán, imitador feliz de El cortesano, de Castiglione, y Francisco Salinas, amigo de fray Luis de León.

Una guerra franca se declaró entre los dos grupos. Cristóbal de Castillejo y Gregorio Silvestre tomaron la bandera castellanista con el amor a la tradición popular. Garcilaso, seguido del grupo más numeroso, afirmó su adhesión a lo que se llamó gusto italiano. Y cuando en los últimos meses del año 1609 Góngora escribe el Panegírico al duque de Lerma, la guerra entre los partidarios del fino cordobés y los amigos del incansable Lope de Vega llega a un grado de atrevimiento y exaltación como en ninguna época literaria. Tenebrosistas y llanistas hacen un combate de sonetos animado y divertido, a veces dramático y casi siempre indecente.

Pero quiero hacer constar que no creo en la eficacia de esta lucha ni creo en lo de poeta italianizante y poeta castellano. En todos ellos hay, a mi modo de ver, un profundo sentimiento nacional. La indudable influencia extranjera no pesa sobre sus espíritus. El clasificarlos depende de una cuestión de enfoque histórico. Pero tan nacional es Garcilaso como Castillejo. Castillejo está imbuido en la Edad Media. Es un poeta arcaizante del gusto recién acabado. Garcilaso, renacentista, desentierra a orillas del Tajo viejas mitologías equivocadas por el tiempo, con una galantería genuinamente nacional descubierta entonces y un verbo de eternidad española.

Lope recoge los arcaísmos líricos de los finales medievales y crea un teatro profundamente romántico, hijo de su tiempo. Los grandes descubrimientos marítimos, relativamente recientes, (romanticismo puro), le dan en el rostro. Su teatro de amor, de aventura y de duelo le afirman como un hombre de tradición nacional. Pero tan nacional como él es Góngora. Góngora huye en su obra característica y definitiva de la tradición caballeresca y de lo medieval para buscar, no superficialmente como Garcilaso, sino de una manera profunda, la gloriosa y vieja tradición latina. Busca en el aire solo de Córdoba las voces de Séneca y Lucano. Y modelando versos castellanos a la luz fría de la lámpara de Roma, lleva a su mayor altura un tipo de arte únicamente español: el barroco. Ha sido una lucha intensa de medievalistas y latinistas. Poetas que aman lo pintoresco y local, y poetas de corte. Poetas que se embozan, y poetas que buscan el desnudo. Pero el aire ordenado y sensual que manda el Renacimiento italiano no les llega al corazón. Porque o son románticos, como Lope y Herrera, o son católicos y barrocos en sentido distinto. Como Góngora y Calderón. La Geografía y el Cielo triunfan de la Biblioteca.

Hasta aquí quería llegar en este breve resumen. He procurado buscar la

línea de Góngora para situarlo en su aristocrática soledad.

"Mucho se ha escrito sobre Góngora; pero todavía cura la génesis de su reforma poética... " Así empiezan los gramáticos más avanzados y cautelosos cuando hablan del padre de la lírica moderna. No quiero nombrar a Menéndez y Pelayo, que no entendió a Góngora, porque, en cambio, entendió portentosamente a todos los demás. Algunos críticos achacan lo que ellos llaman el cambio repentino de don Luis de Góngora, con cierto sentido histórico a las teorías de Ambrosio de Morales, a las sugestiones de su maestro Herrera, a la lectura del libro del cordobés Luis Carrillo (apología de estilo oscuro) y a otras causas que parecen razonables. Pero el francés M. Lucien Paul Thomas lo achaca a perturbación cerebral y el señor Fitzmallrice- Kelly, dando prueba de la incapacidad crítica que le distingue cuando trata de un autor no clasificado, se inclina a creer que el propósito del poeta de las Soledades no fue otro que el de llamar la atención sobre su personalidad literaria. Nada más pintoresco que estas serias opiniones. Ni nada más irreverente.

El Góngora culterano ha sido considerado en España, y lo sigue siendo por un extenso núcleo de opinión, como un monstruo de vicios gramaticales cuya poesía carece de todos los elementos fundamentales para ser bella. Las Soledades han sido consideradas por los gramáticos y retóricos más eminentes como una lacra que hay que tapar, y se han levantado voces oscuras y torpes, voces sin luz ni espíritu para anatematizar lo que ellos llaman oscuro y vacío. Consiguieron arrinconar a Góngora y echar tierra en los ojos nuevos que venían a comprenderlo durante dos largos siglos en que se nos ha estado repitiendo... "no acercarse, porque no se entiende... " Y Góngora ha estado solo como un leproso lleno de llagas de fría luz de plata, con la rama novísima en las manos esperando las nuevas generaciones que recogieran su herencia objetiva y su sentido de la metáfora.

Es un problema de comprensión. A Góngora no hay que leerlo, sino estudiarlo. Góngora no viene a buscarnos, como otros poetas, para ponernos melancólicos, sino que hay que perseguirlo razonablemente. A Góngora no se le puede entender de ninguna manera en la primera lectura. Una obra filosófica puede ser entendida por unos pocos nada más, y, sin embargo, nadie tacha de oscuro al autor. Pero no; esto no se estila en el orden poético, según parece.

¿Qué causas pudo tener Góngora para hacer su revolución lírica? ¿Causas? Una nativa necesidad de belleza nueva le lleva a un nuevo modelado del idioma. Era de Córdoba y sabía el latín como pocos. No hay que buscarlo en la historia, sino en su alma. Inventa por primera vez en el castellano un nuevo método para cazar y plasmar las metáforas, y piensa, sin decirlo, que la eternidad de un poema depende de la calidad y trabazón de sus imágenes.

Después ha escrito Marcel Proust: "Sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo".

La necesidad de una belleza nueva y el aburrimiento que le causaba la producción poética de su época desarrolló en él una aguda y casi insoportable sensibilidad crítica. Llegó casi a odiar la poesía.

Ya no podía crear poemas que supieran al viejo gusto castellano; ya no gustaba la sencillez heroica del romance. Cuando para no trabajar miraba el espectáculo lírico contemporáneo, lo encontraba lleno de defectos, de imperfecciones, de sentimientos vulgares. Todo el polvo de Castilla le llenaba el alma y la sotana de racionero. Sentía que los poemas de los otros eran imperfectos, descuidados, como hechos al desgaire.

Y cansado de castellanos y de "color local", leía su Virgilio con una fruición de hombre sediento de elegancia. Su sensibilidad le puso un microscopio en las pupilas. Vio el idioma castellano lleno de cojeras y de claros, y con su instinto estético fragante empezó a construir una nueva torre de gemas y piedras inventadas que irritó el orgullo de los castellanos en sus palacios de adobes. Se dio cuenta de la fugacidad del sentimiento humano y de lo débiles que son las expresiones espontáneas que sólo conmueven en algunos momentos. Y quiso que la belleza de su obra radicara en la metáfora limpia de realidades que mueren, metáfora construida con espíritu escultórico y situada en un ambiente extraatmosférico.

Amaba la belleza objetiva, la belleza pura e inútil, exenta de congojas comunicables.

Mientras que todos piden el pan, él pide la piedra preciosa de cada día. Sin sentido de la realidad real, pero dueño absoluto de la realidad poética. ¿Qué hizo el poeta para dar unidad y proporciones justas a su credo estético? Limitarse. Hacer examen de conciencia y. con su capacidad crítica, estudiar la mecánica de su creación.

Un poeta tiene que ser profesor en los cinco sentidos corporales. Los cinco sentidos corporales, en este orden: vista, tacto, oído, olfato y gusto. Para poder ser dueño de las más bellas imágenes tiene que abrir puertas de comunicación en todos ellos y con mucha frecuencia ha de superponer sus sensaciones y aun de disfrazar sus naturalezas. Así puede decir Góngora en su Soledad primera:

Pintadas aves, cítaras de pluma,
coronaban la bárbara capilla,
mientras el arroyuelo para oílla
hace de blanca espuma
tantas orejas cuantas guijas lava.
Y puede decir, describiendo una zagala:
Del verde margen otra, las mejores
rosas traslada y lirios al cabello,
o por lo matizado, o por lo bello

si aurora no con rayos, sol con flores.

O:

de las ondas el pez con vuelo mudo

o:

verdes voces

o:

voz pintada, canto alado,
órgano de pluma.

Para que una metáfora tenga vida necesita dos condiciones esenciales: forma y radio de acción. Su núcleo central y una redonda perspectiva en torno de él. El núcleo se abre como una flor que nos sorprende por lo desconocida, pero en el radio de luz que lo rodea hallamos el nombre de la flor y conocemos su perfume. La metáfora está siempre regida por la vista (a veces por una vista sublimada), pero es la vista la que la hace limitada y le da su realidad. Aun los más evanescentes poetas ingleses, como Keats, tienen necesidad de dibujar y limitar sus metáforas y figuraciones, y Keats se salva por su plasticidad admirable del peligroso mundo poético de las visiones. Después ha de exclamar naturalmente: "Sólo la Poesía puede narrar sus sueños". La vista no deja que la sombra enturbie el contorno de la imagen que se ha dibujado delante de ella.

Ningún ciego de nacimiento puede ser un poeta plástico de imágenes objetivas, porque no tiene idea de las proporciones de la NaturaIeza. El ciego está mejor en el campo de luz sin límites de la Mística, exento de objetos reales y traspasado de largas brisas de sabiduría.

Todas las imágenes se abren, pues, en el campo visual.

El tacto enseña la calidad de sus materias líricas. Su calidad... casi pictórica. Y las imágenes que construyen los demás sentidos están supeditadas a los dos primeros.

La imagen es, pues, un cambio de trajes, fines u oficios entre objetos o ideas de la Naturaleza. Tiene sus planos y sus órbitas. La metáfora une dos mundos antagónicos por medio de un salto ecuestre que da la imaginación. El cinematográfico Jean Epstein dice que "es un teorema en que se salta sin intermediario desde la hipótesis a la conclusión". Exactamente.

La originalidad de don Luis de Góngora, aparte de la puramente gramatical, está en su método de cazar las imágenes, que estudió utilizando sus dramáticos antagónicos por medio de un salto ecuestre que da el mito, estudia las bellas concepciones de los pueblos clásicos y, huyendo de las montañas y de sus visiones

lumínicas, se sienta a las orillas del mar, donde el viento le corre. En lecho azul de aguas marinas, turquesadas cortinas.

Allí ata su imaginación y le pone bridas, como si fuera escultor, para empezar su poema. Y tanto deseo tiene de dominarlo y redondearlo, que ama inconscientemente las islas, porque piensa, y con mucha razón, que un hombre puede gobernar y poseer, mejor que ninguna otra tierra, el orbe definido y visible de la redonda Tierra limitada por las aguas. Su mecánica imaginativa es perfecta. Cada imagen a veces es un mito creado.

Armoniza y hace plásticos, de una manera a veces hasta violenta, los mundos más distintos. En sus manos no hay desorden ni desproporción. En sus manos pone como juguetes mares y reinos geográficos y vientos huracanados. Una las sensaciones astronómicas con detalles nimios de lo infinitamente pequeño, con una idea de las masas y de las materias desconocidas en la Poesía hasta que él las compuso.

En su Soledad primera dice (versos 34 a 41):

Desnudo el joven, cuando ya el vestido
océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas;
y al sol le extiende luego
que, lamiéndole apenas,
su dulce lengua de templado fuego
lento le embiste y con suave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.

¡Con qué juicioso tacto está armonizado el Océano, ese dragón de oro del Sol embistiendo con su tibia lengua, y ese traje mojado del joven, donde la ciega cabeza del astro "la menor onda chupa al menor hilo". En estos ocho versos hay más matices que en cincuenta octavas de la Gerusalemme liberata, del Tasso. Porque están todos los detalles estudiados y sentidos como en una joya de orfebrería. No hay nada que dé la sensación del Sol que cae, pero no pesa, como esos versos:

que, lamiéndole apenas,.
....
lento le embiste ....

Como lleva la imaginación atada, la detiene cuando quiere y no se deja arrastrar por las oscuras fuerzas naturales de la ley de inercia ni por los fugaces espejismos donde mueren los poetas incautos como mariposas en el farol. Hay momentos en las Soledades que resultan increíbles. No se puede imaginar cómo el poeta juega con grandes masas y términos geográficos sin caer en lo monstruoso ni en lo

hiperbólico desagradable.

En la primera inagotable Soledad dice, refiriéndose al istmo de Suez:

el istmo que al Océano divide
y, sierpe de cristal, juntar le impide
la cabeza del Norte coronada
con la que ilustra el Sur, cola escamada
de antárticas estrellas.

Recuerden el ala izquierda del mapamundi.

O dibuja estos dos vientos con mano segura y exactas proporciones:

para el Austro de alas nunca enjutas,
para el Cierzo expirante por cien bocas.

O dice de un estrecho (el de Magallanes) esta definición poética tan justa:

cuando halló de fugitiva plata
la bisagra, aunque estrecha, abrazadora
de un Océano y otro siempre uno,

O llamar al mar:

Bárbaro observador, mas diligente
de las inciertas formas de la Luna.

Y, en fin, en la Soledad primera compara la islas de Oceanía con las ninfas de Diana cazadora en los remansos del río Eurotas:

De firmes islas no la inmóvil flota
de aquel mar del Alba te describo,
cuyo número, ya que no lascivo,
por lo bello agradable y por lo vario
la dulce confusión hacer podía
que en los blancos estanques del Eurota
la virginal desnuda montería...

Pero lo interesante es que, tratando formas y objetos de pequeño tamaño, lo haga con el mismo amor y la misma grandeza poética.

Para él, una manzana es tan intensa como el mar, y una abeja, tan sorprendente como un bosque. Se sitúa frente a la Naturaleza con ojos penetrantes y admira la idéntica belleza que tienen por igual todas las formas. Entra en lo que se puede llamar mundo de cada cosa, y allí proporciona su sentimiento a los sentimientos que le rodean. Por eso le da lo mismo una manzana que un mar, porque sabe que la manzana en su mundo es tan infinita como el mar en el suyo.

La vida de una manzana desde que es tenue flor hasta que, dorada, cae del árbol a la hierba, es tan misteriosa y tan grande como el ritmo periódico de las mareas. Y un poeta debe saber esto. La grandeza de una poesía no depende de la magnitud del tema, ni de sus proporciones ni sentimientos. Se puede hacer un poema épico de la lucha que sostienen los leucocitos en el ramaje aprisionado de las venas, y se puede dar una inacabable impresión de infinito con la forma y olor de una rosa tan sólo.

Góngora trata con la misma medida todas sus materias. Y así como maneja mares y continentes como un cíclope, analiza frutas y objetos. Es más. Se recrea en las cosas pequeñas con más fervor.

En la octava real número diez de la fábula de Polifemo y Galatea dice:

la pera, de quien fué cuna dorada
la rubia paja y, pálida tutora,
la niega avara y pródiga la dora.

Llama a la paja pálida tutora de la fruta, puesto que en su seno se termina de madurar desprendida todavía verde de su madre la rama. Pálida tutora que la niega avara y pródiga la dora, puesto que la esconde a la contemplación de la gente para ponerle un vestido de oro.

Otra vez escribe:

montecillo, las sienes laureado,
traviesos despidiendo moradores
de sus confusos senos,
conejuelos que, el viento consultado,
salieron retozando a pisar flores.

Está expresado con verdadera gracia esa parada seca y ese mohín que hace el hocico del animal al salir de la madriguera:

conejuelos que, el viento consultado,
salieron retozando a pisar flores.

Pero más significativos son estos versos sobre una colmena en el tronco de un árbol, del cual dice Góngora que era alcázar de aquélla (la abeja)

que sin corona vuela y sin espada,
susurrante amazona, Dido alada,
de ejército más casto, de más bella
República, ceñida, en vez de muros,
de cortezas; en esta, pues, Cartago,
reina la abeja, oro brillando vago,
o el jugo bebe de los aires puros,

o el sudor de los cielos, cuando liba
de las mudas estrellas la saliva.

Esto tiene una grandeza casi épica. Y es de una abeja y su colmena de quien habla el poeta. "República ceñida, en vez de muros, de corzas" llama a la colmena silvestre. Afirma que la abeja, "susurrante amazona", bebe el jugo de los aires puros, y llama al río "sudor de los cielos", y al néctar "saliva" de las flores, a quienes llama "estrellas mudas". ¿No tiene aquí la misma grandeza que cuando nos habla del mar, del alba y usa términos astronómicos? Dobla y triplica la imagen para llevarnos a planos diferentes que necesita para redondear la sensación y comunicarla con todos sus aspectos. Nada más sorprendente de poesía pura.

Góngora tuvo una gran altura clásica, y esto le dió fe en sí mismo.

El hace en su época esta increíble imagen del reloj :

Las horas ya de números vestidas o llama a una gruta, sin nombrarla, "bostezo melancólico de la tierra". De sus contemporáneos, sólo Quevedo acierta alguna vez con tan felices expresiones, pero no con su calidad. Hace falta que el siglo XIX traiga al gran poeta y alucinado profesor Stéphane Mallarmé, que paseó por la rue de Rome su lirismo abstracto sin segundo y abrió el camino ventilado y violento de las nuevas escuelas poéticas. Hasta entonces no tuvo Góngora su mejor discípulo, que no lo conocía siquiera. Ama los mismos cisnes, espejos, luces duras, cabelleras femeninas, y tiene el idéntico temblor fijo del barroco, con la diferencia de que Góngora es más fuerte y aporta una riqueza verbal que Mallarmé desconoce, y tiene un sentido de belleza extática que el delicioso humorismo de los modernos y la aguja envenenada de la ironía no dejan ver en sus poemas.

Naturalmente, Góngora no crea sus imágenes sobre la misma Naturaleza, sino que lleva el objeto, cosa o acto a la cámara oscura de su cerebro y de allí salen transformados para dar el gran salto sobre el otro mundo con que se funden. Por eso su poesía, como no es directa, es imposible de leer ante los objetos de que habla. Los chopos, rosas, zagales y mares del espiritual cordobés son creados y nuevos. Llama al mar "esmeralda bruta en mármol engastada, siempre undosa", o al chopo, "verde lira". Por otra parte, no hay nada más imprudente que leer el madrigal hecho a una rosa con una rosa viva en la mano. Sobran la rosa o el madrigal.

Góngora tiene un mundo aparte, como todo gran poeta. Mundo de rasgos esenciales de las cosas y diferencias características.

El poeta que va a hacer un poema (lo sé por experiencia propia) tiene la sensación vaga de que va a una cacería nocturna en un bosque lejanísimo. Un miedo inexplicable rumorea en el corazón. Para serenarse, siempre es conveniente beber un vaso de agua fresca y hacer con la pluma negros rasgos sin sentido. Digo negros, porque... ahora voy a hacerles una revelación íntima..., yo no uso tinta de

colores. Va el poeta a una cacería. Delicados aires enfrían el cristal de sus ojos. La luna, redonda como una cuerna de blando metal, suena en el silencio de las ramas últimas. Ciervos blancos aparecen en los claros de los troncos. La noche entera se recoge bajo una pantalla de rumor. Aguas profundas y quietas cabrillean entre los juncos... Hay que salir. Y éste es el momento peligroso para el poeta. El poeta debe llevar un plano de los sitios que va a recorrer y debe estar sereno frente a las mil bellezas y las mil fealdades disfrazadas de belleza que han de pasar ante sus ojos. Debe tapar sus oídos como Ulises frente a las sirenas, y debe lanzar sus flechas sobre las metáforas vivas, y no figuradas o falsas, que le van acompañando.

Momento peligroso si el poeta se entrega, porque como lo haga, no podrá nunca levantar su obra. El poeta debe ir a su cacería limpio y sereno, hasta disfrazado. Se mantendrá firme contra los espejismos y acechará cautelosamente las carnes palpitantes y reales que armonicen con el plano del poema que lleva entrevisto. Hay a veces que dar grandes gritos en la soledad poética para ahuyentar los malos espíritus fáciles que quieren llevarnos a los halagos populares sin sentido estético y sin orden ni belleza. Nadie como Góngora preparado para esta cacería interior. No le asombran en su paisaje mental las imágenes coloreadas, ni las brillantes en demasía. El caza la que casi nadie ve, porque la encuentra sin relaciones, imagen blanca y rezagada, que anima sus momentos poemáticos insospechados. Su fantasía cuenta con sus cinco sentidos corporales.

Sus cinco sentidos, como cinco esclavos sin color que le obedecen a ciegas y no lo engañan como a los demás mortales. Intuye con claridad que la naturaleza que salió de las manos de Dios no es la naturaleza que debe vivir en los poemas, y ordena sus paisajes analizando sus componentes.

Podríamos decir que pasa a la naturaleza y sus matices por la disciplina del compás musical. (Dice en la Soledad segunda, versos 350 hasta 360):

Rompida el agua en las menudas piedras.
cristalina sonante era tiorba,
y las confusamente acordes aves
entre las verdes roscas de las yedras
muchas eran. y muchas veces nueve
aladas musas. que, de pluma leve
engañada su oculta lira corva
metros inciertos, sí, pero suaves
en idiomas cantan diferentes;
mientras, cenando en pórfidos lucientes,
lisonjean apenas
al Júpiter marino tres sirenas.

¡Qué manera tan admirable de ordenar al coro de pájaros!

Muchas eran, y muchas veces nueve
aladas musas...

¡Y qué graciosa manera de decir que los había de muchas especies!

Metros inciertos sí, pero suaves,
en idiomas cantan diferentes.

O dice :

Terno de gracia bello, repetido
cuatro veces en doce labradoras,
entré bailando numerosamente.

Dice el gran poeta francés Paul Valéry que el estado de inspiración no es el estado conveniente para escribir un poema. Como creo en la inspiración que Dios envía, creo que Valéry va bien encaminado. El estado de inspiración es un estado de recogimiento. pero no de dinamismo creador. Hay que reposar la visión del concepto para que se clarifique. No creo que ningún gran artista trabaje en estado de fiebre. Aun los místicos, trabajan cuando ya la inefable paloma del Espíritu Santo abandona sus celdas y se va perdiendo por las nubes. Se vuelve de la inspiración como se vuelve de un país extranjero. El poema es la narración del viaje. La inspiración da la imagen, pero no el vestido. Y para vestirla hay que observar ecuánimemente y sin apasionamiento peligroso la calidad y sonoridad de la palabra. Y en Góngora no se sabe qué admirar más: si su sustancia poética o su forma inimitable e inspiradísima. Su letra vivifica a su espíritu en vez de matarlo. No es espontáneo, pero tiene frescura y juventud. No es fácil, pero es inteligible y luminoso. Aun cuando resulta alguna rara vez desmedido en la hipérbole, lo hace con una gracia andaluza tan característica. Que nos hace sonreír y admirarlo más, porque sus hipérboles son siempre piropos de cordobés enamoradísimo. Dice de una desposada:

Virgen tan bella que hacer podría
tórrida la Noruega con dos soles
y blanca la Etiope con dos manos.

Pura flor andaluza. Galantería maravillosa de hombre que ha pasado el Guadalquivir en su potro de pura sangre. Aquí está bien al descubierto el campo de acción de su fantasía.

Y ahora vamos con la oscuridad de Góngora. ¿Qué es eso de oscuridad? Yo creo que peca de luminoso. Pero para llegar a él hay que estar iniciado en la Poesía y tener una sensibilidad preparada por lecturas y experiencias. Una persona fuera de su mundo no puede paladearlo, como tampoco paladea un cuadro aunque vea

lo que hay pintado, ni una composición musical. A Góngora no hay que leerlo. hay que amarlo. Los gramáticos críticos aferrados en construcciories sabidas por ellos no han admitido la fecunda revolución gongorina, como los beethovenianos empedernidos en sus éxtasis putrefactos dicen que la música de Claudio Debussy es un gato andando por un piano. Ellos no han admitido la revolución gramatical; pero el idiota, que no tiene que ver nada con ellos, sí la recibió con los brazos abiertos. Se abrieron nuevas palabras. El castellano tuvo nuevas perspectivas. Cayó el rocío vivificador, que es siempre un gran poeta para un lenguaje. El caso de Góngora es único en este sentido gramatical. Los viejos intelectuales aficionados a la Poesía en su época debieron de quedarse estupefactos al ver que el castellano se les convertía en lengua extraña que no sabían descifrar.

Quevedo, irritado y envidioso en el fondo, le salió al encuentro con este soneto que llama "Receta para hacer Soledades", y en el que se burla de las extrañas palabrotas de la jerigonza que usa don Luis.Dice así:

Quien quisiere ser culto en sólo un día,
la jeri, aprenderá, gonza siguiente;
Fulgores, arrogar, joven, presiente,
candor, construye, métrica, armonía.
Poco mucho, si no. purpuracía,
neutralidad, conculca, erige, mente,
pulsa, ostenta, librar, adolescente,
señas, traslada, pira, frustra, harpía.
Cede, impide, cisura. petulante,
palestra, liba, meta, argento, alterna,
si bien, disuelve, émulo, canoro.
Use mucho de líquido y de errante,
su poco de nocturno y de caverna.
Anden listos livor, adunco y poro.

¡Qué gran fiesta de color y música para el idioma castellano! Esta es la jerigonza de don Luis de Góngora y Argote. Si Quevedo viera el gran elogio que hace de su enemigo, se retiraría con su espesa y ardiente melancolía a los desiertos castellanos de la Torre de Juan Abad. Más que a Cervantes, se puede llamar al poeta padre de nuestro idioma, y, sin embargo, hasta este año la Academia Española no lo ha declarado autoridad de la Lengua.

Una de las causas que hacían a Góngora oscuro para sus contemporáneos, que era el lenguaje, ha desaparecido ya. Su vocabulario, aunque sigue siendo exquisito, no tiene palabras desconocidas. Y es usual. Quedan sus sintaxis y sus transformaciones mitológicas.

Sus oraciones, con ordenarlas como se ordena un párrafo latino, quedan

claras. Lo que sí es difícil es la comprensión de su mundo mitológico. Difícil porque casi nadie sabe Mitología y porque no se contenta con citar el mito, sino que lo transforma o da sólo un rasgo saliente que lo define. Es aquí donde sus metáforas adquieren una tonalidad inimitable. Hesíodo cuenta su Teogonía con fervor popular y religioso, y el sutil cordobés la vuelve a contar estilizada o inventando nuevos mitos. Aquí es donde están sus zarpazos poéticos, sus atrevidas transformaciones y su desdén por el método explicativo. Júpiter, en forma de toro con los cuernos dorados, rapta a la ninfa Europa :

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa,
media luna las armas de su frente...

Mentido robador: ¡qué delicada expresión para el dios disfrazado!

Habla también de el canoro son de la ninfa un tiempo, ahora caña.

refiriéndose a la ninfa Siringa, que el dios Pan, irritado por su desdén, convirtió en caña, con lo que hizo una flauta de siete notas.

O transforma el mito de Icaro de esta manera tan curiosa:

Audaz mi pensamiento
el cenit escaló, plumas vestido,
cuyo vuelo atrevido
-si no ha dado su nombre a tus espumas-
de sus vestidas plumas
conservarán el desvanecimiento
los anales diafanos del viento.

O describe a los pavos reaIes de Juno con sus pIumas fastuosas como volantes pías

que azules ojos con pestañas de oro
sus plumas son, conduzcan alta diosa
gloria mayor del soberano coro.

O llama a la paloma, quitándole con razón su adjetivo de cándida:

Ave lasciva de la Cynia Diosa.

Procede por alusiones. Pone a los mitos de perfiI, y a veces sólo da un rasgo oculto entre otras imágenes distintas. Baco sufre en la Mitología tres pasiones y muertes. Es primero macho cabrío de retorcidos cuernos. Por amor a su bailarín Ciso, que muere y se convierte en hiedra, Baco, para poder continuar la danza, se convierte en vid. Por último, muere para convertirse en higuera. Así es que Baco nace tres veces. Góngora alude a estas transformaciones en una Soledad de una manera delicada y profunda, pero solamente comprensible a los que están en el secreto de

la historia.

Seis chopos de seis yedras abrazados
tirsos eran del griego dios, nacido
segunda vez, que en pámpanos desmiente
los cuernos de su frente.

El Baco de la bacanal, cerca de su amor estilizado en hiedra abrazadora, desmiente, coronado de pámpanos, sus antiguos cuernos lúbricos.

De esta forma están todos los poemas culteranos. Y ha llegado a tener un sentimiento teogónico tan agudo, que transforma en mito todo cuanto toca. Los elementos obran en sus paisajes como si fueran dioses de poder ilimitado y de los que el hombre no tiene noticia. Les da oído y sentimiento. Los crea. En la Soledad segunda hay un joven forastero que, remando en su barquilla, canta una ternísima queja amorosa, haciendo instrumento el bajel, cuerdas los remos.

Cuando el enamorado cree que está solo en medio de la verde soledad del agua, lo oye el mar, lo oye el viento, y al fin el eco se guarda la más dulce sílaba de su canto, pero la menos clara:

No es sordo el mar; la erudición engaña.
Bien que tal vez sañudo
no oya al piloto, o le responda fiero,
sereno disimula más orejas
que sembró dulces quejas
-canoro labrador-el forastero,
en su undosa campaña.
Espongioso, pues, se bebió y mudo
el lagrimoso reconocimiento,
de cuyos duIces números no poca
conceptuosa suma
en los dos giros de invisibIe pIuma
que fingen sus dos aIas hurtó eI viento;
Eco, vestida una cavada roca,
soIicitó curiosa y guardó avara
la más duIce, si no Ia menos cIara,
sílaba siendo en tanto
la vista de las chozas fin deI canto.

Esta manera de animar y vivificar la Naturaleza es característica de Góngora. Necesita la conciencia de los elementos. Odia lo sordo y las fuerzas oscuras que no tienen límite. Es un poeta de una pieza, y su estética es inalterable, dogmática.

Otra vez cantó el mar en una

desembocadura de río: es
Centauro ya espumoso el Oceano
medio mar, medio ría,
dos veces huella la campaña al día,
pretendiendo escaIar el monte en vano.

Su inventiva no tiene turbaciones, ni claroscuro. Así, en el Polifemo inventa un mito de las perlas. Dice del pie de Galatea, al tocar las conchas:

cuyo beIlo contacto puede hacerlas,
sin concebir rocío, parir perlas.

Ya hemos visto cómo el poeta transforma todo cuanto toca con sus manos. Su sentimiento teogónico sublime da personalidad a las fuerzas de la Naturaleza.

Y su sentimiento amoroso hacia la mujer, que tenía que callar por razón de su hábito sacerdotal, le hace estilizar su galantería y erotismo hasta una cumbre inviolable. La fábula de Polífemo y Galatea es un poema de erotismo puesto en sus últimos términos. Se puede decir que tiene una sexualidad floral. Una sexualidad de estambre y pistilo en el emocionante acto del vuelo del polen en la primavera.

¿Cuándo se ha descrito un beso de una manera tan armoniosa, tan natural y sin pecado como lo describe nuestro poeta en el Polifemo?

No a las palomas concedió Cupido
juntar de sus dos picos los rubíes,
cuando al clavel el joven atrevido
las dos hojas le chupa carmesíes.
Cuantas produce Pafo, engendra Gnido
negras violas, blancos alhelíes,
llueven sobre el que Amor quiere que sea
tálamo de Acis y de Galatea.

Es suntuoso, exquisito, pero no es oscuro en sí mismo. Los oscuros somos nosotros, que no tenemos capacidad para penetrar su inteligencia. El misterio no está fuera de nosotros, sino que lo llevamos encima del corazón. No se debe decir cosa oscura, sino hombre oscuro. Porque Góngora no quiere ser turbio, sino claro, elegante y matizado. No gusta penumbras ni metáforas diformes; antes al contrario, a su manera explica las cosas para redondearlas. Llega a hacer de su poema una gran Naturaleza muerta.

Góngora tuvo un problema en su vida poética y lo resolvió. Hasta entonces, la empresa se tenía por irrealizable. Y es: hacer un gran poema lírico para oponerlo a los grandes poemas épicos que se cuentan por docenas. Pero ¿cómo mantener una tensión lírica pura durante largos escuadrones de versos? ¿Y cómo hacerlo sin

narración? Si le daba a la narración, a la anécdota, toda su importancia, se le convertía en épico al menor descuido. Y si no narraba nada, el poema se rompía por mil partes sin unidad ni sentido. Góngora elige entonces su narración y se cubre de metáforas. Ya es difícil encontrarla. Está transformada. La narración es como un esqueleto del poema envuelto en la carne magnífica de las imágenes. Todos los momentos tienen idéntica intensidad y valor plástico, y la anécdota no tiene ninguna importancia, pero da con su hilo invisible unidad al poema. Hace el gran poema lírico de proporciones nunca usadas... Las Soledades.

Y este gran poema resume todo el sentimiento lírico pastoril de los poetas españoles que le antecedieron. El sueño bucólico, que soñó Cervantes y no logró fijar plenamente, y la Arcadia que Lope de Vega no supo iluminar con luces permanentes, las dibuja de manera rotunda don Luis de Góngora. El campo medio jardín, campo amable de guirnaldas. Airecillos y zagalas cultas pero ariscas, que entrevieron todos los poetas del XVI y el XVII, será realizado en las primera y segunda Soledades gongorinas. Es ahí donde está el paisaje aristocrático y mitológico que soñaba Don Quijote en la hora de su muerte. Campo ordenado, donde la Poesía mide y ajusta su delirio.

Se habla de dos Góngoras. El Góngora culto y el Góngora llanista. Las literaturas y sus catedráticos lo dicen. Pero una persona con un poco de percepción y sensibilidad podrá notar analizando su obra que su imagen siempre es culta. Aun en los romancillos más fáciles construye sus metáforas y sus figuras de dicción con el mismo mecanismo que cumple en su obra genuinamente culta. Pero lo que pasa es que están situadas en una anécdota clara o un sencillo paisaje, y en su obra culta están ligadas a otras a su vez ligadas, y de ahí su aparente dificultad.

Aquí los ejemplos son infinitos. En una de sus primeras poesías, año 1580, dice:

Los rayos le cuenta al sol
con un peine de marfil
la bella Jacinta, un día.

O dice:

La mano oscurece al peine.

O en un romancillo habla de un mancebo:

La cara con poca sangre,
los ojos con mucha noche.

O en 1581 dice

y viendo que el pescador
con atención la miraba,

de peces privando al mar,
y al que la mira del alma,
llena de risa responde...

O dice, refiriéndose a la cara de una doncella:

Pequeña puerta del coral preciado,
claras lumbreras de mirar seguro,
que a la esmeralda fina, al verde puro
habéis para viriles usurpado.

Estos ejemplos están tomados de sus primeras poesías, publicadas por orden cronológico en la edición de Foulché- Delbosc. Si el lector continúa leyendo, nota que el acento culto va en aumento hasta invadir completamente los sonetos y dar su nota de clarín en el famoso Panegírico.

El poeta, pues, va adquiriendo con el tiempo conciencia creadora y técnica para la imagen.

Por otra parte, yo creo que el cultismo es una exigencia de verso grande y estrofa amplia. Todos los poetas, cuando hacen verso grande, endecasílabos, o alejandrinos en sonetos u octavas, tratan de ser cultos, incluso Lope, cuyos sonetos son a veces oscuros. Y no digamos de Quevedo, más difícil que Góngora, puesto que no usa el idioma, sino el espíritu del idioma.

El verso corto puede ser alado. El verso largo tiene que ser culto, construido con peso. Recordemos el siglo XIX, Verlaine, Bécquer. En cambio, ya Baudelaire usa verso largo, porque es un poeta preocupado de la forma. Y no hay que olvidar que Góngora es un poeta esencialmente plástico, que siente la belleza del verso en sí mismo y tiene una percepción para el matiz expresivo y la calidad del verbo, hasta entonces desconocida en el castellano. El vestido de su poema no tiene tacha.

Los choques de consonantes modelan sus versos, como estatuas pequeñas, y su preocupación arquitectónica los une en bellas proporciones barrocas. Y no busca la oscuridad. Hay que repetirlo. Huye de la expresión fácil, no por amor a lo culto, con ser un espíritu cultivadísimo: no por odio al vulgo espeso, con tenerlo en grado sumo, sino por una preocupación de andamiaje que haga la obra resistente al tiempo. Por una preocupación de eternidad.

Y la prueba de lo consciente de su Estética es que se dio cuenta, mientras los demás estaban ciegos, del bizantinismo querido y la arquitectura rítmica del Greco, otro raro para épocas futuras, al que despide en su tránsito a mejor vida con uno de sus sonetos más característicos. La prueba de lo consciente de su Estética es que escribe, defendiendo sus Soledades, estas rotundas palabras: "De honroso, en dos maneras considero me ha sido honrosa esta poesía; si entendida para los doctos, causar me ha autoridad siendo lance forzoso venerar que nuestra lengua a costa de

mi trabajo haya llegado a la perfección y alteza de la latina".

¿Para qué más?

Llega el año 1627. Góngora. Enfermo, endeudado y el ánima dolorida, regresa a su vieja casa de Córdoba. Regresa de las piedras de Aragón, donde los pastores tienen barbas duras y pinchosas como hojas de encina. Vuelve sin amigos ni protectores. El marqués de Siete Iglesias muere en la horca para que su orgullo viva, y el delicado gongorino marqués de Villamediana cae atravesado por las espadas del rey. Su casa es una casona con dos rejas y una gran veleta, frente al convento de Trinitarios Descalzos.

Córdoba, la ciudad más melancólica de Andalucía, vive su vida sin secreto. Góngora viene a ella sin secreto también. Ya es una ruina. Se puede comparar con una vieja fuente que ha perdido la llave de su surtidor. Desde su balcón verá el poeta desfilar morenos jinetes sobre potros de largas colas, gitanas llenas de corales que bajan a lavar al Guadalquivir medio dormido; caballeros, frailes y pobres, que vienen a pasear en las horas de sol trasmontado. Y no sé por qué extraña asociación de ideas, me parece que las tres morillas del romance, Aixa, Fátima y Marien, vienen a sonar sus panderetas, las colores perdidas y los pies ágiles. ¿Qué dicen en Madrid? Nada. Madrid, frívolo y galante, aplaude las comedias de Lope y juega a la gallina ciega en el Prado. Pero ¿quién se acuerda del racionero? Góngora está absolutamente solo... Y estar solo en otra parte puede tener algún consuelo... ;pero ¡qué cosa más dramática es estar solo en Córdoba! Ya no le quedan, según frase suya, más que sus libros, su patio y su barbero. Mal programa para un hombre como él.

La mañana del 23 de mayo de 1627 el poeta pregunta constantemente la hora que es. Se asoma al balcón y no ve el paisaje, sino una gran mancha azul. Sobre la torre Malmuerta se posa una Iarga nube iluminada. Góngora, haciendo la señal de la cruz, se recuesta en su lecho oloroso a membrillos y secos azahares. Poco después, su alma, dibujada y bellísima como un arcángel de Mantegna, calzadas sandalias de oro, al aire su túnica amaranto, sale a la calle en busca de la escala vertical que subirá serenamente.

Cuando los viejos amigos llegan a la casa, las manos de don Luis se van enfriando lentamente. Bellas y adustas, sin una joya, satisfechas de haber labrado el portentoso retablo barroco de las Soledades. Los amigos piensan que no se debe llorar a un hombre como Góngora, y filosóficamente se sientan en el balcón a mirar la vida lenta de la ciudad. Pero nosotros diremos este terceto que le ofreció Cervantes:

Es aquel agradable, aquel bienquisto,
aquel agudo, aquel sonoro y grave
sobre cuantos poetas Febo ha visto.

HOMENAJES

En homenaje a Luis Cernuda
De mar a mar

El homenaje a Luis Cernuda.

No vengo yo en este momento a esta mesa como amigo de Luis Cernuda, ni amigo vuestro, ni a ofrecer este banquete para cumplir un rito gastado ya en tantas farsas con discursitos decorados, con envidias cubiertas de veneno y lágrimas de cocodrilo. No vengo tampoco dispuesto a que mi voz la lleve el aire para recibir en cambio, como tantas veces, una bandeja de aplausos coronada por un "muy interesante" de merengue. Yo vengo para saludar con reverencia y entusiasmo a mi "capillita" de poeta, quizá la mejor capilla poética de Europa, y lanzar un vítor de fe en honor del gran poeta del misterio, delicadísimo poeta Luis Cernuda, para quien hay que hacer otra vez, desde el siglo XVII, la palabra divino, y a quien hay que entregar otra vez agua, juncos y penumbra para su increíble cisne renovado.

No me equivoco. Lo que voy a decir es verdad y está en la conciencia de toda persona sensible. La aparición del libro La realidad y el deseo es una efemérides importantísima en la gloria y el paisaje de la literatura española. No me equivoco, porque para decir esto aquí yo he luchado a brazo partido con el libro, leyendo sin gana al acostarme, al levantarme; leyendo con dolor de cabeza, sacando ese poquito de odio que sentimos todos contra autores de obras perfectas; pero ha sido inútil. La realidad y el deseo me ha vencido con su perfección sin mácula, con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sombra. Libro delicado y terrible al mismo tiempo, como un clave pálido que manara hilo de sangre por el temblor de cada cuerda. No habrá escritor en España, de la clase que sea, si es realmente escritor, manejador de palabras, que no quede admirado del encanto y refinamiento con que Luis Cernuda une los vocablos para crear su mundo poético propio; nadie que no se sorprenda de su efusiva lírica gemela de Bécquer y de su capacidad de mito, de transformación de elementos que surgen en el bellísimo poema El joven marino con la misma fuerza que en nuestros mejores poetas clásicos. Entre todas las voces de la actual poesía, llama y muerte en Aleixandre, ala inmensa en Alberti, lirio tierno en Moreno Villa, torrente andino en Pablo Neruda, voz doméstica entrañable en Salinas, agua oscura de gruta en

Guillén, ternura y llanto en Altolaguirre, por citar poetas distintos, la voz de Luis Cernuda erguida suena original, sin alambradas ni fosos para defender su turbadora sinceridad y belleza.

La pluma que dibujó los primorosos mapas de los árabes, la que inventó clavellinas y negras mariposas en las cintas de los niños muertos, la pluma que ha escrito con sangre una carta de amor sobre la que después se ha escupido, la que ha copiado con temblor un torso de Apolo en la agonía de los institutos, pluma de pena y frenesí de rocío. Es la que ha sostenido entre sus dedos Luis Cemuda mientras oía la voz que dictaba su Realidad y el deseo. Desde que el poeta canta en 1924:

Va la brisa reciente
por el espacio esbelta
y en las bojas, cantando,
abre una primavera.

Empieza un duelo con sus tristezas, con su tristeza de sevillano profundo, duelo elegantísimo, con espadín de oro y careta de narcisos; pero con miedo y sin esperanza, porque el poeta cree en la muerte total. Este duelo sin esperanza de paraíso, que hace que el poeta quiera fijar eternamente los hombros desnudos de un navegante o una momentánea cabellera, anima todas sus páginas, hasta que al fin cae victoriosamente rendido.

Fortalecido estoy contra tu pecho
y augusta piedra fría,
bajo tus ojos crepusculares,
¡oh madre inmortal!

en el grave himno de la "Tristeza", uno de los últimos de La realidad y el deseo. No es hora de que yo estudie el libro de Luis Cernuda, pero sí es la hora de que lo cante. De que cante su espera inútil, su impiedad, y su llanto, y su desvío, expresados en norma, en frialdad, en línea de luz, en arpa. No me equivoco. No nos equivocamos. Saludemos con fe a Luis Cernuda. Saludemos a La realidad y el deseo como uno de los mejores libros de la poesía actual de España.

De mar a mar.

(*Homenaje al poeta Feliciano Roldán*)

La angustia de Feliciano Rolán nos va llenando cada vez con más intensidad, a medida que su cuerpo se va disolviendo entre los brazos definitivos de nuestra madre la tierra.Yo he visto noticia de su muerte escrita con sangre blanca sobre las hierbas de Galicia, por donde bogarán ahora sus zapatos de poeta ahogado en niebla y apretada espuma. "De mar a mar" hemos oído una voz pura cuyas últimas sílabas son ya secreto del agua. "De mar a mar" hemos visto huir un cuerpo que llevaba un tesoro para la muerte.

IMPRESIONES Y PAISAJES

Dedicatoria

A la venerada memoria de mi viejo maestro de música, que pasaba sus sarmentosas manos, que tanto habían pulsado pianos y escrito ritmos sobre el aire, por sus cabellos de plata crepuscular, con aire de galán enamorado y que sufría sus antiguas pasiones al conjuro de una sonata Beethoveniana. ¡Era un santo! Con toda la piedad de mi devoción. El autor

Prólogo

Amigo lector: si lees entero este libro, notarás en él una cierta vaguedad y una cierta melancolía. Verás cómo pasan cosas y cosas siempre retratadas con amargura, interpretadas con tristeza. Todas las escenas que desfilan por estas páginas son una interpretación de recuerdos, de paisajes, de figuras. Quizá no asome la realidad su cabeza nevada, pero en los estados pasionales internos la fantasía derrama su fuego espiritual sobre la naturaleza exterior agrandando las

cosas pequeñas, dignificando las fealdades como hace la luna llena al invadir los campos. Hay en nuestra alma algo que sobrepuja a todo lo existente. En la mayor parte de las horas este algo está dormido; pero cuando recordamos o sufrimos una amable lejanía se despierta, y al abarcar los paisajes los hace parte de nuestra personalidad. Por eso todos vemos las cosas de una manera distinta. Nuestros sentimientos son de más elevación que el alma de los colores y las músicas, pero casi en ningún hombre se despiertan para tender sus alas enormes y abarcar sus maravillas. La poesía existe en todas las cosas, en lo feo, en lo hermoso, en lo repugnante; lo difícil es saberla descubrir, despertar los lagos profundos del alma. Lo admirable de un espíritu está en recibir una emoción e interpretarla de muchas maneras, todas distintas y contrarias. Y pasar por el mundo, para que cuando hayamos llegado a la puerta de la "ruta solitaria" podamos apurar la copa de todas las emociones existentes, virtud, pecado, pureza, negrura. Hay que interpretar siempre escanciando nuestra alma sobre las cosas, viendo un algo espiritual donde no existe, dando a las formas el encanto de nuestros sentimientos, es necesario ver por las plazas solitarias a las almas antiguas que pasaron por ellas, es imprescindible ser uno y ser mil para sentir las cosas en todos sus matices. Hay que ser religioso y profano. Reunir el misticismo de una severa catedral gótica con la maravilla de la Grecia pagana. Verlo todo, sentirlo todo. En la eternidad tendremos el premio de no haber tenido horizontes. El amor y la misericordia para con todos y el respeto de todos nos llevará al reino ideal. Hay que soñar. Desdichado del que no sueñe, pues nunca verá la luz... Este pobre libro llega a tus manos, lector amigo, lleno de humildad. Te ríes, no te gusta, no lees más que el prólogo, te burlas... es igual, nada se pierde ni se gana... es una flor más en el pobre jardín de la literatura provinciana... Unos días en los escaparates y después al mar de la indiferencia. Si lo lees y te agrada, también es igual. Solamente tendré el agradecimiento espiritual tan fino y estimable... Esto es muy sincero. Ahora, camina por las páginas.

Se descorre la cortina. El alma del libro va a ser juzgada. Los ojos del lector son dos geniecillos que buscan las flores espirituales para ofrendarlas a los pensamientos. Todo libro es un jardín. ¡Dichoso el que lo sabe plantar y bienaventurado el que corta sus rosas para pasto de su alma!... Las lámparas de la fantasía se encienden al recibir el bálsamo perfumado de la emoción.

Se descorre la cortina.

Meditación

Hay un algo de inquietud y de muerte en estas ciudades calladas y olvidadas. No sé qué sonido de campana profunda envuelve sus melancolías... Las distancias son cortas, pero sin embargo qué cansancio dan al corazón. En algunas de ellas, como Ávila, Zamora, Palencia, el aire parece de hierro y el sol pone una tristeza infinita en sus misterios y sus sombras. Una mano de amor cubrió sus casas para que no llegara la ola de la juventud, pero la juventud llegó y seguirá llegando, y sobre las rojizas cruces veremos elevarse un aeroplano triunfador.

Hay almas que sufren con lo pasado... y al encontrarse en tierras antiguas cubiertas de moho y de quietud ancestral se olvidan de lo que son para mirar hacia lo que no vendrá, y si a su vez piensan en el porvenir llorarán de un triste y amargo desencanto... Estas gentes que cruzan las calles desiertas lo hacen con el cansancio gigante de estar rodeadas de un ritmo rojo y aplanador... ¡Los campos!... Estos campos, inmensa sinfonía en sangre reseca, sin árboles, sin matices de frescura, sin ningún descanso al cerebro, llenos de oraciones supersticiosas, de hierros quebrados, de pueblos enigmáticos, de hombres mustios, productos penosos de la raza colosal y de sombras augustas y crueles... Por todas partes hay angustia, aridez, pobreza y fuerza... y pasar campos y campos, todos rojos, todos amasados con una sangre que tiene de Abel y Caín... En medio de estos campos las ciudades rojas apenas si se ven. Ciudades llenas de encantos melancólicos, de recuerdos de amores trágicos, de vidas de reinas perpetuamente esperando al esposo que lucha con la cruz en el pecho, de recuerdos de cabalgatas funerales en donde al miedo de las antorchas se veía la descompuesta cara del santo mártir que llevaban a enterrar huyendo de la profanación mora, de pisadas de caballos fuertes y de sombras fatídicas de ahorcados, de milagros frailunos, de aparecidos blancos en pena de oraciones que al sonar las doce salieran de los campanarios apartando a las lechuzas para rogar a los vivos misericordia para su alma, de voces de reyes crueles y de angustiantes responsos de la Inquisición al chirriar las carnes quemadas de algún astrólogo hereje. Toda la España pasada y casi la presente se respira en las augustas y solemnísimas ciudades de Castilla... Todo el horror medioeval con todas sus ignorancias y con todos sus crímenes... "Aquí, nos dicen al pasar, estuvo la Inquisición; allí el palacio del obispo que presidía los autos de fe", y en compensación exclaman: "Aquí nació Teresa. Allí Juan de la Cruz"... ¡Ciudades de Castilla llenas de santidad, horror y superstición! ¡Ciudades arruinadas por el progreso y mutiladas por la civilización actual!... Estáis tan majestuosas en vuestra vejez, que se diría que hay un alma colosal, un Cid de ensueño sosteniendo vuestras piedras y ayudándoos a afrontar los dragones fieros de la destrucción... Unas edades borrosas pasaron por vuestras plazas místicas. Unas figuras inmensas os dieron fe, leyendas, y poesía colosal; vosotras continuáis en pie aunque minadas por el tiempo... ¿Qué os dirán las generaciones venideras? ¿Qué saludo os hará la aurora sublime del porvenir? Una muerte eterna os

envolverá al sonido manso y meloso de vuestros ríos, y un color de oro viejo os besará siempre bajo la fuerte caricia de vuestro sol de fuego... Las almas románticas que el siglo desprecia, como vosotras sois tan románticas y tan pasadas, las consoláis muy dulcemente y ellas encuentran tranquilidad y un azul cansancio bajo vuestros techos artesonados... y las almas vagan por vuestras callejas y vosotras, cristianas, les mostráis para que recen... cruces rotas en parajes ocultos o santos muy antiguos bizantinos, fríos y rígidos, extrañamente vestidos, con palomas torcaces en las manos, llaves de oro o custodias ahumadas, colocados en los pórticos llorosos de las iglesias románicas o en los soportales desquiciados... ¡Ciudades muertas de Castilla, por encima de todas las cosas hay un hálito de pesadumbre y de pena inmensas!

El alma viajera que pasa por vuestros muros sin contemplaros, no sabe la infinita grandeza filosófica que encerráis, y los que viven bajo vuestro manto casi nunca llegan a comprender los geniales tesoros de consuelo y resignación que tenéis. Un corazón cansado y lleno de hastío por los viejos y por el amor encuentra en vosotras la amarga tranquilidad que necesita, y vuestras noches de incomparable quietud amansan el espíritu rugiente de aquel que os busca para descanso y meditación...

¡Ciudades de Castilla, estáis llenas de un misticismo tan fuerte y tan sincero que ponéis al alma en suspenso!... ¡Ciudades de Castilla, al contemplaros tan severas, los labios dicen algo de Haendel!...

En estas caminatas sentimentales y llenas de unción por la España de los guerreros, el alma y los sentidos gozan de todo y se embriagan en emociones nuevas que únicamente se aprenden aquí, para que cuando terminen dejen la maravillosa gama de los recuerdos... Porque los recuerdos de viaje son una vuelta a viajar, pero ya con más melancolía y dándose cuenta más intensamente de los encantos de las cosas... Al recordar, nos envolvemos de una luz suave y triste, y nos elevamos con el pensamiento por encima de todo... Recordamos las calles impregnadas de melancolía, las gentes que tratamos, algún sentimiento que nos invadió y suspiramos por todo, por las calles, por la estación en que las vimos... por volver a vivir lo mismo en una palabra. Pero si por un cambio de la Naturaleza pudiéramos volver a vivir lo mismo, no tendríamos el goce espiritual que cuando lo vemos realizado en nuestra fantasía... Luego un recuerdo tan dulce de los crepúsculos de oro con álamos de coral y pastores y rebaños acurrucados junto a un altozano, mientras unas aves rasgan el bravo fondo aplanador... En estos recuerdos, adobados siempre con la rebelde imaginación fantástica, dejan un dulzor amable, y si alguien en nuestro camino recorrido nos hizo algún mal, tenemos el perdón para él y una misericordia despreciativa para con nosotros mismos, por haber albergado al odio en nuestro pecho, porque comprendemos que todo es el momento, y al mirar al mundo con un corazón generoso no se puede por

menos de llorar... y se recuerda... El campo rojo, el sol es como un pedazo de la tierra... por las veredas los gañanes marchan acurrucados sobre sus bestias... unos solitarios de oro se miran en el agua melosa de una acequia... un pregón... el ángelus lejano... ¡Castilla!... y al pensar esto el alma se nos llena de una melancolía plomiza.

Ávila

I

Fue una noche fría cuando llegué. En el cielo había pocas estrellas y el viento glosaba lentamente la melodía infinita de la noche... Nadie debe de hablar ni de pisar fuerte para no ahuyentar al espíritu de la sublime Teresa... Todos deben sentirse débiles en esta ciudad de formidable fuerza...

Cuando se penetra por su evocadora muralla se debe ser religioso, hay que vivir el ambiente que se respira.

Estas almenas solitarias, coronadas de nidos de cigüeñas, son como realidad de un cuento infantil. De un momento a otro espérase oír un cuerno fantástico y ver sobre la ciudad un pegaso de oro entre nubes tormentosas, con una princesa cautiva que escapara sobre sus lomos, o contemplar a un grupo de caballeros con plumajes y lanzas, que embozados en capas rondaran la muralla.

El río pasa casi sin agua por entre peñascos, bañando de frescura unos árboles desmirriados, que dan sombra a una evocadora ermita románica, relicario de un sepulcro blanco con un obispo frío rezando eternamente, oculto entre sombras... En las colinas doradas que cercan la ciudad la calma solar es enorme, y sin árboles que den sombra tiene allí la luz un acorde magnífico de monotonía roja... Ávila es la ciudad más castellana y más augusta de toda la meseta colosal... Nunca se siente un ruido fuerte, únicamente el aire pone en sus encrucijadas modulaciones violentas las noches de invierno... Sus calles son estrechas y la mayoría llenas de un frío nevado. Las casas son negras con escudos llenos de orín, y las puertas tienen dovelas inmensas y clavos dorados... En los monumentos una gran sencillez arquitectónica. Columnas serias y macizas, medallones ingenuos, puertas calladas y achatadas y capiteles con cabezas toscas y pelícanos besándose. Luego en todos los sitios una cruz con los brazos rotos y caballeros antiguos enterrados en las paredes y en los dulces y húmedos claustros... ¡Una sombra de muerta grandeza por todas partes!... En algunas oscuras plazuelas revive el espíritu antiquísimo, y al penetrar en ellas se siente uno bañado en el siglo XV. Estas plazas las forman dos o tres casonas con tejados de flores amarillas y únicamente un gran balcón. Las puertas cerradas o llenas de sombra, un santo sin

brazos en una hornacina, y al fondo la luz de los campos que penetra por una encrucijada miedosa o por alguna puerta de la muralla. En el centro una cruz desquiciada sobre un pedestal en ruinas y unos niños andrajosos que no desentonan con el conjunto. Todo esto bajo un cielo grisáceo y un silencio en que el agua del río suena a chocar constante de espadas.

II

La Catedral, formidable en su negrura sangrienta, cuya cabeza epopéyica tiene por cerebro al Tostado, dejó escapar la miel de sus torres y las campanas lo llenaron todo de religiosidad ideal... El interior del templo es abrumador por su sombra pasada incrustada en sus paredes y por su oscuridad tranquila, que invita a la meditación de lo supremo.

El alma que crea y esté llena de fe celestial, que sueñe en esta Catedral que levantaron aquellos reyes de hierro de una edad guerrera. El alma que vea la grandeza de Jesús que se suma en estas sombras húmedas con ojos de cirios para sentir consuelo espiritual... Así, en un rincón escuchando al mago órgano y oyendo el tintineo grave de una campanilla, podrá pensar sin ser visto y gozar de una dulzura que únicamente encuentra allí. Eso es adoración a Dios, pero nunca entre luces, trompetas y ante una estatua de colorines colocada irrisoriamente sobre un promontorio de flores de trapo... Esta Catedral hace pensar aunque el alma que pasee sus galerías esté desposeída de la luz de la fe...., Esta Catedral es un pensamiento de más allá en medio de una interrogación al pasado... El incienso y la cera forman un aire marmóreo y místico que da consuelo a los sentidos... En algunos rincones hay sepulcros olvidados con estatuas mutiladas y cuadros que son una mancha indefinida por la que asoma algunas veces una cara espantada o una pierna desnuda, como un enigma. Muchos ventanales rasgados, están cerrados a la luz y sus dibujos se recortan sobre el muro. Las lámparas de plata muestran su alma amarillenta sobre las sombras santas, y un gran crucifijo que se levanta en el crucero pone una nota de sacra albura sobre la luz cenicienta del ábside... Unas viejas con largos y gruesos rosarios suspiran y silabean tristonas junto a las pilas de agua bendita y una mujerzuca reza llorosa a una virgen que tiene un corazón de plata sobre su pecho y una fauna absurda en sus pies. Se oyen algunos pasos lejanos y después una soledad de sonidos tan angustiante, que llena de amargura dulcísima el corazón... Al salir de la Catedral, el retablo de la portada está lleno de sol de la tarde, que hace de oro a los calados y a los santos apóstoles que en él se hallan, y dos monstruos cubiertos de escamas y con caras humanas, recuerdan al que pasa el antiguo y generoso derecho de asilo... Por calles llenas de quietud y oro de crepúsculo, se desemboca en una plaza que posee una iglesia dorada que la tarde hace un inmenso topacio... Y desde un muro viejo se contemplan a los campos solitarios bajo el preludio de la noche. En el fondo y sobre las colinas, hay una lumbrada de color rojo, y encima de los campos un polen amarillento y suave.

La ciudad se tiñe de color anaranjado y las campanas dicen todas el ángelus con un aire pausado y ensoñador... Poco a poco la noche va llegando, unos pinos se mecen airosos en la umbría y las cigüeñas de las murallas vuelan sobre una espadaña... Pronto el oro será plata con la luna.

Mesón de Castilla

Yo vi un mesón en una colina dorada al lado del río de plata de la carretera.

Bajo la enorme románica fe de estos colores trigueños, ponía una nota melancólica la casona, aburrida por los años.

En estos mesones viejos que guardan tipos de capote y pelos ariscos, sin mirar a nadie y siempre jadeantes, hay toda la fuerza de un espíritu muerto, español... Este que yo vi, muy bien pudiera ser el fondo para una figura del Españoleto.

En la puerta había niños mocosos, de esos que tienen siempre un pedazo de pan en las manos y están llenos de migajas, un banco de piedra carcomida pintado de ocre, y un gallo sultán arrogante, con sus penachos irisados, rodeado de sus lujuriosas gallinas coqueteando graciosamente con sus cuellos.

Era tanta la inmensidad de los campos y tan majestuoso el canto solar, que la casona se hundía con su pequeñez en el vientre de la lejanía... El aire chocaba en los oídos como el arco de un gigantesco contrabajo, mientras que al cloqueo de las gallinas los niños, riñendo por una bola de cristal, ponían el grito en el cielo...

Al entrar, diríase que se penetraba en una covacha. Todas las paredes mugrientas de pringue sebosa, tenían una negrura amarillenta incrustada en sus boquetes, por los cuales asomaban sus estrellas de seda las arañas.

En un rincón estaba el despacho, con unas botellas sin tapar, un lebrillo descacharrado, unos tarros de latón abollados de tanto servir, y dos toneles grandes, de esos que huelen a vino imposible.

Era aquello como una alacena de madera por la que hubieran restregado manteca negruzca y en la que miles de moscas tenían su vivienda.

Cuando callaban el aire y los niños, sólo se oía el aleteo nervioso de estos insectos y los resoplidos del mulo en la cuadra cercana.

Luego, un olor a sudor y a estiércol que lo llenaban todo con sus masas sofocantes.

En el techo, unas sogas bordadas de moscas señalaban quizá el sitio de algún ahorcado; un mozo soñoliento por el mediodía se desperezaba chabacano con la horrible colilla entre sus labios egipcios, un niño rubito quemado del sol jugueteaba al runrún de un abejorro; otros viejos echados en el suelo como fardos

roncaban con los desquiciados sombreros sobre las caras; en el infierno de la cuadra los mayorales hacían sonar los campanillos al enjaezar a los machos, mientras allá, entre las manchas oscuras de los fondos caseros brillaba el joyel purísimo de la hornilla que daba a la maritornes boquiabierta el apagado brillo de un cobre esmaltado de Limoges.

Con la calma silenciosa de las moscas y del aire, rodeados de aquel ambiente angustioso, todas las personas dormitaban.

Un reloj viejo de esos que titubean al decir la hora, dio las doce con una rancia solemnidad. Un carbonero con un blusón azul entró rascándose la cabeza, y musitando palabras ininteligibles saludó a la posadera, que era una mujeruca embarazada con la cabellera en desorden y la cara toda ojeras...

-¿No quieres un vaso?

Y él:

- No porque tengo malo el gaznate.

¿Vienes del pueblo?

- No. Vengo donde mi hermana, que tiene esa enfermedad que es nueva...

- Si fuera rica, contestó la mujeruca, ya el médico se la habría quitado... Ya... pero ¡los pobres!...

Y el hombre haciendo un gesto cansado repetía:

¡Los pobres!... ¡los pobres!...

Y acercándose el uno al otro continuaron en voz baja la eterna cantinela de los humildes.

Luego los demás, al ruido de la conversación, se despertaron y comenzaron a platicar unos con otros, porque no hay cosa que haga hablar más a dos personas que el estar sentadas bajo un mismo techo sin conocerse... y todos se animaron menos la embarazada, que tenía ese aire cansado que poseen en sus ojos y en sus movimientos los que ven a la muerte o la presienten muy cerca.

Indudablemente, aquella mujeruca era la figura más interesante del mesón.

Llegó la hora de comer y todos sacaron de sus bolsas unos papelotes aceitosos y los panes morenos como de cuero. Los colocaron sobre el suelo polvoriento, y abriendo sus navajas comenzaron la tarea diaria. Cogían los manjares pobrísimos con las manazas de piedra, se los llevaban a la boca con una religiosa unción, y después se limpiaban en sus pantalones. La mesonera repartía vino tinto en vasos sucios de cristal, y como eran muchas las moscas que volaban sobre los pozuelos dulzones, éstas se caían a pares sobre las vasijas, siendo sacadas de la muerte por los sarmentosos dedos de la dueña.

Llegaban tufaradas sofocantes de tocino, de cuadra, de campo soleado.

En un rincón, entre unos sacos y tablas, el mozuelo que se desperezaba engullía unas sopas coloradas que la criada le servía entre risas e intentos a ciertas cosas poco decorosas.

Con el vino y la comida los viajeros se alegraron, y alguno más contento o más triste que los demás, tarareaba entre dientes una monorrítmica canción.

Y fue sonando la una y la una y media y las dos, y todo igual. Siguió el desfile de tipos campesinos, que todos parecen iguales, con sus ojos siempre entornados por la costumbre de mirar toda la vida al campo y al sol... y pasaron esas mujeres, que son un haz de sarmientos, con los ojos enfermos y los cuerpos gibosos, que van con gestos de sacrificadas a que las curen en la vecina ciudad, y desfilaron las mil figuras de tratantes, con sus látigos en la faja, que son muy altos, y los rumbosos de las posadas, y esos hombres castellanos, esclavos por naturaleza, muy finos y comedidos, que tienen aún el miedo al señor feudal, y que al hablarles siempre contestan: "¡Señor! ¡señor!"... y los que son de otras regiones, que hablan exagerando sus palabras para llamar la atención... y hasta se asomó por aquella escena pintoresca el prestidigitador, que va de pueblo en pueblo, sacándose cintas de la boca y variando las rosas de color... Y dieron las dos y las dos y media, y todo igual... Como ya había sombra en la puerta, a ella se salieron todos los personajes para gozar del aire perfumado de los cerros...

Solamente quedaron dentro adormilados aún y cubiertos de moscas, dos vejetes muy apagados, que con las camisas entreabiertas enseñaban un mechón de pelo cano de sus pechos, como mostrándonos la muerta bravura de su juventud.

Afuera se respiraba el aire sonado por los montes, que traía en su alma el secreto más agradable de los olores.

Las peladas y oreadas colinas, tan mansas y suaves, invitan con su blandura de hierbas secas a subir a sus cumbres llanas.

Unas nubes macizas y blancas se bambolean solemnes sobre las sierras lejanas.

Por el fondo del camino viene una carreta con los bueyes uncidos, que marchan muy lentos entornando sus enormes ojazos de ópalo azul con voluptuosidad dulcísima y babeando como si masticaran algo muy sabroso... Y pasaron más carretas destartaladas, con arrieros en cuclillas sobre ellas, y pasaron asnos tristes, aburridísimos, cargados de retamas y golpeados por rapaces, y hombres, hombres que no veremos más, pero que tienen sus vidas, y sospechosos de los que miran de reojo..., y silencios augustos de sonido y color...

Dieron las tres... y las cuatro...

La tarde se deslizaba melosa, admirable...

El cielo comenzó a componer su sinfonía en tono menor del crepúsculo. El color anaranjado fue abriendo sus regios mantos. La melancolía brotó de los pinares lejanos, abriendo los corazones a la música infinita del Ángelus...

Ciega el oro de la tierra. Las lejanías sueñan con la noche.

~~[illegible]~~ -

- ~~Niña~~ Ahogada en el pozo - Granada y Newburg -
Niña

Las estatuas sufren con los ojos por la oscuridad de los ataúdes
pero sufren mucho mas por el agua que no desemboca.
que no desemboca.

El pueblo corría por las almenas rompiendo las cañas de los pescadores
~~[illegible] croaban las estrellas tiernas.~~
~~[illegible] llegaron [illegible]~~ y croaban las estrellas tiernas.
¡Pronto! ¡Los bordes! ¡desemboca! ¡De prisa! ¡Y
que no desemboca

~~asoman los ojos [illegible] muerta~~
~~[illegible] en los [illegible] ahogada~~
~~Había una flor que [illegible] los ojos [illegible]~~ ~~la seca fábrica de papel.~~
~~pero el [illegible] las calles se encontraba con la seca fábrica de papel.~~
fue [illegible] por
~~pero fue desvanda y exprimida por las secas fábricas de papel.~~
... que no desemboca. Tranquila en mi recuerdo. Astro, Círculo, Meta
Lloras por las orillas de un ojo de caballo
~~que no desemboca~~ -

~~Si no necesita la sangre yo tengo [illegible]~~ ~~es suficiente~~. Es preciso
~~La sangre de los caballos es suficiente~~ ~~[illegible] el [illegible] de la arena.~~
que canten los pájaros muertos y se ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ las bocas
... que no desemboca

pero nadie en lo oscuro podrá darte distancias
~~[illegible] límite~~
sin ~~[illegible]~~, porvenir de diamante.
... que no desemboca.

La Cartuja

... Porque el que siembra para su carne de la carne segará corrupción, mas el que siembra para su espíritu del espíritu segará vida eterna.

Epístola de San Pablo a los Efesios, VI, 8

I

El camino que conduce a la Cartuja se desliza suave entre los sauces y las retamas, perdiéndose entre el corazón gris de la tarde otoñal. Las laderas, tapizadas de verde oscuro, tienen una modulación delicada al morir en la llanura. Sobre el campo castellano, plomiza niebla azul de transparencias acuosas y fantásticas a las cosas. Ningún color definido en la plancha pesada del suelo. A lo lejos, torres cuadradas y severas de pueblo de abolengo, hoy mutilados, solos en su grandeza.

Tristeza derramada, ingenuas montañas, acorde mayor de plomo derretido, suavidades simples, y en los horizontes, vagos fulgores de ceniza tornasol. A los lados del camino, árboles macizos de ramajes sonoros meditan inclinados ante la amargura inefable del paisaje. A veces el viento hace llegar solemnes marchas en un tono constante, que apaga un seco sonido de hojas marchitas.

Por una vereda va un grupo de mujeres con faldas agresivas de bayeta encarnada. Una puerta ojival, bordada de manchas por el sol, se levanta en el camino como un arco triunfal... Tuerce el sendero, y la Cartuja aparece con todo su ropaje funeral. El paisaje muestra toda su intensidad de sufrimiento, de ausencia de sol, de pobreza pasional.

La ciudad se extiende negruzca con las rayas de las alamedas, enseñando al monstruo gótico de su Catedral, labor de un orfebre gigante, recortada sobre un triunfo color morado. El río lleno de agua da impresión de sequedad, las masas arbóreas semejan borrones de oro antiguo, los sembrados despliegan las líneas rectas de sus pentagramas, perdiéndose en las tonalidades húmedas del horizonte.

Este paisaje asceta y callado tiene el encanto de la religiosidad dolorosa. La mano eterna no derramó en él sino la melancolía. Todas las cosas expresan en sus formas una amargura y desolación formidables. La visión de Dios es en este paisaje la de inmenso temor.

Todo está sobrecogido, miedoso, aplanado. El alma pobre del pueblo expresa su angustia en su hablar, en su andar. lento y grave, en su temor al diablo, en su superstición. Todos los caminos escoltados por cruces herrumbrosa; en las

iglesias, Cristos en covachas polvorientas, aderezados con abalorios, exvotos mugrientos y trenzas de pelo chamuscado por el tiempo, ante los cuales rezan los campesinos con la trágica fe del temor. ¡Inquietante paisaje el de las almas y los campos!...

En medio de toda esta solemnidad, la Cartuja se eleva como portadora de la angustia general. En la amplia plazoleta que la antecede, una cruz con su Cristo ventrudo pone la nota de severo recogimiento... La Cartuja es un sombrío caserón ungido con la frialdad del ambiente. El cuerpo de la iglesia se eleva sobre lo demás, coronado de pináculos sencillos y una cruz. Lo restante es de piedra semidorada, sin ningún adorno. Tres achatados arcos dan entrada a un portalón enjalbegado, donde hay que llamar.

La puerta se abre y aparece a contraluz un cartujo con su hábito blanco de lana y pálido como el mármol, con una barba enorme cubriéndole el pecho. Chilla la puerta apagadamente y se penetra en el patio. La luz es suave y tenue. En el centro, entre rosales y yedras, surge una blanca escultura de San Bruno, llena de majestad sentimental. A la izquierda está la portada de la iglesia, fuerte de línea, viril de conjunto, en cuyo tímpano la escena del Calvario aparece expresada con dolor primitivo. En los rincones hay brochazos de verde humedad que flota en el aire helado. El fraile nos entra en la iglesia, nevada tumba de reyes y príncipes, divino escenario de hechos medievales. En el fondo, el soberbio retablo reproduce figuras de santos ataviados ricamente, entre los que descuella la espantosa visión del Cristo tallado por Siloé, con el vientre hundido, las vértebras rompiendo la piel, las manos desgarradas, el cabello hecho raros bucles, los ojos hundidos en la muerte, y la frente deshecha en cárdeno gelatinoso... A su lado los evangelistas y apóstoles, fuertes e impasibles, escenas de la Pasión con rigidez cadavérica, y sosteniendo la Cruz, un Padre Eterno con gesto de orgullo y fiereza, y un mancebo corpulento con cara de imbécil.

Sobre la cabeza de Cristo, el blanco pelícano de la Escritura, y contemplando el conjunto, coros de ángeles, medallones, escudos reales, maravillosos encajes ojivales y toda una fauna de santos y animales desconocidos. Todo el retablo tiene una sola impresión de dolor: el Cristo. Lo demás está divinamente ejecutado, pero no dice nada. La figura del Redentor aparece llena del misticismo trágico del momento, pero no encuentra eco en el mundo de esculturas que lo rodean. Todo está muy lejos de la pasión y del amor, sólo Él está desbordado de apasionada lujuria, de caridad y pesadumbre, en medio de la indiferencia y orgullo general. ¡Retablo magnífico de vibrante simbolismo! A sus pies, el grandioso sepulcro de los reyes de Castilla, Juan I y su mujer, es una hoguera de mármol blanco. Las estatuas yacentes están colocadas sin la muerte en los gestos. El artista supo infundir en los rostros y en las actitudes el retrato admirable del cansancio y el desprecio real. Tienen las manos transparentes y cálidas, recogiéndose los mantos

riquísimos cuajados de piedras preciosas, recamados de labores con flores elegantísimas. De los dedos les pende un rosario de grandes cuentas, que va ondulando por los pliegues del manto a morir en los pies. Tienen vueltas las caras, como para no verse, con un rictus de supremo desdén.

Alrededor vive toda la doctrina cristiana hecha piedra: virtudes, apóstoles, vicios. Algunas figuras de alabastro recortan en las sombras sus aristocráticos perfiles; hay graciosos monjecillos en oración, raros hombres con libros abiertos, caras pensativas con labios sensuales, monos entre pámpanos, leones sobre bolas, perros dormidos y lazos con frutas, naranjas, peras, manzanas, racimos de uvas. Todo un mundo fantástico y enigmático rodeando a la realeza muerta. Al lado se alza otro soberbio sepulcro del infante don Alfonso, de suave ritmo, pleno de fúnebre severidad... La luz se apaga un poco. Frente a los sagrarios tiemblan las llamas. Hay olor a extraña humedad y a incienso.

Un monje de cara rasurada y de ojos brillantes aparece en el coro, se inclina repetidas veces, y abriendo el breviario se abisma en las páginas. El fraile que me acompaña me hace notar el delicado dibujo de la admirable sillería coral. El ruido de los pasos extiende sus ondas concéntricas por el aire, llenando a la iglesia de sonido... Por los ventanales revolotean palomas.

II. Clausura

Después de haber visitado la iglesia, el monje venerable, me llevó a contemplar una imagen de San Bruno colocada en un detestable altarito situado en una capilla reservada. "Éste es el San Bruno de Pereira", me dijo... y refirió una serie de anécdotas a propósito de la imagen. Indudablemente la escultura está bien hecha, pero ¡qué poca expresión! ¡Qué actitud de eterna teatralidad! El santo del silencio y de la paz mira al crucifijo que lleva en las manos con aire indiferente, como si mirara otra cosa cualquiera. Ni el sufrimiento espiritual, ni la lucha con la carne, ni la locura celestial aparecen grabados en el gesto de la efigie. Es un hombre... cualquiera que haya pasado cuarenta años en el mundo tiene el sello mismo del sufrimiento vulgar... Estamos en España soportando una serie insoportable de esculturas ante las cuales los técnicos se extasían, pero que no poseen en sus actitudes, en sus expresiones un momento de emoción. Son modelos admirablemente retratados y a veces admirablemente policromados... pero qué lejos está el alma del personaje del retrato.

Los santos héroes de historias lejanas, románticos del sufrimiento por amor a Dios y a los hombres, no encontraron su encarnación artística.

¡Hay que pasar por las salas del museo de Valladolid! ¡Horror! Bien es verdad que hay algunos aciertos, muy pocos... pero lo demás...

Causa pena profunda observar la espantable medianía de la escultura. Es el arte que toca más a la tierra. Los genios de ella llegaron a la primera nota de la escala espiritual... Nunca dieron un acorde...

Es algo la escultura, muy frío y muy ingrato al artista. La fuente apasionada del escultor se estrella ante la piedra que talla... Quiere dar vida y la da, quiere dar sentimiento y alma y la da en las figuras... pero no puede abrir en ellas el libro sagrado y dulce en que los demás hombres leen las emociones que los llevan al solitario jardín de los sueños... Reproducen... nunca crean...

Este santo que tiene la rudeza de un patán y la fortaleza de un castellano pueblerino, me hace la impresión del retrato de un pobre lego antiguo, de esos que repartían la sopa boba por las tardes rodeado de una turba de pobres envejecidos por el hambre. Pobre idea del pobre señor Pereira, que imaginó al Bruno loco del misticismo reposado y doloroso como un hombre vulgarísimo, después de haber comido y discreteado un poco... Desdichada imaginación del señor Pereira, como casi todos los escultores que exponen en Valladolid, que hicieron de figuras ideales, casi fantásticas, retratos de hombres recios, de idiotas y de bobalicones...

"¡Ay! exclamarán muchos ¡qué disparate! Estas esculturas son magníficas! ¡Note usted la maravilla de esas manos! ¡Fíjese usted, qué cosa tan anatómica!" Sí, sí señor, pero a mí únicamente me convence el interior de las cosas, es decir, el alma incrustada en ellas, para que cuando las contemplemos puedan nuestras almas unirse con las suyas.

Y originar en esa cópula infinita del sentimiento artístico el dolor agradable que nos invade frente a la belleza... A esta estatua de San Bruno, tan cacareada por sabios y no sabios, únicamente le observé, mejor, le puse toda la indiferencia cartujana. Bien es verdad que el autor no quiso hacer la estatua indiferente, pero así me resultó a mí.

Aquella mirada fría, inexpresiva, ante la amargura del suplicio de la cruz encierra el enigma de la Cartuja... Así lo veo yo...

"... Y por unas circunstancias que no son del caso relatar pude entrar en clausura..." El monje de las barbas, severo y simpático, me acompañó.

Salimos de la iglesia... Ya la tarde quería decir sus últimas modulaciones en oro, rosa y gris. Era sereno el ambiente como el agua estancada de los bosques. Era dulce la luz como una nostalgia de amanecer. Eran tranquilas las palabras como rezos crepusculares...

Una puertecita achatada se abrió, y entramos en el recinto sagrado de la clausura. No hay suntuosidad interior en esta Cartuja de Miraflores.

En el pasadizo de la entrada luce sus colores feos una horrible colección de cuadros con escenas de martirios... El retrato de un monje impone silencio, llevándose un dedo a los labios... el corredor se perdía en una claridad lechosa.

Al final, otro corredor lleno de puertecitas abiertas en la blancura de las paredes, y una cruz de madera pintada de negro... Hay solemnidad humilde, austeridad angustiosa, y silencio de inquietud en estas estancias. Todo callado a la fuerza. Porque sobre estos techos hay cielo, y palomas, y flores, y sobre estos

techos hay tormentas, y lluvias, y nieves... pero la fuerza de unas torturas espirituales pone las notas de quietud espantosa en estos claustros pobres y blancos. Nada se oye..., nuestras pisadas son insultos que despiertan a los ecos lejanos.

De cuando en cuando, al detenernos en nuestra marcha, fluye el plomo de la quietud con toda su pasión... Huele a membrillos al pasar por algunas habitaciones umbrosas. Huele a sufrimientos y pasiones casi ahogadas. Husmea Satanás en medio de la soledad. Es doloroso el silencio de la Cartuja. Estos hombres se retiraron de la vida huyendo de sus vicios, de sus pasiones. Fueron a ocultar en este relicario de añeja poesía toda la amargura de su corazón. Adivinaron un estado de quietud espiritual, un algo encantado donde sepultar sus deseos, sus desgracias; pero no lo consiguieron... Seguramente aquí se reflorecieron sus pasiones de una manera exquisita.

La soledad es la gran talladora de espíritus. El hombre que entró en la Cartuja trémulo y aplanado por la vida, no encontró aquí el consuelo.

Somos muy desdichados los hombres, queremos regirnos por nuestros cuerpos y supeditar las cosas a nuestros cuerpos, sin contar para nada con las almas. Estos hombres sepultan aquí sus cuerpos, pero no sus almas. El alma está donde ella quiere. Todas nuestras fuerzas son inútiles para arrancarla donde se clava. Además... ¿qué sabemos nosotros lo que desea nuestra alma? ¡Qué angustia tan dolorosa estos sepulcros de hombres que se mueven como muñecos en un teatro de tormentos! ¡Qué carcajadas de risa y llanto dará el corazón! Nuestras almas reciben las pasiones admirables, y ya no se pueden sacudir de ellas. Lloran los ojos, rezan los labios, se retuercen las manos, pero es inútil; el alma sigue apasionada, y estos hombres buenos, infelices, que buscan a Dios en estos desiertos del dolor, debían comprender que eran inútiles las torturas de la carne cuando el espíritu pide otra cosa.

Es harta cobardía estos ejemplos de los cartujos. Ansían vivir cerca de Dios aislándose... pero yo pregunto ¿qué Dios será el que buscan los cartujos? No será el Jesús seguramente... No, no... Si estos hombres desdichados por los golpes de la vida soñaran con la doctrina del Cristo, no entrarían en la senda de la penitencia sino en la de la caridad. La penitencia es inútil, es algo muy egoísta y lleno de frialdad. Con la oración nada se consigue, como nada se consigue tampoco con la maceración. En la oración se pide algo que no nos pueden conceder. Vemos o queremos ver una estrella lejana, pero que borra lo exterior, lo que nos rodea. La única senda es la caridad, el amar los unos a los otros.

Todos los sufrimientos puede tenerlos el alma, lo mismo en el estado de penitencia que en el de caridad; por eso estos hombres que se llaman cristianos debían no huir del mundo, como hacen, sino entrar en él remediando las desgracias de los demás, consolando ellos para ser consolados, predicando el bien

y esparciendo la paz. Así serían con sus espíritus abnegados verdaderos Cristos del Evangelio ideal. Es verdaderamente anticristiano una Cartuja. Todo el amor que Dios mandó nos profesáramos falta allí, ni ellos mismos se quieren. Sólo se hablan los domingos un rato, y sólo están juntos durante los rezos y la comida. No son ni hermanos. Viven solos...

¡Y todo por no pecar... por no hablar! ¡Como si en las meditaciones íntimas no hubiera pecado! Quieren, como he dicho antes, ser cuerpos sin mancha, porque el alma... el alma puede con todas las maceraciones. Estos desdichados a quien todos debemos compadecer, creen engañarse y engañar sus sentidos con una tortura de la carne.

¿Quién puede asegurar que alguno o casi todos no sienten deseos, ni aman a mujeres lejanas por quien entraron allí; ni odien ni se desesperen?.. Tendrán el Cristo delante como el San Bruno de Pereira, llorarán invocando a los espíritus celestiales, pero sus almas amarán y desearán y odiarán... y la carne también se desatará... y por las noches muchos hombres de éstos que son jóvenes y vibrantes de vida, verán desde su cama visiones de mujeres a quien amaron, gentes a quien despreciaron, y amarán y despreciarán, y querrán cerrar los ojos, pero los tendrán abiertos... porque los hombres no somos quién ni podemos encauzar nuestras almas hacia el lago sin inquietud y sin dolor que deseamos. Estos hombres admirables de decisión, huyen del ruido creyendo que los pecados se esconden en él, y cayeron en otro lugar propicio a los pensamientos y por lo tanto al pecado. Cayeron en un jardín abonado para el bien y el mal, y gustaron una gran pasión, ellos que tanto huían de ella. La gran pasión del silencio.

Aquí mueren habiendo apurado la copa de la pasión espiritual, y sin haber hecho ningún bien... ¿Bien a ellos?... Creo que no, porque si hubieran apurado sus lágrimas entre los desgraciados, se llevarían al otro reino un rosal piadoso con las rosas blancas del recuerdo, mientras así mueren sin haber gustado las maravillas espirituales del bien cumplido... Además estamos aquí sin saber por qué... ¿Dios nos da sufrimientos? pues sufrámoslos... no nos queda otro remedio.

Pero a veces me parece que sois geniales protestantes del mismo Dios al huir del mundo que el creó, para buscar otro Dios de calma y sosiego... pero no podéis, porque las crueldades refinadas por su dolor que acompañan a nuestro corazón, viven con nosotros hasta la muerte...

¡Qué silencio tan abrumador! Todos ven así el silencio cartujano, paz y tranquilidad. Yo sólo veo la inquietud, desasosiego, pasión formidable que late como un enorme corazón por estos claustros. El alma siente deseos de amar, de amar locamente y deseos de otra alma que se funda con la nuestra... deseos de gritar, de llorar, de llamar a aquellos infelices que meditan en las celdas, para decirles que hay sol, y luna, y mujeres, y música; de llamarlos para que se despierten para hacer bien por su alma, que está en las tinieblas de la oración, y

cantarles algo muy optimista y agradable... pero el silencio reza su canto gregoriano y pasional.

Al pasar por una estancia fría y severa, se ve una Virgen con su manto celeste bordado de estrellas, con un niño chiquito alegre, llevando su corona altísima imperial... algo que recordaba el mes de Mayo..., una alegría religiosa entre aquella tristeza cartujana.

Nadie se ve por los salones, sólo nos habla la humedad y olores extraños de cera, de huerto umbrío.

Y más silencio, y silencio, y una gran sensualidad... ¡Enorme pesadilla la de estos hombres que huyen de las asechanzas de la carne y entran en el silencio y la soledad, que son los grandes afrodisíacos!...

Pasamos por el comedor, que tiene una dignidad señorial con su púlpito para las tremendas lecturas de martirios y ejemplos píos... con los vasos blancos, las mesas pobres con aire de castidad... Unas cortinas rojas dejan pasar la luz llenando al salón de tinte rojizo tristísimo... más corredores deshabitados, y el gran patio de la Cartuja. Tiene este patio un rincón de cipreses lleno de miedo y misterio, donde son enterrados los monjes. Una cruz se alza en el centro cuajada de herrumbre de color oro viejo. Una gran sombra azul llena la melancolía del ambiente.

Hay rosales mustios, y madreselvas cubriendo románticamente los muros. Hay mimbres de las que lloran sus ramas elegantísimas y funerales. Hay plantaciones en el suelo y perales y manzanos...

En el centro, una gran fuente canta la melodía del agua con el runrún temeroso..., tiene algas que chorrean lamiendo la piedra... Un mascarón sonríe con su cara rota y casi borrada...

En el fondo y junto al cementerio hay un triunfo de yedras... Cae la tarde preñada de color íntimo y suave... Atravesamos otra vez lo andado y salimos al patio exterior de la Cartuja... Todo estaba bañado de rosa maravilloso. Era la quietud de la naturaleza.

Sonó la campana el ángelus con su voz grave y armoniosa... El monje se arrodilló, cruzó las manos, besó al suelo... En el tejado bajo una covacha se arrullaban dos palomas...

Hora en que pasan las almas hacia la eternidad... El viento hablaba entre las ramas y ponía temblores de manantial en las hojas de las yedras... Al salir, las lejanías esparcían su infinito tono gris.

San Pedro de Cardeña

Sobre el aire lleno de frescura primaveral está cayendo toda la oración castellana. Por los montes de trigos olorosos brillan las arañas, y en las lejanías brumosas el sol pone unos rojos cristales opacos... Los árboles suenan a mar y en toda la solitaria llanada inmensa el resol da raros tonos de esmalte. En los pueblos se respira el ambiente de quietud honda; las eras de seda se llenan de rubio incienso y cascabeleos pausados como oficios a la resignación del trabajo..., mientras una fuente besa siempre a la acequia que la traga... Bajo las suaves sombras de los olmos y los nogales, los niños harapientos gritan alegres espantando a las gallinas..., las torres silenciosas, con jardines salvajes en los tejados; las casas cerradas con toda la tristeza de su humildad... y un canto de mozuelo que viene del trigal...

En un remanso que parece un bloque de mármol verde, lavan unas mujeres desgreñadas como Medusas entre risas y parloteos chismosos...

La sublime unidad de las tierras castellanas se mostraba en su solo y solemne color. Todo tiene la austeridad cartujana, el aburrimiento de lo igual, la inquietud de lo interrogante, la religiosidad de lo verdadero, la solemnidad de lo angustioso, la ternura de lo simple, lo aplanador de lo inmenso.

Las sierras lejanas se ven como indecisas escorias violeta, algunos árboles tienen alma de oro con el sol de la tarde, y en los últimos términos los mansos y oscuros colores abren sus enormes abanicos cubriendo de terciopelo tornasol las dulces y melancólicas colinas... Los segadores con las guadañas dan muerte a las espigas entre las cuales enseñan las amapolas la tela antigua de su flor.

Por los fondos de plomo comienza a sonar el arrebol; el aire se para, y bajo la mística coloración indefinida, la tarde castellana dice su eterna y cansada canción...

Suenan las carretas por los caminos, los insectos músicos tienden al aire las cuerdas de sus gritos, parece que los henos y las flores sin nombre han roto las arcas de sus aromas para acariciar a la blanda oscuridad...; parece que del profundo e incomprensible diálogo divino, brotara una explicación a la eternidad...

En las aguas se reflejan los árboles en medio de la tristeza de un otoño ideal..., y por las hondonadas umbrosas, llenas de sombra ya, se oyen balar las ovejas a la monotonía de una esquila pausada.

Toda la grandeza rítmica del paisaje está en su amarillo rojizo, que impide hablar a ningún otro color... Las yerbas secas que alfombran a los suelos se amansan y entre los nogales y los olmos una torre severa, con las ventanas vacías, asoma su cabezota cansada del tiempo.

El sol pone transparencias de aguas verdes sobre el prado en que parlotearon doña Sol y doña Elvira..

En el sentimiento de la historia de piedra, el silencio pone su hondura religiosa sólo turbada por las palomas, con sus aleteos suaves..

Todo el monasterio, al que ya aman las yedras y las golondrinas, enseña sus ojos vacíos de una tristeza desconsoladora, y desmoronándose lentamente deja que las yedras lo cubran y los saúcos en flor....

Los luminosos acordes del sol de tarde envuelven a los olmos y nogales de flores amarillas, mientras los fondos de verde macizo van tomando su bronceado color..

Al pasar, enjambres untosos de moscas levantan un murmullo melodioso y los pájaros vuelan alocados posándose en los chopos que parecen hoscos tenebrarios..

En el gran compás del monasterio se levantan grandes piedras como tumbas, cercadas de ortigas y flores moradas..

En un lado del caserón, hay una portada sencilla con los escalones dislocados, una torre con escudos negruzcos, y sobre ella el hieratismo de las cigüeñas con sus zancas y picos rosa....

Sus grandes nidos enredan sus marañas en los pináculos.

La gesta colosal quisiera hablar en el misterio soleado, pero ya las cimeras y los petos de malla huyeron por un fondo sin luz....

La figura amorosa de Jimena que describe la formidable leyenda, aún parece esperar al caballero más amante de las guerras que de su corazón y esperará siempre como esperan los Quijotes a sus Dulcineas sin notar la espantosa realidad..

Toda la historia de aquel amor fuerte, está dicha sobre estos suelos; todas las melancolías de la mujer del Cid pasaron por aquí..., todas las palabras de réplica mimosa y apasionada se oyeron por estos contornos, hoy muertos....

Rey de mi alma y destas tierras, conde..
¿Por qué me dejas? ¿Adónde vas? ¿Adónde?

Pero el héroe tenía ante todo que ser héroe, y apartando a la dulzura de su lado, marchaba entre fijosdalgo en busca de la muerte..., y la mujer dolorida y llorosa pasearía entre estos sauces y entre estos nogales renovados, hasta que algún religioso con barba blanca y calva esmaltada viniera en su busca para conducirla a su aposento en donde quizá todas las noches oyera a los gallos cantar... Y lo desearía y lo amaría por grande y por fuerte, pero todo en vano, pues tan sólo algunas horas pudo de sus caricias gozar....

La figura de doña Jimena es la nota más femenina y subyugadora que tiene el romancero... Casi se esfuma al lado de las bravatas y contrastes de Rodrigo su marido, pero tiene el encanto suave del amor.

Jimena siente un amor gigante visto a través de las páginas de los romances. Amor reposado, lleno de un apasionamiento vibrante que tiene que ahogar ante el fantasma del deber... En el interior del convento y junto a la fuente de los mártires

surge el claustro románico lleno de escombros y de polvo... Luego la iglesota grande, profanada, y el sepulcro del Cid y su mujer, en donde las estatuas llenas de esmeraldas derretidas de humedad, yacen mutiladas y sin alma... Lo demás todo ruinas con hilos de plata de las babosas, ortigas, rudas, enredaderas, y mil hojas entre las piedras caídas..., y cubierto con una amarga y silenciosa pátina de humedad....

Las cigüeñas están paradas, tan rígidas que parecen adornos sobre los pináculos... Hay olor a prados y a antigüedad. Bajo las sombras de la tarde desfallecida, el convento acariciado por los nogales cargados de fruto, tiene más preguntas y más evocación....

Al salir de su hondura, todos los claros reflejos del sol ya muerto se esparcen por las tierras llanas... Una llanura de oro viejo coronada por un nimbo rojo, unas murallas de plata oxidada, y en los cielos la azul frialdad de la luna en creciente... Por encima de todo esto, es la gesta que da voces de hierro sobre los campos, muy altas, muy fantásticas, muy sangrientas, sirviéndole de perfume, el sollozo de una canción de tarde de Schumann que pasa dolorosamente por mi alma..

Monasterio de Silos

I. El viaje

Hay que salir de Burgos en esos odiosos automóviles incómodos, que van jadeando ansiosamente con la enorme balumba de maletas y sacos de viaje. Ante el auto se abre el gran ángulo de la carretera, que se pierde en el confín, con sus filas de álamos esbeltos y rumorosos..

Es un día del Agosto sereno y el sol resalta la gama roja del paisaje....

En algunas umbrías de retamas, tiene el suelo el encanto de un rosa fuerte, en los árboles y en las hondonadas, brilla toda la escala del azul, en los tremendos vientres de las ondulaciones grita el rojo ensangrentado, y sobre las lejanías indefinidas, hay truenos de plomo y de sol. A veces quiere la llanura ser la expresión del paisaje, pero en seguida nacen los suaves lomos de las colinas..

Entre las muertas desolaciones del color, surgen cruces antiguas casi derrumbadas, cercadas de árboles y de hierbas... Pasan los pueblos, tristones, mudos, de una amargura apasionada, con sus iglesias como bloques de piedra, enseñando las torres llenas de fortaleza, con sus ábsides silenciosos... El automóvil va jadeante y antipático insultando con su bocina a la gravedad del paisaje, hundiéndonos en vagas sombras y en plenitudes de luz..

Pasa el automóvil junto a un maravilloso palacio del renacimiento

enclavado en estas soledades a la sombra de grandes árboles, con sus balcones volados, sus rejas espléndidas..., hoy solo, cerrado, luciendo su altiva grandeza junto a un huerto de jazmines... En seguida brota la leyenda popular... "Esto, me dicen, fue el refugio de una tapada señorial que enamoró a Felipe Segundo..." Las torres del palacete se pierden entre los ramajes. Sigue la carretera su cinta silenciosa llena de claridad cegadora... Entre las torres que desfilan por ella hiere nuestra emoción un torreón guerrero de piedra gris, solo, a la salida de un pueblecito, con traza de romance de amores, un poco desvencijado por el peso dulce de un manto soberbio de yedras. Son los álamos altísimos y escuetos, dando a la carretera un acento funeral..

Por fin se descansa al dejar el automóvil, que se pierde en las lontananzas gritando horrorosamente. Quedamos los viajeros en el corazón de Castilla, rodeados de sierras severas, en medio del abrumador y grandioso paisaje. Hay suavidades de sedas fuertes sobre los suelos....

Para llegar a Silos se toma una diligencia desvencijada y pobre, tirada por tres bestezuelas llenas de mataduras donde se cebaban las moscas..

Los viajeros eran personas vulgares, con gestos de idiotez, que ansiaban subirse pronto no les fueran a quitar el sitio, gentes que no veían la maravilla solemne de las lejanías. Unas mujeres con niños en brazos, un cura con la sotana verdosa y sin afeitar, otro jovencito con unas gafas enormes con aire de seminarista, y unos deplorables tratantes en ganado. Nada interesante decían; unos dormitaban, y otros charlaban de cosas idiotas... El mayoral arreaba graciosamente al ganado con una voz de armoniosa virilidad gutural. Tenía cierto gesto de arrogancia y señorío. Blancas nubes de polvo envolvían al coche. A veces éste se deslizaba rápido por las cuestas entre las garras grises de los tomillos empolvados, al sonsonete lánguido y adormecedor de los collares..

En el interior de la diligencia todas las personas callábamos. Era uno de esos instantes de meditación general que suceden en los viajes y en los que el sueño va tendiendo sus cadenas melosas e invisibles derramando sus bálsamos en los corazones, haciendo entornar los ojos en un espasmo de gratitud corporal, y danzando con las cabezas caprichosamente... Alguien pronunciaba una palabra y en seguida callaba; el ambiente adormecedor y lánguido le hacía callar. El señor cura roncaba beatíficamente, con la boca entreabierta y moviendo el vientre con ritmo ridículo; el joven de las gafas suspiraba con afeminamiento monjil, alguno se desperezaba, y una mujer de mirada apacible hizo florecer en la semioscuridad de su traje un seno blanco, enorme, temblorosamente augusto, para dar de mamar a la nena rechoncha y rubiasca, que posó en su punta ennegrecida la casta rosa de su boquita..

El mayoral comenzó a cantar fuertemente. Yo temblé todo. Pensaba hallar por estas seriedades de color y luz, alguien que pusiera en su voz algún noble

canto castellano, que tanta fortaleza tienen y tanta tranquilidad..., pero quedé horrorizado. En vez de una melodía casi gregoriana por su lentitud y sencillez (matiz que tienen muchos cantos de estas tierras) escuché un cuplé espantoso, de una fea chulería madrileña. El cochero gritaba las notas de una manera imposible de soportar. Todas mis meditaciones se rompieron... Sólo pensaba amargamente en la detestable y criminal obra de algunos musiquillos españoles... Haced melodías; pero ¡por Dios y su madre! ¡no hagáis habaneras de alma grosera y canallesca!... Los cascabeleos de los animales tienen un crescendo, y me libran piadosamente del cantar....

Los montes surgían con suavidades doradas enseñando sus lomos escamados con piedras redondas y tomillares oscuros..

Tiene la diligencia un descanso en un pueblecito tranquilo, con chimeneas enormes..

La plaza conserva algunas casas hundidas en el suelo, con escudos admirables y originales cubiertos de negro. En una de ellas hay una fragua, viéndose entre las negruras profundas del antro, el inmenso granate del carbón encendido, y los ojos parados y penetrantes de los trabajadores. Juegan unos niños con un perro en pleno sol. En un sombrajo pobre hay gallinas jadeantes. Mis compañeros de viaje se despiertan, charlan y protestan porque no nos ponemos en marcha..

Una de las bestias, vieja y cansada, tiene una formidable expresión de dolor, moviendo resignadamente la cabezota, cerrando sus ojos pitarrosos enrojecidos por el polvo de la carretera, tratando de aspirar involuntariamente un aire consolador. ¡Pobre animalejo simpático y trabajador, que recorres estos caminos siempre en los inviernos crueles y los estíos espléndidos! ¿Quién creerá que eres más noble y digno que estas gentecillas que chillan siempre llenas de egoísmos? ¡Pobre víctima de nuestro Dios, condenada para siempre a llevar y traer gentes que ni siquiera te miran! ¿Quién creerá que eres más buena, santa y digna de admiración que muchísimos hombres? ¡Pobre podredumbre fisiológica, humilde sacerdote de un rito de fuerza! ¡Cuántas más elegancia y caballerosidad tienes que estos tratantes que llevo a mi lado! Y el animalejo humilde y bueno, movía desesperadamente todo su cuerpo, espantando a las moscas que iban a cebarse en las heridas hondas que tenía sobre sus lomos....

Otra vez seguimos la carretera adelante y el paisaje fue tomando serios acordes de grandeza salvaje. Había montes potentes de sencillez y grandeza, peñascos rudos, y manchones de rojos extraños..

Serpenteaba el camino por el monte haciendo curvas y pendientes rápidas. Otro momento de meditación íntima invadió a los viajeros..

Momentos estos en que se borra el paisaje con un solo color..

Momentos silenciosos de monotonía solar. Momentos de inquietud sin

inquietud... La diligencia desciende airosa del monte por una cuesta reptilínea y se divisan en el fondo de un valle pequeño y agradable, los tejados rojos de un pueblo junto a los cristales mansos de un río.

II. Covarrubias

Entra la diligencia en la primera calle atrayendo las miradas de las gentes. Pasa una cruz de estructura bizantina, admirable y solitaria y se cruza por bajo de un soberbio arco de triunfo, puerta de la ciudad. Es dorado y aristocrático, de un renacimiento maravilloso. Tiene grandes rejas repujadas y adornos de cuernos de la abundancia, hojas y escudos. Después el coche se detiene junto a una puerta ojival en que impera un escudito. Es el mesón. El mesonero es a la vez médico del pueblo. Es una figura extraña, con los ojos desencajados, con grandes tufos a la malagueña y de una finura comedida. Surgió de una puerta rodeado de su chiquillería y nos saludó amablemente... En una mesa vi unos libros de Pérez Zúñiga y de Marquina, que son los favoritos de dicho buen señor..

Este pueblo tiene rincones magníficos de añejo carácter. La calle principal, estrecha, oscura, con casas antiguas desvencijadas y panzudas, con escudos hasta en los dinteles más humildes. En el suelo triunfa un empedrado brutal. Hay en las puertas de las casas mujerucas fracasadas, con los ojos hundidos en las arrugas amarillas de su piel..

Hay hombres que andan lentamente, con las caras negruzcas, los hombros estrechos. En un soportal con columnas macizas hay figuras humanas retrepadas en las paredes, angustiadas inconscientemente de aquel ambiente tan abrumador. Siente ansia el corazón de ver una cara fresca y rosada de mujer. Pasan unas mozuelas por la calle con sus refajos vuelosos, de caderas exageradas pasadas de moda, pero en sus rostros jóvenes está impreso el amargo sello del aburrimiento trágico de la población..

La plaza principal tiene armonía de leyenda guerrera. En el fondo se alza el palacio del conde Fernán González, con su gran portada ojival, con sus balcones caballerescos. La hierba, esa artística enamorada de lo antiguo, orla con su cinta verde al palacio abandonado y ruinoso..

Más hacia la derecha empiezan las columnas de un soportal ahumado. A la salida del pueblo aparece una gran pirámide truncada, una gran torre de plata sucia en la cual las lluvias han señalado bucles esfumados de oro, de granates, de topacios... Es la torre de doña Urraca. En el interior nada hay de particular a no ser el eco de leyenda popular que encierran todas estas reliquias de la antigüedad. Es la leyenda incompleta, o a mí no me la contaron... Sólo me dijeron, señalándome el sitio: "Ahí estuvo emparedada mucho tiempo la infantina doña Urraca por orden de su padre"...., "Pero, ¿por qué?"... Y el señor acompañante no lo sabe decir..

Tiene esto perfume de cuento de niños. Una infantina medieval emparedada por su padre... ¿Sería por amor tal vez?... No lo sabía el señor

acompañante, pero mejor está así. Hoy, esta torre grandiosamente romántica, es un palomar. En las barbacanas destrozadas, en su techo, hay nidos de palomas que la cercan siempre con sus aleteos. Un rosal de té quiere abrazar la fortaleza..

Más allá se levanta el chato campanil de la colegiata, cobijando al cuerpo de la iglesia. Tiene la iglesia el eterno ojival de estas tierras, con los trazos fuertes que se besan en un rosetón, con los arcos un poco chatos, con los mismos ventanales de siempre. En las paredes chorreando humedad, los monumentos sepulcrales enseñan a los caballeros rígidos con sus armaduras, a las cartelas con inscripciones, a los angelotes... Debajo del altar mayor están los sepulcros de las hijas de Fernán González, custodiados por un ángel. En una capilla de la iglesia y junto a una fila absurda de soberbias esculturas románicas, bizantinas y góticas, puestas sobre una tabla carcomida a son y sin ton, está el altar de los patrones del pueblo, los santos mártires San Cosme y San Damián. Son dos Muñecos de caras estúpidas vestidos de un damasco descolorido, con cabelleras tiesas y apretadas, y con unos sombreros enormes llenos de polvo. Estaban cercados de exvotos, y ante ellos una luz lloraba tranquila. El párroco declaró que eran las imágenes favorecidas por el pueblo, el cual había depositado en ellas todo su entusiasmo religioso... Una gran pena crepuscular me invadió... Toda la fe de un pueblo estaba depositada en estos Muñecos mal hechos, juguetes de un hijo de gigante... Es decir, que toda la visión del más allá de esta desdichada población mira únicamente a estas dos ridiculeces con forma... En las demás capillas hay santos llenos de polvo, con los trajes deplorables... Más allá está el gran retablo flamenco de la adoración de los Magos. La Virgen, llena de gracia candorosa y de movimiento musical, tiene al Niño sobre las rodillas para que reciba la ofrenda piadosa del rey negro, que sostiene un cáliz de oro entre sus manos distinguidas... Los demás personajes no están en el alma de la escena. Todos contemplan. Solo hay un diálogo de ojos entre María la dulce y el negro monarca de los ensueños infantiles....

En la amplia sacristía y sobre las cómodas, hay cuadros de colores suaves. Hay algún interior flamenco que tiene la luz admirable, de Vermeer... En el claustro, lleno de hierbas marchitas, el sol habla en tono dorado. Los calados de la arquería escriben sus formas sobre el suelo calcinado...

Ya en la calle había un perfume intenso de pan. Unas mozuelas pasaron ramplonas, secreteando. El río copiaba a un puente....

Cabeceaban los álamos.

III. La montaña

Atravesando callejas de estructuras fantásticas, con las casas hundidas en la tierra parda, donde se percibe el olor de los establos calientes, se da vista a un rincón oculto con una iglesia cerrada llena de silencio magno. Para volver a la plaza principal se cruza una calle estrecha y agobiadora, con una casa en la que reza una inscripción: "Aquí nació el divino Vallés". Una mujerzuca vestida de

negro, con los ojos muy grandes, azulados, bobos, dice con voz chillona, como queriendo explicar: "Sí, sí, el divino Vallés, el divino Vallés, el médico de Felipe Segundo" ... Damos gracias a la mujer, y atravesando la plaza llegamos al mesón....

Hay que tomar el coche otra vez para subir a Silos. A la salida del pueblo comienza la gran cuesta por la que hemos de subir... Sobre la plata azul lunar del río, se retratan los árboles, fundiendo sus verdes oscuros en el abismo enigmático de las aguas. Sobre el cielo hay un florecer continuo de nubes blancas que matizan la melodía solar....

Trepa el coche la cuesta con cansancio. Ni el mayoral arrea siquiera las bestias. El sol escancia su esencia de fuego..

Los rojos tejados de Covarrubias se van hundiendo en la hermosa armonía del paisaje, la torre funeral de doña Urraca quiere mirarse en el río. Hay sombras de humedad por las riberas....

A poco estamos en plena sierra. Luchan las cumbres unas con otras para levantarse más, las primeras se acusan salvajes, llenas de tomillos y encinas, otras más lejanas álzanse grises, pálidas y moradas, y en los confines asoman algunas su violeta fundido con el cielo..

Avanza el coche lentamente por la carretera que es como un enorme anillo que abarcara los vientres de los montes. Brilla el paisaje su tono opaco y sobrio... Vive en el ambiente una soledad augusta y salvaje..

Hay derrumbaderos inmensos de piedras rojizas. Hay garras sobrehumanas con terciopelos de musgos polvorientos. Hay contorsiones de bárbaras danzas en los árboles sobre los abismos..

Suena el viento de la sierra con ruido dramático... Viento fuerte, cargado de aromas admirables. Viento agradable y dulce, con solemnidad bíblica. Viento de leyendas de ánimas y cuentos de lobos..

Viento que tiene alma de invierno eterno, acostumbrado a ladridos de perros y rodar de peñas en el misterio de la media noche... Viento lleno de poesía popular, cuyo encanto miedoso nos enseñó la abuela al conjuro de sus cuentos....

En la cara me abofetea francamente, ungiéndome con la nevada frescura que encierra....

A medida que vamos andando van naciendo grandes chorreones de encinares sobre la tierra en declive, remolinos de yedras azules, dulces enebros inclinándose en las pendientes bravías..

A veces y dominando las malezas empolvadas, se levantan ensueños maravillosos de ciudades medievales, murallas de un oro formidable como encantados castillos de leyenda bruja, evocaciones de antiguas construcciones orientales, parajes sombríos de tragedia guerrera... A medida que cambiamos de posición surgen nuevas ciudades de piedra, con murallas formidables en las que avanzan cubos ramayanescos....

Sobre esas murallas hay puertas de piedra como el sepulcro de Darío en Narkch-I-Rustem, con toda la fúnebre grandiosidad de dicho monumento. Algunas veces entre las llamas pétreas de las rocas, se dibujan espléndidas escalinatas de una fastuosidad imperial, que nacen de un abismo para conducir a un sitio ignoto e imposible... La carretera va desliando su cinta serena. Agota el color gris hasta sus tonos más raros. En algunos barrancos profundos se mueve un mar de verdor fuerte..

En los valles que cruzamos brillan los trigos llenos de sol. Pasan los pueblecitos originalísimos de color, con sus campanarios esbeltos y románticos, con los tejados rojos, las casas grises y oscuras. En alguna pequeña hondonada un pueblo de éstos lleno de gracia se recuesta en el declive con una dulce sonrisa ingenua. Unos nogales enormes, corpulentos, centenarios, riman su color bronceado con el rojo pelado de los suelos. Más allá, algunas pobres plantaciones y unas hoyas anchas rebosantes de morado. Parece copiar este panorama algún dibujo infantil... Los otros pueblos nacen de verduras veraniegas enseñando sus torres con sus campanas que semejan Santos Cristos desfigurados..

Los árboles lejanos y los cipresales parecen torres góticas esfumadas en tintas suaves..

Vuelven a pasar las agrestes plenitudes de la sierra. De grietas enormes nacen alcaparras como verdes cascadas congeladas sobre las piedras. Hay raros alfabetos en los suelos y en las paredes gigantes..

Hay rostros y escenas dibujados en las canteras. Hay pedruscos redondeados que están sobre las pendientes con ansia de rodar a la calma cárdena de las honduras. Hay serios bosquecillos de retamas que son las moradas oscuras de los lagartos. En el olvido de algunos esquinazos abren las bocas de sus antros las culebras..

Bajo la calma divina del cielo rueda el coche al son de los cascabeles, espantando a las codornices que vuelan alocadas por el miedo, y ahuyentando a algunos sapos espantosos que meditaban en la vereda del camino..

De las cumbres más altas descienden al abismo silenciosas procesiones de pinos con sus cuerpos morados, con sus cabezas de ensueños crepusculares..

Brotan de los suelos piedras lisas y pulimentadas como si fueran calaveras de gigantes enterrados. En los declives hormiguean líricos manantiales de flores amarillas, de sencillas rosas tornasoladas, de espumas florales bravías....

Y más encinas... y más enebros... y más pinos y más viento fuerte y acariciador..

Los altos álamos de cascabeles que cantó Góngora, rumorean gratamente su tempo rubato. Después de varias calmas de mutismo interior apareció ante mi vista el antiguo monasterio. Entre la fortaleza del caserío se levantaba la torre de la iglesia que parecía desde la carretera, una custodia procesional de piedra gris, o

una gran copa de bálsamo como las que puso en manos de sus Magdalenas el genial Leonardo da Vinci..

El caserío se asienta en una suave hondonada... los montes amenazadores quieren derrumbarse sobre él..

IV. El convento

Unas murallas almenadas abarcan al caserío. En el interior está el monasterio..

La portada es fea, desproporcionada. A nuestra llamada apareció un lego sucio y desarrapado que abrió la puerta. Tenía un aire humilde de mujer... Entramos en un gran patio de desolaciones doradas, todo piedra, de una frialdad artística desconcertante. Se cree hallar a la entrada de este monacato al claustro románico que le da fama. La impresión es desagradable. Por fin nos dan hospitalidad....

La celda es blanca y sombría con un Crucifijo modernista y una mesa de palo llena de manchas de tinta. En un rincón la cama oculta su blancura entre cortinas. Por la entreabierta ventana llegaba el evocador y fantástico viento serrano... De cuando en cuando se oye en la soledad el frufrú brusco de los sayales frailunos al cruzar la galería. Ya pronto sería de noche. La campana del convento hacía jugar con su bronce a los sonidos lejanos de las sierras... Dos perrazos enormes que había en el primer patio se preparaban para aullar en la media noche....

Fuera de la celda se divisaba una galería en la cual danzaban rítmicamente las sombras. Desembocaba en una escalera de piedra gris en la que triunfaban por su tamaño colosal unas figuras lamentables de santos frailes, con los negros sayales, los báculos dorados, las coronas absurdas, ante las cuales ardía santamente una luz roja desconsolada..

Había miedos de color por las honduras pétreas... Se escuchaban sordos ruidos de sayales, tintinear de rosarios, cuchicheos misteriosos, escalas cromáticas de pasos que se apagaban en terciopelos profundos, y silencios fuertes que sonaban a caricias de la inquietud... La luz se iba escapando por los ventanales precipitándose las cascadas de sombra por las crujías y aposentos....

Al entrar en la celda, estaba invadida por la luna llena... Cerré la puerta... todo era un silencio sonoro. Quiso el alma meditar pero el sacro horror de la paz pasional se opuso. Era una hora nunca vivida por mí y sólo era posible la contemplación involuntaria. Se abren las rosas de nuestro mundo interior en estos reinos del silencio y al exhalar todos sus perfumes caemos inevitablemente en la miel de la confusión espiritual....

La luna caía de lleno en la estancia. Al acostarme sentí la trágica impresión de ser un prisionero en aquella mortecina soledad....

A poco los perros comenzaron sus ladridos y lamentaciones patéticas.

Tenían algo sus voces de profético en el silencio. Clamaban dolorosamente, quizá contra su forma y su vida. Eran los aullidos masas espesas que hacían temblar a la horrible emoción del miedo, sonidos que les salían de lo más hondo de su alma, monólogos de actores de una tragedia formidable, que sólo siente la luna que pasea entre estrellas su luz femenina y romántica. Llantos de almas grandes embriagadas de dolores infinitos, preguntas sombrías a un espíritu frío e impasible, canciones de lúgubre armonía dichas con una trompa de dolor extrahumano, gritos apocalípticos de torturados cavernosos, imprecaciones fúnebres que tienen acento bíblico, acordes dantescos que hieren el corazón... Caos simbólicos de una vida de pensamiento....

Hay algo ultrafuneral que nos llena de pavor en el aullido del perro..

No sabemos qué clase de emoción nos invade, sólo comprendemos que hay algo en el sonido que no es dicho por el animal, sólo pensamos que en las modulaciones musicalmente espantosas que encierra se esconde un espíritu sobrenatural... Comienza el aullido por un grito atiplado, doliente y entrecortado como un sollozo humano, después entra fuertemente en grave tesitura de un suplicio infernal... y hay temor, mucho temor en el perro cuando aúlla, porque aguza los oídos, tiembla, entorna los ojos con expresión de maleficio satánico, y a veces se entrecorta con un hipar de desgarramiento interior. Es algo que eriza el cabello, son presentimientos de angustia latente en los mundos lo que nos invade al oír el drama del aullido. Es una maldición sarcástica que viene de muy lejos, es un horror supremo... y queremos no oírlo y apretarnos con nosotros mismos... y queremos correr y cantar... pero siempre nos llega la intensidad dramática del atroz sonido dicho por la lira del miedo, que a veces quiere estallar en abismáticos y negros sonidos y a veces quiere escalar una nota desconocida en la gama extraña de los miedos..

En una nueva Teogonía que soñara el enorme y admirable Mauricio Maeterlinck, el perro sería un ser de alma buena, hijo de un caballo fantástico y de una virgen rara, pero al que la Muerte tomara para anunciar sus triunfos sobre los hombres... y el perro fiel y amigo de los humanos sufriría enormemente, pero sería el heraldo genial de la Pálida... La Muerte llega y ordena a los perros cantar su canción....

Ellos al presentirla gritan, no quieren obedecerla, pero ella les hiere con sus espuelas de plata invisible y entonces nace el aullido. No se comprende de otra manera cómo un animal tan noble y pacífico pueda gritar con esa solemnidad aterradora y fúnebre... Sí, es la muerte, la muerte, la que pasa por los ambientes con su enorme guadaña ensangrentada que los perros ven a la luz de la luna..., es la muerte inevitable que flota en los ambientes en busca de sus víctimas, es la muerte el pensamiento que nos inquieta al conjuro diabólico del aullido... Hacia unos parajes enigmáticos e imposibles lleva la muerte a las almas... Ven los perros

(esos seres de una mitología desconocida) una mentira o una verdad y aúllan, aúllan lentamente, majestuosamente, con la voz profunda que mana de muy hondo, en la cual el espanto tiene fastuosidades asiáticas...

No cesan los perros de aullar... En las paredes altísimas y blancas de la celda, la luz amarilla de una vela pone ondas de sombras extrañas y vivientes latidos que lo llenan todo. A veces parece que el techo se quiere hundir en la opacidad lejana de la luz... Siguen los perros su tragedia. Alguien desde una ventana, quizá lleno de religiosa superstición, quiere hacerlos callar... Hay miedo intenso en mi alma..

Dentro de mí se agita una afirmación sobre el aullido de los perros, que escribió el loco y fantástico Conde de Lautréamont. En la habitación se quebraban melosamente dos grandes chorros turquesa de la luna.

En la mañana siguiente me despertaron los cantos hermosos de los frailes y los potentes ladridos de los perros. La muerte ya los había abandonado. Descendí por las galerías espléndidas de luz, cruzándome con algunos religiosos que me saludaron con complacencia. Estaba la mañana magnífica, agradable. Mañana del estío en estos lugares de sabor serrano. Tuvo la luz un marcado matiz azul al entrar en el formidable claustro románico. No se puede dar idea del salto que se da en la historia al penetrar en este rincón de antigüedades vivientes, de leyendas románticas de monjes y guerreros. Es el claustro bajo el que tiene la emoción de lo pasado, y las historias de tormentos artísticos grabadas en piedras. Es achatado, bajo, profundo, solemne, fuerte, emotivo. En sus galerías proporcionadas y maravillosamente tristes, está clavada la esencia eurítmica de una edad brutal, tosca y solemnemente expresiva. Los arcos viriles y graves, se quieren perder en un fondo de negruras y austeridades profundas. La luz es de un suave azul..

En el final de una galería hay una inmensa Virgen bizantina, pintada de colores fuertes. Está sentada en un trono con el Niño en sus rodillas. En las vírgenes de esta clase se nota siempre un candor ingenuo, lleno de religiosidad adorable..., pero en ésta está retratada la soberbia dignidad de un candor feroz. Y supone silencio y extrañeza la enorme imagen, que da con la cabeza en el techo, con los ojos muy abiertos sin mirar a ninguna parte, con las manazas exageradas, con la rigidez de su época... En el suelo del claustro entierran a los monjes..., vemos señales de enterramientos que sólo se conocen por una letra....

Más allá, en la misma galería en que está la imagen bizantina se levanta el antiguo sepulcro de Santo Domingo, al que sostienen dos leones quiméricos. Frente a él hay una capillita feísima, detestable, de la que protestan las grandezas del claustro, que tiene por retablo una estampa muy grande, con un rechoncho Corazón de Jesús catalán, rubio y guapo, luciendo su flamante peinado chulesco y su barba recién peinada por el peluquero..

Cada vez que se miran las arquerías magníficas, estalla en el alma un acorde

de majestuosidad antigua... Hay sobre los suelos un empedrado caprichoso y característico. Hay humedades inefables y consoladoras... En el centro del patio, antiguo cementerio, una fuente, también detestable e insultante (es de risco modernista), canta una rima de sosiego. La maravilla espiritual de un ciprés sube muy alto, queriendo besar al campanario vecino. En el jardinito hay algunos árboles más, unas alfombras de flores amarillas y yerbas umbrosas....

En una pared del claustro duerme un caballero de nobleza castellana, que fue el héroe de una hermosísima gesta de amor. Un monje inteligentísimo y sabio nos la cuenta. Pasan por la leyenda que tuvo realidad en las tierras de Castilla, las figuras de siempre... El caballero generoso y valiente, el moro aristocrático y amigo, las mujeres de ambos... Luego las bodas llenas de magnificencia, las guerras, y la tragedia final... un amor de amistad que triunfa del amor patriótico)....

Fuerte y serena surge la leyenda de los labios apasionados del religioso, brillan sus ojos melancólicos en el ensueño de una evocación artística..

En el techo original y raro, pintado de colores, en los que predomina el rojo, el blanco y el gris, que el tiempo fue dando vaguedad borrosa, hay escritas millares de escenas raras y desconocidas. Sobre las vigas se ven pinturas estrambóticas de difícil interpretación. En unas hay animales fantásticos, toros, serpientes, grifos, leones, murciélagos, signos cabalísticos, contorsiones de líneas. En algún lugar hay pintada grotescamente una escena de gran profanación religiosa... Es una misa celebrada por un asno, al que sirve de acólito otro animal. El oficiante está revestido de casulla y demás ornamentos. En el fondo hay una cruz negra. Hay alguna otra escena llena de humorismo gracioso y discreto..

Se nota un gran contraste entre estas pinturas llenas de una gracia irónica, y un sangriento refinamiento de burla, y la soberbia robustez de los capiteles sobre la columna chata y sentida..

Los capiteles grandes y macizos según la proporción del conjunto, son el encanto artístico del claustro... Muestran una época en que el sentimiento de las líneas tuvo una admirable apoteosis de comprensión y de fuerza. Los dibujos son de una sobriedad complicada, un bosque de líneas graciosas y mórbidas ordenado y correcto... Son tallos vegetales lo que muestra la piedra dorada, son tejidos artísticos, bordados primorosos y delicados. Es cada capitel una piedra preciosa enorme, pero sin brillo. Está tallada magistralmente. Tienen los capiteles hojas raras, acantos varios, enredaderas exóticas, enrejados cálidos, plantas míticas desconocidas, estilizaciones vegetales. En los más predominan las representaciones de animales. Ya había visto en Ávila el capitel de dos pelícanos con los cuellos amorosa y extrañamente enlazados en un estremecimiento espasmódico; pero no había visto las representaciones de locura en el capitel románico. Bien pudiera ser porque nunca contemplé tan de cerca el capitel, pero el caso es que me causó asombro y admiración profunda las escenas de tortura infinita que observé. En

medio de lo de la fauna de tallos y hojas aparecen en algunos capiteles arpías de pesadilla con cuerpos de búho, con alas de águila, con cabezas de mujer..., y estos pájaros se muerden unos a otros, juntando sus bocas, antechocando sus alas, en espantosas inversiones de expresión inverosímil... En otros estas escenas están formadas por animales extravagantes, que se muerden las colas unos sobre otros con marcada expresión sexual, de un sexualismo satánico, formando trinidades espantosas de tortura carnal.

En algunos, seguramente de los últimos que se labraron, hay figuras humanas, unas representaciones simbólicas y una escena de la historia santa. En las cuatro esquinas del claustro hay bajorrelieves con una virgen guardada por angelotes preciosos remotamente italianos, y escenas de la vida de Jesús. Éste aparece representado con vestiduras orientales, el cabello y la barba hechos bucles menudos y rígidos como un sacerdote asirio..

Tienen las figuras de los bajorrelieves majestuosidad de danza bruta y melancólica, la gravedad litúrgica de un oficio sagrado, el hieratismo inquietante de una visión celeste... Se ve el claustro alto pleno de luz dulcísima....

Por un fondo de luz azulada avanzan dos novicios, que pasan muy cerca. Uno tiene cara de inteligencia; el otro posee en su rostro un carácter bestial... Son oblatos..

Subimos al claustro alto, adornado frailunamente con santos grandotes, cuadros antiguos y fotografías... Toca una campana grave. Cruzan los monjes la galería para ir al coro... Por una puerta se pierden, cubiertos con la elegancia severa de las cogullas.

Es la hora de la misa mayor. Por las encrucijadas y las galerías se sienten los pasos ligeros y apagados de los monjes que van a coro....

Clama una campana lentamente... La mañana serena se derrama espléndida sobre la masa conventual. Tiene el ciprés un divino anhelo de sol... El claustro románico queda desierto y sonoro. Por la hermosa puerta que comunica con el sepulcro de Santo Domingo pasa una procesión de monjes. Las cabezas se ocultan en las severas cogullas..

Con ellos voy a la iglesia. Es una iglesia fría, enorme, destartalada, antipática. No tiene retablos, ni imágenes, ni color. En el altar principal se venera un San Sebastián mártir, que muestra su desnudez de una manera antiartística. En el suelo están los ciriales fúnebres de las familias del pueblo. Está la iglesia desierta, húmeda... sólo dos o tres viejos consumidos, de miradas perdidas, tosen de cuando en cuando turbando al eco que se levanta y les contesta lúgubremente. El coro aparece encerrado tras una verja fuerte..

Yo tomo asiento en el antecoro entre los legos y los oblatos... La ceremonia comienza. El Abad ocupa su alto sitial presidiendo a las dos negras filas de monjes. Empiezan las salutaciones a la Trinidad católica haciendo todos una soberbia

inclinación de cuerpos que no levantan hasta que han apurado el último Gloria. Luego se sientan, se levantan, se quitan las capuchas, se las vuelven a poner, todo esto con un ritmo admirable, con una teatralidad trágicamente solemne, conservando toda la enorme fortaleza de la litúrgica antigua. Hay una pausa corta mientras salen los oficiantes que van a decir la Misa. Éstos cruzan la iglesia muy despacio precedidos de novicios con incensarios que no tenían las manos precisamente como las de los mónagos del delicado verso de Verlaine. Los sacerdotes llevan capuchas blancas como las albas, en las que resalta la tela rica de las casullas, de un verde brillante y plateado. El altar los esperaba con los divinos cirios encendidos, con los paños inmaculados y religiosos, orlados de encajes humildes. Son los monjes que ofician hombres de tez curtida, de andar grosero, de manos impuras por el color negruzco que tienen, llenas de cerdas, ese castigo cruel de la naturaleza. Seguramente el prodigioso altar temblará. Debiera por estética no permitir a estos hombres decir la Misa, tocar el cáliz de aristocracias santas, alzar la hostia sublime símbolo de pureza y de paz universal. Las tareas sacerdotales debiera tenerlas la mujer, cuyas manos que son azucenas rosadas, se perdieran entre las blancuras de las randas, manos dignas de alzar la hostia y de bendecir, lirios de verdadero encanto sacerdotal, y cuyas bocas pudieran posarse en el cáliz como suaves granates de pureza apasionada, únicos labios iniciados por su belleza o por su significación simbólica, para recibir las armonías místicas e inefables de la sangre del cordero celestial. Es feo que estos hombrotes burdos hundan sus labios en las prístinas claridades del gran misterio y sacrificio..

Llegan los sacerdotes al altar y empieza el canto gregoriano formidable y emocionante..

Tienen los monjes las cabezas dulcemente inclinadas sobre los breviarios. Están en el abismo de la austeridad musical. Entra luz potente por los ventanales. De todos los pechos, con el mismo ritmo y la misma acentuación grave, brota la melodía de severidad monumental. La melodía, como enorme columna de mármol negro que se perdiera entre las nubes, no tiene solución. Es accidentada y lisa, profunda y de un vago sentimiento interior. Van las voces recorriendo todas las melancolías tonales a través del mundo fantástico de las claves. Hay exageraciones de solemnidad catedralicia en el canto... Hay una danza caprichosa y extraña de notas, huyendo de la modulación sentimental. Quiere el canto gregoriano dar la impresión de grandeza, de austeridad recia, de recogimiento espiritual, de incensar seriamente a la divinidad con voz exenta de apasionamiento..

Quiere la melodía elevarse por encima de todas las cosas existentes..

Entonar cánticos de alabanzas muy serenos, muy reposados, pero muy lejos de la tragedia del corazón. Las notas huyen de los puntos emocionales. Hay jadeares enormes en los cuales una sílaba va recorriendo notas y notas, que no tienen la resolución que se espera....

Tiene el canto gregoriano en Silos un gran ambiente de sentimiento..

Estas melodías, que deben decirse al unísono y sin música, las cantan aquí acompañadas por un órgano de voces suaves y armoniosas... y ¡está claro! hay en las voces de los monjes entre las nieblas musicales del órgano un gran sentimiento individual. Es día de fiesta, y el oficio tiene gran parsimonia de solemnidad en las ceremonias... Las danzas sagradas de los oficiantes repercuten en el coro. Se abrazan los sacerdotes y todos los monjes hacen lo mismo. Cantan un Agnus Dei de melodía rarísima y arcaica... Termina la misa con una gran solemnidad coral. Las voces potentes y hermosísimas quieren levantar el techo en medio de los nubarrones de acordes que deja escapar el órgano... Los pobres legos, hombrotes bonachones y rudos, cantan con gran unción religiosa. Se acaba la ceremonia y van los monjes en procesión al sepulcro de Santo Domingo, que está colocado en un altar deplorable. Allí se arrodillan y rezan..

En las paredes hay grilletes procedentes de antiguos cautivos redimidos..

Por las amplias estancias del monasterio llenas de cuadros con escenas sagradas, paseo con un monje buenísimo y amable. Es el organista..

Tiene en la manera de expresarse una grata inocencia nativa. Él, me enseña el relicario que encierra maravillosas arquetas de esmaltes azules y dorados, huesos de santos... luego veo el cáliz de Santo Domingo, enorme copa de plata adornada con labores orientales, y la patena grande y espléndida, rodeada de gemas de colores....

Paseamos por una amplia galería. En un rincón de ella hay un gran cuadro, en el que está pintado graciosamente mal, el mar, y sobre las ondas encrespadas y furiosas una gran nave altísima con dos escalas para subir a bordo. Al pie de ella un monje señala una escala por la que suben frailes... Mi amigo explicó: "Aquello era la representación simbólica de una promesa de su orden. Aquel monje que estaba al pie de la nave era nuestro padre San Benito, invitando a las almas a entrar en los conventos de su hábito. El mar es el mundo con sus desengaños y sus penas, la barca es la salvación eterna". Yo callaba contemplativo. "Ha de saber usted, continuó mi acompañante, que todos los de nuestras comunidades benedictinas nos salvamos por el solo hecho de ser religiosos..., así lo prometió nuestro santo fundador." Entonces exclamé yo: "...No sé cómo no tienen ustedes las casas abarrotadas de creyentes..., porque mire usted que la promesa es hermosa"... El monje sonrió escépticamente... "¡Ay, amigo, me dijo, están los tiempos muy malos!"... y seguimos deambulando por el corredor..

Después hablamos de música. El pobre no conocía nada más que el canto llano. Entró de niño en el convento y no ha salido de allí..

No sabía lo que eran las maravillas sinfónicas de la orquesta ni había paladeado el romanticismo grave del violonchelo, ni se había estremecido ante la furia solemne de las trompas..., únicamente sabía el secreto del órgano, pero

puesto al servicio del arcaísmo gregoriano... Le nombré a Beethoven y sonó a cosa nueva en sus oídos el apellido inmortal. Entonces yo le dije: "... Soy muy mal músico y no sé si me acordaré de algún trozo de música, de esa que usted no conoce, pero sin embargo, vamos al órgano a ver si recuerdo..."..

Atravesamos la iglesia solitaria, subimos unas escaleras estrechas y polvorientas y entramos en el recinto del órgano... El religioso, a instancias mías, cantó con la armonía del órgano el Agnus Dei que había dicho en la misa. Era maravillosamente estupendo... Cantaba mi amigo lentamente, plácidamente, con quietud casi pastoral..

Después yo me senté en el órgano. Allí estaban los teclados místicos con pátina amarillenta, filas de pajes del ensueño que despiertan a los sonidos. Allí estaban los registros para formar las divinas agrupaciones de voces. El monje inflaba los fuelles... Entonces vino a mi memoria, esa obra de dolor extrahumano, esa lamentación de amor patético, que se llama el allegretto de la séptima sinfonía. Di el primer acorde y entré en el hipo angustioso de su ritmo constante y de pesadilla..

No había dado tres compases cuando apareció en la puerta del camerino el fraile que contó las leyendas en el claustro... Tenía una palidez acentuada. Se acercó a mí y tapándose los ojos con las manos con acento de profundo dolor me dijo: "Siga usted, siga usted!"... pero quizá por una misericordia de Dios, al llegar donde el canto toma acentos apasionados y llenos de amor doloroso, mis dedos tropezaron con las teclas y el órgano se calló. No me acordaba de más... El monje apasionado, tenía los ojos puestos en un sitio muy lejos. Ojos que tenían toda la amargura de un espíritu que acababa de despertar de un ensueño ficticio, para mirar hacia un ideal de hombre perdido quizá para siempre. Ojos los suyos de españoles centelleares [sic], cobijados por las cejas que ya le empezaban a nevar. Ojos los suyos de inteligencia, de pasión, de lucha constante... Al dejar de sollozar el órgano, salió sin decirnos nada y se perdió escaleras abajo... El organista exclamó: "¡Sus cosas!"... Y reía, reía serenamente, bobamente sin comprender nada de lo que acababa de pasar allí..

Descendimos del órgano. Al salir de la iglesia sentimos una gran palpitación en el ambiente, era un libro enorme que se había cerrado sobre el facistol.

Pasan las horas tranquilas y apacibles.

Por los claustros cruzan religiosos que van a sus quehaceres. Cavan los legos en la huerta. Alguna vez se oyen lejanos acordes del órgano tocado por algún novicio que lo estudia. Siempre el mismo ambiente por las estancias. Llega la hora de comer, una campana suena, y todos nos dirigimos al comedor. A la entrada el abad afable, nos lava las manos como respeto y sumisión al peregrino..

Al entrar, todos los monjes están colocados en sus sitios. El abad preside en su trono de madera. Todos están de pie..

El comedor es un salón espléndido y sombrío con dos negras columnas en el centro. No hay manteles en las mesas. Se respira grandeza pobre. El abad con los ojos bajos exclama: "Benedicite" y todos contestan: "Benedicite"... y el salmo. Vuelven las inclinaciones a los glorias dichos con sonsonete funeral. Hay un silencio al Pater Noster... y después alguien desde lo hondo del comedor reza una oración con voz fina..., y al terminar, todos responden lúgubremente: ..."Amén"... y se sientan a comer. Entra un lego que no oiría la campana y llega tarde al refectorio. Se arrodilla ante el abad con las manos sobre el pecho, y con gesto lastimoso de pobre hombre inclina la cabeza. El superior lo bendice descuidadamente así como el que da un manotazo al aire, y entonces el desdichado vejete se retira a comer..

En el púlpito blanco a parece un jovencito demacrado con color de ictericia, la cabeza larga, desproporcionada. Se santigua y abriendo un librote venerable comienza a leer..

Es la historia de un antiguo padre de la iglesia lo que cuenta el libro....

La eterna tentación del demonio en los anacoretas... Lucha cruenta con el enemigo invisible que ellos creen del exterior sin notar que está escondido muy hondo en el corazón... El santo de la historia es un torturado por conseguir lo infinito. Lo abandona todo y se dedica a su contemplación interior..., pero de ese misticismo admirable surge la tentación..., y son monstruos verdes de ojos amarillos, lo que ve bajo el lecho, y son serpientes de fuego con cabezas de ratón, y son lagartos gelatinosos y horribles lo que contempla en sus pesadillas... Una vida de martirios espantosos. Revive la Edad Media en la leyenda frailuna..

El santo huye de las infernales visiones y pasa las noches en vela preso de un fanatismo miedoso, en las oscuras y trágicas soledades de una iglesia, golpeándose el pecho, abrazado a un Cristo... Del natural desquiciamiento del héroe su imaginación tomó los senderos divinos de las visiones celestiales..., y se siente arrebatado por ángeles maravillosos y ve entre nubes la suma majestad del omnipotente en su trono de soles con la cara bondadosa de un Noel, y habla con la dulcísima y sagrada María de Nazaret en su camino de flores bajo la lluvia de luz estrellada. Un día el santo admirable, se quedó dormido..

Sus compañeros no lograban despertarlo: llegó la noche y observaron que el durmiente se elevó en los aires y así estuvo largo rato. Luego descendió, se despertó, y contó maravillado lo que había visto. Soñó que entre nubes lo llevaron los ángeles a parajes deliciosos y allí su espíritu quiso dejar abandonado al cuerpo..., pero como no lo consiguiera porque así estaría mandado por el Señor, los ángeles lo volvieron otra vez a la tierra, y el santo sollozó... Era muy fantástico y literario todo lo que pasaba en la leyenda..., cabezas cortadas que vuelven a su sitio, apariciones en monasterios viejos y desaparecidos..., eco de la fe primitiva. El joven fraile leía espantosamente mal..



Tropezaba a cada instante, y hacía pausas incongruentes. Su voz era de niño en escuela pueblerina. La trágica vida del santo desquiciado e histérico, no hacía mella en los espíritus de los monjes. La habrían oído tantas veces que había llegado a serles indiferente. Los monjes comían con gran apetito, alguno se apipaba de lo lindo. Los manjares eran sencillos y frugales. Entre el odioso sonsonete de la lectura se oía el choque de los tenedores contra los platos de porcelana.

Al terminar la comida hay más rezos y más inclinaciones solemnes.

Después se forma una procesión y se sale del comedor cantando el Miserere, para dirigirse a la tumba de Santo Domingo, donde después de orar se disuelve. Empieza el trabajo en el convento..

Deambulando por una galería desde cuyas ventanas se divisan los montes lejanos, enormes grises macizos con fulgores de plata, me encontré al monje raro de la escena en el órgano..

Me acerqué a él y charlamos. La conversación fue de música. "¿Le gusta a usted mucho la música?", le pregunté, y él sonriendo amablemente contestó: "Más

de lo que usted se figura, pero yo me retiré de ella porque me iba a embrutecer. Es la lujuria misma... yo le doy a usted un consejo... abandónela si no quiere pasar una vida de tormentos. Todo en ella es falso... Ahora mi única música es el canto gregoriano"....

Después charlamos de otras cosas. Es el religioso un hombre de gran corazón y de una sabiduría extrema. "Cómo se conoce, le dije, que ha sido usted hombre de gran mundo"... "¡Demasiado! exclamó con tristeza. Pero yo que he sufrido tanto con los hombres he hallado aquí un refugio de serenidad y de paz. Ya voy para viejo y no tengo ilusiones, quiero morir aquí"....

El religioso me cuenta que fue amigo inseparable del genial Darío Regoyos y que actualmente entre los que van a visítale al monasterio figuran Zuloaga y Unamuno... En un estante de cristal están guardadas algunas pajaritas de papel que hace en sus ocios el gran pensador de Salamanca. Indudablemente es un tipo admirable este artista benedictino..

Nos separamos. Él tiene que estudiar, pues pronto quiere cantar misa.

Por el fondo de la galería se pierde su figura entre el ruido sedoso de los mantos..

Nada se oye sino la fuente del patio románico y algunos piares de pájaros sobre los árboles del huerto..

Horas graves de tristeza íntima y meditativa.

V. Sombras

Llegan a lo lejos los mantos de la noche... Los montes se hunden en las ráfagas claras del horizonte... Una tonalidad azul envuelve al monasterio..

A la salida del comedor después de haber cenado marchamos a la huerta. Los religiosos tienen un rato de ocio. La huerta adquiere brillos de misterio en la modulación crepuscular. Todo está quieto y monacal....

Por las veredas que hay entre los árboles frutales, pasean los monjes viejos discutiendo de teología y de cosas santas, los novicios ríen y juegan en un altozano entre ramajes. Suena el croar de ranas de las charcas y acequias, y mientras tanto entre la calma augusta del ambiente asoma por entre montes la luna llena, hermosa, magnífica, aristocrática y patriarcal llenando de luz divina los confines. Ladran los perros..

En un rincón de la huerta donde hay un estanque lleno de algas y musgos, y donde la luna se mira al temblor del agua, se sientan dos frailes ancianos, inclinan las cabezas y quedan en un estado de inquietud..

Entre un yerbazal se esconde un lagarto.

Es la última hora del crepúsculo, y quieren entrar las sombras de la tentación... Los viejos se inclinan y rezan sosegadamente, perdidamente; los jóvenes luchan hasta vencer o no vencer... Mas allá los montes y más allá y más allá, se abre la sangrienta interrogación al infinito... Llama la campana con

bronceado hastío al rezo tenebroso y suplicante..

Queda solitaria la huerta.

Por un temblor de ramajes cruza la sombra viviente de Gonzalo de Berceo que suspira enseñando su roto laúd... A poco y ya esfumado el último acorde de luz, el viento de las sierras empieza a esparcir su hermosura y olor

En la iglesia están los monjes rezando sin acompañamiento de órgano. Hay sombras oscuras por todas partes..

En el fondo del templo brilla una luz amarillenta que se recorta como un corazón de fuego. Entre las pausas miedosas de los rezos, alguien tose..

Al terminar el Magníficat dicho de una manera ordinaria y sentida, el abad se adelanta sobre las oscuridades de la iglesia y rezando devotamente, con el hisopo en la mano, derrama agua bendita en las negruras tremendas del templo..

En éste parece oírse ruido extraño, algo así como de alguien que corre. Son los demonios del mal que van a ocultarse en sus antros, huyendo de la plegaria y del agua bendita. La luz ilumina oscilando alguna cara de carne roja....

Viene el silencio nocturno sobre el convento... La luna en los claustros graba las columnas sobre los suelos. El ciprés enseña su forma en el tejado. Pasos apagados y ruidos de rosarios vuelven a sonar por los corredores. Calla la fuente... Sólo la luna se filtra por todo el monasterio entre las quimeras de las sombras...

Sepulcros de Burgos

I

La ornamentación

La ornamentación es el ropaje y las ideas que envuelven a toda obra artística. La idea general de la obra son las líneas y por lo tanto su expresión. El artista lo primero que debe tener en cuenta para la mejor comprensión de su alma es el primer golpe de vista o sea el conjunto del monumento, pero para expresar sus pensamientos y su intención filosófica, se vale de la ornamentación, que es lo que habla gráfica y espiritualmente al que lo contempla... Siempre tiene muy en cuenta los temas, cuya modulación trágica o sentimental ha de conmover a la mayor parte de los hombres, y las figuras enigmáticas que lo dicen todo o nada, y cuya no comprensión ha de hacer pensar... Luego el medio ambiente porque cada cosa ha de estar colocada en su centro, y es tan grande la influencia de lugar que varía por completo su expresión... El tiempo, así como es el gran destructor y el gran ensoñador, es el gran artista de la melancolía. Nosotros sentimos en toda su grandeza los pasados por monumentos, tanto por su historia como por su color..., y parece que los antiguos escultores hicieron sus sepulcros para mirarlos ahora... Y

qué amargura tienen bajo el eterno color de tarde de los claustros... En todos ellos se desarrollan las mismas ideas de muerte y de vida, envueltas en una burla sarcástica....

Hay como un ansia de decir cosas, que no podían decir por temor a ser quemados vivos o encerrados para siempre en una oscura prisión..

Por regla general los artistas que los hacían, los mismos que trabajaron en los coros y en todas las obras catedralicias, eran gentes del pueblo, y por lo tanto oprimidos por la nobleza y el clero..., por eso cuando con sus manos callosas tomaron el lápiz y el cincel lo hicieron con toda la rabia y con toda intención perversa contra aquellos de que eran esclavos. Una prueba de esto son las misericordias de los coros y las ideas de los sepulcros... Hasta la misma literatura de aquellos tiempos esboza sus ideas anticlericales en figuras simbólicas, muy difíciles de interpretar... ¡cuántas cosas que no se explican!... En un sepulcro macizo, en el que descansa un antiguo obispo, el artista puso por ménsulas a dos dulces cabezas de Jesús, que soportan con cansada expresión el arco pesado cubierto de una viña de grandes racimos... Es muy extraño esto, cuando es sabido que los santos, aunque estuvieran en función de columnas, nunca lo estuvieron en función de cariátides, porque los que hicieron las portadas tuvieron con ellos esa piedad....

En los sepulcros góticos, la ornamentación de ideas corre por unas ricas venas con sangre de pámpanos por los que se retuercen pájaros, caracoles, lagartos luchando con pelícanos, quimeras de pesadilla y monstruos alados con cabeza de león. Todo muy diminuto como temiendo que se vea..., o como si toda aquella fauna engendro del demonio se escondieron entre los racimos huyendo del incienso o de las fúnebres salmodias gregorianas... El caballero siempre está con un libro y cobijado por ángeles y santos con un paje o un perro a los pies... Toda la flora del gótico se desarrolla en los arcos y en las florenzas en que adquiere su apogeo. Tuvieron los góticos el especial cuidado de no romper las líneas y dar una aparente impresión de sencillez ornamental, pero tuvieron la gran filosofía y la gran burla en sus figuras..

Si nos detenemos ante un sepulcro gótico, observaremos los enormes ríos de figurillas graciosas, de diablillos engarzados como piedras preciosas sobre los doseles de encaje y de formas suavísimas ocultas en las sombras de las impostas, pero todo ello en germen... Un estilo tenía que venir que abriendo sus venas ricas las dejara esparcir sobre sus retablos y sobre sus columnas para dar lugar a una forma ebria de adornos. El estilo barroco..

Los góticos, voy diciendo, tienen más puñal para con los vicios en sus sepulcros. Se ven retratados los pecados capitales..., en algún sepulcro alguno triunfó....

Luego, calvarios ingenuos, escenas de la historia santa y bosques de

ángeles... Los apóstoles los colocaron sobre las pilastras al lado de aquella perversión, con rostros de éxtasis, de rabia, de quietud....

Estos sepulcros, sin embargo, son los que tienen más cristianismo y menos paganía... Ellos son como una muestra de aquellas edades de hambre y superstición..., tan llenas de terrores a Belcebú y de gracia picaresca e intencionada. Ellos también son una muestra de los ya pasados horrores, mostrándonos sus mil escudos con las riquezas del que ya no es ni polvo....

Pero así como en los sepulcros románicos se sienten los albores de aquella fe cristiana y tremenda, en los del renacimiento toda la austeridad románica y la filosofía gótica se cambian en un paganismo y una lujuria amasada con un raro misticismo que pone al alma en suspenso... Y a las líneas elegantes y finas del gótico suceden las fuertes y clásicas líneas romanas y griegas... Y son los plintos llenos de manzanas, rosas y cuernos de la abundancia los que triunfan, y son las guirnaldas de calaveras atadas con cintas de seda, y son las luchas de sátiros con hojas enormes, y son las grecas de cabezas distintas, entre las cuales el Santiago peregrino asoma su bordón....

Las ideas son todas de una extrañeza incomprensible... Por regla general estos sepulcros del Renacimiento toman forma de altares como la mayoría de los góticos por ser ésta la que más se presta a la riqueza ornamental... Todas las líneas encuadran a tableros llenos de figuras y flores..

En algunos plintos mujeres desnudas entre paños y guirnaldas de naranjas, sostienen con gran expresión de dolor canastos llenos de yedra, en otros hay cariátides fundidas con la pared, que tienen sobre sus cabezas despeinadas por un viento de acero toda la fábrica sepulcral..., en todos existen cabezas rotas de toro y león que llevan entre sus dientes los lazos de las guirnaldas que corren alrededor..

En unos se desarrollan los desnudos con toda su furia lujuriosa, en otros dentro del mismo impudor hay una tristeza silenciosa que trasciende a la religiosidad... Es un abad viejo al que sostienen su urna cineraria dos hombres completamente desnudos mostrando al aire sus sexos, pero en sus movimientos y en sus ojos entornados, hay toda la grandeza de una pureza infinita..., pero estas expresiones son las menos porque en los demás sepulcros hay rostros y contorsiones bellísimas que son la lujuria misma....

Y para llenar huecos sin adornar, emplearon dragones con caras primorosas de línea correcta, mujeres con pies de águila y alas abiertas entre lluvias de hojas y cuernos, y chivos con los ojos abiertos, aves agoreras enlazadas entre rosas de cien hojas, ogros, bacantes dolorosas, cardos, acantos, y sobre toda esta sinfonía de ensueño tentador revive la majestuosa escena del Calvario sostenida por pirámides de ramas, o por las espaldas de algún hombre colosal....

En los más avanzados del Renacimiento desaparece toda la riqueza de desnudo, para dar paso a los haces maravillosos de líneas y a los escudos, como

únicos motivos de ornamentación....

II

Tenemos en toda la dolorosa historia de la humanidad un afán, un ansia grande de perpetuar vidas, o mejor dicho, unas vidas que quieren hablarnos eternamente por medio de lápidas y de arcos fúnebres... Un sepulcro es siempre una interrogación....

En la vanidad de los hombres hay negrura interior que les impide ver el más allá. La vanidad está siempre en presente. Un hombre amado de ella no puede nunca comprender que pasará su recuerdo y todo lo malo o lo bueno que hizo, y cuando piensa perpetuar su memoria, cree que él presenciará todos los posibles homenajes que se le hagan... o al menos siente todo eso en su imaginación....

Es causa de abatimiento espiritual el recorrer los claustros llenos de sepulcros mohosos cubiertos de polvo en los cuales el tiempo borró los nombres... ¿Qué se propusieron los que se mandaron labrar estas ricas tumbas? Nadie los mira con ese respeto supersticioso que ellos quisieran inspirar. Allí están y seguramente los trasladarán donde los arqueólogos puedan estudiarlos a su sabor... Todas las vanidades las mata el tiempo, y por mucho que voceen o quieran persistir, les contestan sarcásticos los grillos del silencio como el mar parodiaba los gritos de Prometeo....

Seguramente la más fea de todas las pasiones es la vanidad. Es la que encierra en su arca a todos los hombres imbéciles... El hombre vanidoso es pueril pero muy ofensivo a los demás... Está en nosotros y no podemos arrancarle jamás el deseo al pasado, y al placer..., pero éstos y las tremendas pasiones del corazón son de una belleza abrumadora. Y todos lo sienten lo mismo porque la figura de Venus desnuda sobre un fondo de espuma y de azules tritones, es algo de nuestro cerebro... Y nadie, absolutamente nadie se librará de los pecados que tanta miel y tanta amargura tienen..., porque estamos formados con las esencias de ellos..., pero todo cabe bien en el hombre menos la vanidad después de la muerte. Y se piensa en aquellos señores que desde jóvenes se preparaban sus tumbas haciéndose esculpir sobre mármoles y sobre roca para que después los miraran y se aterraran ante ellos como se aterró nuestro amado Cervantes en la catedral de Sevilla....

Los vanidosos no pasarían en las generaciones pasadas del Egipto fúnebre, hoy todas truncadas y hechas añicos... [sic] Y llegaban a tanto sus deseos de inmortalidad, que huyendo de los cúmulos por ser de más fácil destrucción colocaron los sarcófagos sobre las paredes a manera de altares. Tal la arquitectura fúnebre de los góticos... Lo fúnebre es algo que siempre hace pensar y que llena de vacío a las almas... Cuando se mira un sepulcro, se adivina el cadáver en su interior sin encías, lleno de sabandijas como la momia de Becerra, o sonriendo satánicamente como el obispo de Valdés Leal... Y en estos pensamientos se enredan toda la fatuidad de los ramajes y florenzas que cubren la urna, y todo un espanto

Rubeniano hacia la muerte... Al contemplar estos arcones pétreos de podredumbre asoma en lontananza toda la horrible cabalgata del Apocalipsis de San Juan... Es un pecado de las iglesias el permitir a la vanidad bajo sus naves... El hombre debe de volver, según Jesucristo, a la tierra de donde salió, o ponerlo desnudo sobre los campos para que sirva de comida a los cuervos y las aves de la muerte, como nos refieren las viejas tradiciones de la India... Nunca se debe conservar un cadáver porque en él no hay nada de devoción ni de fe, antes al contrario..., y los cadáveres de los santos debían ser los primeros en pagar su tributo de carne a la tierra como lo hicieron aquellos antiguos patriarcas, porque de esta manera le dan a la muerte toda su maravillosa serenidad y misterio... Por eso todos los relicarios que tienen huesos de vírgenes y de ascetas atormentados que vieron a Satanás bajo las formas de mil desnudos, y que se arrancaron el corazón por locura hacia lo ideal, debieran esparcirse por los campos de su nacimiento. No presentar a los hombres nunca lo que han de ser porque lo serán y en ello está su enseñanza, y si se quiere adorar a un hombre, adorad su espíritu con el recuerdo, nunca presentando una tibia suya envuelta en flores pasadas y en cristal... La carne es en la vida lo que manda, dejemos pues que en la muerte viva el alma... ¡Pero qué trágico y qué endemoniado es el tiempo!... En la mayoría de los sepulcros que contemplo ya no hay nadie... Los que en ellos dormían esperando la luz, fueron esparcidos por los suelos en esos momentos que el pueblo tiene de locura... En algunos aún existe una calavera, un hueso como un trozo de carbón, de plomo, y las arañas, que son las grandes amigas de la oscuridad y el silencio... y entonces no pensamos ya que aquel túmulo o altar que tenemos delante, sea un sepulcro; una vez que desapareció de allí el cuerpo perdió toda la salmodia funeral. ¿Entonces es que el espíritu de las cosas lo formamos nosotros?... ¿O es que el cuerpo es el sepulcro?... Desde luego una vez roto, el misterio de la urna perdió todo su triste encanto, porque al no tener su origen y su pensamiento principal lo demás es muy secundario bajo el punto de vista de la primera impresión....

Por eso los sepulcros en que hay un hombre recién muerto tienen ese miedo constante de media noche y ese morboso encanto del querer y no querer levantar la cubierta para contemplar y no contemplar el espanto de la putrefacción....

En la solemnidad de un sepulcro románico se siente más al muerto que en los retablos yacentes del arte ojival, y una de las cosas que más influyen a alejar del ánimo la idea triste de la muerte es una estatua yacente viva como las que hicieron Fancelli y el Borgoñón..., o en aquellas estatuas de los reyes de Castilla, Juan I y su esposa colocados sobre una portada gótica y rodeados de apóstoles y de virtudes... La más fuerte idea en que se adivine el cadáver, la he visto en los sepulcros de la clausura de Santa María la Real de las Huelgas, verdaderos túmulos llenos de severidad medieval, cobijados por una cruz en que un Cristo viejo se retuerce gritando... Y no se sabe decir que quien allí entró con toda pompa y lloro sea un

rey, ni se puede pensar que toda una fiereza de Alfonso VIII esté convertida en un muladar de piedras negras envueltas en papelotes de peticiones cándidas a su espíritu. Por eso la idea sepulcral es en sí un desmayo para el porvenir... Casi todos estos sepulcros de Burgos que tantas y tan magníficas ideas encierran están sin morador..., y hay sarcasmos de inscripciones colocadas sobre carteles de color apagado que hablan muy graves de indulgencias y de glorias del muerto que ya no existe ni en cenizas... y se siente gran extrañeza al contemplar los sepulcros vacíos de la Cartuja que encerraron en un ánfora las entrañas de Felipe el Hermoso y ante los cuales la ideal Juana la Loca, de pasión, lloró desgarradora ante el cuerpo de su alma como Brunilda ante Sigfrido en la epopeya de los Nibelungos... Por eso toda la frialdad de espíritu con que se miran los sepulcros sin cuerpo acompaña a la frialdad del pasado y al ir desgranando las cuentas del rosario imposible del ideal lejano... Hoy todo pasó para esos montones de piedras labradas que encierran un hueso o la asfixiante oscuridad... Únicamente al mirar sus pensamientos se nos dan visiones de aquellas épocas lejanas y nos hace descubrir ensueños pasados... pero sólo pensamos en lo tremendo de la vanidad humana, tan castigada y tan burlada por los siglos aplanadores..., y, sobre todo, el pensar que todo esto se acabará..., porque también el mundo y la eternidad son un sueño infinito....

Ciudad perdida

I. Baeza

A la señorita María del Reposo Urquía

Todas las cosas están dormidas en un tenue sopor..., se diría que por las calles tristes y silenciosas pasan sombras antiguas que lloraran cuando la noche media... Por todas partes ruinas color sangre, arcos convertidos en brazos que quisieran besarse, columnas truncadas cubiertas de amarillo y yedra, cabezas esfumadas entre la tierra húmeda, escudos que se borran entre verdinegruras, cruces mohosas que hablan de muerte... Luego un meloso sonido de campanas que zumba en los oídos sin cesar..., algunas voces de niños que siempre suenan muy lejos y un continuo ladrido que lo llena todo... La luz muy clara. El cielo muy azul en el que se recortan fuertemente los palacios y las casucas con oriflamas de jaramagos. Nadie cruza las calles, y si las atraviesa, camina muy despacio como si temiera despertar a alguien que durmiera delicadamente... Las yerbas son dueñas de los caminos y se esparcen por toda la ciudad tapando calles, orlando a las casas y borrando la huella de los que pasan. Los cipreses ponen su melancolía en el ambiente y son incensarios gigantes que perfuman el aire de la ciudad que constantemente se disuelve en polvo rojo....

Hay fachadas desquiciadas con mascarones miedosos llenos de herrumbre, hay tímpanos rotos que son fuentes de humedad..., hay columnas empotradas en los muros que parece se retuercen para desprenderse de su prisión... Todo callado. Todo silencioso..

De noche los pasos se oyen palpitar perdiéndose en la oscuridad..., y uno y otro y otro..., y el aire que habla en los esquinazos..., y la luna dejando caer su luz que es plata fundida... Los patios de las casas están llenos de tulipanes, de bojes, de espuelas de caballero, de lirios de agua, de ortigas y de musgo... Huele a manzanilla, a mastranzo, a heno, a rosas, a piedra machacada, a agua, a cielo... Aun en las cosas más cuidadas está clavado el sello trágico del abandono..

En los tejados y en los balcones y dinteles hay aderezos de topacios, granates y esmeraldas de musgo. Rompiendo la gris monotonía chopos y palomas torcaces....

En las calles oscuras hay pasadizos románticos en que la luz es azul, con Cristos negruzcos y Vírgenes angustiadas, con faroles cubiertos de telarañas, que no se encienden ya..

Dominándolo todo el negro y solemne acorde de la catedral.

En algunos pardos torreones hay escaleras ahumadas que no se sabe dónde van, almenas arruinadas que son nidos de insectos y sombras que se ocultan cuando alguien llega..

De cuando en cuando palacios y casonas de un Renacimiento admirable, ornamentadas con figuras y rosetones primorosos...

Después de andar entre soportales y callejas de una gran fortaleza y carácter se da vista a una cuesta triste con moreras y acacias, que sirve de antesala al corazón cansado y melancólico de la ciudad. Siempre está solitaria y tristísima, únicamente la cruzan los canónigos que van pausados a rezar, y los pájaros que vuelan locamente de un lado para otro sin saber dónde posarse..

En un lado de esta plaza hay una casa triangular que casi se la traga la hierba y otras destartaladas cuyas puertas se caen aburridas. El suelo es de terciopelo verde. En su centro una fuente de severidad pagana, parece el cuerpo final de un arco de triunfo al que la tierra se hubiera tragado..

La catedral tapa a la plaza con su sombra, y la perfuma con su olor de incienso y de cera que se filtra por sus muros como recuerdo de santidad..

A lo lejos casas de piedra dorada, con los añejos vítores esfumados por tantos soles, y las ventanas marchitas con hierros mohosos y destartalados..

Hay un silencio íntimo y doloroso en esta plaza....,

El palacio del antiguo cabildo que está en una esquina es una masa negra y amarilla y verde y sin ningún color. Sus ventanas vacías miran extrañamente y sus escudos medio borrados parecen sombras..

Toda la fachada está bordada de cruces, de jaramagos que penden como

lámparas votivas y de flores rojas apretadas entre las grietas. Las campanas de la catedral llenan sus ámbitos de acero y dulzura diciendo la señorial melodía que las demás campanas de la ciudad acompañan con su suave plañir..

Esta plaza, formidable expresión romántica donde la antigüedad nos enseña su abolengo de melancolías, lugar de retiro, de paz, de tristeza varonil, se proyectaba profanarla cuando visité Baeza. El Alcalde había propuesto al consejo urbanizarla (tremenda palabrota), arrancando el divino yerbazal, cercando la fuente de jardinillos ingleses..., y quién sabe si pensando levantar en ella un monumento a don Julio Burell, o a don Procopio Pérez y Pérez, y en esa plaza soñadora y suavemente funeral, quizá algún día veremos un kiosco espantoso donde tocara la música pasodobles, cuplés de Martínez Abades, y habaneras del maestro Nieto. Derribarán el encanto viejo, y pondrán en su lugar edificios con cemento catalán. Es verdaderamente angustioso lo que pasa en España con estas reliquias arquitectónicas....

Todo trastornado... pero con qué visión artística tan deplorable..

Recordemos la gran plaza de Santiago de Compostela con el monumento al señor Montero. ¡Qué salivazo tan odioso a la maravilla churrigueresca de la portada del Obradoiro y al hospital grandioso! Recordemos la Salamanca ultrajada, con el palacio de Monterrey lleno de postes eléctricos, la casa de las Muertes con los balcones rotos, la casa de la Salina convertida en Diputación, y lo mismo en Zamora y en Granada y en León... ¡Esta monomanía caciquil de derribar las cosas viejas para levantar en su lugar monumentos dirigidos por Benlliure o Lampérez!... ¡Desgracia grande la de los españoles que caminamos sin corazón y sin conciencia!... Nuestra aurora de paz y amor no llegará mientras no respetemos la belleza y nos riamos de los que suspiran apasionadamente ante ella. ¡Desdichado y analfabeto país en que ser poeta es una irrisión! .

Si se anda un poco se cae en un pozo de oscuridades blandas y sobre una puerta achatada, plenamente mudéjar y sobre un ojo de la catedral, un santo muy antiguo que se murió viniendo de Granada en una tranquila mula, yace empotrado en la pared....

En las piedras se dibuja una figura lánguida y exhausta de ritmo bizantino que en la noche la luna da relieve, y los jaramagos juegos de sombra. Esta puerta se llama de la luna porque únicamente la luna la baña con su mística luz....

Si se anda más, los yerbazales son tan fuertes que se tragan a las piedras del suelo lamiendo ansiosamente los muros..., y si cruzamos unas callejas más, se contempla la majestuosa sinfonía de un espléndido paisaje. Una hoya inmensa cercada de montañas azules, en las cuales los pueblos lucen su blancura diamantina de luz esfumada..

Sombríos y bravos acordes de olivares contrastan con las sierras, que son violeta profundo por su falda. El Guadalquivir traza su enorme garabato sobre la

tierra llana. Hay ondulaciones fuertes y suaves en la tierra... Los trigales se estremecen al sentir la mano de los vientos. La ciudad se esconde en el declive huyendo de la bravura solemnísima del paisaje..

Pero por encima de todo hay no sé qué de tristezas y añoranzas... El aire es tan fresco y tan intensamente perfumado... Unos carros pasan a lo lejos con traqueteos quejumbrosos levantando nubarrones de polvo....

En algunas casas hay de vez en cuando llamaradas de flores rojas en los aleros del tejado..

Las calles empinadas sobre un cielo añil con plata de nubes, únicamente las pasea el sol..

Tiene esta callada ciudad rincones de cementerio con cruces tuertas, desgarbadas, y con portadas mudas de tanto hablar cosas muertas....

Las canales derraman yerbas que tiemblan con la brisa..

Hay algunas calles que son verdaderamente andaluzas con las casas blancas, con ventanas salientes junto al alero... perdiéndose en un fondo de campo demasiado pleno de luz... En estas calles de los arrabales el silencio y la quietud son más inquietantes... Solamente se oye llorar a algún nene, chirriar de puertas o los acordes suaves del aire y del sol..

En una plaza serena, que tiene un palacito elegante pero mutilado y deshecho, un altar gracioso con flores de trapo junto a la seriedad aristocrática de un arco triunfal con aire guerrero, y una fuente con leones desdibujados en la piedra, un coro de niñas harapientas dicen muy mal la tierna canzoneta fundida en el crisol de Schubert melancólico:

Estrella del prado
Al campo salir
A coger las flores
De Mayo y Abril...

Canción infantil de resoluciones agradables y conmovedoras... canción de intensa poesía, sobre todo cuando suena en las noches de luna de un verano pueblerino..

Siempre al recorrer estas calles se descubre algo interesante..., un capitel de dibujo caprichoso empotrado en la pared, una reja hecha como para una serenata enamorada, algún palacio destrozado y cubierto de cal..., pero todo está abandonado, despreciado..., y lo que han cuidado, tiene el gesto de la profanación artística..

Tiene una tranquilidad musical el crepúsculo visto desde estas alturas... En el regio horizonte hay nubes de ámbar azul... que ocultan la luz del sol, que es fresa cristal..

Después, un trémolo de luna y estrellas, como prólogo de la noche.

II

¡Melancolía infinita la de estas piedras antiguas llenas de herrumbre y oro!

Pesar grande de estas calles de cementerio por las que nadie pasa. ¡Borrachera espléndida de romanticismo!

Por los aires pasan las golondrinas bordando en la plata de la luz... La catedral está como iluminada interiormente por un faro rojo..

Los corazones de los que sueñan se oprimen o se ensanchan en busca de aire cálido o ideal bondadoso....

Al amparo de estas viejas ciudades las almas mundanas desconsoladas encuentran como un ambiente de triste fortaleza..., y los conflictos del sentimiento adquieren más vigor..., pero qué diferente sentido..

Al pasar sus secretos de oscuridad soñadora y sentirnos solitarios con el corazón lleno de ansia, se resuelven nuestras interrogaciones con más pena pero con más conformidad espiritual. A veces caemos en un nirvana adorable, y son nuestros cuerpos como las piedras de estos palacios antiguos durmiendo el sueño de la eternidad; otras veces reímos optimistas y otras abunda el gris sangre en nuestro corazón..., pero siempre entre estas piedras de oro se está borracho de romanticismo..

III. Un pregón en la tarde

Horas lujuriosas del mes de Junio. La calle solitaria. Las casas doradas con los vítores ininteligibles tienen una fortaleza y mutismo conventual. La calle está cubierta de hierbas. Junto a las casas señoriales se aprietan las acacias plenas de ramos blancos, ocultándose bajo los balcones huyendo del fuego solar. A veces mueven angustiosamente sus penachos como protestando de lo que las abruma. En la portada de una iglesia ciega la luz al chocar con las piedras....

A lo lejos sonó el pregón. Era un grito doloroso, angustiante, como un lamento de alguien que se quejara artísticamente... Hay pregones graciosos, simpáticos, que llenan el ambiente en que suenan de alegría. Son cantares cortos, estribillos de la ciudad. Los mismos pregones de Granada con su melancólica alegría..., pero éste que sonó en Baeza a las tres de la tarde de un día de Junio encerraba una dolorosa lamentación..

Era la voz que lo cantaba potente, chillona.

Hubo un silencio y volvió a sonar.

Siempre el pregón ha sido una o más notas repetidas rítmicamente en un solo tono, casi siempre menor, sobre todo en los pregones andaluces..., pero éste que sonó en la ciudad olvidada tenía el acento de un canto wagneriano. Era primero una nota quejumbrosa, cansada, que vibraba como una campana en tono mayor brillantísimo, se repetía en un andante maestoso y hacía una pausa. Después volvía a decir el mismo tema, ya más quedo, y por último, para resolución, la voz tomaba timbre gutural, modulaba al tono menor, y dando una

nota elevadísima caía lánguidamente en la nota inicial. Sonaba el pregón desfallecido y fuerte como una frase de trompa del gran Wagner....

Por el fondo de la calle que tenía un suave declive apareció la figura que lo cantaba..

Era una mujeruca encorvada, descalza, con los pelos canos, tiesos, cayéndole por la espalda, pitarrosa, con la cabeza inclinada, como sumida en una tremenda meditación. Llevaba una cesta llena de pellejos de conejos, de trastos viejos, de trapos inservibles... Dijo tres veces el doloroso pregón al pasar por la calle soleada. El ritmo raro y de hierro que tenía, hacía huir de la melodía como de una maldición..

Hubo varios silencios mientras el pregón se perdía. Al fin la voz se dejó de oír, quedando la calle desierta y aburrida del calor fortísimo...

Las acacias apenas se movían....

Los Cristos

Hay en el alma del pueblo una devoción que sobrepuja a todas las devociones: la de los crucificados.

Desde los tiempos más remotos las gentes sencillas se aterraron ante las caídas cabezas de Jesús muerto. Pero esta devoción y esta miedosa piedad la sintieron y la siente el pueblo en toda su trágica realidad, no en toda su espiritualidad y grandeza. Es decir, temen y compadecen a Cristo no por el mar sin orillas de su alma sino por los terribles dolores de su cuerpo, y se aterran ante sus cardenales y la sangre de sus llagas y lloran por las coronas de espinas, sin meditar y amar al espíritu de Dios sufriendo por dar el extremo consuelo..

Se observa que en todas las representaciones de Cristo en la cruz, los artistas exageran siempre los golpes, las lanzadas, la horrible contracción muscular..., porque de esta manera presentaban al pueblo todo el sufrimiento del hombre, única forma de enseñar a las multitudes el gran drama... Y las multitudes indoctas miraron y aprendieron pero sólo lo exterior... En ningún Calvario supieron los artistas presentar al Dios, solamente presentaron al hombre, y algunos como aquel famoso Matthias Grunewald, el pintor alemán que retrató más espantosamente la pasión de Jesús, lo hizo poniendo al hombre demasiado hombre, sin que se vean señales de la muerte de Dios..

Y es que nadie puede interpretar al Dios vencido pero glorioso, porque en ningún cerebro humano cabe dicha gigantesca concepción..., y por eso todos los Cristos son el hombre crucificado, con la misma expresión que otro ser cualquiera pusiera al morir de suplicio tan feroz... En los Cristos antiguos, esos que están

rígidos con las cabezotas enormes y bárbara fisonomía, el escultor los concibió tan salvajes y férreos como los tiempos de epopeya en que se formaron..., pero tuvo siempre el cuidado de hacer resaltar, o la corona de espinas, o la llaga del costado, o el retorcimiento del vientre, para que la obra llegara al pueblo con todo su horror... Llegaba la posición angustiosa, los dedos crispados, los ojos desencajados de dolor... Los pueblos tuvieron la necesidad de la escena del Calvario para arraigar más la fe... Sintieron a Jesús en la Cruz al verlo con la cabeza sublime partida, con el pecho anhelante, con el corazón en el suelo, con espumas sangrientas en la boca, y lo lloraron al verlo así precisamente en el sitio en que sufrió menos, porque ya veía el fin, porque era Dios y estaba en la cruz ya consumado el sacrificio genial..., pero el pueblo nunca al pensar en el Jesús crucificado se acordó del Jesús del Huerto de los Olivos, con la amargura del temor a lo tremendo, ni se asombró ante el Jesús con amor de hombre de la última cena....

La tragedia, lo real, es lo que habla a los corazones de las gentes y por eso los artistas siempre que quisieron la gloria popular hicieron un Cristo lleno de pústulas moradas, y al hablar así fueron comprendidos..., y pasaron los primitivos con sus Cristos fríos y pasaron los románicos con sus efigies rígidas..., y empezaron a clarear los escultores y pintores que habían de dar la sensación de la realidad... Hicieron aquellos Cristos que hoy negros vemos guardados cuidadosamente, y se ideó ponerles cabelleras y darles color, y luego comenzaron a dar movimiento a las líneas y se llegó hasta la misma impresión de lo humano... Y entonces fue cuando aquellos coloristas españoles que tanto miraban a las agonías, hicieron los crucificados en que todo el cuerpo ajado y maltrecho de cardenales, se mostraba con una escalofriante verdad..

Los Cristos enérgicos, esos que sin ninguna llaga, muy blancos y gruesos están clavados de la cruz como podían estarlo de otra parte, ésos en que el artista sólo supo infundir una fría desnudez de modelo, no son nunca objeto de la devoción popular... La perfección no es nunca objeto de apasionamientos, lo interrogante y que inquieta a las multitudes es la expresión... La tragedia espantosa que el pueblo ve en algunos de sus crucificados es lo que los induce a amarlos..., pero el sentimiento de Dios lo sienten poco, lo grandioso los desconcierta, lo grandioso los aterra... Los que hicieron esos Cristos que vemos en algunas iglesias escondidos en una negra capilla que ilumina una luz rojiza, con los fuertes brazos retorcidos sobre la cruz, la cabeza escondida entre una cascada de cabellos quemados, y rodeados de exvotos entre un polvo viejo y pesado, esos Cristos ahumados y espantosos, los artistas que los hicieron tuvieron la gran inspiración y la altura de pensamientos. Ellos comprendieron al pueblo. Son muy malos artísticamente mirados, sus dimensiones son rarísimas, su ejecución es absurda, sus cabelleras son extrañamente impropias, pero dan la terrible impresión de horror y son los amados por las muchedumbres... Esto es una de las muchas

pruebas de que el arte no sólo consiste en la técnica depurada sino que para hablar se necesita de la llama gigante y misteriosa de la inspiración... Y más en este arte de la escultura religiosa donde el artista únicamente se debe preocupar de hacer pensar y sentir a gentes la mayoría incultas..., porque en otras artes para comprender se necesita de una especial educación espiritual... Y bien que supieron poner espanto a las almas estos hacedores de Cristos viejos que muchos llaman malos....

El pueblo que tiene el instinto de lo genial y lo artístico llenó a estas imágenes de leyendas y fábulas sin fin..., y los coronaron de rosas de trapo y los cercaron de muletas, de ojos, y trenzas, y pusieron calaveras y serpientes al pie de la cruz, y la gente rezó, rezó aterrada ante aquel espanto de amor a los hombres. Por regla general estos Cristos sentidos se esconden en las capillitas pueblerinas donde son el orgullo de sus habitantes... Luego al llegar los escultores genios de España con más pensamientos y más idealidad hicieron sus calvarios poniendo su alma en la ejecución de los ojos. Y Mora y Hernández, y Juni y el Montañés, y Salzillo y Siloé, y Mena y Roldán, etc., etc., supieron decir con dulzura dramática los ojos de Jesús..., y los pusieron entornados, escalofriantes como Mora o mirando al suelo con vidriosa convulsión como Mena, o hacia arriba llamando a la eternidad como el Montañés o desencajados en su moribundez verdosa como Siloé en el Cristo de la Cartuja... Ya éstos supieron que aunque en el cuerpo una contorsión diga mucho, dicen mucho más unos ojos en la agonía..., y pusieron en los ojos todo el sufrimiento de aquel cuerpo ideal... Pero en todos los crucifijos hay ese algo de abandono a lo irremediable expresado en la colocación de las cabezas inclinadas, impregnadas de esa invisible blancura crepuscular que da la muerte, porque la muerte es siempre mística

Granada

I. Amanecer de verano

Los montes lejanos surgen con ondulaciones suaves de reptil. Las transparencias infinitamente cristalinas lo muestran todo en su mate esplendor. Las umbrías tienen noche en sus marañas y la ciudad va despojándose de sus velos perezosamente, dejando ver sus cúpulas y sus torres antiguas iluminadas por una luz suavemente dorada..

Las casas asoman sus caras de ojos vacíos entre el verdor, y las hierbas, y las amapolas y los pámpanos, danzan graciosos al son de la brisa solar..

Las sombras se van levantando y esfumando lánguidas, mientras en los aires hay un chirriar de ocarinas y flautas de caña por los pájaros.

En las distancias hay indecisiones de bruma y heliotropos de alamedas, y a veces entre la frescura matinal se oye un balar lejano en clave de fa.

Por el valle del Dauro, ungido de azul y de verde oscuro vuelan palomas campesinas, muy blancas y negras, para pararse sobre los álamos, o sobre macizos de flores amarillas..

Aún están dormidas las campanas graves, sólo algún esquilín albayzinero revolotea ingenuo junto a un ciprés..

Los juncos, las cañas, y las yedras olorosas, están inclinadas hacia el agua para besar al sol cuando se mire en ella....

El sol aparece casi sin brillo..., y en ese momento las sombras se levantan y se van..., la ciudad se tiñe de púrpura pálida, los montes se convierten en oro macizo, y los árboles adquieren brillos de apoteosis italiana..

Y todas las suavidades y palideces de azules indecisos se cambian en luminosidades espléndidas, y las torres antiguas de la Alhambra son luceros de luz roja..., las casas hieren con su blancura y las umbrías tornáronse verdes brillantísimos..

El sol de Andalucía comienza a cantar su canción de fuego que todas las cosas oyen con temor..

La luz es tan maravillosa y única que los pájaros al cruzar el aire son de metales raros, iris macizos, y ópalos rosa....

Los humos de la ciudad empiezan a salir cubriéndola de un incendio pesado..., el sol brilla y el cielo, antes puro y fresco, se vuelve blanco sucio. Un molino empieza su durmiente serenata... Algún gallo canta recordando al amanecer arrebolado, y las chicharras locas de la vega templan sus violines para emborracharse al mediodía..

II. Albaicín

A Lorenzo Martínez Fuset, gran amigo y compañero.

Surgen con ecos fantásticos las casas blancas sobre el monte....

Enfrente, las torres doradas de la Alhambra enseñan recortadas sobre el cielo un sueño oriental..

El Dauro clama sus llantos antiguos lamiendo parajes de leyendas morunas. Sobre el ambiente vibra el sonido de la ciudad..

El Albaizín se amontona sobre la colina alzando sus torres llenas de gracia mudéjar... Hay una infinita armonía exterior. Es suave la danza de las casucas en torno al monte. Algunas veces entre la blancura y las notas rojas del caserío, hay borrones ásperos y verdes oscuros de las chumberas... En torno a las grandes torres de las iglesias, aparecen los campaniles de los conventos luciendo sus campanas enclaustradas tras las celosías, que cantan en las madrugadas divinas de Granada, contestando a la miel profunda de la Vela..

En los días claros y maravillosos de esta ciudad magnífica y gloriosa el

Albaizín se recorta sobre el azul único del cielo rebosando gracia agreste y encantadora..

Son las calles estrechas, dramáticas, escaleras rarísimas y desvencijadas, tentáculos ondulantes que se retuercen caprichosa y fatigadamente para conducir a pequeñas metas desde donde se divisan los tremendos lomos nevados de la sierra, o el acorde espléndido y definitivo de la vega. Por algunas partes, las calles son extraños senderos de miedo y de fuerte inquietud, formadas por tapiales por los que asoman los mantos de jazmines, de enredaderas, de rosales de San Francisco. Se siente ladrar de perros y voces lejanas que llaman a alguien casualmente con acento desilusionado y sensual. Otras, son remolinos de cuestas imposibles de bajar, llenas de grandes pedruscos, de muros carcomidos por el tiempo, en donde hay sentadas mujeres trágicas idiotizadas que miran provocativamente....

Están las casas colocadas, como si un viento huracanado las hubiera arremolinado así. Se montan unas sobre otras con raros ritmos de líneas. Se apoyan entrechocando sus paredes con original y diabólica expresión. Aparte de las mutilaciones que ha sufrido por algunos granadinos (mal llamados así) este barrio único y evocador, lo demás conserva plenamente su ambiente característico... Al deambular por sus callejas surgen escenarios de leyendas..

Altares, rejas, casonas enormes con aires de deshabitadas, miedosos aljibes en donde el agua tiene el misterio trágico de un drama íntimo, portalones destartalados en donde gime un pilar entre las sombras, hondonadas llenas de escombros bajo los cubos de las murallas, calles solitarias que nadie las cruza y en donde tarda mucho una puerta en aparecer..., y esa puerta está cerrada, covachas abandonadas, declives de tierra roja en donde viven los pulpos petrificados de las pitas..

Cavernas negras de la gente nómada y oriental..

Aquí y allá siempre los ecos moros de las chumberas... Y las gentes en estos ambientes tan sentidos y miedosos inventan las leyendas de muertos y de fantasmas invernales, y de duendes y de marimantas que salen en las medias noches cuando no hay luna vagando por las callejas, que ven las comadres y las prostitutas errantes, y que luego lo comentan asustadas y llenas de superstición. Vive en estas encrucijadas el Albaizín miedoso y fantástico, el de los ladridos de perros y guitarras dolientes, el de las noches oscuras en estas calles de tapias blancas, el Albaizín trágico de la superstición, de las brujas echadoras de cartas y nigrománticas, el de los raros ritos de gitanos, el de los signos cabalísticos y amuletos, el de las almas en pena, el de las embarazadas, el Albaizín de las prostitutas viejas que saben del mal de ojo, el de las seductoras, el de las maldiciones sangrientas, el pasional....

Hay otros rincones por estas antigüedades, en que parece revivir un espíritu romántico netamente granadino... Es el Albaizín hondamente lírico... Calles

silenciosas con hierbas, con casas de hermosas portadas, con minaretes blancos en los que brillan las verdes y grises mamas del adorno característico, con jardines admirables de color y de sonido..

Calles en que viven gentes antiguas de espíritu, que tienen salas con grandes sillones, cuadros borrosos y urnas ingenuas con Niños Jesús entre coronas, guirnaldas y arcos de flores de colorines, gentes que sacan faroles de formas olvidadas al paso del Viático y que tienen sedas y mantones de rancio abolengo..

Calles en que hay conventos de clausura perpetua, blancos, ingenuos, con sus campaniles chatos, con las celosías empolvadas, muy altas, rozando con los aleros del tejado..., donde hay palomas y nidos de golondrinas. Calles de serenata y de procesión con las candorosas vírgenes monjiles... Calles que sienten las melodías plateadas del Dauro y las romanzas de hojas que cantan los bosques lejanos de la Alhambra... Albaizín hermosamente romántico y distinguido. Albaizín del compás de Santa Isabel y de las entradas de los cármenes. El Albaizín de las fuentes, de las glorietas, de los cipreses, de las rejas engalanadas, de la luna llena, del romance musical antiguo, el Albaicín de la cornucopia, del órgano monjil, de los patios árabes, del piano de mesa, de los amplios salones húmedos con olor de alhucema, del mantón de cachemira, del clavel.

Al recorrer estas calles se van observando espantosos contrastes de misticismo y lujuria. Cuando se está más abrumado por el paseo angustioso de las sombras y las cuestas, se divisan los colores suaves y apagados de la vega, siempre plateada, llena de melancólicos tornasoles de color..., y la ciudad durmiendo aplanada entre neblinas, en las que descuella el acorde dorado de la catedral enseñando su espléndida girola y la torre con el ángel triunfador..

Hay una tragedia de contrastes. Por una calle solitaria se oye el órgano dulcemente tocado en un convento... y la salutación divina de Ave María Stella dicha con voces suavemente femeninas... Enfrente del convento, un hombre con blusa azul maldice espantosamente dando de comer a unas cabras. Más allá unas prostitutas de ojos grandes, negrísimos, con ojeras moradas, con los cuerpos desgarbados y contrahechos por la lujuria, dicen a voz en cuello obscenidades de magnificencia ordinaria; junto a ellas, una niña delicada y harapienta canta una canción piadosa y monjil....

Todo nos hace ver un ambiente de angustia infinita, una maldición oriental que cayó sobre estas calles..

Un aire cargado de rasgueos de guitarras y de gritos calmosos de la gitanería..

Un sonido de voces monjiles y un runrún de zambra anhelante.

Todo lo que tiene de tranquilo y majestuoso la vega y la ciudad, lo tiene de angustia y de tragedia este barrio morisco..

Por todas partes hay evocaciones árabes. Arcos negruzcos y herrumbrosos,

casas panzudas y chatas con galerías bordadas, covachas misteriosas con líneas del oriente, mujeres que parecen haber escapado de un harem... Luego una vaguedad en todas las miradas que parece que sueñan en cosas pasadas..., y un cansancio abrumador..

Si alguna mujer llama a sus hijos o a alguien, es un quejido lento lo que murmura y los brazos caídos y las cabezas despeinadas dan una impresión de abandono a la suerte, y una creencia en el destino verdaderamente musulmana. Hay siempre ritmos gitanos en el aire y canciones desesperadas o burlonas, con sonidos guturales. Por las callejas se ven los cerros dorados con murallas árabes. Hay heridas en las piedras manando agua clara que se arrastra serpeando calle abajo..

En las cocinas, las macetas de claveles y geranios se miran en las ollas y perolas de cobre, y las alacenas abiertas en la tierra húmeda se muestran repletas de los cacharros morunos de Fajalauza..

Hay perfumes de sol fuerte, de humedad, de cera, de incienso, de vino, de macho cabrío, de orines, de estiércol, de madreselva. Hay en los ambientes un gran barullo extraño, envuelto en los sonidos oscuros que lanzan las campanas de la ciudad..

Un cansancio soleado y umbroso, una blasfemia eterna y una oración constante. A las guitarras y los jaleos de juerga en mancebía, responden las voces castas de los esquilines llamando a coro..

Por encima del caserío se levantan las notas funerales de los cipreses, luciendo su negrura romántica y sentimental... Junto a ellos están los corazones y las cruces de las veletas que giran pausadamente frente a la majestad espléndida de la vega..

III. Canéfora de pesadilla

De una puerta negra con enormes desconchones en la madera y entre un incienso verde y húmedo, surge la figura espantosa cubierta de andrajos y con ojos amarillentos por la bilis... En el fondo hay un patio antiguo... patio en donde quizá los eunucos durmieran a la luz de la luna, patio empedrado de musgo, con sombras árabes en las paredes, y un gran aljibe miedoso y profundo... En sus carcomidas balaustradas se apoyan macetas marchitas de geranios, y en sus columnas renegridas se abrazan enredaderas tísicas... Más allá un muladar y en una de sus paredes un Cristo espantoso con falda de bailarina, adornado de flores de trapo... Un mareo ahogadizo de moscas y mil avispas zumbando amenazadoras. En el cielo muy azul, fuego de sol..., y de aquí surgió..

No sé si mis ojos la miraron bien, o no la miraron, porque lo espantoso produce en nosotros confusión de ideas..

Era un misterio repugnante la figura horrible que salía tambaleándose de la casa..

No había nadie en la calle melancólica y reposada en su muerte.

La figura monstruosa no se movía de la puerta. Poseía en su actitud, la fría interrogación de un friso egipcio..

Tenía un vientre muy abultado como de eterno embarazo, sus brazos caídos sostenían unas manos viscosas y formidables de fealdad. En la cadera llevaba un cántaro desmochado, y sus cabellos canosos y fuertes, rodeaban aquella cara con un agujero por nariz. Sobre sus pómulos una pupa amarillenta mostraba toda su maloliente carroña, y un ojo horrible derramaba lágrimas sobre ella, que la figura atroz limpiaba con su manaza... Salía de aquella casa de vicios espantosos y lujurias extremas..

Estaba envuelta en un hábito de impudor y bajeza de una degeneración sexual. Podía ser animal raro o hermafrodita satánico. Carne sin alma o medusa dantesca. Ensueño de Goya o visión de San Juan. Amada por Valdés Leal, o martirio para Jan Weenix... Era una carne verdosa y de muerte. Tose repetidas veces... y se cree oler a azufre..., bajo el peso de los espíritus del mal... La figura inquietante echó a andar..

Llevaba unas zapatillas a medio meter que marcaban el ritmo lúgubremente; unas gargantillas de coral mugriento y una bolsa colgada al cuello, que sería algún amuleto infernal..

Dentro de la casa se oía reír y entre palmas sensuales y ayes dolorosos, una voz aguardentosa cantaba obscenidades.

El monstruo andaba como un lagarto en pie y con una mueca dura no se sabe si era risa o dolor de vivir... Otra vez tosió como si un perro aullase en un sótano, y siguió andando despidiendo olor de alhucema podrida y de tabaco..

Es horrible este bicho con enaguas y con senos flácidos... Es la que en la casa eternamente maldice y asusta a las buenas comadres. Es la que si pudiera nos besaría a todos para infestarnos de su mal. Es la eunuca de un harem de podredumbre. Si fuera hermosa sería Lucrecia, como es horrible es Belcebú. Si pudiera escoger amante, amaría a Neptuno o Atila..., y si pudiera llevar a cabo sus maldiciones sería como Hatto, el feroz obispo de Andernach

Estas mujeres, espantosas de pesadilla, se pasean algunas veces por el Albaizín. Ellas son las brujas que enredan en sus tramas cabalísticas a las pasionales muchachas de ojos negros. Ellas son las que preparan bebedizos hechos con víboras, con canela y con huesos de niños machacados al plenilunio. Ellas poseen en canuteros los espíritus del bien y del mal..., y por ellas las madres ignorantes y supersticiosas cuelgan a sus críos cuernos dorados y estampas benditas para librarlos del mal de ojo....

Pero esta pesadilla... ¡Qué gesto tan frío y tan inquietante el suyo al cruzar la calle llena de sol y olor de rosal! ¡Hetaira quitasueños!... Con el cántaro en la cadera y las manos por el suelo en las calles del Albaizín

IV. Sonidos

A María Luisa Egea. Bellísima, espléndida y genial... Con toda mi devoción

Desde los cubos de la Alhambra se ve el Albaizín con los patios, con galerías antiguas por las que pasan monjas. En las blancas paredes de los claustros están los vía crucis. Junto a las celosías románticas de los campaniles los cipreses mecen lánguidamente su masa olorosa y funeral... Son los patios soñadores y umbrosos....

En medio del gran acorde macizo del caserío los conventos ponen su ambiente de tristeza..

Es algo misterioso que atrae y fascina, la visión del Albaizín desde esta fortaleza y palacio de la media noche... Y el panorama, con ser tan espléndido y extraño, y tener esas voces potentes de romanticismo, no es lo que fascina. Lo que fascina es el sonido. Podría decirse que suenan todas las cosas... Que suena la luz, que suena el color, que suenan las formas..

En los parajes de intenso sonido como son las sierras, los bosques, las llanuras, la gama musical del paisaje tiene casi siempre el mismo acorde que domina a las demás modulaciones. En las faldas de la Sierra Nevada, hay unos recodos deliciosos de sonidos... Son unos sitios en donde de los declives macizos mana un sonido de perfume agreste melosamente acerado..

En los mismos bosques de pinos, entre el olor divino que exhalan, se oye el manso ruido del pinar, que son melodías de terciopelo aunque sople aire fortísimo, modulaciones mansas, cálidas, constantes..., pero siempre en la misma tesitura....

Eso es lo que no tiene Granada y la vega oídas desde la Alhambra..

Cada hora del día tiene un sonido distinto. Son sinfonías de sonidos dulces lo que se oye... Y al contrario que los demás paisajes sonoros que he escuchado, este paisaje de la ciudad romántica modula sin cesar..

Tiene tonos menores y tonos mayores. Tiene melodías apasionadas y acordes solemnes de fría solemnidad... El sonido cambia con el color, por eso cabe decir que éste canta..

El ruido del Dauro es la armonía del paisaje. Es una flauta de inmensos acordes a la que los ambientes hicieran sonar. Desciende el aire con su gran monotonía cargado de aromas serranos y entra en la garganta del río, éste le da su sonido y lo entrecruza por las callejas del Albaizín por las que pasa rápido dando graves y agudos...; luego se extiende sobre la vega y al chocar con sus sones admirables y con las montañas lejanas y con las nubes, forma ese acorde de plata mayor que es como una inmensa nana que a todos nos duerme voluptuosamente... En las mañanas de sol hay alegrías de música romántica en la garganta del Dauro. Podría decirse que canta en tono mayor el paisaje... Hay mil voces de campanas que suenan de muy distinta manera..

Algunas veces claman en tono grave las campanas sonoras de la Catedral, que llenan los espacios con sus ondas musicales... Éstas se callan y entonces les

contestan varios campanarios albaizineros que se contrapuntan espléndidamente. Unas campanas vuelan como locas derramando pasión bronceada hasta fundirse a veces con el sonido del aire en un hipar anhelante... Otras, viriles, fugan sus sonidos con las lejanías..., y una más reposada y devotamente, llena de unción sacerdotal llama a rezar muy despacio, con aire cansado, con la filosofía de la resignación... Las otras campanas que volaban locas de apasionada alegría se callan de repente pero la campana reposada sigue con aire de reproche..., ella es la vieja que reza..., y riñe a las jóvenes por sus anhelos que nunca tendrán realidad... Seguramente aquellas campanas que habían sonado como locas de entusiasmo hasta morirse de sonido, las habían echado a volar, o los acólitos traviesos de las parroquias..., o las novicias juguetonas y asustadizas de algún convento, que tienen ansia de reír, de cantar..., y es casi cierto que esta campana que llama a rezar quejumbrosamente la tañe algún viejo sacristán lleno de manchas de cera..., o alguna monja que la muerte olvidó, que espera en el convento la herida de la guadañadora... Hay silencios magníficos en que canta el paisaje... Después claman otra vez las campanas de la Catedral, las otras glosan lo que dijo la maestra..., y como final de sinfonía hay un gracioso e infantil ritornello de esquilín..., que después de su melodía agudísima se va apagando poco a poco en un morendo delicado, como no queriendo terminar..., hasta que acaba en una nota rozada que apenas se oye. ¡Son magníficas, son maravillosas, son espléndidas y múltiples las sinfonías de campanas en Granada!

La noche tiene brillantez mágica de sonidos desde este torreón. Si hay luna, es un marco vago de sensualidad abismática lo que invade los acordes. Si no hay luna..., es una melodía fantástica y única lo que canta el río..., pero la modulación original y sentida en que el color revela las expresiones musicales más perdidas y esfumadas, es el crepúsculo... Ya se ha estado preparando el ambiente desde que la tarde media. Las sombras han ido cubriendo la hoguera alhambrina....

La vega está aplanada y silenciosa. El sol se oculta y del monte nacen cascadas infinitas de colores musicales que se precipitan aterciopeladamente sobre la ciudad y la sierra y se funde el color musical con las ondas sonoras... Todo suena a melodía, a tristeza antigua, a llanto..

Resbala una pena dolorosa e irremediable sobre el caserío albaizinero y sobre los soberbios declives rojos y verdes de la Alhambra y Generalife..., y va cambiando sin cesar el color y con el color cambia el sonido... Hay sonidos rosa, sonidos rojos, sonidos amarillos y sonidos imposibles de sonido y color... Después hay un gran acorde azul..., y empieza la sinfonía nocturna de las campanas. Es distinta de la de la mañana. El apasionamiento tiene gran tristeza... Casi todas, suenan cansadas, llamando al rosario... Canta muy fuerte el río. Las luces parpadeantes de las callejas albaizineras, ponen temblores dorados en las negruras de los cipreses... Lanza la Vela su histórica canción... En las torres, se ven lucecillas

miedosas que alumbran a los campaneros....

Silba el tren a lo lejos.

V. Puestas de sol

1. Verano

Cuando el sol se oculta tras las sierras de bruma y rosa, y hay en el ambiente una colosal sinfonía de religioso recogimiento, Granada se baña de oro y de tules rosa y morados..

La vega, ya con los trigos marchitos, se duerme en un sopor amarillento y plateado, mientras los cielos de las lejanías tienen hogueras de púrpura apasionada y ocre dulzón..

Por encima del suelo hay ráfagas de brumas indecisas como aire saturado de humo o brumas fuertes como enormes púas de plata maciza. Los caseríos están envueltos en calor y polvo de paja y la ciudad se ahoga entre acordes de verdor lujurioso y humos sucios.

La sierra es color violeta y azul fuerte por su falda, y rosadamente blanca por los picachos. Aún quedan manchas de nieve que resisten briosas al fuego del sol..

Los ríos están casi secos y el agua de las acequias va tan parada, como si arrastrara un alma enormemente romántica cansada por el placer doloroso de la tarde..

En el cielo que hay sobre la sierra, un cielo azul tímido, asoma el beso hierático de la luna..

En los árboles y en las viñas aún queda un resol extraño..., y poco a poco los montes azules, ceniza y verde sobre rosa, se enfrían y todo va tomando el color hipnótico de la luna..

Cuando ya casi no hay luz, adquiere la ciudad un matiz negro y parece dibujada sobre un mismo plano, las ranas empiezan sus raras fermatas, y todos los árboles parecen cipreses... Luego la luna besa a todas, las cosas, cubre de suavidad los encajes de las ramas, hace luz al agua, borra lo odioso, agranda las distancias y convierte los fondos de la vega en un mar... Después un lucero de una ternura infinita, el viento en los árboles, y un canto de aguas perenne y adormecedor..

La noche muestra todos sus encantos con la luna. Sobre el lago azul brumoso de la vega ladran los perros de las huertas....

2 . Invierno

Está la vega aplanada. Estos días tristes de invierno la convierten en campo de ensueño..

Las lejanías veladas por la niebla son plomo y violeta, y las alamedas marchitas son grandes rayas negras. El cielo es blanco y suave con ligeros toques negros, la luz azulada, vaga, delicadísima. Los caseríos brillan y se esfuman en la vaguedad del humo. El sonido es apagado y de nieve..

Los primeros términos del paisaje se acusan con fuerza. Muchos olivos plata y verde, grandes álamos llorosos y lánguidos, y cipreses negros que se agitan dulcemente. Saliendo de la ciudad hay unos pinos con las cabezas inclinadas..

Todos los colores son pálidos y graves. El verde oscuro y el rojizo son los que dominan de cerca..., pero a medida que se van extendiendo por la llanura, la niebla los apaga y los borra..., hasta que en los fondos son indefinidos y somnolientos. Los ríos parecen cortes inmensos hechos en la tierra para que se viera el cielo que hay debajo..

El sol al ocultarse se asomó entre las nubes..., y la vega fue como una inmensa flor que abriera de pronto su gran corola mostrándonos toda la maravilla de sus colores. Hubo una conmoción enorme en el paisaje. La vega palpitó espléndida. Todas las cosas se movieron. Algunos colores se extendieron fuertes y briosos..

En un monte cercano hay rasgaduras de azulín intenso... La nieve de la sierra se adivina entre las gasas de la niebla....

Las nubes se montan unas encima de otras, se muerden furiosas tornándose negras..., y la lluvia empieza a caer fuerte y sonora. En la ciudad hay un sonido metálico con ondulaciones secas, lo produce el agua al chocar con los tubos y canales de latón... En la vega es un ruido blando y muelle de agua que cae sobre agua y hierbas... La lluvia tiene al caer en los charcos acordes suavísimos y fuertes, al caer sobre las hierbas, desfallecimientos de sonidos..

A lo lejos algún trueno apagado suena como un monstruoso timbal...

Los pueblos están encogidos y helados de frío..., los caminos están tapizados por grandes manchas de plata... Arrecia la lluvia amenazadora... La luz se hace oscura y la vaguedad se acentúa....

Una oscuridad y sopor llenan la vega... Una línea fascinadora de luz blanca triunfa en el horizonte... Después, un manto de terciopelo negro bordado de granates cubre la llanura ... ...

Jardines

A Paquito Soriano. Espíritu exótico y admirable.

Son muy vagos los recuerdos de los jardines... Al pasar sus umbrías la melancolía nos invade... Todas las melancolías tienen esencia de jardín... La hora del crepúsculo, hace palpitar a los jardines con temblores de matices tenues que tienen toda la gama del color triste....

Tras las marañas oscuras de la yedra, revive el espíritu de la mujer que nos persigue..., y entre la plata melosa de la fuente y la intranquilidad constante de las

hojas pone nuestra fantasía las visiones espirituales de nuestro mundo interior que hace brotar la maga sugestión del ambiente. Parece que los jardines se hicieron para servir de relicario a todas las escenas románticas que pasaran por la tierra. Un jardín es algo superior, es un cúmulo de almas, silencios y colores, que esperan a los corazones místicos para hacerlos llorar. Un jardín es una copa inmensa de mil esencias religiosas. Un jardín es algo que abraza amoroso y un ánfora tranquila de melancolías. Un jardín es un sagrario de pasiones, y una grandiosa catedral para bellísimos pecados. En ellos se esconden la mansedumbre, el amor, y la vaguedad del no saber qué hacer....

Cuando adquieren las alfombras húmedas del musgo, y por sus calles no avanzan sombras de vida, los habitan las sabias serpientes bailarinas de las danzas orientales que andan voluptuosas por los macizos abandonados. ¡Cuando pasa el Otoño sobre ellos tienen un gran llanto desconocido!... ¡Jardines de tísicos que se morían de lejanías brumosas en los poemas de antiguos poetas fracasados!... Los otros jardines, los del amor galante, llenos de estatuas mórbidas, de espumas, de cisnes, de flores azules, de lujurias escondidas, de estanques con lotos rosa y verde, de cigüeñas perezosas y de visiones desnudas, encierran toda una vida de pasión y abandono al destino....

¡Jardines para el olvido, y para las almas sensuales!... y los que son un bloque verde con secretos negruzcos en donde las arañas tendieron sus palacios de ilusión..., con una fuente rota que se desangra lentamente por la seda podrida de las algas...., ¡Jardines para idilios de monjas enclaustradas con algún estudiante o chalán caminero! ¡Jardines para el recuerdo doloroso de algún amor desvanecido! Todas las figuras espirituales que pasan por el jardín solitario, lo hacen pausadamente como si celebraran algún rito divino sin darse cuenta..., y si lo cruzan en el crepúsculo o en la luna, se funden con su alma. Las grandes meditaciones, las que dieron algo de bien y verdad, pasaron por el jardín. Las grandes figuras románticas eran jardín... La música es un jardín al plenilunio. Las vidas espirituales son efluvios de jardín..

¡El sueño! ¿Qué es sino nuestro jardín?....

En la vida que arrastramos de atareamiento y preocupaciones extrañas, pocos son los que se espantan de pena y delicadeza ante un jardín..., y los pocos que nacieron para el jardín son arrastrados por el huracán de la multitud. Van pasando los románticos que suspiran por la elegancia infinita de los cisnes... En los crepúsculos están solos los jardines. El sudario gris y rosado de la tarde los cubre, y contados son los que escuchan su canción..

I. Jardín conventual

Está mudo y silencioso. Todos los colores son tímidos y castos. Entre las malezas descuidadas nacen margaritas menudas y flores silvestres... En las veredas que ha mucho tiempo nadie cruzó, las arañas tendieron sus hilos plateados...

Algunas veces se levanta el suelo cubierto de manchas verdes, de musgos, y humedades semejando el lomo de algún gigante reptil... La fuente está rota y seca..

En una esquina, entre hierbas oscuras y girasoles marchitos, mana el agua pausadamente, escurriéndose por el yerbazal hasta perderse al pie de los árboles. Este jardín retrata la gran tristeza del convento..

Por las galerías achatadas y pobres pasan las monjas con sus pardos sayales... Sólo hay un rosal en todo el recinto, que cuida una novicia que todavía no ha tenido tiempo de entristecerse... Está en una recacha del claustro, junto a un laurel. Sus rosas adornan la Virgen ingenua durante el mes de Mayo..

Hace tanto frío en el jardín que todo se seca... Tiene calmas hermosas y eternas al ruido de los rezos gangosos y aflautados y al sonar del maravilloso órgano... El convento no tiene campanas... Es siempre otoño en este jardín. Las alegrías vibrantes de la primavera, y la fastuosidad brillante del verano, no entran en él..

La umbría fuente que le anima y el cielo de piedra que le abruma, hacen que el jardín esté siempre en la tristeza amarga del otoño. Si hay un color es un verde apagado, si hay flores son amarillas o ligeramente azules... No hay ventanas en el claustro... El jardín ve todas las procesiones de las religiosas. No hay tampoco ciprés. Las ramas del laurel penetran retorciéndose, por una ventana. Entre la hierba y cerca de donde mana el agua, se pudre la cándida escultura de un santo padre de la Iglesia, que las monjas arrumbaron por inservible..

Dominando al jardín surge en los aires la monstruosa torre de la Catedral de la ciudad, que guarda y mira al convento. Unas enredaderas fuertes están bordando caprichosamente en las paredes del patio... Por la fría desnudez de los claustros pasa una monja sonando una campanilla..

II. Huertos de las iglesias ruinosas

A la salida de las sacristías húmedas donde hay altares derrumbados, cómodas negras, y espejos borrosos están los huertos humildes y desaliñados..

Casi siempre son cementerios antiguos cubiertos de hierba, en los cuales algún ama de cura plantó rosales y enredaderas. Son húmedos a pesar de tener sol. En los rincones viven reptiles. Por un ventanal roto de la iglesia, llega el vaho religioso del incienso. Nadie los cuida, y si los cuidara, la maldición antigua los llenaría de ortigas, de cicuta, de hongos, y de otras plantas venenosas... Todos ellos son grandes, con las paredes de piedras oscuras, por las que trepan rosales de té, madreselvas y enredaderas de yedra... Tienen bancos de capiteles medio enterrados, y sombrajes de arcos cubiertos de espigas y amapolas..

Una fuente rota medio enterrada en las yerbas canta alguna vez, cuando hay exceso de agua en la ciudad. Están llenos de higueras, de manzanilla, de hinojos, de dompedros..

En algunos hay lápidas funerales con nombres borrados arrinconadas en

algún sitio maloliente; en otros hay palomas de toca que cuidan los hijos del sacristán, y perros encadenados que quieren morder; en los más hay charcos de humedad y tapiales con guirnaldas de boca de león..

En los laureles hay hilos de plata casi invisibles, chorreones de agua incrustada..., y en las esquinas que nadie pisó, hay rosales blancos a medio secar..

En estos lugares de abatimiento, suele haber entre las tramas verdes de enredaderas, portadas antiguas, hoy tapiadas, que tienen en hornacinas deshechas, santos carcomidos que llevan sudarios de musgo, penachos de yerbas, y que bendicen rígidamente con una mano crispada..

Algunos de estos huertos perdieron su carácter grave al cubrir sus paredes con enredaderas..., pero en otros que están completamente desnudos..., se ven dibujadas en las paredes las arquerías de los nichos, y alguna cruz de hierro enmohecida por los años, que se retrepa lánguidamente en las yerbas de los suelos..

Otros, de las iglesias de los arrabales, se abren a los campos vibrantes de color... En muchos, las yedras y los rosales se asoman ansiosos por las tapias, y caen después dulcemente... Entre las piedras se abrazan los beleños, las rudas, las adormideras, los lirios, las espigas del diablo....

Algunas veces la tierra eleva su desnudez de flores, para piedra con dibujos raros, quizá algún trozo de friso desaparecido, que se derrite plácidamente al sol...., y así todos... Raros serán los que tengan rosas frescas y lozanas, y fuentes limpias con peces de colores..

III. Jardín romántico

Se están perdiendo los jardines españoles. El parque inglés recortado y simétrico los suple... Sólo de vez en cuando, al pasear por un camino desierto que conduce a sitios humildes, nos encontramos uno de estos jardines desiertos y umbrosos..

Toda el alma romántica y galante del siglo dieciocho latente por las avenidas. El jardín quiere a la dama pálida y al caballero poeta..

Jardines crepúsculos de aquella edad sentimental y dramática. Jardines nebulosos que tanto hacen sufrir a ese gran poeta de niebla que se llama Juan Ramón Jiménez

Estaba solo el jardín. Entre las olas verdes de los arrayanes descuidados, levantaban sus varas florecidas las malvarrosas rosas y blancas. En el centro del jardín se alzaba la cúpula verde de la glorieta cubierta con un rosal de té. En su interior una mesa de piedra negra está llena de hojas secas. Los bancos están hundidos en el suelo mojado, y una cascada de yedras quiere taparlos... Más allá y sobre su pedestal deshecho una estatua borrosa de Cupido lanza eternamente su flecha fatal, de la cual penden enredaderas y telarañas... En las esquinas del jardín están las fuentes. Son pequeñas y elegantes, con las tazas verdinegras por las que

chorrean las algas como cabelleras de medusas ahogadas en el agua verde y podrida... Casi no se ven entre los arrayanes, que al no ser cuidados tomaron bríos salvajes... No suena nunca el agua en el jardín..., sólo en las noches las acequias de los campos cantan a lo lejos. No tiene pájaros el jardín, sólo algún búho legendario se ríe cuando no hay luna, sobre un limonero entre sombras..

En un rincón, junto a una fuente, se deshace una estatua de Apolo, que aterida de frío se tapa entre los rosales....

Hay un verdadero bosque de cipreses. Diríase a lo lejos que era aquello un cementerio viejo... Entre los macizos, entre las retamas de las gallumbas, en las avenidas cortas y tristes, los cipreses elevan sus tragedias melódicas... Hasta la lírica leyenda del ruiseñor perdió el jardín. ¡Hace tanto frío y hay tanta tristeza en el ambiente!... Luego la casa, porque el jardín tiene una casona al lado. ¡Qué pena tan intensa la fachada sin los cristales en los balcones para que el poeta los pueda cantar en los crepúsculos, cuando son espejos de rosas y granas! ¡Qué amargura la casona deshabitada con un jardín raro sobre el tejado!

En una esquina de la casa está el balcón de siempre, el balcón que hace años no se abrió, el balcón que todavía lloran los poetas que han dado en llamar cursis... No se siente ya el clave. Es otra luna la que ilumina el jardín..

Nota el poeta un derrumbamiento interior. No hay manos blancas sobre el teclado, ni palomas que se posen en los hombros de la eterna ella, ni escalas pendiendo del balcón, ni tempestades de amor en el jardín....

El poeta pasa sus manos por la cabeza y ve que ha perdido la melena, extiende los brazos entristecido y observa que lleva puños de charol..

El ensueño del jardín se está borrando. Se caen de viejos los eucaliptos, las divinas mimbres lloronas se han secado..., sólo los cipreses que son románticos testarudos guardan la virginidad antigua del jardín. En los tapiales se abren grandes rejas voladas que dan al camino. Las flores silvestres se mezclan entre los floripones distinguidos y aristocráticos..

Pronto desaparecerá el jardín. Hay que borrar las obras de los otros siglos... Es triste... Pero la fiesta galante cesó. Las carrozas frías de la muerte se llevaron a los caballeros y a las damas antiguas al otro reinado..., el estanque se cegó y los cisnes se los comieron fritos un día de hambre los sucesores de aquellas familias maravillosas. Son otros cisnes los de hoy... La barca de plata que surcaba el lago fantástico se hundió llevando a bordo una fiesta blanca de enamorados tímidos. Los pastores se convirtieron en bestias salvajes. La marquesa Eulalia cesó de reír. ¡Es irremediable! Primero desaparecieron las ninfas. Luego desaparecieron las marquesas y los abates, ahora quizá morirán los poetas ....

Las columnatas se deshicieron como se deshacen las glorietas y las estatuas junto a los rosales... La historia de la doncella raptada, que después se mete a monja en las Claras, se perdió para siempre .

En una avenida del jardín y entre aperos de labranza, juegan unos niñitos preciosos, harapientos, haciendo pedazos un librote enorme que tiene pintados caballeros y señoras dieciochescos..., una parodia del martirio de San Bartolomé Huguesco..., más allá la madre cansada y deshecha por el hambre, remendaba la ropa sentada al sol. Había silencio en el jardín ....

Por la puerta principal entraron dos jóvenes. Uno de ellos comenzó a gritar entusiasmado. ¡Aquello era hermoso!... Él se sentaría allí a soñar un rato..., pero el otro joven que llevaba en la mano un odioso libro de estadística, exclamó extrañado: "¡Pero, quieres no ser tonto! ¡No comprendes que este sitio es muy antihigiénico!... Vámonos"..., y se fueron... No tiene remedio, la fiesta pasó ya por aquí y no volverá más... Se murió el madrigal cuando nació el ferrocarril. Los suspiros amorosos por alguna estrofa apasionada, los lemas galantes en las botonaduras, las serenatas de laúd, se fueron con su siglo... Las sedas, los encajes, los jarrones, los camafeos, se hundieron para siempre..

Sólo nos quedó vivo de la época el jardín..., que es el cementerio de todo aquello..., guardado por cipreses..., con fuentes que aún conservan agua de la época, con estatuas que se están borrando por no contemplarnos..., con casas que tienen balcones cerrados

Pasó otro romántico por la ventana y se quedó mudo de admiración..

Entornó los ojos como ensoñando sobre el jardín..., pero en seguida se fue. Tenía que ir a la oficina... Los niños de la avenida seguían en su obra destructora..., y su madre cantaba amablemente....

"¿Es de ustedes este jardín?"..., y ellos respondieron: "No señor, es de la señora marquesa..., pero como es tan buena nos lo ha dado para que plantemos una huerta". "¡Qué infamia! ¡Qué lástima de jardín!"..., exclamé yo..., "¡Cómo se ve, me dijo la madre, que usted está bien comido! ¡Si viera usted lo poco que ganamos!..., ya así, convirtiendo este jardín en huerta, venderemos lechugas y coles en la ciudad, y podrán comer algo más mis hijos"... Los niños, escuálidos, seguían su tarea..., la madre suspiró: "¡Qué ganas tengo que no se estile comer!"..., "¿Sabe usted lo que le digo? hablé yo, que está muy bien desaparecido el jardín"....

...Es irremediable, la fiesta pasó... Verlaine llora y Eduardo Dubus está sonando su violín negro... Pronto el arado estará en las maravillas umbrosas del jardín... Es irremediable..

IV. Jardín muerto

Cae lluviosa la mañana sobre el jardín... Al final de una cuesta fangosa y junto a una cruz verde y negra por la humedad, está la puerta de madera carcomida, que da entrada al recinto abandonado. Más allá hay un puente de piedra gris, y en la distancia brumosa una montaña nevada. En el fondo del valle y entre peñas, corre el río manso tarareando su vieja canción..

En una covacha que hay junto a la puerta, dos viejos con capas rotas se

calientan a la lumbre de unos tizones mal encendidos... El interior del recinto es angustioso y desolado. La lluvia acentúa más esta impresión. Se resbala con facilidad. En el suelo hay grandes troncos muertos... Las paredes altas y amarillentas están cruzadas de grietas enormes, por las que salen las lagartijas, que pasean formando con sus cuerpos arabescos indescifrables. En el fondo hay un resto de claustro con yedra y flores secas, con las columnas inclinadas. En las rendijas de las piedras desmoronadas hay flores amarillas llenas de gotas de lluvia; en los suelos hay charcos de humedad entre las hierbas

No quedan más que las altas paredes donde hubo claustros soberbios que vieron procesiones con custodias de oro entre la magnífica seriedad de los tapices....

Una columna se derrumbó sobre la fuente, y al celebrar sus bodas de piedra el musgo amoroso los cubrió con sus finos mantos. Por los huecos de un capitel yacente asoman hierbas menudas de verde luminoso..

Las plantas se abrazan unas con otras, la yedra cubre a las viejas columnas que aún se tienen en pie, el agua que rebosa de la fuente, lame al suelo de piedra que hay a su alrededor y después se entrega a la tierra que se la bebe con asco... La restante se pierde por un agujero negro que se la bebe con avidez..

Hay cortinas recias de telarañas, los helechos cubren los bancos de piedra... Se oye un continuo gotear..., es el agua que llora las tristezas de nuestro jardín. Nada hay nuevo en el recinto..., hasta el agua es siempre la misma..., penetra por el suelo y vuelve a salir por el mascarón de la fuente..

No se puede andar porque las plantas trepadoras se enredan en los pies..., parece como si el genio oculto del jardín, quisiera retener algo vivo entre tanta desolación y muerte... Detrás del resto de claustro hay un panteón. Han desaparecido los sepulcros..., sólo entre penumbra y telarañas unas letras borrosas hablan una inscripción en latín... No se distinguen más que dos palabras, una que dice Requiescit y otra Mortuos....

La lluvia arrecia y cae sobre el jardín produciendo ruido sordo y apagado... Unas hojas grandes se estremecen suavemente y entre ellas asoma su cabeza aplastada un gran lagarto..., que sale corriendo a esconderse entre unas piedras. Deja el rabo fuera y después se introduce del todo... Las hierbas que el peso del lagarto inclinó, vuelven perezosamente a ocupar su primitiva posición... Con el aire todas las flores amarillas tiemblan y se sacuden del agua que tienen entre sus pétalos... Hay caracoles pegados en los muros... El tiempo fue despiadado con este jardín; secó sus rosales y cinamomos y en cambio dio vida a plantas traidoras y malolientes .

No cesa la lluvia de caer.

V. Jardines de las estaciones

Son raros y pobres. Tienen acacias y están cercados de empalizadas negras...

Quieren ser estos jardines sitios de reposo agradable y de quietud..., ¡pero cuántas miradas inquietas y nerviosas se posaron sobre ellos!... Siempre el jardín ha sido un lugar de melancolía reposada. El eterno silencio de los jardines que cantan los poetas..., pero un jardín de estación es un estío de inquietud. Pasan muy rápidos por nuestros ojos y nosotros siquiera los miramos... Cuando se viaja se tiene puesta la imaginación en un sitio muy lejos y no nos llaman la atención. Todas las plantas están mustias. Los bojes recortan los macizos, de donde salen enredaderas de campanillas que trepan por la pared... El verde general del jardín tiene un marcado matiz negruzco... El humo fue dando sus tonalidades sombrías a los ramajes. En algunos hay un parral raquítico sostenido por alambres.

Al lado está la cantina. Todos los restos alcohólicos de ella se vuelcan en el jardín. Estas flores están regadas con vino maloliente. Pasan los trenes rápidos y el jardín que sueña con una soledad de sonidos agradables oye los silbatos potentes de las locomotoras, el resoplar solemne del vapor y el chirriar de cadenas y ruedas. Estas flores y estas acacias, no están en el ambiente que sueña su forma. El jardín ve pasar muchos ojos parados y soñadores que lo contemplan inconscientemente. Se mueven las plantas dulcemente con las ráfagas fuertes de las locomotoras.

Por las noches unos faroles de luz amarillenta perdida, los alumbran fúnebremente.

Uno de estos jardinillos humildes y encarbonados tenía un rosal de té. Era casi un milagro de elegancia floral aquella planta en medio de la desolación que la rodeaba..., pero las rosas delicadísimas al abrir la maravilla topacio de su color, el carbón y los humos las envolvían, poniéndoles negros disfraces.

Sin embargo, se notaba que aquello era un rosal de té... Pero un día al pasar por la estación, estaba el rosal transformado. Unas manchas negras horribles, cubrían las flores delicadas y olorosas..., era que la cantinera había volcado sobre el rosal los restos de haber hecho café... Una niña me preguntó sorprendida: "¿Qué flores son aquéllas?"..., y yo le contesté tristemente: "¡Rosas! Hija mía, ¡rosas!"... Después el tren se puso en marcha.

Temas

Muchas veces al caminar por estos sitios de leyendas lejanas observamos parajes solitarios donde nuestra alma quisiera reposar siempre... Tienen el encanto de que pasamos corriendo por sus formas y no nos damos cuenta de sus misterios. ¡Hay estados sentimentales tan raros! Al encontrarnos en un paraje agradable quisiéramos estar en él toda la vida recreándonos en su belleza... Pero nos marchamos sin que ni nosotros mismos sepamos por qué... Al viajar van desfilando una serie interminable de cuadros naturales, de

tipos, de colores, de sonidos, y nuestro espíritu quisiera abarcarlo todo y quedarse con todo retratado en el alma para siempre, pero somos muy pequeños y sin querer olvidamos. Antes de contemplar una maravilla ya teníamos de ella noticias y fantaseamos su forma soñándola, soñándola hasta hacerla un imposible..., por eso nos vemos defraudados casi siempre al contemplar un monumento del que habíamos oído hablar. Pasamos a través de los campos, a través de las ciudades sin habernos detenido casi nada y nuestros ojos siempre abiertos pretenden retratar todo, y sentirlo todo, pero nos viene el sueño y el cansancio y el hastío.

Luego, cuando hemos reposado, todas las impresiones se van revelando, una con todo el esplendor que tenían, otras vagamente, confusamente, algo en que los recuerdos tienen tintas de crepúsculo ya casi muerto, una neblina azulada sobre las cosas que vimos...

Luego unas impresiones borran a las otras y forman una confusión de la que sobresale algo que nos hizo mucha mella..., una cara de mujer..., una torre con sol..., el mar...

Ruinas

A Fernando Vílchez, artista todo bondad y simpatía.

El viajero se detiene emocionado ante las ruinas.

Contempla las antiguas visiones de fortalezas deshechas y siente un cansancio abrumador. Sobre los arcos rotos, en las puertas que entran a recintos alfombrados con ortigas y capiteles yacentes, en las altas paredes solitarias, la esencia de mil colores tristes se esparció entre los mantos reales de las yedras.

La visión decorativa de una ruina es magnífica... La luz entra por los techos derrumbados, y no tiene dónde reflejarse..., sólo en las covachas de una galería abierta a los campos, o en un claustro, penetra modulando tonalidades sombrías.

El contraste de los colores verdes, y los dorados bajo la caricia dulce de la luz, forma una gama admirable de apagamiento y amargura. Otro de los encantos de las ruinas son los ecos.

Los ecos perdidos en los campos anidaron en las esquinas desmoronadas, en las bodegas llenas de plantas salvajes. En las ruinas de las llanuras hay ecos hasta en los sitios más escondidos. En la amplia soledad de las llanuras no tienen estos geniecillos parajes donde reposar, y cuando el vetusto edificio se derrumbó, ellos penetraron en sus muertas estancias para hacer burla de todo sonido, repetir la risa, y el grito desconsolado, multiplicar las pisadas, y confundir las conversaciones en un mareo de palabras.

Las ruinas se van hundiendo lentamente en el terreno hasta que quedan sepultadas del todo, las figuras invisibles que las habitaron se marchan, y los ecos vuelven a danzar otra vez por las llanuras para dormirse en espera de despertar. Se hunde el escenario y se acaba la leyenda. Los pájaros vuelan a otro sitio más

agradable, los reptiles huyen a otras madrigueras más ocultas, y al hundirse la ruina en la tierra acabó la tragedia histórica .

Antes que el prestigio romántico, decorativo y artístico, tienen las ruinas el prestigio miedoso.

Huyeron los frailes, o los señores que habitaban los castillos, pero en el tiempo una noche, un campesino rezagado que volvía tarde al poblado, ve entre las malezas una gran figura blanca, con dos ojos verdosos que miraban pausadamente, después oye gritos de tortura infinita en los sótanos del castillo y arrastrar de cadenas por las naves deshabitadas... Huye el campesino, cuenta lo que ha visto y todo el pueblo se revoluciona... ¡Hay fantasmas en las ruinas! Ya nadie va a visitarlas y adquieren brillo sombrío... Una vieja del pueblo, una noche de tormenta, al calor de la lumbre y después de ordenar a los niños que se marchen, cuenta a los vecinos una historia pasada que a ella le contó su bisabuela. Una historia de amor y de duendes que pasó cuando estaba habitada la ruina... Aquella fantasma blanca que se había aparecido, sería la señora que se metió a monja después de matar a su marido..., y todos se santiguan... Luego otra noche otro vecino vio con la luz tibia de la luna, al fantasma que bogaba en el río... Después hubo tormenta...

Todas las ruinas tienen una historia miedosa. Unas se conocen, otras ya las han olvidado.

La ruina evoca baladas miedosas de almas en pena. Toda la literatura romántica puso sus figuras fantásticas en las ruinas..., porque el alma de la ruina es eso: un fantasma blanco muy grande, muy grande, que llora por las noches desmoronando piedras y oculto entre las yedras, al son meloso del agua que pasa por las acequias.

Fresdelval

El paisaje es tranquilo y reposado. Montes con encinas. Ambiente rojo y gris. Serpientes verdes de carreteras que trepan los montes lejanos, y amplitud de soledad.

Recostado en un declive del monte y cercado con la negra verdura de los olmos se asienta el monasterio derruido. Tiene en sus alrededores declives suavísimos de yerbas marchitas y promontorios que son casi colinas, desde donde se divisa la esplenditud bronceada del panorama.

Los primeros montes son ásperos y rojos; las lejanías son manchas de alamedas entre neblinas opacas... Entre los olmos serenos asoman las ventanas ciegas del convento antiguo. Tiene una esplendidez legendaria religiosa. Es de abolengo aristocrático de reyes y príncipes. Una figura principal de la leyenda es un cautivo moro converso al cristianismo..., pero el ambiente de las leyendas

desapareció de estos lugares. Hay arcos elegantísimos que aún se tienen en pie soportando las greñas verdes de las yedras. Hay medallones sin cabeza. Hay rosetones góticos que dejan pasar la luz suavemente. Yerbas y flores salvajes cubren la ruina... En el claustro gótico se extiende una gran humedad verde y gris... Hay un rincón de abolengo castellano que pudiera servir de fondo a una figura de capote y ojos marchitos..., es un resto de claustro Renacimiento de una gran sencillez. Columnas fuertes, arcos chatos, y un gran alero. El fondo es negro, y el suelo de yerbas, delante hay un carro abandonado y unos pesebres de madera podrida, más allá una puerta desvencijada con un esquilín, y yedras y saúcos... Muy cerca, una columna rota se mira en un estanque... Todo está quieto en la tarde. Hay castidades hondas en el paisaje.

Un pueblo

En el silencio de la tarde al pasar por el pueblo castellano, el sol ponía sus notas doradas en la torre lánguida de la iglesia y en las casitas humildes. Unos viejos están sentados junto a la portada. Son como figuras de piedra que estuvieran en una ceremonia de gran religiosidad. Alguna vez uno mueve una mano. Las puertas están cerradas... Nacen unas colmenas entre flores... Una mujeruca da de comer a un lechón. Por las tapias de los corralones asoman largos palos abandonados. Son las lanzas que esperan. A la salida del pueblo hay toros bebiendo en un remanso, donde está el agua casi podrida... De los fondos empiezan a salir las nieblas rojas del atardecer.

Una ciudad que pasa

Cielo azul. Tranquilidad solar. Por las encías de las murallas pasan ovejas blanquísimas dejando nubes de plata vaporosa. La ciudad deja sonar sus trompas de suavidad metálica como miel infinita.

Hierro... Estallidos de solemnidad. A lo largo y entre los humos del caserío se dibujan los triunfos románticos de las iglesias señoriales, severas, distinguidas, un poco chatas, con sus campanas paradas, con sus veletas que son cruces, corazones, sierpes, con sus colores de oros perdidos en verduras mohosas... Hay ópalos amarillos sobre las garras monstruosas de los montes. Hay sobre la ciudad medieval temblores de luz... Hay un reposo musical de las cosas... La mañana está clara.

Un palacio del Renacimiento...

Plaza amplia y desierta..., hay árboles viejos y corpulentos. En una blanca fachada un pilar carcomido y deshecho cuyos caños hace mucho tiempo no sintieron la caricia del agua... El suelo está cubierto de yerbas. En una esquina hay

una hornacina vacía... En el fondo de la plaza está el palacio.

Es una rara impresión encontrarse esta magnificencia aristocrática junto a las casucas pobres de este rincón muerto... El palacio es hermosamente dorado... Tiene balcones amplios y señoriales, con serpientes enroscadas en sus columnas, medusas espantadas y tritones fantásticos.

En los frisos hay comitivas de locura llenas de gracia y movimiento, pero que se pierden entre la piedra a medida que pasa el tiempo.

En estas cabalgatas hombres musculosos van desnudos, apretando guirnaldas de rosas que cubren sus sexos, y las mujeres llevan las bocas abiertas lujuriosamente y sus brazos son serpientes que se retuercen para convertirse en hojas de acanto y lluvias de bolitas. Las marchas las cortan monstruos marinos con cuernos de árboles y manos de flores, que abriendo sus bocas hacen huir a las demás figuras. Algunas vuelan absurdamente y otras descansan muy serias con las manos sobre los senos. Cobija este bosque decorativo de flores y figuras un gran alero primorosamente labrado, sostenido por grandes zapatas en las que hay hombrotes destartalados, perrazos enormes, caras de noble expresión, entre ramajes de rostrillos, de margaritas, de puntas de diamante, y de cabecitas de chivo... Coronando el palacio hay una veleta que tiene forma de corazón, a su lado se eleva un ciprés.

Procesión

Y sobre el altar de los sacros martirios, en donde descansan aquellos que fueron sangre y llamas por amor a Jesús, y sobre el arca de plata teñida de cielo por los vidrios místicos, el sacerdote vestido de luz y de grana destapó el cáliz antiguo, y haciendo una reverencia comulgó... El órgano lloró sus notas de melancolía con Gounod. El incienso hacía gestos mimosos y en el aire se sentía una campana pausada entre un hueco arrastrar de pies... El palio, esencia de la solemnidad, y la cruz de oro con enormes esmeraldas se mecían lentamente entre la tragedia de los versos latinos, mientras el órgano seguía diciendo un poema de pasión y desfallecimiento... La procesión descendió del ara sagrada, hubo un gran suspiro en la luz y los sacerdotes de manos blancas sostenían cirios fuertes, y caminaban al son de una melodía de un siglo lejano... Los sochantres gritaban profundos y sentenciosos, los seises ponían sus notas agudas sobre los medios puntos, los pertigueros golpeaban el suelo con sus varas, y los incensarios dulces al atravesar el aire entrechocaban sus cadenas... Todo esto envuelto entre una vaguedad gris de incienso y un aliento frío de humedad... Atravesaron unas grandes verjas de bronce que se llenaron de topacios con los cirios, y abriendo una puerta tallada por manos ingenuas, salieron al claustro que estaba rebosante de colores apagados... En las paredes había estatuas bizantinas con ojos de azabache, carteras empolvadas

que rezan alguna bula u oración pasada, sepulcros fríos con caballeros armados en mármol y damas rígidas con leones a los pies... La comitiva penetró en el claustro al melodioso y fúnebre grito del fagot y a la rítmica ensoñación gregoriana...

Al pasar por los sepulcros se detienen y claman graves los responsos, que resuenan por las bóvedas como un eco de terror... Ahora se paran a rezar a un obispo yacente. Dicen todos una canción fúnebre y se callan... En ese momento el oficiante, que va el último, canta con voz lejana un versículo atroz... El incienso da claridad lechosa y vaga, la procesión vuelve a ponerse en marcha rezando en voz baja y entre el ruido de pies que se arrastran se oye el alma de la Catedral gemir alocada... El altar solitario, rodeado de cirios grandes y de golpes de plata repujada, espera al oficiante que haga ver sus encantos espirituales... Una Virgen sentada en un trono aguarda la oración del ministro del Señor, y la hostia está en la nada hasta que se pronuncie el conjuro... Los maceros, con peluca rubia y sayales de damasco avanzan sobre el altar, pasan las filas de sacerdotes vestidos de telas riquísimas, y por último asoma el obispo, que es el que lleva las reliquias... Al llegar al altar las músicas se callan, el que viste de morado musita algo ininteligible. Unas campanas suenan, las gentes se arrodillan, y entre el plomo y la seda del incienso se eleva una urna de cristal y cobre, que encierra una tibia negruzca y reseca. El reloj de la ciudad da las doce y los monstruos del coro sonríen siempre con una eterna expresión.

Amanecer castellano

No han roto las nieblas de la noche. Por el horizonte se va abriendo una ráfaga de luz blanca que llena de claridad sombría a los pardos terronales. Sobre las acequias hechas espejos de verde azul, se miran los álamos quietos y fríos.

Hay una paz armoniosa en todo el paisaje. Las sierras lejanas tienen suavidades moradas y negras, las tierras se ocultan entre las nubes bajas de la niebla, de los cielos sin color está cayendo una llovizna de rocío .

Va tomando un tinte rojo y rosado el abismo crepúsculo... Un pueblo deja ver su torre que mira sobre el rosa del fondo. El viento empieza a danzar en la llanura... Silba un tren muy lejano, y entre los barbechos largos, surge un arado clavado en la tierra y abandonado...

Monasterio

Fuera de la ciudad está el convento. Le sirve de pórtico la tristeza de un compás. Compás este como todos, lleno de malvarrosas, de jazmines blancos que no huelen por no pecar, de yedras aristocráticas. Lugar de meditación, de melancolía monjil. Una campana suena grave y chillona al mismo tiempo, anunciando al visitante.

De ahí se pasa al locutorio humilde como el cuarto de una muchacha pueblerina, con sus santos de barro, con sus cromos negros en que hay Vírgenes con sombra de bigote a causa de las tintas viejas, y que están roídos por la polilla. Las monjas examinan al viajero con gran curiosidad, le preguntan, le aconsejan, enseñan todas las reliquias que poseen, y ríen, ríen.

Dan dulces rellenos de cabello de ángel, y cuentan una escena de la vida interior... Los sábados por las noches se reúnen todas a la luz del único quinqué que poseen, y sentadas en el suelo sobre corchos, hilan sus vestidos en ruecas legendarias. Alguna cuenta algo y las demás escuchan santamente... Mientras, los miedos y la leyenda cruzan los claustros y los patios despertando a los ecos y azuzando al viento para que suene su fagot en fa profundo.

Campos

Es media tarde y el sol brilla con fuertes apasionamientos. Tarde de Julio llena de fortaleza y de trigos maduros... Por el amarillo rojizo de los trigales se ve correr la brisa suavemente..., alguna vez brilla una guadaña... En los ribazos verdes, hay amapolas, en las colinas con olmos hay ovejas. Hay algunos sembrados con avenas de plata. En el cielo anda casi invisible la luna en creciente... Por un monte se recorta la figura de un viejo pastor, y al religioso ambiente el sol va dando oros transparentes y llena de misticismo a las azuladas lejanías... Unos bueyes con los ojos dulcemente entornados caminan majestuosos al vaivén lánguido de la carreta. El aire estaba preñado de olores de trigo y de sol. Toda la maravilla de la tarde está en los fondos tornasolados. Alguna vez se descubre a lo lejos un torreón de piedra coronado de golondrinas que pían y pían, y pueblos sin color que surgen de pronto entre las colinas como cosa de encantamiento.

Medidodía de agosto

En el campo inmenso no se oye nada más que la chicharra que muere borracha de luz y de su canto.

Es mediodía. Se ve moverse el aire agitado de calor. Detrás de la inmensa ráfaga de fuego que cubre los campos, se distinguen las verdinegruras de las alamedas. El campo está desierto. Los labradores duermen en sus casas. Las acequias cuchichean misteriosas unas con otras. Las espigas de los trigales, agitadas por la brisa se frotan entre sí produciendo sonido de plata. Un campo de amapolas se está secando falto de agua. La gran sinfonía de la luz impide abrir los ojos.

Sonó la queda en el silencio de la paz campesina, cargada de volptuosidad... Era una interrogación de la carne...

Las mujeres del pueblo se bañan en el río. Chillan de placer al sentir el

frescor del agua lamiendo sus vientres y sus senos. Los mozos, como faunos, se esconden entre las malezas para verlas desnudas. La naturaleza tiene deseos de una cópula gigante. Las abejas zumban monótonas. Los mozos se revuelcan entre las flores y el saúco, al ver a una mozuela que sale desnuda, con los senos erguidos, y que se tuerce el pelo mientras las demás maliciosas le arrojan agua al vientre

. La codorniz canta en el trigal.

En las eras comienzan el trabajo. Hace aire. Los bieldos lanzan la paja a gran altura. El grano de oro cae en el suelo, la paja se la lleva el aire y después cae tapizando todas las cosas. Los mulos corren veloces por la era. El paisaje es borroso y sofocante, se borran los montes de los fondos entre mares de temblores blancos. Unos niños desnudos con carne de bronce se bañan en la acequia, y al salir de ella se revuelcan con placer en el polvo caliente de la carretera. Los carros llegan, cabeceando llenos de espigas... Huele a mies seca.

Una visita romántica

Santa María de las Huelgas

Y el encanto marfileño se abrió y la ensoñación sentimental estaba presente; parecía una cosa así como un cuento oriental... Allí estaban las monjas vestidas de blanco con los velos negros, las caritas sonrosadas y plácidas, rodeadas del elegantísimo turbante. Tenían por fondo una galería, y en ella un Cristo atormentado... Toda una aristocracia medieval está encerrada en los claustros antiguos y señoriales... Huele a limpieza de blanco paño y a suave humedad.

El patio solitario lleno de hierbas, con las ventanas entornadas, tiene bajo la tarde de Julio una rumorosa tranquilidad soleada. Bajo las dulces y azuladas labores góticas del claustro entierran a las monjas... En la sala capitular, que recuerda a la de Poblet, están los retratos de las abadesas antiguas, figuras esbeltas y aristocráticas, cuyas manos admirables de blancura y distinción sostienen los báculos, que son como inmensas flores de plata... Por las lejanías del claustro cruzan monjas presurosas, arrastrando las largas colas. Alguna vez relucen labores orientales por las galerías.

Comenzó la visita, y al conjuro de la música monjil surgió una época brumosa de España, época de leyendas y de hechos maravillosos desconocidos, guardada con fe y amor devoto por aquellas mujeres... surgió Alfonso VIII y San Fernando, y doña Berenguela y Sancho el Deseado..., y princesas y niños y caballeros, todos colocados en sencillos sepulcros arrimados a las paredes, y surgieron leyendas de monjas infantas que murieron en olor a santidad..., y apareció la batalla de las Navas y la cruz que llevaba el arzobispo don Rodrigo..., y llegamos al coro, donde está el corazón de la casa...

Es amplio y monumental..., allá en el fondo un calvario lleno de espanto cubre de piedad a las sombras... La esfuman las lejanías de las bóvedas con sus ventanales rasgados... En las paredes hay tapices en rosa y azul claro, que explican a los emperadores romanos .

Todo lo que dicen las monjas de los muertos que allí tienen lo pronuncian con una verdadera unción de agradecimiento. Parece que Alfonso el de las Navas es un santo para ellas..., y enseñan tristes el vacío sepulcro de Alfonso el Sabio, y se maravillan ingenuamente ante la tumba de la infanta Berenguela, que un día fatal para el convento se la encontraron sentada en una escalera del coro... La melancólica figura de la abadesa declamaba cariñosa y consejera los milagros que les había hecho la momia de la infanta medioeval... Pasamos por el patio románico color oro viejo con una fuente llena de arabescos de sol y flores sencillas..., y volvimos al gran coro, donde vimos vírgenes deliciosas con su candor casi monjil ..

Luego, una religiosa soltó su cola para parecer un pavo real, enorme como la "Manzana de anís" de Francis Jammes, y salí del convento cuando las campanas tocaban a la oración... Unas vacas de leche pasaron sonando sus esquilas... El agua de las acequias no se movía y de los trigales llegaba vaho saludable..., entonces entró en el corazón un aplanamiento devoto por la tarde.

Otro convento

Siempre me acerco a los conventos lleno de ilusión religiosa y de tristeza... En estas ciudades olvidadas son ellos la nota más fuerte de olvido. Seguramente todo el problema que late en estas grandes casonas es el olvidar...

En todos nosotros una ilusión constante es el buscar un algo espiritual o lleno de belleza para descargar nuestra alma de su dolor principal..., y corremos siempre animados con el deseo de esa imposible felicidad... Casi nunca lo conseguimos porque sólo es la forma lo que varía, la esencia es inmutable.

Las monjas en su debilidad infantil, se encerraron en el convento tapiándose el camino del olvidar... Lo que quieren olvidar, lo convierten en presente de su alma.

Por los ámbitos de la iglesia palpita un gran fracaso sentimental... El corazón impera sobre todas las cosas.

Las fuentes cristalinas de unos labios lejanos manan muchas veces en las imaginaciones castas de las monjas... Al entrar en la iglesia las religiosas que rezan tranquilas, huyen como palomas asustadas por el coro para contemplarme. ¡Qué tristeza! Las tocas se ven como esfumaciones blancas y el coro achatado parece que se quiere hundir... Alguna tose... En las paredes hay grandes cuadros que no se sabe de quién son, tienen vírgenes morenas muy hermosas con aires de Rubens, y fondos cálidos de nubes anaranjadas... En los altares hay flores monjiles de color

rabioso, y en todo el ambiente flota un sensual y religioso perfume de celindas ... .

Luego, pasando por unos corredores donde hay un vía crucis y urnas relucientes, se llega al locutorio... En él son las monjas como caras sin cuerpos que hablan castamente con voces de olor intenso y diluido .

La reja del locutorio tiene fuertes pinchos de hierro que quisieran saltar nuestros ojos... Se nombran las monjas las unas a las otras... La madre Amor..., la madre Corazón

Sobre un bargueño hay una maceta de claveles rojos...; más allá una jaula con un canario.

Crepúsculo

La luz va dejando que se abran las cosas al color admirable del momento... El campo que antes había resistido toda la fuerza sin igual del mediodía de Junio, va reposando sus matices delicados y enseñándolos melódicamente, apianadamente. Las montañas ya se ven azules por su falda, por las cimas rocosas aún están blanquecinas... Va modulando la luz tonos con espíritu de piedra preciosa, hasta llegar a una expresión fantástica rosa y fuego, que poco a poco va tornándose en polvo amarillo de suavidades topacio. No hay más verde que las alamedas y los labios de las acequias... El sol solemne y bueno, recortado en el azul del cielo, se hunde vagamente en un terso ombligo del monstruoso vientre serrano.

Hay temblores augustos en el aire..., después una dulce luz lo invade todo... Por los ribazos vienen las espigadoras cantando alegremente... Suena el ángelus tocado por las campanas cascadas y viejas de la ermita... Empiezan a brillar las estrellas. Entre los encinares toscos pasa el crescendo acerado de un tren... Se oyen ladrar los perros y el chocar de ruedas de las carretas que pasan a lo lejos . La noche.

Tarde dominguera en un pueblo grande

En las primeras horas mucho silencio y quietud, una paz inefable..., sólo se oían chirriar a los pájaros sobre las acacias o alguna carreta que pasaba por la calle desierta... Luego, cuando el sol se quería hundir en el fondo del paisaje se fueron las puertas abriendo y se asomaron a ellas muchachas con flores en las cabelleras y empolvadas graciosamente....,

Por una calleja salieron unos niños con sus trajes nuevecitos, que ellos por no estropear ni siquiera movían los brazos, por el centro de la calle iban las niñas paseando, cogiditas del brazo con los pañuelos en la mano... En el paseo del pueblo había gran animación. Bajo los altos álamos se retenía el polvo que levantaban los paseantes... Las muchachas negruzcas, coloradotas, fresconazas, se pavoneaban ufanas de sus blusas de sedas chillonas, de sus cadenas de oro falso, de sus senos enormes y temblorosos. Los muchachos las seguían con miradas incitantes

entornando los ojos y echándose los sombreros sobre las caras.

Eran las muchachas ramplonas y hermosotas, de labios frescos y sensuales, de cabelleras negras y espléndidas... Los caños de la fuente hacían hervir al agua parada y mansa de las tazas. En los cielos comenzaban los albores divinos del crepúsculo. Sobre las nubes había suavidades de rosas transparentes... En un esquinazo del paseo, entre rosales blancos y grandes matas de dompedros, unos novios se hablaban juntando las cabezas con ansia visible de besarse... Algunas mozuelas los miraban envidiosas de reojo... ¡Bien merecía la tarde cargada de lujurias celestes, un beso apasionado de aquellos amantes!... En un banco de piedra gris con brillos de espejo, una vieja apergaminada y roñosa entretenía a un bebé rubio que manoteaba ansiosamente queriendo cortar una rosa que temblaba serena entre el ramaje... Más allá un grupo de niñas se abrazaron por la cintura y cantaron desafinadamente un viejo romance de guerra y amor... Había un gran mareo de conversaciones que flotaba zumbón en el aire... Entonces desde un viejo kiosco de maderas carcomidas la banda de música comenzó a tocar... Eran raros y graciosos los músicos: uno de ellos no tenía uniforme, los demás lo tenían en estado lamentable... Una habanera de zarzuela española vibró en el ambiente... Era cursi y melancólica, y sentimental, y odiosa... Pasan por nuestra alma muchas melodías que nos hieren la emoción con estos contrastes... La tuba y los bombardinos llevaban el ritmo lánguido y casi oriental... A veces había en el sonido de dichos instrumentos fracasos de aire y de técnica... El clarinete daba horrorosamente carcajadas expresivas remontando los aires con notas estrambóticas y difíciles... ¡Trabajaban verdaderamente los pobres músicos! Alguno sudaba fatigadísimo... Sólo el redoblante serio y grave daba de cuando en cuando un golpe seco en su instrumento..., y miraba al público como muy satisfecho de lo que hacía... El Director, hombre maduro con los bigotes tiesos y de vientre abultado, dirigía muy expresivo moviendo los brazos al compás de la habanera, dirigiéndose imperativamente al del timbal cuando tenía que dar algún golpe de efecto, arqueando las cejas pobladas, y hundiendo los ojos en blanco cuando modulaba la melodía al tono menor para repetir el tema... Cerca del maestro estaba el que tocaba la flauta, que era un hombre bajito excesivamente grueso, y de mirada viva y penetrante... Soplaba con gran brío y abría desmesuradamente los ojos... Hizo solo unos compases largos y arrastrados, a los que el maestro entornó los ojos con inmenso agrado y que la gente escuchó religiosamente... Un vejete sucio y harapiento que había cerca de mí exclamó mirándome: "Ese es el mejor músico de tos...; le viene por herencia, lo tiene en la masa de la sangre, ¿no se ha fijao usted?"... Me fijé en el pobre músico, y era causa de gran regocijo ver aquella bola de carne con ojos de ratón que movía con placer, y causaba gran extrañeza ver la flauta en sus manos. El instrumento galante y distinguido, ese tubo aristocrático y literario, hermano de la lira y la siringa, cuyo prestigio confirmó el siglo del encaje

y del clavicordio estaba sostenido por unas manazas de piedra cubiertas de vello y arrugas que herían torpemente los registros . .La habanera no acababa nunca...., Las niñas la cantaban con una letra en que el sol, el lirio y la palma, rubia, salían a relucir...; los muchachos la silbaban con fuerza. .

Sentado en una silla y con las manos en los bolsillos, un pollo bien que desentonaba con el conjunto, contemplaba a la gente con gesto de idiotez y superioridad... Algunas muchachas se reían de verlo con los pelos laminados y una trincha apretándole la cintura...

Iba la tarde cayendo, paró la banda de tocar y el paseo se fue quedando desierto .

Comenzó la campana de la iglesia a llamar al rosario .

Tocó la banda otras cosas más, y la gente se fue retirando a sus casas... Las veletas estaban rojas por la luz del atardecer, lo demás estaba ya en sombra…

Empezaron a entrar en el pueblo los trabajadores, venían cansados y harapientos, andando pausadamente con las azadas al hombro y las cabezas bajas... Detrás de ellos llegaron los rebaños dulces y reposados, dejando estelas polvorientas al son de las esquilas..., y llegaron las piaras de mulas retozonas haciendo correr asustadas a las niñas, y los potrillos suaves y lanudos, que relinchaban presintiendo la cálida gratitud del establo... Todo el aire se llenó de esquilas y cencerros broncos de balidos y relinchos... Y por último, entraron en el pueblo los cerdos, dando feroces gruñidos y corriendo a sus casas seguidos de sus dueñas, que van detrás de ellos con un cuartillo relleno de habas o de maíz para fascinarlos y meterlos en las zahurdas... Otra vez quedó el pueblo en silencio... Por el paseo solitario cruzó el señor cura, que iba a los rezos de la tarde. Un niño pasó silbando con una alcuza en la mano.

Sobre unos tapiales blanquísimos con reflejo de crepúsculo muerto, se recortan los negros garabatos retorcidos de dos viejas que van devotamente a rezar el rosario..., y que al fin se hunden en la boca profunda de la puerta de la iglesia... En las casas preparan las cenas... Por una calle que da a los campos vienen lentamente dos vacas grandes, rubias y simpáticas, arrastrando sus tetas por el camino... Detrás dos niños las azuzan con varas. .Luego se oye una guitarra y un piano viejo de la casa de un rico que dice a Czerny monótonamente.

Iglesia abandonada

En los arrabales de la ciudad muerta se levanta la iglesia que hace tiempo no recibió las dulces caricias del órgano y del incienso... Está ruinosa y el culto en ella es imposible... Las fiestas solemnes en que el palio se mecía entre nubes olorosas, y las casullas ricas brillaban en las sombras, se fueron de la iglesia. Hoy tan sólo la habitan unos cuantos santos desdichados y malaventurados, que dejaron allí por

inservibles... En el retablo del altar mayor sólo queda una escultura de San Marcos, que tiene al toro sin cuernos... Es la iglesia fría, y espantosa por los santos sucios y despintados con caras sarcásticas... Es tremendo estos templos llenos de figuras tristes e inexpresivas, retrepadas en las paredes, con carnes acardenaladas y podridas y con bocas que tienen gestos de inferioridad .

Lo único que hay bello en la iglesia es un medallón olvidado, en que una Virgen griega bendice con la mano rota, mientras enseña al Niño que la mira amorosamente.

Es hermoso el medallón... Tiene el alabastro matices de oros perdidos... Rodeando el edificio hay entre las hierbas crecidas, higueras, malvas silvestres y rosales antiguos de pitiminí... En una puerta están las guardianas de la iglesia, que son dos mujeres sucias con los ojos legañosos, que tienen aire misterioso de sibylas.

Pausa

Bajo el árbol del romanticismo, la flor preciosa de nuestro corazón se abrirá hacia una infinita tranquilidad después de la muerte... El silencio no puede darnos nunca las llaves del inmenso sendero... En la tonalidad desfallecida de una orquesta muriente quizá nuestro corazón aprenderá a sufrir con elegancia su calvario desconocido.

El silencio tiene su música, pero el sonido tiene la esencia de la música del silencio... El pavoroso problema lo tiene que resolver el corazón... Ante la espléndida visión de los campos desiertos y sonoros el alma adivina algo de su soledad. Por el camino rojo de la imaginación pasan las mujeres con las cabelleras en desorden. Nos sonríen, son nuestras en sus bocas, escanciamos nuestras almas y sonreímos con la tranquilidad inquietante del soñar.

Serán nuestras, pero nosotros seremos después piedras, y flores, y nuestro pensamiento... ¡Ah nuestro pensamiento!... Toda el alma quiere extenderse por los campos y posarse en los pinares lejanos entre el terciopelo negro de sus músicas... Pasa a lo lejos un rebaño con las esquilas cansadas, y un viejo de ojos hundidos. En el cielo hay nubes como bloques inmensos de mármoles extraños..., y la imaginación loca nos abre un camino de dolores amables .

La luna sale majestuosa entre montes. ¡Salud, compañera del viajero enamorado y sensual. Salud, vieja amiga y consoladora de los tristes. Auxilio de los poetas. Refugio de pasionales. Rosa perversa y casta. Arca de sensualidad y de misticismo. Artista infinita del tono menor. Salud, sereno faro de amor y llanto! ¡Ah los campos! Cómo renacen a otro mundo con la luna...

El silencio sólo está en el pensamiento doloroso y en la muerte... El tremendo camino se abre ante nosotros y por fuerza hemos de pasar por él...

Un hospicio de Galicia

Es el otoño gallego, y la lluvia cae silenciosa y lenta sobre el verde dulce de la tierra. A veces entre las nubes vagas y soñolientas se ven los montes llenos de pinares. La ciudad está callada. Frente a una iglesia de piedra negriverdosa, donde los jaramagos quieren prender sus florones, está el hospicio humilde y pobre... Da impresión de abandono el portalón húmedo que tiene... Ya dentro, se huele a comida mal condimentada y pobreza extrema. El patio es románico... En el centro de él juegan los asilados, niños raquíticos y enclenques, de ojos borrosos y pelos tiesos. Muchos son rubitos, pero el tinte de la enfermedad les fue dando tonalidades raras en las cabezas... Pálidos, con los pechos hundidos, con los labios marchitos, con las manos huesudas pasean o juegan unos con otros en medio de la llovizna eterna de Galicia... Algunos, más enfermos, no juegan y sentados en recachas están inmóviles, con los ojos quietos y las cabecitas amagadas. Otro hay cojito, que se empeña en dar saltos sobre unos pedruscos del suelo... Las monjas van y vienen presurosas al son de los rosarios. Hay un rosal mustio en un rincón.

Todas las caras son dolorosamente tristes...; se diría que tienen presentimientos de muerte cercana... Esta puerta achatada y enorme de la entrada, ha visto pasar interminables procesiones de espectros humanos que pasando con inquietud han dejado allí a los niños abandonados... Me dio gran compasión esta puerta por donde han pasado tantos infelices..., y es preciso que sepa la misión que tiene y quiere morirse de pena, porque está carcomida, sucia, desvencijada... Quizá algún día, teniendo lástima de los niños hambrientos y de las graves injusticias sociales, se derrumbe con fuerza sobre alguna comisión de beneficencia municipal donde abundan tanto los bandidos de levita y aplastándolos haga una hermosa tortilla de las que tanta falta hacen en España... Es horrible un hospicio con aires de deshabitado, y con esta infancia raquítica y dolorosa. Pone en el corazón un deseo inmenso de llorar y un ansia formidable de igualdad...

Por una galería blanca y seguido de monjas avanza un señor muy bien vestido, mirando a derecha e izquierda con indiferencia... Los niños se descubren respetuosos y llenos de miedo. Es el visitador... Una campana suena... La puerta se abre chillando estrepitosamente, llena de coraje... Al cerrarse, suena lentamente como si llorara... No cesa de llover...

Romanza de Mendelssohn

Quieto está el puerto. Sobre la miel azul del mar las barcas cabecean soñolientas. A lo lejos se ven las torres de la ciudad y las pendientes rocosas del monte... Es la hora crepuscular y empiezan a encenderse las luces de los barcos y de las casas... Se ve el caserío invertido en las aguas en medio de los ziszás dorados y temblorosos de los reflejos. Hay un agradable y suave color de luna sobre las

aguas... Se queda el muelle desierto y silencioso..., sólo pasan dos hombrotes vestidos de azul que hablan acaloradamente... De un piano lejano llegó la romanza sin palabras... Romanza maravillosa llena del espíritu romántico del 1830... Empezó lentamente con aire rubato delicioso y entró después con un canto rebosante de apasionamientos. A veces la melodía se callaba mientras los graves daban unos acordes suaves y solemnes... Llegaba sobre el puerto la música envolviéndolo todo en una fascinación de sonido sentimental. Las olas encajonadas caían lamiendo voluptuosamente las gradas del embarcadero... Seguía el piano la romanza cuando se hizo de noche. Sobre las aguas verdes y plomizas pasó una barca blanca como un fantasma al compás lento de los remos.

Calles de ciudad antigua

Las calles sucias con yerbas secas, casas desconchadas, gárgolas arrancadas, santos sin cabeza y hechos un montón de piedras. Hay portadas con columnas repujadas, con medallones carcomidos, con guirnaldas romanas... En una calle oscura hay un pilar que bucea entre flores de color pálido.

En otra hay soportales achatados con arcos desvencijados donde hay mujeres tristes y herrerías húmedas... Muchos balcones se derrumban de margaritas y geranios que son luces cegadoras con el sol potente del verano... Conchas en las fachadas... Palacios pequeños sin ventanas con llamadores de lunas.

Casas blancas sin cristales en los balcones. Iglesias ornamentadas espléndidamente con blandones severos de piedra dorada, con guirnaldas de calaveras recortando los altares, con portadas suntuosas y complicadas en las que hay hombres robustos luchando con toros alados, canastos de hojas raras por las que asoman mancebos con las caras de entrecejo fruncido, con capiteles dorados que tienen hombres y animales naciendo entre acantos. Paramentos desbordantes de adornos de donde surgen niños con lenguas de serpiente dándose las manos deformes, matronas desarrolladas y lujuriosas que sostienen entre sus brazos musculosos columnas llenas de lemas latinos y fechas memorables, bayaderas de gestos incitantes, cimeras frías y burlonas, angelotes voladores sobre grifos y cariátides, rostros tristes con los ojos cerrados...

Al pasar por las plazas desiertas y melancólicas... llegan rumores de escuela... En una, los niños dicen con sonsonete: "... los santos padres que estaban esperando el santo advenimiento....."..

Al final de las calles vibran los campos bajo el sol terrible del mediodía veraniego.

El Duero

Pasa el río por Zamora, verde y manso. La enorme calva bizantina del

cimborrio se mira en las aguas profundas... Pasan lentas las barcas sobre las ondas.

A lo lejos, entre las pardas modulaciones del terreno, asoman los montes pobres de color... Las iglesitas románicas descienden por las callejas hasta el río... Éste va lentamente arrastrando su gran prestigio de evocaciones históricas al sonido grave y suave que produce...

Terminó la antigua historia romántica del río... No queda nada de lo que antes viera el agua... La historia está quieta... Pero todavía el viejo y solemne Duero sueña y ve combatiendo borrosamente a las grandes figuras de su romance.

Envio

A mi querido maestro D. Martín Domínguez Berrueta y a mis queridos compañeros Paquito López Rodríguez, Luis Mariscal,Ricardo Gómez Ortega, Miguel Martínez Carlón y Rafael Martínez Ibáñez, que me acompañaron en mis viajes.

LA BALADA DE CAPERUCITA

I

En la tarde abrumada de luz fascinadora Caperucita roja se ha perdido en el bosque.

La sombra taladrada de estrellas se aposenta sobre el césped ingenuo. En el vago horizonte, desmayándose humildes sobre la azul montaña, quedan trozos del día que el cielo sacudióse.

Por los caminos mansos que la tarde ha nevado, cantando a sus hogares van los trabajadores.

Caperucita roja, llorosa y asustada, marcha junto al arroyo y en el agua que corre la luz de sus miradas pone un temblor de luna que hace abrir sus corolas a las dormidas flores.

Un grupo de amapolas dice a la dulce niña:

«Caperucita roja perdida por el bosque, ¿quieres que te enseñemos a ser como nosotras?

Si nos das tu mirada que ilumina la noche pondremos en tu cuello rayos de sol cuajados y en tu cuerpo esmeraldas de nuestros corazones. Te enseñaremos gratos danzares con el viento.

Es el viento muy bueno. ¡Ay!, tú no le conoces. Nosotras no tenemos perfume y él nos trae los perfumes divinos que exhalan otras flores. Si tú vieras qué cuentos tan bonitos nos dice.

Sabe todas las cosas de la yerba y los robles, y mira que los robles no cuentan nada a nadie.

Son hoscos y terribles. Nos asustan sus voces. Plántate junto al agua, que nosotras haremos de la Caperucita perdida por el bosque una amapola inmensa como nunca ha existido, si nos das tu mirada que ilumina la noche».

La pobre niña queda toda sobrecogida ante las amapolas y murmura: «¡Oh flores!, ¿por qué queréis que sea como una de vosotras si sois las prisioneras más humildes del bosque? ¿Por qué me seducís con las danzas del viento si el viento es una mano que troncha vuestros goces? Dejadme que me vaya».

Las amapolas gritan:

«El viento no nos troncha, es la muerte».

«Entonces (dice Caperucita)...el viento trae la Muerte. Y temo que ese viento terrible me deshoje.»

Los musgos entre sombra han dicho muy bajito:

«Caperucita roja perdida por el bosque, si nos das tu mirada de luz desconocida te daremos un manto de tenues resplandores bordado con los hilos de plata que poseen las arañas astutas, los tardos caracoles».

«Ven pronto a nuestros brazos y danos tu mirada», gritan las yedras.

«Toma nuestro ritmo sin nombre, ¡Caperucita!, ¡niña!, entréganos tus ojos», braman en la penumbra los corpulentos robles.

«¿Para qué los queréis si son muy pequeñitos, y yo me quedo ciega por siempre si los doy? No veré nunca más a mi abuela y su gato. ¡Oh!, ¿qué tienen mis ojos para que así os arroben? Decidme qué sendero conduce a mi casita. Mirad que viene el lobo y seguro me come. O viene el Tío Camuña o los butes tan malos.»

Todas las hojas tiemblan y gritan en la noche: «Danos tus ojos bellos, danos tus ojos bellos, Caperucita roja perdida por el bosque».

Los ojos de la niña tienen fulgor extraño con matices de lunas y acento de mil soles. Las mariposas vuelan fascinadas y locas sobre su cabecita toda dorada y noble. Un trémolo azul de alas sigue a Caperucita que se diría una colmena de ilusiones que en vez de abejas rubias tuviera mariposas, libando de las hebras del pelo sus dulzores.

«Queremos abrasarnos en la luz de tus ojos, Caperucita roja perdida por el bosque. Queremos en las luces divinas que ellos tienen esfumarnos las alas, fundirnos los colores. Queremos ser tu vida y volar en tus besos. Aspiramos al reino de tu inocencia pobre.»

«Retiraos de mis ojos. No veo, mariposas.»

Y mil bocas de hojas murmuran en la noche: «Danos tus ojos bellos. Danos tus ojos bellos, Caperucita roja perdida por el bosque».

Todos los animales de la selva dormían. Sólo las mariposas, las yerbas y las flores persiguen a la niña pidiéndole los ojos. Caperucita llega junto al agua que corre y el agua del arroyo susurra blandamente:

«Caperucita, vente conmigo sin temores».

«¿Tú no quieres mis ojos?», suspira la perdida.

«Los llevo ya en mis ondas claras sin que lo notes.»

«¿Para qué los querrán, agua mansa y amiga?»

«Para saber tu cuento dulce que nunca oyen, para tener secretos de inocencia serena y entender lo que dicen profetas ruiseñores. Porque tienes el alma más perfecta que existe.

La planta como el hombre tiene malas pasiones y maldades y vicios. En la naturaleza sólo eres tú sin mancha. Yo desciendo por montes y he sido muchas

veces perversa sin saberlo destruyendo sembrados y ahogando a los pastores. Y es que en mí se había de cumplir la sentencia de que todo lo vivo tiene malas pasiones.»

«¿Seré también yo mala cuando llegue a mujer?»

«Tú serás siempre niña perdida por el bosque. Yo voy hacia la muerte pues soy un agua vieja.

Caperucita, vente conmigo sin temores. Te llevaré a la gloria para que veas los santos.»

«¿Agua abuelita, allí se vive y no se come? ¿Me pedirán los ojos allí como en la selva?»

«Te pedirán el alma»

«¿Qué es el alma?»

«Unas flores que tienes escondidas debajo de la carne.»

«¿Son bonitas, abuela?»

«Son auroras sin noches.»

«Agua, me voy contigo para ver a los santos.»

«Los verás cuando hayamos pasado el horizonte.»

Y en el agua se marcha Caperucita roja, en un lecho de espumas, de lirios y canciones, dejando todo el bosque manchado de miradas como gotas de luna o de estrellas sin nombre.

Llévame con el agua, Caperucita dulce, arráncame del pecho la flor de mis pasiones. Hazme que viva el cuento de tu vieja casita. Desde niño me encanta tu aventura del bosque. Búscame las perdidas botas de siete leguas para escapar del reino trágico de los hombres y aguárdame sentada en la gloria del cuento junto con Pulgarcito y Cenicienta. Y gocen mis ojos contemplando tus ojos candorosos que no tuvieron nunca enfermedad de amores. Llévame con el agua, Caperucita dulce, arráncame del alma la flor de las pasiones.

II

Caperucita duerme sobre el lecho del agua.

Es el amanecer de un día de verano.

El arroyo riente traspasa el horizonte y se para en el cielo donde forma un remanso.

La niña se despierta, y admira la extensión azulada que pisa. En el celeste campo hay trigales de estrellas, arroyos de luceros, montañas de diamantes y fuentes de topacios.

Por las sendas formadas con rayos de la luna los ángeles conducen las almas en rebaños. Patriarcas pastores con sus bueyes de niebla labran el campo azul con inmensos arados.

La niña va perdida como en el bosque oscuro en busca de la cara de Dios, y

andando, andando, se encuentra con un viejo dormido que tenía unas llaves de plata en sus pálidas manos.

«Viejecito, decidme dónde vive la Virgen, porque dentro del pecho tengo un precioso ramo de flores que ofrecerle. ¿Es la Virgen tan rubia como dice mi abuela?» San Pedro ha despertado.

Y aún mojado de sueño dice inconscientemente:

«¿Quién eres, alma? ¿Vienes exenta de pecados? En la casa de Dios no cabe lo imperfecto. O vete al Purgatorio a vivir por si acaso te queda sin saberlo un resto de maldades».

«Yo soy Caperucita y el agua me ha empujado hasta aquí. Soy la niña de un cuento.

[¿No lo sabes? Vivo en un tronco viejo, junto a un arroyo manso.] Y siempre he sido buena; no he matado hormigas ni he roto mis juguetes. Hace ya muchos años unos hombres que tienen melenas, los poetas les dicen, me perdieron en un bosque ignorado.»

«Mala yerba son esos poetas, hija mía.

Fascinan a los hombres con sus perversos cantos y juegan con estrellas, encendiendo pasiones en los pechos que estaban puros e inmaculados. El Señor se disgusta muchas veces con ellos pues dicen que no existe o que es infame y malo. Que más quisieran ellos tener su poderío o una silla tan sólo de su espléndido estrado. Y es demasiado bueno. Yo le aconsejé un día que rompiera la cuerda de la vida. Mas Pablo mi amigo pronuncióle discursos y sentencias, diciéndole que obrara en el modo contrarío. Y mi iglesia peligra por ellos. Esto mismo opina un tal Platón con quien de esto he tratado. No te dejo pasar pues eres la poesía y no quiero que alteres a los dormidos santos.

«El Señor me regaña.»

«¡Viejecito, dejadme!», gime Caperucita. «¿No os conmueve mi llanto? Decidle a Dios que tengo flores dentro del pecho. Además sé rezar.» San Pedro se ha quedado soñoliento. En el fondo suave del espacio bandadas de querubes semejan tenues hojas de rosas que se fueran en azul deshojando.

Ante Pedro dormido ora triste la niña cuando por la pradera viene un hombre cantando. Lleva rosas campestres en su frente arrugada y tremolar de estrellas en los pliegues del manto.

Su voz dice el conjunto divino de la vida y el amor uno y solo. San Pedro le ha gritado:

«¡Oh, Francisco de Asís, siempre inquieto y vibrante! ¿Por qué sin decir nada del cielo te has fugado? ¿Es que ya tu trompeta no suena?».

San Francisco enseña entre sus dedos un nido de gusanos.

«Fui a coger el alma de este nido que ha muerto. Los animales tienen sus almas. Los gusanos la tienen más perfecta puesto que sufren mucho.»

San Pedro dice: «Esta niña roja ha llegado pretendiendo escalar la casa de la Virgen».

(San Francisco acaricia a la niña y sus manos dejan en su vestido violetas olorosas.)

«Entrarás en la gloría. Tú verás a los santos y Vicente de Paúl te dará caramelos si despierto se encuentra cuando los dos llegamos.

Además San Antonio es muy amigo mío. Te enseñará a su niño. Y quizá te dé un nardo de su vara florida. Caperucita, vamos a entrar que ya San Pedro se ha quedado dormido.

¡Mírale cómo ronca! La gloria es un palacio que tiene unos salones preciosos.

¡Ya verás cuánta gente tan buena! Todo está relumbrando.»

San Francisco descorre cortinas de silencio y con la niña pasa por salones de mármol que tienen frisos negros de noches ya pasadas, columnatas de nubes veteadas por rayos y techumbres formadas con nácares del viento, con oros de las tardes y con iris trenzados. Por anchas avenidas que se pierden en brumas hay una multitud que entona dulces cantos. Los obispos severos con las capas pluviales tienen sobre las mitras pedrerías de salmos. Hay un brillar inmenso de casullas y joyas entre la podredumbre de grasientos harapos: a báculo de plata, bordón de peregrino, a copa cincelada, la concha del ermitaño. Todos los justos tienen unas alas de pluma y en las frentes la gracia luminosa de un halo. Tocando en sus trompetas triunfales melodías, los ángeles recorren las estancias volando. San Francisco y la niña llegan a un nicho rosa donde un hombre desnudo y seco está sentado.

A través de su piel amarilla los huesos se dibujan con fuerza. Mas sus ojos son claros y dulces. En su frente hay un lema que dice:

«¡Dios lo trajo a su seno; por desprecios fue santo!».

«¿Quién es?» dice la niña. Y San Francisco exclama: «San Perico Palotes el siempre despreciado».

«¿Me quieres dar un beso, Perico?»

«Vente, hija, no distraigas al justo que en Dios está pensando.»

«¿Y la Virgen, Francisco?, ¿cuándo veré a la Virgen?

¿Estará con el niño Jesús en el establo? ¿O tendiendo pañales en el verde romero?»

«La Virgen tiene ya un trono en el palacio. Y está tan viejecita que apenas si sostiene con sus manos temblonas el pesado incensario.»

«¿La Virgen será rubia, verdad, Francisco bueno?»

«Hija mía, la Virgen tiene el cabello blanco.» «¿Por qué, si aquí en la gloria nadie se pone viejo?»

«La dejaron así sus dolores humanos.»

«¿Quién es este que llega envuelto en llamaradas?»
«¡San Agustín!»
«¡Es feo, Francisco!»
«Pero es santo que mantiene la casta disciplina del cielo.»
«¿Por qué no te saluda?»
«Porque es un hombre huraño a fuer de buen filósofo y de buen polemista. El filósofo es hombre que nunca habla. Es raro. Son amigos de Dios.»
«Y, ¿qué es filosofía?»
«Una ciencia que quiere descubrir lo ignorado.
Y ya ves: Agustín conociendo ya todo me parece que busca un Todo más lejano sin saber que el Amor es la sola verdad.»
«¿Quién es aquel que lleva todo el cuerpo llagado?»
«Es Job y de sus llagas brotan rosas de vida.»
«¿Y aquel otro que tiene una estrella en sus labios?»
«Es José el carpintero y esa estrella que lleva es la misma que un día alumbrara a los Magos.»
«¡Yo quiero esa ovejita que bala, San Francisco!»
«Es de Inés, la doncella de los bucles dorados. Y como se alimenta con almas marchitadas tú no podrías darle las yerbas de tu prado.»
La niña y el de Asís se pierden por las nieblas en busca de un retiro para seguir hablando.
Los justos se van yendo a dormir a sus nichos.
Por un fondo de gris va Agustín solitario.

III

Todo se convierte en espuma y aroma.
Una gran quietud se extiende en el cielo.
San Francisco llega con Caperucita a la verde orilla de un lago sereno. Con luceros rotos y puntas de estrella juegan a las bolas tres ángeles viejos. Un cíclope enorme sentado en la yerba enseña en la frente su gran ojo abierto.
La niña se esconde detrás de Francisco y grita:
«El diablo».
Francisco riendo le dice: «El demonio no está con los santos (aunque yo una vez le enseñé los cielos)».
«¿Tú ves ese negro gigante? ¡Qué susto!»
«Él es el bufón del Señor. En un tiempo anduvo en la tierra matando a las gentes, mas fue perdonado.»
«¿No hace daño?»
«Es bueno.
Ahora cuenta historias a nuestro Señor que lo trajo aquí tan sólo por eso...»

«¡Cómo anda tan triste! ¿Y cómo se llama?

¿Coco o Bute?, ¿cómo?»

«Hija, Polifemo. Por cierto que nunca pude conseguir del Señor la gracia de que entrara Homero su padre en la gloria...¡Vamos al desván!»

Francisco y la niña toman un sendero guardado por chopos gigantes de niebla entre cuyas ramas anidan los ecos.

«¿Te quieres quedar en la gloria conmigo?» Dice San Francisco, y la niña: «Sí, quiero. ¿No tendré muñecas?».

«Tendrás angelitos.»

«Se escapan.»

«Las alas ya les cortaremos.»

«¿Jugaré también con el niño Jesús?» El santo poeta se queda en silencio.

«¿Por qué lloras, dime?», suspira la niña.

«¡Es que ha tropezado en mis ojos un Eco! Y se me saltaron las lágrimas, hija.

¿Ves aquellas puertas de cobre?»

«Las veo.»

«Por allí cayeron los ángeles malos.

¡Aquellas dos puertas son las del infierno!» ç

«¿Quién es aquel hombre que hay junto a una de ellas?»

«Es Santo Tomás que anda discutiendo por una mirilla con los condenados. Y ayer arrancóle una oreja a Lutero que está hecho carbón.»

-«¡Vamonos, Francisco!»

Una virgen cruza cantando el sendero.

Lleva en una luna sus ojos azules y deja un aroma tranquilo de incienso.

«Con esa doncella que es Santa Lucía jugarás también.»

«¿Me contará cuentos?»

«Te dará sus ojos para que los ruedes.»

«Yo me sacaré una flor del pecho para regalársela, ¿verdad, Francisco?»

«¡Mira ya llegamos al desván del cielo!»

El Santo y la niña penetran callados en la claridad de un salón inmenso, todo abarrotado de santos dormidos, momias herrumbrosas de ojos soñolientos.

A un monje le nacen musgos en la barba.

Las yedras oprimen a un santo guerrero y las lagartijas corren sobre el báculo de uno que bendice con mano sin dedos.

Las arañas tienden sus hilos de luna entre las cabezas dormidas y el techo.

Un ángel anciano con las alas rotas toca una trompeta sentado en el suelo.

La niña del rojo capuchón pregunta:

«¿Por qué están tan sucios? ¿Por qué son tan feos?».

«Éstos son los santos antiguos tan raros que la humanidad no se acuerda de

ellos. No les rezan nunca y Dios les concede este gran retiro donde están durmiendo.

Aquel de la boca sin dientes fue grande. Vivió como justo, murió en el tormento, mas nadie se acuerda de su santidad. Es San Policarpo de Smirna. Su sueño es dulce y tranquilo.»

«Vámonos Francisco. Un Santo me mira. Tengo mucho miedo. Llévame muy pronto a casa mi abuelita.»

«¡No temas, no temas, que estás en el cielo!»

Salen y se encuentran con San Apapucio, un obispo gordo que viene comiendo el tocino clásico de aquellas campiñas, lleno de manchas, y les dice:

«Os advierto que no paséis cerca de las puertas tristes pues hay marejada dentro del infierno. Luzbel descuidóse y ha dejado abierta la cueva terrible de los pensamientos, cueva donde estaban penando los hombres que pensado habían contra el Señor nuestro. Y estos condenados se metieron todos en la gran caldera de Pedro Botero.

Ya sabes, Francisco, que esa gran caldera es la más temible de todo el infierno».

El gran Santo dice: «Sólo con amor cesarán las luchas entre los espectros».

«Yo creo, Francisco, que para acabarlas tan sólo hace falta ¡fuego!, ¡fuego y fuego!» Dice estas palabras muy enfurecido. Y San Apapucio toma otro sendero.

Caperuza roja dice: «¿Dónde vamos?».

Y el de Asís responde: «Vamos al museo».

IV

«Quiero ver a la Virgen, Francisco.

¡Quiero verla!»

«Veremos el museo c iremos a buscarla.»

«Ella estará vestida de seda, ¿verdad? ¿Tiene un manto largo y fino con estrellas de plata? ¡Si mi abuela supiera que estoy contigo!» El santo va silencioso...

Llegan a una puerta de nácar.

Sobre el muro de nubes hay un friso de rosas, las madres del rocío que tiene la mañana.

«Abrid deprisa», grita San Francisco.

La puerta gira y entran radiantes.

Un ángel con espada pregunta bruscamente: «¿No tienen contraseña?».

Y Francisco solemne responde: «Ve mis llagas». «¡Pasa, capitán santo!»

«¿Mas, el Señor no quiere que entren en este sitio todos?»

«¿Ves esta sala? Pues aquí están atados los dioses que existieron antiguamente. ¡Cientos de cientos!»

«¡Cuánta estatua! Dime, Francisco bueno, ¿están vivas?»

«Algunas tienen culto en la tierra y aún conservan la llama del espíritu! Mira cómo mueven las Venus sus ojos.»

«Y aquel niño, Francisco, grita y salta. ¿Quién es? ¡Ay, qué bonito! ¿Por qué tiene una venda en los ojos?»

«Hijita, es el Amor, e intacta tiene la brasa viva con que nació. Quisieron cargarlo de cadenas por ver si se apagaba. Pero todas las noches suben desde la Tierra miles de lucecitas que la avivan y agrandan.

¡No han podido matarlo!»

«¡Desátalo, Francisco! ¡Quítale las cadenas que me da mucha lástima! ¡Mírale cómo tiembla, parece un pajarito, con el cuerpo dorado y las alitas blancas!

¡Ay siquiera las manos!»

«¿Le quitasteis las flechas?», grita Francisco al ángel.

«Se las quitó una Santa que le dicen Teresa. Por cierto que las tuvo largo rato en la mano viéndolas y besándolas.»

«Desataré sus manos, ¡pero no llores tanto!» San Francisco a Cupido las manos le desata.

Y éste rápido y brusco lanza a la dulce niña una flecha pequeña que en las manos guardaba.

Diez ángeles acuden para atar a Cupido.

Al grito de la niña despiertan las estatuas y una esfinge gozosa se restriega los ojos verdosos con las uñas de su temible garra.

«Tened misericordia de la inocencia herida, ¡Señor de las estrellas! No permitas que un alma en tu mismo palacio se llene de pecados.

Haz que la horrible flecha de su corazón salga.»

«¡Me duele el corazón, Francisco!, ¿qué me han hecho? Llévame con la Virgen o llévame a mi casa. ¡Arráncame este hierro de aquí! Me duele mucho. ¡Cuánta sangre! ¡De fijo moriré!»

La sala se ha llenado de santos, de vírgenes y estrellas, de luces amarillas y de palomas blancas.

El guardián irritado se mesa los cabellos gritando fuertemente:

«¿Por qué dejé que entraran?» Santa Inés ha tomado en sus brazos la niña y unos santos ofrecen a San Francisco agua.

«¿Qué haremos? Ay, ¿qué haremos?», suspira el Santo grande.

«Ya no tiene remedio», dice una monja santa.

«La niña está marchita para siempre», comenta un apóstol muy viejo que por la escena pasa.

Hay una confusión de sayales y túnicas, de gritos juveniles y de voces cascadas.

«¡Arrancadle la flecha!»

«No me atrevo, Francisco», dice Inés.

«Pon tus labios sobre la herida.»

«Sangra tanto que es imposible dar besos sin mancharse los labios. Ay, ¿qué haremos? ¿Quién podría curarla?»

Santa Cecilia dice: «Llevémosla a la Virgen. Tan sólo de su boca puede salir la gracia de volver a ese herido corazón puro y limpio».

Caperucita roja suspira desmayada en los brazos de Inés.

«Vamos a los salones de la Virgen», ordenan voces en la distancia.

«Arropad a la niña con mi manto», suplica una Reina que lleva corona de esmeraldas.

Ya todos van saliendo tristes y silenciosos.

Y mientras de la Tierra suben rojizas llamas que acarician el cuerpo desnudo de Cupido, las voces de Francisco se sienten muy lejanas: «Tened misericordia de la inocencia herida, ¡Señor de las estrellas!, Sagrario de las almas».

Todo el cielo se pone en conmoción. El grupo de justos se detiene ante la puerta santa de la Virgen. Un ángel les entra en el recinto y todos muy callados esperan la llegada de la Virgen. La niña se despierta y llorando dirige sus ojitos hacia la dulce Clara.

«Tú eres la Virgen», dice.

«Cúrame de esta herida.

El corazón me duele.» -«Yo no puedo curarla.

Mas ya viene la Virgen y te curará ella.» En el salón asoman ángeles con las arpas, serafines cantores con vestidos de perlas, obispos con librotes y querubes con flautas.

Sobre las nubes de oro ángeles sin trompetas tejen con luz y flores olorosas guirnaldas.

«Yo no veo a la Virgen, Francisco. ¿Dónde está? ¿Es aquella que tiene una cruz en la espalda?»

«Ya sale, mira aquélla.» Bajo un palio de seda llega una viejecita con la cabeza blanca.

Trae un pesado incensario en sus pálidas manos.

Rodeándola vienen viejos de luengas barbas y todos se han postrado de hinojos. Caperuza dice: «¡Pero la Virgen es vieja! Yo pensaba que era rubia y bonita como dijo mi abuela. Y no tiene corona ni la luna a sus plantas. De seguro que el niño Jesús ya se habrá muerto. ¡Me duele el corazón!». Francisco se levanta y a la Virgen explica lo ocurrido tan sólo con mirarla...

La Virgen va acercándose despacio a la niña.

Muy vestida de blanco, sobre un viejo apoyada, tiembla cual si tuviera mucho frío y suspira en un tono de aurora que recogen las arpas. Pone sus labios mustios en la herida de amor y desprende la flecha con su mano arrugada.

Caperucita extiende sus bracitos al aire y queda soñolienta otra vez. Sin

palabra se va yendo el cortejo de la Virgen. Resuena más allá de las nubes el eco de las flautas.

San Agustín se acerca a Francisco y le dice: «Baja y deja en el bosque a la niña curada.

No quiero que se entere el Señor de estas cosas».

«¿Y por dónde me voy?»

«Vete por la Vía Láctea.

¡Y que este gran escándalo no se repita!, ¿entiendes? Ya habrá sus comentarios fuertes...»

«Dame unas alas resistentes y grandes que corten bien los vientos. Y otras para la niña.»

«Ve a mi nicho a buscarlas.»

«¿Vamos Caperucita?»

«¿Adonde San Francisco?»

«Donde te encuentren siempre los niños y las hadas.»

V

El sol cierra los ojos en el ocaso. Cantan los árboles añosos de la tranquila selva. Una hadita gruñona pasa por el arroyo, mojándose en el agua sus zapatos de seda. En el fondo tres gnomos miran fijos al cielo. Se tocan con los codos y hacen al hada señas. El hada mira y huye presurosa. Los gnomos se esconden aterrados. Con ímpetu y presteza caen del cielo volando San Francisco y la niña.

Cogidos de la mano los dos se tambalean hasta que al fin se paran en firme sobre el césped. Caperucita mira temblorosa a las yedras que se agitan, al musgo, y dice: «Me pidieron los ojos. No te vayas que ya la noche llega y tengo mucho miedo de las flores». Francisco pensativo y doliente inclina su cabeza.

«Yo no puedo vivir en el bosque, hija mía, y he de llegar al cielo a la hora de la cena.

Mira ya cómo brillan los verdosos luceros.»

«¿Y hemos estado allí, Francisco? ¿Cuántas leguas habrá de aquí a la luna?»

«Muchas para la pobre humanidad maldita. Mas para tu inocencia con sólo dar un salto llegarás a los astros.»

De la entraña del bosque nacen profundas nieblas. Y la noche desciende con sus garras de sombra sobre la masa enorme de los robles. Las yerbas empiezan a pedirle sus ojos a la niña.

San Francisco enojado dice con voz severa: «¡Callad todos! Yo os mando que la dejéis tranquila reposar en el bosque.

¡Qué serían sin ella estos prados serenos donde vivís vosotras! Estos sitios oscuros donde jamás se oyera la humana risa loca. Sitios de paz dormida donde el silencio es virgen de palabras y fiestas.

Dejadla que repose sin turbar sus ensueños.

¡No pedirle sus ojos! Y no hagáis que os entienda porque esta niña tiene un espíritu casto más allá del amor y la Naturaleza.

Debe quedarse aquí con vosotros por siempre.

Yo la encontré en la gloria y la traje a la selva para que la recuerden los niños en sus cunas al conjuro amoroso de las tardas abuelas, para avivar el fuego que la razón apaga y que exista en el mundo la divina Inocencia, para que Dios reluzca sobre las frentes malas, para que el agua brote, y brillen las estrellas».

El césped se ha llenado de insectos silenciosos, de caracoles niños y gusanos de seda.

Un lobo y una liebre están acurrucados escuchando cohibidos la divina conseja.

«¡No te vayas, Francisco, que me da mucho miedo!»

«¡Tú, lobo y liebre amiga! Cuidad vosotros de ella. Acompañadla siempre por los sitios oscuros.»

La liebre se ha acercado muy graciosa y resuelta a la niña que llora desconsolada. El lobo, enseñando los dientes y sacando la lengua, acaricia las blancas manitas infantiles, manso como una oveja.

Francisco hace una cruz bendiciéndolo todo.

Y besando a la niña le dice: «En esta selva sólo entrarán a verte los niños que son buenos, los que crean en dragones y en haditas princesas, los niños que se visten con hojas del Otoño y en las noches de Invierno suspiran tu leyenda.

Tu corazón dormido no sabrá de pecados.

¡Tú tendrás, hija mía, la juventud eterna».

Y el gran Santo se esfuma por entre los ramajes.

Caperucita llora sobre una encina vieja...

La liebre cariñosa lame sus pies desnudos y el lobo lentamente mueve su gran cabeza.

¡LIBROS, LIBROS! (Medio pan y un libro)

Alocución de Federico García Lorca al pueblo de Fuente Vaqueros (Granada) en septiembre de 1931:

"Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. «Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi padre», piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía.

Ésta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión.

"Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo cuantos compro, que son infinitos, y por eso estoy aquí honrado y contento de inaugurar esta Biblioteca del pueblo, la primera seguramente en toda la provincia de Granada.

"No sólo de pan vive el hombre". Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos.

Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan.

Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

¡Libros! ¡Libros!

Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: «amor, amor», y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras.

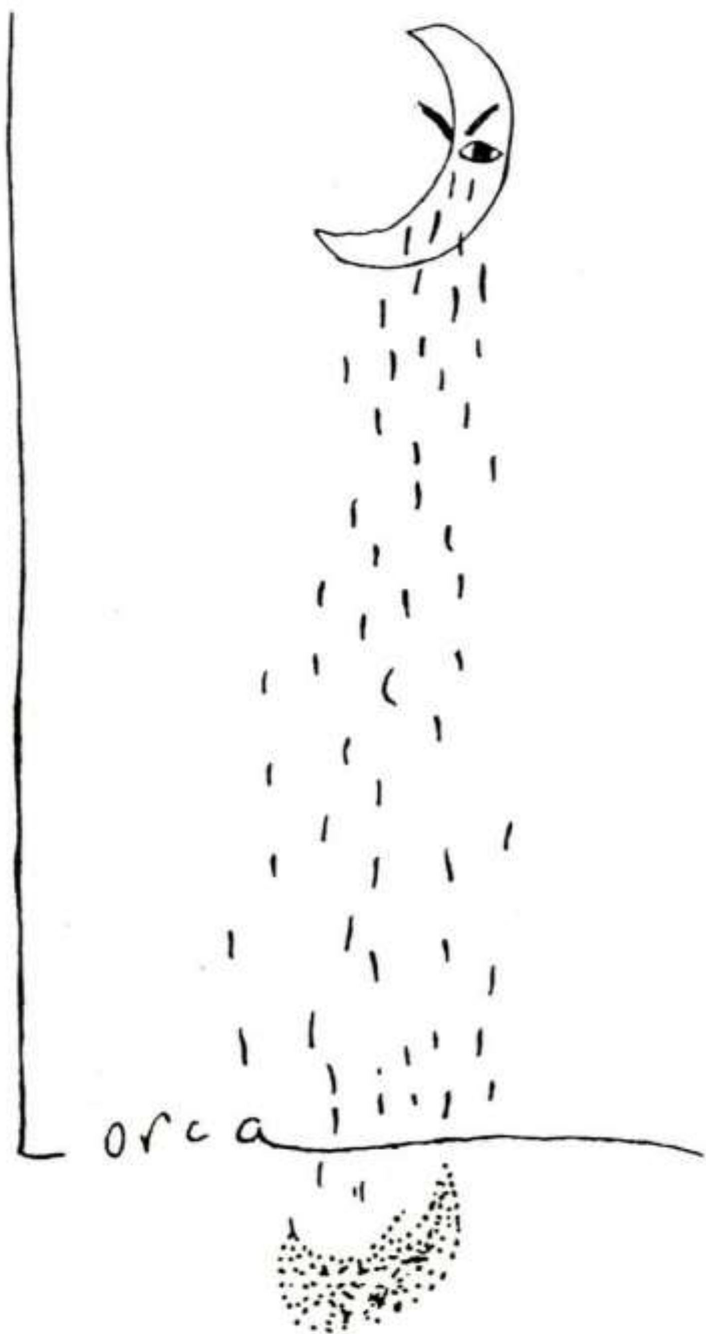
Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoyevsky, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo,

entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita; y pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: «¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!».

Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón.

Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

"Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: «Cultura». Cultura porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz".


Lorca